



EL EVANGELIO DE JESUCRISTO

COMENTARIO DE MARCOS

Luis de Miguel

www.escuelabiblica.com

(revisado)

Copyright © 2014 Luis de Miguel

Usted no tiene derecho de usar este documento para fines comerciales.
Este documento no se puede guardar ni distribuir desde sitios webs sin permiso escrito del autor.

Usted tiene la libertad de usar este comentario para su uso personal y en el desarrollo del ministerio en su iglesia siempre y cuando los identifique con el logotipo de la www.escuelabiblica.com

Tabla de contenidos

Tabla de contenidos	3
El Evangelio de Marcos - Introducción (I)	8
El evangelio de Marcos - Introducción (II)	17
El Evangelio de Jesucristo - Marcos 1:1	24
La predicación de Juan el Bautista - Marcos 1:2-4	30
El ministerio de Juan el Bautista - Marcos 1:4-6	39
El bautismo en el Espíritu Santo - Marcos 1:7-8	45
El bautismo de Jesús - Marcos 1:9-11	51
La tentación de Jesús - Marcos 1:12-13	55
El reino de Dios (I) - En el Antiguo Testamento	63
El Reino de Dios (II) - La venida del Mesías	69
El Reino de Dios (III) - El programa del Mesías	73
El Reino de Dios (IV) - La Segunda Venida	79
El arrepentimiento (I) - Marcos 1:14-15	87
El arrepentimiento (II) - Marcos 1:14-15	94
Creed en el evangelio - ¿Qué es la fe?	103
Creed en el evangelio - ¿Es razonable la fe?	110
Creed en el evangelio - El justo por la fe vivirá	117
Jesús llama a cuatro pescadores - Marcos 1:16-20	125
Un hombre que tenía un espíritu inmundo - Marcos 1:21-28	130
Jesús sana a la suegra de Pedro - Marcos 1:29-39	136

Jesús sana a un leproso - Marcos 1:40-45	140
Jesús sana a un paralítico - Marcos 2:1-12	145
Llamamiento de Leví - Marcos 2:13-17	153
La pregunta sobre el ayuno - Marcos 2:18-22	157
Los discípulos recogen espigas en el día de reposo - Marcos 2:23-28	164
El hombre de la mano seca - Marcos 3:1-6	171
La multitud a la orilla del mar - Marcos 3:7-12	178
Elección de los doce apóstoles - Marcos 3:13-19	183
La blasfemia contra el Espíritu Santo - Marcos 3:20-30	191
La madre y los hermanos de Jesús - Marcos 3:31-35	197
La parábola del sembrador - Marcos 4:1-20	202
Nada oculto que no haya de ser manifestado - Marcos 4:21-25	209
Parábola del crecimiento de la semilla - Marcos 4:26-29	213
Parábola de la semilla de mostaza - Marcos 4:30-34	218
Jesús calma la tempestad - Marcos 4:35-41	222
El endemoniado gadareno - Marcos 5:1-20	227
La hija de Jairo y la mujer que tocó el manto de Jesús - Marcos 5:21-43	233
Jesús en Nazaret - Marcos 6:1-6	241
Misión de los doce discípulos - Marcos 6:7-13	246
Muerte de Juan el Bautista - Marcos 6:14-29	252
Alimentación de los cinco mil - Marcos 6:30-44	257

Jesús anda sobre el mar - Marcos 6:45-52	264
Jesús sana a los enfermos de Genesaret - Marcos 6:53-56	269
Jesús y la tradición - Marcos 7:1-13	272
Lo que contamina al hombre - Marcos 7:14-23	280
La fe de la mujer sirofenicia - Marcos 7:24-30	284
Jesús sana a un sordomudo - Marcos 7:31-37	289
Alimentación de los cuatro mil - Marcos 8:1-13	293
La levadura de los fariseos - Marcos 8:14-21	299
Un ciego sanado en Betsaida - Marcos 8:22-26	304
La confesión de Pedro - Marcos 8:27-30	308
Jesús anuncia su muerte - Marcos 8:31-38	313
La transfiguración - Marcos 9:1-13	322
Jesús sana a un muchacho endemoniado - Marcos 9:14-29	328
¿Quién es el mayor? - Marcos 9:30-37	334
El que no es contra nosotros, por nosotros es - Marcos 9:38-41	340
Ocasiones de caer - Marcos 9:42-50	344
Jesús enseña sobre el divorcio - Marcos 10:1-12	350
Jesús bendice a los niños - Marcos 10:13-16	367
El joven rico - Marcos 10:17-22	372
Jesús y las riquezas - Marcos 10:23-31	381
Petición de Santiago y de Juan - Marcos 10:32-45	391
El ciego Bartimeo recibe la vista	400
La entrada triunfal en Jerusalén	406

Maldición de la higuera estéril _____	413
Purificación del templo - Marcos 11:15-19 _____	420
La autoridad de Jesús - Marcos 11:27-33 _____	427
Los labradores malvados - Marcos 12:1-12 _____	432
La cuestión del tributo - Marcos 12:13-17 _____	438
La pregunta sobre la resurrección - Marcos 12:18-27 _____	445
El gran mandamiento - Marcos 12:28-34 _____	451
¿De quién es hijo el Cristo? - Marcos 12:35-37 _____	460
Jesús acusa a los escribas - Marcos 12:38-40 _____	466
La ofrenda de la viuda - Marcos 12:41-44 _____	473
Jesús predice la destrucción del templo - Marcos 13:1-23 _____	479
La venida del Hijo del Hombre - Marcos 13:24-37 _____	495
Jesús es ungido en Betania - Marcos 14:1-11 _____	506
Institución de la Cena del Señor - Marcos 14:12-25 _____	516
Jesús anuncia la negación de Pedro - Marcos 14:26-31 _____	530
Jesús ora en Getsemaní - Marcos 14:32-42 _____	536
Arresto de Jesús - Marcos 14:43-52 _____	545
Jesús ante el concilio - Marcos 14:53-65 _____	552
Pedro niega a Jesús - Marcos 14:66-72 _____	562
Jesús ante Pilato - Marcos 15:1-5 _____	570
Jesús sentenciado a muerte - Marcos 15:6-20 _____	578
Crucifixión y muerte de Jesús - Marcos 15:21-41 _____	586
Jesús es sepultado - Marcos 15:42-47 _____	601

La resurrección - Marcos 16:1-13	607
La gran comisión (1ª parte) - Marcos 16:14-18	621
La gran comisión (2ª parte) - Marcos 16:15-18	637
La ascensión de Jesús - Marcos 16:19-20	650

El Evangelio de Marcos - Introducción (I)

Introducción

Comenzamos ahora el estudio bíblico del evangelio de Marcos, uno de los cuatro relatos históricos que tenemos acerca del Señor Jesucristo. Este hecho hace que sea un escrito muy especial, porque sin lugar a dudas, no ha habido en la historia de la humanidad una persona que se pueda comparar con Jesús de Nazaret. Su presencia en nuestro mundo ha dejado una huella que ni siquiera dos mil años han logrado borrar. Es más, mientras que otros grandes hombres han ido surgiendo y desapareciendo, Cristo no ha dejado de ser adorado y amado por millones de personas por todo el mundo hasta el día de hoy.

Pero antes de que nos centremos en estudiar lo que este evangelio tiene que decirnos acerca de él, debemos hacernos previamente algunas preguntas acerca del documento que tenemos delante: ¿Podemos fiarnos de lo que dice este evangelio? ¿Quién fue realmente su autor? ¿Hay evidencias de que Marcos lo escribiera? ¿Estaba Marcos capacitado para escribir una biografía histórica sobre Jesús? ¿Qué sabemos de él? ¿Está este evangelio respaldado por alguno de los apóstoles? ¿Dónde, cuándo, para quién se escribió? ¿Con qué propósito se escribió?

En fin, son preguntas muy importantes para cualquiera que tenga un serio interés en conocer la verdad sobre los evangelios, y más aún, sobre la persona del Señor Jesucristo, que es en definitiva de quien tratan estos escritos.

Por lo tanto, a lo largo de este primer estudio vamos a abordar algunas de estas cuestiones que hemos dividido en varios puntos:

- I. ¿Quién fue el autor de este evangelio?
- II. ¿Qué evidencias hay de que Marcos escribiera este evangelio?
- III. ¿Qué sabemos de Marcos?

Por no alargar excesivamente este estudio, veremos otros asuntos en una segunda parte.

¿Quién fue el autor de este Evangelio?

Para empezar, debemos decir que este evangelio tuvo dos autores, uno humano y otro divino.

I. El Autor divino: el Espíritu Santo

Y aunque para las personas incrédulas este dato no tenga ningún valor, debemos comenzar afirmando nuestra convicción de que fue el Espíritu Santo quien inspiró divinamente este escrito.

(2 P 1:21) *“... Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.”*

(2 Ti 3:16-17) *“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.”*

Notamos en estas dos citas que tanto los hombres como los Escritos fueron inspirados por Dios.

La palabra “*inspirar*” da a entender que fueron producidos por el soplo de Dios. Dios puso en estos escritos el hálito de su propio Espíritu creativo, de la misma manera que lo hizo cuando sopló aliento de vida en el hombre que había formado del polvo de la tierra (**Gn 2:2**).

2. El autor humano: Juan Marcos

Pero, por otro lado, hay que reconocer también a un autor humano.

Es verdad que este evangelio no viene firmado por ninguna persona. Esto pudo ser debido a varias razones. Tal vez fue una cuestión de modestia cristiana, o muy fácilmente, porque los primeros destinatarios del evangelio sabían perfectamente quién era su autor.

En cualquier caso, esto no es un inconveniente, puesto que el testimonio de los escritores cristianos de los primeros siglos identificaron de manera unánime a su autor como Juan Marcos.

Ahora bien, aunque Marcos fue quien puso por escrito la historia de Jesús en el evangelio que lleva su nombre, hay que resaltar también que esos mismos autores afirman que el apóstol Pedro fue la fuente principal de información que Marcos utilizó.

Habría que decir, por lo tanto, que la autoría humana de este evangelio es compartida entre el apóstol Pedro y Marcos.

¿Qué evidencias hay de que Marcos escribiera este evangelio?

Como acabamos de mencionar, los escritores cristianos de los primeros tiempos dejaron constancia unánime de que Marcos fue el autor de este evangelio.

A continuación transcribimos algunas de las referencias.

Papías (hacia 130 d.C.)

El testimonio más antiguo que tenemos sobre la composición de los evangelios canónicos es el de Papías, obispo de Hierápolis, en Frigia, que escribió hacia el 130 una “Exposición de los Oráculos del Señor” en cinco libros. Esta obra se perdió hace mucho tiempo, pero el historiador Eusebio de Cesarea nos ha conservado algunos pasajes de ella:

“Y el anciano dijo esto también: Marcos, habiendo pasado a ser el intérprete de Pedro, escribió exactamente todo lo que recordaba, sin embargo no registrándolo en el orden que había sido hecho por Cristo. Porque él ni oyó al Señor ni le siguió; pero después, como he dicho, (ayudó) a Pedro, el cual adaptó sus instrucciones a las necesidades (de sus oyentes), pero no tenía intención de dar un relato conexo de las palabras del Señor. Así que Marcos no hizo distinción cuando escribió algunas cosas tal como las recordaba; porque en lo que tenía interés era en no omitir nada de lo que había oído, y en no consignar ninguna afirmación falsa en ello”. (Eusebio en su Historia Eclesiástica, III,39,1-15).

Ireneo de Lyon (hacia 140-202 d.C.)

Ireneo, discípulo de Policarpo, que a su vez había sido discípulo del apóstol Juan, escribe lo siguiente:

“Mateo, (que predicó) a los Hebreos en su propia lengua, también puso por escrito el Evangelio, cuando Pedro y Pablo evangelizaban y fundaban la Iglesia. Una vez que éstos murieron, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, también nos transmitió por

escrito la predicación de Pedro. Igualmente Lucas, seguidor de Pablo, consignó en un libro “el Evangelio que éste predicaba”. Por fin Juan, el discípulo del Señor “que se había recostado sobre su pecho”, redactó el Evangelio cuando residía en Éfeso”. (Ireneo, Contra las Herejías, III, i,1).

Tertuliano (en su apogeo 197-216)

Tertuliano fue uno de los teólogos más sobresalientes de la iglesia entre los siglos II y III. Su trabajo como apologista es ampliamente reconocido. Su testimonio tocante a la autenticidad de los Evangelios no debe pasarse por alto con ligereza. En su obra “Contra Marción”, escrita a principios del siglo tercero, Tertuliano afirma que el Evangelio de Marcos refleja la predicación de Pedro.

“...El que publicó Marcos, aunque se dice que es de Pedro, de quien Marcos era intérprete...”

Clemente de Alejandría (hacia 150-215 d.C.)

Según Eusebio, Clemente de Alejandría afirmaba:

“Aquellos evangelios que contienen las genealogías son los primeros que se escribieron; que el evangelio según Marcos se empezó a escribir de la siguiente manera: en tiempos en los que Pedro publicaba la palabra en Roma y exponía el evangelio bajo la acción del Espíritu, aquellos que en gran número estaban presentes en aquella ocasión le pidieron a Marcos que, puesto que llevaba acompañando mucho tiempo a Pedro y se acordaba de las cosas que él había dicho, pusiera por escrito sus palabras; así lo hizo y les dio el evangelio a los que se lo habían pedido; cuando se enteró de ello Pedro, no dijo nada ni para impedirlo ni para promoverlo. Por su parte, Juan, el último, al ver que el aspecto material de las cosas ya había salido a luz en los evangelios, movido por sus discípulos e inspirado por el soplo divino del Espíritu, compuso un evangelio espiritual”. (Eusebio en su Historia Eclesiástica, VI,14,6-7).

El prólogo Antimarcionita

Se sabe que desde fechas muy tempranas (año 160-180 d.C.) las cartas iban precedidas de prólogos contra las ideas de Marción, que fue el primero en elaborar un canon de libros que él reconocía como genuinos y de origen apostólico. Recientemente se ha puesto de manifiesto que también los evangelios iban precedidos de prólogos similares. Al del evangelio de Marcos le faltan las palabras iniciales. El fragmento dice así: “...declaró Marcos, al que apodan de los dedos lisiados, porque los tenía mas bien pequeños en comparación con su estatura. Fue intérprete de Pedro; y después de la muerte de éste, puso por escrito este mismo evangelio en Italia”.

Es importante señalar que no hay ninguna evidencia histórica que contradiga que Marcos fue el autor de este evangelio y que recibió su información de un testigo ocular de primerísimo orden como fue el apóstol Pedro.

Esto contradice claramente las teorías de los críticos liberales modernos, que afirman sin demostrarlo, que este evangelio fue una composición anónima de varios autores desconocidos que recogieron en una época tardía varias tradiciones orales muy distorsionadas y exageradas sobre la persona de Jesús.

¿Qué sabemos de Marcos?

El Espíritu Santo eligió a Marcos para escribir el evangelio que lleva su nombre. Esto nos lleva a preguntarnos ¿quién era Marcos? ¿por qué lo eligió a él? ¿qué sabemos sobre su trayectoria espiritual? ¿de dónde obtuvo la información que recoge en su evangelio?

En esta parte de nuestro estudio tendremos que realizar cierta labor de investigación, revisando todas las referencias que en el Nuevo Testamento encontramos a Marcos.

1. Formó parte de la primera iglesia cristiana en Jerusalén en tiempos de los apóstoles

La primera referencia que encontramos a Marcos está en **(Hch 12:12)**.

(Hch 12:12) *“Y habiendo considerado esto, llegó a casa de María la madre de Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban reunidos orando.”*

El relato nos introduce en la primera etapa de la iglesia cristiana, todavía en Jerusalén, cuando era duramente perseguida. En ese contexto, Pedro, que acababa de ser liberado de la prisión, no dudaba acerca del lugar en el que encontraría reunidos a los cristianos, que no era otro que la casa de María, la madre de Juan Marcos. Entendemos que María, la madre de Marcos, tenía una buena posición económica, lo que se desprende del hecho de que tenía una casa amplia, y al menos una sirvienta.

Por lo tanto, podemos deducir que Marcos vivía en Jerusalén cuando Jesús fue crucificado, lo que le permitió ser conocedor de primera mano de muchos de los hechos que luego escribió en su evangelio. Además, estuvo en contacto directo con la primera iglesia cristiana y con los apóstoles, siendo testigo en primera fila de cuanto ocurría en aquellos primeros días del cristianismo en Jerusalén.

2. Su nombre compuesto: Juan Marcos

Otro detalle interesante es su nombre compuesto: *“Juan Marcos”*. Juan era su nombre hebreo, mientras que Marcos era su nombre romano. Esto era frecuente para personas que se movían entre ambientes judíos y gentiles. En su caso, finalmente, su nombre judío fue casi totalmente olvidado, siendo conocido simplemente como *“Marcos”*. La razón se debe principalmente a que él llevó la historia de los hechos de Jesús que tuvieron lugar en Israel hasta el mundo gentil, y por lo tanto fue conocido por su nombre latino.

3. Formó parte del primer equipo misionero que fue a predicar a los gentiles

La segunda referencia a Juan Marcos aparece en **(Hch 13:5)**.

(Hch 13:5) *“Y llegados a Salamina, anunciaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos. Tenían también a Juan de ayudante.”*

Esto nos lleva a la siguiente etapa de la iglesia cristiana: su extensión por el mundo gentil. Aquí lo encontramos como *“ayudante”* de los dos hombres que lideraron esta nueva etapa del cristianismo: el apóstol Pablo y Bernabé. Y Juan Marcos estaba allí formando parte de la primera expedición cristiana que fue a predicar el evangelio en el mundo gentil.

4. Una mancha en el expediente de Marcos

Este viaje misionero puso una mancha en el expediente de Marcos **(Hch 13:13)**.

(Hch 13:13) *“Habiendo zarpado de Pafos, Pablo y sus compañeros arribaron a Perge de Panfilia; pero Juan, apartándose de ellos, volvió a Jerusalén.”*

Las razones que le llevaron a este abandono no se nos dicen. En Chipre se encontraba a gusto, tal vez porque era el lugar de donde era Bernabé **(Hch 4:36)**, que como más tarde

veremos, era tío de Marcos (**Col 4:10**). Pero cuando pasaron a tierras desconocidas, tal vez se asustó viendo la dureza de la Obra.

Esto creó un borrón en su prometedor carrera cristiana. Las consecuencias que tuvo su decisión las encontramos en (**Hch 15:36-40**).

(Hch 15:36-40) “Después de algunos días, Pablo dijo a Bernabé: Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están. Y Bernabé quería que llevaran consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos; pero a Pablo no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfilia, y no había ido con ellos a la obra. Y hubo tal desacuerdo entre ellos, que se separaron el uno del otro; Bernabé, tomando a Marcos, navegó a Chipre, y Pablo, escogiendo a Silas, salió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor.”

Cuando Pablo y Bernabé planeaban comenzar su segundo viaje misionero, Marcos fue el motivo de desacuerdo por el que los dos misioneros se separaron tomando rumbos distintos. Discutieron por causa de este joven hasta el punto en que no pudieron empezar juntos otro viaje misionero.

¿Cuál de los dos tenía razón? Bernabé creía que Marcos había cambiado y estaba en condiciones de acompañarles en el nuevo viaje misionero. ¿Por qué no darle otra oportunidad? Pero Pablo se negaba a llevarlo debido a su abandono en el viaje anterior. Lo veía como un desertor que los había dejado en medio de la batalla. No se quería arriesgar. Los dos tenían buenas razones. Bernabé pensaba en la persona y Pablo en la Obra. Tal vez nosotros mismos hemos simpatizado a veces con uno y otras veces con otro. En cualquier caso, la Biblia ni le quita ni le da la razón a ninguno de los dos.

5. La restauración de Marcos

Marcos fue nuevamente el ayudante de Bernabé y esto formó parte de su proceso de restauración. No cabe duda de que la labor de Bernabé fue fundamental para recuperar a Marcos para el ministerio. En cierto sentido, Bernabé se arriesgó cuando tomó nuevamente a Marcos.

Notemos que el primer lugar a donde fueron en su viaje fue a Chipre (**Hch 15:39**). Este detalle es interesante porque fue precisamente desde allí donde Marcos había abandonado a Pablo y Bernabé en su viaje anterior (**Hch 13:13**).

Y es que la restauración debe comenzar en el mismo lugar del fracaso, volviendo a aquello que hemos hecho mal. Por ejemplo, el apóstol Pedro negó a Jesús junto a un fuego, y Jesús lo restauró junto a un fuego. Allí había negado al Señor tres veces, y el Señor le preguntó tres veces si le amaba. Sin lugar a dudas el proceso de restauración es doloroso pero necesario.

Marcos volvió a empezar donde lo había dejado. Es verdad que había perdido mucho tiempo, pero el Señor en su misericordia le dio una nueva oportunidad.

6. Marcos llegó a ser un íntimo colaborador del apóstol Pablo

Las siguientes referencias a Marcos las encontramos en las cartas del apóstol Pablo.

(Col 4:10) “Aristarco, mi compañero de prisiones, os saluda, y Marcos el sobrino de Bernabé, acerca del cual habéis recibido mandamientos; si fuere a vosotros, recibidle.”

Como hemos señalado antes, Marcos y Bernabé eran familiares cercanos, y aquí tenemos la prueba de ello.

Pero lo que más nos interesa de este versículo es ver que Pablo había llegado a tener plena confianza en Marcos, hasta el punto de recomendarlo a la iglesia en Colosas en los términos que observamos en este versículo. Marcos había ganado nuevamente la confianza del apóstol, llegando a ser uno de sus colaboradores más apreciados.

Ahora Pablo estaba pidiendo a los creyentes colosenses que lo recibieran como a un obrero del Señor, alguien de peso. Vemos por tanto, que Pablo también restauró a Marcos. Estuvo dispuesto a reconocer las evidencias del cambio.

Tanto Pablo como Bernabé hicieron una gran obra con este hombre, aunque cada uno de ellos con un estilo diferente. Los hombres de Dios deben saber reconocer el verdadero arrepentimiento y ser capaces de restaurar.

(Flm 1:24) *“Marcos, Aristarco, Demas y Lucas mis colaboradores”*

Aquí vemos que Marcos formaba parte del equipo de colaboradores del apóstol Pablo. Y un dato curioso: en este versículo encontramos juntos a dos de los evangelistas (Marcos y Lucas). Podemos deducir que cada uno conocía la obra del otro.

(2 Ti 4:11) *“Sólo Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio.”*

Finalmente, cuando Pablo estaba encarcelado poco antes de ser ejecutado, muestra su deseo de tener a Marcos con él. Es significativo que antes de morir, Pablo deseara que Marcos estuviera a su lado.

7. El apóstol Pedro consideraba a Marcos como su “hijo”

La última mención a Marcos la encontramos en la primera epístola de Pedro:

(1 P 5:13) *“La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan.”*

Marcos acompañó también al apóstol Pedro, siendo un hombre de su confianza. Y a juzgar por la forma en la que se refiere a él: *“Marcos mi hijo”*, deducimos que había un trato muy íntimo entre ellos.

Tal vez podemos pensar que Marcos llegó a conocer al Señor Jesucristo por medio del testimonio de Pedro en aquellos días cuando la iglesia se reunía en la casa de su madre. O tal vez Pedro fue uno de los instrumentos usados por Dios en el proceso de restauración de Marcos después de su abandono en el primer viaje misionero. No sería difícil imaginar esto, ya que Pedro también había tenido que aprender lo que significaba ser restaurado para el servicio después de que él mismo negara al Señor. Nadie mejor que Pedro para entender cómo se sentiría Marcos y ayudarle espiritualmente.

Pero quizás el apóstol tenía también otra intención. Si tal como dicen los escritores del segundo siglo, Marcos había escrito su evangelio bajo las indicaciones de Pedro, una referencia a él como su *“hijo”* sería la manera en la que el apóstol estaría dando su aprobación a la labor que Marcos había realizado al escribir su evangelio.

En cualquier caso, Pedro y Marcos compartían vivencias importantes en cuanto a su relación con Jesús que facilitaba su unión y compañerismo. Como ya hemos visto, ambos fracasaron en un momento crucial de sus vidas y a ambos se les dio una segunda oportunidad. Esto hacía fácil la colaboración entre ambos.

La influencia de Pedro se percibe a lo largo de todo el evangelio, corroborando así la afirmación de los primeros escritores cristianos.

- Escribió lo que muchas veces había escuchado contar a Pedro. Podríamos decir que Marcos ve a través de los ojos de Pedro y lo escribe.
- En todos los episodios narrados en su evangelio, Pedro ha estado presente, a excepción de un paréntesis cuando los apóstoles dejaron a Jesús solo al ser enviados por él a predicar. En ese punto el evangelio se detiene y cuenta la historia de la muerte de Juan el Bautista (**Mr 6:14-29**).
- El evangelio de Marcos tiene una conexión directa con la vida y el entorno de Pedro: Junto al mar de Galilea, el lugar de trabajo de Pedro (**Mr 1:16**); en la sinagoga en Capernaum, la ciudad donde vivía Pedro (**Mr 1:21**); en la casa de Pedro (**Mr 1:29**) (**Mr 2:1**) (**Mr 9:33**); y con la familia de Pedro (**Mr 1:30**).
- Otro detalle interesante es que el esquema general del evangelio de Marcos coincide con el esquema de la predicación de Pedro en casa de Cornelio y que encontramos en (**Hch 10:34-43**).

Esta influencia directa de Pedro viene a ser un factor muy importante en vista de su gran autoridad como testigo, apóstol y portavoz de los Doce.

8. El carácter de Marcos: un hombre de “segunda línea” que sirve

Hemos visto a Marcos como “ayudante” de Bernabé, de Pablo y también de Pedro. Estos eran hombres de Dios que lideraron los grandes avances del evangelio y que también escribieron importantes documentos doctrinales.

Pero también los hombres de segunda línea son importantes. Por ejemplo, en el fútbol, los hombres de “segunda línea”, es decir, los que ocupan las posiciones en el centro del campo, son fundamentales para los que van en vanguardia, siendo incluso en muchas ocasiones los que marcan los goles.

En los días en que Pablo estuvo encarcelado y no podía viajar, Marcos fue uno de sus hombres de confianza y pudo enviarlo a ciertos lugares (por ejemplo a Colosas), para que llevara a cabo la obra que él mismo no podía realizar por sus circunstancias. Cuando estaba a punto de morir martirizado, Pablo deseaba tener junto a él a Marcos en quien en cierta medida también se apoyaba. Pedro mismo no escribió ningún evangelio, fue Marcos quien realizó esta labor.

Podríamos decir que sin hombres de segunda línea, difícilmente habría hombres de primera línea. En nuestros días hay muchos peleándose por ser hombres de primera línea, pero ¡qué importantes son los que están detrás! Sin ellos, sin su ayuda, sin su trabajo silencioso, sin su disposición al servicio, sin su entrega abnegada y muchas veces no reconocida, estos hombres que figuran en la primera línea, en la mayoría de las ocasiones no podrían hacer nada. El Señor conoce todas estas cosas.

9. Una nota autobiográfica en su evangelio

Un pasaje dentro del mismo evangelio que ha despertado la curiosidad de muchos de sus lectores lo encontramos en:

(Mr 14:51-52) *“Pero cierto joven le seguía, cubierto el cuerpo con una sábana; y le prendieron; mas él, dejando la sábana, huyó desnudo.”*

Marcos es el único evangelista que recoge este incidente, y la verdad es que no aporta nada al texto, dejándonos de hecho más preguntas que soluciones. Por todo ello, muchos han llegado a pensar que se trata de un apunte autobiográfico oculto con el que el evangelista firma su libro.

Para entenderlo mejor pensemos en una ilustración: Casi todas las películas del director de cine Alfred Hitchcock contienen un cameo de él mismo. Aparece efímeramente como extra o se ve una imagen suya en algún momento de sus películas, por ejemplo, un mayordomo cruzando por la escena, un hombre leyendo un periódico. Era una forma de identificar sus películas como suyas.

Y con estos versículos es como si Marcos nos estuviera diciendo: “Yo estuve allí”.

Si esto último fuera así, entonces el detalle tendría una importancia muy grande para nosotros, porque colocaría a Marcos en las últimas horas de la vida de nuestro Señor Jesucristo en esta tierra, cuando él estaba orando en el monte de Getsemaní y en medio de su posterior arresto.

Sin hacer afirmaciones dogmáticas, podemos imaginar una posible reconstrucción de los hechos de esa última noche:

- El aposento alto donde Jesús celebró la última pascua con sus discípulos habría sido la casa de María, la madre de Juan Marcos.
- Mientras Jesús todavía estaba reunido con sus discípulos, Judas salió con la intención de entregarle a los judíos.
- Cuando Judas regresó con la guardia al aposento alto, Jesús y los apóstoles ya lo habían abandonado para ir al huerto de Getsemaní.
- El joven Marcos, que estaría ya dormido en la planta de abajo, fue despertado por la multitud que buscaba a Jesús y salió apresuradamente detrás de ellos para ver qué pasaba.
- En Getsemaní se colocó a cierta distancia para ver lo que ocurría, pero después que los discípulos huyeron, él siguió en su escondite hasta que fue descubierto por la guardia, momento en que salió huyendo, dejando la sábana con la que estaba cubierto.

10. Conclusiones

Después de todas estas consideraciones, podemos estar seguros de que el Espíritu Santo eligió a la persona indicada para escribir un relato histórico y fiable acerca de Jesús.

- Un joven que vivió en Jerusalén en los días del Señor Jesucristo y que pudo conocer por lo tanto su ministerio e incluso estar presente en sus últimas horas antes de morir.
- Un creyente que formó parte de la primera iglesia cristiana y que su misma casa fue centro de reunión de los apóstoles y de los testigos de Jesús.
- Un discípulo que acompañó al apóstol Pablo y Bernabé en las primeras etapas de la extensión del cristianismo por el mundo gentil y que era tenido en alta estima también por el apóstol Pedro.

Por tanto, no es de extrañar, que cuando en el siglo II se planteó cuáles eran los libros inspirados, el Evangelio de Marcos fue admitido sin dudas en el canon sagrado, siendo seguramente el primero en ser reconocido en la iglesia del primer siglo como plenamente autoritativo.

Preguntas

1. ¿Quién fue el autor de este evangelio? Razone su respuesta.
2. Explique por qué cree que el Espíritu Santo escogió a Juan Marcos para la redacción de uno de los cuatro Evangelios.
3. ¿Qué le parece que el Espíritu Santo escogiera para una labor tan importante como la de escribir un Evangelio a una persona que tenía una “hoja de servicios” manchada (**Hch 13:13**)? Justifique su respuesta. ¿Qué aprende a nivel personal de este hecho?
4. ¿Por qué decimos que Juan Marcos fue un hombre de “segunda línea”? Ponga algunos ejemplos que justifiquen esta afirmación.
5. ¿Qué importancia puede tener que Pedro llamara a Marcos “*mi hijo*” en (**1 P 5:13**)?

El evangelio de Marcos - Introducción (II)

Introducción

En nuestra sesión anterior tuvimos la ocasión de considerar quién fue Marcos, el autor del evangelio que lleva su nombre. Y después de examinar sus credenciales, llegamos a la conclusión de que el Espíritu Santo escogió a una persona plenamente capacitada para la labor de escribir un relato fidedigno acerca del Señor Jesucristo. Tal fue así que los cristianos de los primeros tiempos no dudaron en reconocer su evangelio como un escrito de total confianza y autoridad. Las razones fundamentales fueron varias:

- Como recordarán, vimos que Marcos vivió en el mismo lugar y en el mismo periodo de tiempo en que el Señor Jesucristo llevaba a cabo su ministerio.
- Además de esto, su principal fuente de información fue el apóstol Pedro, uno de los apóstoles que acompañó al Señor desde el principio.
- Y si esto no fuera suficiente, también contaba con el apoyo de otros apóstoles y de importantes líderes de la primera iglesia cristiana de Jerusalén.

Todos estos hechos son realmente importantes, ya que establecen una diferencia absoluta con los evangelios llamados apócrifos, los cuales fueron escritos a partir de finales del siglo II por personas que no conocieron de forma directa los hechos relacionados con la vida del Señor Jesucristo. Y aunque en nuestros días hay muchas personas que insisten en colocarlos a todos ellos en un mismo nivel, tal forma de proceder no es justa ni correcta. Finalmente lo que pretenden es desprestigiar a los evangelios canónicos (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) haciéndonos creer que fueron compuestos de la misma forma que los apócrifos. Pero esto no fue así.

Por otro lado, además de los evangelios apócrifos, otro escrito muy popular en algunos ámbitos, y que también recoge algunos datos acerca del Señor Jesucristo, es el Corán. Este es el libro sagrado de los musulmanes y en él los discípulos de Mahoma registraron por escrito lo que habían escuchado decir a su líder. En realidad, lo que en él se recoge acerca del Señor Jesucristo no cuenta con ningún tipo de respaldo histórico, ya que fue escrito seis siglos después del ministerio público del Señor, y ni Mahoma ni sus discípulos conocieron de forma directa los hechos de los que escribieron. Ante esta falta de evidencias históricas, los musulmanes contestan que el Corán es la palabra eterna e increada de Alá. Pero lo cierto es que Mahoma transmitió su relato acerca de Jesús basándose en algunas partes que conocía de los evangelios canónicos, y especialmente en porciones de los evangelios apócrifos, haciendo una composición propia que cuadraba con sus intereses. Y lo mismo hizo con otros personajes bíblicos del Antiguo Testamento. Por todo esto, desde una perspectiva histórica y documental, el Corán no tiene ningún tipo de autoridad cuando se compara con la Biblia. ¿Qué prefiere usted, una historia escrita por los testigos oculares de los hechos, o un relato compuesto seis siglos después a partir de tradiciones orales poco fiables? La respuesta es lógica: la Biblia.

No obstante, aunque en esta introducción al evangelio de Marcos ya hemos analizado algunos detalles importantes acerca de su autor, todavía nos queda considerar otros aspectos de su obra, así que en este estudio vamos a contestar las siguientes preguntas:

- I. ¿Dónde, cuándo y para quien se escribió el evangelio de Marcos?
- II. ¿Con qué propósito se escribió?

- III. La persona del Señor Jesús en el evangelio de Marcos

¿Dónde, cuándo y para quién se escribió?

1. ¿Dónde se escribió el evangelio de Marcos?

Aunque ya hemos notado las diferentes tradiciones que relacionan el evangelio de Marcos con Pedro, y de este último con Roma, sin embargo, en ningún lugar del evangelio se indica o prueba de forma definitiva que su lugar de origen haya sido Roma.

2. ¿Cuándo se escribió el evangelio de Marcos?

Fijar la fecha en la que fue redactado este evangelio es un asunto complejo de determinar, pero en cualquier caso, todo apunta a que fue uno de los primeros documentos del Nuevo Testamento en ser escrito.

- Algunos, considerando una tradición antigua que relacionaba a Marcos como el interprete de Pedro y que decía que el evangelio fue escrito después de la muerte del apóstol, asignan una fecha para su redacción alrededor de los años 58 al 65 d.C.
- Otros consideran que Marcos pudo haber escrito su evangelio antes de la muerte de Pedro. Éstos analizan la relación de Marcos con los otros evangelios sinópticos y ven evidencias de que tanto Lucas como Mateo conocían el evangelio de Marcos cuando escribían sus propios evangelios. Por lo tanto, fijan la fecha de redacción de Marcos antes que la de los otros dos. A partir de ahí razonan de la siguiente manera: si Hechos de los Apóstoles es posterior a Lucas (**Hch 1:1**), y además fue escrito cerca del primer encarcelamiento de Pablo, alrededor del año 60 d.C., indudablemente necesitamos dar una fecha previa para Lucas y una aún más temprana para Marcos, dado que Lucas conoce el evangelio de Marcos. Por todo ello, estos eruditos adjudican a Marcos una fecha entre los años 50 a 60 d.C.

A toda esta investigación hay que unir el descubrimiento del sacerdote español O'Callaghan que examinó un pequeño fragmento de papiro encontrado en la cueva número 7 cerca de Qumrán, y afirma que dicho papiro contiene (**Mr 6:52-53**). El papiro pertenece a material al que se le asigna una fecha alrededor de los años 50 d.C., lo cual implicaría que este Evangelio fue compuesto en una fecha anterior a la fecha del papiro.

Otro interesante descubrimiento relacionado con el evangelio de Marcos ha tenido lugar más recientemente en Egipto. Los expertos han encontrado una máscara de las que se colocaban sobre la cabeza y pecho de las momias, y que al tratarse de una persona de clase humilde, había sido confeccionada con telas y papiros empapados en yeso a modo de papel maché (por supuesto, esto no tiene nada que ver con las máscaras de los faraones que estaban hechas de materiales preciosos, como la conocida máscara de oro de Tutankhamón). Los científicos, después de emplear una moderna técnica que permite despegar las sucesivas capas que forman la máscara sin que se borre lo escrito sobre los papiros, han descubierto que uno de ellos contiene un fragmento del evangelio de Marcos. Y aunque todavía falta que se publique el estudio definitivo, los científicos creen que su origen se remonta al primer siglo de nuestra era, entre el año 80 y 90. Para fechar el texto, los especialistas se han basado, sobre todo, en la información proporcionada por el resto de papiros que formaban la máscara de la momia, en la paleografía (el modo de escribir de los antiguos escribas se fue modificando con el tiempo y permite ofrecer fechas aproximadas), e incluso en una datación de carbono 14. Así que, si Marcos escribió su evangelio en Roma, a donde habría acompañado al apóstol Pedro, y esta copia ya se

encontraba en Egipto sobre el año 80 d.C., deducimos que tuvo que ser escrito bastante antes, y que por supuesto, tuvo una amplia difusión desde que fue escrito.

Por lo tanto, ¿cuándo fue escrito el evangelio de Marcos? Probablemente en algún momento entre los años 40 a 65 d.C., seguramente en la primera parte de este periodo.

3. ¿Para quién se escribió?

Como ya hemos señalado, es posible que se escribiera en Roma y para la iglesia en aquella ciudad. Y aunque no podemos estar completamente seguros de esto, al examinar la evidencia interna del mismo evangelio, lo que sí que podemos afirmar con seguridad es que fue dirigido a personas que no eran judías. Esto se deduce por las siguientes razones:

- Emplea muchas más palabras de origen latino que cualquiera de los otros evangelios.
- Explica las palabras y costumbres judías que no serían entendidas por lectores romanos o gentiles. Por ejemplo la tradición de los ancianos de los judíos de lavarse las manos (**Mr 7:3**), o la fiesta de la pascua y los panes sin levadura (**Mr 14:1,12**), la víspera del sábado (**Mr 15:42**) y el sitio o ubicación de algunos lugares (**Mr 13:3**).
- Se omiten las profecías del Antiguo Testamento que serían desconocidas para los gentiles. Por ejemplo, a diferencia del evangelio de Mateo en que este tipo de referencias son muy numerosas, Marcos sólo recoge dos de ellas (**Mr 1:2-3**) (**Mr 15:28**).

¿Con qué propósito se escribió el Evangelio de Marcos?

1. Proveer a las generaciones futuras de una historia escrita sobre Jesús

Si bien Jesús no escribió ningún libro, lo que dijo fue atesorado por aquellos que le escucharon. Pero la perpetuación de las palabras y los hechos de Jesús no se podían confiar a la tradición oral. La única forma de evitar que todos estos hechos históricos se “corrompiesen” al ser transmitidos oralmente de una persona a otra era ponerlos por escrito cuanto antes. Así que ésta sería una de las razones por las que se escribieron todos los Evangelios.

2. Formar a los cristianos para dar testimonio de su fe

Como ya hemos mencionado en varias ocasiones, Marcos escribió su evangelio a partir de lo que muchas veces había escuchado predicar al apóstol Pedro. Así que, muy probablemente, lo que tenemos aquí sea un resumen de aquellos momentos del ministerio del Señor Jesucristo que él consideraba imprescindible que las nuevas generaciones de creyentes conocieran para tener una fe sólida que les permitiera edificar sobre un fundamento correcto las nuevas iglesias, les ayudara a dar un testimonio correcto del Señor, y también les animara para hacer frente a las duras pruebas por las que tarde o temprano tendrían que atravesar.

3. Presentarnos la persona de Jesús

Este es el principal propósito de toda la Escritura: revelar al Señor Jesucristo.

Dada la importancia de este propósito, lo examinaremos en un punto aparte.

La persona del Señor Jesús en el evangelio de Marcos

Al ir leyendo con atención el Evangelio de Marcos, nos damos cuenta de que contesta a tres preguntas que constituyen la médula del cristianismo:

- ¿Quién es Jesús?
- ¿Por qué vino?
- ¿Qué exige Jesús de los que quieren seguirlo?

I. ¿Quién es Jesús?

A lo largo de todo su evangelio, Marcos nos presenta al Señor Jesucristo con un dominio supremo ante cualquier situación con la que se enfrentara, lo que sirve para mostrarnos que él no era un hombre más.

- Por ejemplo, vemos que sorprendió a todos los asistentes en la sinagoga en Capernaum por su autoridad y poder en la enseñanza (**Mr 1:21-28**). En otras ocasiones los líderes religiosos de las distintas facciones del judaísmo le buscaban para hacerle preguntas enrevesadas con el fin de prenderle en alguna palabra, pero él siempre tenía la contestación apropiada que los dejaba en silencio. Cuando él hablaba era como si alguien encendiera de repente las luces en una habitación a oscuras. Su palabra siempre ponía fin a cualquier debate, era definitiva.
- Cuando se enfrentaba con Satanás y todos sus demonios, nadie podía hacerle frente. Satanás intentó tentarle sin éxito (**Mr 1:12-13**), y los demonios más feroces obedecían sin resistencia sus órdenes (**Mr 5:1-20**).
- Los enfermos le buscaban por cientos y ninguno de ellos regresó a su casa sin haber sido sanado (**Mr 1:32-34**). Con sólo tocarlos o pronunciar una palabra desaparecían las enfermedades más arraigadas e incurables que el ser humano ha conocido.
- Tenía una autoridad absoluta sobre la naturaleza, y con una palabra era capaz de calmar las tempestades (**Mr 4:35-41**). Sus mismos discípulos, experimentados marineros, se preguntaban: “¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?”.
- En otra ocasión, el Señor Jesucristo dejó perplejos a todos cuando le dijo a un paralítico: “Hijo, tus pecados te son perdonados” (**Mr 2:5**). La reacción de los que le acompañaban no se hizo esperar y rápidamente empezaron a murmurar: “¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” (**Mr 2:7**). Su razonamiento era lógico. El pecado es una ofensa contra Dios, de modo que sólo Dios puede perdonarlo. Por lo tanto, cuando Jesús hizo esta declaración, estaba diciendo que él mismo era Dios. Ahora bien, hablar de este modo es fácil, pero demostrarlo es algo muy diferente. Pero entonces, para convencer a todos los que dudaban de su autoridad para perdonar pecados, le dijo al paralítico que se levantara y se fuera a su casa, algo que el hombre hizo inmediatamente ante el asombro de todos (**Mr 2:11-12**).
- Los hombres decimos que todo tiene solución menos la muerte, pero el Señor Jesucristo se enfrentó a ella con total autoridad, resucitando a varias personas a lo largo de su ministerio. Marcos nos relata el caso de la hija de Jairo, a la que el Señor tomó de la mano y la llamó para que se levantara, como si la estuviera despertando del sueño (**Mr 5:35-43**). Y finalmente, él mismo salió victorioso de la tumba después de haber venciendo a la muerte.

No ha habido ningún hombre a lo largo de toda la historia de la humanidad que se pueda comparar con el Señor Jesucristo. Y Marcos nos ha proporcionado abundante información sobre él para que nosotros mismos nos preguntemos: ¿Quién es Jesús? De hecho, el mismo Señor quería que cada persona se hiciera esta pregunta. Tal era su interés que en un momento crucial de su ministerio preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?... Y vosotros, ¿quién decís que soy?” (**Mr 8:27-29**).

¿Qué podemos contestar a esto? Pues la única respuesta razonable es la que el mismo Marcos nos da en el primer versículo de su evangelio: “Jesucristo, el Hijo de Dios” (**Mr 1:1**).

Jesucristo es el Hijo de Dios. Esta misma declaración resuena una y otra vez a lo largo de todo el evangelio:

- Durante su bautismo, fue el mismo Padre quien se dirigió a él con estas palabras: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (**Mr 1:11**).
- Y otra vez en el monte de la Transfiguración: “Este es mi Hijo amado; a él oíd” (**Mr 9:7**).
- Fue presentado como el “hijo amado que es enviado” en la parábola de los viñadores homicidas (**Mr 12:6**).
- Y hasta los demonios que expulsaba lo proclamaban como “el Santo de Dios” (**Mr 1:24**) (**Mr 3:11**) (**Mr 5:7**).
- El centurión romano que estaba a los pies de la cruz también coincidió en afirmar: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (**Mr 15:39**).

No puede ser de otra manera. Es cierto que Jesús era un hombre, pero era mucho más que eso, era el Hijo de Dios que había venido a este mundo. Y esto nos lleva a la siguiente pregunta:

2. ¿Por qué vino a este mundo?

El Señor Jesucristo nos explicó la razón de su venida:

(Mr 10:45) “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

El vino a dar su vida en rescate por los pecadores. Quiere rescatarnos de nuestros pecados, del juicio y del infierno.

Ahora bien, esto nos lleva a hacernos otra pregunta: ¿Quiénes son los pecadores que necesitan esta salvación? ¿Quiénes son los buenos y quiénes son los malos?

Marcos nos ayuda nuevamente a contestar esta pregunta por medio de un relato muy conocido de su evangelio: el llamamiento de Leví (**Mr 2:13-17**). El Señor llamó a Leví, un conocido recaudador de impuestos, para que fuera uno de sus discípulos íntimos. En aquella época los recaudadores de impuestos no sólo eran traidores que se habían vendido a los invasores romanos por dinero, sino que también se caracterizaban por llevar una vida inmoral. Podemos imaginarnos la cara que pusieron los escribas y fariseos, personas muy religiosas y de una moralidad externa intachable, cuando vieron a Jesús sentado a la mesa en casa de Leví rodeado de publicanos y pecadores notorios de la sociedad. “¿Qué es esto, que él come y bebe con publicanos y pecadores?”, preguntaron con indignación.

Para contestar a su pregunta, el Señor usó de una nueva ilustración: el médico y los enfermos. El pecador es como un enfermo que necesita ser curado, y el Señor se presenta como el Médico divino que puede sanarlo.

(Mr 2:17) *“Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.”*

Ahora bien, ¿sólo los publicanos eran pecadores? ¿Qué diremos de los fariseos y de los escribas? Bueno, ellos no creían que fueran malos, de hecho, se sentirían profundamente ofendidos si alguien les planteara esa posibilidad. Ellos se creían buenos, o al menos no tan malos como los publicanos, lo que finalmente, según su propio criterio, les hacía buenas personas. Pero lo cierto era que debajo de su inmaculada apariencia religiosa, se escondía un corazón igualmente pecador, con los mismos bajos instintos que los de un publicano. Y Marcos rápidamente los va a descubrir. Un poco más adelante nos dice que *“los fariseos tomaron consejo con los herodianos contra Jesús para destruirle” (Mr 3:6)*. Y como ya sabemos, finalmente le crucificaron. No había ninguna duda de que ellos también eran pecadores que necesitaban un Salvador, su problema es que no querían admitirlo, su orgullo les impedía hacerlo.

Y aunque nos cueste reconocerlo, todos nosotros también somos pecadores y todos por igual necesitamos al Señor Jesucristo. Muchas veces nos justificamos a nosotros mismos pensando que no somos tan pecadores como otros, especialmente como los asesinos, violadores, pedófilos, ladrones... pero para el Señor todos estos pecados son igual de graves y acaban teniendo las mismas consecuencias que otros muchos a los que no damos tanta importancia. Fijémonos en lo que dijo el Señor Jesucristo haciendo un diagnóstico del corazón humano:

(Mr 7:21-23) *“Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.”*

Nosotros hacemos diferencia entre un homicidio y tener malos pensamientos, entre hurtar y engañar, entre el adulterio y la avaricia, pero para Dios cada uno de estos pecados indica por igual que el corazón del hombre está enfermo.

Ahora bien, ¿cómo iba a salvar a los hombres? La respuesta está en el versículo que hemos leído anteriormente: *“él vino a dar su vida en rescate por muchos” (Mr 10:45)*.

Cuando él murió en la cruz, él estaba pagando la culpabilidad de nuestros pecados. El justo estaba pagando por los injustos para llevarnos a Dios (**1 P 3:18**). Estaba pagando nuestro rescate para librarnos de la esclavitud.

3. ¿Qué exige Jesús de los que quieren seguirlo?

No basta con saber quién es Jesús, o incluso con saber a qué vino, hay que seguirlo, y eso tiene un precio. Tal como era su costumbre, el Señor Jesucristo se lo explicó a sus discípulos con total claridad:

(Mr 8:34-35) *“Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará.”*

En primer lugar es necesario *“negarse a uno mismo”*.

- Esto significa que debemos dejar de vivir para nosotros mismos, y empezar a vivir para él. Implica dejarle tomar las riendas de nuestra vida. Para ser un seguidor del Señor Jesucristo debemos cambiar toda nuestra forma de ver la vida: mi tiempo y la manera en que lo uso ya no lo decido yo, sino él, y lo mismo ocurre con mi dinero y lo que hago con él, mi trabajo, mi sexualidad, mi familia... Significa volver a colocar las cosas en el orden correcto, tal como nos enseña el Señor:

(Mr 12:30) *“Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento.”*

En segundo lugar dice que es necesario *“tomar su cruz”*.

- Cuando Jesús dijo estas palabras se dirigía hacia la cruz, y advirtió a sus discípulos que para poder seguirle, ellos también deberían tomar su cruz. Esto no quería decir que ellos también deberían morir literalmente junto a Jesús en el Gólgota, pero sí que tendrían que morir de algún modo. Por otras partes del evangelio sabemos que se refería al arrepentimiento de nuestros pecados, un arrepentimiento que implicaba necesariamente dar muerte a nuestros deseos y pasiones pecaminosas. Esto significa que le demos la espalda a lo que sabemos que es malo, y confiemos en lo que él hizo por nosotros en la cruz.

No hay duda de que se trata de una exigencia muy radical. Pero también es cierto que Dios ha hecho algo infinitamente más radical por nosotros: envió a su propio Hijo para morir por nuestros pecados en una vergonzosa cruz.

Por último, el Señor da una razón convincente por la que nos conviene aceptar estas condiciones:

(Mr 8:36) *“Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”*

Preguntas

1. ¿Cómo contestaría a alguien que le dijera que los evangelios no son relatos históricos fiables acerca de Jesús, sino que recogen tradiciones orales tardías?
2. ¿Cuál es la diferencia entre los evangelios canónicos (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) y los evangelios apócrifos?
3. ¿Con qué propósito se escribió el evangelio de Marcos?
4. Haga un resumen de la áreas de la vida en las que el Señor Jesucristo demostró que era mucho más que un hombre, que de hecho era el Hijo de Dios. Justifíquelo con algunas citas en el evangelio de Marcos.
5. Explique con sus propias palabras este versículo: *“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”* (Mr 10:45).

El Evangelio de Jesucristo - Marcos 1:1

(Mr 1:1) *“Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.”*

Introducción

Se ha dicho que este primer versículo funciona como un título del evangelio, y quizá sea cierto, pero al pensar en él sólo de esa manera, hay muchas posibilidades de que seamos tentados a no prestarle mucha atención, como si no formara parte del evangelio, cuando en realidad no es así.

Es verdad que el lector moderno de este evangelio puede leer este primer versículo sin que le diga nada nuevo, pero para los primeros receptores, que como ya consideramos en la Introducción eran gentiles del Imperio Romano, y que muy probablemente vivían en Roma, este primer versículo tuvo que causarles una impresión muy fuerte. De hecho, nos atrevemos a decir que el propósito de Marcos era precisamente ese, ganar su atención en el primer versículo y estimularles para que siguieran leyendo.

Ahora bien, ¿qué fue lo que pudo causar tanta sorpresa a los primeros lectores y que a nosotros nos pasa desapercibido? Esto será lo que tendremos que ir analizando a lo largo de este estudio.

Vamos a dividir nuestro estudio en varios apartados:

- I. El principio del evangelio
- II. El evangelio de Jesucristo
- III. El nombre: *“Jesús”*
- IV. El título: *“Cristo”*
- V. Su naturaleza divina: *“Hijo de Dios”*

“El principio del evangelio”

I. ¿Qué es el *“evangelio”*?

Algunos piensan que el *“evangelio”* es un género literario (obras que cuentan la historia de la vida y enseñanzas de Jesús) al que pertenecen los cuatro evangelios, y visto desde ese punto de vista, interpretan que cuando Marcos escribe *“principio del evangelio”*, lo que quería decir era algo tan obvio como que estaba dando comienzo a su escrito.

Y aunque es cierto que podemos pensar en los evangelios como un género literario, cuando Marcos escribía no tenía nada que ver con eso. La palabra *“evangelio”* es una de esas muchas palabras que ya existían en el mundo antiguo y que el cristianismo incluyó en su terminología. Por lo tanto, para entender correctamente lo que el evangelista quería decir con ella, debemos ver primero cómo se usaba en aquella época.

El término griego *“euangelion”* (*“evangelio”*) significaba *“buena noticia”*, *“anuncio alegre”* y se relacionaba frecuentemente con los emperadores romanos. Recordemos que el emperador romano se consideraba un dios, el señor del mundo, su salvador y libertador. Desde su punto de vista, el mundo estaba lleno de bárbaros incivilizados que había que conquistar para incorporar al Imperio Romano, la única alternativa válida al desorden y el caos en el que vivían los que todavía no formaban parte de él. Así pues, cada vez que el

emperador regresaba de una victoria militar por las que extendía aún más su imperio, se proclamaban *“las buenas noticias”*, el *“evangelio”*. El mundo estaba siendo transformado en un lugar mejor debido al César, y eso había que anunciarlo para su mayor gloria.

Habiendo entendido esto, podemos imaginarnos el impacto que estas primeras palabras pudieron causar en los receptores de este evangelio. Ellos habrían escuchado con frecuencia la frase *“el evangelio de César, el hijo de Dios”*, pero ahora Marcos había cambiado completamente la frase y les estaba diciendo que no eran los emperadores romanos los que iban a salvar el mundo, sino Jesucristo, el Hijo de Dios, y que por lo tanto había una alternativa al *“evangelio del César”*.

2. ¿Cuál es el principio del evangelio?

Ahora bien, notamos que Marcos nos habla del *“principio”* del evangelio. ¿A qué *“principio”* se refiere? Ya hemos dicho que no estaba anunciando simplemente el comienzo de su narración. El tenía otro propósito mayor que ese.

Por un lado, veremos en los siguientes versículos que Marcos comienza su relato del evangelio presentándonos la labor de Juan el Bautista, el cual vino en cumplimiento de lo que previamente habían anunciado los profetas de la antigüedad Malaquías e Isaías. Por lo tanto, lo que nos está diciendo es que el evangelio no comenzó cuando el Señor Jesucristo vino a este mundo, sino que siempre había estado en el corazón de Dios desde la eternidad. Los constantes anuncios que encontramos en el Antiguo Testamento acerca de la venida del Mesías, probaban que esto era así. De hecho, el mismo apóstol Pedro hace referencia al sacrificio de *“Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (1 P 1:19-20)*. Podemos decir que desde una perspectiva cronológica, el evangelio surge en la eternidad, mucho antes incluso de que el hombre hubiera sido creado o hubiera pecado, proveyendo una solución anticipada para la terrible situación que la caída introdujo en el mundo.

Pero por otro lado, la palabra *“principio”* también se puede referir al fundamento o la base de una cosa. Así se utiliza, por ejemplo, en el conocido versículo de Proverbios: *“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Pr 1:7)*. Y en este sentido, el evangelio se fundamenta o tiene su base en Jesucristo, el Hijo de Dios. Y esto nos lleva al siguiente punto.

“El Evangelio de Jesucristo”

Marcos comienza su evangelio haciendo una importante afirmación: *“el evangelio es de Jesucristo”*. ¿Qué quería decir con esto?

I. El evangelio trata acerca de Jesucristo

Es cierto que a través de sus relatos nos vamos a encontrar con muchas personas de cierta relevancia (los apóstoles, las autoridades judías o romanas, los miembros de las diferentes sectas del judaísmo, multitudes o individuos necesitados...), pero sin embargo, es la Persona de Jesucristo quien resplandece sobre todas las demás, mostrando una gloria única e inigualable. Sin él en el centro, toda la narración pierde su brillo y su vida.

Y aquí quizá sea necesario detenernos por un momento para hacer una reflexión: es fácil caer en la tentación de desplazar a Jesucristo del centro del Evangelio para colocar en su lugar otras cosas; una iglesia, un líder, una estrategia... o cualquier otra idea bajo el signo de la modernidad. Si esto hacemos, inevitablemente el Evangelio perderá su poder y su relevancia.

2. El evangelio se basa en la persona y la obra del Señor Jesucristo

El Evangelio revela el plan de Dios para la salvación del hombre. Y este plan tiene su sólido fundamento en quién es Jesús y en lo que él hizo por los pecadores muriendo en una cruz y resucitando al tercer día.

Sólo podemos ser salvados de nuestros pecados por la fe en él y en su obra. En esto consiste el Evangelio.

3. El evangelio de Jesucristo y el del César

Antes de continuar, hagámonos una reflexión: ¡Qué diferente es “*el evangelio de Jesucristo*” anunciado por los profetas y el “*evangelio del César*”!

- El primero ha liberado y sigue haciéndolo a millones de personas en todo el mundo, mientras que del segundo, apenas nos quedan unas cuantas ruinas para distracción de los turistas. El César, al igual que muchos otros políticos desde entonces, han prometido un mundo mejor que nunca llega.
- Los beneficios del evangelio de Jesucristo son universales y se otorgan a todos por igual. Se ofrece a marginados, pecadores, pobres y ricos, judíos y gentiles, cultos e incultos, jóvenes y mayores, sin distinción de raza o nación... En contraste, los que se beneficiaban de las buenas noticias del César eran siempre los mismos; los privilegiados y los poderosos.
- Jesucristo nos salva entregando su propia vida en la cruz, mientras que los emperadores romanos imponían su autoridad por medio de sangrientas campañas militares que dejaban miles de muertos.
- Jesucristo gana nuestros corazones por amor, mientras que César lo hacía por la fuerza y el miedo.

El nombre: “*Jesús*”

“*Jesús*” es un nombre hebreo que significa “*Jehová es salvación*”.

Aunque era un nombre bastante común entre los judíos, en su caso le fue dado por indicaciones de un ángel y apuntaba al servicio que iba a llevar a cabo a favor del hombre.

(Mt 1:21) “Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.”

Es cierto que el hombre no parece estar muy preocupado por el pecado (en las encuestas se manifiestan otros intereses como el terrorismo, la crisis, el paro, la corrupción política, el hambre en el mundo, la violencia de género...), sin embargo, el pecado del hombre es la verdadera causa de nuestros problemas. El pecado destruye nuestras propias vidas y por él hacemos daño a los que nos rodean.

Y haciendo honor a su nombre, Jesús vino a terminar con la causa de nuestros problemas, y por supuesto, también lo hará con sus consecuencias.

El título: “Cristo”

1. ¿Qué significa el título “Cristo”?

Aunque llegó a formar parte de su nombre (“Jesucristo”), en realidad era un título: “Jesús el Cristo”.

“Cristo” es la traducción griega del término hebreo “Mesías”, que en español significa “Ungido”.

En el Antiguo Testamento servía para referirse a personas que eran capacitadas por Dios para una tarea particular a favor de su pueblo. Se exteriorizaba esa capacitación ungiendo con aceite a la persona en cuestión.

Aunque el título se aplicaba a reyes, profetas y sacerdotes, el Antiguo Testamento se centraba en anunciar la venida del Mesías, el Ungido de Jehová, alguien único que llevaría a cabo una misión especial.

2. ¿Por qué el Señor Jesús ocultaba con frecuencia que él era el Cristo?

Una de las características del evangelio de Marcos es la frecuencia con la que Jesús ordenaba a ciertos personajes (espíritus inmundos, demonios, personas beneficiadas por algún milagro, discípulos ...) que guardasen silencio y no desvelasen a nadie que él era el Cristo. Es un hecho indiscutible que el evangelio de Marcos, de manera mucho más acentuada que los demás sinópticos, destaca el secreto con que Jesús quería encubrir su identidad durante su vida en la tierra. ¿A qué se debe esta insistente orden de Jesús para que se guardara silencio sobre quién era realmente?

Para comprenderlo, tenemos que recordar el ambiente que se respiraba entre los judíos en aquellos días de ocupación romana. Todos esperaban un mesías libertador, un caudillo militar que les guiara a la victoria sobre los odiados romanos. En este contexto, si Jesús hubiera declarado abiertamente que él era el Mesías anunciado por las Escrituras, habría provocado una interpretación equivocada sobre su misión y sus mismos seguidores habrían creado un movimiento político que habría terminado en una lucha sangrienta con los romanos.

3. ¿Qué tipo de Mesías es Jesús?

El punto anterior nos obliga a preguntarnos ¿qué tipo de Mesías es Jesús?

Entre los judíos había un acuerdo general en el sentido de que el Mesías sería una especie de Moisés que liberaría a la nación de Israel, establecería su trono en Jerusalén como David, aplastaría a quienes hacían sufrir al pueblo, gobernaría con justicia y restauraría la riqueza a la nación judía de una manera nunca antes conocida. El Mesías sojuzgaría a las naciones gentiles, sus reyes le servirían, e Israel ya no volvería a ser esclavo de nadie, sino que ocuparía un lugar de supremacía en el mundo.

No cabe duda de que muchas profecías del Antiguo Testamento confirmaban esta esperanza judía, y los mismos discípulos de Jesús esperaban que él fuera un Mesías de ese tipo. Por esa razón, no es extraño encontrar en las páginas del evangelio de Marcos a los discípulos ambicionando el poder y los puestos de mayor dignidad dentro del reino de Jesús (**Mr 9:33-34**) (**Mr 10:35-36**). Y también por eso, cuando el Señor les decía que iba a Jerusalén a morir en una cruz, ellos no lo aceptaban, incluso se oponían a sus planes (**Mr 8:31-32**).

Y de alguna manera, todos nosotros preferimos también a un Mesías como el que esperaban los judíos. ¿Quién quiere negarse a sí mismo y tomar una cruz para seguir a

Jesús? En el fondo de nuestro ser nosotros también deseamos poder, riquezas, fama y superioridad como ellos. Queremos un Mesías que haga lo que le pedimos, que gane nuestras guerras, destruya a nuestros enemigos y nos exalte. Un Mesías que adapte su voluntad a nuestros deseos y necesidades, que se dedique a servirnos a nosotros más que al resto de la humanidad. Y de hecho, muchos predicadores modernos no sienten ningún rubor en decirlo claramente desde sus púlpitos, y a todos los que les escuchan les prometen prosperidad, salud, riqueza, bienestar y todo tipo de éxitos en la vida.

Pero era evidente que Jesús no era ese tipo de Mesías que ellos esperaban, o al menos no se presentó así en su primera venida. En tres ocasiones diferentes les anunció solemnemente que se dirigía a Jerusalén para morir en una cruz, no para sentarse en un trono **(Mr 8:31) (Mr 9:30-31) (Mr 10:32-34)**. El evangelista nos lo presenta una y otra vez como el Siervo de Jehová descrito en Isaías **(Is 52:13-53:12)** que venía a dar su vida para rescatar a los hombres de sus pecados **(Mr 10:45)**.

Por supuesto, también es verdad que un día volverá en gloria para sentarse en el trono de David, tal como el Antiguo Testamento había anunciado, pero era necesario que primero viniera a salvar a los pecadores entregando su propia vida por ellos. Y esta necesidad era la que ignoraban los judíos. El hombre es pecador y necesita ser salvado antes de que pueda ser gobernado por un Rey justo como el Señor.

Así que, podemos resumir este punto diciendo que en su primera venida Jesús fue un Mesías sufriente que moría para salvar a los hombres de sus pecados, y que invitaba a sus discípulos a unirse a él por el camino del arrepentimiento y la fe. Pero en su segunda venida se presentará como el Rey glorioso que viene a juzgar este mundo con justicia y a sentarse en su trono para reinar.

Su naturaleza: “El Hijo de Dios”

Y llegamos a la última expresión de este versículo, que sin duda es la que más controversia ha creado.

4. ¿Qué significa el título “Hijo de Dios”?

Algunos han interpretado la afirmación de que Jesús es el “Hijo de Dios” como si fuera un ser creado por Dios. Usando una lógica humana deducen que alguien que es “hijo de” necesariamente es un ser que debe su vida a su progenitor, y por lo tanto, ha tenido un comienzo a su existencia, lo que implicaría necesariamente que no puede ser Dios, sino otro ser creado. Así razonan algunas religiones en nuestros días, como los llamados “Testigos de Jehová”.

Por otro lado, cuando los musulmanes escuchan a los cristianos afirmar que Jesús es el Hijo de Dios, les parece una auténtica barbaridad, porque interpretan que lo que estamos diciendo es que Dios mismo tuvo relaciones sexuales con la virgen María para engendrar a Jesús.

Evidentemente, en un contexto humano podemos usar estos argumentos, pero esto no tiene nada que ver con la forma en la que se emplea el término en la Biblia en relación a Dios.

Fundamentalmente podemos decir que cuando los autores del Nuevo Testamento usaban la expresión “Hijo de Dios” para referirse a Jesús, no estaban pensando en la cuestión de su “engendramiento”. Lo que ellos entendían con el término “hijo de” era que la persona “participaba de la misma naturaleza de”.

- Por ejemplo, Jesús llamó a Juan y Jacobo “*hijos del trueno*” (**Mr 3:17**). Esto no quería decir, evidentemente, que hubieran sido engendrados por un trueno, sino que participaban de la naturaleza violenta y explosiva del trueno.
- De la misma forma debemos entender las expresiones: “*hijos de la promesa*” (**Ga 4:28**), “*hijos de desobediencia*” (**Ef 2:2**), “*hijos de ira*” (**Ef 2:3**), “*hijos de luz e hijos del día*” (**1 Ts 5:5**), “*hijos de maldición*” (**2 P 2:14**)...

Por lo tanto, cuando se aplica el término “*Hijo de Dios*” al Señor Jesucristo, lo que se quería expresar es que participaba de la naturaleza divina. Es decir, era una afirmación de su divinidad.

Así lo entendieron los judíos que escucharon a Jesús decir que era Hijo de Dios. Y por eso mismo intentaron matarle, por cuanto entendían que se estaba haciendo Dios, lo que indudablemente era una gran blasfemia para ellos.

(Jn 5:18) “*Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios.*”

5. ¿Qué implica que Jesús sea el Hijo de Dios?

El hecho de que Jesús sea el Hijo de Dios se reviste de una importancia enorme para nosotros, ya que nuestra salvación no depende de ningún hombre, que tarde o temprano nos defraudará, sino del mismo Hijo de Dios.

Ya hemos comentado anteriormente cómo era el evangelio del César. Al fin y al cabo, aunque se creía divino, realmente era sólo un hombre, y como tal, no pudo llevar a este mundo a su realización plena, ni mucho menos. Y desde entonces, todos los gobernantes y políticos que han surgido desde que desapareció el Imperio Romano tampoco han logrado mejorar en nada este mundo.

Y quizá hoy más que nunca, el ser humano siente una profunda insatisfacción y desencanto por la forma en la que funciona este mundo. Pero la solución no la tiene ningún hombre, sólo el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo.

Conclusión

En este estudio hemos tenido ocasión de ver que el Evangelio se centra en la persona de Jesús, el Salvador. Sin Jesucristo no hay “buenas noticias” para la humanidad.

Y que Jesús es el Hijo de Dios, es decir, no sólo un gran hombre con muchas habilidades, sino Dios hecho Hombre. Es alguien en quien podemos confiar, estando seguros de que no nos va a defraudar.

Preguntas

1. Razone en qué sentido “*el Evangelio es de Jesucristo*”.
2. Explique que diferencia había entre la forma en que la palabra “*evangelio*” se usaba en el mundo romano y en las Escrituras.
3. ¿Cómo se relaciona el nombre “*Jesús*” con el título “*el Cristo*”?
4. ¿Qué significa el título “*Hijo de Dios*”?
5. ¿Qué importancia tiene el título Hijo de Dios en el Evangelio de Marcos?

La predicación de Juan el Bautista - Marcos 1:2-4

(Mr 1:2-4) “Como está escrito en Isaías el profeta: He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas. Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados.”

Introducción

En nuestro estudio anterior estuvimos hablando acerca del “*principio*” del evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios. Y dijimos que desde una perspectiva cronológica, el evangelio tuvo su origen mucho antes de que viniera el Señor Jesucristo. De hecho había estado en el corazón de Dios desde la eternidad y también había sido anunciado previamente por los profetas del Antiguo Testamento.

Así pues, antes de que el evangelista nos presente públicamente al Señor Jesucristo, va a hablarnos del cumplimiento de ciertas profecías que encontramos en Isaías y Malaquías, que anunciaban la venida de un mensajero que prepararía el camino al Mesías.

Este mensajero es identificado como Juan el Bautista, quien fue reconocido por el pueblo como un profeta de Dios. Y en cuanto a su misión, consistió en anunciar la inminente venida de Uno inmensamente más importante que él, razón por la cual todas las personas sin distinción debían prepararse para su encuentro.

Pero las profecías de Isaías y Malaquías no sólo anunciaban que el Mesías sería precedido por un mensajero que prepararía su camino, también anticipaban quién sería realmente ese Mesías y qué venía a hacer.

En esta ocasión vamos a dividir nuestro estudio en dos partes:

- I. Jesús es el Mesías anunciado por el Antiguo Testamento
- II. El ministerio preparatorio de Juan el Bautista

Jesús es el Mesías anunciado por el Antiguo Testamento

Empezamos, por lo tanto, viendo que el evangelio de Jesucristo había sido anunciado previamente por los profetas del Antiguo Testamento. Con esto coincide también el apóstol Pablo.

(Ro 1:1-3) “... el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo ...”

I. El carácter sobrenatural de la Biblia

Este hecho es importante porque nos demuestra una vez más que el hombre puede confiar en la Biblia como la Palabra inspirada de Dios.

Durante siglos Dios había estado haciendo diferentes anuncios proféticos sobre la figura del Mesías que finalmente fueron cumplidos con total exactitud en la persona del Señor Jesucristo. Estas profecías abarcaban innumerables detalles de la vida y la obra del Mesías, desde su nacimiento hasta su muerte y resurrección. De entre todo ese extenso material, Marcos recoge al comienzo de su evangelio las profecías de Isaías y Malaquías que adelantaban que el Mesías sería precedido por un heraldo que prepararía su camino. Esto se cumplió en Juan el Bautista y su ministerio.

En este punto debemos recordar el carácter sobrenatural de la Palabra de Dios, que se aprecia en su unidad y continuidad. Muchas personas ignoran muchos de los detalles básicos acerca de la formación de la Biblia, y por eso mismo no logran apreciar su carácter sobrenatural.

- La primera cosa que debemos saber es que aunque nosotros conocemos la Biblia como un solo libro, en realidad se trata de una colección de 66 libros que fueron escritos por 40 autores diferentes que vivieron a lo largo de un periodo de unos 1.600 años.
- Sus autores procedían de los más diversos lugares y situaciones: había reyes, campesinos, filósofos, hombres de estado, pescadores, médicos, eruditos, poetas, cobradores de impuestos, rabinos, pastores, agricultores...
- Vivieron en tres continentes diferentes: Asia, Africa y Europa.
- Su cultura, las experiencias existenciales por las que pasaron, sus propios caracteres, eran completamente diferentes.
- Escribieron en tres idiomas distintos: hebreo, arameo y griego.
- Usaron de una gran variedad de estilos literarios: historia, leyes civiles, penales, rituales, poesía, tratados didácticos, alegoría, biografía, correspondencia personal, memorias, profecía y escritos apocalípticos.

Debido a toda esta diversidad, y teniendo en cuenta que en sus escritos tratan de uno de los asuntos más controvertidos, la Biblia por fuerza natural debería ser la más discordante y contradictoria colección de opiniones humanas que el mundo jamás haya visto. Y es precisamente aquí donde está el milagro. La Biblia es el más homogéneo, ininterrumpido, armonioso y ordenado relato de la historia de los tratos de Dios con el hombre que este mundo ha conocido. Sin duda, todo esto exige un milagro. ¿De qué otra manera podríamos explicar que un grupo de hombres que no se conocieron entre sí, pudieran escribir sobre un tema tan controvertido con esta unidad? ¿Acaso hay algún otro libro parecido en la historia de la humanidad? La Biblia es sin duda un libro único.

Y esta milagrosa continuidad de la Biblia se observa también en el cumplimiento de muchas profecías como las que ahora estamos considerando y que anticipaban la venida del Señor Jesucristo.

2. Las profecías tenían el propósito de ayudar a identificar al Mesías

Por otro lado, todas estas profecías tenían el propósito de servir a los judíos para que identificaran al Mesías cuando apareciera en la historia, cerrando de ese modo el paso a cualquier impostor.

Toda la información que ellos necesitaban estaba en el Antiguo Testamento, y debería haber servido para que los judíos, y en especial sus líderes religiosos, hubieran reconocido al Señor Jesucristo como su Mesías esperado. Pero paradójicamente no lo hicieron, algo que por otro lado también habían anunciado los profetas.

En cualquier caso, lo primero que ahora debemos tener en cuenta es que el Mesías no se iba a presentar por su propia cuenta, promocionándose a sí mismo, tal como hicieron algunos falsos mesías antes de los tiempos de Jesús (**Hch 5:36-37**). El Antiguo Testamento anunciaba que el verdadero Mesías vendría precedido por un notable precursor quien prepararía el camino al Mesías, haciendo que multitudes de Israelitas se arrepintieran de sus pecados y se convirtieran al Señor.

3. Una aclaración sobre las profecías del Antiguo Testamento

Antes de comentar brevemente lo que Isaías y Malaquías escribieron, debemos aclarar dos cosas acerca de las profecías del Antiguo Testamento.

Lo primero a tener en cuenta, es que muchas de estas profecías tenían más de un cumplimiento. Era frecuente que los profetas anunciaran un evento que ocurriría a corto plazo, en su misma época o poco tiempo después, pero que ese primer cumplimiento no agotara todo el propósito de la profecía, haciendo referencia en muchas ocasiones a la venida del Mesías.

Y lo segundo, es que las circunstancias en las que tenía lugar el primer cumplimiento de una profecía, constituían un patrón o modelo que anunciaba algún detalle de la vida del Mesías.

4. La profecía de Isaías

Comencemos viendo la profecía de Isaías a la que Marcos se refiere al comienzo de su evangelio:

(Is 40:3-5) “Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane. Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado.”

Empecemos por preguntarnos: ¿en qué contexto escribió Isaías esta profecía? ¿Cuál fue su primer cumplimiento? Israel había ignorado las numerosas advertencias de Dios para que cambiaran su comportamiento. Finalmente Dios cumplió su palabra y los entregó en manos de los babilonios que los llevaron en cautiverio. En medio de esas circunstancias, Isaías anunció que Dios mismo, pasado un tiempo, volvería a buscarlos allí donde habían sido llevados cautivos. El camino para ese encuentro, toda la región desértica entre Babilonia e Israel, debía ser preparado. Esta labor sería anunciada por un heraldo o mensajero real. Esta profecía se cumplió en el siglo VI a.C., cuando después de setenta años de cautiverio, Dios fue a buscarlos a Babilonia para llevarlos de nuevo a Israel.

¿Cuál fue su segundo cumplimiento? ¿Cómo la aplicaron los evangelistas? El regreso del cautiverio en Babilonia fue un patrón o tipo de aquella liberación mucho más gloriosa que iba a llevar a cabo el mismo Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, y de la que Juan el Bautista sería su mensajero, la voz de uno que clamaba en el desierto.

En este punto es importante subrayar que quien iba a llevar a cabo la obra de salvación a favor de la humanidad sería Dios mismo. Según Isaías, a quien había que preparar el camino era a Jehová (**Is 40:3**). Es interesante notar que Marcos identifica el Jehová del Antiguo Testamento con Jesucristo.

¿En qué consistía la preparación del camino? Era costumbre antigua que si un rey iba a visitar alguna parte de su reino, enviara un mensajero delante de él para que el camino fuera preparado. Éste encargaría a cada población por donde el rey había de pasar para que se ocupara de quitar los baches y montículos que hubiera en el camino dentro de su término. Ahora era Juan el Bautista quien anunciaba la venida del gran Rey y el camino que debía ser preparado era el corazón de los hombres. La preparación que había de llevar a cabo consistía en denunciar el pecado del pueblo y hacer un llamamiento al arrepentimiento.

Había aspectos “torcidos” en sus vidas que debían ser enderezados, altibajos (valles y montañas) que habían de ser aplanados para facilitar la venida Rey. Podemos pensar en

los valles como aquellas cosas bajas, ocultas y despreciables de nuestra personalidad. Y en los montes como el orgullo y la altivez del corazón.

5. La profecía de Malaquías

(Mal 3:1) *“He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos.”*

Comencemos por preguntarnos nuevamente cuál fue el contexto original de esta profecía. Cuando leemos el profeta Malaquías, lo primero que notamos es que esta cita tenía cierto tono de amenaza. Esto era así porque los sacerdotes estaban incumpliendo sus deberes. Las ofrendas que presentaban eran de animales defectuosos y tarados; el culto del templo les resultaba fastidioso. Por lo tanto, el mensajero de Dios comenzaría por limpiar y purificar el culto del templo antes de que viniera el Ungido de Dios.

Este mensajero del que habla Malaquías, que se interpretaba comúnmente como el precursor del Mesías, Marcos lo asocia con Juan el Bautista. Y tanto aquí, como en la profecía de Isaías, se resalta el hecho de que era necesaria la preparación para ir al encuentro de Dios.

Y nuevamente, otro detalle importante que surge de la comparación entre el texto de Marcos y la cita tal como la encontramos en Malaquías, es que quien iba a venir era nada más y nada menos que el mismo Dios. Notemos que en el texto original de Malaquías dice: *“Yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí”*, pero Marcos, al citarlo, cambia el final (*“delante de ti”*), sugiriendo nuevamente que Jesús es Jehová mismo, que viene a su pueblo, encarnado en la persona de Jesucristo. Sería difícil exagerar la importancia del ministerio de Juan al preparar el camino para tal visitante.

El ministerio preparatorio de Juan el Bautista

1. Después de siglos de silencio, nuevamente se volvía a escuchar la voz de Dios

Después de más de cuatro siglos de silencio, se volvía a oír la voz de Dios por medio de un profeta. Este hecho, unido al ambiente que se respiraba entre los dirigentes religiosos de su tiempo, que parecían sólo preocupados por el dinero y el poder político, despertó una gran expectación en medio del pueblo que se sentía como el salmista.

(Sal 63:1) *“Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas.”*

Además, debemos notar también que el mensaje de Juan el Bautista llegaba a un pueblo desolado y afligido que aún estaba bajo el castigo de Dios. Hacía siglos que, con escasos períodos excepcionales, los judíos estaban dominados por poderes extranjeros, añorando su liberad como nación. Sin embargo, la auténtica desolación del pueblo no era política, sino moral y espiritual. Ahora, con la llegada de Cristo, precedida por el ministerio de Juan, llegaba la esperanza prometida. El tiempo se había cumplido.

2. Juan el Bautista, el heraldo del Mesías

Juan apareció, por lo tanto, como un heraldo. Su cometido era anunciar la proximidad del Rey y preparar su camino.

Su ministerio fue tan importante que los cuatro evangelistas lo recogen. La razón de esta popularidad nos la explica el apóstol Juan: *“Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan” (Jn 1:6)*. El pueblo reconoció el hecho de que Juan el Bautista era un

verdadero profeta de Dios, y todo lo relacionado con su vida confirmaba la realidad de esa convicción.

3. La urgencia de su mensaje: *“El Reino de los cielos se ha acercado”*

Según el evangelio de Mateo, Juan el Bautista comenzó su ministerio con el siguiente anuncio: *“El Reino de los cielos se ha acercado” (Mt 3:2)*. Para un judío conocedor de las Escrituras, aquella frase significaba el cumplimiento de las profecías de Daniel en relación con los últimos tiempos, cuando los grandes imperios prefigurados en el sueño de Nabucodonosor serían sustituidos por el reino de Dios. El mismo Daniel había anunciado que uno semejante a un hijo de hombre vendría hasta el Anciano de días para recibir un dominio que no pasaría, un reino que no sería destruido. Y también había predicho que la grandeza de todos los reinos debajo del cielo serían dados a los santos del Altísimo (Dn 7:1-18).

Y lo que Juan estaba anunciando era que por fin la venida tan largamente esperada de este Rey y de su reino eran inminentes. Él mismo era su precursor.

Sin embargo, Juan insistió en el cumplimiento de ciertos requisitos preliminares para poder participar de ese reino. Y como ya hemos mencionado, esos requisitos eran espirituales.

El mensaje de Juan es muy pertinente también para nuestros tiempos. Si queremos que Dios venga a nuestras vidas tendremos que preparar nuestros corazones por medio del arrepentimiento. Esta es una responsabilidad para cada uno de nosotros.

4. El lugar donde predicaba: *“el desierto”*

Juan el Bautista no desarrolló su ministerio en las grandes ciudades, sino que se fue al desierto. No les puso las cosas fáciles a los judíos de su tiempo. En la mayoría de los casos, las personas tendrían al menos un día de viaje a pie para poder ir a escucharle. Y lo sorprendente es que la gente dejaba sus ocupaciones para ir en masa a donde él predicaba. Esto implicaba que la gente tenía a Juan por un gran profeta de Dios, pero también ponía en evidencia el hambre espiritual del pueblo.

En cuanto al lugar de su ministerio, hay que decir que toda la vida de Juan el Bautista había estado ligada al desierto. Lucas nos dice que antes de que se manifestase al pueblo estuvo en *“lugares desiertos” (Lc 1:80)*. Su formación no tuvo lugar en las escuelas rabínicas de su tiempo, sino estando en la soledad con el Señor.

Mateo nos explica que cuando comenzó su ministerio fue al *“desierto de Judea” (Mt 3:1)*. Esta es la región que se ubica entre Jerusalén y el valle del Jordán, a lo largo del Mar Muerto (buscar en un atlas bíblico). No era un lugar totalmente desértico, sino una zona montañosa, de poco uso para la agricultura.

¿Qué atrajo a Juan al desierto? Como ya hemos dicho, podría haber sido simplemente la soledad de un lugar donde poder dedicarse a buscar a Dios, evitando las tentaciones y distracciones de la vida urbana. Y aunque sin duda esto era cierto, debemos notar también que en el Antiguo Testamento, el *“desierto”* tenía otras connotaciones. Dios había hablado a Israel en el desierto antes de que entraran a la tierra prometida. Y el profeta Oseas lo identifica como el lugar donde se efectuaría la reconciliación con Dios, y donde Israel hallaría la renovación espiritual.

(Os 2:14) “Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón.”

5. El bautismo para arrepentimiento

El mensaje de Juan el Bautista se centró en anunciar la inminente venida del Rey prometido en el Antiguo Testamento, el Mesías. Estas fueron sus palabras:

(Mr 1:7) “Y predicaba, diciendo: Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado”

Evidentemente el Rey venía para gobernar en la vida de los hombres, y Juan había venido para anunciar que era imprescindible que cada persona se preparase para poder entrar en su reino.

Este detalle era muy importante. La mayoría de los judíos pensaban que disfrutarían inmediatamente del reino de Dios desde el mismo instante en que el Mesías apareciera, pero lo que Juan el Bautista les estaba diciendo era que no sería algo automático, y que de hecho, sólo disfrutarían de su reino si preparaban sus corazones por medio del arrepentimiento. Por lo tanto, además de anunciar la venida del Mesías, la predicación de Juan incluía una insistente llamada al arrepentimiento.

Juan tuvo que aclararles esto, puesto que muchos pensaban que al ser descendientes directos de Abraham y practicar ciertos ritos religiosos externos como la circuncisión o el día de reposo, ya estaban preparados para entrar en el reino de Dios. Pero Juan les advirtió seriamente de su equivocación:

(Lc 3:7-9) “Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: ¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego.”

De nada les iba a servir alegar que eran descendientes de Abraham, o que vivían en conformidad con ciertos ritos religiosos. Lo único que les prepararía para entrar en el reino de Dios sería su renuncia al pecado y volverse sinceramente a Dios, de otro modo, no estarían preparados para su venida. Además, ese cambio debería manifestarse por medio de “frutos dignos de arrepentimiento”.

Una vez más observamos que el corazón de los hombres no ha cambiado a lo largo de los siglos. Hoy también hay muchas personas que piensan que van a entrar en el reino de Dios por razones muy parecidas a las de los judíos. Por ejemplo, los musulmanes están seguros de su entrada al paraíso por el hecho de ser musulmanes y practicar ciertos ritos religiosos como el ayuno o la oración. Tampoco es difícil encontrar a católicos que confían en su entrada al cielo por el hecho de pertenecer a esa antigua religión. Muchos cristianos evangélicos piensan que también serán recibidos en el reino de Cristo porque van a una iglesia evangélica, cantan en el coro, ayunan y diezman con frecuencia. Pero como Juan el Bautista advirtió muy claramente, nada de todo esto sirve si no hay un verdadero cambio de corazón y de mente.

Por eso, el llamamiento al arrepentimiento que hizo Juan sigue teniendo la misma importancia también para todos nosotros. Como habían anunciado los profetas de la antigüedad, en nosotros también hay montañas y cerros de orgullo y obstinación que tienen que ser nivelados; caminos torcidos y desviados que tienen que enderezarse; escabrosidades que tienen que allanarse, antes de que podamos mirar la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo.

El arrepentimiento, según la traducción literal de la palabra griega, es “un cambio de mente”, lo que necesariamente implica también un cambio en la actitud de la voluntad. El

alma no arrepentida escoge su propio camino y voluntad, sin considerar la ley de Dios. Pero en el arrepentimiento el alma cambia de actitud.

En cualquier caso, debemos aclarar que el arrepentimiento no es una especie de buena obra que debemos hacer para conseguir merecer la gracia y el perdón de Jesucristo. No tiene nada que ver con eso. El arrepentimiento implica todo lo contrario; es un reconocimiento explícito de que no merecemos formar parte de su reino, que nuestras vidas no son dignas de tal privilegio, y conscientes de ello, suplicamos su gracia al mismo tiempo que expresamos nuestro deseo genuino y sincero de apartarnos del pecado con la ayuda de Dios.

Durante el ministerio de Juan, este arrepentimiento era simbolizado por el “*bautismo de arrepentimiento*”. Pero no lo olvidemos, ese bautismo era solamente un símbolo, y como tal, no servía de nada si no se cumplía aquello que simbolizaba. Y eso fue exactamente lo que Juan les dijo a los fariseos y saduceos que venían a ser bautizados. Él se dio cuenta de que sus intenciones no eran nobles. Probablemente fueron llevados al bautismo por el temor a ser cuestionados por el pueblo si no se unían a Juan el Bautista, que como ya sabemos, gozaba de un amplio reconocimiento entre el pueblo como profeta de Dios. Pero cumplir con un rito religioso externo porque “todo el mundo lo hace”, no sirve para nada. Si el bautismo no se correspondía con un deseo genuino de conversión y de verdadero repudio de la vida anterior, no serviría para nada. Por eso, el Bautista les advirtió seriamente que debían hacer frutos dignos de arrepentimiento, porque de otro modo, el hacha ya estaba puesta a la raíz de los árboles y todo árbol que no diera buen fruto sería cortado y echado al fuego.

En realidad, los principales sacerdotes, los fariseos, los escribas y los ancianos del pueblo nunca llegaron a apoyar de corazón el bautismo de Juan. De hecho, cuestionaban que fuera realmente de Dios (**Mr 11:27-33**). Su actitud fue muy diferente de la del pueblo y de aquellos que eran notorios pecadores como los publicanos:

(Lc 7:29-30) “Y todo el pueblo y los publicanos, cuando lo oyeron, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan. Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, no siendo bautizados por Juan.”

¿Por qué las personas más religiosas del pueblo no se bautizaron? Bueno, esta es una cuestión muy importante y que se repite una y otra vez. La respuesta es que a ellos les desagradaba el bautismo de Juan porque los colocaba en el mismo plano de fracaso moral y espiritual que el resto de las personas. Para cualquiera de aquellos religiosos habría sido humillante colocarse en la misma fila que un cobrador de impuestos o una prostituta, esperando para ser bautizados por Juan. En realidad, ellos creían que ya eran buenos, que no necesitaban arrepentirse y preparar su corazón para la venida del Mesías. Pero la realidad era muy distinta. Aunque se creían buenos, ellos eran tan malos o peores que el resto del pueblo. Y finalmente lo demostraron cuando todos ellos se unieron para pedir a Pilato que crucificara a Jesús. Ellos creían que eran los únicos que estaban preparados para entrar en el reino de Dios, y que cuando viniera el juicio y la ira de Dios sobre la humanidad, ellos iban a quedar a salvo, cuando la verdad era que ellos serían los primeros sobre los que caería.

6. Anunciaba el perdón de pecados

El Bautista rompió todos los moldes religiosos de su tiempo. En aquella época, el perdón de pecados se ofrecía en el Templo después de la realización de diferentes sacrificios bajo la dirección de los sacerdotes. Juan el Bautista, sin embargo, a pesar de ser hijo de un sacerdote llamado Zacarías (**Lc 1:5**), salió del Templo y se fue al desierto. Allí

anunciaba el perdón de pecados a todas las personas del pueblo que venían él: Publicanos (**Lc 3:12**), soldados (**Lc 3:14**), fariseos y saduceos (**Mt 3:7**).

Les anunciaba el perdón de pecados por medio de un bautismo para arrepentimiento, pareciendo ignorar los sacrificios que se hacían en el Templo. Y en lugar de dirigir al pueblo hacia sus dirigentes espirituales, anunciaba la venida de Uno que estaba entre ellos y que era el Mesías.

¿Qué relación había entre el bautismo de Juan y el perdón de pecados? Algunos han interpretado que el rito del bautismo confería la remisión de los pecados. Pero en realidad, no debemos relacionar el perdón de pecados con el bautismo de Juan.

- Por un lado, como ya hemos señalado, el perdón de los pecados no debemos relacionarlo con el hecho externo del bautismo, sino con el arrepentimiento, que es una actitud interna del corazón.
- Y por otro lado, tal como veremos en los próximos versículos, el bautismo de Juan no era suficiente en sí mismo. Debería ser completado con el bautismo en el Espíritu Santo que sólo el Señor Jesucristo podría realizar (**Mr 1:8**).

Estos dos detalles son muy importantes para cualquier persona que quiera entrar en el reino de Dios. Por un lado es imprescindible el arrepentimiento de nuestros pecados, de lo que el bautismo de Juan era un símbolo. Este arrepentimiento genuino que va acompañado de frutos dignos, nos prepara para acercarnos a Cristo, quien en último término es el único que puede perdonar nuestros pecados y transformar nuestras vidas por su Espíritu Santo.

Más adelante en este mismo evangelio veremos que el Señor Jesucristo poseía esta prerrogativa divina de conceder perdón absoluto de pecados (**Mr 2:5**).

El arrepentimiento de nuestros pecados y la fe en el Señor Jesucristo son dos lados de la misma moneda, dos aspectos necesarios y complementarios para la salvación. El arrepentimiento es una actitud del corazón que nos lleva a huir de nuestros pecados, mientras que la fe en Cristo significa nuestro deseo y elección de volvernos hacia Dios para participar en su reino.

Conclusión

En este estudio hemos reflexionado sobre dos aspectos muy importantes.

En primer lugar hemos visto que la revelación de Dios es digna de nuestra confianza. El cumplimiento exacto de infinidad de profecías del Antiguo Testamento en la persona del Señor Jesucristo son una prueba más de ello.

Y en segundo lugar, hemos considerado el ministerio de Juan el Bautista preparando el camino para el Mesías. Realmente su mensaje fue duro, porque él no buscaba causar una buena impresión entre su auditorio, sino únicamente cumplir con el cometido que había recibido de Dios. Así que anunció a las personas de su tiempo la necesidad que tenían de arrepentirse si querían poder participar del reino de Dios.

Fue un ministerio difícil, porque implicaba decirles a muchas personas que se creían buenas, y que confiaban en su religión, que todo eso era un espejismo y que finalmente no les iba a librar del juicio de Dios. Y con valentía exhortó a todas las personas por igual a arrepentirse de sus pecados, haciendo frutos dignos de tal arrepentimiento.

Juan fue fiel al ministerio que había recibido de Dios, y nosotros debemos tomar buena nota de su ejemplo para imitarlo.

Preguntas

1. ¿Por qué le parece importante que el Mesías hubiera sido profetizado por el Antiguo Testamento?
2. Cite cinco profecías del Antiguo Testamento que encontraron su cumplimiento en Jesús y que sean diferentes de las que hemos considerado en esta lección. No olvide escribir las citas correspondientes.
3. ¿Cómo debía preparar Juan el Bautista el camino para la venida del Mesías? ¿En qué sentido podemos aplicar esto a nosotros mismos?
4. Resuma y explique algunas de las características importantes del ministerio de Juan el Bautista.
5. ¿Recuerda algún acontecimiento importante de la vida del pueblo de Israel que tenga que ver con el desierto?

El ministerio de Juan el Bautista - Marcos 1:4-6

(Mr 1:4-6) “Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados. Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre.”

Introducción

Como vimos en nuestro estudio anterior, la presencia de Juan el Bautista y su ministerio como profeta de Dios, despertaron un enorme interés en el pueblo de Israel. Su mensaje era claro: el Mesías anunciado por los profetas de la antigüedad estaba a punto de aparecer, y todo aquel que quisiera formar parte de su reino, debía prepararse espiritualmente. Para ello, el primer requisito era el arrepentimiento, de lo que el bautismo de Juan era un símbolo.

El bautismo no era algo desconocido para los judíos de aquel tiempo. Ellos practicaban cierto bautismo a los prosélitos gentiles cuando se convertían al judaísmo. Se trataba de un lavamiento simbólico en el que se purificaban de sus pecados cometidos como paganos e ídólatras mientras se disponían para servir a Dios. Pero lo sorprendente de Juan el Bautista es que él insistía en que eran los mismos judíos quienes se tenían que bautizar para prepararse para el encuentro de su Mesías. Juan les advirtió que no podían confiar en que eran descendientes de Abraham, porque eso no les serviría de nada.

Así que, por medio de ese bautismo, Juan tenía la finalidad de reunir al verdadero pueblo de Israel y prepararlos para la manifestación de Dios. Esto era precisamente lo que el ángel le había dicho a su padre Zacarías cuando le anunció el nacimiento de Juan el Bautista.

(Lc 1:17) “...para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.”

Ahora vamos a continuar nuestro estudio sobre el ministerio de Juan el Bautista. Repasaremos algunos conceptos que ya hemos visto en nuestra sesión anterior y ampliaremos algunos detalles más.

El bautismo de arrepentimiento

Como hemos dicho, el primer requisito para prepararse para la venida del Mesías era el arrepentimiento. Esto implicaba un cambio de mente y pensamiento, lo que coincidía con la necesidad de “*volver a Dios*” que muchos otros profetas ya habían anunciado en la antigüedad. Este retorno a Dios debía incluir tres elementos importantes:

- Entender la maldad del pecado como algo cometido contra Dios, y que por ende constituye una ofensa contra Él.

(Sal 51:4) “Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio.”

- Una profunda tristeza por los pecados cometidos.

(2 Co 7:10) “Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.”

- Un propósito serio de abandonar el pecado, y vivir una vida de santidad ante los ojos de Dios.

(Lc 3:8) *“Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras.”*

Muchas personas no llegan a convertirse de verdad porque no entienden lo que es realmente el arrepentimiento y la confesión de sus pecados. En muchos casos, hay predicadores que prometen las bendiciones más ricas de Dios sin ni siquiera hablar del arrepentimiento. Para ellos, todo se reduce a hacer algunas ofrendas económicas y sentarse a esperar tiempos de prosperidad. Pero todo eso es falso. Sin un verdadero arrepentimiento, no puede haber bendición de Dios.

Pero afortunadamente, todavía hay predicadores que hablan del arrepentimiento, pero no cabe duda de que es incómodo, difícil, y a veces hasta peligroso plantearle a cualquier persona la necesidad de arrepentirse de sus pecados. Con frecuencia se sienten heridos en su orgullo y amor propio. Pero Juan el Bautista lo predicó, el Señor Jesucristo lo predicó, aunque ambos perdieron sus vidas por ello. Pero lo hicieron, no por el mero deseo de protestar, sino porque este es el primer requisito para reconciliarse con Dios.

El perdón de pecados

El arrepentimiento era *“para perdón de pecados”*. Es verdad que esto no era una preocupación para los judíos de la época de Juan el Bautista. A ellos lo que les interesaba era librarse del yugo romano bajo el que estaban sometidos. Pero lo cierto es que sus pecados los tenían más esclavizados que los invasores.

En el original, la palabra *“perdón”* tiene el sentido de *“soltar”*, *“liberar”*. El *“perdón”*, entonces, implica *“soltar”* a alguien de la culpa o de la condenación del pecado. Esta idea se encuentra expresada hermosamente en algunas escrituras.

(Sal 103:12) *“Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.”*

(Miq 7:18) *“¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia.”*

Es incuestionable el alivio que le produce al hombre el arrepentimiento. El director de un hospital psiquiátrico dijo: “Si pudiera liberar a mis pacientes de sus sentimientos de culpabilidad, podría dar de alta inmediatamente a la mitad de ellos.”

Dios está dispuesto a perdonarnos (como el padre del hijo pródigo), pero es necesario que volvamos a Dios, nos arrepintamos, cambiemos de sentido.

El impacto del ministerio de Juan el Bautista

(Mr 1:5) *“Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén”*

El impacto del ministerio de Juan fue tremendo. Y esto a pesar de que desarrolló su ministerio en un lugar poco conveniente: el desierto; y de que anunció un mensaje poco atractivo: el arrepentimiento del pecado.

El verbo, *“salían”*, indica una acción continua; día tras día la gente salía de Jerusalén y las zonas aledañas, para escuchar a Juan predicar, y ser bautizados por él. Como un

comentarista afirma, “Juan vació las ciudades y llenó el desierto”. El historiador Flavio Josefo confirma esta descripción del ministerio de Juan. Él habla de muchas personas que se congregaron para oír a Juan el Bautista, conmovidos tremendamente al escuchar sus palabras (ver *Antigüedades*, XVIII. 118).

El lugar de su ministerio: el río Jordán

(Mr 1:5) “Y eran bautizados por él en el río Jordán”

En nuestro estudio anterior vimos que Juan había desarrollado su ministerio en el desierto, un lugar que ya en la antigüedad había sido un punto de encuentro entre Dios y el pueblo de Israel después de que los librara de la esclavitud en Egipto. Allí les mostró su gloria y les enseñó sus leyes y estatutos.

Pero el desierto no era el fin de su trayecto. Dios quería introducirlos a la tierra prometida, el lugar de su herencia en este mundo, y para ello, tendrían que atravesar el río Jordán.

Es probable que a nosotros, que estamos tan lejos en el tiempo y también geográficamente, todos estos detalles no nos digan demasiado, pero para cualquier judío de aquella época, tanto el desierto como el Jordán eran lugares llenos de recuerdos. Por allí habían atravesado sus padres cuando entraron a la tierra prometida. Detrás había quedado para ellos toda una historia de sufrimiento y muerte, y por fin, podían entrar a su herencia.

De alguna manera, el bautismo de Juan en el río Jordán servía también para simbolizar la nueva vida que se abría delante de ellos cuando aceptaran al Mesías que estaba a punto de aparecer.

La confesión de pecados

El texto nos dice que cuando eran bautizados lo hacían *“confesando sus pecados”*.

El verbo *“confesar”* que Marcos usa aquí, es una palabra compuesta que tiene la idea de *“hablar junto con”*, es decir, *“hablar la misma cosa que”* Dios. Esta es la esencia de la confesión del pecado. Implica ponernos de acuerdo con Dios, y afirmar juntamente con Él, que lo que Él dice acerca de nosotros es verdad, que somos pecadores.

(1 Jn 1:8-10) “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.”

Imagine que está compartiendo el evangelio con un joven de nuestro tiempo y en algún momento de la conversación surge el tema del pecado. Usted le dice que, por ejemplo, mantener relaciones sexuales fuera del ámbito del matrimonio es pecado. Muy probablemente le dirá que para él eso no es pecado. Está claro que lo que este joven dice y lo que Dios ha dejado escrito en su Palabra son dos cosas distintas. De hecho, está diciendo que lo que Dios ha dicho es mentira. Es más, se está colocando por encima de Dios al establecer lo que realmente es bueno y malo, lo que está bien y lo que está mal. Por supuesto, queda claro que está muy lejos de confesar sus pecados, de hablar la misma cosa que Dios.

Otras personas no optan por enfrentarse tan abiertamente con Dios, sino que usan otras fórmulas. Muchos tratan de minimizar sus pecados. Seguro que ha escuchado hablar de

las “mentiras piadosas”. Pero la mentira y la piedad no tienen nada en común. Otras personas excusan sus pecados echando la culpa de ellos a otras personas.

Pero cualquiera de todas estas opciones es grave, porque sin la confesión de nuestros pecados, es imposible el perdón:

(Pr 28:13) “El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia.”

(1 Jn 1:9) “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”

(Sal 32:1-5) “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño. Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano. Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado.”

La vestimenta y la comida de Juan el Bautista

(Mr 1:6) “Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cito de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre.”

Es curioso que en medio de un pasaje en el que se están tratando los requisitos para la adecuada preparación espiritual del pueblo ante la venida del Mesías, el evangelista se detenga para explicarnos algunos detalles relativos a la vestimenta y la dieta del profeta. ¿Por qué? ¿Qué importancia tiene todo esto?

En cuanto a su vestimenta, debemos comenzar notando que:

- No había nada de lujo en ella. El Señor Jesucristo afirmó que Juan no se vestía de ropas delicadas (**Mt 11:8**). Era, por lo tanto, una vestimenta apropiada para la vida en el desierto.
- Por otro lado, debemos recordar que el padre de Juan el Bautista era sacerdote y por lo tanto, él también pertenecía a esa misma clase. Como sabemos, los sacerdotes tenían su propia vestimenta, pero Juan se distanció de ellos.
- Finalmente, otro detalle importante es que Juan el Bautista era el cumplimiento de la profecía de Malaquías acerca de la venida del profeta Elías que habría de aparecer antes de la llegada del Mesías (**Mal 4:5-6**). Y curiosamente, Juan se vestía del mismo modo que Elías en el pasado:

(2 R 1:8) “Y ellos le respondieron: Un varón que tenía vestido de pelo, y ceñía sus lomos con un cinturón de cuero. Entonces él dijo: Es Elías tisbita.”

La comida de Juan era igualmente sencilla: se nos dice que comía langostas y miel silvestre. Es decir, la suya era una comida que podía hallarse allí mismo en el desierto, sin tener que acudir a otras poblaciones en busca de alimentos. La “*miel silvestre*” probablemente venía de panales que las abejas hacían entre las rocas, o en algunos árboles del desierto.

Todos estos detalles son importantes, porque:

- Señalaban una vida de separación de todo cuanto el mundo busca y aprecia. Era un hombre que vivía su mensaje, y esto es importante, porque no se puede condenar el mundo siendo del mundo.
- Es un ejemplo de un siervo de Dios totalmente entregado a su ministerio, que no admite otras distracciones.
- Manifiesta su completa independencia de todo cuanto este mundo pudiera darle.
- Reflejaba la sinceridad del mensaje que proclamaba y daba un toque de realidad a su anuncio de los juicios terribles que vendrían sobre su generación.

Juan el Bautista y Elías

Acabamos de decir que Juan el Bautista era aquel Elías anunciado por el profeta Malaquías y que habría de venir preparando el camino al Mesías. Por supuesto, Juan no era la reencarnación de Elías, sino un nuevo profeta que venía con su mismo espíritu y poder, tal como el ángel le había dicho a su padre Zacarías:

(Lc 1:17) “E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.”

El parecido entre ambos es muy notable y podemos apreciarlo en varios detalles:

- Ya hemos visto que su indumentaria era similar (**2 R 1:8**) (**Mr 1:6**).
- Como profetas de Dios, los dos tenían una fuerte consciencia de la presencia divina en sus vidas.
- Los dos profetas destacan como hombres enteramente entregados a su ministerio. Es como si no tuviesen otras preocupaciones en la vida, sino solamente la de cumplir con su cometido profético.
- Cada uno de ellos hizo volver los corazones del pueblo a Dios. Elías enfrentándose a los profetas de Baal, y Juan el Bautista denunciando el pecado de todo el pueblo. Los dos tuvieron que emplear un tono duro de denuncia del pecado, buscando el arrepentimiento del pueblo, haciendo una llamada a la conversión y a dejar su infidelidad a Dios.
- Ambos se sintieron solos ante una nación que se apresuraba hacia el borde de un precipicio que los conducía a un abismo sin fondo.
- Los dos tuvieron la intrepidez de enfrentarse a los reyes de su tiempo denunciando su pecado; Elías con Acab y Juan el Bautista con Herodes.
- Incluso en ambos casos las esposas de los monarcas procuraron la vida de los profetas; Jezabel la de Elías y Herodías la de Juan.
- A cada uno le vinieron momentos de depresión. En el caso de Elías, se sintió abatido después de su triunfo sobre los profetas de Baal. Y Juan el Bautista, desde la celda de su prisión, se preguntó si Jesús era realmente el Mesías o debían esperar a otro.
- Ambos formaron a otros discípulos para continuar con su ministerio.

Conclusión

Sin duda, hombres como estos son el mayor regalo de Dios para la raza humana. Es verdad que no son valorados por el mundo, pero son hombres así los que nos ayudan a encontrarnos con Dios, a cambiar nuestras vidas para que seamos mejores.

¡Cuánto necesita nuestro mundo de hoy hombres con el espíritu y el poder de Elías y de Juan el Bautista! Hombres que no estén apegados a este mundo, a sus valores, a sus distracciones, sino que hayan puesto su mirada en Dios para vivir en intimidad con él. Hombres que despierten los corazones de los hombres para que se vuelvan a Dios.

Eliseo, recogió el manto de Elías y mientras golpeaba con él las aguas del río Jordán, dijo: “¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías?” (2 R 2:14). Dios escuchó a aquel nuevo profeta y las aguas volvieron a abrirse. Ahora la pregunta no es tanto “¿Dónde está el Dios de Elías?” sino “¿Dónde están los Elías de Dios?”. Es necesario que nosotros también recojamos ese viejo manto profético y seamos hombres de Dios para nuestra generación, del mismo modo que ellos lo fueron en la suya, anunciando el inminente regreso del Señor Jesucristo y la necesidad de prepararse para su encuentro.

Preguntas

1. ¿Por qué Juan el Bautista no ejercía su ministerio en Jerusalén, la capital?
2. ¿Qué características debe tener el verdadero arrepentimiento? Busque en las Escrituras dos oraciones en las que se pida perdón.
3. Explique con sus propias palabras qué quiere decir la expresión “confesar los pecados”.
4. A su juicio, ¿qué importancia tenía la vestimenta y la comida de Juan el Bautista?
5. Lea la historia de Elías en el Antiguo Testamento (1 Reyes 17 en adelante), y busque algunos de los paralelismos entre su ministerio y el de Juan el Bautista. No olvide aportar las citas bíblicas concretas.

El bautismo en el Espíritu Santo - Marcos 1:7-8

(Mr 1:7-8) “Y predicaba, diciendo: Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado. Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo.”

Introducción

Como ya hemos considerado anteriormente, Juan el Bautista se caracterizó por predicar el bautismo en agua para arrepentimiento. Este era un paso imprescindible para preparar el corazón del pueblo ante la inminente venida del Mesías. Y aunque su ministerio tuvo un fuerte impacto en toda la nación judía, y él mismo llegó a adquirir mucha fama, sin embargo, siempre fue consciente de que ante la majestad y gloria del Mesías que venía, él no era nadie, y también que su labor bautizando con agua no podía ser comparada con la que llevaría a cabo el Mesías cuando les bautizara con el Espíritu Santo.

Por lo tanto, en esta ocasión vamos a dividir nuestro estudio en dos partes:

- I. Juan el Bautista frente al Mesías
- II. El bautismo en agua frente al bautismo en el Espíritu Santo

Juan el Bautista frente al Mesías

(Mr 1:7) “Y predicaba, diciendo: Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado.”

1. “Viene tras mí el que es más poderoso que yo”

Por fin se cumplían las profecías del Antiguo Testamento. Había llegado la hora:

(Ga 4:4-5) “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.”

Y Juan fue designado para anunciar el comienzo de la Obra del Mesías.

2. “A quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado”

Era una costumbre en la época de Juan que cuando un amo llegaba a casa con sus sandalias llenas de polvo del camino, su esclavo se las quitaría para que se sintiera cómodo. Y ante la dignidad superior de Aquel que venía, Juan no se tenía por digno ni aun de llevar a cabo la misión de un siervo. Como un comentarista ha dicho: “El que viene es hombre, pero su calzado no impide que merezca adoración divina”.

Con estas palabras Juan quiere manifestar un reconocimiento profundo y real de la grandeza de Cristo. Su posición queda clara; ante el Mesías, él era simplemente un siervo. Y su actitud nunca cambió. Podemos afirmar con seguridad, que si algo caracterizaba la predicación de Juan, es que exaltaba a Cristo.

3. Juan el Bautista exaltó a Cristo

Esto que acabamos de decir es una gran verdad que se repite una y otra vez. Por ejemplo, cuando el pueblo comenzó a preguntarse si tal vez Juan era el Cristo esperado, él de ninguna manera quiso ocupar un lugar que no le correspondía.

(Jn 1:19-20) *“Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres? Confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo.”*

Cuando los discípulos de Juan el Bautista se mostraron celosos por el creciente éxito del ministerio de Jesús, él se mostró satisfecho y feliz por ese hecho. Entonces les explicó por medio de una metáfora un concepto fundamental: la esposa le pertenece exclusivamente al esposo. Y esto era exactamente lo que Juan quería transmitir a sus discípulos. Una vez más les dijo que el esposo auténtico era Jesús. Sólo él es digno de recibir la gloria de su pueblo. Por lo tanto, si Juan estuviera llamando la atención de la esposa sobre sí mismo, esto habría sido el acto más deplorable que pudiéramos imaginarnos. Y lo mismo para cualquier siervo de Cristo; buscar atraer la atención de la iglesia hacia uno mismo, constituye una forma de deslealtad despreciable. Ahora bien, ¿cuál era el papel de Juan el Bautista en todo esto? Pues como él mismo señaló, él sólo era *“el amigo del esposo”*. Entre los judíos, al amigo le correspondía actuar como mediador para realizar los arreglos de la boda y reunir al novio con la novia. Su misión terminaba una vez que escuchaba la voz de júbilo del novio al comprobar que le habían presentado una novia virgen. A partir de ese momento, el amigo del novio debía retirarse discretamente.

(Jn 3:27-30) *“Respondió Juan y dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido. Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe.”*

Juan reconoció también que mientras él era terrenal, Cristo había venido del cielo:

(Jn 3:31) *“El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos.”*

Siempre explicó que su ministerio era parcial e incompleto. Juan siempre se consideró *“una antorcha que ardía y alumbraba”* por un poco de tiempo, mientras que Cristo es la *“Luz del mundo”*.

(Jn 5:35) *“El era antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaron por un tiempo en su luz.”*

(Jn 1:6-9) *“Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquella luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, venía a este mundo.”*

Juan era sólo una voz que clamaba, pero Cristo es el Verbo eterno de Dios.

(Jn 1:23) *“Dijo: Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor ...”*

(Jn 1:1) *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.”*

Juan sólo era el portero que abría la puerta al verdadero Pastor.

(Jn 10:1-3) *“De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre y las saca.”*

Juan podía señalar al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, pero Jesús lo era.

(Jn 1:29) *“El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.”*

¡Qué importante sería que cada uno de nosotros imitéramos este comportamiento de Juan! ¡Que la finalidad principal y única de nuestro ministerio sea darle la gloria a Cristo mientras que nosotros vamos desapareciendo poco a poco del escenario! Sólo entonces seremos grandes hombres de Dios como lo fue Juan el Bautista.

El bautismo en agua frente al bautismo del Espíritu Santo

(Mr 1:8) *“Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo.”*

Después de resaltar la diferencia entre la dignidad del Mesías y su precursor, ahora lo va a hacer entre sus ministerios. Juan bautizaba con agua, pero Jesucristo lo haría con el Espíritu Santo.

Este anuncio de Juan el Bautista se reviste de mucha importancia, ya que es la primera referencia que encontramos en el Nuevo Testamento al bautismo en el Espíritu Santo. Por esa razón, debemos detenernos un poco a considerar en qué consistiría.

1. El bautismo en agua para arrepentimiento era incompleto sin el bautismo en el Espíritu Santo

En primer lugar hemos de notar que la labor de Juan quedaría totalmente incompleta sin la de Cristo. Juan preparaba el camino al Mesías por medio del bautismo de arrepentimiento, pero sólo Jesús podía dar el Espíritu Santo y la salvación.

El libro de los Hechos también pone en evidencia esta misma verdad.

- Apolos sólo conocía el bautismo de Juan el Bautista y fue necesario que Priscila y Aquila *“le expusieran más exactamente el camino de Dios”* (**Hch 18:24-26**).
- Pablo encontró en Éfeso a doce discípulos que Juan el Bautista había bautizado, pero que no tenían el Espíritu Santo. Fue necesario que creyeran en Jesús y se bautizaron en su nombre para poder recibir el Espíritu (**Hch 19:1-7**).

De todo esto deducimos que el arrepentimiento, por sí solo, no nos salva de nuestros pecados. Es necesaria la fe en Jesús, creer en él para que nos dé su Espíritu Santo.

2. El bautismo en el Espíritu Santo inauguraría una nueva época

Al anunciar que el Mesías bautizaría con el Espíritu Santo, Juan el Bautista estaba volviendo a repetir lo que los profetas del Antiguo Testamento ya habían anunciado, que la venida del Mesías inauguraría una nueva época caracterizada por el derramamiento del Espíritu de Dios sobre todos los creyentes.

Así por ejemplo, leemos el famoso texto del profeta Joel citado por Pedro en el día de Pentecostés

(Jl 2:28-29) *“Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días.”*

También podemos leer:

(Ez 36:25-27) *“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.”*

3. ¿Qué tendría de nuevo el bautismo en el Espíritu Santo?

Aunque una de las características esenciales del ministerio del Mesías sería la de bautizar con el Espíritu Santo, eso no quería decir que la tercera persona de la Trinidad no hubiera estado activa durante todo el periodo del Antiguo Testamento.

Podemos ver ejemplos de esta actividad en la capacitación de algunas personas dentro del pueblo de Dios para la realización de tareas especiales. Pero en la época inaugurada por el Mesías, el Espíritu Santo estaría a disposición de todos los creyentes sin distinción. Este generoso derramamiento o bautismo del Espíritu Santo había de ser una de las bendiciones principales y distintivas de la nueva era del Mesías.

Comenzando con el día de Pentecostés, amaneció una nueva edad en la cual el Espíritu Santo moraría en cada creyente para siempre, llenándole si encuentra en él las condiciones propicias. El mismo Señor Jesucristo anunció este hecho a sus discípulos:

(Jn 14:15-16) *“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre; el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros.”*

4. ¿Cuál era el propósito del bautismo en el Espíritu Santo?

Juan el Bautista no nos lo dice, pero los textos que acabamos de ver lo anticipan. Dios derrama su Espíritu con la finalidad de darnos un nuevo corazón, una vida regenerada, la capacitación para vivir vidas justas. Podemos resumirlo diciendo que el propósito de la venida del Espíritu Santo a nuestras vidas es el de producir la santidad de Dios en nuestro corazón.

Cristo haría algo que ningún hombre, por muy exaltado que fuese, tendría ni poder ni autoridad para hacer: impartiría vida espiritual a quienes se arrepintiesen y creyesen en él.

5. ¿Cuándo se cumplió esta profecía?

Esta profecía de Juan está en el tiempo futuro (*“el os bautizará”*). ¿Cuándo se cumplió? Fue después de su muerte, resurrección y ascensión al cielo. El mismo Señor se lo confirmó a sus discípulos justo antes de ascender al cielo:

(Hch 1:4-5) *“Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.”*

Finalmente podemos ver su cumplimiento en **(Hch 2:1-13)**, pocos días después de la ascensión del Señor al cielo en gloria. Este acontecimiento sería, por lo tanto, el fruto de su muerte, resurrección y ascensión. Como él mismo les dijo a sus discípulos, no podría enviarles al Consolador, el Espíritu Santo, hasta que hubiera sido glorificado en el cielo:

(Jn 16:7) *“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.”*

Por esta razón, aquellos primeros discípulos de Jesús, que eran creyentes desde hacía tiempo, tuvieron que esperar para poder ser bautizados en el Espíritu Santo, puesto que el Señor no había sido aún glorificado en el cielo. Pero ese fue un caso excepcional que no tiene que ver con nosotros en este momento.

En el día de Pentecostés toda la Iglesia fue bautizada en el Espíritu Santo. Es importante que notemos que aquel hecho histórico no fue una experiencia individual, sino colectiva. Pero a partir de ahí, todo aquel que cree en Cristo, no tiene que esperar, sino que es añadido inmediatamente a la Iglesia y hecho partícipe del cuerpo de Cristo por el Espíritu.

6. ¿Cuándo somos bautizados en el Espíritu Santo?

A partir del día de Pentecostés, cuando una persona cree en Cristo, inmediatamente recibe el Espíritu Santo, sin necesidad de esperar a tener una segunda experiencia. Veamos algunos textos que lo confirman:

(Ef 1:13) *“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.”*

(Jn 7:38-39) *“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.”*

(Ga 3:2,14) *“Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?... Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.”*

Podemos concluir que después del día de Pentecostés no hay en todo el Nuevo Testamento ningún creyente solicitando el bautismo en el Espíritu como una experiencia posterior a su conversión.

7. El bautismo del Espíritu Santo es el medio de ingreso al cuerpo de Cristo

El apóstol Pablo nos enseña que otro de los propósitos fundamentales por el cual recibimos el bautismo en el Espíritu Santo es el de incorporarnos en la iglesia de Cristo. Por lo tanto, si no tenemos el Espíritu Santo, no formamos parte del cuerpo de Cristo.

(1 Co 12:13) *“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.”*

El bautismo del Espíritu Santo es una bendición universal para toda la Iglesia. Por eso, todos aquellos que han creído en Cristo tienen el Espíritu Santo, y si alguno no tiene el Espíritu, no es de Cristo.

(Ro 8:9) *“Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.”*

Si no hemos nacido por el Espíritu, no podemos entrar en el reino de Dios.

(Jn 3:5) *“Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.”*

Conclusión

A lo largo de este estudio hemos visto la gran diferencia que existe entre Cristo y aquel que fue considerado por él como el más grande de los profetas nacidos de mujer.

Esta diferencia tiene que ver en primer lugar con la dignidad de su persona, pero también con su ministerio.

Nosotros también debemos ser conscientes de estas diferencias y buscar por encima de todo que Cristo sea glorificado en nosotros y por nosotros.

Preguntas

1. En este estudio hemos considerado algunas diferencias entre Juan el Bautista y el Señor Jesucristo. Por ejemplo, hemos visto que Juan bautizaba con agua y Jesús lo haría con Espíritu Santo; Juan era un siervo mientras que Jesús es el Señor. Señale otras comparaciones que aparecen en los Evangelios.
2. ¿Es lo mismo el bautismo de Juan que el bautismo cristiano? Razone su respuesta.
3. ¿Por qué no era completo o suficiente el bautismo de Juan?
4. ¿Puede haber un verdadero creyente que no tenga el Espíritu Santo en su corazón?
¿Cuándo recibimos el Espíritu Santo? Justifique sus respuestas con citas bíblicas apropiadas.
5. Exponga al menos dos razones por las que Juan el Bautista fue un gran hombre de Dios.

El bautismo de Jesús - Marcos 1:9-11

(Mr 1:9-11) “Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.”

Después de una introducción en la que Marcos ha estado describiendo el ministerio preparatorio que Juan el Bautista realizó ante la inminente venida del Mesías prometido, ahora por fin nos va a presentar a Jesús, el personaje central de todo el evangelio. A partir de aquí quiere que nuestra mirada se centre únicamente en él y en el propósito de su venida.

La humildad del “Siervo”

Quizá esperaríamos que el Mesías, el Hijo de Dios, sería alguien con un porte imponente, un hombre que llamaría inmediatamente la atención de las multitudes. Pero Jesús no se presentó como un Mesías poderoso y triunfante, con una fuerza irresistible, sino sumiso, rindiéndose en obediencia a la voluntad de Dios como un siervo (nada que ver con los dioses de la mitología griega, o con los grandes emperadores del Imperio Romano).

Hay varios detalles en esta porción que ponen de manifiesto esta humildad del Señor Jesucristo.

- Marcos nos dice que *“Jesús vino de Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán”*. Cristo no pidió que Juan fuera hasta donde él estaba para ser bautizado allí en el Mar de Galilea. ¡Cuán humilde fue el Rey de la gloria durante su encarnación! *“No vino para ser servido, sino para servir” (Mr 10:45)*.
- También es significativo su lugar de procedencia: *“Nazaret de Galilea”*. Como ya sabemos, Galilea estaba en la parte norte del país, muy cerca de los gentiles, razón por la que los judíos del sur la menospreciaban. Recordemos el desdén con el que algunos miembros del Sanedrín trataron a Jesús por venir de Galilea: *“Respondieron y le dijeron a Nicodemo: ¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta” (Jn 7:52)*. Pero por si esto no fuera suficiente, además el Señor pasó su juventud en Nazaret, un pueblo tan insignificante que ni siquiera mereció una mención en todo el Antiguo Testamento. De hecho, sus habitantes no eran bien considerados ni aun entre los propios galileos. Como dijo en una ocasión Natanael: *“¿De Nazaret puede salir algo de bueno?” (Jn 1:46)*.
- Y luego, cuando iba a ser bautizado, él mismo se colocó entre los pecadores que eran bautizados por Juan. Él, que estaba completamente libre de pecado, se puso en medio de aquella compañía de pecadores.

Todos estos detalles nos muestran la absoluta humildad del Señor Jesucristo y su espíritu de servicio.

¿Por qué Jesús fue a Juan el Bautista para ser bautizado?

El bautismo de Juan era un bautismo de arrepentimiento y estaba destinado para los pecadores que deseaban un cambio de vida. Entonces, ¿qué tenía que ver tal bautismo

con Jesús? ¿No estaba él sin pecado? De hecho, tal como nos dice el evangelio de Mateo, hasta el mismo Juan se opuso al principio cuando Jesús le pidió que lo bautizara (**Mt 3:14**). ¿Por qué entonces fue bautizado Jesús?

- Como ya hemos dicho, aquí comienza el ministerio público de Jesús, así que, el hecho de que él no se dirigiera a los líderes religiosos en el templo, sino que fuera a Juan el Bautista para ser bautizado por él, confirmaba plenamente a Juan como profeta de Dios y también marcaba desde un principio su distanciamiento de la religión oficial de su tiempo.
- Pero sin duda, la razón más importante por la que bajó a las aguas juntamente con el pueblo pecador, fue con el fin de identificarse con él. Del mismo modo que Moisés había abandonado siglos antes su regia posición para identificarse con su pueblo y librarlo de la esclavitud, así Cristo había dejado temporalmente su trono en la Majestad en las alturas para venir a salvar a los pecadores.

Así pues, su bautismo mostraba su identificación con los pecadores y anticipaba el momento en que había de ser *“hecho ofrenda por el pecado”*.

Jesús, el único hombre santo e inocente, se presentaba como representante de todos los pecadores, tal como lo había anunciado el profeta Isaías.

(Is 53:6) “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.”

Podemos decir que éste fue el primer paso de un camino que le conduciría hasta la Cruz.

Jesús es *“ungido”* por el Espíritu

El hecho de que durante su bautismo el Espíritu Santo descendiera sobre él, no implica que Jesús no tuviera el Espíritu Santo antes de ese momento. Si Juan el bautista había sido lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre (**Lc 1:15**), ¡cuánto más el Señor Jesús, que fue engendrado por el Espíritu Santo estaría lleno de él! (**Lc 1:35**) (**Mt 1:20**).

Lo que ocurrió en esta ocasión es que el Espíritu Santo vino sobre él para ungirle para la misión que había venido a llevar a cabo. Recordemos que en los tiempos del Antiguo Testamento se ungía a los reyes y a los sacerdotes derramando aceite sobre sus cabezas, encomendándoles la función y el ministerio al que habrían de servir. Y podemos decir, que al ser ungido, Jesús comenzó a ejercer públicamente como el Mesías prometido por las Escrituras. Esta es la interpretación que hace también el apóstol Pedro:

(Hch 10:37-38) “Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan; cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret...”

Los cielos se abrieron

Marcos no usa el término *“abrir”*, tal como vierten algunas traducciones, sino que dice que los cielos se *“rasgaron”*. La diferencia es significativa; lo que se abre puede también cerrarse; sin embargo, lo que se desgarrar no puede volver fácilmente a su estado original.

¿Cuál era el significado de estos detalles?

- Por primera vez desde la inocencia de Adán, se hallaba un Hombre sin pecado en la tierra y por lo tanto no había obstáculo alguno entre él y el cielo. Era el cumplimiento de la oración y la súplica del profeta Isaías. (**Is 64:1**) *“¡Oh, si rompieras los cielos, y*

descendieras...”. La petición de Isaías se basaba en el hecho de que el “*cielo cerrado*” era señal de la ira de Dios contra la humanidad pecadora (**Dt 11:17**) (**1 R 8:35**) (**2 Cr 6:26**) (**2 Cr 7:13**) (**Lc 4:25**). Pero con Cristo, la bendición de Dios volvía a este pobre mundo.

- Por otro lado, el evangelista nos indica que los hechos estaban ocurriendo en el río Jordán y no hemos de olvidar que para cualquier judío el Jordán era mucho más que un río. Para ellos representaba la frontera entre el desierto y la tierra prometida. En la antigüedad, en los tiempos de Josué, Dios abrió las aguas del río Jordán para que su pueblo pudiera entrar a la tierra prometida (**Jos 3:7-17**). Sin embargo, ahora en la presencia del Mesías, lo que se abre no son las aguas del Jordán, sino los mismos cielos, mostrándonos con ello que él había venido para introducirnos en nuestra verdadera herencia celestial.

Por lo tanto, los cielos fueron abiertos en dos direcciones: por un lado los cielos se abrieron para que el Hijo de Dios descendiera a este mundo para salvar a la humanidad, pero como resultado de su Obra, también conseguiría que los cielos se abrieran para que los hombres que confían en él puedan llegar hasta la misma presencia de Dios en su gloria.

El Espíritu Santo en forma de paloma

¿Por qué la tercera persona de la Trinidad fue representada en forma de paloma? Tal vez con el objeto de dar a entender la pureza, bondad, serenidad y gracia características que identifican al Espíritu Santo. Tanto la opinión popular como las Escrituras asocian estas cualidades con la paloma (**Sal 68:13**) (**Cnt 6:9**) (**Mt 10:16**).

En el Antiguo Testamento Dios se presentaba como “*águila*” (**Ex 19:4**) (**Dt 32:11**), ave de presa y gran poder, que protegía a su pueblo de sus enemigos, pero en el Evangelio toma la forma de la mansa paloma y de la gallina protectora de sus polluelos (**Mt 23:37**).

Así que el Espíritu Santo se presenta como una suave paloma suspendida en el aire. Era el mismo Espíritu de Dios que en el momento de la creación se “*movía sobre la faz de las aguas*” (**Gn 1:2**). Ahora se presenta nuevamente para dar comienzo a una nueva creación. Pero en esta ocasión desciende sobre un Hombre, no sobre el vacío amorfo, lo que sugiere que Dios pretendía transformar, hacer algo nuevo con la humanidad.

La voz del Padre: “*Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia*”

Como hemos visto, Jesús se presentó juntamente con los pecadores para ser bautizado, sin embargo, él no era un pecador, y esto es lo que vino a confirmar el Padre desde el cielo por medio de esta declaración.

También sirvió para proclamar el amor inefable y maravilloso que había existido entre el Padre y el Hijo por toda la eternidad.

Además, el lenguaje de Marcos nos recuerda otras porciones del Antiguo Testamento:

- En (**Is 42:1**) vemos al Mesías como un siervo sobre el que Dios ha puesto su Espíritu y en quien tiene su contentamiento. Este sería el encargado de traer justicia a las naciones:

(Is 42:1) “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones.”

- En **(Gn 22:2)** se usa un lenguaje similar cuando Dios le pide a Abraham que le ofrezca en sacrificio a su único hijo, al que amaba. Y del mismo modo, Dios estaba entregando a su propio Hijo para morir por los pecadores y quiere ayudarnos a entender en alguna medida lo que él sentía al hacerlo.

(Gn 22:2) “Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.”

- En el **(Sal 2:7-8)** se nos presenta al Mesías como el “*Hijo de Dios*” designado para gobernar el mundo después de que haber sido despreciado por los gobernantes y el pueblo.

(Sal 2:7-8) “Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídemme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra.”

Aunque el texto no nos explica por qué Dios se complace en su Hijo amado, podemos deducir que se debe al hecho de que Jesús se presentara humildemente para ser el salvador de los hombres. Esto agradaba al Padre, que por su parte anunciaba su plena aprobación a la misión del Hijo de buscar y salvar a los que estaban perdidos, y le aceptaba como el Mediador, el Sustituto y el Fidor del nuevo pacto.

Conclusión

La Obra de la redención es la del Trino Dios:

- El Padre la ordenaba y aprobaba.
- El Hijo llevaba a cabo la Obra.
- El Espíritu Santo investía o ungía al Siervo.

Cristo se ofreció a sí mismo como el Siervo y fue aceptado por el Padre. Cristo es un ejemplo de consagración personal:

- Obediencia al Padre.
- Compromiso con el Reino de Dios.
- Humillación Personal.
- Vida en la plenitud del Espíritu Santo.

Preguntas

1. ¿Por qué cree que los cuatro evangelistas dejan constancia del bautismo de Jesús?
2. ¿Por qué fue Jesús para ser bautizado por Juan el Bautista?
3. ¿Por qué el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en su bautismo?
4. ¿Cree que hay alguna relación entre el hecho de que los cielos se abrieran cuando Jesús fue bautizado y que el velo del templo se rasgara cuando Jesús murió en la cruz? Razone su respuesta.
5. Explique la presencia de cada una de las tres Personas de la Trinidad en este pasaje.

La tentación de Jesús - Marcos 1:12-13

(Mr 1:12-13) “Y luego el Espíritu le impulsó al desierto. Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, y era tentado por Satanás, y estaba con las fieras; y los ángeles le servían.”

La importancia de este pasaje

Después de que el Señor Jesucristo fuera aprobado por el Padre durante su bautismo, fue conducido al desierto donde había de enfrentarse con el “*príncipe de este mundo*” (Jn 12:31).

Aunque nuestro pasaje se conoce normalmente como “la tentación de Jesús”, debemos comprender que lo que estamos presenciando aquí es mucho más que una tentación como la que cualquier de nosotros podemos tener, se trata más bien del primer combate entre el Hijo de Dios y Satanás en la gran batalla por conseguir la liberación de los hombres y su salvación. Por fin, el Mesías de Dios, tan largamente esperado, irrumpe en el mundo para conquistar a los poderes del mal que aprisionan, mutilan y distorsionan la vida humana. Tan importante es este pasaje que de su desenlace depende nuestra salvación.

Finalmente lo que se está poniendo a prueba es la capacidad del Señor Jesucristo para emprender la Obra de la salvación. ¿Fracasaría como el primer hombre, Adán, o saldría victorioso?

Por otro lado, el pasaje es muy importante también para nosotros, porque la tentación es sin duda una experiencia bien conocida por todos los cristianos. Todo creyente enfrenta a lo largo de su vida un conflicto espiritual en el que es tentado y su fe es probada sin descanso. El apóstol Pablo nos advertía con estas palabras:

(Ef 6:10-13) “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes.”

¿Quién es el diablo?

Aunque algunos teólogos “modernistas” o “liberales” niegan la existencia de Satanás, la Biblia lo afirma con toda claridad. Ahora bien, ¿qué sabemos de él?

Satanás fue originalmente un importante ángel conocido como “*querubín grande, protector*” (Ez 28:14), y era llamado “*Lucero*”, que significa “*hijo de la mañana*” (Is 14:12). Parece que fue la máxima expresión de la creatividad de Dios (Ez 28:12-13). Sin embargo, el mismo poder y hermosura de Satanás, lo llevaron a caer en el orgullo y la vanagloria. Queriendo ser igual a Dios, se rebeló contra Él y cayó en pecado (Is 14:13-15) (Ez 28:16). Con él se rebelaron hasta una tercera parte de todos los seres angelicales (Ap 12:3-4).

A partir su caída, “Lucero” vino a ser “Satanás”. Esta palabra viene de un término hebreo que significa “adversario” (1 Cr 21:1) (Job 2:1). Otro de sus nombres es “diablo” (griego), que significa “acusador” o “calumniador” (Ap 12:10-12). Los dos nombres aparecen juntos en (Ap 12:9).

A lo largo de la Biblia vemos que ha establecido su nefasto dominio en la tierra por haber inducido al hombre a la rebelión contra Dios, de tal manera que también es conocido como “el príncipe de este mundo” o “el príncipe de la potestad del aire” (Jn 14:30) (Ef 2:2).

Jesús en el desierto con Satanás

El mismo Espíritu que descendió sobre él en el bautismo, es el que ahora le impulsaba al desierto de la tentación: “*el Espíritu le impulsó al desierto*”. Después de la aprobación celestial sigue el ataque infernal. Si en el bautismo Jesús afirmó su total disposición a realizar la tarea que le fue asignada, a saber, sufrir y morir en lugar de su pueblo, es por tanto lógico, que de inmediato comience la aflicción, la que aquí toma forma de tentación.

Nuestro texto dice que el Espíritu “*le impulsó*”, que es una palabra vívida, más enérgica que la que emplea Mateo, “*fue llevado*”, y la que usa Lucas, “*era conducido*”. Hace énfasis en la convicción que le infundió el Espíritu Santo sobre la necesidad de aquella experiencia. Por supuesto, no debe entenderse que Cristo opusiera resistencia a la dirección del Espíritu Santo. Cristo siempre se sometía a los impulsos del Espíritu por ser algo que indicaba la voluntad del Padre, pero en este caso, lo que Marcos indica, es que el impulso fue inusualmente fuerte.

¿Cuál fue la razón por la que el Espíritu Santo impulsó al Señor al desierto? Como vemos, el diablo usó esta coyuntura para tentarle. Puede resultarnos extraño que sea el Espíritu quien introduce a Jesús en el lugar de la tentación. Sin embargo, tal experiencia estaba dentro de los propósitos de Dios para su Hijo.

Aunque también podemos suponer que la voluntad del Padre era que su Hijo tuviera un tiempo de preparación espiritual antes de comenzar su ministerio público, y de ahí los cuarenta días de ayuno (Mt 4:2). Pero en cualquier caso, Satanás aprovechó ese tiempo para tentar a Cristo.

Y de igual modo nosotros. Dios puede llevarnos a una situación con el propósito de fortalecer nuestra fe y acercarnos a él, mientras que el diablo intervendrá con el fin de hacernos caer en el pecado. Y Dios permite todo esto porque en la vida de fe, las tentaciones son un ingrediente necesario para nuestro crecimiento en santidad, y en este sentido, caen dentro de la voluntad de Dios para nosotros.

Está claro que en el camino que Dios ha preparado para sus hijos, encontraremos muchos enemigos, pruebas y tentaciones, especialmente cuando nos dispongamos a servir a Dios. Pero resulta muy reconfortante saber que nuestro Señor Jesucristo ya atravesó ese desierto antes que nosotros y ahora nos conduce a través de él, de tal modo que sólo tenemos que seguirle.

Notemos también que todo esto estaba ocurriendo en “*el desierto*”, lo que nos hace pensar que la forma de “escapar” de la tentación no es buscar un lugar separado (un convento, por ejemplo), sino vivir en íntima comunión con Dios.

Y vemos también que el diablo, en sus ataques más fuertes contra el hombre, busca aquellos momentos en los que nos encontramos debilitados, angustiados o cansados. El texto nos dice que Jesús había ayunado durante cuarenta días en el desierto.

Jesús es tentado por Satanás

El que Jesús pudiera ser tentado, es un misterio imposible de explicar de forma perfectamente clara. Hasta donde entendemos, podemos decir que Jesús no experimentó el mismo proceso psicológico de ser tentado que experimenta el ser humano en general. En el caso del hombre, incluyendo a los creyentes, primero aparece la tentadora voz o el susurro externo de Satanás que le insta a pecar. A la vez, también experimenta su deseo interno, *“la concupiscencia”*, que le empuja a ceder a la tentación de aceptar la insinuación del diablo. Así que, en el caso del hombre, sus propios malos deseos lo arrastran y seducen (**Stg 1:14**).

En el caso de Cristo, el asunto fue diferente. En la tentación de Cristo, Satanás proveyó el estímulo externo, un estímulo que no encontró apoyo en su propio corazón. No había en él un estímulo interno que le incitara a cooperar con aquel que lo tentaba. Con todo, la tentación fue real. El Señor sintió la necesidad, tuvo consciencia de que Satanás lo incitaba a satisfacer esa necesidad, supo que debía resistir al tentador y luchó dentro del conflicto.

Adán y Cristo

El primer Adán, en las óptimas condiciones del Edén, cedió ante la tentación del diablo, pero el *“postrer Adán”*, Jesucristo, resistió las más sutiles tentaciones del adversario y así manifestó claramente su capacidad para emprender la Obra de la salvación.

El contraste con la experiencia de Adán es interesante. Adán, en el huerto, rodeado de toda clase de comida imaginable, fue tentado a desobedecer a Dios y cayó en la tentación del diablo, comiendo del único árbol que le había sido prohibido. Cristo, en cambio, en medio del desierto y después de ayunar cuarenta días, tuvo hambre, pero no cedió ante la tentación. Adán fue tentado de una sola manera, pero Cristo fue tentado *“en todo”*.

¡Adán cayó en pecado! ¡Cristo resistió hasta el final! Y cediendo a la tentación, Adán condenó la raza humana; pero Cristo, resistiendo a la tentación, salvó a todos los que confían en Él.

¿Qué pretendía el diablo?

El diablo quería que Jesús, en tanto que hombre, no se sujetara a Dios, viviera en independencia de él, desconfiara de él, le tentara y dejara de adorarle.

En cuanto a la misión que había venido a realizar, le propuso *“medios alternativos”* para establecer el reino de Dios en esta tierra, especialmente desviándole del camino de la Cruz hacia opciones más cómodas.

Las tentaciones

Para los detalles de las tentaciones en el desierto hemos de acudir a los evangelios de Mateo y Lucas.

I. *“Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan”*

“Después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, Jesús tuvo hambre” (**Mt 4:2**). Esto nos recuerda la experiencia del pueblo de Israel en el desierto donde también fueron probados durante cuarenta años (**Dt 8:2-3**). Ellos también sintieron hambre y sed. Ahora bien, ¿cuál fue la reacción de los israelitas en esas circunstancias? La Biblia nos

dice que ellos murmuraron contra Moisés y Aarón, quejándose porque tenían hambre y acusaron a Dios de haberlos sacado al desierto para matarlos allí (**Ex 16:2-3**). A pesar de todas las maravillas y milagros que habían visto de parte de Dios, ellos seguían sin confiar ni depender de Dios, sino que permanecían en un espíritu de rebeldía. La prueba había puesto de manifiesto su incredulidad. No estaban dispuestos a someterse a la voluntad de Dios ni a obedecer su Palabra.

Pero ahora quien está en el desierto y tiene hambre es Jesús, y es en ese momento cuando el diablo vuelve a entrar en la escena para tentarle. Le sugiere lo siguiente: “*Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan*”. Por supuesto, una sugerencia así no sería una tentación para ninguno de nosotros, porque no podemos hacer tal cosa. Pero Jesús era el Hijo de Dios y sí podía hacerlo. Pero en eso consistía precisamente la tentación: como hombre, ¿dependería de Dios como el único proveedor para todas sus necesidades o sería autosuficiente, usando el poder que tenía como Hijo de Dios? ¿Aceptaría vivir por la Palabra de Dios?

Esta cuestión era muy importante, porque si había de ser el Salvador de los hombres, era necesario que fuera uno de ellos y que viviera bajo los mismos términos que el resto de los hombres. Así que, aunque más tarde durante su ministerio multiplicó panes y peces para dar de comer a las multitudes, aquí rechazó la tentación del diablo de convertir las piedras en pan. La razón era muy sencilla: él no iba a usar su poder divino en su propio beneficio con el fin de evitar las limitaciones que todos los hombres tenemos.

Por lo tanto, su respuesta fue clara; en lugar de quejarse como habían hecho los israelitas en el desierto, o usar su poder divino para proveerse a sus propias necesidades, él iba a manifestar una total dependencia de la Palabra de Dios, aunque esto implicara pasar hambre. Esta fue su contestación:

(Mt 4:4) “Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.”

Pero en otro sentido, la tentación también tenía que ver con la forma en la que Jesús pensaba establecer su reino en este mundo y qué tipo de reino sería.

Vemos que lo que el diablo le estaba recomendando era una reforma social en lugar de una transformación espiritual. ¿No debe ser prioritario solucionar el problema de la alimentación del mundo antes que un programa para redimir las almas de los pecadores? La tentación, por lo tanto, sería para que Jesús se olvidara de las necesidades espirituales del hombre y se ocupara de las materiales.

Además, le estaría sugiriendo también cómo podría conseguir ganarse la atención de la gente en su carrera mesiánica. Si era el Hijo de Dios, sería fácil conseguir la adhesión de la gente por medio del soborno moral, ofreciendo beneficios materiales a la gente. Aunque evidentemente esto no llevaría a las personas a amar a Dios y ser fieles a él. Una vez más la historia del pueblo de Israel en el desierto nos enseña que después de recibir el maná del cielo durante cuarenta años, ellos seguían siendo incrédulos y se quejaban amargamente contra Dios cada vez que no tenían lo que querían.

¡Qué tentación más sutil! No se trataba de quebrantar ningún mandamiento concreto de la ley de Dios. De hecho, en la sugerencia de proveer para sus propias necesidades físicas, tampoco había nada malo en un principio. Sin embargo, quedaba claro que era una tentación doble. Por un lado pretendía llevarle a dejar de depender de Dios y confiar en él, y por otro lado, quería desviarle del verdadero propósito de su ministerio, incitándole incluso a usar métodos poco legítimos para conseguirlo. Si hubiera caído en esta tentación, Dios habría pasado a tener una importancia secundaria, o directamente habría sido ignorado.

Y nosotros también debemos tener presentes estas tentaciones. Porque también a nosotros el diablo nos quiere llevar a pensar que somos autosuficientes, que no le necesitamos, que podemos depender de nuestros propios recursos, que no necesitamos escuchar su Palabra ni regirnos por ella. Intentará también distraernos de nuestro verdadero llamamiento con cosas que son legítimas, pero que no pueden ser nuestro objetivo prioritario. Y también nos invitará a usar medios poco legítimos para conseguir atraer a las personas hacia Dios.

2. “Si eres Hijo de Dios, échate abajo”

A continuación “el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo” (Mt 4:5). Este debió ser algún lugar alto, seguramente una parte del tejado del templo orientado al patio desde el que le podrían ver las multitudes. Una vez allí le sugirió que saltara para llegar al templo de una forma sobrenatural, y así ser reconocido por todos como el Mesías. De esa manera sería admirado como quien está bajo la protección especial de Dios y sin duda sería recibido como quien viene con una comisión especial del cielo.

Como recordaremos, en la tentación anterior, el diablo intentó llevar a Jesús a dejar de confiar y depender de su Padre y de su Palabra. Como no consiguió su objetivo, su nueva estrategia le va a llevar al lado opuesto. Su razonamiento ahora es el siguiente: “Puesto que confías tanto en Dios y en su Palabra, entonces, arrójate desde lo alto del templo, porque seguro que tu Padre velará por tu seguridad”. Notemos que el diablo apoyó su tentación con una porción de la Palabra que encontramos en el Salmo 91, aunque citada de una forma parcial.

¿Qué tenía de malo poner a prueba la Palabra de Dios y el cuidado providencia de Dios?
¿No están para eso las promesas de Dios?

Pero el hecho de confiar en Dios no significa que debemos cometer cualquier tipo de imprudencia. El Señor dijo que eso sería tentar a Dios. Por así decirlo, sería un abuso de su relación filial. Por eso el Señor le contestó con la misma Palabra:

(Mt 4:7) “Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.”

Y nuevamente, el trasfondo de la cita usada por Jesús lo encontramos en la historia de Israel en el desierto. El pasaje está en (Dt 6:16) “No tentaréis a Jehová vuestro Dios, como lo tentasteis en Masah”. Ahora bien, ¿qué es lo que ocurrió exactamente en Masah? La explicación la encontramos en (Ex 17:1-7). Cuando el pueblo llegó a Refidim encontró que no había agua, y nuevamente murmuraron contra Dios. En lugar de responder con una actitud de confianza en Dios, reaccionaron con actitudes de incredulidad y desafío, poniendo en duda la presencia y las promesas de Dios. Y “tentaron a Jehová, diciendo: ¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?” (Ex 17:7).

En lugar de confiar en Dios trataban de obligarle a hacer lo que ellos querían. Era una especie de chantaje moral: “Si Dios nos ama nos dará lo que queremos”. Y si Jesús hubiera saltado del templo, esto sería interpretado de la misma manera: “¿Está Dios conmigo o no?”.

El pueblo de Israel fracasó en la prueba de su fe, pero para Jesús no había ninguna duda acerca de la fidelidad de Dios y su amor, no necesitaba ponerlos a prueba. De hecho, siempre es un pecado poner a prueba a Dios para ver hasta donde podemos obligarle a actuar.

Pero en otro sentido, desde la perspectiva de su ministerio mesiánico, también era una tentación, ya que le sugería nuevamente medios inapropiados. Su propuesta era que llamara la atención de la gente mediante el espectáculo milagroso. Pero el reino de Dios

no se establece sobre la base de milagros y espectáculos, sino sobre la gracia y la misericordia de Dios, sobre el quebrantamiento del orgullo y el arrepentimiento, sobre la conversión y la fe en Cristo. Establecer su reino sobre cualquier otro fundamento sería una terrible equivocación que no cambiaría nada la situación del hombre.

Debemos tener esto en cuenta en nuestros días, cuando hay tantos que piensan que la evangelización debe ir acompañada de señales y milagros. Pero no lo olvidemos, esto es una vieja tentación del diablo. Finalmente, la fe que no puede creer sin recurrir a sensaciones y experiencias extraordinarias, no es verdadera fe, y en el momento de la prueba se desvanecerá.

3. *“Todo esto te daré, si postrado me adorares”*

La última tentación fue la más descarada de todas. Ahora el diablo le estaba ofreciendo el gobierno de todos los reinos de este mundo a cambio de su adoración. Esto implicaba reconocer su autoridad última en este mundo, servirle, obedecerle y aceptar su modelo de gobierno en este mundo. Cristo le respondió nuevamente con las Escrituras:

(Mt 4:10) “Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás.”

Esta cita proviene del libro de Deuteronomio: **(Dt 6:13)** *“A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás, y por su nombre jurarás”*. Y una vez más es interesante ver su contexto. Esta es una cita de un discurso mucho más amplio de Moisés pronunciado antes de que Israel entrara en la Tierra Prometida. Moisés les advierte que una vez que entraran en Canaán se tendrían que enfrentar con la tentación de olvidarse del Señor y seguir a los dioses del país al que entraban.

(Dt 6:12-15) “Cuidate de no olvidarte de Jehová, que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás, y por su nombre jurarás. No andaréis en pos de dioses ajenos, de los dioses de los pueblos que están en vuestros contornos; porque el Dios celoso, Jehová tu Dios, en medio de ti está; para que no se inflame el furor de Jehová tu Dios contra ti, y te destruya de sobre la tierra.”

Desgraciadamente, los israelitas se olvidaron de Dios y fueron en pos de los ídolos. Convirtieron lo que debía ser el reino de Dios en otro reino más de los de este mundo. Pero el Señor Jesucristo no iba a hacer lo mismo, él no iba a adorar al diablo, sino que serviría a Dios con fidelidad.

En segundo lugar, y desde la perspectiva de su ministerio, la tentación del diablo tenía que ver con la manera en la que Jesús iba a establecer su reino en este mundo. De hecho, lo que le estaba proponiendo el diablo era regalárselo sin esfuerzo, sin sufrimiento y sin sacrificio. La tentación era finalmente a evitar la cruz.

Por supuesto, esto implicaría necesariamente tener que emplear las armas del maligno para crear su reino. Y ya conocemos sus estrategias. Todo está permitido. Todo se impone por la fuerza, la manipulación, la eliminación y la complicidad con el mal. La crueldad, la prepotencia, la astucia, las promesas incumplidas, los pactos rotos, el poder militar, son los medios predilectos del diablo. Toda la historia de la humanidad es un claro exponente de esta verdad: asirios, babilonios, medos y persas, griegos y romanos, todos ellos han usado estos métodos. No importan los medios con tal de alcanzar el éxito.

El resultado de todo esto ha sido dejar a la humanidad prisionera de las fuerzas demoníacas del mal, tanto en sus vidas personales como en sus instituciones sociales y políticas.

Aceptar esta tentación libraría a Cristo de la cruz, pero dejaría a la humanidad sin esperanza de un mundo diferente. Pero él no cedió a la tentación. ¡Era la primera vez que en este mundo alguien se oponía así al diablo teniendo que pagar un precio tan alto por ello!

Pero la misma tentación sigue presente también para todos nosotros. ¿Qué métodos utilizamos para avanzar en la vida, en los negocios, en la iglesia, en la familia...? ¿Somos leales a lo que el Señor nos dice en su Palabra o buscamos componendas, contemporizando con el mundo, empleando sus métodos? ¿Somos de los que nos justificamos diciendo: "Todo el mundo lo hace"? No lo olvidemos, la alternativa a no mantener los principios de Dios es rendir culto al maligno.

4. Conclusiones

En primer lugar, es interesante notar que el Señor siempre respondió al diablo con la Palabra. Como hemos visto, se trataba de versículos apropiados a la situación. Esto nos indica que en la Palabra siempre vamos a encontrar la respuesta necesaria ante cada situación que se nos presente, pero es necesario conocerla en profundidad.

En cuanto a lo que las tentaciones supusieron para el Señor Jesucristo en el orden personal, hemos visto que el diablo le tentó para que se comportara de forma autosuficiente, que no dependiera de Dios, también a que se ganara la admiración de las personas haciendo cosas espectaculares, y finalmente, le ofreció poder sin límite. Al fin y al cabo, son las cosas que todos los hombres caídos anhelamos: independencia, fama y poder. Pero el Señor Jesucristo se comportó como un hombre perfecto, no cediendo a ninguna de ellas.

Desde la perspectiva de su ministerio, las tentaciones iban orientadas a establecer un modelo diferente del reino de Dios. Para empezar, le tentó a resolver las necesidades sociales y materiales del hombre en lugar de las espirituales. Luego le quiso convencer para que ganara la aceptación de las personas a base de hacer cosas espectaculares, en lugar de predicar la Palabra. Y por último, le incitó a evitar la cruz y el sacrificio.

Viendo todo esto en su conjunto, nos damos cuenta de que aunque han pasado dos mil años, los cristianos y la iglesia del Señor seguimos enfrentando constantemente las mismas tentaciones.

“Y estaba con las fieras y los ángeles le servían”

El evangelista Mateo nos dice que después de estas tentaciones *“el diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían” (Mt 4:11)*. Por supuesto, no hemos de pensar que durante toda su vida el Señor Jesús sólo conoció las tres tentaciones del desierto. Lucas matiza que el diablo *“se apartó de él por un tiempo” (Lc 4:13)*. La batalla iba a seguir a lo largo de todo su ministerio terrenal, como también durará en nuestro caso hasta que estemos en la presencia del Señor.

Por su parte, Marcos concluye su breve descripción de la tentación de Jesús indicando que *“estaba con las fieras y los ángeles le servían”*. Con ello parece querernos indicar que tanto las fieras salvajes, como los ángeles y hasta el mismo diablo, reconocían cada uno a su manera la autoridad de Jesús como el Hijo de Dios y el Hombre perfecto, que se presentaba en este mundo para liberar a la humanidad y a la creación de la esclavitud de Satanás y del pecado.

La importancia de la victoria de Jesús para nosotros

Ante la presencia de Jesús, el príncipe de este mundo se sabía amenazado, por lo tanto, él mismo salió en defensa del trono que había usurpado. Pero el hecho de que no consiguiera sus propósitos con Jesús, anticipaba su derrota definitiva.

Al mismo tiempo, este incidente sirvió para demostrar que el Señor Jesús es un hombre perfecto, y por lo tanto, puede ser nuestro Salvador. Si hubiera cedido a alguna de las tentaciones, habría quedado definitivamente descalificado para tan importante tarea.

Y el hecho de que el Señor Jesús pasó por estas tentaciones, le capacitó para que ahora pueda ser nuestro Sumo Sacerdote, al que podemos recurrir en cada situación, sabiendo que él nos entiende:

(He 2:18) “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.”

(He 4:15-16) “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.”

También, en cuanto a nosotros mismos, debemos darnos cuenta de la realidad del conflicto espiritual en el que estamos inmersos. Nosotros también vamos a ser tentados, y ya hemos visto que el diablo es un poderoso enemigo. El no se va a ir de nosotros porque le digamos estas palabras: “Vete de aquí Satanás”. Esta no es la solución. Lo único que nos libraré de él es nuestra confianza en Dios y la sujeción a su Palabra. Esto, junto con un deseo firme de apartarnos del pecado en todas sus formas. Porque mientras sigamos acariciando alguna de las sugerencias del diablo, él no se apartará de nosotros.

(1 P 5:8-9) “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo.”

Preguntas

1. ¿Por qué cree que la tentación de Jesús se encuentra después de su bautismo y antes de su primera predicación pública?
2. En la vida del creyente, ¿cree que hay relación entre el deseo de consagrarse al Señor y los ataques del diablo? Razone su respuesta. Quizá quiere explicar alguna experiencia personal.
3. Compare la tentación de Cristo y la de Adán en el huerto del Edén.
4. A la luz de las tres tentaciones que recoge el evangelio de Mateo (Mt 4:1-11), explique con sus propias palabras cuál era la intención del diablo con ellas. Divida su respuesta en dos partes, pensando primero en las implicaciones que tenía para Cristo como hombre y también para su ministerio.
5. Razones sobre cuáles habrían sido las consecuencias de que Cristo hubiera caído en alguna de las tentaciones.

El reino de Dios (I) - En el Antiguo Testamento

(Mr 1:14-15) “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.”

Después de haber sido ungido con el Espíritu Santo durante su bautismo y de haber vencido toda tentación en el desierto, el Señor comenzó su ministerio predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: *“El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado”*.

“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea”

Notemos que todo esto tuvo lugar después de que Juan el Bautista, el profeta de Dios encargado de presentar al Mesías, había sido encarcelado por Herodes. Esto se debió al hecho de que el Bautista denunciaba el pecado de Herodes porque había tomado por mujer a Herodías, la mujer de su hermano. Finalmente, Herodías empujó a Herodes para que encarcelara a Juan y más tarde para que lo decapitara (**Mr 6:14-39**). Sin duda, Juan terminó pagando un alto precio por su fidelidad a Dios.

Y este es el telón de fondo sobre el que Jesús comienza su ministerio público. Ahora bien, el Señor, lejos de irse de Galilea en donde reinaba Herodes, fue precisamente allí, y comenzó la proclamación del evangelio del reino en el mismo lugar donde su heraldo la había dejado. Es cierto que estaba entrando en territorio enemigo, pero quería dejar claro que aunque el malvado Herodes había logrado silenciar al profeta, de ninguna manera podría impedir que la Palabra de Dios fuera proclamada.

“Vino predicando el evangelio del Reino de Dios”

En cuanto al contenido de su mensaje, Jesús nos dice que el tema central de su venida era traer el reino de Dios: *“El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado”*. Ahora bien, ¿qué quería decir con esto? ¿Acabaría con el impío rey Herodes y se sentaría en su trono para gobernar a Israel? ¿Conseguiría la libertad de Juan el Bautista y la liberación de la nación judía de sus opresores romanos? Al fin y al cabo, ésta era la esperanza que todo Israel aguardaba que se cumpliera cuando apareciera el Mesías. ¿Era Jesús ese Mesías prometido? ¿Había llegado el momento en que Dios restauraría el reino a Israel? ¿Qué quería decir el Señor cuando anunció que el reino de Dios se había acercado?

El hecho de que Jesús anunciara la llegada del reino sin explicar lo que esto significaba, implica que se refería a un concepto que ya había sido desarrollado ampliamente en las Escrituras. De hecho, no hay otro concepto que tenga un tratamiento tan extenso a lo largo de toda la Biblia. El mismo Señor Jesús dedicó gran parte de su ministerio público a enseñar sobre él. De este modo amplió su significado, pero también corrigió algunas de las ideas equivocadas que los judíos de su tiempo tenían en relación a él. Debido a la amplitud del tema, aquí sólo podemos hacer un pequeño resumen de sus rasgos más sobresalientes, apartándonos momentáneamente del texto de Marcos para hacer un recorrido por toda la Biblia analizando este concepto fundamental de la revelación divina.

El Reino de Dios en la Biblia

I. ¿Qué es el reino de Dios?

Cuando la Biblia habla del “*reino de Dios*” tenemos que pensar necesariamente en dos aspectos complementarios.

- El primero y más importante tiene que ver con quién es Dios. El es Rey porque es el Soberano, tiene todo el poder y su dignidad es inigualable, su majestad es única, toda autoridad emana de él, es tres veces Santo y, por supuesto, es el único que tiene el derecho legítimo de gobernar este mundo porque ha sido su Creador. En el libro de Apocalipsis encontramos distintos momentos en los que Dios es adorado por sus criaturas que reconocen su dignidad:

(Ap 4:10-11) “*Los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.*”

(Ap 5:12) “*Decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.*”

- Y en segundo lugar, el “*reino de Dios*” se refiere también al ámbito en el que Dios gobierna. Y en ese sentido, todo cuanto existe forma parte de su reino. El salmista lo expresó perfectamente cuando dijo:

(Sal 103:19) “*Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos.*”

(Sal 22:28) “*Porque de Jehová es el reino, y él regirá las naciones.*”

(Dn 4:3) “*¡Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación.*”

2. El reino de las tinieblas

Como acabamos de decir, el gobierno de Dios es eterno y comprende el cielo y la tierra. No hay nada de cuanto existe que quede al margen de su autoridad. Sin embargo, aunque esto es una verdad absoluta, la Biblia nos revela que también hay un reino hostil al que se describe como “*la potestad de las tinieblas*” (**Col 1:13**). No nos es permitido investigar el origen de este reino dirigido por Satanás, pero sabemos que es un reino de tinieblas morales y espirituales que se atreve a enfrentarse con el Trono de Dios.

También sabemos cuándo este reino de tinieblas se instauró en la tierra. La Biblia nos explica que tuvo lugar cuando en el huerto del Edén nuestros primeros padres se sumaron a la rebelión contra Dios, dando crédito a la voz de Satanás, quien con mentiras les hizo creer que podrían vivir mucho mejor en independencia de Dios (**Gn 3:1-6**). Esta decisión llevó a la raza humana a unirse en esta tierra a la rebelión que Satanás ya había comenzado en el cielo contra Dios.

Recordemos que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y le dio dominio sobre la creación para que ejerciera autoridad sobre ella como un virrey que representaba a Dios en la tierra (**Gn 1:26-28**) (**Sal 8:3-8**), pero se apartaron de este propósito pretendiendo vivir en independencia de Dios y ocupando ellos mismos su lugar. Esta fue la tentación de Satanás en la que ellos cayeron: “*Seréis como Dios*” (**Gn 3:5**).

Pero la decisión de dejar de obedecer a Dios sólo sirvió para que el hombre se encontrara bajo el malvado dominio de Satanás, lo que incrementó su poder en este mundo, al punto de establecer su reino de tinieblas también aquí. Ahora Satanás ejerce una influencia muy real sobre los hombres induciéndoles para que vivan apartados de Dios. Y los hombres le obedecen, *“siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”* (Ef 2:2). Además, *“cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo”* y así no lleguen a ser liberados de su tiranía espiritual (2 Co 4:3-4).

Este sistema satánico es conocido en la Biblia como *“el mundo”*, y se manifiesta en todas las áreas de la vida humana por su espíritu de rebeldía contra Dios. Actúa en la esfera personal, social, nacional e internacional. De ahí proviene el odio, los conflictos, la miseria, el sufrimiento, la inmoralidad, la muerte... Vienen de Satanás, aunque el hombre, como un ser moralmente libre, también es responsable de esto y deberá comparecer ante el alto tribunal de Dios.

¿Por qué Dios ha permitido que Satanás ejerza su autoridad malvada sobre este mundo?
¿No implica esto que Dios no es el Soberano de todos los reinos de este mundo? ¿Qué va a hacer Dios ante situación?

La respuesta de Dios a la rebelión del hombre

Sin duda, el Dios soberano y omnipotente siempre ha tenido el poder necesario para terminar con esta rebelión, pero por el momento no lo ha hecho. ¿Por qué? La revelación bíblica nos muestra que Dios se propuso reconquistar este mundo no usando la fuerza, sino el amor y la gracia. Así pues, comenzó a trabajar en esa dirección desde el mismo momento en que el hombre pecó.

I. Enseñó al hombre la gravedad del pecado y sus consecuencias

Lo primero que el hombre debía entender es la gravedad del pecado y las terribles consecuencias que tiene vivir de espaldas a Dios. No puede ser de otra manera; estar alejados de la Fuente de la Vida sólo puede traer maldición y muerte.

Por lo tanto, los primeros capítulos de Génesis nos muestran cuál fue el precio que el hombre pagó por independizarse de Dios. Vemos que inmediatamente la relación del hombre con Dios cambió, y en lugar de la hermosa comunión y amistad que hasta ese momento habían disfrutado, comenzó el temor, de tal manera que Adán y Eva se escondieron de la presencia de Dios porque tuvieron miedo (Gn 3:8). Luego vinieron las acusaciones mutuas dentro del matrimonio (Gn 3:12). La maldición también alcanzó al medio ambiente en el que vivían, a la creación entera (Gn 3:17). Como consecuencia de esto, desde entonces, para poder comer el fruto de la tierra tendrían que trabajar y sudar en medio de *“espinos y cardos”*, que son símbolos de la tendencia de la tierra a producir lo inútil o dañino (Gn 3:18). Pronto llegó también el asesinato dentro del seno familiar, y Adán tuvo que enfrentar el hecho de que uno de sus hijos matara al otro (Gn 4:8). La sociedad también se vio afectada, y las nuevas generaciones se volvieron arrogantes (Gn 4:23-24). El diseño de Dios para el matrimonio se vio alterado y comenzó la poligamia (Gn 4:19). Y lo peor de todo, la muerte reino en este mundo (Gn 5:5).

Era imprescindible que el hombre comprendiera que es imposible prosperar plenamente en el pecado. Por esa razón Dios *“sujetó la creación a vanidad”*. Desde entonces, el hombre sabe bien que la satisfacción humana y los goces naturales duran poco, y que lo normal es vivir bajo una sensación de insatisfacción y frustración permanentes. Dios hizo

esto “no por su propia voluntad”, no porque fuera de su agrado, “sino por causa del que la sujetó en esperanza” (Ro 8:20). Dios no desea que el hombre sufra, esto ya lo demostró cuando le colmó de bendiciones después de haberle creado (Gn 1:28-30) (Gn 2:8-9), así que este yugo fue colocado sobre el hombre con la esperanza de que una vez que llegara a la desesperación en cuanto a sí mismo y a sus obras, volviera a Dios, entendiendo, como un día lo hizo el hijo pródigo, que para salir de la miseria, el único camino es el de vuelta a la casa del padre (Lc 15:11-24). Al fin y al cabo, todas estas consecuencias del pecado son inevitables, lo que se siembra es lo mismo que se recoge, y Dios ya lo había advertido de antemano (Gn 2:16-17).

2. Dios interviene para juzgar el pecado

La situación estaba muy clara, era evidente que las cosas iban muy mal desde que el hombre había decidido independizarse de Dios, pero tanto entonces como ahora, el hombre no quiso verlo. En lugar de eso, insistió en endurecerse en su pecado, hasta el punto en que la situación se volvió insostenible. Esta es la descripción que la Biblia hace de la sociedad en los días previos al diluvio:

(Gn 6:5) “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.”

Entonces Dios tuvo que intervenir en juicio y “el mundo de entonces pereció anegado en agua” (2 P 3:6). Toda la humanidad murió a excepción de Noé y su familia. Esto enviaba un mensaje muy claro: Dios no había renunciado a sus derechos legítimos sobre este mundo que él ha creado, y cada vez que lo considere necesario intervendrá en juicio.

Pero las aguas del diluvio no pudieron limpiar a la humanidad del germen de la rebeldía contra Dios, y una vez que los descendientes de Noé se extendieron por el mundo, nuevamente se organizaron en su lucha contra Dios. Fue entonces cuando apareció por primera vez en la Biblia el concepto de “reino” (Gn 10:10). Se trataba de una sociedad organizada contra Dios, que en su rebeldía proyectaba edificar una ciudad y una torre cuya cúspide llegara al cielo. El hombre se levantaba contra Dios, y lo hacía de forma comunitaria. Estaban unidos y habían comenzado una obra de la que nada ni nadie les haría desistir (Gn 11:4-6). Dios se había comprometido a no traer otro juicio como el diluvio, así que terminó con esta nueva manifestación de rebeldía confundiendo sus lenguas y esparciéndolos por toda la tierra. Esta nueva historia nos vuelve a demostrar que aunque todos los hombres se unan contra Dios, nunca podrán hacerle nada, y que él siempre tendrá el control de la historia.

Una vez más este nuevo juicio no consiguió que el hombre volviera a Dios. El mal estaba dentro del corazón humano, y allí donde fueran, seguirían con su rebelión.

Sus consecuencias llegan hasta nuestros días, cuando las cosas parecen ir de mal en peor. La maldad aumenta por todas partes y los líderes de nuestras naciones son incapaces de controlar los crecientes retos a los que se enfrentan: falta de empleo, guerras, terrorismo, sobrepoblación, pobreza, inmigración, crisis de refugiados, violación de los derechos humanos, racismo, cambio climático, contaminación, corrupción política...

3. Dios intenta establecer su reino en una nación, Israel

Fue después de que Dios confundiera el lenguaje de los pobladores de la tierra en la torre de Babel cuando emprendió una nueva iniciativa. Llamó a un hombre, Abraham, y se propuso formar a partir de él un pueblo por medio del cual se daría a conocer a la humanidad (Gn 12:1-3). Con ese propósito estableció un pacto por el que le garantizaba bendiciones personales, la multiplicación de su simiente, la posesión de la Tierra

Prometida, la protección de la raza contra sus enemigos, y por fin, la bendición de todas las familias de la tierra por medio de su simiente. Todo esto se confirmó con la señal de la circuncisión, señal de separación, de modo que los hijos de la promesa fueron apartados de las naciones para ser el pueblo de Dios.

Por lo tanto, de aquella sociedad degenerada, Dios apartó un pequeño pueblo desde el cual se iba a manifestar y reinar entre los hombres. Más adelante les dio la ley por medio de Moisés y estableció con ellos un pacto que regulaba esta relación de Dios con su pueblo.

Otro acontecimiento muy importante fue la liberación de Israel de su esclavitud en Egipto. La forma milagrosa en la que Dios lo hizo servía como ejemplo de la liberación espiritual que quería llevar a cabo con todas las personas.

A partir de ese momento Israel pertenecía a Dios. Él había hecho un pacto con ellos, los había redimido y les había dado sus leyes. Ellos eran su pueblo y Dios era su rey (**Dt 33:5**).

Pero a pesar de todo esto, ellos seguían manteniendo su mentalidad de esclavos. Dios los había liberado del yugo de Egipto y los estaba conduciendo a la Tierra Prometida, pero ellos seguían pensando en volver al lugar del que habían salido. Esta fue la razón por la que constantemente todo les parecía mal y por la que se pasaron todo el viaje por el desierto murmurando contra Dios y contra sus siervos Moisés y Aarón. Finalmente Dios los juzgó y los condenó a morir en el desierto, de tal manera que salvo Josué y Caleb, ninguno de los hombres que habían salido de Egipto logró entrar en la Tierra Prometida. Esto los obligó a estar vagando por el desierto durante cuarenta años. Fue triste ver que a pesar de todas las señales que habían visto de parte de Dios, y la forma milagrosa en que Dios los había guiado por el camino, ellos siguieron siendo incrédulos, y por esa causa una generación entera murió en el desierto (**He 3:16-19**). Cada vez estaba más clara la gravedad de los efectos del pecado en el hombre: no respondía a los juicios de Dios, pero tampoco a sus bendiciones. Daba lo mismo que enviara un diluvio sobre la tierra, que confundiera sus lenguas en Babel o que los liberara de la esclavitud; finalmente el hombre volvía a mostrar la rebeldía de su corazón contra Dios.

Sin embargo, a pesar de todo, Dios cumplió su palabra y finalmente introdujo al pueblo de Israel en la Tierra Prometida por medio de Josué. Durante el tiempo que siguió, Dios gobernó a su pueblo directamente por medio de jueces que eran apoyados por los sacerdotes. Pero la degeneración del sacerdocio, evidenciada claramente en la familia de Elí (**1 S 2:12-17**), y la debilidad moral de los mismos jueces, llevó al país a la anarquía generalizada, perdiendo el sentido de su unidad nacional y cayendo constantemente en el pecado de la idolatría. La frase que se repite varias veces en el libro de Jueces y que describe bien esta situación es la siguiente: *“cada uno hacía lo que bien le parecía”* (**Jue 21:25**). Nuevamente el proyecto de Dios para establecer su reino en este mundo había fallado por causa de los hombres.

Los libros de Samuel nos relatan el final del tiempo de los jueces y el principio de la monarquía. El primer rey, Saúl, elegido siguiendo los criterios del pueblo, resultó ser un nuevo fracaso a la hora de manifestar el gobierno de Dios en este mundo. Era un hombre conforme a los ideales humanos y al estilo de las naciones circundantes, pero totalmente inadecuado para llevar a cabo la voluntad de Dios en este mundo, tal como quedó demostrado en varias ocasiones. Esto dio lugar a que Dios lo desechara y se buscara un rey conforme a su corazón (**1 S 13:13-14**).

El rey elegido por Dios fue David, y con él estableció un pacto especial por el que le garantizó que de su descendencia nacería un hijo por medio del cual gobernaría este

mundo eternamente. Los detalles de este pacto los podemos encontrar en **(2 S 7:8-16) (1 Cr 17:7-14) (Sal 89)**.

David siempre fue consciente de que Dios era el verdadero Rey y que él sólo era su siervo. Cuando David se refiere a Dios en los Salmos lo hace en los siguientes términos: *“Rey mío y Dios mío”* **(Sal 5:2) (Sal 145:1)**.

Pero también la monarquía fracasó. Muchos de los descendientes de David no fueron conforme al corazón de Dios y se dieron a la idolatría y a todo tipo de perversiones. Y aunque Dios les envió profetas que una y otra vez les amonestaron para que se volvieran de sus malos caminos, ellos no los quisieron escuchar. De hecho, salvo un pequeño resto fiel, el pueblo se caracterizaba por su rebeldía y desobediencia a la ley de Dios. Así que, una vez más Dios intervino y juzgó a su pueblo. Primero fue Israel, en la parte norte del país, la que fue invadida por los asirios **(2 R 17:24-41)**, y años más tarde, Judá en el sur, también fue llevada en cautiverio por los babilonios **(2 R 25:8-21)**.

Setenta años después de su cautiverio, Ciro rey de Persia, firmó un decreto para que los judíos que lo desearan pudieran regresar a Judá y reedificaran la ciudad de Jerusalén **(Esd 1:1-4)**. Los que volvieron fueron pocos y débiles, siempre en aprietos en medio de sus vecinos. Pero lo peor de todo fue que durante doscientos años siguieron bajo la dominación persa, hasta el año 330 a.C., cuando fueron conquistados por Alejandro Magno el griego. Después de la muerte de Alejandro, su reino fue dividido y comenzó una lucha entre los Tolomeos de Egipto y los monarcas de Siria, dando como resultado primero el dominio egipcio y luego el sirio, sobre Judea. Entre los años 166 a 63 a.C. los judíos se rebelaron contra los sirios y gozaron de su único periodo de autonomía bajo la dinastía asmonea, hasta que en el año 63 a.C., Pompeyo, un general romano, tomó Jerusalén, y a partir de esa época las provincias de Israel fueron tributarias de Roma.

Podríamos resumir la historia de todo el Antiguo Testamento como una sucesión de continuos intentos fallidos para establecer el reino de Dios en este mundo. El pueblo elegido no había sido capaz de vivir conforme al pacto que Dios había establecido con ellos, y sus mismos gobernantes, en muchas ocasiones, habían sido los primeros en manifestar su infidelidad. ¿Qué haría Dios? Sus promesas todavía estaban en pie, pero ¿dónde, cuándo y cómo se iban a cumplir?

Es en este contexto cuando apareció el Señor Jesucristo anunciando que el *“reino de Dios se ha acercado”*. ¿Qué quería decir con esto?

Preguntas

1. ¿Cuáles son los dos aspectos fundamentales que definen el Reino de Dios?
2. ¿Por qué decimos que existe un *“reino de las tinieblas”*? ¿Cuándo se instauró en este mundo? ¿Cuáles fueron los efectos que produjo y que encontramos en los primeros capítulos de Génesis? Cite también algunas de las evidencias de este reino de maldad en nuestros días.
3. ¿Qué pasos dio Dios en el Antiguo Testamento para reconquistar al hombre pecador para su reino?
4. ¿Qué promesas importantes fueron hechas a Abraham **(Gn 12:1-3) (Gn 15:1-21)**? ¿Y a David **(2 S 7:8-16) (1 Cr 17:7-14) (Sal 89)**? ¿Qué lección espiritual podemos sacar de la liberación de Israel de su esclavitud en Egipto?
5. ¿Por qué fracasaron todas las iniciativas divinas para establecer su reino en este mundo? ¿Cuál era la situación de Israel cuando apareció el Señor Jesucristo?

El Reino de Dios (II) - La venida del Mesías

Introducción

En medio de la opresión a la que los judíos habían estado sometidos por causa de sus diferentes conquistadores, la esperanza en la venida del Mesías prometido por Dios cobró mucha fuerza entre el pueblo de Israel. Este Mesías había de ser un descendiente de David, y ellos esperaban que aparecería en este mundo de una forma sobrenatural para establecer definitivamente su reino. Pensaban que sería un gran conquistador militar que vencería a los enemigos de Dios y de su pueblo, para finalmente establecer un reino de justicia y paz en el que Israel tendría una posición prominente, ya que sería allí donde el Mesías se sentaría en su trono y desde donde gobernaría el mundo. Por supuesto, esto implicaba necesariamente que primero Israel fuera librado de todos sus opresores, en especial del Imperio Romano.

Esto era lo que todos los judíos esperaban cuando Juan el Bautista se presentó rompiendo los cuatrocientos años de silencio en los que no se había escuchado ninguna voz profética. Él anunció la inminente venida del Mesías prometido.

Muy poco después se presentó el Señor Jesús, aquél que Juan el Bautista había identificado como el Mesías prometido por los profetas, y él comenzó su ministerio público haciendo la siguiente declaración: *“El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado”*. Aquel momento que Dios había ordenado desde la eternidad, había llegado. Era *“la plenitud de los tiempos”* a la que Pablo se refirió en **(Ga 4:4)** o *“el cumplimiento de los tiempos”* **(Ef 1:10)**. El mismo Rey estaba en medio de su pueblo y se disponía a comenzar a cumplir su misión. La expectación era máxima.

El establecimiento del Reino de Dios por medio del Mesías

1. Primero un llamamiento al arrepentimiento

Ahora bien, aunque era completamente cierto que muchas partes del Antiguo Testamento confirmaban la visión que los judíos tenían sobre el establecimiento del reino de Dios por medio de un Mesías conquistador, no obstante, no era menos cierto que todos los profetas habían advertido que primero era imprescindible el arrepentimiento y la renovación espiritual del pueblo. Y en esa misma línea estaba Juan el Bautista, quien acompañó su predicación con el *“bautismo de arrepentimiento”* como un medio para preparar al pueblo para la venida del Mesías.

Juan gozó de un gran prestigio en Israel como un auténtico profeta de Dios, y muchos reconocieron su necesidad de arrepentirse y ser renovados espiritualmente. Pero otros, especialmente los dirigentes religiosos de la nación, despreciaron su bautismo y no quisieron arrepentirse **(Mr 11:27-33)**.

2. La necesidad de una renovación espiritual

Pero aquí es importante que notemos que Juan el Bautista no sólo habló del bautismo en agua para arrepentimiento, sino que también anunció que el Mesías al que él precedía les bautizaría con el Espíritu Santo. Esto se correspondía con una verdad que los profetas del Antiguo Testamento hacía tiempo que llevaban anunciando. Todos ellos eran conscientes de que el arrepentimiento por sí solo no cambia a las personas, era necesario hacer algo mucho más profundo. Por eso, los profetas anunciaron el nuevo pacto que Dios se

proponía hacer con su pueblo en el futuro, un pacto por medio del cual Dios se comprometía a perdonar sus pecados y a darles un nuevo corazón capaz de cumplir con su voluntad por medio del poder del Espíritu Santo obrando en sus vidas (**Jer 32:38-41**) (**Ez 11:17-20**) (**Ez 36:24-31**). Veamos cómo lo describió el profeta Jeremías:

(Jer 31:31-34) “He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.”

El hombre pecador había demostrado sobradamente ser ingobernable, incapaz de sujetarse a la voluntad de Dios. Por eso, antes de poder entrar a formar parte del reino de Dios, era imprescindible cambiar su corazón. Esta fue una de las cosas más importantes que Juan el Bautista anunció, aunque parece que fueron pocos los que la tomaron en consideración: *“Él os bautizará con Espíritu Santo” (Mr 1:8)*. Sin esta profunda renovación espiritual que el Señor Jesucristo iba a llevar a cabo en aquellos que creyeran en él, sería imposible formar parte de su reino.

La cita que acabamos de ver en Jeremías anunciaba que la venida del Espíritu Santo traería implícito un nuevo pacto, diferente del que Dios había hecho con Israel en el desierto por medio de Moisés. En el pacto antiguo de la Ley había dos partes: Dios tenía una e Israel otra. Pero Israel fue incapaz de cumplir la suya y constantemente la quebrantó, con los desastrosos resultados que ya hemos comentado. Por tanto, el nuevo pacto tenía que ser radicalmente diferente del antiguo: *“No como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto”*. Lo más importante de este nuevo pacto es que no estarían implicadas dos partes en él, sino sólo una: Dios. Al fin y al cabo, ese era precisamente el problema del antiguo pacto, que el pueblo era incapaz de respetar su parte cumpliendo la Ley, así que el pacto quedaba roto. Pero en el nuevo pacto veremos que no hay nada que se le pida al pueblo de Dios, ninguna condición que sean llamados a cumplir. Todos los términos del pacto anuncian lo que Dios hará. ¡Él lo hace todo! Por lo tanto, esto garantizaba que nunca sería quebrantado. Veamos brevemente los términos del nuevo pacto (**He 8:6-13**):

- *“Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré”*. Recordamos que los diez mandamientos del antiguo pacto fueron escritos en tablas de piedra; eran por lo tanto mandamientos externos. Le decían a la persona lo que debía hacer, pero no le proporcionaban las fuerzas para hacerlo; le decían lo que no debía hacer, pero no suplían el poder para evitar hacerlo. Si el pueblo hubiera sido capaz de guardar los mandamientos de Dios, habría producido en ellos vidas santas, pero sus corazones pecadores y débiles les llevaron a fracasar una y otra vez. Pero en el nuevo pacto, Dios se comprometió a escribir su ley en el corazón, lo que significa mucho más que una ayuda para recordar mejor sus mandamientos, sino que implica nada más y nada menos que la implantación dentro de nosotros de una nueva naturaleza a la imagen de Cristo, capaz de cumplir sus justas demandas. Esto se lleva a cabo por medio del nuevo nacimiento por el Espíritu del que el Señor le habló a Nicodemo (**Jn 3:5**).

- *“Todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor”*. Además, cada creyente disfrutará de un conocimiento íntimo de Dios en su experiencia personal. No será algo que tendremos que conseguir por medio de rigurosas disciplinas, sino que el nuevo pacto nos lo ofrece como un regalo a todos los creyentes. Es obra del Espíritu Santo en el corazón de todo el que confía en Cristo (**Ga 4:6**).
- *“Seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades”*. Otra de las maravillas del nuevo pacto es el perdón de todos los pecados. El creyente ahora quiere hacer la voluntad de Dios porque su ley está en su mente, pero si fracasa, Dios no le desecha, sino que le garantiza el perdón de todos sus pecados. Por supuesto, el verdadero creyente no interpreta esto como una oportunidad para hacer lo que le venga en gana, sino todo lo contrario, le entristece enormemente ofender a Dios.

3. El reino de Dios se establece definitivamente por la obra de Cristo en la Cruz

Un hecho que no debemos olvidar es que el pecado es incompatible con el reino de Dios. No puede ser de otra manera, ya que el pecado es la manifestación de la rebelión del hombre contra la voluntad de Dios. Entonces, si los hombres pecadores han de llegar a formar parte del reino de Dios, es necesario que previamente sean librados del pecado y de su naturaleza pecaminosa, de otro modo, si el pecado entrara en el reino de Dios, entonces volveríamos a tener lo mismo que ya tenemos en este mundo pecador. Y este cambio de naturaleza es lo que Dios ha conseguido por medio del nuevo nacimiento.

Ahora bien, todavía queda una cuestión fundamental: ¿Que va a hacer Dios con la culpabilidad de los pecados cometidos por el hombre?

Es necesario entender que el pecado es una transgresión de la santa ley de Dios, lo que convierte al pecador en culpable ante la justicia divina. Si Dios decidiera pasar por alto los pecados de los hombres, esto pondría en duda su carácter justo. Dios no puede dar por inocente al culpable (**Nm 14:18**). Ante esta situación, lo que Dios hizo fue ofrecer a su propio Hijo como sustituto por el hombre. El Señor Jesucristo murió en la cruz, pero no por algún pecado que él hubiera cometido, sino en sustitución de los hombres pecadores. Y dado que él no era sólo hombre, sino que también era el Hijo de Dios, su muerte tiene valor para representar a toda la humanidad. A esto es imprescindible añadir el hecho de que después de tres días resucitó de entre los muertos, triunfando así sobre la muerte. A partir de ahí, cualquier hombre que se arrepiente de sus pecados y cree en él, puede apropiarse de los beneficios que surgen de la cruz. De esta forma Dios puede justificar al pecador sin que su justicia quede en entredicho. La culpa del pecador ha sido pagada por un inocente y él puede quedar libre.

Por lo tanto, la muerte del Señor Jesucristo en la cruz y su posterior resurrección, garantizan que los hombres pecadores puedan formar parte del reino de Dios en toda su plenitud.

Pero la obra de Cristo en la cruz también es importante por otra razón. Recordamos que cuando el diablo tentó a Adán y Eva en el huerto del Edén, les hizo creer que Dios sólo pretendía limitar sus libertades, y que para que pudieran vivir sus vidas en plenitud, era necesario que se librasen de él. Lo que quería hacerles creer es que Dios no se interesaba realmente por ellos. Desgraciadamente, pronto descubrieron que todo lo que el diablo les había dicho era mentira, pero a pesar de ello, de una manera totalmente incomprensible, el hombre ha seguido creyendo sus mentiras, y aun en nuestros días sigue pensando que Dios no desea nada bueno para la humanidad. Pero la cruz fue la demostración de que Dios sí que ama a los hombres, y los ama de tal manera que ha

estado dispuesto a entregar a su propio Hijo para que ninguno se pierda (**Jn 3:16**). La cruz cierra la boca al diablo y pone en evidencia sus malignas mentiras.

Aquí está la clave de cómo Dios ha planeado reconquistar al hombre para su reino. No sobre la base de su poder, sino de su amor. Cualquiera que piense seriamente sobre lo que Dios ha estado dispuesto a hacer por cada uno de nosotros, debería caer de rodillas ante Dios clamando por el perdón de sus pecados y ofreciéndole su amor incondicional.

4. El tipo de Mesías que los judíos esperaban

Una vez que Juan presentó al Señor Jesucristo como el escogido de Dios, pronto las multitudes demostraron que no tenían ningún interés en cuestiones de renovación espiritual o en el perdón de sus pecados, sino que lo único que les preocupaba era la independencia política de los odiados romanos y un Mesías que les proveyera abundantemente para todas sus necesidades. Por eso, cuando vieron el poder que Jesús manifestaba en todos sus milagros, le seguían por miles, buscando ser beneficiados por él. El clímax llegó cuando dio de comer panes y peces a una multitud de cinco mil judíos que inmediatamente quisieron hacerle rey, pero entonces, Jesús, dejándolos se fue (**Jn 6:15**). Y aunque al día siguiente volvieron a buscarle, él insistió en que no era el tipo de rey que ellos esperaban, y ante su reiterada negativa a prestarse a sus expectativas, se produjo el desenlace: *“Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él”* (**Jn 6:66**). ¿Por qué el Señor reaccionó de esta manera?

Como ya hemos visto anteriormente, Israel había tenido en el pasado algunos reyes buenos, como David, que era un rey conforme al corazón de Dios, pero eso no había logrado cambiar a la nación. Tampoco Moisés, quien hizo numerosos milagros de parte de Dios y que fue utilizado por él para liberar a Israel de su esclavitud en Egipto, tampoco él había conseguido garantizar la fidelidad del pueblo para con Dios. Incluso aunque les dio la ley, ellos fueron incapaces de cumplirla. Todo esto confirmaba que era necesario cambiar el corazón del hombre por medio de un nuevo nacimiento espiritual, tal como el Señor explicó a Nicodemo (**Jn 3:3**). De poco les aprovecharía volver a tener un buen rey si sus corazones no cambiaban radicalmente. Pero ellos no querían esto, y el Señor se negó a ser hecho rey por ellos.

Preguntas

1. ¿Cuál era el ambiente político y religioso en Israel cuando el Señor Jesucristo comenzó su ministerio público? ¿En qué consistía la esperanza mesiánica de los judíos en aquellos días?
2. ¿Qué requisitos eran necesarios para el establecimiento del reino de Dios que los judíos no parecían considerar? Razone su respuesta a la luz del ministerio de Juan el Bautista.
3. Explique las características y condiciones del nuevo pacto del Espíritu tal como lo encontramos en (Jer 31:31-34) y (He 8:6-13). Analice las diferencias básicas con el antiguo pacto de la ley.
4. ¿Por qué decimos que la obra de Cristo en la cruz es fundamental para el establecimiento del reino de Dios en este mundo? Razone su respuesta.
5. ¿Por qué cree que la mayoría de la nación judía terminó rechazando a Jesús como el Mesías prometido por el Antiguo Testamento?

El Reino de Dios (III) - El programa del Mesías

Como vimos en el estudio anterior, Jesús no era un Mesías que se ajustara a los pensamientos de los judíos de su tiempo, ni siquiera a los de sus propios discípulos. Todos ellos esperaban un Mesías conquistador que les librara de sus opresores, del mismo modo que Moisés había hecho con Israel cuando los sacó de Egipto. Por eso, cuando los judíos vieron que él no tenía intención de enfrentarse con Herodes y el Imperio Romano, lo desecharon.

Si realmente Jesús era el Mesías, cabe preguntarse: ¿dónde está su reino? Y para contestar a esta pregunta es necesario que analicemos con cierto detalle el programa mesiánico de Jesús.

El programa mesiánico de Jesús

Que el Señor Jesucristo no se adaptaba al concepto popular que en aquellos días los judíos tenían sobre el Mesías, era un hecho. Y esto llevó a muchos a rechazarle.

Incluso Juan el Bautista envió mensajeros a Jesús desde la cárcel para preguntarle si él era realmente el que había de venir o debían esperar a otra persona (**Lc 7:19**).

Ahora bien, el problema de Juan el Bautista no era que hubiera perdido la fe en él, sino que se enfrentaba con el hecho de que Jesús no estaba actuando como el Mesías que todos esperaban y que él mismo había anunciado. ¿Dónde estaba el juicio de los impíos del que Juan tanto había predicado?

(Lc 3:9) *“Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego.”*

Todo parecía seguir igual: Herodes Antipas gobernaba Galilea, las legiones romanas desfilaban por las calles de Jerusalén y la autoridad estaba en manos de un gobierno pagano. ¿Cómo podía ser Jesús el Mesías esperado si el pecado permanecía sin castigo? El mismo Juan tenía la idea de que Cristo iba a proceder inmediatamente a suprimir el mal y destruir a los hombres impíos. Cuando denunció los pecados de Herodes y éste le encarceló, sin duda esperaba que Cristo vendría a castigar a Herodes y a librarle, y cuando no hizo nada de eso, Juan debió sentirse algo decepcionado.

I. El Mesías habría de venir dos veces a este mundo

Fue entonces preciso que el Señor confirmase a Juan el Bautista que el cumplimiento del programa profético que él había anunciado era correcto y no había fracasado. Pero era igualmente necesario que Juan entendiera que ese programa tenía dos partes que habían de cumplirse en tiempos diferentes. En su primera venida, el Señor Jesucristo iba a instituir *“el año de la buena voluntad del Señor”*, cuyo propósito era la proclamación del evangelio y la provisión de una vía de escape a la ira venidera. No sería hasta que terminase ese *“año”* cuando vendría el día del juicio de Dios.

El Señor dejó esto claro cuando estuvo en la sinagoga de Nazaret y se le dio a leer en el libro del profeta Isaías. Veamos qué es lo que leyó allí y el breve comentario que hizo a continuación:

(Lc 4:17-21) *“Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los*

quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.”

Es muy importante notar que el Señor terminó su lectura a la mitad de una frase, algo completamente inusual. Vamos a ver entonces cómo continuaba el pasaje que estaba leyendo tal como aparece en el profeta Isaías:

(Is 61:2-6) “... Y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya. Reedificarán las ruinas antiguas, y levantarán los asolamientos primeros, y restaurarán las ciudades arruinadas, los escombros de muchas generaciones. Y extranjeros apacentarán vuestras ovejas, y los extraños serán vuestros labradores y vuestros viñadores. Y vosotros seréis llamados sacerdotes de Jehová, ministros de nuestro Dios seréis llamados; comeréis las riquezas de las naciones, y con su gloria seréis sublimes.”

Como vemos, el resto de la profecía de Isaías tenía que ver con el juicio de Dios sobre este mundo y la restauración de Israel a una posición de gloria en medio de las naciones.

El hecho de que el Señor sólo leyera la mitad de la profecía de Isaías y dijera que esa parte se estaba cumpliendo en aquel momento, tenía el propósito de enseñar que allí había dos profecías, y no sólo una, tal como pensaban los judíos. Y que además, cada una de esas profecías tendrían su cumplimiento en tiempos diferentes.

En cuanto a la primera profecía, la que el Señor Jesucristo leyó en Nazaret, se refería a la parte de su programa mesiánico que cumplió en su primera venida. Este consistía en “*predicar el año agradable del Señor*”, y como vemos en el texto, esto tenía que ver con “*dar buenas nuevas a los pobres, sanar a los quebrantados de corazón, pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos, y a poner en libertad a los oprimidos*”. Y aunque podemos pensar en los “*pobres*”, “*cautivos*” y “*ciegos*” de una forma literal, también es cierto que el Señor vino a salvar a todos aquellos que padecían pobreza espiritual y moral; a traer perdón y libertad a aquellos que estaban cautivos y eran oprimidos por sus pecados; y para abrir los ojos de aquellos que estaban bajo las tinieblas de Satanás de modo que pudieran ser trasladados al reino de la luz.

Esta primera parte de la profecía es descrita como “*el año agradable del Señor*” y tenía que ver con la amplia y generosa manifestación de la misericordia de Dios. En cambio, la segunda parte de la profecía sería mucho más breve, y es descrita como “*el día de venganza de nuestro Dios*”. Esto se refiere al día en el que Dios ejecutará su juicio sobre los hombres impíos, lo que dará lugar al establecimiento de su reino en este mundo. Sería entonces cuando según la profecía de Isaías, Israel sería restaurado como nación y llegaría a conocer tiempos de esplendor y prosperidad desconocidos hasta entonces. Como el profeta dijo, “*comeréis las riquezas de las naciones, y con su gloria seréis sublimes*”.

El problema de Juan el Bautista, y también de los judíos de su tiempo, es que ellos esperaban que tanto “*el año agradable del Señor*” como “*el día de venganza de nuestro Dios*” tendrían su cumplimiento al mismo tiempo, pero el Señor dejó claro que esto no iba a ocurrir de ese modo.

Por lo tanto, cuando el Señor envió de vuelta a los mensajeros que Juan el Bautista había enviado a preguntarle si él era aquel a quien debían esperar, los mandó con un importante mensaje para él:

(Lc 7:22) *“Y respondiendo Jesús, les dijo: Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí.”*

La respuesta tuvo que ser clara para Juan: Jesús era el Mesías esperado y ya había comenzado a cumplir la primera parte del programa Mesiánico.

Ahora bien, dada la importancia de este tema, creemos conveniente que veamos otro ejemplo más de los muchos que el Antiguo Testamento nos proporcionan sobre este doble programa divino. Vamos al Salmo 110, un salmo ampliamente citado en el Nuevo Testamento por el Señor y sus apóstoles. Fijémonos en su primer versículo:

(Sal 110:1) *“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.”*

En este Salmo, David habla de su “Señor” en el momento en que era invitado por “Jehová” a sentarse a su diestra en el trono. Durante su ministerio, el Señor Jesucristo preguntó a los judíos acerca de este pasaje (**Mr 12:35-37**). Los judíos afirmaban que este “Señor” sería un hijo de David, pero entonces Jesús les preguntó, ¿cómo es que David le llama Señor si era su hijo? No olvidemos que nunca un rey de Israel llamaría “señor” a uno de sus hijos. Ni siquiera Jacob llamó señor a su hijo José cuando fue exaltado como el segundo hombre más importante de Egipto. Así que, la primera conclusión que tanto ellos como nosotros debemos sacar, es que ese descendiente de David era divino además de humano. Esto es confirmado por el hecho insólito de que fuera invitado por Jehová a sentarse en su mismo trono: “Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra”. Es impensable que alguien que no sea Dios pueda sentarse en su Trono. Pero esto nos lleva a otra pregunta: si este hijo de David era divino, ¿por qué no estaba sentado en el trono, sino que es invitado a hacerlo? La respuesta la encontramos en la Encarnación del Hijo de Dios. Por un tiempo él dejó su trono de gloria en el cielo para venir a salvar a los pecadores por medio de su muerte y resurrección (**Fil 2:5-8**). Pero después de esto ascendió al cielo, y entonces fue invitado a sentarse nuevamente en el trono donde había estado durante toda la eternidad (**Jn 17:5**).

Pero el Salmo también explica que habrá una segunda parte en este programa mesiánico. El Señor Jesucristo está sentado en el Trono de la Majestad en las alturas esperando a que sus “enemigos sean puestos por estrado de sus pies”. Él va a volver una segunda vez a este mundo, pero su Segunda Venida no será como la primera, sino que vendrá para juzgar a este mundo y establecer su glorioso reino sobre todos los pueblos y naciones, incluso sobre sus enemigos que le han rechazado.

Ahora mismo estamos en el intervalo entre su primera y su segunda venida, un periodo que ya casi dura dos mil años. Esto puede parecer mucho tiempo, y es cierto que algunos se burlan de su promesa como si nunca se fuera a cumplir, pero es un periodo establecido por Dios para manifestar su gracia a los hombres pecadores que rechazaron a su Hijo. El apóstol Pedro lo explicó con claridad en su segunda carta:

(2 P 3:9) *“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.”*

Por lo tanto, vemos que el Antiguo Testamento confirmaba que el Mesías vendría en dos ocasiones diferentes para establecer su reino.

2. El comienzo de la victoria del Señor sobre el reino de Satanás

Una parte importante del ministerio que el Señor llevó a cabo en este mundo tuvo que ver con librar a los endemoniados de todo tipo de espíritus inmundos que los oprimían. Como acabamos de ver, esto también estaba incluido en la primera parte de su programa mesiánico. Ahora bien, debemos detenernos por un momento para reflexionar sobre la importancia de este hecho.

En primer lugar, tenemos que recordar que en la actualidad existe un reino hostil en este mundo que es gobernado por el diablo, “*el príncipe de este mundo*” (**Jn 14:30**) o “*el príncipe de la potestad del aire*” (**Ef 2:2**). Él ha ganado mucho poder entre los hombres desde que éstos decidieron rebelarse contra Dios, hasta el punto en que se sintió en la libertad de ofrecer todos los reinos de este mundo al Señor Jesucristo a cambio de su adoración, algo que por supuesto el Señor rechazó (**Mt 4:8-10**).

Nuestro Señor Jesucristo había venido a establecer un reino diferente al del diablo. No tendría sentido traer otro reino similar a los que ya hay. Lamentablemente, desde la caída del hombre, todos los reinos de este mundo se han regido por las normas del diablo: el dominio de los fuertes, la violencia, el orgullo, la mentira, el egoísmo, y sobre todo, el distanciamiento de todos los principios morales establecidos por Dios.

Pero el reino que el Señor se proponía traer a este mundo era completamente diferente, y su meta final era librar a los hombres del poder de Satanás para trasladarlos a su reino de luz (**Col 1:13**). Por eso, era inevitable que entrara en un conflicto con las fuerzas hostiles de las tinieblas. El Señor explicó lo que iba a ocurrir por medio de una parábola: “*Ninguno puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata, y entonces podrá saquear su casa*” (**Mr 3:27**). Satanás es el “*hombre fuerte*” que tiene prisioneros a los hombres, por eso, para poderlos rescatar, primero el Señor tendría que entrar en su casa y vencerle.

Y efectivamente, nada más que el Señor se presentó en este mundo, todas las fuerzas del mal se pusieron inmediatamente en marcha contra él, aunque, por supuesto, no tenían poder alguno frente a la autoridad del Hijo de Dios. Todo su ministerio estuvo caracterizado por la expulsión de demonios, a los que privaba de su poder sobre los hombres. En el mismo comienzo del evangelio de Marcos podemos ver que en la sinagoga de Capernaum todos se admiraron al ver que “*con autoridad mandaba aun a los espíritus inmundos y le obedecían*” (**Mr 1:27**).

La conclusión inevitable a la que nos llevan estos hechos la extrajo el mismo Señor: “*si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros*” (**Lc 11:20**). El echar fuera demonios era una prueba de que el reino de Dios estaba actuando entre los hombres. Satanás había comenzado a ser derrotado. Hombres y mujeres estaban siendo liberados de su poder y empezaban a disfrutar de la vida y de las bendiciones del reino de Dios. Por eso, el Señor pudo decir al comenzar su ministerio: “*el reino de Dios se ha acercado*” (**Mr 1:15**).

El reino de Dios es eminentemente benéfico. Desde la caída del hombre en el pecado ha tenido como meta la restauración de la humanidad. Sin embargo, tenemos que decir que hasta el presente, esta liberación ha sido muy pequeña y parcial. Todavía esperamos y seguimos orando para que el reino de Dios venga a nosotros (**Mt 6:10**). Pero el hecho de que el Señor ya viniera a este mundo y demostrara su poder frente al diablo, nos da seguridad de su victoria final y completa en el clímax de la historia.

3. El carácter del reino de Dios en el presente

El reino de Dios se ha acercado, dijo Jesús, pero lo hizo de un modo muy diferente de como los hombres habían esperado. Como ya hemos dicho, en lugar de venir para destruir los reinos de este mundo o para hacer cambios en el orden político, el Señor estaba realizando cambios espirituales en las vidas de hombres y mujeres.

El dijo que el reino de Dios ya estaba aquí, pero no con el poder irresistible que destruiría todos los reinos de este mundo. Estaba aquí, pero no sería manifestado de forma visible en el mundo durante el ministerio terrenal de Jesús. Hay varias parábolas que ilustran las diferentes etapas del Reino:

- La parábola del sembrador (**Mr 4:1-20**) tiene la intención de mostrarnos cómo llega el reino de Dios a los corazones humanos. La Palabra de Dios es sembrada durante este intervalo con diversos grados de éxito. Algunos corazones son buena tierra y la reciben, pero otros muchos la rechazan. Queda claro que Dios no impone la entrada en su reino a aquellos que no lo desean, sino que espera una respuesta de corazón, voluntaria y sumisa.
- La parábola de la semilla que crece en secreto (**Mr 4:26-29**) trata del modo en que crece el reino de Dios. La semilla sembrada en aquellos que reciben el reino de Dios en su corazones empieza a crecer de forma misteriosa, imperceptible, pero victoriosa. Finalmente, después de un tiempo indeterminado se desarrolla una cosecha de verdaderos creyentes que son llevados al granero celestial. La parábola enfatiza también el crecimiento de la semilla por el poder de Dios a través de su Palabra y no por los esfuerzos humanos.
- La parábola de la semilla de mostaza (**Mr 4:30-32**) nos muestra que aunque el comienzo del reino de Dios es insignificante, su final es sorprendente. El reino ya está entre nosotros, pero es algo diminuto, casi insignificante, como la pequeña semilla de mostaza, pero vendrá el tiempo cuando se convierta en la más grande de las hortalizas.
- La parábola de la cizaña (**Mt 13:24-30**) ilustra que el reino ya está aquí, pero se encuentra en medio de los reinos de este mundo, y sólo al final, en el día del juicio, se hará la separación entre los justos y los impíos.

El carácter oculto del reino que el Señor Jesucristo trajo a este mundo se manifestaba también en su propia persona. El mismo Rey vino en forma de siervo, *“para servir y dar su vida en rescate por muchos”* (**Mr 10:45**). No vivió en un palacio, sino que como él mismo explicó: *“Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza”* (**Mt 8:20**). Y antes de que ejerciera su autoridad sobre todos los reinos de la tierra tenía que recorrer la senda de la obediencia a su Padre e ir a la Cruz.

Podemos decir, por lo tanto, que en esta época, el reino del Señor Jesucristo es un reino espiritual, en los corazones de los hombres que lo han aceptado voluntariamente, y no un reino político que se establece por la fuerza, tal como esperaban los judíos.

Satanás sigue teniendo control sobre los hombres, pero todos aquellos que se entregan al Señor Jesucristo, ya pueden ahora ser liberados de su poder, de su servidumbre, del dominio del pecado y de la muerte, aunque la manifestación plena de esta liberación se verá en el futuro, cuando el Señor Jesucristo regrese a este mundo en toda su gloria y poder.

4. Un periodo de ausencia del Señor antes de su Segunda Venida

El Señor mismo explicó que la plenitud del reino no se manifestaría hasta su Segunda Venida, lo que implicaba necesariamente que él había de irse primero. Pero como ya hemos señalado, no era esto lo que pensaban sus discípulos, por eso, cuando se acercaban a Jerusalén y ellos iban convencidos de que el reino de Dios se iba a manifestar inmediatamente, el Señor les contó la parábola de un noble que se iba a un país lejano para recibir un reino y volver (**Lc 19:11-27**). La conclusión era clara: el Señor no iba a Jerusalén para sentarse en un trono, sino a morir en una cruz, pero volvería a establecer su reino visible en este mundo. Esta es la verdad que les intentó explicar a través de varias parábolas más: la de los labradores malvados (**Mt 21:33-46**), la del siervo vigilante (**Lc 12:35-48**), la de los talentos (**Mt 25:14-30**). Y finalmente, ante la proximidad de su muerte, cuando en la noche en que iba a ser entregado estaba en el aposento alto con sus discípulos, les volvió a decir lo mismo, pero esta vez sin usar ninguna parábola:

(Jn 14:2-3) “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.”

El propósito de todos estos pasajes era exhortar a los creyentes para que estuvieran preparados para su segunda venida, haciendo buen uso de todos los dones recibidos.

En cuanto a las características de este periodo de “ausencia” del Señor, el sermón profético que él pronunció desde lo alto del Monte de los Olivos (**Mt 24:3-28**) señalaba que sería un tiempo de conflictos, guerras, persecuciones, herejías y apostasía. Nada de todo esto es de extrañar, ya que Satanás es el dios de este mundo, y lo único que se puede esperar de él son todo tipo de perversiones, que sumen cada vez más a los hombres en la maldad.

Preguntas

1. Explique cuáles eran las dos partes del programa mesiánico. Razone sobre cuál era el propósito de cada una de ellas.
2. Busque tres citas en el Antiguo Testamento que tengan que ver con la primera venida del Mesías y otras tres que se relacionen con su segunda venida (evite aquellas que han sido mencionadas en la lección).
3. ¿Que importancia tiene que el Señor dedicara una buena parte de su ministerio a echar fuera demonios?
4. ¿Cómo se manifiesta el reino de Dios en el tiempo presente? Justifique su respuesta usando algunas de las parábolas que Jesús contó.
5. ¿Cuál es el propósito por el que el Señor ha dejado a los creyentes en este mundo esperando su segunda venida? ¿Cuál debe ser nuestra actitud mientras él regresa y cuáles las metas que debemos perseguir?

El Reino de Dios (IV) - La Segunda Venida

Introducción

Terminamos nuestro último estudio viendo que después de la resurrección y ascensión al cielo del Señor Jesucristo, se abrió un período de ausencia que no terminará hasta que él regrese en su segunda venida. Como no podía ser de otro modo, después de que este mundo rechazó al Hijo de Dios, vendrá un tiempo de conflictos, guerras, persecuciones, herejías y apostasía.

No cabe duda de que vivimos en un tiempo difícil para todo el mundo, pero especialmente para los creyentes, que son perseguidos en infinidad de lugares. Pero esto no es nada si lo comparamos con la injusticia que sufrió el mismo Hijo de Dios cuando fue condenado a morir en una vergonzosa cruz, y el desprecio con el que sigue siendo tratado por tantas personas en nuestros días. La razón por la que él todavía no ha regresado para poner fin a esta situación, tiene que ver con su misericordia, ya que él sigue dando oportunidades a otras personas para que se arrepientan y lleguen a formar parte de su reino glorioso para toda la eternidad.

Pero todo esto terminará en el momento cuando el Señor Jesucristo regrese en las nubes del cielo con gran poder y gloria (**Mt 24:29-31**). Su segunda venida será el clímax de todo el programa de Dios para el establecimiento de su reino en este mundo rebelde. Será un evento glorioso en sí mismo, pero también traerá aparejados con él otros hechos igualmente trascendentales con los que se dará principio a una nueva creación eterna.

Las Escrituras no dan una descripción detallada del curso y la secuencia exacta de los acontecimientos finales, aunque se nos permite discernir las etapas principales. No es un tema sencillo y debemos ser muy cuidadosos cuando hablamos de él, evitando dogmatizar sobre nuestra postura.

La importancia de la Segunda Venida de Cristo

La Segunda Venida de Cristo es absolutamente esencial para el cumplimiento y consumación de su obra redentora. Será entonces cuando establecerá su reino en este mundo en toda su plenitud, y todos los demás reinos que han dominado la escena de la historia humana serán desplazados. El día del hombre dará paso al “*día de Jehová*” y entonces se cumplirá lo que el apóstol Pedro describió como “*la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo*” (**Hch 3:21**). Será el momento en que Cristo reinará y restaurará la ruina causada por el pecado y Satanás.

Debemos notar, por lo tanto, las grandes diferencias que la Biblia señala entre la primera y la segunda venida de Cristo.

- Cuando él vino la primera vez lo hizo con gran humildad, naciendo en un establo entre animales, desconocido, y finalmente, despreciado y crucificado. Pero su segunda venida será completamente distinta; entonces los cielos serán abiertos y vendrá irrumpiendo en nuestro mundo de una forma dramática. Todo ojo le verá cuando descienda del cielo con gran gloria y poder, rodeado de sus santos ángeles.

- Su primera venida tuvo como finalidad dar su vida para la salvación de cuantos creyeran en él; pero en su segunda venida tendrá lugar la consumación de su reino y la creación de un nuevo orden eterno.
- Después de su primera venida su reino quedó “oculto” en el corazón de aquellos que le aceptaron, pero cuando regrese será para establecer su reino de forma visible y poderosa.

Pensemos ahora en algunas implicaciones que tendrá la segunda venida de Cristo.

1. Cristo será vindicado en el mundo que le crucificó

Como acabamos de decir, cuando Cristo vino a esta tierra por primera vez, él fue menospreciado y crucificado bajo la acusación de ser un blasfemo porque en repetidas ocasiones había afirmado que era el Hijo de Dios. De este modo fue echado de este mundo que él mismo había creado, y durante dos mil años la mayoría de la gente ha seguido manteniendo la misma actitud de rechazo hacia él. A la vista de estos hechos, y del silencio de Dios, podría parecer que los que le crucificaron tenían razón.

Pero cuando un día los cielos sean abiertos y el Señor Jesús vuelva de nuevo a este mundo rodeado de sus huestes celestiales, nadie tendrá ninguna duda de quién es Jesús y de su dignidad divina. Entonces toda rodilla se doblará ante él y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

(Fil 2:5-11) "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre."

Su segunda venida será una escena deslumbrante y nadie podrá oponerse a su señorío y majestad. Será un acontecimiento de tal grandeza que dejará en el olvido los eventos más espectaculares que jamás se hayan conocido en nuestra historia; ni las coronaciones de los más grandes emperadores, ni las entradas triunfantes de los césares por las calles de Roma con sus victoriosas legiones podrán ofrecer un punto de comparación con lo que será la venida en gloria del Señor Jesucristo.

Entonces será vindicado a los ojos de todos aquellos que lo han despreciado.

2. Será una vindicación del carácter de Dios: su justicia y su santidad

Es un hecho que este mundo rechaza constantemente a Dios, pero sin embargo, cada vez que algo va mal, Dios es el principal culpable para ellos. ¿Cómo puede ser que después de haberle dejado fuera de sus vidas, todavía sigan acusándole de haber fallado en su deber de gobernar este mundo? Ellos no pueden pedirle cuentas a Dios porque tienen lo que ellos mismos han elegido.

No obstante, también los creyentes se han preguntado con frecuencia hasta cuándo la maldad y la injusticia continuarán en este mundo sin que Dios haga nada. Este era el problema que turbó al salmista:

(Sal 94:3-7) "¿Hasta cuándo los impíos, hasta cuándo, oh Jehová, se gozarán los impíos? ¿Hasta cuándo pronunciarán, hablarán cosas duras, y se vanagloriarán todos los que hacen iniquidad? A tu pueblo, oh Jehová, quebrantan, y a tu heredad

aflijen. A la viuda y al extranjero matan, y a los huérfanos quitan la vida. Y dijeron: No verá JAH, ni entenderá el Dios de Jacob.”

A la vista de todo esto el salmista implora a Dios que se muestre. Está perplejo porque Dios no interviene, ¿cómo puede ser eso? Y mientras tanto, el impío se vuelve cada vez más descarado, más cínico, jactándose de que no hay nadie que le observe ni que le vaya a pedir cuentas por su maldad. “¿Hasta cuando, oh Dios?”, pregunta angustiado el salmista. Su preocupación tenía que ver con la vindicación del nombre de Dios. Todas estas cosas parecían poner en tela de juicio el carácter moral de Dios y también su capacidad para ponerles freno.

La contestación a esta importante cuestión la encontramos en los salmos que le siguen (Salmos 95 al 99), donde el tono es completamente diferente. En ellos se aprecia que el salmista rebosa de alegría, está lleno de cánticos de alabanza a Dios. ¿Cuál es la razón para este cambio? Pues no es otra cosa que la venida del Señor en poder y gloria a este mundo para reinar, juzgar y establecer justicia.

(Sal 96:10-13) “Decid entre las naciones: Jehová reina. También afirmó el mundo, no será conmovido; juzgará a los pueblos en justicia. Alégrense los cielos, y gócese la tierra; breme el mar y su plenitud. Regocíjese el campo, y todo lo que en él está; entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento, delante de Jehová que vino; porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad.”

Cuando él venga a reinar en este mundo, su nombre será vindicado. Entonces nadie tendrá duda alguna sobre su justicia, poder y santidad.

Otros acontecimientos relacionados con la Segunda Venida de Cristo

1. La venida de Cristo y el rapto de la Iglesia

La venida de Cristo también se relaciona con la Iglesia. Ésta será arrebatada al cielo en su Segunda Venida, dando así por finalizada su misión en esta tierra.

(1 Ts 4:16-17) “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.”

Como vemos, los creyentes que estén vivos, junto con todos los creyentes en Cristo de todas las generaciones pasadas, resucitarán en ese momento y serán reunidos con él en el aire. Parece que en ese momento de su venida, el Señor no descenderá hasta la tierra, sino que su encuentro con los creyentes tendrá lugar “en las nubes”.

En cuanto al momento en que este acontecimiento ocurrirá, no todos los expositores bíblicos están de acuerdo en el orden exacto en el que tendrá lugar en relación con los demás acontecimientos, pero obviamente, la salida de todos los cristianos de la tierra tendrá un efecto muy importante sobre este mundo, dejando vía libre para que el anticristo establezca su impía civilización.

2. El tribunal de Cristo

En algún momento de la eternidad cada creyente será juzgado en conformidad con lo que haya hecho mientras estaba en este mundo.

(2 Co 5:10) *“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.”*

Entonces algunos sufrirán pérdida, mientras que otros recibirán recompensa **(1 Co 3:14-15)**; unos serán engrandecidos y otros empequeñecidos **(Mt 5:19)**; también habrá los que sientan vergüenza al ver acercarse al Señor **(1 Jn 2:28)**, mientras que otros esperarán con gozo y confianza recibir su corona **(2 Ti 4:8) (1 P 5:2-4)**.

Es verdad que todo aquel que ha creído en Cristo será libre del juicio final **(Jn 5:24) (Ro 8:1)**, pero también es cierto que todos los creyentes tendremos que comparecer ante su tribunal para que el fuego revele la auténtica calidad de nuestro servicio para él. Y Pablo habla de la conmovedora posibilidad de que un creyente, aunque salvo, pueda sufrir tal pérdida que se pueda comparar con el hombre que escapa de un incendio con sólo su vida:

(1 Co 3:15) *“Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.”*

Tomemos muy en serio nuestra vida cristiana y nuestro servicio para el Señor.

3. El establecimiento del reino de Dios en esta tierra - El Milenio

Antes de la Segunda Venida del Señor, se levantará el “*anticristo*”, quien se presentará como el salvador de los hombres en la gran crisis que este mundo atravesará. Este gobernante mundial será ateo, blasfemo y perseguidor de todos aquellos que se identifiquen con Cristo, llevando a este mundo a un terrible clímax de maldad y rebelión contra Dios. Y por fin, él mismo se hará adorar como dios.

Su gobierno durará siete años y al principio favorecerá a la nación de Israel y hará un pacto con ella, pero a la mitad del período, romperá su pacto e iniciará una gran persecución que es conocida como la “*Gran Tribulación*” **(Dn 9:27)**, y que el Señor describió como una tribulación “*cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá*” **(Mt 24:21)**. Al final de ese tiempo las naciones serán congregadas alrededor de Jerusalén en un último esfuerzo por destruirla, pero tendrán que verse con el Señor en la batalla de Armagedón **(Ap 16:13-16)**, siendo derrotadas y aniquiladas por la gloria del Cordero **(Ap 19:11-21)**.

Después de la gran Tribulación, Cristo reinará en esta tierra durante un periodo de mil años **(Ap 20:1-6)**. De este modo gobernará de una forma visible en este mundo donde fue crucificado injustamente y en el que, hasta el día de hoy, todavía no se le ha hecho justicia. Él ha esperado por mucho tiempo, pero pronto recibirá el lugar de honor que sólo le corresponde a él. Por supuesto, su venida no será únicamente para destruir al anticristo, sino que se sentará a reinar y todos los hombres podrán considerar su gloria y su capacidad para llevar a este mundo a su máximo esplendor.

Esto tendrá lugar antes de que reine en la eternidad futura, y será el momento en el que cumplirá todas las gloriosas promesas que Dios hizo a Israel por medio de los profetas **(Hch 3:20-21)**.

En este reino milenial el hombre no dejará de ser lo que es, pero el gobierno mesiánico será justo y fuerte, prendiendo la Palabra en muchos corazones. Además, Satanás será atado, de modo que todo lo bueno tendrá todas las ventajas. Será un tiempo de paz y justicia desconocidos en este mundo.

Con este propósito Israel ha sido preservado milagrosamente a lo largo de los siglos, y desde mayo de 1948 volvió a constituirse nuevamente como un estado político y se le

entregó una parte de la tierra prometida como su territorio. Esto ocurrió miles de años después de que Israel fuera expulsado y esparcido por todo el mundo. El antisemitismo es algo desconocido en relación a otras naciones, pero es que Satanás sabe bien que ellos están en el centro de las promesas futuras de Dios. Es verdad que por el momento Israel permanece en incredulidad y rechazan al Señor Jesucristo como su Mesías, pero llegará el día en que se arrepentirán con lágrimas y creerán en él (**Zac 12:10-14**) (**Ro 11:25-27**). Entonces serán restaurados y Dios los bendecirá, reinando en medio de ellos en esta tierra durante el milenio.

Este periodo servirá también como una última prueba para la raza humana, quien después de haber vivido bajo óptimas condiciones de gobierno y prosperidad por mil años, con todo, cuando Satanás sea soltado para tentarles de nuevo, tendrán la oportunidad de volver a elegir (**Ap 20:7-8**).

En cualquier caso, el milenio servirá como figura y anticipo de la nueva creación en el estado eterno, cuando los nuevos cielos y tierra reemplacen a la antigua creación.

4. El juicio de Satanás y los ángeles caídos

Aunque el milenio será un tiempo de bendición sin igual para todo este mundo, cuando termine y el diablo sea desencadenado para volver a probar a la humanidad, curiosamente los hombres le seguirán en una rebelión internacional sin precedentes contra Dios. Pero el éxito de su atrevida rebelión será muy breve, porque Dios acabará con ellos. Entonces el diablo será lanzado al lago de fuego y azufre donde ya estaban la "bestia" y el "falso profeta" (**Ap 19:20**). Todo esto lo podemos leer en:

(Ap 20:7-10) "Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos."

5. La muerte será abolida

El establecimiento definitivo del reino de Dios requiere que sea eliminado previamente todo enemigo, esto incluye, por supuesto, el pecado y también la muerte (**1 Co 15:26**) (**Ap 20:14**), que es su consecuencia directa (**Ro 6:23**). Sólo cuando el pecado, la muerte y Satanás sean destruidos, los redimidos de Dios podrán disfrutar plenamente de las bendiciones perfectas de su reino. Al fin y al cabo, eso es lo que Cristo consiguió por medio de su muerte en la cruz (**He 2:14-15**).

6. La resurrección de los muertos

La resurrección de los creyentes nos dará un nuevo cuerpo espiritual que será el vehículo perfecto para la nueva creación.

La resurrección de Cristo garantiza la de todos aquellos que creen en él. Algunos resucitarán en el arrebatamiento de la iglesia (**1 Ts 4:16**) y otros lo harán al comienzo del milenio (**Ap 20:4-5**).

Finalmente habrá una resurrección general en la que todos los incrédulos recibirán cuerpos que durarán para siempre, pero serán cuerpos pecaminosos que estarán sujetos al dolor y el sufrimiento por toda la eternidad.

7. Dios se sentará a juzgar a los impíos

Esta última resurrección general coincidirá con el juicio del Gran Trono Blanco (**Ap 20:11-15**), en el que tendrán que comparecer todos los hombres que no han querido creer en Cristo.

(Ap 20:11-12) *“Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.”*

Allí se darán cuenta que quien les juzgará será el mismo Jesús a quienes los hombres rechazaron y no quisieron aceptar como su Rey.

(Jn 5:22-23) *“Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió.”*

Entonces todos sus enemigos serán puestos por estrado de sus pies:

(Sal 110:1) *“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.”*

El Señor sigue siendo rechazado por la inmensa mayoría de este mundo, su evangelio sigue siendo despreciado, sus derechos ignorados y sus mandamientos pisoteados. La gente sigue echándole de sus vida, de su sociedad y de su mundo. Ahora, igual que hicieron hace dos mil años, el mundo sigue gritando: *“no queremos que éste reine sobre nosotros”* (**Lc 19:14**). Pero esto se terminará cuando él se siente a juzgar a este mundo.

Entonces, la tierra, que actualmente manifiesta toda su pecaminosidad, será gobernada por Dios y la justicia triunfará finalmente. Pero aún más; toda la maldad de los hombres que han vivido en este mundo, y que aparentemente lograron burlar la justicia divina, ellos también recibirán la justa retribución de sus pecados, de modo que la justicia de Dios quede libre de cualquier sombra de duda.

Incluso los ángeles que se rebelaron contra Dios, ellos también serán juzgados (**2 P 2:4**) (**Jud 1:6**), y los mismos creyentes tomarán parte en ese juicio (**1 Co 6:3**).

8. Cielos nuevos y tierra nueva

Finalmente tendrá lugar una transformación en el orden físico de tal magnitud que la Biblia la describe como *“cielos nuevos y tierra nueva”*:

(Is 65:17) *“Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento.”*

(Ap 21:1) *“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más.”*

La nueva creación estará libre de la maldición del pecado y de la tendencia a deteriorarse. Serán *“cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia”* (**2 P 3:13**). Toda la maldad habrá desaparecido y en su lugar este mundo volverá a manifestar la gloria y la santidad de Dios.

Además, Dios colocará esta nueva creación bajo el gobierno de los creyentes resucitados.

(Ro 8:20-21) *“Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma*

será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.”

Esta será la “*restauración de todas las cosas*” de la que habían hablado los santos profetas desde tiempo antiguo y que se cumplirá al final de la segunda venida de Cristo (**Hch 3:20-21**).

El verbo “*restaurar*” tiene dos posibles acepciones; puede referirse a la restauración de algo que ha sido dañado, o también a la restauración de una propiedad a su auténtico dueño. En su Segunda Venida, el Señor restaurará todas las cosas en ambos sentidos. En primer lugar, restaurará este desdichado mundo de los estragos del pecado, de tal manera que volverá a ser como lo era antes de que entrara el pecado. Pero también será restaurado a su dueño legítimo. Dios es el Creador de este mundo y lo hizo para que sirviera a sus intereses. Evidentemente los hombres no le quieren reconocer ese derecho y han tomado el camino de la total independencia de Dios, y como consecuencia, no dejamos de arruinar este bello planeta. Hemos convertido este mundo en un lugar lleno de miseria, tragedia y perversidad. El hombre ha demostrado ser la mayor arma de destrucción masiva que se pueda encontrar. Ante este escenario, Dios va a intervenir para restaurar este mundo bajo su legítima autoridad.

Conclusiones

Como hemos visto, el reino de Dios es un concepto muy amplio que abarca toda la Biblia, desde Génesis hasta Apocalipsis. Y aunque sólo hemos hecho un pequeño resumen, ya es suficiente para darnos cuenta de que Dios es el único que tiene un programa realista para este mundo.

Pero ahora tenemos que centrarnos en la misión que como creyentes e iglesias hemos recibido para esta etapa concreta del reino de Dios en la que nos encontramos. Nosotros hemos recibido el solemne encargo de predicar el evangelio del reino a todo el mundo como lo hizo el Señor. Él mandó esto a sus discípulos sobre la base de su autoridad real:

(Mt 28:18-20) “Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”

Este es un inmenso honor que Dios ha concedido a los creyentes. Quizá los ángeles lo podrían hacer mucho mejor que nosotros, pero esta misión ha sido entregada a la Iglesia. Sin duda, anunciar el reino de Dios y llamar a los hombres para que por medio del arrepentimiento y la fe puedan entrar en él, es la misión más importante y de mayor transcendencia que nunca se haya dado a los hombres. En este sentido, cada creyente, y la iglesia en su conjunto, debemos ser la “*luz del mundo*” (**Mt 5:14-16**). Según esto, debemos predicar el evangelio del reino y dar testimonio con nuestras vidas.

Al hacer esto, debemos recordar que la auténtica batalla de la iglesia no es contra otros reinos u otras religiones, sino contra el poder de Satanás en todas sus manifestaciones. La iglesia mantiene un conflicto en la esfera espiritual. Cuando oramos al Señor pidiendo que venga su reino, lo que estamos expresando es nuestro deseo de que su voluntad sea hecha en nuestra propia vida en primer lugar, pero también en este mundo.

Nosotros, como creyentes, no debemos dejar de cumplir con la misión a la que hemos sido llamados por Cristo, y debemos hacerlo con fidelidad, sin dejar de orar: ¡Ven Señor Jesús, ven pronto!

Preguntas

1. ¿Por qué cree que es necesario que el Señor Jesucristo vuelva de nuevo a este mundo? Explíquelo con sus propias palabras.
2. ¿Cuáles son los grandes acontecimientos relacionados con la doctrina de la Segunda Venida? Explique brevemente la necesidad de cada uno de ellos dentro del plan general de Dios para el establecimiento de su reino. No olvide incluir alguna referencia bíblica a cada uno de estos hechos futuros.
3. Reflexione sobre lo que el apóstol Pedro quería decir cuando dijo que con la segunda venida de Cristo tendría lugar la “restauración de todas las cosas”. ¿Qué abarca esta restauración?
4. En base a lo aprendido sobre el reino de Dios en las últimas lecciones, haga un resumen de cómo éste se ha manifestado en este mundo desde su creación hasta el fin de los tiempos.
5. ¿Qué queremos decir cuando oramos pidiendo a Dios que “venga su reino”?

El arrepentimiento (I) - Marcos 1:14-15

(Mr 1:14-15) *“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.”*

En nuestros estudios anteriores hemos tratado acerca del “*evangelio del reino de Dios*” que el Señor Jesucristo predicaba, y que había sido ampliamente anunciado a lo largo de todo el Antiguo Testamento.

Como ya sabemos, el término “*evangelio*” significa “*buenas noticias*”, y aquí se relaciona con “*el Reino de Dios*”. Para el ser humano no puede haber una mejor noticia que saber que Dios todavía quiere que los hombres rebeldes y pecadores formen parte de su glorioso reino. Después de todo el desprecio que este mundo manifiesta activamente contra Dios, sería razonable que él nos destruyera sin dejar rastro de la humanidad, pero el anuncio con el que el Señor Jesús comenzó su ministerio nos llena de esperanza. Dios sigue extendiendo su misericordia sobre los pecadores, y los busca en su amor para invitarlos a su Reino.

En este estudio vamos a comenzar a considerar los requisitos que el Señor Jesucristo estableció para que los hombres pecadores puedan entrar en su reino, y pronto veremos que no se trata de alguna cosa imposible de cumplir, sino que por el contrario, son condiciones que están al alcance de todos los hombres. Básicamente se resumen en dos: “*arrepentimiento y fe*”.

No sería coherente pensar que la relación perdida entre el hombre y Dios se restableciera sin la participación activa del hombre. Es necesario que cada persona en particular dé un paso para volverse a Dios. Así que, vamos a comenzar tratando el primero de los dos requisitos que el Señor ha establecido en su soberanía: el arrepentimiento.

El arrepentimiento es un mandamiento de Dios

Empecemos por notar que el Señor no sólo predicaba el arrepentimiento, sino que lo hacía como si estuviera dando un mandamiento: “*arrepentíos*”. Y así lo entendieron y lo predicaron también sus apóstoles:

(Hch 17:30) *“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan.”*

Cuando el Señor se expresaba de esta manera, estaba dejando claro que él es el Rey, y por lo tanto, tiene el derecho legítimo de exigir el arrepentimiento. Esto es sencillo de entender. En el ámbito terrenal, cuando un emperador romano era coronado como rey, no invitaba a los súbditos de su reino a que aceptaran su autoridad si les apetecía, sino que exigía de todos ellos su sumisión y lealtad. Y si las demandas de un emperador romano eran absolutas, ¡cuánto más las del mismo Rey del cielo!

Así pues, si vamos a predicar el evangelio como lo hizo Cristo, tenemos que hacerlo transmitiendo fielmente este mandato de Dios a las personas para que se arrepientan. No es algo opcional que el hombre pueda aceptar o rechazar a su gusto: “*Dios manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*” **(Hch 17:30)**.

Y puesto que el arrepentimiento es un mandato de Dios, desobedecerlo tendrá graves consecuencias. Las palabras del Señor son claras al respecto:

(Lc 13:3) “... Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”

Dios anuncia en su Palabra un juicio universal en el que cada pecador tendrá que dar cuentas. Llegar a ese momento sin habernos arrepentido, nos cerrará todas las puertas del reino de Dios, y lo único que nos quedará será una terrible condenación que durará toda la eternidad.

¿Por qué debemos arrepentirnos de nuestros pecados?

Porque el pecado es la clave de todos nuestros problemas. Es verdad que en nuestra cultura contemporánea cada vez es más raro usar la palabra “pecado”. Esto no se debe a que haya sido sustituida por otra que sea más apropiada, sino porque la idea misma se ha perdido. Vivimos entre personas que son incapaces de hacer juicio moral sobre nada. Sugerirles que algo es pecado, o enseñar que los hombres son pecadores, es considerado como una idea rancia de épocas pasadas, y también como una grave ofensa contra la dignidad de la persona.

Pero cuando examinamos los evangelios, encontramos que el Señor Jesucristo hizo una gran cantidad de referencias al pecado; tanto a su origen como a sus consecuencias. Él no dudó en denunciar a personas concretas como pecadores, y la razón por la que lo hizo fue porque él sabía que el pecado es la clave de nuestros problemas.

Pero, ¿por qué el pecado es tan grave?

I. El pecado es una declaración de guerra contra el Soberano Rey del cielo

Cuando Adán y Eva pecaron en el huerto del Edén, no sólo estaban rechazando la autoridad de Dios sobre sus vidas, sino que estaban expresando su intención de ocupar el lugar de Dios. Lo que el diablo les garantizó es que si desobedecían a Dios, lograrían ser como él. Esto es lo que les dijo: “*Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal*” (Gn 3:5).

En ese contexto, el pecado fue una clara declaración de guerra contra el bendito y Soberano Rey de reyes y Señor de señores. La criatura se levantaba contra el Creador en un acto de rebelión. Rechazaba la voluntad de su Hacedor para imponer la suya propia; ignoraba lo que Dios había dicho con la intención de hacer prevalecer sus propias ideas; se atrevía a proclamar su propia autonomía e independencia eliminando a Dios de su vida. Podemos decir, por lo tanto, que el pecado es un desafío arrogante del hombre en su deseo de ser igual a Dios.

Y desde ese momento, todos los hombres hemos caminado por la misma senda que Adán y Eva nos abrieron. En todos nosotros está arraigada esa misma rebeldía contra Dios. Cada vez que Dios nos manda hacer algo o nos prohíbe alguna cosa, inmediatamente surge en nosotros el deseo de hacer todo lo contrario.

Esto se aprecia con mucha claridad en las sociedades modernas, que manifiestan su rebeldía contra Dios estableciendo leyes y modelos de conducta que se oponen a los principios de su ley. No cabe duda de que el hombre está en guerra con Dios, y siempre que tiene ocasión, manifiesta su rechazo y rebeldía contra él.

El profeta Isaías describió con mucha exactitud lo que es la conducta habitual del mundo de nuestros días:

(Is 5:20) “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!”

2. El pecado nos enemista con Dios

Para Dios el pecado no es una travesura inocente, sino un acto de enemistad, de aborrecimiento y de desprecio contra su persona.

Puede que en muchas ocasiones esa enemistad no se exprese como una hostilidad abierta hacia Dios, sino que tome la forma más habitual de la indiferencia. Pero cuando una persona dice que no le interesa Dios o lo que él ha dicho, estamos ante una tragedia suprema. Si a alguno de nosotros no nos interesa la música o el fútbol, no pasa absolutamente nada, al fin y al cabo, es simplemente una cuestión de gustos. Pero si una mujer dice que no le interesa su marido, está manifestando un grave problema, porque da a entender que se ha terminado el amor entre ellos, y pronto llegará la ruptura y la enemistad. Y en mayor medida, si alguien dice que no le interesa Dios, aquel a quien le debemos nuestra existencia, es algo realmente muy grave. Lo que finalmente revela esta indiferencia es la profunda enemistad del hombre pecador contra Dios.

En un asunto de tanta importancia no se puede tomar una posición neutral. ¡Es imposible! No existen personas que ni aman ni odian a Dios. No amarle implica necesariamente odiarle. El Señor Jesucristo hizo una afirmación muy seria al respecto:

(Mt 12:30) *“El que no es conmigo, contra mí es”*

Pero en otras ocasiones, esta enemistad no se manifiesta simplemente como indiferencia hacia su persona, sino que toma la forma de una hostilidad abierta. Esto se aprecia constantemente en muchos de los comentarios que escuchamos a nuestro alrededor cuando la gente habla de Dios. Algunos le acusan con ira por cada una de las tragedias que ocurren en este mundo. Otros escriben artículos o libros, y salen en los medios de comunicación para ridiculizar la Biblia y atacar todos los principios cristianos. Y lo hacen con orgullo, sin disimular el odio que sienten hacia un Dios, del que por otro lado, en muchos casos, niegan su existencia. Tal es el grado de enemistad que sienten hacia él, que lo han eliminado de sus vidas, y ahora hacen todo lo posible para que desaparezca también de la sociedad y de las instituciones. En algunos países de Europa, es un hecho que cada vez que se habla de Dios o del cristianismo en la televisión o en la radio es para ridiculizarlo. Y en muchos otros países, esta hostilidad contra Dios se expresa por medio de la violencia física contra los cristianos y también contra la Biblia. La historia está llena de ejemplos de esto último.

Pero cuando comparamos el amor que Dios tiene por el hombre, con la apatía y hostilidad que sus criaturas le demuestran a él, es entonces cuando apreciamos con total claridad la enemistad del hombre hacia Dios. Esto queda de manifiesto en las palabras del evangelio de Juan:

(Jn 3:16-20) *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.”*

3. El pecado atenta contra la justicia de Dios

Dios es justo, ama la justicia y aborrece la injusticia. Por lo tanto, puesto que el pecado es una transgresión de la ley de Dios, él lo aborrece.

(1 Jn 3:4) *“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley.”*

(Hab 1:13) *“Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio”*

Dios no puede ser moralmente neutral o indiferente hacia el pecado. Su propio carácter justo le lleva a juzgarlo con firmeza.

(Sal 7:11) *“Dios es juez justo, y Dios está airado contra el impío todos los días.”*

Por lo tanto, el pecado crea una barrera entre Dios y las personas.

(Is 59:2) *“Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.”*

Por otro lado, el pecado rompe el orden moral que Dios ha establecido desde la fundación del mundo, y conduce a la catástrofe moral y espiritual. Por esa razón, el pecador será excluido del reino de Dios si antes no es perdonado y limpiado. De otro modo, si el pecado entrara en el cielo, automáticamente dejaría de ser un reino de justicia. El libro de Apocalipsis, hablando de la nueva Jerusalén, confirma esto:

(Ap 21:27) *“No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.”*

¿Qué es el arrepentimiento?

El arrepentimiento implica abandonar nuestra independencia de Dios, nuestra enemistad y rebelión contra él, para volvernos a su justicia. Esto nos llevará a aborrecer el pecado, pero también a un deseo positivo de hacer la voluntad de Dios. Se trata de una decisión firme y consecuente de cambiar de bando. Implica pasar del reino de las tinieblas al reino de Jesucristo. El apóstol Pablo explicó lo que esto implicaba en los siguientes términos:

(Col 1:13-14) *“Dios nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.”*

Por lo tanto, el arrepentimiento nos lleva a asumir una nueva mentalidad, nuevos deseos y una nueva voluntad de agradar a nuestro nuevo Rey. No se trata únicamente de corregir algunos defectos de nuestra personalidad, o de adquirir alguna nueva rutina religiosa, es algo infinitamente más radical. Tiene que ver con permitir que Dios asuma realmente todo el control de nuestra vida, lo que se traducirá necesariamente en un cambio total con respecto a Dios, a nosotros mismos, al pecado y a la justicia. Nuestra vida tendrá una nueva dirección, una nueva perspectiva, nuevas expectativas y compromisos.

El verdadero arrepentimiento abarca el intelecto, las emociones y la voluntad, en las que Dios llega a tener la absoluta supremacía.

I. Un cambio en la forma de pensar

El arrepentimiento implica un cambio radical en el modo de entender la gravedad que el pecado tiene como una afrenta contra el Dios santo y que por lo tanto merece la ira y el castigo divinos. Supone también el reconocimiento de nuestra propia responsabilidad y la aceptación de nuestro estado de completa bancarrota espiritual ante Dios. Todo esto nos debe llevar a clamar como el publicano de la parábola que contó el Señor Jesucristo:

(Lc 18:13) *“Dios, sé propicio a mí, pecador.”*

El arrepentimiento que lleva a la salvación debe incluir también un cambio de pensamiento respecto a quién es Jesús y el lugar que debe ocupar en nuestra vida. Básicamente podemos resumirlo diciendo que él es el “Señor” y que tiene todo el derecho a gobernar nuestras vidas. Esto supone un cambio radical con nuestra actitud rebelde anterior, cuando pensábamos que nosotros teníamos la última palabra en lo que decidíamos y hacíamos. El verdadero arrepentimiento nos debe llevar a un reconocimiento del Señorío de Cristo, tal como Pablo explicó en su carta a los Romanos:

(Ro 10:8-9) “Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.”

2. Un cambio en la manera de sentir

Desde el punto de vista emocional, el auténtico arrepentimiento va acompañado de un sentimiento de pesar y tristeza al descubrir la suciedad y gravedad del pecado. En el Antiguo Testamento era frecuente que la persona arrepentida vistiera cilicio y se cubriera de cenizas como símbolos de luto y dolor (**Job 42:6**) (**Jon 3:5-6**).

En nuestros días es triste ver cómo el hombre moderno ya casi no siente vergüenza por casi nada. No es difícil escuchar a personas que después de tener una vida llena de fracasos personales, sin embargo afirman con orgullo que ellos no se arrepienten de nada. Pero esta reafirmación en el pecado sólo les puede conducir a nuevos fracasos.

En cualquier caso, es cierto también que se puede llegar a estar apesadumbrado o avergonzado por algún pecado concreto y sin embargo no llegar a la salvación. Por ejemplo, el joven rico que se acercó a Jesús se fue afligido y triste por lo que el Señor le dijo (**Mr 10:22**), pero no cambió de actitud. Judas, después de entregar a Jesús, sintió un fuerte remordimiento por lo que había hecho, aunque seguramente, lo que más lamentó es que las cosas no habían salido como él había planeado (**Mt 27:3**).

Es difícil imaginar un verdadero arrepentimiento que no incluya cierto elemento de vergüenza, pero hay que aclarar que eso no garantiza que sea genuino. A veces, esa vergüenza es motivada simplemente por el temor a quedar en ridículo cuando otros se enteren de alguno de nuestros fracasos o pecados, pero no porque sintamos la gravedad de nuestras ofensas ante Dios. En esos casos, pasado un tiempo, cuando todo se olvide, la vida continuará sin grandes cambios.

3. Un cambio en la manera de vivir

En tercer lugar, el arrepentimiento incluye también un cambio en la voluntad de la persona. Hay una firme determinación de abandonar la vieja forma de vida para cambiarla por una nueva, radicalmente distinta. Implica el abandono de la desobediencia obstinada a Dios para rendir nuestra voluntad a Cristo. Es un llamamiento a deponer las armas, a dejar de luchar contra Dios y a rendirnos a su voluntad.

Un ejemplo bíblico: la parábola del hijo pródigo

Podemos encontrar un buen ejemplo de los principios expuestos anteriormente en la conocida parábola del hijo pródigo (**Lc 15:11-24**).

El Señor comenzó su relato presentándonos a un hijo rebelde que no quería sujetarse al orden familiar establecido por el padre. Éste decidió irse, pero no sin antes recibir la parte de la herencia que le correspondía. Esto era sin duda una tremenda ofensa contra su padre. Lo lógico habría sido que el hijo recibiera su herencia una vez que el padre hubiera muerto, pero para ese joven, era tal el desprecio que sentía por su progenitor que era

como si ya estuviera muerto, así que no dudó en exigir su parte de la herencia cuando el padre todavía estaba vivo. Todo esto nos recuerda la actitud de Adán y Eva en el huerto del Edén cuando también decidieron abandonar a Dios y ocupar su propio lugar.

Una vez que el hijo recibió su herencia la gastó desenfrenadamente en todo tipo de vicios y pecados, llegando pronto a estar en una situación lamentable. Mientras tuvo dinero no le faltaron los amigos, pero cuando éste se terminó, no le quedó más remedio que irse a cuidar cerdos. Tan triste era su situación que llegó a tener envidia porque los cerdos comían mejor que él.

Y estando en esa situación dio el primer paso en el camino del arrepentimiento. Empezó a reflexionar sobre su estado: *“volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre” (Lc 15:17)*. Y entonces es cuando por primera vez estuvo dispuesto a reconocer su pecado. Empezó a pensar en volver a su padre y pedirle perdón. Esto era lo que planeaba decirle: *“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (Lc 15:18-19)*. Notemos que había llegado a entender perfectamente que el pecado no había sido únicamente contra su padre, sino que en primer lugar había sido cometido *“contra el cielo”*, lo que para un judío equivalía a decir *“contra Dios”*.

Aunque en la parábola no se explica cómo el hijo llegó a experimentar este cambio en su forma de pensar que le llevó a tener tal convicción de pecado, sabemos por otras partes de las Escrituras que esto viene normalmente por el conocimiento de la ley **(Ro 3:20)**.

En segundo lugar, el joven empezó a sentir vergüenza y dolor por su pecado, por eso, cuando se acercó al padre, rápidamente le dijo que no se sentía *“digno de ser llamado su hijo” (Lc 15:21)*. Por supuesto, no regresó alegremente como si nada hubiera ocurrido, sino que lo hizo con una genuina actitud de humillación.

Y en tercer lugar, tomó la decisión de volverse de su vida pecaminosa a la casa del padre, donde sabía que su forma de conducta tendría que ser radicalmente diferente a la que había llevado mientras estaba fuera. Ya no podría vivir sin normas, haciendo lo que le diera la gana, sino en sujeción a su padre.

Es probable que el hijo tuviera la duda de si su padre estaría dispuesto a recibirle después de la forma en la que le había ofendido al irse, pero para su sorpresa, descubrió que según se acercaba a la casa, su padre le estaba esperando con los brazos abiertos. Y en el momento en que el hijo expresó su arrepentimiento, inmediatamente fue aceptado nuevamente en la familia del padre. Pero no sólo eso, su recibimiento fue con gran gozo y estuvo lleno de bendiciones que de ninguna manera él habría podido imaginar. Fue entonces cuando llegó para el hijo pródigo el anillo, el vestido nuevo, el beso, el gozo y la fiesta **(Lc 15:22-24)**.

Como ya sabemos, el padre representa a Dios, y toda la parábola sirve cómo una hermosa ilustración de lo que significa el evangelio, las buenas noticias de Dios. El hijo no merecía nada, sino el castigo más severo por su ofensa. Recordemos que la ley de Moisés establecía la pena de muerte para casos como este **(Dt 21:18-21)**. Los oyentes de Jesús sabían esto, así que tuvo que impresionarles mucho la forma en la que el Señor terminó su relato. Pero esto es el evangelio: Dios no nos da el castigo que merecemos, sino que nos abre las puertas de su Reino. Aunque es imprescindible que no olvidemos que para disfrutar de sus bendiciones, es necesario que antes haya en nosotros un genuino arrepentimiento.

Preguntas

1. ¿Qué opinión le merece el hecho de que Dios todavía siga buscando a los pecadores para invitarles a formar parte de su reino? ¿Cuáles son los requisitos que el hombre debe cumplir para entrar en el reino de Dios? ¿Le parecen coherentes? Razone su respuesta.
2. ¿Qué es el pecado? ¿Por qué Dios no puede permitirlo?
3. ¿Cómo afecta el pecado a nuestra relación con Dios? Justifique su respuesta bíblicamente.
4. ¿Qué es el arrepentimiento? ¿Qué debe incluir? ¿Cuáles son las evidencias de un verdadero arrepentimiento?
5. ¿Cómo ilustra la parábola del hijo pródigo lo que hemos aprendido en esta lección acerca del arrepentimiento?

El arrepentimiento (II) - Marcos 1:14-15

En nuestro anterior estudio vimos que el arrepentimiento es uno de los requisitos que el Señor Jesucristo estableció para poder entrar en el reino de Dios. Consideramos en qué consiste el arrepentimiento y por qué es necesario. Ahora, en esta segunda parte, veremos algunas de las evidencias del verdadero arrepentimiento y analizaremos las razones por las que las personas se resisten a arrepentirse.

Evidencias del verdadero arrepentimiento

1. Es duradero

No es una emoción pasajera al terminar una predicación. Algunos lloran a mares durante un sermón, pero es como el chaparrón de primavera que pronto pasa. Otros se lamentan por algún fracaso concreto en sus vidas y se sienten muy compungidos por algún tiempo, pero cuando se sienten un poco aliviados, rápidamente lo olvidan.

Las demandas de Dios para entrar en su reino son costosas y deben ser valoradas previamente. El Señor Jesucristo no ocultaba esto en sus predicaciones, sino que una y otra vez lo explicaba con claridad:

(Mt 7:13-14) “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.”

La entrada es estrecha y el camino difícil, por lo tanto, el Señor exhortó a todos los que le oían a sentarse antes y calcular el coste. Hablando de esto les contó una parábola:

(Lc 14:28-30) “Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar.”

Así pues, el arrepentimiento no puede ser tomado a la ligera, sino que debe ser una decisión inteligente y firme. No hay lugar para los vacilantes e indecisos en el reino de Dios.

2. Es radical

Quizá una de las cosas que más incomoda de la predicación de Jesús es que era muy radical. El no aceptaba que una persona intentara ir adelante en el reino de Dios y al mismo tiempo se apoyara o buscara lo que estaba dejando atrás. Ambas cosas son incompatibles, y así lo hizo notar el Señor.

(Mr 9:43-48) “Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.”

Ya sea la forma que tenemos de hacer o de ver las cosas, o los lugares a los que vamos, debemos cortarlo radicalmente a fin de entrar al reino de Dios y ser librados del infierno eterno.

Y lo mismo dijo en cuanto a nuestra lealtad:

(Mt 6:24) *“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.”*

Tampoco admitía que ninguna relación humana se interpusiera en el camino de las exigencias del reino de Dios. El amor por Cristo debe estar por encima de cualquier otro tipo de afecto.

(Mt 10:34-37) *“No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí.”*

Finalmente, este llamamiento al arrepentimiento es tan radical que implica morir con Cristo. Él lo dijo en varias ocasiones: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”* **(Lc 9:23)**. Esto significa una completa dedicación a Cristo, cueste lo que cueste. Significa abandonar nuestra propia voluntad, ambiciones, deseos, esperanzas y planes, porque nuestra vida entera le pertenece sólo a Cristo. Pablo lo expresó claramente cuando dijo:

(Ga 2:20) *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”*

Un evangelio así puede asustar a muchos, pero el Señor también dijo:

(Mt 11:29-30) *“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.”*

3. Produce un cambio de conducta

El arrepentimiento genuino tendrá como resultado inevitable un cambio de conducta fácilmente observable por todos. Donde no se nota ese cambio, es cuestionable que haya existido un auténtico arrepentimiento.

Juan el Bautista advirtió sobre esto a los judíos que acudían a ser bautizados por él:

(Lc 3:8-14) *“Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego. Y la gente le preguntaba, diciendo: Entonces, ¿qué haremos? Y respondiendo, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? El les dijo: No exijáis más de lo que os está ordenado. También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario.”*

La Biblia nos ofrece numerosos ejemplos de personas arrepentidas que rápidamente cambiaron su actitud. El apóstol Pablo, inmediatamente después de convertirse, dejó de perseguir a la iglesia de Dios y comenzó a predicar por todas partes que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios. Tan grande y radical fue el cambio, que los que le habían conocido estaban atónitos (**Hch 9:20-22**). Y lo mismo ocurrió con los tesalonicenses cuando se convirtieron: ellos se apartaron de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero (**1 Ts 1:9-10**).

Estos cambios deben influir también en las relaciones con nuestro prójimo. Quien haya cometido alguna falta contra la propiedad de otros por medio de tratos injustos y fraudulentos, hará restitución del daño hecho. La ley de Moisés especificaba esto: *“aquella persona confesará el pecado que cometió, y compensará enteramente el daño, y añadirá sobre ello la quinta parte, y lo dará a aquel contra quien pecó”* (**Nm 5:7**). Un buen ejemplo de esto lo tenemos en Zaqueo, quien cuando se encontró con Jesús dijo: *“He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado”* (**Lc 19:8**).

No es posible iniciar una nueva relación con Dios y mantener el viejo estilo de vida. Todo aquel que se ha arrepentido de verdad, se considera *“muerto al pecado”* (**Ro 6:2**), y busca activamente la nueva vida de Cristo. Y aunque todavía se encuentra rodeado de pecado, se identifica con la oración de David: *“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”* (**Sal 51:10**).

El verdadero arrepentimiento nos traslada del reino de las tinieblas al reino de Cristo, y no resulta factible ser ciudadanos del reino de Dios sin ajustar nuestra conducta a los principios éticos de su reino. No lo olvidemos; la entrada en su reino no significa únicamente el disfrute de sus bendiciones, sino también la aceptación de sus normas.

4. No se produce por temor sino por amor

Algunos no llegan a arrepentirse de verdad porque están más preocupados del castigo por el pecado que por el pecado en sí mismo. No parece importarles que Dios sea ofendido por sus pecados, sino que tienen miedo del castigo que ello les acarreará. Pero es imposible convertirse por miedo. Aterrorizar a las personas con los sufrimientos del infierno nunca producirá una genuina conversión. La verdadera motivación para el arrepentimiento surge del amor hacia Dios. Es nuestro amor por él lo que nos debe llevar a odiar el pecado, ya que eso le ofende. Nunca podremos decir que amamos a Cristo si no aborrecemos de verdad el pecado.

Aquellas personas que sólo se arrepienten por temor al castigo, si supieran que no hay retribución, seguirían pecando sin problemas, mientras que un verdadero arrepentido desearía ser librado del pecado aunque no hubiera infierno. Esto se ve claro en los falsos convertidos; una vez que se creen libres de la condenación, sus vidas no cambian.

En cualquier caso, sólo podremos amar a Dios si antes hemos conocido el amor de Dios hacia nosotros, de otro modo es imposible (**1 Jn 4:10**).

Todos sin excepción tienen que arrepentirse

Puesto que todos los hombres somos pecadores, todos tenemos que arrepentirnos por igual. No sólo los ladrones, homicidas, violadores, adúlteros, fornicarios, o los presos tienen que arrepentirse delante de Dios, sino cada descendiente de Adán. No hay distinción alguna; lo mismo tiene que hacerlo el rey en su trono que el indigente en la calle; el rico en su despacho y la sirvienta en la cocina; el catedrático de ciencias en la universidad y el muchacho pobre e ignorante que va detrás del arado; el judío

descendiente de Abraham y el gentil criado en el paganismo; ciudadanos de naciones ricas y pobres; budistas, católicos, protestantes o ateos. Todos sin excepción se tienen que arrepentir por cuanto todos pecaron.

(Ro 3:10-12) *“Como está escrito: no hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.”*

Por esta razón, el Señor Jesucristo mandó:

(Lc 24:47) *“Que se predique en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.”*

Las personas se resisten a aceptar su condición de pecadores

Cuando el Señor Jesucristo comenzó su ministerio les dijo a los escribas y fariseos:

(Mr 2:17) *“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.”*

De estas palabras tal vez podríamos extraer la conclusión equivocada de que el Señor pensaba que había algunos que eran justos, y que por lo tanto no necesitaban arrepentirse de sus pecados. Pero no era eso lo que quería decir. La realidad es que, como acabamos de ver, todos somos pecadores, pero hay una resistencia en cada uno de nosotros que nos impide reconocerlo. Ese era el problema de los escribas y fariseos, pero lo es también de muchos otros. Hay varios aspectos que influyen para esto:

- Por un lado, la visión contemporánea es que el hombre es básicamente bueno, y que sus problemas proceden de influencias externas a él, como factores sociales, políticos, económicos o de educación. Esto les lleva a responsabilizar a otros de lo que ellos son. Pero este es un viejo recurso que no nos exime de nuestra propia responsabilidad. Adán lo usó en el huerto del Edén cuando Dios le pidió cuentas por lo que había hecho; el dijo: *“La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”*; y otro tanto hizo Eva cuando el Señor le preguntó a ella: *“La serpiente me engañó y comí”* **(Gn 3:12-13)**. También Aarón intentó eludir su propia responsabilidad por el becerro que había hecho, culpando de ello al pueblo: *“Ellos me dieron el oro, yo lo eché al fuego, ¡y lo que salió fue este becerro!”* **(Ex 32:21-24)**. Si imaginemos que con pretextos tan ridículos podemos eludir nuestra propia responsabilidad personal, estamos muy equivocados. Pero en el día de hoy, la actitud del hombre sigue sin cambiar respecto a esto; nosotros también responsabilizamos de nuestras acciones a un sinnúmero de culpables: la herencia genética, desequilibrios hormonales, el ambiente familiar y social en el que vivimos, experiencias traumáticas durante nuestra infancia... Y aunque no cabe duda de la influencia que cada una de estos factores pueden tener sobre nuestra conducta, el Señor Jesucristo afirmó claramente que la fuente del pecado está dentro de nuestro propio corazón y por lo tanto somos responsables:

(Mr 7:21-23) *“Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.”*

- Otros, como los escribas y fariseos, tenían la falsa sensación de que su religión les hacía superiores a los demás pecadores, llegando a pensar que ya no necesitaban arrepentirse. Pero Juan el Bautista desmontó su argumento cuando les dijo:

(Mt 3:9) *“Y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras.”*

- Muchos pecadores intentan librarse del arrepentimiento comparándose con otros pecadores peores que ellos. Sacan de ese modo la ingenua conclusión de que al ser mejores que otros, ya no son malos. Pero debemos recordar el caso cuando un grupo de judíos llevaron hasta Jesús a una mujer a la que habían sorprendido en el mismo acto de adulterio. Ellos se sentían infinitamente superiores a ella, pero Jesús les dijo:

(Jn 8:7-9) *“El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra. Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros.”*

- Otros se resisten a aceptar su condición de pecadores simplemente porque hiere su amor propio y daña su autoestima. El llamamiento de Dios al arrepentimiento nos presenta como fracasados que hemos sido incapaces de alcanzar la meta. Y esto nos molesta, porque estropea la imagen positiva que nos gusta proyectar de nosotros mismos, esa misma con la que nos presentamos ante los demás en las redes sociales, esperando ansiosamente que los demás coloquen su “Me gusta”. Así que, acostumbrados a recibir este tipo de halagos, nos sentimos profundamente indignados cuando Dios afirma que somos pecadores, y aún más, esclavos del pecado. Un ejemplo de esta reacción la encontramos en los judíos a los que Jesús propuso hacerles libres de su esclavitud al pecado:

(Jn 8:33) *“Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?”*

- Además, el arrepentimiento no sólo implica humillarnos hasta el punto de reconocer nuestro fracaso, también nos lleva a negarnos a nosotros mismos. Debemos dejar de confiar en nosotros mismos y permitir que Dios asuma todo el control de nuestra vida; y esto no le gusta a nadie. El Señor Jesucristo lo expresó muy claramente:

(Mr 8:34) *“Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.”*

Cualquiera que sea la forma en la que intentamos eludir nuestra responsabilidad por el pecado, nos impedirá llegar al verdadero arrepentimiento y a la salvación.

(Pr 28:13) *“El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia.”*

¿Puede el hombre arrepentirse?

La pregunta puede parecer ridícula. ¡Pues claro que podemos arrepentirnos! contestaríamos nosotros. Y de hecho, no sólo podemos, sino que debemos hacerlo.

I. El hombre ha quedado dañado por el pecado, pero todavía puede arrepentirse

Sin embargo, hay ciertas corrientes teológicas que afirman que el hombre ha quedado tan dañado por el pecado, que ya es imposible que pueda llegar a arrepentirse por sí mismo.

Y por supuesto que no podemos minimizar los efectos del pecado sobre el ser humano, y admitimos que el libre albedrío del hombre ha quedado seriamente dañado por él, sin embargo, tenemos suficientes evidencias en la Palabra de Dios para creer que el ser humano todavía puede razonar sobre su situación perdida y darse cuenta de su pecado. El apóstol Pablo se refería a los gentiles paganos y decía que su conciencia todavía funcionaba aun después de la caída, y eso sin conocer directamente la ley de Dios, sólo con sus razonamientos:

(Ro 2:14-16) *“Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio.”*

El hombre caído no sólo tiene la capacidad de darse cuenta de sus pecados, sino que también puede tomar la decisión de volverse a Dios. Esto lo vimos claramente en los razonamientos que se hacía el hijo pródigo y en la decisión que tomó en consecuencia:

(Lc 15:17-20) *“Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, vino a su padre.”*

Aun así, sería ingenuo ignorar la tremenda resistencia que nuestra naturaleza caída ejerce para que no nos arrepintamos. Nuestra mente ha sido inundada de pensamientos contrarios a esto. Y Dios, que es conocedor de todo esto, ayuda al hombre obrando por medio de su Espíritu Santo en cada persona inconversa convenciéndola de su necesidad.

(Jn 16:8-11) *“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.”*

2. El arrepentimiento no es una “obra meritoria” con la que contribuimos a la salvación

Otros creen que el arrepentimiento no es algo que el hombre haga por sí mismo, sino que es un don que Dios les da a algunos, porque en el caso contrario, sería una obra que el hombre aportaría a la salvación, y la Escritura afirma con claridad que la salvación no es por obras **(Ef 2:8-9)**.

Pero creer que el arrepentimiento es una “obra meritoria” que el hombre aporta a su salvación es un pensamiento absurdo que implica no entender la verdadera naturaleza del arrepentimiento. Cuando la persona se arrepiente, no está haciendo ninguna obra, sino todo lo contrario, está admitiendo su estado de absoluta bancarrota espiritual, y se reconoce incapaz de alcanzar la perfección exigida por Dios. ¿Qué mérito puede haber en reconocer nuestro absoluto fracaso?

3. Nosotros nos arrepentimos, pero Dios nos cambia

Otro asunto diferente es que aunque el pecador se puede arrepentir reconociendo la gravedad de su pecado y tomando la decisión de cambiar de vida, lo que es innegable es que el hombre no puede cambiar por sí mismo, sino por la obra regeneradora del Espíritu Santo. Pero eso constituye la respuesta de Dios al verdadero arrepentimiento.

4. Dios busca una respuesta libre de parte del hombre

Si fuera cierto, tal como dice el calvinismo, que sólo algunas personas que previamente han sido predestinadas y regeneradas por Dios pueden llegar a arrepentirse, entonces tendríamos que admitir que no han actuado con libertad, y que por lo tanto, su amor sería una reacción mecánica, programada de antemano. Pero eso no es amor. Un ordenador siempre obedecerá mis instrucciones, pero nunca llegará a amarme. Y lo que Dios está buscando del pecador es un genuino arrepentimiento que le lleve a la restauración de una auténtica relación de amor con él.

E insistimos, el hombre todavía puede elegir. Dios en su absoluta soberanía le sigue permitiendo hacerlo. Y le exhorta a que lo haga bien.

(Dt 11:26-28) “He aquí yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición: la bendición, si oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, que yo os prescribo hoy, y la maldición, si no oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, y os apartareis del camino que yo os ordeno hoy, para ir en pos de dioses ajenos que no habéis conocido.”

Un evangelio que no incluya el arrepentimiento es falso

El arrepentimiento ha sido siempre el fundamento del llamamiento bíblico a la salvación. En consecuencia, ninguna predicación del evangelio que no lo incluya se puede considerar bíblica ni producirá auténticas conversiones.

1. Juan el Bautista, el Señor y los apóstoles lo predicaron

Juan el Bautista predicaba diciendo: *“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt 3:2)*. Cristo describió su ministerio de la siguiente forma: *“no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (Mt 9:13)*. Y momentos antes de ascender al cielo mandó a sus discípulos *“que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lc 24:47)*. Los apóstoles obedecieron su mandato *“testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hch 20:21)*.

Por lo tanto, cualquiera que no incluya el arrepentimiento en su predicación, estará enseñando un evangelio fraudulento y diferente **(Ga 1:6)**.

2. No se incluye en las “4 leyes espirituales”

Quizá usted ha escuchado las “4 leyes espirituales” que fueron ampliamente usadas por la Cruzada Estudiantil para Cristo (Campus Crusade for Christ). Decían así:

- Dios te ama y tiene un plan maravilloso para tu vida.
- El hombre es pecador y está separado de Dios. Por eso no puedes conocer ni experimentar el amor de Dios y el plan que Él tiene para tu vida.
- Jesucristo es la única provisión de Dios para el pecador. Solo a través de Él puedes conocer y experimentar el amor de Dios y su plan para tu vida.
- Debemos recibir a Jesucristo como Señor y Salvador para poder conocer y experimentar el amor de Dios y su plan para nuestras vidas.

Y la “oración del pecador” que seguía a esas leyes era de la siguiente manera: “Señor Jesús, te necesito. Gracias por morir en la cruz por mis pecados. Yo te abro la puerta de mi vida y te recibo como mi Señor y Salvador. Gracias por perdonar mis pecados y darme

vida eterna. Toma control del trono de mi vida. Hazme el tipo de persona que tú quieres que sea”.

Cuando analizamos estos principios espirituales tenemos que decir que son verdaderos, pero desgraciadamente están incompletos. En ningún momento se menciona la necesidad del arrepentimiento por parte del pecador. Se agradece a Dios el perdón de sus pecados sin haber mencionado en ningún momento que se arrepienta de ellos. Y el problema de este evangelio simplificado en exceso, es que va a generar falsos convertidos que después de repetir esa oración no van a mostrar ninguna evidencia de cambio en sus vidas.

3. No se incluye en el “evangelio de la prosperidad”

Por otra parte, el evangelio que se predica hoy desde muchos púlpitos es el conocido como “evangelio de la prosperidad” o su versión de “proclámalo y recíbelo”. Básicamente podemos decir que consiste en ofrecer riquezas materiales en base al dinero ofrendado. Se ofrece por igual al incrédulo y al creyente, sin importar su estado espiritual y sin hacer ningún llamamiento al arrepentimiento y la reconciliación con Dios. Por supuesto, en una sociedad materialista y egoísta como la nuestra, este tipo de predicación suele tener bastantes seguidores, pero no se puede decir que tenga nada que ver con el evangelio que tanto el Señor como los apóstoles predicaban.

4. ¿Por qué no se predica el arrepentimiento?

La necesidad del arrepentimiento es una de las premisas fundamentales de la fe cristiana, pero es también una de las verdades que más ofende a las personas. Hace que las personas se sientan molestas y por esa razón, algunos predicadores han intentado eliminarlo o suavizar su dureza. Pero si deseamos ser mensajeros fieles del evangelio, tendremos que hablar de él, aunque esto nos haga ser impopulares.

Conclusión

Nosotros debemos seguir tras las pisadas de aquellos grandes profetas de la antigüedad que hablaron sin miedo del arrepentimiento:

(Is 55:6-7) “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar.”

Y no debemos dejar de proclamar los derechos reales de Dios, haciendo un llamamiento a todos los hombres para que “depongan las armas” y se arrepientan. Anunciando al mismo tiempo que Dios está dispuesto a perdonarles y llevarles a su reino glorioso.

Las consecuencias de la decisión que cada persona tome serán eternas. Por ejemplo, el Señor se refirió a aquellas ciudades donde había hecho muchos de sus milagros y no se habían querido arrepentir, y dijo de ellas “que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras” (Mt 11:22). Mientras que en cambio, cuando un pecador se arrepiente hay gran “gozo en el cielo” (Lc 15:7).

Preguntas

1. ¿Por qué el arrepentimiento auténtico debe ser duradero? ¿En qué sentidos debe ser radical? Justifique su respuesta bíblicamente.
2. ¿Quiénes deben arrepentirse? ¿Por qué?
3. ¿Por qué cree que las personas se resisten a arrepentirse? ¿Cuál sería su respuesta a sus excusas?
4. Algunos piensan que el arrepentimiento es una buena obra que nosotros aportamos para ganar nuestra salvación. ¿Cuál sería su respuesta a esta afirmación?
5. ¿Se puede afirmar que la predicación de un evangelio que no incluya el arrepentimiento es falso y no producirá auténticas conversiones? Razone bíblicamente su respuesta.

Creed en el evangelio - ¿Qué es la fe?

Introducción

En nuestros estudios anteriores veíamos que para beneficiarnos de todo lo que Dios ha hecho y poder entrar en su reino glorioso, nuestro primer paso debe ser el arrepentimiento. Pero hay un segundo paso, y se trata de la fe. El Señor Jesucristo lo expresó de esta manera: *“Creed en el evangelio” (Mr 1:15)*.

Cada persona tiene que hacer su propia elección

Es importante aclarar esto porque muchas personas piensan que para ser cristianas no tienen que tomar una decisión personal. Algunos creen que ya lo son por el solo hecho de haber nacido en un hogar o en una nación de tradición cristiana. Al fin y al cabo, no son judíos, ni musulmanes, ni tampoco budistas, así que, deben ser cristianos. Pero lo cierto es que nuestro Señor Jesucristo explicó que se requiere una decisión personal que consiste en *“arrepentirse y creer”*. Cada adulto tiene que tomar esta decisión libre y conscientemente.

Ese era el problema de los judíos. Ellos creían que por ser descendientes de Abraham, automáticamente pasaban a ser parte del pueblo de Dios, pero Juan el Bautista les advirtió de su peligrosa equivocación:

(Mt 3:8-10) “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego.”

El Señor Jesucristo siempre insistió en que cada persona debe tomar su propia decisión. Recordemos la parábola que él contó acerca del sembrador que sembraba la semilla en distintos tipos de tierra (**Mr 4:1-20**). El sembrador representaba al mismo Señor, que sembraba la Palabra en los corazones de las personas por medio de la predicación, y que siempre respetaba los diferentes resultados que se producían. Y lo mismo hicieron sus apóstoles cuando llevaron el evangelio por todo el mundo.

Pero todo esto cambió cuando siglos más tarde el cristianismo pasó a ser la religión oficial del Imperio Romano. Fue entonces cuando algunos emperadores romanos obligaron a sus súbditos a someterse al bautismo porque pensaban que al pasar por ese rito la gente se hacía cristiana de forma inmediata. Más tarde, en épocas posteriores, se usaron medios más extremistas. Por ejemplo, en muchas ocasiones, a los judíos que vivían en España, se les dio a escoger entre convertirse al cristianismo o ser quemados en la hoguera. Y algo parecido ocurrió con los nativos que los españoles encontraron cuando llegaron a América; a ellos se les dio a escoger entre una espada y una cruz.

Pero ninguna de estas formas de “hacer cristianos” respeta la libertad del ser humano ni tiene nada que ver con lo que el Señor enseñó. Y aunque es cierto que los tiempos han cambiado, y que afortunadamente ya no se cometen este tipo de crímenes en el nombre de Cristo, sin embargo, ha quedado la idea de que una persona puede llegar a ser cristiana sin que ella misma tome una decisión personal. Por ejemplo, en el catolicismo se sigue enseñando que un niño recién nacido que recibe el sacramento del bautismo ya es

cristiano y miembro de la iglesia para toda su vida. Pero eso es totalmente falso, ya que un niño de pocos días no tiene capacidad para tomar una decisión de ese tipo. Además, la experiencia ha demostrado sobradamente que los países católicos están llenos de personas bautizadas que no quieren saber nada de Dios ni del cristianismo.

Insistimos, cada persona debe decidir por sí misma libremente. Este es un asunto sencillo de entender. Igual que no nos gustaría que alguien nos obligara a casarnos con una persona a la que no amamos, del mismo modo, tampoco querríamos que alguien decidiera por nosotros hacernos cristianos para toda la vida sin preguntarnos si lo deseamos.

Por otro lado, hay personas que asumen que por el hecho de ser criaturas de Dios, automáticamente son sus hijos, y por lo tanto ya no necesitan convertirse. Pero esto también es falso. La Palabra de Dios nos enseña que para llegar a ser sus hijos tenemos que nacer de nuevo por medio de la fe:

(Jn 1:12-13) “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.”

Y aún hay otros más que piensan que porque Jesús murió en la cruz por todo el mundo, entonces todas las personas son salvas sin necesidad de hacer nada más. Pero aunque es cierto que la oferta de la gracia de Dios está a disposición de todos los hombres, y su deseo es que todos lleguen a ser salvos (**1 Ti 2:4**) (**Tit 2:11**), sin embargo, es necesario que cada persona reciba este regalo por medio de la fe y el arrepentimiento.

Finalmente, todas estas falsas ideas nos separan de nuestra verdadera responsabilidad personal. Y de hecho, si fuera cierto que podemos llegar a ser cristianos en contra de nuestra voluntad, nos quejaríamos amargamente. Sería como aquellas personas que se ven obligadas a aceptar determinada ideología política porque se encuentran viviendo en un país bajo una dictadura. Pero Dios no actúa así, ya que eso vulneraría gravemente la libertad moral que Dios en su soberanía ha dado a cada hombre.

Y por supuesto, una decisión impuesta por la fuerza, nunca llegaría a producir un amor auténtico hacia Dios. Quienes tienen la desgracia de vivir bajo un régimen totalitario, puede que en algunos momentos aparenten tener cierta simpatía hacia su dictador, pero nunca por amor, sino por el temor a sus represalias. Y claro está, Dios no busca eso de los súbditos de su reino, porque el amor que se consigue por la fuerza nunca es auténtico. Dios no va a convertir a los seres humanos en máquinas que automáticamente cumplan su voluntad porque no tienen ninguna posibilidad de elegir. Dios ha dado libre albedrío al hombre. Nos ha dado ojos, pero también párpados, de tal modo que podemos cerrarlos y no ser obligados a ver la belleza de la creación si no queremos. Y de igual manera, a nivel espiritual, podemos elegir vivir en tinieblas y cerrar nuestros ojos para no ver la hermosura de la santidad de Dios ni acercarnos a él.

Por lo tanto, lo que Dios espera es que cada persona haga su propia elección voluntariamente, con un conocimiento adecuado de sus implicaciones. Nadie puede decidir por nosotros, aunque es cierto que otros podrán orientarnos en el camino, pero finalmente, cada uno de nosotros tenemos que tomar una decisión personal.

Hay algo que nosotros tenemos que hacer, porque el cristianismo no es la mera aceptación pasiva de algunas afirmaciones. Por ejemplo, cuando el carcelero de Filipos se encontró con Pablo y Silas preguntó: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”, a lo que ellos contestaron: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (**Hch 16:30-31**).

Arrepentimiento y fe

Como estamos viendo, el Señor Jesucristo espera una respuesta de cada uno de nosotros que debe consistir en el arrepentimiento y la fe. Cuando comenzó su ministerio lo expresó de esta manera: *“Arrepentíos y creed en el evangelio”* (**Mr 1:15**). Y el apóstol Pablo, dirigiéndose a los ancianos de Éfeso, les recordó que su ministerio entre ellos había consistido en testificar a judíos y a gentiles *“acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo”* (**Hch 20:21**).

Como vemos, ambas cosas son esenciales y deben ir juntas, formando un todo indivisible. No es posible entrar en el reino de Dios sin tener las dos.

En nuestro estudio anterior consideramos que el arrepentimiento parte del reconocimiento de nuestros pecados como una ofensa contra el Dios santo. Cuando pecamos, estamos expresando nuestra rebeldía contra Dios y nuestros deseos de vivir en independencia de él. Por eso, el arrepentimiento implica necesariamente un deseo de dejar nuestros pecados para volvernos a Dios, creer en él y someternos a su voluntad. De ese modo, él llega a ser nuestro Salvador y también nuestro Señor.

Ambos cosas tienen que ir juntas. De nada sirve un arrepentimiento que no nos lleve a creer en Dios, ni tampoco nos ayudará a creer en Dios sin arrepentirnos de nuestros pecados. Al fin y al cabo, este último es el problema de los demonios: ellos creen en Dios, pero no tienen intenciones de someterse a él (**Stg 2:19**).

Podríamos decir, por lo tanto, que cuando nos arrepentimos y creemos en Dios, estamos invirtiendo lo que ocurrió en el Edén durante la caída. Allí el hombre se rebeló contra Dios y decidió vivir en independencia de él, pero por medio del arrepentimiento tomamos la decisión contraria de sujetarnos a su voluntad. En el Edén, el hombre dio crédito a las sugerencias de la serpiente y llegó a desconfiar de Dios, pero por medio de la fe volvemos a creer en él. Por eso, ambas cosas son necesarias para entrar en el reino de Dios que Cristo vino anunciando.

¿Qué es la fe?

Ahora bien, es importante aclarar este concepto a la luz de la Biblia porque hoy en día hay muchas cosas que pasan por fe pero en realidad no lo son.

I. Confianza práctica en Dios

Podríamos definir la fe como la confianza en alguien a quien consideramos superior a nosotros mismos. Por lo tanto, cuando decimos que tenemos fe en Dios, estamos diciendo que él es mayor que nosotros, que lo necesitamos, que dependemos de él y que confiamos en que hará por nosotros lo que necesitamos.

Podríamos decir que nuestra fe en Dios sería parecida a la actitud que tendría un hombre ciego que quiere ir a un sitio que no conoce, y pide ayuda a alguien que sí que puede ver para que le lleve hasta allí. En el caso de que el ciego ponga su fe en esa otra persona, estaría queriendo decir que cree que puede llevarle a su destino y que además es digna de confianza, de tal manera que no le llevará a otra parte diferente. Aunque realmente, la fe comenzaría cuando el ciego le pidiera su ayuda y comenzaran juntos el camino. Porque la fe auténtica implica una confianza práctica, no teórica.

Se cuenta que Charles Blondin, el famoso funámbulo y acróbata francés, preguntó a un amigo si creía que él era capaz de cruzar las cataratas del Niágara sobre una cuerda cargando con otro hombre sobre sus espaldas. Su amigo sabía que Blondin ya había

cruzado varias veces las cataratas de diferentes maneras: con los ojos vendados, dentro de una bolsa, arrastrando una carretilla, con zancos, tomando asiento a la mitad del camino para cocinar y comerse una tortilla. Así que le contestó que sí que creía que podría hacerlo cargando con un hombre sobre sus espaldas. Pero Blondin no estaba convencido de que su amigo realmente confiara en él, así que le pidió que fuera con él la siguiente vez, a lo que su amigo se negó.

Esta historia ilustra bien lo que es la verdadera fe bíblica. No sirve de nada creer que el Señor Jesucristo puede perdonar nuestros pecados y llevarnos al reino de Dios, si realmente no nos ponemos en sus manos para que lo haga. Y por desgracia, hay muchas personas que en sus mentes creen el hecho de que Jesús es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo, pero que no obstante, nunca llegan a entregarse plenamente a él para que los salve de forma personal. No lo olvidemos, una fe meramente intelectual no sirve para nada.

El Señor Jesucristo expresó esta misma verdad de una forma muy sencilla. Él se presentó en una ocasión como *“el pan vivo que descendió del cielo”* y afirmó que *“si alguno comiere de ese pan, vivirá para siempre” (Jn 6:51)*. Si tenemos hambre, no sirve de nada que nos quedemos mirando el pan, tenemos que comerlo. Esto implica una actitud práctica de nuestra parte. Pero al mismo tiempo, esta última ilustración nos muestra cómo la fe nos lleva a establecer una relación profunda e íntima con Cristo, porque una vez que hayamos comido el pan, en pocas horas llegará a formar parte de nosotros mismos, siendo imposible sacarlo de nuestro organismo. Y de igual manera, cuando aceptamos a Cristo por la fe, él llega a formar parte de nosotros mismos. Y no sólo eso, sino que también se convierte en el sustento de nuestras vidas.

2. La fe no es una obra meritoria

La fe no tiene absolutamente ningún mérito en sí misma; su valor radica exclusivamente en el objeto en el que se coloca.

En ocasiones se ha dicho que la fe es una mano vacía que se extiende hacia Dios en busca de ayuda, y se ha ilustrado como si se tratara de un hombre que se está ahogando y a duras penas logra sacar su mano del agua pidiendo ayuda. Así lo expresaba el salmista:

(Sal 143:6) *“Extendí mis manos a ti, mi alma a ti como la tierra sedienta.”*

Por eso, si finalmente la persona se salva, todo el mérito deberá ser dado al Salvador. Nadie debe pensar que la salvación está en la mano del hombre pecador que se extiende desesperada buscando ayuda, sino en la de Dios, que es quien puede y quiere salvarnos por su gracia.

Es importante aclarar que no hay ningún mérito en la fe, especialmente a aquellas personas religiosas que confunden la fe con el cumplimiento de ciertos ritos. Por ejemplo, es fácil encontrarse con personas católicas que afirman que tienen mucha fe, cuando en realidad lo que quieren decir es que practican mucho su religión y participan activamente en sus ritos. En ese caso, es fácil que esas personas creen que su fe les aporta algún mérito para la salvación, pero eso se debe a que no han entendido la verdadera naturaleza de la fe bíblica.

3. La fe sólo tiene valor si se coloca en Cristo

Con frecuencia escuchamos a personas que nos dicen que tienen mucha fe en tal o cual virgen o santo. Pero eso no tiene nada que ver con lo que la Biblia enseña.

En primer lugar, porque todos los seres humanos sin excepción somos pecadores y necesitamos de un Salvador. Incluso la misma virgen María reconocía esto cuando miraba su propia bajeza y se regocijaba en Dios como su Salvador (**Lc 1:47-48**).

Y en segundo lugar, porque muchas de las personas que hacen este tipo de afirmaciones, no están pensando ni siquiera en una persona de carne y hueso, sino en una imagen tallada por los hombres que está en alguna iglesia. Esto, además de haber sido prohibido claramente en la ley de Dios (**Ex 20:4-6**), es ridiculizado en la Biblia en muchas ocasiones. Por ejemplo, el profeta Isaías habla de lo absurdo que es hacer imágenes de talla y adornarlas bellamente para después inclinarse ante ellas (**Is 44:9-20**) (**Is 40:19-25**), y los salmistas hablan de su inutilidad y de la insensatez de los que confían en ellas (**Sal 115:4-8**) (**135:15-18**).

Otras personas hacen afirmaciones del tipo de: “lo importante es creer en algo”. Pero esto, que puede sonar muy bonito, es igualmente falso. La Biblia afirma que la única fe que salva es la fe en Cristo. El mismo Señor lo afirmó:

(Jn 14:6) “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”

Y sus apóstoles predicaron lo mismo:

(Hch 4:12) “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.”

Si creer en cualquier cosa es el camino para entrar en el reino de los cielos, entonces Dios no tendría que haber enviado a su propio Hijo al mundo para morir por los pecadores. De hecho, tampoco habría sido necesario que nos diera su Palabra para enseñarnos el camino de la salvación, porque al fin y al cabo, lo único que necesitamos es creer lo que nos dice nuestro corazón.

En todo caso, por muy popular que sea esta idea, es evidente que el Dios que se revela en la Biblia no está de acuerdo con ella, y ha dicho claramente que no va a dar por buenas las cosas que hacen los que creen otras cosas. ¿De verdad creemos que Dios va a aprobar los crímenes cometidos por los musulmanes extremistas? ¿O justificará los abusos que la Iglesia Católica y sus papas han cometido durante siglos contra todos los que no pensaban como ellos? Por mucha fe que tengan en sus creencias, Dios ya ha dicho en su Palabra que repudia estas actitudes.

Pero si fuera cierto que lo importante es creer en algo, en ese caso tendríamos que aceptar cualquier creencia de los hombres. Eso es completamente absurdo. Nos veríamos obligados a dar por válidas las creencias más insólitas, como por ejemplo, las de la primera iglesia de Bob Esponja que rinde culto al popular personaje animado; o la religión Maradoniana, cuyo dios es el conocido futbolista Armando Maradona y adora un balón; o la religión del Jedi, inspirada en la saga de la “Guerra de las galaxias”.

Es más, también tendríamos que admitir que hay algún tipo de virtud en creer cosas que claramente están en contra de la Palabra de Dios, y en muchos casos, del sentido común, como por ejemplo la iglesia de la eutanasia, que tiene como su principal mandamiento “No procrearás”, y sus cuatro pilares “sagrados” son la sodomía, el canibalismo, el suicidio y el aborto. O los raelianos, que afirman que la vida en la Tierra fue creada por seres de otro planeta mediante ingeniería genética, y confían en la clonación como un arma para conseguir la inmortalidad. O la Lacrimología, que propone que a través del dolor físico y mental, y por lo tanto del llanto, es posible alcanzar un estado espiritual superior. O la mayoría de las religiones orientales que creen en la reencarnación del alma en distintos

cuerpos. O los hindúes, que consideran las vacas como sagradas. O los panteístas que creen que todo es dios.

En fin, está claro que la imaginación humana no parece conocer límites, así que nos podemos encontrar con cualquier cosa en materia de creencias. Pero decir que lo importante es creer en algo nos obliga a aceptar que teorías completamente opuestas son igualmente verdaderas, algo que claramente es imposible. Por ejemplo, si creemos, tal como la Biblia afirma, que Dios es el creador de todo, esto está en clara oposición con lo que dice el panteísmo cuando afirma que toda la creación es dios. Evidentemente, una de las dos posturas tiene que ser falsa, y creer en una mentira nunca nos llevará a ningún sitio bueno.

Es verdad que la idea de que lo que importa es creer en algo está muy extendida en este mundo, y que en esta época moderna en la que se idolatra la tolerancia, parece que estamos obligados a callarnos ante las mayores locuras que podamos ver en materia religiosa con el fin de mantener una convivencia pacífica. Pero podemos estar completamente seguros de que Dios no va a dar por bueno lo que ya ha dicho que es falso y ha condenado en su Palabra.

4. La fe es la respuesta humana a la Palabra revelada de Dios

Como decíamos, la fe bíblica nunca se deposita en lo que nosotros queremos creer, sino en lo que Dios ha revelado en su Palabra. Por lo tanto, implica sumisión y obediencia a lo que Dios dice.

Es importante tener esto claro, porque de otro modo puede llevarnos a equivocaciones dolorosas. Por ejemplo, si un hombre recibe la noticia de que a su esposa le han detectado un cáncer muy agresivo, probablemente dirá que tiene mucha fe en que Dios la va a sanar. Pero sin ánimo de parecer insensibles, esta confianza no se basa en nada que la Palabra de Dios haya dicho, y es posible que su esposa muera. Si tal cosa ocurriera, no será porque Dios ha fallado en responder a la fe del marido, sino que en realidad, lo que habrá fallado será la idea que él tenía sobre lo que es la fe.

Para algunas personas, la fe es una forma de expresar sus propios deseos. Dicen que tienen mucha fe porque desean algo con mucha intensidad. En el caso anterior, como es lógico, el marido tendrá un fuerte deseo de que su mujer sea sanada. Pero es necesario señalar que no hay ninguna promesa en las Escrituras que nos diga que si tenemos fe todos nuestros familiares queridos serán siempre sanados cuando estén enfermos. Eso es lo que nosotros queremos creer, pero Dios no lo afirma en ninguna parte de la Escritura.

Nosotros oramos con fe confiando en que Dios tiene el poder de sanar a los enfermos, pero nos sujetamos a su voluntad y aceptamos lo que él decida hacer. En ocasiones veremos maravillosos milagros de sanidad, pero en otros casos recibiremos la fuerza para seguir adelante en medio de la pérdida.

Esto es lo que nos dice el capítulo 11 del libro de Hebreos, que como ya sabemos, está dedicado íntegramente al tema de la fe. Allí encontramos que entre sus héroes, algunos disfrutaron de grandes victorias mientras que otros no, pero todos ellos fueron hombres y mujeres de fe:

(He 11:32-39) “¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas; que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Las

mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra. Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido”

En este párrafo vemos con claridad que la fe no siempre desemboca en la victoria inmediata. La fe puede tener dos tipos de desenlace. Por la fe podemos ser salvos de la muerte y por causa de la fe podemos tener que afrontar la muerte. Recordemos el caso de Pedro y Jacobo en **(Hch 12:1-17)**. Los dos fueron encarcelados por causa de su fe, pero mientras que Jacobo fue ejecutado por Herodes, Pedro fue liberado milagrosamente para seguir su ministerio. ¿De qué depende un final u otro? Todo depende de la voluntad de Dios en un momento determinado.

Lo realmente importante es recordar que la verdadera fe se nutre de la Palabra de Dios y de sus promesas. La fe es nuestra respuesta obediente a lo que Dios ha dicho. Cuando nos salimos de ahí, estamos pisando arenas movedizas.

Por lo tanto, podemos decir que la fe auténtica respeta toda la Palabra de Dios. Sea lo que sea que Dios dice, el hombre de fe lo recibe y ajusta su vida de acuerdo a ello.

Por lo tanto, la Palabra de Dios tiene un papel fundamental en la fe. Si la dejamos a un lado, la fe se convierte en un asunto totalmente subjetivo y cada uno creerá lo que más le guste. Pero si Dios se ha revelado por medio de su Palabra, entonces la fe se debe limitar a creer y obedecer lo que él ha dicho.

Preguntas

1. Explique algunas de las razones por las que las personas se excusan para no tomar una decisión personal en cuanto al evangelio. ¿Qué les respondería con la Biblia en la mano?
2. Cite varios ejemplos de personas que han sido o son obligadas a aceptar la fe cristiana. ¿Le parece que en esos casos puede haber una conversión genuina? Razone su respuesta.
3. ¿En qué sentido el arrepentimiento y la fe son complementarios?
4. Enumere algunos conceptos equivocados que la gente tiene sobre la fe. Explique a la luz de la Biblia por qué son erróneos.
5. ¿Qué relación tiene la Palabra de Dios con la fe? Justifique bíblicamente su respuesta.

Creed en el evangelio - ¿Es razonable la fe?

Fe y razón

Hoy en día hay muchas personas que piensan que la fe consiste en creer lo que no se ve. Y dicho así, no parece que la fe tenga nada que ver con la razón. Se trataría de un esfuerzo por mentalizarse en creer las cosas más inverosímiles sin prueba alguna. Y claro está, cuando los críticos del cristianismo escuchan esta definición, inmediatamente llegan a la conclusión de que la fe es una especie de suicidio intelectual.

Para ellos la fe y la razón son totalmente incompatibles, porque mientras que la fe se trata de algo puramente subjetivo, la razón, en cambio, se fundamenta sobre hechos científicos verificados objetivamente. Uno de los más conocidos críticos del cristianismo que ha expuesto esta postura ha sido Richard Dawkins, Catedrático de Zoología de la Universidad de Oxford, él ha dicho: “El vicio principal de la religión es la Fe. Fe es una creencia que no se basa sobre ninguna evidencia, y es por lo tanto uno de los peores males del mundo, comparable al virus de la viruela, pero mucho más difícil de erradicar. La gran diferencia entre la Ciencia y la Religión estriba en esto: todo lo que la Ciencia cree está basado sobre evidencias que se pueden verificar públicamente, mientras que lo que la Religión cree, carece totalmente de evidencias”.

Queda claro que para él la fe es algo irracional, y que cualquier persona sabia y culta la debería rechazar inmediatamente. Y por supuesto, si la fe consistiera en creer cualquier cosa que no se ve, tendría toda la razón, pero debemos aclarar inmediatamente que esa idea de lo que es la fe no tiene respaldo bíblico.

Pero antes de que veamos qué es realmente la fe, debemos detenernos un momento a reflexionar sobre lo que la ciencia nos puede decir con seguridad sobre el origen del universo, la formación de la vida, o incluso acerca de la existencia de Dios.

Y lo primero que observamos es que en estos temas, aunque muchos como Richard Dawkins pretenden presentar conclusiones basadas sobre hechos probados por la ciencia, lo que llama la atención es que no nos ofrecen respuestas únicas, sino que hay desacuerdos entre los diferentes científicos. Y claro está, esto no debería ser así si se fundaran sobre hechos científicos verificados objetivamente. Y por otro lado, ocurre con frecuencia, que lo que un importante científico dice hoy y es aceptado por toda la comunidad científica como una verdad incuestionable, en pocos años puede pasar a ser ridiculizado, olvidado y sustituido por otra nueva teoría. Realmente la ciencia no parece ofrecernos la base sólida y segura que algunos pretenden. Es más, algunos científicos se hacen culpables de aquello que ellos mismos critican. Por ejemplo, la teoría de la evolución o la del Big Bang, siguen siendo solamente teorías, pero se enseñan en muchos centros académicos como auténticos dogmas de fe que deben ser creídos sin discusión alguna, aunque todavía no hayan podido ser verificados objetivamente. Y aquellos científicos que las cuestionan, o adoptan posturas diferentes, como “el Diseño Inteligente”, son perseguidos y criticados duramente por los científicos evolucionistas. Muchos de estos enfrentamientos guardan muchas similitudes con los que se dan entre las diferentes religiones. Y dicho sea de paso, uno de los mayores propulsores de este dogmatismo es el mencionado Richard Dawkins.

Pero si la ciencia tiene importantes dificultades para determinar asuntos relacionados con el mundo material que nos rodea, es un hecho que no puede hacer nada para probar o negar la existencia de Dios con los medios técnicos que posee. La Biblia enseña que Dios

es espíritu, y la ciencia no dispone de aparatos para investigar en ese área. Por eso, los científicos que en el nombre de la ciencia afirman que Dios no existe, deberían actuar con un poco más de humildad y reconocer sus limitaciones.

Pero la ciencia no tiene el monopolio de la razón. Hay otras áreas del saber humano que también se basan en la razón y que sí nos pueden aportar importantes evidencias a favor de la existencia de Dios; nos referimos ahora a la historia.

Como ya hemos señalado, la definición de fe como “creer lo que no se ve”, es simplista y finalmente resulta absurda. La fe de la que nos habla la Biblia es la respuesta del hombre a la revelación de Dios. No se trata de creer cualquier cosa que no se ve, sino de creer en lo que Dios ha dicho en su Palabra.

Ahora bien, es verdad que muchas de las cosas de las que nos habla la Biblia no las podemos ver, como por ejemplo todas las intervenciones sobrenaturales que Dios ha realizado en la historia de la humanidad, o aquellos milagros que el Señor Jesucristo hizo cuando estuvo en nuestro mundo. Pero al creerlas, no estamos cometiendo ningún tipo de suicidio intelectual, simplemente estamos dando crédito al testimonio escrito que nos han dejado los testigos presenciales de esos hechos. Al fin y al cabo, toda la historia de la humanidad debe ser creída del mismo modo, no sólo la historia bíblica.

No obstante, hay muchas personas que dicen que no pueden creer en la Biblia porque está llena de historias milagrosas, y ellos no creen que los milagros existan. Pero esta actitud no es razonable, simplemente se basa en prejuicios. Es más, negar estas historias implicaría necesariamente acusar de mentirosos a aquellos que nos las han hecho llegar. Por ejemplo, estaríamos diciendo que todos los apóstoles eran unos mentirosos porque afirmaron que Jesús resucitó de los muertos al tercer día. Pero no tenemos ninguna razón para dudar de su integridad moral, máxime cuando más tarde estuvieron dispuestos a morir por defender la veracidad de ese hecho.

Pero hay otro asunto muy importante a tener en cuenta en relación con el carácter especial de la Biblia como revelación de Dios. En ella no sólo encontramos hechos históricos milagrosos, también hay cientos de profecías sobre el futuro de las cuales muchas ya se han cumplido con total exactitud. Esto también lo podemos comprobar por medio de la historia, comparando el momento en que se escribieron esas profecías y cuándo se cumplieron posteriormente, a veces siglos más tarde. Las personas que no creen en los milagros tendrán serias dificultades para explicar cómo pueden haberse cumplido de forma tan exacta cientos de profecías.

Aun así, es cierto que también hay algunas profecías que todavía no se han cumplido, especialmente aquellas que tienen que ver con el fin de este mundo tal como lo conocemos en el presente, y lógicamente, aunque nadie las ha visto todavía, creemos que son ciertas porque confiamos que el Dios que ya ha cumplido todas las demás profecías del pasado, también cumplirá las que faltan.

Por lo tanto, es importante hacer notar que la fe cristiana es razonable, ya que se basa en evidencias históricas que nos han llegado por el testimonio escrito de testigos presenciales de los hechos y también por el carácter sobrenatural de la Biblia.

Por todo esto, una de las cosas que el Señor Jesucristo hizo, y que también practicaron sus discípulos, fue animar a las personas para que no tomaran una decisión irreflexiva a favor de él. El Señor insistió mucho en que antes de seguirle, las personas deberían reflexionar y analizar correctamente las señales que él hacía. Y esto es así porque la fe bíblica respeta de tal manera la capacidad racional del ser humano y su integridad intelectual, que ha dedicado largas secciones de su revelación para darnos las evidencias y razones para la fe. Las Escrituras reconocen que toda persona inteligente necesita

razones por las cuales creer, y la fe que no conoce estas evidencias, pronto se tambaleará.

Dicho esto, podemos estar seguros de que depositar la fe en Dios es lo más sabio e inteligente que el hombre puede hacer, ya que por su naturaleza él no puede mentir, cambiar, fallar, ser engañado o sorprendido. Dios es digno de nuestra total confianza.

La fe en el Señor Jesucristo es razonable

La fe implica confianza, y en este sentido podríamos decir que casi toda nuestra vida es un acto de fe. Cuando somos niños y vamos a la escuela, ponemos toda nuestra confianza en lo que el profesor nos enseña. Creemos en infinidad de hechos históricos, no porque nosotros los hayamos visto, sino porque confiamos en el testimonio de otras personas que en muchos casos hace ya siglos que murieron. Trabajamos confiando en que nuestro jefe es honesto y nos pagará el salario al final del mes. Nos casamos porque confiamos en la otra persona y creemos que cumplirá sus votos matrimoniales. Introducimos nuestros datos personales para darnos de alta en una red social confiando en que sus propietarios no harán un uso indebido de ellos. Es un hecho que constantemente estamos tomando decisiones que implican confiar en otros.

Pero desgraciadamente, en muchas de nuestras relaciones, sentimos que nuestra confianza es defraudada. Esto hace que cada vez nos volvamos más desconfiados. Ahora bien, ¿puede ocurrirnos lo mismo con Dios? ¡Por supuesto que no! Él es totalmente fiable. Lo extraño es que las personas sean capaces de poner toda su confianza en otras personas tan débiles como ellas mismas, y no quieran ponerla en Dios.

Ahora bien, la Biblia nos dice que debemos poner nuestra fe en Dios y también en su Hijo. De hecho, uno de los requisitos imprescindibles para ser salvos es creer en el Señor Jesucristo (**Hch 16:31**). Pero ¿qué debemos creer de él? Pues al menos dos cosas fundamentales. La primera, que él es el Hijo de Dios, y la segunda, que murió por nuestros pecados en la cruz, y que su sacrificio puede perdonar nuestros pecados eternamente. Evidentemente, se trata de dos asuntos de tal magnitud que ponen a prueba seriamente nuestra fe. ¿No es absurdo creer que un carpintero de Nazaret pueda ser el Hijo de Dios? ¿No es igualmente ridículo pensar que al ser ajusticiado por los romanos en una cruz se haya convertido de ese modo en el Salvador de toda la humanidad?

Es verdad que la Biblia nos exige que creamos cosas muy grandes acerca del Señor Jesucristo, cosas que no creeríamos de ningún otro hombre, pero una vez más la Biblia nos proporciona evidencias racionales que pueden satisfacer al hombre más exigente. Por falta de espacio tenemos que resumir mucho, así que sólo veremos dos de estas evidencias.

I. Los milagros de Cristo evidencian que era el Hijo de Dios

Jesús afirmó en diferentes ocasiones que él era el Hijo de Dios, pero los judíos no quisieron creerle: *“Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero”* le dijeron (**Jn 8:13**). Finalmente le crucificaron porque consideraron que una declaración así era una blasfemia que merecía la pena máxima. ¿Decía la verdad? Ellos creyeron que era un mentiroso que no merecía su confianza. Pero en realidad, no tenían ninguna evidencia para pensar que su testimonio fuera falso, y por el contrario, sí que tenían muchas pruebas para creer que decía la verdad. Él mismo les respondió señalando que los extraordinarios milagros que él hacía eran una evidencia que corroboraba sus afirmaciones (**Jn 5:36**), y que por lo tanto, les hacían culpables por no querer creer en él (**Jn 15:24**).

Por esta razón, el evangelio de Juan se refiere a los milagros de Jesús como “señales”, porque señalaban que su afirmación de ser el Hijo de Dios era cierta:

(Jn 20:30-31) *“Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.”*

Tenemos constancia de estos milagros por el testimonio de los apóstoles. Ellos relataron por escrito aquellos hechos históricos que vieron con sus propios ojos (**1 Jn 1:1-3**). E insistieron en que no se estaban haciendo eco de ciertos rumores que habían oído, ni de fábulas inventadas por algún ingenioso discípulo, sino de los hechos de los que habían sido testigos presenciales y que habían transformado sus vidas (**2 P 1:16**).

2. La resurrección de Cristo evidencia que él es el Salvador del mundo

Cualquier lector del Nuevo Testamento sabe que la resurrección de Cristo fue el tema central en la predicación de los apóstoles después de que el Señor ascendiera al cielo. Esto era así porque como dice Pablo, *“si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados”* (**1 Co 15:17**).

Ahora bien, lo que resulta curioso es que un hecho tan sorprendente como este, tan difícil de aceptar para algunos, era creído por todos los discípulos de la forma más natural. Ninguno de ellos expresó la más mínima duda al respecto. Y lo mismo ocurrió con aquellos judíos que se convirtieron al principio en Jerusalén, el lugar en el que habían ocurrido todos estos hechos; ellos no sufrieron una tremenda lucha interior antes de llegar a aceptar que Jesús había resucitado. La razón es que la evidencia era demasiado clara como para poderla negar. Ni siquiera sus mismos opositores encontraron razones de peso para oponerse a ella (**Hch 5:30-40**).

Además, los testigos directos de la resurrección de Cristo se contaban por cientos. En la primera epístola de Pablo a los Corintios, él hace una lista no exhaustiva de aquellas personas que vieron al Señor después de su resurrección y las variadas ocasiones en las que esto tuvo lugar, y nos dice que en al menos una ocasión, el Señor se apareció a más de quinientas personas a la vez, de las cuales muchas todavía estaban vivas cuando Pablo estaba escribiendo su carta (**1 Co 15:3-8**).

A esto hay que añadir que los que creyeron en la resurrección de Cristo fueron transformados de tal manera que dejaban boquiabiertos a sus propios perseguidores (**Hch 4:13**). Y lejos de suponer un esfuerzo supremo para la fe, la resurrección de Cristo condujo a miles de personas a la conversión y a experimentar de forma personal la realidad del Dios vivo como nunca antes la habían conocido.

Se podrían añadir muchos detalles en cuanto a esto, pero sólo queremos señalar uno más: el comportamiento de los apóstoles bajo presión.

Charles Colson fue uno de los hombres de confianza del presidente Nixon que inventaron la fraudulenta historia para encubrir el acto criminal del presidente al introducirse en los edificios de sus oponentes políticos, el denominado caso Watergate. Durante un tiempo, aquellos hombres duros se aferraron a su falsa historia, pero cuando aumentó la presión y se les amenazó con severos castigos, uno tras otro fueron traicionando a sus colegas y confesaron la verdad. No eran capaces de sufrir por una mentira que ellos mismos habían inventado.

Estando en la cárcel, Charles Colson se convirtió al cristianismo y su vida cambió radicalmente. Más tarde escribió su autobiografía en la que extraía esta conclusión de su propia experiencia: “Los apóstoles eran hombres política y diplomáticamente sencillos. Si

su historia de la resurrección hubiera sido una mentira inventada por ellos, entonces, cuando la tremenda presión cayó sobre ellos, no se habrían mantenido solidarios: uno tras otro se habrían derrumbado y habrían confesado que todo era un fraude. Pero ninguno de ellos lo hizo, ni siquiera cuando vieron a muchas personas perseguidas y ejecutadas por creer inocentemente su historia de la resurrección, ni siquiera cuando ellos mismos sufrieron el martirio por ello”.

3. Conclusión

La Biblia nos advierte claramente que creer en Cristo puede llevar a la gente a un sufrimiento considerable, y de hecho, así ha ocurrido y sigue ocurriendo por todas las partes de este mundo. Por esa razón, se hace imprescindible que nuestra fe esté bien fundamentada sobre la Palabra de Dios y la persona del Señor Jesucristo, de otro modo, si descansa sobre emociones subjetivas, pronto se desvanecerá, y por supuesto, no soportará los momentos de prueba.

¿Cómo se llega a tener fe?

La cuestión que surge de forma inmediata es la siguiente: ¿Cómo viene esa fe? ¿Qué debo hacer para creer? Algunos piensan que la fe es como una habilidad artística: o la tienes, o sino, no se puede hacer nada para conseguirla. Seguramente ha escuchado a alguna persona decir: “me gustaría tener la fe que tú tienes”. Quienes así hablan, es porque consideran la fe como un don especial que sólo tienen algunos.

Pero desde una perspectiva bíblica, la cuestión es diferente. El apóstol Pablo dijo lo siguiente:

(Ro 10:17) *“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”*

Como ya hemos señalado, la fe es la respuesta del hombre a la Palabra de Dios, por lo tanto, la persona que quiera tener fe ha de comenzar necesariamente por conocer su Palabra. ¿Cómo se puede creer en aquello que no se conoce? Por eso, es un buen consejo leer u oír la Palabra con frecuencia. Y también los predicadores que deseen llevar a otras almas a la fe, deberán predicar la Palabra con fidelidad. No olvidemos que Dios se ha comprometido a honrar su Palabra como el instrumento poderoso por el que las personas son llevadas a la fe en Jesucristo (**1 Co 1:21**). Y dicho sea de paso, lo que Dios va a utilizar no es la retórica o elocuencia del predicador, ni tampoco técnicas psicológicas orientadas a fomentar determinados estados de ánimo en el auditorio, sino la sencilla predicación de la Palabra. Cuando esto ocurre, el Espíritu Santo actúa en la persona iluminando su mente y trayendo a su corazón la convicción de pecado (**Jn 16:8-11**).

Pensemos en un ejemplo bíblico que encontramos en el Antiguo Testamento y del que se nos habla en Hebreos:

(He 11:31) *“Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz.”*

Rahab era una mujer cananea que se dedicaba a la prostitución en la ciudad maldita de Jericó. ¿Cómo surgió la fe en ella? Pues fue a raíz de escuchar los grandes hechos de Dios que nosotros podemos encontrar hoy en su Palabra.

(Jos 2:9-11) *“Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros. Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto, y lo que habéis hecho a los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, a Sehón y a Og, a los*

cuales habéis destruido. Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra.”

Sin embargo, aunque todos los habitantes de Jericó habían escuchado las mismas historias, no en todos se había despertado la fe. La mayoría de los compatriotas de Rahab tomaron una actitud muy diferente a la de ella: decidieron encerrarse dentro de su ciudad, proteger su cultura, aferrarse a sus dioses y defenderse lo mejor que pudieran. Estaban dispuestos a resistirse a Dios aunque fuese al precio de sus vidas. Rahab, en cambio, abrió los ojos ante la realidad del único Dios verdadero, capaz de actuar para formar un pueblo y darles lo que les había prometido. Por lo tanto, ella decidió responder con fe y someterse a ese Dios e identificarse con su pueblo. Pero no lo olvidemos, la fe surgió en ella después de oír lo que ese Dios maravilloso había hecho.

Lamentablemente, es posible cerrar los ojos y los oídos ante el insistente llamado de Dios, y ahogar su Palabra para que no tenga ningún efecto en nosotros. Se trata de un acto consciente de resistencia ante Dios que traerá graves consecuencias, tal como experimentaron los habitantes de Jericó.

En este punto, algunas personas objetan que no quieren leer la Biblia porque dicen que no creen en ella. Pero éste no es un requisito necesario. Aunque si nunca se ha leído seriamente la Biblia, la persona no podrá saber por anticipado si cree en lo que dice. Simplemente se estará dejando llevar por ideas preconcebidas a las que tal vez ha llegado por los comentarios negativos de otros que quizá tampoco han leído la Biblia. Esta actitud es totalmente incoherente y sólo manifiesta desconocimiento y oscurantismo. Nos recuerda a la actitud del niño que no quiere comer algún nuevo plato que su madre le ha preparado porque dice que no le gusta. Y la madre le pregunta, ¿cómo sabes que no te gusta si no lo has probado? No cabe duda de que el peor enemigo de la fe es la ignorancia.

Algunas veces es necesario salir de nuestro pequeño mundo para comprobar que hay otras realidades además de aquellas que nosotros creemos posibles. Quizá usted ha escuchado la historia de un hombre de Africa al que un inglés estaba diciéndole que en su país a veces el agua se endurecía tanto que se podía caminar por encima de ella. Aquel hombre se negó a creerlo, hasta que un día pudo viajar a Inglaterra y vio a la gente andando por encima de un río helado. Sólo entonces aceptó que era cierto lo que le habían dicho.

Pero si bien la fe viene por el oír la Palabra de Dios, hay ciertas partes de la Escritura que tienen especial relevancia para este propósito. Sobretudo lo relacionado con la historia de la cruz. Sin duda alguna, reflexionar en la muerte de Cristo es uno de los modos más seguros y efectivos para llegar a la fe. El apóstol Pablo decía que los judíos pedían señales, y los griegos buscaban sabiduría; pero él y sus colaboradores predicaban a Cristo crucificado, porque en él se manifestaba el poder y la sabiduría de Dios (**1 Co 1:22-24**). Por eso, un poco más adelante afirma: *“me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado”* (**1 Co 2:2**).

Esto es así porque la cruz de Cristo nos revela cómo es Dios en realidad. En los versículos anteriores hemos visto que los griegos pedían sabiduría y los judíos demostraciones de poder, pero Dios no les dio a ninguno de ellos lo que reclamaban, ¿por qué?

En primer lugar, porque la filosofía griega no puede explicar cómo es el corazón de Dios para que los hombres lleguen a amarle y confiar en él. Es verdad que sus filósofos hicieron serios esfuerzos para llegar a saber cómo era Dios, pero por muy inteligentes que

fueran, nunca podrían llegar a conocerle si Dios mismo no tomara previamente la iniciativa de darse a conocer. Como Pablo explicó, ningún hombre sabe las cosas que hay en el corazón del hombre sino el mismo hombre, y de igual manera, nadie puede conocer lo que hay en el corazón de Dios sino él mismo. Así pues, se hace necesario que Dios se revele por medio de su Espíritu Santo, o sino, nunca sabremos cómo es él de verdad (**1 Co 2:9-13**).

Y en segundo lugar, porque los milagros que los judíos pedían nunca conseguirían que el hombre amara a Dios por el simple hecho de verlos. Recordamos cómo algunos de los contemporáneos de Cristo le sugirieron, de forma más bien cínica, que debería llevar a cabo una buena campaña de publicidad a base de una serie de milagros espectaculares si quería ganarse la confianza de los judíos (**Jn 7:3-4**). Pero el Señor ya había hecho muchos milagros y ellos no habían querido creer. Sus mismos antepasados también habían visto infinidad de milagros en Egipto cuando Dios fue a liberarles de Faraón, y más tarde en el desierto cuando los cuidó de forma milagrosa durante cuarenta años, pero sin embargo, toda aquella generación permaneció en incredulidad y nunca llegaron a rendir su corazón a Dios de verdad (**He 3:16-19**).

Ni la sabiduría humana nos puede revelar cómo es el corazón de Dios, ni tampoco la demostración de su poder puede ganar nuestra confianza. Pero eso se consigue por medio de la cruz, porque la cruz manifiesta con diáfana claridad dos cuestiones fundamentales. Por un lado, saca a la luz la terrible pecaminosidad del ser humano. Tal es su condición, que si pudiera mataría a su propio Creador, y eso fue precisamente lo que el hombre hizo cuando crucificó al Señor Jesucristo. Pero por otro lado, la cruz nos muestra con igual claridad el profundo amor de Dios hacia el ser humano. A través de ella Dios abre su corazón a todas sus criaturas, quienes engañadas por Satanás y el pecado, se han convertido en enemigos suyos. Pero a pesar de eso, Dios sigue amando a sus criaturas y no desea que ninguna de ellas se pierda, así que, él mismo se ofreció en la cruz para pagar el castigo que su pecado merecía a fin de evitarles que ellos mismos tuvieran que sufrir el castigo eterno. Por todo esto, la cruz de Cristo es la más plena expresión del amor de Dios que ha habido o habrá jamás. En ese sentido, este es el último mensaje de Dios; no tiene nada más poderoso o más glorioso con lo que conseguir nuestra fe y nuestro amor. Si el hombre cierra su corazón ante la evidencia de un amor así, no hay nada más que Dios pueda hacer para despertar su fe.

Preguntas

1. Algunos dicen que la fe consiste en creer lo que no se ve. ¿Le parece que esta definición es correcta? Razone su respuesta.
2. ¿Cree usted que la ciencia puede demostrar que Dios no existe? ¿En qué sentido la historia nos proporciona evidencias de la existencia de Dios?
3. Cuando usted comparte el evangelio con otras personas y les invita a poner su fe en Jesucristo, ¿qué dos cuestiones fundamentales deben creer acerca de él? ¿Qué evidencias hay a favor de cada una de ellas?
4. ¿Cómo contestaría a alguien que le dijera que le gustaría tener una fe como la suya?
5. ¿Por qué la filosofía no nos puede ayudar a conocer el corazón de Dios? ¿Por qué decimos que Dios no puede hablarnos de forma más clara que a través del mensaje de la Cruz?

Creed en el evangelio - El justo por la fe vivirá

En nuestros estudios anteriores hemos visto que la fe, junto con el arrepentimiento, son el medio escogido por Dios para la salvación, pero en ningún caso pueden ser consideradas como obras meritorias que nosotros aportamos a la salvación. Todo lo contrario, implican reconocer que nos hemos equivocado, que lo hemos hecho mal, que hemos fracasado, y que además, no tenemos forma de solucionarlo. Por medio de la fe y del arrepentimiento reconocemos nuestra total y absoluta bancarrota moral y espiritual, para poder acogernos así a la oferta de gracia que Dios nos hace por medio de su Hijo Jesucristo. Por lo tanto, toda la gloria debe ser dada enteramente a Dios:

(Ef 2:8-9) “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.”

“Sin fe es imposible agradar a Dios”

Esta frase la encontramos en **(He 11:6)** y viene a confirmar que ningún hombre podrá jamás complacer a Dios sin fe. La falta de fe, es decir, la incredulidad, pone a un lado todo lo que Dios ha dicho, lo ignora y lo desobedece. Tal hombre nunca podrá agradar a Dios, aunque sustituya lo que Dios ha dicho por otras prácticas religiosas. No hay ninguna cosa que podamos hacer para sustituir la fe: ni penitencias, ni sacrificios personales, ni ninguno de nuestros mayores esfuerzos nos ayudarán a pasar el listón que Dios ha establecido en su ley. Nuestra única opción es la fe en la Obra de Cristo en la cruz a nuestro favor. Fuera de él estamos perdidos.

Por eso, finalmente, la incredulidad es el único pecado que nos puede separar de la salvación:

(Jn 3:18) “El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.”

¿Qué implica vivir por fe?

Ahora bien, hasta este momento hemos estado hablando acerca de la fe salvadora que nos lleva a una relación correcta con Dios, pero la historia no acaba ahí. Todo lo contrario, desde el momento en que nos convertimos y nacemos de nuevo, comienza para cada uno de nosotros una nueva vida que debe estar caracterizada por la fe. El profeta Habacuc lo describió de esta manera: *“El justo por la fe vivirá”* **(Hab 2:4)**.

I. El hombre de fe es incomprendido en medio de la sociedad

Como señalaba Habacuc, el impío y el hombre de fe son totalmente diferentes, y por lo tanto, no andan por el mismo camino. El Señor Jesucristo incidió en la misma idea cuando dijo que la puerta y el camino que llevan a la vida no son los mismos que conducen a la perdición. Y quiso hacer notar que quienes transitan por el camino que lleva a la vida, son pocos y con frecuencia están solos **(Mt 7:13-14)**.

El caso de Noé en el Antiguo Testamento ilustra bien cómo vivir de acuerdo a la fe en Dios nos expone a la soledad y al ridículo. Noé y su familia eran los únicos creyentes de su generación, y no cabe duda de que es muy difícil perseverar en la fe cuando no disfrutamos de la comunión con otros, sino que estamos solos. Pero no sólo eso, la fe llevó a Noé a estar enfrentado con toda su generación incrédula, a los que tuvo que anunciar un duro mensaje de juicio de parte de Dios. Lo más probable es que sus vecinos

se burlaran de él y lo trataran de loco. Al fin y al cabo, estando en medio de la árida llanura de Mesopotamia, a cientos de kilómetros del mar, ¿a quién se le ocurriría dedicar años y años de su vida a la construcción de un inmenso barco? ¿Y anunciar un diluvio universal cuando probablemente nunca había llovido todavía sobre la tierra? Todo esto hacía que pareciera un hombre loco y desequilibrado en medio de su generación. Y del mismo modo, si nosotros vivimos por fe, creyendo y anunciando su Palabra, podemos estar seguros de que nos ocurrirá lo mismo. Pero no olvidemos que finalmente todo lo que Noé anunció en el nombre de Dios se cumplió con total exactitud.

2. El hombre de fe no siempre recibe respuestas inmediatas

La fe nos lleva a confiar en Dios pase lo que pase. Esto quiere decir que aunque vivamos por fe no siempre recibiremos respuestas afirmativas a todo lo que pedimos. La fe no es la confianza en Dios mientras él hace todo lo que esperamos. Algunos piensan que es así, pero la Biblia nos ofrece muchos casos de todo lo contrario.

La razón es muy sencilla: si cada vez que un creyente se enfermara, fuera inmediatamente sanado por el solo hecho de creer; si cada vez que se encontrara en dificultades económicas, Dios enviara desde el cielo el dinero que necesita; si cada vez que tiene que afrontar la persecución, Dios eliminara a los perseguidores; si Dios automáticamente le proveyese de bienes materiales, salud, empleo, cónyuge, hijos, todo lo que quiera; entonces todo el mundo sería creyente. Pero no con una fe bíblica. La fe en tal caso sería equiparable al egocentrismo, y Dios, en vez de ser el Señor de todo, sería el siervo de todos. Y desgraciadamente, ese es el énfasis del llamado “evangelio de la prosperidad”.

Pero la auténtica fe en Dios nos lleva a perseverar en sus caminos, no porque Dios intervenga constantemente para eliminar cualquier obstáculo que se presenta ante nosotros, sino ayudándonos a superarlos.

La fe nos sostiene y nos ayuda a continuar hacia adelante cuando sufrimos injustamente y no somos vindicados de forma inmediata. De hecho, la Biblia nos aclara que en muchas ocasiones la vindicación de Dios no siempre llegará antes de nuestra muerte:

(2 Ti 2:11-12) *“Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él...”*

Sin duda, se requiere mayor fe para sufrir sin ser vindicados inmediatamente. Y ese es el momento cuando el diablo aprovecha para intensificar sus ataques contra nuestra fe, sembrando la duda en nosotros: “Dios no te escucha”, “Dios no existe”, “Dios existe pero tú no eres digno de él”, “Dios no te ama a ti como ama a otros”, “tú no vales nada ante los ojos de Dios”. Pero no olvidemos que todo esto es mentira.

Ahora bien, habiendo llegado a este punto es importante que aclaremos dos cosas. La primera de ellas es que la autenticidad de la fe no puede ser medida por los resultados inmediatos, sino por la fidelidad de la persona en su respuesta a las pruebas por las que atraviesa. Y la segunda, es que Dios no se ha comprometido a explicarnos siempre la razón o el propósito último por el que permite ciertas pruebas en nuestras vidas.

Un buen ejemplo de todos estos principios lo encontramos en Job. Él pasó por muchas penurias y dificultades, pero no porque fuera un hombre impío, sino por todo lo contrario, porque era un hombre de fe. En medio de sus pruebas se encontró completamente solo, puesto que sus amigos, que teóricamente habían ido a consolarle, le acusaban sin cesar de forma injusta y despiadada de cosas que eran falsas. En medio de su dolor, Dios no le dio ninguna explicación del porqué sufría. Su vindicación no llegó hasta muchos meses después de estar sufriendo intensamente. Y finalmente, cuando Dios le respondió,

tampoco le explicó la razón por la que había permitido aquella prueba tan dura, sólo se limitó a mostrarle que él es el Dios soberano que sabe lo que hace y administra todas las cosas con total sabiduría, y que por lo tanto, Job debería descansar en él aunque no entendiera todos los detalles de los propósitos divinos.

3. El hombre de fe anticipa el futuro

La fe del pueblo de Dios se relaciona con cosas pasadas; cree que Dios ha creado el mundo y también que envió a su Hijo para salvarnos por medio de su muerte en la cruz. Pero también cree en cosas que han de ocurrir en el futuro, por eso el autor de Hebreos dijo que *“la fe es la certeza de lo que se espera”* (He 11:1). En otras palabras, vivir por fe es vivir con la confianza en que Dios cumplirá lo que ha prometido.

Pero no sólo eso, la fe nos permite empezar a disfrutar ya, en el presente, de aquello que esperamos. Usando una ilustración, podríamos decir que la fe actúa como el zoom de una cámara de fotos que nos permite acercar la imagen de algo que está lejos para que lo podamos ver mejor. Y la fe nos “acerca” nuestra esperanza futura de tal manera que podemos empezar a disfrutar de ella. El autor de Hebreos decía que ya podemos *“asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros”* (He 6:18), como si ya la pudiéramos tocar y agarrar. Y Pablo exhortaba a Timoteo para que *“echara mano de la vida eterna”* (1 Ti 6:12). Esto nos ayuda a afrontar las dificultades del presente.

La auténtica fe produce buenas obras

La Biblia nos enseña que desde que el pecado entró en el mundo, la naturaleza del hombre ha quedado profundamente dañada, incapacitada para agradar a Dios.

Ahora bien, el efecto de una fe genuina es que produce buenas obras. Y esto es posible porque por medio de la fe recibimos todo el poder transformador del Espíritu Santo que nos capacita para vivir de acuerdo con las exigencias morales del reino de Cristo. El Señor Jesucristo se refirió a esta transformación como un nuevo nacimiento del Espíritu:

(Jn 3:5-6) “Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.”

Después de este nuevo nacimiento, el creyente no sólo puede, sino que desea hacer buenas obras. Pero no son buenas obras con las que intenta ganar su salvación, sino que son el resultado de que ha sido salvado. Pensemos en una ilustración. Imaginemos a un granjero que tiene un corazón tan débil que ya no puede trabajar. Un amigo suyo que es médico le ofrece hacerle una operación gratuita de transplante de corazón. Él confía en su amigo médico y recibe el corazón y la operación como un regalo por el que no tiene que pagar nada. Finalmente la operación es realizada con éxito y unos meses después el granjero se encuentra lleno de energía y vitalidad. Así que él vuelve a su trabajo y lo hace con alegría. Pero él no trabaja para conseguir un nuevo corazón, sino porque ya lo tiene. Y de igual manera, un auténtico creyente no se esfuerza en hacer buenas obras porque quiere ganar su salvación, sino precisamente porque ya la tiene.

Con el nuevo corazón que Cristo nos da viene una nueva vida y nuevas energías que deseamos emplear en servirle a él. Pablo insiste en que aunque no somos salvados por obras, sí que lo somos para hacer buenas obras:

(Ef 2:10) “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”

Por lo tanto, la fe se evidencia en cómo vivimos y no sólo por la forma en la que hablamos o por lo que pensamos. El capítulo 11 del libro de Hebreos está lleno de ejemplos de hombres de fe. En todos los casos la fe les llevó a actuar de acuerdo a la voluntad de Dios. Por ejemplo, Enoc caminó con Dios, Noé construyó un arca, Abraham obedeció y salió de su tierra para vivir como un peregrino, Moisés repudió el estilo de vida y los privilegios que tenía en Egipto para vivir de acuerdo a otras prioridades.

Santiago confirmó esto cuando dijo:

(Stg 2:26) “Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.”

Nuestra fe se revela por la forma en cómo nos comportamos en la vida diaria:

- Si creemos que Jesús ha sido exaltado a la diestra del Padre como Señor de señores y Rey de reyes, debemos vivir obedeciéndole como el Señor legítimo de nuestras vidas.
- Si creemos que Jesús murió para salvarnos de nuestros pecados, debemos buscar la santidad y apartarnos de toda forma de pecado.
- Si creemos que Jesús volverá otra vez y tendremos que darle cuentas, no viviremos sólo para atesorar riquezas en esta vida.

La verdadera fe será probada

La fe será puesta a prueba. Este es un hecho que debemos esperar y aceptar. En ocasiones la fe del creyente será puesta a prueba por el mundo que le rodea; quizá por una oposición frontal que le lleve incluso a sufrir persecución física, o por el contrario, por medio de la seducción y los halagos. Otras veces la prueba se manifestará por las cosas que Dios permite que pasen en nuestras vidas: la enfermedad, la pérdida del trabajo, la muerte de un ser querido. Aunque no sepamos cómo vendrá, podemos estar seguros de que la prueba vendrá. Pero como en todas las cosas que acontecen en nuestra vida, Dios tiene un propósito con ello.

1. La prueba manifiesta la autenticidad de la fe

Cuando los israelitas salieron de Egipto no llegaron rápidamente a la Tierra Prometida, y del mismo modo, cuando el creyente se convierte, tampoco el Señor lo lleva en ese momento al cielo. La razón es que Dios quiere probar la autenticidad de su fe. Veamos lo que Moisés les dijo a los israelitas en el desierto:

(Dt 8:2) “Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos.”

¿Seguirían creyendo cuando su fe fuera puesta a prueba? Cuando llegaran las tentaciones al pecado, o los problemas con sus compañeros de viaje, o los enemigos les persiguieran, o les faltara agua y comida, o su salud se quebrantase y murieran, o cuando llegaran a disfrutar de prosperidad, ¿seguirían creyendo en Dios? En todos esos casos, la prueba revelaría la autenticidad de su fe.

2. La prueba hace crecer la fe

Pero la prueba no sólo demuestra la autenticidad de la fe, también es el medio usado por Dios para purificar la fe.

(1 P 1:6-7) “En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo”

Todo aquel que deposite su fe en Jesús debe esperar sufrir angustia y persecución (**Mr 4:17**) y deben estar preparados para soportarla. Contrariamente a lo que algunos piensan, el creyente pasa por dificultades similares a las que enfrentan los inconversos, pero además de esto, siempre sufre algún tipo de persecución por causa de su fe (**2 Ti 3:12**). Algunos se preguntan: ¿Por qué Dios lo permite? ¿Por qué no libra a los creyentes de toda enfermedad? ¿Por qué no los protege de toda persecución? ¿Por qué no les garantiza la prosperidad?

La razón es que la fe debe ser probada a fin de que crezca. Es verdad que puede resultar duro y desagradable, pero constituye un medio poderoso para nuestra formación y crecimiento.

Pensemos por ejemplo en Abraham y Sara. Ellos tuvieron que esperar muchos años antes de tener a Isaac, el hijo prometido. En algunos momentos ellos se sintieron desesperados, pero finalmente Dios cumplió su promesa y de ese modo descubrieron en su propio cuerpo el poder que Dios tiene para dar vida a partir de cuerpos ya casi muertos (**Ro 4:17-22**).

No lo olvidemos, detrás de las pruebas siempre hay una finalidad: despertar en nosotros una fe más firme y robusta. A cada paso en el camino de la fe nuestros músculos se harán más fuertes y podremos enfrentar nuevos retos.

La fe genuina persevera hasta el fin

Una evidencia más de una fe auténtica es que persevera hasta el final. El autor de Hebreos nos dice lo siguiente acerca de los hombres de fe acerca de los cuales estaba hablando:

(He 11:13) “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra.”

La fe de los patriarcas les llevó no sólo a comenzar su peregrinaje, sino a terminarlo: “Conforme a la fe murieron todos éstos”.

Además, el hombre de fe no retrocede, no vuelve atrás. Veamos nuevamente el ejemplo de los patriarcas:

(He 11:14-15) “Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver.”

Abraham siempre tuvo la puerta abierta para regresar a Ur de los caldeos pero no lo hizo, y tampoco quiso que su descendencia lo hiciera (**Gn 24:6**).

La fe auténtica persevera a pesar de las tentaciones para volver atrás:

(He 10:39) “Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma.”

Quizás en este punto podemos preguntarnos si realmente todos los que depositan su fe en el Señor Jesucristo serán capaces de perseverar hasta el fin. A veces parece una tarea imposible. ¿Cómo conseguirlo?

Bueno, la forma en la que está planteada esta pregunta da a entender que la fe es una buena obra que el ser humano tiene que esforzarse en realizar. Es como si el hombre tuviera que conseguir perseverar hasta el final. Pero este planteamiento es incorrecto. Recordemos que la auténtica fe consiste en reconocer ante Dios nuestra total y completa bancarrota espiritual y colocar nuestra confianza en él como nuestro único y suficiente Salvador. Cuando cualquier persona hace esto de forma consecvente, a partir de ese momento es Dios quien se compromete a salvarla. Y puesto que todo depende de Dios, hay plena seguridad de que se realizará. Recordemos las palabras del Señor Jesucristo al respecto:

(Jn 10:27-30) “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos.”

Cuando creemos, somos colocados en las manos del Padre y del Hijo, quienes están plenamente unidos en esta labor de cuidarnos. Nadie nos puede arrebatar de su mano.

En otra ocasión, el Señor describió la seguridad de nuestra salvación en términos absolutos:

(Jn 5:24) “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.”

Y el apóstol Pablo insistía en la misma verdad:

(Fil 1:6) “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”

Ahora bien, es cierto que la Biblia nos habla de personas que después de haber emprendido el camino se volvieron atrás. Por ejemplo, la esposa de Lot, una vez que salió de Sodoma, volvió su mirada atrás y fue convertida en una estatua de sal (**Gn 19:26**). Los judíos que salieron de Egipto murmuraron constantemente contra Moisés y en un momento llegaron a sublevarse contra él pensando en poner a otros capitanes que los llevaran de regreso a Egipto (**Nm 14:2-4**). El apóstol Juan menciona a algunos que habían estado en la iglesia pero que se habían ido (**1 Jn 2:19**). Incluso algunos de los miembros de la iglesia a la cual fue dirigida la carta de Hebreos, estaban volviendo al judaísmo.

Estos casos, y otros más, podrían hacernos pensar que realmente la fe no es perseverante, puesto que muchos de ellos la abandonaron a la mitad del camino. Sin embargo, antes de llegar a esa conclusión, tenemos que hacer dos consideraciones. La primera, es que no deberíamos extraer nuestras convicciones doctrinales analizando las experiencias subjetivas de otros, sino únicamente estudiando la Palabra revelada de Dios. Y la segunda, es que antes de llegar a la conclusión de que esas personas perdieron su fe y su salvación, deberíamos poder determinar con exactitud si habían llegado a tener realmente una fe auténtica.

Nosotros decimos con frecuencia que no es oro todo lo que brilla, y del mismo modo tenemos que decir que no todo lo que parece ser una conversión lo es realmente. Por ejemplo, de aquellos que mencionó el apóstol Juan en su primera carta, se dice lo siguiente:

(1 Jn 2:19) *“Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros.”*

Quizá fueron personas que en algún momento habían llegado a ser hasta predicadores dentro de la iglesia, pero finalmente apostataron negando algunas doctrinas fundamentales de la fe cristiana. ¿Cuál fue la razón? Nosotros tal vez diríamos que perdieron la fe, pero el apóstol Juan, inspirado por el Espíritu Santo, afirma que realmente *“no eran de nosotros”*.

También en el día de hoy hay muchas de estas falsas conversiones que no duran en el tiempo. En muchos casos, la decisión de seguir a Cristo no comienza con el arrepentimiento y la fe, sino que lo que mueve a la persona son determinados factores sociales como el deseo de complacer a familiares o amigos cristianos, o la necesidad de ser aceptado en una comunidad y no estar solo. En otras ocasiones, estas “conversiones temporales” son provocadas por factores emocionales pasajeros. Quizá un fracaso personal en alguna relación, una enfermedad grave o una depresión. Y aunque es verdad que muchas conversiones reales han comenzado con un problema de este tipo, también es cierto que hay otros muchos que se conforman con un alivio temporal, de tal manera que cuando pasa el tiempo y se desarrollan nuevas amistades, o la salud mejora, aquellas emociones se desvanecen.

Pero la fe, si es verdadera, debe perdurar. Es un compromiso que perdura en el tiempo independientemente de las circunstancias personales.

Es probable que en gran medida los causantes de estas conversiones falsas sean los propios predicadores del evangelio, que con frecuencia no hacen el debido énfasis en el arrepentimiento y la fe. En este sentido, deberíamos notar cómo nuestro Señor Jesucristo parecía querer disuadir a aquellos que manifestaban el deseo de seguirle pero no habían reflexionado con seriedad acerca de su coste. Por ejemplo, un escriba se acercó a Jesús y le dijo: *“Maestro, te seguiré adondequiera que vayas”*, a lo que el Señor le contestó, *“las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos, mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza” (Mt 8:19-20)*. En otra ocasión habló de un hombre insensato que fue a la guerra sin contar con los recursos necesarios y de otro que comenzó a construir una torre sin asegurarse de tener el material suficiente para terminarla **(Lc 14:25-33)**. Otra vez, cuando miles de personas le seguían después de haber multiplicado milagrosamente unos pocos panes y peces para dar de comer a la multitud, él les dijo con claridad que le estaban buscando por la razón equivocada: *“De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará” (Jn 6:26-27)*. El resultado fue que *“desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Jn 6:66)*. El Señor conocía perfectamente el riesgo de que aquellos que le escuchaban tomaran decisiones temporales, por lo que se propuso combatirlo. De hecho, la forma en la que algunas veces hablaba con los que manifestaban el deseo de seguirle, podría parecernos que quería alejarlos de él, cuando lo único que pretendía era que tomaran decisiones consecuentes. Y cada predicador del evangelio debería ser igualmente honesto cuando comparte su fe con otras personas.

Preguntas

1. ¿Por qué cree que el hombre de fe normalmente se encuentra solo en la sociedad y es ridiculizado? Ponga al menos dos ejemplos bíblicos de hombres de fe a los que les ocurrió esto.
2. En esta lección hemos visto que la auténtica fe nos lleva a realizar buenas obras para Dios. Lea el capítulo 11 de Hebreos e indique a qué obras les llevó la fe a los hombres y mujeres que encontramos allí.
3. En este estudio hemos visto que la fe no nos lleva siempre a ser librados de todos los problemas que se nos presentan en la vida, pero sí que nos garantiza el poder necesario para superarlos. Cite algún ejemplo bíblico en el que veamos reflejado claramente este principio.
4. ¿Por qué cree que Dios prueba la fe del creyente? Justifique su respuesta bíblicamente.
5. ¿Por qué hay personas que dicen tener fe y sin embargo no perseveran hasta el fin? ¿Le parece que la perseverancia es una evidencia de la fe auténtica? Aporte ejemplos bíblicos que justifiquen sus respuestas.

Jesús llama a cuatro pescadores - Marcos 1:16-20

(Mr 1:16-20) *“Andando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. Y les dijo Jesús: Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres. Y dejando luego sus redes, le siguieron. Pasando de allí un poco más adelante, vio a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan su hermano, también ellos en la barca, que remendaban las redes. Y luego los llamó; y dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, le siguieron.”*

Introducción

Como vimos en el pasaje anterior, el Señor comenzó su ministerio público anunciando la llegada del Reino de Dios y exigiendo el arrepentimiento y la fe como los requisitos para entrar en él. A continuación se nos presenta el llamamiento que hizo a cuatro pescadores y su respuesta. De algún modo, este nuevo pasaje sirve como un ejemplo de lo que significa aceptar el reino de Dios y convertirse en un seguidor de Jesús.

Pero el relato es importante también por otra razón. Como ya sabemos, Marcos escribía bajo la influencia de Pedro, y tenía interés en dejar constancia de que éste se convirtió en un seguidor de Jesús en el mismo comienzo de su ministerio público. Con esto quiere enfatizar que Pedro siempre estuvo al lado del Señor a lo largo de todo su ministerio, y esto es muy importante por las siguientes razones:

- Este evangelio constituye un documento histórico que nos llega por medio de un hombre que estuvo todo el tiempo con Jesús y que por lo tanto fue testigo privilegiado de los hechos que narra.
- Además, tiene un interés especial para nosotros porque selecciona aquellos incidentes que marcaron a Pedro en su formación personal como discípulo de Jesús, y que, por supuesto, también nos pueden ayudar a nosotros.

Simón, Andrés, Jacobo y Juan

Estos cuatro hombres tenían varias cosas en común.

- Vivían en Capernaum y todos ellos eran pescadores que trabajaban en el mar de Galilea. La pesca era una industria importante en Galilea en el primer siglo. La impresión que tenemos aquí es que estos cuatro discípulos probablemente pertenecían a lo que podríamos llamar la “clase media” de Galilea.
- Los cuatro habían sido discípulos de Juan el Bautista (**Jn 1:35-42**).
- Pero lo más importante, todos ellos conocían a Jesús.

Sin embargo, cada uno de ellos tenía su propia personalidad.

- Pedro: El impetuoso (**Mt 14:28-33**) (**Mr 8:32**) (**Mr 14:29-31**) (**Jn 18:10**). Llegó a ser el líder de los doce y se menciona en primer lugar en todas las listas de los apóstoles (**Mt 10:2-4**) (**Mr 3:16-19**) (**Lc 6:14-16**) (**Hch 1:13**). Tanto él como su hermano Andrés eran de Betsaida (**Jn 1:44**), aunque en el momento de su llamado radicaban en Capernaum (**Mr 1:21,29**).

- Andrés: Su nombre era netamente griego. Fue el primero en conocer a Cristo (**Jn 1:40**) y el que lo presentó a su hermano Pedro. Siempre aparece trayendo personas a Jesús (**Jn 1:40-42**) (**Jn 6:8-9**) (**Jn 12:22**).
- Jacobo: Tanto él como su hermano Juan tenían un carácter fuerte, lo que les hizo merecedores del sobrenombre de “*hijos del trueno*” (**Mr 3:17**). También eran ambiciosos y le pidieron a Jesús ocupar los primeros puestos en su reino (**Mr 10:35-37**). Fue el primero de los Doce en llevar la corona de mártir (**Hch 12:1-2**).
- Juan: Hermano de Jacobo, conocido como “*el discípulo amado de Jesús*” (**Jn 13:23**) (**Jn 19:26**).

Quizá lo más significativo es que eran personas normales y corrientes. Cuando Jesús los eligió para ser sus discípulos y más tarde sus apóstoles, podemos decir que nadie confió tanto en personas tan normales y corrientes como Jesús.

(1 Co 1:26-27) *“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte.”*

Amigos, discípulos y apóstoles

Sin embargo, debemos recordar que éste no fue el primer contacto que Cristo tuvo con estos hombres. Meses antes habían acudido al llamado de Juan el Bautista; fueron bautizados por él, y al parecer llegaron a ser sus discípulos. Luego Juan los presentó a Cristo, y así se dio el primer contacto entre el Señor y estos dos hermanos. Marcos no menciona nada de esto, pero está descrito en (**Jn 1:35-42**).

Posteriormente, acompañaron a Cristo en algunos de sus viajes, incluyendo las bodas de Caná, donde presenciaron la conversión del agua en vino (**Jn 2:11**). Incluso, probablemente, participaron en el ministerio inicial del Señor (**Jn 3:22**) (**Jn 4:1-2**). De modo que éste no era el primer encuentro con Jesús, sino que lo que tenemos aquí, es el relato de su llamamiento oficial a un discipulado continuo.

En términos generales, se puede decir que antes de este momento habían sido amigos de Jesús, mientras que en esta ocasión adquirieron el compromiso de un discipulado por el que seguirían a Jesús permanentemente. Más tarde (**Mr 3:13-19**) el Señor los constituyó apóstoles, o sea, sus “*enviados*”.

“Eran pescadores”

Jesús no buscó sus discípulos en las escuelas ni en el templo, sino en sus lugares de trabajo. No fue a buscar personas enclaustradas, separadas del mundo; sino a hombres que estuvieran inmersos en las responsabilidades de la vida cotidiana. Quería gente que supiera ganar su pan con el sudor de su frente. Dios nunca llama a personas ociosas.

Aquí vemos a Cristo llamar a cuatro pescadores que habían pasado toda la noche pescando (**Lc 5:5**) y que ahora estaban limpiando las redes (**Mr 1:16,19**). Así había sucedido con muchos profetas:

- *“Entonces respondió Amós, y dijo a Amasías: No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero y recojo higos silvestres, y Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Vé y profetiza a mi pueblo Israel”* (**Am 7:14-15**).

- Moisés guardaba un rebaño cuando Dios se le apareció en la zarza ardiente (**Ex 3:1-2**).
- Gedeón trillaba, cuando el ángel le comunicó un mensaje del cielo (**Jue 6:11-12**).
- Eliseo estaba arando cuando Elías lo llamó para que fuese profeta en su lugar (**1 R 19:19-20**).
- Jesús fue carpintero hasta que comenzó su ministerio público.

Algunas consideraciones:

- Los mejores predicadores están hechos de laicos que están dispuestos a dejar sus negocios para servir a Cristo.
- La mejor preparación para tareas futuras es realizar con fidelidad el trabajo actual.
- ¿Estamos ocupando bien nuestro tiempo? ¿Somos personas trabajadoras?

“Venid en pos de mí”

Lo primero que notamos en este llamamiento es la inmensa misericordia de Dios. Aunque él no necesita que el hombre le ayude, sin embargo, en su misericordia estableció colaboradores.

Vemos también que el Señor ejerce su soberanía. El hecho de que fuera él quien tomara la iniciativa, y la autoridad con que lo hizo, sitúan a Jesús en el mismo lugar que Dios ocupaba en los relatos de llamamiento del Antiguo Testamento. En dichos relatos era Dios quien llamaba directamente a los profetas y reyes del pueblo para encomendarles una misión y Jesús actúa de la misma manera con sus discípulos. En el Reino de Dios, la iniciativa para cualquier servicio surge siempre de Dios. Nosotros podemos desear algún ministerio en concreto, pero aun así, será necesario esperar a que sea Dios el que nos llame a él.

Notamos también que Jesús pide a sus discípulos una adhesión incondicional a su persona. Y aquí hay un hecho completamente nuevo que llama nuestra atención, porque nunca los profetas de la antigüedad habían pedido al pueblo que los siguieran a ellos, sino a Dios. Pero Jesús no es sólo un profeta, es mucho más que eso, es el mismo Rey del cielo.

Por otro lado, el hecho de que Jesús llamara a estos discípulos no quiere decir que ellos no tuvieran libertad para elegir su respuesta. Pensemos, por ejemplo, en la reacción del joven rico cuando Jesús le dijo *“ven, sígueme”*, y como *“él, afligido por esta palabra se fue triste, porque tenía muchas posesiones”* (**Mr 10:21-22**).

Otro detalle en el que debemos pararnos a meditar es en la duración de este llamamiento. Estos discípulos de Jesús estaban llamados a serlo perpetuamente, era un llamamiento para toda la vida. Esta era una de las diferencias importantes con los rabinos de las escuelas judías de su tiempo. Llegaba el día en que sus discípulos eran ordenados y se independizaban del maestro.

“Y le siguieron”

Ellos pudieron haber dicho: ¿No es este el hijo de José el carpintero de la cercana Nazaret? ¿Acaso no es él también un carpintero? ¿Por qué hemos de seguirle? El hecho de que no dijeran nada semejante, sino que de inmediato lo dejaron todo para unirse a

Jesús, no sólo habla bien de ellos, sino que especialmente exhibe el carácter magnético y majestuoso de su Maestro. Es evidente que tuvieron que ver algo único y singular en Jesús, porque de lo contrario, seguirle habría sido una temeridad y no un acto de fe. Aquí tenemos una evidencia más de la tremenda autoridad de Cristo, y el poder de sus palabras. Su palabra impacta en el corazón de las personas, y les lleva a dejarlo todo, para seguirle, dedicando sus vidas totalmente a su servicio.

Sin duda, en su decisión tuvo mucho que ver el trabajo de la predicación de Juan el Bautista al preparar el corazón de estos hombres para recibir con gozo al Mesías. Sabían que lo que Juan había dicho sobre Jesús era cierto. Esto los alentó a seguirlo, a tal grado que dejaron sus ocupaciones y familiares para hacerlo.

Nuestra meta como predicadores debe ser la misma; presentar de tal manera a Jesús que las personas se sientan inclinados a entregarle sus vidas a él.

Confirieron que Jesús tenía algo mucho mejor para ellos. Ellos dejaron al instante sus redes y le siguieron, alentados por la promesa de su Señor de prepararlos para una tarea muy superior a la honrosa ocupación que ahora tenían. En lugar de pescar peces para servir a la mesa, reclutarían a los hombres para el Reino de Dios.

La decisión de estos hombres es recogida por el evangelista como un modelo de la actitud correcta que cualquier hombre debe tener ante el llamamiento de Dios.

“Dejando sus redes... y a su padre”

Aquí vemos cómo la llegada del reino de Dios transforma la existencia humana, estableciendo nuevas prioridades en la vida de cada persona que lo acepta por fe.

Al mismo tiempo, el Señor nos quiere dejar claro que el discipulado cristiano lleva consigo un importante elemento de renuncia. Se mencionan las cosas que ellos dejaron: Redes, barcas (instrumentos de trabajo), empleados. Son signos de su estatus laboral y control sobre otras personas, todo lo que parece esencial para el éxito humano. Estaban dejando una situación acomodada. Cuando Pedro dice a Jesús: *“lo hemos dejado todo”* (**Mr 10:28**), realmente nos consta que era mucho lo que habían dejado para seguirle. También se menciona a la familia: *“dejando a su padre Zebedeo”*.

Dios nos quiere enseñar un principio importante: Aunque su salvación es gratuita, el discipulado y el servicio al Señor es costoso.

El llamamiento implica vivir para otro. Era una invitación a dejar un trabajo conocido por otro desconocido; un proyecto personal, centrado en sus propias necesidades y las de los suyos, por otro en el que tendrían que hacerse responsables de la vida de los demás hombres. No es posible seguir al Señor sin abandonar nuestros propios planes y deseos.

Notemos por último que los discípulos respondieron inmediatamente dejándolo todo. Ojalá nuestra obediencia sea tan pronta como la de ellos.

El llamamiento de Jesús viene todavía a aquellos que están en sus trabajos diarios, les reclama su lealtad para cumplir la misión de Dios en el mundo. Algunas veces el llamamiento requiere que dejemos nuestro trabajo secular y que sigamos al Señor Jesús. Para la mayoría, él nos llama para encontrarlo en medio de nuestro trabajo, y seguirlo allí.

Formación y entrenamiento

A partir de ese momento su formación consistiría en caminar detrás de una persona, de Jesús. Fueron llamados a *“estar permanentemente con él”*, compartiendo su vida y visión. Por esa razón, en bastantes ocasiones Jesús se retira de la multitud para estar a solas con ellos.

La formación se llevaba a cabo en aquellos lugares que conformaban su vida cotidiana: la casa, la sinagoga, el trabajo, el camino, junto al mar, en la barca...

Por supuesto, no se trataba de una formación donde el énfasis estaba únicamente en lo académico, sino que quería inculcar en ellos un estilo de vida.

Su misión

En primer lugar, Jesús les dijo: *“haré que seáis pescadores de hombres”*. Lo que el Señor pretendía era conservar su personalidad y oficio, pero santificados, con metas más altas y gloriosas. Pensemos en Pedro como el gran evangelista en el día de Pentecostés cuando tres mil personas se convirtieron después de una predicación suya.

La formación que habían adquirido en su trabajo, una vez santificada, sería también utilizada por el Señor para esta labor.

Conclusión

Aunque tengamos que dejar muchas cosas para servir a Dios, Él se encarga de recompensarnos... De todos modos, servir a Dios constituye un enorme privilegio.

Marcos da importancia al discipulado a lo largo de todo su evangelio, y ya en este breve relato insinúa sus rasgos básicos: la iniciativa siempre proviene de Jesús, por lo que es una gracia de Dios; Jesús llama básicamente a compartir la vida con él, lo que implica aprender con él e identificarse con su misión de “pescar hombres”.

Preguntas

1. A la luz de lo que hemos considerado en esta lección, explique qué relación tiene el trabajo secular con el llamamiento del Señor a servirle a todo tiempo. Mencione algunos ejemplos bíblicos. Razone también acerca de cómo un trabajo secular puede ser parte de la formación para un ministerio espiritual.
2. ¿Piensa que estos cuatro pescadores tenían algo especial y que por eso los eligió el Señor? Razone su respuesta.
3. Cuando Jesús llamó a estos cuatro discípulos, ellos lo dejaron todo y le siguieron. ¿Por qué cree que tomaron esta decisión aparentemente tan arriesgada?
4. ¿Cuales son los requisitos para el discipulado que hemos considerado en esta lección?
5. ¿En qué consistía la formación de los discípulos?

Un hombre que tenía un espíritu inmundo - Marcos 1:21-28

(Mr 1:21-28) “Y entraron en Capernaum; y los días de reposo, entrando en la sinagoga, enseñaba. Y se admiraban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. Pero había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, que dio voces, diciendo: ¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios. Pero Jesús le reprendió, diciendo: ¡Cállate, y sal de él! Y el espíritu inmundo, sacudiéndole con violencia, y clamando a gran voz, salió de él. Y todos se asombraron, de tal manera que discutían entre sí, diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen? Y muy pronto se difundió su fama por toda la provincia alrededor de Galilea.”

Introducción

Marcos comenzó su evangelio presentándonos el ministerio de Juan el Bautista como el heraldo de Jesús, el Mesías esperado. También nos habló de su bautismo como un acto de identificación con el hombre pecador a quien había venido a salvar, lo que constituyó la ocasión para que el Padre y el Espíritu Santo manifestaran su identificación con él. Inmediatamente después tuvo lugar la tentación de Jesús, en la que demostró que el pecado no encontraba lugar en su vida, y a la vez, fue una prueba más de su capacidad para ser el Salvador de los pecadores. A partir de ahí comenzó a detallarnos su ministerio público, comenzando con el anuncio del Evangelio del Reino de Dios y la elección de los primeros discípulos.

A continuación nos encontramos con el primer milagro que recoge el evangelio de Marcos. Se trata de la liberación de un endemoniado en la sinagoga en Capernaum. Y es interesante, porque junto al milagro se nos presenta un tema fundamental en este evangelio: la autoridad de Jesús. Con unas rápidas pinceladas, el evangelista nos mostrará la autoridad de Jesús en la enseñanza y también frente a los demonios, produciendo la admiración de todos los asistentes en la sinagoga. Veamos algunos detalles de este pasaje.

Capernaum

Los acontecimientos narrados tuvieron lugar en Capernaum, un pueblo que se hallaba al noroeste del mar de Galilea. Por aquel tiempo era una ciudad importante, pero la auténtica razón por la que ha pasado a la historia, fue porque allí estaba el domicilio de cinco de los primeros discípulos de Jesús (Pedro, Andrés, Jacobo, Juan y Mateo) y, porque el mismo Señor fijó allí su centro de operaciones una vez que fue rechazado en Nazaret (**Lc 4:16-31**) (**Mt 4:13-16**). Recordemos que tanto Capernaum como Nazaret se encontraban en el norte del país, en Galilea, una región colindante con los gentiles y por lo tanto despreciada por los judíos de Jerusalén en el sur. Sin embargo, Dios había prometido visitarlos y llevarles bendición:

(Is 9:1-2) “Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia, tal como la aflicción que le vino en el tiempo que livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí; pues al fin llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles. El pueblo que andaba en

tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.”

Pero a pesar de que ninguna ciudad de Israel parece haber gozado tanto como ésta de la presencia de nuestro Señor durante su ministerio terrenal, sin embargo, fue también la que recibió la condenación más terrible que él pronunciara contra un lugar, a excepción de Jerusalén. Esto se debió a que a pesar de que fue allí donde el Señor hizo muchos de sus milagros, dedicó tiempo a la enseñanza e incluso varios de los apóstoles provenían de allí, con todo y eso, manifestó una fuerte oposición al Señor y al evangelio.

(Mt 11:23-24) “Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti.”

Esto nos recuerda el principio expresado por el Señor: *“a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará” (Lc 12:48).*

La sinagoga

Estando en Capernaum, y dado que era día de reposo, Jesús fue a la sinagoga.

Las sinagogas tuvieron su origen durante el exilio babilónico, cuando el pueblo de Dios no tenía acceso al culto en el templo, ni podía ofrecer sus sacrificios. En su lugar, los judíos tuvieron que desarrollar un culto centrado en la lectura y la exposición de la ley. En los tiempos de Cristo, cada ciudad y pueblo tenía una sinagoga donde los judíos se reunían dos o tres veces a la semana, principalmente los sábados, para adorar a Dios y escuchar su Palabra. El culto constaba de tres partes: oración, lectura de la Palabra y exposición de ella. La sinagoga tenía varios responsables. El principal de la sinagoga, que estaba encargado de la organización y los servicios. El ministro, que era responsable de sacar y guardar los rollos de las Escrituras y de la educación de los niños de la comunidad.

Como vemos en los evangelios, Jesús acostumbraba a asistir a los cultos de la sinagoga y era invitado frecuentemente a enseñar las Escrituras.

Los escribas

La forma de enseñar de Jesús sorprendió a los asistentes a la sinagoga porque era totalmente diferente a la de los escribas: *“se admiraban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”.*

Debemos explicar que los escribas eran los estudiosos de la Ley y los que tenían la misión de transmitirla y enseñarla al pueblo. Pero desgraciadamente, habían llegado al punto en que para ellos era más importante explicar lo que los grandes maestros del pasado habían dicho sobre la Ley, con todos sus comentarios y las diversas opiniones que ellos tenían, que exponer de forma llana lo que la propia Ley decía.

Por lo tanto, su interpretación de las Escrituras era de segunda o tercera mano, citando siempre la *“tradición de los ancianos”.*

La autoridad de Jesús en la enseñanza

El Señor Jesucristo era completamente diferente a los escribas, y estando en la sinagoga de Capernaum, los que le escuchaban rápidamente se dieron cuenta.

Y no fueron los únicos, porque a lo largo de todos los evangelios notamos que la enseñanza de Jesús siempre causaba admiración entre todos cuantos le escuchaban. Tenemos abundantes ejemplos de esto: **(Mt 7:28) (Mt 13:54-55) (Lc 19:47-48) (Mt 22:33) (Mr 11:18) (Jn 6:68) (Jn 7:14-15) (Jn 7:40) (Jn 7:45-46) (Jn 10:19-21)**.

Ahora bien, ¿qué era lo que tanto les sorprendía? La razón principal de esta admiración nos la proporcionan los mismos oyentes: *“les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”*. Podemos pensar en varios detalles fundamentales.

- En primer lugar, los escribas basaban toda su autoridad haciendo constantes referencias a algún famoso maestro del pasado y a los comentarios que habían hecho sobre algún punto concreto de la Palabra. Toda esa erudición del pasado había quedado recogida en la *“tradicón de los ancianos”*, que llegó a ser para ellos su verdadera norma de fe y conducta. En contraste con esto, toda la enseñanza del Señor se basaba únicamente en la Palabra de Dios, sin citar a los famosos rabinos del pasado. Esto hacía que su enseñanza tuviera una autoridad diferente y una frescura completamente nueva para todos los que le escuchaban.
- En segundo lugar, otro rasgo de la enseñanza de Jesús que demostraba su autoridad era que él la acompañaba con hechos portentosos. Esta era una diferencia clave.
- Y en tercer lugar, admiramos también la enseñanza de Jesús, porque él no era un maestro frío y distante dando su discurso en un aula. El Señor siempre se implicaba personalmente con la necesidad y el dolor humano. Siempre estaba entre los seres humanos, compadeciéndose de ellos y ayudándoles en sus necesidades.

En nuestros días hay muchos líderes cristianos que reclaman para ellos la misma autoridad que tenía Jesús. Quieren que las personas les sigan y se sujeten a ellos sin discutir. Pero para saber si su autoridad proviene de Dios, será preciso que una vez más tomemos al Señor Jesucristo como nuestro punto de referencia, porque cada día hay más embaucadores en el ámbito cristiano. Estas pueden ser algunas claves a tener en cuenta para detectar la autoridad que no proviene de Dios:

- ¿Su enseñanza está arraigada en la Palabra de Dios? ¿O por el contrario, citan constantemente los comentarios y opiniones que otros han hecho sobre la Palabra? ¿Sus exposiciones son bíblicas o sólo relatan sus propias experiencias? ¿Qué importancia tiene para ellos la Palabra de Dios en su ministerio?
- ¿Son personas accesibles para los necesitados o sólo buscan la compañía de los ricos e influyentes? ¿Están principalmente interesados en conseguir publicidad y aplausos para su ministerio, o la evitan como hacía constantemente el Señor Jesucristo? ¿Están interesados en ejercer poder sobre las personas o buscan la forma de servirles?
- ¿Sus vidas manifiestan los frutos del Espíritu Santo? ¿Sus ministerios transforman a las personas liberándolas del pecado para acercarlas a una vida de santidad que refleje el carácter del Señor?

La autoridad de Jesús frente a los demonios

El relato sobre la enseñanza de Jesús en la sinagoga de Capernaum se vio interrumpido bruscamente por la presencia de un hombre endemoniado que comenzó a dar voces. Este hecho despierta en nosotros varias preguntas.

1. ¿Qué hacía un endemoniado en una reunión en la sinagoga?

A juzgar por la forma en la que el endemoniado se manifestó, resulta evidente que no fue a la sinagoga con el propósito de ser instruido en la Palabra, sino más bien para estorbar la obra de Cristo. Parece que hasta que llegó Jesús y comenzó su enseñanza, el endemoniado había estado tranquilo, pero fue la presencia del Señor y la exposición de la Palabra lo que provocó la reacción del demonio.

Esto nos recuerda que el enemigo muchas veces está más cerca de lo que pensamos. Son como los enemigos que en una guerra se infiltran con el uniforme de rigor. O como los pirómanos que se hacen bomberos. Esto nos obliga a estar en permanente alerta.

2. ¿Por qué en el resto de la Biblia se habla tan poco de endemoniados?

Es un hecho que a lo largo de todo el Antiguo Testamento no encontramos nada parecido a lo que Jesús hizo con este endemoniado. ¿Por qué no se nos habla de endemoniados en el Antiguo Testamento? Incluso, en el Nuevo Testamento, son muy pocas las ocasiones en las que nos encontramos a personas endemoniadas. Hay unos pocos casos en el libro de los Hechos de los Apóstoles y no volvemos a encontrar más menciones a ellos en ninguna de todas las Epístolas.

Es evidentemente que la venida de Cristo suscitó un gran estallido de actividad demoníaca en la tierra. Hemos tenido ocasión de considerar que nada más que Jesús comenzó su ministerio público, Satanás le atacó en las tentaciones (**Mr 1:12-13**). Ahora encontramos un endemoniado interrumpiendo su enseñanza en la sinagoga. Y por los evangelios nos damos cuenta de que estos no eran incidentes aislados, sino algo que se repitió una y otra vez a lo largo de todo su ministerio.

3. ¿Por qué el espíritu inmundo preguntó a Jesús dando voces si había venido a destruirlos?

Porque los demonios saben cuál va a ser su fin. Por ejemplo, los endemoniados gadarenos le dijeron a Jesús: “¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?” (**Mt 8:29**). Esto es confirmado por el libro de Apocalipsis, donde se describe que hay un lago de fuego que arde con azufre reservado para la bestia, el falso profeta y el diablo (**Ap 19:20**) (**Ap 20:10**). Cuando Jesús vino a este mundo y comenzó a echar fuera a los demonios, esto marcó el inicio de la etapa final del reino de Satanás.

4. ¿Qué nos enseña este incidente acerca del Reino de Dios?

Este pasaje, al comienzo mismo del ministerio de Jesús, vino a corregir la visión distorsionada que los discípulos y todos los judíos en general tenían acerca del Reino de Dios. Ellos esperaban un Mesías que inaugurara un reino político con sede en Jerusalén, pero a partir de éste y otros encuentros con los endemoniados, Jesús les estaba enseñando que su Reino se establecería en los corazones de los hombres que iban a ser arrebatados del dominio de Satanás, como más adelante les explicaría claramente:

(Mr 3:27) *“Ninguno puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata, y entonces podrá saquear su casa.”*

El Señor había venido a arrebatarse las almas de Satanás, el “hombre fuerte”, que las tenía prisioneras. Y aunque por el momento sus discípulos y el resto de las personas que le escuchaban no percibían esto, los demonios ya veían la presencia de Jesús como una amenaza contra su poder en este mundo.

Estaba claro que el Señor no se limitaba a anunciar el futuro reino de Dios y el fin del dominio de Satanás, sino que la expulsión de los demonios era una señal innegable de que su reino ya estaba siendo establecido en el corazón de personas liberadas.

(1 Jn 3:8) *“El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.”*

Cristo había irrumpido en este mundo para devolver a los hombres la libertad que Satanás les había arrebatado. Y este poder que había comenzado a manifestarse sobre todas las fuerzas del mal, anticipaba el triunfo final de Cristo sobre Satanás y todos sus agentes. En este sentido debemos recordar que el Señor nunca tuvo un encuentro con un demonio que no se sometiera a su autoridad.

5. ¿Qué actitud debemos tomar sobre los endemoniados de los Evangelios?

Mucha gente rechaza la idea de que una persona pueda estar endemoniada por considerar esto una superstición del mundo antiguo. Creen que se trata simplemente de casos de locura, epilepsia u otras enfermedades mentales que en aquella época no podían explicar con los conocimientos de medicina que tenían entonces. Estas personas afirman que la ciencia médica moderna ha demostrado que no existen los demonios. Pero el hecho de que ellos no los vean en sus monitores cuando hacen un escáner de la persona, no quiere decir que no existan.

Todos los autores de la Escritura, y el mismo Señor Jesucristo, aceptaron la realidad de los demonios.

Tal vez lo más sensato sea buscar un punto de equilibrio entre los que ven demonios detrás de cada persona o situación extraña, y aquellos que no logran percibir ninguna realidad espiritual detrás del mundo material.

6. ¿En qué consiste la posesión demoniaca?

Primeramente debemos señalar que los escritores del Nuevo Testamento afirman que todo hombre no regenerado por el Espíritu Santo está, en un sentido muy real, bajo el poder de Satanás **(Hch 26:18) (2 Co 4:3-4) (Ef 2:2) (Col 1:13) (1 P 2:9)** y necesita que sean abiertos sus ojos, y permitir que Cristo le saque de su oscuridad y esclavitud espiritual a la libertad de la luz de Dios.

Sin embargo, un endemoniado es un caso especial en el que el espíritu inmundo se ha apoderado enteramente de la voluntad de la víctima. Se trata, por lo tanto, de una forma extrema de esclavitud espiritual. En los evangelios, quienes sufren por el influjo de espíritus inmundos, son presentadas como víctimas impotentes, incapaces incluso de pedir ayuda.

El demonio que se apodera de un hombre, destruye la imagen y semejanza de Dios que el hombre lleva en sí en virtud de la creación. En esa condición, el núcleo de la personalidad, se queda paralizado por fuerzas extrañas que tienden a la ruina del hombre y en algún caso lo empujan incluso a la autodestrucción **(Mr 5:5)**.

¡Qué triste es ver a un hombre, que habiendo sido creado para Dios, sin embargo se encuentra poseído por Satanás!

7. ¿Por qué Cristo no aceptó su testimonio?

El espíritu inmundo dijo conocer a Jesús y declaró que era *“el Santo de Dios”*. ¿Por qué Cristo no aceptó su testimonio?

- Tal vez porque percibía que la intención del diablo era sembrar la idea de que estaba vinculado con Cristo de alguna forma. Aceptarlo habría implicado generar

ideas equivocadas. Y de hecho, como más adelante veremos, los enemigos de Cristo llegaron a acusarle de tener dentro de él a Beelzebú y que por él echaba fuera los demonios (**Mr 3:22**).

- Porque era de origen impuro y a la verdad no le conviene el testimonio de la mentira.
- Porque un testimonio así daría miedo.
- Además, todavía no había llegado el momento de ser proclamado públicamente como el Mesías.

El Señor no estaba dispuesto a aceptar esta publicidad gratuita ante la multitud en la sinagoga porque no tenía nada que ver con el diablo. Él siempre manifestó la misma actitud frente a las huestes satánicas.

8. ¿Qué pretende enseñarnos por medio de esta liberación?

Todos los milagros ilustran algún aspecto del poder y de la autoridad del Siervo de Dios. Aquí vemos la autoridad divina de Jesús frente a las fuerzas diabólicas.

Y también sirvió para resaltar la verdad de la doctrina que anunciaba. Al menos, esto fue lo que quedaron preguntándose los que vieron cómo Jesús expulsó al demonio mientras éste sacudía con violencia al pobre hombre mientras daba terribles gritos: “¿*Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen?*”.

Preguntas

1. ¿Quiénes eran los escribas? ¿Por qué dice el pasaje que Jesús no enseñaba como ellos?
2. ¿Por qué cree que el endemoniado fue a la sinagoga?
3. ¿Por qué le parece que en el Antiguo Testamento no encontramos casos de personas endemoniadas y en cambio en los evangelios son muy numerosos?
4. ¿Qué aprendemos en este pasaje acerca del Reino de Dios que Jesús había venido a instaurar?
5. ¿Por qué Jesús no dejó que el demonio dijera quién era él?

Jesús sana a la suegra de Pedro - Marcos 1:29-39

(Mr 1:29-31) "Al salir de la sinagoga, vinieron a casa de Simón y Andrés, con Jacobo y Juan. Y la suegra de Simón estaba acostada con fiebre; y en seguida le hablaron de ella. Entonces él se acercó, y la tomó de la mano y la levantó; e inmediatamente le dejó la fiebre, y ella les servía."

Jesús en la casa de Pedro

Una vez que terminó la reunión en la sinagoga, Jesús y sus discípulos fueron a casa de Simón Pedro.

Parece ser que por aquel entonces el Señor se alojaba en la casa de Pedro. ¡Qué inmenso privilegio para Pedro y familia!

La suegra de Simón estaba acostada con fiebre

Cuando estuvieron en la casa supieron que la suegra de Pedro estaba enferma, acostada con fiebre. Seguramente quería atender bien a sus huéspedes, pero la enfermedad no le dejaba.

Entonces, rápidamente le hablaron de ella al Señor. Este es un buen hábito que debemos practicar; el presentar a los enfermos al Señor en oración (**Jn 11:1-3**) (**Fil 4:6**) (**1 P 5:7**).

Y Cristo se mostró como siempre lo hacía. Para él era indistinto encontrarse rodeado por una multitud de miles de personas que en el ambiente familiar del hogar. Inmediatamente se interesó por ella y la sanó. Nunca estaba demasiado cansado para ayudar. Él es el gran Restaurador.

Aunque no es un tema central en este pasaje, sin embargo, muchas veces se ha notado que, teniendo Pedro suegra, por fuerza tenía esposa también, y en (**1 Co 9:5**) parece indicar que, muchos años después, vivía aún la esposa quien le acompañaba en sus viajes, de modo que el "celibato del clero" no pudo tener su origen en el ejemplo del apóstol.

"Inmediatamente le dejó la fiebre y le servía"

Cuando la fiebre desaparece, habitualmente deja muy debilitada a la persona que la ha soportado. Sin embargo, la suegra de Pedro tuvo fuerzas para servir sin convalecencia previa.

Al servir al Señor, aquella mujer sólo estaba empleando para él la energía que él mismo le había concedido.

Esto es algo que nunca debemos olvidar: el Señor no sólo nos ha librado de muchas cosas malas, sino que nos ha dado dones que debemos emplear en el servicio a él.

Somos salvos para servir, y si hay alguno que se dice ser creyente y no sirve, hemos de dudar si de verdad haya sentido la mano sanadora del Maestro.

(1 Ts 1:9) "...porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero."

(Lc 1:74) "...*Librados de nuestros enemigos, sin temor le serviríamos.*"

¿Dónde fue a parar la enfermedad? ¿Qué precio tenían para el Señor estas sanidades? El profeta Isaías dice:

(Is 53:4) "*Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.*"

Al llegar la noche

(Mr 1:32-34) "*Cuando llegó la noche, luego que el sol se puso, le trajeron todos los que tenían enfermedades, y a los endemoniados; y toda la ciudad se agolpó a la puerta. Y sanó a muchos que estaban enfermos de diversas enfermedades, y echó fuera muchos demonios; y no dejaba hablar a los demonios, porque le conocían.*"

Cuando el sol se puso y llegó la noche, una multitud tan grande que parecía como si fuera la ciudad entera, se agolpó a la puerta de la casa de Pedro trayendo todo tipo de personas necesitadas. ¿Por qué no fueron hasta que se hizo de noche?

- El día que había pasado era sábado, es decir, día de reposo, y los líderes religiosos judíos prohibían cualquier tipo de trabajo, incluso cargar enfermos o ir al médico, a no ser que el paciente realmente se estuviera muriendo **(Lc 13:14) (Jn 5:8-10)**.
- Así que, el cuadro que se nos presenta aquí es realmente triste: la fama de Jesús se había extendido con rapidez por toda la ciudad a raíz de lo ocurrido en la sinagoga, así que las personas querían llevarle a todos los que estaban enfermos y a los endemoniados, pero sin embargo, tenían que estar esperando en sus casa por causa de las restricciones religiosas que los judíos habían impuesto. Pero cuando terminó el día de reposo, nadie esperó al día siguiente, todos llegaron a la casa de Pedro buscando a Jesús.
- A lo largo del Evangelio veremos que el Señor se enfrentó en varias ocasiones con las autoridades judías por esta causa. Para él, el verdadero reposo era traer descanso y alivio al que sufría.

Manifestaciones de poder sin límites

Jesús sanó a todos, no hubo ningún fracaso. No importaba la gravedad ni el tipo de enfermedad, en el Señor había abundante poder para todo el que se acercara a él.

Esta obra universal y gratuita ilustraba los grandes principios del Reino de Dios: La gracia y el poder de Dios operando eficazmente para la salvación de todo aquel que cree.

¿Cuál era el propósito de los milagros que Cristo hacía? Evidenciar la llegada del Reino de Dios y que Jesús era el Mesías anunciado por los profetas **(Mt 12:28) (Mt 11:2-5)**.

¿Existen este tipo de curaciones hoy en día?

- Por un lado debemos decir que la universalidad y el alcance de la obra sanadora del Señor no se dan en las "curaciones" actuales.
- Pero esto no quita que el Señor sigue sanando a su pueblo cuando él así lo dispone.

La vida de oración del Señor

(Mr 1:35-39) *"Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba. Y le buscó Simón, y los que con él estaban; y hallándole, le dijeron: Todos te buscan. El les dijo: Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido. Y predicaba en las sinagogas de ellos en toda Galilea, y echaba fuera los demonios."*

El día anterior había resultado ser finalmente muy largo y agotador, sin embargo, cuando aun no había amanecido, Jesús se levantó y salió de la casa de Pedro en busca de un lugar solitario en donde poder tener un tiempo de intimidad en oración con el Padre.

En esto, como en todo lo demás, Jesús es un ejemplo para nosotros.

- Sin duda alguna, él fue una persona tremendamente ocupada, pero siempre encontró tiempo para orar.
- A continuación iba a comenzar un viaje en el que recorrería las aldeas de Galilea predicando el evangelio, pero antes de encontrarse con los hombres, primero quería estar con su Padre.
- Y esta era la razón por la que su ministerio público impactaba en los corazones de las personas: por el tiempo que pasaba en la presencia de Dios. Podríamos decir que este era su "secreto espiritual" para el éxito, y la verdad es que no hay otro.
- Incluso en estos momentos en que su fama se extendía por todas partes, él nunca se dejó seducir por ello y no dejó de buscar la comunión con su Padre. Alguien ha dicho que quienes están más ocupados en público, son los que deben pasar más tiempo a solas con Dios.

Como Hijo siempre estaba *"en el seno del Padre"*, pero como Siervo despertaba su oído cada mañana para oír como quienes aprenden, según el precioso cuadro profético de Isaías:

(Is 50:4-5) *"Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios. Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás"*.

¿Por qué asuntos oraba Jesús?

- Seguro que había muchas expresiones de gratitud por las bendiciones recibidas.
- Pero también el deseo de que el Padre fuera glorificado en el viaje que iba a realizar por Galilea predicando el evangelio del reino.

El evangelio es predicado por toda Galilea

Cuando amaneció, la gente volvió nuevamente a casa de Pedro buscando a Jesús, y fue entonces cuando probablemente se dieron cuenta de que Jesús ya no estaba en la casa, así que rápidamente salieron a buscarle.

En el pasaje vemos la emoción de Pedro y sus compañeros al ver cómo la fama de Jesús estaba creciendo y querían que él volviera rápido para que todos le vieran nuevamente. Pero como en muchas otras ocasiones, los planes de Dios no eran los mismos que los de los hombres.

Para empezar, tenemos la sensación de que Pedro interrumpió un momento sublime de comunión en el Lugar Santísimo. Y cuando lleno de orgullo le habló al Maestro de cómo la

gente le estaba buscando, Jesús no manifestó el mismo entusiasmo que Pedro porque su fama creciera, sino que sentía en su corazón la carga por aquellos que todavía no habían tenido la oportunidad de escuchar el Evangelio.

Los discípulos no comprendían todavía que Jesús, como el Siervo de Jehová, no buscaba el éxito humano, sino la realización del plan de Dios. Ninguna de estas cosas humanas podían retener al mensajero divino de ir a otros lugares para predicar la Palabra. Para Jesús, era más importante lo que el Padre quería de él que lo que la gente esperaba de él.

Vemos también cuál era la misión de Jesús en esta etapa de su ministerio: *"Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido"*.

El había venido para recorrer los pueblos rurales y villas sin mucha importancia predicando la Palabra. ¡Qué gran estímulo para los misioneros que hoy en día se ocupan de la misma tarea!

Jesús y sus discípulos recorrieron pueblos y aldeas sistemática y ordenadamente predicando el evangelio del reino.

Preguntas

1. ¿Qué aprende de la sanidad que Jesús hizo a la suegra de Pedro?
2. ¿Por qué no le trajeron a Jesús los enfermos y endemoniados hasta que llegó la noche? ¿Cuál es su opinión sobre este hecho?
3. Jesús sanó a todos los que le llevaron. ¿Qué nos enseña esto acerca del Reino?
4. ¿Qué aprendemos sobre la vida de oración del Señor Jesús en este pasaje?
5. En esta etapa del ministerio de Jesús, ¿cuál era su preocupación principal?

Jesús sana a un leproso - Marcos 1:40-45

(Mr 1:40-45) “Vino a él un leproso, rogándole; e hincada la rodilla, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio. Y así que él hubo hablado, al instante la lepra se fue de aquél, y quedó limpio. Entonces le encargó rigurosamente, y le despidió luego, y le dijo: Mira, no digas a nadie nada, sino ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos. Pero ido él, comenzó a publicarlo mucho y a divulgar el hecho, de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes.”

La condición del leproso

En los tiempos de Jesús la lepra era una enfermedad incurable y muy contagiosa. La persona que llegaba a tenerla quedaba terriblemente marcada.

- Con el desarrollo de la enfermedad, el leproso se convertía en un ser repulsivo para sí mismo y para los demás. La lepra discurría por diferentes etapas en las que poco a poco la persona iba perdiendo su aspecto humano. Los nervios eran afectados y perdían la sensibilidad, los músculos degeneraban, los tendones se contraían hasta el punto de dejar las manos como garras, se producían ulceraciones crónicas en los pies y en las manos seguidas de la progresiva pérdida de los dedos y finalmente de la mano o el pie enteros.
- Debido a la posibilidad de contagio, el enfermo era separado de su familia y de toda vida social. Por esta razón, habitualmente eran compañeros de los muertos y de los endemoniados en las tumbas practicadas en las laderas de los montes.
- Pero lo que aun era más doloroso, es que la lepra hacía a las personas ceremonialmente impuras. En algún momento, este hombre habría sido examinado por un sacerdote y diagnosticado como leproso. Desde entonces estaba obligado a vivir al margen del pueblo de Dios y excluido de la vida religiosa de Israel (**Lv 13:45-46**). Unido a esto estaba la terrible duda que se generaba en el leproso de si tal vez Dios mismo lo rechazaba.
- Y al tratarse de una enfermedad incurable en esos días y que conducía por etapas inaplazables a la muerte, se entendía que un leproso era un muerto en vida. El sumo sacerdote Aarón lo expresó con exactitud cuando intercedió por su hermana María: era *“como un cadáver, cuya carne estaba medio destruida”* (**Nm 12:12**).

El leproso se acercó a Jesús

Su atrevido acercamiento al Señor, en contra de la Ley y a pesar de la segura oposición y repugnancia de las gentes, indica que había oído o visto bastante del poder del Salvador para despertar en él una fe viva.

(Ro 10:17) “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”

Por otra parte, también es importante notar la actitud de Jesús. Contrariamente a lo que habría hecho cualquier rabino de su tiempo, Jesús no se alejó de él, sino que permitió

este acercamiento, e incluso, cuando llegó el momento, también él se acercó al leproso al punto de tocarle para sanarle.

La actitud del leproso ante Jesús

“Rogándole; e hincada la rodilla”: Se presentó ante el Señor con toda humildad, sabiendo que nada merecía. No tenía nada que ofrecer a cambio y por lo tanto se acogía a la gracia del Señor.

“Si quieres”: No hemos de entender una falta de fe, sino la evidencia de una actitud de humildad, de dependencia de su gracia. Tenía una visión maravillosa del poder del Señor, pero aún no conocía su amor y misericordia.

“Puedes limpiarme”: *“Limpiar”* en lugar de *“curar”* o *“sanar”*. Esto indica que la lepra se veía principalmente como causa de impureza, más que como enfermedad.

La respuesta de Jesús

“Jesús, teniendo misericordia de él”: Literalmente, la traducción debería ser *“habiendo sido conmovido dentro de sí”* (en sus *“entrañas”*). El Señor constantemente tomaba la condición de los afligidos como una *“preocupación muy personal”*.

“Extendió la mano y le tocó”: Una palabra suya habría bastado para consumir el milagro, como en el caso de los diez leprosos que sanó a distancia (**Lc 17:11-19**), pero, en este caso, *“extendió la mano y le tocó”*. Notemos que el hombre estaba arrodillado delante de Jesús, por lo tanto, cuando dice que extendió su mano, debemos suponer también que se inclinó hacia él. Aquí tenemos un gran contraste entre Cristo y los rabinos. Ellos, por lo general, trataban a los leprosos con bastante menosprecio, hasta tirándoles piedras para que se alejaran de ellos. Pero Cristo nunca los rechazó. En este caso, el Señor permitió que el leproso se acercara, y Él mismo lo tocó.

Fue algo verdaderamente insólito que alguien tocara a un leproso, pues, legalmente, se hallaba después en la misma condición de inmundicia ceremonial. ¿Por qué lo hizo el Señor?

- El contacto de la mano del divino Maestro, el primero con un ser humano sano por mucho tiempo, fue la evidencia concreta de que en Cristo hubo no sólo el poder sino el querer; de que no sólo era Salvador potente, sino Amigo amante.
- Pero también porque él era el Siervo de Jehová que habría de *“llevar nuestras enfermedades”* y *“sufrir nuestros dolores”* (**Is 53:4**).

“Quiero, sé limpio”

La respuesta no tardó en venir, y con palabras de poder y autoridad, a la vez que de amor y compasión, sanó al leproso.

Y aquí hay algo completamente nuevo en lo que nos tenemos que detener a meditar. Mientras que los sacerdotes del orden de Leví podían examinar al leproso y declararlo limpio en el caso de que hubiera sanado, sin embargo, de ninguna forma podían quitar su lepra. Por otro lado, el sacerdote sólo declaraba limpio al que había sido leproso una vez que había realizado el sacrificio correspondiente y derramado la sangre. Todo esto nos lleva a la conclusión inevitable de que cuando Jesús pronunció estas palabras estaba asumiendo su propio sacrificio en la Cruz a favor de los pecadores.

El milagro

“Y así que él hubo hablado, al instante la lepra se fue de aquel”: El endemoniado fue liberado en forma instantánea (**Mr 1:26**), la fiebre le dejó a la suegra de Pedro también en forma instantánea (**Mr 1:31**). Ahora, el leproso es sanado en forma inmediata.

“Y quedó limpio”: Un gran médico decía que la misión de la medicina es “algunas veces, curar; a menudo, aliviar, y siempre consolar”. Jesús, como el Médico celestial, lo hizo todo.

Eran muy pocos los casos conocidos de leproso que hubieran sido sanados: Naamán el sirio (**2 R 5**), María, hermana de Moisés (**Nm 12:9-15**). Pero la temible enfermedad, una verdadera muerte en vida en aquellos tiempos, tuvo que ceder ante el Príncipe de la Vida.

No hay límites ni al poder ni al amor del Salvador. Si los hombres se pierden nunca es porque sean demasiado malos o sucios para salvarse, sino porque no quieren acudir a Cristo que puede salvarlos.

Una prohibición

“Le encargó rigurosamente, y le despidió luego”: No es fácil, a primera vista, entender por qué Cristo despidió con tanta insistencia, casi vehemencia, al leproso curado, casi podríamos decir “le echó”. Y además esta “*amonestación severa*” para que no dijera nada a nadie.

¿Por qué le mandó esto el Señor?

- Jesús insistía mucho a aquellos a los que sanaba para que no lo divulgasen, porque quería evitar que sus obras de misericordia se convirtieran en un espectáculo barato. Él rehusó convertirse en un mero obrador de milagros y no quiso aceptar la fama relacionada con sus milagros (**Jn 6:26-27**).
- La fama era un obstáculo para realizar el ministerio que realmente tenía importancia. A modo de ilustración podemos recordar la ocasión en que un grupo de creyentes europeos fueron a un país musulmán de África y se reunieron con los hermanos perseguidos en aquel lugar, y en medio de su visita tomaron fotos que más tarde subieron a internet. Sin darse cuenta, y quizá actuando con buenas intenciones, crearon un serio problema a la obra del Señor en aquel lugar y a los hermanos.

Jesús y la Ley de Moisés

“Vé, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó para testimonio a ellos”

Cuando el leproso sanado fue al templo, los sacerdotes seguramente tuvieron que acudir a la ley para refrescar la memoria en cuanto a la clase de sacrificios que debían ofrecerse cuando un leproso era sanado, pues ya habían transcurrido varios siglos desde que algo así había ocurrido en Israel.

Pero con todo esto, el Señor quería enseñar algunas cosas esenciales.

- Primeramente, dejó claro que él respetaba la Ley en todas sus partes hasta que fue cumplida por el Sacrificio que él mismo realizó en la Cruz.

- Pero había otra finalidad más en este mandamiento. El Señor pretendía que la vida social y religiosa de aquel hombre en Israel fuera completamente restaurada, y los encargados de hacerlo eran los sacerdotes siguiendo las instrucciones que marcaba la ley.
- Al mismo tiempo, el hecho de que el leproso sanado se presentará ante el sacerdote para ser examinado por él, serviría para verificar que la curación había sido verdadera (**Lv 13**). Y de esta forma el Señor estaba enviando un mensaje claro a los sacerdotes acerca de quién era él. Esta era una de las credenciales que Jesús refirió a Juan el Bautista como evidencia de que él era el Mesías: (**Mt 11:3-5**) "... ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro? Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados...". Con esta acción estaba manifestando que el Reino de Dios estaba llegando a ellos.
- Pero incluso en el tipo de sacrificio que se debía ofrecer en esa ocasión había algo único que anunciaba la obra de Cristo. A diferencia de otros sacrificios, aquí se requerían dos animales (dos avecillas) en lugar de uno sólo. Una de las avecillas era muerta y su sangre se derramaba sobre la avecilla que quedaba viva. Después la avecilla viva era soltada y emprendía su vuelo al cielo. ¡Qué hermosa ilustración de nuestro Señor Jesucristo que una vez resucitado conservaba las marcas de su muerte, y ascendía glorioso al cielo! ¡Qué poderoso testimonio tuvo que ser para los sacerdotes cuando escucharan de su resurrección y ascensión al cielo!

La desobediencia del leproso sanado

"Pero ido él, comenzó a publicarlo mucho y a divulgar el hecho"

¿Por qué no obedeció al Señor después de ser sanado? ¿Llegó realmente a presentarse al sacerdote?

Suponemos que el hombre tenía el ardiente deseo en su corazón de contárselo a todo el mundo, y lo hizo. Seguro que mientras lo hacía alababa al Señor por lo que había hecho con él, pero sin embargo, la obediencia es la mejor de las alabanzas. Nuestras buenas intenciones y deseos no justifican nuestras desobediencias. El celo no es sustituto de la obediencia.

"Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad"

¡Qué irónico! Antes de ser sanado, Cristo podía andar por la ciudad, pero no el leproso. Ahora que fue sanado, el leproso podía andar por la ciudad, ¡pero no el Señor!

Y el hecho aun adquiere mayor trascendencia cuando pensamos en el hecho de que para que el pecador pudiera ser aceptado por Dios, Jesús mismo tuvo que exclamar en la Cruz: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"* (**Mt 27:46**).

Preguntas

1. Explique cómo la lepra afectaría a nivel personal, social y espiritual a alguien que la padeciera en los tiempos de Jesús.
2. ¿Por qué el leproso le dijo a Jesús: "si quieres puedes limpiarme"? ¿Podemos entender que no tenía fe? Razone su respuesta.
3. Explique la actitud de Jesús frente al leproso.

4. ¿Qué diferencias fundamental había entre los sacerdotes en el templo y Jesús frente a los leprosos?
5. ¿Por qué mandó Jesús al leproso sanado que fuera al templo?

Jesús sana a un paralítico - Marcos 2:1-12

(Mr 2:1-12) “Entró Jesús otra vez en Capernaum después de algunos días; y se oyó que estaba en casa. E inmediatamente se juntaron muchos, de manera que ya no cabían ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra. Entonces vinieron a él unos trayendo un paralítico, que era cargado por cuatro. Y como no podían acercarse a él a causa de la multitud, descubrieron el techo de donde estaba, y haciendo una abertura, bajaron el lecho en que yacía el paralítico. Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados. Estaban allí sentados algunos de los escribas, los cuales cavilaban en sus corazones: ¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios? Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. Entonces él se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa.”

Introducción

El Señor había comenzado su ministerio público en Capernaum, ciudad a la que se había trasladado a vivir desde Nazaret. Allí en la sinagoga dejó a todos admirados por su autoridad en la enseñanza de la Palabra y también por su poder para echar fuera espíritus inmundos. Unas horas después demostró también su poder sanando a todos los enfermos que le llevaron hasta la casa donde se hospedaba. Al día siguiente, acompañado por sus nuevos discípulos, comenzó un primer viaje de evangelización por toda Galilea, regresando nuevamente a Capernaum, donde había establecido su base de operaciones. Este fue un viaje muy intenso, en el que el Señor visitó muchas sinagogas presentando sus credenciales mesiánicas echando fuera demonios y sanando a los enfermos (**Mr 1:39**). Sin embargo, de todas las cosas que el Señor hizo durante ese viaje, Marcos sólo detalla la sanidad de un leproso (**Mr 1:40-45**). Como ya vimos, ese milagro tenía algunas características que lo hacían muy especial. Por un lado, el Señor demostró que se sujetaba a la ley, ya que mandó al leproso sanado que fuese al templo para ofrecer por su purificación lo que Moisés había mandado. Todo esto sirvió para dar testimonio a los sacerdotes en el templo de que una persona extraordinaria se había presentado en Israel. Su nombre era Jesús, y no iba a ser la última vez que escucharan hablar de él.

Pero al estudiar ese milagro, consideramos también que la lepra servía con frecuencia en las Escrituras para simbolizar el pecado. La persona leprosa era excluida de la vida social y religiosa de Israel, del mismo modo que el pecado nos excluye del reino de Dios. Además, la lepra era también una enfermedad repugnante, que hacía de quien la padecía una persona sucia e inmunda, igual que el pecado.

El evangelista Juan en su primera carta enfatiza dos cosas que Cristo quiere hacer con nuestros pecados si los confesamos:

(1 Jn 1:9) “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”

Notemos con atención que necesitamos ser perdonados y limpiados de nuestros pecados. Y esto es lo que el Señor iba a demostrar que podía hacer por medio de los dos milagros de sanidad que Marcos nos relata en estos pasajes. En primer lugar, limpió al leproso. Recordemos sus palabras cuando lo hizo: *“Quiero, sé limpio”* (**Mr 1:41**). Y ahora, en este nuevo milagro, veremos que también puede perdonar los pecados (**Mr 2:5**). Por lo tanto, ambos milagros manifiestan cómo el Señor trata con nuestros pecados: nos perdona y nos limpia. Todos nosotros sabemos que esto es lo que necesitamos, porque cuando pecamos nos sentimos culpables y sucios.

Jesús de nuevo en Capernaum

Ahora Marcos nos presenta a Jesús de nuevo en la casa en Capernaum. Tal vez esta casa sea nuevamente la de Pedro, igual que antes en (**Mr 1:29**).

Sin embargo, a diferencia de la ocasión anterior, cuando una muchedumbre había ido para que los sanase de sus enfermedades (**Mr 1:32-33**), aquí la casa se llenó de personas que escuchaban al Señor predicar la Palabra. ¡Qué bueno cuando en una reunión de estudio bíblico la casa está hasta arriba y ya no cabe nadie más!

En cuanto a la construcción de las casas en Israel, hay un detalle que debemos conocer para entender bien el pasaje. En aquel tiempo las casas normalmente tenían una techumbre plana, como una terraza, a la que se subía por medio de una escalera exterior. Esta cubierta estaba formada por vigas que iban de una pared a otra separadas por un metro entre sí. Este espacio entre las vigas se llenaba de cañizo y de tierra.

Los cuatro amigos

El pasaje comienza presentándonos a cuatro amigos que llevaban a un paralítico. Vale la pena considerar a estos cuatro amigos anónimos del paralítico. Estos sí que demostraron ser amigos de verdad.

El Señor elogió la fe de ellos por haberse tomado tanta molestia en traerle a aquel hombre necesitado, y por su actitud han llegado a ser también un ejemplo para cuantos se esfuerzan en llevar almas a Jesús. Muchas personas dan testimonio con gratitud y gozo de que en gran medida deben lo que son a la fe de sus padres, hermanos o amigos que han orado incansablemente por ellos y les han predicado la Palabra del Señor.

Notemos también que estos cuatro amigos perseveraron en su noble empeño de llevar a su amigo hasta los pies de Jesús superando todos los obstáculos. La fe se manifiesta especialmente en las cosas difíciles. La fe debe ser nuestra respuesta a los obstáculos.

Así pues, la forma en la que introdujeron al paralítico hasta la presencia de Jesús no era lo que podríamos decir muy ortodoxa. Realmente estaban corriendo ciertos riesgos. ¿Qué pensaría el dueño de la casa cuando viera que se la estaban destrozando? ¿O qué pensaría el Señor cuando fue interrumpido de esa manera en su predicación de la Palabra? La fe nos puede llevar a hacer cosas poco convencionales.

“Un paralítico”

Su enfermedad lo dejaba impotente, privado de toda capacidad de acción, necesitado de la ayuda de los demás.

Sirve para ilustrar cómo el pecado nos debilita y paraliza. El apóstol Pablo describió bien nuestra situación como hombres pecadores:

(Ro 5:6) *“Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.”*

No obstante, no debemos pensar que el paralítico fuera alguien absolutamente pasivo. El pasaje presenta dos evidencias claras de la fe de este hombre. En primer lugar, cuando Jesús le mandó que se levantara y tomara su lecho, su obediencia a este mandato, imposible de cumplir por sí mismo, evidenciaba su fe en Jesús. Y también creemos que el paralítico estaba plenamente de acuerdo con sus cuatro amigos cuando decidieron ir a Jesús, porque sin esa fe habría sido imposible que el Señor declarase que sus pecados le eran perdonados.

La fe en Jesús cambió de forma radical la vida del paralítico; y esto siempre tiene que ser así. En su caso, el cambio fue asombroso. Había entrado como un paralítico llevado por cuatro amigos, pero había salido por su propio pie. Había entrado como un pecador, pero había salido justificado y perdonado.

Cuando alguien ha sido salvado por el Señor, esto se tiene que manifestar en una nueva vida. Tenemos que andar como vivos de entre los muertos. Cristo capacitó al paralítico para *“andar en novedad de vida”* **(Ro 6:4)**.

Nunca podremos enfatizar suficientemente que el perdón de los pecados es sólo por la fe, sin las obras **(Ef 2:8-9)**. Pero cada vez se hace más necesario subrayar que la verdadera fe produce obras, de otro modo, está muerta o no existe: *“la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma”* **(Stg 2:17)**. Hoy en día cada vez hay más personas que dicen que creen en Cristo, pero sus vidas no cambian, o lo hacen de una forma tan tímida que es casi imperceptible. En esos casos hay que dudar de que realmente exista fe auténtica, y será necesario repetir la exhortación de Pablo a los Corintios: *“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos”* **(2 Co 13:5)**.

El nuevo nacimiento es un cambio tan radical que no debería dejar lugar a dudas:

(2 Co 5:17) *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”*

La relación entre la enfermedad y el pecado

En el pensamiento judío de aquella época había una relación directa entre el pecado y el sufrimiento. Por ejemplo, en una ocasión cuando Jesús se encontró con un ciego de nacimiento, sus discípulos le preguntaron: *“Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?”* **(Jn 9:2)**. No cabe duda de que ellos estaban expresando la creencia popular entre los judíos de que la enfermedad es la consecuencia directa del pecado.

Pero no sólo entre los judíos existía esta forma de pensar. Cuando el apóstol Pablo llegó a la isla de Malta después de haber sufrido un naufragio y estaba recogiendo algunas ramas secas para el fuego, una víbora se le prendió en la mano, entonces los naturales de la isla expresaron pensamientos similares a los de los judíos: *“Ciertamente este hombre es homicida, a quien, escapado del mar, la justicia no deja vivir”* **(Hch 28:3-4)**.

De algún modo, todos nosotros pensamos que puede haber alguna relación entre las adversidades que enfrentamos y los pecados cometidos, aunque normalmente parece que lo vemos con más claridad en los demás. Cuantas veces hemos escuchado decir, o nosotros mismos lo hemos dicho: “esto le ha pasado a tal persona como castigo por lo que ha hecho”.

En este pasaje, todos los judíos pensaban de este modo, y veían una clara relación entre el pecado y la enfermedad. Por lo tanto, un enfermo tan grave como el parálítico era un pecador con el que Dios estaba muy airado.

No podemos negar que gran número de enfermedades se deben al pecado del que las padece, pero también es verdad que hay otros muchos casos en los que no es así. Por ejemplo, una persona puede conducir su automóvil bajo los efectos del alcohol, y como consecuencia estrellarse contra otro conductor causándole graves lesiones que lo dejen en una silla de ruedas. En ese caso, el pecado del conductor ebrio sería el causante de la parálisis del otro conductor.

Los amigos de Job intentaron convencerle una y otra vez de que todos los sufrimientos que padecía eran consecuencia de sus pecados, llegando en su atrevimiento a acusarle de pecados concretos. Pero estaban completamente equivocados. La Palabra nos enseña que Job fue probado de una forma tan dura debido a su fidelidad, no a su inmoralidad. Recordemos las palabras de Dios a Satanás: “*¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?*” (**Job 1:8**).

Pero dicho esto, la Biblia enseña con toda claridad que tanto la muerte como las enfermedades son fruto de la caída. Si Adán y Eva no hubieran pecado, no existirían todas las desgracias que hoy en día nos son tan comunes. La causa de cualquier enfermedad que podamos padecer tiene su origen en nuestra naturaleza pecaminosa heredada de nuestros primeros padres.

Y en este pasaje vemos que el Señor también estableció esta misma relación cuando trató con el parálítico. Vemos cómo él se dirigió primero a la causa de su problema cuando le dijo ante el asombro de todos: “*Hijo, tus pecados te son perdonados*” (**Mr 2:5**). Y a continuación, también le sanó de su enfermedad, es decir, de las consecuencias del pecado.

Al hacerlo en este orden, él quería señalar que el verdadero problema de este hombre eran sus pecados. Es muy probable que muchas personas no estén de acuerdo con esta afirmación. Dirán que su mayor problema era la parálisis. Al fin y al cabo, ¿qué pecados podía tener una persona en su condición?

Hoy en día escuchamos muchas voces parecidas que nos dicen que los verdaderos problemas de la humanidad son la pobreza, la migración, el terrorismo, las guerras, el calentamiento global, el desempleo, la falta de educación, la violencia de género y otro sinnúmero de cosas que hacen que la vida en este mundo sea cada vez más difícil. Pero según el diagnóstico divino, todas estas cosas son consecuencias del pecado. Y si este mundo está tan mal, es porque todos nosotros somos pecadores; los pobres y los ricos, los cultos e incultos, incluso los parálíticos.

Notemos que el parálítico no dijo nada cuando el Señor en lugar de sanarle le perdonó sus pecados. Su silencio es muy interesante. Seguramente muchos de nosotros habríamos reaccionado de una forma diferente: “Señor vine a ti porque soy parálítico, ¿no te das cuenta de que ese es mi problema? Si tan solo pudiera volver a andar, todos mis problemas se terminarían”. Es verdad que luego el Señor también le sanó, pero en este punto es interesante notar que el parálítico aceptó que el Señor sólo le perdonara sus pecados. Parecía entender que eso era lo que realmente necesitaba, más que ninguna otra cosa.

Jesús y el perdón de pecados

El gran problema de la humanidad es el pecado. El cielo es un lugar hermoso porque no hay pecado, y por supuesto, tampoco ninguna de sus tristes consecuencias (**Ap 21:4**).

Así pues, la razón principal por la que el Señor Jesucristo vino a este mundo fue para perdonar los pecados de los hombres. Esto es lo que dice Juan: “*él apareció para quitar nuestros pecados*” (**1 Jn 3:5**). Ahora bien, ¿cómo iba el Señor Jesucristo a perdonar a los pecadores?

En el Antiguo Testamento el perdón de los pecados se conseguía ofreciendo diferentes sacrificios estipulados por la ley. Sin embargo, cuando Jesús trató con el paralítico, no le dijo que fuera al templo, sino que directamente declaró que sus pecados eran perdonados. Esto nos lleva a hacernos dos preguntas muy importantes: ¿Acaso ignoraba el Señor la ley? ¿No eran necesarios los sacrificios para el perdón de los pecados?

En primer lugar, podemos afirmar con seguridad que el Señor no ignoraba la ley. En el pasaje anterior vimos que después de sanar al leproso le dijo: “*Mira, no digas a nadie nada, sino vé, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó*” (**Mr 1:44**). Había buenas razones para que el Señor no hubiera hecho esto, dado que los sacerdotes habían convertido aquel templo, la casa de Dios, en una cueva de ladrones (**Mr 11:17**), pero él no había venido a abolir la ley, sino a cumplirla (**Mt 5:17**).

Y en segundo lugar, persistía la necesidad de ofrecer una víctima inocente en sacrificio para conseguir el perdón de los pecados. Sin embargo, los sacrificios que se ofrecían bajo el orden levítico no podían por sí mismos perdonar el pecado. El autor de Hebreos señala dos evidencias que demuestran esto. Por un lado, estaba el hecho de que constantemente había que repetirlos, de lo que se deduce que eran insuficientes para conseguir un perdón definitivo, y por otra parte, el propio israelita que los ofrecía, no llegaba a disfrutar de una conciencia perfecta, libre de culpa:

(He 10:1-2) “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado.”

En realidad, todos los sacrificios realizados por los israelitas en la antigüedad, sólo tenían valor porque apuntaban al verdadero y definitivo sacrificio de Cristo. Por lo tanto, cuando el Señor le dijo al paralítico que sus pecados eran perdonados, lo estaba haciendo sobre la base de su propio sacrificio en la cruz. Y aunque Cristo no había muerto todavía, sin embargo, él estaba actuando como si esto fuera ya un hecho consumado en la mente de Dios e imposible de cambiar.

Pensando en esto debemos reflexionar en las palabras de Jesús a los judíos: “*¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda?*” (**Mr 2:9**). Para nosotros, cualquiera de las dos cosas son imposibles, pero cuando pensamos en qué resultaba más fácil para Jesús, tenemos que concluir que perdonar sus pecados era realmente mucho más difícil, porque eso implicaba ir a la Cruz.

¿Quién es Jesús?

La pregunta que en aquellos días todos se hacían era esta: ¿quién es Jesús? Al fin y al cabo, es una pregunta que todos nosotros debemos hacernos también. Y el evangelista la

va contestando poco a poco a través de diferentes acontecimientos de su vida. En este pasaje encontramos cuatro respuestas a esta pregunta:

1. Era omnisciente

Es lo que se deduce del hecho de que conocía los pensamientos de todos los que estaban allí:

(Mr 2:8) “Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos...”

2. Tenía poder para sanar todo tipo de enfermedades

El Señor volvió a demostrar su poder para sanar enfermos con la sanidad de un parálítico. Y no debemos olvidar que estas eran credenciales que le acreditaban como el verdadero Mesías prometido por el Antiguo Testamento.

3. Tenía autoridad para perdonar pecados

Si hasta ese momento había demostrado su autoridad y poder en la esfera física sanando todo tipo de enfermedades, ahora iba a demostrar su autoridad en la esfera moral al perdonar el pecado.

En primer lugar debemos observar que Jesús concedió al parálítico el perdón de sus pecados actuando en su propio nombre. Esto marcaba una gran diferencia con la forma en la que todos los otros siervos de Dios habían actuado en el pasado. Por ejemplo, después de la reprensión de Natán, David reconoció su pecado con temor, y el profeta le dijo: **(2 S 12:1-13)** “*Jehová ha remitido tu pecado, no morirás*”. Natán no le perdonó su pecado a David, sino que le comunicó el perdón de Dios, y le dio como señal de la seguridad del perdón el hecho de que no moriría. Y así era en todos los casos.

Pero, “¿quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?”. Este fue el razonamiento de los escribas que escucharon lo que Jesús le dijo al parálítico **(Mr 1:7)**. Su lógica era totalmente correcta. Al fin y al cabo, el pecado es una ofensa contra Dios, por lo tanto, debe ser él quien en último término puede perdonarla. Recordemos las palabras de David después de haber pecado con Betsabé:

(Sal 51:4) “Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos”

Ahora bien, ¿era cierto que los pecados del parálítico habían sido perdonados? ¿Cómo podía el Señor demostrarlo? Bueno, lo hizo siguiendo la lógica de los mismos escribas. Ellos mantenían que un hombre estaba enfermo porque era un pecador, por lo tanto, no se podría curar hasta que fuera perdonado de sus pecados. Así que, cuando Jesús curó al parálítico de una forma total y absoluta, puso en evidencia que también sus pecados habían sido perdonados.

Fijémonos bien en las implicaciones de este hecho. Los escribas habían hecho una deducción correcta cuando dijeron: “*Blasfemias dice, ¿quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?*”. Sin lugar a dudas, ellos se dieron cuenta de que Jesús estaba actuando como si fuera Dios, pero él no se retractó de ello, todo lo contrario, pasó a justificar su reivindicación sanando al parálítico. Por lo tanto, les estaba diciendo que no sólo hablaba como si fuera Dios, sino que en realidad lo era.

Y la segunda implicación, es que si el pecado es una ofensa contra Dios y por lo tanto sólo él puede perdonarnos, se desprende que tanto el parálítico, como todos los demás presentes, habían pecado contra el Señor Jesucristo. Muchas personas se niegan a aceptar este hecho, pero el parálítico guardó silencio, dando a entender que lo aceptaba.

Y una tercera conclusión, es que aquel contra quien hemos pecado todos nosotros es el mismo que murió en la cruz para salvarnos.

4. “El Hijo del Hombre”

Otro detalle que no debemos pasar por alto es la forma en la que el Señor se refiere a sí mismo antes de sanar al paralítico:

(Mr 2:10-11) “Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa.”

El Señor usó con bastante frecuencia el título “Hijo del Hombre” para referirse a sí mismo (aparece catorce veces en este evangelio). En principio, tanto este título, como el de “Hijo de Dios”, servían para denotar tanto su naturaleza humana como divina.

Ahora bien, el título “Hijo del Hombre” fue usado por primera vez por el profeta Daniel para referirse al Mesías que habría de venir y a quien pertenecían todos los reinos de este mundo:

(Dn 7:13-14) “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.”

Por lo tanto, el Señor lo usó como un título mesiánico “oculto”. Y lo hizo con cierta libertad, puesto que no tenía las connotaciones políticas que el título “Mesías” o “Cristo”. De este modo evitó ser acusado de ser un revolucionario político, pero al mismo tiempo confirmó que él era el cumplimiento de la profecía de Daniel.

Perdón de pecados y sanidad física

A pesar de la forma irregular en la que el paralítico fue presentado interrumpiendo la enseñanza de Jesús, el Señor le recibió con amor. Notemos cuán tiernamente se dirige a él: “hijo”. Pero no sólo eso, como ya hemos visto, hizo con él una obra completa de sanidad que consistió en perdonar sus pecados y restaurar su cuerpo.

Tal vez este hecho lleve a algunos a preguntarse por qué la mayoría de las personas que reciben el perdón de sus pecados por medio de la fe en Cristo, no son también sanados de sus enfermedades.

La verdad es que a nosotros nos gustaría que fuera así, pero esta no ha sido nunca la intención de Dios. El caso del paralítico debemos entenderlo como un anticipo de lo que Dios va a hacer finalmente con cada persona que deposita en él su fe. Cuando abandonemos este mundo seremos liberados inmediatamente de todas las consecuencias de nuestros pecados. Y podemos estar seguros de ello mirando el caso de este paralítico. Estos pasajes nos han sido dejados para fortalecer nuestra fe y confianza en el Señor.

“Nunca hemos visto tal cosa”

Todos los que presenciaron aquel milagro quedaron asombrados. Muchos de ellos ya habían visto otros milagros con anterioridad, pero aquí descubrieron que Jesús también

tenía poder para perdonar pecados. Así que, todos exclamaron al unísono: *“Nunca hemos visto tal cosa”*.

Y esto nos recuerda otra promesa que encontramos en la Palabra:

(1 Co 2:9) *“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman.”*

Todos aquellos que crean en Cristo nunca dejarán de ser asombrados con él por toda la eternidad.

Preguntas

1. ¿Qué detalles destacarías de los cuatro amigos del parálítico?
2. ¿Qué relación existe entre el pecado y la enfermedad?
3. ¿Cómo enfocaban el perdón de pecados el Antiguo Testamento, los religiosos judíos y el Señor Jesús?
4. ¿Qué significa el título “Hijo del Hombre”?
5. ¿Qué era más difícil para el Señor Jesucristo: sanar al parálítico o perdonar sus pecados? Razone su respuesta.

Llamamiento de Leví - Marcos 2:13-17

(Mr 2:13-17) “Después volvió a salir al mar; y toda la gente venía a él, y les enseñaba. Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió. Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido. Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a los discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.”

Introducción

Mucha gente percibe a Jesús como alguien débil y moderado, como el hombre que realmente trató de vivir en paz con todos, y que siempre procuró evitar la controversia. Pero cuando uno lee los relatos del evangelio, desde el comienzo mismo observa que Jesús provocó deliberadamente a ciertos grupos. El asunto llegó a tal punto que la única salida que vieron fue eliminarlo. La controversia que encontramos aquí tiene que ver con las personas con las que Jesús se relacionaba.

Esto no podía ser de otra manera, puesto que él había venido a buscar a los pecadores para salvarlos y los religiosos de su tiempo no tenían palabras de perdón ni de bienvenida para los pecadores.

Los publicanos

Galilea era uno de los grandes centros de comunicaciones del mundo antiguo, y Capernaum era uno de sus pueblos fronterizos y también un centro aduanero.

Los publicanos eran judíos que se habían puesto al servicio de los romanos, dueños en aquel entonces del país, para cobrar tributos de sus compatriotas. Ellos compraban el derecho de recaudación mediante el pago total de la suma de impuestos que el gobierno requería. A partir de ahí intentarían sacar del pueblo todo cuando pudieran, sabiendo que todo lo que cobraran de más sería para llenar sus bolsillos.

Cuando bajo la predicación de Juan el Bautista algunos profesaron el arrepentimiento, Juan les avisó seriamente:

(Lc 3:12-13) “Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? El les dijo: No exijáis más de los que os está ordenado.”

Juan el Bautista enseñó que no había nada malo en la recaudación de impuestos a favor del poder imperial; el mal radicaba en el fraude y la extorsión que los publicanos practicaban generalmente.

Por todo esto, para los judíos eran traidores que se habían unido al invasor romano, y apóstatas que habían renunciado a las promesas que Dios había dado a los padres. Como consecuencia, los rabinos los habían excluido de sus sinagogas y de la vida religiosa de Israel. Por esta razón se veían en la necesidad de buscar la compañía de otros notorios pecadores, y frecuentemente eran asociados con las ramera.

Los fariseos

Eran una secta muy importante del judaísmo en días de Jesús.

La palabra, “*fariseo*”, significa “*separado*”, y al principio, la idea de estas personas era la de separarse de todo pecado, y de las cosas que eran impuras ante Dios.

Sin embargo, con el tiempo se volvieron terriblemente legalistas. Inventaron una serie de “*tradiciones*” a las que llamaban “*la ley oral*”. Supuestamente, el propósito de esta ley oral era aclarar cómo guardar la ley escrita dada por Moisés, pero con el tiempo, elevaron sus tradiciones al mismo nivel de la ley de Dios, volviéndose orgullosos, legalistas e hipócritas.

En aquellos días, los fariseos ejercían una tremenda influencia sobre la gente, y eran considerados los verdaderos líderes espirituales de Israel.

Los fariseos evitaban todo contacto con los publicanos y criticaron a Jesús porque frecuentaba a menudo su compañía. En opinión de los fariseos, predicar a los publicanos era una cosa inútil, y comer con ellos era el colmo de una conducta reprobable. Así que podemos imaginarnos lo que pensaron cuando Jesús escogió a un publicano llamado Leví como uno de sus discípulos y fue a comer a su casa a la que estaban también invitados todos sus amigos.

En cuanto a la salvación, los fariseos se esforzaban en cumplir la ley de acuerdo a las tradiciones de los ancianos, y creían que así serían aceptados por Dios. Esto les llevaba a confiar en sí mismos y en sus propias obras, por lo que se sentían tremendamente superiores a los publicanos, a los que miraban con desprecio. De hecho, creían que para pecadores como los publicanos no podía haber salvación. Pero el Señor puso en evidencia que las disciplinas religiosas de los fariseos encubrían el hecho de que eran tan obcecados en su independencia de Dios como los publicanos. Por ejemplo, en **(Mt 23)** Jesús acusó duramente a los fariseos de su hipocresía.

Los fariseos intentaron destruir la reputación del Señor llamándolo “*amigo de publicanos y pecadores*” **(Mt 11:19)**. Pero aquello que ellos querían designar como una injuria ha venido a ser una de las razones por las que adoramos al Señor.

Leví o Mateo

Leví es el nombre que Mateo, el autor del primer Evangelio, usaba entre los judíos.

Era un publicano que tenía su banco de tributos públicos junto al mar de Galilea. Desde su puesto de trabajo tenía muchas ocasiones de observar a Jesús mientras predicaba o sanaba enfermos. Allí veía cómo las multitudes ansiosas venían a Capernaum con aquellas largas series de enfermos y tullidos, gente mísera e inválida a los que Jesús concedía alivio inmediato, pleno, generoso y gratuito. Así que, cuando Jesús le llamó a seguirle, respondió inmediatamente.

A pesar de todo el dinero que hubiera podido ganar, seguía habiendo un gran vacío en su corazón que necesitaba llenar. Y con total seguridad la persona de Jesús no dejaba de cautivarle. Él no era como los grandes rabinos, no se sentía rechazado por él, de hecho, sus palabras penetraban en su corazón y estimulaban su conciencia. Además se mostraba compasivo, incluso amigo de los pecadores. No existía con él ese abismo infranqueable que había con los fariseos. Su respuesta al Señor fue un gran milagro de liberación.

En seguida puso su casa y su dinero a la disposición del Señor como medio de ganar para él a algunos de sus antiguos compañeros. Organizó una comida con la que despedirse de su antiguo trabajo y compañeros, pero sobre todo, para tener una oportunidad de presentarle sus amigos al nuevo Señor de su vida.

Es curioso que en las dos escenas que describe Marcos, nos encontramos con Leví sentado a una mesa: en la primera estaba sentado en la mesa de los tributos públicos robando a sus compatriotas judíos, mientras que en la segunda estaba sentado a la mesa en su casa compartiendo el evangelio con sus amigos.

Viendo la actitud de Jesús frente a Leví, algunos se mostraron muy críticos. Por ejemplo los fariseos pensaban: si la salvación de un hombre no depende de si guarda o no la ley de Dios, sino que recibe la salvación como un regalo y automáticamente es aceptado por Dios y puede estar seguro de que Dios nunca le va a rechazar, entonces, se sigue, según este argumento, que podría usarse la gracia de Dios para vivir sin cuidado alguno en el pecado. Pero la contestación a este argumento la encontramos en el mismo caso de Leví: la gracia de Dios transforma al pecador. Lo mismo ocurrió con Zaqueo, otro publicano en la ciudad de Jericó, que nada más que Jesús entró en su casa, él dejó inmediatamente sus malas prácticas y anunció un programa magnífico de filantropía, no con la idea de persuadir a Cristo a aceptarle, sino sencillamente porque Cristo ya le había aceptado (**Lc 19:2-10**).

¿Por qué escogió el Señor a Leví?

Seguramente, como en el caso de Pablo (**1 Ti 1:15-16**), para mostrar la grandeza de su misericordia, y para enseñar que nadie está fuera del alcance de la salvación. Mateo no fue solamente un testigo y un predicador, sino también una evidencia y una ilustración de la gracia divina manifestada en Cristo.

Y por último, ¿qué pensarían los otros discípulos al escuchar al Señor llamando a Leví el publicano para integrar el grupo de sus seguidores íntimos? Sin duda tuvo que ser una prueba también para ellos, y en especial para Pedro, Andrés, Jacobo y Juan, que eran pescadores, y seguramente tuvieron que pagar muchos impuestos injustos a Mateo.

El grupo de los doce apóstoles era de lo más diverso que podemos imaginar. Pensemos que junto a Leví, el publicano vendido a los romanos, estaba Simón el Zelote (**Lc 6:15**) (**Hch 1:13**), un enemigo acérrimo de los romanos, alguien que no dudaría en usar la violencia para terminar con ellos. Pero todas estas personas habían llegado a estar juntas debido a la obra salvadora de Cristo.

Jesús, el Médico divino

Como ya hemos dicho, a los fariseos les escandalizaba que Jesús se acercara a los publicanos y pecadores. El problema es que eran tan legalistas que no podían entender la gracia de Dios a favor de hombres perdidos que no la merecían.

Pero para explicarlo con toda claridad el Señor usó de una ilustración: un médico y su relación con los enfermos. Jesús comparó a un pecador con un enfermo y admitió que todos los que estaban sentados a aquella mesa eran realmente enfermos. Él era el médico, y ¿qué clase de médico sería aquel que rehusara acercarse a los enfermos? Del mismo modo, sería absurdo que el Salvador del mundo no se acercara y tuviera contacto con los pecadores.

Pero como ya hemos considerado, la actitud de los fariseos para con los pecadores era muy diferente. Ellos pensaban que era suficiente con dedicarse a dar conferencias a los sanos sobre los peligros de la enfermedad, sin acercarse nunca a los enfermos. Pero esto no soluciona el problema del que ya está enfermo. Él necesita curarse antes de que le puedan aprovechar estos consejos.

En realidad, los fariseos eran de ese tipo de personas que creen que están bien, pero que sufren de terribles enfermedades internas de las que no son conscientes. Y que incluso cuando se les diagnostica, se muestran incrédulos y no creen que necesiten ni de médicos ni de tratamientos. Por lo tanto, el primer paso para acercarnos a Cristo es reconocer nuestro estado. Un médico no puede hacer nada por el que cree que está bien, salvo intentar convencerle de la gravedad de su enfermedad.

“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores”

La forma en la que Jesús trataba por igual a los fariseos y a los publicanos, les parecía a éstos insultante y una exageración absurda e injusta. Según su propia estimación, ellos eran hombres sinceros, que se habían comprometido a cumplir la ley de Dios hasta donde les fuera posible en sus fuerzas. Quizá no llegaban del todo a la meta, pero no era por falta de esfuerzos. Describirles como unos fracasados moralmente e insistir en que ellos necesitaban acudir a Cristo en las mismas condiciones que los publicanos era, según ellos, algo grotesco. Pero la realidad es que ellos tampoco lograban llegar a la meta y de hecho eran igualmente pecadores.

Jesús dejó claro que su invitación a la salvación no se ofrece a *“los justos”*, es decir, a aquellos que se consideran dignos, sino a los que se consideran indignos y que están en gran necesidad.

No hay nada que pueda mostrar mejor la diferencia que había entre Jesús y los fariseos: Jesús buscaba a los pecadores, mientras que los fariseos hacían todo lo posible por evitarlos.

Una reflexión final

Existe el peligro de asociarnos con el pecado de los pecadores. Pero, por otro lado, el temor de contaminación puede llevarnos a mantenernos tan alejados de ellos que nuestro ministerio y testimonio se vuelvan totalmente ineficaces. Establezcamos el equilibrio tal como lo hizo el Señor.

Preguntas

1. Explique todo lo que sabe acerca de los publicanos.
2. Explique todo lo que sabe acerca de los fariseos.
3. ¿Por qué escogió Jesús a Leví como su discípulo siendo éste un pecador notorio, y en cambio no llamó a los fariseos que eran religiosos? ¿No le parece que con esta actitud parecía que a Jesús no le importaba mucho el pecado?
4. Explique qué aprende de la ilustración que el Señor utilizó del médico y los enfermos.
5. ¿Por qué criticaban los fariseos a Jesús?

La pregunta sobre el ayuno - Marcos 2:18-22

(Mr 2:18-22) “Y los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunaban; y vinieron, y le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan? Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras está con ellos el esposo? Entre tanto que tienen consigo al esposo, no pueden ayunar. Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces en aquellos días ayunarán. Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera, el mismo remiendo nuevo tira de lo viejo, y se hace peor la rotura. Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar.”

Introducción

El hecho de que el Señor Jesucristo se sentara a la mesa en casa de Leví en compañía de muchos publicanos y pecadores desagradó profundamente a los escribas y fariseos. Según su punto de vista, al Señor no parecía importarle el pecado de aquellas personas. Pero eso era totalmente falso. Tal como el Señor explicó, él veía el pecado de todos ellos, y lo comparó con una terrible enfermedad, ahora bien, ¿qué médico podría hacer su trabajo sin acercarse al enfermo?

Sin embargo, era la actitud de los fariseos la que nunca lograría llevar salvación a ese tipo de pecadores. Los despreciaban y se alejaban de ellos como personas peligrosas para la moral y fuera de toda posibilidad de salvación. Pero el Señor no los veía como causas perdidas. De hecho, Leví fue el primero, pero no el último, de muchos otros pecadores que llegaron a manifestar con total claridad los frutos de la gracia salvadora del Señor en sus vidas.

A lo largo de los pasajes anteriores ha quedado claro que el Señor había venido a ocuparse del pecado y de los pecadores, pero como hemos venido considerando, el camino que iba a seguir sería muy diferente al de los religiosos de su tiempo. En el pasaje que tenemos por delante, vamos a ver nuevamente el gran abismo que separaba al Señor de los fariseos.

La queja de los fariseos

A la alegre comida que Leví había preparado en su casa para que sus amigos conocieran a Jesús, los fariseos no tardaron en manifestar su malestar. Pronto llegaron con su queja al Señor: “¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan?”

Esta reacción de los fariseos nos cae como un jarro de agua fría. Ellos se sentían muy contrariados por el hecho de que el Señor frecuentara ese tipo de compañías. Pero desde la perspectiva del Señor, la comida en casa de Leví había producido gozo y alegría hasta en el mismo cielo. Recordemos sus palabras:

(Lc 15:10) “Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.”

Pero los fariseos no creían que pecadores como Leví el publicano pudieran llegar a alcanzar la salvación, y aunque querían manifestar su desacuerdo con Jesús, no sabían

cómo hacerlo. Al fin y al cabo, el Señor no había hecho nada malo en la casa de Leví por lo que pudieran acusarle, así que optaron por plantearle el asunto de otra manera. Es aquí donde surge el tema del ayuno. Lo que vienen a decirle es que en lugar de estar de comilonas con gente tan poco recomendable como los publicanos, debería dedicarse a una vida de ayuno y oración como había hecho Juan el Bautista y sus discípulos.

Con su actitud volvían a demostrar que eran unos hipócritas consumados. ¿Acaso habían escuchado a Juan el Bautista? Recordemos una vez más las palabras del Señor: *“Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis” (Mt 21:32).*

Es verdad que en este sentido Juan el Bautista y el Señor manifestaron algunas diferencias, pero los fariseos no creyeron a ninguno de los dos:

(Mt 11:18-19) “Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Pero la sabiduría es justificada por sus hijos.”

En definitiva, el problema de los fariseos era que no querían creer en el Señor, así que, como muchas otras personas de nuestro tiempo, buscaban cualquier excusa para desviar la atención del verdadero asunto, que no era otro que su incredulidad.

El ayuno

Antes de que entremos a considerar el pasaje, vamos a hacer algunas consideraciones previas acerca del ayuno, que es el tema de fondo aquí.

1. El ayuno no es una práctica distintivamente judía o cristiana

- Existe en muchas religiones. Por ejemplo el ayuno musulmán durante el Ramadán, así como el intenso ayuno propio de la alta casta brahmánica del hinduismo, o la cuaresma católica.
- En ocasiones se ha utilizado también como arma política de protesta, conocido también como huelga de hambre. Uno de los ejemplos más famosos fue Mahatma Gandhi, que vivió de 1869 a 1948, y que dedicó más de 30 años a hacer una cruzada pacífica a favor de la independencia de la India. Su familia y su cultura hindú alimentaron su pasión por el ayuno como arma política.
- A todo esto hay que añadir a personas que practican algún tipo de ayuno por los beneficios que puede tener para su salud, o sencillamente por motivaciones estéticas.

2. La práctica del ayuno estaba muy extendida entre los judíos

- A nivel nacional, la religión judía sólo tenía un día de ayuno obligatorio, el del día de las expiaciones. Era el día en que la nación entera confesaba su pecado (**Lv 16:29-34**) (**Lv 23:26-32**).
- Pero para muchos judíos el ayuno era una práctica regular que tenía gran reconocimiento social. Era como un indicador que servía para medir su espiritualidad. Recordemos las palabras del fariseo en el templo y cómo se enorgullecía delante de Dios de que *“ayunaba dos días a la semana” (Lc 18:12)*. Y también su práctica de *“demudar sus rostros para mostrar a los hombres que ayunaban” (Mt 6:16)*. Por lo tanto, no es de extrañar que en su actitud legalista llegaran a censurar al Señor y sus discípulos porque no mostraban el mismo nivel de ascetismo que ellos observaban: *“¿Por qué tus discípulos no ayunan?”*.

3. El ayuno por causas equivocadas

Como ya sabemos, el ayuno implica abstenerse de cosas legítimas como comer, beber o mantener relaciones sexuales dentro del matrimonio, con el fin de buscar a Dios. Por lo tanto, de todo lo anterior se desprende que lo realmente importante no es ayunar, sino la razón por la que ayunamos. Si nuestras motivaciones no son las correctas, no agradaremos a Dios. Pensemos en algunas de estas causas equivocadas:

- En el Nuevo Testamento se nos cuenta de cuarenta hombres que se juramentaron bajo maldición a no comer ni beber hasta que hubieran dado muerte al apóstol Pablo (**Hch 23:21**). Este es un ejemplo extremo de una malvada motivación para el ayuno.
- También, como hemos mencionado antes, muchos judíos en la época de Jesús ayunaban con el fin de parecer superiores a los demás.
- Los musulmanes están obligados a ayunar durante todo el mes de ramadán. Durante ese período está prohibido comer o beber durante el día, pero no así por la noche. Curiosamente, hablando en una ocasión con un cristiano de Marruecos, afirmaba que estaba comprobado que durante el mes de ramadán se consumían muchos más alimentos que en cualquier otro mes del año. No parece que tenga mucho sentido dejar de comer durante el día para hacerlo por la noche.
- Aunque quizá el caso más grave era el de los fariseos que planteaban el ayuno como una buena obra que les llevaría a alcanzar la salvación. Recordamos la parábola que el Señor contó de un fariseo y un publicano que entraron en el templo a orar (**Lc 18:9-14**). Mientras que el publicano sentía vergüenza por sus pecados y no se atrevía a levantar sus ojos al cielo, el fariseo fue adelante para explicar las buenas obras que hacía y por las que se creía merecedor de ser justificado. Notemos que una de esas buenas obras de las que presumía el fariseo era el ayuno, que practicaba dos veces por semana. Quedaba claro que él pensaba que podría salvarse por sus buenas obras, aunque el Señor dejó claro en aquella ocasión como en todas las demás, que eso no iba a ser así, y contra todo pronóstico, él afirmó que quien salió del templo justificado fue el publicano.
- Unido a lo anterior, en la mente del religioso está el pensamiento de que el ayuno y otras obras similares sirven para compensar aquellos incumplimientos de la ley divina. Por ejemplo, recuerdo una conversación con un musulmán al que le pregunté qué hacía cuando pecaba para conseguir ser perdonado por Dios, a lo que él me contestó que buscaba la forma de compensar su mala obra con otra buena como el ayuno. Pero esto no es posible. Por ejemplo, en el supuesto extremo de que una persona matara a otra, aunque ayunara miles de veces no podría de manera alguna compensar ese pecado. Realmente, aunque los religiosos tienen la tendencia a razonar así, la Biblia insiste en que cada pecado ha de ser castigado con la muerte. Recordemos lo que el apóstol Pablo escribió: *“Porque la paga del pecado es muerte”* (**Ro 6:23**). No hay otra compensación posible.
- Otros, creyendo que el cuerpo es malo y que hay que castigarlo, practican el ayuno y otras formas de ascetismo con el fin de castigarlo y doblegarlo. Sin embargo, el apóstol Pablo advirtió que esto no sirve contra los apetitos de la carne (**Col 2:20-23**).

¿Por qué ayunar?

Llegados a este punto debemos preguntarnos cuáles serían las razones por las que deberíamos ayunar. La Biblia nos ofrece varias:

1. En ocasiones tenía que ver con la negación y humillación de uno mismo como expresión de arrepentimiento

- Nehemías reunió al pueblo *“en ayuno y cilicio”*, y *“estando en pie, confesaron sus pecados”* (**Neh 9:1-2**).
- La ciudad de Nínive, arrepentida por la predicación de Jonás, proclamó ayuno y se vistió de cilicio (**Jon 3:5**).
- Daniel buscó a Dios en oración y ruego, con ayuno, cilicio y ceniza, oró al Señor su Dios e hizo confesión de los pecados de su pueblo (**Dn 9:3-4**).
- Saulo de Tarso después de su conversión, afligido por su persecución de Cristo, durante tres días no comió ni bebió (**Hch 9:9**).

2. También se relacionaba con la dependencia de Dios

Tiene que ver con ocasiones especiales en las que necesitamos buscar a Dios para pedir alguna dirección o bendición particular. Para ello nos alejamos del alimento y otras distracciones para concentrarnos en ello. Es por esta razón que el ayuno y la oración aparecen normalmente juntos.

- Moisés ayunó en el monte Sinaí inmediatamente después de que fue renovado el pacto mediante el cual Dios tomaba a Israel para ser su pueblo (**Ex 24:18**).
- Josafat, viendo los ejércitos de Moab y Amón que avanzaban hacia él, *“humilló su rostro para consultar a Jehová, e hizo pregonar ayuno a todo Judá”* (**2 Cr 20:1-3**).
- La reina Ester, antes de exponer su vida al acercarse al rey, instó a Mardoqueo a reunir a los judíos y *“ayunar”* por ella, mientras ella y sus doncellas hacían lo mismo (**Est 4:16**).
- Esdras *“publicó ayuno”* antes de conducir a los desterrados de vuelta a Jerusalén, *“para afligirnos delante de nuestro Dios, para solicitar de él camino derecho”* (**Esd 8:21-23**).
- Nuestro Señor Jesucristo mismo ayunó inmediatamente antes de comenzar su ministerio público (**Mt 4:1-2**).
- La iglesia de Antioquía ayunó antes de enviar a Pablo y Bernabé en el primer viaje misionero (**Hch 13:1-3**).
- Pablo y Bernabé ayunaron antes de designar ancianos en cada nueva iglesia que fundaban (**Hch 14:23**).

3. El ayuno de Juan el Bautista y sus discípulos

En el pasaje que estamos estudiando vemos que Juan el Bautista es presentado como un hombre que ayunaba. De él se dice que *“ni comía ni bebía”* (**Mt 11:18**), lo que indica que practicaba el ayuno con mucha frecuencia.

En su caso, el ayuno reflejaba un deseo de buscar a Dios y esperar ansiosamente la manifestación del reino de Dios. Y como vemos, enseñó a sus discípulos a hacer lo mismo.

¿Por qué no ayunaban los discípulos de Jesús?

Esta fue la pregunta que le hicieron a Jesús los fariseos y los discípulos de Juan el Bautista. Él les respondió con una metáfora: *“Los amigos del novio no pueden ayunar mientras el novio esté con ellos”*.

Como ya hemos señalado más arriba, el ayuno en el Antiguo Testamento se asociaba, por lo general, con el luto. Era una expresión de pena y desesperación, en muchos casos debido a algún pecado. Pero en ese momento en que el Mesías ya había venido, era una situación demasiado alegre como para mezclarla con el ayuno.

Pero al mismo tiempo que contestaba a su pregunta, Jesús estaba haciendo una tremenda afirmación sobre sí mismo: en el Antiguo Testamento, Dios se presentaba con frecuencia como el esposo de su pueblo Israel (**Is 62:5**) (**Ez 16:8**) (**Os 2:19-20**), y en este momento Jesús está diciendo que él mismo era ese Esposo que Israel estaba esperando. Juan el Bautista ya había reconocido este mismo hecho (**Jn 3:28-29**).

Por lo tanto, la pregunta que hicieron los fariseos acerca de por qué los discípulos de Cristo no ayunaban, indicaba con claridad que no entendían que el Mesías ya había venido y que estaba en medio de ellos en la Persona de Jesús.

¿Deben ayunar los cristianos en la actualidad?

Algunos piensan que el ayuno no es para la época de la iglesia, y argumentan diciendo que en el Nuevo Testamento apenas se menciona. Además, la comida se presenta como algo positivo, y se trata el ascetismo como un arma débil contra los apetitos de la carne (**Col 2:20-23**). Incluso hay algunos que advierten de que en los últimos tiempos vendrían apóstatas que prohibirían abstenerse de alimentos (**1 Ti 4:1-5**).

Sin embargo, estos argumentos parecen muy débiles cuando los comparamos con la evidencia positiva. Por ejemplo, el Señor Jesucristo en el Sermón del Monte incluyó el ayuno entre los pilares de la piedad juntamente con la oración y la limosna (**Mt 6:1-18**). Y dio por hecho que sus discípulos sí que ayunarían. Fijémonos cómo comienza su exhortación: *“Cuando ayunéis”* (**Mt 6:16**). De hecho, él mismo ayunó en algunas ocasiones de las que tenemos constancia (**Lc 4:2**). Y también encontramos diversas ocasiones en que la iglesia ayunaba después de la ascensión de Cristo (**Hch 13:1-3**) (**Hch 14:23**) (**2 Co 6:5**) (**2 Co 11:27**).

Es más, en el pasaje que estamos considerando ahora, dice lo siguiente: *“pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán”*. Ahora bien, ¿qué quiso decir el Señor con esto?

El Señor estaba anticipando que llegaría el momento en que les sería quitado. Eso hace referencia en primer lugar a su muerte, pero en este contexto, quizá sea preferible pensar mejor en su ascensión al cielo.

En este período de ausencia del Señor, mientras la Iglesia espera su segunda venida, es cuando los creyentes son llamados a ayunar. Con esto coincide el hecho de que Jesús definiera su segunda venida como la venida del esposo: *“¡Aquí viene el esposo; salid a recibirlo!”* (**Mt 25:6**). Así que, desde su ascensión al cielo, los creyentes ayunan a fin de concentrarse más en la oración que clama por el retorno de la segunda venida de Jesús.

Jesús frente al judaísmo de su tiempo

Pero la pregunta de los fariseos dio lugar a que Jesús aclarara cuál era su posición frente al judaísmo. Y rápidamente vemos que él no había venido a reformarlo, sino a hacer algo completamente nuevo, tanto en la forma externa (el vestido) como en el contenido interno (el vino). Veamos cómo lo expresó:

- *“Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo”*
- *“Nadie echa vino nuevo en odres viejos”*

1. El vestido nuevo

Una vez más, la ilustración que Jesús empleó era fácil de entender: un pedazo de paño recio cosido a una prenda desgastada no hacía más que empeorar la rotura. Había llegado el momento en que ya no se podían seguir poniendo parches y había que plantearlo todo nuevo, prescindiendo totalmente de lo viejo.

Esta era precisamente su misión en relación con el judaísmo. Cristo no pretendía “remendar” el judaísmo con la ayuda de algunos elementos nuevos tomados del cristianismo. Ni siquiera su pretensión es mejorar al “viejo hombre”, sino que se propone hacer una “nueva creación”, no quiere “reformar” al pecador, sino “regenerarlo”.

2. Los odres nuevos

¿Qué es un odre? En aquellos días no tenían botellas, por lo que usaban las pieles de los animales cosidas, estos eran los odres a los que se refiere Jesús. Cuando los odres eran nuevos tenían cierta elasticidad; pero al hacerse viejos se ponían duros y no cedían. Si el mosto en estado de fermentación se echaba en odres viejos y débiles, éstos se reventaban. La fuerza del vino nuevo exigía odres nuevos y resistentes.

Aunque la lección es paralela a la del remiendo nuevo que se ponía en el vestido nuevo, sin embargo, aquí se subraya el poder interno y espiritual del nuevo orden que Cristo había venido a establecer.

El ayuno cristiano

En conclusión, debemos decir que el ayuno cristiano no puede ser planteado como una buena obra que nos ayuda a ganar la salvación. Somos salvos por la obra de Cristo en la cruz, y no podemos añadir nada a esto. Tampoco puede ser practicado con el fin de ganar el favor de Dios, puesto que ya contamos con él desde el mismo momento en que aceptamos a Cristo. Recordemos el razonamiento del apóstol Pablo: *“si Dios nos dio a su propio Hijo, ¿cómo no nos dará con él todas las demás cosas?” (Ro 8:32)*. Desde esta perspectiva, es absurdo plantear el ayuno como una forma de forzar a Dios para que haga lo que le pedimos, puesto que él nos ama y desea intensamente bendecirnos.

Pero como hemos visto, la iglesia debe ayunar en este tiempo como una expresión de su anhelo por estar con el Esposo. Desea la consumación final del matrimonio ya establecido. En este sentido, podríamos decir que el ayuno cristiano es hambre de la plenitud de Dios (Ef 3:19).

Preguntas

1. Enumere dos razones por las que se practicaba el ayuno en el Antiguo Testamento y cite algún ejemplo de cada una de ellas.

2. ¿Por qué no ayunaban los discípulos de Jesús? En su contestación a los fariseos, ¿Cómo se presentó Jesús?
3. ¿Debemos los cristianos ayunar? Si piensa que sí debemos hacerlo, ¿Cuándo hay que hacerlo? Explique su respuesta.
4. ¿Cómo debe ser el ayuno cristiano?
5. ¿Qué quería enseñar el Señor con las dos ilustraciones que puso del remiendo en el vestido y la del vino?

Los discípulos recogen espigas en el día de reposo - Marcos 2:23-28

(Mr 2:23-28) “Aconteció que al pasar él por los sembrados un día de reposo, sus discípulos, andando, comenzaron a arrancar espigas. Entonces los fariseos le dijeron: Mira, ¿por qué hacen en el día de reposo lo que no es lícito? Pero él les dijo: ¿Nunca leísteis lo que hizo David cuando tuvo necesidad, y sintió hambre, él y los que con él estaban; cómo entró en la casa de Dios, siendo Abiatar sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino a los sacerdotes, y aun dio a los que con él estaban? También les dijo: El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo. Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo.”

Introducción: lo viejo y lo nuevo

Al terminar nuestro estudio anterior consideramos las palabras del Señor Jesucristo con las que definió cuál iba a ser su relación con el judaísmo de su tiempo: él no había venido a poner remiendos a un sistema caduco que de ninguna manera se correspondía con el revolucionario reino de Dios que él había venido a establecer.

El evangelista Marcos ha hecho para nosotros una selección de varios incidentes de entre los muchos que tendrían lugar en esos días de intenso ministerio de nuestro Señor, para mostrarnos las grandes diferencias que había entre ellos. Recordemos brevemente algunas de las controversias que el Señor mantuvo con los religiosos de su tiempo.

En primer lugar, el llamamiento de Leví el publicano y la comida que organizó posteriormente en su casa para que sus amigos conocieran al Señor, molestó profundamente a los fariseos (**Mr 2:13-17**). El contraste entre la actitud de los fariseos y el Señor frente a los pecadores no podía ser mayor. Mientras que los fariseos clasificaban a las personas en buenas y malas según sus propios criterios, dejando fuera de la salvación a todos aquellos que no se ajustaban a sus normas, para el Señor nadie quedaba excluido de la gracia de Dios, sino que abría sus puertas de par en par para todos ellos. De hecho, enfatizó que su misión consistía precisamente en buscar a los pecadores, dejando a un lado a aquellos que se creían justos (**Mr 2:17**).

Estaba claro que la actitud de arrogancia y desprecio con la que los fariseos trataban a los que ellos consideraban pecadores, no hacía otra cosa que alejarlos más y más de Dios y del arrepentimiento. Pero la actitud del Señor era completamente diferente, y los publicanos lo veían con claridad. El Señor se preocupaba por ellos y era cercano, logrando de ese modo transmitirles el amor y la gracia de Dios. Estando con Jesús sentían que podían ser aceptados por Dios, y de ese modo muchos llegaron al arrepentimiento y la fe, produciéndose cambios asombrosos en sus vidas (**Lc 19:8**).

La segunda controversia que hemos visto tuvo que ver con el ayuno. Los fariseos esperaban que Jesús reforzara las normas religiosas del judaísmo, pero el Señor se negó a ello. Él no había venido para hacer algunas reformas religiosas en los hombres, porque sabía que ninguna de ellas lograría cambiarlos. Su mensaje iba a ser mucho más radical, y tendría que ver con el “*nuevo nacimiento*”. Es decir, no venía a reformar al hombre, sino a hacerlo nuevo. La situación del hombre pecador es tan grave que no sirve de nada hacer pequeñas reformas. Sería lo mismo que pintar una pared con el fin de ocultar las grietas que anuncian su ruina. Y de hecho, cuando la persona que no ha nacido de nuevo

intensifica sus rutinas religiosas, lo único que esto produce en ella es un orgullo espiritual que le lleva a mirar con desprecio a los que no son como él. Y este era precisamente el problema de los fariseos.

Además, la forma en la que ellos practicaban el ayuno o el día de reposo, no les producía ningún tipo de alegría. Para ellos, como para la mayoría de los religiosos, la práctica de la santidad consistía en cumplir con una interminable lista de prohibiciones, que en muchos casos habían sido inventadas por ellos mismos. Pero el Señor planteó el asunto de una forma totalmente diferente. Cuando le preguntaron por qué sus discípulos no ayunaban, él contestó con una ilustración que mostraba el gozo de los invitados al estar con ellos el esposo. Con esto estaba anunciando que la relación que él había venido a establecer entre el hombre y Dios estaría caracterizada por el gozo de la comunión.

Ahora tenemos por delante una nueva controversia que tiene que ver con la forma en la que los fariseos observaban el día de reposo. A lo largo del estudio veremos que ellos habían añadido tal cantidad de tradiciones humanas al sencillo mandamiento divino, que lo habían convertido en una carga insostenible para los hombres. Pero el Señor no iba a hacer concesiones ni se iba a adaptar a sus pretensiones, sino que volvería a descubrir el verdadero sentido del día de reposo.

La queja de los fariseos

Igual que en el pasaje anterior, este incidente surge a raíz de una queja de los fariseos contra los discípulos de Jesús: *“Aconteció que al pasar por los sembrados en un día de reposo, sus discípulos, andando, comenzaron a arrancar espigas. Entonces los fariseos les dijeron: Mira, ¿por qué hacen en el día de reposo lo que no es lícito?” (Mr 2:23-24).*

Los fariseos aparecen aquí como una especie de policía religiosa que estudiaba cada paso que daba Jesús y sus discípulos. Ahora bien, todo lo que pudieron encontrar contra ellos es que arrancaban espigas de los sembrados en un día de reposo. Pero, ¿estaba realmente prohibido esto por la ley?

El verdadero significado e importancia del día de reposo

Leyendo los evangelios percibimos rápidamente que la observancia del día de reposo era uno de los puntos de la ley de Dios que más interesaba a los fariseos, y aunque es cierto que ellos se habían apartado de lo que la Palabra decía al respecto, esto no le restaba ninguna importancia al mandamiento divino.

Tal vez los cristianos de nuestros días se han ido en un movimiento pendular al extremo opuesto al de los fariseos, no prestando mucho interés al día de reposo y tratándolo casi como cualquier otro día de la semana.

Pero como siempre, ante la diversidad de opiniones, lo que nos debe interesar es lo que la Palabra de Dios dice sobre el día de reposo. En primer lugar, debemos notar que Dios dedicó bastante espacio al día de reposo cuando dio a Moisés los diez mandamientos de la ley moral (**Ex 20:1-17**) (**Dt 5:12-15**). Y como ya sabemos, esta parte de la ley no caduca, sino que tiene plena vigencia también en nuestros días. Veamos lo que dijo Dios:

(Ex 20:8-11) “Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos

y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó.”

La observancia del día de reposo hacía de Israel una nación distinta de las demás, y reafirmaba su identidad como pueblo de Dios. Recordemos que el disfrute de un día de descanso a la semana era algo desconocido en las legislaciones del mundo antiguo.

El propósito de este mandamiento era doble: por un lado servía para satisfacer la necesidad de descanso del hombre, pero por otro, el pueblo dejaba a un lado sus actividades regulares para honrar la santidad de Jehová. Recordemos las palabras de la ley: *“Acuérdate del día de reposo para santificarlo... es reposo para Jehová tu Dios”*. Por lo tanto, no debía ser un día dedicado a la pasividad más absoluta, sino que debería servir para nutrir la vida espiritual, y sobre todo, para adorar a Dios. Como explicó el profeta Isaías, el día de reposo debía servir para que el creyente se deleite en Dios:

(Is 58:13-14) “Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová...”

La actitud de los fariseos frente al día de reposo

Frente a lo que la Palabra de Dios enseñaba sobre el día de reposo, los fariseos habían establecido un sinnúmero de minuciosos reglamentos que prohibían al hombre hacer casi cualquier cosa durante ese día. Por ejemplo, como estamos viendo en nuestro pasaje, prohibían que un hombre arrancara una espiga de trigo en sábado para satisfacer el hambre, porque según ellos, esto implicaba el trabajo de segar y trillar el grano.

Pero esto sólo era una pequeña muestra de la cantidad de vueltas e interpretaciones que le habían dado al mandamiento del día de reposo, convirtiéndolo en algo trivial e irrazonable. Por ejemplo, afirmaban que estaba bien escupir sobre una roca en sábado y que eso no era problema alguno, pero si se escupía en tierra, eso hacía que se convirtiese en barro, y el barro era argamasa, por lo tanto, al hacerlo se estaba trabajando en sábado. Esa era la naturaleza de las restricciones que habían ideado.

Como vemos, la afición que los fariseos tenían por analizar todas las diferentes situaciones que se podían presentar en un día de reposo, lo habían convertido en una carga imposible de llevar, lo que sin duda, no tenía nada que ver con el propósito original por el que Dios había dado esa ley.

Por un lado estaba claro que no entendían el propósito de Dios para el día de reposo, pero por otro, no habían tenido temor en sepultar la verdadera Palabra de Dios bajo un sinnúmero de ridículas tradiciones inventadas por ellos mismos. Y después de hacerlo, se habían erigido como jueces espirituales de la nación, juzgando a los hombres según sus propias tradiciones humanas. En realidad, aunque pretendían ser hombres temerosos de Dios, lo cierto es que le ignoraban para establecer sus propios criterios religiosos. Al final, lo que realmente les atraía eran los ritos religiosos, las ceremonias y la exposición de sus propias ideas humanas, dejando a un lado la predicación de la Palabra de Dios.

La enseñanza de Jesús

Como era de esperar, el Señor salió en defensa de sus discípulos, puesto que la acusación era injusta. Pero además, le iba a servir para demostrar lo que previamente les había dicho; que él no había venido a reformar el judaísmo promoviendo un cumplimiento

aún más estricto de este tipo de normas humanas, tal como les habría gustado a los fariseos, sino que tenía la intención de hacer algo completamente nuevo, acorde a la revelación bíblica.

Por lo tanto, como era de esperar, la respuesta del Señor se fundamentó en la Palabra. Citó una historia de David que encontramos en **(1 S 21:1-6)**. Se trataba de un momento muy difícil en la vida de David, cuando el rey Saúl había decidido acabar con él. En esas circunstancias David tuvo que huir de manera muy precipitada, sin llevar consigo armas ni provisiones para el camino. Fue entonces cuando llegó al tabernáculo de Nob y pidió al sacerdote algo de comida. Pero lo único que había allí y que le pudo dar eran los panes de la proposición. Ahora bien, esos panes eran una porción muy santa de las ofrendas de Dios que sólo podían comer los sacerdotes en un lugar santo **(Lv 24:5-9)**. Sin embargo, el sacerdote se los dio y la Escritura no condena en ningún momento tal acción.

Y ahora el Señor usa esa historia con el fin de establecer cierto paralelismo entre lo que ocurrió con David y sus hombres y lo que en ese mismo momento le estaba pasando a él mismo y a sus discípulos.

Era verdad que David había contravenido la ley al comer de los panes de la proposición, pero había ciertas circunstancias que le legitimaban a hacerlo. Debemos recordar que los panes de la proposición estaban reservados para aquellos que Dios había elegido para servirle en el ministerio especial del sacerdocio, y aunque David no era un sacerdote, tampoco era un ciudadano normal; él era el ungido del Señor **(1 S 16:1-13)**. Por lo tanto, el sumo sacerdote consideró que tanto David, como también sus hombres, tenían derecho a comer de aquellos panes.

Ahora el Señor establece una analogía entre lo que David y sus hombres hicieron, y lo que él mismo y sus discípulos estaban haciendo. Si la estricta reglamentación sobre el uso de los panes de la proposición admitió una excepción en el caso de David, también con Jesús se podría hacer lo mismo en el caso del día de reposo.

El planteamiento era sencillo, y sin duda los fariseos lo entendieron perfectamente, pero podemos imaginarnos la pregunta que inmediatamente comenzó a cobrar fuerza en sus mentes: ¿Quién se cree éste? Ellos podrían estar dispuestos a hacer ciertas excepciones con el rey David, pero ¿quién pretendía ser Jesús para que esperase ser tratado de la misma manera?

Y aquí volvemos nuevamente a la pregunta de fondo que venimos encontrando en todos estos pasajes: ¿Quién es Jesús? No cabe duda de que el Señor se estaba colocando en este momento al mismo nivel que el rey David, y a sus discípulos los estaba equiparando con los valientes de David. Al fin y al cabo, era su descendiente legítimo **(Mt 1:1)**, y más adelante el Señor se presentó incluso como el Señor de David **(Mr 12:35-37)**.

Por otro lado, la actitud de creciente rechazo que una y otra vez iban manifestando los fariseos hacia la persona de Jesús, servía para establecer otro punto de paralelismo entre ambas situaciones. Recordemos que en aquellos momentos David había sido ungido ya como rey, sin embargo, había sido rechazado, y en lugar de reinar, estaban intentando cazarlo como a una perdiz **(1 S 26:20)**. Y curiosamente, poco después de que Jesús dijera estas palabras, *“los fariseos tomaron consejo con los herodianos contra él para destruirle”* **(Mr 3:6)**.

Y por último, debemos pensar también en la situación de urgencia y necesidad por la que atravesaba David y sus hombres en aquellos momentos. Él buscaba desesperadamente la forma de sobrevivir a la persecución de Saúl y llegar a ser rey en Israel cuando Dios quisiera vindicarlo, pero en este sentido, aún era más importante y urgente la misión del

Señor Jesucristo, que como rey había venido a proclamar y establecer el reino de Dios en este mundo.

Jesús es Señor aun del día de reposo

Ahora bien, si a los fariseos les pareció que Jesús había traspasado todos los límites razonables al compararse de ese modo con el rey David, ¿qué pensarían cuando a continuación dijo que él era “Señor aun del día de reposo”?

Una vez más el Señor se atribuye prerrogativas divinas. No había lugar a dudas sobre lo que estaba diciendo. La ley decía que “*el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios*” (**Ex 20:10**), y ahora Jesús dice que él es el Señor del día de reposo, ocupando claramente la posición que sólo le puede corresponder a Dios.

Aunque en realidad, si observamos la palabras exactas de Jesús, vemos que fue más lejos todavía. Él no dijo que era “Señor del día de reposo”, lo que realmente dijo es que era Señor “*aun*” del día de reposo. Este matiz es muy importante, porque lo que está reclamando es que el ser humano no debe servirle un sólo día de la semana, sino la semana entera.

Habiendo llegado a este punto, podemos decir que Jesús, como Señor del día de reposo, tenía autoridad suficiente para determinar lo que sus discípulos que le acompañaban y servían, podían hacer en un día de reposo.

Pensemos en una ilustración: Si un turista visita una casa señorial y se encuentra con una puerta que señala “prohibido el paso”, debe respetar la prohibición del propietario. Pero si sale el hijo del propietario y le invita a cenar, el turista no incumple la prohibición del propietario al seguir al mismo por la puerta señalada con el cartel de “prohibido el paso”.

Mediante esta declaración Jesús afirma que, como Señor del día de reposo, el Hijo del Hombre es quien determina lo que es o no lícito o permisible, y, con ello, cualquier costumbre prescrita por los fariseos o sus tradiciones quedaba sin efecto. Y esto era totalmente necesario, porque con sus normas y reglamentaciones, sutilezas y aspavientos, los fariseos estaban tergiversando la voluntad de Dios.

Al llegar a este punto debemos decir que ningún otro maestro o profeta de la antigüedad había hecho declaraciones tan sorprendentes como las que Jesús hacía. Era habitual que los profetas respaldaran sus declaraciones con algo así como; “*Así dice el Señor*”, pero Jesús nunca usó esa expresión u otra parecida, sino que apeló siempre a su propia autoridad divina. La fórmula que usaba frecuentemente era la siguiente: “*De cierto, de cierto os digo*”.

Los fariseos, y también muchas personas en nuestros días, estarían dispuestas a aceptar a Jesús como un maestro, pero de ninguna manera le reconocerían como Dios. No obstante, la forma en la que él respaldaba su enseñanza con su propia autoridad divina, hace imposible que se puedan separar ambas cosas. Si aceptamos su enseñanza sobre el día de reposo, ha de ser porque reconocemos que él es Señor aun del día de reposo.

El reposo de Dios

Como ya hemos considerado, los judíos habían convertido el día de reposo en una carga pesada de llevar, pero Jesús había venido a traer descanso.

Hasta ahora hemos visto que el propósito de Dios al establecer ese día era traer bendición al hombre, otorgándole el merecido descanso de su trabajo. Ahora bien, hay un

hecho cada vez más frecuente en nuestra sociedad, y es que muchas personas no logran descansar sin la ayuda de pastillas. Otros van de vacaciones, pero no tienen descanso en su alma. Todo esto nos lleva a pensar que no sólo necesitamos un día de descanso, sino también la capacidad de descansar. Pero, ¿cómo conseguirlo?

Para contestar esta pregunta debemos pensar primero en la forma en la que surgió el día de reposo, y para ello tenemos que remontarnos a la historia de la creación en Génesis: *“Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo” (Gn 2:2)*. Pensemos en cómo se utiliza aquí el término *“reposo”*. Sin duda no tiene nada que ver con el hecho de que Dios estuviera cansado después de seis días creando el Universo. Dios es Todopoderoso y no se cansa nunca. Podría haber creado otros mil universos más y no sentir ningún cansancio. Entonces, ¿por qué reposó? En su caso no tenía nada que ver con descansar, sino con el hecho de que estaba satisfecho del trabajo realizado. Es como el artista que al terminar su obra se sienta para contemplarla, no porque esté cansado, sino porque quiere disfrutar de lo que ha hecho. Y así fue en el caso de Dios. Notemos que una y otra vez se repite la misma frase: *“Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn 1:31)*.

Ahora bien, ¿cómo podemos descansar nosotros de esa misma manera? Lo cierto es que como hombres esto parece imposible. Siempre nos acompaña la sensación de que todo lo que hacemos es incompleto e imperfecto. Sólo hay que echar un vistazo a cómo estamos dejando este planeta que salió de las “manos de Dios” como algo bello y perfecto.

Por lo tanto, es imposible que logremos descansar mirando nuestras propias obras. Necesariamente tendremos que descansar en las obras de otro. Y esto nos lleva a mirar hacia la cruz de Cristo y a recordar sus últimas palabras antes de morir: *“Consumado es” (Jn 19:30)*. El sufrió por nuestros pecados para darnos perdón y paz. El llevó sobre sí nuestros pecados y fracasos; todas aquellas cosas que habíamos hecho mal o habíamos dejado incompletas. Lo que nosotros no conseguimos, lo consiguió él por nosotros, de tal manera, que quienes confían en él pueden llegar a disfrutar del verdadero reposo de Dios.

¿Cómo debemos usar el día de reposo?

Aunque esta es una cuestión que no se trata directamente en nuestro pasaje, a la luz de lo que hemos venido viendo hasta aquí, debemos decir algo similar a lo que ya dijimos en cuanto a la cuestión del ayuno. Debemos guardar el día de reposo, pero no como una carga, sino como una posibilidad gozosa de disfrutar de la comunión con Dios.

Por un lado debe ser un día de descanso físico y mental, lo que implica dejar de hacer nuestro trabajo cotidiano, pero por otra parte, no debemos olvidar que debe tener un énfasis espiritual. Debemos dar tiempo para adorar a Dios, escuchar su Palabra, y servirle en tranquilidad.

Preguntas

1. A los fariseos les pareció mal que los discípulos de Jesús arrancaran espigas en el día de reposo. ¿Cree que esto era realmente una actividad pecaminosa? Razone su respuesta.
2. ¿Cómo entendían los fariseos el día de reposo?
3. ¿Cuál era el propósito original de Dios al dar la ley del día de reposo?

4. El Señor establece un paralelismo entre lo que le estaba ocurriendo a él y sus discípulos con lo que le ocurrió a David con sus hombres. Señale las diferentes similitudes.
5. ¿Cómo se presenta Jesús en este pasaje?

El hombre de la mano seca - Marcos 3:1-6

(Mr 3:1-6) *“Otra vez entró Jesús en la sinagoga; y había allí un hombre que tenía seca una mano. Y le acechaban para ver si en el día de reposo le sanaría, a fin de poder acusarle. Entonces dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate y ponte en medio. Y les dijo: ¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla? Pero ellos callaban. Entonces, mirándolos alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y la mano le fue restaurada sana. Y salidos los fariseos, tomaron consejo con los herodianos contra él para destruirle.”*

Introducción

Hasta este momento hemos visto el Evangelio que Cristo predicaba en comparación con aquellas características de la religión judía que estaban envejecidas y obsoletas. Pero ahora la tensión crece y el Señor se tiene que enfrentar ya no sólo con sus interpretaciones inadecuadas de la ley, sino con la visión totalmente distorsionada, pervertida e inmoral que con ellas daban de Dios.

Ahora el tema que por segunda vez consecutiva genera controversia es el del día de reposo. En el pasaje anterior el Señor Jesucristo terminó afirmando que él es *“Señor aun del día de reposo”* (Mr 2:28), y a los judíos que le escuchaban no les quedó ninguna duda de que con esto estaba reclamando la posición de Dios en relación con el sábado, lo que les tuvo que resultar intolerable. Ahora, en esta segunda parte del tema, la controversia tiene que ver con el propósito del día de reposo, y el Señor va a dejar claro que el sábado fue creado para el bienestar de los seres humanos, y por esa razón, cualquier interpretación de la ley que convierta el día de reposo en una carga para el hombre, o que impida la manifestación de la misericordia divina hacia él, está fuera del propósito original de Dios.

“Le acechaban”

Marcos quiere hacernos notar el ambiente que se *respiraba* en aquel día de reposo cuando Jesús entró nuevamente en la sinagoga de Capernaum.

Allí había un hombre que tenía seca una mano, y ya conocían a Jesús lo suficiente como para saber que aunque fuera día de reposo, si había alguien necesitado en la sinagoga, él actuaría. Así que estaban esperándole al acecho, con una actitud desafiante, observando para ver si Jesús se atrevería a sanar al enfermo.

Resulta incomprensible considerar cómo a pesar de todo el bien que Jesús había hecho entre el pueblo, sin embargo, la oposición contra su persona y su obra iba en aumento. Y fijémonos que nadie en ese momento se cuestionaba si Jesús podía hacer milagros de sanidad, todos daban por hecho que sí podía, lo que estaban esperando era que lo hiciera en el día de reposo para así poderle acusar. ¿Cómo podían aceptar que en él se manifestaba todo el poder y la misericordia de Dios y al mismo tiempo negarse a reconocerle como el Mesías? Como ya hemos señalado en otras ocasiones, la incredulidad lleva a la incoherencia.

¡Qué triste! Era día de reposo y su propósito debería haber sido el de santificar al Señor, pero aunque habían ido a la sinagoga, en sus mentes y corazón no estaba el deseo de

aprender de la Palabra, ni de orar, ni tampoco de adorar a Dios. En sus pensamientos sólo había odio contra Jesús. Como dijo el salmista: **(Sal 37:32)** “Acecha el impío al justo, y procura matarlo”.

Bueno, esto era lo que les movió a los judíos para ir aquel día a la sinagoga, pero el Señor Jesús era totalmente diferente a ellos. Con todo valor y misericordia regresó una vez más a la sinagoga en busca de los perdidos, sin importarle el odio de sus enemigos.

El hombre inválido

Pero pensemos por unos momentos en el hombre enfermo. Marcos nos dice que “tenía seca una mano” y Lucas añade que era la “mano derecha” **(Lc 6:6)**.

Podemos imaginar su condición sin demasiado esfuerzo. En esa época, ¿qué trabajos podría realizar alguien que sólo pudiera utilizar una de sus manos? ¿cómo afectaría su enfermedad no sólo a su trabajo, sino a todas las áreas de su vida?

Por su situación, viene a ser una buena ilustración del hombre pecador que no se puede ayudar a sí mismo, que se muestra torpe aun para hacer las cosas más simples de la vida.

Pero nos surge una pregunta: ¿Por qué fue aquel día a la sinagoga?

Seguro que él conocía bien el ambiente que se respiraba allí. Sabía lo que podía esperar de los judíos que se reunían en la sinagoga. Ellos no tenían ningún interés en él ni en su bienestar, en tal caso, si aquel día fijaron sus miradas en él, era porque les venía bien como “carnaza” para cazar a su presa. Pero a pesar de todo eso, él fue a la sinagoga, y la única razón que podía tener para hacerlo es que tenía una fe auténtica en Dios.

Este es un buen ejemplo también para nosotros, que muchas veces podemos sentirnos desanimados para ir a la iglesia porque el ambiente o las personas no son de nuestro agrado. En esas circunstancias, es preciso recordar que vamos allí porque en primer lugar queremos encontrarnos con Dios y ofrecerle nuestra adoración. En este sentido, nos puede resultar útil recordar el caso de Ana, la mujer de Elcana, que encontramos en **(1 S 1-2)**. Para ella era un auténtico suplicio ir cada año hasta Silo para adorar y ofrecer sacrificios a Dios. El ambiente familiar le era completamente hostil, y la inmoralidad de los sacerdotes terminaría por apagar cualquier deseo que pudiera tener de adorar a Dios. Sin embargo, ella iba allí porque buscaba a Dios, y recordemos que como consecuencia de sus oraciones, nació el profeta Samuel, quien años más tarde condujo a la nación a una época de avivamiento espiritual como pocas llegó a tener la nación de Israel.

Ahora bien, volviendo al caso del hombre con la mano seca, notamos que sin quererlo, se encontró en el centro mismo del escenario de una tremenda batalla espiritual cuando Jesús le mandó que se levantara de su sitio y se pusiera en medio de todos. ¿Por qué le mandó Jesús que hiciera esto? ¿No podía haberlo sanado al día siguiente de forma discreta y haberle evitado así por toda aquella desagradable situación? ¿Por qué en este caso no trató de mantener su milagro en secreto como en ocasiones anteriores?

- Tal vez quería despertar la compasión de los presentes hacia el enfermo al ver de cerca su desgracia.
- Quizá fue para probar la fe y obediencia de aquel hombre.
- O muy probablemente, porque Jesús quería que todo el mundo viera que él no estaba dispuesto a aceptar las interpretaciones malvadas que los judíos hacían de la ley, ni la imagen que con ellas proyectaban de Dios.

Y así, en medio de las miradas enemigas de los judíos, el enfermo fue sanado por su fe y obediencia a Jesús.

Los judíos y el día de reposo

Ya hemos comentado en el incidente anterior cómo los judíos interpretaban la ley acerca del día de reposo, y vimos que en cuanto a lo que se podía hacer con un enfermo en ese día, lo podemos resumir diciendo que consideraban que se podía otorgar atención médica sólo si había peligro de muerte, pero nunca con la finalidad de que el enfermo o herido se pusiera mejor.

Con su actitud, los judíos estaban manifestando la maldad de un corazón terriblemente endurecido por el legalismo religioso.

La posición de Jesús

Marcos nos muestra primeramente el profundo malestar, desacuerdo e indignación del Señor ante la postura de los judíos: *“mirándolos... con enojo...”*

La imagen popular de un Cristo suave, apacible e indulgente, no se corresponde con la que nos presentan los evangelios. Aunque, por supuesto, esto no quiere decir que el Señor no se caracterizó por el amor, la compasión y la dulzura. Pero tanto en este pasaje, como en muchos otros, él no tuvo ningún reparo en señalar el error y denunciar el pecado con toda la contundencia que el caso mereciera. Tampoco dudó en entablar debates con los líderes religiosos del judaísmo ni oponerse públicamente a ellos. Y en este caso, lo que estaba en juego era el mismo carácter de Dios, y ante algo tan importante, no había lugar para la ambigüedad. Por lo tanto, las palabras de Jesús, así como su lenguaje corporal, iban a manifestar su total y completa desaprobación. Y no lo olvidemos, nosotros también somos llamados a defender la verdad del evangelio de la misma forma en que él lo hizo. No obstante, es necesario que nos aseguremos bien de que lo que defendemos es la verdad revelada de Dios, porque desgraciadamente, en la mayoría de las ocasiones, lo que nuestra naturaleza caída nos lleva a defender con mayor ardor es nuestro propio ego e ideas, al mismo tiempo que nos mostramos apáticos cuando se trata de defender y dar testimonio de la gloria de Dios.

Ahora bien, la interpretación que los judíos hacían de la ley del día de reposo implicaba una calumnia contra el mismo carácter del Dios que había instituido el sábado. Su propósito siempre había sido que las manos de los hombres pudiesen descansar y recobrar fuerzas para continuar trabajando, no para prolongar su incapacidad para trabajar. Por lo tanto, era inaceptable pensar que en base al respeto al sábado, hubiera que dejar de sanar al hombre de la mano seca.

La actitud de los fariseos dejaba claro que aunque hablaban mucho del día de reposo, desconocían su propósito, y aun más, el carácter del Dios que lo había instituido. No habían entendido que el interés de Dios al dar leyes a los hombres era para ayudarnos, para mostrarnos cómo lograr lo máximo de esta vida y del más allá. Por lo tanto, las leyes de Dios deben en última instancia ser interpretadas y entendidas a la luz de su profundo e inescrutable amor por cada uno de nosotros.

Por el contrario, el diablo ha creado las religiones para hacernos creer que el propósito de la ley de Dios es el de esclavizar al hombre, hacerle sufrir, y que sea tremendamente infeliz.

Pero ahora Cristo iba a revelar que el corazón de Dios es misericordioso y busca el bien del ser humano. Así que, con la misma intensidad con la que repudiaba la actitud de los judíos legalistas, su corazón ardía en compasión y amor para con el hombre inválido. Por eso, cuando Jesús sanó al hombre enfermo, debemos darnos cuenta de que lo que quería era demostrar que Dios no es indiferente frente al dolor humano y que su profundo deseo es que su pueblo disfrute de libertad y no sufra en esclavitud religiosa.

Sin embargo, también había una nota muy seria de advertencia. Jesús estaba *“entristecido por la dureza de sus corazones”*. Al Señor le preocupaba que aquellos hombres reaccionaran con tanta indiferencia y odio ante él. Su posición era muy grave, porque cada vez se iban endureciendo más, de tal manera que estaba llegando el momento en que prácticamente era imposible que les pudiera penetrar cualquier verdad espiritual. Parecía que ya nada de lo que el Señor pudiera hacer o decir lograba traspasar la dura armadura de su incredulidad. Al final, la mano seca de aquel hombre no era nada en comparación con la sequedad del corazón de estos religiosos.

“Hacer bien o hacer mal”

El Señor les hizo una pregunta con el fin de que consideraran las implicaciones de su interpretación de la ley del sábado: *“¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida o quitarla?”*.

Por la manera de plantear la pregunta, el Señor les estaba obligando a escoger entre dos opciones: *“hacer bien, o hacer mal”*, *“salvar la vida o quitarla”*. Si ellos rehusaban hacer el bien, necesariamente estarían haciendo el mal. Si dejaban de salvar la vida sería como quitarla.

El Señor quería subrayar que el sábado, como día dedicado al culto de Dios, no podía considerarse como un día en que la persona pudiera rehuir los deberes del amor hacia el prójimo. Jesús tenía la oportunidad de sanar a ese hombre, y no le iba a decir que regresara otro día. Eso habría sido inmoral.

Aprendemos pues que no sólo se puede pecar por hacer el mal, sino también por dejar de hacer el bien.

Por lo tanto, había dos cosas que Jesús quería enfatizar sobre el día de reposo:

- Los fariseos centraban toda su atención en todo aquello que no se podía hacer en ese día, mientras que el Señor ponía la atención en lo que sí se debía hacer en él. Una actitud como la de los fariseos les impediría necesariamente cantar y alabar al Señor con ilusión. Parece que toda su preocupación para ese día consistía en que nadie hiciera ninguna de las cosas prohibidas en las listas que ellos habían confeccionado. Eso mata el espíritu de la adoración.
- Por otro lado, no sólo Dios no recibe lo que le corresponde, sino tampoco el prójimo. La observancia legalista que los fariseos hacían de sus normas humanas, les llevaba a estar plenamente satisfechos consigo mismos, al mismo tiempo que les permitía despreocuparse por completo de los demás, llegando a tener una actitud totalmente carente de misericordia, tal como estamos considerando en este pasaje. Para ellos, eran más importantes sus normas que las personas.

Evidentemente, Jesús no había venido para conmemorar el día de reposo, sino para salvar a los pecadores y adorar a su Dios.

“La mano le fue restaurada sana”

Para aquellos legalistas defensores del sábado, el hombre enfermo debería buscar a Jesús al día siguiente si quería ser sanado, a fin de no profanar el día sagrado. No les importaba si sufría un día más.

Pero Jesús no iba a ceder a sus presiones, así que *“dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y la mano le fue restaurada sana”*.

Notemos que el único trabajo que hizo el enfermo fue extender su mano, y en cuanto a Jesús, no se dice que hiciera nada con ella. Por lo tanto, fue sanado por medio de su palabra, lo cual no incumplía ni la ley de Dios ni tampoco la complicada legislación judía al respecto. Pero aun así, ellos se encolerizaron contra Jesús, y en su obstinada oposición, no se les ocurrió pensar que si Jesús no estuviera actuando conforme a la voluntad de Dios, de ninguna manera podría hacer las obras que hacía. Recordemos la reflexión de Nicodemo, un fariseo como ellos, cuando fue a ver a Jesús:

(Jn 3:2) “Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.”

Los enemigos unidos contra Jesús

Jesús sabía que sanar a este hombre le traería muchos problemas, pero aun así lo llamó para sanarlo. Y la reacción de los judíos no se hizo esperar: fariseos y herodianos se unieron con el fin de destruir a Jesús. Pareciera que como la luz crea sombras, la presencia de Jesús servía para manifestar muchas veces lo peor de las personas.

Ahora bien, analicemos la sinrazón de los legalistas religiosos:

- Para ellos era pecaminoso restaurar la salud a una persona enferma si era día de reposo, pero no encontraban ningún inconveniente para en ese mismo día tramar un asesinato o alimentar el odio contra Jesús.
- El hecho de que un lisiado hubiese sido liberado de su grave impedimento no les afectó en lo más mínimo. No se alegraron por este hombre, ni les produjo una actitud amistosa hacia el sanador.

Su actitud era monstruosa. ¡Cómo podían permanecer indiferentes ante la necesidad de su prójimo y sordos a las lágrimas del mundo! No podemos pensar otra cosa sino que estos religiosos estaban desnaturalizados. En realidad, hacían todo esto porque su lealtad a su propia religión estaba por encima de su lealtad a Dios.

Pero quizá lo más extraño del caso es la unión que surgió entre fariseos y herodianos a raíz de este incidente. No debemos olvidar que se trataba de dos facciones enemigas. Nos cuesta entender cómo lograron apartar sus tremendas rivalidades. Recordemos que herodianos y fariseos no tenían nada en común, salvo el hecho de que todos eran judíos.

Los herodianos apoyaban la dinastía de Herodes, que representaba al poder de ocupación romano y su sistema político. Ese mismo Herodes era quien había arrestado a Juan el Bautista y más tarde lo mandó decapitar. Y sus partidarios no tenían ningún interés en guardar la ley, sino que por el contrario favorecían la cultura griega con todos sus valores paganos. Nos preguntamos qué problema les podía causar que Jesús hubiera sanado a un hombre enfermo en el día de reposo.

Lógicamente los fariseos consideraban a los herodianos como inmundos y evitaban su compañía. Todo lo que ellos defendían representaba un ataque a los valores morales y espirituales de Israel. De hecho, la secta de los fariseos había surgido como un movimiento de resistencia contra este tipo de influencias paganas. Sus complicadas leyes tenían como finalidad levantar barreras a su alrededor para que los paganos no les contaminaran. Creían que la cultura griega estaba corrompiendo la sociedad judía y defendían un regreso a los valores bíblicos.

Podríamos decir que unos representaban el poder político y los otros el religioso, unos eran inmorales y defendían una cultura secular mientras que los otros eran puritanos religiosos. Pero por diferentes intereses personales, todos ellos estaban contra Jesús y llegaron a la conclusión de que era necesario deshacerse de él.

En todo caso, resulta insólito este acuerdo repentino entre ellos. ¡Qué triste alianza! ¡Preferían tratarse entre ellos antes que con Jesús!

Esta unión nos lleva al final de una sección donde la oposición contra el Señor ha llegado a un punto álgido. Como acabamos de ver, herodianos y fariseos representaban el poder político y religioso, los inmorales y los moralistas, pero a todos ellos les molestaba el evangelio de Jesucristo, exactamente igual que en nuestros días.

La postura cristiana frente al día de reposo

A la luz de estos pasajes, algunos han llegado a la conclusión de que el día de reposo se relaciona con el pueblo de Israel, pero que Jesús vino para acabar con él y sus prácticas legalistas y restrictivas, introduciendo en su lugar una visión más liberal. Como prueba utilizan la frase de Jesús: *“El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo”* (Mr 2:27). Llegan así a la conclusión de que Cristo nos ha liberado de este y de cualquier otro mandamiento. Y es probable que a muchos les agrade esta visión de un Jesús liberal, pero lo cierto es que el Señor nunca criticó o abolió el día de reposo. Lo único que sí hizo fue liberar el sábado de las normas legalistas y absurdas que los fariseos habían impuesto sobre él.

Por otro lado, un tema que ha generado bastante controversia en nuestro tiempo tiene que ver con el día en que los cristianos debemos celebrar el día de reposo. O dicho de otro modo, ¿por que los judíos guardaban el sábado y los cristianos el domingo?

Para contestar a esta pregunta debemos recordar que el día de reposo se relacionaba directamente con la creación del mundo.

(Gn 2:2) “Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo.”

Es importante subrayar que el verbo hebreo *“reposar”* significa *“cesar o terminar”*. No quiere decir que Dios tuvo que descansar por el agotamiento que la creación le produjo (Is 40:28), sino que reposó porque había terminado toda su obra. Es como el pintor que una vez finalizado su cuadro se sienta para admirarlo. Así lo hizo Dios, y concluyó que todo *“era bueno en gran manera”* (Gn 1:31). De aquí surgió siglos después el mandamiento acerca del día de reposo (Ex 20:8-11).

Ahora bien, este día de reposo que Dios celebró en ese momento ya no existe. Recordemos que era consecuencia de una obra perfectamente terminada. Pero poco después de ese momento, con la entrada del pecado en el mundo, la creación fue arruinada y Dios tuvo que volver a *“trabajar”*. Eso es lo que el Señor Jesucristo afirmó: *“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”* (Jn 5:17).

Pero hay un nuevo reposo, tal como anuncia el autor de Hebreos (**He 4:4-11**). Y ese reposo se relaciona con la obra de Cristo. Recordemos sus últimas palabras cuando moría en la cruz: “Consumado es” (**Jn 19:30**). Otra vez encontramos la plena satisfacción de Dios por haber completado perfectamente su obra. Así que, como consecuencia de ello, Cristo ascendió al cielo y se sentó: “*habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*” (**He 1:3**).

Por lo tanto, el nuevo reposo al que el creyente es invitado, no tiene que ver con el del séptimo día, cuando Dios terminó su creación, sino con el primer día de la semana, cuando Cristo resucitó después de haber completado la obra de nuestra salvación. Y así lo entendió la iglesia desde el principio y por eso cambiaron el sábado (el séptimo día), por el domingo (el primer día).

Preguntas

1. ¿Que era lo que les molestaba a los judíos de Jesús?
2. ¿Por qué fue el hombre con la mano seca a la sinagoga?
3. Reflexione sobre cómo interpretaban los judíos la ley del día de reposo y que implicaciones tenía.
4. Razone sobre lo que quiso decir Jesús con esta pregunta: “¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida o quitarla?”.
5. Comente la unión que surgió entre fariseos y herodianos.

La multitud a la orilla del mar - Marcos 3:7-12

(Mr 3:7-12) “Mas Jesús se retiró al mar con sus discípulos, y le siguió gran multitud de Galilea. Y de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, y de los alrededores de Tiro y de Sidón, oyendo cuán grandes cosas hacía, grandes multitudes vinieron a él. Y dijo a sus discípulos que le tuviesen siempre lista la barca, a causa del gentío, para que no le oprimiesen. Porque había sanado a muchos; de manera que por tocarle, cuantos tenían plagas caían sobre él. Y los espíritus inmundos, al verle, se postraban delante de él, y daban voces, diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Mas él les reprendía mucho para que no le descubriesen.”

Un resumen de la sección anterior

El pasaje que tenemos delante es un resumen que sirve de transición entre la sección que acaba de terminar (**Mr 1:16-3:6**) y la que comienza ahora (**Mr 3:7-6:6**). Será interesante, por lo tanto, que antes de continuar hagamos un breve repaso de lo que ha sido el ministerio del Señor Jesucristo hasta este momento.

Al principio de la sección anterior, el Señor había elegido a algunos de sus discípulos (**Mr 1:16-20**). A partir de ahí comenzó la formación de este pequeño grupo que le acompañaba en sus viajes por toda Galilea cuando él iba predicando el evangelio del reino de Dios.

I. La presentación de sus credenciales mesiánicas y su programa

El contenido de la enseñanza en esta primera etapa, giró en torno a la relación de Jesús con la religión judía de su tiempo, lo que sirvió para presentar sus credenciales y dar a conocer su programa mesiánico.

- Comenzamos viendo que su doctrina y la forma en que la enseñaba, tenían una autoridad totalmente superior a la de los escribas, y tal era así, que quienes le escuchaban quedaban asombrados porque nunca antes habían oído una explicación de la Palabra con ese poder (**Mr 1:22,27**).
- Nos mostró también su autoridad frente al diablo cuando echaba fuera a los demonios y no les permitía dar testimonio de él (**Mr 1:23-27**) (**Mr 1:34**) (**Mr 3:11-12**).
- En cuanto a su relación con el sacerdocio, vimos que se sujetaba a la ley y mandaba a un leproso que había sanado a que fuera al templo para que cumpliera con todo lo establecido por Moisés para su purificación. Pero al mismo tiempo, demostró que él era muy superior a los sacerdotes, porque mientras que ellos no podían hacer por el leproso nada más que unos pocos ritos religiosos, Jesús podía restaurarle completamente, tanto a nivel físico, como social y también espiritual (**Mr 1:40-45**).
- Y en relación al perdón de los pecados, los sacerdotes tenían que ofrecer continuamente sacrificios por el pecado, y los tenían que repetir una y otra vez porque nunca saldaban definitivamente el pecado ante Dios. Pero en contraste con esto, el Señor Jesucristo le dijo a un paralítico al que sanó: “Hijo, tus pecados te son perdonados” (**Mr 2:5**). Evidentemente, en cuando al perdón de pecados, Cristo podía hacer por el pecador mucho más que los sacerdotes.
- Pero no sólo era su poder para perdonar pecados en donde encontramos diferencias, también en su relación con el pecador había un fuerte contraste con la

actitud de los escribas y fariseos. Jesús se presentó como el Médico divino que se acercaba al pecador para salvarle, mientras que los religiosos se mantenían a distancia por temor a ser contaminados. Así que, a raíz de un incidente ocurrido en la casa de Leví, un publicano recién convertido, Cristo dejó claro que él había venido a buscar a los pecadores y no a aquellos que se sentían justos, en clara referencia a los religiosos judíos (**Mr 2:13-17**).

- También dejó claro que el Reino de Dios que él predicaba no se iba a establecer mejorando algunos ritos religiosos del judaísmo, tales como el ayuno. Él no había venido a reformar un sistema religioso caduco y apartado de Dios, sino a hacer algo completamente nuevo, tanto en lo exterior como en lo interior. Todo esto lo explicó por medio de varias parábolas que encontramos en (**Mr 2:21-22**).
- Pero las mayores controversias que Jesús tuvo con los judíos de su tiempo, tuvieron que ver con el día de reposo. La interpretación de la ley que ellos hacían se apartaba del propósito original de Dios (**Mr 2:27**), y llegaba a ser gravemente inmoral, tal como denunció el Señor (**Mr 3:4-5**). En este sentido él había venido a traer auténtico reposo a los corazones quebrantados.

Como vemos, todos estos incidentes de la vida de Jesús que de forma muy condensada nos ha ido narrando Marcos, nos sirven para aprender cuál era la relación del Reino de Dios que Jesús predicaba con el judaísmo de su tiempo. Pero al mismo tiempo, cada incidente sirve para enseñarnos quién es Jesús.

- Es el Maestro único, que no tiene comparación con los escribas (**Mr 1:22**).
- Los demonios le reconocían como "el Santo de Dios" (**Mr 1:24**).
- Su poder para sanar y echar fuera demonios no conocía límites (**Mr 1:34**).
- Como Dios tiene autoridad para perdonar pecados (**Mr 2:10-11**).
- Es el Médico divino que busca a los pecadores (**Mr 2:17**).
- Es el Esposo anunciado por los profetas (**Mr 2:19-20**).
- Viaja con sus discípulos en misión sagrada de la misma forma que el rey David lo hacía con sus hombres (**Mr 2:25-26**).
- Se declara como Señor del día de reposo y aun de todos los demás días (**Mr 2:28**).

2. La reacción de los líderes de Israel frente a Jesús

Aunque las credenciales de Jesús como el Mesías esperado eran asombrosas, ellos fracasaron en su misión de identificarle como tal, y en lugar de eso le criticaron constantemente.

(Mr 2:7) "¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?"

(Mr 2:16) "Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a los discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores?"

(Mr 2:18) "Y los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunaban; y vinieron, y le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan?"

(Mr 2:23-24) *“Un día de reposo, sus discípulos, andando, comenzaron a arrancar espigas. Entonces los fariseos le dijeron: Mira, ¿por qué hacen en el día de reposo lo que no es lícito?”*

Y finalmente le rechazaron con todo su odio:

(Mr 3:6) *“Y salidos los fariseos, tomaron consejo con los herodianos contra él para destruirle.”*

Como Jesús no aceptó sujetarse a la falsa autoridad de los líderes religiosos del judaísmo, ellos concluyeron que era una persona no grata. Por lo tanto, fariseos y herodianos, es decir, el poder religioso y el político del momento se unieron contra él con el propósito de destruirle.

Pero en realidad, no era Jesús quien tenía que sujetarse a los judíos, sino ellos a Jesús. Sus credenciales como Mesías de Israel eran muy claras y no dejaban lugar a la duda. ¿Por qué entonces no se sometieron a él? El apóstol Pablo hizo un diagnóstico muy preciso de la situación: *“Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Ro 10:3).*

3. ¿Cómo veía el pueblo llano a Jesús? ¿Qué pensaban de él?

Podemos decir que en general le admiraban:

(Mr 1:22) *“Y se admiraban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.”*

(Mr 2:12) *“... todos se asombraron y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa.”*

Pero sobre todo le buscaban para ser sanados por él:

(Mr 1:32-33) *“... le trajeron todos los que tenían enfermedades, y a los endemoniados; y toda la ciudad se agolpó a la puerta.”*

(Mr 3:8,10) *“... oyendo cuán grandes cosas hacía, grandes multitudes vinieron a él... porque había sanado a muchos; de manera que por tocarle, cuantos tenían plagas caían sobre él.”*

Quizá podríamos resumir diciendo que aunque su fama entre la población se había extendido por todas partes, en realidad le seguían de una forma muy interesada y superficial por los milagros que hacía.

Una nueva sección

A raíz de la fuerte oposición manifestada por los líderes religiosos judíos y de la superficialidad de las masas, el Señor Jesús estableció un cambio de estrategia que Marcos recoge en su evangelio. Tenemos por lo tanto una nueva sección **(Mr 3:7-6:6)** en la que vamos a ver cómo enfrentó Jesús este clima de oposición y odio.

I. Su actitud frente a los líderes religiosos y políticos

Como consecuencia inmediata del rechazo de los fariseos, Jesús se retiró de las sinagogas de los judíos y comenzó a desarrollar su ministerio a las orillas del Mar de Galilea **(Mr 3:7)**.

Esta es la primera referencia en Marcos al Señor *“retirándose”* para evitar una confrontación prematura con las autoridades judías. No había otra opción, a menos que Jesús quisiera verse involucrado en una colisión frontal con las autoridades religiosas que

habría precipitado el fin de su ministerio mucho antes de que sus discípulos tuvieran una comprensión adecuada de su Persona y su Obra.

2. Su actitud frente a las multitudes

La fama de Jesús había crecido hasta el punto de saltar las fronteras judías. El evangelista nos dice que las multitudes venían a él no sólo de Judea y Jerusalén, sino también de los países alrededor: Idumea al sur, Tiro y Sidón al norte, Decápolis y Perea al otro lado del Jordán al este (**Mr 3:7-8**).

Una gran multitud de personas necesitadas le buscaban y venían a él. Marcos hace notar que percibían sus necesidades mayormente en el ámbito de lo físico y no en el espiritual. Parece que tenían más interés en ver sus obras y recibir sus milagros que en oír sus palabras. Para ellos Jesús no era más que un sanador poderoso capaz de solucionar sus problemas.

Pero este tipo de religiosidad popular, caracterizada por una fe superficial, interesada y mágica, no agradaba a Jesús. De hecho, cuando él explicó los términos espirituales sobre los que iba a establecer su Reino, ellos finalmente le rechazaron y se volvieron atrás (**Jn 6:60-66**). Sin embargo, a pesar de todo esto, Jesús siempre estuvo dispuesto a sanarles, manifestando de esta forma su infinita misericordia.

Pero para el avance de su obra, esto no podía continuar indefinidamente de esta manera, así que comenzó a hacer diferencias. Hizo una clara separación entre "los que están afuera" y "los que están con él".

(Mr 3:31-32,34) *"Vienen después sus hermanos y su madre, y quedándose afuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan... Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos."*

Comenzó a enseñarles por medio de parábolas con la finalidad de hacer diferencia entre ellos.

(Mr 4:10-11) *"Cuando estuvo solo, los que estaban cerca de él con los doce le preguntaron sobre la parábola. Y les dijo: A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, por parábolas todas las cosas."*

(Mr 4:34) *"Y sin parábolas no les hablaba; aunque a sus discípulos en particular les declaraba todo."*

En realidad, el rechazo del pueblo judío y su falta de una aceptación adecuada de su persona, le llevó al establecimiento de un nuevo pueblo.

Es desde esta perspectiva que tenemos que considerar la elección de los doce apóstoles. De la misma manera que la nación de Israel se había fundado sobre los doce patriarcas, Jesús constituyó a los doce apóstoles como el fundamento o primeras piedras de un nuevo pueblo espiritual.

3. Su actitud hacia los demonios

De la misma manera que ya vimos en (**Mr 1:25**), Jesús prohibía a los espíritus inmundos que descubriesen quién era él. ¿Por qué?

- Los escribas rápidamente comenzaron a decir al pueblo que Jesús y los demonios eran aliados (**Mr 3:22**). Por lo tanto, si Jesús permitía a los demonios que le proclamasen, ¿no parecería que él mismo estaba confirmando las acusaciones de estos escribas?

- El no negaba que era el Hijo de Dios, pero quería controlar el tiempo y la forma de ser revelado como tal. Un adelanto habría traído consecuencias desastrosas que habrían acabado fácilmente en una revuelta popular y esta no era la meta de su ministerio.

Preguntas

1. Enumere y explique brevemente las diferencias que hemos visto hasta aquí entre el Reino de Dios que anunciaba Jesús y el judaísmo de su tiempo.
2. ¿Cómo ha presentado Marcos al Señor Jesucristo hasta este momento? Preste especial atención a sus atributos divinos y coloque las citas bíblicas.
3. ¿Cuál cree que fue la razón por la que los fariseos y herodianos decidieron destruir a Jesús?
4. Razone sobre la actitud de las multitudes que seguían a Jesús.
5. Explique brevemente cuál fue a partir de este momento la actitud de Jesús frente a los líderes religiosos y hacia las multitudes.

Elección de los doce apóstoles - Marcos 3:13-19

(Mr 3:13-19) “Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios: a Simón, a quien puso por sobrenombre Pedro; a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan hermano de Jacobo, a quienes apellidó Boanerges, esto es, Hijos del trueno; a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el cananista, y Judas Iscariote, el que le entregó. Y vinieron a casa.”

El Señor forma su nuevo pueblo

En el estudio anterior anticipamos que debido a la oposición de los líderes religiosos de Israel, el Señor iba a establecer un cambio de estrategia que empezamos a ver ahora. Ellos se habían negado a reconocer las credenciales mesiánicas de Jesús al tiempo en que persistían en quedarse con una religión que ellos habían adaptado a sus propios intereses. Ante una situación así, el Señor sólo podía hacer una cosa: crear un nuevo pueblo espiritual a partir de ese remanente fiel que le aceptaba como el Mesías de Dios. Es en este contexto en el que debemos entender la elección de los doce apóstoles como las primeras piedras de este nuevo edificio espiritual. Veamos cómo lo hizo.

1. “Jesús subió al monte”

El momento se revestía de una tremenda solemnidad, y haciendo alusión a las grandes decisiones de Dios para con su pueblo en el pasado, el Señor subió a la cima de un monte. Recordemos, por ejemplo, cuando Dios le dio la ley a Moisés en lo alto del monte Sinaí (**Ex 19:20**) (**Ex 24:12-18**).

Y por otro lado, pudiera ser también que otra de las razones para llevar a cabo esta decisión en lo alto de un monte fuera para que todos vieran lo que Jesús iba a hacer y gozara así de la mayor publicidad posible.

2. “El Señor llamó a sí a los que él quiso y estableció a doce”

En principio esto nos plantea algunas preguntas. ¿Por qué sólo a doce si había más para elegir como sabemos por (**Hch 1:21-22**)? ¿Hay alguna intencionalidad en el número “doce”? En las respuestas a estas preguntas están las claves para entender la importancia de lo que Jesús estaba haciendo.

En primer lugar nos llama la atención que no dice que eligió a “doce apóstoles”, sino que “estableció a doce”. Es verdad que más adelante serían conocidos como “los doce apóstoles”, pero aquí el énfasis recae en el número “doce”, con lo que el Señor tenía la clara intención de limitar la composición de este grupo especial. No eran los veinte o los mil, sino los doce. Tampoco iba a estar formado por un número indeterminado de personas. Además, como luego veremos, esas personas nos iban a ser presentadas por sus nombres.

Pero por otro lado, no puede negarse que el número doce tiene también profundas raíces en la historia de Israel. Su simbolismo sería obvio para cualquier judío. Su origen está en el número de los hijos de Jacob de los que se derivaban las doce tribus que constituían la totalidad de Israel. En Mateo y Lucas la referencia a Israel es explícita cuando Jesús promete a los Doce que se sentarán sobre (doce) tronos para juzgar a las *doce tribus* de Israel (**Mt 19:28**) (**Lc 22:30**). En Apocalipsis vuelve a aparecer la relación entre las doce

tribus de Israel y los doce apóstoles. Los apóstoles como cimientos de la nueva Jerusalén, la esposa del Cordero y los doce patriarcas como las puertas de la ciudad (**Ap 21:9-14**).

En conclusión, podemos decir que la importancia de este pasaje radica en el hecho de que Jesús estaba formando un nuevo pueblo, y que de la misma manera que en otro tiempo lo había hecho con Israel, escogiendo a los doce patriarcas, ahora escogía a doce apóstoles para la formación de su iglesia, su nuevo pueblo espiritual.

¿Cuáles son las características de este nuevo pueblo?

Si realmente estos Doce eran las primeras piedras que el Señor eligió para su nuevo edificio, podemos pensar que en alguna manera las demás deberán guardar algún parecido. ¿Cuáles eran estas características?

- Compartían la intimidad del Maestro. Fueron llamados a “*estar permanentemente con él*” (**Mr 3:14**).
- Habían creído en el reino de Dios que Jesús anunciaba (**Mr 1:14-15**) y habían tomado la decisión de formar parte de él. Para ello se habían arrepentido de sus pecados y habían creído en el Evangelio que él anunciaba. La renuncia a todo lo que tenían por estar a su lado era la evidencia más clara de este hecho.
- Eran formados por el Señor acerca de los misterios del Reino. Jesús daba una instrucción diferente para los de fuera y para los de dentro (**Mr 4:10-11**).
- Les dio una misión frente a los de afuera. Jesús instituyó Doce para enviarlos a predicar con autoridad para expulsar demonios (**Mr 3:14-15**).
- Eran servidores de Jesús. Vamos viendo cómo colaboraban con tareas materiales concretas, como procurarle una barca (**Mr 3:9**), un borrico (**Mr 11:7**), buscar y preparar la habitación para la Pascua (**Mr 14:16**); ayudan a Jesús a distribuir el pan (**Mr 6:41**) (**Mr 8:6**).
- Les dio autoridad para que hicieran lo mismo que él hacía.

La Iglesia se establece sobre el fundamento apostólico

Como acabamos de considerar, cualquier persona que quiera formar parte del nuevo “edificio espiritual” que el Señor había venido a formar, tendrá que compartir con los apóstoles las características mencionadas, sin embargo, también es cierto que hay otras cuestiones exclusivas para este grupo de doce que nunca más se pueden repetir y que hacen que este grupo sea único.

Lo más importante es que los Doce tenían que servir de enlace entre la Persona y la Obra de Cristo y los hombres a quienes había venido a salvar. Durante su ministerio terrenal Cristo les había hablado repetidamente de la necesidad de su muerte, su resurrección y la partida de esta tierra. Era necesario, por lo tanto, designar testigos para reunir y guiar a la iglesia después de su partida física.

Como parte fundamental de esta misión estaba el encargo de transmitir a las generaciones posteriores toda la verdad acerca de la Persona y la Obra de Jesús. Recordemos las últimas palabras del Señor Jesucristo a sus discípulos antes de ascender al cielo:

(Mt 28:18-20) *“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”*

Esta misión la llevaron a cabo fundamentalmente por medio de la predicación, pero si su testimonio había de perdurar de manera segura a lo largo de los siglos, sería necesario que fuera puesto por escrito, algo que ellos mismos se encargaron de hacer mientras todavía estaba vivos.

En este sentido, es importante subrayar que todo el Nuevo Testamento descansa sobre la autoridad apostólica. Por esa razón, cuando los líderes de las iglesias de los primeros siglos se preguntaban qué libros de los muchos que en aquel entonces circulaban por las iglesias debían ser considerados como autoritativos para la Iglesia, su principal criterio de selección fue que hubieran sido escritos por los mismos apóstoles o que contaran con su autoridad. Y por supuesto, detrás de la autoridad de los apóstoles estaba la autoridad del Señor Jesucristo que los escogió para esta misión.

Recordemos también que cuando el Señor Jesucristo estaba con estos doce en el aposento alto en la última noche antes de morir, les dijo que para llevar a cabo este importante encargo serían capacitados por el Espíritu Santo:

(Jn 14:26) *“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.”*

En este sentido, ellos habían de ser el fundamento humano de la Iglesia que se edifica sobre la piedra angular de Cristo.

(Ef 2:20) *“Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo.”*

(Ap 21:14) *“Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.”*

De estos hechos deducimos que no puede haber más apóstoles en este sentido limitado en que lo eran “los Doce”. La razón más evidente es que ninguna persona en la actualidad puede cumplir los requisitos que ellos cumplían. Recordemos que después de que Judas se suicidó, los apóstoles reunidos entendieron que este hecho había sido profetizado por las Escrituras del Antiguo Testamento, y también vieron allí el mandato de que debía ser sustituido por otro: **“Tome otro su oficio” (Hch 1:20)**. Ahora bien, notemos cuáles eran los requisitos que debería cumplir aquel que fuera a ocupar el lugar de Judas con los Doce:

(Hch 1:21-22) *“Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección.”*

Notemos varias cosas importantes. En primer lugar, la sustitución de Judas fue la única que había sido profetizada por el Antiguo Testamento, por esa razón, cuando los otros apóstoles empezaron a morir, no se buscó a otros sustitutos para ellos, como por ejemplo en el caso de Jacobo que encontramos en **(Hch 12:2)**. Y en segundo lugar, una vez que pasó el primer siglo, ya no había nadie que pudiera cumplir los requisitos que cumplían los doce apóstoles; como era haber acompañado a Jesús desde el ministerio de Juan el Bautista hasta su resurrección.

Por lo tanto, nadie en nuestro tiempo puede tener esa misma autoridad que el Señor Jesucristo les dio a estos doce hombres. Ni el papa de la Iglesia Católica puede ser el sucesor del apóstol Pedro, ni los doce apóstoles mormones son los sucesores de los doce apóstoles designados por el Señor Jesucristo.

Pero una vez dicho esto, debemos recordar también que el término “apóstol” proviene del griego y significa “*enviado*”. Los Doce eran apóstoles porque fueron enviados por el Señor a predicar la Palabra con su autoridad. Y en un sentido limitado, podríamos decir que cualquier cristiano en nuestros días que sea llamado por el Señor a esta labor de ir a predicar la Palabra, podría ser considerado un apóstol. En la actualidad, el término que usamos generalmente para este tipo de personas es el de “misionero”. Sin embargo, alejándose de este sentido original, muchas iglesias evangélicas prefieren seguir usando el término “apóstol” con el fin de establecer una categoría superior dentro del liderazgo de la iglesia. Y si fuera cierto que algunos buscan ser reconocidos por ciertos títulos a fin de recibir mayor gloria y prestigio dentro de la iglesia de Cristo, deberían tener en cuenta las palabras del mismo Señor:

(Mt 23:8-12) “Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”

El llamamiento

1. “Jesús llamó a sí a los que él quiso”

La obra de los Doce empieza en la voluntad soberana del Maestro, lo que le confiere una autoridad y eficacia que no podría tener de ningún otro modo. El apóstol del Nuevo Testamento es un hombre escogido, no por la comunidad, sino por Jesús mismo.

Por otro lado, el llamado del Señor no fue sobre la base de algún mérito en ellos, sino por su gracia. Ninguno merecía estar entre los apóstoles. Si lo estaban, era por la misericordia de Cristo.

2. “Y vinieron a él”

El llamamiento de Dios obra conjuntamente con la libre voluntad de los hombres dispuestos a escucharlo. Ellos lo eligieron sólo después de que él los eligiera a ellos. La noche en que le arrestaron, Jesús les dijo a sus discípulos: **(Jn 15:16)** “*No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros...*”

Una pregunta que algunos se han hecho tiene que ver con la posibilidad de que aquellos hombres pudieran haber rechazado este llamamiento. En relación a esto la teología calvinista afirma que el llamamiento divino es irresistible, y por lo tanto, ellos no podían negarse a ir a él. Pero esto no parece coincidir con lo que vemos en otras partes de la Palabra. Recordemos lo que Esteban les dijo a los judíos:

(Hch 7:51) “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros.”

Y lo que dijo el mismo Señor Jesucristo en su lamento sobre Jerusalén:

(Lc 13:34) *“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!”*

Cristo quería bendecir a los israelitas, del mismo modo que quiere bendecir a toda la humanidad, porque él es bueno, pero tantas y tantas veces el hombre se resiste a los planes de Dios. Notemos el asombroso contraste entre el “quise” de Cristo y el “no quisisteis” de los judíos.

Y lamentablemente, lo mismo ocurre en muchas ocasiones en nuestras propias vidas. Dios nos capacita y nos llama a determinados servicios y nosotros le resistimos. No debemos olvidar que el llamamiento divino no anula nuestra responsabilidad.

3. “Para que estuvieran con él”

No había nada maravilloso en los hombres mismos; fue su relación con Jesús lo que los hizo grandes. Y de igual modo podemos decir que no existe ningún servicio eficaz que podamos llevar a cabo si no surge de una relación personal con el Señor. Esta es una verdad fundamental, pero fácil de olvidar. Recordemos lo que les dijo el Señor en otra ocasión:

(Jn 15:4-5) *“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.”*

Con frecuencia olvidamos esta importante verdad y nos lanzamos a hacer una y mil cosas para el Señor en un frenético activismo. Pero nada de todo eso producirá un fruto permanente si no es el resultado de una comunión previa con el Señor.

En el pasaje que estamos estudiando notamos que el Señor no los envió inmediatamente a la obra, eso no ocurrió hasta **(Mr 6:7)**. La razón de esto es que primero quería que estuviesen cerca de Él, para aprender de Él.

La misión de los doce

1. “Para enviarlos a predicar”

Una vez que hubieran aprendido de Cristo llegarían a ser enviados a proclamar las riquezas del evangelio en su nombre. Los que reciben deben transformarse en dadores. Con esto se subraya el carácter misionero de la elección.

Y notemos también que su labor prioritaria debería consistir en la predicación de la Palabra. Todo lo que habían aprendido de Cristo deberían enseñarlo al mundo. Con esto se relaciona el último mandamiento que el Señor les dio antes de ascender al cielo:

(Mt 28:18-20) *“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”*

Quizás en este momento sea imprescindible subrayar que lo que debemos predicar es la Palabra. Nuestras propias experiencias pueden resultar entretenidas y servir en ocasiones para ilustrar los principios bíblicos, pero en sí mismas no tienen el poder transformador que sólo tiene la Palabra de Dios. Una vez más debemos recordar las palabras de Cristo en su oración al Padre:

(Jn 17:17) *“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad.”*

2. “Les dio autoridad”

Junto con el llamamiento recibieron el poder sobrenatural que serviría para dar testimonio ante los hombres de que Dios estaba hablando por medio de ellos.

(2 Co 12:12) *“Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros.”*

La autoridad que les dio era tan real que Jesús llegó a decir:

(Mt 10:40) *“El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.”*

Al darles esta autoridad, el Señor estaba indicando que los estaba invitando a ser partícipes de su ministerio, como colaboradores en la tarea de proclamar el Reino. ¡Qué tremendo privilegio! La misión de los Doce es una participación en la misión de Cristo.

3. “Y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios”

Como su Maestro, ellos también tenían que manifestar el carácter del Reino restaurando los pobres cuerpos de los enfermos a su estado normal de salud.

Y además, como el diablo había establecido su autoridad sobre los hombres por medio del pecado, parte de su misión consistiría en echar fuera a los demonios. De este modo iban a demostrar de una forma palpable que la victoria final sobre el poder de Satanás estaba cerca.

Las características del grupo

- Seguramente estos hombres eran bastante jóvenes. La mayoría de ellos estarían aún en sus veinte y tantos años cuando salieron en pos de Jesús.
- El grupo era muy heterogéneo, en él se encontraban los dos extremos: Mateo era cobrador de impuestos del odiado Imperio Romano, era un renegado y un traidor a sus compatriotas. Simón el Cananista, al que Lucas llama correctamente el Zelote, formaba parte de un grupo de nacionalistas ardientes y violentos que se comprometían hasta a cometer crímenes y asesinatos para librar a su país del yugo extranjero.
- Eran galileos. Una región a la que los judíos de Jerusalén miraban con bastante desprecio.
- Eran gente corriente. Sus actividades se desarrollaban en el mundo cotidiano. Tenían los problemas de la gente común.
- Eran hombres sin ventaja social alguna. No eran ricos, ni tenían posición social especial.
- No tenían una cultura elevada. No tenían una preparación teológica especial ni una posición elevada en el judaísmo.
- En ocasiones mostraron sus muchas debilidades y torpezas. Es que Jesús nunca ve lo que un hombre es, sino lo que puede llegar a ser.
- Tenían caracteres muy diferentes. Jacobo y Juan, los hijos del trueno. Pedro era el tipo de persona que primero actuaba y luego pensaba.

- Sus vidas y ministerios fueron muy diferentes. Jacobo sirvió muy poco tiempo, y fue el primer apóstol en llegar al cielo; Juan sirvió largos años, y fue el último en partir a la presencia del Señor.
- Tenían algo especial: Amaban a Jesús. Habían decidido que Jesús era su Maestro. Querían seguir a Jesús a pesar del conflicto con los líderes religiosos.

La lista de los Doce

Con ligeras variaciones, esta lista de los nombres de los apóstoles es igual a la de **(Mt 10:2-4) (Lc 6:14-16) (Hch 1:13)**. Parece que los nombres se presentan en grupos de tres, formando los tres primeros un círculo íntimo que acompañaron al Señor en algunas ocasiones que los otros no. El caso de Judas constituye un enigma.

¿Qué sabemos de estos hombres?

- Andrés: Fue el hermano de Pedro y quien lo llevó a los pies del Señor **(Jn 1:41-42)**. Su nombre es griego; viene de la palabra, “aner”, que significa “hombre”.
- Felipe: Otro de los primeros seguidores de Cristo **(Jn 1:43)**. También era de Betsaida, la ciudad de Pedro y Andrés. Fue la persona que trajo a Natanael al Señor **(Jn 1:45)**. Su nombre es griego, y significa “amante de caballos”.
- Bartolomé: Otro nombre para Natanel **(Jn 1:45)**, quien era de Caná de Galilea **(Jn 21:2)**.
- Tomás: También conocido como “Dídimo” **(Jn 11:16)**. Ambos nombres significan, “mellizo”; el primero en arameo, el segundo en griego. Este fue el discípulo que expresó dudas acerca de la resurrección de Cristo.
- Jacobo hijo de Alfeo: Conocido como “Jacobo el Menor” **(Mr 15:40)**, quizá por haber sido menor en edad que el otro Jacobo (otros sugieren, que era de menor estatura). Aunque Mateo (Levi) también era “hijo de Alfeo” **(Mr 2:14)**, no parece haber sido hermano de este Jacobo.
- Tadeo: En **(Lc 6:16)**, es llamado “*Judas hermano de Jacobo*”. “Tadeo” podría haber sido su apellido.
- Simón el cananista: La palabra “cananista” no debe ser confundida con “Cananeo” (un habitante de Canaan). El término proviene de la palabra hebrea, “kana”, que significa “celoso” o “fanático”. Los Zelotes eran “celosos” o “fanáticos” por la ley de Dios, y se atribuyeron el derecho de castigar a las personas que infringían la ley. Posteriormente, este grupo ofreció tremenda resistencia a los romanos. No sabemos nada más de este personaje. Es el único discípulo del cual no leemos nada fuera de la lista de los doce apóstoles.
- Judas: El nombre, “*Isariote*”, significa “el hombre de Keriot”, que era un pueblo en Judá. Una pregunta importante es, ¿qué llevó a un hombre escogido por Cristo y dotado con autoridad espiritual a traicionar al Señor? Probablemente fueron los sueños frustrados de querer socavar el poder de los romanos. Posiblemente influyó también su avaricia.

¿Por qué, entonces, escogió el Señor a Judas? La razón principal es porque esa era la voluntad del Padre. Dios deseaba lo mejor para Judas, pero él rechazó sus propósitos. Lo cierto es que de este modo cumplió la Escritura **(Hch 1:16-19)**.

Algunos afirman que al escoger a Judas, el Señor nos estaba enseñando también que siempre habrá falsos maestros, ocupando puestos en la iglesia.

“Y vinieron a casa”

Jesús con sus apóstoles se retiraron a la casa. Así comenzaban a estarle más estrechamente unidos y mejor agrupados entre sí, dando evidencia de la efectividad de su llamamiento.

Enlaza con los siguientes acontecimientos. Al llamar estas personas a su lado, el Señor se estaba distanciando de su propia familia **(Mr 3:20-21) (Mr 3:31-35)**.

Conclusión

Es asombroso que el Señor Jesucristo escogiera a un grupo de hombres tan comunes, llenos de debilidades y de aristas, con poca educación, plagados de celos y envidias para que fuesen sus representantes en la tierra. Pero ciertamente, el Señor no los escogió por lo que ellos eran en el momento de ser llamados, sino por lo que iban a ser después. La vida de cada uno de aquellos hombres, con la excepción de Judas, demuestra lo que la gracia de Dios puede hacer con hombres ordinarios. Los mismos dirigentes de Israel lo reconocieron al ver *“el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús”* **(Hch 4:13)**. Aquellos hombres fueron transformados por el poder del Mesías. Sus pecados fueron perdonados y sus vidas llenas del Espíritu Santo para que proclamasen el mensaje del Reino primero a la nación de Israel y luego al resto del mundo.

Preguntas

1. ¿Por qué el Señor escogió a doce apóstoles y no a más?
2. ¿Cuáles eran las características de los doce apóstoles que todos los cristianos debemos imitar?
3. ¿Qué características especiales tenían los doce apóstoles que los demás creyentes no tenemos?
4. ¿En qué consistía la misión de los doce?
5. Comente cuáles eran las características de este grupo. ¿Cuál de todas ellas le parece la más importante?

La blasfemia contra el Espíritu Santo - Marcos 3:20-30

(Mr 3:20-30) “Y se agolpó de nuevo la gente, de modo que ellos ni aun podían comer pan. Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí. Pero los escribas que habían venido de Jerusalén decían que tenía a Beelzebú, y que por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios. Y habiéndolos llamado, les decía en parábolas: ¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer. Y si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer. Y si Satanás se levanta contra sí mismo, y se divide, no puede permanecer, sino que ha llegado su fin. Ninguno puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata, y entonces podrá saquear su casa. De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean; pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno. Porque ellos habían dicho: Tiene espíritu inmundo.”

Introducción

Nos encontramos ante un pasaje muy serio. Fijémonos como al final del incidente narrado aquí, el Señor dijo que cualquiera que cometiera el pecado que él describió como la blasfemia contra el Espíritu Santo, *“no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno”*. ¿Por qué un veredicto tan grave y definitivo? ¿En qué consiste la blasfemia contra el Espíritu Santo? Para entender lo que Jesús quiso decir debemos considerar las circunstancias.

Por un lado, ya hemos tenido ocasión de ver que el Señor había desarrollado un amplio ministerio a lo largo de toda Galilea en el que había manifestado suficientes evidencias de ser el Mesías: su enseñanza, sus continuos milagros de sanidad o el poder con el que echaba fuera a los demonios eran pruebas inequívocas de que Jesús era el Mesías anunciado por las Escrituras.

Sin embargo, aun después de haber recibido tanta luz, su respuesta fue de rechazo. Pero no cualquier tipo de rechazo: lo trataron como si estuviera loco y endemoniado.

- *“Los suyos vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí”*
- *“Los escribas... decían que tenía a Beelzebú”*

Habían llegado demasiado lejos, y el pasaje nos enseña que hay un punto desde el que ya no hay posibilidad de retornar.

El veredicto de “los suyos”

Nuevamente nos encontramos con el Señor Jesucristo entregado de manera absoluta a su ministerio, al punto de que ya no le quedaba tiempo ni siquiera para comer. *“Los suyos”* habían llegado a tener conocimiento de la situación y decidieron que Jesús había perdido el juicio y que ya era hora de llevárselo a casa. No sabemos si *“los suyos”* son *“su madre y sus hermanos”* que son mencionados a continuación en **(Mr 3:31)** o tal vez otros familiares o personas cercanas a él venidos de Nazaret. En cualquier caso, esta reacción apunta a una incomprensión muy seria acerca de la Persona de Cristo.

Así que el Señor sabía por su propia experiencia lo que más tarde dijo que tendrían que enfrentar también aquellas personas que quisieran seguirle: **(Mt 10:36)** *“Y los enemigos del hombre serán los de su casa”*. Sin duda, este tipo de desprecio cuando viene de un amigo o familiar es muy difícil de afrontar. Pero encontramos un fuerte consuelo en saber que nuestro Salvador nos entiende porque él mismo también pasó por esa situación.

Al mismo tiempo, aprendemos otra lección que se repite constantemente: la gente del mundo cuando ven que una persona se consagra al Señor para vivir enteramente para él, les parece que está loco, que está fuera de sí, que es un fanático... ¡Cuántas veces pasa esto con los creyentes! Cuando se dedican a las cosas de Dios, cuando muestran entusiasmo por adorar a Dios y servirle, eso es considerado fanatismo. Sin embargo, si un hombre se emborracha, si gasta todo su dinero en fiestas, si anda con mujeres..., eso es considerado normal y hasta se alaba. Pero servir a Dios con fervor es una buena “locura”. Lo triste es que sea tan infrecuente. ¡Cómo cambiaría este mundo si todos los cristianos estuvieran *“fuera de sí”* como lo estaba el Maestro!

Pero aun podemos preguntarnos: ¿Qué hizo que su familia pensara así? ¿Por qué pensaron que su comportamiento era el de un loco?

- Tal vez porque había abandonado la seguridad y tranquilidad del taller de carpintería en Nazaret para convertirse en un predicador ambulante.
- O porque iba camino de llegar a una colisión frontal con los líderes religiosos judíos.
- Quizá porque las amistades que había escogido no les parecían muy recomendables.
- También parece que a su familia le importaba mucho lo que los demás estaban pensando de Jesús y sobre todo de ellos. Y tal vez les horrorizaba pensar en los riesgos que estaba asumiendo, y en esto, su familia estaba acertada: Jesús no buscaba su propia seguridad ni salvación.

El veredicto de los líderes religiosos

El relato acerca de los parientes de Jesús se ve interrumpido momentáneamente para tratar la reacción de otro grupo muy importante: *“los escribas”*. Marcos nos dice que estos escribas *“habían venido de Jerusalén”*. Suponemos que los escribas de la provincia de Galilea habían pedido ayuda de los doctores de la ley de Jerusalén con el fin de contrarrestar la gran influencia que el Señor Jesús ejercía en Galilea.

Estos líderes religiosos tenían la responsabilidad de dar alguna explicación a las sorprendentes obras que Jesús hacía. ¿Cuál sería su actitud? Bueno, en principio debemos notar que ni ellos, ni tampoco ningún otro representante oficial del Sanedrín, nunca pusieron en duda los milagros de Jesús o su poder para echar fuera los demonios. Este habría sido el camino fácil, pero era imposible negar algo que era tan evidente. Por eso, el que veinte siglos después la gente de nuestro tiempo no crean en los milagros de Jesús, no tiene la menor importancia cuando tenemos en cuenta que los mismos enemigos de Jesús que vivieron en su tiempo, no se atrevieron a poner en tela de juicio la veracidad de sus obras.

Pero el hecho de que hubieran visto sus milagros y los reconocieran como auténticos, no quería decir que fueran a reconocerle como el Mesías. Ellos de ninguna manera estaban dispuestos a sujetarse a su autoridad. Pero entonces, qué iban a decir sobre Jesús, porque todos allí estaban esperando el veredicto de sus autoridades religiosas venidas a tal efecto desde Jerusalén.

Parece que los escribas ya traían su respuesta preparada, así que no se hicieron esperar: *“Decían... que por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios”*. No estaban dispuestos a sujetarse a Jesús, así que su estrategia consistió en desacreditarle: le acusaron de estar endemoniado y de hacer sus milagros en colaboración con el mismo Satanás.

No deja de sorprendernos cómo el espíritu religioso, movido por sus propios intereses, puede llegar a estar tan ciego y ser tan malvado. Pero con esto coincide el diagnóstico que el mismo Jesús hizo: **(Jn 3:19-20)** *“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas”*.

Jesús muestra lo absurdo de la acusación de los escribas

Lo que los escribas dijeron no tenía sentido, no era más que un intento absurdo de negar lo evidente. Y esto ocurre una y otra vez con el hombre; es capaz de creerse cualquier cosa, por absurda que sea, con tal de negar a Dios.

Pero Jesús no estaba aliado con Satanás, sino que por el contrario se le oponía e incluso lo había sometido, triunfando sobre él. Para que lo entendieran, les puso dos pequeñas ilustraciones.

1. *“Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer.”*

Cristo compara el reino espiritual de Satanás con un reino humano, con el fin de resaltar la insensatez de la idea presentada por los escribas. Si hay una disensión interna en un reino, ese reino no puede durar mucho. Si hay peleas continuas entre el esposo y la esposa, el matrimonio no durará. Si hay divisiones dentro de una iglesia local, ésta no durará. Si Satanás está en guerra con sus propios demonios, entonces está acabado como poder a tener en cuenta, porque ha empezado una guerra civil en su reino.

Este mundo no es el escenario de una división dentro del reino de Satanás, sino el de un terrible conflicto entre el poder del mal y el poder de Dios, entre el reino de Cristo y el de las tinieblas.

2. *“Ninguno puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata”*

Supongamos que alguien quiere robar en la casa de un hombre muy poderoso. No hay manera de hacerlo hasta que haya sometido a ese hombre poderoso. Cuando le tiene bien atado, entonces podrá dismantelar sus bienes, pero no antes. Lo que no tiene sentido es pensar que el dueño de la casa preste su ayuda al ladrón para que le robe. Y esto era precisamente lo que los escribas estaban diciendo: que el diablo estaba ayudando a Jesús a liberar las almas que éste tenía aprisionadas.

El profeta Isaías expresó la misma idea de esta forma:

(Is 49:24-25) *“¿Será quitado el botín al valiente? ¿Será rescatado el cautivo de un tirano? Pero así dice Jehová: Ciertamente el cautivo será rescatado del valiente, el botín será arrebatado al tirano; y tu pleito yo lo defenderé, y yo salvaré a tus hijos.”*

Jesús había encontrado al hombre fuerte, Satanás, y allí en el desierto le venció **(Mr 1:13)**. Desde entonces había recorrido toda aquella región estropeando, frustrando y anulando sus malévolas obras **(Mr 1:23-26)** **(Mr 1:34)** **(Mr 3:11-12)**.

Jesús es mucho más poderoso que el diablo, tiene el poder para atarle y también para deshacer todas sus obras: **(1 Jn 3:8)** “... Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo”. El propósito final del Señor es liberar a las almas y los cuerpos de los seres humanos que están bajo el dominio de Satanás. A esto se refiere cuando dice que “saquea su casa”.

Jesús enjuicia a los escribas

Los escribas tenían una gran responsabilidad. Ellos conocían de primera mano que todo el ministerio de Jesús era una demostración directa y clara del Espíritu Santo. El mismo Nicodemo, un principal entre los judíos lo había dicho: **(Jn 3:2)** “Sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”.

Pero ahora ellos, teniendo delante de sí mismos toda la evidencia, habían emitido un juicio condenatorio sobre Jesús. Le trataron de la peor forma posible, dijeron que estaba endemoniado y que era un aliado del mismo Beelzebú. Esta decisión, una vez tomada deliberadamente sería irreversible, y haría imposible cualquier arrepentimiento.

Pero, ¿por qué era tan grave? ¿por qué dijo Jesús que este pecado no sería jamás perdonado, pero sí todos los demás?

Para comenzar, fijémonos en cómo llamó Jesús a este pecado: “la blasfemia contra el Espíritu Santo”. ¿Por qué se refirió a él de esta manera? Porque lo que estaban haciendo era resistir al Espíritu Santo. Esteban, antes de ser apedreado por dar testimonio de Jesús les dijo lo mismo: **(Hch 7:51)** “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros”.

Entonces tenemos que preguntarnos cuál era la obra del Espíritu Santo que ellos estaban resistiendo.

En las Escrituras el Espíritu Santo tiene dos funciones principales: Revelar la verdad de Dios a las personas y capacitar a las personas para hacer la obra de Dios. Por lo tanto, cuando acusaron a Jesús de estar endemoniado, estaban resistiendo la revelación que el Espíritu Santo estaba dándoles acerca del Señor Jesucristo y de la naturaleza de sus obras.

(Jn 16:8-11) El Espíritu Santo “convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.”

Si ellos estaban resistiendo de esta manera la obra del Espíritu Santo, ¿qué más podría hacer Dios para convencerles de su pecado y llevarles al arrepentimiento y al perdón? El Espíritu Santo había presentado delante de ellos el testimonio más claro posible de la Persona de Cristo, si lo rechazaban conscientemente, no había nada más que Dios les pudiera ofrecer. Si lo que Dios hacía por ellos para llevarles a la salvación, ellos lo interpretaban como obra del mismo Satanás, ¿qué más podía hacer Dios contra eso? Con esto cerraban la puerta definitivamente al Espíritu Santo.

El asunto que estamos tratando es realmente serio: hay un estado de endurecimiento que incapacita al alma para el arrepentimiento. Todos recordamos el caso de Faraón en Egipto. Él se fue endureciendo ante cada nueva evidencia del poder de Dios que su siervo Moisés le mostraba, hasta que llegó un momento cuando Dios mismo consideró que

había traspasado el límite y entonces ya no hubo retorno. Pero para el ladrón, el adúltero, el homicida hay esperanza. El mensaje del evangelio puede hacerle exclamar, “¡Oh Dios, ten misericordia de mí, pecador!”. Pero cuando un hombre se ha endurecido, de modo que está decidido a no prestar atención alguna a los impulsos del Espíritu, ni siquiera a escuchar sus ruegos y advertencias, se ha colocado a sí mismo en el camino que lleva a la perdición.

Algunas consideraciones sobre la blasfemia contra el Espíritu Santo

Pecar contra el Espíritu Santo no es una acción o afirmación aislada, sino una actitud firme de hostilidad abierta hacia Dios que rechaza su poder salvador. Al tratarse de una actitud interna del corazón, que sólo Dios conoce en última instancia, ningún hombre se debe aventurar a hacer juicios sobre otros en el sentido de que tal persona ha blasfemado contra el Espíritu Santo.

También se le llama “*pecado de muerte*” (1 Jn 5:16) (He 6:4-8). Y tiene su analogía en el Antiguo Testamento, donde Dios habla de un pecado cometido “*con soberbia*”. No había sacrificio que se podía ofrecer para expiar tal pecado. Por ende, la persona que cometía dicho pecado “*será cortada de en medio de su pueblo, por cuanto tuvo en poco la palabra de Jehová*” (Nm 15:30-31).

Este versículo ha preocupado a muchos creyentes, quienes temen haber cometido este pecado imperdonable. Pero cuando una persona está realmente preocupada por este asunto, está demostrando por su comportamiento, que no ha cometido dicho pecado.

En otras ocasiones escuchamos de personas que dicen que nunca debemos cuestionar si algún ministerio (por ejemplo de sanidad), realmente se está desarrollando en el poder del Espíritu Santo, por el peligro de estar blasfemando contra el Espíritu Santo. Ante tal “chantaje espiritual”, hay que recordar lo que leemos en (1 Jn 4:1), donde dice que debemos probar los espíritus, para ver si son de Dios. Por lo tanto, “probar” los espíritus no es sinónimo de “blasfemar contra el Espíritu Santo”. Sin embargo, al evaluar dichos ministerios, debemos guardar nuestros corazones, de no estar “cerrados” al obrar del Espíritu Santo en la vida de otro creyente.

Blasfemar es hablar mal de Dios, es rebajar su dignidad deliberadamente, insultarle. De esto aprendemos dos cosas muy importantes:

- El Espíritu Santo es una Persona y no una fuerza impersonal como algunos dicen.
- El Espíritu Santo es Dios, por eso la blasfemia contra él es un pecado muy grave.

Para blasfemar contra el Espíritu Santo no es necesario ser un depravado moral, y estar inmersos en todos los vicios posibles. Recordemos que el Señor se estaba dirigiendo a personas muy religiosas, moralmente rectos según los criterios del mundo, meticulosos en sus expresiones religiosas.

“Es reo de juicio eterno”

Notemos finalmente que el Señor Jesús habló de la condenación eterna y de la posibilidad de que un hombre quede eternamente en el infierno. Esta es una verdad terrible, pero es una verdad, y no podemos cerrar los ojos ante ella, ni engañarnos pensando que es imposible que un Dios de amor nunca permitiría que nadie vaya al infierno.

Preguntas

1. ¿Por qué querían prender a Jesús los suyos?
2. ¿Qué podemos aprender del hecho de que Jesús fuera incomprendido por los suyos?
3. ¿Cuál fue el veredicto al que llegaron los escribas sobre Jesús? Comente si le parece correcto y explique sus razones.
4. ¿En qué consiste la blasfemia contra el Espíritu Santo y por qué no hay perdón para ese pecado?
5. Nuestro texto habla del infierno. Busque otros tres lugares en la Biblia donde se trate también de él. No olvide transcribir las citas bíblicas.

La madre y los hermanos de Jesús - Marcos 3:31-35

(Mr 3:31-35) *“Vienen después sus hermanos y su madre, y quedándose afuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan. El les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.”*

La madre y los hermanos de Jesús

En el pasaje anterior ya vimos que los suyos querían persuadir a Jesús para que dejase una obra que estaba produciendo mucha conmoción. En aquella ocasión, “los suyos”, que probablemente no fueran sus familiares más directos como aquí, querían apartarlo del ministerio que estaba llevando a cabo, usando para ello la fuerza si fuera preciso: “Los suyos vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí” **(Mr 3:21)**. En el pasaje que tenemos delante ahora, son su madre y sus hermanos quienes vienen a buscarle, y aunque su actitud parece menos agresiva, sin embargo la finalidad es la misma: “Tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan”.

Por otras partes de la Escritura sabemos que los hermanos de Jesús no creyeron en él durante su ministerio terrenal.

(Jn 7:5) *“Porque ni aún sus hermanos creían en él”*

Sin embargo, después de la resurrección de Jesús su actitud cambió radicalmente.

(Hch 1:14) *“Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos.”*

Debemos entender que por el hecho de ser sus familiares directos no por eso se iban a convertir en sus discípulos de forma automática. Ellos, al igual que todas las demás personas, tuvieron que pasar por un proceso que les llevó a creer en Jesús y aceptarle como su Salvador. Y si bien es cierto que tuvieron el enorme privilegio de convivir directamente con el Señor, tal vez ese mismo hecho se convertía en ocasiones en un obstáculo para ellos.

Lo que estaba fuera de toda duda, es que aquella familia no era una familia corriente; la presencia del Hijo de Dios encarnado en el hogar hacía que fuera única. Y aunque no sabemos cuánto sabían sus hermanos acerca de su nacimiento sobrenatural, pero lo que sí que es seguro es que observarían grandes diferencias entre Jesús y ellos mismos, que tal vez se traducirían en celos y envidias en más de una ocasión. Esto explicaría la tensión que se percibe en la conversación que Jesús mantuvo con sus hermanos cuando iban a ir a la fiesta de los tabernáculos, y que llevó a Jesús a decidir no ir con ellos **(Jn 7:1-9)**.

Pero finalmente todo debió encajar para ellos cuando el Señor resucitó. Pablo nos dice que después de su resurrección se apareció a Jacobo **(1 Co 15:7)**, uno de los hermanos del Señor y miembro destacado de la primera iglesia en Jerusalén **(Ga 1:19)**. Evidentemente esto cambió radicalmente su perspectiva de Jesús y cuando años más tarde escribió la epístola de Santiago, es hermoso leer cómo se refiere a su hermano:

(Stg 2:1) *“Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo...”*

Y tampoco para María tuvo que ser sencillo ser la madre del Hijo de Dios encarnado. Ella aceptaba con agrado que Dios quisiera utilizarla para el desarrollo de sus planes, pero al mismo tiempo vemos que en ocasiones no entendía lo que Jesús hacía, y su corazón de madre, que no quería ver sufrir a su hijo, hacía que a veces tomara decisiones equivocadas.

- Por ejemplo, sentimos admiración por ella cuando consideramos la actitud que mostró cuando el ángel del Señor le anunció que el Espíritu Santo vendría sobre ella y que concebiría un hijo que sería llamado Hijo de Dios (**Lc 1:26-38**).
- También cuando los pastores a los que se les habían aparecido los ángeles contaron a José y María todo lo que les habían dicho, ella tuvo una actitud muy sabia: (**Lc 2:19**) *“María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”*.
- Más tarde, cuando Jesús fue presentado en el templo y escucharon las palabras de Simeón, *“José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él”*. Aunque fue especialmente María la que escuchó algo que le dijo el anciano Simeón en lo que tendría que pensar por mucho tiempo y que no le sería fácil aceptar: *“Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones”* (**Lc 2:21-35**).
- Cuando Jesús cumplió los doce años, se quedó en el templo mientras sus padres sin darse cuenta regresaron a Nazaret. Unos días después, cuando después de preguntar por él volvieron a Jerusalén, se sorprendieron al verlo en medio de los doctores de la ley y su madre le dijo: *“Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia”*. Pero Jesús dijo algo que su madre no llegó a entender, aunque lo guardó en su corazón: *“¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”* (**Lc 2:41-52**).
- Y cuando llegó el momento en que ya era un hombre y comenzó su ministerio, María tuvo que adaptarse a la nueva posición que a partir de ese momento tendría que ocupar en relación a Jesús. Y esto, algunas veces le resultaba difícil. Por ejemplo, cuando Jesús y sus discípulos fueron invitados a una boda en Caná de Galilea, María parecía querer dirigir a Jesús, lo que él no permitió, y de hecho se dirigió a ella con cierta dureza: *“¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido me hora”* (**Jn 2:1-4**).
- También en el pasaje que tenemos delante en Marcos, tal vez estaba ocurriendo algo parecido. Su amor de madre, preocupada por su hijo, no le permitía dejar que fuera por un camino que le iba a causar problemas.
- Pero María era una mujer de fe, y aunque no siempre acertaba en su comportamiento (evidentemente no era fácil ser la madre del Señor), sin embargo, meditaba las cosas y tenía un corazón sumiso. Finalmente la encontramos reunida junto a los otros discípulos después de la resurrección de Jesús.

Jesús como hijo

Pero dicho todo lo anterior, también tenemos que decir que Jesús, en tanto que niño, fue un hijo obediente, y eso que sus padres no eran perfectos como él. ¡Qué ejemplo para muchos jóvenes rebeldes!

(Lc 2:51) *“Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos.”*

Y ni aun cuando ya fue adulto, tampoco rechazó sus deberes naturales como hijo humano. Cuando estaba muriendo en la cruz, sus últimas instrucciones fueron dirigidas a Juan para que cuidara de su madre (**Jn 19:25-27**).

En todo esto, Jesús fue un verdadero ejemplo de cómo debemos cumplir nuestras responsabilidades con nuestros padres.

(Ef 6:2) *“Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa.”*

(1 Ti 5:8) *“Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo.”*

Las prioridades del Señor

Pero a pesar de que fue un hijo humano ejemplar, nunca dejó que esto se interfiriera en el desarrollo del programa que su Padre Dios le había encomendado, dándole prioridad en todo momento. Ya hemos visto que lo dejó bien claro a la edad de doce años: *“En los negocios de mi Padre me es necesario estar”* (**Lc 2:49**).

Sólo cuando entendemos las prioridades del Señor, es que podemos comprender la actitud que Jesús manifestó en esta ocasión, porque de otra manera, habría sido una grave ofensa hacia una madre. No debemos olvidar que en la cultura del Medio Oriente, la presencia de la madre sería suficiente para que la persona dejara lo que estaba haciendo y fuera inmediatamente a atenderle. Sin embargo, la reacción del Señor fue otra. En forma casi despectiva, y con una aparente falta de respeto, pregunta: *“¿Quién es mi madre y mis hermanos?”* Claro, no lo hizo para molestar a su familia, sino para enseñar a sus oyentes las prioridades que el mensaje del reino de Dios conlleva.

En vez de levantarse inmediatamente para recibir a su madre y a sus hermanos, el Señor se quedó sentado, mirando a sus oyentes. Es evidente que para él, ellos eran los más importantes en ese momento, y, al parecer, no estaba dispuesto a dejarles para atender a su madre y hermanos, cuya intención él ya conocía; querían llevarle con ellos, a la fuerza, cortando así su ministerio de la Palabra.

Y cuando María y sus hermanos recibieran la contestación de Jesús, cuánto no les dolería, pero sin duda, mucho más le dolía a Jesús. ¡Cuánto hubiera deseado Jesús que María y sus hermanos estuvieran sentados con los demás escuchando la Palabra de Dios, y preocupándose por cumplir su voluntad!

La nueva familia espiritual

El Señor aprovechó este incidente para hacer una definición de la nueva familia espiritual. ¿Quiénes forman esta nueva familia espiritual?

El Señor hizo esta declaración *“mirando... alrededor”* y viendo en sus discípulos a los hombres y mujeres, que pese a sus limitaciones, se sometían a la voluntad de Dios, en tanto que su familia se quedaba afuera. Así pues, el requisito para formar parte de su familia espiritual es hacer la voluntad de Dios.

En el pasaje paralelo, Lucas añade que los que hacen la voluntad de Dios *“son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen”* (**Lc 8:21**). Y cuando le preguntaron los judíos sobre cuál era la voluntad de Dios, Jesús les contestó: (**Jn 6:29**) *“Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado”*.

Podemos resumir entonces que aquellos que forman su familia espiritual son los que creen en él, escuchan su Palabra y la obedecen.

El ser humano siempre ha tenido la tendencia a idealizar los lazos carnales que unían a Jesús con su familia terrenal, en especial con su madre, pero él siempre dio prioridad a los lazos espirituales.

(Lc 11:27-28) *“Mientras él decía estas cosas, una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste. Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.”*

En base a todo lo anterior, ¿cuál debe ser nuestra relación con la familia natural y con la espiritual?

Ya hemos visto que el Señor colocaba por encima de todo parentesco familiar la relación espiritual y por delante de todo lazo natural, los intereses de su Padre. Pero aún fue más lejos, llegando a decir que no aceptaría por discípulo a quien amara a su familia terrenal más que a él.

(Lc 14:26) *“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.”*

Es un hecho que el Reino de Dios establece nuevas prioridades en las relaciones de quienes quieren pertenecer a él. Los hermanos y las hermanas en el Señor están vinculados por la sangre de Cristo, la cual es un vínculo más fuerte que el que nos une en la carne.

Es evidente que con la familia carnal tenemos mucho en común: lazos sanguíneos, quizá la misma vivienda, mucho tiempo pasado juntos... pero lo que nos une con la familia de la fe es mucho más importante y permanente: la fe en un mismo Salvador, unas mismas creencias y experiencias, una esperanza común, propósitos, principios y un futuro eterno juntos.

Pero con mucha frecuencia, el hecho de que el creyente está más próximo a sus hermanos en la fe que a su familia incrédula, le crea muchas dificultades. En este pasaje vemos que el Señor mismo tuvo que pasar por la dolorosa experiencia de ser incomprendido y menospreciado por los suyos. ¡Y qué difícil tuvo que haber sido para él que su propia familia estuviera poniendo de alguna manera obstáculos a su ministerio!

Y él mismo anunció que este sería un principio general para todos los que le siguieran:

(Mt 10:36) *“Los enemigos del hombre serán los de su casa.”*

Pero no debemos olvidar que cuando por causa del Reino de Dios perdemos ciertas relaciones familiares, el Señor las suple con otras nuevas y más abundantes.

(Mr 10:29-30) *“Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna.”*

¡Cuántos creyentes despreciados por sus familiares, cuando han decidido a entregar su vida al Señor, se han hecho eco de las palabras del salmista!

(Sal 27:10) *“Aunque mi padre y mi madre me dejen, con todo, Jehová me recogerá.”*

Pero habiendo dicho todo esto, también debemos hacer una advertencia para no caer en extremos que tampoco agradan al Señor. Tendremos que tener cuidado de no aislarnos de nuestros familiares, especialmente cuando ellos no conocen a Dios, ni tampoco usar este pasaje como pretexto para no pasar tiempo con la familia. Sólo cuando nuestros familiares procuran estorbar nuestra obediencia a Dios, es que debemos seguir el ejemplo de Cristo.

El culto a María

Estas palabras de Cristo ponen en tela de juicio el lugar desmedido que María ocupa en la devoción católica. La Biblia simplemente no sustenta la veneración que tantos dan a María. En este pasaje, el Señor no la honra ni le da un lugar especial.

María tuvo que aprender, que desde que Jesús comenzó su ministerio, a pesar de ser la mujer que llevó al Señor en su vientre, ella ya no ocupa un lugar especial en su vida, sino que tuvo que someterse a las exigencias que Cristo hace de todo ser humano. ¡Cristo no tiene favoritos o allegados a Él!

Y aunque no la deshonoró como madre natural, pero sí que dijo que las relaciones espirituales toman precedencia sobre las naturales. Para el Señor era mucho más importante que María hiciera la voluntad de Dios que el hecho de que fuera su madre.

Por otro lado, el pasaje también refuta el dogma de que María fue virgen perpetuamente. Jesús tuvo hermanastros. Él era el primogénito de María, pero después le nacieron otros hijos e hijas: **(Mt 13:55) (Mr 6:3) (Jn 2:12) (Jn 7:3-10) (Hch 1:14) (1 Co 9:5) (Ga 1:19)**.

Preguntas

1. En relación a la persona de María, cite algunos textos bíblicos donde se aprecia su aceptación de la voluntad de Dios en su vida y otros donde se perciba cierta falta de comprensión de la obra que Jesús realizaba.
2. ¿Qué nos enseña Jesús como hijo?
3. ¿Le parece que la actitud de Jesús fue ofensiva con su madre al no querer salir a atenderla? ¿Por qué?
4. ¿Quiénes forman la nueva familia espiritual de Cristo?
5. ¿Qué cosas compartimos con la familia espiritual que no compartimos con la familia carnal?

La parábola del sembrador - Marcos 4:1-20

(Mr 4:1-20) *“Otra vez comenzó Jesús a enseñar junto al mar, y se reunió alrededor de él mucha gente, tanto que entrando en una barca, se sentó en ella en el mar; y toda la gente estaba en tierra junto al mar. Y les enseñaba por parábolas muchas cosas, y les decía en su doctrina: Oíd: He aquí, el sembrador salió a sembrar; y al sembrar, aconteció que una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y la comieron. Otra parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra. Pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Otra parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto. Pero otra parte cayó en buena tierra, y dio fruto, pues brotó y creció, y produjo a treinta, a sesenta, y a ciento por uno. Entonces les dijo: El que tiene oídos para oír, oiga.*

Cuando estuvo solo, los que estaban cerca de él con los doce le preguntaron sobre la parábola. Y les dijo: A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, por parábolas todas las cosas; para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan, y les sean perdonados los pecados. Y les dijo: ¿No sabéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas? El sembrador es el que siembra la palabra. Y éstos son los de junto al camino: en quienes se siembra la palabra, pero después que la oyen, en seguida viene Satanás, y quita la palabra que se sembró en sus corazones. Estos son asimismo los que fueron sembrados en pedregales: los que cuando han oído la palabra, al momento la reciben con gozo; pero no tienen raíz en sí, sino que son de corta duración, porque cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan. Estos son los que fueron sembrados entre espinos: los que oyen la palabra, pero los afares de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa. Y éstos son los que fueron sembrados en buena tierra: los que oyen la palabra y la reciben, y dan fruto a treinta, a sesenta, y a ciento por uno.”

Una nueva etapa en el ministerio de Jesús

Ya hemos considerado en un estudio anterior, que aunque el Señor todavía tenía su centro de operaciones en Capernaum y que desde allí alcanzaba las ciudades vecinas del litoral del Mar de Galilea, sin embargo, trasladó su predicación fuera del ambiente de la sinagoga al aire libre. Y en este pasaje, vamos a ver que también cambió su forma de predicar, ya que comenzó a enseñar por medio de parábolas.

¿Por qué estos cambios en el ministerio de Jesús?

Marcos nos ha presentado previamente la reacción negativa de los religiosos fariseos y también la de sus familiares (**Mr 3:6**) (**Mr 3:21**). Ellos habían tenido un enorme privilegio que no habían querido aprovechar. El mismo Hijo de Dios había estado enseñando y llevando a cabo grandes milagros en medio de ellos, pero en lugar de reconocerle como el verdadero Mesías, lo habían menospreciado. Rehusaron deliberadamente aceptar todas las credenciales que le identificaban como el Mesías y le rechazaron al punto de atribuir sus obras al mismo Satanás (**Mr 3:22**). Con esta actitud, los líderes del pueblo de Israel habían llegado más allá de todo arrepentimiento posible.

Pero no todos habían reaccionado de la misma manera. Muchos del pueblo todavía le seguían, y aunque es cierto que algunos lo hacían porque querían ser sanados de sus enfermedades o tenían otros intereses materiales, sin embargo, también había un grupo de discípulos que escuchaban su Palabra y aceptaban su autoridad. Esta situación llevó a Jesús a formar dos grupos claramente diferenciados:

- “*Los que estaban cerca de él con los doce*” (**Mr 4:10-11**), a los que les declaraba los “*misterios del reino*” que eran ilustrados por medio de las parábolas.
- “*Los que están fuera, por parábolas*” (**Mr 4:11**). No eran discípulos, no estaban abiertos a entender ni obedecer al señorío de Cristo. No es que el Señor los colocara fuera, sino que quedaban fuera por falta de deseos de entrar y entonces, no viendo más que la forma externa, no comprendían el mensaje espiritual de las parábolas.

¿Qué es una parábola?

El vocablo “parábola” proviene de un término griego que literalmente significa “colocar al lado de” con el propósito de hacer una comparación o presentar una ilustración. Tal como lo usaba Jesús, básicamente consistía en una historia humana que ilustraba una lección espiritual.

Podemos encontrar casos del uso de parábolas en el Antiguo Testamento: Por ejemplo la historia de la corderita que Natán le contó a David cuando se deshizo traicioneramente de Urías y tomó a su esposa Betsabé (**2 S 12:1-7**).

Habiendo explicado lo que es una parábola, debemos hacer una advertencia en cuanto a su interpretación. Una parábola no se debe tratar nunca como una alegoría. En una alegoría, cada escena, personaje y detalle de la historia encierra un significado (por ejemplo, “El Peregrino” de Juan Bunyan). En una parábola no debemos buscar un significado a cada detalle sino fijarnos en la idea principal que intenta resaltar.

¿Con qué propósito empleaba Jesús las parábolas?

Podemos decir que de esta forma el Señor estaba haciendo una especie de “criba” en función de la relación que tenían con él. A veces ni aún los discípulos entendían las parábolas, pero al estar cerca de Jesús y tener el deseo de aprender los principios del Reino, buscaban la oportunidad para preguntarle y así entender las parábolas. En cambio, para el incrédulo la parábola no pasaba de ser una sencilla historia en la que no veía ni buscaba ningún sentido espiritual, quedando así completamente en oscuridad.

Pero al mismo tiempo, cuando Jesús les hablaba por parábolas, era también una manifestación del juicio de Dios. El lo explicó usando las duras palabras que encontramos en Isaías: (**Is 6:9-10**) “*Y dijo: Anda, y dí a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad*” (**Mr 4:11-12**). No olvidemos que tanto en la época de Isaías, como en la de Jesús, el pueblo había rechazado a Dios a pesar de las múltiples evidencias que habían recibido. Vemos por lo tanto una verdad muy seria: no podemos rechazar a Jesús y seguir teniendo oportunidades indefinidamente.

Jesús, el Maestro

El Señor sacaba sus ilustraciones de la vida cotidiana y su forma de hablar era tan sencilla que hasta un niño la podía entender. Hoy, después de veinte siglos, sus ilustraciones y las enseñanzas que se desprenden de ellas no han perdido su frescura y siguen siendo de aplicación universal y perpetua.

Además, las parábolas involucraban al oyente, obligándole a pensar por sí mismo y a posicionarse frente a lo que estaba escuchando. Por ejemplo, la parábola del sembrador nos obliga a preguntarnos qué tipo de tierra soy yo.

La parábola del sembrador

Esta parábola arroja luz sobre todas las demás, y encabeza todas las series de parábolas que encontramos en los tres evangelios sinópticos.

(Mr 4:13) *“Y les dijo: ¿No sabéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas?”*

La parábola ilustra la manera en que los hombres reciben la predicación del Reino y explica la necesidad de tener *“buen oído”*, o sea, la disposición de escuchar la Palabra con corazón humilde y con deseos de saber la verdad y obedecerla.

Se describen cuatro tipos diferentes de reacciones a la predicación de la salvación.

“El misterio del Reino de Dios”

Jesús dijo que el contenido de la parábola tenía que ver con lo que él describió como *“el misterio del Reino de Dios”* **(Mr 4:11)**. ¿Qué quiere decir esto?

Un misterio en el Nuevo Testamento es una verdad que hasta ese momento era desconocida y que llega a conocerse mediante una revelación especial de Dios.

¿En qué consiste este misterio que ahora nos es revelado?

- Que el Reino no sería manifestado de forma visible en el mundo durante el ministerio terrenal de Jesús. Según los judíos, el Mesías tenía que aparecer en pompa exterior y con ostentación de poder para establecer el Reino. Pero ésta era la misma idea del Reino con que Satanás había tentado a Jesús al comienzo de su ministerio **(Mt 4:5-6)**.
- Y que el Reino de Dios se iba a establecer en los corazones de los hombres. El campo sobre el cual era sembrada la semilla no era sólo Israel, sino cualquiera que escuchara la Palabra de Jesús.

Marcos recoge tres parábolas que ilustran diferentes etapas del Reino.

- La parábola del sembrador **(Mr 4:1-20)** tiene la intención de mostrarnos cómo llega el reino de Dios a los corazones humanos. La Palabra de Dios es sembrada durante este intervalo con diversos grados de éxito.
- La parábola de la semilla que crece en secreto **(Mr 4:26-29)**, trata del modo en que crece el reino de Dios.
- La parábola de la semilla de mostaza **(Mr 4:30-32)** nos muestra que aunque el comienzo del reino de Dios es insignificante, su final es sorprendente.

La semilla

La semilla hace referencia a la Palabra de Dios: *“El sembrador es el que siembra la palabra” (Mr 4:14).*

El Reino de Dios comienza con la predicación de la Palabra y por eso debemos confiar en la predicación de la Palabra más que en cualquier otra cosa. La Palabra de Dios, al igual que la semilla, tiene vida en sí misma. Allí donde se le da la oportunidad, demostrará su poder viviente en la producción de fruto.

(Ro 10:17) “La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”

(1 P 1:23) “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.”

Por último, notemos que el grano es igualmente bueno en todos los casos. La variación en el resultado depende enteramente del terreno en el que la semilla cae.

El sembrador

En esta parábola, el sembrador es el mismo Señor.

(Mt 13:37) “El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre.”

Pero es legítimo decir también que cualquier pastor, misionero, evangelista, o creyente que predique fielmente la Palabra de Dios, es también un sembrador.

(Mr 4:14) “El sembrador es el que siembra la palabra.”

La labor del sembrador es llevar la Palabra a todo tipo de personas. Es cierto que produce mucha tristeza cuando pensamos en la cantidad tan grande de la preciosa semilla que se siembra en vano y se pierde, pero llegará un día en que se pedirá cuanta a los hombres por ella **(Jn 12:48)**.

Cuatro tipos de suelo

El suelo o terreno es el corazón humano. Se mencionan cuatro tipos diferentes en función de las distintas formas en que la Palabra es tratada por los que la oyen.

La semilla es la misma en todos los casos y la diferencia en el rendimiento depende enteramente del tipo de suelo donde es sembrada.

- Una parte de la semilla cayó *“junto al camino”*, en un terreno tan duro que no podía hundirse en el suelo, de modo que las aves pudieron comerla sin que hubiera dado señal alguna de vida. Hace referencia a personas insensibles, que como el sendero por el que ya han pisado muchos, así también ellas han rechazado tantas veces la Palabra que al final sus corazones han quedado endurecidos. También puede referirse a personas con conciencias bloqueadas por causa del pecado. Gente que cree que no necesita nada, que se sienten autosuficientes y se muestran indiferentes a la predicación de la Palabra porque les parece una cosa ridícula o inútil. En todos estos casos, Satanás no tiene ninguna dificultad en quitar la semilla que ha sido sembrada.
- *“En pedregales”* quiere decir más bien en tierra poco profunda, extendida sobre la roca donde no había humedad ni nutrientes. Empezó a germinar, pero no pudo echar raíces, y el sol pronto quemó la pequeña planta. Son una ilustración de

personas que reciben superficialmente la Palabra. Dependen de sus emociones y sentimientos pero no tienen convicciones profundas y sinceras. Por eso, al hallarse frente a la oposición o a la persecución, vuelven al mundo.

- En el tercer caso, la semilla “*cayó entre espinos*” y aunque la germinación fue perfecta y el crecimiento bueno, las espinas la oprimieron de tal forma que no llevó fruto. Cuando la semilla se sembró, el terreno parecía estar bastante limpio, pero allí estaban las semillas de los espinos que “*nacieron juntamente ella*” (**Lc 8:7**). Es una ilustración de las muchas cosas que tratan de desplazar a Cristo del lugar supremo que le corresponde y que ahogan su Palabra. Los intereses y las preocupaciones: personas ansiosas, nerviosas, siempre en tensión, constantemente preocupadas por las cosas de la vida: ¿qué comeremos? ¿qué beberemos? ¿con qué nos vestiremos? Las riquezas: Personas interesadas por enriquecerse, buscando entretenimientos y placeres. Notemos que Jesús se refiere a ellas como “*el engaño de las riquezas*”. Lo que muestra la naturaleza engañosa de las riquezas, que siempre ofrecen satisfacer y nunca llegan a cumplir su promesa. El deseo de otras cosas: Gente inquieta, yendo siempre de un lado a otro, incapaces de permanecer mucho tiempo en un mismo sitio como para echar raíces, sin rumbo fijo, de una experiencia a otra. Mientras que el sol seca rápidamente los tallos tempranos que surgieron en los pedregales, los espinos ahogan lentamente la espiga.
- En el último caso encontró el terreno bien preparado, y no sólo germinó sino que creció y dio su fruto plenamente, bien que con diferencias de rendimiento: “*y produjo a treinta, a sesenta, y a ciento por uno*” (**Mr 4:8**). Se trata de personas que escuchan la Palabra con un corazón deseoso de conocer y hacer la voluntad de Dios, y en estas circunstancias, siempre produce fruto.

Aunque mucho del trabajo parece ser en vano y sin éxito para los ojos humanos, el Reino de Dios ha de ir adelante conforme a los propósitos de Dios. Nuestro siglo, al igual que el primero, se caracteriza por fracasos al igual que por éxitos en la obra cristiana. El que haya personas que rechazan nuestros esfuerzos por esparcir el Evangelio no debe frustrarnos a tal grado que nos demos por vencidos. No olvidemos que el Señor también pasó por lo mismo.

Los enemigos de la Palabra

La parábola nos muestra que Satanás se esfuerza por impedir que la Palabra arraigue en los corazones.

(Mr 4:15) “... *En seguida viene Satanás, y quita la palabra que se sembró en sus corazones.*”

También vemos la oposición que el mundo trae constantemente sobre aquellos que escuchan la Palabra:

(Mr 4:17) “*tribulación o la persecución por causa de la Palabra.*”

Y la propia naturaleza caída del hombre obra en su contra. Este punto queda manifestado por “*los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas*” (**Mr 4:19**).

La importancia del fruto

La manifestación de la vida auténtica se ve por el fruto. Aquellos que afirman haber recibido la Palabra de Dios, deben comenzar inmediatamente a producir el fruto del Espíritu de Dios, es decir, *“amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”* (Ga 5:22-23). Jesús dijo que *“por sus frutos los conoceréis”* (Mt 7:15-20).

Si no hay fruto, tampoco podemos afirmar que haya nueva vida. Esta es la clave para entender la parábola. La meta es dar fruto. Puesto que las semillas sembradas entre pedregales y espinos no llegaron a dar fruto, no podemos identificar estos casos como auténticos creyentes. Todos hemos oído de muchas profesiones de salvación que son muy dudosas o claramente falsas.

La parábola nos enseña también que existen diferencias aun entre aquellos cuya vida es espiritualmente fructífera.

(Mr 4:20) “Y éstos son los que fueron sembrados en buena tierra: los que oyen la palabra y la reciben, y dan fruto a treinta, a sesenta, y a ciento por uno.”

No todos los cristianos experimentan el mismo grado de fructificación, porque tampoco todos los cristianos son igualmente fieles, leales, valientes, humildes, consagrados... al Señor.

La importancia de la perseverancia

La perseverancia es junto con el fruto la otra marca del cristiano verdadero. Aquellos que cuando viene la aflicción o la persecución se apartan, nunca llegan a producir fruto, que como acabamos de ver, es la evidencia de haber recibido correctamente la Palabra. En la parábola del sembrador tal como aparece en el evangelio de Lucas, dice:

(Lc 8:15) “Mas la que cayó en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia.”

Nuestra responsabilidad

La parábola trata sobre nuestra responsabilidad frente al mundo y nos enseña que tenemos el deber de predicar la Palabra con fidelidad. Cada creyente y cada iglesia debe tener una visión evangelizadora. No sólo en grandes esfuerzos evangelísticos, de manera ocasional, sino a diario, de forma personal. No sólo los que tienen un don específico de evangelista, sino todos los creyentes.

(Hch 8:4) “Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio.”

Dios nos va a pedir responsabilidades por esto (Ez 33:1-9).

Pero la respuesta de las personas no es nuestra responsabilidad, sino que depende enteramente de ellos. Nosotros no tenemos capacidad para convertir a las personas, sin embargo, muchas veces nos culpamos a nosotros mismos y creemos que la solución está en cambiar el método. Pero no debemos olvidar que sólo hay una forma correcta de evangelizar, y es predicando la Palabra.

Y por otro lado, no debemos animarnos o desanimarnos en función de los resultados obtenidos, sino en función de si hemos cumplido con nuestra responsabilidad de predicar la Palabra.

(2 Co 2:14-16) “Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?”

Conclusiones

Y ahora debemos preguntarnos ¿qué somos? ¿en qué clase de oyentes debemos clasificarnos? No olvidemos nunca que hay tres maneras de oír la predicación sin provecho, y sólo una de oírla con ventaja.

Una persona puede cambiar. Quizá por mucho tiempo ha sido “pedregales”, pero esa situación es reversible si así lo desea.

No olvidemos nunca que sólo el fruto que se produce con perseverancia es el signo infalible de haber sido oyentes de corazón. Ser estéril es encontrarse en el camino del infierno.

Preguntas

1. ¿Qué es una parábola? ¿Por qué comenzó Jesús a emplear las parábolas en sus predicaciones?
2. ¿Quién es el sembrador de la parábola? ¿Y la semilla?
3. ¿Cuántos fueron los diferentes resultados cuando la semilla fue sembrada? ¿En qué se diferencian los unos de los otros? ¿Qué representa cada uno de ellos?
4. ¿Cuáles son los enemigos de la Palabra? Explícalo con tus propias palabras y pon algún ejemplo que hayas conocido.
5. Cite dos evidencias de una verdadera conversión de acuerdo a lo que hemos estudiado en esta lección.

Nada oculto que no haya de ser manifestado - Marcos 4:21-25

(Mr 4:21-25) “También les dijo: ¿Acaso se trae la luz para ponerla debajo del almud, o debajo de la cama? ¿No es para ponerla en el candelero? Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de salir a luz. Si alguno tiene oídos para oír, oiga. Les dijo también: Mirad lo que oís; porque con la medida con que medís, os será medido, y aun se os añadirá a vosotros los que oís. Porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.”

Introducción

En este párrafo se encuentran varios dichos de Jesús que también repitió en otras ocasiones en contextos diferentes.

El propósito de Cristo en esta ocasión era subrayar la responsabilidad que recae sobre quien escucha las parábolas.

La luz debe alumbrar

Para esta nueva parábola, el Señor vuelve a utilizar objetos cotidianos que se encontrarían en cualquier casa. La lámpara era un objeto de alfarería en forma de platillo hondo, que a un costado tenía un mango y que al otro llevaba una extensión como una boquilla con una abertura para la mecha. Habría dos agujeros en su parte superior, uno para echar el aceite, el otro para el aire.

En la parábola del sembrador, Jesús había subrayado la necesidad de dar fruto, ahora nos va a enseñar que aquellos que reciben la Palabra deben dar luz. El creyente debe ser como una lámpara que alumbré en medio de las tinieblas del mundo (**Mt 5:14**).

Con esto se hace hincapié en el carácter visible de la vida cristiana. El cristiano no se puede esconder, debe vivir una vida transparente, para que otros puedan apreciar lo que Dios ha hecho en ellos. El Señor no concibe que alguien profese haber recibido el evangelio, y que al mismo tiempo lo mantenga en secreto, sin que lo sepan todas las personas que le conocen. Este es un comportamiento realmente extraño para el hijo de Dios.

No obstante, es cierto que en ocasiones resulta difícil dar testimonio de nuestra fe. Las razones pueden ser varias; desde la vergüenza por parecer diferentes a los demás y que por esa causa nos marginen, o el temor a sufrir la persecución y la pérdida de la vida y los bienes en lugares donde el evangelio es perseguido.

En la iglesia primitiva, algunas veces el mostrarse cristiano suponía la muerte. El imperio romano era tan extenso como el mundo civilizado. Para conseguir alguna clase de unidad vinculante en aquel vasto imperio se inició el culto al emperador. El emperador era la personificación del estado, y se le daba culto como a un dios. Ciertos días señalados se exigía que cada ciudadano fuera e hiciera un sacrificio a la deidad del emperador. Era realmente una prueba de lealtad política. Después le daban a uno un certificado en el que se decía que había cumplido con aquel deber, y entonces podía ir a dar culto al dios que quisiera. Todo lo que un cristiano tenía que hacer era prestarse a cumplir aquel acto formal, recibir el certificado, y ya estaba a salvo. Y el hecho de la historia es que miles de cristianos murieron antes que hacerlo.

Pero aunque nos resulte difícil, se nos impone la obligación de no avergonzarnos de confesar lo que somos y a quién servimos.

El cristiano no sólo debe adquirir conocimientos, también debe comunicarlos a los demás.

Este mundo vive en ignorancia de Dios, desconociendo cómo es él verdaderamente, y lo que ha hecho por los hombres. Son los cristianos, quienes han recibido su Palabra, quienes deben hablar de Dios al mundo.

La luz no se debe esconder

Luego el Señor añade dos elementos en donde se puede esconder la luz: en un almud o debajo de la cama. Debemos entenderlos también como simbólicos.

“*El almud*” era una medida para grano, así que puede simbolizar el comercio. No sería de extrañar, porque muchas veces la luz del testimonio del creyente suele esconderse muy a menudo por dar una importancia desmedida a las preocupaciones materiales. Y el Señor nos hace una advertencia seria, porque el hecho de poner la lámpara debajo del almud la haría apagar.

“*La cama*” puede simbolizar la pereza que también ahoga el testimonio.

En fuerte contraste con estas dos últimas posibilidades, el Señor indica que el lugar para la luz debe ser el candelero.

El candelero era por lo general un objeto muy sencillo. Podía ser una repisa fijada en la columna del centro de la habitación, o simplemente una piedra sobresaliente de la parte interior de la pared, o un trozo de metal colocado visiblemente para ese fin. La idea es clara; la luz debe colocarse en el lugar desde el que mejor pueda alumbrar.

Todo ha de salir a la luz

El Señor dijo: *“Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de salir a luz”*. ¿A qué se refería?

- Puede referirse a la fe de alguien que ha creído. En ese caso, querría decir que alguien que realmente ha recibido la Palabra, tarde o temprano manifestará la luz del Evangelio y mostrará de qué lado está.
- Pero puede referirse también a la falta de fe. Los hombres tratan de encubrir las cosas, pero en esto siempre fracasarán, porque Dios exhibe todo a la luz. Ante Dios no es posible tener secretos u ocultarle cosas. Podemos recordar, a modo de ilustración, lo que hicieron Adán y Eva cuando desobedecieron el mandamiento de Dios (**Gn 3:8**).
- Puede referirse a la verdad. Hay algo en la verdad que es indestructible. La gente puede que se niegue a afrontarla; puede que trate de eliminarla; puede que hasta intente borrarla; puede que se niegue a aceptarla, pero la verdad al final siempre prevalecerá.

“Si alguno tiene oídos para oír, oiga”

El Señor hizo varias referencias a la forma en la que oían.

- No deben rehusar oír la Palabra de Dios.

- Es importante oír, pero también lo es meditar bien en lo que se oye.
- Y por último, también hay que tener cuidado en poner en práctica lo que oímos.

“Con la medida con que medís, os será medido”

En este contexto, el Señor se estaba refiriendo “a lo que oís”. Por lo tanto, medir lo que oímos tiene que ver con el valor que damos a la Palabra cuando la escuchamos.

La advertencia tiene que ver con oír la Palabra del Señor y no darle la importancia que tiene. Dios considera a los hombres en función del valor que dan a su Palabra:

(Mt 5:19) *“De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.”*

“Y aun se os añadirá a vosotros los que oís”

Esto nos recuerda que aquellos que oyen adecuadamente la Palabra, siempre tendrán más. El principio es claro: el conocer más de Dios no es una cuestión meramente intelectual. La forma de progresar en el conocimiento de Dios es escuchar su Palabra con interés y desear aplicarla en la vida. Este es el único camino fiable para progresar en el conocimiento de Dios.

Por otro lado, vemos un principio que se repite en muchas áreas de nuestra relación con Dios: Él es muy generoso y desea que siempre tengamos más.

- Dios imparte “*gracia sobre gracia*” (**Jn 1:16**).
- O como nos recuerda el Señor en (**Mt 6:33**) “*Mas buscar primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*”.
- Dios no sólo da “*de*” de sus riquezas, como lo haría un multimillonario al dar unas monedas a la beneficencia, sino “*conforme a*” sus riquezas, las riquezas de su gracia (**Ef 1:7**).

“Porque al que tiene, se le dará”

El Señor vuelve a confirmar lo que acaba de explicar: Quien se adueñe de la verdad y la ponga en práctica recibirá mayor luz; pero quien rehuse recibir la verdad perderá hasta el entendimiento que de la verdad tenía.

El grado de gracia que el creyente obtiene se nos presenta íntimamente enlazado con su propia diligencia en el uso de los medios, y su fidelidad en vivir en completa conformidad con la luz y el conocimiento que posee.

La referencia tiene que ver en primer lugar con el discernimiento que recibimos de Dios, pero es un principio general que se aplica igualmente a otras áreas de nuestra relación con él.

- Si hemos recibido la verdad del Evangelio con un corazón sumiso y obediente, Dios tiene muchos más tesoros que darnos.
- Si nos esforzamos en el estudio de la Biblia, descubriremos cosas maravillosas.
- Si vamos a la iglesia sólo para recibir, pronto nos empobreceremos.

- Si estamos deseosos de ser medios para que la luz y bendición lleguen a otros, volveremos nosotros mismos a recibir mayor bendición.
- Si nos han dado algún ministerio en la iglesia y lo desatendemos, acabarán por quitárnoslo.
- El alma generosa que da liberalmente será enriquecida, mientras que el “mezquino” que quiere guardar “lo suyo” quedará pobre y vacío.

Una y otra vez Jesús deja bien claro que la recompensa de un trabajo bien hecho es más trabajo para hacer.

“Y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará”

Tal como lo explicó el Señor, la frase parece un contrasentido: ¿cómo se puede quitar a alguien lo que no tiene? El Señor lo explicó más ampliamente en el relato que recoge Lucas: *“aun lo que piensa tener se le quitará” (Lc 8:18)*.

En los asuntos espirituales es imposible permanecer inmóvil y quieto. Una persona gana o pierde, avanza o retrocede. Esta es una ley universal. Si uno está físicamente en forma, y se mantiene bien, tendrá el cuerpo dispuesto para nuevos esfuerzos; si se descuida, perderá la capacidad que tenía. Cuanto más estudiamos, más podemos aprender; pero, si nos negamos a estudiar, perderemos lo que sabíamos (por ejemplo con los idiomas).

Y espiritualmente, el peligro que se subraya aquí es similar. El creyente nunca llega a un punto de madurez en su vida espiritual en el que ya está fuera de peligros y tentaciones. Descuidar ciertos hábitos como la lectura bíblica o la oración traerán rápidamente la tentación y el pecado.

Y también la persona que va a la iglesia y escucha el evangelio una y otra vez, pero no lo acepta en su corazón con auténtica fe, creyendo que tal vez con su asistencia a la iglesia se encuentra a salvo, pronto descubrirá que no hay ninguna realidad espiritual en su vida que lo pueda proteger y no tardará en alejarse e incluso en endurecerse.

Preguntas

1. El Señor nos enseña que el creyente debe ser luz del mundo. ¿Cuáles cree que son algunas de las razones por las que en ocasiones el creyente no da testimonio de su fe?
2. ¿Cuáles son las formas en las que el Señor nos ha enseñado en este pasaje en que se puede esconder la luz?
3. Cuando el Señor dijo que todo había de salir a la luz, ¿a qué podía estar refiriéndose?
4. ¿Cuál es la forma correcta de oír?
5. ¿Qué quiso decir el Señor con la frase “al que tiene se le dará y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará”?

Parábola del crecimiento de la semilla - Marcos 4:26-29

(Mr 4:26-29) *“Decía además: Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado.”*

Introducción

En la parábola anterior del sembrador se enfatizaba la responsabilidad humana frente a la predicación de la Palabra. En esta parábola se destaca el crecimiento de la semilla por el poder de Dios a través de su Palabra.

Es importante ver la Escritura en su conjunto para no hacer énfasis indebidos. Por ejemplo, si sólo tuviéramos en cuenta la parábola del sembrador, parecería que la salvación es algo que nosotros nos ganamos por nuestra propia decisión, pero esta parábola pone el contrapunto para recordarnos que la salvación es el resultado de la obra sobrenatural de Dios en nosotros realizada por su Espíritu Santo a través de su Palabra.

Interpretación de la parábola

Seguramente la parábola representa al Señor Jesucristo predicando la Palabra durante su ministerio público antes de regresar al cielo. La semilla sembrada empieza a crecer de forma misteriosa, imperceptible pero victoriosa. Finalmente, después de un tiempo indeterminado se desarrolla una cosecha de verdaderos creyentes que son llevados al granero celestial.

Otra posible interpretación sería que el sembrador se refiere a los creyentes que predicán la Palabra que crece en los corazones sensibles hasta que son llevados al cielo por medio del arrebatamiento o la muerte.

El reino de Dios

En la parábola del sembrador vimos que el Reino se extiende por el acto de sembrar la semilla de la Palabra. Aquí vemos que el Reino crece de una manera oculta, por el proceso interno de la germinación de la semilla.

Aprendemos también que el Señor enseñó que el Reino no se manifestaría de forma inmediata, sino que lo haría según el horario establecido por Dios mismo, del mismo modo que la semilla sembrada no da fruto inmediatamente. Este concepto del Reino chocaba frontalmente con las expectativas judías de aquella época, puesto que ellos esperaban un reino exterior, establecido con ostentación y pompa de forma inmediata cuando viniera el Mesías.

La parábola llama también nuestra atención sobre el hecho de que el avance del Reino no depende del hombre, que de hecho no llega ni siquiera a entender la forma en la que la semilla puede crecer (*“crece sin que él sepa como”*).

El labrador

La tarea del labrador en esta parábola consiste en sembrar la semilla y segar el fruto al final. Es evidente que un labrador hace mucho más que esto, pero el énfasis de la parábola está en el hecho de que el labrador no puede hacer nada para que la semilla crezca, poniendo así en evidencia la impotencia humana en el crecimiento del Reino de Dios.

La parábola nos enseña también que sembrar es la responsabilidad del sembrador. Es cierto que no tiene poder sobre el crecimiento de la semilla, pero sí que puede y debe sembrar. Y de la misma manera que hay un tiempo adecuado para sembrar en el campo, también podemos decir que este es nuestro tiempo para sembrar la Palabra de Dios.

No olvidemos que el trigo no nace donde la semilla no ha sido sembrada. Esta es la razón por la que Cristo escogió a Doce para enviarlos a predicar, luego a setenta y finalmente a todos sus discípulos. Mientras que los reyes de este mundo preparan y envían soldados, Cristo envió predicadores.

Nos recuerda también las diferentes etapas en el trabajo del labrador. Habrá días en que todo lo que uno hará es sembrar, habrá otros días en que tendrá que esperar y otros en los que segará.

La semilla

¿A qué hace referencia la semilla? Por la parábola del sembrador pudimos identificar la semilla con la Palabra (**Mr 4:14**). La Palabra tiene en sí misma el secreto de la vida y del crecimiento. Tiene el poder divino para que nosotros nazcamos otra vez (**1 P 1:22-23**) (**Stg 1:18**). Tiene poder para ayudarnos a crecer (**1 P 2:1-2**). Tiene poder para salvar nuestras almas (**Stg 1:21**). Todo esto es posible porque la palabra de Dios es viva y poderosa, está llena del Espíritu Santo que da vida (**He 4:12**) (**Jn 6:63**).

El labrador debe tener confianza y esperanza en el poder de la Palabra. Vale la pena predicar y enseñar. No caigamos en el error de vaciar de contenido el mensaje de la Palabra de Dios, porque nos parezca duro de oír, utilizándolo solamente para acariciar los oídos de la gente. Ese no es el fin de la Escritura (**2 Ti 3:16-17**), sino el de enseñar, redargüir, corregir, instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra, pero también para compungir el corazón de los pecadores y procedan al arrepentimiento (**Hch 2:37-38**).

El crecimiento de la semilla

I. La semilla “de suyo” contiene todos los ingredientes necesarios para fructificar

Es el poder interior del Espíritu Santo el que produce el inicio del proceso, así como el proceso y la consumación de la obra.

Nosotros no sabemos cómo actúa el Espíritu, por medio de la Palabra, para cambiar un corazón regenerándolo. Este crecimiento puede ser lento, pero es continuo; una vez que germina la semilla de la salvación en el corazón del hombre, nada puede impedir el desarrollo de la obra de Dios.

El Apóstol Pablo estaba convencido de ello, y lo dice a los filipenses (**Fil 1:6**) “*Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo*”.

2. Lo que Dios comienza, Dios lo termina

Por mucho que se esfuerce el enemigo del Reino de Dios, el diablo, por impedir el desarrollo de la Obra, nada podrá hacer. Aunque ponga en actividad todos sus medios para hacerlo, el plan de Dios seguirá adelante.

Durante siglos, nadie ha podido ahogar la semilla del Evangelio, aunque se han hecho muchos intentos para ello. Ni las persecuciones del imperio romano, ni la inquisición, ni la persecución moderna en algunos países, ni la introducción de herejías destructoras en la Iglesia, ni las divisiones internas; ninguna cizaña ha podido con el crecimiento de la semilla, que sigue dando fruto y lo seguirá dando hasta el día de Jesucristo.

No hay nada tan poderoso como el crecimiento. Un árbol puede quebrar una acera de hormigón con el poder de su crecimiento. Una planta puede asomar su cabecita verde en un camino de asfalto.

3. No se puede forzar el crecimiento por medios propios

En la actualidad, parece que muchos están olvidando, o han dejado de confiar, en el poder de la Palabra. Por uno y otro lado surgen ideas alternativas para hacer crecer rápidamente la Iglesia. Muchas de ellas son tomadas del mundo de los negocios. A continuación resumimos algunas de ellas:

- La iglesia crecerá cuando estemos convencidos de que va a crecer.
- Cuando mejoremos su organización.
- Cuando tengamos líderes mejor cualificados.
- Cuando estemos dispuestos a “pagar el precio” gastando energías, dinero, tiempo, probando nuevas ideas, haciendo cambios constantemente.
- Cuando nos acerquemos al mundo y estudiemos lo que espera de la iglesia y sepamos adaptarnos a ello.
- Cuando la iglesia se involucre más en la obra social.
- Cuando convirtamos los templos en lugares confortables y “amistosos”, mejorando aspectos como el sonido, la iluminación, los asientos...
- Cuando sustituyamos la enseñanza bíblica por música y actuaciones variadas.
- Cuando eliminemos todo aquello que pueda molestar a los simpatizantes, como por ejemplo mensajes de reprensión por el pecado.

Como cristianos no podemos aceptar estas técnicas que usa el mundo empresarial para atraer a los consumidores. Nuestra confianza debe estar puesta únicamente en el poder de la Palabra obrando por el Espíritu Santo. No podemos volvernos a la pericia humana en los campos de la psicología, los negocios, el gobierno, la política o el entretenimiento.

Recordemos algunos ejemplos bíblicos para ver que muchas de estas ideas modernas no proceden de la Palabra.

- Dios le dio a Jonás un sermón para predicar en Nínive nada popular ni amistoso: *“De aquí a cuarenta días Nínive será destruida” (Jon 3:4)*. Y aquella gran ciudad se arrepintió.
- Juan el Bautista predicó bajo el poder y la autoridad de Dios diciendo: *“arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt 3:1-12)*. Y ya sabemos que no predicaba en un lujoso templo, ni vestía a la última moda, ni tampoco intentaba agradar a los oídos de los que le escuchaban, pero sin embargo, de todas las

partes del país venían al desierto a escucharle y eran bautizados confesando sus pecados.

- Tampoco el Señor predicó habitualmente en el templo o las sinagogas, sino que era frecuente verle predicando desde una barca, o por el camino, o en lugares desiertos donde la gente iba a buscarle. Y ¿por qué? Pues porque los judíos se habían sentido ofendidos por su mensaje claro y directo que les resultaba ofensivo.

La realidad es que estas técnicas mundanas intentan esconder cierta desconfianza en la Palabra. Muchos parecen creer que el mundo moderno en el que vivimos necesita de otras cosas, otros alicientes para que el hombre se acerque a Dios, pero nos engañamos; sólo la Palabra viva de Dios puede atraer al pecador hasta Dios y tiene el poder para transformarle.

Siendo honestos, hay que decir también que estas técnicas no funcionan. El único crecimiento que en la mayoría de las ocasiones experimentan es por “transferencia”, es decir, personas de otras iglesias que buscan un lugar más “confortable” para su vida espiritual. Pero ¿cuántas de estas personas seguirían en la iglesia si les quitáramos las actuaciones y la música, si en lugar de cómodos asientos y grandes templos se tuvieran que reunir en ambientes de pobreza y persecución? ¿Cuántos perseverarían si lo único que quedara fuera el predicador y la Palabra?

La paciencia del labrador

El crecimiento lento de la semilla es un llamamiento a la paciencia del labrador. Este crecimiento es apenas imperceptible. Si vemos una planta todos los días no percibimos su crecimiento. Es como el crecimiento de los niños.

En especial esto es una dura prueba para el hombre moderno que desea que todas las cosas se hagan rápidamente y que mide el éxito por la rapidez con que algo se logra. Seguramente una de las tendencias más destructivas en la iglesia actual es nuestra insistente exigencia en obtener resultados de inmediato. ¡Cómo nos cuestan las esperas! Pero Jesús dijo: *“Primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga”*. Es un proceso observable pero que lleva su tiempo.

Una ilustración: Hay algo muy curioso que sucede con el bambú japonés y que lo transforma en “No Apto” para Impacientes: Siembras la semilla, la abonas y te ocupas de regarla constantemente. Durante los primeros meses no sucede nada apreciable. En realidad, no pasa nada con la semilla aparentemente durante los primeros siete años. A tal punto que, un cultivador inexperto, estaría convencido de haber comprado semillas no fértiles. Sin embargo, durante el séptimo año, en un período de sólo seis semanas... la planta de bambú crece ¡más de 30 metros! ¿Tardó sólo seis semanas en crecer? No, la verdad es que se tomó siete años y seis semanas en desarrollarse. Durante los primeros siete años de aparente inactividad, este bambú estaba generando un complejo sistema de raíces que le permitirían sostener el crecimiento que iba a tener después de siete años.

El labrador debe descansar sabiendo que Dios está obrando. ¡No todo depende de él!

(1 Co 3:6) *“Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios.”*

Dios es el protagonista supremo de la obra del Reino.

Preguntas

1. ¿Qué verdades complementarias aprendemos en la parábola del sembrador y en la del crecimiento de la semilla?
2. ¿Qué aprendemos sobre el Reino de Dios en esta parábola?
3. En el estudio hemos considerado que la semilla hace referencia a la Palabra. Busque y escriba varios versículos donde vemos que la Palabra tiene poder para salvar, regenerar y hacer crecer al creyente.
4. ¿Cree que algo o alguien puede impedir que una persona que ha recibido la Palabra con buen corazón llegue finalmente al cielo? Razone su respuesta.
5. ¿Cuáles son las responsabilidades del labrador?

Parábola de la semilla de mostaza - Marcos 4:30-34

(Mr 4:30-34) *“Decía también: ¿A qué haremos semejante el reino de Dios, o con qué parábola lo compararemos? Es como el grano de mostaza, que cuando se siembra en tierra, es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra; pero después de sembrado, crece, y se hace la mayor de todas las hortalizas, y echa grandes ramas, de tal manera que las aves del cielo pueden morar bajo su sombra. Con muchas parábolas como estas les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír. Y sin parábolas no les hablaba; aunque a sus discípulos en particular les declaraba todo.”*

El grano de mostaza

La semilla de mostaza es negra y del tamaño de la cabeza de un alfiler. En los tiempos de Jesús se usaba frecuentemente para referirse a la cosa más pequeña que se pudiera imaginar. De hecho, la expresión *“pequeño como una semilla de mostaza”* había llegado a ser un proverbio. Por ejemplo, el Señor Jesucristo lo usó para referirse a la fe de sus discípulos: *“Si tuviereis fe como un grano de mostaza...”* (Mt 17:20).

A pesar de que la semilla es tan pequeña, la planta de mostaza puede llegar a alcanzar hasta cerca de cuatro metros de altura con un tallo grueso como el brazo de un hombre.

La relación de la parábola con el contexto

Tanto esta parábola como la anterior, tratan acerca del crecimiento de la semilla. Pero mientras que en la parábola del crecimiento de la semilla el énfasis está en que la semilla de *“suyo tiene vida”* y por esa razón crece, en la parábola de la mostaza nos va a explicar hasta dónde llega ese crecimiento.

La parábola en relación al Reino de Dios

El punto esencial de la parábola es el contraste entre un comienzo pequeño y un resultado grande, entre el principio y el fin, entre el presente y el futuro del Reino.

La semilla del Reino sembrada por Jesús en el campo del mundo, a pesar de su comienzo minúsculo e irrisorio, tendrá finalmente por su propia vitalidad interna, un crecimiento desmesurado y sobrenatural.

I. ¿A qué comienzo insignificante se refería el Señor Jesucristo?

Seguramente tenía que ver con su propio ministerio público: un rabí desconocido, en un rincón perdido de Israel, rodeado de un puñado de discípulos sin demasiada cualificación y abandonado finalmente por las multitudes. Sin reconocimiento de los líderes religiosos y sin ninguna clase de influencia política. ¿Qué podía surgir de ahí?

Pero todo esto no es nada comparado con la terrible debilidad manifestada en la cruz. ¿Quién podría imaginar que de un judío ajusticiado en una cruz por el imperio romano, rechazado por su propio pueblo y abandonado por sus discípulos, pudiera surgir un movimiento que dos mil años después siguiera creciendo por todos los países del mundo? Como Pablo resume en **(1 Co 1:23)** *“nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura”*.

2. ¿Cuál es el final glorioso al que se refiere?

La diminuta semilla crecerá hasta convertirse en un árbol mucho más grande y majestuoso que el de Nabucodonosor (**Dn 4:10-22**). Sus ramificaciones se extenderán un día hasta los confines del universo, hasta que la creación misma sea liberada de la esclavitud de la corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios (**Ro 8:21**), y todos en el cielo y en la tierra hallarán seguridad, satisfacción y deleite en la magnificencia de su dominio.

El Reino de Dios que tuvo este comienzo oscuro y escondido, como la levadura escondida en la masa, se extenderá hasta que no haya lugar en el cielo, la tierra o el infierno donde no se sienta la fuerza y el poder victorioso de aquel Cordero como inmolado que estará sentado en el Trono de la eternidad.

Aquel pequeño grupo de discípulos asustados y perseguidos (**Jn 20:19**), se convertirá en una multitud que nadie puede contar: (**Ap 7:9**) *“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos.”*

Así que, en el momento actual, Dios no reina manifestando todo su poder, sino que por el contrario, su presencia en este mundo, aunque real y viva, es humilde y muchas veces oculta. Incluso sus propios siervos, aunque ya tienen dentro de sí mismos la semilla que producirá estos resultados extraordinarios, son frágiles y débiles, expuestos a innumerables peligros. El apóstol Pablo lo expresó perfectamente: (**2 Co 4:7**) *“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro...”*, (**1 Co 1:26-27**) *“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles”*.

Esta falta de importancia, de influencia y de fuerza social de la Iglesia a través de los siglos ha venido a confirmar en cada momento las palabras de Jesús: (**Lc 12:32**) *“manada pequeña...”*, (**Mt 10:16**) *“yo os envío como a ovejas en medio de lobos”*.

Algunas aplicaciones espirituales

La debilidad, la pequeñez y la pobreza son las características de la obra de Dios en este mundo hasta la venida del Señor. Podemos pensar en innumerables ejemplos:

- Una profesora de escuela dominical que lucha con un grupo de pequeños.
- Un evangelista al que rechazan una y otra vez sus folletos.
- Un predicador al que se le duermen los que escuchan su sermón.
- Unos padres que intentan guiar a sus hijos en los caminos del Señor sin mucho éxito.
- Un pastor que sólo escucha críticas en la iglesia y que se desanima y deprime.

Es cierto que la obra que hacemos para la extensión del Reino de Dios parece tan insignificante y pobre, que como dijeron los enemigos del pueblo de Dios en los días de Nehemías: (**Neh 4:3**) *“lo que ellos edifican del muro de piedra, si subiere una zorra lo derribará”*. Pero sin embargo, aunque nuestros esfuerzos por el Reino de Dios sean ínfimos y endebles, Dios promete bendecirlos. No olvidemos, que como aprendimos en la parábola del crecimiento de la semilla, el avance de su Reino no depende de los esfuerzos humanos sino del poder y los propósitos de Dios.

Jesús dijo que ni aun un vaso de agua dado en su nombre quedaría sin recompensa (**Mt 10:42**). A menudo somos víctimas del engaño en el sentido de que para que algo sea importante debe acompañarse siempre de gran ruido. Dios es diferente en su modo de actuar. Él actúa de formas casi imperceptibles.

Debemos animarnos en nuestro servicio al Señor sabiendo que las grandes cosas proceden de principios muy pequeños.

- Un niño puede ser el principio de una escuela floreciente.
- Una conversión el comienzo de una iglesia poderosa.
- Una palabra la iniciativa de una gran empresa cristiana.
- Una semilla la seguridad de una rica cosecha de almas salvadas.

No despreciemos nunca el día de los comienzos humildes (**Zac 4:10**) y no caigamos en la tentación de pensar que para lo poco que podemos hacer no vale la pena ni siquiera empezarlo. No nos desanimemos por el aparente fracaso y la pobreza presente, sino tengamos confianza en la Palabra del Señor que hará que todo esfuerzo honesto por servirle será finalmente multiplicado para su gloria.

“Las aves del cielo pueden morar bajo su sombra”

Era corriente ver una nube de pájaros en esos arbustos, porque les encantan las pequeñas semillas negras de la mostaza. Pero, ¿a qué se refiere el Señor con estas aves?

En el Antiguo Testamento los árboles tipificaban a reyes o imperios que ofrecían protección a pueblos y naciones súbditas, que eran representados como aves. En referencia a Faraón rey de Egipto, Ezequiel escribió lo siguiente: (**Ez 31:6**) *“Y en sus ramas hacían nido todas las aves del cielo, y debajo de su ramaje parían todas las bestias del campo, y a su sombra habitaban muchas naciones”*. Y Daniel interpretó el sueño de Nabucodonosor en el que él y su reino eran un gran árbol donde se cobijaban muchos pueblos y naciones (**Dn 4:10-27**).

En este contexto, es interesante considerar la profecía de Ezequiel que encontramos en (**Ez 17:1-24**). El profeta utiliza también la figura de grandes árboles y aves para representar reinos y naciones. Después de que Nabucodonosor rey de Babilonia conquistara Jerusalén, el rey de Israel hizo pacto con él comprometiéndose a servirle, pero después de esto buscó ayuda en Faraón rey de Egipto y se rebeló contra el rey de Babilonia. Entonces Ezequiel, hablando de parte de Dios, condenó la actitud del rey de Israel y le anunció que sería llevado a Babilonia donde sería muerto y también el resto de Israel que le había seguido sería destruido. Pero en medio de esta situación extrema, en la que había desaparecido toda esperanza de continuidad para su pueblo, Dios anuncia que iba a levantar un renuevo del que formaría su propio Reino (un gran árbol) debajo del cual vendrían a cobijarse naciones y pueblos. Y termina diciendo: (**Ez 17:24**) *“Y sabrán todos los árboles del campo que yo Jehová abatí el árbol sublime, levanté el árbol bajo, hice secar el árbol verde, e hice reverdecer el árbol seco. Yo Jehová lo he dicho, y lo haré”*.

Con este pasaje como trasfondo, Jesús se atreve a decir que su propio ministerio sería la realización de esta profecía. En su persona Dios estaba sembrando el reino mesiánico en el que encontrarían refugio personas de todos los pueblos y naciones.

Jesús como Maestro

El evangelista termina esta breve serie de parábolas explicando los criterios que el Señor seguía en su enseñanza: *“les hablaba conforme a lo que podían oír”*.

Aquí podemos aprender varios principios de gran utilidad que todo predicador debe tener en cuenta:

- Jesús acomodaba su enseñanza a la capacidad de su audiencia. No hay ninguna virtud en hablar por encima de las cabezas de la audiencia. Como alguien ha dicho: “el tirar por encima del blanco sólo demuestra que se es mal tirador”. El método empleado por algunos predicadores nos podría hacer pensar que Cristo había dicho: “Apacienta mis jirafas”, en lugar de “apacienta mis ovejas”. En otra ocasión le dijo a sus discípulos: *“Tengo aún muchas cosas que decirlos, pero ahora no las podéis soportar”*. En todo esto Dios se muestra compasivo con nosotros, no dándonos más de lo que podemos recibir.
- El maestro debe evitar el exhibicionismo. Su misión no es deslumbrar, sino alumbrar. Un buen maestro debe estar enamorado de su asignatura y de sus alumnos, pero no de sí mismo.
- El maestro debe evitar el sentimiento de superioridad. Tiene que esforzarse por entender porqué el alumno encuentra una cosa difícil de entender. Para ello debe pensar con la mente del alumno.
- El maestro debe tener paciencia. Un hombre irascible no puede ser maestro. Tiene que tener la capacidad de explicar las mismas cosas tantas veces como sea necesario.
- El maestro debe siempre animar, nunca desanimar. Al mal maestro le es fácil usar el látigo de la lengua con un discípulo de mente saltarina.

Al concluir esta sección tenemos que expresar nuestra admiración por el Señor Jesucristo como Maestro. Su manera de expresar cosas profundas acerca del Reino de Dios de una forma tan gráfica y sencilla, de tal manera que personas de todas las épocas y culturas puedan entender, hacen del Señor Jesucristo un Maestro único al que debemos admirar e imitar.

Preguntas

1. Explique las similitudes y las diferencias que hay entre esta parábola y la anterior.
2. ¿Qué aprendemos en esta parábola acerca del Reino de Dios?
3. ¿Cuál es el comienzo y el final del Reino al que el Señor se refiere? Explique su respuesta.
4. ¿Qué podemos aprender del detalle de “las aves del cielo pueden morar bajo su sombra”?
5. ¿Qué aprende de Jesús como Maestro?

Jesús calma la tempestad - Marcos 4:35-41

(Mr 4:35-41) “Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: Pasemos al otro lado. Y despidiendo a la multitud, le tomaron como estaba, en la barca; y había también con él otras barcas. Pero se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron, y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos? Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?”

Introducción

En nuestro estudio anterior terminamos una sección en la que el Señor había estado enseñando principios fundamentales sobre el Reino de Dios a sus discípulos por medio de parábolas. Ahora comienza una nueva sección (**Mr 4:35-5:43**) en la que se incluyen una serie de milagros que tienen como finalidad mostrarnos algunos aspectos del poder del Señor.

- **(Mr 4:35-41)** Jesús calma la tempestad y se revela como el Señor de la Creación.
- **(Mr 5:1-20)** Su encuentro con el endemoniado gadareno pone en evidencia su poder sobre los más fieros satélites del diablo.
- **(Mr 5:25-34)** Sana a una mujer con flujo de sangre, demostrando así su poder sobre aquellas enfermedades arraigadas que resisten a todo remedio humano.
- **(Mr 5:21-24,35-43)** Resucita a la hija de Jairo, mostrándose vencedor sobre la misma muerte.

Las circunstancias

En los incidentes anteriores hemos tenido ocasión de ver los efectos que tenía la popularidad en el ministerio de Jesús. Constantemente, dondequiera que iba, se encontraba rodeado por las multitudes que acudían de todas las partes del país buscando ser curados de sus enfermedades (**Mr 3:7-12**). Tal era la situación que no tenían tiempo ni de comer (**Mr 3:20**). A lo que hay que añadir las largas sesiones de enseñanza junto con las explicaciones posteriores en la casa. No es de extrañar, por lo tanto, que Jesús estuviera realmente agotado, rendido físicamente, así que, sus discípulos *“le tomaron como estaba”* para ir al otro lado del lago del mar de Galilea con la finalidad de descansar del bullicio de las multitudes.

“Pasemos al otro lado”

Aunque seguramente fueron los discípulos los que se encargaron de despedir a la multitud, fue el Señor mismo quien dio la orden de pasar al otro lado. Este detalle se reviste de mucha importancia en vista de lo que más tarde ocurrió. Debemos darnos cuenta que los discípulos se encontraban plenamente inmersos dentro de la voluntad de Dios: acababan de terminar una serie de estudios sobre el Reino de Dios con el mismo Señor como Maestro, y ahora se disponían a ir a la costa oriental del mar de Galilea

siguiendo sus indicaciones y fue en este contexto de obediencia a Cristo cuando tuvo lugar la tempestad.

Y tenemos aquí una lección muy importante que debemos aprender: el hecho de estar andando fielmente en los caminos del Señor no nos librarán de atravesar por las tormentas y tempestades de la vida. El Señor no promete continuos tiempos de bonanza a los suyos, ni que seamos librados siempre de experiencias amargas o de peligro.

Pero de lo que sí podemos tener seguridad en estas circunstancias, es de dos cosas: Que el Señor estará con nosotros durante todo el camino. Y de que nada podrá impedir que lleguemos *“al otro lado”*.

“Se levantó una gran tempestad de viento”

La situación refleja fielmente lo que con mucha frecuencia ocurre en la vida del creyente: tiempos de refrigerio espiritual en la presencia del Señor son alternados con periodos de prueba... y como vemos en este pasaje, todo esto es preparado y dirigido por el Señor mismo.

Podemos estar seguros de que Cristo sabía que se iba a levantar una terrible tempestad, pero sin embargo, les hizo cruzar el mar en ese momento. ¿Por qué lo hizo? Porque las situaciones prácticas son la única forma adecuada de completar la enseñanza teórica. Sin duda, había sido muy interesante escuchar al Señor predicando acerca de la importancia de la fe, y de lo que él mismo haría con aquellos que tuvieran fe aunque fuera tan pequeña como una semilla de mostaza. Ahora llegaba el momento de poner en práctica la enseñanza: ¿tendrían los discípulos fe en esta nueva situación a la que el Señor les estaba conduciendo?

Podemos decir que fue una especie de “examen por sorpresa”, y que si el Señor lo planeó así, era porque estaban preparados para ello. Recordemos que al final de nuestro estudio anterior consideramos la forma que el Señor tenía de enseñar y vimos que *“les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír” (Mr 4:33)*. Podemos estar seguros, por lo tanto, de que el Señor creía que ellos estaban preparados para enfrentar una situación así. El nunca nos colocaría en una situación para la que sabe que no estamos preparados y nunca nos dejará solos para salir de ella.

(1 Co 10:13) *“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podáis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis resistir.”*

“Jesús estaba en la popa, durmiendo”

Es interesante observar que durante la tempestad, Jesús estaba profundamente dormido en la barca. De este detalle aprendemos varias cosas:

Lo primero que se aprecia es la humanidad de Jesús. Después de los grandes esfuerzos de esos días, estaba cansado, agotado, necesitado de descanso y sueño. Así que, ni el rugir de los vientos, ni el embate de las olas, ni el girar y descender de la barca, que rápidamente se anegaba, fueron capaces de despertarle.

También debemos aprender de su confianza en el Padre celestial. Su sueño tranquilo en medio del mar agitado nos da a entender su plena confianza en Dios su Padre, seguro de que nunca puede fallar. Nos recuerda también el sueño profundo de Pedro la noche antes de ser ejecutado (**Hch 12:6**).

“Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?”

Cuando la tormenta se desencadenó con toda su furia, aquellos hombres llegaron a angustiarse; se sentían como juguetes de la tempestad y en serio peligro de morir ahogados.

Recordemos que al menos cuatro de los apóstoles que iban en esa barca eran pescadores que conocían desde su juventud el mar de Galilea y sus tormentas. Esto nos enseña varias cosas:

- El Señor puso a prueba su fe en el ámbito de su vida cotidiana.
- Las tribulaciones y pruebas de la vida nos muestran nuestra inutilidad e incapacidad aun en aquello que pensamos “dominar” bien.
- Finalmente estas situaciones nos quitan todo orgullo y autosuficiencia y sirven para atraernos al trono de la gracia.

Por otro lado, mientras ellos luchaban con la tempestad para controlar la barca, el Señor estaba durmiendo. A ellos esto les pareció una actitud un tanto irresponsable, así que le despertaron de forma brusca en medio de acusaciones. Ellos debían estar pensando: “¿cómo puedes estar durmiendo tan tranquilo en medio de la tempestad? Despiértate y ayúdanos”.

Algunas veces nosotros también atravesamos por situaciones difíciles y tenemos la impresión de que Dios no se interesa por nuestras dificultades, que no contesta a nuestras oraciones. Y casi tenemos la tentación de pensar como Elías les dijo a los profetas de Baal, “¿no estará dormido vuestro dios?” (1 R 18:27).

Pero es interesante como Pedro entendió y enseñó lo que aprendió en esta y en otras muchas ocasiones: *“Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros”* (1 P 5:7).

“¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?”

Parece un poco extraña una pregunta así a unos hombres que estaban en peligro de perder sus propias vidas. ¿Cómo no iban a estar atemorizados?

Por supuesto, el temor de los discípulos era natural e instintivo; ¿pero dónde estaba su fe? El Señor puso el dedo en la llaga con su pregunta: *“¿Cómo no tenéis fe?”*. El mayor peligro no era el viento o las olas sino la evidente incredulidad de los discípulos. Y así el Señor indicó algo que ocurre con mucha frecuencia: nuestros mayores problemas están en nosotros, no en nuestro entorno.

El Señor esperaba que después de tantas manifestaciones de poder como habían visto de él, ya deberían haber sabido que el barco donde iba el Maestro no podía hundirse. El Señor lo había dicho al comenzar la travesía: *“pasemos al otro lado”*. Esto tendría que haber sido una garantía para ellos. Pero el problema fue que se dejaron llevar por sus sentimientos y emociones en lugar de por la palabra del Señor (una tendencia realmente frecuente en el cristianismo de nuestros días).

La importancia de la lección

La situación por la que atravesaban, con todo y ser realmente difícil, no tenía punto de comparación con la grave crisis que se desencadenaría en ellos cuando vieran a su Maestro morir en una cruz. El Señor les estaba preparando para ese momento crucial.

La lección fundamental que el Señor les intentaba enseñar era la siguiente: el plan divino de la redención de la humanidad no podía zozobrar porque una súbita tempestad hubiese cogido dormido al Mesías. Ninguna fuerza en toda la creación puede destruir su plan para nuestra salvación eterna ni separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro (**Ro 8:38-39**). ¡No existe tempestad tan grande que impida el avance del Reino de Dios sobre esta tierra! Y de la misma manera, los planes asesinos de los judíos, que llevaron a Cristo a una cruz, tampoco podrían impedir que Dios completara su plan de salvación.

Pero hemos de admitir que esta lección era tan sublime e inaudita, tan por encima de toda experiencia normal, que necesitaban muchas lecciones y una larga disciplina para aprenderla bien. De hecho, no llegaron a comprenderla plenamente hasta después de su resurrección.

“¿Quién es este, que aun el viento y el mar le obedecen?”

Pero aun había otra cosa que debían aprender: el hombre que dormía sobre el cabezal era nada menos que Dios manifestado en carne. Cuando se levantó, con una autoridad natural, mandó al viento furioso y al mar embravecido que callaran e inmediatamente se hizo grande bonanza. Seguramente ellos recordarían las palabras del salmista: (**Sal 89:8-9**) *“Tú tienes dominio sobre la braveza del mar; cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas”*.

Este incidente abrió los ojos y las mentes de los discípulos a la majestad de Jesús. Intuyeron que estaban en la presencia de Dios, pero sus mentes no podían entenderlo con facilidad; ¿cómo podían pensar que Jesús, que hacía un momento dormía agotado en la popa de la barca, era el eterno Dios? Así que, cuando la tempestad se calmó, nuevamente volvieron a tener temor, pero en esta ocasión ya no era por las olas del mar embravecido, sino por la majestad divina de Cristo.

“Reprendió al viento”

El Señor no se presentó como los demás profetas que oraban a Dios para que se dignara dominar los elementos adversos, sino que intervino como si fuera Dios.

Algunos han notado que las palabras que usó en este caso fueron exactamente las mismas con las que reprendió al demonio que le había interrumpido en la sinagoga de Capernaum (**Mr 1:25**). ¿Debemos entender, por lo tanto, que esta tormenta había sido provocada por el diablo? No es fácil contestar a esta pregunta. Por un lado, es completamente cierto que vivimos en un mundo caído y que, según nos dicen las Escrituras, el mundo entero está bajo el maligno. Por eso, no es descabellado decir que detrás de los desastres naturales de los que muchas veces escuchamos (terremotos, hambre, sequías, tornados, huracanes, tsunamis...) debemos percibir el ataque malvado de Satanás sobre la humanidad. Otros ven en esta forma de hablar del Señor que se trata simplemente de una manera figurada y poética de hablar (**Sal 19:5**) (**Sal 98:8**) (**Is 55:12**).

Reflexión final

Vivimos en un mundo que es letalmente hostil a la vida humana por causa de la caída, y sólo el hecho de que Cristo sea su sustentador (**He 1:3**) hace posible su supervivencia.

Nuestro planeta es escenario constantemente de huracanes, tempestades, terremotos, tsunamis, sequía, aludes, rayos, volcanes, fuego, frío, epidemias, virus... y todos ellos de vez en cuando amenazan y destruyen la vida. Pero el evangelio de Jesucristo es el anuncio de la liberación de todo aquello que amenaza a la existencia humana.

Preguntas

1. ¿Por qué quiso el Señor pasar con sus discípulos al otro lado del mar de Galilea si sabía que iba a haber una terrible tempestad?
2. ¿Cuál era el principal problema de los discípulos?
3. ¿Cuál era la lección principal que el Señor quería enseñarles? Explique su respuesta.
4. ¿Qué aprendemos en este pasaje de las pruebas por las que pasamos como creyentes?
5. ¿Cómo se manifiesta la humanidad y la divinidad del Señor Jesucristo en este pasaje? Razone su respuesta.

El endemoniado gadareno - Marcos 5:1-20

(Mr 5:1-20) *“Vinieron al otro lado del mar, a la región de los gadarenos. Y cuando salió él de la barca, en seguida vino a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo, que tenía su morada en los sepulcros, y nadie podía atarle, ni aun con cadenas. Porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, mas las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y desmenuzados los grillos; y nadie le podía dominar. Y siempre, de día y de noche, andaba dando voces en los montes y en los sepulcros, e hiriéndose con piedras. Cuando vio, pues, a Jesús de lejos, corrió, y se arrodilló ante él. Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo. Y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y respondió diciendo: Legión me llamo; porque somos muchos. Y le rogaba mucho que no los enviase fuera de aquella región. Estaba allí cerca del monte un gran hato de cerdos paciendo. Y le rogaron todos los demonios, diciendo: Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos. Y luego Jesús les dio permiso. Y saliendo aquellos espíritus inmundos, entraron en los cerdos, los cuales eran como dos mil; y el hato se precipitó en el mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron. Y los que apacentaban los cerdos huyeron, y dieron aviso en la ciudad y en los campos. Y salieron a ver qué era aquello que había sucedido. Vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado del demonio, y que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo. Y les contaron los que lo habían visto, cómo le había acontecido al que había tenido el demonio, y lo de los cerdos. Y comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos. Al entrar él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con él. Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti. Y se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban.”*

Introducción

En el pasaje anterior, el Señor mostró su poder salvando a sus discípulos de las fuerzas físicas de la naturaleza, pero estas fuerzas físicas no son los únicos poderes del universo potencialmente hostiles e incontrolables para el hombre. También hay poderes espirituales que buscan la destrucción del hombre:

(Ef 6:11-12) *“Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales.”*

Así que, el relato nos va a llevar de la descripción del mar embravecido a un hombre fiero e indomable que estaba poseído por una legión de demonios. Y lo que nos va a hacer notar, es que el Señor Jesucristo tiene pleno dominio sobre ambos.

“La región de los gadarenos”

El evangelista nos dice que la región a la que llegaron era la de los gadarenos. Gadara era una de las ciudades que formaban “Decápolis” (literalmente: “diez ciudades”) **(Mr**

5:20). En la antigüedad, esta región al oriente del mar de Galilea había formado parte del territorio que Moisés había dado en herencia a la media tribu de Manasés, a la de Rubén y a la de Gad. En los tiempos de Jesús, aunque había judíos esparcidos por toda la región, en general se puede decir que era un territorio gentil. Sus ciudades eran esencialmente griegas: tenían sus dioses griegos, sus templos griegos y sus anfiteatros griegos; estaban consagradas a la manera griega de vivir. La presencia del hato de dos mil cerdos que vemos en el pasaje, siendo éste un animal prohibido para los judíos, nos recuerda que la influencia del paganismo era muy fuerte en esta región.

“Un hombre con un espíritu inmundo”

La noche en el mar había estado cargada de fuertes emociones: recordamos el temor de los discípulos ante la tempestad y luego ante el Señor cuando calmó el viento y el mar. Pero las emociones no habían terminado. Cuando llegaron a la orilla, seguramente ya muy entrada la noche, vino corriendo hacia ellos desde las tumbas un hombre endemoniado, desnudo, herido y gritando.

En el Nuevo Testamento vemos frecuentes casos de personas poseídas por demonios, y no debemos de confundirlos con casos de locura o epilepsia. Un endemoniado es un ejemplo extremo de lo que las fuerzas satánicas pueden hacer con una personalidad humana que ha caído bajo su dominio. Por el contrario, la dignidad más alta que puede experimentar el ser humano es que su cuerpo llegue a ser templo del Espíritu Santo y sea dirigido por él. En contraste con las fuerzas satánicas, el Espíritu Santo libera a los hombres del pecado, desarrolla su personalidad y dignidad e incrementa su dominio propio.

“Nadie podía atarle, ni aun con cadenas”

El cuadro que Marcos nos describe es aterrador: un hombre completamente descontrolado, como un animal salvaje e indómito. Nadie tenía fuerzas para dominarle, y a pesar de que habían intentado atarle, seguía siendo una amenaza para la seguridad de la gente en la comarca. Mateo nos dice que la gente eludía aquellos lugares (**Mt 8:28**) *“nadie podía pasar por aquel camino”*. Ofrece un buen ejemplo de la impotencia humana frente al poder de Satanás.

El diablo había dado un poder sobrehumano a este hombre: el endemoniado rompía los grilletes como si fueran un cordel. Muchas personas están fascinadas por tener un poder espiritual superior al de otras personas, y sin pensarlo dos veces, creen que cualquier experiencia que les proporcione capacidades extraordinarias, tiene que ser automáticamente válida y beneficiosa. Pero esto es falso. Es cierto que los seres espirituales pueden impartir a las personas poderes asombrosos, pero al final, esos poderes resultarán destructivos para la personalidad y el dominio propio del hombre. El endemoniado gadareno es un ejemplo claro de esto. ¿De qué le servía tener tanta fuerza física, si se había convertido en un ser tan débil espiritualmente?

“Andaba dando voces en los montes y en los sepulcros”

Esto nos muestra la profunda angustia, el dolor y tormento interior que aquel hombre sentía mientras deambulaba por las montañas y las tumbas excavadas en los costados de los acantilados. Pero también nos recuerda su estado y su final: vivía entre los muertos.

“Hiriéndose con piedras”

Tal vez en un esfuerzo por librarse de su tormento interior, este hombre se golpeaba a sí mismo con piedras. Estaba tan emocionalmente turbado que presentaba claras tendencias suicidas. Satanás siempre obra para la autodestrucción de la persona.

“Te conjuro por Dios que no me atormentes”

Cuando el endemoniado llegó a la presencia de Jesús, las cosas cambiaron inmediatamente. Los hombres de la región tenían miedo del endemoniado, pero éste tenía temor ante Jesús. Los poderes de las tinieblas resultan invencibles para los hombres, pero no para Jesús.

Vemos también que el endemoniado estaba preocupado porque Jesús, como Hijo de Dios, podía precipitar o anticipar su ruina final. Los demonios saben que llegará el día del juicio, cuando la libertad relativa que ahora gozan se terminará para siempre y está determinado para ellos su castigo final y terrible.

“¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?”

El endemoniado estaba enterado tanto del nombre humano de Jesús como de su deidad, aunque éste era, al parecer, su primer encuentro con Cristo. Tal conocimiento demuestra que no se trataba simplemente de un loco; estaba poseído por poderes demoníacos que conocían la verdadera identidad de Cristo.

El endemoniado reconoció inmediatamente la majestad de Cristo, así que su primera reacción fue de un temor reverencial que le indujo a postrarse ante él. Aquí se cumple lo que dice **(Stg 2:19)** *“Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan”*.

“¿Cómo te llamas? Legión me llamo; porque somos muchos”

Nos sorprende que en este momento Jesús le preguntó por su nombre. ¿Qué importancia podía tener saber el nombre de este desdichado? ¿Por qué razón le preguntó Jesús su nombre? Su respuesta nos da la clave. No contestó dando el nombre que sus padres le habían puesto en el momento de su nacimiento, sino uno que describía su estado espiritual actual: *“Legión me llamo”*. Tal vez quería poner en evidencia ante sus discípulos que no se enfrentaba ante un sólo demonio, sino ante muchísimos. Pero mucho más probablemente sirvió para que el endemoniado mostrara el estado en el que se encontraba: había renunciado a luchar por ser él mismo, por controlar su propia vida.

Los evangelios nos informan del hecho de que una persona puede estar esclavizada por más de un demonio al mismo tiempo **(Mt 12:45) (Mr 16:9)**, pero este caso es singular. ¿Qué nos intenta enseñar?

De la misma manera que el Imperio Romano había conseguido conquistar Israel por medio de sus legiones, este miserable hombre se encontraba totalmente ocupado y dominado por las fuerzas demoníacas que lo mantenían en una situación de opresión y muerte. Notamos entonces que el propósito del diablo para con el ser humano es de tipo militar: conquistar y dominar.

“Y le rogaba mucho que no los enviase fuera de aquella región”

El Señor Jesucristo es más poderoso que el diablo y sus legiones: ni una legión de demonios podría hacer frente a su voz de mando.

¿Por qué no querían los demonios irse de aquella región? Realmente no lo sabemos, pero tal vez podemos suponer que la forma de vida de aquellas gentes, junto con la dureza de sus corazones, los hacía presa fácil para los demonios.

“Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos”

¿Por qué le pidieron al Señor que los enviase a los cerdos? Tampoco esto lo sabemos con seguridad, pero tal vez sea porque los demonios necesitan un cuerpo por medio del cual poder operar. Aunque a parte de este versículo, no leemos en la Biblia de demonios habitando en animales. Y tampoco en este caso estuvieron mucho tiempo, porque rápidamente se precipitaron al mar y murieron. Por todo ello, debemos ser muy prudentes al sacar conclusiones de este hecho.

Lo que es evidente es que no podían resistir la orden de Cristo, y aun para entrar en los cerdos necesitaban de su permiso.

El Señor les permitió que fueran a los cerdos, pero cuando éstos se precipitaron por el despeñadero y murieron, esto causó una grave pérdida a sus propietarios. Algunos han cuestionado la actitud del Señor por esto. Pero en este caso, como en muchos otros, se acusa injustamente al Señor de aquello que realmente hizo el diablo. Recordemos que el Señor sólo les dio permiso para ir a los cerdos, él no hizo nada más. Fue Satanás quien destruyó los cerdos.

“Sentado, vestido y en su juicio cabal”

Una vez que los demonios salieron del hombre, el cambio fue radical. Ahora estaba con Jesús *“sentado, vestido y en su juicio cabal”*. Nadie había soñado con conseguir algo parecido de este hombre. Y es que el poder del Señor Jesucristo llega allí donde ni el gobierno, ni los asistentes sociales, ni psiquiatras, ni familia, ni amigos pueden llegar. Nadie antes había conseguido que este hombre estuviera en paz consigo mismo y con sus semejantes.

Cristo lo había liberado de los espíritus inmundos y había restaurado su libertad y dignidad. Ya no era el loco que andaba desnudo gritando noche y día por los sepulcros e hiriéndose con las piedras. Era un hombre nuevo, y eso, gracias a Cristo.

“Y tuvieron miedo y comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos”

Es curioso que la reacción que todo esto provocó en los habitantes de Gadara fue de temor. ¿De qué tenían miedo? Aparentemente tenían miedo del poder sobrenatural de Cristo. Su presencia en medio de ellos les inspiraba temor. Así que decidieron que lo mejor era que Cristo se fuera de allí. ¡Es incomprensible!

La presencia de Cristo en medio de ellos era una garantía de que los demonios no volverían a hacer algo similar con ninguna otra persona. Y además, el ver al endemoniado en su nueva condición, debería haberles llenado de gozo y admiración por Cristo.

Pero aquellos hombres se habían sentido golpeados en donde más les dolía: su dinero. Como consecuencia de la liberación del endemoniado, ellos habían perdido un gran hato de cerdos, por lo tanto, no podían sentir alegría por nada de lo ocurrido. Seguramente por esto le invitaron a irse. No valoraron todo el bien que Jesús podría haber hecho en la región. ¡Cuántos más endemoniados o enfermos había todavía allí! Pero parecía que apreciaban muchos más sus posesiones que las personas. En el conflicto entre los negocios y el bienestar espiritual, los negocios eran lo primero para ellos, como tan a menudo sucede en la actualidad. Son un ejemplo terrible de ceguera materialista.

Incontables multitudes siguen prefiriendo a Cristo lejos de ellos por temor a que su comunión con él sea causa de alguna pérdida material, social, económica o personal. Y así, tratando de salvar sus bienes, pierden sus almas.

Es muy triste, pero es algo que ocurre con mucha frecuencia. Cuando un notorio pecador se convierte a Cristo y su vida cambia, las personas que le conocían antes, muchas veces en lugar de convertirse ellas mismas, prefieren alejar a Cristo de sus vidas, e incluso intentan persuadir a la persona para que él también deje a Cristo.

Y el Señor se fue. Aquellas personas no sabían lo que estaban perdiendo. De esto aprendemos un principio fundamental: El Señor no se queda donde no es bienvenido. El no obliga a nadie a tener fe en él o a amarle, nunca se impone por la fuerza.

“Vete a tu casa, a los tuyos”

Pero cuando el Señor ya se iba en la barca con sus discípulos, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con él. La petición era evidencia de la nueva vida que ahora tenía. Quien ha sido salvado por el Señor, desea estar con él. Sin embargo, el Señor no se lo permitió, sino que le dijo que se fuera a su casa, y a los suyos.

Cuando comenzamos esta historia nos encontramos al endemoniado viviendo solo en los sepulcros, así que, con esta orden, lo que Cristo deseaba era restaurar a este hombre social y familiarmente. El hogar debe ser el primer lugar donde el creyente debe dar evidencias de su nueva vida.

La verdadera actividad misionera comienza en la casa. No es coherente hacer grandes esfuerzos a favor de la evangelización de otras partes del mundo mientras que desatendemos la educación cristiana de nuestros propios hijos, por ejemplo.

Además, el Señor le dio una misión: *“cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti”*. Su misión consistía en testificar de las grandes cosas que Jesús había hecho con él, precisamente en la región donde no habían querido admitir la obra personal del Salvador. A pesar del rechazo de los gadarenos, el Señor en su misericordia, les dejó el testimonio del hombre sanado. Nadie necesitaba más al Señor que ellos.

“Comenzó a publicar en Decápolis”

Cuando Jesús estuvo en Decápolis, este fue un primer contacto con la civilización griega. Y el hombre que había estado poseído por la legión de demonios y a quien Cristo salvó fue el primer misionero que el Señor mandó a predicarles.

En cuanto a la labor que realizó, hay que subrayar que su gozo y gratitud le llevó mucho más allá de su propia ciudad, extendiendo su actividad misionera por todo Decápolis. En cierto sentido, podríamos decir que el gadareno pudo hacer lo que le impidieron a Jesús.

Tres ruegos

Hallamos aquí tres “ruegos” al Señor, uno de los cuales admitió, desechando los otros dos.

- Cuando el endemoniado se acercó al principio a Jesús, le suplicó que le dejara. Cristo no atendió esta petición porque el hombre no actuaba con libertad, sino bajo la poderosa influencia de los demonios.
- Más tarde los gadarenos le rogaron que se fuera de sus contornos. Cristo accedió a irse, ya que esta petición era expresión de su libre voluntad, hecha con los ojos abiertos y a la plena luz de toda la evidencia. Cristo respeta la elección de los hombres.
- Cuando Jesús se iba, el que había estado endemoniado le rogó que le dejara ir con él. Cristo no le dejó, puesto que ahora estaba a sus órdenes, pertenecía a su Reino y por lo tanto estaba a su servicio.

Conclusión

Por supuesto que este endemoniado era un caso extremo, pero con todo, es una advertencia de lo que significará para los seres humanos perecer bajo el poder del pecado y Satanás. Y esto será así, a menos que sean liberados por Cristo (**Ef 2:2**) (**Col 1:13**).

Preguntas

1. ¿Qué aprendemos de los relatos de la tempestad calmada por Jesús y del endemoniado que liberó?
2. ¿Qué hace Satanás cuando toma posesión de una persona y que hace Dios?
3. Explique el estado al que había llegado el hombre endemoniado.
4. ¿Por qué le preguntó Jesús el nombre al endemoniado? ¿Qué aprendemos de su nombre?
5. Analice los tres ruegos que le hicieron al Señor en Gadara.

La hija de Jairo y la mujer que tocó el manto de Jesús - Marcos 5:21-43

(Mr 5:21-43) *“Pasando otra vez Jesús en una barca a la otra orilla, se reunió alrededor de él una gran multitud; y él estaba junto al mar. Y vino uno de los principales de la sinagoga, llamado Jairo; y luego que le vio, se postró a sus pies, y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá. Fue, pues, con él; y le seguía una gran multitud, y le apretaban.*

Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor, cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud, y tocó su manto. Porque decía: Si tocare tan solamente su manto, seré salva. Y en seguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote. Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado? Pero él miraba alrededor para ver quién había hecho esto. Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad. Y él le dijo: Hija, tu fe te ha hecho salva; vé en paz, y queda sana de tu azote.

Mientras él aún hablaba, vinieron de casa del principal de la sinagoga, diciendo: Tu hija ha muerto; ¿para qué molestas más al Maestro? Pero Jesús, luego que oyó lo que se decía, dijo al principal de la sinagoga: No temas, cree solamente. Y no permitió que le siguiese nadie sino Pedro, Jacobo, y Juan hermano de Jacobo. Y vino a casa del principal de la sinagoga, y vio el alboroto y a los que lloraban y lamentaban mucho. Y entrando, les dijo: ¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme. Y se burlaban de él. Mas él, echando fuera a todos, tomó al padre y a la madre de la niña, y a los que estaban con él, y entró donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dijo: Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate. Y luego la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y se espantaron grandemente. Pero él les mandó mucho que nadie lo supiese, y dijo que se le diese de comer.”

Introducción

Este pasaje, junto con los dos anteriores, completan una serie de historias en las que el Señor Jesucristo se enfrentó a cuatro elementos adversos para el hombre y contra los cuales se encuentra impotente.

- Las fuerzas hostiles de la naturaleza **(Mr 4:35-41)**.
- Los poderes espirituales de maldad **(Mr 5:1-20)**.
- Las enfermedades incurables y la muerte **(Mr 5:21-43)**.

En todos los casos, el Señor mostró su poder divino, venciendo sin ninguna dificultad aquellas cosas que para el hombre resultan imposibles. Al hacerlo, su propósito es mostrarnos anticipadamente algunas de las características de su Reino, en el que los límites impuestos por la caída son superados por la Obra de Cristo. Así por ejemplo, en este pasaje veremos que el dolor y la muerte son superados por su poder para sanar y resucitar.

Otra de las características principales de este pasaje, es que este poder restaurador del Señor llega hasta nosotros a través de la fe. Así fue tanto en el caso de la mujer con flujo de sangre, como en el de Jairo, que vieron su fe recompensada, la primera con la sanidad de su enfermedad y el segundo con la resurrección de su hija. Pero tendremos ocasión de considerar también, que en ambos casos su fe fue probada y tuvo que vencer grandes obstáculos.

Las circunstancias

Jesús acababa de ser rechazado por los gadarenos que le rogaron que se fuera de sus contornos (**Mr 5:17**), pero ahora, al regresar al lado occidental del lago, probablemente a Capernaum, nada más llegar salió a su encuentro un hombre llamado Jairo, principal de la sinagoga, que le rogaba insistentemente que fuera con él a su casa.

¡Qué contraste! Mientras unos le rechazan y le piden salir de sus contornos, otros le esperan con el fin de acercarse a él e invitarle a venir a su casa. Y esta misma situación se repite en nuestros días constantemente, donde personas, e incluso pueblos enteros, manifiestan posturas completamente opuestas frente a Jesús.

También nos llama la atención la actitud de la multitud, que según nos dice Lucas, *“cuando volvió Jesús, le recibió con gozo; porque todos le esperaban”* (**Lc 8:40**). ¿Cuáles eran sus expectativas? Tal vez eran llevadas por su curiosidad por presenciar alguno de los milagros de Jesús. No lo sabemos.

“Jairo, uno de los principales de la sinagoga”

Jairo era uno de los que esperaba ansiosamente el retorno del Señor. La razón es que su hija yacía moribunda y su tiempo se acababa sin que pudieran hacer nada por ella. Así que, tan pronto como Jesús llegó, vino a su encuentro y le pidió desesperadamente que le acompañara a su casa. Sin duda, fue un acto evidente de fe, pero como decíamos antes, su fe tuvo que superar diferentes obstáculos, algunos de ellos muy difíciles.

El evangelista nos dice que Jairo era uno de los principales de la sinagoga, y como ya hemos considerado en pasajes anteriores, en este momento, las sinagogas estaban prácticamente cerradas para Jesús. Recordemos que la última vez que había estado en la sinagoga de Capernaum, los fariseos se unieron a los herodianos con el fin de destruirle, porque en un día de reposo había sanado a un hombre con una mano seca (**Mr 3:1-6**).

Y ahora Jairo, uno de los principales de la sinagoga, quizá de esa misma sinagoga en Capernaum, acudió a Jesús para que sanara a su hija enferma. No es difícil imaginar lo difícil que tuvo que ser para él pedir ayuda a Jesús.

Siempre nos resulta humillante tener que pedir ayuda a otros, pero en este caso aún era más doloroso, porque Jairo era uno de los gobernantes judíos y Jesús era un rabí despreciado y tenido por endemoniado por los líderes religiosos (**Mr 3:22**). ¡Qué difícil tuvo que resultarle superar “el qué dirán” de sus correligionarios judíos! Y tal vez, si él mismo había participado en el rechazo a Jesús, tendría también que haberse arrepentido y confesado su equivocación y pecado.

Pero la auténtica fe siempre se encuentra con estos obstáculos y para que pueda obtener su recompensa, tendrá que superarlos. ¡Pero qué difícil resulta para el orgullo humano reconocer que necesitamos a Dios, al mismo Dios al que muchas veces hemos ignorado y menospreciado, y pasar por encima del “qué dirán” de la gente cuando nos ven acercarnos a Jesús!

La petición de Jairo y la respuesta de Jesús

Así que Jairo, un hombre respetable en su comunidad, llegó a los pies de Jesús y le pidió por su hija moribunda. Todos los que somos padres sabemos el dolor que se siente cuando vemos a nuestros pequeños enfermos o amenazados por la muerte. Así que, postrado a los pies de Jesús, con una intensa ansiedad y un tierno afecto hizo su ruego: *“mi hijita está agonizando, ven...”*

Es evidente que Jairo tenía fe en Jesús. ¿Por qué entonces el Señor no hizo como en la historia del centurión en que con una palabra bastó para sanarlo (**Lc 7:1-10**), evitando así el sufrimiento del padre y la misma muerte de la niña? Seguramente quería enseñar a Jairo, y también a todos nosotros, un principio fundamental: allí donde hay fe, el Señor la probará para que crezca.

La fe de Jairo alcanzaba a saber que Jesús podía sanar a su hija gravemente enferma, pero el Señor quería que avanzara hasta llegar a comprender que también tenía poder para resucitar a los muertos. Pero para poder llegar a aprender esto, no había otra manera que esperar hasta que su hija muriera, lo que sin duda convirtió aquellos momentos en que Jairo intentaba abrirse paso entre la multitud junto a Jesús camino de su casa, en una angustia inimaginable.

Algo similar ocurrió en el caso de Lázaro y sus dos hermanas y que relata Juan. Cuando le llegó la noticia a Jesús de que su amigo Lázaro estaba enfermo, aún se quedó dos días más en donde estaba antes de ir (**Jn 11:3-6**). Este retraso tuvo como finalidad enseñar a Marta y a María que Jesús no sólo tenía poder para sanar a su hermano enfermo, sino que él mismo era la resurrección y la vida (**Jn 11:21-27**).

“Una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre”

Pero en el camino a casa de Jairo, el Señor tuvo que detenerse para atender a otra mujer enferma y que también le estaba buscando. Este “retraso” fue sin duda otra dura prueba para la fe de Jairo.

Marcos nos ofrece algunos datos acerca de la enfermedad de esta mujer que nos sirven para hacernos una idea de su estado. Padecía de flujo de sangre desde hacía doce años, por lo que podemos imaginar que se encontraría muy débil físicamente. Además, una enfermedad de tan larga duración, siempre resulta agotadora tanto para el que la sufre como para los que le cuidan.

Pero la enfermedad no sólo había minado sus fuerzas físicas, sino que también había terminado con todos sus recursos económicos, gastados inútilmente en médicos que no habían logrado dar con una solución para su enfermedad, incluso, *“antes le iba peor”*. Nos podemos hacer una idea de lo que aquella mujer tuvo que haber sufrido a manos de los médicos, en una época en la que la medicina y sus tratamientos tenía mucho más de superstición que de ciencia. Y esto, para que finalmente perdiera todo cuanto tenía y fuera desahuciada por los médicos que no lograron encontrar una solución para ella. Su situación era totalmente desesperante, sin solución humana posible. Por todo esto, Marcos dice que su enfermedad era un *“azote”*, como un látigo de los empleados por los romanos para castigar a los malhechores.

En muchos sentidos, el caso de esta mujer es un buen ejemplo de la situación de miles de personas que pasan años de angustia en busca de paz en sus corazones sin lograr encontrarla. La buscan a través de diferentes remedios humanos sin encontrar ningún

alivio. Van de una iglesia a otra sin sentir ningún tipo de mejoría para su estado espiritual, antes se encuentran cada vez más desengañados de todo y desanimados. Lo que necesitan urgentemente es ir a Jesús, cueste lo que cueste.

Pero una enfermedad de este tipo tenía también ciertas implicaciones religiosas que sin duda vendrían a aumentar su dolor. Según la ley levítica (**Lv 15:25-27**), una mujer con flujo de sangre se encontraba en una condición de impureza ceremonial, que le impedía participar en el culto a Dios. Podemos imaginarnos cómo esta enfermedad habría condicionado su relación con Dios a lo largo de los años.

Pero también impedía su trato normal con sus semejantes, ya que cualquiera que tuviera contacto con ella quedaría en la misma condición de impureza. De hecho, cuando gastando sus escasas fuerzas logró abrirse paso entre la multitud que apretaba a Jesús, “contaminó” su impureza ceremonial a todos ellos, y finalmente, al mismo Jesús cuando le tocó.

¡Qué curiosa situación! En aquel camino, Jesús se encontraba en medio de Jairo y de la mujer enferma. Dadas las implicaciones religiosas de su enfermedad, aquella mujer nunca habría ido a la sinagoga que presidía Jairo, así que, difícilmente se conocerían, pero ahora, por circunstancias muy diferentes, los dos estaba junto a Jesús, ambos igualmente necesitados de él.

La fe de la mujer enferma

No cabe duda que la mujer sentía hondamente su necesidad, y fue a raíz de escuchar hablar de Jesús y de las maravillas que hacía (**Mr 5:27**), cuando surgió en ella la fe. Como en el caso de Jairo, se trataba de una fe auténtica, que lograba superar los obstáculos.

Como ya hemos dicho, su fe le dio las fuerzas necesarias para lograr abrirse paso entre la gente y llegar hasta Jesús. Y cuando finalmente fue sanada, la fe le llevó a confesar toda la verdad acerca del bien que había recibido de Jesús, venciendo las posibles críticas de aquellos que habían llegado a estar inmundos ceremonialmente por causa del contacto con ella.

Algunos han pensado, que puesto que lo que la mujer se había propuesto era tocar el borde del manto de Jesús, no se trataba tanto de fe sino de superstición. Otros han intentado usar el incidente para justificar su confianza en las reliquias; una práctica muy extendida en el catolicismo por muchos siglos. Pero debemos notar que Jesús subrayó que lo que le había salvado era su fe en él: *“Hija, tu fe te ha hecho salva; vé en paz, y queda sana de tu azote”*. El toque del manto de Jesús fue sólo una expresión de la fe que ella tenía en el poder de Jesús.

“¿Quién me ha tocado?”

La mujer fue sanada por el hecho de tocar con fe el borde del manto de Jesús, pero al hacerlo, intentó pasar desapercibida entre la multitud. Su actitud podía ser razonable, dado que los judíos no habrían aceptado que una mujer inmunda ceremonialmente les tocara. Pero sin embargo, Jesús percibió con total claridad que había salido poder de él. Este es un hecho muy interesante que no debemos pasar por alto.

Por un lado, es importante notar que aunque eran muchas las personas que iban con Jesús y que incluso le apretaban, sólo una de ellas tocó con fe a Jesús y fue sanada. Tal vez la multitud acompañaba a Jesús en un ambiente festivo, esperando ver un milagro en la casa de Jairo. En este estado, un tanto alocado, se daban empujones e incluso

apretaban a Jesús desconsideradamente. Por el contrario, la mujer enferma buscaba cómo aproximarse a Jesús con un propósito completamente diferente. Ella era movida por su profunda sensación de necesidad y con un corazón lleno de fe y esperanza en Jesús. ¡Qué contraste! Pero esto mismo ocurre constantemente en la iglesia de Cristo en el presente. Muchos acuden a escuchar acerca de él, pero muy pocos son los que se acercan a él con una fe personal que les puede salvar.

Observamos también la actitud de los discípulos cuando Jesús hizo la pregunta: *“Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado?”*. Esto pone en evidencia no sólo una falta de entendimiento de los discípulos, sino que también revela cierta ausencia de respeto y sensibilidad hacia Jesús. Si el Maestro se detuvo para hacer aquella observación, a ellos les tocaba preguntarse la razón por la que lo hacía y no criticarle de esta forma un tanto cruda y ruda en que contestaron a su pregunta. Ellos también necesitaban aprender algo muy importante.

“Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él”

Los discípulos no entendían el “desgaste” de Jesús por todas esas sanidades. Probablemente se habían acostumbrado a ver fluir el poder de Jesús sin ningún tipo de limitación y pensaron que era algo “natural” en él. Pero el Señor tenía que enseñarles que había un coste y que era alto.

Humanamente hablando, podríamos decir que cuando el Señor Jesucristo creó este inmenso universo, no sufrió ningún tipo de “desgaste”. Pero una cosa totalmente diferente era tratar con el pecado del hombre. En algún sentido que es imposible explicar y cuantificar, la salvación del hombre sí que ha supuesto fatiga, cansancio y mucho dolor para el Hijo de Dios. Recordemos que la misma Ley de Dios decía que Jesús había quedado religiosamente impuro cuando la mujer con flujo de sangre le tocó (**Lv 15:25-27**). Y todo esto, como explica el apóstol Pablo, con la finalidad de llevar nuestra maldición para que nosotros pudiéramos ser salvados: (**Ga 3:13**) *“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”*. No podemos ir más allá en nuestros razonamientos por temor a equivocarnos, pero sí que debemos detenernos a adorar a Dios por su amor hacia cada uno de nosotros.

Vemos entonces, que los discípulos que estaban tan cerca del Señor, ignoraban lo que estaba pasando. Por eso, el Señor se detuvo para enseñarles un principio fundamental que nosotros debemos aprender también. Nunca podremos hacer algo digno para el Señor a menos que pongamos en ello algo de nosotros, de nuestra propia vida. El rey David lo expresó magníficamente cuando dijo: *“No ofreceré a Jehová mi Dios holocaustos que no me cuesten nada”* (**2 S 24:24**).

Nos resultan incomprensibles aquellos creyentes que dicen estar dispuestos a servir al Señor, pero “con calma”, cuando les apetezca y se sientan con ánimos, sin agobios ni prisas. Esta actitud es incompatible con lo que el Señor ha hecho por nosotros y nos ha enseñado. Si queremos seguir sus huellas, tendremos que estar dispuestos, no sólo a gastar lo nuestro, sino especialmente a gastarnos a nosotros mismos.

“La mujer, temiendo y temblando, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad”

El Señor Jesús cumplía con todo el programa que su Padre le había encomendado, y aunque una niña moribunda esperaba el toque de su mano, debía detenerse para atender a la mujer y sacar del incidente todo el perfume de su fe. Para ello era necesario que la mujer no quedara en el anonimato, sino que confesara lo que había pasado. Fue entonces cuando Jesús preguntó: *“¿Quién ha tocado mis vestidos?”*.

Por supuesto, Cristo sabía quién era la persona que había sido sanada, pero era necesario que la mujer se identificara y diera testimonio público de la obra de Dios en su vida. Esto era necesario por varias razones:

- Confirmaba el principio que el apóstol Pablo expresó: *“Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Ro 10:10)*.
- Permitía a Cristo llegar a tener una relación personal con la mujer. Nunca es su deseo que seamos salvados por su poder, pero que no tengamos nada que ver con él. Por eso, después de la sanidad, buscó el diálogo personal con la mujer.
- Además, tan precioso ejemplo de fe no debía quedar oculto a los ojos de la multitud de curiosos, que debían aprender que sólo por la fe es posible obtener los beneficios de Cristo.

En un principio, la mujer intentó esconderse, probablemente para no tener que ruborizarse contando públicamente la naturaleza de su enfermedad y la manera en la que había recibido su sanidad. Pero como cristianos, debemos recordar que nunca hemos de avergonzarnos de confesar ante los hombres lo que Cristo ha hecho por nosotros. De hecho, debemos esforzarnos en buscar la oportunidad para hacerlo.

Finalmente, la fe de la mujer le hizo vencer todos los obstáculos e hizo una conmovedora confesión, donde de manera maravillosa se combinaba humildad y franqueza en cuanto a su necesidad, y la debida gratitud y adoración en vista de su curación.

Tal vez ella esperaba alguna reprensión de parte del Señor por haberle tocado estando inmunda ceremonialmente, pero nada más lejos de eso. El Señor le animó y confirmó su sanidad con unas cariñosas palabras: *“Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz y queda sana de tu azote”*.

Fácilmente podemos imaginar el alivio de la mujer después de haber confesado a Cristo públicamente.

Y a partir de este momento, la mujer volvió a formar parte de la vida social y religiosa del pueblo de Dios.

“Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas más al Maestro?”

Pero mientras la mujer sentía el profundo alivio de su sanidad, no debemos olvidar que Jairo seguía al lado de Jesús, impaciente, consumiéndose en su angustia, preguntándose una y otra vez por qué el Señor se demoraba tanto con aquella mujer mientras su hija agonizaba.

Muchas veces llegamos a sentir lo mismo, viendo cómo Dios soluciona los problemas de otros, mientras que nosotros nos consumimos en la impaciencia esperando que obre también en nuestra situación. Es entonces cuando debemos recordar que el Señor tiene propósitos diferentes con cada uno de nosotros.

Fue en ese momento cuando llegó la trágica noticia desde la casa de Jairo: *“Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas más al Maestro?”*.

No es difícil imaginar el estado de ánimo de Jairo. La muerte siempre es dolorosa, pero si se trata de un niño pequeño, y es nuestro propio hijo, entonces se convierte en una experiencia desgarradora. Ante una situación así parece que ya no queda lugar para la esperanza. Como muchos dicen: “todo tiene solución, menos la muerte”. De hecho, esta fue la actitud de los que le dieron la noticia a Jairo: *“¿Para qué molestas más al Maestro?”*, ya no hay nada más que se pueda hacer.

Pero si esto no era suficiente, el ambiente al llegar a casa, con todas las plañideras llorando, gritando, gesticulando, hacían que la desesperación y la desolación fueran totales.

Pero en ese mismo instante el Señor intervino: *“No temas, cree solamente”*. Si alguien podía transmitir algún tipo de esperanza en una situación así, ese sólo podía ser Cristo. Cuando todos los recursos humanos fallan, sólo quedan los divinos.

Ya comentamos al principio, que el propósito de Cristo era elevar la fe de Jairo a nuevos horizontes. Quería que llegara a entender que él no sólo tiene poder para sanar enfermos, sino también para resucitar muertos. Pero para ello, tendría que vencer nuevos obstáculos. Para empezar, debía creer que Jesús podía hacer lo que todos los demás hombres consideran que es imposible: resucitar un muerto. Tenía que creer que con Cristo la muerte no es el fin de todas las esperanzas humanas. Y más tarde, cuando llegaron a la casa, tendría que soportar también las burlas de la gente que se rieron de Cristo cuando dijo que la niña no estaba muerta sino que dormía.

“No permitió que le siguiese nadie”

Cuando llegaron a la casa de Jairo, Cristo echó a todos fuera, quedándose sólo con los padres de la niña y tres de sus discípulos; Pedro, Juan y Jacobo. ¿Por qué no permitió que otros entraran? ¿Por qué después de resucitar a la niña mandó a los padres que no dijeran nada a nadie?

Probablemente, una de las razones para sacar fuera a las plañideras y muchos otros de los presentes, era porque su actitud constituía un estorbo para la manifestación del poder del Señor. No nos olvidemos que muchos de ellos se estaban burlando de Jesús cuando dijo que la niña estaba durmiendo.

Por otro lado, el escoger a estos tres discípulos, tal vez se debió al hecho de que éste era el número de testigos que exigía la ley para que un testimonio fuera válido (**Dt 17:6**). Aunque curiosamente, este grupo de tres discípulos fue el mismo con el que el Señor se apartó también en el monte de la transfiguración y más tarde en el huerto del Getsemaní. Debemos deducir que estos tres apóstoles formaban un grupo más íntimo con el Señor y que los estaba formando para tareas especiales.

Y en cuanto a la insistencia del Señor por mantener sus milagros en secreto, ya hemos señalado en otras ocasiones, que él no quería encender el fervor popular hasta el punto en que las multitudes lo tomaran para dirigir un levantamiento contra los romanos.

En el comportamiento de Jesús nunca encontramos la actitud de algunos hacedores de milagros de nuestro tiempo, que se ufanan de lo que hacen y buscan toda la publicidad posible para sí mismos. Y el Señor tampoco se prestaba nunca para satisfacer la curiosidad de la gente que sólo andaba en busca de lo espectacular.

“Talita cumi”

Otro detalle muy interesante es la forma en la que Jesús resucitó a la niña. El le dijo: “*Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate*”. Ya hemos visto que Marcos fue el intérprete de Pedro, uno de los tres discípulos que acompañaron a Jesús en esa ocasión. Y en su memoria él siguió escuchando aquel “*talita cumi*” toda su vida. El amor, la dulzura, el cariño con que Jesús dijo aquellas palabras no llegaron a borrarse nunca de su mente. Así que, cuando él contara esta historia a Marcos, seguiría pronunciando estas mismas palabras.

Pero por otro lado, el Señor había dicho que la niña no estaba muerta, sino que dormía. Esto llegó a ser algo característico del mensaje cristiano; la muerte es como un sueño del que finalmente nos despertará el Señor en su venida (**1 Ts 4:14-17**). Por esta razón, algunos han pensado que estas cariñosas palabras de Jesús a la niña, “*talita cumi*”, eran las mismas con las que su madre le despertaría cada día.

Reflexión final

Probablemente, muchos de nosotros estemos pensando en este momento que aunque Jesús sanó a esta mujer y resucitó a esta niña, sin embargo, no hace lo mismo con nosotros en este tiempo. Nosotros también tenemos fe en Cristo, pero sin embargo, aunque deseamos ver sanados a nuestros seres queridos, no siempre vemos que esto ocurra, y en muchas ocasiones, la muerte nos separa de ellos de manera irremediable. ¿Por qué Dios no actúa de la misma forma hoy en día?

Es evidente que este relato no tiene como finalidad animarnos a que nosotros esperemos lo mismo en el día de hoy. Tal vez esa sea una de las razones por las que Cristo encargó a todos que mantuvieran el secreto tanto como fuera posible para que nadie lo supiese.

Pero lo que sí que se proponía enseñarnos por medio de estos milagros, es que nuestra fe en él nos debe llevar a tener una visión completamente nueva de la enfermedad y de la muerte, una visión que el mundo no compartirá nunca. Ni la enfermedad ni la muerte tienen un poder permanente sobre los que hemos creído en Cristo. Ambas han sido vencidas por él y en su Reino ya no existirán más.

(Ap 21:4) “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas...”

Preguntas

1. ¿Qué lección principal aprendemos de la sección Marcos 4:35-5:43? Comente su importancia.
2. Señale y comente cuatro formas en las que el Señor probó la fe de Jairo.
3. ¿Qué implicaciones tenía la enfermedad para la mujer con flujo de sangre?
4. ¿Por qué preguntó Jesús: “¿Quién me ha tocado?” Razone su respuesta.
5. ¿Por qué Jesús no permitió que nadie le siguiese cuando resucitó a la hija de Jairo, sino sólo sus padres y tres discípulos?

Jesús en Nazaret - Marcos 6:1-6

(Mr 6:1-6) “Salió Jesús de allí y vino a su tierra, y le seguían sus discípulos. Y llegado el día de reposo, comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos, oyéndole, se admiraban, y decían: ¿De dónde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos? ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él. Mas Jesús les decía: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa. Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos. Y recorría las aldeas de alrededor, enseñando.”

“Jesús salió de allí y vino a su tierra”

Aunque no se dice específicamente a qué lugar fue Jesús, los versículos siguientes hacen evidente que se trata de Nazaret, el hogar de su infancia, donde él había trabajado como carpintero y en donde todavía vivía su familia.

¿Cuál fue el propósito de su visita a Nazaret? Tal vez deseaba pasar un tiempo con su madre y sus hermanos. Recordemos que un tiempo atrás, ellos le habían visitado en Capernaum preocupados por él (**Mr 3:20-21**) (**Mr 3:31-35**). O quizá estaba huyendo de la fama, en cuyo caso, ya sabía que Nazaret era el sitio ideal, como finalmente veremos.

“Comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos oyéndole se admiraban”

Marcos nos dice que Jesús iba acompañado por sus discípulos, es decir, iba como un rabino, así que cuando llegó a la sinagoga, le invitaron a tener la enseñanza de la Palabra. Y como en ocasiones anteriores, los asistentes quedaron asombrados, sin poder negar la sabiduría de su enseñanza, ni el poder de sus milagros (**Mr 1:21-28**). Pero curiosamente, lejos de producir en ellos la fe, el evangelista nos dice que “se escandalizaban de él”. ¡Con cuanta facilidad el hombre se vuelve irracional cuando se trata de la fe!

Pero sus oportunidades se estaban acabando, ya que ésta era la última vez en que encontramos a Jesús visitando una sinagoga. Había comenzado en ellas la proclamación del evangelio (**Mr 1:21**) y fue allí en donde los fariseos le habían rechazado (**Mr 3:6**). Ahora en Nazaret, fueron sus paisanos quienes iban a generalizar este rechazo.

“¿De dónde tiene éste estas cosas?”

La pregunta de los presentes era razonable: “¿Qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos?”. Sin duda, el Espíritu Santo estaba queriendo guiar sus mentes a descubrir la verdadera naturaleza de Jesús.

Esta cuestión acerca de la verdadera identidad de Jesús, fue lo que causó tanto revuelo entre la gente de Nazaret, y será también la clave en los próximos relatos.

(Mr 6:14-15) *“Oyó el rey Herodes la fama de Jesús, porque su nombre se había hecho notorio; y dijo: Juan el Bautista ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes. Otros decían: Es Elías. Y otros decían: Es un profeta, o alguno de los profetas.”*

Y finalmente será el mismo Jesús quien haga la pregunta: **(Mr 8:27-29)** *“¿Quién dicen los hombres que soy yo?... Y vosotros, ¿quién decís que soy?...”*

Pero volvamos a la pregunta de la gente de Nazaret: *“¿De dónde tiene éste estas cosas?”*. Ninguno de ellos, a pesar de no creer en él, se atrevía a negar ni su sabiduría ni su poder. Pero este asunto requería alguna explicación, porque ni su sabiduría ni su poder eran “normales”. ¿Qué dirían acerca de esto? ¿De dónde procedían?

Ellos pensaron que los había tenido que recibir de alguna parte: *“¿de dónde tiene...?”*. Dedujeron rápidamente que no era algo que le había venido por medio de su familia. Ellos le conocían bien; había sido el carpintero de Nazaret por mucho tiempo, y su familia seguía viviendo allí. Eran gente sencilla, como nosotros diríamos: “del pueblo de toda la vida”. Además sabían bien que Jesús no había salido de allí a estudiar con los grandes maestros de Jerusalén, seguramente porque la familia tampoco tenía recursos para ello. Así que, descartaron inmediatamente que éste fuera el cauce por el que Jesús había recibido tanto la sabiduría como el poder que les dejaba asombrados a todos.

Otra opción, que parecía razonable en vista del carácter de sus milagros y de su enseñanza, sería que Dios estuviera actuando por medio de él. Pero su incredulidad y la dureza de su corazón les llevó a descartar que éste pudiera ser el origen sobrenatural de su ministerio. Así que, la única opción que encontraron fue la de atribuir sus obras al poder de Beelzebú **(Mr 3:22)**.

Pero ¿por qué rechazaron tan rápidamente la idea de que Jesús obraba por el poder de Dios? Para ellos debió de resultar inaceptable que Dios pudiera estar actuando usando medios tan débiles. Los judíos de Nazaret consideraban a Jesús como un hombre igual a ellos, cuya familia vivía entre ellos. Al fin y al cabo, no era más que el carpintero del pueblo. Sin embargo, éste ha sido siempre el proceder de Dios: *“Lo vil del mundo y lo menospreciado, escogió Dios...”* **(1 Co 1:27-28)**.

“¿No es éste el carpintero?”

No deja de admirarnos que el Señor de la gloria se hiciera hombre y viviera como uno de nosotros. Asumió una vida corriente. No eligió un palacio, sino un sencillo taller de carpintería. Es increíble que el mismo que hizo el cielo y la tierra con todo lo que en ellos hay, el Unigénito Hijo de Dios, tomara la forma de siervo y “comiera el pan con el sudor de su frente”, como un obrero más. Como bien dice el apóstol Pablo: **(2 Co 8:9)** *“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos”*.

Sin embargo, aunque para nosotros los cristianos, el hecho de que Jesús fuera el carpintero de Nazaret, es un fuerte motivo de adoración, por el contrario, en la forma en que los judíos de Nazaret lo decían, había mucho menosprecio escondido. Sus razonamientos serían más o menos los siguientes: ¿Quién se ha creído que es éste? Si sólo es un carpintero sin estudios. ¿Quién garantiza su autoridad y sus pretensiones?

Pero a pesar de todo, las evidencias de su poder sobrenatural se encontraban delante de ellos y no las podían negar. Pero había dos cosas que les impedían aceptarle: su incredulidad y su envidia. La incredulidad fue una de las causas por las que perdieron los grandes bienes que el Señor estaba dispuesto a concederles. Y también la envidia se

hallaba en la raíz de su odio. No podían admitir que un paisano suyo fuera más que ellos mismos.

De todo esto podemos aprender diferentes lecciones:

- Las circunstancias de nacimiento y fortuna no tienen nada que ver con el valor de una persona. Jesús había nacido en una familia humilde y era carpintero, pero sin embargo era el mismo Hijo de Dios. Debemos estar en guardia para no caer en la tentación de valorar a las personas por las circunstancias externas y no por su relación personal con Dios.
- Con mucha frecuencia los hombres tenemos la tendencia de menospreciar aquello que nos es familiar. Los hombres de Nazaret despreciaron a Jesús porque lo conocían. Y con cuánta facilidad podemos llegar a no valorar adecuadamente cosas que nos son familiares, como por ejemplo la Biblia, la iglesia local, los cultos, nuestros pastores...
- En otras muchas ocasiones, la familiaridad en lugar de engendrar un creciente respeto, produce la falta de él. Pareciera como si el estar demasiado cerca de ciertas personas nos impide ver su grandeza.
- Con cuánta facilidad nos acostumbramos a recibir bendiciones de la gracia de Dios y llegamos a dejar de valorarlas. Nazaret fue el pueblo más privilegiado del mundo, pues allí había pasado gran parte de su vida el Hijo de Dios. Sin embargo, se acostumbraron tanto a su presencia que no llegaron a valorarlo e incluso lo despreciaron hasta el punto de querer acabar con él (**Lc 4:29**).

“Hijo de María”

Es extraño que se refieran a Jesús de esta manera, cuando lo normal habría sido mencionar a su padre José. Este detalle puede indicar que José había muerto hacía tiempo. Pero puede ser también que la gente de Nazaret estuviera haciendo una alusión al carácter “ilegítimo” de su nacimiento con el fin de insultarlo (**Jn 8:41**).

“No hay profeta sin honra sino en su propia tierra”

Como ya hemos señalado, sus paisanos judíos le estaban menospreciando. Para ellos era simplemente el carpintero de Nazaret, y para sus líderes religiosos, un endemoniado poseído por Beelzebú (**Mr 3:22**). Esta táctica del diablo es bien conocida: primero ridiculizarle y despreciarle para después quitarle valor a todo lo que había dicho y hecho entre ellos. Pero esto es un engaño de Satanás que no cambia la verdad de las cosas.

Fue en este contexto que Jesús hizo esta afirmación: *“No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa”*. Veamos algunas de las implicaciones de lo que dijo:

- Notemos que él hace una clara vindicación de que es profeta, uno que habla de parte de Dios, aunque por supuesto, era mucho más que eso.
- También advierte a todo aquel que quiera ser un fiel testigo suyo, que los peores críticos los encontrará entre los suyos, en el ámbito de su familia y de aquellos con los que ha crecido juntamente.

Sin embargo, aunque Jesús conocía bien la actitud de su familia y de la gente de Nazaret, a pesar de todo, regresó allí para volverles a llevar el mensaje de vida. ¡Cuánta paciencia y cuánto amor! ¡Qué ejemplo para todos nosotros!

“Estaba asombrado de la incredulidad de ellos”

Los evangelios sólo registran dos ocasiones en que el Señor se haya asombrado. Una vez por la fe que demostró un centurión romano (**Lc 7:9**), y en esta ocasión ante la incredulidad de sus paisanos en Nazaret. Esto nos deja constancia de la importancia que la fe y la incredulidad tienen para el Señor.

No es de extrañar que al Señor le resultara extraño que los hombres, viendo tan de cerca la Luz del mundo y la gloria del cielo, volviesen las espaldas a ella.

Pero la incredulidad es el pecado más antiguo del mundo. Entró por primera vez cuando Eva prestó oído a las falsas promesas del diablo, en vez de creer en la Palabra de Dios. Por causa de su incredulidad, el pueblo de Israel vagó cuarenta años por el desierto. La incredulidad arrastra al hombre a negarse a la evidencia, a cerrar sus ojos al testimonio más claro, y a creer, sin embargo, en falsedades. La incredulidad es el único pecado que Dios no puede perdonar: (**Jn 3:18**) *“El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no a creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”*.

“Y no pudo hacer allí ningún milagro”

La razón por la que *“no pudo hacer allí ningún milagro”* no se debía a que no tuviera poder. En los pasajes anteriores vimos su poder sobrenatural en la naturaleza (**Mr 4:35-41**), sobre los demonios (**Mr 5:1-20**), sobre la enfermedad y la misma muerte (**Mr 5:21-43**). Pero lo que ahora quiere es enseñarnos algunas cosas fundamentales:

- Primero, que este poder no se impone a los hombres. Dios respeta la libertad que él mismo en su soberanía ha dado a todos los hombres, y espera que sea el mismo hombre quien se lo pida.
- Y segundo, que la única forma de disfrutar del poder de Dios en nuestras vidas es por medio de la fe. La fe es el cauce por el cual llegan al hombre todas las bendiciones de la gracia de Dios.

Dicho esto, queda claro que la incredulidad ata las manos de Jesús, porque el Reino que él predica no es un poder que se impone, sino una oferta de amor que se recibe en libertad. Por supuesto, la incredulidad del mundo no reduce en lo más mínimo el poder de Cristo; lo único que hace es quitarle al mundo el privilegio de experimentar el beneficio de su poder. Tristemente este fue el caso de Nazaret: (**Mt 13:58**) *“Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos”*.

Aun así, siempre hay algunos que se benefician de su gracia, y también en Nazaret hubo unos pocos enfermos que fueron sanados por él. El resto perdió esta bendición por su incredulidad. ¡Cuánto perdemos por falta de fe!

Nos preguntamos también cuánto tuvo que costarle a Jesús predicar en ese ambiente y cómo limitó el fruto de su palabra. Aun en nuestros días, cuando la atmósfera es de expectación, aun el esfuerzo más modesto puede inflamar a las almas, pero en un ambiente de frialdad crítica o de indiferencia, aun la palabra más llena del Espíritu cae en tierra sin producir nada en las vidas de los que escuchan.

“Y recorría las aldeas de alrededor enseñando”

¿Qué haría Jesús ante este “fracaso” en Nazaret? Muchos de nosotros nos hundimos ante las dificultades más pequeñas en la obra de Dios. Si alguien nos ridiculiza por nuestra fe, o no quiere escucharnos cuando intentamos predicarle, nos sentimos tan heridos, tan desilusionados, tan hundidos, que perdemos inmediatamente el deseo de seguir haciéndolo. Pero Jesús no era así. Como vamos a ver en los próximos pasajes, Jesús hizo lo contrario, intensificó sus esfuerzos evangelizadores. Primero llevó a cabo él mismo una campaña personal por todos los alrededores, y después, envió a sus discípulos en una gira misionera.

La incredulidad de la gente de Nazaret no podía impedir que Jesús siguiera anunciando el Reino de Dios. Tomemos buena nota de esto, y no nos paralicemos por la actitud negativa del mundo frente al mensaje del Evangelio. Siempre hay personas que están esperando el mensaje de salvación.

Preguntas

1. ¿De dónde procedía el poder y la sabiduría de Jesús? Razone sobre las diferentes posibilidades que los judíos se pudieron plantear.
2. ¿Por qué los judíos de Nazaret rechazaron a Jesús? Explique su respuesta.
3. Como hemos visto, los judíos de Nazaret rechazaron a Jesús porque era simplemente un carpintero. ¿Qué aprendemos de este hecho?
4. ¿Por qué dijo Jesús que *“no hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su propia casa”*? ¿Ha encontrado oposición en este ambiente por querer servir al Señor?
5. ¿Por qué la incredulidad es el único pecado que no tiene perdón? Mencione al menos dos ejemplos bíblicos de incredulidad y sus consecuencias.

Misión de los doce discípulos - Marcos 6:7-13

(Mr 6:7-13) *“Después llamó a los doce, y comenzó a enviarlos de dos en dos; y les dio autoridad sobre los espíritus inmundos. Y les mandó que no llevasen nada para el camino, sino solamente bordón; ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinto, sino que calzasen sandalias, y no vistiesen dos túnicas. Y les dijo: Dondequiera que entréis en una casa, posad en ella hasta que salgáis de aquel lugar. Y si en algún lugar no os recibieren ni os oyeren, salid de allí, y sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, para testimonio a ellos. De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para los de Sodoma y Gomorra, que para aquella ciudad. Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintiesen. Y echaban fuera muchos demonios, y unguían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban.”*

Introducción

Al terminar el párrafo anterior vimos que Jesús *“recorría las aldeas de alrededor enseñando”*. Fue después de esto cuando *“llamó a los doce y comenzó a enviarlos”*. Ya dijimos que el rechazo de la gente en Nazaret no podría detener la misión del Hijo de Dios mientras hubiera un mundo necesitado de escuchar el Evangelio del Reino de Dios.

En cuanto al propósito de enviar a los doce a predicar, no sólo tenía la finalidad de extender el Reino, sino que también servía para que los apóstoles ganaran experiencia y especialmente aprendieran a confiar en el Maestro estando alejados de él. Este tipo de entrenamiento tendría que prepararles para el día cuando el Señor, una vez finalizada la Obra de la Cruz, regresara al cielo y ya no estuviera presente en medio de ellos.

Las instrucciones que el Señor dio aquí a los doce se encuentran ampliadas en el evangelio de Mateo **(Mt 10:5-42)**.

“Llamó a los doce, y comenzó a enviarlos de dos en dos”

Como siempre, el llamamiento al servicio procede del Señor mismo.

Sobre la forma en que los envió, *“de dos en dos”*, tenemos mucho que aprender, tal como enseñaba el sabio de Eclesiastés:

(Ec 4:9-12) *“Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! Que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante. También si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente; mas ¿cómo se calentará uno solo? Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto”*

Podríamos enumerar algunas de las ventajas de esta medida:

- Permitiría la comunión fraternal entre ellos.
- Serviría de mutuo socorro ante las adversidades.
- Podrían aconsejarse mutuamente ante las dificultades.
- Recibirían ayuda y aliento el uno del otro.
- Según la ley, serían testigos válidos al ser al menos dos.

Este principio que el Señor estableció aquí fue observado también en la primera extensión del Evangelio que nos relata el libro de Hechos. Pedro y Juan, Pablo y Bernabé, Pablo y Silas, Bernabé y Marcos, son algunos ejemplos notables de este principio.

Seguramente, esta sea una de las asignaturas pendientes del cristianismo contemporáneo: aprender a trabajar conjuntamente con otros hermanos en la obra de Cristo.

“Les dio autoridad”

En la Biblia, el concepto de autoridad siempre proviene de Dios. Los hombres tienen autoridad porque Dios se la da. Los padres tienen autoridad sobre los hijos porque Dios se la ha dado (**Dt 5:16**), igual que los gobernantes de este mundo sobre sus súbditos (**Ro 13:1**), o los pastores en la iglesia (**He 13:17**), o los jefes sobre sus empleados (**Ef 6:5**), o los maridos sobre sus mujeres (**Ef 5:22**). Esto quiere decir, por ejemplo, que si un hijo desobedece a su padre, también está desobedeciendo a Dios.

Como hemos dicho, la fuente de la que surge toda autoridad es Dios, o lo que es lo mismo, el Señor Jesucristo. Él afirmó: (**Mt 28:18**) *“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”*. Él quiso dejar claro que todo cuanto existe, *“en el cielo y en la tierra”*, está incluido bajo el ámbito de su autoridad.

Y si observamos con atención lo que ya hemos estudiado del Evangelio de Marcos, veremos que muchos de los relatos han tenido como finalidad enfatizar esta autoridad.

- (**Mr 1:22**) Tenía autoridad en la enseñanza de la Palabra.
- (**Mr 1:27**) Sobre los espíritus inmundos.
- (**Mr 2:10-12**) Para perdonar pecados.
- (**Mr 4:39-41**) Sobre las fuerzas de la naturaleza.
- (**Mr 5:39-42**) Sobre la muerte.

Era fundamental que antes que los doce fueran enviados a predicar, estuvieran plenamente conscientes de que quien les enviaba tenía toda la autoridad.

En realidad, cuando Jesús estaba enviando a los doce a predicar el Evangelio del Reino, lo que estaba haciendo era enviarlos a reclamar su autoridad sobre este mundo. Él es el único que tiene el derecho legítimo de exigir lealtad a todas las personas que existen en este mundo.

Y notemos que la forma de hacerlo, no era hablando a cada persona desde el cielo, sino enviando a sus discípulos en su nombre y con su autoridad.

(Mt 10:40) “El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.”

En esto consiste la verdadera evangelización, en hacer un llamado a las personas de toda índole para que reconozcan la autoridad de Jesús en sus vidas. Por esta causa, los discípulos de Jesús deben estar preparados para el rechazo. El mismo Señor anunció que esto ocurriría:

(Jn 15:18) “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros.”

(Mr 6:11) “Y si en algún lugar no os recibieren ni os oyeren...”

El rechazo no debe sorprendernos, especialmente en tiempos de relativismo como los nuestros, cuando las personas no aprecian la verdad objetiva e inalterable. En este contexto, predicar que a Cristo le corresponde toda la autoridad, será visto por el mundo como una actitud arrogante que no tiene en consideración las otras creencias o a otros líderes religiosos del pasado o del presente. Por esto es prioritario que cualquiera que vaya a predicar el Evangelio de Cristo, esté plenamente seguro de su autoridad.

“No llevéis nada para el camino”

Los discípulos de Jesús no debían llevar provisiones para el camino, sino confiar en Dios para todo. Es lo que llamamos, “vivir por fe”.

Esta sencillez contrasta con el lujo y lo costoso de los viajes de muchos líderes religiosos modernos que pretenden ir en el nombre de Cristo. Por ejemplo, en julio de 2006, Benedicto XVI estuvo 26 horas en Valencia, España, y a día de hoy todavía se desconoce cuántos millones de euros gastó la Generalitat Valenciana en su viaje relámpago. A falta de información oficial, la oposición calculó que el gasto rondó los 60 millones de euros. Pero no es menos escandaloso el lujo y la ostentación de algunos famosos telepredicadores evangélicos que gustan de viajar en aviones privados, desplazarse en limusinas y ocupar las habitaciones más caras de los hoteles. Es incomprensible que estas personas, que no sólo no obedecen los mandamientos del Señor, sino que además en muchos casos hacen alarde público de su alto nivel de vida, todavía tengan miles de seguidores, que ingenuamente contribuyen para que puedan seguir manteniéndolo. Tan culpables son los unos como los otros.

Los discípulos del Señor sólo debían llevar su báculo y la ropa puesta. No debían llevar nada más para el viaje. Esto podría parecer una locura, pero les serviría para comprobar la ayuda constante de Dios. Ellos deberían mirar hacia arriba esperando en Dios para el suministro de las cosas necesarias, y evitar la tentación de mirar a los hombres o de fijarse en las circunstancias.

Por supuesto, cuando regresaron de esta misión, y de otras a las que el Señor les envió, ninguno se lamentó porque les hubiera faltado algo, más bien volvían llenos de gozo y de admiración por la ayuda del Señor.

En este punto no podemos dejar de preguntarnos hasta qué punto muchos de los misioneros modernos conservan este espíritu. Hemos conocido a hermanos con interés de salir a la obra del Señor y que han acudido a una misión en busca de apoyo y que no han tomado la decisión de ponerse en marcha en tanto que no han conseguido garantizar ciertos ingresos. ¿Dónde queda la fe y la confianza en el Señor de la mies? Por supuesto, no somos quiénes para juzgar, pero tal vez habría que reflexionar sobre este particular y volver a la enseñanza del Señor Jesús.

En una ocasión un veterano hermano decía: He conocido misioneros que siempre están trabajando buscando fondos, y estos siempre se están quejando de que nunca tienen lo suficiente. Conozco a otros muchos que siempre están trabajando para el Señor sin preocuparse por el dinero, y éstos siempre tienen lo necesario.

“Dondequiera que entréis en una casa, posad en ella”

La generosa hospitalidad del Oriente de aquellos días había de suplir casa y pan. Lamentamos que esta visión se ha perdido en algunos países, donde es frecuente encontrar que cuando un hermano es invitado por la iglesia a predicar, se le hospeda en

un buen hotel de la ciudad. Sin duda, muchas veces se adoptan estas decisiones pensando en la comodidad del misionero, pero en otras, es porque las familias han perdido la práctica de la hospitalidad, y con ello una gran bendición del Señor (**He 13:2**).

Ellos debían estar en la misma casa hasta que salieran de la ciudad. Tendrían que evitar, por lo tanto, cambiar de una casa a otra, tal vez buscando mejores alojamientos. Esto daría lugar a rivalidades y chismorreos que debían ser evitados (**1 P 4:9**). El siervo del Señor debe caracterizarse por la sencillez y no debe buscar este tipo de cosas.

“Si en algún lugar no os recibieren ni os oyeren, salid de allí”

Su misión se debía llevar a cabo desde el respeto a la libertad humana. El Evangelio sólo puede ser ofrecido, nunca impuesto. En el caso en que las personas no quisieran recibir ni oír a los misioneros, éstos debían salir de allí.

No es fácil saber en qué momento debemos abandonar los esfuerzos misioneros en un lugar concreto por la falta de respuesta positiva al Evangelio. El misionero siempre tendrá el deseo en su corazón de perseverar en su empeño de predicar el evangelio mientras ora por las personas, pero al mismo tiempo, debe estar atento a la dirección del Señor que le puede llevar a otro lugar como consecuencia de un reiterado rechazo. Sin duda, estas decisiones nunca son fáciles de tomar, y como siempre, el Señor tiene la última palabra.

En cualquier caso, el rechazo nunca debe paralizar al misionero. Si éste ocurriera, deberían sacudir *“el polvo que estaba debajo de sus pies para testimonio a ellos”* y continuar rumbo a otra ciudad.

“Sacudir el polvo de las sandalias” era una forma gráfica de manifestar su repulsa. Según la ley rabínica, cuando un judío entraba en Israel viniendo de un país gentil, debería sacudirse todas las partículas de polvo de la tierra inmunda. Así que venía a simbolizar que aquella ciudad que rechazara el anuncio del evangelio sería considerada como un lugar pagano.

“En el día del juicio, será más tolerable el castigo para los de Sodoma y Gomorra”

A los discípulos no se les mandó ejecutar ningún juicio sobre aquellos que rechazaran el Evangelio. ¡Cuántas guerras se habrían evitado en este mundo si algunas religiones, muy mal llamadas cristianas, hubieran atendido a este principio! ¡Con cuánta facilidad el espíritu religioso pagano, siente el deseo de utilizar la fuerza contra aquellos que no comparten sus creencias!

El verdadero cristiano sabe que él no es llamado a ejecutar ningún tipo de juicio, aunque es plenamente consciente de que hay un día de juicio para aquellos que rechazan el evangelio. Esta es una de las razones por las que siente el deseo de trabajar más arduamente en la predicación del evangelio, orando incesantemente por las almas que están en el camino de la perdición eterna.

La declaración del Señor no sólo anuncia que habrá un juicio, sino también el criterio con el que se llevará a cabo: a mayor revelación, mayor responsabilidad. Aquellos que escucharan el evangelio predicado por el Señor y sus discípulos tendrían una luz mucha más clara que la que tuvieron los habitantes de Sodoma y Gomorra, por lo tanto, la

dureza del juicio también sería mayor... ¡Y el juicio sobre estas dos ciudades no fue liviano!

“Saliendo, predicaban que los hombres se arrepintieran”

La primera parte de su misión estuvo dedicada a la predicación: *“predicaban que los hombres se arrepintieran”*. Notemos que su misión fue una extensión de la del mismo Señor: **(Mr 1:14-15)** *“Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”*.

Ellos no inventaron el mensaje, no predicaron lo que a ellos les parecía, sus propias opiniones, sino lo que Jesús les había encargado.

El tema principal de su mensaje tenía que ver con el *“arrepentimiento”*.

I. ¿Qué es el arrepentimiento?

Es un cambio interno de la mente y el corazón que va seguido por un cambio de vida que produce frutos en una nueva conducta. No es algo sensiblero, sino algo revolucionario. Es mucho más que sentir pena o pesar por algún pecado cometido. El arrepentimiento implica darse cuenta de que el camino que se ha estado siguiendo era equivocado. Es algo radical que supone un cambio total de la vida de arriba abajo.

Si alguien quiere hacerse cristiano tendrá que hacer un montón con todos sus pensamientos, costumbres y carácter, toda su vida hasta aquel momento, prenderle fuego y dejar que se reduzca a ceniza, y entonces llenarse de una vida totalmente diferente y un alma totalmente nueva.

El arrepentimiento es mucho más que dejar algún vicio y sustituirlo por alguna obra religiosa. Pensemos en una ilustración: imaginemos que un hombre va al médico y éste le diagnostica que tiene los pulmones y el corazón deshechos por causa del tabaco. El enfermo entonces se arrepiente de haber fumado por tanto tiempo, y toma la decisión de dejarlo. ¿Solucionará esto el problema? El médico le tiene que decir que la situación es demasiado grave y que sólo un trasplante de pulmones y corazón podría solucionar el problema. Y aquí es donde está la clave del asunto: dejar un pecado concreto y sustituirlo por unos hábitos más saludables no soluciona el problema, es necesario un nuevo corazón. Pero muchas personas no están dispuestas a “arrepentirse” a este nivel más profundo porque no quieren aceptar el diagnóstico que Dios hace de ellas, no creen que su situación sea tan grave. Pueden llegar a estar de acuerdo con Dios en que algunas cosas realmente están mal en sus vidas y hay que cambiarlas, pero no están dispuestas a aceptar que su condición de pecadores sea tan grave. Quienes piensan así, rechazan el concepto de arrepentimiento tal como Dios lo expone en su Palabra. Ahora bien, imaginemos que el enfermo decide someterse al trasplante de corazón y pulmones. ¿Qué le aconsejará el médico después de la operación? Pues que es un buen momento para dejar de fumar, porque ya ha tenido ocasión de comprobar lo perjudicial que esto resulta para su salud. Y de igual manera, una vez que nos arrepentimos al nivel profundo que Dios exige, luego también tenemos que hacerlo a este otro nivel, dejando aquellos pecados concretos que tanto daño nos hacen y que suponen un obstáculo para una buena comunión con Dios.

El verdadero arrepentimiento significa abandonar la forma en que nos vemos a nosotros mismos y aceptar el veredicto de Dios.

2. ¿Por qué era tan importante predicar el arrepentimiento?

Básicamente, porque no hay otro camino para entrar en el Reino de Dios que el del arrepentimiento. El pecado deshorna a Dios (**Lc 15:21**), y nos pone en deuda con él (**Lc 11:4**), y la única manera para poder disfrutar de su perdón y restablecer el honor divino que nosotros difamamos mediante nuestra conducta o actitud denigrante hacia él, es el arrepentimiento.

3. El llamado al arrepentimiento es urgente

Dios es misericordioso y ofrece perdonar al pecador que se arrepiente, pero también advierte que llegará el día en que aquellas personas que hayan rechazado su ofrecimiento perecerán en el juicio de Dios (**Mr 6:11**). Y este día del juicio está llegando. Jesús comenzó su predicación del arrepentimiento diciendo que “*el tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado*” (**Mr 1:15**).

“Y echaban fuera muchos demonios y sanaban muchos enfermos”

Esto venía a ser una demostración de la realidad y la naturaleza del Reino de Dios que anunciaban. Se trataba de lo que el escritor de Hebreos (**He 6:5**) describiría como “*los poderes de la era venidera*” que irrumpían en el mundo para sanar y para salvar.

Al mismo tiempo, acreditaban a los discípulos de Jesús como sus mensajeros. Predicaban lo mismo que Jesús y hacían las mismas obras que él.

También ungían a los enfermos con aceite. Posiblemente Marcos alude a la práctica que realizaban los presbíteros de la iglesia a la que se dirige Santiago.

(Stg 5:14) “*¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.*”

La misión dura mientras dure este mundo

No debemos pensar que la misión era sólo para aquellos pocos discípulos y por un corto espacio de tiempo. La misión dura todavía y todos los discípulos de Jesús somos llamados a participar en ella.

(Mt 28:19-20) “*Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.*”

Preguntas

1. ¿Por qué cree que el Señor los envió de dos en dos? Explique su respuesta.
2. Desarrolle el concepto de “autoridad” a la luz de la Palabra.
3. ¿Qué quiso decir el Señor cuando mandó a sus discípulos que no llevaran nada para el camino? ¿Cree que este principio se respeta en el cristianismo contemporáneo? Razone su respuesta.
4. ¿Qué aprendemos sobre el juicio divino en este pasaje?
5. Explique qué es el arrepentimiento y razone sobre su importancia.

Muerte de Juan el Bautista - Marcos 6:14-29

(Mr 6:14-29) “Oyó el rey Herodes la fama de Jesús, porque su nombre se había hecho notorio; y dijo: Juan el Bautista ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes. Otros decían: Es Elías. Y otros decían: Es un profeta, o alguno de los profetas. Al oír esto Herodes, dijo: Este es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado de los muertos. Porque el mismo Herodes había enviado y prendido a Juan, y le había encadenado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano; pues la había tomado por mujer. Porque Juan decía a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano. Pero Herodías le acechaba, y deseaba matarle, y no podía; porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le guardaba a salvo; y oyéndole, se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba de buena gana. Pero venido un día oportuno, en que Herodes, en la fiesta de su cumpleaños, daba una cena a sus príncipes y tribunos y a los principales de Galilea, entrando la hija de Herodías, danzó, y agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa; y el rey dijo a la muchacha: Pídeme lo que quieras, y yo te lo daré. Y le juró: Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino. Saliendo ella, dijo a su madre: ¿Qué pediré? Y ella le dijo: La cabeza de Juan el Bautista. Entonces ella entró prontamente al rey, y pidió diciendo: Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista. Y el rey se entristeció mucho; pero a causa del juramento, y de los que estaban con él a la mesa, no quiso desecharla. Y en seguida el rey, enviando a uno de la guardia, mandó que fuese traída la cabeza de Juan. El guarda fue, le decapitó en la cárcel, y trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha, y la muchacha la dio a su madre. Cuando oyeron esto sus discípulos, vinieron y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro.”

Introducción

En el pasaje anterior vimos que los doce se habían separado de Jesús para ir a predicar. Por esta razón, Marcos introduce aquí un relato que sirve a modo de paréntesis en tanto que los discípulos vuelven a juntarse con el Maestro.

Recordemos que el evangelio que estamos estudiando se basa en el testimonio personal de Pedro, uno de los testigos directos del ministerio de Jesús. Por lo tanto, es lógico este silencio sobre lo que hizo el Señor en este tiempo, puesto que sus discípulos no pudieron ser testigos directos de este periodo.

Pero aunque la escena tiene este carácter parentético, aun así está perfectamente integrada en el progreso del evangelio. Recordamos que Jesús comenzó su propio ministerio en Galilea justo cuando Juan el Bautista fue encarcelado (**Mr 1:14**). Y ahora, después de la muerte de Juan, es cuando Jesús envía a los doce para que continúen este ministerio.

Además, el pasaje sirve para mantener vivo en el lector el tema de la identidad de Jesús, y darnos algunas pinceladas sobre las diversas opiniones que el pueblo tenía sobre él.

También se nos da información detallada del tipo de rey y gobernantes que dirigían a Israel en ese momento. Este incidente sirve de telón de fondo para ayudarnos a entender cuando en el próximo pasaje el Señor vea al pueblo y tenga compasión de ellos porque *“eran como ovejas que no tenían pastor”* (**Mr 6:34**). Y nos servirá también para contrastar el carácter de Jesús, como el rey legítimo de Israel, con el de Herodes, al que se le llama rey sin serlo realmente.

“El rey Herodes”

Hay varias referencias a Herodes en el Nuevo Testamento y es importante identificarlos bien para no confundirlos. Herodes el Grande fue el rey en los días del nacimiento de Jesús, y quien ordenó la muerte de los niños de Belén (**Mt 2:13-16**). A su muerte, su reino se dividió en tres partes entre sus hijos: Arquelao, Antipas y Felipe. Antipas asumió el nombre dinástico de Herodes cuando comenzó a reinar sobre Galilea y Perea. Este es el Herodes del que trata nuestro pasaje.

Aunque Marcos los describe como “rey”, en realidad nunca lo fue, aunque siempre aspiró a tener ese título que había llevado su padre. Marcos usa la palabra “rey” en el sentido en que se le conocía popularmente, aunque su título oficial era “*tetrarca*”.

“Oyó el rey Herodes la fama de Jesús, porque su nombre se había hecho notorio”

Aunque el evangelista no nos da detalles acerca de los discípulos y su gira por Galilea predicando, sí que se nos describe su impacto sobre la nación: el nombre de Cristo se había hecho notorio. Este hecho da testimonio de la fidelidad con la que cumplieron su ministerio ensalzando el nombre de Jesús. Seguramente esta sea una de las grandes debilidades de la iglesia moderna, que hablamos mucho de otras cosas y personas, y poco acerca de Jesús y su gloria.

La impresión general a la que la gente llegó, es que estaban presenciando la visita de alguien procedente del mundo del más allá. Especulaban si podía ser Juan el Bautista que había resucitado de los muertos, o si tal vez Elías había regresado del cielo para inaugurar la era venidera, o si había resucitado alguno de los profetas antiguos. Y aunque sus ideas en torno a la identidad de Jesús eran realmente inadecuadas, sin embargo, su idea básica era absolutamente acertada: Dios mismo había irrumpido en la historia de los hombres por medio de su Hijo.

Notemos también que el evangelista nos presenta este impacto sobre la gente a través de los ojos de Herodes. Esto es interesante porque tanto Jesús como sus discípulos predicaban que el reino de Dios se había acercado, y Herodes era el rey en ese momento. Y la consideración de la bajeza moral que vemos en el rey Herodes en este pasaje, pondrá en evidencia la necesidad urgente de un nuevo rey, un Rey completamente diferente.

“Este es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado”

Cuando Juan el Bautista apareció en Israel llamando al pueblo a prepararse para la venida del Mesías, a Herodes no le habían gustado las exigencias morales que predicaba y decidió silenciarlo encarcelándolo primero, y quitándole la vida finalmente. Pero ahora estaba descubriendo que la muerte de los siervos de Dios no puede silenciar el mensaje de Dios. Y con Juan ocurrió como con Abel, quien fue asesinado por su hermano, y del que Dios da testimonio de su fe, “*y muerto, aún habla por ella*” (**He 11:4**).

“Había prendido a Juan por causa de Herodías”

Herodes se había casado con una hija de Aretas, rey de Damasco, pero se divorció de ella para volverse a casar con Herodías, mujer de su hermano Felipe. Este acto de

inmoralidad mereció la denuncia firme de Juan el Bautista, lo que le acarreó el odio asesino de Herodías.

Es muy triste ver cómo esto mismo ocurre en la actualidad en muchas iglesias ante el silencio culpable de los creyentes, que no tienen la valentía de denunciar con la Palabra tales actitudes. Muchos de nosotros hemos escuchado infinidad de veces de creyentes en las iglesias, incluso de pastores, que se divorcian de sus mujeres y se vuelven a casar con otra hermana, en muchos casos también divorciada. Pero ya no sólo no se condenan este tipo de comportamientos, sino que como socialmente son bien vistos, en muchos casos, hasta se celebra el nuevo matrimonio en la misma iglesia. ¡Cuánto necesitamos hombres de Dios de la talla de Juan el Bautista!

Marcos nos dice que Herodes había encarcelado a Juan por causa de Herodías. Podemos imaginarnos, por lo tanto, que Juan debió de ser la causa de muchas discusiones entre ellos, hasta el punto en que Herodes no pudo más y decidió encarcelarlo. Pero aunque tomó esta decisión, en el fondo de su corazón Herodes sabía que Juan era un hombre inocente, íntegro, consagrado a Dios y a su servicio. De hecho, nuestro texto dice que *“le escuchaba de buena gana”*. Seguramente esto se debía al hecho de que Juan no era como los aduladores que normalmente le rodeaban. Allí había un hombre que se atrevía a decir la verdad, aun a un rey.

Pero aunque a Herodes le gustaba escuchar a Juan, esto no quiere decir que estuviera dispuesto a hacerle caso. En Juan se cumplía lo que se dijo del profeta Ezequiel: **(Ez 33:32)** *“He aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien; y oirán tus palabras, pero no las pondrán por obra”*. Desgraciadamente, ya estamos acostumbrándonos a este tipo de situaciones: la gente de Nazaret admiraban a Jesús pero lo rechazaron, Herodes admiraba a Juan pero lo mandó encarcelar y matar.

Herodes se encontraba en una encrucijada y se debatía entre dos pensamientos: respetaba a Juan y le escuchaba, pero le faltaba la decisión para terminar las relaciones pecaminosas con una mujer que no era la suya y que le arrastraba al pecado.

En realidad, el caso de Herodes es un claro ejemplo de lo que le sucede a mucha gente en nuestro tiempo: escuchan la Palabra y les gusta, pero cuando nuevamente se encuentran ante sus pecados, les gustan demasiado como para abandonarlos y son arrastrados por ellos a la perdición. Se debaten constantemente entre su conciencia y sus pasiones sin tomar nunca la decisión correcta.

“La hija de Herodías danzó y agradó a Herodes”

Pero Herodes, aunque poderoso y astuto, sin embargo era un hombre débil, gobernado por pasiones incontrolables para él. Ya hemos comentado que había cedido ante Herodías para encarcelar a Juan, y esto, a pesar de que sabía que con ello estaba cometiendo una injusticia. Luego, cuando vio bailar de forma sensual y provocadora a la hija de Herodías, se dejó llevar también por su lujuria. Y en medio de una noche de fiesta y alcohol, encendido por la pasión incontrolable del momento, rodeado de sus notables invitados, hizo un alarde de generosidad que más tarde lamentó. Para finalmente cometer el crimen de dar muerte al Bautista, sin un juicio justo, simplemente llevado por el calor del momento. Esto era algo totalmente impropio de un rey.

El evangelista quiere que entendamos que detrás de su porte real, Herodes era un hombre muy débil, esclavo de todo tipo de pasiones. Y esto sigue siendo así en el mundo moderno en el que vivimos. El ser humano no ha cambiado, y los medios de comunicación se encargan de recordárnoslo constantemente .

Pero la finalidad última del evangelista, es contrastar a este rey humano con el Cristo de Dios. Tanto en su carácter como en sus obras, Jesús es el Rey que esta humanidad necesita.

La conciencia de Herodes

Herodes tenía una conciencia culpable. Había matado injustamente a Juan el Bautista y su conciencia no le dejaba tranquilo. Así que cuando escuchó la fama de Jesús, inmediatamente le volvieron a asaltar sus sentimientos de culpabilidad: *“Este es Juan, al que yo decapité”*. Tal vez en su mente volvía a aparecer una y otra vez aquella bandeja con la cabeza del profeta.

Quizá podríamos pensar que una persona como Herodes, no debía tener conciencia, pero aquí vemos que también escuchaba su voz. Esto nos lleva a la conclusión de que es imposible silenciar la voz de Dios. Herodes mató al profeta que le hablaba de parte de Dios, pero tuvo que seguir escuchando a su conciencia.

Muchas personas viven también bajo la voz acusadora de su conciencia. Tal vez hicieron algo que sólo ellos saben porque han logrado ocultarlo a todos los demás, pero no a su conciencia, que se encarga de recordárselo periódicamente. O quizá consiguieron convencer a todos los demás de que aquello malo que hicieron, no lo era tanto, pero sin embargo, todavía no han conseguido convencer a su propia conciencia que sigue acusándoles. Muchas personas viven en constante temor de que algún día les alcancen las consecuencias de sus malas acciones. La única forma de encontrar liberación es por medio de la confesión, algo que Herodes nunca llegó a hacer.

Pero la conciencia puede quedar endurecida si constantemente se rechaza la voz de Dios. Veamos el caso de Herodes.

- Ya hemos comentado que había encarcelado y ejecutado injustamente a Juan el Bautista.
- Después quiso matar a Jesús durante su ministerio (**Lc 13:31**).
- En vísperas de la Crucifixión, tuvo la ocasión de encontrarse con Jesús y su único interés era el de verle hacer alguna obra asombrosa (**Lc 23:8-9**). En esa ocasión, el Señor se negó a hablarle, porque Herodes había silenciado definitivamente la voz de Dios en su corazón.

“Herodías le acechaba, y deseaba matarle”

Otro de los personajes principales en esta historia es Herodías. El evangelista destaca su odio criminal, su ambición y su falta de escrúpulos para conseguir lo que deseaba.

Sabemos que había abandonado a su primer marido, Felipe, para irse con su cuñado Herodes. En realidad, Felipe era un segundón, y su propio padre, Herodes el Grande, le había dejado a un lado en la repartición de territorios. Así que, cuando Herodes se cruzó en su camino, vio con claridad la forma de conseguir el poder que tanto le gustaba, así que dejó a su marido y se fue con su cuñado.

Pero en medio de la historia apareció Juan el Bautista y comenzó a sentirse incómoda por su denuncia de su nuevo matrimonio. El Bautista se convirtió entonces en un obstáculo que había que quitar de en medio para alcanzar sus ambiciones. Como decimos en castellano, “se la tenía jurada”.

Tampoco tenía escrúpulos en usar a su propia hija como una vulgar bailarina con el fin de conseguir sus deseos. Aunque la hija también manifestó compartir el mismo carácter y crueldad que su madre. Y finalmente consiguió sus deseos de dar muerte al Bautista.

La muerte de Juan el Bautista

Siempre es triste la muerte de un fiel siervo de Dios, pero su testimonio sigue perdurando en el tiempo. Nosotros hoy seguimos admirando su valor al denunciar el adulterio del rey, sabiendo que esto le acarrearía el odio mortal de una mujer poderosa y mala como Herodías.

En esto también vemos muchas similitudes entre Juan y el profeta Elías. Recordemos cómo Elías reprendió a Acab (**1 R 21:19-20**) y se ganó el odio de su mujer Jezabel, que intentó matarle por todos los medios (**1 R 19:1-2**). De hecho, Jezabel incitaba constantemente a Acab para que se entregara a hacer el mal (**1 R 21:25**).

¿Por qué no intervino el Señor para salvar la vida de su siervo? Esta es una pregunta natural, pero para la que no tenemos contestación. Las vidas de los siervos del Señor están en sus manos, para que las utilice en el mundo conforme a su plan eterno hasta que se termine su plazo de servicio aquí abajo y luego los lleve a su gloria.

Por último, notemos el escaso reconocimiento que los mejores siervos de Dios reciben en este mundo. Después de todo el trabajo y la fidelidad del Bautista, lo único que tuvo fue una prisión injusta y una muerte violenta. Y esto seguirá siendo así en tanto que este mundo no sea gobernado por el Señor Jesucristo: mientras los impíos ríen y celebran sus fiestas, los siervos de Dios sufren y son asesinados brutalmente.

Pero éste no es el fin, Dios tiene preparado un lugar especial para todos sus siervos en la gloria, mientras que los impíos *“sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”* (**2 Ts 1:9**).

Preguntas

1. Razone sobre las diferentes conclusiones a las que llegó el pueblo de Israel sobre la persona de Jesús.
2. Analice la causa por la Herodes encarceló a Juan y dé su opinión sobre este hecho.
3. ¿Cuáles eran las debilidades de Herodes? Coméntelas.
4. Razone sobre la conciencia a la luz de lo aprendido en este pasaje.
5. Compare la relación de Juan el Bautista con Herodes y la de Acab con Jezabel.

Alimentación de los cinco mil - Marcos 6:30-44

(Mr 6:30-44) “Entonces los apóstoles se juntaron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado. El les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer. Y se fueron solos en una barca a un lugar desierto. Pero muchos los vieron ir, y le reconocieron; y muchos fueron allá a pie desde las ciudades, y llegaron antes que ellos, y se juntaron a él. Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas. Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada. Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor, y compren pan, pues no tienen qué comer. Respondiendo él, les dijo: Dadles vosotros de comer. Ellos le dijeron: ¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer? El les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y al saberlo, dijeron: Cinco, y dos peces. Y les mandó que hiciesen recostar a todos por grupos sobre la hierba verde. Y se recostaron por grupos, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta. Entonces tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y repartió los dos peces entre todos. Y comieron todos, y se saciaron. Y recogieron de los pedazos doce cestas llenas, y de lo que sobró de los peces. Y los que comieron eran cinco mil hombres.”

Introducción

Después de su viaje misionero, los doce apóstoles volvieron a encontrarse con Jesús y le explicaron todo lo que habían hecho. En este contexto, el Señor los llamó aparte para que tuvieran un tiempo de descanso con él, pero su tranquilidad se vio interrumpida por las multitudes que llegaron en su búsqueda.

Toda esta situación viene a confirmar el impacto que el ministerio de Jesús, y ahora también el de los apóstoles, había tenido sobre toda la nación. Nos encontramos por lo tanto, en uno de los clímax del ministerio de Jesús. La predicación y los milagros que Jesús y sus discípulos habían hecho a lo largo de toda la nación, habían despertado en ella las expectativas y anhelos profundos de las antiguas profecías de una edad venidera de paz universal y de un paraíso sin dolor. Ellos habían llegado a creer que todo esto estaba a punto de cumplirse en Jesús, y por eso le seguían incansablemente.

En cuanto a nuestro relato, debemos notar también que aunque el milagro fue hecho en beneficio de la multitud, sin embargo, fueron los apóstoles los que ocuparon el papel principal, mientras que la multitud tenía un papel secundario y pasivo, aunque necesario. Por lo tanto, no debemos perder de vista que el Señor continuaba enseñando principios fundamentales a sus discípulos de cara a su ministerio futuro y que iremos considerando a lo largo de este estudio.

“Venid vosotros aparte y descansad”

Es hermoso ver la preocupación del Señor por las personas; primero por los discípulos para que tuvieran ocasión de descansar, y luego por las multitudes hambrientas y cansadas.

Pero aquí hay también una lección imprescindible para los obreros que dedican su vida a la obra del Señor: es importante buscar tiempos de descanso junto al Señor. El servicio en la obra del Señor produce un gran desgaste físico, emocional y espiritual. Y si bien nuestras almas han sido redimidas, no así nuestros cuerpos, que sólo pueden soportar cierta medida de esfuerzo y trabajo. Por lo tanto, es sabio apartar tiempo para recuperar fuerzas y también para buscar tiempos de refrigerio con el Señor.

Marcos nos describe la actividad de esos días como frenética: *“eran muchos lo que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer”*. Fue en este contexto en el que el Señor les llevó a un lugar desierto en busca de paz. Y esto nos recuerda que siempre hay dos extremos en los que fácilmente podemos caer en la vida cristiana.

- El activismo. Son aquellas personas que parecen creer que si no están ocupados constantemente, están perdiendo el tiempo. Siempre están inmersos en actividades y proyectos, en muchos casos, muy por encima de sus posibilidades reales. Pero ningún siervo de Dios tendrá un ministerio efectivo a menos que tome tiempo para estar con el Señor. En muchos casos, esta actividad frenética en la que nos podemos ver inmersos, le impide a Dios la oportunidad de hablarnos, y a nosotros de escucharle. ¿Y cómo podremos hablar a los demás de parte de Dios, si no hemos tenido tiempo primero de escucharle a él?
- En el otro extremo, se encuentran los que se retiran demasiado para estar con Dios, y rara vez encuentran la ocasión para tener comunión con sus semejantes. Pero la devoción que no conduce al servicio a nuestro prójimo, no es verdadera devoción.

“Y le contaron todo lo que habían hecho”

Aquí hay otro principio de gran utilidad para todos los cristianos que sirven al Señor: deben presentar su obra ante aquel que es la Cabeza de la Iglesia, con el fin de pedirle consejo, dirección, fuerza y ayuda. Pero también para hacerle entrega de nuestro servicio como una forma más de adoración.

La pérdida de contacto con Cristo, nos puede llevar a una situación en la que pensemos que estamos sirviéndole adecuadamente, cuando en realidad estamos tomando iniciativas que no cuentan con su aprobación. Por esto, la constancia en la oración, y el dar tiempo para escuchar la voz de Dios son fundamentales para un servicio fiel.

Notemos también, que Jesús escuchó todo su relato con atención. Con facilidad olvidamos que él está mucho más interesado en su Obra que lo que nosotros lo estamos.

Y aunque vemos a los discípulos eufóricos mientras compartían con Jesús cada detalle de lo que habían hecho durante su viaje, todavía tenían muchas cosas que aprender, así que, había que continuar con las lecciones.

En muchas ocasiones, a nosotros también nos ocurre lo mismo; después de una experiencia de victoria en el Señor, creemos que ya hemos llegado a la meta, pero el Señor se ocupa de despertarnos a la realidad de que todavía tenemos que seguir aprendiendo y alcanzando nuevas metas. Lo que ellos tenían que aprender lo vamos a ver más abajo.

“Muchos los vieron ir... y se juntaron a él”

El descanso que Jesús buscaba para sus discípulos no iba a tener lugar todavía. Las multitudes invadieron su intimidad. Cuando la gente vio marcharse a Jesús y a sus

discípulos en una barca con la intención de cruzar el lago, se dieron prisa y fueron a pie hasta el otro lado, llegando antes que ellos.

Sin duda, era de apreciar el interés que las personas tenían por estar con Jesús. Pero también es de admirar la forma en la que Jesús enfrentó este cambio de planes. Tal vez muchos de nosotros no habríamos actuado con la misma ternura de Cristo si un hermano necesitado viniera a interrumpir inoportunamente nuestro tiempo de descanso.

“Tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor”

Ya hemos dicho que Jesús no se molestó por esta intromisión, sino que lleno de misericordia por su condición, renunció a su descanso.

Pero, ¿por qué dijo Jesús que *“eran como ovejas que no tenían pastor”*? Por un lado, estaban sus líderes espirituales, que como ya hemos señalado en otras ocasiones, no les alimentaban con la Palabra de Dios, sino que toda su enseñanza consistía en transmitirles tradiciones humanas. Como dijo Jesús, eran *“ciegos guías de ciegos” (Mt 15:14)*. Si los líderes espirituales de la nación carecían de vida espiritual, ¿cómo podrían conducir a las personas sencillas bajo su cuidado? Por otro lado, estaban sus líderes políticos, que no estaban en mejor condición. Ya vimos en el pasaje anterior la calidad moral del rey Herodes, y de sus príncipes, gobernantes y principales de Galilea. Todos ellos eran hombres corruptos, injustos, esclavos de sus propias pasiones y pecados. Eran usurpadores de un trono y un gobierno del que no eran dignos.

No es de extrañar, por lo tanto, que Jesús viera a las multitudes como ovejas sin pastor. Y en el fondo de sus corazones, las propias multitudes que seguían a Jesús, sentían esta misma necesidad y anhelo por encontrar a un auténtico pastor. ¡Y cuántas personas en nuestro mundo moderno se encuentran en la misma situación!

La situación de una oveja sin pastor es realmente grave, y Jesús escogió esta ilustración a propósito. Una oveja sin pastor no sabe encontrar el camino, ni pastos, ni agua, y está indefensa ante los innumerables peligros que le acechan.

Cabe preguntarnos en este momento dónde están esos pastores que cuidan de las ovejas con un corazón tierno y compasivo. En el pasaje que estudiamos, los mismos apóstoles deberían haber compartido con el Señor el interés por la multitud, pero en lugar de ello, lo único que pensaron es en que ya era hora de despedirlos para que fueran a *“buscarse la vida”*. ¿Somos nosotros mejores que ellos? ¿Comprendemos el espíritu de Cristo y lo sentimos dentro de nosotros? ¿Nos compadecemos como él por las ovejas que están sin pastor?

“Y comenzó a enseñarles muchas cosas”

Notemos la primera forma en la que Jesús mostró su compasión por las personas: *“les enseñó muchas cosas”*.

La mayoría de las personas no interpretan que dar un largo sermón sobre la Biblia pueda ser considerado un acto de compasión, pero están equivocadas. Contrariamente a lo que nosotros tal vez habríamos esperado, Jesús comenzó atendiendo sus necesidades espirituales. Y en segundo lugar, se preocupó de la comida material. Es decir, Jesús no les dio de comer para que vinieran al estudio bíblico.

“Despídelos para que vayan y compren pan”

Los apóstoles tomaron la iniciativa de informar a Jesús de la situación (como si él no se hubiese dado cuenta). Con esto, pusieron en evidencia lo inadecuadas que eran sus ideas hasta ese momento en cuanto a la Persona y la obra de Cristo. Aunque a ellos les parecía que lo más razonable, en vista de las circunstancias, era despedir a la multitud, Jesús no tenía ninguna intención de hacerlo. Su problema es que estaban actuando con lógica, pero no con fe. Y como alguien ha dicho, siempre hay una alternativa razonable a la fe, y ellos la habían encontrado.

En realidad, lo que los discípulos estaban pensando, es que aquella multitud no era responsabilidad suya. Pero Jesús va a enseñarles que sí que tenían una responsabilidad con ellos. Tal vez, los pensamientos de los discípulos podrían ser estos: nosotros no les hemos dicho que vengan, de hecho, teníamos otros planes que hemos tenido que interrumpir por culpa de ellos, además, nosotros no somos responsables de ellos, ya son mayorcitos y tendrían que haber pensado en lo que hacían, si ahora no tienen pan, es su problema y mejor que se vayan pronto o se quedarán sin cenar.

Aquí estaba la diferencia con Jesús: la misma multitud que despertaba la compasión del Señor, era una molestia para los discípulos. Jesús, como el buen pastor, hacía suyo el problema de la gente, y si los apóstoles querían llegar a ser fieles seguidores de Jesús, tendrían que aprender este importante principio. Y nosotros también, porque esta forma de pensar que ellos manifestaron, no está lejos de nuestros propios corazones. Con cuanta destreza somos capaces de quitarnos de encima cualquier responsabilidad de hacer algo para ayudar a los demás.

“El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada”

Todo en el relato pone de relieve la pobreza de los hombres:

- El lugar era desierto.
- La proximidad de la noche.
- La gran multitud de hambrientos.
- Las proposiciones inadecuadas de los discípulos.
- La provisión humana era a todas luces insuficiente.

Ahora lo que tenían que aprender es que es precisamente en medio de la pobreza donde Cristo obra con mayor claridad y poder. El principio que debían aprender es que en las manos de Jesús, lo poco es siempre mucho.

Y nosotros también debemos aprenderlo, porque con mucha facilidad miramos lo poco que somos y nos inunda el mismo pesimismo derrotista que a los discípulos. Debemos aprender que si nos ponemos en las manos de Cristo, él puede usarnos de forma maravillosa para traer esperanza y vida a muchos otros. Debemos echar fuera de nosotros esa forma de pensar que nos lleva a creer que puesto que hay cosas que no podemos hacer por nosotros mismos, no vale la pena ni intentarlo.

“Dadles vosotros de comer”

Pero para sorpresa de los discípulos, Jesús les mandó a ellos que alimentasen a la multitud. Con esto les estaba enseñando que ellos tenían una responsabilidad frente a las necesidades de la multitud y que no podían desentenderse de ella.

Y de hecho, debían considerar esto como un enorme privilegio. No olvidemos que Jesús podía hacer esto por sí mismo, sin necesitar de la ayuda de los discípulos. Sin embargo, el Señor quería que ellos colaborasen con él. El hecho de que los hombres seamos llamados a ser colaboradores de Dios, en un increíble privilegio que de ninguna manera merecemos. Sin duda es una evidencia más de su infinita misericordia.

También debían aprender un principio básico: *“Más bienaventurado es dar que recibir”* (Hch 20:35). La obra del Señor no puede avanzar si no es con esta mentalidad. Pero el hombre natural, siempre piensa en recibir, no en dar.

Cuando Jesús les mandó hacer esto, ellos deberían haber sabido que Jesús les daría también el poder y los recursos necesarios para hacerlo. Es cierto que los discípulos nunca habían visto antes a Jesús hacer un milagro de esta magnitud, y ellos mismos, a pesar del éxito de su reciente misión, tampoco habían hecho nada parecido. Pero tenían que aprender a confiar en Jesús en cada nueva circunstancia, sabiendo que su poder no tiene límites.

“¿Qué vayamos y compremos pan?”

En la respuesta de los discípulos, vemos sus dificultades para estar a la altura de lo que el Señor les estaba mandando. No entendieron lo que Jesús les decía porque estaban pensando en términos humanos: *“¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer?”*. Pero también porque estaban reaccionando con incredulidad. No pensaban que lo que el Señor les estaba diciendo fuera posible. Se parecían a los israelitas en el desierto: *“Y hablaron contra Dios, diciendo: ¿Podrá poner mesa en el desierto?”* (Sal 78:19). Volvía a manifestarse en ellos el conflicto entre realismo y fe.

“¿Cuántos panes tenéis?”

Antes de que el Señor pudiera actuar en beneficio de las multitudes, era necesario que se dieran cuenta de su propia insuficiencia. No debemos olvidar que la venida del Reino sólo se puede establecer cuando el hombre reconoce su propia incapacidad y pide a Dios que actúe con su poder.

Al mismo tiempo, la pregunta serviría para que se dieran cuenta de que cuando el discípulo coloca en las manos del Señor lo poco que tiene, él es capaz de multiplicarlo de forma milagrosa. Por esta razón, nunca debemos pensar que “somos poca cosa” cuando pensamos en el servicio para el Señor, porque en sus manos, aun el hombre o la mujer más sencillos, pueden ser un medio de bendición para muchos.

“Les mandó que hiciesen recostar a todos por grupos”

A pesar de que los discípulos no habían estado a la altura de lo que el Señor les había mandado, sin embargo, no por eso los desechó, sino que siguió contando con ellos. Ahora les mandó algo mucho más sencillo, como era organizar la multitud por grupos, aunque

sin embargo, volvía a demandar de ellos la fe, porque no sabían todavía lo que Jesús iba a hacer.

Con esto, el Señor estaba preparando a sus discípulos para lo que sería su futura tarea: alimentar a las multitudes con la Palabra de Dios, en dependencia completa del Señor.

“Levantando los ojos al cielo”

Jesús invocó los poderes del cielo para que irrumpiesen una vez más en este mundo y transformasen sus raquíticos recursos en cantidad más que suficiente para alimentar a las multitudes. Al hacerlo de esta manera, les estaba dando una lección muy gráfica de que su poder venía del mismo cielo. No debían buscar la fuente de su poder en ninguna otra parte, como maliciosamente proponían los escribas (**Mr 3:22**).

Debemos recordar que por medio de Cristo, nosotros ahora también tenemos abiertas las puertas del cielo para acudir en busca del *“oportuno socorro”* (**He 4:16**).

“Y recogieron lo que sobró”

Sin lugar a dudas, esta fue una maravillosa manifestación del poder creador del Señor Jesús. Él aceptó la minúscula provisión, para después de haberla bendecido, volverla a dar a los hombres de forma aumentada. De hecho, tan maravillosa fue su provisión, que los trozos que quedaron, doce canastas llenas, era mucho más que la provisión con la que habían comenzado. Todo esto nos muestra que Dios es un dador generoso.

No olvidemos tampoco que la vida de fe es ordenada y cuidadosa, y en ninguna manera admite el despilfarro.

El significado del milagro

Este milagro es un anticipo de lo que el Reino de Dios será cuando llegue a su plena manifestación. Isaías en su manera poética había prometido (**Is 25:6-9**) que un día Dios prepararía un banquete para todas las naciones del mundo, una fiesta de ricos manjares, vinos de solera, platos buenos y suculentos, las bebidas más exquisitas. Un elemento de ese banquete divinamente nutritivo sería la abolición por siempre de la muerte, y el cese de toda lágrima. El milagro que el Señor realizó con la multiplicación de los panes y peces, prefiguraba este gran banquete futuro.

Por otro lado, el evangelista nos quiere mostrar el contraste entre el pasaje anterior, donde nos presentó al rey Herodes y el Señor Jesucristo. Herodes, conocido como *“el rey de los judíos”*, era un hombre carente de compasión. Lejos de atender a las necesidades del pueblo, acababa de matar a uno de sus grandes líderes espirituales, Juan el Bautista (**Mr 6:14-29**), en medio de un gran banquete. Ahora, Marcos presenta al verdadero *“Rey de los judíos”*. Demuestra su compasión por el pueblo, y su disposición de servirles y atenderles, terminando el día dándoles un tremendo banquete a la orilla del mar de Galilea.

Preguntas

1. ¿Por qué piensa que Jesús les dijo a los discípulos que fueran aparte para descansar? Razone su respuesta.
2. ¿Por qué dijo Jesús que las multitudes *"eran como ovejas que no tenían pastor"*?
3. Reflexione sobre la actitud de los discípulos a lo largo de todo este pasaje.
4. ¿Qué detalles en el relato ponen en evidencia la pobreza de los hombres? ¿Por qué cree que se enfatiza este aspecto?
5. Razone sobre el significado de este milagro.

Jesús anda sobre el mar - Marcos 6:45-52

(Mr 6:45-52) “En seguida hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a Betsaida, en la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud. Y después que los hubo despedido, se fue al monte a orar; y al venir la noche, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. Y viéndoles remar con gran fatiga, porque el viento les era contrario, cerca de la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el mar, y quería adelantárseles. Viéndole ellos andar sobre el mar, pensaron que era un fantasma, y gritaron; porque todos le veían, y se turbaron. Pero en seguida habló con ellos, y les dijo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis! Y subió a ellos en la barca, y se calmó el viento; y ellos se asombraron en gran manera, y se maravillaban. Porque aún no habían entendido lo de los panes, por cuanto estaban endurecidos sus corazones.”

Introducción

Mateo y Juan también recogen este incidente, coincidiendo con Marcos en lo esencial, pero aportando algunos detalles nuevos que complementan perfectamente la escena total. Por ejemplo, Mateo narra la “aventura” de Pedro sobre las aguas y termina su relato afirmando que los discípulos confesaron que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios (**Mt 14:22-33**). Juan menciona que la razón por la que Jesús se retiró al monte era porque la gente quería tomarle por la fuerza para hacerle rey (**Jn 6:15**). Y por su parte, Marcos subraya el contraste entre la revelación que Jesús acababa de dar de sí mismo y la incompreensión de los discípulos.

“En seguida hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él”

Hay dos detalles en este versículo que es necesario que notemos. Por un lado, vemos al Señor con “prisa”, y nos llama la atención, porque es un caso casi único en los Evangelios. Y por otro, el Señor no estaba mandando a los discípulos que se fueran, sino que más bien los estaba “forzando” a marcharse (este es el significado del verbo en el original griego).

¿Cuál era la razón por la que el Señor actuaba así? Es evidente que Jesús quería sacarlos de aquel ambiente de excitación que se había creado después de la multiplicación de los panes y peces. Recordemos que el milagro había producido un tremendo impacto sobre la gente, y en un estallido de fervor nacionalista, la gente vino para hacerle rey (**Jn 6:14-15**). Y muy probablemente, los mismos discípulos fueron contagiados por este entusiasmo, así que, el Señor tuvo que hacerles subir a la barca a la fuerza, para tranquilizar sus ánimos, y hacerles entender que la emoción de la gente no obraba la voluntad de Dios.

“Entre tanto que él despedía a la multitud”

Una vez que Jesús consiguió que sus discípulos entraran en la barca y se marcharan, luego tuvo que persuadir a las multitudes para que también se fueran. Pero, ¿por qué actuaba Jesús de esta manera? Si al fin y al cabo Jesús era el auténtico Rey de los

judíos, ¿por qué no aprovechar esta ocasión para ser llevado por las multitudes hasta Jerusalén y allí ser coronado Rey?

- En primer lugar, porque la multitud estaba pensando en sublevarse contra los romanos, lo que habría derivado en una lucha armada y en una nueva matanza. Y esto no tenía nada que ver con los medios que Jesús utilizaba.
- En segundo lugar, la esclavitud de la que Jesús había venido a librarles, no era la de los romanos, sino la de sus propios pecados, y esto estaba muy lejos de sus pensamientos.
- En tercer lugar, porque las multitudes pensaban en un reino material. Ellos ya habían visto cómo Jesús había multiplicado panes y peces, por lo tanto, podría satisfacer también cualquier otra necesidad física. Este era el rey que querían, alguien que estuviera a su servicio para darles todo lo que ellos pudieran desear, pero Cristo tampoco es ese tipo de rey.
- Y en cuarto lugar, porque mientras Dios no cambie el corazón humano, el hombre sigue siendo un ser ingobernable. Ni los mejores programas políticos logran funcionar por causa de la maldad del ser humano. Y el Señor sabía que antes de poder ser Rey de los hombres, era necesario acabar con el pecado y proveer al hombre de un nuevo corazón. Era necesario pasar por la cruz antes de sentarse en el trono.

“Se fue al monte a orar”

El Señor no buscaba la fama o las alabanzas de los hombres, sino que lo que realmente llenaba su corazón de gozo era la comunión con su Padre. ¡Cuánto necesitamos meditar en esto e imitar su ejemplo!

También la vida de oración de Jesús es algo de lo que se comenta mucho pero que se imita poco. Vivimos en una época en que la gente vive deprisa, pero sin saber a dónde va. Los mismos creyentes somos tentados continuamente a acortar nuestras devociones privadas y a abreviar nuestras oraciones. Y sin duda, esta es probablemente la causa de mucha de la pobreza espiritual de nuestras propias vidas e iglesias.

Notemos también que el Señor estaba orando en tierra mientras sus discípulos estaban solos en medio del mar, remando con fatiga porque el viento les era contrario. Esta es una hermosa ilustración del ministerio de intercesión que el Señor tiene actualmente desde la Diestra del Trono de Dios por los creyentes (**Ro 8:34**).

“Y viéndoles remar con gran fatiga, porque el viento les era contrario”

Los discípulos llevaban gran parte de la noche *“remando con gran fatiga”*. En este caso, no se trataba tanto de un peligro grave, sino de esfuerzos sostenidos, que además de resultar ineficaces, les estaban creando un tremendo dolor (este es el sentido de la expresión *“gran fatiga”*).

No olvidemos que estaban en medio de la tormenta debido a que obedecieron al Señor. Y también nosotros podemos encontrarnos en medio de situaciones dolorosas, luchando contra adversidades, como consecuencia de nuestra obediencia al Señor.

Pero en medio de la situación, el Señor les seguía viendo. Tal vez ellos podían creerse olvidados por el Maestro, pero no era así. Dondequiera que un discípulo se encuentre, y cualquiera que sean las circunstancias que le rodeen, el Señor vela por nosotros. ¡Qué verdad más consoladora!

Sin embargo, dicho todo esto, también debemos notar que el Señor no llegó hasta ellos sino hasta *“cerca de la cuarta vigilia de la noche”*. Y podemos preguntarnos: ¿por qué el Señor no vino a la primera vigilia, evitándoles así tanto esfuerzo y sufrimiento?

Muchos siervos del Señor han compartido esta experiencia en su obra espiritual. Han trabajado duramente en medio de la noche sin apenas ver fruto de su trabajo y han tenido la sensación de que el Señor los dejaba solos en medio de las dificultades. Pero sin duda, esta es una apreciación falsa que debe ser corregida. Como ya hemos señalado, el Señor había estado intercediendo por ellos mientras estaba en el monte orando.

Por otro lado, cuando pasamos por situaciones difíciles, nunca debemos perder la confianza en nuestro Dios, sabiendo que él está siempre controlando lo que nos ocurre y dirigiendo cada cosa para nuestro bien. Y en el caso concreto de los discípulos, aunque no podemos afirmarlo con seguridad, sin embargo podemos pensar que este tiempo de adversidad y prueba, tuvo que haber sido el antídoto ideal que apartara de sus mentes la excitación popular con la que ellos también estaban empezando a contagiarse.

“Vino a ellos andando sobre el mar”

En una ocasión anterior (**Mr 4:39**), Jesús ya había demostrado que era capaz de calmar los vientos y el mar, pero ahora va a demostrar que también puede hacer que las aguas le sirvan como senda para sus pies. Job lo expresó poéticamente de la siguiente forma: (**Job 9:8**) *“El solo extendió los cielos, y anda sobre las olas del mar”*.

El episodio ilustra de una forma preciosa la manera en que el Señor acude en auxilio de los suyos.

“Y quería adelantárseles”

Este es un detalle que nos deja un poco desconcertados. Por un lado, los discípulos llevaban casi toda la noche luchando contra el viento sin apenas lograr avanzar, mientras que por otro lado, Jesús pasa a su lado y no parece que tenga intenciones de detenerse para ayudarles. ¿Por qué hizo esto el Señor? Realmente no sabemos lo que se proponía. Lo que sí que resulta evidente, sin embargo, es que ellos no lograron identificarlo adecuadamente. Todos lo veían, pero al venir a ellos andando sobre el mar, inmediatamente pensaron que era un fantasma.

Surge entonces la cuestión fundamental con la que el evangelista nos enfrenta una y otra vez: ¿Quién es Jesús? Los discípulos no lograron identificarlo adecuadamente, les parecía que era un fantasma, y esto impidió que Jesús les pudiera ayudar. Y esto nos hace pensar en lo importante que es reconocer correctamente a Jesús. En realidad, había sido su incapacidad para reconocerle, lo que motivó que el Señor les mandara que rápidamente se fueran en la barca a la otra ribera. Las multitudes estaban creyendo que Jesús era un revolucionario que iba a librarles de los opresores romanos, y los mismos discípulos no parecían verlo de otra manera. Pero mientras no entendieran adecuadamente quién era Jesús, él no podría hacer su obra en ellos. De hecho, cuando no entendemos quién es Jesús, su presencia nos puede turbar y llenar de temor, tal como les ocurrió a los discípulos.

En cierto sentido, es fácil entender la reacción de los discípulos: ¿cómo podían esperar que Jesús viniera a ellos andando encima del agua? Pero muchas veces ocurre lo mismo con nosotros mismos. El Señor se presenta en formas inesperadas, no lo reconocemos, y dejamos que pase de largo.

¡Y cuántas veces las personas no logran percibir que es en la cruz de Cristo donde Dios se ha manifestado con mayor claridad! Como decía el apóstol Pablo, a unos les parece locura y a otros debilidad (**1 Co 1:22-24**), y así pasan a su lado, cargados como están por sus pecados y problemas, sin percibir que es allí donde Dios se manifiesta a los hombres.

“Y les dijo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!”

¡Cómo les consoló el Señor dándoles seguridad que era él mismo quien se acercaba a ellos!

Pero, ¿cómo debemos interpretar las palabras, “yo soy”? Tal vez el Señor sólo quería decir que era él, su maestro, al que ellos conocían bien. Sin embargo, para cualquier judío, estas palabras (especialmente cuando fueron pronunciadas por alguien que estaba caminando sobre las aguas) harían pensar en el nombre con el cual Dios se manifestó a Moisés (**Ex 3:14**) y ante el que habían caído al suelo los que más tarde fueron a arrestar a Jesús (**Jn 18:6**).

“Aún no habían entendido lo de los panes, por cuanto estaban endurecidos sus corazones”

Una vez que Jesús entró en la barca, el viento se calmó y ellos se asombraron en gran manera, y como dice Juan, la barca *“llegó en seguida a la tierra adonde iban”* (**Jn 6:21**).

Sin duda, esta ha sido también la experiencia de todos los creyentes; cuando Cristo está presente, la tormenta se convierte en calma, lo que parecía imposible se realiza, lo insoportable se hace soportable y se superan las limitaciones sin sucumbir.

Sin embargo, todavía vemos a los discípulos luchando por comprender lo que significaba lo que estaban presenciando. Su problema, tal como indica el evangelista, es que *“aún no habían entendido lo de los panes”*, y ahora, ante este nuevo milagro, se encontraban completamente bloqueados. Su incomprensión del milagro anterior, les impedía comprender nuevas revelaciones, quedando su fe estancada.

Lo realmente grave de esta situación, era que su asombro y turbación nacían de la falta de fe y discernimiento. Esta dureza de corazón no debe confundirse con la insensibilidad e indiferencia de los escribas y fariseos. Tal actitud era el resultado de la incredulidad y del odio. En el caso de los discípulos, no es que no querían creer, sino que les costaba entender la verdadera naturaleza de Cristo; ¿qué clase de Mesías era Jesús y cuál era el propósito de su venida?

Preguntas

1. Compare el pasaje tal como aparece en el evangelio de Marcos con los relatos que encontramos en **(Mt 14:22-27)** y **(Jn 6:15-21)**. Indique qué cosas son peculiares en cada uno de ellos.
2. Explique con sus propias palabras cuatro razones por las que Jesús despidió apresuradamente a los discípulos y también a las multitudes cuando tenían el propósito de hacerle rey.
3. Razone libremente sobre lo que le sugiere y lo que aprende de esta escena: *“al venir la noche, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra”*.
4. Jesús vino hasta los discípulos andando sobre el mar, y en estas circunstancias, ellos no le reconocieron. Razone sobre la importancia de este hecho.
5. ¿Por qué dice el evangelista que no entendían porque estaban endurecidos sus corazones? Razone sobre este hecho.

Jesús sana a los enfermos de Genesaret - Marcos 6:53-56

(Mr 6:53-56) *“Terminada la travesía, vinieron a tierra de Genesaret, y arribaron a la orilla. Y saliendo ellos de la barca, en seguida la gente le reconoció. Y recorriendo toda la tierra de alrededor, comenzaron a traer de todas partes enfermos en lechos, a donde oían que estaba. Y dondequiera que entraba, en aldeas, ciudades o campos, ponían en las calles a los que estaban enfermos, y le rogaban que les dejase tocar siquiera el borde de su manto; y todos los que le tocaban quedaban sanos.”*

Introducción

Marcos continúa su relato sobre el ministerio de Jesús mostrándonos el ritmo vertiginoso al que todo estaba ocurriendo, y cómo las multitudes le seguían por todas partes sin darle descanso. Recordemos cómo después de que los discípulos regresaron de la misión a la que Jesús los había enviado, intentaron separarse de la multitud para tener un tiempo de descanso, pero esto resultó imposible porque la gente no dejaba de ir y venir, hasta el punto de que ni aun tenían tiempo para comer. Fue entonces cuando Jesús mostró su compasión por ellos enseñándoles muchas cosas y multiplicando de forma milagrosa unos pocos panes y peces para darles de comer a todos ellos. Pero este milagro generó tal clima de expectación en torno a Jesús, que según nos dice el evangelista Juan, la multitud estaba decidida a hacerle rey. Este ambiente descontrolado, motivó que Jesús hiciera que los discípulos entrarán rápidamente en la barca mientras él mismo se ocupaba de despedir a la multitud. Después de esto, tampoco la noche fue tranquila para los discípulos, que tuvieron que trabajar duro para avanzar en medio del fuerte viento que les era contrario, a lo que debemos añadir el tremendo susto que se llevaron cuando Jesús vino hasta ellos andando sobre el mar. Y finalmente, cuando llegaron a la orilla, nada más bajar de la barca, de nuevo la gente le reconoció y se agolpó en torno a ellos trayendo todos sus enfermos.

Podemos decir, por lo tanto, que en este momento cuando nos acercamos al fin del ministerio de Jesús en Galilea, el entusiasmo de las multitudes se encontraba en su punto más alto.

“Y saliendo de la barca, en seguida la gente le reconoció”

Nuevamente surge la cuestión sobre la identidad de Jesús: *“la gente le reconoció”*. Ahora bien, ¿cómo reconocían a Jesús?

A juzgar por lo que leemos en este pasaje, su interés se limitaba a aprovechar su poder sanador. Y también el evangelista Juan nos explica que Jesús mismo se lamentó porque le buscaban sólo porque esperaban recibir cosas materiales de él, sin que en ningún momento evidenciaran una verdadera fe en su persona.

(Jn 6:25-27) *“Y hallándole al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá? Respondió Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre.”*

No deja de ser triste todo esto. En el pasaje anterior, los discípulos no lograron identificar a Jesús y pensaron que era un fantasma, porque sus corazones estaban endurecidos y no habían logrado entender las implicaciones del milagro de la multiplicación de los

panes. Pero tampoco las multitudes eran mejores, ya que su interés se reducía a aquellas cosas materiales que pudieran sacar de Jesús, bien fuera comida o sanidad para sus cuerpos. Después de tanto tiempo entre ellos, la gente no había logrado comprender adecuadamente quién era Jesús.

“Comenzaron a traer de todas partes enfermos”

Tal como lo explica Marcos, parece como si hubiera cierto elemento de urgencia. Rápidamente corrieron la voz por todas partes y la gente venía porque no querían desperdiciar la oportunidad.

En cierto sentido, todo esto era natural. En otras muchas ocasiones Jesús había demostrado que tenía poder para sanar cualquier enfermedad y también su disposición para hacerlo, por lo tanto, si había enfermos entre ellos, era lógico que se los llevaran a Jesús.

Vemos también un hermoso ejemplo de solidaridad humana. La mayoría de los enfermos no podrían desplazarse desde las otras ciudades hasta donde Jesús estaba, a menos que hubiera alguien que les llevara, y hubo gente que se esforzó por ello. Y dicho sea de paso, nosotros también debemos preocuparnos por buscar y traer personas de todas partes a Jesús para que él los salve.

Pero lo que resultaba vergonzoso, sin embargo, era el egoísmo con el que lo hacían. Y hay que reconocer con tristeza, que esto es algo característico de la naturaleza humana. ¡Cuántas personas hay que sólo acuden a Dios cuando tienen problemas, pero en cambio, cuando todo les va bien, nunca le dan las gracias por nada! ¡Cuántas de nuestras oraciones no son más que una lista interminable de peticiones, sin detenernos por un momento para agradecer a Dios por sus bendiciones o para adorarle por quién es él! ¡Cuántos van a la iglesia únicamente esperando recibir, y se enfadan si no lo consiguen! ¡Cuánto alegraría el corazón del Señor si más a menudo fuéramos a ofrecerle nuestro amor, nuestro servicio y devoción, y mucho menos para reclamar sus beneficios!

Pensemos también en el interés que las personas muestran por la sanidad de su cuerpo y la poca atención que prestan a la salvación de su alma. Estas personas no buscaban a Jesús porque querían escuchar su Palabra, sino sólo porque querían ser curados. Tenían mucha “fe” en los milagros, pero poco interés en la Persona de Jesús y en su mensaje. Y hay que reconocer, que la naturaleza humana no ha cambiado mucho desde entonces. En muchos lugares, cuando se anuncia que va a venir tal o cual siervo de Dios que hace sanidades, las personas acuden por cientos, mientras que si se anuncia una reunión de estudio bíblico, entonces el interés desaparece casi por completo.

“Y todos los que le tocaban quedaban sanos”

A pesar de todo, la gente tenía tanta fe en el poder sanador y en la compasión del Salvador que, como en el caso de la mujer con flujo de sangre (**Mr 5:27-30**), estaban convencidas de que si al enfermo se le permitía tan sólo tocar el borde del manto del Maestro, se produciría instantáneamente la curación.

Por otro lado, el Siervo estaba a las órdenes y disposición de toda clase de gente, y con su poder y gracia suplió todas sus necesidades.

Este es uno de los más maravillosos cumplimientos de una preciosa y poética predicción, uno de los pasajes más majestuosos del profeta Isaías:

(Is 35:4-6) *“Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temías; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo...”*

El punto principal de todo esto, es que la gente estaba recibiendo una clara evidencia de que Jesús era el Mesías.

Preguntas

1. ¿Cómo reconocía la gente a Jesús? Razone su respuesta.
2. ¿Cómo deberíamos aplicar como creyentes el ejemplo de las personas que *“comenzaron a traer de todas partes enfermos en lechos, a donde oían que estaba Jesús”*? Explique su respuesta.
3. ¿Le parece que en el día de hoy la gente tiene más interés en la sanidad del cuerpo que en la salvación del alma?
4. ¿Se puede tener fe en Jesús como sanador pero no como salvador? Razone su respuesta.
5. A la luz de la profecía de Isaías que encontramos en **(Is 35:4-6)**, ¿Qué nos enseña este pasaje acerca de Jesús?

Jesús y la tradición - Marcos 7:1-13

(Mr 7:1-13) *“Se juntaron a Jesús los fariseos, y algunos de los escribas, que habían venido de Jerusalén; los cuales, viendo a algunos de los discípulos de Jesús comer pan con manos inmundas, esto es, no lavadas, los condenaban. Porque los fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si muchas veces no se lavan las manos, no comen. Y volviendo de la plaza, si no se lavan, no comen. Y otras muchas cosas hay que tomaron para guardar, como los lavamientos de los vasos de beber, y de los jarros, y de los utensilios de metal, y de los lechos. Le preguntaron, pues, los fariseos y los escribas: ¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos inmundas? Respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes. Les decía también: Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Basta que diga un hombre al padre o a la madre: Es Corbán (que quiere decir, mi ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte, y no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas hacéis semejantes a estas.”*

Introducción

Marcos nos presenta un fuerte contraste entre el ministerio de Jesús, que manifestaba su amor sanando a los enfermos de toda la región de Genesaret, y la labor de los escribas y fariseos, que apoyándose en sus tradiciones, intentaban desprestigiar y obstaculizar la obra que Jesús estaba llevando a cabo.

Esto dio lugar a una nueva discusión entre el Señor y los fariseos, teniendo como centro el tema de la tradición. La cuestión tiene una importancia vital, y el pasaje que estudiamos nos ayudará a entender el lugar que debe ocupar la tradición frente a la Palabra escrita de Dios, y si tiene que ser considerada como regla de fe y de práctica.

Hay que añadir, que las divergencias que había entre Jesús y los fariseos en cuanto a la fuente de la verdadera autoridad, son las mismas que en la actualidad existen entre los evangélicos y los católicos.

“Los fariseos y los escribas venidos de Jerusalén”

El éxito de la misión de los Doce, juntamente con el entusiasmo que produjeron en las multitudes las grandes obras del Señor, alarmaron a los dirigentes judíos en Jerusalén, hasta el punto de mandar otra comisión a la provincia de Galilea con el fin de hacer otro intento de obstaculizar su ministerio.

Resulta triste considerar que aquellos religiosos hicieran un viaje tan largo sólo con la finalidad de estorbar al Señor, justo en un momento cuando él se encontraba tan ocupado atendiendo a las personas necesitadas. Pero como veremos a lo largo del estudio, a ellos

no les interesaba ni lo que predicaba Jesús, ni tampoco el bien de las personas, su única preocupación era la de mantener una serie de normas externas dentro de su religión.

“¿Por qué comen pan con manos inmundas?”

Tal vez, de los panes que habían sobrado de la multiplicación milagrosa que Jesús había hecho (**Mr 6:43**), los discípulos habían llevado alguna cesta en la barca, y ahora en medio del ajetreo que les caracterizaba en aquellos días, echaron mano a alguno de aquellos pedazos para comérselo. Este detalle fue visto por los fariseos y escribas venidos de Jerusalén, e inmediatamente comenzaron a condenarles. Pero, ¿qué había de malo en todo ello?

Marcos nos tiene que explicar en este punto las costumbres de los judíos relativas a los lavamientos ceremoniales, para que tanto nosotros, como sus primeros lectores gentiles, podamos entender el significado de este incidente.

El problema no tenía nada que ver con la higiene, sino con una cuestión de ceremonias religiosas. Sin embargo, aquí es necesario hacer algunas aclaraciones:

- Es cierto que, bajo la ley de Moisés, había algunos casos que requerían de ciertos lavamientos o abluciones (**He 9:10**), pero los judíos habían añadido por su cuenta otros muchos y los imponían como igualmente obligatorios, como si de preceptos divinos se trataran. Esto era lo que se conocía como la *“tradición de los ancianos”*.
- Además, en su afán por cumplir minuciosamente con estos lavamientos externos, habían olvidado el verdadero propósito con el que Dios había dado aquellas leyes ceremoniales, que no era otro que el de simbolizar la necesidad de una limpieza interna.

En los tiempos de Jesús, los judíos habían endurecido hasta tal punto la exigencia de una obediencia inflexible y escrupulosa a estas tradiciones, que se había convertido en un distintivo del judío piadoso. Por esta razón, cuando vieron que los discípulos estaban comiendo el pan sin haberse lavado las manos de la forma concreta que ellos habían establecido, comenzaron a condenarlos.

Los eruditos nos dicen que la forma correcta de lavarse las manos conforme a esta tradición era de la siguiente manera: tenían que extender las manos, con las palmas hacia arriba, las manos ligeramente ahuecadas derramando agua sobre ellas. Luego se usaba el puño de una de ellas para lavar la otra y luego el otro puño para lavar la primera mano. Finalmente debían extenderse de nuevo las manos, con las palmas hacia abajo, echando agua sobre ellas una segunda vez para limpiar el agua sucia con la que se habían lavado las manos contaminadas. Solo entonces estarían las manos de la persona ceremonialmente limpias. Puede que no estuviesen ni siquiera limpias desde el punto de vista higiénico, pero lo estarían desde el ceremonial. Es decir, habría sido considerada aceptable a Dios, habiendo prestado una estricta atención al ritual de limpieza prescrito y pudiendo así comer de manera apropiada.

Estas tradiciones estaban tremendamente arraigadas entre el pueblo. Por ejemplo, nos ha llegado la historia de un rabino que fue encarcelado por los romanos y que el agua que le daban para beber, la empleaba para lavarse las manos de este modo antes de comer, llegando a estar a punto de morir de sed.

Podemos suponer, por lo tanto, que cuando los fariseos vieron a los discípulos comer sin haberse lavado ceremonialmente, vieron la ocasión ideal para enfrentarse con Jesús, estando convencidos de que inmediatamente recibirían el apoyo del pueblo.

Desgraciadamente el espíritu religioso es así: No les importaba si el pueblo tenía qué comer, sólo si se habían lavado las manos como ellos decían antes de comer. No prestaban atención al milagro de la multiplicación de los panes que Jesús había hecho, sólo les interesaban sus normas religiosas externas. Tampoco querían considerar el impactante ministerio de sanidad que Jesús estaba llevando a cabo en toda la región, y se defendían de las exigencias del amor escondiéndose detrás de sus vacías tradiciones religiosas. Para ellos, el más santo de los hombres era aquel que prestara atención más rígida a esas prácticas meramente externas y de invención humana. Eran devotos del ritualismo vacío, como si éste les pudiera salvar.

El Señor percibió con claridad qué su religiosidad y aparente piedad les servían para esconder un corazón malo y perverso. Aunque quisieran hacer creer que su deseo era honrar a Dios por medio de sus lavamientos, en realidad, lo que manifestaban era su orgullo humano por ser parte de un pueblo especial y su desprecio total a los gentiles y los pecadores, con los que no querían tener ningún tipo de relación, de ahí sus continuos lavamientos al volver de la plaza, por si algo que ellos hubieran tocado había estado en contacto con un gentil.

Su insistencia en cumplir con estos rituales se debía fundamentalmente a que querían ganar mérito delante de Dios y así conseguir su salvación. Y aunque al llevar a cabo sus rituales de lavamiento parecían muy humildes, lo que pretendían en realidad, era impresionar a los hombres con su tremenda religiosidad.

“La tradición de los ancianos”

Según los rabinos, Moisés no sólo había dado a los ancianos de Israel la ley escrita, sino que también les dio otros preceptos de forma oral, y que ellos transmitieron del mismo modo a las generaciones posteriores. Por lo tanto, los fariseos tenían dos revelaciones divinas: la ley escrita y la tradición oral, ambas importantes y autorizadas.

Pero en realidad, la tradición oral no tuvo su origen en el tiempo de Moisés, sino que esto fue una invención de los fariseos con el fin de subrayar su valor, puesto que realmente estas tradiciones orales comenzaron después del regreso de los judíos del cautiverio babilónico, cuando el escriba Esdras, y otros después de él, procuraron instruir al pueblo en la correcta aplicación de la ley de Dios en las variadas circunstancias de la vida.

Y aunque el propósito original había sido bueno, las interpretaciones de la ley se multiplicaron de forma interminable, surgiendo incluso escuelas rabínicas opuestas. Finalmente, todas estas tradiciones orales, llegaron a interponerse entre el pueblo y la verdad divina revelada en la Palabra. Como dijo Jesús, estas tradiciones humanas, lejos de transmitir vida espiritual, sólo servían para atar cargas pesadas a los hombres (**Lc 11:46**).

I. ¿Cómo habían llegado a ese punto?

- El primer paso consistió en agregar a las Escrituras sus tradiciones como suplementos útiles.
- El segundo, colocarlas a la misma altura de la Palabra de Dios y darles la misma autoridad.
- Y el último, fue honrarlas más que a las Escrituras y hacer descender a éstas de su legítimo puesto.

2. La fuente de la autoridad

La controversia que ahora vamos a considerar entre Jesús y los fariseos, tuvo que ver con la fuente de la autoridad. Y veremos que mientras que Jesús sólo aceptaba las Escrituras, los fariseos ponían todo su énfasis en sus tradiciones.

La cuestión sigue siendo fundamental también para nosotros. ¿Qué autoridad aceptamos? ¿En base a qué autoridad aceptamos ciertas doctrinas y repudiamos otras? ¿Hay algún árbitro independiente que ponga fin a la controversia? ¿Son las Escrituras la única autoridad? ¿Puede una iglesia complementar las Escrituras con la autoridad de las tradiciones? Las diferentes respuestas que a lo largo de la historia se han dado a estas preguntas, han dividido a la llamada “cristiandad” de forma radical hasta nuestros días.

3. ¿Qué relación hay entre la tradición y las Escrituras?

“Tradición” significa sencillamente lo que una generación transmite a la otra (**Mr 7:13**). Si lo que una generación transmite es sólo la Biblia, entonces las palabras “Escrituras” y “tradición” serían sinónimas y no habría problema alguno.

Pero la cuestión es más compleja que esto, ya que cada generación ha procurado entender y aplicar mejor las Escrituras y por lo tanto, ha entregado a la generación posterior tanto las Escrituras como la interpretación de las mismas, es decir, su propia tradición. Por lo tanto, si no sabemos diferenciar entre una y otra, pronto podemos encontrarnos en la misma posición que los fariseos de los tiempos de Jesús.

En este sentido, debemos recordar que la iglesia primitiva aprendió a juzgar toda enseñanza por medio de la tradición apostólica escrita, comprobando, como Pablo mismo les había mandado, si estaba de acuerdo con la *“enseñanza que recibisteis de nosotros”* (**2 Ts 3:6**).

4. ¿Cuál fue la actitud de Jesús frente a la tradición?

La postura de Jesús fue totalmente clara y se podría resumir en los siguientes puntos:

- La autoridad no reside en la tradición sino sólo en las Escrituras, así que se oponía a cualquier enseñanza que estuviera en conflicto con la ley divina.
- Por lo tanto, su defensa de la inspiración de toda la Escritura le llevó a censurar duramente tanto a los fariseos, que añadían a la Palabra de Dios, como a los saduceos que le quitaban.

“En vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres”

Los fariseos pretendían adorar a Dios mediante sus complicados rituales, pero Jesús utilizó las palabras que el profeta Isaías había dicho a los judíos de su tiempo para mostrarles que era imposible adorar a Dios en base a las tradiciones (**Is 29:13**): *“Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí, pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres”*. ¡Qué triste que en siete siglos, a pesar del exilio y todo el sufrimiento del pueblo de Dios, los habitantes de Jerusalén no habían aprendido todavía esto!

El problema seguía siendo el mismo: en lugar de reconocer la Palabra de Dios como su única autoridad en todas las cuestiones de fe y conducta, esquivaban las claras demandas de las Escrituras con sus propias tradiciones humanas. Por lo tanto, su culto a Dios era superficial, de labios, mas no de corazón.

Una adoración que no surge de un auténtico conocimiento de Dios a través de su Palabra no puede ser auténtica adoración. En realidad, lejos de honrar a Dios, su ritualismo sólo servía para que se gloriaran a sí mismos delante de los demás hombres por lo fieles cumplidores que eran de sus propias leyes.

Pero su actitud era realmente peligrosa. Ellos se estaban haciendo dioses, dejando a un lado la Palabra de Dios, para establecer su propia tradición humana. ¡Qué perversidad!

“Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí”

Otra de las grandes diferencias que Jesús puso de manifiesto entre la Escritura y la tradición, es que mientras que la primera apuntaba al interior del hombre, la segunda lo hacía a lo externo.

Por esta razón, los fariseos, en su afán por purificar la vida del pueblo, habían convertido la religión en una hipócrita apariencia de piedad externa. Mostraban tanto cuidado en lavar lo externo, que no les quedaba tiempo para cuidar su interior. Creían que cumpliendo con la forma externa prescrita por los fariseos, se encontrarían justificados ante Dios. Y había llegado a sentirse tan puros ante Dios por sus propios méritos, que se habían vuelto duros hacia los demás y juzgaban a todo aquel que no actuaba como ellos.

En estas condiciones, Dios no podía aceptar su adoración. Habían olvidado algo fundamental; cuando se trata de adorar a Dios, es el corazón lo que él mira principalmente. La cabeza inclinada, la rodilla doblada, el rostro grave, la postura rígida, las respuestas en toda regla, y el amén en toda forma, todas esas cosas no constituyen la verdadera adoración en espíritu que Dios busca (**Jn 4:23**).

Es evidente que Jesús se sentía profundamente dolido cuando veía cómo los dirigentes estaban desviando la pueblo sencillo de la auténtica verdad de Dios. ¡Cómo no iba a sentirse indignado cuando veía el extremo cuidado con que guardaban los *“mandamientos de los hombres”* a la vez que descuidaban los verdaderos *“mandamientos de Dios”*!

Era necesario desenmascarar ante el pueblo la perversidad que se escondía detrás de su apariencia de bondad y ortodoxia, por lo que Jesús se mostró realmente duro: *“¡Hipócritas!”*, les dijo públicamente.

La Escritura es divina, la tradición humana

Por la forma en la que Jesús se refiere a la tradición de los ancianos, podemos ver con claridad que para él era algo puramente humano: *“mandamientos de hombres”* (**Mr 7:7**), *“tradición de los hombres”* (**Mr 7:8**).

En cuanto al origen de la tradición, los fariseos afirmaban que había sido dada por Moisés, pero Jesús no aceptó este punto, y nuevamente estableció una diferencia entre lo que *“Moisés dijo”* (**Mr 7:10**), y lo que *“vosotros decís”* (**Mr 7:11**).

A diferencia de la Escritura, la tradición es humana, y por lo tanto, tiene los mismos defectos y errores que cualquier otra obra humana. Dios no podía dejarnos su revelación por un medio tan poco fiable como es el de la tradición oral.

- Ya en la época de Jesús había tradiciones rivales entre sí y en contradicción con la propia Escritura, como el mismo Señor señaló a continuación.

- Además, la palabra oral es menos duradera y fiable que la palabra escrita, ya que puede cambiar de una generación a otra con toda facilidad.
- Y por último, la tradición surge de la interpretación hecha por hombres pecadores, y por lo tanto, poco fiables. El Señor demostrará a continuación cuán perversas, extraviadas y corrompidas podían llegar a ser estas tradiciones humanas.

La Escritura es obligatoria, la tradición optativa

Jesús no rechazó todas las tradiciones humanas ni prohibió a sus discípulos que las guardasen. Simplemente puso las cosas en su debido orden, relegando la tradición a un lugar secundario y optativo, siempre que no fuese contraria a la Escritura.

Esto fue precisamente en lo que fallaron los fariseos, que enseñaban “*como doctrinas mandamientos de hombres*” (**Mr 7:7**). Ellos presentaban sus innumerables y minuciosas estipulaciones ceremoniales como si la salvación dependiera de la obediencia total a ellas. Esta fue la razón por la que “*condenaban*” a los discípulos cuando les vieron comer pan con las manos sin lavar. Y este era su pecado; elevar su tradición al nivel de exigencia divina e imponerla a otros como si fuera Dios mismo quien la hubiera prescrito.

Notemos que Jesús no reprendió a sus discípulos por haber quebrantado la tradición ritual de los fariseos.

En este sentido, todos nosotros observamos ciertas tradiciones, ya sea en la iglesia o en nuestra vida personal. Por ejemplo, todas las iglesias suelen tener un orden más o menos establecido para sus cultos. A nivel personal, tal vez nos hemos impuesto cierta disciplina en cuanto a la oración, la lectura de la Biblia, el ayuno o las ofrendas. Y a raíz de lo que el Señor enseñó acerca de las tradiciones, si no son cosas contrarias a las Escrituras, podemos guardarlas, pero debemos de tener mucho cuidado en tratar de imponérselas a los demás creyentes, y tenemos que estar dispuestos a que otros tengan la opción de rechazarlas.

La Escritura es suprema, la tradición subordinada

Jesús explicó también que cuando una tradición entra en conflicto con la Escritura, debe ser rechazada con firmeza, porque la Escritura es suprema y la tradición debe estar subordinada siempre a ella.

Para demostrar este principio, citó el caso del “*Corbán*”. La palabra “*Corbán*” quiere decir “*dedicado a Dios*”, y se empleaba cuando un hombre quería dedicar sus bienes a la tesorería del Templo. Pero, por un arreglo con los sacerdotes, podía “dedicar” su dinero o su propiedad al Templo, al mismo tiempo que disfrutaba de ellos durante su vida, dejándolos luego como un “legado” al servicio del Templo. Si se daba el caso de que este hombre, según la santa obligación natural y legal, tuviese el deber de mantener a padres ancianos o enfermos, los mismos sacerdotes le impedían ayudarles con los fondos que eran “*Corbán*”, para no menguar el legado del Templo. Este caso suscitó la justa indignación del Señor, pues por un impío subterfugio, y bajo una apariencia de piedad, se quebrantaba uno de los principales mandamientos de Dios.

Para Jesús el asunto estaba claro. Moisés había dejado un mandamiento y una advertencia precisa: “*Honra a tu padre y a tu madre*” (**Ex 20:12**), y “*el que maldijere a su padre o a su madre, morirá*” (**Ex 21:17**).

Así que, si la tradición de los fariseos permitía deshonrar a sus padres, Jesús estaría radicalmente en contra de ella. Nuestro deber radica en guardar la Palabra de Dios aunque para hacerlo sea necesario invalidar nuestras tradiciones. Y al mismo tiempo, juzgar cualquier tradición a la luz de las Escrituras, nunca al revés.

Al llegar a este punto, resulta claro que aunque los fariseos presentaban su tradición como una ayuda para entender y aplicar la Ley de Dios, en realidad se oponía a ella en muchos casos. Jesús les dijo que *“invalidaban la palabra de Dios con sus tradiciones”* (Mr 7:13). La idea era que “anulaban” o “quitaban la autoridad” de la Palabra. Y lo que hacían en cuanto al quinto mandamiento, era su proceder habitual, tal como les dijo Jesús: *“y muchas cosas como estas hacéis”* (Mr 7:13).

En realidad, la tradición le servía a los fariseos para constituirse en jueces morales, atribuyéndose la facultad de dar permiso en asuntos de conducta respecto a los cuales Dios ya había dejado mandamientos claros. En el caso concreto del “Corbán”, ellos *“no le dejaban hacer más por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios con su tradición”* (Mr 7:12-13).

Pero también a la gente le gustaban este tipo de tradiciones humanas, porque bajo una falsa apariencia espiritual tenían la oportunidad de cubrir su falta de amor hacia su prójimo. Seguramente, en muchos casos la tradición del Corbán sirvió para vengarse de los padres que habían perdido el cariño de sus hijos.

La iglesia Católica y la tradición

El punto principal de división entre la iglesia Católica y las protestantes o evangélicas radica en la importancia que se confiere a la tradición. Mientras que todas ellas aceptan la inspiración y autoridad divinas de la Biblia, el catolicismo cree que sus tradiciones son tan inspiradas como la misma Escritura.

Igual que los judíos creían que su tradición se remontaba hasta Moisés, la iglesia Católica afirma que la suya fue “recibida por los apóstoles de boca de Cristo mismo, o de los apóstoles, quienes la recibieron directamente del Espíritu Santo”. El Concilio de Trento (1546 d.C.) dictaminó que “la Escritura y la tradición han de ser recibidas por la Iglesia con la misma autoridad”. Además, el Concilio, “recibe y venera con el mismo afecto de piedad y reverencia”, tanto la Escritura como la tradición. El Concilio Vaticano II (1963-1965 d.C.) mostró un nuevo énfasis en el estudio de la Biblia, y aunque durante siglos la iglesia Católica había procurado por todos los medios que los laicos no leyeran las Escrituras, en este punto hubo un cambio importante, lo cual es de agradecer, aunque para ello haya tenido que reconocer un grave error histórico que pone en duda la infalibilidad de la que siempre ha presumido. Pero en lo demás, reafirma la enseñanza de Trento en el sentido de que las Escrituras y la tradición son dos partes separadas e independientes de la revelación divina.

En realidad, todo lo que Jesús les dijo a los fariseos acerca de sus tradiciones, habría que repetírselo a la iglesia Católica en relación a las suyas. Y por supuesto, deberían pensar con seriedad y honestidad también en algunos otros asuntos:

- Como por ejemplo, en el hecho de que nunca hayan podido demostrar históricamente que sus tradiciones hayan tenido su origen en Cristo o sus apóstoles.
- O sobre la evidencia abrumadora de que la iglesia primitiva sólo reconoció las Escrituras como revelación de Dios. No olvidemos que cuando fijaron el canon de los libros inspirados, lo hicieron porque veían la necesidad de diferenciar claramente

entre la Palabra inspirada de Dios y las diferentes tradiciones que iban surgiendo. A partir de aquí, toda tradición fue probada a la luz de las Escrituras. En todas las discusiones que tuvieron los primeros cristianos con los herejes, el punto central fueron las Escrituras. Y jamás acusaron de hereje a nadie por cosas que no estaban en las Escrituras.

- O sobre el hecho de que muchas de las tradiciones católicas contradicen claros principios bíblicos, por lo que es inevitable pensar que no proceden del mismo Espíritu.
- O también en que ha habido tradiciones que son contrarias entre sí. ¿Cómo determina la iglesia Católica cuáles son verdaderas y cuáles falsas? Este también fue un problema en los días de Cristo entre las escuelas rabínicas rivales. Cristo apeló directamente a las Escrituras para determinar la verdad. Pero la iglesia Católica apela al “magisterium” que según ella le ha dado Cristo: el oficio de enseñar con que ha sido investido el Papa, cuyas declaraciones ex cathedra se consideran infalibles. Por eso, el Papa Pío IX se atrevió a declarar: “Yo soy la tradición”, lo cual subordina una vez más las Escrituras a la tradición y pone en manos de la Iglesia la autoridad final. Pero nosotros debemos insistir en lo opuesto, como lo hizo el Señor Jesús, es decir, que la autoridad final reside en las Escrituras, en Dios que habla por medio de las Escrituras.

Preguntas

1. ¿Qué era la “*tradición de los ancianos*”? ¿Cuándo surgió? ¿Qué importancia tenían para los judíos estas “tradiciones”?
2. ¿Qué fuente de autoridad aceptaba Jesús? ¿Y los fariseos? ¿Y la iglesia primitiva? Razone sobre la importancia que tiene la fuente de autoridad que aceptamos.
3. ¿Por qué dijo Jesús que alguien que sigue tradiciones humanas no puede honrar a Dios? Explique su respuesta.
4. ¿Qué diferencias hay entre la tradición y la Escritura?
5. Analice la postura de la iglesia Católica en relación a su tradición, a la luz de lo estudiado en este pasaje.

Lo que contamina al hombre - Marcos 7:14-23

(Mr 7:14-23) “Y llamando a sí a toda la multitud, les dijo: Oídme todos, y entended: Nada hay fuera del hombre que entre en él, que le pueda contaminar; pero lo que sale de él, eso es lo que contamina al hombre. Si alguno tiene oídos para oír, oiga. Cuando se alejó de la multitud y entró en casa, le preguntaron sus discípulos sobre la parábola. El les dijo: ¿También vosotros estáis así sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina? Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos. Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.”

Introducción

Nuestro estudio surge de la acusación que los fariseos y escribas hicieron a los discípulos de Jesús porque los vieron “*comer pan con manos inmundas, esto es, no lavadas*” (Mr 7:2). Un incidente tan sencillo como comer pan si haberse lavado las manos, originó una profunda e interesantísima explicación de parte del Señor sobre dos temas claves que separaban a Cristo del judaísmo:

- En la primera parte, el Señor trató el asunto de la fuente de la autoridad. Ya hemos tenido ocasión de considerar que mientras que los judíos daban tanta o más autoridad a su tradición que a las Escrituras, Jesús afirmó que la única fuente de autoridad está en las Escrituras.
- El segundo tema que el Señor trató, y que no es menos importante, tenía que ver con la verdadera naturaleza de la contaminación y la purificación. Según los judíos, la contaminación actuaba desde afuera hacia dentro, mientras que el Señor afirmó que lo contrario es lo cierto. Los judíos afirmaban que la contaminación real era la física, pero Jesús dijo que la verdadera contaminación era la moral y espiritual.

“Oídme todos, y entended”

Por la forma en la que el Señor introdujo su enseñanza, podemos percibir la seriedad e importancia de lo que estaba a punto de decir. El no quería que simplemente le escucharan, sino que entendieran lo que les estaba diciendo.

Y también a nosotros se nos dirige esta nota de atención, porque después de dos mil años, sigue estando igual de arraigado en el corazón del hombre que la verdadera pureza espiritual tiene que ver con cosas externas. ¡En cuantas religiones sigue habiendo innumerables ritos de lavamientos para alcanzar la pureza del alma! ¡Cuántos cristianos mantienen listas de alimentos prohibidos, en la creencia de que si comen de ellos verán estropeada su relación con Dios!

“Nada hay fuera del hombre que entre en él, que le pueda contaminar”

La afirmación que el Señor hizo no deja lugar a dudas: Ningún alimento puede contaminar al hombre moral o espiritualmente.

Sin embargo, este claro principio expresado por el Señor, ha sido malinterpretado con frecuencia. Algunos han llegado a decir que nada de lo que se hace con el cuerpo puede afectar al espíritu. Pablo tuvo que enfrentar este problema en **(1 Co 6:12-20)**. Allí había ciertas corrientes filosóficas que estaban llevando a los creyentes a pensar que podían hacer lo que quisieran con su cuerpo, porque eso no afectaría a su vida espiritual. Y así estaban pasando de la libertad que tenían para comer cualquier alimento, a las prácticas sexuales fuera del marco del matrimonio. Ahora bien, ¿es esto lo que Jesús quería decir? ¿Realmente no importa lo que hagamos con nuestro cuerpo?

Para contestar correctamente a esta pregunta, lo primero que debemos notar es que Jesús estaba tratando sobre la comida y los lavamientos de las manos. Aquí no estaba hablando de relaciones sexuales.

En segundo lugar, el Señor completó esta afirmación diciendo que es lo que sale del corazón lo que contamina al hombre, y entre las cosas que enumeró como procedentes de un corazón malo, se encuentran también los *“adulterios y las fornicaciones”* **(Mr 7:21)**. Por lo tanto, una relación sexual prohibida por Dios, no es algo inofensivo que se realiza simplemente en el plano físico sin que llegue a afectar al espíritu, sino que por el contrario, se trata realmente de un asunto que surge del corazón y que encuentra su cauce de expresión por medio del cuerpo físico.

“¿También vosotros estáis así sin entendimiento?”

Como en pasajes anteriores, el evangelista nuevamente vuelve a subrayar la incomprensión de los discípulos. Y en esta ocasión, pareciera como si el Señor estuviera contrariado por esta falta de comprensión. Es como si les estuviera diciendo: “que los escribas y los fariseos no entiendan mi enseñanza no me extraña, pero que vosotros, que habéis estado conmigo por tanto tiempo sigáis así, me parece inexcusable”.

Sin embargo, podemos hacernos una idea de las dificultades con las que se encontraban los discípulos. No olvidemos que ellos se habían criado bajo las enseñanzas del Antiguo Testamento, y siempre habían considerado que ciertos alimentos eran impuros y los contaminarían si los comían. Pero ahora Jesús les estaba diciendo que ningún alimento que el hombre coma, puede contaminarlo. ¿Cómo debían entender esto? ¿Se trataba de una nueva enseñanza que contradecía lo que decía el Antiguo Testamento?

La verdad es que, en cierto sentido, el Señor no estaba diciendo nada nuevo. No debemos olvidar que todas aquellas leyes ceremoniales del Antiguo Testamento tenían como finalidad enseñar por medio de cosas externas principios espirituales internos. Ya tuvimos ocasión de comentar que por ejemplo, los lavamientos establecidos por la ley ceremonial tenían como finalidad enseñar al israelita la necesidad de la limpieza interior. Así que, el Señor coincidía plenamente con lo que enseñaba la ley ceremonial, en que lo verdaderamente importante era la pureza del corazón.

Y por otro lado, en relación a los alimentos prohibidos, cuando un israelita quedaba inmundo por comer cerdo, la contaminación no le venía por el cerdo que había comido, sino por la desobediencia que surgía de su corazón y que le llevaba a hacer lo que Dios

había prohibido. Por lo tanto, tampoco en esto el Señor estaba entrando en contradicción con la ley ceremonial.

“Lo que del hombre sale, eso contamina al hombre”

Con estas palabras, el Señor enunció una verdad fundamental que marca la diferencia clave entre el cristianismo y todas las demás religiones del mundo y por supuesto, del judaísmo de los tiempos de Jesús. Mientras que los líderes judíos consideraban que el ser humano (especialmente el judío) era básicamente bueno, y que su problema era simplemente el peligro de la contaminación espiritual por contacto con el pecado externo, el Señor consideraba que el corazón del hombre, incluido el del judío, era pecaminoso, y que su problema era que constantemente procedían de su interior pensamientos y acciones que lo contaminaban a los ojos de Dios.

Esta afirmación molesta al ser humano, que siempre intenta justificar sus propios pecados atribuyéndolos a la maldad de otros hombres, a sus malos ejemplos, a las malas compañías, a las injusticias sociales..., pero se olvida que cada hombre lleva consigo el manantial de la maldad.

Es cierto que el mundo y Satanás incentivan el pecado, pero sólo lo pueden hacer porque ya está dentro del corazón de los hombres.

En realidad, lo que el Señor estaba diciendo es que en el corazón de todos los hombres sin distinción, se encuentra la simiente de todos los pecados que encontramos aquí: *“los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez”*.

Quizá permanezcan inertes toda nuestra vida, tal vez el miedo a las consecuencias, los comentarios de la opinión pública, el deseo de parecer personas respetables, los contengan e impidan su desarrollo. Pero todo hombre lleva dentro de sí la raíz de todos los pecados.

¿Cómo puede el hombre llegar entonces a tener una relación correcta con Dios? Si entendemos la gravedad de la pecaminosidad del corazón humano descrita por el Señor, nos daremos cuenta inmediatamente de que dejar de comer ciertos alimentos, o lavarnos las manos de una forma determinada antes de comerlos, no podrá cambiar de ninguna manera nuestro corazón ni colocarnos en una buena relación con Dios. ¡Eso es absurdo!

Al mismo tiempo, comprenderemos también que el hombre no se puede salvar haciendo buenas obras, porque todo lo que haga estará manchado por surgir de un corazón pecaminoso.

La única posibilidad es que Dios nos dé un corazón nuevo y transformado. Este fue el ruego que el rey David le hizo a Dios después de que se dio cuenta de la maldad de su corazón cuando pecó con Betsabé: *“Crea en mí, oh Dios un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Sal 51:10)*.

¡Que no nos pase como a los judíos, que estaban tan acostumbrados a pensar que el peligro de la contaminación espiritual radicaba en el contacto con cosas externas, que se olvidaron de la contaminación espiritual que procedía de sus propios corazones!

“Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos”

Estas palabras no son de Jesús, sino que fueron añadidas por Marcos a modo de conclusión. Y seguramente, más que de Marcos, serían del mismo apóstol Pedro, que como ya hemos considerado en otras ocasiones, fue la fuente de donde Marcos recibió su evangelio.

Nos resulta inevitable pensar en la estrecha relación que esta declaración guarda con la experiencia vivida por el apóstol Pedro en Jope y que encontramos relatada en el libro de Hechos (**Hch 10:9-16**). Allí Pedro tuvo una visión en la que declinó tres veces la invitación del Señor a matar y comer animales impuros, y la respuesta del Señor fue similar a lo que Marcos expresa en su evangelio: *“Lo que Dios limpió, no lo llames tú común”*.

Sin lugar a dudas, esta declaración era revolucionaria, y a Pedro, y a los primeros cristianos judíos, les llevó un buen tiempo comprenderla y asimilarla. En realidad, lo que encontramos en este pasaje de Marcos, es un anticipo de lo que más tarde llegaría a ser una verdad consumada: la abolición de las diferencias entre alimentos limpios e inmundos.

Pero debemos fijarnos en que no fue en este momento durante el ministerio de Jesús cuando él abolió las diferencias entre los alimentos, sino cuando después de su muerte y resurrección, el evangelio iba a comenzar su extensión por el mundo gentil.

La razón era lógica. Los judíos como nación había rechazado a su Mesías, y a partir de ahí, Dios envió su evangelio a los gentiles. Con el fin de facilitar el contacto entre judíos y gentiles, tanto en la evangelización, como también en la comunión entre ambos grupos en las iglesias, el Señor abolió la prohibición de comer ciertos alimentos que previamente estaban prohibidos para los judíos.

Preguntas

1. En la porción (**Mr 7:1-23**), el Señor trata dos temas fundamentales que separan al cristianismo del judaísmo. ¿Cuáles son estos temas? ¿Cuál era la postura de Cristo y la de los judíos frente a ellos? Razone sobre su importancia.
2. ¿Que quiso decir Jesús con la frase *“Nada hay fuera del hombre que entre en él, que le pueda contaminar”*? ¿Quiere esto decir que no importa lo que hagamos con nuestro cuerpo? Razone su respuesta.
3. ¿Por qué cree que a los discípulos les costaba tanto entender lo que Jesús estaba explicando acerca de la contaminación por comer ciertos alimentos?
4. ¿Le parece que esta enseñanza de Jesús acerca de la contaminación por alimentos era nueva y diferente a lo enseñado por el Antiguo Testamento? Explique su respuesta.
5. Explique las implicaciones que tiene la afirmación del Señor: *“Lo que del hombre sale, eso contamina al hombre”*.

La fe de la mujer sirofenicia - Marcos 7:24-30

(Mr 7:24-30) “Levantándose de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón; y entrando en una casa, no quiso que nadie lo supiese; pero no pudo esconderse. Porque una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, luego que oyó de él, vino y se postró a sus pies. La mujer era griega, y sirofenicia de nación; y le rogaba que echase fuera de su hija al demonio. Pero Jesús le dijo: Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. Respondió ella y le dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos. Entonces le dijo: Por esta palabra, ve; el demonio ha salido de tu hija. Y cuando llegó ella a su casa, halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama.”

“Levantándose de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón”

Después de una fuerte controversia con los fariseos y los escribas, Jesús salió de Galilea y se fue más allá de sus fronteras, a tierras gentiles en la región de Tiro y de Sidón, en Fenicia, un país que ocupaba el litoral mediterráneo entre los montes del Líbano y el mar.

En las semanas siguientes, el Señor pasó bastante tiempo fuera del territorio de Israel. Primero en Fenicia (**Mr 7:24**), luego en Decápolis (**Mr 7:31**), y finalmente en Cesarea de Filipo (**Mr 8:27**). Este periodo resultó en un ministerio muy fructífero entre sus discípulos, que llegaron a reconocerle como “*el Cristo*” (**Mr 8:29**). A partir de ese momento, el Señor tomó el camino que le llevaría hasta Jerusalén y allí a la Cruz.

¿Por qué fue Jesús a la región de Tiro y Sidón?

De su visita a aquellos lugares, Marcos sólo recoge la curación de la hija endemoniada de la mujer sirofenicia, y aunque seguramente el Señor tuvo más oportunidades de mostrar su misericordia y ministrarles la Palabra de Dios, sin embargo, parece que el propósito principal del evangelista es mostrarnos el interés del Señor por atender con calma a la formación de sus discípulos y tener un tiempo de descanso con ellos.

Por otro lado, no debemos olvidar el clima de oposición que se respiraba en Galilea contra Jesús. Hacía tiempo que los líderes religiosos lo habían marcado como pecador y habían decidido destruirlo porque quebrantaba sus tradiciones y no se sujetaba a su autoridad. Tal vez, en medio de estas circunstancias, salir del país era una decisión acertada que evitaría un desenlace precipitado, antes de que sus discípulos hubieran logrado entender quién era realmente Jesús y el significado de su obra en la Cruz.

Pero viendo el contexto anterior, debemos notar también que Jesús se fue a Tiro y Sidón inmediatamente después de haber estado enseñando acerca de la limpieza de todos los alimentos (**Mr 7:18-19**). Esta distinción entre alimentos limpios e inmundos, era una de las razones fundamentales que impedían el trato entre judíos y gentiles. Cuando Dios hizo estas prohibiciones en la ley, tenía como propósito separar a Israel de las naciones paganas a su alrededor, y sin duda, la prohibición de comer ciertos alimentos, dificultaría notablemente el trato social entre ambos pueblos. Por lo tanto, cuando en el pasaje anterior Jesús enseñó que todos los alimentos eran limpios, estaba eliminando también las barreras entre judíos y gentiles. Por supuesto, como ya explicamos en la lección anterior, esto no era algo que iba a ocurrir inmediatamente, sino que tendría que esperar a que Cristo realizara la obra de la Cruz y fuera anunciado el evangelio a los judíos. Y más tarde, ante el reiterado rechazo de los judíos a su Mesías, entonces sí que el evangelio

sería llevado a los gentiles. Esto tuvo lugar por primera vez en casa de Cornelio (**Hch 10**), y curiosamente, Dios tuvo que repetir a Pedro ciertas verdades que ya se desprendían claramente de estos pasajes que estudiamos: que Dios había limpiado todos los alimentos (**Hch 10:15**), y que por lo tanto, también podía entrar en la casa de un extranjero (**Hch 10:28**). Entonces, podemos decir que otro de los propósitos de Jesús al ir a la región de Tiro y Sidón era el de ilustrar de forma práctica las implicaciones de lo que acababa de decir, preparando así a sus discípulos para su ministerio futuro en relación con los gentiles. Aunque esto sólo podría comenzar una vez que los judíos se hubieran “saciado”, lo que parecía que ya estaba empezando a ocurrir tal como manifestaba el creciente rechazo hacia Jesús.

“Una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo... le rogaba”

El evangelista nos dice que el Señor intentaba pasar desapercibido en aquella región. La razón para que el Señor no quisiera que se supiera de su estancia allí, tendría que ver seguramente con su propósito de descansar e instruir a sus discípulos lejos del agobio constante de las multitudes. Pero también, por que como más adelante va a señalar, no había llegado todavía el tiempo de abrir plenamente la puerta a los gentiles en tanto que los judíos no se hubieran saciado.

Sin embargo, todos sus esfuerzos por esconderse resultaron inútiles, porque su fama se había extendido también incluso en este territorio pagano, y una mujer escuchó de su presencia y fue hasta donde estaba.

Sobre esta mujer no sabemos casi nada, porque como ya nos tiene acostumbrados Marcos, él omite cualquier detalle que no tenga relevancia para el fin que persigue. Sin embargo, sí nos dice que era una mujer griega y sirofenicia de nación, es decir, que era fenicia y que hablaba griego. Por lo tanto, desde el punto de vista judío, era una pagana, o tal como Mateo la describe, “una mujer cananea” (**Mt 15:22**).

“Y le rogaba que echase fuera de su hija al demonio”

Otro detalle que Marcos nos proporciona es que tenía una hija endemoniada. Ella vino a Jesús pidiéndole ayuda porque lo que más amaba en el mundo estaba bajo el control del diablo.

Observemos también que la mujer no estaba rogando por sí misma, sino para conseguir una bendición a favor de su hija, dándonos un buen ejemplo de lo que debe ser la obra de intercesión que los padres debemos llevar a cabo por nuestros hijos.

Y percibimos también su insistencia y constancia en sus ruegos. Según Mateo, ella seguía a Jesús y sus discípulos dando voces, lo que llegó a ser del desagrado de los discípulos (**Mt 15:23**). Pero esta insistencia no surgía únicamente por el dolor y la ansiedad que sentía por el estado de su hija, sino que también manifestaba una fe sólida en el Señor Jesús, y por supuesto, una intercesión tan ferviente no había de quedar sin contestación.

“Pero Jesús le dijo: Deja primero que se sacien los hijos”

Tenemos por lo tanto a una mujer cananea rogando a Jesús por la liberación de su hija. ¿Qué haría el Señor?

Cualquier judío conocía la historia de Israel y los problemas que los cananeos les habían causado desde los días de Josué. Además, la ley judía separaba a los judíos de los gentiles. En el mismo templo se levantaba un gran muro para evitar que los gentiles entraran en los atrios de los judíos, avisando de la pena de muerte en el caso de que lo hicieran.

¿Derribaría Jesús esta pared de separación intermedia y eliminaría la distancia espiritual que había entre judíos y gentiles? Pablo dijo años después que por medio de su obra en la cruz, Cristo había conseguido precisamente eso (**Ef 2:11-22**). Ahora veremos que en su trato con esta mujer cananea ya anticipó el deseo del corazón del Señor de bendecir a los gentiles por el Evangelio y recogerlos en un solo redil junto a los judíos (**Jn 10:16**). Nunca fue el deseo de Dios que sus bendiciones quedaran limitadas sólo a los judíos, y notemos cómo Jesús dejó entreabierta esta puerta cuando le dijo a la mujer *“deja primero que se sacien los hijos”*.

Pero aunque Jesús era el salvador universal, esta salvación debía producirse sobre la base de un orden riguroso: los judíos primero y después los gentiles. Pablo trató en Romanos la prioridad que concernía a Israel en el plan universal de salvación: *“al judío primeramente, y también al griego”* (**Ro 1:16**). Y Cristo, en su ministerio terrenal se limitó principalmente a ser *“siervo de la circuncisión, para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres”* (**Ro 15:8**). Y lo mismo mandó a sus discípulos cuando los envió a predicar: (**Mt 10:5-6**) *“A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones, diciendo: Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel”*.

Cuando consideramos estos principios establecidos por las Escrituras, podemos entender la contestación del Señor a la mujer, que si bien parecía un tanto dura, definía correctamente la posición de los gentiles frente al Reino de Dios antes de la Cruz.

Como explica el apóstol Pablo a los efesios, *“los gentiles estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo”* (**Ef 2:12-13**).

“No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos”

En un principio, la respuesta del Señor podía parecer de lo más descorazonadora. Jesús usa una ilustración para explicar la situación a la mujer: Los *“hijos”*, en referencia a los israelitas, eran los que estaban sentados a la mesa y tenían el privilegio de disfrutar del ministerio terrenal del Señor. Los *“perrillos”* eran por lo tanto los gentiles, quienes aún no habían sido admitidos al regio festín.

Por lo tanto, Jesús se estaba refiriendo a la *“hijita”* de esta mujer como un *“perrillo”*. ¿No podía ser interpretado esto como algo ofensivo? Es cierto que los judíos se referían despectivamente a los gentiles como *“perros”*. Pero Jesús usó un diminutivo, *“perrillos”*, seguramente en sentido cariñoso. Y así lo debió entender la mujer, porque no sólo no se sintió ofendida ni desechada por ello, sino que en la forma en que se lo dijo Jesús, encontró fuerzas para seguir haciendo su petición.

“Pero aun los perrillos debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos”

La mujer entendió y aceptó sin quejas ni disputas la posición de precedencia que el pueblo judío tenía frente a los pactos y promesas de Dios. Así que, en lugar de enojarse por las palabras de Cristo, vio en ellas una puerta abierta para volver a presentar su súplica a favor de su hija.

En cualquier caso, no deja de asombrarnos que esta mujer suplicaba por unas migajas de pan, mientras que los judíos rechazaban el verdadero pan que había descendido del cielo (**Jn 6:35-36**).

En este punto podemos preguntarnos por qué el Señor mostró una aparente falta de disposición para atender a esta mujer inmediatamente. Porque es evidente que en esta ocasión Jesús se hizo de rogar mucho más que en el resto de los casos en que las personas necesitadas venían a él en busca de ayuda.

Lo que podemos apreciar, es que éste fue el medio por el que el Señor sacó a relucir la fe de esta mujer gentil, que contrastaba fuertemente con la maldad de los judíos, que a pesar de la luz que tenían, seguían siendo duros y rebeldes. Pero no sólo de los judíos rebeldes, sino también de los propios discípulos. Notemos que el Señor sigue usando el pan en sus ilustraciones, y en esta ocasión, una mujer pagana logra entender que unas migajas de ese pan pueden satisfacer plenamente todas sus necesidades espirituales. Por contraste, los discípulos, después de haber presenciado cómo el Señor multiplicaba unos pocos panes para dar de comer a una multitud de judíos, todavía no lograban entender el significado de este milagro porque sus corazones estaban endurecidos (**Mr 6:52**).

Por lo tanto, en medio de todo este contexto, podemos apreciar la fe de esta mujer como una auténtica joya, de hecho, una joya casi única. Sin apenas evidencias, el concepto tan elevado que esta mujer tenía de la provisión de la gracia del Señor, nos deja admirados.

Por la narración de Mateo sabemos que el Señor quedó maravillado ante semejante fe en una mujer gentil: (**Mt 15:28**) “¡Oh mujer!, ¡grande es tu fe!”. Ella había captado correctamente el corazón de Dios.

“Entonces le dijo: Por esta palabra, vé; el demonio ha salido de tu hija”

El pasaje nos ha mostrado que los gentiles también tenían grandes necesidades espirituales, y que desde lo profundo de sus corazones clamaban a Dios. Por lo tanto, aunque Cristo se dirigía primeramente a los judíos, de ninguna forma les estaba ofreciendo exclusividad.

Fue la fe de la mujer la que logró eliminar todas las barreras para llegar al corazón mismo de Dios. Este es un claro ejemplo del hecho de que ningún alma hambrienta y humilde, que se acerca a la mesa abundante del Señor quedará sin saciar. Pero es necesaria la fe.

El Señor sanó a la niña a distancia, por medio de su palabra. Esto sirvió para que la mujer mostrara nuevamente la calidad de su fe: con una plena confianza en la palabra del Señor, regresó a su casa. Y por supuesto, su fe no fue defraudada, sino que cuando llegó, comprobó que efectivamente una migaja de la mesa del Señor había sido suficiente provisión para su gran necesidad.

Así que, si una mujer pagana usó el poco conocimiento que tenía del Señor con tantos resultados, ¿cuánto más se requiere de nosotros que hemos recibido privilegios mucho mayores?

Conclusiones

Al terminar este estudio podemos reflexionar sobre cuáles son los requisitos para conseguir estas “migajas” del Señor.

- Una comprensión adecuada tanto del poder como del amor del Señor.
- Insistencia en la oración.
- Y sobre todo, una fe capaz de vencer todas las pruebas.

Por otro lado, este incidente nos trae a la memoria también a otra mujer necesitada que vivió en “*Sarepta de Sidón*” en los tiempos del profeta Elías. El relato lo podemos encontrar en **(1 R 17:8-16)** y nos recuerda cómo Elías fue enviado a aquella región después de anunciar una gran sequía sobre Israel como juicio de Dios por haber rechazado su palabra. En cambio, aquella mujer gentil confió en la palabra del profeta y no le faltó el pan durante todo el tiempo en que Israel pasaba hambre.

Preguntas

1. ¿Por qué fue Jesús a la región de Tiro y Sidón? Razone su respuesta.
2. ¿Por qué cree que Jesús intentaba pasar desapercibido en la región de Tiro y Sidón?
3. ¿En qué detalles se aprecia la fe de la mujer sirofenicia?
4. ¿Por qué le dijo Jesús a la mujer que dejara que los hijos se saciaran primero? Explique su respuesta.
5. Razone sobre cuáles son los requisitos para conseguir las “migajas” de la gracia del Señor.

Jesús sana a un sordomudo - Marcos 7:31-37

(Mr 7:31-37) “Volviendo a salir de la región de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea, pasando por la región de Decápolis. Y le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano encima. Y tomándole aparte de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto. Al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que no lo dijese a nadie; pero cuanto más les mandaba, tanto más y más lo divulgaban. Y en gran manera se maravillaban, diciendo: bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír, y a los mudos hablar.”

Introducción

Al igual que en el pasaje anterior, el Señor sigue estando en territorio gentil. Marcos menciona algunas de las ciudades y regiones que visitó, lo que le llevaría varias semanas o incluso meses, pero de todo lo que ocurrió en ese período, el evangelista sólo recoge la curación de un sordomudo.

“Tiro, Sidón, el mar de Galilea, la región de Decápolis”

Marcos nos explica con cierto detalle la ruta que siguió Jesús: salió de la región de Tiro, pasó por Sidón, a unos cuarenta y cinco kilómetros al norte, volvió luego hacia el sur, y pasando a lo largo de la costa oriental del mar de Galilea, llegó a la región de Decápolis.

Notemos que nos dice por dónde fue, pero no a dónde iba. De hecho, parece que iba dando rodeos. Todo esto nos hace pensar que no buscaba llegar a un lugar concreto, sino que su propósito era otro, seguramente tener un largo periodo de comunión con sus discípulos en el que pudiera dedicarse a instruirles acerca de su Persona y misión, antes de que se desencadenaran los acontecimientos finales que le llevarían a la cruz. Si este era el propósito del viaje, podemos decir que finalmente dio fruto, tal como veremos en el próximo capítulo, cuando Pedro hace el gran descubrimiento de que Jesús es el Mesías **(Mr 8:27-29)**.

“Y le trajeron un sordo y tartamudo”

Como en otros muchos casos, fueron los amigos o familiares del sordomudo quienes le llevaron hasta Jesús, dejándonos un perfecto ejemplo del interés y la preocupación que debemos mostrar por nuestros semejantes.

En cuanto al enfermo, el evangelista nos dice que era sordo y tartamudo. Normalmente los mudos no saben expresarse por no haber podido oír hablar a otros, y no porque tengan ningún defecto en los órganos del habla. Este era el caso de este hombre del que Marcos nos dice que tenía un habla defectuosa.

Podemos imaginarnos las dificultades que tendría para poder comunicarse con otros, los peligros a los que estaría expuesto al no poder escuchar, la desesperación que su estado le produciría cuando estuviera en medio de la gente y no supiera lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo interpretaría cualquier cosa que ocurriera a su alrededor? En muchos casos hemos podido comprobar cómo toda esta frustración que frecuentemente sienten los sordomudos, los lleva a la desconfianza y el apartamiento.

“Y le rogaron que le pusiera la mano encima”

Los amigos del sordomudo estaban convencidos de que Jesús podía y querría sanarle, pero llegaron demasiado lejos al decirle al Señor cómo debía hacerlo. Tal vez habían escuchado en alguna ocasión anterior que Jesús había realizado sanidades poniendo la mano encima de la persona, y creyeron que esta era la manera en la que debía hacerlo con su amigo. Pero es una equivocación limitar la forma que el Señor tiene de obrar con las personas. De hecho, Jesús no aceptó sus indicaciones, y trató con el sordomudo de una forma única.

No debemos olvidar que el Señor es soberano en sus métodos y que cada persona tiene unas necesidades diferentes. En ocasiones, al querer determinar al Señor en su forma de proceder con nosotros, podemos perder sus bendiciones. Recordemos como un ejemplo de esto a Naamán el sirio (**2 R 5:10-14**).

En realidad, nosotros mismos podemos decir también que el Señor trata con cada uno de nosotros de formas muy diversas, y siempre de una manera muy personal. Por lo tanto, nunca deberíamos decirle al Señor los métodos que él debe utilizar al contestar nuestras oraciones, estando seguros de que su propio método es siempre el mejor.

“Y tomándole aparte de la gente”

Jesús conocía muy bien tanto las necesidades físicas del sordomudo, como las emocionales. Sabía que este hombre no podía escuchar, ni tampoco hablar correctamente, y por lo tanto, se sentiría muy incómodo siendo el centro de atención en medio de una gran multitud. Así que Jesús decidió apartarse con él lo suficiente como para tratar el problema tranquilamente. En todo esto el Señor manifestó la sensibilidad que le caracterizaba, evitando que el enfermo se sintiera humillado o avergonzado.

Al mismo tiempo, al separarlo de las otras personas, Jesús estaba destacando que su sanidad y salvación era un asunto íntimo y personal.

“Metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua”

La forma en la que el Señor le sanó nos resulta un tanto extraña, pero esto es porque no logramos pensar ni sentir como el sordomudo. Al no poder expresarse correctamente, aquel hombre tuvo que usar gestos. Podemos imaginarnos sin dificultad que señalaría sus oídos para indicar a Jesús que no podía escuchar lo que le decía, luego señalaría su boca o lengua para darle a entender que tampoco podía hablar, y finalmente haría algún tipo de gemido para pedir la ayuda del Señor.

Si este fue el caso, Jesús lo que estaría haciendo sería responder a su petición por medio de gestos similares a los que él había hecho. Seguro que el sordomudo le estaba entendiendo. Era como el lenguaje de signos que usan los sordos en la actualidad.

“Y levantando los ojos al cielo, gimió”

Estos dos detalles también son muy significativos. Primeramente elevó su mirada al cielo, para indicar que la ayuda que el sordomudo necesitaba había de venir de Dios y que Jesús actuaba en unión con él. Y segundo, el Señor gimió, mostrando el profundo dolor

que su alma sentía por la carga tan terrible de sufrimientos que los hombres llevan sobre sí a causa del pecado.

La escena es realmente reconfortante, porque nos recuerda que tenemos un sumo sacerdote que se compadece por nosotros mientras intercede ante el trono del mismo Dios en el cielo.

(He 4:15-16) “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.”

“Y le dijo: Efata, es decir, Sé abierto”

Nuevamente el evangelista siente la necesidad de repetir la palabra exacta que el Señor usó, y de hacerlo en la misma lengua que él hablaba, el arameo **(Mr 5:41)**.

Como ya hemos señalado, los discípulos estaban apartados del Señor y el sordomudo, pero no lo suficiente como para dejar de ver lo que Jesús hacía y aun de alcanzar a escuchar esta palabra que produjo un efecto perdurable en sus mentes: “Efata”, “sé abierto”.

Así que, dado que el sordomudo todavía no podía oír, lo más probable es que esta palabra fuera dicha para beneficio de los discípulos, que como luego comentaremos, sí que estaban muy necesitados en aquellos días de que el Señor abriera sus oídos y sus mentes para poder llegar a entender lo que quería enseñarles.

“Y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien”

Como en el resto de los casos, el poder del Señor se hizo efectivo al instante, devolviendo el oído al sordo, y lo que aun era más milagroso si cabe, dándole la capacidad de hablar sin haber oído normalmente en el curso de su vida.

“Y les mandó que no lo dijesen a nadie”

Ya hemos comentado en varias ocasiones que Jesús nunca quiso llamar la atención sobre sí mismo con sus grandes milagros de sanidad. Estos debían servir como credenciales de que él era realmente el Mesías anunciado por los profetas **(Is 35:5-6)**, y expresar también la compasión y el amor de Dios para con la humanidad perdida.

Por esta razón, Jesús hizo constantes esfuerzos para evitar que se le conociera como un “obrador de milagros”. Su misión y ministerio iba mucho más allá de hacer milagros. Él buscaba la fe de las personas en su Persona y Palabra.

Por otro lado, cada vez que se desataba su popularidad entre las multitudes, ésta se volvía incontrollable y amenazante, porque como ya hemos visto, la euforia de las masas no obraba de acuerdo a los planes de Dios en cuanto al establecimiento de su Reino y la necesidad de la Cruz.

Esta fue la razón por la que Jesús mandó a la gente que no hablasen del milagro a nadie. Pero la naturaleza humana es muy peculiar; el mandato de no difundir lo ocurrido, provocó a la gente a hacer exactamente lo opuesto. Curiosamente, las prohibiciones suelen afectar a la gente de esta manera. Y aunque podemos entender que debió ser muy difícil callar algo tan grande y hermoso, la desobediencia nunca se puede justificar.

Nosotros, en contraste, a pesar de haber sido mandados por el Señor a predicar el evangelio por todo el mundo, y a contar lo que él ha hecho en nuestras vidas, muchas veces callamos cuando deberíamos hablar.

“Se maravillaban, diciendo: bien lo ha hecho todo”

Este mismo había sido el veredicto de Dios cuando completó su propia creación en el principio: **(Gn 1:31)** “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera”. Pero el pecado humano lo había echado todo a perder, y ahora Jesús estaba devolviéndole la belleza de Dios al mundo afeado por el pecado humano.

Con esta y otras muchas curaciones, Jesús demostró cómo va a ser el futuro reino del que él es el Mesías. Aunque no lograremos entender plenamente toda la belleza de este Reino hasta el día de la resurrección final, cuando nuestras vidas sean completamente transformadas, libres de todos los efectos del pecado y de la caída, y recreados completamente a la imagen del Hijo.

Entonces entenderemos que todo lo que el Señor ha permitido que pasemos en esta vida ha tenido un propósito, y nosotros también clamaremos *“bien lo ha hecho todo”*. Entonces nos avergonzaremos de aquellas veces que hayamos dudado de él por algunas de las cosas que él permitió en nuestras vidas.

Reflexiones finales

Aunque el milagro fue llevado a cabo en la esfera física, sin embargo, ilustra también los efectos del pecado en el hombre en la esfera espiritual. No olvidemos que a causa de su incredulidad, los hombres no logran escuchar la voz de Dios, y “hablan mal” cuando intentan expresarse acerca de estas cosas. Sin embargo, cuando Dios obra por su Espíritu abriendo las mentes de los hombres, y estos responden adecuadamente a su Palabra, inmediatamente quedan desatadas también las ligaduras de sus lenguas y su lenguaje cambia radicalmente, comenzando a hablar bien del Señor y anunciando la verdad de Dios.

Pero de forma particular, el incidente sirvió para reflejar la experiencia de los discípulos en ese periodo. Como hemos comentado en pasajes anteriores, a ellos también les costaba entender lo que Jesús hacía **(Mr 6:52)**, ellos también sufrían de “sordera espiritual”. Por esto, fue necesario que Jesús los llevara aparte de las multitudes, como en el caso del sordomudo, y tratara personalmente con ellos para que sus mentes y corazones fueran “abriéndose” al conocimiento de Jesús.

Preguntas

- 1.** ¿Cuál cree que fue la razón por la que Jesús hizo este viaje por tierras gentiles? Justifique su respuesta.
- 2.** Comente qué le parece la actitud de los amigos del sordomudo.
- 3.** Explique porque cree que Jesús sanó al sordomudo apartándole de la gente y luego tocando sus oídos y lengua.
- 4.** ¿Por qué cree que Jesús les mandó que no dijeren nada a nadie en cuanto a este milagro?
- 5.** ¿Cuál cree que es el significado "espiritual" de este milagro? Explique su respuesta.

Alimentación de los cuatro mil - Marcos 8:1-13

(Mr 8:1-13) “En aquellos días, como había una gran multitud, y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos, y les dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos. Sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el desierto? El les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. Entonces mandó a la multitud que se recostase en tierra; y tomando los siete panes, habiendo dado gracias, los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y los pusieron delante de la multitud. Tenían también unos pocos pececillos; y los bendijo, y mandó que también los pusiesen delante. Y comieron, y se saciaron; y recogieron de los pedazos que habían sobrado, siete canastas. Eran los que comieron, como cuatro mil; y los despidió. Y luego entrando en la barca con sus discípulos, vino a la región de Dalmanuta. Vinieron entonces los fariseos y comenzaron a discutir con él, pidiéndole señal del cielo, para tentarle. Y gimiendo en su espíritu, dijo: ¿Por qué pide señal esta generación? De cierto os digo que no se dará señal a esta generación. Y dejándolos, volvió a entrar en la barca, y se fue a la otra ribera.”

Introducción

Este milagro es muy parecido al descrito en **(Mr 6:32-45)**. Por esta razón, algunos críticos han pretendido probar que se trata de un solo milagro, que se repite por descuido. Pero el mismo Señor se refirió a ambos como dos ocasiones distintas:

(Mr 8:19-20) “Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Doce. Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Siete.”

Por lo tanto, al comenzar este estudio debemos evitar tratar este incidente como una insignificante repetición. Siempre que nos acerquemos al estudio de la Biblia lo hemos de hacer con la convicción de que cada palabra ha sido inspirada divinamente y tiene algo importante que enseñarnos.

Por otro lado, un estudio atento de ambos incidentes nos mostrará numerosas diferencias entre ellos:

- El primer milagro fue obrado inmediatamente después de la misión de los Doce, mientras que éste tuvo lugar durante la gira del Señor con sus discípulos por la región de Decápolis.
- En la primera ocasión la multitud había estado con Jesús un día, mientras que en la segunda habían pasado tres días.
- Las personas que comieron también fueron diferentes; en uno cinco mil y en el otro cuatro mil.
- La provisión que tenían a mano, en la primera ocasión consistía de cinco panes y dos peces, mientras que aquí había siete panes y unos pocos pececillos.
- La cantidad que sobró también fue distinta: en uno recogieron doce cestas de mimbre, y en el otro siete grandes espuelas de cuerda.

- Después del primer milagro, el Señor mandó a los discípulos que subieran en la barca y emprendieran el viaje de regreso solos, mientras que aquí el Señor va con ellos a Dalmanuta.

Pero aunque las diferencias son numerosas, lo cierto es que ambos milagros consistieron básicamente en lo mismo: multiplicar panes y peces para dar de comer a una gran multitud. La pregunta que nos surge entonces es ¿por qué razón el evangelista recoge dos milagros tan parecidos? Las razones pueden ser varias. Veamos algunas de ellas:

- Era una nueva evidencia para aquellos críticos que se empeñaban en cerrar sus ojos y no querían reconocer a Jesús como el Mesías de Dios.
- Nos muestra que la provisión de Cristo es inagotable y siempre es suficiente para cubrir cualquier necesidad.
- Notemos también que la primera multiplicación tuvo lugar entre judíos, mientras que la segunda fue en la región de Decápolis, donde la población era mayoritariamente gentil. De este hecho podemos aprender que Cristo vino a satisfacer el “hambre” tanto de los judíos como de los gentiles.
- Y dada la reiterada falta de comprensión y la poca fe de los discípulos, la repetición del milagro era lógica.

“En aquellos días, como había una gran multitud”

Aunque esta expresión “*en aquellos días*” es un tanto imprecisa, sin embargo sirve para situarnos en el mismo ambiente de los últimos incidentes que ha narrado el evangelista, lo que nos coloca en territorio gentil dentro de la región de Decápolis (**Mr 7:31**). Y nos da a entender que a pesar de los esfuerzos del Señor para que la gente no divulgara sus milagros (**Mr 7:36**), su fama había crecido también en estas partes de mayoría gentil. Este hecho se ve confirmado aun más porque como Jesús señaló, “*algunos habían venido de lejos*” (**Mr 8:3**).

Tal era la admiración que sentían por Jesús, que las multitudes le seguían sin tomar en consideración que la comida se les había terminado y que se encontraban en un lugar desierto. ¡Tan magnética era su presencia, tan maravillosas sus palabras y obras, que los que le acompañaban sentían que era casi imposible dejarle!

“Tengo compasión de la gente”

Jesús se percató de la necesidad de la gente y llamó a sus discípulos. Con esto quería enseñarles que el verdadero siervo de Dios debe ser capaz de ver las necesidades de las personas y preocuparse por ellas con un corazón tierno.

Pero al mismo tiempo, estaba dándoles a los discípulos una segunda oportunidad. No olvidemos que la situación era similar a la que habían vivido poco tiempo antes, pero allí no habían sido capaces de estar a la altura de lo que Jesús esperaba de ellos. El Señor vuelve a repetir la lección para ellos. La verdad es que esto es exactamente lo que el Señor hace muchas veces con nosotros también; hay ciertas cuestiones básicas que debemos aprender antes de continuar con otras nuevas, y el Señor mismo se encarga de volvernos a llevar a situaciones similares donde tenemos que volver a enfrentar nuestros fracasos, pero dándonos nuevas oportunidades.

Una de estas cosas que los discípulos no lograron entender adecuadamente la primera vez, era la responsabilidad que ellos mismos tenían frente a la multitud, y el corazón compasivo que les hacía falta para atenderles.

“¿De dónde podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el desierto?”

Nos extraña oír a los discípulos preguntar esto cuando algún tiempo antes habían sido testigos oculares del poder del Señor para satisfacer la necesidad de una gran multitud en circunstancias casi idénticas. Era más que razonable que ellos mismos se sintieran impotentes para alimentar a cuatro mil personas en un desierto, pero por la fe deberían haber puesto su confianza en el poder infinito de Jesús.

Algunas veces estos discípulos nos parecen los más torpes e incrédulos de toda la tierra, pero no es así, sino que desgraciadamente representan la tendencia de los creyentes en todo tiempo de olvidarse de las grandes muestras del poder de Dios a su favor, cuando nuevamente se les presentan problemas que, aparentemente, no tienen solución.

“¿Cuántos panes tenéis?”

Sin duda, la insinuación que Jesús les hizo para que ellos les dieran de comer, era un gran desafío para su fe. Por un lado, les estaba diciendo que no debían pasarle a otro la responsabilidad de ayudar. Y por otro, que no debían esperar a tener todo lo necesario para comenzar a ayudar, sino que debían empezar por entregar lo que tuvieran y verían lo que el Señor podía hacer con ello. En muchas ocasiones nosotros también nos comportamos de la misma manera; esperamos a que todas las circunstancias sean las ideales antes de pensar en ayudar.

Debemos notar también que aunque el Señor podía dar de comer a las multitudes por sí mismo, no obstante buscó la colaboración de los suyos. Aprendemos de esto que cuando queramos que Dios actúe, no debemos esperar que él lo haga todo, porque él quiere que nosotros participemos en la obra que él realiza, y tal vez debamos ser los que demos el primer paso. Por supuesto, nosotros sólo podemos “traer el pan”, y tiene que ser él quien lo multiplique. Nosotros podemos llenar las tinajas de agua, pero él es quien debe convertirlo en vino (**Jn 2:7-9**).

Algunos preguntan: ¿qué puedo hacer yo si estoy en una iglesia apática donde nadie tiene interés por la vida espiritual? La respuesta es: comienza por vivirla tú mismo.

“Y comieron, y se saciaron”

En las manos omnipotentes de Jesús, siete panes y unos pocos peces resultaron suficientes para satisfacer a cuatro mil hombres. Y algo similar ocurrirá si colocamos nuestras vidas en sus manos.

Pero no debemos perder de vista un detalle importante de este nuevo milagro. Como ya hemos dicho, Jesús estaba en territorio gentil, y acababa de saciar de pan a una enorme multitud de ellos. Esto implicaba que las “migajas” que caían de la mesa de los judíos para los gentiles (**Mr 7:27-28**), serían una porción tan generosa como la que ellos disfrutaban.

“Vinieron entonces los fariseos y comenzaron a discutir con él”

Después del milagro, Jesús se fue con sus discípulos a la región de Dalmanuta. Se desconoce la ubicación exacta de este lugar. Pero rápidamente hicieron su aparición los fariseos, que una y otra vez buscaban a Jesús con la finalidad de condenarlo ante el pueblo y de acabar con su creciente popularidad.

Marcos nos dice que comenzaron a discutir con él y buscaban la forma de tentarle. No deja de extrañarnos su actitud. ¿Qué había que discutir después de otra manifestación tan clara del poder y la misericordia de Jesús? ¿No deberían más bien haberse rendido a sus pies en adoración?

“Pidiéndole señal del cielo”

Estos judíos rebeldes no estaban dispuestos a reconocer a Jesús, ni aun después de que hubiera realizado una señal tan claramente mesiánica. Pero claro está, tenían un grave problema, porque tampoco podían negar las grandes obras que él hacía, así que, lo único que su impío corazón ideó fue exigirle una señal “a medida”. Tal vez alguna señal espectacular como las que hizo Moisés ante Faraón, o como el gran trueno del cielo que vino como respuesta a la oración de Samuel y que dio al pueblo de Israel la victoria sobre los filisteos, o como el fuego que Dios envió del cielo y que consumió el sacrificio del profeta Elías.

Para ellos la alimentación de los cinco mil no era un milagro lo suficientemente grande y claro. Tampoco lo eran todos los enfermos que había sanado, o los demonios que expulsaba, o los muertos que resucitaba. En estas circunstancias, esta perversa petición, manifestaba la ceguera voluntaria y obstinada de estos líderes de Israel. Con ellos se cumplía perfectamente el dicho popular: “no hay peor ciego que el que no quiere ver”.

Su problema, como el de muchos hoy en día, no era la falta de evidencia, sino la falta de fe. Por muchas más señales que Jesús hiciera, estos hombres no iban a creer, porque sencillamente, no querían creer. Eran como Faraón, que ante cada nueva señal que Dios hacía por medio de Moisés, su corazón se endurecía cada vez más.

Finalmente el Señor dijo que eran unos hipócritas, porque sabían discernir el aspecto del cielo, pero no las señales del tiempo. Eran una *“generación mala y adúltera”* (Mt 16:3-4).

“Y gimiendo en su espíritu”

En vista de la gravedad de esta situación, el espíritu humano del Señor se conmovió en lo más hondo. Sin duda, se lamentaba de la ruina que estos hombres estaban acarreado a sus propias almas. Porque aunque eran enemigos declarados de Jesús, él no podía contemplar sin dolor cómo se endurecían en su incredulidad.

Esta también es una lección importante para todos nosotros, que pocas veces nos dolemos por los pecados de otros y sus consecuencias. Veamos cómo expresaban este dolor algunos de los creyentes en la Biblia:

- David decía: **(Sal 119:136)** *“Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley”*.
- El resto fiel en los días de Ezequiel: **(Ez 9:4)** *“...gimen y claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella”*.

- El mismo Lot: **(2 P 2:8)** *“este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos”*.
- Y el apóstol Pablo llegó a decir: **(Ro 9:2-3)** *“...que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne”*.

“No se dará señal a esta generación”

Después de haber gemido, Jesús declaró de forma muy solemne que no se les daría la señal que ellos pedían. Hasta ese momento, ellos habían interpretado las señales de Jesús como obra de Satanás **(Mr 3:22)**, y no había ninguna garantía de que hiciera lo que hiciera, ellos lo fueran a ver de otra manera.

Aunque Marcos dice que no se les daría la señal que le pedían, en el pasaje paralelo de Mateo, vemos que Jesús añadió: *“pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás”* **(Mt 16:4)**. Esta señal apuntaba, tal como explicó el mismo Señor, a su muerte y resurrección **(Mt 12:39-40)**.

Cuando años más tarde el apóstol Pablo predicaba a los judíos, ellos seguían pidiendo señales para creer **(1 Co 1:22-23)**, pero nuevamente, la única señal que él presentaba era la cruz y resurrección de Cristo.

Pero el tiempo de la gracia se terminará un día para los incrédulos, y entonces sí que verán la señal del cielo que ellos pedían, pero ya será demasiado tarde. Como Jesús le dijo al sumo sacerdote cuando era interrogado por él: *“Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo...”* **(Mt 26:63-64)**.

La Biblia nos enseña que habrá una señal extraordinaria en los cielos: el regreso de Jesús a la tierra, en gloria y majestad. Pero para los que no hayan creído cuando esto acontezca, en ese momento se sellará su condenación eterna.

“Y dejándolos, se fue”

¡Qué frase más solemne! Habían rechazado su última oportunidad de ser salvos y el Señor les volvió la espalda para marcharse de en medio de ellos. Esta es una verdad que hay que recordar: hay límites a las oportunidades que se presentan a los hombres para aceptar la gracia divina. Dios dijo antes del diluvio: *“No contendrá mi Espíritu con el hombre para siempre”* **(Gn 6:3)**. El pueblo de Israel en su viaje por el desierto pudo ver todas las obras de Dios, pero sin embargo, provocaron a Dios y le tentaron **(Sal 95:8-11)**. Esa fue la razón por la que toda aquella generación incrédula quedó tendida en las arenas del desierto.

Por eso la Biblia nos exhorta continuamente: *“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”* **(He 4:7)**.

Preguntas

1. ¿Cuáles son las razones por las que cree que el Señor hizo dos milagros tan parecidos? Explique su respuesta.
2. ¿Qué cosas piensa que los discípulos no habían entendido en el primer milagro de la multiplicación de los panes? Razone su respuesta.
3. ¿Por qué preguntó Jesús a sus discípulos cuántos panes tenían?
4. ¿Le parece razonable la actitud de los judíos que vinieron para discutir con Jesús? Explique la gravedad de tal actitud.
5. Aunque Jesús se negó a darles una señal “a medida” tal como ellos pedían, sin embargo, hemos considerado en la lección que todavía les daría dos señales más.

La levadura de los fariseos - Marcos 8:14-21

(Mr 8:14-21) “Habían olvidado de traer pan, y no tenían sino un pan consigo en la barca. Y él les mandó, diciendo: Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de Herodes. Y discutían entre sí, diciendo: Es porque no trajimos pan. Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Qué discutís, porque no tenéis pan? ¿No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Y no recordáis? Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Doce. Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Siete. Y les dijo: ¿Cómo aún no entendéis?”

“Habían olvidado de traer pan”

El Señor estaba cruzando en barca desde Dalmanuta a la otra ribera. En la travesía, los discípulos estaban preocupados porque se habían olvidado de hacer provisión para el viaje y no tenían nada más que un pan para todos. El evangelista recoge este sencillo detalle con la finalidad de ayudarnos a entender la forma en la que los discípulos interpretaron la exhortación que Jesús les hizo acerca de la levadura de los fariseos y de Herodes.

Y al mismo tiempo, sirve para mostrarnos el “bloqueo” espiritual que los discípulos tenían en aquellos días. ¿Cómo podía ser posible que estuvieran preocupados por el pan después de que habían visto a Jesús multiplicar unos pocos panes para dar de comer a miles de personas?

“La levadura”

En el viaje, el Señor les hizo una solemne advertencia acerca de la levadura de los fariseos y de Herodes, que ellos interpretaron como una especie de reprensión por el hecho de que se habían olvidado de comprar pan.

Es evidente que ellos dieron un significado literal al uso que Jesús hacía de la levadura, y que todos sus pensamientos se reducían al pan material. Pero Jesús no estaba hablando ni de pan, ni de levadura literales, sino que una vez más usaba cuestiones de la vida cotidiana con el fin de ilustrar verdades espirituales de su Reino.

Para entender el uso espiritual que Jesús hacía de la levadura, primero debemos ver cuál era la forma en la que se empleaba normalmente.

La levadura es un hongo microscópico que tiene una importante capacidad para realizar la descomposición mediante fermentación de diversos cuerpos orgánicos, produciendo distintas sustancias. Por ejemplo, el uso de la levadura en el pan, hace que éste aumente considerablemente su tamaño. Para ello, sólo es necesario guardar un poco de masa fermentada del día anterior y agregarla a la nueva.

Pero como hemos dicho, el Señor se estaba refiriendo a la levadura desde una perspectiva espiritual. En este sentido, él la veía como símbolo de algo negativo, y podemos considerar algunas de las razones para establecer este paralelismo:

- La levadura se extiende por toda la masa y cambia su naturaleza, operando exactamente igual que el pecado en el hombre.

- Tanto la levadura como el pecado son fuerzas muy poderosas.
- Ambas tienen una gran tendencia a incrementar gradualmente su esfera de influencia.
- Y las dos actúan de forma invisible.

Los discípulos, como buenos judíos, deberían haber estado familiarizados con este simbolismo negativo de la levadura, ya que su uso estaba prohibido en todos los sacrificios (**Lv 2:11**), y en especial en la pascua (**Ex 12:18-20**).

En el caso concreto que estudiamos, el Señor se refirió a la levadura como las ideas o tendencias que pueden cambiar las formas de pensar y de actuar, apartándonos de la fe sincera y pura en Cristo.

El apóstol Pablo hizo una exhortación similar a los Gálatas: (**Ga 5:7-9**) *“Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad? Esta persuasión no procede de aquel que os llama. Un poco de levadura leuda toda la masa”*.

La levadura de los fariseos

El Señor comenzó advirtiendo a sus discípulos acerca de la levadura de los fariseos. Quizás la exhortación se debió a la preocupación del Señor porque su discusión con los fariseos antes de entrar en la barca hubiera podido influir negativamente en los discípulos.

Pero ahora bien, ¿en qué consistía la levadura de los fariseos?

En otra ocasión, Jesús explicó que la levadura de los fariseos era la hipocresía (**Lc 12:1**). Y con frecuencia les acusó de ser unos hipócritas (**Mt 23:1-36**). El último encuentro entre Jesús y los fariseos había vuelto a poner en evidencia que esto era realmente cierto. Ellos se habían acercado a Jesús aparentando un honesto y sincero deseo de creer en él, y argumentando que sólo necesitaban alguna evidencia “convinciente” para dar ese paso. Pero la verdad es que odiaban a Jesús, habían decidido destruirle, y lo único que buscaban era la forma de tentarle. ¡Eran unos hipócritas consumados!

Toda su vida consistía en aparentar lo que realmente no eran. Les gustaba que todo el mundo pensara de ellos que eran muy santos, y para conseguirlo hacían grandes exhibiciones de religiosidad externa. Jesús les denunció enérgicamente. Les dijo que ofrendaban con el propósito de ser vistos y admirados (**Mt 6:1-2**); oraban buscando los sitios más concurridos con el fin de impresionar a los demás con su devoción (**Mt 6:5**); ayunaban haciendo todo lo posible para que los demás notaran el gran sacrificio que hacían (**Mt 6:16**). El Señor les acusó de que usaban todas estas formas de religiosidad externa para intentar esconder un corazón impío.

Además, aparentaban obedecer a la Palabra de Dios, cuando en realidad la habían sustituido por mandamientos humanos que ellos mismos habían ideado para proteger sus propios intereses (**Mr 7:6-13**). Habían convertido sus tradiciones humanas en ley divina, y obligaban a los demás a su cumplimiento riguroso como prueba de santidad y ortodoxia. ¿Cómo podían afirmar que eran fieles observadores de la ley de Dios cuando habían creado tradiciones que la invalidaban? ¿Cómo podían enseñar, y hasta obligar a su cumplimiento, diciendo que ésta era la forma correcta de honrar a Dios? Por supuesto, Jesús les reprendió duramente por todo ello.

Jesús comparó la conducta de los fariseos a la de los actores: eran hombres que interpretaban un papel. Pero el problema más grave radicaba en el hecho de que con su actuación, habían conseguido impresionar de tal manera a la sociedad de su tiempo, que

los consideraba como un ejemplo de fidelidad y santidad a seguir por todos aquellos que desearan agradar a Dios.

Jesús manifestó su preocupación porque la actitud de estos hombres tenía un efecto contaminante semejante al de la levadura. Y lo triste era que con esta forma de entender la vida espiritual, ni ellos, ni los que les seguían, nunca llegarían a estar en una relación correcta con Dios: **(Mt 23:13,15)** *“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando... ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros.”*

La levadura de Herodes

Marcos ya nos ha presentado a Herodes en su evangelio **(Mr 6:14-29)**. En aquella ocasión tuvimos la posibilidad de considerar que era un hombre mundano y malvado en alto grado, que no dudó en encarcelar y matar a Juan el Bautista porque le predicaba la Palabra. Pero eso no quería decir que no fuera religioso. De hecho, la dinastía de Herodes había construido el templo de Jerusalén, y siempre que la oportunidad lo aconsejaba, mostraba un gran respeto por la religión de Israel. Aunque al mismo tiempo, su política estaba dirigida a “helenizar” a la nación.

A la vista de todo esto, ¿cómo podríamos definir la “levadura de Herodes”?

Esta levadura consistía en la mundanalidad escondida bajo la capa de una religiosidad oportunista y superficial.

¿Qué relación había entre la levadura de los fariseos y la de Herodes?

En principio, pudiera parecer que no había ninguna relación entre ellos, ya que los fariseos eran un grupo religioso, mientras que Herodes era un político; los fariseos practicaban su religión de una forma muy estricta, mientras que Herodes vivía desenfrenadamente en un ambiente mundano.

Y si bien es cierto que aparentemente ambos eran muy diferentes entre sí, sin embargo, tenían en común el hecho de que los dos usaban la religión para sus propios fines y no para servir ni honrar a Dios. Además, aunque los fariseos usaban el púlpito para transmitir su modelo religioso, y Herodes lo hacía por medio del ejemplo, en ambos casos, su influencia era muy poderosa entre la población, habiendo llegado a formar dos importantes colectivos dentro de la vida nacional.

“Mirad, guardaos”

En vista de todo esto, no nos debe extrañar la exhortación que el Señor dirigió a sus discípulos. No debemos perder nunca de vista que en la vida cristiana hay peligros, y el Señor estaba intentando ponernos en alerta sobre algunos de ellos.

¿Por qué les hizo Jesús esta exhortación en este momento? Tal vez porque estaba viendo que sus discípulos estaban siendo “contagiados” por la actitud de los fariseos que esperaban ver alguna señal para creer en él **(Mr 8:11)**. Pero mucho más probablemente, porque la actitud de incredulidad y endurecimiento de los discípulos, los hacía propensos a aceptar este tipo de malas influencias.

Pero esta exhortación a mantenerse en guardia no era sólo para aquellos discípulos, sino también para todos nosotros. Debemos estar siempre alertas contra la falsedad y la hipocresía en la vida cristiana, con el contentarnos con vivir de las apariencias, satisfechos con cumplir con ciertas normas religiosas externas, y desatendiendo la vida interior en el Espíritu. Debemos cuidarnos de vivir mundanamente, pensando que porque tengamos una religión, por eso Dios ya tiene que estar satisfecho con nosotros. Debemos ser honestos y no utilizar la religión para nuestro beneficio personal. ¡Cuántas veces los candidatos a presidentes en algunos países, se acercan a las iglesias en épocas de elecciones en busca de votos! ¡Cuántas veces a lo largo de la historia la religión se ha unido a la política para acrecentar su poder y dominio sobre las personas!

Sin lugar a dudas, la levadura de los fariseos y de Herodes, han hecho mucho más daño a la iglesia, que todas las persecuciones que ésta ha sufrido a lo largo de toda su historia. Por lo tanto, es importante que prestemos mucha atención a estas palabras del Señor.

“Y discutían entre sí, diciendo: Es porque no trajimos pan”

Aunque Jesús les estaba advirtiendo acerca de peligros espirituales, ellos sólo pensaban en el pan. Parece como si estuvieran hablando lenguajes completamente diferentes. Tan obsesionados estaban los discípulos con lo material, que no eran capaces de entender el mensaje de Jesús.

¿Cuál era la raíz de esta incompreensión? Su dificultad principal no radicaban en un problema de comprensión. ¿Cómo podían pensar que el hecho de llevar un solo pan en la barca pudiera ser un problema para Jesús, si ellos mismos habían sido testigos de dos multiplicaciones milagrosas? Su verdadero problema era espiritual, y consistía en la falta de fe (**Mr 6:52**). Y esto venía relacionado a su vez con el hecho de que todavía no habían entendido quién era Jesús. Si ellos se hubieran dado cuenta de que el mismo Creador y Sustentador del universo estaba con ellos en la barca, no habrían estado preocupados por el pan.

“Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿No entendéis ni comprendéis...?”

Si como hemos dicho, el problema de los discípulos era la falta de fe, ¿cómo iba Jesús a ayudarles a vencer los obstáculos para que finalmente creyeran?

El Señor les va a hacer una serie de preguntas en las que apelará una y otra vez a su capacidad de razonar. Lo que el Señor les quería mostrar es que la fe es la respuesta lógica a las evidencias que él les había mostrado. Esto puede resultar extraño para muchos que piensan que fe y razón son dos caminos que conducen a sitios diferentes y alejados entre sí. Pero lo cierto es que nadie puede tener fe si no piensa, por eso el Señor dijo que había que amar a Dios *“con toda la mente”* (**Mr 12:30**). Por lo tanto, el Señor les va a llevar a recordar todo lo que habían visto de él, tanto sus palabras como sus hechos. Tenían que hacer un esfuerzo y razonar con lógica, sopesando toda esa información para así poder llegar a una conclusión correcta de quién era Jesús.

Pero llegar a saber quién es realmente Jesús, no es suficiente. Es necesario dar una respuesta adecuada a esta revelación de Dios. Y este era el segundo problema que los discípulos tenían: Jesús lo llamó *“endurecimiento de corazón”*. Ellos no estaban respondiendo adecuadamente a la revelación que habían recibido de Dios. No estaban abriendo su corazón para que estas grandes verdades entraran en él.

El Señor intentó despertarles de este letargo espiritual: “¿*Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís?*”. En realidad los discípulos no eran como los fariseos, ellos sí que tenían oídos para oír (**Mr 4:24**), pero no los estaban usando adecuadamente. Así que la sensación que producían es que estaban sordos y ciegos. Eran como el sordo que Jesús curó (**Mr 7:31-37**), y el ciego que estaba a punto de sanar (**Mr 8:22-26**). Milagros los dos que reflejaban de alguna manera el estado espiritual de los discípulos y cómo el Señor iba obrando en ellos.

Preguntas

1. Explique porqué el Señor usaba la levadura como un símbolo del pecado.
2. ¿En qué consistía la levadura de los fariseos? Explíquelo detalladamente.
3. ¿En qué consistía la levadura de Herodes? Explíquelo detalladamente.
4. ¿En qué sentido los creyentes en la actualidad debemos tener cuidado con la levadura de los fariseos y de Herodes?
5. ¿Cómo intentó el Señor ayudar a los discípulos a vencer los obstáculos que les impedían creer?

Un ciego sanado en Betsaida - Marcos 8:22-26

(Mr 8:22-26) “Vino luego a Betsaida; y le trajeron un ciego, y le rogaron que le tocara. Entonces, tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo. Él, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirase; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos. Y lo envió a su casa, diciendo: No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea.”

Introducción

Este milagro se parece al de la curación del sordomudo de Decápolis (**Mr 7:31-37**):

- Podemos observar que en ambos casos el Señor rechazó las indicaciones que hicieron los amigos en cuanto al medio a usar para llevar a cabo la sanidad.
- El Señor usó su saliva en el proceso de sanar a cada uno de ellos.
- Además, los dos enfermos fueron sacados de la aldea.
- Y son dos milagros que sólo Marcos recoge.

Es curioso que estas dos sanidades, la primera de un sordomudo y la segunda de un ciego, están situadas en un contexto en el que constantemente vemos las dificultades de la gente, y aun de los mismos discípulos, para distinguir quién era Jesús. En el pasaje anterior, Jesús les llegó a decir a sus discípulos: (**Mr 8:18**) “¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís?”. Y en el pasaje siguiente (**Mr 8:27-28**), el Señor pregunta a sus discípulos sobre la opinión que la gente tenía de él, y se puede apreciar que aunque lo consideraban un gran hombre de Dios, sin embargo, ninguno había llegado a una comprensión completa de quién era realmente Jesús.

Por lo tanto, es muy probable que Marcos recogiera estos dos milagros por indicación de Pedro, debido a que de alguna forma reflejaban el estado espiritual de los discípulos en aquellos días, y cómo el Señor estaba obrando también en ellos para abrir sus oídos y sus ojos para llegar a una comprensión plena de quién era Cristo, algo que finalmente ocurrió (**Mr 8:29**).

“Vino luego a Betsaida y le trajeron un ciego”

Jesús estaba nuevamente en Galilea, concretamente en Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro (**Jn 1:44**). Quizá esta fue la razón por la que Cristo hizo allí muchos milagros. Sin embargo, permaneció en su incredulidad, razón por la que el Señor anunció un juicio especialmente severo sobre ella (**Mt 11:21-24**).

Fue allí donde unos hombres le trajeron a un ciego para que lo sanara. Como en otras ocasiones, podemos decir que estos amigos sirven de ejemplo de la forma en la que nosotros mismos tenemos que llevar a otras personas a Cristo para que puedan ser salvos.

Pero en cualquier caso, el interés de los amigos, contrasta con la pasividad del ciego, que debía haber sido el mayor interesado. Por supuesto, no se parecía en nada a Bartimeo, aquel ciego de Jericó, que desde el momento en que supo que Jesús llegaba a la ciudad, no dejó de seguirle dando voces y pidiendo que le sanara (**Mr 10:46-48**). ¿Por qué ese

ciego se había vuelto tan pasivo? ¿Reflejaba de alguna manera a los mismos discípulos que se dejaban llevar por el Señor, pero sin tomar iniciativas? Tal vez algo de todo esto había.

“Entonces, tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea”

La razón por la que Jesús no quiso hacer el milagro dentro de Betsaida no lo sabemos. Tal vez tenía que ver con el rechazo de la ciudad y era una parte del juicio de Dios sobre ella. Aunque más probablemente, su propósito era evitar dar más publicidad a sus milagros, como veremos al final de nuestro pasaje (**Mr 8:26**).

En cualquier caso, el hecho de que Jesús sacara fuera de la ciudad al ciego, nos presenta un cuadro realmente hermoso. Podemos imaginarnos a Jesús guiando al ciego por un buen rato, hasta estar fuera de la ciudad. No es que el ciego no tuviera quién lo guiara, allí estaban sus amigos, pero el Señor quiso hacerlo él mismo. Esto formaba parte también del proceso de sanidad que el ciego necesitaba. El contacto con Jesús, el sentir su dirección, el ver que le dedicaba su tiempo, tal vez alguna conversación en el camino, pero sobre todo, estar a solas con él fuera de la multitud de curiosos, servía para establecer una relación personal de confianza, necesaria para este hombre, que como hemos visto, parecía muy pasivo al principio.

“Y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima”

El Señor sanó a muchos ciegos, pero en esta ocasión, la forma en que se llevó a cabo la sanidad, es completamente diferente a todas las demás.

Esto nos recuerda que el Señor no se limita a usar siempre los mismos medios. Cada persona es diferente, y por eso el Señor trata cada caso de forma individual y personal.

De la misma manera, a cada uno de nosotros Dios nos busca y nos llama a la conversión de una forma distinta, atendiendo siempre a nuestras circunstancias y necesidades concretas.

En el caso del ciego, Jesús usó métodos que él pudiera entender, y sobre todo sentir. El hecho de que Jesús le guiara de la mano hasta fuera de la ciudad fue el comienzo, pero luego continuó poniendo saliva en sus ojos, y colocando sus manos sobre él. En todo esto, apreciamos el acercamiento e intimidad con la que Jesús le estaba tratando. Sin duda, quería que le entendiera, pero aún más, que confiara en él.

En cualquier caso, nos sorprende la grandeza del Señor, que estaba dispuesto a usar métodos tan “rudimentarios” con el fin de hacerse entender por una mente sencilla.

“Y le preguntó si veía algo. El, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles”

Podemos deducir de estos detalles que el hombre no había sido ciego desde su nacimiento, porque sabía cuál era la forma de los hombres y de los árboles.

Pero este no es el detalle más importante, sino el hecho de que por primera vez Jesús hacía un milagro de forma gradual. En todas las demás ocasiones las sanidades se producían de forma instantánea, pero con este ciego fue necesario que el Señor pusiera en dos ocasiones sus manos sobre él. ¿Por qué realizó este milagro en dos etapas?

Por supuesto, no era por una falta de poder por parte de Jesús. Tal vez el Señor estaba acomodando la velocidad a la que actuaba su poder, a la lentitud de la fe de este hombre.

En cualquier caso, como ya hemos comentado anteriormente, aquel ciego no era el único que tenía dificultades para ver en Betsaida; los discípulos tenían el mismo problema. Y probablemente, el evangelista nos quiere ilustrar con este milagro progresivo, cómo el Señor estaba obrando también en los discípulos para disipar de ellos las tinieblas, y que así pudieran ver con claridad quién era realmente Jesús.

Y algo similar ocurre también con todos los hombres. Nadie llega a comprender toda la verdad de golpe. Es cierto que hay personas que se convierten después de escuchar la primera predicación, pero normalmente, es un proceso que lleva su tiempo, mientras el Espíritu de Dios va convenciendo a la persona de su necesidad y de quién es Jesús (**Jn 16:7-11**). Y lo mismo pasa con los creyentes. Nuestra comprensión de Dios y de su revelación es progresiva, y avanza según crecemos en la fe.

Todo esto nos debe llevar a ser pacientes y comprensivos con las dificultades de visión y entendimiento que todas las personas tienen, de la misma forma que Jesús lo fue con sus discípulos.

“Y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos”

Como no podía ser de otra manera, finalmente el ciego fue completamente restaurado. Y esto nos enseña una gran verdad: el Señor no deja nunca sus obras a medias. Como expresa el apóstol Pablo: (**Fil 1:6**) *“Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”*.

Y de igual manera, la visión de los discípulos también progresó hasta un discernimiento pleno de quién era Jesús, como veremos en el próximo pasaje, cuando ante la pregunta del Señor acerca de quién pensaban ellos que era él, Pedro contestó acertadamente: *“Tú eres el Cristo”* (**Mr 8:29**). Y como veremos, ese momento cierra un ciclo que termina igual que el milagro del ciego de Betsaida: *“viendo claramente”* a Jesús.

“No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea”

Y nuevamente nos encontramos con algo a lo que el Señor nos tiene acostumbrados: la prohibición de divulgar el milagro. El propósito sería evitar provocar entusiasmos desmedidos que dificultaran el progreso de su obra.

Esto era lógico, porque mientras que las multitudes, y los mismos discípulos manifestaran tanta lentitud para comprender quién era realmente él, y lo que había venido a hacer, no podía fomentar su popularidad, creando falsas esperanzas sobre la cercanía de una liberación política, que por el momento era lo que la mayoría esperaba de él.

Pero una vez que los discípulos comprendieron quién era Jesús, y también tuviera ocasión de enseñarles acerca de la obra que había venido a llevar a cabo en Jerusalén, entonces ya no sería necesario seguir *“escondiéndose”*, sino que él mismo se presentaría públicamente en Jerusalén (**Mr 11:1-11**). Pero mientras tanto, era necesaria cierta discreción.

Preguntas

1. Compare este milagro con el de la sanidad del sordomudo que encontramos en **(Mr 7:31-37)** y enumere algunos parecidos.
2. Relacione las sanidades del sordomudo y del ciego con el estado espiritual en el que se encontraban los discípulos en ese momento.
3. ¿Cuál era la actitud del ciego cuando sus amigos le llevaron ante Jesús? Razone sobre ello.
4. ¿Qué podemos aprender del hecho de que Jesús sanara de forma progresiva al ciego?
5. Ya hemos visto en varias ocasiones que el Señor se apartaba de la gente y no quería dar publicidad a sus milagros, pero más adelante, en **(Mr 11:1-11)**, el Señor cambió radicalmente de actitud. ¿A qué cree que era debida cada una de estas actitudes? Razone su respuesta.

La confesión de Pedro - Marcos 8:27-30

(Mr 8:27-30) “Salieron Jesús y sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino preguntó a sus discípulos, diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres que soy yo? Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas. Entonces él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo. Pero él les mandó que no dijese esto de él a ninguno.”

Introducción

Con estos versículos llegamos al punto central del Evangelio, y debemos tener cuidado de no leerlos de prisa y superficialmente, sin darnos cuenta de la enorme importancia que tienen en relación con el desarrollo del ministerio de Jesús. Veamos algunos detalles:

- En la primera parte del evangelio hemos tenido ocasión de considerar mucho de la doctrina que Cristo predicó y de los milagros que llevó a cabo. Había llegado el momento de detenerse para ver cuánto habían comprendido de su significado.
- Con esta finalidad, el Señor se retiró al distrito de Cesarea de Filipo y allí preguntó a sus discípulos acerca de la opinión que la gente tenía de él, y también la de ellos mismos. De su respuesta se desprende que el pueblo en general tenía un buen concepto de él, pero sin llegar a entender realmente quién era él. Por el contrario, los discípulos, después de un tiempo de endurecimiento, habían llegado a comprender que Jesús era el Cristo, tal como lo manifestó Pedro en representación del grupo.
- Este era un enorme paso hacia adelante, pero todavía insuficiente, así que el Señor les mandó que no lo dijeran a nadie. La razón para esta prohibición, estaba en que aunque habían entendido que Jesús era el Mesías, sin embargo, su concepto de lo que esto significaba estaba muy lejos de los pensamientos de Dios. Para ellos, si Jesús era el Cristo, lo que había que hacer inmediatamente, era llevarlo a Jerusalén para que ocupara el trono de David su padre. Pero fue entonces cuando Jesús comenzó a enseñarles para asombro de todos, *“que le era necesario padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días” (Mr 8:31)*.
- Para los discípulos era incomprensible lo que Jesús les estaba diciendo: ¡Morir en lugar de reinar! Tanto chocaban estos conceptos en sus mentes, que Pedro se atrevió a reconvenirle acerca de tales ideas, lo que provocó una severa reprobación de Jesús **(Mr 8:32-33)**. Su concepto del Mesías y su Reino sólo era concebido en términos de la fuerza, dinero y sabiduría humanas, pero el Señor tenía que enseñar a los discípulos, que el Reino no podía establecerse de esta forma en un mundo de pecado, sino a través de una muerte expiatoria. Así que, este será el tema central de su enseñanza en los próximos capítulos, mientras se dirige a Jerusalén para consumir su obra.

“Salieron Jesús y sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo”

De Betsaida, el Señor viajó con sus discípulos hacia el norte, hasta la región de Cesarea de Filipo, fuera completamente de Galilea. Su propósito era nuevamente alejarse de las multitudes para poder dedicarles tiempo a sus discípulos y enseñarles acerca de su Persona y su Reino.

Pero no deja de llamarnos la atención, que fuera en medio de estas ciudades helenizadas, llenas de idolatría pagana y del culto al César, el lugar elegido por Jesús para preguntarles acerca de quién pensaban ellos que era él.

Ya observamos en la introducción de este evangelio, que seguramente Marcos lo dirigió en primer lugar a los creyentes en Roma. Sin duda, para ellos, este ambiente que se respiraba en Cesarea de Filipo les era muy familiar. Aquella ciudad se llamaba así en honor al César, y allí mismo había un templo en el que se adoraba su “divinidad”. En este mismo contexto, aquellos creyentes del primer siglo en Roma, habían tenido que decidir también que Jesús era el Cristo de Dios, el salvador del mundo, en lugar del César, el emperador romano que se había constituido en soberano del mundo, y al que se consideraba un dios.

Pero si esta decisión fue difícil para los creyentes en Roma, no lo era menos para aquel grupo de discípulos que acompañaban a Jesús. ¿Cómo podían creer que un sencillo carpintero de un pueblo insignificante de Galilea pudiera ser el mismo Hijo de Dios? Al menos, el César tenía majestuosos templos por todo su imperio en los que se le adoraba, y su civilización había llegado hasta los rincones más apartados del mundo conocido. Frente a todo esto, ¿quién era Jesús para que creyeran en él como el Mesías enviado por Dios para la salvación de este mundo? Sin duda, esta decisión nunca ha sido fácil de tomar, ni siquiera en nuestro mundo moderno.

“¿Quién dicen los hombres que soy yo?”

El Señor quiso saber por boca de sus discípulos la opinión que las multitudes habían formado de su Persona después de dos años y medio de ministerio. Notemos atentamente lo que Jesús estaba preguntando: No tenía interés en saber qué impresión tenían de sus enseñanzas o milagros, sino que lo que realmente le importaba era la opinión que se habían formado de su misma Persona.

Esta cuestión es la más crítica y significativa que se les puede plantear a los seres humanos: ¿Quién es Jesús? Tan importante es la contestación que demos a esta pregunta, que de ella depende nuestra vida presente, así como nuestra eternidad.

“Respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas”

La opinión que las multitudes se habían formado de Jesús era buena. Todos ellos lo asociaban con alguno de los grandes hombres de Dios que habían dejado huella en la historia de Israel.

Pero aunque estas opiniones manifestaban mucho respeto por la persona de Jesús, eran incompletas y no lo identificaban correctamente. Según el criterio de la gente, él era uno más de los que anunciaban la venida del Mesías, como lo hicieron los profetas, o Elías, o

más recientemente, Juan el Bautista. Pero no habían llegado a comprender el hecho primordial de que él mismo era el Mesías esperado.

Esto es más triste de lo que parece, porque después de meses de ministerio entre ellos, haciendo grandes obras de poder, y enseñándoles de una forma nunca antes conocida por ninguno de ellos, sin embargo, no lograban ver en él más que un buen hombre de Dios.

Pero deberían haber notado la diferencia que había entre su obra y la de todos aquellos hombres con quienes lo estaban comparando. Cuando colocamos a Jesús al lado de alguno de ellos, encontramos diferencias abismales que ellos mismos deberían haber considerado. ¿Quién era Elías en comparación con Jesús? ¿No había dicho Juan el Bautista que él no era digno de desatar encorvado la correa de su calzado (**Mr 1:7**)? ¿Por qué insistían ellos en verlos como iguales?

Desgraciadamente, las multitudes se habían atascado en su comprensión de Cristo hacía tiempo, y no lograban ir adelante. Sus opiniones eran las mismas que expresaron meses atrás y que vimos en (**Mr 6:14-15**).

Y los tiempos no han cambiado en dos mil años. Todavía hoy la gente sigue lanzando mil hipótesis sobre la identidad de Jesús. Y aunque la mayoría valoran muy positivamente sus enseñanzas, su carácter, y en algunos casos, hasta sus obras milagrosas, sin embargo, Cristo y su Evangelio son tan poco comprendidos hoy como entonces.

“Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo”

Es evidente que los discípulos conocían las variadas opiniones populares acerca de Jesús. Pero había llegado la hora de que revelaran cuánto habían sido influenciados por ellas, y a qué conclusión habían llegado por ellos mismos.

La respuesta no se hizo esperar, y Pedro, con el carácter impulsivo que le caracterizaba, expresó lo que todos ellos pensaban: *“Tú eres el Cristo”*.

Ellos habían llegado a la conclusión de que él no era otro profeta que anunciaba la venida del Mesías, sino que Jesús mismo era el Mesías. Los largos siglos de espera habían terminado, y ellos habían llegado a comprender que el cumplimiento de todo lo anunciado por los profetas estaba teniendo lugar allí mismo, en medio de ellos.

Este es el eje central sobre el que gira todo el Evangelio: ¡Jesús, el carpintero de Nazaret, era el esperado Hijo de Dios que se había humanado para llevar a cabo la Obra de la redención!

Pero la convicción a la que habían llegado los discípulos, inmediatamente les enfrentaba con el resto de los israelitas que no veían en Jesús nada más que a un gran hombre. Y esta tensión que ellos tuvieron que sufrir por mantener una convicción diferente acerca de Jesús, es la misma que nosotros somos llamados a tener en medio de nuestro mundo moderno. Es tiempo de mantenernos firmes en nuestra fe, a pesar de las influencias negativas a nuestro alrededor. Los discípulos lograron librarse de la levadura de los fariseos y de Herodes, y nosotros debemos procurar lo mismo.

“Pero él les mandó que no dijese esto de él a ninguno”

Aunque el Señor aceptó este reconocimiento, sin embargo, les prohibió que lo hicieran público. ¿Por qué?

Porque aunque habían llegado a comprender correctamente que Jesús era el Mesías, sin embargo, todavía no entendían qué tipo de Mesías era y cómo iba a llevar a cabo su obra. Eran como el ciego en el pasaje anterior; ellos también habían empezado a ver, pero su visión todavía no era clara, veían *“los hombres como árboles”*, y necesitaban un segundo “toque” del Señor para poder ver con total claridad. Así que, mientras no tuvieran una comprensión adecuada del Reino de Dios y la forma en la que se había de establecer en este mundo pecador, no era posible que comenzaran la *“gran comisión”*.

Por esta razón, a partir de este momento, todos los esfuerzos de Jesús se centraron en hacerles entender que él no era un Mesías político, sino un Mesías que sufre y da su vida por los demás. Sin duda, esto no iba a ser fácil, ya que ellos, como todos los judíos de su tiempo, esperaban un Mesías que vendría con poder y gloria para derrotar a sus enemigos. Por lo tanto, en sus mentes no había cabida para un Mesías derrotado que sufriera a manos de los romanos y muriera en una cruz.

Para comprender su mentalidad, es necesario que veamos con cierto detalle las ideas que había en su tiempo en cuanto al Mesías.

- El pueblo judío nunca había olvidado a través de toda su historia que eran el pueblo escogido de Dios, y que por esta causa les correspondía un puesto especial en el mundo.
- Ellos recordaban los días del rey David como la época más gloriosa de su historia, y soñaban con el día en que surgiera un descendiente suyo que volviera a llevar a la nación a aquellos días de gloria.
- Sin embargo, según iba pasando el tiempo, se encontraron con que las diez tribus del norte de Israel fueron deportadas a Asiria, y que poco después los babilonios conquistaron Jerusalén y fueron llevados en cautiverio. A partir de ahí, habían estado constantemente bajo el dominio de diferentes imperios: los persas, los griegos, y por último los romanos.
- En estas condiciones, cada vez veían más difícil la posibilidad de recobrar su independencia y gloria pasada por sus propios medios. Fue entonces cuando empezó a tomar fuerza la esperanza en la promesa mesiánica. Muchos judíos soñaban con el día cuando Dios interviniera para lograr por medios sobrenaturales lo que ellos no habían logrado de ninguna otra manera.
- En el periodo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento se escribieron muchos libros que reflejaban bien este pensamiento. Muchos escritores hablaban de un Mesías sobrenatural que irrumpiría en este mundo para vindicar a su pueblo Israel y darles un dominio universal. Para ellos, el Mesías sería un gran conquistador que derrotaría a sus enemigos con poder y renovarían a Jerusalén para ser el centro del gobierno del mundo.
- Y esta era la idea que también compartían los discípulos cuando declararon que Jesús era el Mesías. Sin duda, fue un gran paso identificar al carpintero de Nazaret con el Mesías glorioso que había de reinar sobre todo el mundo. Pero esta visión no tenía en cuenta otras porciones de las Escrituras que anunciaban con claridad los sufrimientos del Mesías (**Is 53:1-12**) (**Dn 9:26**).

- No olvidemos tampoco, que Roma conocía bien todos estos pensamientos del pueblo judío, y que era muy sensible a cualquier posibilidad de revuelta que cuestionara su autoridad. En estas circunstancias, si los discípulos hubieran comenzado a publicar que Jesús era el Mesías en este sentido político, el resultado habría sido una terrible masacre.

Preguntas

1. ¿Por qué razón podemos considerar este pasaje como el eje central del evangelio?
2. ¿Qué le sugiere el hecho de que Jesús escogiera el distrito de Cesarea de Filipo como el lugar para preguntar a sus discípulos quién pensaban que era él? Razone su respuesta.
3. ¿Cuál le parece que es la diferencia básica entre la conclusión a la que había llegado la gente de Israel y los discípulos acerca de Jesús? Explique su respuesta.
4. Razone sobre la importancia que tiene para cada persona la pregunta que hizo Jesús: *“vosotros, ¿quién decís que soy yo?”*
5. ¿Cuál era el concepto que había entre los judíos de aquel tiempo acerca del Mesías y su venida a este mundo? Explique detalladamente su respuesta.

Jesús anuncia su muerte - Marcos 8:31-38

(Mr 8:31-38) “Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle. Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.”

Introducción

Hemos llegado a un punto crucial en el evangelio de Marcos. Por un lado, la popularidad de Jesús entre las masas había tocado su punto más alto, y por otro, la fe y percepción de los apóstoles en cuanto a su verdadera identidad, también había alcanzado su cima. Era el momento adecuado, por lo tanto, para comenzar a explicar la secuencia de acontecimientos que habían de preceder el establecimiento del reino. Y lo primero que hizo fue anunciarles con total claridad que iba a ser rechazado por la nación y crucificado. Esto era algo difícil de entender y aceptar para los discípulos. Primeramente, porque chocaba frontalmente con los conceptos que ellos tenían acerca del Mesías como un caudillo victorioso, y no como alguien vencido y derrotado. Y en segundo lugar, porque viendo a las multitudes enfervorizadas siguiendo a Jesús por todos los lugares por donde iba, no podían imaginar que su propia nación fuera a crucificarlo. Pero el Señor conocía bien al pueblo, y sabía que mucha de la fe de la gente que le seguía era superficial e interesada, y que finalmente llegarían a rechazarle en el momento en que no se ajustara a lo que ellos esperaban de él. Además, Jesús sabía muy bien que para llegar a reinar sobre hombres pecadores, era necesario vencer primero el pecado, y esto sólo era posible por medio de su propia muerte y resurrección.

“Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho”

Una vez que los discípulos entendieron que Jesús era el Mesías, se hacía necesario que comprendieran también qué tipo de Mesías era. Por esta razón, Jesús comenzó a enseñarles la verdad fundamental sobre la que se iba a establecer su reino, que no podía ser otra que su muerte y resurrección. Aquí encontramos el comienzo de esta enseñanza, que volvería a repetir más adelante en otras dos ocasiones (**Mr 9:31**) (**Mr 10:32-34**).

Para entender la importancia de lo que Jesús quería decir, debemos observar bien el lenguaje que él empleó: “*es necesario*”. Pero ¿por qué era necesario?

Porque formaba parte del plan divino para el establecimiento de su reino. Los judíos no habían considerado el grave problema del pecado en el ser humano, pero el Señor sabía

que no es posible implantar los grandes principios del reino, expuestos claramente en el “Sermón del monte” (**Mt 5-7**), en corazones sin regenerar, y que no había otra forma de conseguirlo, sino por medio de su muerte y resurrección.

Por lo tanto, el anuncio que Cristo hizo acerca de su muerte, era algo “obligado” por la estrategia divina para el establecimiento de su reino, lo que implicaba, que cualquier intento de evitar u oponerse a su muerte, sería algo totalmente contrario a la voluntad de Dios.

“Y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas”

El Señor no sólo dijo que iba de padecer mucho, sino que también especificó que serían los mismos líderes espirituales del pueblo, que no aceptaban sus pretensiones mesiánicas, quienes le desecharían.

Con la popularidad que el Señor tenía entre las multitudes en aquellos momentos, habría sido fácil haber superado esta oposición de los líderes religiosos. Sólo habría sido necesario que los apóstoles organizaran una campaña por toda la nación para informar al pueblo de que Jesús era el Mesías. Pero fue precisamente en ese momento, cuando Jesús les mandó que hicieran todo lo contrario: *“que no dijese esto de él a ninguno”* (**Mr 8:30**).

Como ya hemos considerado en otras ocasiones, una razón para tal prohibición, era que la gente tenía ideas muy inadecuadas en cuanto al Mesías, en las que estaba muy mezclada la situación política de su tiempo. En tales circunstancias, el anuncio de que Jesús era el Mesías, habría creado grandes masas de seguidores entusiasmados, pero no regenerados, deseosos de coger su espada para luchar, pero nada dispuestos a tomar la cruz para seguir a Jesús, como más adelante les enseñaría.

“Y ser muerto, y resucitar después de tres días”

Finalmente, el Señor les dijo que sus padecimientos habrían de terminar en la muerte, y más tarde en la resurrección. Y aunque Jesús no se detuvo en este momento a explicar la razón por la que todo esto era necesario, de alguna manera, estaba adelantando el hecho de que la vida había de surgir de la muerte, y que la aparente derrota de la Cruz, sería seguida de la victoria de su resurrección.

Pero parece que los apóstoles no escucharon la parte en la que Jesús les habló de su resurrección. Tal vez ellos entendieron que se refería a la resurrección general, tal como lo interpretó Marta cuando Jesús le habló de la resurrección de su hermano Lázaro (**Jn 11:24**). Fue necesario que tuviera lugar el glorioso evento de su resurrección, después de tres días en el sepulcro, para que ellos entendieran a lo que Jesús se estaba refiriendo en este momento.

Sin embargo, el establecimiento de su reino en este mundo tampoco vendría inmediatamente después de la resurrección. Para ello sería necesaria su segunda venida en gloria, tal como más tarde les dijo a sus discípulos (**Mr 8:38**).

“Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle”

El apóstol Pedro reaccionó rápidamente ante lo que Jesús estaba diciendo. No podemos negar que en sus palabras había un intenso afecto hacia Jesús, a quien de ninguna manera deseaba ver sufrir, pero también manifestaban el sentir popular en cuando al Mesías, que excluía toda idea de sufrimiento, y aun menos de muerte. ¿Cómo podía ser la muerte el comienzo de un gobierno digno de un rey?

Pedro no comprendía la necesidad de la cruz. Y seguramente, los otros discípulos también pensaban lo mismo, aunque no llegaron a expresarlo. Y así es también con la mayoría de los hombres. Pablo decía que *“la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”* (1 Co 1:18).

“Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro”

No deja de sorprendernos cómo el apóstol Pedro, que momentos antes había hecho una declaración tan acertada sobre Jesús (Mr 8:29), ahora descendía tan bajo, haciéndose merecedor de una de las reprensiones más fuertes que recordamos del Señor Jesucristo: *“¡Quítate de delante de mí, Satanás!”*.

Pero desgraciadamente, así somos todos nosotros. Aun cargados de buenas intenciones como Pedro, llegamos a cometer terribles equivocaciones. Y el hecho de haber salido victoriosos de determinadas circunstancias, no debería llevarnos a “bajar la guardia”, porque como vemos, el enemigo no descansa, y nosotros somos mucho más débiles de lo que nos creemos.

Pero sin duda, el que tampoco bajaba la guardia era el Señor Jesús. Inmediatamente respondió a lo que Pedro le estaba sugiriendo, reprendiéndole en presencia de todo el grupo. Esto tuvo que resultar muy humillante para el apóstol, pero totalmente necesario. Había que quitar de las mentes de los discípulos la idea de un establecimiento inmediato del reino, en el que Jesús se sentara glorioso en Jerusalén a reinar, y ellos compartieran con él el honor y el poder.

Pero tristemente, Pedro no estaba actuando sólo, y el Señor reconoció inmediatamente la presencia del mismo Satanás detrás de él. De hecho, no era la primera vez que el diablo le hacía proposiciones similares. Todos recordamos cómo cuando Jesús fue tentado después de su bautismo, el diablo le ofreció establecer su reino sin necesidad de pasar por la cruz (Mt 4:1-11). Por ejemplo, le propuso convertir piedras en pan, con la finalidad de acabar con el hambre en el mundo y así ganarse el prestigio de las personas, que serían inclinados a reconocerle inmediatamente como rey. O cuando le tentó para que hiciera algo espectacular como tirarse desde el pináculo del templo en presencia del pueblo, para ganarse su admiración. O cuando directamente le propuso entregarle todos los reinos de este mundo si le adoraba. Todas estas tentaciones tenían un elemento en común: trazaban un camino por el que Jesús podía llegar a ser rey, sin tener que pasar por la cruz. Pero ninguna de las propuestas del diablo tenía en cuenta el grave problema del pecado del hombre. No nos engañemos, el hombre pecador es ingobernable, aunque tenga su estómago lleno de pan. Antes de reinar, el Señor sabía que tenía que cambiar los corazones de los hombres para prepararlos para su reino, y la única forma que Dios en su sabiduría eterna había encontrado, era la muerte y resurrección de su Hijo encarnado. Por esta razón, rechazar el sacrificio de Cristo es algo muy peligroso.

“Porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”

El comentario de Pedro puso de manifiesto el fuerte contraste que hay entre los pensamientos de Dios y los de los hombres. Como venimos considerando, el hombre no logra ver la gravedad del pecado y cómo éste le aleja de Dios. Así que, mientras que para Dios es fundamental solucionar este problema en primer lugar, en cambio, los hombres ni siquiera logran ver que sus pecados puedan ser un obstáculo para participar del reino de Dios.

Y otro tanto ocurre con la forma en la que Dios y el hombre piensan en cuanto al establecimiento del reino. Los medios que el hombre utiliza, siempre se relacionan con el poder y la fuerza, mientras que Dios lo hace por el camino de la cruz, que implica debilidad y sufrimiento. El hombre piensa en su propia gloria, prestigio, posición social, influencia, fama, exaltación, pero Dios busca la redención del hombre por medio de la humillación y el oprobio de su propio Hijo.

“Si alguno quiere venir en pos de mí”

Después de rechazar la postura de Pedro, Jesús llamó a los discípulos y a la gente para explicarles las condiciones en las que le tendrían que seguir. Hasta ese momento, ir en pos de Jesús, había consistido básicamente en acompañarle, escucharle y verle actuar, pero a partir de aquí, el Señor requería un grado de compromiso con él mucho mayor.

Pero, ¿quién querría seguirle por el camino que les estaba describiendo de rechazo, padecimientos y muerte? Desgraciadamente, tanto entonces como ahora, no son muchos los que eligen seguir a Jesús.

“Niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”

Antes de que consideremos cuáles son las condiciones para este seguimiento, debemos apreciar dos características muy importantes del llamamiento que hizo Jesús.

- La primera de ellas, es su honestidad. El Señor no ocultó en ningún momento la dureza del camino.
- Y la segunda, es que él no mandó a nadie que fuera por un camino por el que él mismo no hubiera ido antes.

I. “Niéguese a sí mismo”

La primera condición para seguir a Jesús es *“negarse a sí mismo”*. En vista de lo que acababa de decir, la primera cosa que implicaría, sería dejar de pensar como los hombres y empezar a ver las cosas como las ve Dios. Esto supone dejar toda aspiración material al reino de Dios, y también considerar adecuadamente la gravedad del pecado y la necesidad de la cruz.

En segundo lugar, al negarnos a nosotros mismos para seguir a Jesús, estamos cediendo nuestro derecho a gobernar nuestras propias vidas para dárselo a él. Dejamos de ser dueños de nosotros mismos, para ponernos a sus órdenes. Ya no tenemos la última palabra acerca de lo que vamos a hacer o a dónde vamos a ir. Pablo lo expresó de la siguiente manera: **(1 Co 6:19-20)** *“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro*

espíritu, los cuales son de Dios". A partir del momento en que decidimos seguir a Jesús, asumimos su señorío en nuestras vidas, y que debemos negarnos a todo pensamiento o acción que esté basado en nuestro propio interés y no en su voluntad.

2. "Tome su cruz"

Para entender adecuadamente lo que Jesús quería decir con esta expresión, debemos recordar que en aquel tiempo la cruz servía para ejecutar a los condenados a muerte. Antes de eso, el reo era obligado a cargar con su propia cruz hasta llegar al lugar en el que iba a ser ajusticiado (**Jn 19:17**). Claro está, que aquellas personas llevaban la cruz por obligación, pero a nosotros se nos pide que lo hagamos voluntariamente.

Pero ¿en qué sentido debemos llevar la cruz? Muchas personas creen que se refiere a alguna prueba por la que están pasando, y hablan de "la cruz que les ha tocado". Pero ya hemos dicho, que la cruz era un lugar de muerte, no sólo de sufrimiento. Tampoco significa que tenemos que estar dispuestos a morir por la causa de Cristo, aunque por supuesto, esto es cierto. Pero pudiera ser que esto nunca llegara a ocurrirnos, y lo que aquí está diciendo, es que la muerte es un requisito imprescindible para poder llegar a ser un seguidor de Cristo.

La cruz era un medio de ejecución, y por lo tanto, tomar la cruz implicaba morir. Pero no se refiere aquí a la muerte física, sino a la muerte del hombre caído. Este es un paso fundamental para llegar a ser un verdadero cristiano, y debemos recapacitar sobre lo que significa. Desgraciadamente, en muchas ocasiones, cuando se predica el evangelio a los inconversos, lo que se les dice es que tienen que creer que Jesús murió por ellos en la cruz, y que por su muerte, ellos pueden llegar a ser salvos. Y no cabe duda de que esto es completamente cierto, pero no es toda la verdad que ellos necesitan saber y aceptar. Realmente, lo que Jesús dijo es que cualquiera que quiera llegar a ser un cristiano, él mismo también tiene que morir. El apóstol Pablo lo expresó así: *"hemos sido crucificados juntamente con Cristo"* (**Ga 2:20**). Por supuesto, la muerte de Cristo fue en sustitución por los pecadores, y esto es imposible de imitar, pero esto no quita que nosotros también debemos "morir con él".

Entonces, ¿en qué consiste el ser "crucificados juntamente con Cristo"?

En primer lugar, cuando nosotros decimos que hemos muerto con Cristo, lo que estamos haciendo, es reconocer que no hay nada en nosotros que pueda ser recuperado para ser llevado al cielo. Todo en nosotros está manchado por el pecado, y debe ser "ajusticiado", debe morir. Por lo tanto, el primer requisito para morir en este sentido, es reconocer que Dios tiene razón en el diagnóstico que hace de nosotros cuando nos dice que todo nuestro ser está perdido por el pecado, y que no hay nada que podamos hacer por nosotros mismos que nos pueda salvar.

Y en segundo lugar, implica también nuestra identificación con la muerte de Cristo. Aceptamos que merecemos la justa condenación de Dios, pero rogamos que Cristo ocupe nuestro lugar. Confiamos en el valor del sacrificio que él realizó en la cruz.

Sin duda, tomar la cruz resulta difícil. A ninguno de nosotros nos gusta admitir que hemos fracasado, que somos pecadores y viles. Todos preferimos pensar bien de nosotros mismos, e intentar hacer algo para salvarnos. Por eso, el tener que admitir que no podemos, hiere profundamente nuestro orgullo. Esta es la razón por la que al hombre le gusta mucho más la religión que el cristianismo; porque en la religión, siempre le dicen que puede hacer algo por sí mismo para salvarse, mientras que cuando queremos ser cristianos, tenemos que dejar que Cristo nos salve enteramente.

Viendo el cristianismo moderno, parece que muchos aceptan el hecho de que Cristo ha sido crucificado por nosotros, pero cabe preguntarnos, si nosotros también hemos sido crucificados juntamente con él. Recordemos que es imposible beneficiarse de la muerte de Cristo, si nosotros no morimos al pecado juntamente con él. Y desgraciadamente, algunos parecen actuar creyendo que el hecho de que Cristo muriera en la cruz por ellos, les da algún tipo de licencia para poder seguir viviendo sus propias vidas en el pecado. ¡Esto no es posible! Quienes hacen esto, no han entendido lo que es ser un seguidor de Cristo.

Por último, si morimos con Cristo, también resucitaremos con él a una nueva vida de victoria sobre el pecado (**Ef 2:6**). En el momento en que tomamos la firme decisión de arrepentirnos de nuestros pecados, al punto de morir a ellos, y confiamos en el valor de la obra de Cristo en la cruz en sustitución nuestra, entonces Dios nos da una nueva naturaleza, creada a la imagen de su Hijo y dirigida por el poder de su Espíritu Santo (**Jn 3:5-7**) (**Ef 1:13**). Esta nueva vida, sí que es apta para entrar en el reino de Dios y está capacitada para ajustarse a sus principios. En estas condiciones sí que es posible seguirle.

3. “Y sígame”

Seguir a Jesús significa andar por donde él anda y obedecer lo que él nos manda. Esto debe afectar a la totalidad de nuestra vida. Ser cristiano no es seguir a Jesús en algunas ocasiones, y en otras ir por nuestros propios caminos. Es cierto que no es fácil, y que en muchas ocasiones fracasamos, pero el verdadero discípulo, con todo y no ser perfecto, ha elegido de corazón seguirle a él y obedecerle.

Pero como hemos dicho, para que esto sea realmente posible, es imprescindible negarnos a nosotros mismos y tomar la cruz. Es entonces cuando Dios obra en nosotros por medio de su Espíritu Santo, dándonos una nueva naturaleza y el poder necesario para andar siguiendo sus pisadas (**1 P 2:21**).

Notemos también que en este mandamiento, está implícita la idea de perseverancia: “*sígame continuamente*”. El Señor nos quiere llevar a una vida de continua santificación. No se trata de una decisión para un momento, sino que tiene que ver con un plan que abarca toda la vida.

“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá”

Para entender este dicho del Señor, es necesario que nos preguntemos ¿qué es lo que desea salvar exactamente? Como ya hemos comentado más arriba, Dios ha diagnosticado que el hombre caído está bajo la condenación de Dios, y que no hay nada en él que se pueda salvar. Por eso, nos invita a identificarnos con Cristo en su muerte, para que de esta forma podamos también disfrutar de la nueva vida que nos da por su resurrección. Pero, ¿qué pasa si el hombre no está de acuerdo con el diagnóstico de Dios, y decide que sí que hay cosas que se pueden salvar y que vale la pena mantener? Pues la respuesta es evidente: está bajo el juicio de Dios y se va a perder. Todo lo que edifiquemos sobre el hombre caído, finalmente será destruido.

Este principio fundamental se puede aplicar tanto a la salvación del hombre, como a su santificación. Si el hombre cree que su naturaleza caída le puede llevar a la salvación, tarde o temprano descubrirá que ha perdido su vida eternamente. Pero de la misma manera, si un creyente decide vivir en la carne en lugar de en el Espíritu, llegará el momento en que se encontrará delante del tribunal de Cristo y verá como todas esas

obras son destruidas (**1 Co 3:11-15**). Por supuesto, él mismo será salvo, *“aunque así como por fuego”*, pero sin poder disfrutar eternamente del fruto de su trabajo.

“Y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará”

El Señor vuelve a incidir en la misma idea expresada anteriormente, pero ahora de forma inversa: si alguno decide *“hacer morir”* (**Col 3:5-10**) lo que pertenece al viejo hombre, con el fin de vivir para Cristo y su evangelio, salvará su vida eternamente.

Como vemos, el llamamiento del Señor es claro y radical. En él no hay lugar para la tibieza (**Ap 3:15-16**). Sin duda, para el mundo, la persona que se involucra mucho en la vida cristiana, le parece que la está perdiendo. Para ellos, ganar la vida es *“disfrutar”* desmedidamente de todos los placeres mundanos y *“les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan; pero ellos darán cuanta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos”* (**1 P 4:4-5**).

Pero es en la medida en la que gastamos nuestras vidas en la causa de Cristo, que realmente las estamos ganando. Solamente la consagración total al Señor y al servicio del Evangelio, puede dar sentido y eficacia a la efímera existencia del hombre sobre la tierra.

Por todo esto, el cristiano que vive con un pie en el mundo y otro en la iglesia, es un auténtico infeliz. Sufre en el mundo y sufre en la iglesia. Para disfrutar plenamente de la vida cristiana es necesario tomársela con la radicalidad con que la enseñó el Señor.

“Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”

Para demostrar la importancia de lo que está diciendo, el Señor presenta a continuación un caso extremo: imaginemos un hombre que logra hacerse con todas las cosas valiosas de este mundo, pero en su esfuerzo por conseguirlas, pierde su propia vida, ¿de qué le sirve todo lo que ha ganado si no lo puede disfrutar? ¿No preferiría tener su propia vida aunque perdiera todas sus posesiones?

Todos los tesoros de esta tierra, no pueden compararse con la vida eterna. Por eso, el negocio más ruinoso que el hombre puede hacer en este mundo, es el de cambiar los bienes materiales por la salvación eterna de su alma. Porque por mucho que pueda disfrutar de los bienes en este mundo, pronto sus años acabarán, y tendrá que dejarlos, mientras que las realidades eternas a las que el Señor se estaba refiriendo, permanecerán por toda la eternidad.

Finalmente, lo que Jesús nos está preguntando es a qué damos valor en la vida. Sin duda, nuestra respuesta a esta pregunta, determinará nuestro comportamiento y la forma en la que gastamos nuestra vida. ¿Nos importan las cosas terrenales o las espirituales y eternas? ¿Vivimos para la carne o en el Espíritu? ¿Damos valor a los principios del reino o a opiniones mundanas? ¿Nos interesa la gloria de Dios o la nuestra propia? ¿Es nuestra prioridad el reino de Dios o nuestras propias posesiones?

Al tomar nuestra decisión, debemos recordar que hay cosas que tienen un valor temporal, mientras que otras son eternas. Algunas las tendremos que dejar necesariamente al salir de este mundo, y otras las podremos disfrutar por toda la eternidad (**Ap 14:13**).

“¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?”

En un mundo materialista como el nuestro, el valor de las personas se mide generalmente por lo que tienen. Y nosotros mismos, sin darnos cuenta, fácilmente damos por bueno el dicho popular de “tanto tienes, tanto vales”. Pero el Señor hace un sencillo razonamiento para que veamos que el valor de una vida, no está en relación con el dinero o posesiones que tiene: ¿Con qué dinero se puede recuperar una vida? Seguramente, todos los ricos darían sus fortunas a cambio de seguir viviendo cuando llegara el momento de su muerte, y sin embargo, no les sirve para nada.

El salmista lo expresó de la siguiente manera: *“Los que confían en sus bienes, y de la muchedumbre de sus riquezas se jactan, ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate (porque la redención de su vida es de gran precio, y no se logrará jamás), para que viva en adelante para siempre, y nunca vea corrupción” (Sal 49:6-9).*

“El que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora”

El Señor era consciente de que su mensaje no estaba agradando a sus oyentes. Sus discípulos esperaban que si él era el Mesías, subiría inmediatamente a Jerusalén para ocupar el trono de David, pero en lugar de eso, les anunció el rechazo del pueblo y su misma muerte. Ellos estaban pensando en los puestos de honor que iban a ocupar en el reino, y él les dijo que para seguirle debían negarse a sí mismos y tomar su cruz. Las aspiraciones de los discípulos se centraban en lo material y temporal, y Cristo les hablaba del valor de lo eterno y espiritual.

¿Qué iban a hacer con esta predicación de Jesús? ¿Se avergonzarían de él y de sus palabras? La pregunta sigue en pie también para nosotros, porque todos estos conceptos que Jesús expresó, tampoco gozan de popularidad en nuestros días. ¿Estaremos dispuestos a sufrir el ridículo, o incluso la persecución, por predicar estas mismas palabras? ¿Nos sentiremos orgullosos de ellas? ¿Nos avergonzaremos de la cruz o nos gloriaremos en ella?

Es cierto que la sociedad utiliza con mucha habilidad el poder del ridículo con el fin de intentar hacernos callar el mensaje de la cruz. Pero esto es otra evidencia más de que nuestro mundo está al revés. Como decía el profeta Isaías: *“a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo” (Is 5:20)*. Se sienten orgullosos de sus pecados y de haberse “liberado” de los mandamientos de Dios, pero en cambio, se avergüenzan de Cristo, de su santidad y pureza, de su obra de redención en la cruz a favor de los pecadores. Esto es imposible de comprender, a no ser que el mundo esté realmente en un estado moral mucho peor del que podemos imaginar.

Bueno es que nos avergoncemos del pecado, de la mundanalidad y de la incredulidad, pero nunca de Aquel que murió por nosotros en la Cruz. No hagamos nunca causa común con esta generación adúltera y pecadora para negar a Cristo.

“El Hijo del Hombre se avergonzará también de él cuando venga en la gloria de su Padre”

El último y definitivo paso para el establecimiento del reino de Cristo en este mundo, será *“cuando él venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles”*. Lo que estaba

diciendo es que su muerte y resurrección no traerían inmediatamente el reino a este mundo de una forma visible y plena. Esto sólo ocurrirá en su segunda venida en gloria. Los discípulos esperaban esto de forma inmediata, pero él les anuncia que en el programa divino para el establecimiento del reino, todavía habría que esperar un tiempo. En el libro de los Hechos, ante la impaciencia de los discípulos, el Señor resucitado les dio más información sobre lo que tendría que ocurrir en ese periodo de espera: *“Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch 1:8)*. Sería un tiempo de gracia para anunciar al mundo entero el evangelio de Cristo y su salvación. Pero notemos que el establecimiento visible del reino en este mundo no vendrá por el éxito de la predicación del evangelio, sino como el resultado directo de la venida en gloria del Señor.

Es interesante considerar también la forma en la que Jesús anunció que vendría: *“Cuando el Hijo del Hombre... venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles”*. Sin duda, nos recuerda la profecía de Daniel: *“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Dn 7:13-14)*.

En ese momento, cuando Cristo regrese a este mundo en gloria, la conducta que los hombres tienen ahora hacia Cristo, determinará la conducta de Cristo hacia ellos entonces.

Cuando este día llegue, se acabarán las oportunidades de la gracia, y será un tiempo de juicio y de arreglar cuentas ante Dios. Es infinitamente mejor confesar ahora a Cristo y ser despreciados por los hombres, que vernos negados por Cristo ante su Padre el día del juicio final.

Preguntas

1. ¿Cuáles son las diferentes etapas para el establecimiento del reino de Dios en este mundo que hemos considerado en esta lección? Explique la importancia de cada una de ellas.
2. ¿Cuáles son las condiciones para el verdadero discipulado que hemos visto en la lección?
3. ¿Por qué cree que el Señor reprendió tan duramente a Pedro? Explique sus razones.
4. ¿Qué quiso decir Jesús con *“tome su cruz”*? Explique qué significaba en aquel contexto la cruz, y cómo se aplica a los seguidores de Jesús.
5. Explique con sus propias palabras lo que Jesús quiso decir con esta declaración: *“Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará”*.

La transfiguración - Marcos 9:1-13

(Mr 9:1-13) *“También les dijo: De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder. Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos. Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos. Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús. Entonces Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Porque no sabía lo que hablaba, pues estaban espantados. Entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd. Y luego, cuando miraron, no vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo. Y descendiendo ellos del monte, les mandó que a nadie dijese lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos. Y guardaron la palabra entre sí, discutiendo qué sería aquello de resucitar de los muertos. Y le preguntaron, diciendo: ¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Respondiendo él, les dijo: Elías a la verdad vendrá primero, y restaurará todas las cosas; ¿y cómo está escrito del Hijo del Hombre, que padezca mucho y sea tenido en nada? Pero os digo que Elías ya vino, y le hicieron todo lo que quisieron, como está escrito de él.”*

¿Cuál era el propósito de la transfiguración?

En el pasaje anterior, Jesús dijo a sus discípulos que se disponía a tomar el camino del sufrimiento y la muerte como el único medio posible para establecer el reino de Dios en un mundo pecador. También les invitó a seguirle, aunque deberían tener en cuenta que ellos mismos tendrían que perder su vida, si querían salvarla para ese reino. Ahora, en esta nueva ocasión, Jesús compensa la dureza de sus palabras mostrándoles un adelanto de la gloria de su Reino. Al mismo tiempo, el recuerdo de esta manifestación de su majestad, serviría para compensar de alguna manera, el momento en que lo vieran en completa humillación sobre una cruz.

Además, Cristo quería convencerles también de la existencia de otro mundo tan real y auténtico como el que nosotros habitamos. Ellos debían estar plenamente conscientes de que nuestro mundo no es el único que existe. Y no sólo eso, también debían saber que no se trataba de un mundo futuro en relación con el nuestro, sino que es un mundo que existe al mismo tiempo que el nuestro y más allá de él. Y aunque normalmente es invisible para nosotros, el Señor estaba en contacto con los dos. En esta ocasión, Cristo se lo mostró también a ellos, dejándoles claro que el paso del tiempo y el cambio de las cosas, no afectan a ese mundo como al nuestro. Por ejemplo, vemos que Jesús apareció junto a Moisés y Elías. En nuestro mundo, estos dos profetas vivieron en épocas diferentes, separados entre sí por siglos, pero sin embargo, en ese otro mundo están juntos.

Pero había algo más que el Señor pretendía conseguir con esta manifestación de su gloria. Recordemos que en el pasaje anterior, el Señor les había dicho que el reino no había de ser establecido en la tierra hasta su segunda venida, entonces surgía la duda razonable de si ellos mismos podrían llegar a participar en él, o ya habrían muerto para ese momento. En ese caso, ¿qué sentido tendría tomar su cruz, tal como les proponía Jesús, si tal vez nunca llegarían a disfrutar de ese reino? ¿Qué sentido tendría una vida

de sufrimiento y abnegación, si cuando llegara el reino prometido, ellos ya estaban muertos? Así que Cristo se proponía fortalecer la fe de sus apóstoles, y también de todos los creyentes de generaciones posteriores, por medio de esta manifestación. Para ello, es interesante que notemos que Jesús no apareció solo, sino que estaba acompañado por Moisés y Elías. Estos dos profetas habían partido de este mundo hacía siglos, uno de ellos porque murió, y el otro porque fue arrebatado al cielo, pero sin embargo, ninguno de los dos había perdido por eso la oportunidad de participar del Reino glorioso de Cristo. Allí estaban los dos acompañando al Señor en su gloria.

Y por último, otra cosa de lo que les convenció la transfiguración, fue de la absoluta certeza de la segunda venida de Cristo. Pedro mismo, en su segunda carta, vuelve a recordar el momento en que estuvieron en el monte de la transfiguración, y cómo esto les convenció de que el Jesús crucificado volvería un día en gloria. Veamos cómo lo expresa:

(2 P 1:16-18) *“Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo”.*

Por supuesto, Pedro recibió una fuerte impresión al ver el rostro de Cristo transfigurado y su ropa transformada, pero según nos dice, lo que más le impactó fue la declaración del Padre: *“Este es mi Hijo amado, a él oíd”*. Recordamos que seis días antes, Pedro había reprendido a Jesús cuando les habló de sus sufrimientos y muerte en Jerusalén. Para él, todo aquello no podía formar parte de los planes de Dios, pero estando en el monte, la voz del Padre fue clara y contundente, mostrando su completa complacencia con la obra que el Hijo estaba llevando a cabo. Esto le llevó a la plena convicción de que lo que Jesús les había anunciado anteriormente, era el plan de Dios para el establecimiento de su reino en esta tierra, y que por lo tanto, Cristo no sólo moriría y resucitaría, sino que también vendría con la gloria y honra de su Padre, que Pedro alcanzó a ver en el monte de la transfiguración.

“Algunos de los que están aquí, no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder”

Mucho se ha debatido a qué se refería Jesús con estas palabras. Para entenderlas correctamente, debemos recordar algunas cosas importantes.

El Reino de Dios no comenzará a existir sólo cuando venga a la tierra. Como ya hemos dicho anteriormente, existe ya en el otro mundo. De hecho, Moisés y Elías ya están *“viendo el reino de Dios”*.

Es cierto, sin embargo, que mientras que el Reino no venga a este mundo en su manifestación abierta, la manera normal por la que un ser humano puede verlo, es por medio de la muerte, tal como le ocurrió a Moisés, o por ser traspuesto, como Elías.

Por lo tanto, lo que tenía de extraordinario la promesa de Jesús, es que alguien pudiera ver el reino tal como es ahora, antes de que abandone este mundo por medio de la muerte. Notemos cuáles fueron las palabras exactas de Jesús: *“Algunos de los que están aquí, no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder”*. Es decir, les estaba diciendo que algunos de ellos verían el reino de Dios antes de morir. Y esto fue precisamente lo que ocurrió seis días después cuando Jesús se transfiguró delante de tres de sus discípulos y les aparecieron también Moisés y Elías en la gloria.

¿En qué consistirá el Reino de Dios en poder? Vemos que Cristo se mostrará en toda su gloria y majestad. Y que los creyentes muertos de todas las épocas, resucitarán para reunirse con él en gloria (como Moisés y Elías).

Otros hermanos interpretan este anuncio del Señor como una referencia a su segunda venida, pero eso todavía no ha ocurrido, por lo tanto, ninguno de aquellos discípulos pudieron verlo antes de morir. Otros ven su cumplimiento en la rápida extensión del evangelio por todo el mundo después de la muerte y resurrección del Señor, y esto sí que fue visto por algunos de los apóstoles, pero hay que observar, que tampoco podemos ver en ello las características esenciales del Reino: Jesús glorificado en este mundo y sus discípulos resucitados en gloria con él.

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte”

¿Por qué el Señor escogió sólo a tres de sus discípulos para esta ocasión?

Lo primero que notamos, es que también escogió a estos tres mismos discípulos cuando llevó a cabo la resurrección de la hija de Jairo (**Mr 5:35-42**), y también cuando se apartó a orar en el huerto de Getsemaní (**Mr 14:32-33**). Podemos decir por lo tanto, que fueron testigos del glorioso poder de Cristo para resucitar muertos, y también de sus momentos de mayor angustia y dolor. Sin duda, el Señor los estaba preparando para una obra especial.

Pero quizá la razón fundamental por la que escogió a tres discípulos tenía que ver con el carácter “oficial” que quería dar a esta manifestación de su gloria. Para este fin, la ley de Moisés requería dos o tres testigos (**Dt 19:15**).

“Y se transfiguró delante de ellos”

La transfiguración consistió en manifestar la verdadera naturaleza del Dios-Hombre, retirando el velo que normalmente ocultaba su gloria. Por unos instantes, dejó traslucir aquella majestad y gloria que le eran propias.

Desde este punto de vista, lo realmente milagroso no fue la transfiguración, sino el hecho de velar su gloria durante su ministerio terrenal entre los hombres, para que su obra fuese posible.

“Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús”

La escena se nos presenta con total naturalidad, pero aun así, no deja de sorprendernos: ¡Moisés y Elías hablando con toda confianza con el mismo Hijo de Dios! Esto nos proporciona algo de luz sobre lo que será la comunión celestial con el Señor.

También nos sirve para ver la gloria que Dios tiene reservada para aquellos que le han servido. El apóstol Pablo lo expresó de esta manera:

(Col 3:4) *“Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”.*

Y el apóstol Juan también corroboró esta misma verdad:

(1 Jn 3:2) *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”.*

Puede que en este mundo seamos menospreciados, perseguidos y despreciados, pero todo esto cambiará cuando el Señor se manifieste en su gloria. Todos recordamos la cantidad de críticas que recibió Moisés durante su ministerio, o cómo Elías tuvo que permanecer escondido por mucho tiempo huyendo de la impía Jezabel, pero sin embargo, ahora están en la gloria acompañando al Señor.

¿Por qué de todos los personajes del Antiguo Testamento, el Señor escogió a Moisés y Elías para este momento especial?

Por un lado, debemos recordar que la Ley fue dada a Israel por medio de Moisés, y que Elías era un buen representante de los profetas de la antigüedad. Desde este punto de vista, podemos decir que la obra que Cristo se disponía a realizar en la cruz, y que tan poco había agradado a los discípulos cuando se la anunció, era el cumplimiento de todo lo que con anterioridad se había anunciado por la ley y los profetas (**Lc 24:25-27**).

Pero por otro lado, Moisés y Elías representaban también dos formas diferentes de entrar en el reino de los cielos. Moisés lo hizo por medio de la muerte (**Dt 34:5**), mientras que Elías fue llevado al cielo sin tener que morir (**2 R 2:11**). Y en la actualidad, muchos creyentes están entrando en la gloria por medio de la muerte, aunque otros muchos tenemos la esperanza de ser arrebatados por el Señor en su venida y no tener que gustar la muerte (**1 Ts 4:16-17**).

“Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas”

Es probable que en todo el Nuevo Testamento, no encontremos otra personalidad tan bien caracterizada como la de Pedro. Siempre impulsivo e irreflexivo, dejándose llevar por lo que sentía en cada momento.

Pero si bien es evidente que Pedro no pensó lo que decía, por otro lado, podemos hacernos eco de su alegría y gozo: *“¡Qué bueno es estar aquí!”*. Todos los creyentes sentimos la misma emoción cuando pensamos en el momento en que por fin estemos con el Señor en su gloria. Nosotros también diremos *“¡qué bueno es estar aquí!”*, y ninguno deseará moverse de allí.

Pero sin embargo, ese momento todavía no había llegado para los discípulos, y una vez más, manifestaban que no habían entendido la necesidad de la Cruz. Además, en medio de tanta emoción, se había olvidado de los demás discípulos que no estaban con ellos en el monte.

“Vino una nube, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd”

En el Antiguo Testamento la presencia de Dios se relacionaba frecuentemente con una nube. Moisés recibió la Ley sobre un monte que fue cubierto por la nube de la gloria de Dios (**Ex 24:12-18**). Fue en una nube como Dios vino al Tabernáculo y lo llenó con su gloria (**Ex 40:34**). Los sacerdotes sabían de la presencia de Dios en el tabernáculo porque se aparecía en una nube sobre él (**Lv 16:2**). Cuando Salomón llevó el arca al templo que había construido, nuevamente una nube llenó la casa de Jehová (**1 R 8:10**).

Pero en medio de esta escena tan gloriosa, lo que se subraya es la declaración del Padre: *“Este es mi Hijo amado; a él oíd”*. Los grandes representantes de la Ley y de los profetas del Antiguo Testamento, habían tenido un ministerio preparatorio que se cumplió con la venida del Hijo. Una vez que Cristo ya estaba presente, todos los hombres debían escucharle a él. Con esto coincide también el autor de Hebreos:

(He 1:1-2) “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo”.

Como alguien ha dicho, las estrellas desaparecen cuando sale el sol:

(Mal 4:2) “Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia”.

Pero el Padre no sólo estaba anunciando el clímax de su revelación en Cristo, también estaba manifestando su completa aprobación de la Obra que el Hijo se disponía a realizar en la Cruz. Esto tuvo que ser muy importante para los discípulos que días antes se opusieron a que Cristo tomara ese camino.

Inmediatamente, Moisés y Elías desaparecieron, dejando sólo a Jesús. De alguna manera, tanto el legislador como el profeta, cedían el lugar principal a Cristo, porque a pesar de toda su eminencia, no eran más que hombres. Sólo Cristo podía llevar a cabo la redención del mundo.

“Les mandó que a nadie dijese lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado”

Nuevamente Jesús mandó a sus discípulos que guardasen silencio sobre su transfiguración, de la misma forma que antes les había mandado que no dijese a nadie que él era el Cristo (**Mr 8:29-30**). Sin embargo, aquí se matiza que esta prohibición era temporal, y había de durar hasta que *“el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos”*.

Pero ¿por qué no podían anunciarlo hasta después de la resurrección? Fundamentalmente, porque la muerte y resurrección de Cristo, les darían las claves para entender correctamente su Persona y su Obra en este mundo.

“Discutían qué sería aquello de resucitar de los muertos”

Los discípulos no aceptaban la muerte del Señor, y por lo tanto, tampoco lograban entender lo relacionado con su resurrección. Para ellos era un concepto extraño. Aunque por supuesto creían en la resurrección de los muertos, pensaban en ella en términos generales, como Marta: (**Jn 11:24**) *“la resurrección en el día postrero”*.

“¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?”

Pero había otra cosa más que no cuadraba en la mente de los discípulos: los escribas, y la propia Escritura (**Mal 4:5**), anunciaban la venida del profeta Elías antes del día de Jehová. Ellos acababan de verle en el monte de la transfiguración, pero en lugar de quedarse para preparar la venida del Mesías, había desaparecido junto con Moisés. Además, si Jesús era el Cristo, ¿cómo era entonces que Elías no había venido antes? Así

que tal vez, lo que querían preguntar a Jesús era si debían asociar la presencia de Elías en el monte de la transfiguración con el cumplimiento de la profecía.

En su respuesta, Jesús aceptó como correcta la interpretación que los escribas hacían de la Escritura, cuando afirmaban que Elías debía venir primero: *“Respondiendo él, les dijo: Elías a la verdad vendrá primero, y restaurará todas las cosas”*.

Pero esto trajo nuevas preguntas a las mentes de los discípulos: Si Elías había de restaurar todas las cosas antes de la venida del Mesías, ¿por qué entonces tendría que sufrir y morir? La respuesta de Jesús resulta un tanto ambigua. Por un lado dice que *“Elías a la verdad vendrá primero, y restaurará todas las cosas”*, colocando su labor en un tiempo futuro. Pero a continuación dice que *“Elías ya vino”*, como si se tratara de un hecho ya acontecido. Para entender correctamente la respuesta de Jesús, hemos de recordar que muchas de las profecías del Antiguo Testamento tienen un doble cumplimiento. Según esto, la profecía de Malaquías encontró un cumplimiento anticipado y parcial en la persona y obra de Juan el Bautista, quien vino *“con el espíritu y el poder de Elías”* para preparar el camino del Mesías (**Lc 1:17**). Jesús mismo confirmó este punto: (**Mt 11:14**) *“Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir”*. Y así lo entendieron finalmente los discípulos: (**Mt 17:12-13**) *“Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista”*. Pero queda todavía su cumplimiento más pleno, y en ese sentido, es probable que debemos identificar a Elías como uno de los testigos cuya obra, bajo el reinado del Anticristo, se describe en (**Ap 11:3-13**).

Pero aunque Jesús estaba de acuerdo con el hecho de que Elías había de venir primero, sin embargo, no lo estaba en la interpretación que los escribas, y los propios discípulos, hacían de su labor. Para ellos, Elías surgiría en la historia trayendo una victoria arrolladora del cielo que daría el poder a Israel. Pero la realidad era otra muy diferente: *“Elías ya vino, y le hicieron todo lo que quisieron, como está escrito de él”*. Con esto, Jesús se estaba refiriendo al encarcelamiento y muerte de Juan el Bautista a manos de Herodes. Es evidente que todas las ideas y nociones preconcebidas de los discípulos estaban equivocadas. De hecho, Jesús estaba tratando de llevarlos a ver que no sólo el heraldo había sido matado cruelmente, sino que el mismo Mesías había de acabar en una cruz. La muerte de Juan el Bautista, era una muestra de lo que le harían al Hijo del Hombre. Rechazaron al heraldo, acabarían rechazando al Rey.

Preguntas

1. Explique con sus propias palabras cuál era el propósito de la transfiguración.
2. ¿A qué se refería Jesús cuando anunció que algunos de los que estaban allí no verían la muerte hasta que hubieran visto el reino de Dios venido con poder? Razone su respuesta.
3. ¿Qué características del Reino de Dios aprendemos en este pasaje?
4. ¿Por qué cree que Jesús escogió a Moisés y Elías para estar con él en el monte de la transfiguración? ¿Qué aprendemos del hecho de que finalmente desaparecieran dejando a Jesús solo?
5. ¿Cómo se cumple la profecía de Malaquías que decía que Elías había de venir antes que el Mesías preparando su camino?

Jesús sana a un muchacho endemoniado - Marcos 9:14-29

(Mr 9:14-29) “Cuando llegó a donde estaban los discípulos, vio una gran multitud alrededor de ellos, y escribas que disputaban con ellos. Y en seguida toda la gente, viéndole, se asombró, y corriendo a él, le saludaron. El les preguntó: ¿Qué disputáis con ellos? Y respondiendo uno de la multitud, dijo: Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo, el cual, dondequiera que le toma, le sacude; y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se va secando; y dije a tus discípulos que lo echasen fuera, y no pudieron. Y respondiendo él, les dijo: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo. Y se lo trajeron; y cuando el espíritu vio a Jesús, sacudió con violencia al muchacho, quien cayendo en tierra se revolcaba, echando espumarajos. Jesús preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él dijo: Desde niño. Y muchas veces le echa en el fuego y en el agua, para matarle; pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos. Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible. E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo; ayuda mi incredulidad. Y cuando Jesús vio que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él. Entonces el espíritu, clamando y sacudiéndole con violencia, salió; y él quedó como muerto, de modo que muchos decían: Está muerto. Pero Jesús, tomándole de la mano, le enderezó; y se levantó. Cuando él entró en casa, sus discípulos le preguntaron aparte: ¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera? Y les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno.”

El descenso del monte al valle

Este pasaje establece un fuerte contraste con el anterior. Sin duda, los discípulos percibieron esto inmediatamente al bajar del monte. Veamos algunos detalles:

- De la visión de la gloria de Dios que vieron en el monte, bajaron a encontrarse con un joven poseído por Satanás.
- De la compañía de Moisés y Elías, pasaron a estar en medio de los escribas incrédulos.
- Del esplendor y belleza de la transfiguración, volvieron a las escenas de dolor, debilidad y miseria en el valle.
- Del gozo y la sensación de triunfo que sintieron los tres discípulos en el monte, fueron al encuentro de los otros nueve que se encontraban inmersos en una situación bochornosa de fracaso.

Pero si los discípulos sintieron este fuerte contraste al bajar del monte, esto no era nada comparado con el descenso que el Señor Jesucristo había hecho al dejar el trono de Dios en el cielo para venir a este mundo perdido por causa del pecado (**Fil 2:6-7**). Por supuesto, su propósito era revelarnos la gloria del Padre (**Jn 1:18**) (**Jn 14:9**), tal como había hecho con toda claridad en el monte de la transfiguración. Pero desgraciadamente, esto no servía para cambiar la situación de los hombres y mujeres que en este mundo agonizan por causa del pecado, así que, el Padre envió a su “Hijo amado” (**Mr 9:7**), para que socorriera a la descendencia de Adán. Esto queda ilustrado en este pasaje, cuando Cristo liberó a un muchacho que estaba poseído por Satanás. Sólo de esta forma, el hombre podrá finalmente disfrutar de la gloria de Dios.

“Toda la gente, viéndole, se asombró, y corriendo a él, le saludaron”

¿A qué se debía este asombro de la gente cuando vio a Jesús? Algunos opinan que se debió a su llegada repentina e inesperada. Otros piensan que algo del resplandor de la transfiguración todavía era visible en el rostro de Jesús, y que esto fue lo que produjo el asombro de la multitud. Recordemos que algo similar le había ocurrido a Moisés al descender del monte después que Dios le dio las tablas de la ley (**Ex 34:29**). Según esto, al descender del monte, el Señor trajo consigo algo de la gloria eterna que allí se había manifestado, permitiendo de esta forma que los hombres vislumbraran algo de la majestad de Dios.

“Dije a tus discípulos que lo echasen fuera, y no pudieron”

Los discípulos no habían podido echar fuera al espíritu maligno que atormentaba a un pobre muchacho. Esto no pasó inadvertido por los escribas, que siempre estaban buscando alguna ocasión para ridiculizarlos y desacreditarlos ante la gente, y parece que por fin habían encontrado un punto de debilidad.

Esto es siempre así; el mundo nos observa buscando nuestros fallos. Y es triste admitir que los tenemos, que no siempre alcanzamos lo que el Señor espera de nosotros, que como los discípulos, nosotros también tenemos que seguir aprendiendo del Señor y consagrarnos más a él.

Así que, cuando Jesús les preguntó qué era lo que discutían con los escribas, ellos estaban avergonzados y no contestaron nada. Fue entonces cuando salió un hombre de entre la multitud que explicó cómo había venido buscándole a él, pero al no encontrarle, trajo su hijo endemoniado a los discípulos, con el fin de que lo sanasen, pero la experiencia con ellos había sido frustrante.

La misma experiencia del padre ha sido compartida por muchas personas que en algún momento han quedado desilusionadas por alguna iglesia o algún siervo de Dios. Esto es muy posible. Sin embargo, nadie podrá decir que ha ido a Jesucristo y ha quedado defraudado con él.

“Mi hijo tiene un espíritu mudo...”

Con mucha angustia y ansiedad, el padre explica a Jesús cuál era la situación de su hijo: *“tiene un espíritu mudo, el cual, dondequiera que le toma, le sacude; y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se va secando... desde niño... muchas veces le echa en el fuego y en el agua, para matarle”*.

Su penosa condición física la había producido un espíritu inmundo. Es evidente, que en este caso, la enfermedad estaba relacionada con la posesión demoniaca. Sin embargo, debemos ser cautelosos, porque no siempre hay una relación entre enfermedad y la presencia de un espíritu inmundo. Sin duda, aquellos que cada vez que tratan con un enfermo comienzan un exorcismo, están equivocados.

Pero dicho esto, no es difícil entender la angustia del padre, viendo el trágico efecto de la obra de Satanás en el muchacho, que en un sentido muy real, había arrebatado al hijo de su padre y arruinado el disfrute de su relación. Y por supuesto, el dolor del propio muchacho, que bajo la influencia de un poderoso demonio era llevado una y otra vez a su propia autodestrucción.

Tal vez, lo que más nos cuesta entender es cómo el demonio había logrado tomar posesión de este muchacho cuando aún era un niño, tal como indica el padre. En cualquier caso, el pasaje sirve para ilustrar con claridad que en un mundo bajo la caída, ni siquiera la infancia es la edad de la inocencia, pues como vemos aquí, en algunos casos, el diablo adquiere dominio sobre el corazón en una edad muy temprana.

Pero si Satanás puede llenar el corazón de un niño o de un joven, de la misma forma también puede ser llenado por el Espíritu Santo, lo que nos debe animar a predicar el evangelio también a los niños.

“¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo os he de soportar?”

Una vez que Jesús conoció el problema, y a pesar del desconsuelo del padre, parece que no hizo nada en relación con el muchacho. En realidad, la angustia de este hombre no era nada en comparación con la que Dios mismo sentía viendo cómo su pueblo le había abandonado y no manifestaba una fe auténtica en él. Así que, antes de atender al muchacho, era necesario también hacer una seria llamada de atención a todos los presentes: *“¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar?”*.

¿A quién dirigió Jesús esta severa amonestación? Como veremos, su indignación era contra la incredulidad que se había extendido por toda aquella generación:

- Allí estaban los escribas, siempre buscando una ocasión para altercar con Jesús y sus discípulos con el fin de desprestigiarles.
- También se dirigió a la multitud, que a pesar de haber presenciado tantas manifestaciones de la gloria y del poder de Cristo, no hacían sino curiosear, dispuestos siempre a vitorear al vencedor o silbar al vencido.
- Los discípulos, que a pesar de que en otras ocasiones habían echado fuera demonios en su Nombre, en esta ocasión todavía se resistían a aceptar los planes del Señor, y en especial el anuncio de la cruz, por lo que su poca fe no daba frutos.
- Y el padre, que como vemos en el pasaje, fluctuaba entre la fe y la desesperación.

La gravedad de esta amonestación se deja ver por el lenguaje empleado por Jesús, muy similar al que Moisés usó siglos atrás para amonestar a su pueblo Israel por haberse apartado de Dios para ir en pos de los ídolos: *“Generación torcida y perversa. ¿Así pagáis a Jehová, pueblo loco e ignorante? ¿No es él tu padre que te creó? El te hizo y te estableció?” (Dt 32:6) ... “Pero sacrificaron a los demonios y no a Dios; a dioses que no habían conocido” (Dt 32:17) ... “y lo vio Jehová, y se encendió en ira por el menosprecio de sus hijos y de sus hijas” (Dt 32:19) ... “y dijo: veré cuál será su fin; porque son una generación perversa, hijos infieles” (Dt 32:20).*

En estas circunstancias, Jesús hace una pregunta que pone en evidencia la resistencia que aquella generación estaba ofreciendo a su misión divina: *“¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar?”*.

“Jesús preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?”

Aunque los discípulos habían fracasado en sus intentos de liberar al muchacho del poder diabólico que lo dominaba, Jesús no temía tratar el caso, y pidió que trajeran al muchacho. Esto nos recuerda que siempre podemos acudir a Jesús cuando todo lo demás falla.

Una vez que el joven estuvo delante de Jesús, el espíritu comenzó a sacudirlo con violencia, de tal manera que cayó en tierra revolcándose y echando espumarajos. Sin duda era una escena terrible, pero a pesar de esto, Jesús no hizo nada por el joven, sino que con toda tranquilidad comenzó una conversación con el padre. ¿Por qué? Pues porque si bien era importante que su hijo fuera restablecido, no eran menos importantes los problemas de fe que el padre arrastraba. Esto quedó claro inmediatamente por la forma en que el padre hizo su petición al Señor.

“Si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos”

Tal vez el fracaso de los discípulos había llevado a este hombre a dudar de Jesús, así que, cuando hizo su petición, parecía no estar muy seguro de que Jesús realmente pudiera ayudar a su hijo.

Recordamos también cómo el leproso de Galilea se acercó a Jesús diciéndole *“si quieres, puedes limpiarme”* (Mr 1:40). Ninguno de los dos comprendían que Jesús quiere y puede salvar a todos los que se acercan a él con fe. Pero la cuestión era si realmente tenían fe.

“Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible”

Como ya hemos dicho, el padre había visto el fracaso de los discípulos, y tal vez por eso mismo estaba cuestionando el poder de Jesús. Pero el Señor llevó el asunto al mismo centro del problema: su propia falta de fe.

Todos tenemos esta tendencia a ver los fracasos de los demás y justificar con ellos los nuestros propios. Pero esto es una forma absurda de engañarnos a nosotros mismos. Como el Señor dijo: *“al que cree todo le es posible”*. Por lo tanto, si no avanzamos más en la vida cristiana, es por nuestra falta de fe, y no por culpa de otros.

En cuanto a la frase *“al que cree todo le es posible”*, es probable que se refiera no tanto a lo que podemos hacer mediante la fe, sino a lo que Dios nos dará en respuesta a esa fe, tal como le ocurrió al padre del muchacho. Y por supuesto, no quiere decir *“cualquier cosa que nosotros queramos”*, porque la verdadera fe se somete siempre a la voluntad de Dios y confía en él.

“El padre clamó y dijo: Creo; ayuda mi incredulidad”

La angustiada contestación del padre reveló sus dudas. Con total honestidad expresó su fe, al mismo tiempo que reconocía la flaqueza de la misma. Es dramática, a la vez que conmovedora, la lucha que se percibe en el corazón de este hombre entre la fe y la

incredulidad. Sin embargo, había algo de fe, tal vez tan pequeña como una semilla de mostaza, pero siendo genuina, el Señor se encargaría de robustecerla y hacerla crecer.

De esto debemos aprender también que la forma correcta de enfrentar nuestra incredulidad, es llevándosela a Jesús, igual que le llevamos también todos nuestros pecados y debilidades.

“Jesús reprendió al espíritu inmundo: yo te mando, sal de él, y no entres más en él”

Mientras Jesús hablaba con el padre, la multitud empezó a agolparse rápidamente en torno a ellos con el fin de ver el resultado. Como ya hemos visto en otras muchas ocasiones, Jesús huía de toda espectacularidad, así que aceleró la curación del muchacho.

Y aunque aquel espíritu maligno era realmente poderoso, como más adelante indicó Jesús, y a pesar de que de ninguna manera quería soltar a su pobre presa, sin embargo, no pudo resistir el poder divino del Señor, que no sólo le mandó salir del muchacho, sino que también le prohibió volver a él.

Al salir, el espíritu le hizo al muchacho todo el daño que pudo, dejándole tirado en el suelo como muerto. Pero el Señor, en un gesto realmente hermoso, le tomó de la mano y lo restauró plenamente, devolviéndole las fuerzas y levantándolo a la vida.

“¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera?”

Los discípulos, que habían permanecido todo el tiempo observando cómo el Señor trataba este caso en el que ellos habían fracasado, una vez que estuvieron a solas con él, le preguntaron por qué ellos no habían podido echar fuera al demonio.

Seguramente recordaban la ocasión en que Jesús les había enviado a ellos solos y cómo habían echado a muchos espíritus inmundos sin que recordaran un fracaso tan vergonzoso como este (**Mr 3:14-15**). ¿Qué había fallado en esta ocasión?

Pero el Señor ya había contestado a esta pregunta: “¡Oh generación incrédula!”. La falta de fe era la causa de su fracaso. Como el Señor le había dicho al padre del muchacho; “*al que cree todo lo es posible*”.

El problema de los discípulos era que si bien habían llegado a entender quién era Jesús, y lo habían reconocido como el Cristo (**Mr 8:29**), sin embargo, no aceptaban que él tuviera que morir en una cruz. Este rechazo a la voluntad de Dios, les estaba llevando a actuar al margen de su poder. En esas circunstancias no era de extrañar la derrota que acababan de sufrir.

“Y les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno”

El Señor también les explicó que había diferentes géneros de demonios, algunos más poderosos y malignos que otros. Y por sus indicaciones, parece que éste era uno de la peor clase. En estos casos, se precisa de mayor potencia espiritual para que su obra se deshaga.

Y el problema fundamental de los discípulos es que habían ido a enfrentarse con las fuerzas de Satanás sin estar revestidos de toda la armadura de Dios. Varias cosas habían descuidado: primeramente, como ya hemos indicado, les faltaba fe, pero también “*oración y ayuno*”. Es por medio de todas estas cosas que entramos en comunión con Dios y en dependencia de él, lo que se traduce en poder para el servicio.

Tal vez los discípulos confiaron en sus éxitos del pasado (**Mr 6:7,13**), creyendo que iban a repetirse automáticamente, y como consecuencia, no recurrieron a Cristo. Pero todos sabemos que espiritualmente hablando, no se puede vivir de las rentas. Ellos habían recibido el poder y la autoridad del Señor, pero necesitaban de la oración para mantenerlo. Sin ella, cualquier don que hayamos recibido, se seca y acaba por morir. Pero quizá ellos habían comenzado a creer que podían llevar a cabo estas poderosas obras por sí mismos, sin mantenerse en contacto con Dios y su poder. Así que, su fracaso fue la forma dolorosa en la que el Señor les tuvo que enseñar la importancia de la fe, la oración y el ayuno.

Y todos nosotros debemos aprender también esta importante lección: todo intento de servicio al Señor sin tener una comunión constante con él, acabará siendo estéril y vano. Recordemos las palabras de Jesús y guardémoslas en nuestros corazones: (**Jn 15:5**) “*sin mí nada podéis hacer*”.

Preguntas

1. Explique con sus propias palabras cuáles fueron los contrastes que los tres discípulos pudieron ver entre su estancia en el monte y después en el valle.
2. ¿Por qué era necesario que Jesús descendiera del monte?
3. ¿A quién se refirió el Señor por “generación incrédula”? Razone su respuesta.
4. ¿Por qué cree que Jesús no sanó inmediatamente al muchacho?
5. ¿Por qué los discípulos no pudieron echar al espíritu inmundo? Explique su respuesta.

¿Quién es el mayor? - Marcos 9:30-37

(Mr 9:30-37) *“Habiendo salido de allí, caminaron por Galilea; y no quería que nadie lo supiese. Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día. Pero ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle.*

Y llegó a Capernaum; y cuando estuvo en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? Mas ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor. Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos. Y tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo: El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió.”

Introducción

El Señor Jesucristo se encontraba *“en el camino hacia Jerusalén”*, en donde iba a ser rechazado y muerto. Después de la confesión de Pedro y el primer anuncio de su muerte, el momento para llevar a cabo la Obra de salvación a favor de la humanidad había llegado, y tal como dice Lucas, *“cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lc 9:51)*.

Por lo tanto, todos los incidentes que el evangelista selecciona en este camino hacia Jerusalén tienen como tema dominante la Cruz. Sin embargo, aunque Jesús caminaba hacia el lugar de su muerte, en la mente de los discípulos este viaje a Jerusalén era esperado como el momento de la manifestación mesiánica de Jesús y la llegada gloriosa de su Reino.

“Caminaron por Galilea y no quería que nadie lo supiese porque enseñaba a sus discípulos”

Como ya sabemos, Jesús era muy popular en Galilea, pero una vez más intentaba pasar desapercibido. Muy probablemente esto se debiera al hecho de que su ministerio público entre ellos ya había terminado, y también, porque mientras se dirigía hacia Jerusalén, quería aprovechar todas las ocasiones posibles para seguir instruyendo a sus discípulos sobre el hecho de la Cruz y las lecciones que de ella surgían, con el fin de que después de su resurrección ellos mismos estuvieran en condiciones de enseñar a otros.

“El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán, y resucitará”

Esta era la segunda vez que Jesús hablaba a sus discípulos abiertamente acerca de su inminente muerte y resurrección. Pero ellos, ni entendieron lo que les decía, ni querían pensar en ello. Sin embargo, el Señor se muestra insistente, enfrentándoles nuevamente con el hecho ineludible de la Cruz.

Por otro lado, cuando comparamos este nuevo anuncio con el anterior (**Mr 8:31**), vemos que se añade una frase: *“El Hijo del Hombre será entregado”*. Y nos surge la pregunta: ¿Quién entregaría a Cristo?

En primer lugar, se estaría refiriendo a *“Judas Iscariote, el que le entregó”* (**Mr 3:19**). Jesús ya sabía que en ese momento había entre ellos un hombre en cuyo corazón estaban anidando sentimientos malos contra él. Y aunque no es posible saber exactamente cuáles eran los pensamientos que finalmente llevaron a Judas a cometer su traición, podemos suponer que la insistencia de Jesús en huir de la popularidad, y ahora también sus reiterados anuncios acerca de su muerte, no encajaban con el tipo de Mesías al que él estaba dispuesto a seguir. Así que, cuando llegó el momento, buscó la forma de sacar algún tipo de provecho a una causa que él ya había dado por perdida, y fue entonces cuando se ofreció a los principales sacerdotes para entregarles a Jesús (**Mt 26:14-16**).

Pero si bien esto fue lo que ocurrió en un nivel humano, desde otra perspectiva, podríamos también decir que fue Dios mismo quien entregó a su propio Hijo, de acuerdo a un plan divino trazado desde la eternidad.

(Ro 8:32) “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”

(Hch 2:23) “A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole.”

“Ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle”

Los discípulos no entendían cómo Jesús podía ser entregado en manos de hombres y morir. Durante meses le habían visto enfrentarse contra las fuerzas más hostiles de los demonios sin que pudieran hacerle nada, y de la misma manera, habían llegado a estar acostumbrados a ver su poder absoluto sobre las fuerzas incontroladas de la naturaleza. ¿Cómo podrían unos débiles hombres llevarlo a la muerte cuando ni una legión de demonios habían podido hacerle frente (**Mr 5:2-14**)? Para los discípulos, aquello de ser *“entregado en manos de hombres”*, implicaba debilidad e impotencia. Es como si les estuviera diciendo que iba a llegar un momento en el que sería incapaz de salvarse a sí mismo. Y todo esto, ni encajaba con lo que estaban acostumbrados a ver de Jesús, y mucho menos con el concepto que ellos tenían de cómo sería el Mesías.

Por supuesto, ningún hombre habría podido hacerle ningún daño a Jesús si él mismo no se lo hubiera permitido. Todos recordamos el momento cuando Judas, acompañado de una compañía de soldados y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos fueron a prender a Jesús, y sólo fue necesario que él dijera dos palabras para que todos ellos retrocedieran y cayeran a tierra (**Jn 18:1-6**). Esto nos recuerda una verdad complementaria a lo que antes decíamos: el Padre entregó a su Hijo, pero también el Hijo se entregó a sí mismo por los pecadores (**Ga 2:20**).

La cuestión fundamental, es que Cristo sabía perfectamente que imponer un Reino en base a su poder absoluto nunca llegaría a cambiar el corazón del hombre. Ocurriría lo que en muchas dictaduras de este mundo, donde los súbditos se muestran sumisos por temor, pero de ninguna manera aman a su dictador. Ese no era el camino para reconciliar al hombre con Dios, ni para cambiar su rebelión en amor y devoción. El Reino de Dios que Cristo había venido a instaurar en el corazón de los hombres no se podía basar en el

poder, sino en el increíble amor de un Dios todopoderoso que es capaz de entregar a su propio Hijo para salvar a sus enemigos a fin de reconciliarlos con él.

En este mundo en el que se idolatra el poder, el anuncio que Jesús hizo de su muerte era incomprensible para los discípulos, y les resultaba absurdo y contradictorio.

El evangelista nos dice también que tenían miedo de preguntarle. Seguramente es porque lo que entendían no les gustaba y por eso no querían saber más de ello. Es como cuando una persona escucha el diagnóstico de su médico, y aunque no entiende bien todo lo que le está explicando, sospecha que no son buenas noticias y por esta razón tiene miedo de preguntar más. Así es como funciona la mente humana, incluso la de los creyentes: rechaza lo que no le gusta y se cierra para no saber más.

“En el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor”

Después del viaje privado, Jesús y sus discípulos llegaron a Capernaum y entraron en casa, tal vez en la de Pedro, como en **(Mr 1:29)**. Allí el Señor les preguntó por la discusión que habían mantenido entre ellos en el camino. Pero ante la pregunta de Jesús, los discípulos sintieron vergüenza y guardaron silencio. La razón para tal comportamiento era doble: por un lado, habían venido discutiendo en el camino, lo que no era propio de los discípulos de Jesús, y ellos lo sabían, pero por otro, el tema de su discusión trataba acerca de cuál de ellos iba a ser el mayor junto a Jesús, lo que ponía una vez más en evidencia que no habían escuchado lo que Jesús les había explicado acerca de la Cruz.

También nosotros podemos discutir con los hermanos por cosas que nos parecen totalmente legítimas y honradas, pero cuando pensamos en presentárselas al Señor en oración tal vez empezamos a verlas como mezquinas y la misma vergüenza que sentimos nos obliga a callar. Este es un principio que nos puede ayudar a discernir la dirección del Señor para nuestras vidas: ¿Puedo presentar en oración al Señor con confianza lo que estoy pensando hacer?

En cualquier caso, causa una profunda tristeza ver cómo Jesús iba hacia la Cruz mientras que sus discípulos discutían sobre cuál de ellos era el más importante. ¡Qué pronto habían olvidado el solemne anuncio que Jesús les había hecho acerca de su muerte! ¡Qué solo estaba el Señor en el camino a la Cruz! ¡Qué poco entendían la clase de Mesías que era Jesús! Se puede afirmar con seguridad que el hombre no ha aportado nada a esta Obra de salvación.

Pero una vez que hemos identificado el orgullo de los discípulos, será necesario que veamos también el nuestro, porque uno de los pecados más comunes de la naturaleza humana es precisamente este. ¿Quién habría imaginado que unos sencillos pescadores pudieran estar movidos por un deseo de encumbramiento personal cuando seguían a Jesús? Pero este mismo pensamiento está latente en todo corazón humano. Con frecuencia todos pensamos que merecemos más de lo que los demás nos dan. A veces escondemos este orgullo bajo el manto de una supuesta humildad, pero finalmente lo que queremos es que los demás se fijen en nosotros y nos valoren. Otras veces se manifiesta por medio de celos y envidias, que desembocan en amargas discusiones y conflictos.

Es éste un pecado terrible que arruina el alma, porque se opone al arrepentimiento y ahoga el amor fraternal. Además de ser un pecado profundamente arraigado en el corazón humano y que no desaparece con facilidad. Los mismos discípulos que recibieron la reprensión del Señor, volvieron al mismo tema de discusión la misma noche en la que Jesús fue entregado **(Lc 22:24-30)**.

“Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos”

El asunto era serio, así que Jesús *“se sentó y llamó a los doce”*. Tomando la posición de Maestro, comenzó a enseñar a sus discípulos acerca de la aptitud que ellos deberían adoptar hacia el poder y la autoridad cuando emprendieran la misión de anunciar el Reino de Dios en el mundo.

Tristemente, la historia ha demostrado la importancia de esta lección y lo mal aprendida que ha sido por una parte importante de la llamada “cristiandad”. ¡Cuántos abusos de poder y autoridad se han cometido en el nombre de Cristo! No es de extrañar que el mundo haya perdido el respeto por lo que considera manifestaciones incompatibles con lo que Cristo representó.

Nunca debemos olvidar que los valores del Reino de Cristo son completamente opuestos a los de este mundo. Jesús enseñó que se llega a la plenitud de la vida por medio de la negación de uno mismo (**Mr 8:35**), que el grano de trigo sólo da fruto si primero muere (**Jn 12:24**), que los pobres de espíritu son los bienaventurados y los herederos (**Mt 5:3**) y que una gran persona es la que sirve a los demás. Por el contrario, en el mundo, los primeros son los ricos, los poderosos, los fuertes.

Es necesario, por lo tanto, que si queremos seguir a Jesús, primero rompamos con los moldes de este mundo. Porque la grandeza en el Reino de Cristo no consiste en gobernar y recibir honores, sino en servir. No en buscar los primeros puestos, sino en ser los últimos. No en estar preocupados por el puesto que ocupó yo, sino en buscar que el otro ocupe un mejor puesto. No en buscar mi propio provecho, sino el de los demás.

Pero notemos que el Señor no dijo que el cristiano no debe ser una persona ambiciosa, lo que hizo fue encauzar adecuadamente esta ambición. En lugar del afán de protagonismo y preeminencia, el cristiano se debe distinguir por su ambición en servir a los demás.

En realidad, el Señor estaba enseñando un principio que no sólo es válido en el ámbito de su Reino, sino también en el mundo. Seguramente, muchas de las personas que nosotros recordamos con admiración, lo son por la disposición que tuvieron para servir a los demás y por sus aportaciones constructivas a la sociedad.

El Señor dio un ejemplo supremo de lo que estaba enseñando por medio de su propia vida, haciendo que esta lección sea inolvidable:

(Mr 10:45) *“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”*

Y nosotros somos exhortados a seguir su ejemplo:

(Fil 2:3-8) *“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”*

“El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí”

A continuación, el Señor pasó a ilustrar su enseñanza. Para ello tomó a un niño en sus brazos mientras seguía hablando a sus discípulos.

Es interesante observar la frecuencia con que los evangelios mencionan la presencia de niños alrededor de Jesús y su amor por ellos. Cada vez que necesitaba un niño, allí había uno. Pero este aprecio de Jesús por los niños no era frecuente en la sociedad judía de su tiempo. En aquel entonces los niños eran considerados como “un proyecto de hombre”, y como tales, no eran tenidos muy en cuenta.

Por otro lado, si hay algo que caracteriza a un niño, es su dependencia de los adultos. Un niño no nos puede dar, siempre necesita cosas y cuidados. Entonces, ¿qué era lo que Jesús quería ilustrar por medio de aquel niño? El Señor estaba completando su enseñanza, y quería que les quedara claro que para llegar a ser grandes en el Reino de Dios, debían ponerse al servicio de los últimos de la sociedad; como los niños, que ni tienen riquezas, ni influencia, ni peso en el mundo.

Siempre somos dados a cultivar la amistad con aquellos que nos pueden hacer favores y que de alguna forma podemos sacar alguna utilidad de ellos, mientras que evitamos asociarnos con aquellos que sólo necesitan de nuestra ayuda y no nos pueden dar nada a cambio. Desgraciadamente el ser humano tiene esta tendencia. Pero Jesús nos enseña a buscar, no a los que nos pueden hacer favores, sino a aquellos a quienes nosotros se los podemos hacer. Preferiblemente a aquellos que no nos van a poder devolver lo que hagamos por ellos (**Lc 14:12-14**).

Ahora bien, “recibir a un niño en el nombre de Cristo”, nos hace pensar, no sólo en niños de corta edad, sino también en cualquier hermano o hermana, por muy sencillo y torpe que sea.

(Mt 25:31-46) “... en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.”

Cuando más adelante los apóstoles fueran enviados al mundo a predicar, deberían preocuparse por todos aquellos que a los ojos del mundo tal vez eran insignificantes. De esta forma, lo que hicieran por ellos, se lo estarían haciendo a Cristo mismo y al Padre que lo envió. Lo importante, por lo tanto, no eran ellos mismos como apóstoles, sino que su preocupación debería ser el honor y la gloria de Cristo. Y la forma de preocuparse por ello sería sirviendo a aquellas personas sencillas que poco o nada les podrían devolver.

En otra ocasión anterior (**Mr 6:7-13**), cuando Jesús los envió a predicar, les dio autoridad y les dijo que cualquiera que no les recibiera quedaría bajo el juicio de Dios. Tal vez no fueron capaces de enfocar esto correctamente y empezaron a pensar que ellos eran realmente importantes como apóstoles de Jesucristo. Pero lo que Cristo les estaba diciendo en este momento tenía que servir para rectificar cualquier falsa idea que se hubieran formado. En este caso, ya no eran ellos a los que había que recibir, sino a cualquier “niño”, y al hacerlo, estarían recibiendo a Cristo mismo.

La lección estaba clara: lo importante no era el niño, ni tampoco los apóstoles, sino Cristo, a quien de alguna manera éstos representaban en ambos casos.

Lamentablemente ellos no aprendieron la lección, y volveremos a verlos discutiendo sobre el mismo asunto más adelante (**Mr 10:35-45**). Y nosotros... ¿hemos aprendido la lección?

Preguntas

1. ¿Quién entregó a Cristo? Razone su respuesta con sus propias palabras.
2. ¿Por qué piensa que los discípulos no podían entender los anuncios que Jesús estaba haciendo sobre su muerte?
3. ¿Por qué los discípulos se callaron cuando Jesús les preguntó de qué habían estado discutiendo en el camino?
4. ¿Cuál debe ser la actitud de un seguidor de Cristo frente al poder y la autoridad? ¿En qué se diferencia de la del mundo?
5. ¿Qué quería enseñar Jesús a sus discípulos por medio del niño que tomó en sus brazos?

El que no es contra nosotros, por nosotros es - Marcos 9:38-41

(Mr 9:38-41) “Juan le respondió diciendo: Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía. Pero Jesús dijo: No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es. Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.”

Introducción

El rechazo, e incluso desaprobación, que los discípulos manifestaron ante los anuncios que Jesús les había hecho acerca de la necesidad de su muerte y resurrección, provocaron una cadena de fracasos que el evangelista recoge en este capítulo. Primero había sido la incapacidad de los discípulos de echar fuera el demonio de un muchacho (**Mr 9:18**), luego la desafortunada discusión que mantuvieron en el camino acerca de cuál de ellos sería el mayor (**Mr 9:34**), y ahora los encontramos exhibiendo un espíritu sectario que nuevamente mereció la desaprobación del Señor.

Es difícil saber con exactitud por qué razón Juan recordó en este momento el encuentro que algún tiempo atrás habían tenido con un exorcista, y qué conexión tenía esto con lo que Jesús acababa de decirles. Tal vez la enseñanza de Jesús sobre cómo debían “*recibir en su nombre a un niño*”, despertó la conciencia de Juan acerca de aquel hombre que estaba echando demonios en el nombre de Jesús pero al que ellos se habían negado a “*recibir*” porque no les acompañaba. Quizá a la luz de lo que Cristo acababa de decir, habían empezado a preguntarse si habían actuado correctamente en ese caso. Pero pudiera ser también que simplemente quisiera salir de manera airosa de la represión que Jesús les estaba haciendo, mostrándole el gran celo que tenían por él, y que a su juicio habían demostrado en aquella ocasión.

En cualquier caso, a pesar de los fracasos de los discípulos, o de las intenciones que tuviera Juan al mencionar este incidente, el Señor contesta una pregunta de mucha importancia: ¿Hasta qué punto debemos recibir a alguien que hace cosas en su nombre pero que no nos acompaña? Como ya hemos señalado, los discípulos se negaron a recibirle, pero ¿cuál fue la postura de Jesús acerca de esto? ¿Qué opinará el Señor acerca de las modernas divisiones en denominaciones en las que se agrupan los cristianos de hoy día y que con frecuencia defendemos con un celo parecido al de Juan?

“Uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue”

No es mucha la información que tenemos acerca de este hombre. Básicamente sabemos que echaba demonios en el nombre de Jesús y que no iba con el grupo de los apóstoles. Notemos que en ningún momento se pone en duda el hecho de que realmente echaba fuera los demonios. No se trataba aquí de un falso exorcista como los hijos de Esceva que Pablo encontró en Éfeso (**Hch 19:13-16**). Por lo tanto, era alguien que estaba siendo usado por el Señor para liberar a las personas del poder de Satanás.

Es importante señalar también que no se hace mención de que estuviera enseñando ninguna falsa doctrina, o que viviera en pecado. Además, por la forma en la que trataba el “*nombre de Jesús*”, y por la referencia que el Señor hizo más tarde de él, podemos pensar

que con toda probabilidad se trataba de un verdadero creyente, y no uno de esos exorcistas a los que Jesús condenó (**Mt 7:22-23**).

“Se lo prohibimos, porque no nos seguía”

La actitud de los discípulos quedó clara: ellos se sentían orgullosos de contar con el monopolio absoluto de Jesús. Cuando los apóstoles fueron enviados a predicar, el Señor les dio poder y autoridad sobre los demonios (**Mr 6:7**). Esto les llevó a pensar que ellos tenían la exclusiva y que eran los únicos colaboradores de Jesús en la obra del Reino. Así que, cuando vieron a alguien que no era de este grupo reducido haciendo lo mismo que ellos hacían, creyeron que era inapropiado y trataron de impedirse. No estaban dispuestos a reconocer a nadie que no perteneciera a su propio grupo.

Ahora bien, notemos cómo se manifiesta este espíritu sectario. La clave está en el motivo por el que los discípulos le prohibieron que siguiera echando fuera demonios: *“él no nos seguía”*. La preocupación de Juan no tenía que ver con el hecho de que no viera al hombre suficientemente dispuesto para identificarse con Cristo en su camino hacia la cruz. Si esto hubiera sido así, habría merecido la aprobación de Jesús. Pero el pasaje nos deja con la fuerte impresión de que lo que realmente desagradó a los discípulos fue que el hombre no les seguía “a ellos”.

Todo este asunto era realmente muy triste. Hacía muy poco los mismos discípulos habían sido incapaces de echar fuera el demonio de un muchacho (**Mr 9:17-18**), pero ahora querían impedir que este hombre, que obraba en el nombre de Jesús, hiciera lo que ellos con tantas dificultades no habían conseguido. Por supuesto, esta no era la forma de hacer progresar la obra del Señor. Pero desgraciadamente esto sigue siendo así. ¡Cuán a menudo criticamos a otros por los éxitos que no podemos conseguir nosotros mismos!

“Pero Jesús dijo: No se lo prohibáis”

La postura del Señor quedó clara: él no admitía el espíritu sectario de los discípulos.

Moisés enfrentó un caso similar cuando un joven vino diciéndole que Eldad y Medad estaban profetizando en el campamento en lugar de hacerlo junto a los otros en el tabernáculo y Josué le dijo que los impidiera. Moisés sabiamente respondió: *“¿Tienes tú celos por mí? Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos”* (**Nm 11:25-29**).

Desgraciadamente, a este espíritu intolerante debemos algunas de las páginas más negras de la historia de la iglesia.

“Ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí”

El Señor dijo que aquel hombre estaba con él en espíritu, ya que echaba fuera los demonios en su nombre, y que lógicamente, también hablaría bien de él, a quien reconocía como el Autor real de esos milagros. Aquí está la clave para entender la respuesta de Jesús: el hombre estaba actuando de acuerdo con lo que el nombre de Jesús significaba.

Cuando el apóstol Pablo escribió su primera carta a los Corintios, estableció un principio similar para determinar quiénes actuaban verdaderamente por el Espíritu Santo: *“Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús;*

y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Co 12:3). Según Pablo, obrar por el Espíritu implicaba aceptar las implicaciones doctrinales y prácticas que el nombre de Jesús tiene.

El poder de Cristo se manifiesta allí donde se le exalta de acuerdo a su Palabra. Por lo tanto, esta amplitud de miras que Jesús recomienda, no excusa falsas doctrinas u opiniones equivocadas en cuanto a su persona, puesto que actuar en su nombre implica necesariamente ajustarse a lo revelado en su Palabra acerca de él. Alguien que estuviera enseñando cosas falsas acerca de Jesús estaría claramente en el lado del diablo.

Por otro lado, no hay garantías de que todo aquel que obre en el nombre de Cristo, cuente con la plena aprobación del Señor en todo lo que hace. Por ejemplo, para nosotros sigue resultándonos curioso que alguien que echaba fuera demonios en el nombre de Jesús no estuviera con ellos. Y de hecho, el Señor no dijo nada acerca de esto. Pero no debemos olvidar que será el mismo Señor en su venida quien juzgará toda cuestión de lealtad y obediencia (**Mr 8:34-38**). Este asunto no les tocaba decidirlo a los discípulos.

“Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es”

La cuestión de fondo en este pasaje es con quién se asocia alguien en el servicio al Señor. Por la forma en la que los discípulos se referían al exorcista que no iba con ellos, parecía que más que hermano y colaborador, lo consideraban como un enemigo y opositor. El Señor les estaba enseñando que debían considerarle como alguien “de los nuestros”, entre los cuales el Señor también se incluía.

“Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto no perderá su recompensa”

El Señor llama su atención diciendo que cualquiera que procure servirle, por insignificante que su servicio parezca, no quedará sin recompensa. Esto ponía en evidencia que la actitud de los discípulos hacia aquel que echaba los demonios en el nombre de Cristo no había sido la correcta.

Notemos también que para el Señor no hay ningún servicio insignificante, que pase desapercibido o que quede sin recompensa. Por ejemplo, echar un demonio en su nombre, podría parecer algo espectacular, mientras que dar un vaso de agua puede ser una cosa muy corriente. Sin embargo, el Señor ha prometido recompensar cualquier cosa que hagamos por amor a su nombre.

La lógica de lo que el Señor estaba diciendo es que él considera que un vaso de agua dado a una persona porque es de Cristo, lo consideraría como ofrecido a él mismo. Todo esto nos recuerda que para el Señor nuestros hermanos son muy importantes, igual que lo que hacemos por ellos.

Algunas aplicaciones para nuestros días

- Debemos buscar por encima de cualquier otra cosa que el nombre de Cristo sea glorificado.
- Debemos reconocer y agradecer la manifestación del poder del Espíritu Santo allí donde se produzca.

- Debemos huir del exclusivismo espiritual que confunde la lealtad a la propia iglesia o denominación con la fidelidad al Señor.
- Debemos cuidarnos de ser intolerantes con aquellos que no hacen las cosas exactamente igual que nosotros.
- Debemos alegrarnos siempre que el Señor utiliza a otros hermanos nuestros para manifestar su nombre.

Preguntas

1. Según lo que hemos aprendido en esta lección, ¿hasta qué punto debemos recibir a alguien que hace cosas en el nombre del Señor?
2. ¿Cree que el hombre que echaba demonios era un auténtico creyente? Razone su respuesta.
3. ¿Cuál fue la actitud de los discípulos frente a este exorcista? ¿Qué le parece?
4. Explique qué quiso decir Jesús con esta declaración: *“Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa”*.
5. Resuma con sus propias palabras algunas de las aplicaciones prácticas que podemos sacar de este pasaje para nuestras propias vidas.

Ocasiones de caer - Marcos 9:42-50

(Mr 9:42-50) *“Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello, y se le arrojase en el mar. Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Porque todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será salado con sal. Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros.”*

Introducción

El Señor emplea aquí algunas expresiones que repitió en otras ocasiones diferentes. Es importante que en cada caso observemos el contexto para entender correctamente qué es lo que quería decir.

Al terminar el estudio anterior, consideramos que cualquier servicio realizado en el nombre de Cristo, por muy sencillo que éste fuera, tendrá una recompensa desproporcionada. Ahora el Señor continúa su exposición haciéndonos ver que, del mismo modo, cualquier pecado recibirá también un gran castigo.

“Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí”

Es probable que mientras que el Señor proseguía su enseñanza a los discípulos, todavía tuviera con él al niño que antes había cogido en sus brazos (**Mr 9:36**). Y volviendo a dirigir la atención de los discípulos hacia él, continúa exhortándoles contra la ambición y el sectarismo, a lo que ahora añade una solemne advertencia: ¡Cuidado con hacer tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí!

Por supuesto, con este niño el Señor se estaba refiriendo a todas aquellas personas sencillas y débiles. Esto incluye a todos aquellos que son recién convertidos o que por alguna razón son *“débiles en la fe”* (**Ro 14:1**). Pero hemos de extenderlo también a cualquier persona que todavía no conoce al Señor.

El hacerles tropezar consistiría en ponerles algún obstáculo que les apartara del Señor. En este contexto podríamos entender que la posición de privilegio y autoridad que los discípulos tenían podía convertirse en una piedra de tropiezo para otros si dejaban que se apoderase de ellos la ambición y el sectarismo. Pero a esto podemos añadir también cualquier comportamiento en el creyente que no sea coherente con su profesión cristiana. Esto incluye cualquier mal ejemplo o bien por falta de amor al Señor o bien por no cuidar la pureza que deben acompañar el testimonio de cualquier persona que se confiese seguidor de Cristo.

Aunque seguramente, nada hay tan dañino como una mala enseñanza de lo que la Palabra de Dios dice. Es cierto que el pecado en nuestras vidas es siempre algo terrible, pero el inducir a otro a pecar es infinitamente peor. Esto nos debería llevar a considerar con cuidado el efecto que nuestras palabras y acciones pueden tener sobre otros.

La importancia de lo que el Señor les estaba diciendo queda resaltada por la solemnidad con que hizo su exhortación. Él dijo que sería preferible que la persona muriera antes que hiciera tropezar a uno de esos “*pequeñitos*” que son objeto del especial cuidado de Dios. Para su explicación, el Señor usó de un lenguaje muy gráfico. Dijo que sería mejor que a quien hiciera tropezar a otros se les atara al cuello una de las pesadas piedras de molino que los asnos empujaban para moler el grano, y se les arrojase al mar.

***“Si tu mano... tu pie... tu ojo te fuere ocasión de caer...
córtalo... sácalo”***

El Señor continúa con su exhortación, pasando de los tropiezos que podemos poner a otros a los que nos podemos poner a nosotros mismos. Esto nos recuerda que con demasiada frecuencia somos nosotros mismos los que somos un tropiezo en nuestro propio camino.

En cualquier caso, este dicho de Jesús no debe tomarse literalmente. La Palabra nos enseña que el pecado no se encuentra en ninguno de los miembros de nuestro cuerpo físico, sino en el alma. A lo que el Señor se estaba refiriendo es a aquellas actitudes o aquellos hábitos que se interponen entre nosotros y Dios.

Según esto, la mano podría simbolizar nuestra manera de obrar, el pie representaría nuestro caminar por el mundo, y el ojo sería una figura de los malos deseos que surgen del corazón.

***“Mejor es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos
ir al infierno”***

Todos estos miembros del cuerpo son especialmente valiosos y muy queridos para nosotros. ¡Qué tragedia si se nos tuviera que amputar una mano o un pie! Pero el Señor quiere llamar nuestra atención sobre el hecho de que esto no sería absolutamente nada en comparación con la pérdida del alma en el infierno eterno.

El pasaje expresa la verdad fundamental de que hay una meta en la vida por la que se debería sacrificar cualquier cosa. Esta meta es descrita como “*la vida*” y “*el Reino de Dios*”. Frente a ese destino eterno, todas las cosas en esta vida presente tienen un valor relativo y perecedero.

Tal vez el Señor estaba ilustrando este principio por medio de una analogía dramática que, en ocasiones, tiene lugar en la medicina. Puede llegar el caso en que se haga necesario sacrificar un miembro del cuerpo para conservar la vida de la persona. Por ejemplo, si un pie está infectado de gangrena, esto se convierte en una amenaza para todo el cuerpo, por lo que el médico sólo tendrá la opción de amputarlo si quiere conservar la vida de su paciente.

Y de la misma manera, en el ámbito espiritual hay tendencias y actitudes que entrañan un grave peligro para la vida de la persona, y con las que tendrá que cortar drásticamente si desea entrar en el Reino de Dios. En ese caso, no se puede reparar en el sacrificio o el dolor que nos cause acabar con ellas. El Señor dice que hay que actuar sin vacilación y

rechazar de inmediato y de forma decisiva cualquier cosa que nos dañe espiritualmente. Consentir cualquier pecado en la vida siempre tendrá consecuencias muy negativas.

Esto quiere decir que tal vez sea necesario dejar algún hábito, privarse de algún placer, renunciar a alguna amistad, cortar y excluir alguna cosa que nos haya llegado a ser muy querida, a fin de obedecer al Evangelio.

El Señor llega a decir que estas cosas pueden estar tan arraigadas en nosotros que cortarlas puede producir en nosotros la misma sensación que si nos hubieran amputado un miembro del cuerpo. Pero ya hemos visto anteriormente que el llamamiento que Jesús hacía a sus seguidores era radical, e implicaba dar absoluta prioridad a la relación con él por encima de cualquier otra cosa (**Mr 8:34**).

Notemos también que esta “amputación” debía ser realizada por uno mismo. Esto nos recuerda que constantemente debemos juzgar y condenar el pecado en nuestras propias vidas si queremos ser discípulos útiles del Señor.

“Ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere”

El Señor quiere dejar constancia de la realidad, el horror y la eternidad del castigo que sufrirán aquellos que eligen vivir en sus propios placeres en lugar de convertirse en seguidores de Cristo.

Cada una de las tres referencias al infierno deben ser consideradas como solemnes invitaciones del Señor a reflexionar acerca de cómo estamos usando nuestras vidas.

Las descripciones que Jesús hace del castigo eterno, nos sirven para hacernos una idea de lo terrible de ese estado.

Primeramente debemos considerar la palabra “*Gehena*”, y que se traduce por “*infierno*”. Esta era la forma abreviada de “*Ge-ben-Hinnom*” que literalmente significaba “*el valle del hijo, o los hijos de Hinnom*” (**Jos 15:8**). Este era un lugar al sur de Jerusalén. En los días de Acáz y Manasés llegó a ser conocido porque allí se mataban los niños quemándolos como sacrificios ofrecidos a los dioses paganos (**2 Cr 28:3**) (**2 Cr 33:6**). Por esta razón, el piadoso rey Josías lo declaró como un lugar inmundo (**2 R 23:10**). Y en ese mismo tiempo, el profeta Jeremías pronunció terribles maldiciones sobre él (**Jer 7:32**) (**Jer 19:6**). Finalmente llegó a ser el lugar donde se quemaba la basura de la ciudad a fuego lento. Por estas razones llegó a ser usado como una figura del fuego eterno.

El Señor lo describió también como un lugar de tormento y dolor. Habló del “*fuego*” y del “*gusano*”. Tal vez podemos pensar en el fuego como produciendo un tormento externo y en el gusano como uno interno.

También dejó claro que se trata de un lugar de sufrimiento eterno. Allí el “*fuego no puede ser apagado*” y “*el gusano de ellos no muere*”. Estas frases fueron usadas primeramente por el profeta Isaías (**Is 66:24**) para describir el destino de los enemigos de Dios que se rebelaron contra él. El apóstol Pablo también dice que “*los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo sufrirán pena de eterna perdición*” (**2 Ts 1:8-9**). Y el libro de Apocalipsis lo subraya: “*Serán atormentados con fuego y azufre... y el humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche*” (**Ap 14:9-11**).

Aunque muchas personas de nuestro tiempo, entre las que se encuentran también algunos teólogos, dudan de la existencia real del infierno y del castigo eterno, hemos de notar que el Señor se refirió a él con total solemnidad.

“Porque todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será salado con sal”

En los dos últimos versículos de nuestra sección, el Señor hace tres referencias a la “sal”, y no resulta fácil ver la conexión entre ellas. Primero menciona la sal en relación con los sacrificios, luego trata de la inutilidad de la sal que se hace insípida, para finalmente hacer una exhortación a los discípulos para que tengan sal en ellos mismos.

Veamos la primera de las referencias: la sal en relación con los sacrificios.

El Señor acaba de anunciar el terrible juicio que sufrirán aquellos que prefieren vivir en el pecado en lugar de seguirlo a él. Se subraya que el elemento por el que Dios juzgará al mundo será el fuego, tal como anunció el profeta Isaías en el pasaje que Jesús acaba de mencionar (**Is 66:15-16**) y como el apóstol Pedro dijo en su segunda epístola (**2 P 3:7**).

A continuación, el Señor hace una comparación entre “*el fuego con el que todos serán salados*” y “*los sacrificios del orden levítico que debían ser salados con sal*”. Recordamos que en el antiguo orden, para que un sacrificio fuera agradable a Dios, era necesario que previamente fuera sazonado con sal (**Lv 2:13**), y de la misma manera, el juicio es presentado como un sacrificio en el que no puede faltar el fuego para que llegue a ser agradable a Dios.

Pero nos surge una pregunta: ¿cómo es posible que este terrible juicio por fuego sea presentado como un sacrificio agradable a Dios? Para entenderlo, debemos valorar adecuadamente la gravedad del pecado del hombre, que no sólo se rebela contra Dios, sino que también desprecia todas las evidencias de su gracia y amor. Si después de todo esto, Dios permaneciera en silencio, parecería que el pecado no le importa, lo que pondría seriamente en entredicho su justicia y su santidad. Por esta razón, es necesario un juicio visible en el que Dios manifieste su carácter y atributos.

Es cierto que muchas personas rechazan la existencia del infierno y del juicio de Dios como algo incompatible con su carácter bueno, pero la Biblia no se avergüenza de hablar repetidamente acerca de la ira de Dios como una manifestación necesaria de su carácter santo. ¿Qué pensaríamos de un Dios que, después de haber visto todos los pecados de la humanidad, permaneciera indiferente al respecto? ¿Quién creería que un Dios así es realmente justo y santo? ¿No nos escandalizamos nosotros cuando algunas veces vemos que los jueces de este mundo dejan impunes a los malhechores? ¿Será Dios así? Por supuesto que no. Y de igual manera que ha manifestado visiblemente al mundo su amor y misericordia entregando a su propio Hijo para nuestra salvación, también hará evidente su justicia y santidad juzgando el pecado. Y si fue glorificado en el sacrificio de su Hijo, también lo será en la manifestación de su juicio, porque en ambos casos su carácter es revelado.

“Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis?”

El Señor continúa con sus referencias a la sal. Ahora habla de la sal que ha perdido su sabor. Y aunque todos entendemos esta referencia en el orden físico, ¿qué quiere decir en el ámbito espiritual del que el Señor está hablando?

Primeramente, debemos notar cómo es descrita la sal en el pasaje que el Señor citó del libro de Levítico: **(Lv 2:13)** *“la sal del pacto”*. En este contexto, la sal era un símbolo del pacto que Dios había establecido con su pueblo. El Señor resumió las condiciones de este pacto de la siguiente forma: **(Mt 22:17)** *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”*. Esto era algo que no debían olvidar los israelitas cuando traían sus ofrendas. A ellos les resultaba relativamente sencillo ofrecer sus sacrificios de una forma externa, mientras que en sus corazones mantenían su rebelión contra Dios. Esta fue precisamente la razón por la que el profeta Isaías reprendió al pueblo en el pasaje que mencionó Jesús, y que provocó el juicio: **(Is 66:3-4)** *“El que sacrifica buey es como si matase a un hombre; el que sacrifica oveja, como si degollase un perro; el que hace ofrenda, como si ofreciese sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo. Y porque escogieron sus propios caminos, y su alma amó sus abominaciones, también yo escogeré para ellos escarnios, y traeré sobre ellos lo que temieron; porque llamé, y nadie respondió; hablé, y no oyeron, sino que hicieron lo malo delante de mis ojos, y escogieron lo que me desagrada”*.

Por lo tanto, a lo que Jesús se refería cuando advirtió del peligro de que la sal se haga insípida, tenía que ver con conformarse con una obediencia religiosa externa, pero no de corazón. Como ya sabemos, ésta era la tendencia de los fariseos y escribas, gente que abogaba por una religión formal y legalista. La sal se hace insípida cuando no tomamos en serio las advertencias de Jesús y no rompemos radicalmente con cualquier forma de pecado en nuestras vidas.

“Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros”

Nos encontramos aquí con la tercera referencia a la sal. Ahora se trata de una exhortación a tener sal dentro de nosotros mismos.

Seguramente, esta referencia complementa la anterior. Ya hemos dicho que la única forma para que la sal no se haga insípida es juzgando el pecado en nuestras propias vidas. Para ello, es necesario tener una actitud correcta en el corazón, algo imposible a menos que el Espíritu Santo more en nosotros y nos transforme por su poder. Y si en el corazón hay la actitud correcta, esto inevitablemente producirá las relaciones correctas también con los otros hermanos.

Con esta exhortación, el Señor zanja las diferentes discusiones que los discípulos habían tenido: sus rivalidades por quién sería el mayor, o sus enfrentamientos con otros que no les seguían.

Preguntas

1. ¿Quiénes son los “pequeñitos” a los que Jesús se refiere en este pasaje? Explique de qué formas se les puede hacer tropezar.
2. ¿Cómo debemos interpretar las referencias a la mano, el ojo y el pie que el Señor dijo que debíamos sacar o cortar de nosotros?
3. ¿Qué aprendemos acerca del infierno en este pasaje? Explique su respuesta.
4. Busque otras tres citas más en los Evangelios donde Jesús habló del infierno.
5. ¿Por qué cree que es necesario que haya un juicio sobre los pecadores? ¿No le parece que esto no se corresponde con un Dios de amor? Razone su respuesta.

Jesús enseña sobre el divorcio - Marcos 10:1-12

(Mr 10:1-12) *“Levantándose de allí, vino a la región de Judea y al otro lado del Jordán; y volvió el pueblo a juntarse a él, y de nuevo les enseñaba como solía. Y se acercaron los fariseos y le preguntaron, para tentarle, si era lícito al marido repudiar a su mujer. El, respondiendo, les dijo: ¿Qué os mandó Moisés? Ellos dijeron: Moisés permitió dar carta de divorcio, y repudiarla. Y respondiendo Jesús, les dijo: Por la dureza de vuestro corazón os escribió este mandamiento; pero al principio de la creación, varón y hembra los hizo Dios. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. En casa volvieron los discípulos a preguntarle de lo mismo, y les dijo: Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella; y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio.”*

“Levantándose de allí, vino a la región de Judea”

Jesús deja Galilea por última vez y comienza su viaje a Jerusalén en donde habría de llevar a cabo la consumación del servicio del Siervo de Jehová en la Cruz. En el camino, las multitudes le buscan y se unen a él, lo que le proporciona nuevas oportunidades para la enseñanza. Es un tiempo para seguir instruyendo a sus discípulos acerca de los grandes principios del Reino de Dios.

“Los fariseos le preguntaron para tentarle, si era lícito al marido repudiar a su mujer”

Los fariseos aparecieron nuevamente en la escena con las mismas intenciones de siempre: buscar cómo atrapar al Señor en sus palabras con el fin de crearle problemas.

La cuestión que le plantearon en esta ocasión tocaba uno de los puntos más discutidos en las escuelas rabínicas de aquellos días. Así que, cualquiera que fuera su postura, se encontraría inmediatamente con la oposición de un buen sector del judaísmo.

Pero no sólo era cuestión de elegir entre dos escuelas rivales en el tema del divorcio (la de Hillel o la de Shammai), sino que también estaba todavía en el aire el caso de Herodes. Todos recordamos que Juan el Bautista había denunciado enérgicamente al rey Herodes por causa de Herodías, mujer de su hermano Felipe, del que se había divorciado para casarse con Herodes. Juan el Bautista le recriminó por ello: *“No te es lícito tener la mujer de tu hermano”*. Y como sabemos, esto le costó la vida (**Mr 6:16-18**). ¿Habría Jesús con la misma osadía con que lo había hecho Juan? Los fariseos sabían que sería así, y esperaban que esto condujera al fin de su vida sin que ellos tuvieran que “manchase las manos”.

Todo esto hablaba muy mal acerca de los fariseos. Por un lado estaba su odio y hostilidad hacia Jesús, pero por otro, la trivialidad con la que trataban un tema tan importante como el del matrimonio y el divorcio, manifestaba un corazón duro e insensible.

Para ellos el matrimonio no era un vínculo definitivo. Su propia pregunta revelaba que pensaban en él como algo temporal. Y por otro lado, no podían ocultar tampoco su machismo: *“¿es lícito al marido repudiar a su mujer?”*. Para ellos la mujer no tenía derechos legales, todos estaban a disposición del marido.

Algunas consideraciones preliminares

Nosotros debemos tener cuidado de no tratar este tema con la misma frivolidad que lo hacían los fariseos. Es cierto que el divorcio es un tema complejo y controvertido, y sin duda, hay que tratarlo, pero sin olvidar que toca las emociones de las personas a un nivel profundo, tan profundo que se puede decir que pocas desdichas hay más grandes que la de un matrimonio desgraciado. Por lo tanto, al hablar de todo esto, no podemos exponerlo simplemente como un tema doctrinal frío, sino que debemos pensar siempre en personas, en relaciones rotas y en mucho sufrimiento.

Sin embargo, en nuestra búsqueda de respuestas acerca del tema, no podemos dejar que sea nuestro corazón el que nos guíe, sino que como en cualquier asunto relacionado con la moral y la doctrina, debemos confiar en la infalible Palabra de Dios, y no en nuestro engañoso corazón. Y en esto necesitaremos especialmente la ayuda del Señor, porque en muchas ocasiones, las personas que más se interesan por este asunto, lo hacen porque están implicadas emocionalmente en una ruptura matrimonial. Una situación así no ayuda para descubrir la voluntad de Dios, sino más bien para escuchar lo que se adapte a lo que nosotros mismos esperamos.

También tendremos que estar especialmente alerta para que nuestras convicciones sobre el tema no se vean influidas por los patrones de moralidad de la sociedad en la que vivimos, sobre todo cuando vemos cómo nuestra cultura cada día se aparta más de los principios de las Escrituras. En este sentido, es preocupante ver las grandes diferencias que encontramos entre los comentaristas bíblicos en función de la cultura en la que viven o de la época en la que han escrito.

Y por último, en un asunto tan complejo como éste, y en el que grandes hombres de Dios han adoptado diferentes puntos de vista, no pretendemos decir la última palabra sobre el tema. Por supuesto, hablamos con la convicción que el estudio de la Palabra de Dios nos produce, pero nunca pretendemos infalibilidad. Además, tratándose de un tema muy amplio, es imposible resolver todas las cuestiones que se puedan plantear, algunas de ellas muy complejas.

Dicho todo esto, abordamos este estudio con un corazón dividido, porque por un lado trataremos sobre el matrimonio, uno de los regalos más hermosos que Dios ha dado a la humanidad, y por otro, el divorcio, que tanto dolor y sufrimiento ha traído a millones de personas.

¿Qué es el matrimonio?

Aunque en todas las sociedades el matrimonio es una institución reconocida y reglamentada, no fue el hombre quien la diseñó, sino que fue Dios mismo quien lo hizo en el comienzo de la creación, antes incluso de que el pecado entrara en el mundo.

Puesto que fue Dios quien instituyó el matrimonio, nadie puede decirnos mejor que él cuáles son sus características y su propósito. El libro de Génesis nos da algunos detalles sobre esto:

- Debía ser el cauce para la preservación de la raza: *“Fructificad y multiplicaos” (Gn 1:28)*.
- Serviría a los cónyuges de compañía, ayuda y apoyo mutuos: *“No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” (Gn 2:18)*.
- Implicaba un compromiso de amor y entrega: *“Serán una sola carne” (Gn 2:24)*.

Podemos decir que el propósito de Dios en cuanto al matrimonio es que un hombre y una mujer hallen dentro de él una hermosa relación en todos los campos: espiritual, afectivo, sexual, social...

La importancia del matrimonio como fundamento de la sociedad está fuera de toda duda. La historia confirma de manera notable que cuanto más se acercan las leyes de un país a lo que la Biblia enseña sobre el matrimonio, todas las estructuras sociales funcionan mejor y la moralidad es más elevada.

El matrimonio es un pacto

Para comprender correctamente la importancia del matrimonio desde la perspectiva bíblica, hemos de verlo como un pacto divino. Esto subraya la gran solemnidad que entraña contraer matrimonio.

Esto quiere decir que el matrimonio es mucho más que un compromiso humano. Dios mismo interviene para unirlos de forma permanente e indisoluble.

(Mr 10:9) *“Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.”*

Así que, los que se casan quedan unidos por la ley de Dios (no sólo por las leyes civiles de los hombres) de forma permanente, y sólo la muerte los puede separar.

(Ro 7:2-3) *“Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muriere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera.”*

En otras ocasiones la Escritura se refiere también al matrimonio como a un pacto divino:

(Pr 2:17) *“... La cual abandona al compañero de su juventud, y se olvida del pacto de su Dios.”*

(Mal 2:14) *“... Jehová ha atestiguado entre ti y la mujer de tu juventud, contra la cual has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto.”*

El matrimonio ilustra la relación de Dios con su pueblo. El matrimonio, como unión indisoluble, es usado tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo para ilustrar la relación íntima y permanente de Dios con su pueblo.

(Ez 16:8) *“Y pasé yo otra vez junto a ti, y te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores; y extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu desnudez; y te di juramento y entré en pacto contigo, dice Jehová el Señor, y fuiste mía.”*

(Is 54:5) *“Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre...”*

(Ef 5:31-32) *“Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.”*

El divorcio atenta contra el orden divino

Después de haber considerado brevemente la importancia del matrimonio desde la perspectiva bíblica, y la forma en la que Dios mismo lo ha honrado, estamos en condiciones de decir que el divorcio, en cuanto que rompe el diseño divino del matrimonio, es un atentado contra su voluntad.

Por esta razón, el Señor Jesucristo se expresó con tanta contundencia: *“Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”* (Mt 19:6). Siguiendo la ilustración del Señor, podríamos decir que para un hombre y una mujer casados, el divorcio sería lo mismo que si les arrancasen un brazo o una pierna del cuerpo.

No cabe duda de que la intención original de Dios en cuanto al matrimonio era que éste fuera indisoluble. Esta es la deducción lógica del lenguaje empleado por Dios: *“un pacto”, “una sola carne”, “hasta que la muerte los separe”, “sujeta por la ley mientras vive”*. Por lo tanto, el divorcio debe ser considerado como una violación flagrante de la institución divina. Y por supuesto, implica también el fracaso del hombre en su fidelidad hacia Dios, y la ruptura de la relación entre ambos.

El divorcio es una experiencia muy dolorosa

Ya hemos dicho que el fracaso matrimonial es siempre una tragedia porque contradice la voluntad de Dios y frustra su propósito, pero también, porque acarrea para el marido y la mujer un profundo dolor que puede perdurar por mucho tiempo.

Es cierto que en nuestras sociedades modernas, el divorcio suele ser considerado como la única salida rápida y válida para los conflictos matrimoniales. Sin embargo, la realidad es que el divorcio es la opción más cara a nivel económico, emocional, espiritual y existencial.

Veamos algunas de sus consecuencias más habituales.

- Con frecuencia el divorcio resulta más desgarrador sentimentalmente que la muerte del cónyuge.
- Aparecen diferentes sentimientos de fracaso y culpa que pueden torturar el alma.
- Crisis de autoestima, producida como consecuencia de verse rechazado, abandonado o traicionado.
- Incapacidad para amar a otra persona con la misma sinceridad que la primera vez.
- La soledad puede resultar sobrecogedora.
- Los trámites legales para el divorcio acrecientan el sufrimiento.
- Provoca cambios económicos muy importantes, y la pérdida de poder adquisitivo.
- Afecta al rendimiento laboral, produce estrés, ansiedad, depresión...
- A todo esto hay que añadir la angustia por los hijos, las tensiones por la custodia y la pensión. Y el propio dolor de los hijos y las consecuencias que también acarrearán para ellos en el futuro.
- Normalmente se produce también cierta ruptura social con las personas relacionadas con los cónyuges.

En nuestros días, muchas parejas se lanzan al divorcio sin haber examinado bien las consecuencias, y sin haberse parado a pensar en otras opciones que les pudieran ayudar a madurar y superar sus problemas.

El divorcio en la actualidad

La tendencia en nuestros días es una clara disminución del número de personas que se casan, y un aumento constante de divorcios. Esto sin mencionar que cada vez hay más países en los que se reconocen las uniones homosexuales como “matrimonio”. No cabe duda de que toda esta situación tiene que entristecer profundamente el corazón de Dios.

Algunas cifras sobre el divorcio.

- En España, el aumento de divorcios en los últimos años ha sido espectacular. En 2005 se produjo un incremento de las rupturas del 10,55% respecto al año anterior. Del año 2005 con respecto al 2000 el incremento fue del 45,7%.
- En Europa la tendencia es similar. Según datos de la UE, de las parejas europeas que se casaron en los años 60 se han divorciado el 14%, de las que lo hicieron en la década de los 80, 20 años después, lo han hecho el doble.
- En Estados Unidos. El 50 por ciento de los matrimonios termina en divorcio y el 75 por ciento de los divorciados vuelve a casarse. Sin embargo, de éstos el 61 por ciento de hombres y 54 por ciento de mujeres se divorcian nuevamente.

¿Por qué fracasa el matrimonio?

Como cristianos debemos preguntarnos urgentemente qué es lo que está fallando, porque desgraciadamente, el divorcio no sólo es una plaga en el mundo, sino que también se está introduciendo con fuerza dentro de las iglesias cristianas. A continuación resumimos algunas de las posibles causas.

- A pesar de que el matrimonio es la institución más importante de la sociedad, las parejas entran en ella sin la preparación necesaria. A veces por falta de madurez personal suficiente, y en otras, porque toda su preocupación por el tema se resume en organizar una boda bonita, que las fotos salgan bien y poco más.
- La moderna filosofía sobre “el cambio”. Todo el mundo vive obsesionado por experimentar cosas nuevas. Se dice que el cambio enriquece la vida y ayuda al crecimiento personal. En este contexto, el permanecer unido en matrimonio a la misma persona durante toda la vida, es considerado como signo de estancamiento personal. Por el contrario, el divorcio se considera como una experiencia que ayuda al desarrollo personal.
- El énfasis exagerado en el “individualismo”. El individuo está por encima de la comunidad. Lo único que se busca es la propia satisfacción y placer. Todo esfuerzo o sacrificio por la familia o la sociedad quedan descartados automáticamente. Con esta mentalidad, a la que más propiamente deberíamos llamar “egoísta”, el matrimonio es contemplado como algo que ata a las personas e impide su felicidad y disfrute de la vida.
- La incorporación de la mujer al mundo laboral, con todas las presiones que en él se viven, ha tenido también sus consecuencias sobre el matrimonio. En muchas ocasiones los cónyuges apenas coinciden por sus horarios, a lo que hay que añadir nuevas tentaciones. Por otro lado, esto ha servido para la emancipación de la mujer, que ahora, con autonomía económica, también persigue sus propios objetivos individuales y su propia realización.
- Cada vez más las leyes civiles facilitan y agilizan los trámites para el divorcio. También se ha dejado de estigmatizar socialmente a las personas divorciadas.

- La cultura de “todo el mundo lo hace”. Cuando una pareja empieza a tener desacuerdos, hacen lo que todo el mundo; se separan. Y esto es una cadena que no tiene fin: los hijos de padres divorciados, muy probablemente seguirán el mismo ejemplo.
- El cristianismo y sus valores sobre el matrimonio han dejado de ser relevantes para la sociedad moderna. De hecho, son constantemente atacados y ridiculizados desde todos los ángulos.
- El divorcio se ha introducido también en el cristianismo, y la mayoría de confesiones cristianas han flexibilizado sus posturas doctrinales y pastorales para adaptarse a las nuevas situaciones, ganando terreno la permisividad y la tolerancia en cuanto al tema del divorcio.

¿Qué enseñó Jesús acerca del matrimonio y el divorcio?

Después de estas consideraciones previas, volvemos a nuestro pasaje en el evangelio de Marcos y vamos a considerar la enseñanza que Jesús dio acerca del matrimonio y el divorcio cuando los fariseos fueron a tentarle.

Lo primero que notamos es que mientras que el énfasis de los fariseos estaba en el divorcio, Jesús se interesaba en la institución divina del matrimonio. Esta diferencia fundamental de prioridades determinó que sus posiciones fueran completamente diferentes.

Por ejemplo, el Señor evitó todas las complicaciones que habían surgido en la sociedad por causa del pecado, y dejó también a un lado las opiniones humanas, y aun la ley, para volver al propósito inicial del Creador: *“al principio de la creación, varón y hembra los hizo Dios” (Gn 1:26-28)*. Esto le sirve para enfatizar que fue Dios quien instituyó el matrimonio y quien lo hizo posible. Y que su propósito al crear hombre y mujer fue para que juntos se complementaran. Es evidente que cada uno fue hecho para el otro, con el propósito de juntarlos y de que fueran enriquecidos mutuamente.

Más adelante, vuelve a citar el libro de Génesis en **(Gn 2:24)**: *“Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne”*. Con esto nos enseña que la relación matrimonial toma prioridad sobre toda otra relación, incluso los padres. Y que el matrimonio se constituye ante los ojos de Dios cuando un hombre deja a sus padres para unirse a su mujer. Esto implica reconocimiento público, una unión permanente y consumación de la relación sexual.

“Y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno”. Por medio de la unión matrimonial, dos partes separadas, llegan a ser una sola e indivisible: *“ya no son más dos, sino uno”*. Por supuesto, el hecho de ser *“una sola carne”*, no se refiere únicamente al acto sexual. Quienes entran en el matrimonio pensando sólo en este aspecto, pronto naufragarán. La unión en *“una sola carne”* implica no sólo unidad física, sino también espiritual, intelectual, moral, emocional, social... Desgraciadamente, cada vez hay más parejas que entran en el matrimonio manteniendo sus propios grupos de amigos, sus propias aficiones, su propia economía independiente, compartiendo una casa, una cocina, una cama y algunos gastos comunes. Por supuesto, éste no es el modelo bíblico y pronto aparecerán los problemas, y dado que la unión es tan frágil, fácilmente se puede llegar a abandonar el matrimonio.

El Señor terminó con la conclusión lógica: *“Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”*. Jesús vuelve a confirmar la indisolubilidad del matrimonio de forma muy enfática.

Ahora bien, ¿cómo se puede llegar a separar un matrimonio? Parece que la respuesta lógica, dado el contexto de la pregunta de los fariseos, es por medio del divorcio. Evidentemente el divorcio separa lo que el matrimonio une. Podemos decir por lo tanto, que quien se divorcia está separando algo que Dios ha unido, lo cual significa desafiar arrogantemente a Dios. Tal vez debamos incluir también a otras terceras personas. Por ejemplo, una persona que se mete por medio del matrimonio y lleva a uno de ellos al adulterio.

“Moisés permitió dar carta de divorcio, y repudiarla”

A los fariseos no les agradaba el lenguaje del Señor sobre el matrimonio y no tardaron en recordarle que *“Moisés permitió dar carta de divorcio a la mujer y repudiarla”*. Evidentemente, la norma de fidelidad matrimonial que Jesús enseñaba era mucho más alta que la de los maestros judíos de la época, incluso que la que Moisés permitió, de ahí que los fariseos no se conformaran con sus explicaciones. En su queja, ellos hicieron referencia a lo escrito por Moisés en **(Dt 24:1-4)** acerca de la carta de divorcio.

Antes de que entremos a analizar brevemente este texto en Deuteronomio, es preciso que observemos un detalle importante sobre este pasaje. Esta pequeña porción es toda la legislación que el Antiguo Testamento contiene sobre el divorcio. Y Jesús dijo sobre ella que no reflejaba los pensamientos de Dios, sino que se debió a la dureza del corazón de los hombres. Todo esto nos da una idea de lo que Dios piensa sobre el divorcio.

Analizando el texto vemos que no hay ningún mandamiento para que el hombre repudie a su mujer. Ni siquiera se le aconseja al marido el repudio de su esposa ni nada semejante. Nada en el pasaje nos hace pensar que Dios apruebe el divorcio o lo considere legítimo en ciertas condiciones. Lo que sí que podemos apreciar es que el divorcio era una práctica común dentro del pueblo de Israel y que era “permitida” socialmente. De hecho, el divorcio no era condenado ni se imponían penas o castigos a quienes lo practicaban. Pero insistimos, tal como señaló Jesús, esta tolerancia no lo hacía moralmente legítimo.

Lo único que Moisés mandó en este pasaje, es que el marido que repudiaba a su mujer debía darle una *“carta de divorcio”*. El contenido de esta carta no lo conocemos. Tal vez servía para explicar las razones del repudio. Su finalidad era impedir las decisiones temperamentales de los maridos. De alguna manera, el tener que darlo por escrito serviría para frenar decisiones irreflexivas e impetuosas. Al mismo tiempo, era un documento legal que recogía la situación exacta de la mujer. Esto le protegería en el caso de que se volviera a casar para que no fuera considerada una adúltera.

Los judíos de los tiempos de Jesús se sentían tranquilos porque cuando repudiaban a sus mujeres no olvidaban darles una carta de repudio. El Señor les reprendió por esto como luego consideraremos **(Mt 5:31-32)**.

Además de estar obligados a darle una carta de repudio a la mujer, también había una prohibición: la mujer no podría volver con su primer marido. Esto constituiría una *“abominación delante de Jehová”*, y Moisés les exhorta a que no perviertan la tierra que Jehová su Dios les da por heredad. Este es precisamente el punto donde el pasaje se hace más estricto. Todo esto debía obligar al esposo a pensarlo bien antes de tomar la decisión de repudiar a su mujer, porque una vez que la rechazara no podría volverla a tomar.

La razón para que un hombre repudiase a su mujer era que hallara en ella alguna *“cosa indecente”*. La interpretación de lo que quería decir exactamente una *“cosa indecente”*, tenía divididas a las dos principales escuelas de rabinos en torno a las posibles causas de

divorcio. Algunos interpretaban que se refería al “adulterio”, pero esto no es probable, porque ese pecado estaba castigado con la pena de muerte, y en ese caso no sería necesario el divorcio (**Lv 20:10**) (**Dt 22:22**). Otros pensaban que significaba algo indecoroso en la conducta de la mujer que causara el descontento del marido.

La conclusión más probable es que Moisés no estaba dando una causa legítima para que el hombre repudiase a su mujer, sino que por medio de esta expresión “indefinida”, abarcaba todas las posibles causas que ellos usaban a diario para repudiar a sus mujeres.

Pero lo que el pasaje sí que deja claro es que la mujer que era repudiada quedaba “envilecida” (**Dt 24:4**). En este caso no tiene tanto que ver con una impureza ceremonial, como con el hecho de que había sido humillada por el marido al ser repudiada.

“Por la dureza de vuestro corazón os escribió este mandamiento”

¿Refleja este texto de Deuteronomio el carácter de Dios y su intención para el matrimonio? Podemos decir con toda seguridad que no, y esto por varias razones:

- Primeramente, porque el Señor Jesucristo no ratificó el permiso para divorciarse que aparece en Deuteronomio. Por el contrario, dijo que se debía a la dureza del corazón humano y que no se debía aplicar con un carácter permanente ni vinculante. Para demostrar esto se remontó a la historia de la Creación como la norma establecida por Dios para todos los tiempos.
- Por otro lado, la ley de Deuteronomio prohibía que la mujer repudiada volviera con su primer marido. Pero eso fue exactamente lo que Dios hizo con su pueblo Israel. (**Is 50:1**) (**Jer 3:8**) Dios había llegado a repudiar a su “esposa” por su rebeldía y fornicación, pero nunca se casó con otra. El profeta Oseás nos da testimonio de cómo Dios tuvo que separarse de su esposa obligado por la idolatría adúltera de ésta, pero siguió unido a ella, y en su momento volvió a buscarla con el fin de restaurar esta relación: (**Os 2:1-23**) “... Se prostituyó... dijo: Iré tras mis amantes... ahora descubriré yo su locura delante de los ojos de sus amantes, y nadie la librá de mi mano... y la castigaré por los días en que incensaba a los baales... y se iba tras sus amantes y se olvidaba de mí, dice Jehová. Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón... En aquel tiempo, dice Jehová, me llamarás marido... y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová”.
- Además, el pasaje de Deuteronomio no contiene ninguna indicación de que Dios aborrezca el repudio (**Mal 2:14-16**), ni se menciona ningún proceso para recuperar la situación de un matrimonio con problemas.

Pero si esta ley dada por Moisés no reflejaba de ninguna manera el propósito de Dios para el matrimonio, ¿por qué entonces se hizo esta concesión que aparece en las páginas inspiradas de la Biblia?

- En primer lugar, la ley servía para sacar a la luz el fracaso del hombre en cumplir la voluntad de Dios.
- Y también servía para establecer orden y justicia en una sociedad bajo los efectos del pecado. En este sentido tenía el propósito de legislar ciertas medidas que

protegieran a las mujeres repudiadas y desamparadas, aunque esas medidas no reflejaran el designio original de Dios para el matrimonio.

“Hablo con los que conocen la ley” (Ro 7:1-6)

En nuestro pasaje en el evangelio de Marcos, cuando los fariseos preguntaron al Señor acerca de su postura acerca del divorcio, él les contestó con otra pregunta: “¿Qué os mandó Moisés?” (**Mr 10:3**). Como ya hemos visto, en su respuesta sacaron a colación el texto de (**Dt 24:1-4**). Para ellos esto era todo lo que la ley decía en cuanto al matrimonio y el divorcio, pero, ¿era esto realmente así? El apóstol Pablo menciona la ley del matrimonio en (**Ro 7:1-6**), y vuelve a mostrar una vez más su carácter indisoluble. Aunque no cita ningún texto concreto de la ley de Moisés, sin embargo, al igual que el Señor Jesucristo, vuelve a la unión original entre Adán y Eva para establecer un principio legal de valor permanente.

En realidad, el tema principal que Pablo está desarrollando en Romanos no es el del matrimonio, sino que menciona la ley que lo rige como una ilustración de la unión indisoluble que el hombre tiene con la Ley de Dios. El argumento principal del apóstol es que el hombre está sujeto a la ley durante toda su vida, y que la única forma de ser librado de ella es por medio de la muerte. Con el propósito de ilustrar este principio permanente, escoge la ley que une a la mujer con su marido mientras ambos viven. El razonamiento de Pablo es claro: de la misma forma que el hombre no puede ser librado de la ley de Dios a no ser por la muerte, también el hombre y la mujer casados están unidos por la ley de Dios mientras ambos viven. Si hubiera algún tipo de excepción para la ruptura del matrimonio diferente de la muerte de uno de los dos cónyuges, entonces todo el argumento de Pablo se vería afectado y no se podría sostener.

La conclusión, por lo tanto, es que la ley del matrimonio está en vigencia mientras los dos cónyuges están vivos, de tal manera que “*si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera*” (**Ro 7:3**). Este es el mismo principio en que el Señor basó su explicación a los fariseos, y que constituye la esencia de la ley en cuanto al matrimonio en todo tiempo.

“En casa volvieron los discípulos a preguntarle de lo mismo”

Cuando el Señor estuvo a solas con los discípulos, éstos volvieron a preguntarle nuevamente sobre el tema. ¿Por qué? Tal vez fue porque había algo que no entendían, pero más probablemente, se debía al hecho de que tenían dificultades para aceptar lo que les había enseñado. En el pasaje de Mateo, cuando Jesús terminó su enseñanza sobre el matrimonio y el divorcio, los discípulos quedaron perplejos por lo estricto de sus normas y dijeron: “*Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse*” (**Mt 19:10**).

Los discípulos estarían acostumbrados a escuchar las interminables discusiones que los fariseos tenían sobre las posibles causas para autorizar un divorcio, y seguramente esto les había influido en su propia concepción del tema. Pero con su explicación, el Señor volvió a distanciarse de las interpretaciones superficiales que los fariseos hacían de la ley para mostrar el verdadero propósito de ésta. Según ellos, el divorcio era algo conforme a la voluntad de Dios, siempre y cuando entregaran la carta correspondiente de divorcio (**Mt 5:31**). Pero para el Señor esto era una forma encubierta de adulterio. Pero aun más, lo que Cristo vino a decirles es que el divorcio no anulaba el matrimonio a los ojos de Dios. Sin duda, todo esto tuvo que dejar asombrados a los discípulos, que probablemente no habían escuchado nada parecido con anterioridad.

“Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella”

Ante la nueva pregunta de los discípulos, Jesús amplía su respuesta y habla no sólo del divorcio, sino también del nuevo matrimonio de una persona que se ha divorciado. Y si hemos entendido el principio que el Señor expresó en cuanto a la indisolubilidad del matrimonio, no nos costará entender que cualquier nuevo matrimonio se constituye en un acto de adulterio.

Jesús indicó claramente que si el hombre o la mujer que repudia se vuelve a casar después del divorcio, comete adulterio. Por supuesto, tanto en aquella época como en la nuestra, la legislación civil permite ese tipo de situaciones, pero el Señor dijo que es un acto de inmoralidad que contraviene la clara voluntad de Dios y lo definió como adulterio. La razón para esta conclusión está en que a los ojos de Dios el matrimonio no había quedado anulado, sino que seguía en vigencia.

En este sentido, es interesante considerar también un pasaje similar que encontramos en el evangelio de Lucas: **(Lc 16:18)** *“Todo el que repudia a su mujer, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada del marido, adultera.”*

Notamos que Jesús vuelve a afirmar que el nuevo matrimonio de alguien que ha repudiado a su cónyuge se constituye en adulterio. Pero lo que aporta este pasaje, es que la persona que ha sido repudiada, también comete adulterio si se vuelve a casar, y lo mismo la persona que se casa con ella.

Lo que está diciendo nos puede resultar asombroso: la mujer que ha sido repudiada, y que supuestamente es la parte inocente en este divorcio, comete adulterio si se vuelve a casar. Aunque no ha hecho nada para que el marido se divorcie de ella, y aunque ha quedado abandonada, sin embargo, será considerada como adúltera a los ojos de Dios si se vuelve a casar. Y lo mismo cualquier hombre que se case con la mujer abandonada y repudiada. En otras palabras, podemos decir que la oposición de Jesús a volver a casarse después de un divorcio no depende de las condiciones del divorcio, sino de la indestructibilidad del lazo matrimonial.

“Salvo por causa de fornicación”

Aunque los evangelios de Marcos y Lucas no mencionan ninguna razón que justifique el divorcio, en cambio, las dos veces que se habla del tema en el evangelio de Mateo aparece una cláusula que parece indicar que puede llegar a haber alguna causa justificada para el divorcio **(Mt 5:32) (Mt 19:9)**. En ambos casos, el asunto concreto al que el Señor se refiere es la *“fornicación”*, que seguramente debemos entender en este caso como el pecado de adulterio.

¿Cómo debemos interpretar esta “causa justificada de divorcio”?

Primeramente, cuando leemos estos pasajes vemos que el Señor no está dando ningún mandamiento. En ningún caso dice que si una persona sufre el adulterio de su cónyuge, ésta deba obligatoriamente divorciarse.

Por otro lado, lo que tenemos aquí es una “excepción” a un principio general. Por lo tanto, no debemos cometer el error de interpretar el principio general a la luz de la excepción, sino justo al revés. No hacerlo así podría causar una seria distorsión de la enseñanza de Jesús que finalmente nos llevaría por el camino de los fariseos que ponían su atención en el divorcio en lugar de en el matrimonio.

Comencemos por considerar brevemente el pasaje que encontramos en **(Mt 5:31-32)**: *“También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio. Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio”*.

Como ya hemos dicho, Jesús se oponía a las interpretaciones de los fariseos que hacían de la obediencia a la ley una cuestión puramente externa y ritual. Por ejemplo, ellos habían llegado a justificar el repudio de la mujer con la única condición de que se le entregara un documento con el cual pudiera volver a casarse con otro hombre. Para ellos, lo importante no era la inviolabilidad del matrimonio, sino solamente el detalle técnico del certificado de separación.

Para entender la amonestación que Jesús les hace aquí, debemos darnos cuenta primeramente de que en estos dos versículos está continuando con el tema del adulterio del que comenzó a hablar en **(Mt 5:27-30)**. Él se había dirigido a los judíos legalistas para decirles que hay otras formas de adulterio además de la física: *“Yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”*. A continuación, el Señor les dijo que el divorcio que ellos practicaban tan alegremente, era una forma de empujar a la mujer repudiada al adulterio, y que eso era también un pecado del que ellos eran responsables.

Para intentar entender el versículo, vamos a leerlo primeramente quitando la “cláusula de excepción”: *“El que repudia a su mujer hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio”*. ¿Por qué dice Jesús que una mujer inocente que ha sido repudiada comete adulterio? Está claro que la mujer no se convierte en adúltera simplemente por haber sido repudiada. La razón la debemos buscar en el hecho de que Jesús suponía que la mujer se volvería a casar, y esa nueva relación sería adúltera, aunque ella hubiera sido injustamente repudiada. El hecho de que Jesús hablara así es porque evidentemente para él el matrimonio inicial seguía siendo válido y las nuevas relaciones las consideraba como adúlteras y pecaminosas, independientemente de lo que autorizaran las leyes civiles o religiosas. Por lo tanto, lo que estaba haciendo era llamar la atención a los fariseos, porque aunque ellos pensaban que estaban en su derecho de repudiar a la mujer con tal de que le dieran una carta de divorcio, Jesús les hace notar que de hecho estaban “empujándolas” al adulterio.

Pero ahora tenemos que pensar en la “cláusula de excepción”: *“El que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere”*. Si hemos entendido que lo que Jesús estaba reprendiendo era la forma en que los fariseos hacían adúlteras a sus mujeres, lo que ahora está diciendo es que esto no sería así en el caso de que la mujer ya hubiera cometido adulterio antes del divorcio. En ese caso, el marido no sería responsable del pecado de adulterio de la mujer, ni haría que ella adulterara, porque de hecho, ya había adulterado.

También es importante notar que el texto no dice nada acerca de si el marido inocente podía volver a casarse con otra mujer. Siguiendo el principio de indisolubilidad del matrimonio que Jesús enseñaba, lo lógico sería pensar que, de la misma manera que una mujer inocente que era repudiada injustamente por su marido cometía adulterio si emprendía una nueva relación **(Lc 16:18)**, de igual modo, también el marido inocente que había sufrido el adulterio de su mujer, sería considerado adúltero si se volviera a casar con otra mujer.

Muchos vienen a este pasaje en busca de algún tipo de permiso de parte del Señor para divorciarse de sus cónyuges y así poder emprender una nueva relación con otra persona. Pero el Señor no da aquí ninguna razón válida para un nuevo matrimonio. La fuerza del pasaje radica precisamente en el punto opuesto: la indisolubilidad del matrimonio, la

condena del divorcio como una forma de pecado, y también de las nuevas relaciones que surgen a partir de él.

Consideremos ahora el pasaje que encontramos en **(Mt 19:9)**: *“Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adúltera; y el que se casa con la repudiada, adúltera”*.

Estos versículos son parecidos a los que ya hemos considerado de Mateo 5, sin embargo, el contexto aporta nuevos datos que debemos considerar para entender correctamente el sentido de lo que Jesús estaba enseñando. En este caso, como en el del Evangelio de Marcos, la enseñanza de Jesús vino como respuesta a una pregunta malintencionada de los fariseos: *“¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?”*. Jesús les recordó el plan original de Dios al crear el matrimonio y expresó su carácter indisoluble. También explicó que lo que Moisés había escrito en **(Dt 24:1-4)** se debió a la dureza del corazón del hombre, pero que nunca había sido la intención de Dios. Por lo tanto, llegó a decir que *“lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”*. De alguna manera, lo que estaba dándoles a entender era que cuando ellos emprendían un divorcio, estaban manifestando una actitud arrogante y desafiante contra Dios, rompiendo algo que el mismo Dios había unido para siempre. Y en este contexto es donde encontramos la cita que ahora estudiamos.

En este punto no debemos perder de vista la pregunta en la que los judíos insistían: *“¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?”*. Como ya hemos visto, Jesús no contestó la pregunta inmediatamente, sino que regresó a las Escrituras para recordarles la importancia del matrimonio desde la perspectiva divina. Esto se hacía necesario, puesto que como ya hemos dicho anteriormente, los fariseos estaban mucho más interesados en el divorcio que en el matrimonio, por lo que el Señor tuvo que colocar cada cosa en su lugar antes de responderles. Pero finalmente, el Señor abordó su pregunta y la contestó: la única razón legítima para dar una carta de divorcio es si ha habido inmoralidad sexual.

En su contestación, el Señor trató la cuestión tal como ellos la practicaban: daban una carta de divorcio a su mujer y se casaban con otra. Jesús dijo que si hacían esto sin que mediara adulterio por parte de sus mujeres, al volverse a casar estarían cometiendo adulterio. Pero la cuestión que nos preocupa ahora, es determinar cómo se debería considerar el nuevo matrimonio de la parte inocente que había sufrido la infidelidad de su cónyuge antes del divorcio. Lo cierto es que el Señor no contesta a esta pregunta. Sin embargo, aunque no hace ninguna valoración de este hecho, está claro que el Señor asumía que se volvería a casar. Pero, ¿estaba el Señor de acuerdo con esto? Ya hemos considerado en el caso de **(Lc 16:18)** que la parte inocente sería culpable de adulterio si emprendía una nueva relación, aunque en aquel caso el Señor también asumió que probablemente lo haría. Lo más correcto en este caso sería aplicar el principio de indisolubilidad del matrimonio que el Señor enseñaba constantemente.

Pero en cualquier caso, el pasaje enseña algo importante, y es que el adulterio es una causa justificada para que la parte ofendida rompa la convivencia con su cónyuge. Lo que no sirve, sin embargo, es para autorizar el nuevo matrimonio de ninguna de las partes.

¿Cómo podemos estar seguros de que ésta es la interpretación correcta? Fundamentalmente porque coincide con los principios que el Señor enseñó en las demás ocasiones que trató este tema, y también por los comentarios que el apóstol Pablo hizo sobre este pasaje y que consideramos a continuación.

La enseñanza de Pablo (1 Co 7:10-16)

El pasaje citado se divide claramente en dos partes que tienen que ver con lo que el Señor dijo acerca del divorcio y nuevo matrimonio (1 Co 7:10-11), y lo que el apóstol Pablo enseñó acerca del mismo tema adaptando las enseñanzas de Jesús a las nuevas situaciones que se estaban produciendo en las iglesias cristianas (1 Co 7:12-16). Por supuesto, tanto el Señor como su apóstol enseñaban una misma cosa y no entraban en oposición, por eso, cuando Pablo dice: *“mando, no yo, sino el Señor”* (1 Co 7:10) y luego *“y a los demás yo digo, no el Señor”* (1 Co 7:12), debemos entender sencillamente, que en algunos casos concretos el Maestro ya había enseñado sobre el tema, mientras que en otros, el apóstol trata casos nuevos que se producían por la llegada del evangelio, cuando sólo uno de los dos cónyuges se convertía. En ese caso, el apóstol tiene que adelantar nueva enseñanza, igualmente inspirada, y por supuesto, en completa armonía con lo que el mismo Señor ya había enseñado sobre el tema.

Comencemos por ver los versículos de (1 Co 7:10-11): *“Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido; y si se separa, quédese sin casar, o reconcíliase con su marido; y que el marido no abandone a su mujer”*.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que Pablo se está refiriendo al pasaje que antes hemos considerado en (Mt 19:1-12). Cuando escuchamos la expresión del apóstol: *“Que la mujer no se separe del marido”*, recordamos las palabras del Señor: *“Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”*. Y cuando Pablo dice: *“Si se separa...”*, se estaría refiriendo a la única causa de divorcio que el Señor contemplaba: *“Por causa de fornicación”*.

Teniendo, entonces, evidencia de la relación entre este pasaje de 1 Corintios y el de Mateo 19, es importante volver a considerar el tema que antes hemos dejado pendiente con la nueva luz que el apóstol nos ofrece aquí. La cuestión era la siguiente: ¿puede la parte inocente que ha sufrido la infidelidad de su cónyuge divorciarse y volverse a casar? Pablo recoge el *“mandamiento”* del Señor: *“Que la mujer no se separe del marido; y si se separa, quédese sin casar, o reconcíliase con su marido”* (1 Co 7:10-11). He aquí la respuesta del Señor a la cuestión que nos planteábamos en el apartado anterior.

La conclusión es que si bien es verdad que el adulterio ofrece a la parte inocente el derecho al repudio, ninguno de los dos cónyuges tiene el derecho a una nueva unión matrimonial. Esta prohibición se funda en el principio enseñado por Jesús: el hombre y la mujer forman una sola carne; por lo tanto, lo que Dios ha unido no lo separe el hombre. Y tampoco debemos perder de vista el propósito de esta prohibición: *“reconcíliase”*. Nunca olvidemos que la solución que Dios aporta es siempre la reconciliación y la restauración, no un nuevo matrimonio.

A continuación el apóstol aborda la cuestión de lo que nosotros llamamos hoy matrimonios mixtos, es decir, los casos en que uno de los cónyuges es cristiano y el otro no: (1 Co 7:12-16) *“Y a los demás yo digo, no el Señor: Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. Y si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone. Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos. Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios. Porque ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido? ¿o qué sabes tú, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer?”*.

Pablo escribió la carta a los corintios para contestar diversas preguntas que éstos le habían hecho. ¿Qué hacer en el caso de que un hombre casado se convirtiera pero su mujer no? ¿No corría la parte creyente el peligro de perder su fe? ¿Cómo es posible que un creyente pueda formar “*una sola carne*” con alguien que no comparte su fe? ¿Y los niños? ¿No recibirán una influencia negativa del cónyuge no creyente? Estas y otras preguntas semejantes debieron preocupar a los creyentes en Corinto. Veamos los principios en los que el apóstol basa su enseñanza.

La parte cristiana no debe tomar jamás la iniciativa de la separación: “*Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone*”. La unión conyugal sigue teniendo el mismo carácter sagrado. El abismo entre la fe y la incredulidad no justifica en modo alguno ni la separación ni la disolución. Es importante recordar esto a aquellos que después de convertirse incluyen su “viejo” matrimonio en aquella afirmación de Pablo: “*Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*” (2 Co 5:17). Para el apóstol inspirado, la conversión no anulaba el matrimonio, sino todo lo contrario. Dios da el mismo valor al vínculo matrimonial sea anterior a la conversión o posterior a ella, sea entre creyentes o entre incrédulos, compartan los dos la fe o no lo hagan. Dios da el mismo valor al pacto matrimonial en todos los casos, aunque esto no quita, por supuesto, que la vida matrimonial será diferente si se tiene al Señor dentro o si está fuera.

El creyente no se contamina al vivir al lado del incrédulo; ¡todo lo contrario! Es el no creyente quien resulta “*santificado*” por la presencia del cristiano: “*Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer*”. Por supuesto, esta bendición no trae en sí la salvación a la parte no creyente, aunque le coloca en una situación muy privilegiada para alcanzarla.

En el caso de que el incrédulo tome la iniciativa de separarse, el creyente no tendrá otra opción que aceptar un hecho consumado: “*Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios*”. En este contexto, el estar “*sujeto a servidumbre*” debemos entenderlo como la obligación de permanecer con él o ella.

Surge ahora nuevamente la cuestión: ¿Tiene el creyente inocente que ha sido abandonado por el inconverso el derecho de volver a contraer un nuevo matrimonio?

Si interpretamos que “*no está sujeto a servidumbre en semejante caso*” como que tiene libertad para comenzar un nuevo matrimonio, tal interpretación estaría en oposición a lo que el mismo Señor Jesucristo enseñó, y que Pablo ha recogido más arriba: “*si se separa, quédese sin casar*”.

Además, si aceptamos esta opción como válida, entonces estaríamos dando una interpretación que entraría en conflicto también con lo que un poco más adelante el mismo apóstol enseñó: (1 Co 7:39) “*La mujer casada está ligada por la ley mientras su marido vive; pero si su marido muere, libre es para casarse con quien quiera, con tal que sea en el Señor*”. Esto coincide con lo que dijo también en (Ro 7:2-3).

Algunas cuestiones de orden práctico

Aquellos que aceptan que el divorcio por causa de adulterio o por el abandono de un cónyuge inconverso les concede el derecho de volver a casarse, se enfrentan con serias dificultades de orden práctico, que en ningún momento son tratadas en la Palabra.

Por ejemplo, en muchos casos sería realmente difícil determinar de forma objetiva que ha habido adulterio y que ésta ha sido la causa para el divorcio. Fácilmente la parte culpable

lo negará. ¿Se debe constituir un tribunal eclesiástico, al estilo de la Iglesia Católica, que determine si un caso debe ser considerado como una “causa de excepción” válida? ¿No conduciría esto a los pastores a desarrollar una casuística que fácilmente se convertiría en un legalismo al estilo de los judíos?

En el caso de dos personas que se divorcian porque no comparten su fe, en algunas ocasiones está muy claro quién es el creyente y quién el incrédulo, pero desgraciadamente, cada vez hay más casos de divorcio dentro de las iglesias evangélicas y resulta complicado por sus vidas y testimonios saber con certeza cuál de ellos es creyente. ¿Debemos hacer siempre culpable al que se va?

¿A partir de qué momento la persona puede volver a casarse? ¿Inmediatamente? ¿Debe transcurrir un tiempo concreto? ¿En qué medida podemos decir que esta actitud tiene en cuenta el bien de los hijos fruto del primer matrimonio?

Siendo cuestiones tan importantes, nos extraña que la Palabra no dé ninguna indicación al respecto.

Interpretación histórica y de otras iglesias

También debemos preguntarnos cómo fueron interpretados estos textos por los Padres de la Iglesia. Por supuesto, esto tiene un valor relativo, pero nos puede ayudar.

Resumiendo podemos decir que durante cinco siglos los Padres de la Iglesia negaron todo derecho a un nuevo matrimonio después del divorcio, insistiendo en que nada puede disolver el matrimonio excepto la muerte.

En la actualidad, muchas de las iglesias evangélicas están en el extremo opuesto. En las más estrictas se acepta el divorcio y nuevo matrimonio sólo en los casos de adulterio o de abandono irremediable de un cónyuge no creyente. Pero hay un gran número donde se permite el divorcio y nuevo matrimonio en cualquier caso como una concesión a la debilidad humana, pidiendo sólo a los que van a casarse de nuevo que acepten su culpa, enmienden los males cometidos e inicien el nuevo matrimonio con el propósito firme de no romper nuevamente el vínculo matrimonial.

Por su parte, la Iglesia Católica cree en el carácter indisoluble del matrimonio, aunque en la práctica ha inventado un sin fin de motivos por los que determina que un matrimonio es nulo, lo que quiere decir que nunca llegó a existir, así que los contrayentes pueden divorciarse y volverse a casar con toda libertad.

Por ejemplo, la ley eclesiástica acepta como motivos para declarar la nulidad del matrimonio alguna de estas causas: el no haber tenido la suficiente edad para casarse, la bigamia, la impotencia, los votos religiosos solemnes, el rapto, consanguinidad, afinidad, disparidad de cultos, parentesco legal o espiritual, etc. Insuficiencia de consentimiento: la intención de no cohabitar, la falta de estado consciente cuando se celebra el matrimonio, la ignorancia de que el matrimonio contraído es una sociedad permanente con la finalidad de procrear hijos, el error acerca de cualidades sustanciales de la persona con la que se contrae el matrimonio, la simulación de consentimientos, el consentimiento condicional, la coacción y el miedo, la falta de la debida discreción; es decir la falta de la madurez de juicio necesaria y suficiente para escoger, comprender, comprometerse y cumplir con las responsabilidades del estado matrimonial en caso de perturbación habitual o transitoria.

A esto hay que añadir que la Iglesia Católica no considera todos los matrimonios iguales. Básicamente los divide en tres categorías: legítimo, rato y consumado. Para ellos dependen de si los contrayentes son creyentes y si cuentan con el permiso de la

autoridad eclesiástica. Por ejemplo, una pareja de católicos casados civilmente hace veinte años y que ha tenido tres hijos, puede divorciarse y volverse a casar por la Iglesia Católica porque su matrimonio inicial carece de validez a sus ojos.

Cuidado pastoral

Somos conscientes de que lo que hemos expuesto en este estudio puede resultar devastador para algunos, añadiendo más sufrimiento al dolor producido por algo que tal vez no hubieran querido que ocurriera. ¿Qué actitudes positivas se deben tomar frente a este tema?

Primeramente recordar el dicho: “más vale prevenir que curar”. Las iglesias y sus pastores deben dar una enseñanza bíblica profunda sobre la importancia del matrimonio, en especial a aquellos que están pensando en casarse. Se debe explicar con claridad el carácter indisoluble del matrimonio, y enseñar que el divorcio es una triste desviación pecaminosa del ideal divino. Se debe comprender que el divorcio no es la solución a los problemas, como demuestra el hecho de que un porcentaje muy elevado de divorciados y vueltos a casar, se divorcian nuevamente. Se debe enseñar que el matrimonio sólo puede funcionar correctamente sobre la base del esfuerzo y sacrificio de cada uno de los cónyuges, y que en aquellas ocasiones en las que no se alcanza el ideal divino, la solución está en el perdón y la reconciliación que sólo son posibles por la gracia de Dios.

Pero también en vista del elevado número de personas divorciadas que vienen a las iglesias evangélicas, se hace necesario tener un ministerio pastoral específico para divorciados que ha de estar orientado principalmente hacia la reconciliación (**1 Co 7:11**). Como cristianos no debemos olvidar que el contexto amplio de toda la Biblia, y del Sermón del Monte en particular, proclama un evangelio de reconciliación. ¿No adquiere gran significado que el Amante Divino estuviera deseando reconquistar aun a su esposa adúltera, que, bajo la figura del matrimonio, representa a Israel? Dios mostró el camino del perdón y la reconciliación de una manera patente en el caso del profeta Oseas, cuando le mandó casarse con una ramera y después rescatarla, luego que ella se vendiera a sí misma a otro hombre (**Os 1-3**). Es la misma forma en que Dios perdonó a Israel. *“Dicen: si alguno dejare a su mujer, y yéndose ésta de él se juntare a otro hombre, ¿volverá a ella más? ¿No será tal tierra del todo amancillada? Tú, pues, has fornicado con muchos amigos; mas ¡vuélvete a mí!, dice Jehová”* (**Jer 3:1**). Y es también el espíritu y la disposición que Dios quiere que haya en nuestros corazones, aun cuando la ofensa pueda ser tan grave como la infidelidad conyugal. De ahí que el corazón de Dios añada esa cláusula: *“O reconcíliese con su marido”*. Lo que quiere decir que, aun en el peor de los casos, cabe el recurso del perdón y la reconciliación.

Ciertos casos son tan complejos que escapan a toda solución definitiva. Cualquiera que haya examinado un cierto número de situaciones sabe cuán delicados y difíciles son algunas situaciones. ¿Qué hacer cuando el divorcio se ha consumado y no hay posibilidades de reconciliación, sobre todo si uno de los cónyuges se ha casado de nuevo y ha tenido otros hijos? ¿Debe una persona que se ha divorciado, y vuelto a casar, ser aceptada en plena comunión en la iglesia cristiana? No nos atrevemos a dar una respuesta definitiva a todos los casos que se puedan presentar, pero será necesario tomar decisiones sin apartarnos en lo revelado en la Palabra de Dios.

Y por supuesto, nunca debemos olvidar que la iglesia debe ser una comunidad de perdón, donde cada uno de nosotros podamos ser restaurados de nuestros fracasos y encontremos el ánimo para seguir sirviendo al Señor.

Conclusiones

Tal vez nuestra tarea como iglesia sea recuperar la fuerza del matrimonio bíblico como una institución divina indisoluble, en lugar de estar enfatizando las causas de divorcio. Sólo de esta forma se podría invertir también las consecuencias de lo que vivimos. Esta es la prioridad de la enseñanza de Jesús.

Sin embargo, al terminar este estudio, no podemos ocultar que tenemos la triste impresión de que la iglesia cristiana ha sustituido las palabras de Cristo por las normas de un mundo caído. Por ejemplo, incluso aquellos que entienden que cuando una persona divorciada que se vuelve a casar está cometiendo adulterio, sólo le piden que reconozca que el día que se casó cometió un pecado y se arrepienta de ello, aunque no se le pide ningún otro tipo de cambio. No podemos dejar de asombrarnos ante esta postura en la que el arrepentimiento se reduce a unas simples palabras pero no a un abandono del pecado. Tendremos que revisar seriamente si este concepto del arrepentimiento se corresponde con lo que la Palabra de Dios nos enseña: *“Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Mt 3:8)*.

En el ámbito del cristianismo moderno se hace necesario que surjan hombres de Dios fieles que no tengan miedo de predicar lo que nuestro Señor Jesucristo enseñó, aunque esto deje asombrados a los demás cristianos y al mundo entero. ¿Qué diría de nosotros aquel gran profeta que fue Juan el Bautista? El perdió su vida por denunciar el divorcio y nuevo matrimonio de un hombre pagano, Herodes. Su reprensión todavía resuena en las páginas de la Biblia: *“No te es lícito tener la mujer de tu hermano” (Mr 6:18)*. Seguramente nosotros le criticaríamos por ser demasiado estricto, y le habríamos recomendado que tuviera una mente más abierta, que no fuera tan radical... Sin embargo, él recibió la aprobación de su Señor (**Lc 7:28**), ahora queda por ver si nosotros también la recibiremos.

Preguntas

1. ¿Qué es el matrimonio? ¿Cuál es su propósito? ¿Qué valor da Dios al matrimonio? ¿Cómo lo ha demostrado? Aporte las citas que lo justifiquen.
2. ¿Qué detalles de la Escritura nos sirven para concluir que el matrimonio es una unión indisoluble?
3. ¿Cómo entendían los fariseos el matrimonio y el divorcio? ¿Y el Señor Jesucristo?
4. ¿Cuál fue la razón por la que Moisés permitió dar carta de repudio a los judíos en (**Dt 24:1-4**)? ¿Por qué fue incluido en la Biblia este texto si no contaba con la aprobación de Dios?
5. ¿Qué dijo Jesús acerca del nuevo matrimonio de un divorciado? ¿Y el apóstol Pablo? ¿Qué causas justifica la Biblia para un divorcio? Explique con pasajes bíblicos sus respuestas.

Jesús bendice a los niños - Marcos 10:13-16

(Marcos 10:13-16) *“Y le presentaban niños para que los tocara; y los discípulos reprendían a los que los presentaban. Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía.”*

Introducción

Podría parecer que este incidente no guarda relación con el contexto, pero no es así.

- Por un lado, el Señor acababa de hablar acerca del matrimonio y el divorcio, y sin duda, en estas decisiones de los adultos, los niños no siempre son tenidos en consideración y suelen ser los grandes perjudicados, por lo tanto, no es de extrañar que el Señor dirigiera la atención de los discípulos hacia ellos.
- Pero por otro lado, el Señor también había estado hablado de los niños en los pasajes anteriores (**Mr 9:33-37**) (**Mr 9:42**). Allí se había referido a ellos para ilustrar la forma en la que se debía recibir a un sencillo discípulo, y más tarde hizo una seria advertencia sobre la posibilidad de hacerlos tropezar.

“Y le presentaban niños a Jesús para que los tocara”

En principio, esta escena nos dice mucho acerca de la clase de persona que era Jesús y del cariño que sentía por los niños. No cabe duda de que los padres le conocían bien y se sintieron con toda la libertad de traerle sus niños. Leyendo los Evangelios, percibimos constantemente que Jesús no era alguien distante que marcaba las diferencias con las personas sencillas o humildes. Por el contrario, su forma de ser y comportarse invitaba a todos a ir a él. Y por supuesto, podemos estar seguros de que él no era como esos políticos o líderes religiosos a quienes sus asesores de imagen les han dicho que es muy conveniente que de vez en cuando se dejen fotografiar con un niño en brazos, o acercándose a alguna persona necesitada o desvalida. En el Señor Jesucristo todo esto era completamente natural.

Ya hemos dicho que Jesús era alguien cercano, pero ahora debemos preguntarnos por qué le traían aquellos niños.

- No parece que tuvieran ninguna enfermedad por la que necesitaran de sus cuidados especiales.
- Tampoco se los presentaban para que les enseñara.
- Parece que su deseo era que pusiera sobre ellos sus manos mientras rogaba la bendición del Padre (**Mt 19:13**).

¡Qué importante es presentar a los niños a Jesús! No podemos olvidar las terribles prácticas paganas en las que los padres entregaban sus hijos a Moloc en sacrificio (**Jer 32:35**). Por supuesto, en nuestro mundo sofisticado ya no se hacen ese tipo de barbaridades, pero desgraciadamente se hacen otras muy parecidas, y es muy doloroso ver cómo para dar culto a las nuevas divinidades (dinero, sexo, diversión, bienestar) se siguen sacrificando cada año millones de niños por medio del aborto. Y en una sociedad

tan permisiva como la nuestra, ¿a quién entregaremos nuestros hijos? Lo cierto es que como padres nos da miedo que puedan ser llevados por este mundo perdido. ¿A quién podemos llevárselos sino a Jesús? Sólo él puede solucionar sus necesidades espirituales y también todas las demás.

“Los discípulos reprendían a los que los presentaban”

Pero tristemente, una vez más los discípulos volvieron a intervenir marcando distancias y alejando a las personas sencillas. Parecía que nunca iban a aprender, y esto a pesar de las claras enseñanzas del Señor en relación a este asunto:

(Mr 9:36-37) *“Y tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo: El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió.”*

¿Por qué razón adoptaron los discípulos esta actitud?

- Evidentemente, tenían una impresión equivocada de la dignidad del Señor, y tal vez pensaban que se vería perjudicada si se trataba con los niños. Así que decidieron actuar como si fueran una especie de “guardaespaldas” que le protegían de visitas inadecuadas.
- Probablemente también creyeron que el Maestro no tenía tiempo para estos pequeños, puesto que tenía cosas mucho más importantes que hacer. No olvidemos que ellos estaban pensando en llegar a Jerusalén para que Jesús estableciera su reino allí inmediatamente (**Lc 19:11**), y en tales circunstancias, no debía entretenerse con este tipo de personas sin relevancia social y que nada podían aportar a su causa.
- En cualquier caso, lo que queda claro es que para ellos los niños no eran demasiado importantes. Tal vez pensaban que ese tipo de “criaturas” siempre hacen mucho alboroto con sus llantos, gritos y risas, y que eso sólo sirve para distraer a las personas que tienen interés por escuchar. Es decir, para los discípulos, los niños eran una molestia innecesaria que querían evitar. Al fin y al cabo, pensaban ellos, el reino de Dios es una cosa de adultos.

En la actitud de los discípulos que Jesús reprendió, tenemos también una clara advertencia para todos nosotros. Porque es fácil caer en la tentación de pensar que en la “obra cristiana” debemos dirigir nuestra atención hacia las “personas importantes” de este mundo, que son las que realmente nos pueden ayudar. Pero esto es una terrible equivocación. En ninguna otra parte hay más futuro que en un niño, primeramente porque tienen toda la vida por delante, y también porque son fácilmente moldeables, a diferencia de las personas adultas en las que se han arraigado muchos hábitos que sólo con muchas dificultades lograrán dejar. Además, como cristianos, somos exhortados a no hacer diferencias de personas dentro de la iglesia cristiana, porque para Dios no hay ninguna persona más importante que otra, puesto que él ha pagado el mismo precio para salvarnos a todos.

(Stg 2:1-5) *“Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de*

este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?”

“Viéndolo Jesús, se indigno”

Inmediatamente el Señor dejó claro que su postura era completamente diferente a la de sus discípulos.

En el Señor podemos ver constantemente juntos su amor y su indignación. No podía ser de otra manera: si amaba profunda y tiernamente a esos niños y a sus padres, necesariamente tendría que mostrar su profundo desacuerdo con la actitud de los discípulos que querían alejar a esos niños de él.

Esto nos recuerda que ambas emociones pueden ser completamente santas. Nuestro problema como seres humanos caídos es que difícilmente llegamos a amar lo que Dios ama y a odiar lo que él odia, ni tampoco a hacerlo con la intensidad que él lo hace. Pero no debemos olvidar que en la santidad tienen que estar presentes ambas reacciones.

(Stg 4:4) “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.”

“Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impedáis”

Aunque el Señor se dirigía hacia Jerusalén en donde le esperaba la Cruz, y a pesar de toda la tensión que esto generaba en él, esto no le impidió detenerse para tomar a esos niños en sus brazos y sonreírles de corazón mientras oraba por ellos y los bendecía.

Por lo tanto, con su indignación puso de relieve que en el Reino de Dios es una obra de la mayor importancia el llevar a los niños a los pies de Jesús. Algunos pueden pensar como los discípulos, que los niños no se enteran de nada y que lo único que hacen es dar guerra y molestar, pero nunca debemos olvidar que todo aquello que oyen y ven en los primeros años de sus vidas, les ayudará a formar su carácter y difícilmente lo olvidarán.

(Pr 22:6) “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.”

Por otro lado, no debemos olvidar tampoco que los niños tienen necesidades espirituales y que nunca es pronto para empezar a guiarlos a Cristo. Todos hemos conocido a niños pequeños que han tomado la decisión de entregar sus vidas al Señor y muchos años después todavía le seguían con fidelidad en sus caminos.

Tal vez nos tengamos que preguntar cómo es posible impedir a un niño ir a Jesús.

- Evidentemente, los discípulos no querían que se acercaran al lugar donde Jesús estaba enseñando. Así que podríamos decir que de la misma manera, todos aquellos padres que no llevan a sus hijos a la iglesia para escuchar la Palabra de Dios, están incurriendo en un pecado similar.
- Pero no debemos olvidar que no es sólo en la iglesia donde el niño debe aprender del Señor, esto debe ser complementado constantemente por la enseñanza en el hogar. Desgraciadamente, en algunas ocasiones hemos oído de jóvenes que se niegan a ir a la iglesia porque no han visto una actitud coherente en sus propios padres, y les acusan de hipocresía, de tener un comportamiento completamente

diferente en la casa y en la iglesia. Este tipo de actitudes es una forma grave de alejar a los niños del Señor.

“Porque de los tales es el reino de Dios”

En el mundo antiguo, ni los filósofos griegos, ni los rabinos judíos concedían importancia a los niños, pero el Señor los trató de una forma totalmente diferente. Él veía en los niños manifestaciones de sencillez, humildad y fe que echaba de menos en los mayores.

Por supuesto, esta frase del Señor no quiere decir que los niños no tengan pecado, pero dado que no han llegado al uso de razón y no han sido rebeldes a la Palabra, son cobijados bajo la sangre de Cristo.

“El que no reciba el reino de Dios como un niño”

El Señor no precisó cuáles eran las cualidades de los niños en las que estaba pensando cuando hizo esta afirmación. En cualquier caso, como hemos señalado más arriba, no estaba apuntando a que los niños no tengan pecado y sean puros, ni se trata tampoco de cualidades como la sinceridad, honestidad o generosidad, puesto que no es difícil ver en los niños actitudes muy egoístas o envidiosas.

Pero hay otras otras características que son propias de los niños y que los adultos hemos perdido. Por ejemplo, su confianza, dependencia, el hecho de que se dejan guiar y son moldeables. Podríamos resumirlo diciendo que un niño normalmente cree lo que se le dice y se entrega a ello.

Precisamente estas son las características imprescindibles para entrar en el Reino de Dios: darnos cuenta de nuestra necesidad, de que no somos autosuficientes, que necesitamos ayuda, y por lo tanto, confiar en la Palabra de Dios y entregarle nuestras vidas a Cristo para que a partir de ahí seamos guiados por él.

Los niños siempre esperan que sus padres les van a dar lo que necesitan, nunca piensan que tienen que pagarlo. Por el contrario, un adulto razona de otra manera, creyendo que todo lo tiene que pagar, que se lo debe ganar. Pero cuando acudimos a Cristo debemos tener la mentalidad de un niño, porque el Evangelio se recibe por gracia, no se gana por méritos. Las actitudes orgullosas de los fariseos y sus exigencias eran un impedimento para entrar en el Reino de Dios.

“Y tomándolos en los brazos, los bendecía”

¿En qué consistió esta bendición del Señor a los niños?

Según Mateo, los padres que presentaban los niños esperaban que Jesús orase por ellos y Marcos nos dice que los bendecía. Suponemos que el Señor estaba pidiendo la bendición del Padre para estos niños.

Sin duda, con el tiempo, aquellos padres contarían a sus niños, o tal vez ellos mismos se acordarían, que cuando aún eran pequeños el Señor Jesucristo ya los amaba y oró por ellos. Esto sería muy alentador para ellos cuando tuvieran que enfrentar las dificultades de la vida.

Circuncisión, bautismo y presentación de niños

Debemos ser cuidadosos para no confundir lo que Jesús hizo con estos niños con la práctica de la circuncisión que los judíos debían llevar a cabo con los niños recién nacidos (**Lv 12:1-8**) (**Lc 2:21-22**).

Tampoco se refiere al bautismo de niños que practica la iglesia católica. Evidentemente, tal práctica no tiene nada que ver con lo que Jesús hizo en ese pasaje con estos niños. Por otro lado, en los pasajes donde sí se habla del bautismo cristiano, nunca encontramos tal práctica aplicada a niños, puesto que el requisito fundamental para ser bautizados era la fe, y un niño de pocos días no puede entender el Evangelio para así poderlo aceptar.

Por otro lado, dentro de algunas iglesia evangélicas se realiza lo que se conoce como la “presentación de niños”. Esto es algo muy sencillo que carece de carácter sacramental. Los padres llevan a su recién nacido al templo para que el pastor y la congregación oren por él, dando gracias al Señor por el hijo que él les ha dado, y pidiendo su bendición y cuidado. Al mismo tiempo, también se ora por los padres para que lo sepan guiar sabiamente en los caminos del Señor. Luego se le pide a la congregación que asuman también su responsabilidad en ayudar a ese niño a conocer al Señor. Creemos que tal práctica no está lejos de lo que el Señor hizo en esta ocasión. En cualquier caso, aquí no encontramos ningún mandamiento concreto que la iglesia tenga que practicar con los niños, por lo tanto, tendremos que tener mucho cuidado en no hacer de esto un “sacramento” o un acto religioso con regalos y fiesta incluida. Fundamentalmente, lo que nos enseña es cuál debe ser nuestra actitud hacia los niños, y tal vez, cómo podemos canalizarla.

Preguntas

1. Explique con sus propias palabras por qué piensa que aquellos padres llevaron sus niños a Jesús.
2. Razone por qué los discípulos no querían que los padres llevaran sus niños a Jesús.
3. Desde su punto de vista, ¿cómo se le puede impedir a un niño ir a Jesús?
4. ¿A qué se refería el Señor cuando dijo: “el que no reciba el reino de Dios como un niño no puede entrar en él”?
5. ¿Qué relación tiene este pasaje con el rito de la circuncisión, con el bautismo católico de infantes y con la presentación de niños que se practica en algunas iglesias evangélicas? Razone su respuesta.

El joven rico - Marcos 10:17-22

(Mr 10:17-22) *“Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios. Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. El entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.”*

Introducción

En el pasaje anterior estuvimos considerando la afirmación del Señor Jesucristo cuando dijo que *“el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él”* (Mr 10:15). Como ya dijimos, las cualidades por las que Jesús puso de ejemplo a los niños eran principalmente la confianza y la dependencia.

En el texto que vamos a estudiar ahora, nos encontramos en el extremo opuesto. Aquí vamos a ver a un hombre joven que confiaba en sí mismo y en sus propios recursos, razón por la que rechazó a Cristo.

El joven rico

Comencemos por considerar qué sabemos del joven que se acercó a Jesús:

- Por **(Mt 19:22) (Lc 18:23)** sabemos que era joven y muy rico.
- En **(Lc 18:18)** dice que era *“un hombre principal”*, lo que quiere decir que pertenecía a una familia noble y distinguida.
- Por **(Mr 10:19-20)** vemos que llevaba una vida moral ejemplar.
- Por **(Mr 10:21)** quizá podemos deducir que era simpático y agradable, ya que el Señor *“mirándole, le amó”*.
- A primera vista había mucho en el hombre que prometía: vino corriendo a donde estaba Jesús y se arrodilló ante él, manifestando un comportamiento inusual para un hombre de su categoría. Además, todo parece indicar que consideraba a Jesús como alguien importante que le podía guiar espiritualmente.

Podríamos concluir diciendo que este hombre representaba todo lo mejor que puede verse en el hombre natural.

“Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”

1. El anhelo del joven

Sin embargo, a pesar de tener tantas buenas cualidades, el joven comprendía que le faltaba algo. En su corazón seguía habiendo un vacío que no podía ser llenado con ninguna de las cosas que había alcanzado en la vida.

Lo que le faltaba era la salvación, o como él lo expresa, “*la vida eterna*”. Y ¿de qué sirve ganar el mundo entero si se pierde el alma? ¿De qué pueden servir todas las cosas que podamos tener en esta vida si no las podemos disfrutar más allá de la muerte? ¡La vida es tan corta...! y este joven anhelaba perpetuar su estado más allá de la muerte.

Aparentemente, el hombre era sincero en su pregunta a Jesús, y también daba la impresión de que deseaba intensamente lo que estaba pidiéndole. Nosotros diríamos que “estaba a punto de convertirse”.

2. ¿Qué concepto tenía de la vida eterna?

Este hombre era un judío conocedor del Antiguo Testamento, por lo tanto, su concepto de la “*vida eterna*” lo habría formado a partir de él. Pero lo cierto es que en comparación con el Nuevo Testamento, en el Antiguo no era mucho lo que se decía acerca de la vida eterna. Tal vez uno de los pasajes más claros, y que este hombre seguro que conocía bien, lo encontramos en el profeta Daniel:

(Dn 12:2) “*Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua.*”

Para los judíos del tiempo de Jesús que creían en la “*vida eterna*”, ésta se asociaba con la “*resurrección*” de los muertos.

Y como veremos más adelante, lo que este hombre deseaba, era poder seguir disfrutando en la resurrección de lo que poseía en esta vida. Este era el mismo concepto que los fariseos tenían de la resurrección. Para ellos la nueva vida de resurrección sería la perpetuación de la actual (**Mr 12:18-27**). Claro está, este concepto podía ser atractivo para un joven rico y bien posicionado socialmente, pero sería trágico para una persona que tuviera una enfermedad grave, o fuera pobre y viejo. Pero podemos respirar tranquilos, porque como el mismo Señor explicó más adelante, la resurrección establecerá un nuevo orden en todos los niveles de la vida.

Lo que parecía evidente, es que para este hombre, lo más importante de ese mundo venidero era lo que pudiera llevarse de este. ¡Qué concepto tan mezquino de la vida eterna!

El Señor tendría que corregir este grave error y mostrarle en qué consistía realmente la vida eterna:

(Jn 17:3) “*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.*”

3. ¿Cómo pensaba que podía obtener la salvación?

Aunque no podemos dudar de la sinceridad y el genuino anhelo de salvación de este joven, éstos no son suficientes para alcanzar la salvación. En realidad, a pesar de su sinceridad, había determinados puntos fundamentales en los que estaba peligrosamente equivocado.

Comencemos por observar cómo pensaba que podría conseguir la salvación. Por la manera en la que formuló su pregunta, resultaba evidente que él creía que podía alcanzarla por sus propios esfuerzos: “¿qué haré...?”, preguntó. Tal vez pensaba que tenía que hacer un último esfuerzo, alguna obra especial que le diera el empujón final para entrar en la salvación.

4. No tenía la seguridad de la vida eterna

Lo cierto es que si pidió al Señor información para heredar la vida eterna, es porque no tenía ninguna certeza de que fuera a disfrutarla después de su muerte.

Y esta es siempre la inseguridad que acompaña durante toda su vida a aquellos que creen que la salvación depende de sus “buenas obras”. Nunca saben si han hecho las suficientes y si han sido de la calidad necesaria para recibir la salvación, por eso la duda nunca desaparece. Como veremos más adelante, el joven pensaba que había cumplido todos los mandamientos, pero sin embargo, se sentía perturbado, sin paz en el corazón y lleno de ansiedad, de ahí la pregunta: “¿Qué más me falta?”.

“¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios”

Como hemos dicho, este joven estaba gravemente equivocado en cuanto a su concepto sobre la vida eterna y la forma de alcanzarla, pero tampoco entendía quién era Jesús, así que el Señor se ocupa inmediatamente de aclararle ambos conceptos.

I. El concepto que tenía del Señor

El joven se había dirigido a Jesús llamándole “*Maestro bueno*”, y tal vez esperaba que el Señor se sintiera honrado por esta forma de tratarle, pero el hecho es que no fue así. ¿Por qué?

Fundamentalmente, no porque Jesús no fuera bueno, o no fuera Maestro, sino porque el joven no estaba entendiendo lo que estaba diciendo realmente.

Era evidente que tenía un concepto elevado de Jesús, igual que mucha gente de nuestro tiempo, pero esto es completamente insuficiente si no hace justicia a todo lo que él es en realidad.

El Señor empezó por analizar la forma en la que el joven usaba el término “*bueno*”. Para ello hizo la siguiente afirmación: “*Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios*”. De aquí se desprenden dos conclusiones fundamentales:

- La primera deducción lógica es que el joven no era bueno. Por mucho que se esforzara, nunca lo iba a ser. Sólo Dios es bueno.
- Y queda otra cuestión, quizá la más importante, ¿era Jesús bueno? ¿qué quería decir el joven cuando le llamó “*bueno*”? Según esta afirmación, Jesús sólo podía ser “*bueno*” si era Dios, ¿era esto lo que el joven quería decir?

Quizá en ese momento se dio cuenta de que estaba usando el término “*bueno*” de una forma muy ligera. A partir de aquí, cuando vuelve a dirigirse a Jesús, simplemente le llama “*Maestro*”. De esto deducimos que había usado el término “*bueno*” con el propósito de hacer un cumplido a Jesús, pero no porque pensara realmente que él era Dios encarnado.

Y de la falta de una comprensión adecuada de quién era Jesús, surgen después las otras dificultades del joven. Por ejemplo, el mandato que Jesús le hizo más tarde para que

vendiera todo lo que tenía para dárselo a los pobres, no tendría la misma fuerza ni autoridad si el que se lo mandaba era simplemente un maestro o si era el mismo Dios.

El error del joven es muy común en nuestros días. Muchas personas ven a Jesús como alguien distinguido y bueno, y piensan que por esa razón el Señor se siente satisfecho y halagado, pero esto no es así. Mientras no reconocemos todo lo que él es, le estaremos menospreciando.

2. El concepto que tenía de sí mismo

La segunda cosa en la que también estaba equivocado era en el concepto que tenía de sí mismo.

Como hemos dicho al principio, él creía que podía ganar la vida eterna haciendo “algo más”. En el fondo se creía bueno y pensaba que estaba a la altura de lo que Dios demanda del hombre, por eso el Señor tuvo que recurrir a la ley para que actuara como un espejo en el que se pudiera mirar y ver su pecado: *“Los mandamientos sabes...”*.

El Señor citó varios mandamientos que trataban principalmente de nuestras relaciones con nuestros semejantes. Era lógico; si no amaba a su prójimo a quien veía, indudablemente tampoco amaría a Dios a quien no veía (**1 Jn 4:20**).

Rápidamente el joven expresó cómo se veía a sí mismo:

“Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud”

La respuesta del joven no se hizo esperar: *“todo esto lo he guardado desde mi juventud”*. Pero, ¿era verdad? A nosotros que somos hombres como él, nos resulta imposible creer que siempre hubiera cumplido los mandamientos de la ley de Dios en relación a su prójimo y a Dios. Para eso tendríamos que admitir que él también era “bueno” y el Señor ya había dejado claro que sólo Dios es bueno.

Seguramente el joven había hecho lo que hacen muchos otros; rebajar las exigencias de la ley de Dios hasta el punto en que fuera capaz de cumplirlas. Pero aun así, su propia conciencia no le dejaba tranquilo, y como él mismo dijo, sabía que le faltaba algo.

Este era un error común entre los judíos del tiempo de Jesús: se conformaban con un cumplimiento externo de la ley, algo que reprendió duramente el Señor a lo largo de todo el Sermón del Monte (**Mt 5-7**). Veamos un par de ejemplos:

(Mt 5:21-22) “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego.”

(Mt 5:27-28) “Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.”

Por lo tanto, el joven creía que podía guardar la ley de Dios perfectamente, y que de hecho, ya lo había estado haciendo desde que era joven. Pero el Señor sabía que esto no era cierto. Sin embargo, no era el momento de mantener una discusión pública con él para determinar hasta qué punto era verdad lo que decía. El Señor eligió otro camino, uno en el que quedaría claramente demostrado el concepto que tenía de Jesús y hasta qué punto era capaz de amar a su prójimo tal como había dicho.

“Entonces Jesús, mirándole, le amó”

Pero antes de que Jesús le hiciera el mandato que pondría en evidencia la autenticidad de su corazón, el evangelista se detiene a considerar la mirada de Jesús en ese momento: *“entonces Jesús, mirándole, le amó”*.

¿Cuál era el significado de esta mirada?

- Era una mirada de amor. Este detalle es muy importante, porque lo que luego le iba a mandar, a pesar de lo duro que le podía resultar y parecer, era fruto del amor de Dios.
- También había mucho de compasión por aquel joven en el que veía una extraña mezcla de fervor e ignorancia.

“Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres”

1. ¿Cuánto le faltaba al joven para tener la vida eterna?

Finalmente, el Señor contestó a la pregunta del joven diciéndole lo que le faltaba para heredar la vida eterna: *“Una cosa te falta: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres”*.

Tal vez podamos pensar que el Señor no vio tan mal al joven, después de todo, sólo le dijo que le *“faltaba una cosa”*. ¿Cuántas cosas nos faltan a nosotros, verdad?

Pero no era esta la cuestión. Al joven le faltaba una sola cosa, precisamente la única que es necesaria para tener la salvación:

(Hch 16:30-31) *“Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”*

2. El momento de la verdad

El Señor le estaba llevando hasta una encrucijada:

- ¿Creería en él y le obedecería? Por supuesto, se trataba de creer en Cristo como Dios, porque, ¿quién más tendría autoridad para mandar a otra persona algo semejante a lo que Jesús le estaba mandando?
- Y también había llegado el momento cuando tendría la oportunidad de demostrar cuánto amaba realmente a su prójimo. ¿O tal vez amaba más sus riquezas?

3. ¿Para quién es este mandamiento?

Algunos se han preguntado si este mandamiento es para todos los ricos.

Si así fuera, lo primero que tendríamos que resolver es quién entra dentro de la categoría de rico y esto parece muy difícil de determinar, ya que a veces hablamos incluso de países ricos y pobres.

Y puesto que no encontramos un mandamiento general en la Palabra a todas las personas ricas a que hagan lo mismo, creemos que se trataba de algo específico para este joven, que le serviría para ver con claridad lo que realmente había en su corazón.

Además, sabemos que hubo algunos creyentes que fueron muy ricos y Dios nunca les mandó que vendieran sus posesiones para darlas a los pobres, como por ejemplo Isaac (**Gn 26:13**) y también su padre Abraham.

Dicho esto, no debemos olvidar sin embargo, que el principio que encontramos aquí es de valor permanente para todos: cuando las riquezas llegan a ser un impedimento para seguir al Señor, será preciso deshacerse de ellas, de la misma manera que cortamos una mano o un pie (**Mr 9:43-48**).

Y por supuesto, nunca debemos considerar que lo que tenemos es nuestro, sino que somos administradores de los bienes de Dios y que debemos utilizarlos siempre para su gloria.

Podemos quedarnos también con el ejemplo de la iglesia primitiva que en casos de necesidad extrema no dudaron en vender sus bienes para ayudar a sus hermanos más pobres (**Hch 2:44-45**) (**Hch 4:34-37**).

4. ¿Se habría salvado si hubiera vendido todas sus posesiones?

Notemos que el Señor no le dijo esto en ningún momento. Y además, esto era solo una parte de lo que Jesús le mandó, porque no olvidemos que a continuación añadió: “*Y ven, sígueme, tomando tu cruz*”.

Por otro lado, no debemos olvidar cuál era el propósito de este mandamiento. Como ya hemos explicado, el joven creía que era una buena persona, y el primer paso para recibir la salvación es reconocer que somos pecadores, que estamos muy lejos de satisfacer las santas demandas de Dios, y que necesitamos ser salvados por su gracia (**Ef 2:8-9**). Por eso, este mandamiento se dio para hacerle ver que era un pecador y que estaba mucho más lejos de amar sinceramente a su prójimo de lo que realmente decía. Tal vez no había robado nunca, pero tampoco era capaz de compartir con generosidad y alegría lo que tenía con los más necesitados.

“Y tendrás tesoro en el cielo”

El mandamiento del Señor puso “el dedo en la llaga”. Esta era la prueba que indicaría cuánto deseaba tener la vida eterna. ¿La anhelaba tanto como para dejar todo lo que tenía a fin de recibirla?

1. Un concepto de la resurrección equivocado

Y aquí el joven volvía a tener otro problema a causa de su teología. Como explicamos al principio, él pensaba que la vida eterna en la resurrección sería una continuación de esta vida tal como la vivimos ahora. En ese caso, si se desprendía de todo lo que tenía aquí, llegaría a la vida eterna sin nada y eso no era algo en lo que él estaba pensando.

Pero lo cierto es que en la resurrección, Dios establecerá un nuevo orden, por eso, a pesar de que aquí vendiera todo lo que tenía, cuando llegara al cielo, tendría otros tesoros, y por supuesto, éstos serían eternos (**1 P 1:3-4**).

2. ¿Y cuáles serían estos tesoros?

Para el joven, sus tesoros consistían en sus riquezas, su posición social privilegiada, su juventud... cosas que el mundo valora. Pero en el cielo hay realidades que valen mucho más.

Sin temor a equivocarnos, podemos decir que la verdadera riqueza del cielo es el mismo Señor y la posibilidad de conocerle por medio de una comunión íntima, libres ya de todas las ataduras del pecado (**Jn 17:3**).

¿Consideraba este joven al Señor Jesucristo como un tesoro más grande que cualquier otra cosa que pudiera llegar a tener en esta vida?

Aquí está la clave del asunto. Muchos predicán el evangelio “metiendo miedo” a las personas con el infierno, y por supuesto que se trata de una terrible realidad, pero nadie va al cielo porque tiene miedo al infierno, sino por amor al Señor, porque queremos unir nuestras vidas a la suya y queremos pasar la eternidad con él.

3. ¿Pérdida o ganancia?

Aparentemente, si vendía todo lo que tenía y se lo daba a los pobres, se quedaría sin nada. Pero esto no era exactamente lo que el Señor le estaba diciendo. La realidad era que Cristo le estaba proponiendo cambiar algunas riquezas temporales por otras que eran de mayor valor y además eternas.

Y así es siempre que damos para el Señor, en realidad somos enriquecidos, aunque aparentemente parezca lo contrario.

“Y ven, sígueme, tomando tu cruz”

Como ya hemos dicho, el hecho de empobrecerse no basta para alcanzar la vida eterna. De hecho, el requisito fundamental viene a continuación: “Y ven, sígueme, tomando tu cruz”.

1. La sorpresa del joven

Seguramente, cuando se acercó a Jesús al principio, el joven estaba esperando el consejo de un maestro, tal vez alguien que le diera su aprobación diciéndole que estaba en el camino correcto y que no se debía preocupar en exceso. Pero lejos de recibir un consejo, lo que Jesús le dio fue un mandato: “toma tu cruz”.

El joven había planteado su salvación pensando en “añadir” buenas obras y méritos a su vida, pero el Señor le indicó que lo que tenía que hacer era “quitar”. Por el momento le había mostrado que sus posesiones materiales eran un obstáculo para que pudiera recibir la vida eterna, y que por lo tanto debía deshacerse de ellas, pero esto no era todo lo que debía quitar, tal como a continuación le explicó el Señor.

2. “Toma tu cruz”

¿Qué significa el hecho de tomar nuestra cruz?

Ya hemos notado que el Señor estaba de camino a la cruz. En tres ocasiones diferentes les dijo a sus discípulos que se dirigía a Jerusalén en donde iba a morir (**Mr 8:31**) (**Mr 9:30-31**) (**Mr 10:32-34**). Así que la primera conclusión es que para seguir a Jesús lo primero que tendría que hacer sería identificarse con su cruz. No se puede ser un seguidor de Cristo y avergonzarse de su Cruz.

Pero en segundo lugar, no sólo era cuestión de identificarse con la cruz de Cristo, sino que era necesario también que el hombre tomara su propia cruz. Ahora bien, popularmente se utiliza la expresión “¡vaya cruz que me ha tocado!” para referirse a alguna prueba o sufrimiento por el que una persona atraviesa. Pero en la Biblia, la cruz no era simplemente un lugar de sufrimiento, sino de muerte y ejecución. Por lo tanto, el Señor le estaba mandando “morir”. Probablemente nos asuste este lenguaje. ¿Acaso Jesús le estaba mandando al joven que le acompañara a Jerusalén para que muriera junto a él en otra cruz? No, no era esto. Lo que le quería decir es que si quería ser un seguidor suyo, tenía que morir, pero no físicamente. Se trataba de dar muerte a aquello que hay en nosotros que ofende y desagrada a Dios. Pablo hablaba de “considerarnos muertos al pecado” (**Ro 6:11**).

Y no olvidemos que esto no era algo que sólo tenía que hacer este joven, sino que es el requisito para todo aquel que quiera ser un auténtico cristiano:

(Mr 8:34) *“Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.”*

Este tuvo que ser un momento especialmente duro para aquel joven. Por un lado, él no se veía a sí mismo como una persona tan mala, alguien que tuviera que morir a sí mismo. Y por otro lado, el concepto que tenía de Jesús no era tan elevado como para obedecerle en algo que en tal caso sólo Dios podía mandarle. ¿Qué haría?

“Él, afligido, se fue triste, porque tenía muchas posesiones”

Desgraciadamente el joven rehusó el camino de la cruz. Había entendido perfectamente lo que Jesús le estaba demandando para ser un seguidor suyo, y lo rechazó. Decidió quedarse con sus *“muchas posesiones”* en lugar de con Cristo.

¡Tan lleno de entusiasmo como había llegado, y tan triste como se fue! ¿Qué había pasado?

I. Hay que elegir, no se pueden tener las dos

Tal vez el joven había llegado con la seguridad de que podría ser un discípulo de Jesús, al mismo tiempo que vivía su propia vida, y el Señor le dijo que esto no es posible, que debería elegir entre las dos opciones. No se puede servir a dos señores. Seguir a Jesús es incompatible con tener otros “dioses o ídolos”. Cristo exige lealtad absoluta.

(Mt 6:24) *“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y aborrecerá al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.”*

Tal vez le ocurrió como a muchos que quieren a Cristo para que sea su Salvador, pero no están dispuestos a identificarse con él al punto de sufrir la humillación de la cruz.

Tal vez era como muchos que están dispuestos a aceptar que Cristo fue a la cruz por sus pecados, pero de ninguna manera están dispuestos a morir ellos mismos a sus propios pecados. No quieren aceptar que debe haber un arrepentimiento sincero antes de que puedan ser recibidos por Dios y salvados por su gracia.

Tal vez era uno más de los que dicen confiar en Cristo para su salvación, pero al mismo tiempo creen que son buenas personas y que pueden hacer algo para salvarse por sí mismos.

2. Una triste decisión

La semilla de la Palabra había caído en su corazón, pero el engaño de las riquezas la habían ahogado **(Mr 4:19)**.

Desgraciadamente, su elección fue la misma que millones de personas de nuestros tiempos hacen todos los días.

Había rechazado a Jesús para quedarse con sus riquezas. Eso era lo que él quería, sin embargo, no le produjo ninguna alegría, de hecho, *“se fue triste”*. Una tristeza que no era sino un anticipo de la terrible angustia que le acompañaría toda la eternidad.

Finalmente nos preguntamos si era cierto que él *“tenía muchas posesiones”*, o si por el contrario las posesiones le tenían a él. Lo cierto es que cuando una persona no tiene a Cristo, acabará siendo esclavo de sus propias pasiones, sean éstas las que sean.

3. El ejemplo de Cristo

Con su comportamiento, el joven había demostrado que no estaba dispuesto a dejar sus posesiones para seguir a Cristo, aunque éste le prometiera riquezas celestiales.

Y ante su desconfianza y rechazo, se alza el ejemplo supremo de Cristo y lo que hizo por este joven, y por todos nosotros:

(2 Co 8:9) “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.”

Preguntas

1. ¿Qué es lo que sabemos acerca de este joven? Según usted, ¿qué concepto tenía de sí mismo?
2. Razone sobre el concepto que el joven tenía de la vida eterna. ¿En qué le parece que estaba equivocado? Razone su respuesta.
3. ¿Cómo creía el joven que podría alcanzar la vida eterna? ¿Cuáles eran los requisitos que Jesús le dijo que eran necesarios? Explique ampliamente su respuesta con sus propias palabras.
4. ¿Qué pensaba el joven acerca de Jesús?
5. ¿Entre qué cosas tenía que elegir el joven? ¿Por qué tenía que elegir?

Jesús y las riquezas - Marcos 10:23-31

(Mr 10:23-31) “Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Los discípulos se asombraron de sus palabras; pero Jesús, respondiendo, volvió a decirles: Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Ellos se asombraban aun más, diciendo entre sí: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Entonces Jesús, mirándolos, dijo: Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios. Entonces Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna. Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros.”

Introducción

Mientras el joven rico desaparecía entre la multitud, Jesús hizo un comentario acerca de lo difícil que es para los ricos entrar en el reino de Dios. Esta declaración dejó asombrados a los discípulos, que creían que la posesión de riquezas era una clara indicación del favor y la aprobación divinas. Ellos pensaban que a los “buenos” Dios les daba bienes aquí en la tierra. Por esa misma razón, los pobres, los enfermos, las estériles, las viudas, los huérfanos... eran menospreciados.

El incidente con el joven rico dio lugar a que el Señor les enseñara sobre el tema, volviendo nuevamente a mostrar cuán equivocados estaban muchos de los conceptos que gozaban de gran popularidad en el judaísmo de la época y de los que los mismos discípulos habían quedado gravemente contagiados. Los principios del reino de Cristo eran diferentes: si a alguien le iba a costar entrar en su reino era precisamente a los ricos.

Es muy triste contemplar cómo con el paso del tiempo, el cristianismo organizado ha procurado las riquezas materiales y a vuelto a caer en los mismos errores que el Señor corrigió en sus discípulos.

Porque no debemos olvidar que es Satanás quien promete los reinos de este mundo (**Mt 4:8-9**), y que contrariamente a lo que muchos quieren creer, Cristo nunca predicó que aquellos que creyeran en él, tendrían en este mundo una vida llena de prosperidad material, de éxito, de aceptación social, libre de problemas, sufrimiento, enfermedades, persecuciones, odio...

I. El evangelio de la prosperidad

En la actualidad, hay ciertos grupos que enseñan que la prosperidad económica y el éxito en los negocios son una evidencia externa del favor de Dios. Esta tendencia moderna es conocida como la “Teología de la prosperidad”, “Palabra de Fe” o “Confíésalo y recíbelo”. Esta es una enseñanza bastante común en muchos de los famosos telepredicadores modernos.

En realidad, refleja exactamente el mismo tipo de pensamiento que el Señor Jesucristo corrigió en sus discípulos hace dos mil años y que vamos a estudiar en este pasaje.

En cualquier caso, no nos debe extrañar que este “evangelio de la prosperidad” tenga tanto éxito en la actualidad. Sus predicadores dicen: “la pobreza es del diablo y Dios quiere que todos los cristianos sean prósperos”, “la pobreza es un espíritu maligno del que Dios nos va a liberar”. Y en medio de un mundo donde la riqueza y el éxito son idolatrados, no tiene nada de extraño que a la gente le agrade este tipo de mensajes.

Por otro lado, el camino propuesto para el éxito es relativamente fácil. Acompañando a las predicaciones de este tipo de “evangelio”, siempre hay una serie de insistentes “invitaciones” a depositar generosas ofrendas para apoyar los “ministerios” promovidos por estos predicadores. Su mensaje es: “envíenos una ofrenda para que la bendición de Dios sea puesta en acción; cuanto más generosa sea su ofrenda, mayor será la bendición de Dios para su vida”. Y por supuesto, si la promesa de prosperidad no se cumple, no pida cuentas, porque lo que le dirán es que no ha tenido la fe suficiente o adecuada.

Además, la vida de estas superestrellas del evangelismo de la prosperidad están marcadas por lujos excesivos y riquezas. Conducen Rolls Royce, tienen casas de varios millones de dólares y viajan en sus Jets privados. Les gusta vivir de forma ostentosa y alardear de todo lo que tienen, puesto que según ellos, se tratan de bendiciones de Dios que evidencian lo espirituales que son. Lo cierto es que sobre este tipo de predicadores siempre pesa la sospecha de si se están enriqueciendo indebidamente mientras explotan la ingenuidad de los creyentes sinceros que ofrendan su dinero.

2. La postura bíblica

Por mucho que se revista de espiritualidad, este movimiento hace del materialismo una meta para el creyente, alejándole de los verdaderos valores espirituales.

Por supuesto, Dios quiere bendecir abundantemente nuestras vidas. Lo que resulta extraño, sin embargo, es el énfasis desmedido que este movimiento pone en lo material. En la mayoría de las ocasiones sus predicaciones parecen tener más interés en aquellas cosas que se pueden disfrutar en este mundo, que en la salvación eterna del alma.

El apóstol Pablo decía que Dios nos ha bendecido con *“toda bendición espiritual”* en Cristo (**Ef 1:3**). Y el Señor Jesucristo hizo una seria advertencia sobre la avaricia explicando que *“la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”* (**Lc 12:15**).

No vemos en ninguna parte de la Escritura la afirmación de que todos los buenos creyentes tienen que ser ricos, o que la pobreza esté relacionada con la falta de fe. Precisamente el capítulo 11 de Hebreos, que trata especialmente de la fe, describe con claridad que por la fe algunos *“conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros...”*, pero también, por la misma fe, *“otros fueron atormentados... experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles, fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados... errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra”* (**He 11:33-38**). Como vemos, la fe auténtica se puede manifestar de formas muy diversas, llevando a unos a la pobreza y a otros al triunfo. Pero notemos que todos ellos fueron aprobados por Dios en cuanto a su fe. Por lo tanto, establecer la cantidad de riquezas que uno tiene como criterio para valorar la vida espiritual es completamente falso.

Por otro lado, no olvidemos que Dios ha dado diferentes dones a los creyentes, proveyendo en cada caso de lo necesario para su desarrollo. Así que, a algunos les da riquezas para que puedan “repartir con liberalidad” (**Ro 12:8**), tal como el libro de los Hechos nos explica que ocurrió al comienzo de la iglesia cristiana (**Hch 4:34-35**). Pero no podemos decir que el propósito de Dios para todos los creyentes es que sean ricos, porque él reparte sus dones de forma diferente a cada uno de sus hijos.

Estos predicadores citan las palabras del Señor Jesucristo cuando dijo que *“por sus frutos los conoceréis”* (**Mt 7:20**), para dar a entender que una vida de éxito material es la evidencia de la verdadera espiritualidad. Sin embargo, nos permitimos citar también las palabras del apóstol Pablo para hacer notar a qué tipo de *“fruto”* se refería el Señor Jesucristo: *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”* (**Ga 5:22-23**). Es por un carácter santificado en lo que se demuestra la presencia y el poder transformador del Espíritu Santo y no en el saldo de la cuenta bancaria o en el automóvil que se conduce. ¡Eso sería absurdo!

Otro de los puntos importantes de este tema, es que una de las razones por las que Dios daba riquezas a su pueblo era con el fin de que pudieran compartirlas con los que no tenían. En este sentido, el Señor explicó la historia de un rico que terminó en el infierno porque no tuvo cuidado del mendigo que estaba a su puerta. El rico vivía en el placer y el lujo mientras que Lázaro moría de hambre (**Lc 16:19-31**). Esto nos advierte de que Dios no aprueba que un cristiano lleve una vida de lujo desmedido, mientras millones de personas se mueren de hambre en la actualidad. Esto es una actitud insolidaria, que nada tiene que ver con el estilo de vida que predicó el Señor Jesucristo y que él mismo vivió.

Este tipo de predicadores convierten el evangelio en una relación mercantilista con Dios: “yo le doy a Dios, y él me lo devuelve multiplicado”. Afuera queda la relación personal, la oración, la consagración, el leer la Biblia, incluso el esfuerzo y sacrificio en el trabajo. Todo se reduce a que en un momento dado la persona haga su ofrenda.

Por otro lado, ¿por qué hay que sembrar específicamente en los ministerios de estos pastores de mega-iglesias? ¿Acaso no nos bendecirá Dios si ofrendamos en nuestra propia iglesia local que seguramente tiene también muchas necesidades?

3. El ejemplo de Cristo

Cuando José y María fueron al templo a presentar a su hijo, lo que llevaron para el sacrificio fue dos tórtolas, que era lo que la ley estipulaba para las personas más pobres (**Lc 2:24**).

Más adelante, durante su ministerio público, a uno que quería seguirle le explicó: *“Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza”* (**Lc 9:58**). Y lo que dijo era completamente cierto; le vemos enseñando desde una barca ajena, entrando en Jerusalén en un burro prestado, cenando en la última noche en un aposento que le habían dejado para la ocasión, y finalmente, sepultado en una tumba ajena.

Indudablemente, el estilo de vida que el Señor tenía, no se parecía en nada al que presumen de llevar los famosos predicadores de la prosperidad.

4. El ejemplo de los apóstoles y primeros cristianos

El apóstol Pablo reconocía haber pasado situaciones de pobreza en la obra de Dios (**Fil 4:11-12**) y también sus compañeros

(1 Co 4:9-13) “Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser

espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, mas vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados. Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos.”

“¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!”

Estas fueron las palabras que Cristo dijo mientras el joven rico se iba. Su abandono fue doloroso. Era otro alma que partía rumbo a la condenación. Y nos preguntamos si no habría habido alguna forma de retenerlo. ¿Por qué el Señor fue tan radical con él hasta el punto de mandarle que vendiera todas sus posesiones? ¿No se podría haber rebajado un poco el nivel de exigencia para ver si de esa forma el joven hubiera aceptado quedarse? Al fin y al cabo, tampoco habría venido mal a la causa del Evangelio tener a una persona con recursos financieros entre sus filas.

Podemos plantearlo de muchas maneras, pero lo cierto es que el Evangelio del Señor Jesucristo es radical: *“Vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo, y ven, sígueme, tomando tu cruz” (Mr 10:21)*. Dios no acepta un corazón dividido, no acepta lealtades a medias. Exige la ruptura y el abandono de todo aquello que interfiera en este seguimiento. Nosotros podemos estar tentados a endulzar las palabras, a rebajar un poco el precio, a colocar una cruz menos pesada... pero Cristo no lo hace. El dio su vida entera en la Cruz, con el fin de ganar enteramente al pecador. Y a Dios no le mueven otros intereses; quiere salvar al pecador y no le interesan los bienes que puede tener o la posición social que ocupe.

I. Los peligros de las riquezas

Este mundo, con toda su publicidad, quiere despertar en nosotros la admiración y la envidia hacia aquellos que son ricos. Pero el Señor veía con claridad los peligros de la prosperidad económica. Y por supuesto, esto es algo en lo que también deberían reflexionar los predicadores del “evangelio de la prosperidad”.

- Las riquezas materiales tienden a hacer que el corazón del hombre se apegue a este mundo.
- Crean una falsa sensación de poder, seguridad y autoridad. Con facilidad la persona se vuelve arrogante, orgullosa y satisfecha de sí misma. Cristo se refirió a las riquezas como *“el engaño de las riquezas” (Mr 4:18)*, puesto que hacen que la persona que las posee llegue a creer de sí misma algo que realmente no es. Además, no se da cuenta tampoco de lo efímeras que pueden llegar a ser. ¡Cuántos han pasado de la riqueza a la pobreza en muy poco tiempo!
- Con facilidad, al centrarse tanto en lo material, es fácil llegar a perder de vista lo importante que son las relaciones personales, tanto con nuestros semejantes como con Dios.
- Finalmente, las riquezas esclavizan gradualmente a aquellos que se aferran a ellas. Crea una cada vez mayor dependencia de la comodidad, de la “buena vida”, hasta que llega un momento en que las personas no pueden renunciar a ella.

Las riquezas suponen una tentación muy grande. Alguien ha dicho que por cada cien personas que pueden soportar la adversidad no hay más que una que pueda soportar la prosperidad. ¡Cuántos creyentes hemos visto que mientras tuvieron lo justo para vivir, fueron fieles al Señor, pero en el momento que prosperaron se hicieron mundanos y casi olvidaron definitivamente su fe!

Se necesita ser un gran hombre de Dios para manejar fielmente las riquezas, y aun así, estará sujeto a muchas y variadas tentaciones.

2. Las riquezas no ayudan para alcanzar la salvación

El hecho de ser rico no ayuda a la persona a salvarse, sino que más bien se puede convertir con facilidad en un obstáculo. El rico tiene la tendencia a sentirse superior, y en la entrada a la salvación, hay que reconocerse pecador, culpable, desgraciado y miserable, exactamente igual que todos los demás hombres. Allí un rico está en la misma posición que el pobre, aunque probablemente le cueste más reconocerlo.

3. “Bienaventurados los pobres”

En el Sermón del Monte, el Señor Jesucristo dijo: *“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5:3)*. Esto complementaría la afirmación que estamos estudiando: *“¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!”*.

¿A qué pobres se estaba refiriendo el Señor? Pues no eran los indigentes que están desprovistos de los bienes básicos para la vida, o los que sufrían algún tipo de opresión social, víctimas impotentes de la injusticia humana, sino los pobres en términos espirituales, aquellos que son humildes y reconocen su necesidad y recurren sólo a Dios en busca de salvación.

En sí mismo, no hay ninguna virtud o ventaja en ser pobre, pero sí que es cierto que facilita el camino a la dependencia de Dios. Del mismo modo, que no hay ningún pecado en ser rico, siempre y cuando no se ponga la confianza en las riquezas y éstas no nos aparten de Dios.

(1 Ti 6:17) “A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos.”

Todos debemos pedir a Dios el sentirnos satisfechos con lo que poseemos.

(Fil 4:11-12) “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad.”

(1 Ti 6:7-9) “Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.”

“Los discípulos se asombraron de sus palabras”

Como ya hemos considerado, el Señor estaba corrigiendo la forma equivocada en la que ellos habían interpretado algunas partes de las Escrituras del Antiguo Testamento. Para ellos, si una persona era rica, eso significaba que Dios le había honrado y bendecido.

(Dt 28:1,11-12) “Acontecerá que si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra... Y te hará Jehová sobreabundar en bienes, en el fruto de tu vientre, en el fruto de tu bestia, y en el fruto de tu tierra, en el país que Jehová juró a tus padres que te había de dar. Te abrirá Jehová su buen tesoro, el cielo, para enviar la lluvia a tu tierra en su tiempo, y para bendecir toda obra de tus manos. Y prestarás a muchas naciones, y tú no pedirás prestado.”

Según la interpretación popular en aquellos días, el rico necesariamente tenía que estar en mejor posición que el pobre para entrar en el Reino, porque evidentemente, ya disfrutaba del favor divino. Además, su concepto del Reino de Dios era material, y estaba limitado a este mundo terrenal, así que, cuantas más posesiones tuvieran, mejor preparados estarían para disfrutar de él.

Pero ya hemos considerado en otros estudios, que el Reino, tal como era expuesto por el Señor Jesucristo, se trataba de un concepto espiritual, que por el momento se desarrolla en el corazón del hombre y que tiene que ver principalmente con bendiciones espirituales.

Ellos habían interpretado incorrectamente las promesas del Antiguo Testamento, y cuando el Señor les explicó lo que realmente querían decir, les produjo un fuerte asombro, el mismo que les causaría a los predicadores del “evangelio de la prosperidad” si tuvieran en cuenta este enfoque del Señor.

“Los que confían en las riquezas”

Ahora el Señor aclara su declaración anterior. No es que los ricos no pueden entrar en el reino de Dios, sino *“los que confían en las riquezas”*.

Esto no incluye exclusivamente a los que ya tienen riquezas, también tiene que ver con los que las anhelan tener. ¡Cuántas veces hemos conocido a creyentes que desatienden las cosas de Dios por estar trabajando en dos o tres trabajos a la vez con el fin de ganar más dinero! Se puede amar y codiciar lo que se tiene, pero también lo que se desea tener. Ambas cosas son igualmente destructivas.

Frecuentemente, la riqueza inclina al hombre a sentirse autosuficiente, incluso con respecto a la vida eterna. He aquí por qué es tan difícil que los que confían en las riquezas entren en el reino de Dios. Sólo quienes reconocen su pobreza espiritual absoluta, pueden disfrutar de la gracia de Dios.

El rico confía que todo se puede pagar o ganar, pero no es así en el caso de la salvación.

(Sal 49:6-9) “Los que confían en sus bienes, y de la muchedumbre de sus riquezas se jactan, ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate (porque la redención de su vida es de gran precio, y no se logrará jamás) para que viva en adelante para siempre, y nunca vea corrupción.”

“Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja”

La imagen a primera vista es grotesca y a esto debe su eficacia. Algunos han buscado fórmulas para interpretar que lo que el Señor quería decir es que se trataba de algo muy difícil, pero en realidad se refiere a algo que es completamente imposible, como más adelante explicó: *“Para los hombres es imposible, mas para Dios, no”*.

¿Qué es exactamente lo que resulta imposible? El contexto nos indica que alguien que confía en las riquezas (o en cualquier otra obra humana) es imposible que pueda salvarse. La salvación depende completamente de Dios. El hombre sólo puede recibirla por medio de la fe, teniendo claro que la fe no es una obra, sino únicamente la petición desesperada de salvación, pero en ningún caso una obra meritoria.

Esto volvió a causar asombro entre los discípulos. Era evidente que estaban teniendo dificultades para recibir una enseñanza tan diferente a lo que estaban acostumbrados a escuchar.

Pero la cuestión era realmente importante, así que el Señor la volvió a repetir por medio de esta ilustración. Lo que tenían que entender es que la salvación es imposible para los hombres, independientemente de los logros humanos que hayan conseguido o las posesiones que tengan. Todos por igual necesitamos ser salvados por Dios: *“Para los hombres es imposible, mas para Dios, no”*.

La buena noticia es que hay salvación para todo el mundo, rico y pobre, con tal que el hombre confíe únicamente en el Todopoderoso. Porque ¡Dios sí puede salvar!

“Nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido”

En ese momento, como si algo se hubiera encendido en la mente de Pedro, se sintió movido a señalar a Cristo que él y sus compañeros lo habían dejado todo a fin de seguirle. Y esto era cierto; Simón y Andrés, *“dejando sus redes, le siguieron”*; Jacobo y Juan, *“dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, le siguieron”*; y Leví *“levantándose, le siguió”*, abandonando el banco de los tributos públicos y su trabajo. Ellos habían hecho lo que el joven rico no había querido hacer.

Ahora bien, ¿qué pretendía Pedro al decir esto? Por la contestación que el Señor le dio a continuación, pareciera que estaba preguntando si ellos recibirían algo por su actitud desprendida. El evangelio de Mateo da una versión más amplia de su pregunta que confirma esta idea: *“¿qué, pues, tendremos?” (Mt 19:27)*. Esto era típico en el apóstol Pedro, donde encontramos con frecuencia esta mezcla de penetración espiritual y de ambición carnal que solía expresar con tanta espontaneidad.

“Por causa de mí y del evangelio... que no reciba cien veces más”

No hay duda de que Dios recompensa la fidelidad del creyente que deja casa, hermanos, hermanas, padre, madre, mujer, hijos o tierras por causa de él y de su evangelio. Sin embargo, en nuestro servicio al Señor debemos tener cuidado de que nuestra motivación no sea el deseo de ganancia sino el amor por Cristo y su evangelio.

Aquellos que ofrendan después de escuchar a un predicador asegurándoles que cuánto más den, más van a recibir, deben preguntarse honestamente si lo hacen por lo que

esperan recibir de Dios para ellos mismos, o si su interés está realmente en la causa de Cristo.

Y los predicadores tendremos que tener cuidado cuando enseñamos la Palabra para no estimular este tipo de pensamientos codiciosos en la congregación. Veamos un ejemplo de cómo un predicador invitaba a su auditorio a pensar en términos puramente materiales mientras les animaba a ofrendar: “La ley de la siembra y la siega le garantiza que cosechará mucho más de lo que sembró. ¡No hay límite para la abundancia de Dios! Anote en la papeleta adjunta lo que necesita recibir de Dios: la salvación de un ser querido, la sanidad, un aumento de sueldo, un empleo mejor, un automóvil o una casa mejor, la compra o venta de una propiedad, guía en los negocios o las inversiones, sea lo que necesite, adjunte la papeleta con su semilla en dinero y espere la bendición de Dios a cambio.”

No podemos ofrendar a Dios pensando en lo que vamos a ganar para nosotros mismos. Esto es avaricia, lo cual es un pecado de idolatría (**Col 3:5**).

Y por último, la persona que ofrenda, debe ser prudente y examinar bien cuál es el destino del dinero ofrendado. Si la finalidad es que un telepredicador pueda tener una casa más cara, un automóvil más ostentoso, y alojarse en las habitaciones más caras de los hoteles, no se puede decir que esto sea como dijo el Señor *“por causa de mí y del evangelio”*. En muchas ocasiones no podemos entender cómo hay creyentes ingenuos que emplean los pocos recursos económicos que tienen para que otras personas, que se dicen hermanos suyos, puedan mantener un estilo de vida lleno de lujos y caprichos. Nunca debemos olvidar que el Señor nos hace responsables de la administración de los recursos que ha puesto en nuestras manos.

“Reciba cien veces más ahora en este tiempo”

Lo que Pedro y los otros apóstoles habían dejado por seguir a Cristo, no es un caso aislado. Todo verdadero creyente se verá enfrentado tarde o temprano a dejar cosas si quiere seguir fielmente al Señor.

(Lc 14:26) *“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.”*

En algunas ocasiones, se tratará de “dejar” estas cosas voluntariamente, pero en otras, la decisión de seguir a Cristo, nos puede llevar a “perder” lo que tenemos; y esto lo saben bien muchos de nuestros hermanos que viven en países donde el Evangelio es perseguido (**He 10:34**). Pero ya sea que entreguemos lo que tenemos por amor a Cristo, o que lo perdamos por nuestra fidelidad a su evangelio, el Señor promete recompensar generosamente.

Por supuesto, el Señor no estaba diciendo que como consecuencia de nuestro desprendimiento de ciertas cosas, él nos recompensaría con la salvación. Evidentemente, la salvación no está entre las “recompensas” prometidas. Pero si bien la salvación no depende de nuestras obras, también es cierto que sin “sacrificio” no puede haber recompensa.

No cabe duda de que todo servicio y entrega al Señor es una “inversión” rentable. La primera razón está en lo desproporcionado de los “intereses” (*“cien veces más”*), pero también, porque lo que le entregamos es algo de lo que tarde o temprano nos tendremos que desprender al pasar de esta vida a la eternidad. Alguien ha dicho: “No es un loco el que está dispuesto a perder lo que no puede retener, con el fin de alcanzar lo que no se puede perder”.

En cuanto a la parte del cumplimiento de esta promesa que tiene lugar en este tiempo presente, su fidelidad ha sido comprobada en la experiencia de los siervos del Señor en todos los tiempos. Tal vez han tenido que dejar sus casas por causa de su servicio, pero allí donde han ido han recibido alojamiento y cuidado. Quizás han sido despreciados por sus familiares cercanos, pero han encontrado cientos de hermanos y amigos cristianos que han enriquecido sus vidas.

“Con persecuciones”

Notemos también la absoluta honestidad con la que el Señor hablaba. Él jamás prometió que ser cristiano sería fácil. Con toda claridad anunció el conflicto que esperaría a todo aquel que decidiera seguirle.

(2 Ti 3:12) *“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.”*

A lo largo de todo el libro de los Hechos de los Apóstoles vemos a los discípulos sufriendo persecución, siendo acusados ante diferentes tribunales, amenazados, encarcelados, azotados, apedreados, puestos a muerte, desalojados de sus casas, sufriendo hambre y sed, tratados brutalmente, calumniados... Ver también **(2 Co 11:23-27)**.

¡Qué diferente era el Señor de los predicadores del “evangelio de la prosperidad”! Ellos sólo anuncian prosperidad material, pero la verdad contrastada por los verdaderos cristianos de todos los tiempos, es que la fidelidad al Señor nos introduce siempre en una lucha permanente con el enemigo de nuestras almas, que en muchos casos se traduce en la pérdida de los bienes y hasta de la propia vida. Nos parece injusto que la respuesta que estos predicadores dan a nuestros hermanos que están perdiendo todo en países donde el evangelio es perseguido, sea que están sufriendo esa pobreza porque no tienen fe, cuando precisamente, es su verdadera fe en Cristo lo que les está llevando a este sacrificio. Pero estamos seguros de que el Señor hará justicia finalmente.

“Y en el siglo venidero la vida eterna”

Como decíamos, hay muchas causas que no son resueltas en este tiempo, pero el Señor lo hará en la eternidad. Hay bendiciones que el cristiano no recibe en este tiempo, pero que tiene reservadas para la eternidad y que disfrutará durante todo el “siglo venidero”.

(2 Co 4:16-18) *“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.”*

“Muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros”

El Señor termina su exposición con esta enigmática declaración. ¿A qué se refería?

- Tal vez podemos pensar que se trataba de una referencia al joven rico que se acababa de marchar. A los ojos de los discípulos, él ocupaba un lugar preeminente para entrar al reino de Dios, pero la exposición del Señor demostró que en realidad estaba muy lejos. En cambio, otras personas más sencillas, como los “pobres de

espíritu”, en los que nadie ponía sus esperanzas, ocuparán las primeras posiciones en la eternidad.

- O quizás debamos entenderla como una exhortación a Pedro y los otros apóstoles, para que no hicieran valoraciones anticipadas de su propio sacrificio y entrega, pensando que eran más que otros, porque no les correspondía a ellos juzgar ese asunto.

En cualquier caso, esta sentencia del Señor nos advierte de que en el juicio de Dios habrá grandes sorpresas.

Preguntas

1. ¿Hay algún punto del llamado “evangelio de la prosperidad” que a usted le parezca que no se ajusta a lo que se enseña en la Palabra? ¿Por qué? Razone su respuesta con argumentos bíblicos.
2. En vista de lo estudiado en este pasaje, ¿Qué tienen de malo las riquezas?
3. ¿Por qué dijo Jesús: “¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!”? ¿Por qué los discípulos se asombraron por ello?
4. Explique con sus propias palabras lo que Jesús quería decir con la frase: “*Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios*”.
5. Analice y comente cada una de las cosas que el Señor prometió que les daría a aquellos que dejaran sus posesiones por causa de él y del evangelio.

Petición de Santiago y de Juan - Marcos 10:32-45

(Mr 10:32-45) *“Iban por el camino subiendo a Jerusalén; y Jesús iba delante, y ellos se asombraron, y le seguían con miedo. Entonces volviendo a tomar a los doce aparte, les comenzó a decir las cosas que le habían de acontecer: He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará.*

Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron, diciendo: Maestro, queríamos que nos hagas lo que pidiéremos. El les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Ellos le dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos dijeron: Podemos. Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaron a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado. Cuando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse contra Jacobo y contra Juan. Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

Introducción

El Señor Jesucristo estaba realizando su último viaje a Jerusalén en donde le esperaba la cruz. En el camino iba explicándoles a sus discípulos que sólo de esta manera se podría establecer el Reino de Dios en la tierra. Pero al mismo tiempo, también insistía acerca de cuáles serían los principios de su Reino.

- Dijo que *“muchos primeros serán postreros, y los postreros primeros” (Mr 10:31)*, dando a entender que su Reino no se establecía según los criterios humanos que encontramos en este mundo.
- Por ejemplo, dijo que para entrar en el Reino de Dios era necesario recibirlo como un niño **(Mr 10:15)**. Esto quedó perfectamente ilustrado con la historia del joven rico, que no fue capaz de depositar su confianza en Cristo y depender únicamente de él para entrar a la vida eterna **(Mr 10:17-22)**.
- Y en el pasaje que tenemos delante, vamos a considerar que la grandeza dentro de su Reino tampoco se consigue como en el mundo, sino a través del servicio.

Los discípulos escuchaban las enseñanzas de Jesús, pero se resistían una y otra vez a aceptarlas. Para ellos el establecimiento del Reino se debería llevar a cabo por medio del poder de Cristo y no por morir en una cruz, y aspiraban a ocupar los más distinguidos puestos dentro de ese reino buscando influencias y favores, en lugar de por el servicio y la entrega.

Cuando estudiamos estos pasajes debemos de examinarnos constantemente a nosotros mismos, puesto que estas tentaciones no sólo pertenecen al pasado, sino que están muy arraigadas en la naturaleza caída del hombre y se manifiestan en todo tiempo y lugar.

“Iban por el camino subiendo a Jerusalén y Jesús iba delante”

Marcos nos presenta ahora la última etapa del ministerio de Jesús cuando subió por última vez a Jerusalén. Y aunque sabía exactamente qué era lo que allí le esperaba, sin embargo mostraba su determinación por hacer la voluntad de su Padre cualquiera que fuera el precio a pagar.

(Lc 9:51) *“Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén.”*

El evangelista lo presenta caminando delante de sus discípulos, lo que nos hace pensar en varias cosas:

- La urgencia de la obra que había de realizar, junto con la angustia y el dolor de beber aquella amarga copa, le hacía apresurar sus pasos de manera que *“iba delante de ellos”*.
- El hecho de que sus discípulos fueran detrás de él, y que estuvieran pensando en asuntos puramente mundanos, nos muestra la tremenda soledad de Cristo frente a la cruz.
- Pero tal vez debemos pensar también que frente a la incomprensión de sus discípulos, el Señor se adelantara en busca de la soledad que le permitiera estar en comunión íntima con su Padre celestial.

“Y ellos se asombraron, y le seguían con miedo”

Mientras caminaba delante de ellos, los discípulos podían ver en su rostro las marcas profundas de su dolor, y nuevamente *“se asombraron”* y *“le seguían con miedo”*. Todo parecía presagiar el peligro que se avecinaba, aunque por lo que luego veremos, ninguno de ellos compartía con él sus emociones y pensamientos, sino que estaban inmersos en sus propios planteamientos acerca del Reino y en sus sueños de grandeza.

“Les comenzó a decir las cosas que le habían de acontecer”

En algún momento del camino, el Señor volvió a tomar aparte a los doce y volvió a revelarles de forma aun más clara la causa de su profunda perturbación.

Fijémonos en las frases cortas que utiliza, como si tuviera que volver a respirar después de cada una de ellas para tomar aliento, tal vez entremezcladas con sollozos: *“subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará”*.

La sombra de la cruz se hacía cada vez más densa, y el Señor manifestaba aquí la angustia interior que sentía al anticipar la agonía del Getsemaní y el Calvario.

Pero al mismo tiempo, el conocimiento preciso que tenía de todo lo que le había de ocurrir, nos revela una vez más que él no era un mero hombre, y también, que la Cruz no fue *“un fallo en su programa mesiánico”*, sino algo previamente planificado en el seno de la Trinidad. No había nada de involuntario ni imprevisto en la muerte del Señor. Fue el resultado de su propia elección libre, determinada y deliberada.

Notemos también que esta era la tercera vez que él anticipaba sus sufrimientos y muerte, siendo aun más preciso que en las ocasiones anteriores. Por ejemplo, aquí anticipa las burlas, mofas y azotes de sus enemigos: “Y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él”.

“Entonces Jacobo y Juan se le acercaron con una petición”

Pero a pesar de la claridad con que él expresaba todo esto, sus discípulos seguían sin comprender lo que les estaba diciendo (**Lc 18:34**). Sus mentes estaban ocupadas en planes de su propia y egoísta ambición.

Según el relato de Mateo, parece que también la madre de los hijos de Zebedeo tomó parte en esta iniciativa. Y dicho sea de paso, los padres cristianos tendremos que tener mucho cuidado en no buscar puestos de preeminencia para nuestros hijos en la esfera del servicio cristiano por medios inadecuados. Por supuesto que todos los padres queremos lo mejor para nuestros hijos, pero como más adelante explicará el Señor, debe ser manifestado por los propios hijos y demostrado por un espíritu de servicio y sacrificio.

En cualquier caso, la forma en la que presentaron el asunto (“*Maestro, queríamos que nos hagas lo que pidiéremos*”), nos recuerda a las demandas de los niños cuando plantean sus peticiones a los padres pidiéndoles que accedan a sus deseos antes de expresar su petición concreta. Por supuesto, los padres saben que esto lo hacen así cuando los pequeños no están muy seguros de tener derecho a recibir lo que van a pedir.

“Concédenos que en tu gloria nos sentemos a tu lado”

Tal como su planteamiento hacía prever, la petición que hicieron estaba cargada de egoísmo. Así que mientras que el Señor sufría en el camino, ellos soñaban con un reino mesiánico de alcance mundial en el que ellos iban a ocupar puestos destacados. No podía haber un contraste más fuerte.

Por el contexto podemos ver que todos los discípulos pensaban en lo mismo, pero dos de ellos, Jacobo y Juan, se adelantaron al resto para ser elegidos de antemano como los “primeros ministros” en el Reino de Cristo.

No obstante, a pesar de que se trataba de una ambición pecaminosa, no podemos dejar de ver también la fe de estos discípulos en Jesús. Ellos seguían creyendo que el carpintero de Nazaret, al que los líderes religiosos de Israel rechazaban con todas sus fuerzas, era el Cristo que iba a sentarse en el Trono de su gloria, y que conforme a su promesa, ellos se sentarían también en doce tronos.

(Mt 19:28) “Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.”

Es evidente que ellos seguían pensando en los diferentes galardones que cada uno de ellos tendría una vez que Cristo estableciera su Reino. Como vimos en el pasaje anterior, ellos lo habían dejado todo por seguirle, así que, les parecía lógico pensar en lo que iban a recibir a cambio. Esto les impedía considerar que Cristo se disponía a entregar su propia vida por ellos en la Cruz para que pudieran tener la salvación eterna. Desgraciadamente los seres humanos somos así, centramos toda la atención sobre lo poco que hacemos y nos olvidamos de las grandes obras de Dios a nuestro favor, pensamos en nuestros propios intereses e ignoramos la obra de Dios, buscamos con

frecuencia los goces inmediatos y no la gloria eterna, estamos rápidamente dispuestos a dejar a un lado la cruz y las tribulaciones para pensar sólo en coronas.

De todas formas, si bien es cierto que la ambición que manifestaron en este momento los discípulos no se correspondía con los principios del Reino, sin embargo, no por eso debemos renunciar a toda ambición.

- Por ejemplo, el apóstol Pablo exhortaba a los creyentes en Corinto para que procuraran los mejores dones espirituales (**1 Co 14:1**), y a Timoteo le dice que si *“alguno anhela obispado, buena obra desea”* (**1 Ti 3:1**).
- Pero también advertía de los peligros de tener una opinión exagerada de nosotros mismos que nos lleve a competir con nuestros hermanos de una forma insana como vemos a los discípulos en ese pasaje (**Fil 2:3**).

“Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís”

La petición de Jacobo y Juan ponía en evidencia la misma debilidad y miopía de muchas de nuestras oraciones. Esta es una razón por la que Dios no nos da siempre lo que le pedimos. Con tanta frecuencia nuestras oraciones tienen como único objetivo que nosotros vivamos mejor, que suframos menos, que desaparezcan todos nuestros problemas... y dejamos a un lado los intereses del Reino de Dios. Por esta razón, no recibimos lo que pedimos.

(Stg 4:3) *“Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites”*

¡Y menos mal que el Señor no nos da todo lo que le pedimos! Porque si así fuera, con frecuencia eso sería para nuestra propia ruina. Pero él sabe lo que nos conviene en todo momento, y el mismo Espíritu parece “corregir” nuestras débiles oraciones.

(Ro 8:26) *“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.”*

Pero en el caso que estudiamos, no sólo estaban pidiendo guiados por una ambición carnal, sino que también estaban equivocados porque pedían sin entender lo que eso implicaba. Ignoraban cuál había de ser el “precio” que tendrían que pagar para obtener su petición.

Por eso, cuando el Señor les contestó, les explicó que esa asociación íntima con él a nivel jerárquico que le estaban pidiendo, implicaría necesariamente identificarse con él en el amargo sufrimiento de la cruz por la que se disponía a pasar. Y esto siempre es así:

(Ro 8:17) *“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.”*

¡Cuántas veces deseamos grandes bendiciones de Dios sin estar dispuestos a sufrir ni a sacrificarnos por su causa!

Con el fin de aclararles este punto, el Señor les habló de la copa que había de beber y del bautismo en el que iba a ser bautizado en una clara referencia a su muerte en la Cruz: *“¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?”*.

En el huerto de Getsemaní, Jesús habló de la amarga “copa” que había de beber en relación a su crucifixión (**Mr 14:36**). Y de la misma forma se refirió a su bautismo (**Lc**

12:50) *“De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!”.*

Entonces, cuando el Señor les preguntó a sus discípulos si estaban dispuestos a beber esa copa y pasar por el mismo bautismo, les estaba hablando de sumergirse en la terrible experiencia de dolor y muerte que él iba a atravesar.

“Ellos dijeron: Podemos”

1. La falsa confianza en sí mismos

Con una extraña mezcla de ignorancia, fe y devoción, respondieron al Señor: *“¡Podemos!”*. Estaba claro que tenían mucha confianza en sí mismos y así lo manifestaron, pero lo cierto fue que el futuro inmediato demostró que habían contestado sin medir adecuadamente sus fuerzas. Todos recordamos que cuando Jesús fue prendido *“todos los discípulos, dejándole, huyeron” (Mr 14:50)*. ¿Dónde había quedado su promesa de acompañarle hasta el fin? Pero no juzguemos a los apóstoles, porque a nosotros mismos nos ocurre con frecuencia que creemos que somos mucho más de lo que con nuestros hechos somos capaces de demostrar.

2. Una lección finalmente aprendida

En cualquier caso, aunque en el momento del arresto y crucifixión de Jesús todos ellos “desaparecieron”, sin embargo, más tarde las palabras de Jesús se cumplieron en ellos: *“A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados”*. Claro está que primero tuvieron que aprender a desconfiar de ellos mismos y a depender del Señor, pero finalmente, ambos entregaron su vida tal como habían dicho: Jacobo murió como mártir (**Hch 12:2**), y Juan pasó sus últimos días prisionero en la isla de Patmos (**Ap 1:9**), y según dice la tradición, murió también de forma violenta.

3. Llamados a sufrir con Cristo

Y del mismo modo que ellos, todo aquel discípulo de Jesús que quiera ser leal a él, también sufrirá.

- *“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.” (2 Ti 3:12)*
- En este sentido Pablo escribía: *“... abundan en nosotros las aflicciones de Cristo” (2 Co 1:5)*.
- Y Pedro animaba a los creyentes perseguidos con estas palabras: *“Gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1 P 4:13)*.

4. Los sufrimientos de Cristo y los nuestros

Al llegar a este punto debemos tener presente que siempre habrá una diferencia infinita entre los sufrimientos de Cristo y aquellos por los que pasen sus seguidores por causa de su identificación con él. Nunca olvidemos que él vino *“para dar su vida en rescate por muchos”*, y esto es algo que nadie más puede hacer.

5. La asignación de los puestos en el Reino

Finalmente el Señor contestó a la petición concreta que le habían hecho diciendo que *“el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado”*.

Más adelante el Señor explicará con más detalle que la posición en su Reino quedará determinada por la fidelidad y lealtad en el servicio a él.

“Cuando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse”

Ahora vemos que el resto de los discípulos se enojaron con ellos. La causa era en realidad que todos ellos querían lo mismo, pero se sintieron contrariados cuando se dieron cuenta de que Jacobo y Juan se les habían adelantado.

Este tipo de actitudes siempre generan conflictos y rompen el compañerismo cristiano. ¡Cuántas divisiones se producen en las iglesias por el deseo carnal de prevalecer y ganar protagonismo sobre los demás hermanos! ¡Qué fácil es enojarse con el hermano simplemente porque nos adelanta!

Los reinos del mundo y el de Cristo

A continuación Jesús ilustra la diferencia que hay entre su Reino y los reinos terrenales en relación al poder, la grandeza y el señorío.

1. “Los gobernantes de las naciones”

Primero explica los criterios que se siguen en todos los reinos de este mundo, donde los gobernantes son aquellos que han sabido acumular grandes recursos económicos, poder militar, y astucia diplomática.

Generalmente usan esta autoridad para su propio engrandecimiento y beneficio.

Y el criterio que se sigue es que el más grande es aquel que logra imponer su voluntad a más personas, mientras que los humildes parecen que no son nadie.

2. “No será así entre vosotros”

En esto, como en otras muchas cosas, las normas del Reino habían de ser totalmente distintas a las del mundo. De hecho, aquí es donde encontramos uno de los contrastes más fuertes: entre sus discípulos la grandeza no consistiría en conseguir el servicio y la sumisión de otros, sino en el servicio que uno mismo pudiera realizar a los demás: *“El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos”*.

Por esta razón, los discípulos debía hacerse “esclavos” o “servidores” de todos los demás, no considerando sus propios derechos, sino los de los otros.

3. En el gobierno de la iglesia local

El apóstol Pedro llegó a entenderlo perfectamente, y cuando años más tarde hablaba acerca del gobierno dentro de la iglesia local se expresaba en estos términos:

(1 P 5:2-3) *“Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey.”*

También Pablo tuvo que exhortar seriamente a los creyentes de Corinto porque se encontraban inmersos en divisiones internas debido a que tenían la tendencia de encumbrar a sus líderes de una forma completamente mundana. No habían entendido que aquellos apóstoles y misioneros que ellos tenían tan “idolatrados”, no eran sino “servidores” suyos.

(1 Co 3:4-5) *“Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales? ¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor.”*

Desgraciadamente, muchos de los que se dicen seguidores de Cristo han olvidado estos principios, y constantemente han manifestado esta tendencia del hombre caído de exaltar a sus líderes, llegando a considerar la iglesia más importante aquella en que su líder tenga más seguidores. ¡Terrible error!

4. En el desarrollo de los dones

Más adelante en la misma carta, Pablo explicó que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y que debe funcionar como tal. En este sentido, cada miembro ha sido colocado en el cuerpo para complementar al resto, en dependencia los unos de los otros, no compitiendo entre sí, ni rivalizando.

(1 Co 12:20-21) *“Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros.”*

En todo servicio que se realice en la iglesia, el creyente nunca debe olvidar el ejemplo supremo de Cristo:

(Fil 2:3-8) *“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”*

5. Un principio útil para cualquier situación

Por supuesto, es de desear que estos mismos principios se apliquen también en todas las áreas de la vida, ya sea en la iglesia, en la política, en los negocios... Sin duda, uno de los mayores problemas del ser humano es que siempre quiere aportar lo menos posible y recibir mucho.

Se cuenta la historia de que durante la guerra de independencia de los Estados Unidos ciertos soldados estaban procurando alzar un tronco pesado para colocarlo en su lugar en una empalizada. En eso se acercó un hombre de aspecto distinguido que al ver que un oficial observaba sin ayudarles, le preguntó por qué. El oficial, indignado y sintiéndose demasiado importante como para “servir”, le contestó: “¿Es que no se da cuenta de que soy coronel?” Entonces el otro respondió: “Bueno, si usted no lo hace, lo haré yo”. Y así fue que con la ayuda de ese hombre por fin se terminó la tarea. El coronel quiso saber el nombre del caballero. Este, abriendo su abrigo para revelar el uniforme que llevaba debajo, le contestó: “Soy el general Washington, y cuando necesite más ayuda, llámeme.”

“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir”

Como ya hemos dicho, Cristo es el ejemplo supremo que debemos imitar: *“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”*.

Sin lugar a dudas, la entrega de su vida en la cruz para salvar a los pecadores, fue la mayor demostración de este espíritu de servicio con el que quería influir en sus discípulos; pero no fue la única. Todos recordamos que la misma noche en que fue entregado, los discípulos volvieron nuevamente a tener otra discusión acerca de cuál de ellos iba a ser el mayor, y el Señor tuvo que repetir la misma enseñanza que encontramos aquí (**Lc 22:24-27**). Pero notemos lo que él dijo en aquella ocasión: *“Yo estoy entre vosotros como el que sirve”*. Y el evangelio de Juan nos explica que después, Jesús se levantó *“y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido”*. Al terminar, preguntó a sus discípulos: *“¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis”* (**Jn 13:2-17**).

Pero nuestro asombro no termina aquí, porque el papel de siervo de Jesús no acabó con su vida aquí en la tierra. Cuando él regrese en su Segunda Venida con todo su poder y gloria, volverá a asumir su papel de siervo: *“Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles”* (**Lc 12:37**). Jesús nunca dejará de servirnos. ¡Parece increíble!

Todo esto debería inclinar nuestros corazones a servir y entregarnos a otros en lugar de estar buscando los aplausos o el prestigio entre nuestros semejantes. El orgullo mata el servicio, mientras que la humildad nos engrandece. Recordemos las palabras de Jesús:

(Lc 14:11) *“Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido.”*

“Y para dar su vida en rescate por muchos”

Aquí encontramos la consumación de su servicio como el *“Siervo de Jehová”*. Porque no debemos olvidar que lo que llenaba en primer lugar el corazón de Cristo era el servicio a su Padre celestial.

(Jn 4:34) *“Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.”*

Pero al mismo tiempo, este servicio tenía como objetivo beneficiar a los hombres pecadores, dando su vida para “liberarlos” eternamente de la culpabilidad de sus pecados y de sus trágicas consecuencias sobre el ser humano. En este sentido, su vida fue el precio que tuvo que pagar para que nosotros recuperáramos la libertad.

Estos términos pueden resultar un poco extraños en nuestro mundo moderno, pero en aquella sociedad el término *“redimir”* se usaba frecuentemente para referirse a la

liberación de un esclavo o un cautivo mediante el pago de un rescate. Y esto es exactamente lo que Cristo hizo para que pudiéramos llegar a formar parte de su Reino.

(Col 1:13-14) *“El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.”*

¡Gracias sean dadas a Dios por su don inefable!

Preguntas

1. ¿Cómo pensaban los discípulos que sería establecido el Reino de Dios? ¿Y el Señor Jesucristo? Justifique su respuesta. ¿Qué otras diferencias encontramos en el capítulo 10 de Marcos entre los reinos de este mundo y el de Cristo?
2. En ocasiones vemos que Dios no contesta a nuestras oraciones tal como le pedimos. ¿Qué aprendemos en este pasaje acerca de esto?
3. ¿Por qué les dijo Jesús a los hijos de Zebedeo que no sabían lo que pedían? ¿Qué concepto tenían ellos de sí mismos? ¿Le parece correcto?
4. Explique cómo se debe manifestar la “grandeza” dentro del Reino de Dios. ¿Y en el gobierno de la iglesia local? ¿Y en el servicio cristiano? Justifique sus respuestas con citas bíblicas.
5. Explique con las Escrituras diferentes aspectos de la vida y Obra de Cristo que sirven para ilustrar esta actitud de servicio que él quería enseñar a sus discípulos.

El ciego Bartimeo recibe la vista

(Mr 10:46-52) “Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él y sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando. Y oyendo que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces y a decir: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! Y muchos le reprendían para que callase, pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarle; y llamaron al ciego, diciéndole: Ten confianza; levántate, te llama. El entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús. Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino.”

Introducción

Este es el último milagro de sanidad que Marcos registra en su evangelio, y sirve de conclusión a toda la sección que venimos estudiando.

- Primeramente vemos al Señor deteniéndose en el camino para atender a un ciego. Un ejemplo de lo que acababa de decir: *“El Hijo del Hombre vino para servir” (Mr 10:45)*.
- También nos llama la atención que el ciego dejó todo lo que tenía para seguir a Jesús. Una actitud totalmente diferente de la del joven rico, que se había ido triste porque para él sus pertenencias eran más importantes que Jesús **(Mr 10:21-22)**.
- Y finalmente veremos al ciego completamente restaurado, habiendo pasado de la mendicidad a recobrar su libertad y dignidad, lo que sirve para ilustrar en qué iba a consistir el “rescate” que Jesús iba a conseguir por medio de la entrega de su propia vida **(Mr 10:45)**.

“Al salir de Jericó”

En estos pasajes Marcos nos presenta al Señor Jesucristo en su último viaje a Jerusalén. Como él mismo había anunciado, su destino era la cruz, pero en el camino no dejaba de enseñar a sus discípulos, bien fuera por medio de sus palabras o por las obras que hacía.

Ahora llega a Jericó, a unos 25 kilómetros de Jerusalén, y allí tuvo lugar un incidente que por su interés, el evangelista lo ha recogido en su relato.

No obstante, notamos cierta diferencia entre los evangelistas en cuanto al punto exacto donde ocurrió el incidente. Mientras que Mateo y Marcos afirman que el milagro se produjo al *“salir de Jericó”*, Lucas dice que fue *“acercándose Jesús a Jericó” (Lc 18:35)*. Quizá la explicación a esta aparente contradicción la debemos buscar en el hecho de que en aquel momento había dos ciudades que se llamaban Jericó: por un lado estaban las ruinas de la antigua ciudad de la que nos habla el Antiguo Testamento **(Jos 6)** y que fue destruida por Josué, y la nueva Jericó construida por Herodes. Por lo tanto, puede que cada uno de los evangelistas haya tomado como punto de referencia una “Jericó” diferente, y dado que ambas estaban como a un kilómetro y medio de distancia entre sí, deberíamos entender que Bartimeo se encontraba en algún punto intermedio del camino entre ellas. En cualquier caso, éste es un detalle interesante porque pone de evidencia el

carácter independiente de los relatos de los evangelios, desmontando la teoría popular de que unos evangelistas copiaban lo que escribían los otros.

“Bartimeo el ciego, hijo de Timeo”

Marcos explica para sus lectores que *“Bartimeo”* quería decir *“hijo de Timeo”*. La verdad es que la familiaridad con la que se refiere a ellos nos hace pensar que tal vez el padre y el hijo llegaron a ser figuras conocidas dentro de la iglesia primitiva.

También nos dice que Bartimeo era ciego y que como resultado era pobre y se veía obligado a mendigar, dependiendo para su supervivencia de la ayuda de otros. Sin lugar a dudas, su mendicidad era un medio para ganarse la vida muy degradante.

Además, aunque la asistencia a Jerusalén para la fiesta de la pascua era obligatoria para los varones mayores de doce años, Bartimeo se encontraba impedido de ir. Para él, la fiesta lo único que le podía aportar era que por el camino en donde él se ponía a mendigar, en aquellos días pasara mucha más gente de lo habitual y podría encontrar algunas pruebas de la generosidad de los peregrinos que aliviaran en algo su necesidad.

“Y oyendo que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces”

Pero aquel día Bartimeo percibió la presencia de un peregrino especial, se trataba de Jesús nazareno, del que él había escuchado hablar mucho.

Inmediatamente comenzó a *“dar voces”* con el fin de llamar su atención. De ninguna manera quería perder la oportunidad que tenía delante de él. Y lo cierto es que se trataba realmente de una oportunidad única, ya que Jesús nunca más volvió a pasar por allí. ¡Cuántas oportunidades irrepetibles pierde la gente de nuestro tiempo para acercarse y conocer a Jesús!

Pero Bartimeo no era así, con una actitud decidida y vigorosa, no dejó de *“dar voces”* hasta que consiguió que Jesús le atendiera. Y así ocurre con mucha frecuencia; las personas que no esperaríamos, en los lugares menos indicados, son precisamente aquellas que actúan movidas por un fuerte deseo de conocer a Jesús.

“¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”

Así pues, un mendigo ciego, de la ciudad maldita y despreciada de Jericó, había llegado a una comprensión más exacta y más profunda de la Persona y la Obra de Jesús que los eruditos rabinos de Jerusalén. ¡Qué paradoja! ¡Mientras Israel era ciego a la presencia del Mesías entre ellos, un judío ciego lograba percibirlo con toda claridad!

Bartimeo había sido privado de la vista y no pudo ver las obras de Jesús, pero las noticias que había recibido eran suficientes para convencerle de que Dios había cumplido su promesa y había enviado al Mesías. En cierto sentido, a nosotros nos ocurre lo mismo; hemos oído hablar de su poder, de su gracia, y de su deseo de salvar a los pecadores, aunque no lo podemos ver con nuestros propios ojos.

Notemos también que el ciego no sólo *“veía”* a Jesús como *“el hombre de Nazaret”*, sino que lo reconoció como el *“Hijo de David”*. Bartimeo entendió que Jesús era el verdadero Hijo de David, el Mesías anunciado, el Rey tan largamente esperado por Israel, el Salvador del mundo.

Pero no sólo se dirigió a él como el descendiente legítimo del rey David, también reconoció su deidad. La forma en la que él esperaba que Jesús tuviera misericordia de él era devolviéndole la vista. Evidentemente una solicitud así nunca se había hecho a ningún rey de Israel, ni siquiera al mismo David.

“Y muchos le reprendían para que callase”

No sabemos con exactitud por qué la multitud hizo esto:

- Tal vez, para ellos un ciego no tenía ninguna importancia y además, su forma de gritar y llamar la atención no estaban en consonancia con la dignidad de la persona de Jesús.
- Quizá tenían prisa por llegar a Jerusalén para establecer a Jesús como rey y no querían que aquel mendigo les retrasara en su objetivo.
- Por otro lado, su forma de dirigirse a Jesús como *“el Hijo de David”*, no gustaba nada a los dirigentes religiosos, ni tampoco habría sido bien interpretado por los romanos. Tal vez las multitudes que le seguían pensaron que aquello podría frustrar los planes mesiánicos que ellos se habían formado en cuanto a Jesús.

Lo cierto es que cada vez que una persona quiere acercarse a Jesús, siempre hay oposición. A veces será el diablo quien nos querrá hacer creer que nosotros no somos importantes para Dios y que no debemos pensar que él nos va a prestar la menor atención, otras nos hará ver que Dios tiene cosas mucho más importantes en las que pensar que en nuestras pequeñas necesidades. En otras ocasiones puede ser una persona quien nos “bloquee” el acceso a Cristo; bien puede ser un “amigo” o “amiga”, la familia, la sociedad... Otros nos intentarán desanimar diciéndonos que es “muy pronto” o “muy tarde” para tomar una decisión de seguir a Jesús, o que vamos “muy deprisa” o “muy lejos”...

El Señor permite todo esto para probar cuánto deseamos realmente llegar hasta él. Y Bartimeo es un ejemplo extraordinario de una voluntad firmemente decidida por acercarse a Jesús. Podemos imaginarlo en su situación de ciego luchando contra toda aquella gente que le quería hacer callar, desorientado sin poder ver exactamente cuál era la actitud de Jesús frente a su clamor, pero no cesando en su empeño. Su determinación y perseverancia en medio de las dificultades son ejemplares para nosotros, que muchas veces abandonamos por mucho menos. A él no le importaron los reproches de los que estaban a su alrededor, ni hizo caso del ridículo que su importunidad probablemente le acarrearía, porque por encima de todo estaba su deseo de conocer a Jesús.

Esta inquebrantable insistencia de Bartimeo nos recuerda a la viuda que pedía justicia ante el juez y que finalmente la obtuvo por su perseverancia (**Lc 18:1-8**).

“Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarle”

¿Pasaría de largo el Maestro? ¿Haría oídos sordos a su clamor? Por supuesto que no. Aquel que había venido a dar su vida en rescate por muchos, no pasaría de largo frente a este alma que suplicaba desde lo profundo de su corazón. Para otros, Bartimeo tal vez no era más que un pobre hombre, víctima de su enfermedad, alguien que no contaba dentro de los grandes planes de gobierno que todos se hacían en torno a Jesús. Pero el Señor no pensaba como ellos, él sí se conmovía ante la necesidad y miseria que el pecado ha introducido en este mundo y que quedaba patente en la situación en la que se encontraba Bartimeo.

Por eso, en medio de aquella situación, Jesús lograba distinguir perfectamente entre las voces de la multitud de curiosos que le acompañaban, y la de aquel hombre, que aunque ciego, tenía un conocimiento auténtico de su persona y una fe inquebrantable en él.

Así que el Señor mandó llamarle, y de repente, la actitud de la gente cambió por completo: *“ten confianza; levántate, te llama”*. ¡Que contradictoria es la gente! Hacía un momento le estaban mandando callar, y acto seguido le animan a que vaya a Jesús porque seguro que le sanaría. ¿Por qué no le animaron desde el principio? Aquí tenemos una clara evidencia de que no es muy sabio dejarse condicionar por las opiniones de la gente, ya que éstas cambian constantemente sin demasiada lógica.

“El entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús”

Su reacción a la llamada de Jesús fue inmediata y entusiasta. Notemos los verbos que utiliza el evangelista para sugerirnos la presteza con la que Bartimeo respondió al llamado: *“Arrojó”, “se levantó”, “vino”*.

¡Qué diferente de muchas personas que cuando escuchan el evangelio dicen: “ahora soy muy joven, cuando esté a punto de morirme ya le entregaré mi vida al Señor”! Esta actitud demuestra dos cosas: por un lado, un grado elevado de insensatez, puesto que nadie sabe el momento de su muerte, y por otro, que no aman al Señor ni su salvación, porque de otro modo, no dejarían pasar ni un instante antes de entregarle su vida. Pero el ciego Bartimeo no era así.

Un detalle muy interesante es que el ciego *“arrojó su capa”*. No debemos olvidar que para un mendigo como él esto era muy significativo, puesto que sería lo único que tenía. De alguna manera podríamos decir que para él la capa era tan valiosa como las fincas o las casas que el joven rico pudiera tener. Pero la diferencia entre ambos fue que Bartimeo no dudó ni por un momento en deshacerse de ella con tal de poder llegar hasta Jesús.

Parece como si el evangelista quisiera completar el tema que trató cuando el joven rico rechazó convertirse en un seguidor de Jesús porque no quiso renunciar a sus riquezas, y por eso nos presenta ahora a Bartimeo como un ejemplo positivo de lo que es la actitud correcta de aquellos que quieren seguir a Jesús. En cualquier caso, seamos pobres o ricos, el convertirnos en discípulos de Jesús nos debe llevar inevitablemente a la ruptura de nuestra relación con las posesiones: *“Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc 14:33)*. Ahora bien, renunciar a lo que se tiene no quiere decir necesariamente que tengamos que venderlo todo. Por ejemplo, allí mismo, en la ciudad de Jericó, Jesús alabó a Zaqueo porque a raíz de su encuentro con él, decidió dar la mitad de sus bienes (no todos sus bienes) a los pobres (Lc 19:8-9). Debemos entender por lo tanto, que renunciar a todo significa que debemos admitir que todo lo que tenemos queda a la completa disposición de Jesús para los propósitos que él estime convenientes. Esto implica que en ocasiones podemos recibir un mandato directo de venderlo todo para dárselo a los pobres, como fue el caso del joven rico, o en otras ocasiones, nos dará la responsabilidad de administrarlo hábilmente para los intereses de su reino, pero siempre considerando que a partir de entregar nuestra vida al Señor todo cuanto tenemos es de él y no nuestro.

Esto que comentamos fue la gran diferencia entre Bartimeo y el joven rico: ambos tenían que rechazar su apego a las posesiones por el apego a Jesús, pero sólo uno de ellos estuvo dispuesto a hacerlo. Aquí tenemos la clave para entender cuál era la *“cosa que le faltaba”* al joven rico: le faltaba Jesús, le faltaba amarle de verdad, tanto como para desear estar con él más que cualquier otra cosa. Tenía que dejar de atesorar dinero para atesorarle a él. No entendía que el mayor tesoro del cielo es Cristo, así que si lo que

realmente deseaba era la vida eterna, lo que necesitaba era tener a Cristo. Eso era lo que le faltaba.

Pero Bartimeo era diferente. Cuando escuchó que Jesús le llamaba, arrojó decididamente su capa para ir a Jesús sin pensarlo dos veces. Él sí apreciaba a Jesús.

Nosotros también debemos librarnos de todo aquello que nos pueda suponer un obstáculo para atender el llamamiento del Señor. En ocasiones esto puede ser un pecado concreto al que no estamos dispuestos a renunciar completamente, pero en otras, puede ser algo que no sea necesariamente pecaminoso, pero que nos “pesa” a la hora de seguir con diligencia a Jesús, como por ejemplo una afición, un trabajo, alguna amistad, las posesiones ...

(He 12:1) “Por tanto, nosotros también teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante.”

Bartimeo obedeció la voz del Señor, y aunque era ciego, llegó hasta donde Jesús estaba, convirtiéndose para nosotros en un buen ejemplo de aquellos que *“andan por fe y no por vista” (2 Co 5:7)*.

“Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga?”

La pregunta puede resultar un poco extraña: *“¿Qué quieres que te haga?”*. Si Jesús tenía poder para sanarle y aquel hombre lo necesitaba tanto, ¿por qué hacerle esa pregunta?

Pero observemos el pasaje dentro de su contexto. En el relato anterior Jesús preguntó exactamente lo mismo a Jacobo y Juan: *“¿Qué queréis que os haga?” (Mr 10:36)*. Ellos contestaron mostrando su ambición en asuntos puramente materiales. Ahora Jesús se encuentra con un hombre ciego que estaba mendigando, así que lo más probable es que él quisiera algún tipo de ayuda económica. Pero los intereses de Bartimeo no eran los de los hijos de Zebedeo. El quería recobrar la vista para estar con Jesús. Esto lo vemos con total claridad cuando más adelante, una vez que fue sanado y el Señor le dijo que se fuera, él decidió acompañarle en el camino hacia Jerusalén sin separarse de él.

Así que, la pregunta sirvió para poner en evidencia lo que realmente había en su corazón y cuál era el interés concreto que tenía en Jesús. No debemos olvidar que siempre hay personas que se acercan a Dios sólo porque están interesadas en solucionar algún problema concreto que les atormenta en la vida, pero no porque tengan interés en él.

Por otro lado, si Jesús lo hubiera sanado inmediatamente, no habría tenido lugar ni el más mínimo intercambio de palabras. Pero el Señor quería tener un encuentro con Bartimeo en el que éste pudiera expresar su necesidad y evidenciara su fe, para de esta manera llegar a establecer una relación de comunión personal con él.

Y también podemos decir que este encuentro nos enseña a pedir cosas concretas. Bartimeo había comenzado pidiendo *“misericordia” (Mr 10:47-48)*, pero luego cuando estuvo ante el Señor concretó de qué manera esperaba esa misericordia: *“Maestro, que recobre la vista”*. El ciego sabía muy bien lo que quería y lo pedía con precisión y constancia. A veces nosotros oramos de forma tan genérica y apática que nunca llegamos a ver respuestas concretas. Pero Bartimeo es un buen ejemplo del que *“pide con fe, no dudando nada” (Stg 1:6)*.

“Vete, tu fe te ha salvado... y seguía a Jesús en el camino”

La curación se produjo en respuesta a la fe del hombre, demostrada por su persistente vehemencia, por su reconocimiento de Jesús como Mesías y por su petición al Señor.

Ahora Bartimeo volvía a ver. Hasta este momento no había visto a Jesús, ésta era la primera vez. Tal vez podemos preguntarnos cómo esperaba que fuera Jesús. ¿Pensaba en una ser glorioso rodeado de santos ángeles? ¿O creía que sería una figura vestida de ropaje real y rodeado de nobles en el camino hacia el trono? Lo cierto es que cuando pudo ver, se dio cuenta de que Jesús era simplemente un viajero. ¿Quedó defraudado por ello? No, sino que siguió reconociéndole como su Rey y continuó el camino con él *“glorificando a Dios” (Lc 18:43)*.

Tal vez pensó que si hubiera sido un Rey de ese otro tipo, tal como lo imaginaban sus discípulos (**Mr 10:42**), no se habría acercado tanto a los hombres que sufrían como él para escuchar su clamor y traerles alivio.

Bartimeo se sentía profundamente agradecido. No era ese tipo de personas que una vez que reciben de Dios lo que desean ya no se acuerdan más de él. ¡De ninguna manera iba a dejar a su bendito benefactor!, así que se unió a él en el camino que le llevaba a Jerusalén.

Bartimeo había recibido la vista, y con ello había ganado su independencia; nunca más tendría que volver a mendigar. Era libre de su enfermedad, recuperó también su dignidad social, e incluso podía ir a Jerusalén a participar de la pascua como un judío más. Sin duda, para él esa pascua tuvo que ser muy especial, porque bien podía decir que había sido librado de la esclavitud en la que se había encontrado debido a su estado. Todo esto viene a confirmar e ilustrar las palabras que Jesús había dicho: *“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mr 10:45)*.

Preguntas

1. ¿Por qué cree que Marcos incluyó este incidente en su evangelio? Razone acerca de su importancia en relación con el contexto.
2. ¿Cómo manifestó Bartimeo su fe en Jesús? Intente recopilar el mayor número de evidencias posibles y explíquelas con sus propias palabras.
3. Analice el comportamiento de la multitud a lo largo del pasaje. ¿Qué aprende de ello?
4. Jesús le preguntó al ciego: “¿qué quieres que te haga?”. ¿Por qué lo hizo?
5. ¿En qué aspectos cambió la vida de Bartimeo después de su encuentro con Jesús?

La entrada triunfal en Jerusalén

(Mr 11:1-11) *“Cuando se acercaban a Jerusalén, junto a Betfagé y a Betania, frente al monte de los Olivos, Jesús envió dos de sus discípulos, y les dijo: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego que entréis en ella, hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado; desatadlo y traedlo. Y si alguien os dijere: ¿Por qué hacéis eso? decid que el Señor lo necesita, y que luego lo devolverá. Fueron, y hallaron el pollino atado afuera a la puerta, en el recodo del camino, y lo desataron. Y unos de los que estaban allí les dijeron: ¿Qué hacéis desatando el pollino? Ellos entonces les dijeron como Jesús había mandado; y los dejaron. Y trajeron el pollino a Jesús, y echaron sobre él sus mantos, y se sentó sobre él. También muchos tendían sus mantos por el camino, y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían por el camino. Y los que iban delante y los que venían detrás daban voces, diciendo: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene! ¡Hosanna en las alturas! Y entró Jesús en Jerusalén, y en el templo; y habiendo mirado alrededor todas las cosas, como ya anocheecía, se fue a Betania con los doce.”*

Introducción

1. Una nueva sección

En los últimos pasajes hemos estudiado varios acontecimientos que tuvieron lugar “en el camino” hacia Jerusalén. En ellos consideramos diferentes aspectos en cuanto a cómo se iba a constituir el Reino y cuáles serían los principios por los que se había de regir.

Ahora llegamos a Jerusalén, y todos los relatos que el evangelista recoge desde aquí hasta el final de su evangelio tuvieron lugar allí o en sus alrededores. Evidentemente Marcos evitó mencionar los otros viajes que Jesús había hecho a Jerusalén durante su ministerio público, y que Juan el evangelista recogió, porque tenía el propósito de resaltar esta visita a la capital como el destino final de su viaje. Hasta ese momento, todo el ministerio de Jesús había tenido lugar en Galilea o en las regiones de alrededor, pero ahora Jesús está en el centro mismo del judaísmo, donde se encontraba el templo y las máximas autoridades religiosas de Israel.

Se trataba, por lo tanto, de una visita oficial del Mesías a la capital de su reino. Y a lo largo de los acontecimientos que Marcos ha seleccionado de esta etapa, iremos viendo cómo Jesús examina los diferentes aspectos de la religión judía, para constatar finalmente que no habían dado los frutos que Dios esperaba, y por esta razón, aunque con lágrimas y profundo dolor, tuvo que emitir su juicio contra ella.

Por supuesto, esta presentación pública no agradó a las autoridades judías, que vieron peligrar su posición de liderazgo y los grandes beneficios económicos y políticos que por esta causa disfrutaban, lo que dio lugar a que su oposición y enemistad contra Jesús llegara a su clímax, y conforme al programa divino, decidieran que el Cristo de Dios fuera crucificado.

2. El propósito de la entrada triunfal en Jerusalén

Una de las cosas que más nos sorprende cuando leemos este pasaje, son las medidas que Jesús tomó para atraer sobre sí las miradas de las multitudes en su entrada a Jerusalén. Esto no quiere decir que el Señor no hubiera estado rodeado anteriormente en

muchas ocasiones de multitudes que le buscaban y seguían, pero a lo largo de todo el Evangelio, Marcos nos ha mostrado una y otra vez cómo Jesús intentaba evitar la publicidad: aconsejaba a muchos de los sanados que guardasen silencio sobre la sanidad recibida, se retiraba con sus discípulos para orar y tener instrucción privada con ellos, incluso, cuando quisieron hacerle rey, él se fue apresuradamente. Pero ahora todo esto es diferente, ¿por qué?

Bueno, la explicación más lógica sería que si una manifestación como la que ahora vamos a considerar hubiera tenido lugar antes, habría adelantado también el momento de la Cruz. Y sin duda esto no era conveniente, porque no habría habido tiempo suficiente para formar a los apóstoles que después serían los encargados de anunciar el reino de Dios al mundo, y por otro lado, Dios en su misericordia deseaba prolongar las oportunidades para el arrepentimiento de su pueblo antes de traer el juicio sobre él, aunque finalmente, ante su persistente rechazo, el juicio tuvo que venir.

Pero si bien no habría sido conveniente presentarse antes de esta forma pública, por otro lado, era imprescindible hacerlo, puesto que Jesús era el Mesías prometido, y como tal, debía manifestarse a las multitudes que lo esperaban, y el lugar indicado tendría que ser necesariamente en Jerusalén, la capital del reino. Tal como el ciego Bartimeo había reconocido, Jesús era el legítimo *“Hijo de David”*, aquel a quien Dios había prometido su trono y quien sería el heredero de todas las promesas hechas a David.

La Cruz y el Trono

Sin embargo, aunque este pasaje nos presenta a Jesús como el Rey esperado, sabemos que finalmente acabó muriendo en una cruz de forma vergonzosa. ¿Por qué? ¿Cómo se relaciona la Cruz con el Trono, los sufrimientos del crucificado con su gloria como Rey?

- Algunos han pensado que la Cruz fue un obstáculo imprevisto en su carrera hacia el trono, al punto de que acabó con todas sus aspiraciones mesiánicas. Para los que piensan así, la resurrección fue una invención de sus discípulos que no se conformaban con un final tan trágico.
- Otros creen que la cruz es un entreacto divinamente previsto que permitiría a sus siervos viajar por el mundo preparando a las naciones para el reino venidero.
- Pero en las palabras de Jesús, la Cruz no era ni un obstáculo, ni un intervalo útil, sino que era el fundamento sobre el que se iba a establecer su Reino.

Para cualquier lector atento de los Evangelios, no pasará inadvertido el hecho de que Jesús preparó dos entradas diferentes en Jerusalén entre las que encontramos interesantes paralelismos y contrastes. La primera es la entrada triunfal en Jerusalén que ahora estamos estudiando, y la segunda tuvo lugar una semana después, justo antes de ser arrestado (**Mr 14:12-25**).

- Es curioso que en ambas ocasiones el Señor hizo los preparativos de antemano, enviando para ello a dos de sus discípulos. También en ambas ocasiones tomó prestadas ciertas cosas: en el primer caso fue un pollino, y en el segundo, un aposento alto.
- Pero también los contrastes son muy significativos, porque mientras que en la primera ocasión el Señor arregló las cosas de tal manera que su entrada generase la máxima publicidad sobre sí mismo, en cambio, en la segunda entrada se aseguró para que todo fuera hecho con el máximo secreto.

- Otro detalle importante es que en ambas ocasiones el Señor se presentó como el cumplimiento de las Escrituras. Su entrada triunfal cumplió con exactitud lo anunciado por el profeta Zacarías (**Zac 9:9**), mientras que su entrada secreta sirvió para cumplir la Pascua.

De todos estos detalles sacamos la impresión de que el Señor quería enseñarnos a pensar en el establecimiento de su Reino en dos sentidos diferentes.

- En su primera entrada, una vez que pasó el fervor popular, éste fue sustituido por el odio, y los mismos que aquel día lo aclamaban como Rey, una semana después gritaban ante Pilato para que fuera crucificado. Tanto el Rey como su Reino fueron rechazados públicamente. Y en este sentido público, el reino no será establecido hasta su Segunda Venida (**Ap 19:11-16**).
- Pero no sólo fueron los judíos quienes rechazaron a Jesús, también él mismo mostró su desaprobación sobre la nación porque no habían dado los frutos que Dios esperaba de ellos. Este fracaso ponía en evidencia la incapacidad del ser humano para cumplir con las leyes de Dios. Por esta razón, la segunda entrada con motivo de la celebración de la Pascua se reviste de una importancia especial. En aquella ocasión, en un momento de la cena Jesús dijo: *“esta es mi sangre del nuevo pacto”* (**Mr 14:24**). Tal vez nosotros no sepamos a qué *“nuevo pacto”* se refería Jesús, y cuáles eran sus condiciones, pero los judíos sabían bien que se trataba de lo profetizado por Jeremías (**Jer 31:33-34**) (**He 10:16-17**). Allí encontramos que este *“nuevo pacto”* incluiría el perdón de los pecados y también que el Señor escribiría sus leyes en los corazones de ellos. Estos son dos requisitos fundamentales para el establecimiento del Reino de Dios en los corazones de los hombres. Por lo tanto, podemos concluir que ante el fracaso del pueblo de Dios en aceptar a su Rey y cumplir con sus leyes, él estableció su reino secretamente, en el interior del corazón de los hombres, y que para ello fue necesario que este nuevo pacto fuera ratificado por medio de sus sufrimientos, sangre y muerte. Desde ese momento, y hasta su Segunda Venida, el Reino ha de existir sólo de forma espiritual en los corazones de los hombres, y no de una forma pública.

¿Qué estaba entendiendo la multitud?

No deja de resultar sorprendente que en tan sólo una semana las multitudes cambiaran tan drásticamente de opinión en cuanto a Jesús. Todo esto nos lleva a preguntarnos por qué estaban aclamándole en esta ocasión como rey.

- La razón más probable es que lo veían como un Mesías en sentido político, alguien que se levantaría contra el poder militar y político de los romanos.
- Otros tal vez se unieron a la comitiva que venía de Betanía porque habían oído el milagro de la resurrección de Lázaro y sentían curiosidad por verle.
- Muchos se sentirían contagiados por el entusiasmo popular, o actuaban simplemente por imitación.
- Quizá estaban allí porque era la fiesta de la Pascua y Jesús pasaba a su lado.
- Y otros, como los líderes religiosos, simplemente le observaban mientras preparaban su asesinato.

Pero entre todos ellos, ¿habría alguien que entendía que Jesús era el Rey manso y humilde del que había profetizado Zacarías? ¿Comprenderían que él iba a ocupar una cruz y no un trono? Desgraciadamente también en nuestros días son muchos los que

participan en actos religiosos cristianos sin saber quién es Jesús y lo que él demanda de ellos. Muchas de estas manifestaciones populares son muy superficiales y no debemos fiarnos mucho de ellas puesto que están basadas en la ignorancia y en el efecto psicológico que produce una multitud enfervorizada. Este tipo de entusiasmo es sólo temporal, y cualquier presión en sentido contrario lo hará cambiar de dirección, como efectivamente ocurrió una semana después con la inmensa mayoría de aquella multitud que aquel día aclamaban a Jesús como Rey.

El pollino sobre el que nadie había montado

1. Los preparativos

Como antes comentábamos, en esta ocasión el Señor preparó anticipadamente los detalles de su entrada en Jerusalén. Para ello envió a dos de sus discípulos para que le trajeran de la aldea un pollino sobre el cual iba a entrar montado. Todo esto nos llama la atención, porque Jesús podría haber entrado en la ciudad andando como hacía siempre, pero al tomar esta decisión estaba indicando que tenía un propósito concreto.

2. La profecía de Zacarías

Es muy probable que ni los discípulos, ni tampoco las multitudes, se dieran cuenta en medio del entusiasmo generalizado de que en aquel preciso momento ellos estaban participando en el cumplimiento de lo que Zacarías había anunciado siglos antes:

(Zac 9:9) “Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.”

3. Un pollino sobre el que nadie había montado antes

Otro detalle al que debemos prestar atención tiene que ver con el pollino que Jesús eligió para entrar montado sobre él en Jerusalén: *“Hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado”*.

Los que entienden del asunto dicen que el pollino de asno es un animal difícil de domesticar para ser montado. Por lo tanto, cuando el Señor lo montó y el animal se comportó de una forma dócil, esto fue evidentemente un milagro que demostró el poder del Señor sobre la creación animal.

Pero creemos que ésta no era la lección principal que el Señor se proponía enseñarnos. Había otro detalle aun más importante y era que un animal dedicado a un propósito sagrado no debía haberse usado antes para tareas cotidianas (**Nm 19:2**) (**Dt 21:3**). Esto servía para resaltar que esta entrada que Jesús estaba realizando en Jerusalén se revestía de un carácter sagrado.

4. La humildad de Jesús

Sin lugar a dudas, esta descripción que Marcos nos hace de la entrada triunfal de Jesús, tuvo que haber sorprendido mucho a sus primeros lectores romanos. Ellos estaban acostumbrados a otros tipos de desfiles triunfales cuando regresaba algún general victorioso o el mismo César. Para esas ocasiones se usaba un carruaje dorado que iría rodeado de los oficiales más importantes, y en el desfile se exhibirían los tesoros y prisioneros conquistados. También los sacerdotes romanos estarían allí ofreciendo incienso a sus dioses.

Pero en contraste con todo esto, el Señor Jesucristo iba montado en un asnillo, sin prisioneros ni riquezas. Esto servía para mostrar con claridad que él se estaba presentando como el *“Príncipe de Paz”* (Is 9:6) y el *“Salvador humilde”* (Zac 9:9).

5. Los vestidos y las ramas

Pero aunque la entrada de nuestro Señor se revestía de humildad, no por ello faltaron las muestras de aprecio por parte de las multitudes. El evangelista nos dice que algunos pusieron sus vestidos en el camino por donde él pasaba y otros cortaron ramas que también tendieron en el suelo. Todo esto sirvió como una alfombra improvisada para la cabalgadura que Jesús montaba.

El detalle es interesante si tenemos en cuenta que para ellos el vestido era un símbolo de la dignidad personal y de la posición social que tenían. Por lo tanto, con este gesto de colocar sus mantos de esta manera, estaban mostrando su respeto y homenaje hacia Jesús (2 R 9:13).

6. *“El Señor lo necesita”*

Y por último, un detalle realmente increíble. Cuando Jesús envió a sus dos discípulos para buscar el pollino, les encargó que dijeran al dueño del animal que *“el Señor lo necesitaba”*. ¿Puede necesitar el Señor algo de los hombres?

Lo cierto es que él tiene todo cuanto necesita. El es Dios y no depende de nadie. Sin embargo, en su humillación se hizo dependiente incluso de sus propias criaturas. El pollino era prestado, como lo habían sido las barcas que usó en Galilea, la casa donde se hospedaba, el aposento donde celebró la última cena con sus discípulos, o incluso el sepulcro donde colocaron su cuerpo muerto.

(2 Co 8:9) “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.”

Pero notemos que él nunca usó algo para lo que no contara con el consentimiento voluntario de las personas. Y sigue siendo así; aunque tiene el derecho legítimo a todo lo que somos y tenemos, él siempre esperará a que nosotros se lo cedamos voluntariamente y por amor.

“Los que iban delante y los que venían detrás daban voces”

Debemos recordar que Jesús venía de Betania, donde había resucitado a Lázaro, y muchos le acompañaban. Pero al mismo tiempo, la noticia de que él se encontraba de camino había llegado hasta Jerusalén, así que de entre la multitud de peregrinos que ya estaban en Jerusalén para la celebración de la pascua, muchos salieron a recibirle, juntándose con el grupo que venía de camino (Jn 12:1-13).

Por lo tanto, había dos grupos, uno que iba detrás de Jesús y otro delante de él. Y seguramente entre ambos se estaban contestando en sus aclamaciones entusiastas por la venida de Jesús.

1. *“¡Hosanna en las alturas!”*

“Hosanna” es la traducción hebrea de *“salva ahora”*, y se empleaba como pidiendo liberación a Dios. Lo que la multitud estaba esperando era que Dios irrumpiera y salvara a su pueblo ahora que el Mesías había venido.

No debemos olvidar que en aquellos días la ciudad estaba llena de peregrinos que habían ido a celebrar la Pascua. En esa festividad se recordaba la liberación de la esclavitud de Egipto y el pensamiento generalizado entre todos ellos era cuánto tiempo más pasaría hasta que ellos mismos fueran liberados de la opresión extranjera bajo la que se encontraban en ese momento.

2. *“¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”*

Así que, cuando vieron que Jesús se acercaba a la ciudad, con un impetuoso y exuberante entusiasmo, las multitudes usaron el Salmo 118 para reconocerle como el Mesías esperado.

(Sal 118:25-26) “Oh Jehová, sálvanos ahora, te ruego; te ruego, oh Jehová, que nos hagas prosperar ahora. Bendito el que viene en el nombre de Jehová; desde la casa de Jehová os bendecimos.”

3. *“¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene!”*

Evidentemente las multitudes esperaban que Jesús iba a establecer el Reino, y él mismo se iba a sentar sobre el trono de David como el legítimo Rey de Israel.

Pero entre ellos estaban también algunos fariseos que viendo estas “exageradas” aclamaciones sugirieron a Cristo que las desaprobara y refrenara el celo excesivo de sus discípulos. Pero Jesús, lejos de hacer lo que ellos le pedían, afirmó con el lenguaje más enfático posible que lo que las multitudes estaban diciendo era una verdad que no podía ser acallada; él era realmente el prometido Mesías, el auténtico Rey de Israel.

(Lc 19:39-40) “Entonces algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. El, respondiendo, les dijo: Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían.”

“Entró Jesús en Jerusalén y en el templo”

Cuando Jesús llegó a Jerusalén, su viaje no concluyó en el palacio, sino en el templo. ¿Por qué razón?

- Primeramente, porque esa era su casa, y el lugar de su trono. Así había sido siempre en la historia de Israel desde los días en que habían salido de Egipto y Dios mismo moraba entre ellos en el Tabernáculo y luego en el Templo.
- Pero al mismo tiempo, se trataba de una visita oficial al mismo corazón de la nación con la finalidad de llevar a cabo una inspección de su estado espiritual.
- Y también sirvió para cumplir parcialmente la profecía de Malaquías: “Y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis” (**Mal 3:1**).

“Como ya anocheecía se fue a Betania con los doce”

Pero después de haber “mirado alrededor todas las cosas”, aunque se suponía que esa era su casa, lo que vio no le permitía encontrarse cómodo allí y se fue. ¿Qué es lo que vio que tanto le desagradó?

Bueno, si seguimos leyendo veremos que cuando al día siguiente regresó, volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas, y dijo: “Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones” (**Mr 11:15-19**).

El Señor mismo había venido a inspeccionar su casa y lo que encontró es que sus ceremonias religiosas estaban totalmente carentes de significado puesto que lo único que les movía era el dinero y las ansias de poder.

Y lo que aun era mucho más grave; cuando él se presentó allí, los líderes religiosos de la nación rehusaron reconocerle sus derechos. Los ladrones habían ocupado el mismo templo de Dios y no aceptaban al legítimo Rey.

Sin darse cuenta, ellos cumplieron con total exactitud el Salmo 118 con el que las multitudes le habían aclamado en su entrada:

(Sal 118:22) “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo”

Jesús veía las terribles consecuencias que su actitud tendría sobre todos ellos y se lamentó desde lo profundo de su corazón:

(Lc 19:41-44) “Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitián, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.”

No había lugar para él en Jerusalén. Salvo la noche de su arresto y juicio, no pasó ni una noche en ella. En cambio se encontraba cómodo en la acogedora casa de María, Marta y Lázaro de Betania, así que se fue allí con los doce.

Pero al terminar este estudio debemos tener presente siempre en nuestras mentes y corazones que en cualquier momento el Rey va a regresar y comenzará por inspeccionar a los que somos su pueblo para ver si hemos dado el fruto esperado. Tomemos en serio sus advertencias para que no nos ocurra como al pueblo de Israel.

Preguntas

1. ¿Cuál cree que fue el propósito de esta visita de Jesús a Jerusalén? ¿Por qué fue en ese momento y no antes? Razone su respuesta con sus propias palabras.
2. Si Jesús entró en Jerusalén como Rey, ¿cómo fue que terminó en una cruz? ¿Cómo explicaría esto?
3. Explique con sus propias palabras por qué cree que las multitudes se unieron a Jesús en su entrada a Jerusalén.
4. ¿Qué importancia podía tener el hecho de que Jesús entrara en Jerusalén montado en un pollino?
5. ¿Por qué una vez que Jesús llegó a Jerusalén fue al templo y después salió nuevamente de la ciudad?

Maldición de la higuera estéril

(Mr 11:12-14, 20-26) *“Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre. Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo; pero cuando llegó a ella, nada halló sino hojas, pues no era tiempo de higos. Entonces Jesús dijo a la higuera: Nunca jamás coma nadie fruto de ti. Y lo oyeron sus discípulos...”*

Y pasando por la mañana, vieron que la higuera se había secado desde la raíces. Entonces Pedro, acordándose, le dijo: Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado. Respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios. Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quitate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá. Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas. Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.”

Introducción

El día anterior Jesús había llegado a Jerusalén y había ido directamente al templo, donde observó todo lo que allí se hacía. Marcos nos dice que ya estaba anocheciendo, así que, aunque hubo muchas cosas que le desagradaron, él no hizo nada en esa ocasión. Se fue a Betania, probablemente a casa de Lázaro, Marta y María, donde pasó la noche. A la mañana siguiente, volvió a Jerusalén con la clara intención de expresar su total desaprobación sobre la forma en la que los líderes religiosos de Israel habían convertido la casa de su Padre, el templo, en una cueva de ladrones.

Sin embargo, Marcos ha colocado lo que ocurrió en el templo entre dos incidentes que tuvieron lugar en el camino. Se trata de la historia de la maldición de la higuera estéril.

Tal vez podríamos preguntarnos qué importancia puede tener una higuera en el camino de Betania a Jerusalén para que el evangelista haga mención de ella en dos ocasiones. Además, este milagro, que es el último que Marcos recoge (si exceptuamos la resurrección), es muy diferente a todos los demás que hemos visto hasta ahora, puesto que Jesús usa su poder para destruir y maldecir, en lugar de bendecir y dar vida. ¿Qué propósito tiene todo esto?

La higuera es un símbolo de Israel

A lo largo del Antiguo Testamento, Dios se había referido a su pueblo Israel bajo el símil de una higuera.

(Os 9:10) *“Como uvas en el desierto hallé a Israel; como la fruta temprana de la higuera en su principio vi a vuestros padres...”*

El profeta Jeremías tuvo una visión en la que vio dos cestos, uno lleno de higos buenos como brevas, y otro de higos malos que no se podían comer. Unos simbolizaban al pueblo de Judá que había sido deportado por Nabucodonosor a Babilonia pero que habían

permanecido fieles a Dios, y los otros, al resto que había quedado en Jerusalén con el rey Sedequías, pero que se habían apartado de la voluntad de Dios (**Jer 24:1-10**) (**Jer 29:17**).

De hecho, lo que Jesús hizo con la higuera del camino a Jerusalén era lo mismo que el profeta Jeremías había anunciado que Dios haría con su pueblo Israel:

(Jer 8:13) *“Los cortaré del todo, dice Jehová. No quedarán uvas en la vid, ni higos en la higuera, y se caerá la hoja; y lo que les he dado pasará de ellos.”*

Por lo tanto, la maldición de Jesús a la higuera, debemos entenderla como un símbolo del juicio de Dios contra su pueblo Israel.

Una higuera con hojas pero sin fruto

1. ¿Por qué buscó Jesús higos si no era todavía tiempo?

Algunos se han preguntado por qué Jesús maldijo la higuera por no tener fruto, si como Marcos indica, *“no era tiempo de higos”*.

Para comprenderlo, debemos conocer primero ciertos aspectos importantes de la relación que hay entre las hojas y el fruto de la higuera. En Israel, cuando llega la primavera y aparecen las primeras hojas de las higueras, éstas vienen acompañadas por unos pequeños nódulos o botones comestibles. Si estos pequeños higos no aparecen en ese tiempo, esto indica que el árbol, a pesar de tener hojas, será estéril y no producirá frutos.

Por lo tanto, cuando Jesús se acercó a la higuera frondosa, tenía toda la razón para pensar que podría encontrar estos pequeños higos comestibles. Sin embargo, después de inspeccionar la higuera, *“nada halló sino hojas”*.

2. Un símbolo de la religión de Israel

Como ya hemos dicho, la higuera era un símbolo de Israel: muchas hojas, pero sin frutos.

La noche anterior Jesús había tenido ocasión de comprobar esto en su visita al templo. Y justo en este momento se disponía a ir allí nuevamente para hacer una de las acusaciones más graves que podemos imaginar: *“Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones”* (**Mr 11:17**).

Todos aquellos rituales perfectamente organizados que llevaban a cabo en el templo, sólo servían para esconder la falta de verdadera vida espiritual.

Incluso la forma en la que le habían aclamado el día anterior cuando llegó a Jerusalén como aquel que venía *“en el nombre del Señor”*, era completamente superficial, y no tardaron mucho en cambiarla por gritos de *“¡Crucifícale, crucifícale!”*.

La abundancia de sus hojas hacía pensar que tenía fruto, pero realmente carecía de él. Prometía mucho pero no daba nada.

3. Una inspección oficial antes del juicio

Algunos han dicho que si Jesús era omnisciente, por qué *“fue a ver si tal vez hallaba en ella algo”* de fruto.

Para contestar a esto, debemos tener en cuenta que el Señor estaba actuando de una forma “gráfica” con el fin de enseñar a sus discípulos algo de suma importancia y que no debían olvidar. De hecho, podríamos decir que se trataba de algo tan importante que repitió la “clase” en dos ocasiones seguidas, puesto que la inspección de la higuera y la del templo pretendían enseñar una misma cosa.

La abundancia de hojas no había logrado evitar que su maldad fuera vista desde el cielo, y Dios mismo se disponía a comprobarlo por medio de una visita oficial antes de emitir su juicio. El lenguaje se reviste de total solemnidad si lo comparamos con el que fue pronunciado antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra:

(Gn 18:20-21) *“Entonces Jehová le dijo: Por cuanto el clamor contra Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo, descenderé ahora, y veré si han consumado su obra según el clamor que ha venido hasta mí; y si no, lo sabré”.*

4. Una seria exhortación para todos nosotros

El pueblo de Israel tenía que estar vigilante y dar frutos en el tiempo de la visita de Dios. Pero también la Iglesia debe tomar en serio esta advertencia. Cristo puede venir en cualquier momento, de una forma inesperada, y lo que él va a buscar es nuestro fruto. Él no se va a conformar con que tengamos hermosos templos, cultos muy bellos y bien organizados, y tampoco le va a impresionar nuestra música o la relevancia social que hayamos alcanzado.

(Mt 7:21-23) *“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.”*

Recordemos que el bautismo, el ser miembros de una iglesia, el participar de la cena del Señor y la práctica asidua de las formas externas del cristianismo, pueden ser únicamente hojas si no hay frutos del Espíritu de Dios en nuestras vidas.

(Mt 7:16) *“Por sus frutos los conoceréis...”*

(Ga 5:22-23) *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley.”*

“Jesús tuvo hambre”

Otro detalle que nos llama la atención es que la causa que dio origen a la maldición de la higuera fue el hecho de que Jesús tuviera hambre.

Es cierto que esto nos muestra la perfecta humanidad de Jesús, al igual que otras ocasiones en las se cansaba, dormía, se sentaba, tenía sed... Pero no parece que éste sea el propósito fundamental al incluir este detalle. Además, ésta sería la única ocasión en la que Jesús hizo un milagro “destrutivo” y pensando en sus propias necesidades.

Por lo tanto, creemos que esto forma parte también del lenguaje gráfico que Jesús estaba empleando. En ese caso, no deberíamos pensar tanto en su hambre física, sino en el profundo deseo que él tenía de encontrar entre su pueblo Israel algo de fruto que diera gloria a Dios. Y por el hecho de “*tener hambre*”, deducimos que llevaba mucho tiempo buscando alguna manifestación de este tipo sin haberla encontrado.

“Nunca jamás coma nadie fruto de ti”

Siguiendo con la interpretación de este acto simbólico, debemos darnos cuenta que la maldición sobre la higuera tenía la finalidad de ilustrar el juicio de Dios sobre la nación de Israel a la que la higuera representaba.

Unos días después Jesús contó otra parábola en la que volvió a referirse a los judíos que rechazaron a su Mesías, y habló con toda claridad acerca de la maldición que iba a recaer sobre ellos por esta causa:

(Mr 12:9) *“¿Qué, pues, hará el señor de la viña? Vendrá, y destruirá a los labradores, y dará su viña a otros.”*

Israel había sido escogido para recibir y transmitir la verdad de Dios en medio de un mundo de paganos e idólatras, pero se había olvidado de su misión y se había entregado al orgullo espiritual y al formalismo ceremonial. Tenían abundante follaje, pero carecían del fruto de la fe y del amor. Esto provocó el edicto final de la boca del Señor: *“Córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra?” (Lc 13:6-9).*

El cumplimiento de esta maldición se culminó en el año 70 cuando Jerusalén fue destruida y el pueblo judío fue dispersado por todo el mundo. Pero antes de esto, Dios había entregado *“su viña a otros”*, a la Iglesia gentil.

No olvidemos, sin embargo, que este no es el fin de Israel, como Pablo se esfuerza en explicar en los capítulos 9 al 11 de Romanos.

(Ro 11:25-27) *“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.”*

El pueblo judío ha sido echado a un lado temporalmente, pero cuando Cristo vuelva a reinar, la nación renacerá y será restaurada a una posición de favor con Dios.

“Por la mañana vieron que la higuera se había secado”

Cuando al día siguiente volvieron a hacer el mismo recorrido hacia Jerusalén, descubrieron que en tan sólo veinticuatro horas, aquella frondosa y vigorosa higuera se había secado desde las raíces.

Y aunque lo que Jesús le había dicho era que *“nunca jamás coma nadie fruto de ti”*, no tenía sentido tampoco que un árbol infructuoso ocupara un lugar en la tierra innecesariamente.

Todo esto nos hace pensar seriamente sobre el juicio de Dios sobre este mundo.

“Respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios”

I. La respuesta de Jesús en su contexto

Ahora Jesús responde a los discípulos, aunque éstos no habían hecho ninguna pregunta. Y a partir de aquí comienza a hablarles acerca de la fe, la oración y el perdón. ¿Qué relación tiene esto con el incidente anterior?

A primera vista parece que no hay mucha conexión, pero si nos fijamos en el contexto, podremos darnos cuenta de que el Señor estaba enseñando a sus discípulos cómo debían reaccionar ante la incredulidad judía y el rechazo de parte de Dios de su pueblo Israel. Sin duda, los principios que el Señor expuso aquí fueron de mucha utilidad en el comienzo de la predicación cristiana, y lo han seguido siendo hasta nuestros días: la fe, combinada con la oración y el perdón.

2. ¿Para qué tenían que tener fe?

Por supuesto Jesús no les estaba enseñando el secreto para maldecir higueras o echar montes en el mar. Esto no tendría ningún sentido, ni tampoco era el propósito del Señor.

- La nación judía había sido maldecida por Dios porque no tenían fe. Ellos confiaban en sus obras y también en su religión, pero no en Dios. Esta fue la razón fundamental por la que vino el juicio sobre ellos.
- Al mismo tiempo, debemos entender que la fe es el único medio por el que podemos llevar fruto para el Señor y ser librados de la esterilidad espiritual.
- Y por último, la fe en Dios nos puede llevar a superar las dificultades que siempre encontramos en el servicio cristiano.

El que creyere y no dudare será hecho lo que dice

1. Todo milagro es producido por la fe en Dios

La verdadera fe comprende la pequeñez e inutilidad del hombre para alcanzar las obras de Dios, y por esta razón descansa en su poder y gracia. Aquí se encuentra el secreto para todo milagro producido por la fe en Dios.

2. Montes arrojados al mar

El Señor se refirió a este tipo de milagros de la siguiente manera: *“de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga será hecho”*. ¿A qué se refería el Señor?

Bueno, este dicho acerca de la fe que puede mover las cosas aparece también en **(Mt 17:20)** y **(Lc 17:6)**, y en cada una de las ocasiones tiene pequeñas diferencias. En realidad se trataba de una frase que los judíos usaban con frecuencia refiriéndose a suprimir problemas o superar dificultades. Por lo tanto, no debemos interpretar estas palabras literalmente, porque lo que quería decir el Señor es que si tenemos verdadera fe, la oración tiene el poder para resolver cualquier dificultad y vencerla.

Por ejemplo, uno de los problemas más grandes que el hombre tiene son sus propios pecados. Estos son como una gran montaña que le impiden acercarse a Dios, pero él se dispone a echarlos a lo profundo del mar cuando ponemos nuestra fe en él:

(Miq 7:19) *“El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados.”*

Y lo mismo podemos decir de las dificultades que encontramos en la Obra de Dios. Podemos ver un ejemplo muy consolador en las palabras de Dios a Zorobabel después de que el pueblo de Israel hubiera regresado del cautiverio en medio de mucha debilidad y enemigos:

(Zac 4:6-7) *“¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura; él sacará la primera piedra con aclamaciones de: Gracia, gracia a ella.”*

No debemos quitar la fuerza a esta promesa ni restarle valor. Tanto en la esfera física como en la espiritual, los apóstoles ya habían estado haciendo cosas que podríamos considerar como “imposibles”. Pedro anduvo sobre el agua por la fe **(Mt 14:29)**, los doce vieron como los demonios se les sujetaban en el nombre de Jesús **(Lc 10:17)** y todo el libro de los Hechos es una prueba de que lo que Jesús dijo aquí era verdad.

Y en la vida de todos nosotros hay momentos en que Dios nos hace ver claramente que su voluntad es que hagamos algo en particular. En ese caso podemos estar plenamente confiados en que ese algo se hará. En tal sentido, Jesús nos dice: *“Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá”*.

3. Creer y no dudar

El Señor dijo que la duda era un grave obstáculo para recibir lo que pedimos por fe. Se puede dudar de Dios y también de lo que pedimos. Esto se manifiesta cuando oramos por algo en lo que no tenemos demasiado interés y por lo tanto no somos perseverantes y rápidamente nos cansamos. Santiago lo expresó de la siguiente manera:

(Stg 1:6-8) “Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos.”

4. Pedir teniendo fe en Dios tiene ciertas limitaciones

Una vez dicho todo esto, debemos aclarar también que el Señor no nos estaba garantizando una “fórmula mágica” para conseguir todo lo que queremos.

(Stg 4:3) “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites.”

Notemos que cuando Jesús enseña cómo *“mover montañas”* por la fe, dijo explícitamente: *“Tened fe en Dios”*. Es Dios el que lo hace y nuestra confianza se apoya en él y en su voluntad revelada. Esto es algo muy diferente de la “autosugestión”, que en realidad es una forma de fe en nosotros mismos y en nuestra capacidad para estar convencidos de algo que deseamos. Por el contrario, nuestra confianza se debe apoyar únicamente en Dios y en su voluntad revelada.

Como vamos a ver, el mismo Señor Jesucristo estableció ciertas pautas morales que debemos respetar si queremos recibir lo que pedimos. Él dijo que hay una especie de filtro por el que deben pasar nuestras oraciones:

(Jn 15:7) “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.”

Orar con fe no significa únicamente estar seguros de que lo que pedimos sucederá, sino que debemos asegurarnos también de que lo que pedimos se ajusta a lo revelado por Dios. Porque no debemos olvidar que la fe es básicamente nuestra respuesta de confianza a lo que Dios nos dice.

Esto que acabamos de decir es una de las cosas que con frecuencia se confunden y que finalmente tiene graves consecuencias. Pongamos un ejemplo extremo que hemos visto en varias ocasiones: una madre dice que no cree en Dios porque puso su fe en él para que su hijo enfermo se sanara, y aunque oró insistentemente por ello, finalmente el niño murió. Al tratar un caso así no queremos parecer fríos o insensibles, pero necesariamente tenemos que aclarar algunas cosas. Hemos dicho que la fe es nuestra respuesta a la voluntad de Dios revelada. Ahora bien, ¿le había revelado Dios a esta mujer que su hijo no iba a morir si ella tenía fe? Lo que tenía ¿era fe o una fuerte autosugestión marcada por el intenso deseo de ver a su hijo sano? No queremos parecer indiferentes ante el dolor humano, pero tampoco podemos dejar de decir que una enseñanza incorrecta en cuanto a lo que Jesús realmente dijo, causará mucho daño a las personas, al punto de que puedan apartarse del Señor porque consideren que les ha defraudado.

La oración de fe implica necesariamente estar de acuerdo con la voluntad de Dios, sólo así tenemos plena garantía de recibir lo que pedimos.

(1 Jn 5:14-15) *“Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.”*

Y encontramos otra condición moral a continuación.

“Y cuando estéis orando, perdonad”

Por supuesto, no podemos orar para pedir la maldición de Dios sobre una persona, sino todo lo contrario. De hecho, guardar rencor en nuestro corazón contra otra persona hará que nuestras oraciones no sean contestadas como esperamos. Es decir, antes de orar a Dios, hemos de hacer todo cuanto está en nuestro poder para procurar la paz con todos los hermanos, perdonándonos sinceramente en lo que nos han ofendido y pidiéndoles perdón si nosotros, consciente o inconscientemente, les hemos ofendido a ellos.

Recordemos que la promesa tenía una aplicación especial a los apóstoles y a los primeros discípulos. ¿Podrían ellos perdonar a aquellos que en unos pocos días iban a matar a su amado Maestro?

Hay otros muchos lugares en los que se destaca la importancia del perdón.

(Ef 4:32) *“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.”*

(Col 3:13) *“Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros.”*

Y si bien es cierto que no nos ganamos el perdón de Dios al perdonar a otros, también es verdad que si no somos capaces de perdonar a otros, esto pondrá seriamente en duda el que nosotros mismos hayamos sido perdonados.

Preguntas

- 1.** ¿Por qué razón creemos que la higuera es un símbolo de Israel? Justifíquelo bíblicamente.
- 2.** Razone sobre el hecho de que Jesús se acercó a la higuera para ver si tal vez hallaba en ella algo de fruto.
- 3.** ¿Qué ilustraba la maldición de la higuera? ¿Cómo se cumplió? ¿Es una maldición permanente?
- 4.** En el contexto del pasaje que estamos estudiando, explique con sus propias palabras por qué el Señor introdujo el tema de la fe, la oración y el perdón. Razone también sobre la importancia que esto podría tener para el futuro de la misión que deberían llevar a cabo los apóstoles después de la muerte del Señor.
- 5.** ¿A qué se refería el Señor cuando dijo que si tenemos fe veremos que los montes son echados al mar? ¿A qué montes se refería? ¿Hay alguna limitación a esta promesa? Justifique su respuesta bíblicamente.

Purificación del templo - Marcos 11:15-19

(Mr 11:15-19) *“Vinieron, pues, a Jerusalén; y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno. Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y lo oyeron los escribas y los principales sacerdotes, y buscaban cómo matarle; porque le tenían miedo, por cuanto todo el pueblo estaba admirado de su doctrina. Pero al llegar la noche, Jesús salió de la ciudad.”*

Introducción

En un pasaje anterior hemos considerado el momento en el que Jesús llegó a Jerusalén en medio de la aclamación popular. Sin embargo, aunque muchos pensaban que iba a ocupar el trono en Jerusalén, él sabía que lo que realmente le esperaba era la cruz. Sólo dando “su vida en rescate por muchos” podría llegar a reinar en corazones rebeldes y pecadores. Esto significaba que él no iba a establecer inmediatamente su reino de una forma pública y visible, tal como la gente esperaba, de hecho, esto no ocurrirá hasta su Segunda Venida, sin embargo, él ya ha comenzado a reinar “secretamente” en los corazones de los hombres que le aceptan.

Su propósito con esta primera visita era hacer una inspección oficial como Rey de Israel al corazón de la nación, y por esta razón se dirigió al templo, el lugar donde latía el pulso de la adoración que se elevaba a Dios.

Lo que vio le desagradó profundamente. El templo estaba lleno de animales y de comerciantes que explotaban a los adoradores que iban allí procedentes de todas las naciones. Pero lo que aun era peor que la suciedad y el mal olor que todos aquellos animales pudieran producir, estaba la suciedad moral y espiritual de la clase sacerdotal que dirigía el templo para su propio beneficio.

Aparentemente todo funcionaba correctamente; las ceremonias, los sacrificios, la música... pero la realidad era totalmente diferente. Como el Señor ilustró por medio de la maldición de la higuera estéril, la abundancia de hojas sólo servía para esconder la falta de fruto. Por eso, todos aquellos peregrinos que llegaban a Jerusalén con la esperanza de encontrar verdadero alimento espiritual para sus vidas, se quedaban vacíos y se sentían víctimas de la explotación que los dirigentes espirituales llevaban a cabo en el nombre de Dios.

Pero a los sacerdotes, nada de todo esto parecía importarles, en tal caso, lo único que les inquietaba eran los romanos, que habían colocado su cuartel justo al lado del mismo templo, y que además se llevaban una parte importante de sus beneficios. Pero a parte de esto, ellos se creían justos, y estaban esperando a que Dios enviara al Mesías para que acabara con sus enemigos.

Cuando Jesús llegó el día anterior por la noche a Jerusalén y entró en el templo, vio todo esto, pero no dijo ni una sola palabra. ¿Se callaría ante estas injusticias?

El cumplimiento de la profecía de Malaquías

En contra de lo que los sacerdotes pensaban, el profeta Malaquías había anunciado siglos atrás que la venida del Mesías tendría como objetivo manifestar su santa ira contra todos aquellos abusos que los sacerdotes cometían en el templo de Dios, a la vez que purificaría el sacerdocio, las ofrendas y al mismo pueblo. Veamos lo que escribió Malaquías:

(Mal 2:17-3:4) *“Habéis hecho cansar a Jehová con vuestras palabras. Y decís: ¿En qué le hemos cansado? En que decís: Cualquiera que hace mal agrada a Jehová, y en los tales se complace; o si no, ¿dónde está el Dios de justicia? He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Y quien podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia. Y será grata a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos.”*

1. *“¿Dónde está el Dios de justicia?”*

Aunque habían pasado más de cuatrocientos años desde que Malaquías había profetizado esto, la situación no había cambiado mucho, y en esencia todo permanecía igual. El pueblo de Israel seguía estando bajo el dominio de una potencia extranjera, y aunque ya no eran los persas de los tiempos de Malaquías quienes los oprimían, ahora sufrían bajo el yugo de Roma. Y en esta situación que se venía perpetuando durante siglos, el pueblo se preguntaba *“¿dónde está el Dios de justicia?”*. Todos esperaban que el Mesías apareciera para darles la razón a ellos y juzgar a sus opresores quitándolos de en medio.

2. *“Yo envío mi mensajero el cual preparará el camino delante de mí”*

La respuesta que Dios les dio a aquellos judíos que confiaban en su propia justicia fue muy diferente de la que ellos esperaban. Malaquías profetizó en el nombre de Dios que antes de la venida del Mesías sería necesario que apareciera un *“mensajero”* que tendría que preparar su camino.

Un mensajero era normalmente un profeta, y desde los tiempos de Malaquías no se había levantado ninguno hasta que apareció Juan el Bautista. Todos los evangelistas, y hasta el mismo Señor Jesucristo identificaron a Juan con el *“mensajero”* anunciado por Malaquías **(Mt 11:10) (Mr 1:2) (Lc 1:76)**.

Ahora bien, lo que realmente debió llamar la atención de los judíos era que este mensajero tuviera que preparar el camino delante del Señor. Como ya hemos visto, ellos se creían justos, así que probablemente se preguntarían ¿qué era lo que había que preparar? Pero con esta necesidad coincidían también las profecías de Isaías:

(Is 40:3-5) *“Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane. Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá: porque la boca de Jehová ha hablado.”*

3. “Limpiará a los hijos de Leví”

En cumplimiento de las profecías de Malaquías e Isaías, lo que Juan el Bautista hizo fue llamar al pueblo al arrepentimiento de sus pecados y a que dejaran de pensar que porque eran hijos de Abraham ya estaban inmediatamente libres del juicio de Dios.

(Mt 3:5-10) “Y salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados. Al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego.”

Pero a pesar de la claridad y el poder de la predicación de Juan, los dirigentes espirituales de Israel no quisieron obedecer al llamamiento divino expresado a través de su profeta **(Mr 11:27-33)**.

Por esta razón, tal como Malaquías había anunciado, cuando el Mesías apareciera, él mismo iba a “limpiar a los hijos de Leví” **(Mal 3:3)**. Por supuesto, los hijos de Leví eran los sacerdotes, que con sus enseñanzas y comportamiento constituían un verdadero obstáculo para que el pueblo conociera a Dios. El mismo Malaquías había denunciado a los sacerdotes de su tiempo en innumerables ocasiones:

(Mal 1:6-7) “El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? y si soy señor, ¿dónde está mi temor? dice Jehová de los ejércitos a vosotros, oh sacerdotes, que menospreciáis mi nombre. Y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre? En que ofrecéis sobre mi altar pan inmundo. Y dijisteis: ¿En que te hemos deshonrado? En que pensáis que la mesa de Jehová es despreciable.”

(Mal 1:10) “¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o alumbre mi altar de balde? Yo no tengo complacencia en vosotros, dice Jehová de los ejércitos, ni de vuestra mano aceptaré ofrenda.”

(Mal 2:7-8) “Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos. Mas vosotros os habéis apartado del camino; habéis hecho tropezar a muchos en la ley; habéis corrompido el pacto de Leví, dice Jehová de los ejércitos.”

Como podemos apreciar, la situación del templo y de los sacerdotes descrita por Malaquías siglos atrás no era muy distinta a la que el Señor Jesucristo se encontró cuando llegó al templo. Por esta razón, comenzó a expulsar a los cambistas de moneda y a todos los que estaban degradando el santuario con el fin de purificar y restablecer la verdadera adoración a Dios.

4. Las dos entradas de Jesús en el templo

La obra de juicio que el Mesías llevaría a cabo sobre el sacerdocio y su pueblo rebelde comenzó con su primera venida, pero llegará a su clímax cuando regrese en gloria a juzgar a los pecadores.

Debemos notar la importancia que el Señor dio durante su ministerio terrenal a su misión de purificar el templo. De hecho, esta es la segunda ocasión en la que Jesús entraba en el templo con esta finalidad. La primera había tenido lugar al comienzo de su ministerio público y es recogida por Juan en **(Jn 2:13-22)**, y ahora, cuando está a punto de terminar

su obra aquí en la tierra, nuevamente volvió a limpiar el templo. Por el momento, se trataba más bien de un juicio simbólico, por el que manifestaba su autoridad como el Mesías anunciado, pero al mismo tiempo, dejaba clara su sentencia judicial final.

5. *“Vuestra casa os es dejada desierta”*

Los judíos no quisieron ver las implicaciones de lo que Jesús estaba haciendo, y nuevamente volvieron a rechazarle. Esta fue la razón por la que el Señor emitió un juicio que no tardaría en cumplirse:

(Mt 23:38-39) “He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.”

En estas palabras del Señor podemos apreciar que aunque el templo era la casa de su Padre, ellos se habían adueñado de él, y por esa razón Jesús lo describió como *“vuestra casa”*. Ya no era la casa de Dios, sino una *“cueva de ladrones”*.

El judaísmo se convirtió en una cáscara vacía porque Dios ya no moraba en medio de ellos. Pero en contraste, en pocas semanas, la iglesia iba a ser bautizada con el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, convirtiéndose así en el templo de Dios en este mundo hasta su Segunda Venida.

(Ef 2:17-22) “Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.”

La disposición del templo

Después de haber analizado la relación que este pasaje tiene con la profecía de Malaquías, vamos a considerar ahora algunos detalles acerca del templo tal como estaba en los días de Jesús.

- El área del templo ocupaba la cima del monte de Sion, por lo tanto, había cierto desnivel.
- Al entrar, lo primero que se encontraba era el “Atrio de los Gentiles”, una gran explanada rodeada de hermosos pórticos. Esta era una zona a donde podía entrar cualquier persona, ya fuera judío o gentil, hombre o mujer. Debajo de sus pórticos era un lugar que se prestaba perfectamente para la enseñanza en grupos.
- Subiendo unos peldaños, se accedía al “Atrio de las Mujeres”. Allí no estaba permitido el paso a ningún gentil. Unos carteles decían lo siguiente: “Que ningún hombre de otra nación traspase esta barrera ni la cerca que rodea el templo. Quien sea sorprendido será el único culpable de su propia muerte”. Aquí se permitía la entrada tanto a hombres como a mujeres que fueran judíos.
- Subiendo un poco más se llegaba al “Atrio de los Israelitas”, en donde sólo podían entrar los varones judíos.
- Más arriba estaba el “Atrio de los Sacerdotes”, al que como su nombre indica sólo podían acceder los sacerdotes.

- Y por último, arriba del todo estaba el “Santuario” al que sólo podía entrar el Sumo Sacerdote una vez al año.

Pues bien, el incidente que estamos considerando tuvo lugar en el “Atrio de los Gentiles”. En realidad, aquella zona se había diseñado con la intención de que fuera un lugar de oración y preparación antes de entrar a las zonas interiores del templo. Al mismo tiempo, era una zona en el que los gentiles tenían la posibilidad de entrar y escuchar la Palabra del Dios vivo.

Pero lo cierto era que todo aquel recinto se había secularizado por completo, llegando a convertirse en un mercado de ganado en el que los gritos de los comerciantes se confundían con el ruido, la suciedad y el hedor de los animales. ¿Cómo podía llamarse a esto una “*casa de oración*”?

“Los que vendían y los cambistas”

1. ¿Quiénes eran los “cambistas”?

Recordemos que era obligatorio que cada judío pagara un impuesto al templo. Esto se hacía normalmente durante la fiesta de la Pascua, cuando los judíos venían de todas las partes del mundo para su celebración. Ahora bien, el impuesto había que pagarlo en una moneda concreta, “el siclo del santuario”, así que no servía el dinero que aquellos judíos traían de sus países de origen. El sumo sacerdote no aceptaba moneda extranjera, así que había habilitado aquella zona del templo para que los “cambistas” pusieran sus mesas e hicieran el cambio de moneda. Por supuesto, había que pagar una fuerte comisión, de la que el sumo sacerdote se llevaba una buena parte al ser él quien controlaba el templo.

2. ¿Por qué vendían palomas en el templo?

Además de pagar el impuesto del templo, los israelitas tenían que ofrecer distintos sacrificios de animales. Por supuesto, podían traerlos de sus países de origen, aunque esto sería muy incómodo y poco práctico. Pero además, los sacerdotes examinarían el animal antes de ser ofrecido para que fuera sin defecto, y si no había sido adquirido en el mercado que había en el atrio de los gentiles, difícilmente sería aceptado. Claro está que estos animales tenían un precio muy superior al que se podrían comprar en otras partes, pero es que todo esto era un monopolio del que el sumo sacerdote y su familia obtenían muy buenos dividendos.

“Cueva de ladrones”

Como antes comentábamos, aquella parte del templo debía ser un lugar de oración en el que los adoradores se prepararan para entrar a la presencia de Dios. Pero lejos de esto, los sacerdotes habían llenado de mercaderes la casa de Dios. Allí todo era un negocio en el que cada servicio del templo se comercializaba descaradamente para obtener un beneficio económico. Por supuesto, alguien tenía que vender los animales que se necesitaban para los sacrificios, pero esto se podía haber dejado a comerciantes que llevaran a cabo sus ventas fuera de los recintos sagrados y de las actividades del templo. Pero los sacerdotes, no sólo permitían que se hiciera allí, sino que además ellos mismos lo controlaban para su propio beneficio.

Los sacerdotes habían perdido su razón de ser. Su misión consistía en ser mediadores que ayudaran a los hombres a encontrar a Dios y ser bendecidos por él. Pero en lugar de

eso habían convertido el sacerdocio en un monopolio comercial con el único objetivo de enriquecerse a través del genuino deseo de los hombres de buscar a Dios.

Por supuesto, cuando una persona percibe esto y se siente objeto de la explotación y el robo, difícilmente podrá experimentar la gracia de Dios y el don gratuito de la salvación. Así que, estos sacerdotes eran doblemente culpables, porque por un lado robaban a Dios, tratando su Palabra como si fuese un artículo de su negocio, y por otro, trataban a las personas no como propiedad de Dios, sino como usuarios de un mercado cuyos derechos exclusivos creían poseer ellos.

En medio de un ambiente como este, la gente había perdido completamente el sentido de la presencia de Dios en su propia casa, de ahí la acusación del Señor: “*vosotros la habéis hecho cueva de ladrones*”. Para su amonestación usó una cita del profeta Jeremías que vamos a considerar brevemente:

(Jer 7:8-14) “He aquí, vosotros confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. Hurtando, matando, adulterando, jurando en falso, e incensando a Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis, ¿vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: Librados somos; para seguir haciendo todas estas abominaciones? ¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa sobre la cual es invocado mi nombre? He aquí que también yo lo veo, dice Jehová. Andad ahora a mi lugar en Silo, donde hice morar mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel. Ahora, pues, por cuanto vosotros habéis hecho todas estas obras, dice Jehová, y aunque os hablé desde temprano y sin cesar, no oísteis, y os llamé, y no respondisteis; haré también a esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, en la que vosotros confiáis, y a este lugar que di a vosotros y a vuestros padres, como hice a Silo. Os echaré de mi presencia, como eché a todos vuestros hermanos, a toda la generación de Efraín.”

Sin lugar a dudas los judíos conocían bien el contexto de la profecía de Jeremías. En aquel tiempo los judíos oprimían a los extranjeros, robaban, asesinaban... Sin embargo, continuaban ofreciendo sus sacrificios en el templo con total normalidad. Ellos pensaban que la existencia del templo les protegería de la ira de Dios. Y en los días de Cristo, la historia se volvía a repetir. Las autoridades del templo eran culpables de codicia, extorsión y profanación de la casa de Dios. Habían convertido aquel lugar sagrado en una “cueva de ladrones”, en un lugar donde esconderse después de cometer sus crímenes. Esto era muy grave: ¡Los líderes religiosos de Israel estaban usando la adoración a Dios como cobertura para sus pecados!

“Eché fuera a los que vendían y volcó las mesas de los cambistas”

El Señor manifestó su autoridad espiritual al efectuar la limpieza del templo. Al hacerlo estaba también condenando una religión de origen divino que se había vaciado de todo sentido espiritual. Él expresó una fuerte indignación al ver como los peregrinos que habían acudido a la fiesta no eran tratados como adoradores, ni siquiera como seres humanos, sino como objetos que se podían explotar. La explotación del hombre por el hombre siempre provoca la ira de Dios, pero aún más cuando ésta se hace bajo la capa de la religiosidad y en el nombre de Dios.

“Será llamada casa de oración para todas las naciones”

El Señor justificó lo que estaba haciendo por medio de la Escritura. Para esto citó al profeta Isaías:

(Is 56:6-7) “Y a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.”

Esta porción indicaba cómo debían ser acogidos en el templo los gentiles prosélitos. Aquel debía ser un lugar que abriera sus puertas a los hombres de todas las naciones para que conocieran y adoraran al Dios de Israel.

Pero aquí radicaba otro de los grandes pecados de los sacerdotes: su exclusivismo judío. Ellos habían perdido toda vocación misionera. No sentían ningún tipo de interés o preocupación por los millones de gentiles paganos que no conocían a Dios. Esto quedaba patente en el hecho de que aquel área del templo que tenía que ser dedicada a ellos, no habían tenido ningún problema en convertirla en un mercado de ganado.

“Los principales sacerdotes buscaban cómo matarle”

Cristo hizo valer sus derechos divinos al echar fuera a los vendedores y al enseñar en el templo. Pero esto dio comienzo a una lucha a muerte. Por un lado estaban las autoridades del templo que estaban empeñadas en mantener su poder e ingresos, y por otro, estaban en peligro la fe, el amor, la obediencia y la devoción del pueblo. Esto llenaba de preocupación el corazón de Cristo, que de ninguna manera permaneció callado, como ya hemos visto, aunque este enfrentamiento le llevaría finalmente a la Cruz.

Preguntas

1. ¿Cuál fue el propósito de la visita del Señor al templo? ¿Cuál fue su impresión? Razone su respuesta.
2. ¿Cómo se relaciona la profecía de Malaquías con el pasaje que estamos considerando?
3. Explique las diferentes partes en las que estaba dividido el templo. A raíz de lo aprendido en esta lección explique lo ocurrido en **(Hch 21:26-31)** y también lo que Pablo escribe en **(Ef 2:14)**.
4. ¿Cuáles eran los pecados de los sacerdotes por los que el Señor les reprendió?
5. ¿Por qué los judíos buscaban cómo matar a Jesús?

La autoridad de Jesús - Marcos 11:27-33

(Mr 11:27-33) “Volviéron entonces a Jerusalén; y andando él por el templo, vinieron a él los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos, y le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas, y quién te dio autoridad para hacer estas cosas? Jesús, respondiendo, les dijo: Os haré yo también una pregunta; respondedme, y os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres? Respondedme. Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? ¿Y si decimos, de los hombres...? Pero temían al pueblo, pues todos tenían a Juan como un verdadero profeta. Así que, respondiendo, dijeron a Jesús: No sabemos. Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.”

Introducción

Cuando Jesús limpió el templo, demostró la autoridad espiritual que como Mesías e Hijo de Dios tenía. Por supuesto, los principales sacerdotes no lo vieron así, sino que pensaron en que sus prósperos negocios estaban siendo atacados y puestos en peligro. Además, el Señor declaró solemnemente que el templo había dejado de responder al plan de Dios para pasar a estar al servicio de los intereses económicos de la clase sacerdotal, que lo usaba como un refugio seguro desde el que cometer sus robos. Como era de esperar, la denuncia de Jesús no gustó nada a los líderes religiosos, que se dieron cuenta de que su falsa religiosidad estaba siendo desenmascarada y puesta en evidencia. Esto constituyó uno de los motivos más importantes para que buscaran cómo matarle, aunque al mismo tiempo, y sin que ellos se dieran cuenta, fue también un punto sin retorno para la nación judía, que con esa decisión determinó su propio destino.

A partir de aquí podemos ver cómo la tensión en la relación entre Jesús y los líderes religiosos judíos va en aumento. Lo que estaba en juego era muy importante. Por un lado, la preocupación de Jesús estaba en que el verdadero culto a Dios y su Ley habían sido abandonados, y su misma autoridad como Mesías era rechazada. Pero por otro lado, estaban los intereses de los líderes religiosos, que veían peligrar sus ingresos económicos y privilegios sociales.

Esta situación creó constantes controversias entre Jesús y los gobernantes judíos, que son recogidas en los próximos párrafos. Veremos cómo los judíos cuestionaban la autoridad de Jesús, y le hacían preguntas comprometidas sobre diferentes cuestiones. Pero en contestación a todas ellas, el Señor puso de manifiesto una sabiduría infinitamente superior a la de ellos, llegando también a expresar un claro juicio condenatorio sobre la nación judía, anunciado primeramente por la parábola de los labradores malvados y descrito después en su sermón sobre las señales del fin.

La autoridad

El punto central de estas confrontaciones tenía que ver con el tema de la autoridad. Este es un asunto fundamental en la vida de cada persona: ¿Quién tiene la autoridad final en el gobierno de nuestra vida? ¿A quién deben obedecer los hombres? ¿Quién tiene la última palabra en el debate sobre cuestiones espirituales, morales o sociales? ¿Por qué los padres tienen autoridad sobre sus hijos, o los esposos sobre sus esposas, los gobernantes sobre sus ciudadanos, los pastores sobre la iglesia? Para contestar estas

preguntas, necesariamente tenemos que plantearnos primeramente de dónde proviene la autoridad. Y para responder esta pregunta tenemos básicamente dos opciones: o la autoridad proviene de Dios, o del hombre. En los siguientes pasajes veremos que la única autoridad legítima y auténtica es la que proviene de Dios.

“Vinieron a él los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos”

Cuando Jesús regresó al día siguiente al templo, los gobernantes judíos todavía estaban resentidos porque el día anterior había limpiado el templo. Parece que incluso habían organizado su respuesta para el caso en que volviera a aparecer por allí. Así que, cuando Jesús entró ese día en el templo, una amplia delegación del Sanedrín, el máximo órgano de gobierno judío, se enfrentó con él en un ataque formal.

Los que vinieron en representación del Sanedrín fueron *“los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos”*.

- Los *“principales sacerdotes”* eran un grupo compuesto por el sumo sacerdote en funciones, los que anteriormente habían ocupado ese oficio y otros sacerdotes importantes. Mayormente todos ellos pertenecían a la secta de los saduceos y eran quienes dirigían el templo y a todas las personas que en él servían.
- Los *“escribas”* no eran una secta del judaísmo, aunque en su mayoría pertenecían a los fariseos. Estos hombres se dedicaban al estudio de la ley, y generalmente eran los encargados de su enseñanza tanto en las sinagogas como en el templo.
- La figura de los *“ancianos”* tuvo su origen en el antiguo Israel, siendo las cabezas o dirigentes de cada tribu o familia. Con la formación del Sanedrín, los ancianos más importantes llegaron a ser miembros de esta honorable institución.

“¿Con qué autoridad haces estas cosas, y quién te dio autoridad?”

Es cierto que como dirigentes espirituales de la nación, tenían la responsabilidad de mantener la ortodoxia dentro del templo, así que estaban en su derecho de preguntar a Jesús acerca de su autoridad.

Notemos primeramente que todos ellos admitían que Jesús actuaba con autoridad. Desde el comienzo de su ministerio, la gente se admiraba de la autoridad con la que enseñaba y también de la autoridad con la que se enfrentaba con los demonios (**Mr 1:21-28**). De hecho, los mismos escribas se habían visto anteriormente en la obligación de dar una explicación a esta autoridad con la que Jesús obraba, y lo que dijeron es que *“tenía a Beelzebú, y que por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios”* (**Mr 3:22**).

Ellos habían llegado a esta conclusión porque Jesús obraba sin ninguna autorización oficial de parte del Sanedrín y sin sujetarse a ellos. Pero era ahí donde radicaba precisamente su error: ellos no tenían ninguna capacidad para dar la autoridad al Mesías, esto sólo lo podía hacer Dios, y su misión era reconocerla por medio de las indicaciones que la Palabra les proporcionaba por medio de la numerosas profecías acerca de él.

Para intentar aclarar un poco esta diferencia entre “otorgar y reconocer” la autoridad, podemos pensar por ejemplo en el don de pastor. La Biblia aclara que ese don, como todos los demás, son dados por Dios y no por ningún hombre (**Ef 4:11**). Por lo tanto, no es

la iglesia la que “hace pastor” a un persona. La responsabilidad de la iglesia consiste en averiguar y “reconocer” si Dios realmente ha dado ese don a un hermano en concreto, para lo cual será necesario contrastar su vida y ministerio a la luz de los requisitos que la Biblia exige para alguien que es llamado a ejercer el pastoreo (**1 Ti 3:1-7**) (**Tit 1:5-9**).

Pero volviendo a nuestro texto, vemos que los dirigentes religiosos de Israel habían fracasado en su misión de reconocer al Mesías. Todos ellos habían visto las credenciales de Jesús, y hasta Nicodemo, un destacado miembro del Sanedrín, lo había reconocido en privado: “*Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él*” (**Jn 3:2**). Pero a pesar de todo esto, no habían querido reconocer la evidencia.

A los líderes judíos les había desagradado mucho las dos entradas previas que Jesús había hecho en la ciudad y en el templo, y no habían querido considerar que en los dos casos fue en cumplimiento de lo que las Escrituras decían que haría el Mesías cuando viniera. Ya vimos que su entrada triunfal en Jerusalén sentado sobre un pollino fue el cumplimiento de lo anunciado por el profeta Zacarías (**Zac 9:9**), y su visita al templo para limpiarlo se ajustaba perfectamente a las profecías de Malaquías (**Mal 3:1-5**). Y a todo esto, había que añadir los milagros que Jesús hacía, la autoridad de su enseñanza, su poder sobre los demonios, su propia vida libre de pecado...

Pero a pesar de la claridad de las evidencias, el Sanedrín no quiso reconocer a Jesús como el Mesías. En realidad, al ignorar y negar el valor de todas estas pruebas, estaban colocándose a sí mismos como una autoridad superior a la Palabra de Dios y al mismo Dios. Todo esto era realmente muy grave.

“El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres?”

En vista de la situación, el Señor pasó a poner en evidencia su falta de coherencia espiritual, para lo cual les hizo una pregunta acerca del bautismo de Juan.

Algunos han pensado que la intención de Jesús era buscar una salida hábil a una situación difícil, pero en realidad no estaba esquivando la cuestión, sino abordándola en su mismo origen.

1. ¿Tenía el Sanedrín capacidad para reconocer la autoridad divina?

Primeramente ellos tenían que demostrar que eran capaces de cumplir con su deber de saber reconocer cuándo una persona actuaba con autoridad divina. Para ello les hizo una pregunta: “*El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres?*”.

Notemos primeramente que tal como el Señor presentó el asunto, sólo hay dos posibles fuentes de autoridad: Dios o los hombres.

Ahora bien, ¿serían estos líderes espirituales de la nación capaces de determinar una cuestión tan elemental? Si no daban una contestación coherente, toda su autoridad sería puesta en entredicho, y por lo tanto, no tendrían derecho a cuestionar a Jesús y también quedarían descalificados para guiar espiritualmente a la nación.

2. El testimonio de Juan el Bautista

Si aceptaban que Juan el Bautista era un profeta, esto implicaría necesariamente que también tendrían que dar su aprobación a la misión de Jesús, puesto que Juan dio testimonio de él.

(Jn 1:29-34) *“El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije:*

Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquel me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, éste es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio que éste es el Hijo de Dios.”

Como ya hemos señalado anteriormente, Juan no había otorgado ninguna autoridad a Jesús; pero había afirmado ser el precursor profetizado por Isaías (**Is 40:3-4**). Y con esta autoridad que la Palabra de Dios le otorgaba, había llamado a la nación para que se preparara para reconocer y recibir al Mesías, al que él identificó claramente en la persona de Jesús.

3. Un problema para los líderes judíos

El llamamiento que Juan el Bautista hizo a la nación para que se arrepintiera fue obedecido por muchos en el pueblo, que no dudaron de que Juan era un auténtico profeta de Dios. Sin embargo, los sacerdotes, los escribas y los fariseos se habían negado a ser bautizados por él (**Lc 7:30**) porque consideraban que ellos no necesitaban su bautismo de arrepentimiento.

Pero cuando Jesús les pidió que se definieran públicamente en cuanto a si el bautismo de Juan era de Dios o de los hombres, esto les creó una situación muy embarazosa. Por un lado, esto habría supuesto un enfrentamiento con el pueblo, que sí creían que Juan era un profeta de Dios, pero por otra parte, ¿cómo podían ellos justificar que no tenían necesidad de arrepentimiento?

4. Los líderes judíos no aceptaban la autoridad de Dios

Tal como el Señor Jesucristo planteó el asunto, quedaba claro que tanto la autoridad de Juan como la suya procedían de Dios. Si habían rechazado la predicación y el bautismo de Juan, también le rechazarían a él como Mesías.

Esto es mucho más serio de que lo a simple vista puede parecer. Lo que estamos considerando es que si una persona no cree el mensaje de los siervos de Dios, tampoco creerán a Jesús, porque en el fondo, lo que se está rechazando es la autoridad de Dios. Aunque, por supuesto, la responsabilidad de estos judíos era mucho mayor puesto que habían tenido ante ellos todas las evidencias posibles.

(Jn 13:20) “De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.”

“No sabemos... Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas”

A la comprometida pregunta de Jesús, ellos contestaron con un “no sabemos”. En realidad, su ignorancia era un subterfugio para no aceptar a Jesús. Querían esconder su incredulidad con el pretexto de que no sabían, pero esto era totalmente irracional. Para poder mantener esta actitud, tenían que cerrar los ojos a toda la evidencia que delante de ellos había sido presentada, tanto acerca de Juan el Bautista, así como del mismo Señor.

Lo cierto es que esta postura es cada vez más frecuente en nuestro mundo moderno. Por ejemplo, los agnósticos miran al universo y contemplan todas las maravillas de la creación, pero finalmente concluyen con un “no sabemos” si esto lo habrá hecho Dios. Y

entonces, ¿quién lo ha hecho? Bueno, ya conocemos cómo en una búsqueda desesperada por dar alguna explicación razonable, nos quieren convencer de que todo el inmenso universo debe su existencia a la casualidad.

Pero ni los agnósticos modernos, ni tampoco los líderes religiosos judíos de la época de Jesús, pueden decir que no saben, cuando delante de ellos tienen tanta evidencia. Finalmente no podrán evadirse de su responsabilidad ante Dios. Veamos lo que Pablo explicaba aun incluso de las sociedades paganas:

(Ro 1:20-22) “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios.”

En realidad, lo que los judíos tenían no era un problema de conocimiento, sino de disposición para obedecer la voluntad de Dios. El Señor Jesucristo lo expresó de la siguiente manera:

(Jn 7:17) “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta.”

Sus dificultades eran morales y espirituales: amaban más las tinieblas que la luz.

(Jn 3:19-20) “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.”

Si ellos se cerraban de esa manera a las evidencias de la acción de Dios, era inútil que el Señor les explicara nada más. Pero al mismo tiempo, quedaba también claro que ellos no tenían el derecho ni la capacidad para juzgar a Jesús o pedirle cuentas.

Preguntas

1. Razone sobre la importancia del momento histórico que estamos estudiando y sus consecuencias.
2. ¿Qué era el Sanedrín? ¿Explique cómo estaba constituido?
3. ¿Por qué decimos que la única autoridad legítima es la que proviene de Dios? Explique la diferencia que hay entre “otorgar y reconocer” la autoridad.
4. ¿Por qué preguntó Jesús a los judíos si el bautismo de Juan era de Dios o de los hombres?
5. ¿Por qué los judíos contestaron que “no sabían” de dónde venía el bautismo de Juan? ¿Cree que realmente tenían un problema de conocimiento? Razone sobre este hecho.

Los labradores malvados - Marcos 12:1-12

(Mr 12:1-12) “Entonces comenzó Jesús a decirles por parábolas: Un hombre plantó una viña, la cercó de vallado, cavó un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que recibiese de éstos del fruto de la viña. Mas ellos, tomándole, le golpearon, y le enviaron con las manos vacías. Volvió a enviarles otro siervo; pero apedreándole, le hirieron en la cabeza, y también le enviaron afrentado. Volvió a enviar otro, y a éste mataron; y a otros muchos, golpeando a unos y matando a otros. Por último, teniendo aún un hijo suyo, amado, lo envió también a ellos, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas aquellos labradores dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y la heredad será nuestra. Y tomándole, le mataron, y le echaron fuera de la viña. ¿Qué, pues, hará el señor de la viña? Vendrá, y destruirá a los labradores, y dará su viña a otros. ¿Ni aun esta escritura habéis leído: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo; el Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? Y procuraban prenderle, porque entendían que decía contra ellos aquella parábola; pero temían a la multitud, y dejándole, se fueron.”

Introducción

En el pasaje anterior vimos cómo los líderes religiosos habían intentado desacreditar a Jesús ante el pueblo cuestionando su autoridad. Sin embargo, finalmente fueron ellos mismos los que quedaron en entredicho al no saber contestar a la pregunta de Jesús acerca del bautismo de Juan. Y aunque en ese momento el Señor no quiso decirles quién le dio la autoridad, ahora les va a contestar por medio de una parábola. Aquí veremos que él tiene autoridad en virtud de que es el hijo del dueño de la viña, el heredero legítimo, el Hijo amado que el Padre envió.

Pero no sólo contestó a su pregunta, también les advirtió de que estaban a punto de perpetrar el crimen más grave de la humanidad al planear matarle. Este se sumaría a los que ya habían cometido con todos los profetas que les habían hablado desde la antigüedad, pero lo que se proponían hacer en ese momento tendría una transcendencia incomparable y llevaría a la nación de Israel a una crisis sin precedentes, trayendo el juicio de Dios sobre ellos. En este sentido, debemos entender esta parábola en relación con la maldición de la higuera estéril que consideramos en **(Mr 11:12-14,20-26)**.

Como consecuencia de todo esto, el reino sería quitado del pueblo de Israel para ser entregado a los gentiles.

¿Cómo podía un crucificado ser el Mesías?

Pero con esta parábola, el Señor estaba preparando también a sus discípulos para el desenlace final que se avecinaba. Todos ellos esperaban que, tal como enseñaba el Antiguo Testamento, el Mesías aparecería para reinar, que establecería su reino en Jerusalén y todas las naciones vendrían a rendir sus tributos allí ante él. ¿Qué pensarían cuando vieran a Jesús crucificado y hecho un espectáculo para todas las naciones? ¿No estaba esto en contra de todo lo que habían aprendido en las Escrituras? ¿Cómo podía ser Jesús el Mesías si los principales sacerdotes y los líderes de la nación judía le rechazaban? ¿No se habrían equivocado?

Cuando estudiamos el pasaje de la purificación del templo, consideramos que Cristo no podía comenzar a reinar todavía sobre un pueblo no redimido y por lo tanto ingobernable. Primero tenía que realizar la limpieza de sus corazones, preparándolos para poder cumplir la ley de Dios que es espiritual. Esta purificación sería llevada a cabo por medio de su propio sacrificio en la cruz. Esta era la razón por la que el Mesías tendría que morir, y esto también había sido anunciado detalladamente en el Antiguo Testamento (**Dn 9:26**) (**Is 53**).

Pero no sólo eso, porque las Escrituras también profetizaban que el Mesías sería rechazado por parte de los líderes de la nación. El Señor se refirió a ello por medio de dos ilustraciones tomadas del Antiguo Testamento. Su explicación comenzó con una parábola que guarda enormes parecidos con la que escribió el profeta Isaías (**Is 5:1-7**) y en la que vemos cómo el pueblo de Israel no había dado el fruto esperado y Dios lo abandonó. La segunda ilustración que usó el Señor, estaba sacada del (**Sal 118:22**) y allí quedaba claro que quienes iban a desechar al Mesías serían los propios encargados de la edificación.

Por lo tanto, el hecho de que Jesús fuera rechazado por los gobernantes judíos y le crucificaran, no debía hacerles dudar de que él fuera el auténtico Mesías, puesto que el Antiguo Testamento anunciaba que esto tendría que ser así.

El futuro de la nación de Israel

Pero aún había otro problema con el que los apóstoles se tendrían que enfrentar en un futuro próximo, y era el hecho de que cuando salieran por el mundo predicando el Evangelio, rápidamente se darían cuenta de que la nación judía rechazaba sistemáticamente el evangelio, mientras que los gentiles lo aceptaban. ¿No llegarían los discípulos a dudar de si éste era el verdadero Evangelio anunciado por el Antiguo Testamento? ¿Dónde quedaban todas las promesas hechas a Israel y que los profetas habían repetido una y otra vez?

Una vez más, el Señor se estaba anticipando a las dificultades, y por medio de la parábola de la viña y los labradores malvados, no sólo hizo un recorrido por la historia de Israel desde sus comienzos resaltando su constante rebeldía contra Dios, sino que también le sirvió para anunciar el juicio inminente y la pérdida de su posición como pueblo de Dios. Notemos cómo lo expresó el Señor: *“Vendrá y destruirá a los labradores, y dará su viña a otros”*.

Este juicio anunciado por el Señor aquí, lo desarrollará con mayor detalle en su sermón profético que encontramos más adelante en (**Mr 13**).

Por otro lado, en este momento tampoco vemos que el Señor especificara quiénes eran los “*otros*” a quienes sería entregada la viña, pero por el desarrollo del Nuevo Testamento sabemos que se refería a los gentiles.

Y queda también pendiente la cuestión de si Israel ha quedado definitivamente excluido de los planes del Señor. En cuanto a esto, algunos optan por espiritualizar las promesas futuras que Israel recibió a lo largo de todo el Antiguo Testamento y aplicarlas a la Iglesia. Sin embargo, esto no es correcto, porque como explica detalladamente el apóstol Pablo en Romanos 9 al 11, Dios no ha desechado definitivamente a su pueblo Israel, aunque por el momento estamos en lo que podríamos denominar el paréntesis de la iglesia, es decir, de los gentiles. Pero después, en el último tiempo, Israel será restaurado nuevamente a la comunión con Dios.

(Ro 11:25-26) *“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad.”*

En este punto, es interesante considerar que Dios ya ha comenzado a cumplir estas promesas. Ezequiel anunció que esta restauración de la nación de Israel sería llevada a cabo en dos fases (**Ez 37**). En su visión, el profeta vio a la nación judía como un valle de huesos secos, pero por la intervención de Dios aquellos huesos se unieron. Podemos decir que esta primera parte de la profecía de Ezequiel se cumplió en el año 1948 cuando después de cientos de años en la diáspora, el pueblo de Israel volvió a su tierra y fue constituido como un estado reconocido internacionalmente. Sin embargo, ellos siguen rechazando al Señor Jesucristo como su Mesías y por el contrario tienen depositada su confianza en sus recursos económicos y militares. Pero Ezequiel anunció una segunda fase cuando Dios les transmitirá su Espíritu Santo, y el hecho de que Dios ya haya cumplido la primera parte de la profecía, quiere decir que no se ha olvidado de ellos y que mantiene sus planes para el futuro.

Los elementos de la parábola

Los judíos estaban familiarizados con el simbolismo de la viña y de la vid por los conocidos pasajes del (**Sal 80:8-13**) y (**Is 5:1-7**). Veamos algunos detalles de la parábola y su significado.

1. La viña es el pueblo de Israel

La parábola comienza diciendo que *“un hombre plantó una viña y la cercó de vallado”*. Este *“hombre”* de la parábola se refería a Dios mismo, quien separó una parte de su terreno para colocar en él a la nación de Israel. Todo esto coincidía con lo que Dios le había prometido a Abraham cuando le dijo que la tierra en donde estaba le sería dada a sus descendientes (**Gn 12:1-7**). Esto tuvo su cumplimiento cuando Dios liberó al pueblo de Israel de los egipcios por medio de Moisés y más tarde Josué los introdujo en la tierra prometida después de su peregrinaje por el desierto durante cuarenta años. También es importante resaltar que en aquel tiempo Dios les dio la Ley, que en cierto sentido funcionaba como un muro que los apartaba de la inmoralidad de los pueblos paganos a su alrededor y los preservaba como una nación singular para Dios.

2. Los labradores representaban a los gobernantes de Israel

La parábola continúa diciendo que el hombre arrendó su viña a unos labradores y después se fue lejos, enviando más tarde a unos siervos suyos para que recibiesen del fruto de ella. Al hablar de estos labradores, Jesús se estaba refiriendo a los gobernantes judíos, y así lo entendieron ellos cuando Jesús terminó de contar la parábola (**Mr 12:12**).

Notemos la confianza que Dios puso en ellos cuando les entregó completamente la administración de su viña. Sin embargo ellos no consideraron que esto fuera suficiente privilegio y quisieron explotar la viña para su propio beneficio únicamente. El Señor puso de manifiesto esta actitud de los líderes de Israel cuando el día anterior había limpiado el templo y les había acusado de convertir la casa de su Padre en una cueva de ladrones (**Mr 11:17**). Quedaba claro que ellos habían perdido toda noción de ser los mayordomos o administradores del Señor y habían usurpado la posición de dueños de la viña.

3. Los siervos a los que el propietario enviaba representan a los profetas

Pero Dios nunca renunció a sus derechos sobre la viña y una y otra vez envió sus siervos con el fin de recibir los frutos de ella. Este contacto entre Dios e Israel se llevaba a cabo a través de los profetas que hablaban al pueblo en el nombre de Jehová.

Pero es triste pensar el maltrato que aquellos fieles siervos de Dios sufrieron cuando fueron a reclamar el fruto que Dios esperaba de ellos y que no era otro que la santidad, la obediencia y el amor de su pueblo. Ellos mismos tuvieron que sufrir en sus propias personas las consecuencias de la deslealtad de los dirigentes de la nación.

Además, notemos que en la parábola el Señor nos dice que envió a estos siervos en muchas ocasiones, con lo que está llamando nuestra atención sobre la paciencia de Dios, una paciencia que de ninguna manera merecían, ni tampoco valoraron.

(Ro 2:4-5) “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios”

(2 P 3:9) “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.”

4. El Hijo es Jesús mismo

Finalmente, ante el persistente rechazo a los mensajeros de Dios, él envió a su propio Hijo, que no era otro que el Señor Jesucristo.

Ahora bien, debemos comenzar por notar que Jesús no era un siervo más, él era el Hijo, el Mesías esperado. Y de esta forma estaba contestando a la pregunta que le habían formulado anteriormente: “¿Con qué autoridad haces estas cosas?” (Mr 11:28). Y la respuesta quedaba clara: con la autoridad del Hijo, el legítimo Heredero.

Por otro lado, vemos la paciencia y la misericordia de Dios, que a pesar del continuado rechazo del pueblo hacia los profetas, aun así envió a su propio Hijo con el fin de ofrecerles una mayor revelación y que de esta manera comprendieran la gravedad de su actitud, aunque tampoco esto les aprovechó:

(He 1:1-2) “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otros tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo.”

5. La decisión de matar al Hijo

Después de todos los intentos fallidos de parte de Dios por recuperar a su pueblo, ellos respondieron una vez más manifestando su maldad, orgullo e independencia. Durante siglos le habían negado al Dueño el fruto de su viña, manifestando una abierta rebelión contra él, pero ahora se disponían a cometer el mayor crimen que la humanidad puede imaginar: matar al mismo Hijo de Dios.

En la vida normal, un dueño no actuaría con tanta paciencia, ni tampoco los labradores serían tan crueles. Pero esto encajaba perfectamente con la realidad de Israel y Dios.

La parábola ilustra los pensamientos de los líderes judíos mientras se preparaban para dar muerte a Jesús. Lo que en el fondo ellos estaban buscando era ocupar el lugar de Dios. Esta fue la misma tentación que el diablo presentó con mucho éxito delante de Adán y Eva: “Seréis como Dios” (Gn 3:5). Esta sería la culminación de una larga historia de resistencia contra Dios.

Pero observemos que cuando planeaban matar a Jesús no lo hacían porque dudaran de que sus pretensiones de ser el Hijo fueran falsas, sino que por el contrario, lo hacían porque se daban cuenta de que él era el legítimo Heredero y porque pensaban que no podrían apropiarse de la heredad mientras él estuviera vivo. La cuestión estaba clara: los dirigentes judíos encontraron en Jesús un obstáculo para el control absoluto de Israel, de modo que decidieron deshacerse de él.

Así que, lo que había comenzado con el rechazo de los mensajeros enviados por Dios, terminó con el asesinato del mismo Hijo. No es de extrañar que quienes trataron mal a los profetas, también tratasen mal a Jesucristo. El razonamiento es el mismo que hemos considerado en el pasaje anterior: si no recibieron a Juan el Bautista, tampoco recibirían al Mesías.

6. El momento de rendir cuentas

En la parábola hemos visto que la viña estaba equipada con todo lo necesario para que el trabajo de los labradores fuera fácil y productivo. Se nos dice que además de haberla cercado de vallado, también cavó un lagar y edificó una torre. Es decir, todo estaba preparado para que el fruto estuviera listo cuando los mensajeros del dueño vinieran a reclamarlo. Este era el propósito por el que el dueño había preparado todo aquello. No es difícil darnos cuenta de que la inversión no tendría ningún sentido si finalmente no se obtenía algún fruto de ella.

Pero a pesar de que Dios había distribuido generosamente sus dones entre ellos, cuando llegó el momento de entregar el fruto, ellos se lo quedaron para sí mismos. Esto es un ejemplo más de la ingratitud del hombre hacia Dios.

Entonces surge la pregunta: “¿Qué, pues, hará el señor de la viña?”. Porque aunque como ya hemos dicho “Dios es lento para la ira”, sin embargo, finalmente tiene que actuar frente al mal. Y estaba llegando el momento en que aquellos labradores tendrían que sufrir las consecuencias de su malvada conducta: “Vendrá y destruirá a los labradores”.

El pueblo de Israel ya había vivido un momento parecido cuando fue deportado a Babilonia.

(2 Cr 36:14-16) “También todos los principales sacerdotes, y el pueblo, aumentaron la iniquidad, siguiendo todas las abominaciones de las naciones, y contaminando la casa de Jehová, la cual él había santificado en Jerusalén. Y Jehová el Dios de sus padres envió constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación. Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y no hubo ya remedio.”

Pero a pesar de todo, Israel no cambió su comportamiento, y nuevamente vino sobre ellos el juicio. Lo que aquí el Señor estaba anunciando anticipadamente es lo que ocurrió en el año 70 de nuestra era, cuando Jerusalén fue destruida y los judíos muertos o expulsados.

Y nosotros no debemos olvidar tampoco que como criaturas de Dios que habitamos en su mundo, no podemos usurpar sus derechos y seguir disfrutando indefinidamente de las bendiciones de Dios evitando su juicio. No olvidemos el ejemplo de lo que le ocurrió a Israel.

7. La viña sería entregada a “otros”

Como hemos visto, Dios respondería al asesinato de su Hijo destruyendo a los labradores que habían sido contratados, y también entregando la viña a otros, como explica Mateo; “a gente que produzca los frutos de él” (Mt 21:43). Aunque aquí no se explica en detalle

quiénes serían los “*otros*”, el desarrollo del Nuevo Testamento nos aclara que se refiere a los gentiles.

En cualquier caso, el principio espiritual que aprendemos aquí es que si Dios nos da algo para hacer y no lo hacemos de tal forma que él sea glorificado, sino que actuamos en nuestro propio beneficio, él nos lo quitará y se lo entregará a otros.

“*La piedra que desecharon los edificadores*”

A partir de aquí el Señor deja la parábola acerca de la viña para referirse a otra profecía que encontramos en el Salmo 118. Recordemos que en su entrada triunfal en Jerusalén, las multitudes le habían aclamado con las palabras de este salmo: “*Y los que iban delante y los que venían detrás daban voces, diciendo: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!*” (Mr 11:9) (Sal 118:26).

Lo que probablemente no habían observado es que precisamente en ese mismo salmo se anunciaba también que la piedra que iba de ser colocada como “*cabeza de ángulo*”, sería previamente rechazada por los edificadores.

(Sal 118:22) “*La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo.*”

Por lo tanto, nos encontramos con el anuncio de que el Mesías iba a ser despreciado y desechado por los gobernantes del pueblo, aunque finalmente sería exaltado por Dios, llegando a ser la piedra principal que da cohesión a todo el edificio.

Esta cita del Salmo es repetida con frecuencia por los autores del Nuevo Testamento: (Hch 4:11) (Ef 2:20) (1 P 2:4-7).

Ahora bien, ¿en qué momento esta “*piedra*” llegó a ser colocada como cabeza del ángulo? Sin lugar a dudas esto se refiere al día cuando Dios resucitó a su Hijo después de que los judíos lo hubieran hecho crucificar. La resurrección de Cristo es la piedra angular en el nuevo templo de Dios que es la iglesia.

“*Y procuraban prenderle*”

La reacción de los judíos no se hizo esperar, e inmediatamente comenzaron a buscar la forma de prenderle. Aunque Jesús no había dicho que ellos eran las personas que él había descrito en su parábola, sin embargo, ellos se sintieron acusados directamente, y sin darse cuenta, su actitud les delató.

Preguntas

1. ¿Cuáles fueron los propósitos por los que el Señor contó esta parábola?
2. ¿Cuáles le parecen que pudieron ser la dudas de los discípulos en vista de la crucifixión de Cristo y el continuado rechazo de los judíos después de su resurrección? ¿De qué manera la parábola pudo ayudarles a resolverlas?
3. Analice con sus propias palabras los diferentes elementos de esta parábola.
4. ¿Qué lecciones importantes aprendemos para nuestras vidas?
5. Explique las dos referencias que encontramos en estos capítulos de Marcos al Salmo 118. ¿Cómo se relacionan con el Señor Jesucristo y las circunstancias que vivía en esos días?

La cuestión del tributo - Marcos 12:13-17

(Mr 12:13-17) “Y le enviaron algunos de los fariseos y de los herodianos, para que le sorprendiesen en alguna palabra. Viniendo ellos, le dijeron: Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios. ¿Es lícito dar tributo a César, o no? ¿Daremos, o no daremos? Mas él, percibiendo la hipocresía de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Traedme la moneda para que la vea. Ellos se la trajeron; y les dijo: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? Ellos le dijeron: De César. Respondiendo Jesús, les dijo: Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Y se maravillaron de él.”

Introducción

Nos encontramos en la última semana antes del tremendo desenlace de la cruz. Cristo se hallaba rodeado de la maldad y de las maquinaciones de sus enemigos que buscaban por todos los medios la forma de desacreditarle ante el pueblo y destruirle. Por esta razón, a lo largo de estos pasajes vemos cómo los diferentes grupos del judaísmo se presentan ante Jesús con preguntas maliciosas que tienen como único fin tenderle una trampa en la que poder atraparlo. Sin embargo, a pesar de ello, su figura se acrecienta, manifestando con especial realce su autoridad espiritual.

En el pasaje que estudiamos ahora, veremos cómo dos grupos rivales del judaísmo se unieron para presentarle una pregunta sobre un tema que mantenía dividida a la sociedad judía de su tiempo: la cuestión del pago del impuesto a Roma.

Sin duda, su propósito era enfrentarlo con las multitudes o con el poder político de Roma. Pero Cristo, no sólo salió airoso de la situación, sino que aprovechó la ocasión para continuar su enseñanza sobre el tema de la autoridad. En los pasajes anteriores hemos visto la autoridad de Cristo frente a los gobernantes religiosos del judaísmo, mientras que ahora vamos a considerar su autoridad frente a los poderes políticos de su día.

Veremos también que otro tema que se nos presenta aquí es si Jesús era un “rebelde político” y si establecería su Reino por medio de un llamamiento a la desobediencia civil. Sin lugar a dudas, estos temas siguen siendo de mucha actualidad en nuestros días.

“Le enviaron algunos de los fariseos y de los herodianos”

Mientras enseñaba en el templo, Jesús fue abordado por una extraña delegación. A más de uno le resultaría sorprendente ver llegar juntos a un grupo de fariseos con otro de herodianos. No debemos olvidar que existía una profunda enemistad entre ambos. Mientras que los herodianos constituían un partido político que apoyaba al gobierno de Roma y a la dinastía de Herodes, simpatizando además con los valores de la cultura helenista, los fariseos por el contrario eran una secta religiosa del judaísmo que se caracterizaban por su patriotismo y por defender los principios de la Ley de Dios conforme a la tradición de los ancianos. Difícilmente podríamos imaginarnos dos grupos más opuestos, pero sin embargo, dejaron a un lado sus diferencias y se aliaron contra Jesús porque lo veían como un mayor oponente. Y por supuesto, ésta no fue la última ocasión en la que el poder religioso y el político se han unido contra Cristo y su Evangelio.

La pregunta

1. El propósito de la pregunta

Primeramente notemos cuáles eran las intenciones reales de su pregunta. Ellos no deseaban aprender de Jesús, ni tampoco tenían un deseo genuino de resolver alguna cuestión ética o moral que les preocupara. De hecho, a pesar del lenguaje que emplearon en su planteamiento, ninguno de ellos aceptaba la autoridad espiritual de Jesús, ni estaban dispuestos a seguir sus indicaciones.

Quedaba claro que tenían segundas intenciones, y que su propósito era tenderle una trampa, inducirle a decir algo que pudiesen emplear más tarde para acusarle. Y el Señor Jesús percibió esta maldad e hipocresía en sus opositores.

2. La forma en la que presentaron la pregunta

Antes de presentar su pregunta, hicieron varias afirmaciones acerca de la forma de enseñar de Jesús que eran ciertas y que siguen siendo un modelo a seguir por todos nosotros.

- *“Maestro, sabemos que eres un hombre veraz... que con verdad enseñas el camino de Dios”*. Le reconocían como un Maestro que enseñaba el camino de Dios con verdad.
- *“Que no te cuidas de nadie”*. Admitían también que no se dejaba sobornar por nadie, sino que era fiel a Dios en su enseñanza, no acomodando su mensaje a lo que agradaba a la gente. Es decir, era independiente en su juicio y sólo actuaba en conciencia ante Dios, sin que influyeran en su enseñanza lo que pensarán sus amigos o sus enemigos.
- *“No miras la apariencia de los hombres”*. Siempre enseñaba lo mismo, sin importarle con quien hablara. Para él era lo mismo tratar con un pobre que con un rico, con un sabio que con un ignorante, con un amo o con un esclavo.

Sin embargo, en los labios de aquellos hombres, estas grandes verdades se convertían en una adulación repugnante e hipócrita. Su verdadero propósito era disipar las sospechas que pudiera tener Jesús y comprometerle a dar una respuesta con la que perdiera toda su reputación ante el pueblo o le enfrentara con el gobierno romano. De alguna manera querían forzarle a manifestar su pensamiento sobre un tema muy conflictivo sin temor a los presentes.

Pero no se dieron cuenta de que sus palabras se volvían contra ellos mismos, pues al reconocerle como un Maestro que enseñaba con verdad el camino de Dios, mientras que no estuvieran dispuestos a sujetarse ni a su enseñanza ni a su autoridad, se hacían culpables.

Dicho todo esto en cuanto a la situación por la que atravesó Jesús, no estará de más que nosotros mismos recordemos que debemos ser especialmente cautelosos cuando la gente nos lisonjea. Tengamos cuidado, porque por lo general, los halagos vienen con un dardo venenoso detrás de ellos.

“¿Es lícito dar tributo a César?”

Después de una introducción llena de halagos, finalmente hicieron su petición. Como ya hemos dicho, podríamos pensar que tenían una auténtica preocupación sobre un tema difícil para el que querían recabar la opinión de Jesús con el fin de recibir orientación, pero

la realidad era muy diferente; toda la sociedad judía era muy sensible frente al asunto del tributo a Roma, y por eso despertaba las opiniones más enfrentadas, así que lo usaron con el fin crearle problemas y destruirle. Veamos algunas de las razones por las que el pago obligatorio de impuestos a los romanos era comprensiblemente muy impopular para muchos judíos.

- Primeramente, les ocurría lo que a todo el mundo, y es que a nadie le gusta pagar impuestos por razones meramente económicas.
- Pero en su caso se agravaba por sentimientos nacionalistas. El asunto les recordaba a los judíos que eran una nación vasalla, conquistada por el Imperio de Roma. Para muchos de ellos, pagar el tributo suponía aceptar como legítimo el dominio romano, y eso era algo a lo que no estaban dispuestos.
- Y por otro lado, intervenían también cuestiones religiosas. No debemos olvidar que la moneda usada para pagar el tributo llevaba la imagen del emperador, quien se atribuía carácter divino y pretendía tener autoridad suprema tanto en asuntos políticos como en los espirituales.

A la vista de todo esto, no es difícil darnos cuenta de que la pregunta había sido formulada con verdadera astucia y estaba pensada para ponerle entre la espada y la pared.

- Si aceptaba pagar el impuesto, inmediatamente sería acusado de antipatriota y de llevar a las multitudes a la sujeción a Roma. Algunos añadirían también que con esa actitud estaría ofendiendo a Dios, que era el único al que se debía pagar todo tributo, y eso sin contar la imagen del emperador y la inscripción que había en la moneda empleada para el pago del tributo que a todas luces resultaba blasfema. Pero aún había más: los profetas habían anunciado claramente que cuando viniera el Mesías, Dios concedería a Israel una liberación completa del dominio gentil por medio de él. ¿Era Jesús el Mesías esperado? ¿Pero cómo podría ser el Mesías si les mandaba pagar un impuesto gentil?
- Y por otro lado, si se hubiera negado a pagar el impuesto, no hay duda de que los mismos herodianos lo habrían llevado ante el gobernador romano Poncio Pilato denunciándole como un demagogo que incitaba al pueblo a rebelarse contra la autoridad de Roma.

Pero la cuestión suscitada en este pasaje nos lleva a preguntarnos también por otros temas.

- En otros estudios hemos considerado que el Señor Jesucristo enseñaba reiteradamente a sus discípulos que él no iba a establecer su Reino dirigiendo un levantamiento armado que terminara con el poder opresor de Roma, pero podía quedar la duda de si él pretendía liberar a su pueblo por medio de la desobediencia civil, una desobediencia no violenta al estilo de Gandhi.
- Otros muchos se siguen preguntando hoy día si un creyente debe pagar impuestos a un gobierno que hace un mal uso de ellos. ¿Es justo pagar ese dinero que hemos ganado con tanto esfuerzo a un gobierno que en muchas ocasiones lo derrocha y en otras lo usa para un propósito al que como cristianos nos oponemos totalmente?
- Por otro lado, si su Reino no se iba a manifestar inmediatamente de forma visible, ¿cuál sería la relación de ese Reino con los otros reinos de este mundo? ¿Y cómo afecta esto a sus súbditos?

“¿Por qué me tentáis? Traedme la moneda para que la vea”

El Señor se dio cuenta del dilema en el que querían meterlo, pero no por eso eludió la pregunta. Sin embargo, antes de contestarles, pidió que ellos le dejaran una de las monedas con las que se pagaba el tributo. Al hacer esto, Jesús tenía una doble intención:

- Por un lado quería poner de manifiesto que ellos estaban usando esta moneda en la vida cotidiana, y esto era así porque les resultaba muy útil en sus negocios, por lo tanto, si se beneficiaban con su uso, en consecuencia debían aceptar también las obligaciones resultantes y pagar los impuestos sin esconderse detrás de motivos religiosos. Ellos tenían que darse cuenta de que desde el momento en que habían empezado a utilizar la moneda romana, implícitamente habían aceptado también la autoridad del emperador, que era quien garantizaba su valor y quien exigía el impuesto.
- Y en segundo lugar, quería inspeccionar la moneda con ellos, en especial su imagen y la inscripción que aparecía en ella. Al hacerlo, ellos tuvieron que reconocer que la imagen de la moneda era de César. Concretamente, en una de sus caras se podía leer “Tiberio César, hijo del divino Augusto”, y en la otra cara decía “Máximo Pontífice”. No cabe duda de que el Imperio usaba estas monedas para promover el culto al emperador. Pero aunque muchos judíos se mostraban muy rígidos en sus normas espirituales, sin embargo, cuando les interesaba no dudaban en hacer serias excepciones.

“Dad a César lo que es de César”

Finalmente Cristo contestó a su pregunta con una frase que ha llegado a ser conocida en el mundo entero. Sin embargo, no era el tipo de respuesta que los judíos esperaban; ellos querían una respuesta directa, pero Jesús no usó un “sí” o un “no”, sino que contestó de una manera que les obligaba a pensar.

Primero observamos que el planteamiento de Cristo giró en torno a la cuestión de la “propiedad”: “¿de quién es la moneda?”. Y una vez que los judíos admitieron que era de César, Cristo dijo que le dieran lo que era suyo. Este detalle es muy importante, porque al hacer esto, el Señor estaba afirmando que César estaba actuando dentro de sus legítimos derechos de propiedad al exigir el impuesto. Y también, que el Reino que Cristo estaba estableciendo en este mundo en su primera visita, no entraba en conflicto en este sentido con el imperio de César.

Aquí aprendemos que Cristo no estaba llamando a sus seguidores a dar pasos políticos para derrocar el gobierno de Tiberio César, por cruel y corrupto que éste fuera. Es una comprensión totalmente errónea de los métodos y estrategias del Mesías suponer que la fe en él había de llevar a sus seguidores a intentar restaurar la antigua idea de Israel como un estado teocrático, por medio de programas de desobediencia civil o guerra abierta contra los imperialistas gentiles.

Todo esto se ve confirmado por la enseñanza que encontramos en otras partes del Nuevo Testamento:

(Ro 13:1-7) “Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están puestos para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no

temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia. Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo. Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra.”

(1 P 2:13-14) *“Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como superior, ya a los gobernantes, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien.”*

De estos textos se desprende claramente que el gobierno secular ha sido ordenado por Dios, y que por lo tanto, todo creyente tiene el deber de sujetarse a él. Y no hemos de olvidar que el gobernante al que se refería Pedro era Nerón, uno de los emperadores romanos más depravados, degenerados e inmorales de la historia. El estado ha sido ordenado por Dios, puesto que sin leyes la vida sería un caos. Esto no quiere decir que ésta forma de gobierno goce del total beneplácito de Dios, ni que sea su solución definitiva para este mundo, pero tenemos que admitir que es un mal menor en un mundo caído hasta que Cristo mismo venga a reinar. Y por esta razón, todos los cristianos deberíamos ser ciudadanos ejemplares.

Otra de las exhortaciones que recibimos en el Nuevo Testamento tiene que ver con nuestra colaboración con las autoridades civiles por medio de nuestras oraciones:

(1 Ti 2:1-2) *“Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad.”*

Por otra parte, la sujeción a los gobernantes implica también el pago de los impuestos requeridos por ellos. Veamos otra ocasión en la que le preguntaron a Jesús si él pagaba los impuestos y reflexionemos sobre su contestación:

(Mt 17:24-27) *“Cuando llegaron a Capernaum, vinieron a Pedro los que cobraban las dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas? El dijo: Sí. Y al entrar él en casa, Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños? Pedro le respondió: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos están exentos. Sin embargo, para no ofenderles, vé al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómallo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómallo, y dáselo por mí y por ti.”*

La pregunta en cuestión era si Jesús pagaría y la respuesta fue que sí. Ahora bien, en su razonamiento se aprecia que él, como Hijo y heredero de todo, no tendrían el deber de pagar, pero sin embargo lo hizo para no ofender. A la vista de esto, todos los cristianos tenemos el deber de replantearnos nuestra actitud ante las autoridades y el pago de los impuestos mirando el ejemplo del Señor Jesucristo.

“Y a Dios lo que es de Dios”

1. El César no tiene autoridad absoluta

El Señor completó su contestación con un segundo mandamiento: “Y a Dios lo que es de Dios”. De esta manera delimitaba el alcance del primer mandamiento. Lo que viene a decir es que todas nuestras lealtades terrenales están limitadas por nuestra lealtad superior a Dios.

- Nos sujetamos a los gobernantes terrenales porque Dios nos lo manda.
- Pero sin embargo no podemos hacer todo lo que el César dice. El cristiano no puede decir “¡César es el Señor!”, porque para él, Cristo es el único Señor. Y siempre debe ser así: es imprescindible ser leales a Cristo por encima de cualquier gobierno terrenal. Aunque el Señor advirtió de que esta lealtad les costaría a algunos la vida: **(Lc 21:12)** “*Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre*”.
- Es especialmente cierto que el estado no puede legislar a quién adoramos, quién gobierna nuestras conciencias, o quién constituye la máxima autoridad en nuestras vidas. Como hemos visto en la inscripción de la moneda, el emperador pretendía gobernar también en el ámbito espiritual, por eso se hacía reconocer como “Sumo Pontífice” o “Sumo Sacerdote”. Pero Cristo rechaza estas demandas del César, porque aunque reconoce la legitimidad de su autoridad humana, esta autoridad no es absoluta, ya que él mismo está también bajo la autoridad de Dios.
- Los apóstoles resumieron con claridad este principio: “*Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres*” **(Hch 5:29)**.

Este incidente tuvo que ser muy importante para los primeros lectores de este evangelio, que eran romanos. Los siervos de Cristo debían ser leales al estado en el pago de impuestos, que era su deuda por los beneficios que otorgaba el gobierno a los ciudadanos. Sin embargo, debían negarse a adorar al Emperador, pues sólo Dios merece adoración.

2. Nuestros deberes hacia Dios

Ahora vamos a centrarnos en las obligaciones y deberes que como criaturas tenemos hacia Dios. Inmediatamente nos damos cuenta de que el Señor eleva su nivel de exigencia a un plano infinitamente superior que el de la obediencia civil.

Comencemos por preguntarnos ¿qué es de Dios? Y la respuesta tiene que incluir necesariamente todo lo que somos y tenemos. De la misma manera que la moneda era de César porque tenía su imagen, el hombre lleva la imagen de Dios y por lo tanto le pertenece **(Gn 1:27)**.

Ahora bien, ¿cómo puede el hombre pagar a Dios lo que es suyo? Lo cierto es que tenemos que reconocer que por mucho que nos esforcemos en amar a Dios sobre todas las cosas, con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra mente y corazón, nunca llegaremos a conseguir hacerlo tal como a él se merece. Ante este reconocimiento de nuestro propio fracaso como hombres pecadores, sólo tenemos la opción de refugiarnos bajo su misericordia y su gracia esperando su perdón una vez que hemos manifestado un arrepentimiento auténtico.

3. Jesús separó lo del César de lo de Dios

Por último, podemos ver que el Señor estableció una división entre la Iglesia y el Estado. Sus discípulos deberían ser al mismo tiempo ciudadanos del Reino de Cristo y del reino de este mundo, siguiendo las directrices que hemos considerado más arriba.

Esta advertencia del Señor debería haber servido para no unir la Iglesia con el Estado, pero con el tiempo, el cristianismo degeneró precisamente en esa dirección, llegando el mismo papa a ostentar el título de “Sumo Pontífice” que antes tenía el emperador romano, y estableciendo para la iglesia un estado terrenal en este mundo. Por supuesto, el no haber hecho caso a lo que nos enseña aquí el Señor ha resultado muy dañino para el cristianismo durante siglos, siendo una de las principales causas de descrédito.

4. Conclusión

El Señor había contestado a ambos grupos. Había denunciado la santurronería de los fariseos y les había dicho que no debían rehusar pagar sus tributos a César. Pero al mismo tiempo, había condenado también la mundanalidad de los herodianos que no daban a Dios lo que le pertenecía.

Al final todos “se maravillaban de él”, lo que no quiere decir que estuvieran dispuestos a seguir la ruta marcada por su enseñanza. ¡Qué nosotros no nos quedemos sólo impresionados por la sabiduría demostrada por el Señor en su contestación, sino que pongamos por obra lo que él nos enseña!

Preguntas

1. ¿Cuál fue el propósito de los halagos que le hicieron a Jesús? ¿Qué podemos aprender de esto para nuestras propias vidas?
2. ¿Qué características resaltaron en Jesús como Maestro?
3. ¿Por qué era impopular el pago de impuestos entre la mayoría de los judíos? ¿Por qué la pregunta que le hicieron le podía crear problemas a Jesús?
4. Razone sobre lo que implica la frase “*Dad al César lo que es del César*”.
5. Razone sobre lo que implica la frase “*Dad a Dios lo que es de Dios*”.

La pregunta sobre la resurrección - Marcos 12:18-27

(Mr 12:18-27) *“Entonces vinieron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron diciendo: Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguno muriere y dejare esposa, pero no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano. Hubo siete hermanos; el primero tomó esposa, y murió sin dejar descendencia. Y el segundo se casó con ella, y murió, y tampoco dejó descendencia; y el tercero, de la misma manera. Y así los siete, y no dejaron descendencia; y después de todos murió también la mujer. En la resurrección, pues, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será ella mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer? Entonces respondiendo Jesús, les dijo: ¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras, y el poder de Dios? Porque cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles que están en los cielos. Pero respecto a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; así que vosotros muchos erráis.”*

Introducción

Muchas personas tienen un concepto de Cristo como alguien caracterizado por el amor, la compasión y la dulzura, y por supuesto, esto es completamente cierto, pero no es toda la verdad. En estos pasajes estamos considerando que él tuvo numerosos y duros enfrentamientos con los religiosos de su tiempo. La razón estaba en que él nunca dejó de señalar el error y denunciar el pecado. Por lo tanto, al estudiar sus controversias, debemos observar cuáles fueron los principios que defendió y los errores que atacó.

A continuación vamos a considerar uno de los debates que Jesús tuvo con los saduceos acerca de la resurrección. Su importancia queda subrayada no sólo por el hecho de que los tres evangelios sinópticos lo recogen, sino porque si no existiese la resurrección, el cristianismo no tendría nada que ofrecer a este mundo. Pablo lo expresó perfectamente en su carta a los corintios:

(1 Co 15:13-19) *“Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres.”*

¿Quiénes eran los saduceos?

Después del enfrentamiento con los fariseos y los herodianos, Jesús tuvo un encuentro con los saduceos. ¿Quiénes eran? ¿Qué pensaban? ¿Con qué intenciones se acercaron a Jesús?

Los saduceos eran una secta minoritaria del judaísmo, pero entre sus filas se encontraban los personajes más ricos y poderosos de la nación. Por ejemplo, la familia del sumo sacerdote y los principales sacerdotes eran saduceos.

Desde el punto de vista político, normalmente colaboraban con el Imperio Romano, lo que les permitía conservar sus comodidades y privilegios. Esta era una de las razones por las que no eran tan populares como los fariseos.

En cuanto a sus creencias, sólo admitían la autoridad del Pentateuco (los cinco primeros libros de la Biblia), y pensaban que habían sido dados para regular la vida de los hombres en la tierra. De hecho, negaban que hubiera otra vida fuera de la que se vive en esta tierra, y ridiculizaban la idea de la resurrección. Tampoco creían en que el hombre tuviera espíritu, o que existieran los ángeles, o la vida eterna. Por esta razón tuvieron también numerosos enfrentamientos con los apóstoles:

(Hch 4:1-2) *“Hablando ellos al pueblo, vinieron sobre ellos los sacerdotes con el jefe de la guardia del templo, y los saduceos, resentidos de que enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de entre los muertos.”*

(Hch 23:8) *“Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos afirman estas cosas.”*

Podemos decir que eran los liberales o racionalistas del antiguo judaísmo. Y puesto que disfrutaban del poder y las riquezas, este mundo estaba bien para ellos y no necesitaban esperar ninguna otra vida.

Los saduceos modernos

Pero no debemos pensar que sólo hubo saduceos en el tiempo de Jesús, también hoy es fácil encontrar personas como ellos. Sus características básicas siguen siendo las mismas:

- Eliminan del cristianismo todo lo sobrenatural. Lo único que están dispuestos a conservar son algunos discursos sobre ética y moral que les resultan interesantes.
- Sólo aceptan aquello que pueden comprobar con sus cinco sentidos, y por lo tanto, rechazan que las Escrituras hayan sido inspiradas por Dios. Todo el ámbito de la verdad se reduce a lo que el hombre puede verificar con sus sentidos, convirtiéndose así la razón humana en el juez supremo de la verdad.
- Creen que este universo se ha creado a sí mismo y se rige por procesos naturales sin que Dios tenga nada que ver. Y por supuesto, descartan toda idea de que exista un Dios que alguna vez haya intervenido en la historia de la humanidad.

Las intenciones de los saduceos

En el pasaje anterior tuvimos ocasión de ver cómo los fariseos y los herodianos habían sido derrotados por Jesús, y tal vez los saduceos pensaron que había llegado el momento de demostrar su superioridad intelectual sobre todos ellos, al mismo tiempo que dejaban constancia de su incredulidad en la resurrección.

En este sentido tenemos que decir que los saduceos no pretendían crear problemas a Jesús con las autoridades romanas o con el pueblo, lo único que parecía moverles era el deseo de burlarse de él y de su enseñanza sobre la resurrección. Porque no hemos de olvidar que Jesús había hablado en otras ocasiones de su propia resurrección y de la resurrección general de los muertos:

(Mt 27:62-63) *“Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré.”*

(Jn 5:28-29) *“No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.”*

“Moisés nos escribió...”

Lo primero que notamos es que cuando los saduceos presentaron su problema a Jesús, lo hicieron basándose en la Palabra. Se refirieron al caso que legisló Moisés cuando un hombre debía levantar descendencia a su hermano muerto si en vida no había tenido hijos. En ese caso, se debería casar con la viuda y el hijo que tuviera sería considerado como hijo del hermano muerto **(Dt 25:5-10)**.

En la pregunta que los saduceos le hicieron a Jesús citaron este deber del cuñado de “levantar descendencia” a su hermano. Curiosamente el verbo griego que usaron es el mismo que se usa para referirse a la resurrección. Tal vez con esto lo que pretendían señalar es que la única resurrección en la que ellos creían era la perpetuación del hombre por medio de su descendencia.

De hecho, cuando pensaban en otras posibilidades, les parecía que se creaban situaciones muy complejas y problemáticas. Así intentaron ilustrarlo por medio de un supuesto que inventaron para la ocasión: una mujer se había casado con siete hermanos sin que llegara a tener hijos con ninguno. Y después de presentar su caso, nos los podemos imaginar frotándose las manos en actitud de victoria mientras hacían su pregunta a Jesús: *“En la resurrección, ¿de cuál de ellos será ella mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?”*.

Según ellos, si existía la resurrección, los problemas de esta vida se trasladarían a la otra, pero agravados. En el supuesto que ellos plantearon, la mujer tendría siete maridos, ¿acaso se permitiría la poliandria en la vida eterna? Y sino, ¿cuál de ellos sería el afortunado que se quedaría con la mujer? Y el resto, ¿estarían solteros toda la eternidad?

Bueno, podemos imaginarnos la cantidad de supuestos que podrían desarrollar. De hecho, éste era uno de los pasatiempos favoritos con el que disfrutaban burlándose de los fariseos.

Un concepto equivocado de la resurrección

Los saduceos estaban equivocados en su premisa inicial de que la vida venidera sería una continuación de la presente en las mismas condiciones que aquí se vive. En gran medida los responsables de este error eran los fariseos, que predicaban acerca de la vida de resurrección de una forma completamente materialista. Según ellos, el matrimonio perduraría por toda la eternidad, al igual que los otros órdenes de esta vida terrenal. Habían llegado a estas conclusiones porque medían las realidades del mundo de los espíritus en base a lo que veían en este mundo. Pero el Señor Jesucristo dijo que la vida venidera no se puede concebir en los términos de esta vida presente.

A continuación va a exponer las dos causas principales de su error:

“¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras?”

La primera cosa que les dijo es que estaban equivocados debido a su falta de conocimiento de las Escrituras. A pesar de que los saduceos presumían de ser inteligentes, educados y cultos, Jesús les dijo que en realidad eran unos ignorantes.

Al hablarles de esta forma, Jesús estaba volviendo a mostrar la importancia que para él tenían las Escrituras. De hecho, él las consideraba como el juez supremo en cada situación que se le presentaba. Esta era una práctica habitual en él. Por ejemplo, cuando el joven rico le preguntó acerca de la vida eterna, Jesús le remitió a la Ley (**Mr 10:19**). Cuando los fariseos quisieron conocer su postura acerca del divorcio, su respuesta fue: “¿Qué os mandó Moisés?” (**Mr 10:3**). Y ahora con los saduceos veremos que hizo lo mismo.

Pero aunque ignoraban las Escrituras, esto no les impedía usarlas, y así lo hicieron cuando presentaron a Jesús su pregunta acerca de la resurrección. Esto ocasionó que el Señor se quejara del mal uso que hacían de ellas y de lo atrevida que era su ignorancia. La razón estaba en que ellos citaban las Escrituras de forma superficial, con ideas preconcebidas, y sin detenerse a ver las múltiples indicaciones que en ellas hay a la vida verdadera.

Desgraciadamente esto sigue ocurriendo con mucha frecuencia. Muchos de los que critican la Biblia tienen que confesar que nunca se han detenido a examinar las evidencias acerca de su carácter sobrenatural. Todo el conocimiento que tienen de las Escrituras les viene a través de las obras de incrédulos y escépticos, pero no de haberlas estudiado directamente, por lo que su conocimiento siempre será incompleto y tendencioso.

Esta ignorancia de las Escrituras resulta muy peligrosa. No cabe duda de que las edades más tenebrosas que el cristianismo ha vivido han sido aquellas cuando la Biblia se retiró de manos del pueblo. Pero parece que no terminamos de aprender de los errores del pasado, porque en el tiempo presente, aunque tenemos el inmenso privilegio de disponer de la Biblia en nuestro propio idioma, sin embargo, la mayoría de la llamada cristiandad sigue desconociéndola. Debemos grabar profundamente en nuestros corazones la reprensión que el Señor les hizo a los saduceos, no sea que nosotros mismos caigamos en errores terribles por el desconocimiento de la Palabra. Esforcémonos en conocerla y en enseñarla también a otros.

Ahora bien, si los saduceos eran personas inteligentes y tenían recursos suficientes para estudiar las Escrituras, ¿por qué seguían siendo ignorantes de ellas? La razón última estaba en que no aceptaban las Escrituras como revelación inspirada de Dios. Ellos rechazaban todo lo sobrenatural, y sólo estaban dispuestos a creer en aquello que pudieran comprobar por sí mismos. Así rechazaban la autoridad de la Palabra y establecían la verdad sobre la base de sus propias percepciones. Y muchos hombres hacen esto mismo, pero de esta manera se encierran en un estrecho callejón, puesto que el mundo más allá de la tumba no ha sido contemplado por ningún mortal. El único que puede hablar de ello con autoridad es el Señor Jesucristo, en virtud de que después de morir también resucitó.

“Ignoráis el poder de Dios”

El segundo error de los saduceos era que ignoraban el poder de Dios. Al igual que los materialistas de hoy en día, ellos creían que Dios no podía hacer lo que el hombre no puede hacer. Esto les lleva a rechazar todas aquellas enseñanzas sobrenaturales de la Biblia, incluida, por supuesto, la resurrección.

Para ellos Dios no puede crear un orden de cosas diferente del que vivimos aquí, y si ha de haber algún cambio, éste será debido a los esfuerzos del hombre por mejorar el mundo.

“Cuando resuciten, ni se casarán ni se darán en casamiento”

Finalmente, el Señor Jesucristo explicó que el mundo de la resurrección no sería simplemente una continuación de esta vida. Muchos han imaginado que la vida en el cielo conservaría las mejores cosas que hay aquí en la tierra. Esta es una de las razones por las que cada religión hace una descripción diferente del paraíso. En las religiones antiguas algunos lo imaginaban como un extenso campo de caza, otros como un lugar de lujo donde cada hombre tendrá un buen número de mujeres... Pero todas estas interpretaciones son erróneas porque no tienen en cuenta lo que la Escritura dice y el Señor Jesucristo explicó.

Dios va a crear un orden nuevo de cosas en el que los problemas de la tierra serán definitivamente resueltos. Y es imposible imaginárselo, porque será infinitamente mejor de cualquier cosa que hayamos podido conocer en esta tierra.

Y entre las cosas que el Señor Jesucristo explicó que cambiarían, estaba el matrimonio. No debemos olvidar que su propósito fundamental aquí en la tierra es el de proveer continuidad a la raza, sirviendo también para el consuelo y el apoyo mutuo del hombre y la mujer. Pero en la nueva creación no existirá la necesidad de seguir reproduciéndose porque ya no habrá más muerte.

Por esta razón el Señor dijo que seríamos como los ángeles (en los cuales los saduceos tampoco creían), porque nunca moriremos y tampoco nos casaremos.

Otro aspecto importante que también cambiará tiene que ver con nuestros cuerpos. Es importante aclarar esto porque muchos piensan en la resurrección como “un volver a la vida”, como la reconstrucción material del cuerpo terrenal, y pensando en esto, se enfrentan con un sin fin de preguntas para las que no encuentran solución: ¿Qué ocurrirá con aquellos cuerpos que fueron desgarrados o deshechos por explosiones o cuyas cenizas fueron desparramadas a los cuatro vientos? Quienes razonan así no han comprendido que el cuerpo de resurrección, tal como nos enseña el Nuevo Testamento, aunque se identifique de algún modo con el cuerpo terrenal, será un cuerpo diferente, resucitado, nuevo y glorioso, por el poder de Dios.

(1 Co 15:52-54) “... porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.”

“¿No habéis leído?”

Por último, el Señor iba a responderles con las mismas Escrituras con las que ellos habían hecho su pregunta. Para ello utilizó una historia sacada del Pentateuco al que los saduceos concedían autoridad.

Cuando Jehová se reveló a Moisés en la zarza que ardía sin consumirse, le indicó que su relación con Abraham, Isaac y Jacob tenía permanencia, y que no se había interrumpido por la muerte de los patriarcas.

(Ex 3:6) *“Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob...”*

Aunque todos estos hombres habían muerto cientos de años antes de que Moisés naciera, sin embargo, Dios seguía manteniendo una relación viva con ellos, y es por eso que no dice “Yo fui su Dios”, sino “Yo soy el Dios de ellos”, dando a entender que ellos estaban vivos. Y Cristo deduce de este hecho que puesto que hay vida después de la muerte, necesariamente tiene que haber también resurrección, porque la existencia humana plena requiere la unión del cuerpo y el alma.

Además, la resurrección es una necesidad absoluta si Dios ha de cumplir sus promesas a Abraham, Isaac y Jacob. Porque no hemos de olvidar que Dios se comprometió a bendecirles en diferentes aspectos que ellos nunca llegaron a ver antes de su muerte, pero la resurrección hará posible el pleno cumplimiento de estas promesas.

Conclusión

Jesús afirmó que hay resurrección de los muertos. Su propia resurrección es la mayor de todas las garantías (**Jn 11:25**).

También señaló el error de los saduceos y sus causas: ignoraban las Escrituras y el poder de Dios.

Este debate que Jesús sostuvo con ellos sigue teniendo plena actualidad. La iglesia de Jesucristo se enfrenta hoy a los mismos ataques. Muchos quieren quitar del cristianismo todo elemento sobrenatural. Pero el verdadero cristianismo que el Señor Jesucristo y sus apóstoles predicaron es sobrenatural. Por un lado, se basa en una revelación que trasciende el saber humano y por otro, anuncia una nueva vida que sólo el poder de Dios puede producir.

Si despojamos al cristianismo de todo lo sobrenatural, lo único que nos queda es una ética mansa e inofensiva, un conjunto de reglas morales sencillas, con algunos ritos religiosos. Pero esto no salva a nadie, ni tampoco satisface. Mantengámonos en el cristianismo de la resurrección que nos lleva a vivir por el poder de Dios. Confiemos que un día Cristo nos levantará de los muertos y transformará completamente nuestra vida, dándonos un nuevo cuerpo y una nueva vida en un mundo mejor. ¡No nos movamos de la línea que Cristo nos ha marcado!

Preguntas

1. ¿Qué sabe de los saduceos? ¿Qué les diferenciaba de los fariseos?
2. ¿Cuáles cree que pudieron ser las intenciones con las que los saduceos se acercaron a Jesús?
3. ¿Cuál era el error básico que los saduceos tenían en cuanto a la resurrección? ¿Qué enseñó Jesús al respecto?
4. Analice las causas y las consecuencias que tenía la ignorancia de los saduceos.
5. ¿Qué aprendemos de la historia que Jesús mencionó del libro de Éxodo?

El gran mandamiento - Marcos 12:28-34

(Mr 12:28-34) “Acercándose uno de los escribas, que los había oído disputar, y sabía que les había respondido bien, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos? Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos. Entonces el escriba le dijo: Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él; y el amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios. Jesús entonces, viendo que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. Y ya ninguno osaba preguntarle.”

“Acercándose uno de los escribas”

En los últimos pasajes hemos estado considerando cómo los diferentes grupos en los que estaba dividido el judaísmo se acercaron a Jesús con la intención de ponerle en aprietos. También hemos visto que aunque entre ellos no se llevaban bien, sin embargo, estaban unidos por su odio a Jesús. La razón última para este profundo rechazo estaba en que él era bueno y trazaba con fidelidad la Palabra, lo que ponía en evidencia su maldad y la forma en la que ellos constantemente falseaban las Escrituras. Podrían haberle amado y admirado, pero se dejaron llevar por la envidia y el odio.

En este escenario, el último en aparecer con una pregunta fue un escriba. Como ya hemos señalado en otras ocasiones, los escribas eran los encargados de interpretar la Ley, aunque en realidad su interés se centraba mayormente en la tradición oral con sus innumerables supuestos prácticos.

Ahora bien, ¿con qué intenciones se acercó este escriba a Jesús?

- La primera cosa que nuestro texto nos dice es que había estado presente en la discusión que Jesús había mantenido con los saduceos y parecía satisfecho por la forma en la que les había hecho callar. Esto nos hace pensar que este escriba era muy probablemente de los fariseos y que por esta razón había visto con agrado la forma magistral con la que Jesús había defendido la creencia compartida por ellos en la resurrección. En ese caso, tal vez quería hacer suyo el triunfo de Jesús sobre los saduceos.
- Por otro lado, tenemos el pasaje paralelo en el evangelio de Mateo, en el que se nos dice que el escriba le *“preguntó por tentarle”* (Mt 22:35). Sin embargo, aunque algo de esto pudiera haber habido en sus intenciones originales, parece que finalmente hubo cierto acercamiento a Jesús, con el que quedó admirado al escuchar su sabiduría. A esto debemos sumar las palabras que Jesús le dijo: *“No estás lejos del reino de Dios”* (Mr 12:34). Quizá podemos suponer que en este hombre había cierta sinceridad en su búsqueda de la verdad, pero que inicialmente estaba influido por el clima de desconfianza que se respiraba contra Jesús entre sus correligionarios.

“¿Cuál es el primer mandamiento de todos?”

La pregunta que hizo a Jesús era típica de un escriba judío. Los rabinos habían identificado 613 mandamientos que dividían de diferentes maneras mientras sostenían complicadas discusiones. ¿Tenían todos la misma importancia? ¿Cuál de ellos era el más importante?

Pero dejando a un lado los interminables debates que los judíos pudieran tener sobre el tema, no cabe duda de que el asunto es importante y sigue teniendo relevancia para nosotros. Hoy en día muchos estudian la Palabra de Dios y ponen mucho énfasis en temas como el sábado, el ayuno, o el diezmo, como si estas cosas fueran las más importantes de la Ley de Dios. Y por otro lado, está la opinión popular sostenida por aquellos que normalmente no estudian la Biblia y que creen que si no han matado, robado o violado, ya han cumplido los principales mandamientos y Dios no les condenará.

Para saber si estas actitudes son correctas, es importante que volvamos a escuchar nuevamente la respuesta que Jesús le dio al escriba.

“El Señor nuestro Dios, el Señor, uno es”

Como era habitual en Jesús, él volvió a usar las Escrituras para dar su respuesta. En esta ocasión citó el resumen que Moisés había hecho de la Ley:

(Dt 6:4-5) “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas.”

Notemos que el primer punto de este resumen consistía en una declaración del monoteísmo que caracterizó a la revelación de Dios y que lo distinguió durante milenios de todas las demás religiones de la antigüedad.

La Palabra afirma que hay un sólo Dios que se identifica con el nombre de Jehová. Él es el Creador y Sustentador de todo cuanto existe y fuera de él no hay ningún otro. Sólo él ha intervenido en la historia de los hombres para salvarlos y se ha revelado a través de su Palabra:

(Is 44:6-8) “Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios. ¿Y quién proclamará lo venidero, lo declarará, y lo pondrá en orden delante de mí, como hago yo desde que establecí el pueblo antiguo? Anúncienles lo que viene, y lo que está por venir. No temáis, ni os amedrentéis; ¿no te lo hice oír desde la antigüedad, y te lo dije? Luego vosotros sois mis testigos. No hay Dios sino yo. No hay Fuerte; no conozco ninguno.”

Pero el hombre no ha querido servir al único Dios verdadero y constantemente se ha inventado otros. Y la verdad es que aunque han pasado muchos siglos, el hombre sigue dando culto a las mismas divinidades paganas del pasado. En la actualidad, uno de los dioses al que la sociedad rinde su culto en todas partes es el sexo, al que los antiguos griegos llamaban “Afrodita”. Y lo mismo ocurre con otras muchas viejas divinidades paganas, como por ejemplo el alcohol, al que muchos siguen entregando sus vidas como si de un dios se tratara, y al que los griegos ya habían puesto el nombre de “Dionisio” o “Baco”; y lo mismo podríamos decir del dios de la guerra, el dinero, el placer, la fama, el Estado... Cada vez que el hombre incrédulo se enfrenta con circunstancias en su vida que escapan de su control, las atribuye al “Azar”, la misma diosa a la que los griegos denominaron “Tique”. Y muchos evolucionistas de la antigüedad, y también modernos,

creen que este dios del “Azar” es el responsable último de la aparición de los seres humanos sobre la tierra.

Por lo tanto, la primera cuestión con la que nos tenemos que enfrentar, no es si creeremos en Dios o no, porque como la experiencia de siglos ha demostrado, el hombre siempre ha creído en algo. El punto fundamental es si creeremos en el único Dios verdadero o nos crearemos otros dioses que ocupen su lugar en nuestras vidas.

“El primer mandamiento de todos es...”

Una vez establecido el hecho fundamental de que hay un sólo Dios verdadero, Jesús pasó a afirmar que éste debía ocupar el lugar supremo en la vida del hombre.

Esto es algo que debemos recordar constantemente en nuestras vidas, porque con frecuencia gastamos todas nuestras energías en otras muchas cosas, dejando a Dios en el último lugar. Atendemos a las demandas y presiones de otros y nos olvidamos de lo que Dios quiere de nosotros. Y en otras muchas ocasiones, cuando por fin tenemos en cuenta a Dios, creemos que él tiene que estar a nuestra entera disposición para librarnos de cualquier inconveniente o molestia que nos pudiera surgir, como si nosotros y nuestras circunstancias fuéramos lo más importante en este mundo. Pero con su contestación, el Señor Jesucristo nos recuerda que Dios debe ocupar la prioridad en todo.

A continuación explica que la actitud correcta del hombre ante su Creador debe ser de amor. El hombre debe amar a Dios sobre todo su ser y con todas sus facultades.

(Mr 12:30) *“Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento.”*

Sin lugar a dudas, este es el mandamiento más difícil de cumplir para el hombre. Las razones son varias:

I. “Amarás a Dios con toda tu mente”

El Maestro añadió *“la mente”* entre aquellas facultades que le han sido dadas al hombre y que deben estar involucradas en su amor a Dios. Tal vez a muchos les parezca extraña esta inclusión, porque identifican el *“amor”* con las emociones y no con el intelecto. Algo de esto parece estar ocurriendo en la actualidad en algunas iglesias evangélicas, donde lo importante parece ser lo que se siente en los cultos y no lo que se aprende de la Palabra. Parece como si para poder participar en ciertos encuentros fuera necesario primero apagar la mente y después dejarse llevar por el ambiente. También la música cristiana moderna parece estar diseñada con ese mismo fin. Es triste observar como las letras de las canciones cada vez son más pobres en contenidos y agotadoramente repetitivas.

Pero el Señor Jesucristo dijo que para amar a Dios es imprescindible usar también la mente. ¿Cómo podemos amar a alguien a quien no conocemos? ¿Y cómo podemos adorarlo correctamente? La única forma de conocerle es a través de su Palabra, y si la desconocemos, tendremos que escuchar la misma reprensión que Jesús hizo a la mujer samaritana: *“Vosotros adoráis lo que no sabéis” (Jn 4:22)*. Tal vez nuestras intenciones sean buenas, pero lo estaremos haciendo mal. No se puede amar ni adorar a un Dios al que no conocemos. Al apóstol Pablo le sorprendió la religiosidad de los antiguos atenienses, que habían llegado incluso a construir un altar *“al Dios no conocido” (Hch 17:23)*. Inmediatamente comenzó a explicarles quién era ese Dios al que ellos desconocían para que pudieran adorarlo de verdad.

Si no conocemos a Dios, nuestro amor por él no pasará de ser un sentimiento momentáneo, una atracción vaga y fácilmente pasajera.

2. ¿Cómo es posible amar a un Dios santo?

Pero si en nuestra lucha por amar a Dios tenemos que reconocer dificultades intelectuales, no son éstas las más difíciles que tenemos que superar. ¿Cómo puede un hombre pecador llegar a amar a un Dios santo que aborrece el pecado?

El evangelista Lucas nos relata la visita que Jesús hizo a casa de un fariseo llamado Simón (**Lc 7:36-50**). Durante la comida, el Señor le contó una parábola en la que presentó el pecado como una deuda que no se puede pagar: *“Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Dí, pues, ¿cuál de ellos le amará más?”*. Todos podemos entender sin dificultades que mientras la deuda estaba sin saldar, era muy difícil, por no decir imposible, que el deudor amara a su acreedor que constantemente le amenazaba con llevarle a los tribunales. Y una vez más, la sencilla parábola que Jesús contó, ilustraba de una forma exacta las grandes dificultades que el hombre pecador tiene para amar a un Dios santo. Pero en un momento del relato, la parábola dio un giro inesperado: el acreedor perdonó a los dos deudores. Sin lugar a dudas, en la sociedad es muy difícil encontrar a un acreedor tan generoso y compasivo que esté dispuesto a perdonar la deuda por completo, borrándola sin más. Pero el hecho es que esto es precisamente lo que Dios ha hecho con nosotros. Entonces es cuando tiene sentido la pregunta que Jesús hizo para terminar: ¿Cuál de los dos deudores que habían sido perdonados le amaría más? De repente todo había cambiado, el acreedor ya no inspiraba temor, sino todo lo contrario. Y lo mismo ocurre con todo aquel que ha visto cancelada su deuda con Dios; inmediatamente surge dentro de él un profundo amor y gratitud hacia quien le ha tratado de forma tan generosa y buena. De hecho, si una vez que hemos sido perdonados por Dios mantenemos una actitud fría y distante con él, sería más que razonable dudar de si realmente hemos experimentado genuinamente el perdón de Dios. Esto era precisamente lo que Jesús quería enseñar al frío y calculador Simón.

Relacionando lo que acabamos de considerar con el mandamiento de amar a Dios, tenemos que concluir que es imposible que el hombre llegue a amar a Dios en tanto que no haya experimentado primero el perdón y el amor de Dios en su propia vida. El apóstol Juan lo expresó de la siguiente manera:

(1 Jn 4:10,19) *“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados... Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero.”*

El amor hacia Dios sólo puede surgir como una consecuencia del perdón recibido, y la falta de este amor, demuestra inevitablemente la falta de él.

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón”

Amar a Dios le proporciona al hombre la única meta que, en último término, es lo suficientemente grande como para satisfacer su intelecto, sus emociones y sus esfuerzos. Cualquier otra alternativa le dejará con una profunda sensación de insatisfacción, y siempre terminará degradando y esclavizando su espíritu. Y esta es la razón por la que el hombre moderno busca frenéticamente nuevas sensaciones y experiencias con el fin de llenar de alguna manera el vacío que la ausencia de Dios deja en su ser.

Sin embargo, el diablo ha logrado introducir en la mente y el corazón del hombre la idea opuesta: Dios es un tirano todopoderoso, decidido a quitarle toda libertad y a negarle los grandes placeres de la vida. Por eso, el hombre lucha constantemente por liberarse de un

Dios así. No olvidemos que esta fue la tentación que la serpiente presentó a Adán y Evan en el huerto del Edén:

(Gn 3:1-6) *“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.”*

Adán y Eva decidieron que querían ser independientes de Dios, decidir por ellos mismos lo que era bueno y lo que era malo. De hecho, llegaron a imaginar que podían ser sus propios dioses: *“Seréis como Dios”*. Esto les condujo inmediatamente a la separación de Dios, y a un sentimiento de culpa y de vergüenza que les hizo huir y esconderse de Dios. Y todos nosotros les hemos seguido en ese mismo camino de desobediencia e independencia.

Por esta razón, cuando Jesús fue interrogado por el escriba acerca de cuál era el principal mandamiento de la ley de Dios, él volvió al propósito inicial por el que el hombre había sido creado, y que no era otro que el de disfrutar de todas las cosas en una relación plena de amor con Dios.

Precisamente ese era el propósito de su venida a este mundo: volver a reconducir al hombre a esta relación perdida con Dios. ¿Pero cómo podría convencer a los hombres de que Dios no es un tirano todopoderoso, tal como el diablo les ha hecho creer? Sin lugar a dudas, éste era uno de los grandes retos que tenía por delante.

- Para ello, una de las primeras cosas que hizo fue desenmascarar al diablo. Habló con total claridad acerca de él: *“El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” (Jn 8:44)*. La acusación de Cristo quedaba demostrada por lo que ocurrió al principio de la creación: el diablo aseguró a Eva que no morirían si comían del árbol, y fue mentira. De hecho, quedó constancia de que el diablo es un homicida, ya que con sus mentiras condujo a nuestros padres por el camino que les llevaría a la muerte.
- Pero aún había algo más que Cristo iba a hacer para ganar el amor de los hombres para Dios. Como él dijo en repetidas ocasiones, había sido enviado por su Padre para dar su propia vida para salvar a los hombres. Este sería un argumento incontestable. ¿Cómo podría el diablo seguir haciendo creer a los hombres que Dios no los ama si ha estado dispuesto a dar por ellos a su Hijo amado? ¿Y cómo podrían los hombres permanecer indiferentes ante esta prueba tan grande de amor?

Después de considerar todo esto, debemos concluir que el mayor pecado del hombre es que no ama a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas. Por supuesto, si preguntamos a la gente, nadie dirá que el mayor pecado es este, tal vez incluirán el asesinato, la violación, el robo u otras cosas similares. Pero esta no es la forma en la que lo ve Dios. En este sentido, hay muchas personas que socialmente son consideradas buenas y decentes, que jamás se les pasaría por su mente

la idea de cometer homicidio o adulterio, pero que sin embargo, a los ojos de Dios son grandes pecadores debido a que han desplazado a Dios del centro de sus vidas.

“Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”

Aunque el escriba sólo había preguntado cuál era el principal mandamiento, Jesús fue más allá en su contestación y también le indicó cuál era el segundo mandamiento en importancia. Para ello, nuevamente volvió a citar las Escrituras:

(Lv 19:18) *“No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová.”*

1. Ambos mandamientos son semejantes

Notemos que Jesús dijo que este segundo mandamiento era semejante al anterior. Con esto estaba dando a entender que ambos estaban íntimamente ligados. Si amamos a Dios, necesariamente debemos amar a nuestro prójimo que lleva la imagen de Dios. El apóstol Juan explicó que era imposible amar a Dios y no amar a nuestro prójimo:

(1 Jn 4:20-21) *“Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano.”*

Además, el Señor señaló que este segundo mandamiento era “semejante” al anterior porque sólo el amor puede ordenar correctamente nuestra relación con Dios y también con nuestro prójimo.

2. El segundo mandamiento depende del primero

No debemos olvidar que si primeramente no amamos a Dios, tampoco podremos amar correctamente a nuestro prójimo, porque la fuente del amor verdadero no se encuentra en nosotros mismos, sino que proviene de Dios y fluye a través de nosotros.

Esta es la razón última por la que el ser humano no logra hacer que este mundo sea un lugar donde se respire paz y amor. Un mundo que ha dejado a Dios fuera de su sociedad, nunca tendrá los recursos necesarios para manifestar amor y traer paz en la relación con sus semejantes, aunque irónicamente, seguirá culpando a Dios de todo lo que le ocurre. ¿Quién no ha escuchado infinidad de veces comentarios del tipo de, “si Dios existe, por qué hay guerras... por qué permite...”?

Sólo cuando amamos a Dios estamos preparados para atender las dificultades que nos puedan surgir en nuestras relaciones personales, ya sea con nuestra esposa o esposo, con nuestros hijos, con el vecino, el amigo o el jefe...

3. ¿Quién es nuestro prójimo?

Esta fue la pregunta que otro interprete de la ley le hizo a Jesús con el fin de justificarse **(Lc 10:29)**. Según su interpretación, el “prójimo” sólo incluía a aquellos que eran judíos como ellos, pero Jesús le contó la conocida parábola del “buen samaritano” con la intención de explicarle que el deber de amar a su prójimo incluía también a aquellos que no eran judíos. Y en otra ocasión indicó que esto incluía también a nuestros enemigos:

(Mt 5:43-47) *“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os*

persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles?”

4. ¿Cómo debemos amar a nuestro prójimo?

Tal como hemos señalado anteriormente, sólo podremos amar a nuestro prójimo como un resultado de haber experimentado primeramente el amor de Dios en nuestras vidas, y este mismo amor es el que tenemos que hacer llegar hasta nuestro prójimo:

(Jn 13:34) “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros.”

Ahora bien, para muchos, el amor no es nada más que una palabra bonita que les gusta usar con frecuencia. Pero si hemos de concederle el valor que Dios le da, tenemos que decir que es mucho más que un bello concepto. El apóstol Pablo nos ha dejado un hermoso resumen del tipo de amor que Dios espera de nosotros:

(1 Co 13:4-7) “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.”

Como vemos, el amor del que Cristo nos habla es ante todo activo y capaz de sacrificarse. Nada tiene que ver con el concepto pasivo que algunos han expresado: “no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti”. Por supuesto, este principio está bien, pero el Señor Jesucristo fue mucho más lejos al expresar de una forma positiva y activa cómo debe ser nuestro amor por el prójimo:

(Mt 7:12) “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos.”

Y por último, en este breve resumen de algunas de las características del amor que Dios espera de nosotros hacia él y también hacia nuestro prójimo, tenemos que incluir que este amor está íntimamente ligado con la obediencia a su Palabra.

(Jn 14:15) “Si me amáis, guardad mis mandamientos.”

Cómo decíamos, el amor es mucho más que palabras, implica acciones concretas. Cualquier madre dudaría si su hija le dijera una y otra vez cuánto le ama, pero al mismo tiempo le desobedeciera constantemente. Y por supuesto, lo mismo ocurre en nuestra relación con Dios. El Señor Jesucristo dijo que la obediencia a su Palabra era una demostración clara de nuestro amor por él.

Y no sólo esto, también debemos dejarnos guiar por su Palabra para expresar correctamente nuestro amor. Decimos esto porque con facilidad expresamos el amor “a nuestra manera”, que no es otra cosa que una forma de encubrir nuestro egoísmo. Por el contrario, la Palabra nos muestra de qué manera podemos amar auténticamente a Dios y a nuestro prójimo. Ni aún para esto podemos confiar en nuestro propio corazón.

El propósito de la ley

Al llegar a este punto, si somos honestos, tendremos que reconocer que ninguno de estos dos mandamientos de la ley son fáciles de cumplir. De hecho, para nuestra propia vergüenza tendremos que admitir que los hemos quebrantado innumerables veces.

¡Con cuanta facilidad ponemos por delante nuestras aficiones, trabajo, estudios y dejamos en el último lugar a Dios! ¡Cuántas veces hemos sido egoístas en nuestras relaciones con nuestro prójimo!

Por lo tanto, aquellas personas que interpretan estos pasajes como la forma que estableció el Señor Jesucristo para nuestra salvación están completamente equivocados. Nadie ha cumplido estos mandamientos, y nadie se salvará por ello.

¿Cuál es entonces el propósito de la Ley?

1. Manifestar nuestro pecado y llevarnos a Cristo

Este fue el tema de una de las grandes controversias que Pablo tuvo con los gálatas. Ellos habían empezado a pensar que podían salvarse por cumplir algunos mandamientos “principales”, pero Pablo les explicó que el propósito de la Ley era “sacar a la luz” el pecado para que de esa forma fuéramos a Cristo en busca de salvación.

(Ga 3:24) “De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe.”

O como lo explicó en su carta a los Romanos:

(Ro 3:20) “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.”

2. Manifiesta el carácter de Dios

Para todos aquellos que hemos reconocido nuestra incapacidad de salvarnos por nosotros mismos y hemos acudido a Cristo, la ley sigue teniendo mucho valor. En ella encontramos manifestado el carácter de Dios, y de esta manera también aprendemos a amarle.

Además, ahora por medio de su Espíritu Santo hemos recibido el poder para cumplir aquellos mandamientos que antes nos resultaban inalcanzables. No olvidemos que “el fruto del Espíritu es amor” (Ga 5:22).

“El amor es más que todos los holocaustos y sacrificios”

El escriba quedó admirado por la respuesta de Jesús y sin ninguna reserva manifestó la honda impresión que sus palabras le había causado. Esto le diferenciaba claramente de sus otros correligionarios que nunca llegarían a admitir nada bueno en Jesús.

Pero en su confesión, no sólo volvió a repetir lo que Jesús ya había dicho, sino que dio un gran paso hacia delante cuando afirmó que el amor a Dios y al prójimo era “*más que todos los holocaustos y sacrificios*”.

Quizá para nosotros esta declaración no tenga mucha importancia, pero no olvidemos que él era un escriba del judaísmo, muy probablemente fariseo, y que para ellos los rituales del templo y las formas externas de la religión lo eran todo. Para entender esto mejor deberíamos considerar algunas de las serias reprensiones que el Señor les hizo en otras ocasiones:

(Mt 23:23-26) “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato pero por dentro

estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.”

En estas circunstancias, su confesión de la necesidad de una obra interna, vital y espiritual para poder agradar a Dios, se revestía de mucha importancia. No era fácil que un hombre como él llegara a manifestar de esta forma tan espontánea y sincera su acuerdo con Jesús en que el formalismo religioso por sí solo no puede agradar a Dios.

Seguramente esta confesión tan explícita del escriba fue la causa directa por la que Jesús le dijo que no estaba lejos del reino de Dios.

Pero llegados a este punto, no debemos pensar sólo en el escriba. Nosotros mismos tenemos que reconocer que nos resulta fácil dejar que el “ritual” ocupe el lugar del amor. Podemos participar en cultos y hasta exhibir cierta piedad en público sin que se corresponda con una santidad interior y personal. De hecho, la religión es un buen lugar donde esconderse para no tener que amar a Dios.

El escriba se dio cuenta, y nosotros también debemos hacerlo, que Dios no está interesado en la mera actividad religiosa, lo que él está buscando es nuestro corazón. El culto sólo tiene valor cuando está ligado al amor a Dios y al prójimo.

“No estás lejos del reino de Dios”

Nuestro Señor ensalzó la actitud de este escriba y reconoció que estaba cerca del reino de Dios. Sin embargo, notamos que no dijo que ya estaba “dentro” del reino de Dios, sino que “no estaba lejos”. Esta diferencia es vital. ¿Qué le faltaba?

La contestación la encontraremos en el siguiente párrafo. Allí veremos que el Señor vuelve a referirse a los escribas, y notaremos que lo que le faltaba era creer en Jesús como el legítimo descendiente de David, como su Dios, Señor y Salvador. Sólo entonces podría entrar en el reino de Dios.

Preguntas

1. ¿Qué importancia tiene la declaración de monoteísmo que Jesús citó: *“El Señor nuestro Dios, el Señor, uno es”*? Relaciónela con el tema que estamos estudiando.
2. ¿Por qué cree que es importante amar a Dios con toda la mente? ¿Le parece que este es un aspecto que se descuida en el cristianismo actual? Si es así, ponga algún ejemplo.
3. Algunas personas creen que si logran amar a Dios, de esta forma conseguirán su salvación. ¿Cree que esto es posible? ¿Qué aprende en **(Lc 7:36-50)** acerca de esto?
4. ¿Qué ideas ha sembrado el diablo en las mentes y corazones de los hombres en cuanto a Dios? ¿De qué manera iba el Señor Jesucristo contrarrestarlas?
5. Razone extensamente sobre el segundo mandamiento: *“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”*. ¿Por qué cree que Jesús unió este mandamiento con el anterior? ¿Qué tipo de amor espera Dios de nosotros? ¿Quién es nuestro prójimo?

¿De quién es hijo el Cristo? - Marcos 12:35-37

(Mr 12:35-37) “Enseñando Jesús en el templo, decía: ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies. David mismo le llama Señor; ¿cómo, pues, es su hijo? Y gran multitud del pueblo le oía de buena gana.”

Introducción

Nos encontramos en la última semana del ministerio de Cristo en la tierra. Durante este tiempo el Señor estuvo desvelando algunos aspectos importantes acerca de cómo sería establecido su reino, así como de su naturaleza. Veamos un pequeño resumen de lo que hemos considerado hasta aquí.

- La entrada de Jesús en Jerusalén (**Mr 11:1-11**) significó un clímax en su ministerio. Fue el momento cuando el Rey se presentó en la capital del reino, y las multitudes le aclamaron como el “*hijo de David*” porque creían que él era el Mesías que venía a librarlos. Sin embargo, después de que entrara en la ciudad, fue al templo, pero no se quedó allí, sino que inmediatamente salió y pasó la noche fuera de Jerusalén. Con su actitud dejó claro que no estaba dispuesto a alentar las expectativas que la gente se había hecho en torno a él en cuanto a un Mesías político.
- En los pasajes de la purificación del templo y de la maldición de la higuera estéril (**Mr 11:12-26**) el Señor puso en evidencia que la nación de Israel necesitaba una profunda limpieza espiritual antes de que él pudiera establecer su reino sobre ellos. En este sentido, era especialmente escandalosa la corrupción e inmoralidad de la clase sacerdotal.
- Luego, en el encuentro que tuvo con “*los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos*” (**Mr 11:27-33**), observamos que la mayor resistencia al establecimiento de su reino se encontraba entre los líderes religiosos de Israel, que no estaban dispuestos a reconocer su autoridad como Mesías. Y con la parábola que el Señor contó acerca de los labradores malvados (**Mr 12:1-12**) anunció que en su actitud de rechazo, los líderes religiosos llegarían incluso a darle muerte. Pero ese mismo hecho, que aparentemente podría ser indicio para algunos de que Jesús no era realmente el Mesías, sería de hecho el cumplimiento de la profecía que anunciaba que el Mesías había de ser desechado por los encargados de la edificación. Y además, Jesús estaba dejando claro que el establecimiento de su reino se llevaría a cabo por medio de su propia muerte.
- Por supuesto, esto no era lo que el pueblo esperaba, por eso, una y otra vez le provocaban con el fin de que estableciera su reino por otros caminos. Por ejemplo, los fariseos y herodianos se acercaron a Jesús para tentarle con la cuestión del tributo a César (**Mr 12:13-17**), lo que dio la ocasión al Señor para que nuevamente clarificara que su reino no iba a establecerse ni por un llamamiento a la desobediencia civil ni tampoco por una guerra abierta contra los imperialistas gentiles. De hecho, preparó a sus discípulos para que entendieran que su reino había de coexistir con los reinos de este mundo hasta el momento de su manifestación plena.

- Después el evangelista recoge otra controversia de Jesús con los saduceos. Ellos llegaron con la intención de ridiculizarle por su enseñanza acerca de la resurrección (**Mr 12:18-27**). El Señor aprovechó la oportunidad para resaltar la autoridad de la Palabra, pero también para explicar que la plenitud del reino tendría lugar en la resurrección. Esto tenía que ser así porque el cumplimiento definitivo de las promesas hechas a Abraham y sus hijos necesitaba un nuevo orden de cosas.
- La pregunta del escriba sobre cuál era el primer mandamiento de todos (**Mr 12:28-34**) sirvió para que el Señor explicara que el amor a Dios y al prójimo son los principios por los que se rige su reino ahora y en la eternidad.
- Pero aún quedaban por definir algunas cuestiones fundamentales: ¿Quién es el Cristo? ¿Cuál es su programa para el establecimiento de su reino? Estas son las preguntas que el evangelista se dispone a tratar a continuación.

“¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David?”

En esta ocasión fue el Señor quien hizo una pregunta. Su intención no era crear problemas a sus oponentes judíos, sino que quería enfrentarlos con una cuestión que les daría la clave para entender las profecías mesiánicas y la Persona del Mesías.

Ya hemos explicado en otras ocasiones que los términos “Cristo” y “Mesías” son las palabras griega y hebrea que quieren decir “Ungido”. La razón para este título es que en los tiempos antiguos cuando se coronaban a los reyes se hacía “ungéndolos” con aceite.

Ahora bien, el Señor hizo referencia a la acertada deducción que los escribas habían hecho de que el Mesías había de ser “hijo” o “descendiente” del rey David. De hecho, esto era algo que todos los judíos creían:

(Jn 7:42) *“¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo?”*

Esta era la promesa que Dios mismo había hecho a David en un momento crucial de su historia:

(2 S 7:8-16) *“Ahora, pues, dirás así a mi siervo David: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe sobre mi pueblo, sobre Israel; y he estado contigo en todo cuanto has andado, y delante de ti he destruido a todos tus enemigos, y te he dado nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra. Además, yo fijaré lugar a mi pueblo Israel y lo plantaré, para que habite en su lugar y nunca más sea removido, ni los inciuos le aflijan más, como al principio, desde el día en que puse jueces sobre mi pueblo Israel; y a ti te daré descanso de todos tus enemigos. Asimismo Jehová te hace saber que él te hará casa. Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmará su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mi hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti. Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente.”*

Es muy interesante ver el contexto en el que Dios le hizo estas promesas a David por medio del profeta Natán. En aquella ocasión David había manifestado su deseo de edificar una casa a Jehová, y aunque el profeta le dio su plena aprobación, Dios le mandó

de vuelta al rey para explicarle que iba a ser Dios mismo quien le iba a levantar una casa a David y también le daría un hijo que se sentaría en su trono eternamente. Por supuesto, la historia ha dejado constancia de que Dios tuvo que “castigar con vara de hombres y con azotes de hijos de hombres” a muchos de los descendientes de David, hasta el punto de que en los tiempos de Jesús no había ninguno de ellos ocupando el trono de Israel. Pero la promesa de Dios seguía vigente esperando su cumplimiento. Ahora bien, en estas circunstancias y con una larga historia de fracasos, era muy difícil pensar en quién podría ser este “hijo de David” que llegaría a sentarse en el trono. Pero lo que resultaba imposible de imaginar era cómo un simple hombre podría llegar a gobernar eternamente. Sobre estas cuestiones son sobre las que Jesús estaba llamando la atención de los judíos.

Pero a todo esto debemos añadir otro detalle muy significativo, y es el hecho de que Jesús nunca había puesto objeciones cuando en diferentes ocasiones la gente le había llamado por el título “hijo de David”. Ese fue el caso del ciego Bartimeo en Jericó (**Mr 10:47**), o de las multitudes cuando Jesús llegó a Jerusalén (**Mr 11:10**).

¿Era Jesús el “hijo de David” al que los judíos esperaban? Por su puesto que sí, y por eso nunca les corrigió cuando se referían a él de esa forma. Pero el problema es que las multitudes interpretaban este título con ideas muy terrenales y con una fuerte carga política y nacionalista. Esto era lo que Jesús se proponía aclarar a la luz de las Escrituras.

“Dijo el Señor a mi Señor”

Nuevamente el Señor hizo uso del Antiguo Testamento. En esta ocasión citó el (**Sal 110:1**) e hizo dos importantes afirmaciones: que el Salmo había sido escrito por David, y también que había sido inspirado por el Espíritu Santo: “Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo”. Sin duda este es un versículo muy importante en cuanto a la doble autoría de la Biblia; la humana y la divina.

El Salmo de David comenzaba con una invitación a sentarse en el trono: “*Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra*”. Ahora bien, ¿quién hacía la invitación? ¿y a quién se dirigía la invitación?

Para empezar, en el Salmo está claro que quien hacía la invitación era “*Jehová*”. Y el Señor Jesucristo confirmó lo que por otro lado era evidente, que a quien se invitaba a sentarse en el trono era al Mesías.

Ahora bien, como ya hemos dicho, este Mesías había de ser un hijo de David, y es aquí donde surge la pregunta de Jesús: ¿Cómo David le llama Señor si es su hijo? Para entender esto debemos recordar que ningún padre oriental, y mucho menos un monarca, llamaría jamás señor a uno de sus propios hijos. Todos recordamos, por ejemplo, que aunque José llegó a ocupar un puesto muy encumbrado en la corte de Faraón, su padre Jacob nunca le llamó señor. Pero en cambio, David sí que lo hizo con su hijo, tal como quedó recogido en el Salmo 110. ¿Quién sería este hijo al que el mismo rey David reconoce como su Señor? ¿Y cómo podía llamar “Señor” a un descendiente suyo que todavía no había nacido? La única explicación lógica es que el Mesías ya existiera en el tiempo en que David había escrito el Salmo, sólo de esta manera podría dirigirse a él. Pero además, no debemos pasar por alto el hecho de que David se refiere al Mesías como “Señor”, que para los judíos era un título con el que únicamente se dirigían a Dios.

Esta era una cuestión vital a la que los escribas no prestaban la debida atención. Para ellos la preocupación principal consistía en establecer la genealogía de David, pero nunca se habían detenido a pensar sobre el carácter trascendente del Mesías.

Por el contrario, Jesús quiere que recapaciten sobre el hecho de que el mismo David había reconocido que su “hijo” tendría una dignidad mucho mayor que la suya. Por un lado habría de venir del “linaje de David”, pero por otro, era anterior al mismo David, era “*la raíz de David*”. El libro de Apocalipsis recoge esta doble verdad cuando el mismo Jesús se presenta como “*la raíz y el linaje de David*” (**Ap 22:16**).

Por lo tanto, la conclusión lógica es que el Mesías tenía que ser humano, pero también divino. Como hijo de David, sería humano. Como Señor de David, sería divino. Y esta era la verdad que los escribas no habían llegado a comprender. Y es el mismo problema que tienen también los racionalistas y modernistas de nuestro tiempo.

Jesús había afirmado en innumerables ocasiones que él había existido desde la eternidad. Por ejemplo, los judíos se escandalizaron cuando les dijo que “*antes de que Abraham fuese, yo soy*” (**Jn 8:58**). Y lo mismo les ocurrió cuando con toda claridad afirmó su filiación divina:

(Jn 5:18) “*Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios.*”

(Jn 10:33) “*Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios.*”

Pero en cierto sentido, podemos entender su reacción. Ellos había sido educados en el estricto monoteísmo del Antiguo Testamento, y las declaraciones de Jesús les parecían que rompía este principio sagrado. Y a muchos les ocurre lo mismo cuando escuchan hablar de la Trinidad. Pero la idea de un Dios en varias personas ya estaba presente en las Escrituras, y el Salmo 110 es un claro ejemplo de ello.

A la vista de todo esto, podemos concluir que en este Salmo, Dios Padre se estaba dirigiendo a Dios Hijo concediéndole la honrosa posición a su diestra.

¿Cuál era el programa para el establecimiento de su reino?

Pero el Salmo no sólo trataba sobre la naturaleza divina del Mesías, también adelantaba cuál iba a ser el programa para el establecimiento de su reino.

6. “*Siéntate a mi diestra*”

La expresión “*siéntate a mi diestra*” es indicativa del incomparable honor y dignidad que Dios concede a su Ungido. Porque ¿qué simple criatura podía ser invitada a compartir semejante posición de igualdad con Dios?

Quedaba claro que aunque David había sido un gran rey, la invitación a sentarse a la diestra de Dios no se dirigió a él. En su primer discurso de la era cristiana, el apóstol Pedro explicó este pasaje diciendo que David no había ascendido personalmente al cielo para compartir el trono de Dios. La invitación se dirigía a su hijo, y según explicó Pedro, encontró su pleno cumplimiento en Jesús cuando resucitó y ascendió al cielo:

(Hch 2:34-36) “*Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.*”

Por supuesto, Jesús no se convirtió en Señor y Cristo en el momento de su ascensión, porque él siempre fue ambas cosas. Lo que Dios estaba haciendo por medio de su

exaltación era manifestar que Jesús poseía esos dos atributos, y por lo tanto le otorgó la posición en el universo que es coherente con su dignidad.

Pero al mismo tiempo, la invitación a sentarse en el trono implicaba necesariamente que había habido un tiempo en que el Mesías no había estado sentado a la diestra de Dios. Y sabemos que esto tuvo lugar cuando el Hijo vino al mundo para salvar a los pecadores. Él mismo lo explicó:

(Jn 16:28) “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre.”

7. “Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”

La segunda parte del versículo implica que habría un intervalo de tiempo entre su ascensión al trono y el momento en que sus enemigos serían puestos por estrado de sus pies: *“Siéntate a mi diestra, hasta que...”*.

Desde que Jesús ascendió al cielo, muchos se han preguntado dónde está su reino. Han pasado dos mil años sin que hayamos visto evidencias de que él haya resuelto el problema del mal. De hecho, el siglo pasado ha sido testigo del Holocausto, de las purgas de Stalin, de los campos de exterminio camboyanos, y de cientos de atrocidades comparables. Ante estos hechos, cabe preguntarse si resulta creíble que Jesús sea Señor y Cristo, o que su reino sea real.

Pero una vez más, el salmo tiene una respuesta. Nunca formó parte del programa divino que el Mesías empezara a erradicar el mal inmediatamente después de su ascensión. El Salmo anunciaba un periodo de tiempo indeterminado entre su glorificación a la diestra de la Majestad y su segunda venida a juzgar a los pecadores.

Y sería un grave error pensar que por esta razón Jesús no sea realmente Señor y Cristo, o que su reino no sea real. Pensemos en lo que hubiera ocurrido si inmediatamente después de su ascensión Cristo se hubiera dedicado a destruir toda forma de mal. Esto habría terminado también con toda oportunidad de arrepentimiento, cerrando la puerta a la entrada en su reino. Pero cuán agradecidos debemos estar a Dios porque en su misericordia ha incluido este intervalo de gracia, en el que está llamando a los pecadores al arrepentimiento y la fe, con el fin de que puedan reconciliarse con Dios. Pero es cierto que muchas personas se burlan de la paciencia de Dios:

(2 P 3:8-10) “Oh amados, no ignoréis esto: que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.”

La paciencia de Dios no debería servir para que los hombres duden de la realidad del juicio venidero, sino más bien para que se acojan a la oferta de la gracia divina y sean salvos.

Pero a muchas personas les resulta difícil pensar que el mismo Cristo que en los evangelios aparece con un carácter compasivo y que dio su vida en una cruz para salvar a los pecadores, sea al mismo tiempo quien se sentará en el trono divino para juzgar a los pecadores, pero esta es una verdad ampliamente afirmada en las Escrituras.

(He 10:12-13) *“Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies.”*

(Fil 2:5-11) *“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”*

Finalmente, cada hombre tiene que tomar una decisión entre estas dos opciones: o unirse a Cristo mediante la fe y el arrepentimiento, o ser destruido bajo su pie. O triunfa la gracia o se impone el juicio. No hay una tercera opción.

“Gran multitud del pueblo le oía de buena gana”

El evangelista nos muestra que la reacción de las multitudes era muy diferente a la de los líderes religiosos. Esto había sido así desde el comienzo del ministerio público de Jesús. La razón era que los escribas no transmitían la verdad de las Escrituras como el Señor lo hacía. Además, cuando Cristo hablaba del programa divino para el establecimiento de su reino, todo encajaba perfectamente, había una coherencia innegable.

Pero no debemos pensar que los líderes religiosos no escuchaban también a Jesús. Por supuesto que lo hacían. De hecho, cuando el sumo sacerdote interrogó a Jesús, no sólo le preguntó si él era el Cristo, también añadió *“el Hijo de Dios”*. Es evidente que ellos habían llegado a entender la explicación que Jesús había hecho de que el Cristo tenía naturaleza divina. Y notemos que en su contestación el Señor utilizó también el mismo Salmo 110 para afirmar que efectivamente él era el Cristo. Esta fue la razón por la que el sumo sacerdote le condenó a la muerte.

(Mt 26:63-64) *“El sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo.”*

Preguntas

- 1.** Explique de forma resumida y con sus propias palabras qué podemos aprender en los capítulos 11 y 12 de Marcos acerca de la naturaleza del reino de Jesús, así como de la forma en la que sería establecido en este mundo.
- 2.** ¿Cuál era la finalidad con la que Cristo hizo su pregunta? Razone sobre su importancia.
- 3.** Explique a la luz de este pasaje la siguiente afirmación de Jesús: *“Yo soy la raíz y el linaje de David”* (**Ap 22:16**).
- 4.** ¿Qué aprende en el Salmo 110 acerca del programa mesiánico para el establecimiento de su reino?
- 5.** ¿Qué nos dice en este pasaje acerca de la inspiración de las Escrituras?

Jesús acusa a los escribas - Marcos 12:38-40

(Mr 12:38-44) “Y les decía en su doctrina: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con largas ropas, y aman las salutations en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación.”

“Guardaos de los escribas”

Después de tratar diferentes aspectos de la enseñanza de los escribas, Jesús pasa ahora a considerar algunas de sus prácticas, porque no hemos de olvidar que lo que creemos siempre condiciona lo que hacemos.

Así que en estos pocos versículos Marcos nos va a presentar un resumen del largo discurso que encontramos en Mateo 23. Allí Jesús analizó y condenó de forma muy severa la hipocresía de los escribas y los fariseos, aunque no fue la única ocasión en que Jesús se dirigió al pueblo para advertirles del serio peligro que corrían si seguían sus enseñanzas. Otro buen ejemplo de esta denuncia lo podemos encontrar en el Sermón del Monte (Mateo 5-7). De allí podemos entresacar un versículo que nos puede servir para entender la gravedad del asunto tal como el Señor lo veía:

(Mt 5:20) “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.”

Tan peligrosa era la enseñanza y la práctica de los escribas, que Jesús no dudó en advertir a las multitudes públicamente mientras enseñaba en el templo. Lo que vino a decir es que no debían buscar orientación espiritual de ellos, puesto que toda la exégesis que estos expertos hacían del Antiguo Testamento era inválida y perversa. En otro momento Jesús lo expresó de la siguiente manera:

(Lc 11:52) “¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley! porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis.”

Quizá nos sorprenda la actitud tan abiertamente hostil que Jesús mostró constantemente contra los escribas y fariseos, sobre todo en una época como la nuestra en la que en nombre de la tolerancia no son bien vistas acusaciones tan directas, pero el Señor sufría viendo cómo el pueblo sencillo era llevado a la condenación por esta causa. En esas circunstancias, lo cruel habría sido permanecer callado. No hemos de olvidar que la Palabra nos ha sido dada para nuestra salvación, pero que es posible torcerla y pervertirla para nuestra destrucción (**2 P 3:15-16**), y siempre que veamos este tipo de cosas, debemos seguir el ejemplo de Cristo.

Pero, ¿cómo habían llegado los escribas a este punto? Bueno, no debemos pensar que estas personas entregadas al estudio y la observancia de las leyes del Antiguo Testamento se habían propuesto deliberadamente ser perversos y malos, más bien su intención era justo la contraria. Sin embargo, en algún momento sus ojos se habían oscurecido por la vanidad, la avaricia y la soberbia de su corazón, de tal manera que toda su enseñanza se había corrompido. En el evangelio de Lucas encontramos que el Señor usó una ilustración para describir este proceso antes de hacer sus duras acusaciones contra ellos:

(Lc 11:34) *“La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas.”*

De todas formas, lo peor del caso fue que cuando Jesús les señaló el problema, en lugar de arrepentirse, se convirtieron en sus peores enemigos y le persiguieron sin descanso.

El pecado de los escribas: buscaban su propia gloria

En el pasaje que estamos estudiando en Marcos, el Señor resume el comportamiento de los escribas por medio de unas pocas pinceladas para que nos demos cuenta de que el problema fundamental de estos eruditos era que se perdían en su deseo de cosechar alabanzas para sí mismos y en su ambición por tener predominio sobre los demás. El evangelista Juan resumió su pecado de esta manera: *“amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” (Jn 12:43).*

- Por un lado, no se preocupaban en darle gloria a Dios, sino que la querían para sí mismos. Daban culto a su propio ego y les obsesionaba conseguir popularidad y fama.
- Pero por otro lado, tampoco buscaban la aprobación de Dios, sino que sólo deseaban la admiración de los hombres. Para ello hacían grandes alardes de santidad en un intento permanente de conseguir reconocimiento religioso y social.

La raíz del problema de estos religiosos es que su corazón estaba muy lejos de Dios y por lo tanto, toda su escala de valores estaba mal. Su actitud repercutió negativamente en cada aspecto de sus vidas, y lo mismo ocurrirá a todos aquellos que sigan sus pisadas. Consideremos algunas de las consecuencias:

1. Se convierte en un pecado de idolatría

Dios es el único que tiene el derecho de recibir la gloria y la alabanza. Cuando el hombre busca recibir gloria de sus semejantes, está usurpando un lugar que sólo le corresponde a Dios y por lo tanto, en la práctica está negando que Dios es el único Dios, cometiendo un grave pecado de idolatría.

2. Impide la conversión

Tan preocupados estaban por su propia gloria que les impedía reconocer la gloria de Jesús y creer en él.

(Jn 5:44) *“¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?”*

3. Anula el testimonio

Los pocos de ellos que llegaron a creer en Cristo no lo confesaban abiertamente porque no podían tolerar las burlas y el rechazo que les vendría por ello.

(Jn 12:42-43) *“Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.”*

4. Arruina el ministerio

Todo predicador que esté más preocupado por agradar a su auditorio que a Dios, jamás tendrá un ministerio bendecido por Dios. El apóstol Pablo lo expresó de la siguiente manera:

(Ga 1:10) *“Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo.”*

5. Convierte la vida espiritual en algo superficial y ostentoso

Sus deseos de atraer la admiración de los demás sobre ellos mismos les llevaba a practicar la religión de una forma ostentosa. Jesús describió la ridícula aparatosidad con la que daban limosna, oraban o ayunaban:

(Mt 6:2) *“Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres...”*

(Mt 6:5) *“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres...”*

(Mt 6:16) *“Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan...”*

Frente al deseo de los escribas y fariseos de llamar la atención por cada cosa que hacían, Jesús enseñó que la verdadera piedad cristiana es ante todo secreta. Cuando oramos debemos buscar un lugar donde no nos vean, cuando ofrendamos debemos hacerlo de forma secreta, y cuando ayunamos debemos evitar que los demás lo sepan.

6. Convierte los rituales externos en un sucedáneo de la verdadera espiritualidad

La falsa santidad de estos fariseos tenía un efecto muy nocivo sobre la gente que los observaba. Muchas personas sencillas estaban impresionadas por la estricta devoción a los rituales externos con los que les gustaba exhibirse, de tal manera que habían llegado a creer que ésa era la verdadera santidad que Dios buscaba. Pero en realidad, todo ese énfasis por cuidar su apariencia externa, sólo servía para ocultar su sucio corazón.

(Mt 23:25-26) *“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.”*

Tristemente, esta forma que ellos tenían de entender y practicar la religión había arrastrado a muchos a una inmoralidad recubierta de religiosidad, lo que los insensibilizaba frente al pecado y las denuncias de Jesús.

7. Convierte al adorador en un actor

No había nada auténtico en su religiosidad. Como Jesús había diagnosticado, sus corazones estaban muy lejos de Dios:

(Mt 15:7-8) *“Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí.”*

Jesús les acusó en innumerables ocasiones por su hipocresía. Se habían convertido en actores que aparentaban piedad en busca del aplauso y el reconocimiento de la gente. Y como el mismo Señor explicó, ésta iba a ser la única recompensa que iban a tener de toda su religiosidad.

8. Conduce a otros a la hipocresía

Como suele suceder frecuentemente con este tipo de hipócritas religiosos, les gustaba mostrarse estrictos y exigentes con los demás, tal vez porque pensaban que así crecía su

propio prestigio, pero en realidad, también en esto eran falsos, porque ellos mismos no cumplían lo que mandaban a otros con tanto rigor:

(Mt 23:4) “Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas.”

Todo esto es muy peligroso, porque al exigir a las personas el cumplimiento de estas “cargas pesadas y difíciles de llevar”, tarde o temprano descubrirían que era una misión imposible de cumplir, ante lo que tendrían dos opciones; o bien reconocer su fracaso a riesgo de que les menospreciaran por ello, o lo que era mucho más probable, convertirse en unos hipócritas como ellos y vivir constantemente en una mentira.

9. Hace que la persona se sienta superior

Su pretendida santidad y los conocimientos que creían tener de la ley, les hacía sentirse superiores al resto del pueblo, al que miraban con aires de superioridad. Por ejemplo, los publicanos y aquellos a los que ellos consideraban pecadores notorios, estaban acostumbrados a sus menosprecios, que por supuesto, no dudaban en devolverles. Y otro tanto podríamos decir de su relación con los samaritanos y los gentiles. Aunque también a la gente sencilla del pueblo los veían como ignorantes. Escuchemos cómo se expresaban en sus reuniones: *“Esta gente que no sabe la ley, maldita es” (Jn 7:49).*

10. Lleva a otros a la condenación

Jesús dijo que este énfasis que tenían en la observación externa de la limpieza ceremonial, unido a su grave descuido de la santidad interior, los convertía en sepulcros no señalados, de tal manera que cualquier que entrara en contacto con ellos quedaría automáticamente contaminado **(Lc 11:44) (Nm 19:11-22)**.

Por lo tanto, su ceguera y su falta de vida espiritual eran tanto suicidas como asesinas. No sólo ellos se iban al infierno, sino que luchaban por llevarse a los demás con ellos.

(Mt 23:13) “Mas ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando.”

(Mt 23:15) “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros.”

Jesús era diferente

Frente a esta ridícula obsesión de los fariseos por buscar la gloria para ellos mismos, sobresale el ejemplo contrario del Señor Jesucristo.

(Jn 5:41) “Gloria de los hombres no recibo.”

(Jn 8:50) “Yo no busco mi gloria”

El deseo manifiesto de Jesús era buscar la gloria de su Padre y su aprobación.

(Jn 12:28) “Padre, glorifica tu nombre”

(Jn 17:4) “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese”

Y nos enseñó que ésta debía ser también la prioridad de nuestra vida. Veamos cómo enseñaban a sus discípulos a orar:

(Mt 6:9-10) “Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra...”

El comportamiento de los escribas

Con unas pocas pinceladas, el Señor describió el comportamiento de los escribas.

1. *“Gustan de andar con largas ropas”*

La vestimenta que usaban era la de dignatarios de reyes o sacerdotes, preparados para realizar funciones oficiales. Lo que Jesús manifiesta es que hasta en su forma de vestir querían marcar la diferencia y darse aires de grandeza.

Desgraciadamente, el uso de ropa religiosa de diferentes clases sigue siendo una práctica muy extendida en bastantes religiones, y sirve para manifestar su separación de lo que consideran la “gente común” y también para establecer clases o niveles dentro de los religiosos.

Pero el cristiano verdadero, siguiendo a su Maestro, no emplea la ropa para distinguirse, sino la santidad de su vida.

2. *“Aman las saluciones en las plazas”*

Les gustaba llamar la atención y que la gente reconociera públicamente su dignidad. Por esto el evangelio de Mateo añade: *“Y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí” (Mt 23:7).*

Este gusto por los títulos no debería haber entrado en la iglesia de Cristo, pero el hecho es que no ha sido así. El Señor no quería que hubiera diferencias entre los cristianos, y por eso dijo: *“Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23:8).*

Evidentemente las iglesias que hacen diferencias entre el clero y los laicos, o que asignan diferentes títulos en función de la “categoría” que ocupan dentro de una jerarquía, no han seguido las directrices de Cristo en este sentido, sino que más bien están en la línea de los escribas y fariseos. Y no olvidemos que Jesús prohibió expresamente que los cristianos llamemos “padre” a nadie en la tierra **(Mt 23:9)**.

Y también las iglesias protestantes deben tener cuidado con esta tendencia. Es triste ver cómo algunos han adoptado el nombre de ciertos líderes del pasado y se hacen llamar “luteranos” o “calvinistas”... Tal vez sería conveniente recordar que esto sólo sirve para dividir al pueblo de Cristo. El apóstol Pablo tuvo que enfrentarse con un problema similar en la iglesia en Corinto donde algunos decían: *“yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo” (1 Co 1:12)*. Es importante leer el contexto para ver la reprobación que Pablo les hizo por tener esta actitud.

Por otro lado, entre los evangélicos modernos, algunas de las palabras que la Biblia utiliza para describir diferentes dones y servicios que se deben desarrollar dentro de la iglesia con toda humildad, parecen estar perdiendo su valor original y han comenzado a ser considerados en muchas ocasiones como títulos que aportan prestigio y reconocimiento a la persona. Este parece ser el caso de palabras como “pastor” y “apóstol”.

3. *“Aman las primeras sillas en las sinagogas”*

Se trataba de los asientos delanteros situados junto al que dirigía la oración o el que leía las Escrituras. Se consideraba un honor ser invitado a ocupar ese lugar, y por supuesto, los escribas “amaban” estar sentados allí.

Ahora bien, cuando una persona asiste a un acto religioso con el propósito de engrandecerse a sí mismo, es imposible que al mismo tiempo esté buscando la gloria de Dios.

Santiago condenó el pecado de asignar los mejores asientos a los ricos mientras se decía al pobre que estuviese de pie o sentado al estrado de alguien (**Stg 2:2-3**). Nuevamente debemos recordar el principio de igualdad entre hermanos dentro de la iglesia de Cristo.

4. *“Aman los primeros asientos en las cenas”*

El Señor ya ha mencionado *“las plazas”*, *“las sinagogas”* y ahora *“las cenas”*. Lo que está intentando mostrar es que el deseo de sobresalir y ser elogiados por los hombres, estaba presente en toda la conducta pública de los escribas.

Al respecto, los cristianos debemos recordar la amonestación que Jesús hizo sobre el buscar los lugares más honorables en un banquete o cena (**Lc 14:8**).

5. *“Devoran las casas de las viudas y por pretexto hacen largas oraciones”*

A continuación Jesús los describe engordándose en las casas de estas mujeres solitarias y desprotegidas. No sabemos con exactitud qué era lo que buscaban, pero el Señor condena el abuso que cometían y una vez más pone en evidencia su hipocresía y codicia. Tales personas no eran dignas de confianza.

Además, el caso sirve a Jesús para poner otro ejemplo más de cómo los escribas utilizaban la religión como una *“tapadera”* para disipar toda sospecha y llevar a cabo con tranquilidad sus robos. Desgraciadamente esta es una especie que todavía no se ha extinguido.

Una tendencia de todos los tiempos

Sin duda era muy grave que para satisfacer sus deseos de vanidad, estos religiosos no tuvieran ningún tipo de reparo en usar las cosas santas de Dios, y han quedado como un ejemplo histórico de cómo la religión se puede usar para promover el orgullo personal y la codicia. Pero este mismo espíritu farisaico sigue acechando hoy día a todo hombre. Si somos honestos, tenemos que reconocer que esas mismas ansias que ellos sentían por el elogio humano y el aplauso, están profundamente arraigadas en nuestra naturaleza caída. Y nos conviene detenernos para reflexionar hasta qué punto esta sutil tentación se puede haber introducido en nuestra propia vida o en nuestra forma de practicar el cristianismo. Para ello ponemos algunos ejemplos en los que podemos meditar.

- Cuando practicamos cosas como las ofrendas, la oración o el ayuno, ¿tenemos la necesidad de contárselo a los demás, o sólo Dios conoce estos detalles de nuestra vida espiritual?
- ¿Damos testimonio del Señor Jesús, o nos callamos porque pensamos que otros nos van a ridiculizar y van a tener una opinión más pobre de nosotros?
- Cuando realizamos un servicio para el Señor en la iglesia, ¿buscamos servir a los hermanos y glorificar a Dios o queremos ser vistos y admirados por los demás?
- Cuando un pastor atiende una iglesia, ¿qué le preocupa más, las almas o las ofrendas?
- Cuando organizamos una reunión evangelística, ¿nuestra publicidad ensalza al predicador o al Señor Jesucristo?

“Estos recibirán mayor condenación”

El Señor terminó su resumen con estas fuertes palabras. Como hemos visto, la responsabilidad de los escribas era muy grande; sus enseñanzas y actitudes estaban llevando a otros a la condenación, y esto les hacía doblemente responsables.

Ellos tenían todos los medios a su disposición para conocer a Dios y para guiar al pueblo, pero su falta de humildad, sinceridad y amor estaban alejando a las personas de Dios. Por lo tanto, la retribución que recibirían sería mucho más severa.

Conclusiones

El pasaje nos obliga a examinarnos honestamente a nosotros mismos preguntándonos cuáles son los motivos que nos mueven a hacer las cosas. Finalmente encontraremos que sólo hay dos ambiciones que controlan todas las demás: una es nuestra propia gloria y la otra es la gloria de Dios. Ambas son irreconciliables, así que obligatoriamente tendremos que elegir sólo una de ellas.

Con su ejemplo, el Señor Jesucristo nos ha exhortado a dar nuestra gloria y alabanza sólo a Dios y a esforzarnos por buscar su aprobación, esperando que sea él y no los hombres quienes digan: *“bien, buen siervo y fiel”* (Mt 25:21). Por el contrario, si recibimos gloria de los hombres, o nos tomamos la libertad de dar gloria a los hombres, estaremos usurpando una prerrogativa divina y colocando a los hombres en el lugar de Dios.

Por otro lado, el Señor nos ha advertido también contra el anhelo pecaminoso de querer ser “alguien”, de buscar el llegar a ser prominentes y de buscar recibir honra sobre todos los demás. El verdadero seguidor de Cristo no es pretencioso, sino que está dispuesto a ser el menor y a servir a todos. En este momento debemos volver a recordar las palabras de Cristo:

(Mr 10:44-45) “El que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.”

Y por último, sea cual sea nuestra vida espiritual, no nos cubramos con ningún manto. Seamos francos, honrados y honestos en nuestra práctica del cristianismo. Entendiendo que todo cambio necesario debe originarse en el interior de nuestro corazón y no ser simplemente una apariencia religiosa externa.

Preguntas

1. Jesús criticó muy duramente a los escribas. ¿Le parece justificada su actitud? Razone su respuesta.
2. ¿Cuál cree que era la raíz del pecado de los escribas? Ponga algunos ejemplos justificándolos con citas bíblicas.
3. Explique con sus propias palabras cuáles eran a su juicio las consecuencias más graves de la actitud de los escribas.
4. ¿De qué forma el Señor Jesucristo manifestó que era completamente diferente a los escribas? Justifique su respuesta con ejemplos bíblicos.
5. ¿De qué manera cree que se puede manifestar la actitud de los escribas en el cristianismo contemporáneo? Ponga varios ejemplos.

La ofrenda de la viuda - Marcos 12:41-44

(Mr 12:41-44) “Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante. Entonces llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento.”

Introducción

1. La conexión con el pasaje anterior

En el pasaje anterior Jesús acababa de denunciar a los escribas porque *“devoraban las casas de las viudas y por pretexto hacían largas oraciones” (Mr 12:40)*, y ahora, en acusado contraste con la avaricia de los escribas, llama nuestra atención sobre la devoción de una viuda.

Muy probablemente esta viuda era consciente de que los escribas eran de ese tipo de personas que habían escogido la religión como una profesión para conseguir ganancias deshonestas (**1 Ti 6:5**), sin embargo, este hecho no le desanimó en su deseo de dedicarse a Dios con todo lo que tenía. Y sin duda, este es un buen ejemplo que todos nosotros debemos tomar en cuenta, porque con frecuencia las personas a nuestro alrededor nos pueden desanimar en nuestro deseo de servir a Dios.

2. El tema del dinero en los evangelios

Por otro lado, es sorprendente ver lo mucho que Jesús trata sobre el tema del dinero y lo que hacemos con él. A continuación mostramos algunos ejemplos que pueden ser completados con muchos otros en los evangelios:

- En la parábola del hijo pródigo (**Lc 15:11-32**) y del mayordomo infiel (**Lc 16:1-15**) Jesús presentó a dos hombres que malgastaron un dinero que no era suyo.
- En la historia del rico y Lázaro (**Lc 16:19-31**) advirtió del peligro de usar mal las riquezas, como un fin en sí mismas.
- El joven rico se apartó de la vida eterna porque amaba más sus posesiones (**Mr 10:17-31**).
- Cuando Zaqueo el publicano se convirtió, inmediatamente decidió entregar la mitad de sus bienes a los pobres y devolver todo aquello que hubiera defraudado (**Lc 19:1-10**).
- Cuando un hombre le pidió a Jesús que actuara de juez para que su hermano repartiera con él su herencia (**Lc 12:13-21**), le advirtió del pecado de la avaricia y de la insensatez de confiar en las riquezas. Además explicó que las riquezas materiales son de mínima importancia en comparación con las espirituales.
- En la parábola del fariseo y el publicano (**Lc 18:9-14**), Jesús condenó la falsa religiosidad del fariseo que orando en el templo alardeaba de que daba diezmos de todo lo que ganaba.
- La parábola de las diez minas (**Lc 19:11-27**) y en la de los talentos (**Mt 25:14-30**) nos presentan a unos siervos a los que se les confían diferentes bienes y después

son llamados a rendir cuentas sobre ellos. La forma en la que los utilizaron determinó la recompensa que recibieron.

- También enseñó que nadie podría ser su discípulo a menos que renunciara a todo lo que poseía (**Lc 14:33**).
- Y exhortó a sus discípulos a hacerse tesoros en el cielo porque esa es la única manera de no perderlos con la muerte (**Lc 12:32-34**) (**Mt 6:20**).

3. La importancia del tema del dinero

La razón por la que el dinero resulta tan crucial para Jesús es porque en todas las épocas y culturas ha representado la alternativa a Dios en nuestros corazones. Por eso, la forma en la que usamos el dinero dice mucho sobre nuestro estado espiritual.

(Lc 16:13) *“Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.”*

(Lc 12:34) *“Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”*

(2 Ti 6:10) *“Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.”*

“Jesús miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca”

Parece que después de que los fariseos, saduceos, herodianos y escribas habían terminado con su ronda de preguntas, y se habían apartado derrotados, Jesús se sentó cansado en un lugar del templo desde el que se podía ver a las personas mientras echaban sus ofrendas.

Esto nos recuerda que aunque nuestras ofrendas deben ser secretas, hasta el punto de que nuestra mano izquierda no debe saber lo que hace la derecha (**Mt 6:3**), sin embargo, debemos ser conscientes de que Dios siempre está mirando lo que ofrendamos.

“Muchos ricos echaban mucho”

Lo primero que Jesús observó es que los ricos echaban mucho dinero. Por supuesto, esto era razonable y Jesús no lo criticó. Sin embargo, no despertó su admiración como más tarde hizo la ofrenda de una viuda pobre. La razón estaba, como Jesús explicó, en que las ofrendas de estos ricos no representaba ningún sacrificio para ellos, sino que daban de lo que les sobraba de su abundancia.

“Una viuda pobre”

Fue entonces cuando se acercó una viuda para presentar su ofrenda. Pero antes de que consideremos lo que hizo, debemos recordar algunos detalles sobre la vida de estas mujeres en la sociedad judía de los tiempos de Jesús.

Lo primero que notamos es que Jesús mostró mucho interés por la situación de las viudas. La razón estaba en que una vez que sus maridos morían, ellas quedaban en una difícil situación de desamparo y abandono. Ya sabemos que en el mundo antiguo no existían pensiones para las viudas ni seguro social alguno, además era muy difícil que pudieran entrar en el mundo laboral, así que, a no ser que dispusieran de medios

económicos propios, su vida se volvía muy complicada. Por supuesto, si tenían algún hijo mayor, o parientes que se hicieran cargo de ellas, podrían pasarlo menos mal.

Pero aun suponiendo que tuvieran alguna fuente de ingresos o propiedades, con frecuencia caían en manos de hombres poco escrupulosos, dispuestos a robarles y engañarles (**Mr 12:40**). Y los propios jueces no eran muy favorables a atender sus causas (**Lc 18:1-5**).

Por lo tanto, las viudas dependían de la misericordia de la gente. En este sentido, el Antiguo Testamento establecía diferentes mandamientos para que el israelita cuidara de ellas, algo que volvió a repetirse en el cristianismo (**1 Ti 5:3-10**).

En resumidas cuentas, la condición de las viudas era muy dura y digna de lástima. Y no es de extrañar que como resultado de su necesidad y desamparo, muchas de ellas fueran llevadas a una mayor dependencia de Dios y a un uso más constante de la oración que la mayoría de nosotros (**Lc 2:36-38**).

“Una viuda pobre echó dos blancas”

Ahora el texto bíblico introduce a una viuda que echó dos blancas. Estas monedas serían el equivalente a la fracción más pequeña de cualquier moneda de la actualidad. Su valor como tal era insignificante.

Pero la acción de esta mujer, junto con el comentario de Jesús, ha inspirado a miles de personas a seguir su ejemplo, lo que ha servido para multiplicar aquella pequeña ofrenda de una forma incalculable. Con esto se confirma que Dios siempre hace grandes cosas con los pequeños recursos que son puestos en sus manos. Esto nos debería llevar a dar valor a los actos de humilde servicio de aquellos hermanos sencillos, y a ignorar la falsa grandeza de otros.

Por otro lado, debemos recordar también el importante principio que el Señor nos enseñó: *“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel”* (**Lc 16:10**). La buena administración de los pequeños recursos que Dios ha puesto en nuestras manos, nos capacitará para recibir del Señor responsabilidades más grandes.

“Esta viuda pobre echó más que todos”

Lo que esta viuda hizo fue tan importante a los ojos de Jesús que llamó a sus discípulos para que se fijaran en ello. Seguramente para el resto de las personas allí presentes, la ofrenda de esta mujer pasó desapercibida y carecía de importancia, pero no para Jesús.

Es interesante notar que a pesar de los graves abusos que se cometían en la religión de Israel, el Señor veía y valoraba la devoción genuina que se daba entre muchos individuos particulares.

Luego Jesús hizo una afirmación sorprendente: *“Esta viuda pobre echó más que todos”*. ¿Cómo podía ser si muchos ricos antes que ella habían echado mucho? La razón está en que el Señor no mira la cantidad del donativo, sino el corazón con que se da. En este sentido, este pasaje tiene mucho que enseñarnos. Veamos algunos de los principios que encontramos aquí que nos enseñan cómo debe ser una ofrenda agradable a Dios.

1. Voluntariamente, no por obligación

Lo primero que percibimos de la ofrenda de esta viuda es que dio todo lo que tenía. Y en ninguna parte de la Ley se exigía tal cosa. Por lo tanto, su ofrenda fue voluntaria, no por obligación o bajo presión. Pablo exhortó a los creyentes en Corinto en el mismo sentido:

(2 Co 9:5) “Como de generosidad, y no como de exigencia nuestra”

(2 Co 9:7) “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad...”

2. Rindiendo primero el corazón

Ya hemos dicho que Dios mira el corazón del dador, por eso, si primero no hemos puesto todo nuestro ser sobre el altar para él, todo lo demás no tendrá ningún valor.

El hecho de que la viuda entregara todo su sustento implicaba necesariamente que confiaba y dependía enteramente del Señor.

Pablo elogió el ejemplo de los macedonios en este mismo sentido:

(2 Co 8:5) “A sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios”

Cuando el corazón ha sido entregado al Señor, ya no es necesario apremiar a los creyentes mediante relatos conmovedores, calculados para tocar sus emociones, ni mediante trucos astutos pensados para sacarles todo lo posible.

No olvidemos que Dios en realidad no quiere nuestro dinero, sino a nosotros mismos. Y esto fue precisamente lo que tuvo de especial la ofrenda de esta viuda.

En algunos círculos se enfatiza demasiado la cuestión de entregar a Dios el diezmo, y parece que inmediatamente el noventa por ciento restante queda para que la persona haga con ello lo que le plazca. Pero no debemos olvidar que o entregamos a Dios nuestra vida entera o él no recibe ninguna parte. Por lo tanto, somos responsables de dar un buen uso a todo lo que Dios nos da.

3. Por amor al Señor

La mujer amaba al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente, y por eso entregó todo su dinero. ¿Qué otra explicación podríamos encontrar a su generosa ofrenda?

Con su ofrenda la mujer expresó su convicción de que todo lo que tenía le pertenecía al Señor, y que él es digno de todo. Por eso se lo ofreció con todo su amor.

La manera en la que ofrendamos demuestra el tipo de creyentes que somos y también lo que pensamos acerca del Señor.

4. Con sacrificio y abnegación

La viuda dio *“todo su sustento”*. No dio de lo que le sobraba, como habían hecho antes que ella los ricos, sino que entregó algo que necesitaba para vivir.

El rey David expresó el mismo principio:

(2 S 24:24) “... Porque no ofreceré a Jehová mi Dios holocaustos que no me cuesten nada...”

5. Debemos ofrendar en medio de riquezas o de pobreza

Algunas veces podemos sentirnos tentados a pensar que sólo los ricos deben dar, pero en este pasaje Jesús centra toda su atención sobre la ofrenda de la viuda pobre.

Con mucha facilidad ésta puede llegar a ser la mentalidad de aquellos países que en otros ámbitos dependen constantemente de las subvenciones extranjeras. Pero en el reino de Dios esto tiene que ser diferente.

Dios no priva a los pobres del gozo de compartir con otros de su pequeña porción.

Tomemos como ejemplo a los macedonios de los que escribía Pablo, que aun estando bajo pruebas y tribulaciones, aun así fueron generosos en sus ofrendas.

(2 Co 8:2) “... En grande prueba de tribulación... y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad”

Y otro tanto podríamos decir de la viuda de Sarepta de Sidón, que tenía que raspar el fondo de la tinaja, pero que aun así entregó lo que tenía al profeta (1 R 17:12).

6. Dando lo mejor

Sin lugar a dudas, la viuda dio lo mejor que tenía, de hecho dio todo lo que tenía.

Ella no tuvo que escuchar la reprensión que el profeta Malaquías dirigió a los judíos de su tiempo.

(Mal 1:13-14) “Habéis además dicho: ¡Oh, qué fastidio es esto! Y me despreciáis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo, y presentasteis ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestra mano? Dice Jehová. Maldito el que engaña, el que teniendo machos en su rebaño, promete, y sacrifica a Jehová lo dañado. Porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es temible entre las naciones.”

7. Con generosidad

Tampoco hay duda de que la viuda dio generosamente. De hecho, algunas de las ofrendas del templo iban destinadas a las viudas y los pobres, por lo tanto, esta mujer, a pesar de su extrema pobreza, se mostraba generosa con los demás.

Con el fin de inculcar a los corintios los benditos resultados de la generosidad, Pablo empleó una metáfora sacada de la agricultura: la de la siembra y la siega. Por medio de ella muestra que la sustancia dada ni se pierde ni se desperdicia, sino que se transforma en una abundante cosecha. Es una ley inmutable de la naturaleza que si un labrador se siente remiso a separarse de su grano y siembra escasamente, tendrá que sufrir el desengaño de una miserable cosecha. En cambio, una siembra abundante producirá una cosecha abundante.

(2 Co 9:6) “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”.

Por otro lado, no debemos ofrendar pensando en la recompensa, sino en el beneficio del reino de Dios y de aquellos que están necesitados. Cuando no lo hacemos de esta forma, la ofrenda se vuelve egoísta y deja de ser agradable a Dios. En este sentido es importante tener cuidado con el enfoque que en algunas partes se hace con el diezmo como una forma de “comprar” el favor de Dios. No olvidemos que las bendiciones de Dios no se compran, son siempre por gracia. Meditemos bien sobre nuestras verdaderas motivaciones al ofrendar.

8. Con fe y confianza en el Señor

Algunos no dudarían en acusar a esta mujer de no hacer previsión para el futuro y de que al ofrendar de esta forma estaba poniendo en serio peligro su ya maltrecha economía.

Y es cierto que para las mentes racionalistas no puede ser entendido de otra manera, pero ella, en su condición de viuda, era una mujer que confiaba y dependía absolutamente de Dios y de su provisión divina.

Pero claro está, vivir por fe requiere conocer y confiar en Dios. Sólo de esta manera podemos llegar a ser libres del temor que nos produce la posibilidad de llegar a perder la seguridad y las comodidades que pensamos que el dinero nos ofrece.

Para esto es necesario confiar en la palabra del Señor que ha prometido cuidar de aquellos que buscan su reino en primer lugar.

(Mt 6:33) “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”

Reflexiones

Cuando ofrendamos correctamente, esto es algo excelente y muy agradable a los ojos de Dios. Sin embargo, es fácil admirar a esta mujer pero no seguir su ejemplo.

Muchos creyentes gastan mucho dinero cuando se trata de ellos mismos, pero les duele todo lo que pudieran emplear en agradar a Dios. Sin duda, esta es una enfermedad del corazón contra la que el Señor advirtió en muchas ocasiones.

Al ofrendar debemos tener a Cristo y su entrega por nosotros como nuestro ejemplo supremo:

(Ef 5:2) “Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”

(2 Co 8:9) “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.”

Preguntas

1. Como hemos visto, Jesús hizo muchas referencias a las riquezas durante su ministerio. Resuma algunas de las ideas esenciales que podemos aprender.
2. Razone en la diferencia fundamental que hubo entre la ofrenda de la viuda y la de los ricos.
3. ¿Qué cosas caracterizaban a las viudas que encontramos en los evangelios? Explique su respuesta con sus propias palabras.
4. Haga una relación de algunas de las características que debe cumplir una ofrenda para que sea agradable a Dios. Explíquelas brevemente.
5. En relación al tema que estamos estudiando, ¿qué podemos aprender de la forma en la que Cristo se entregó?

Jesús predice la destrucción del templo - Marcos 13:1-23

(Mr 13:1-23) *“Saliendo Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras, y qué edificios. Jesús, respondiendo, le dijo: ¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada.*

Y se sentó en el monte de los Olivos, frente al templo. Y Pedro, Jacobo, Juan y Andrés le preguntaron aparte: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas? ¿Y qué señal habrá cuando todas estas cosas hayan de cumplirse? Jesús, respondiéndoles, comenzó a decir: Mirad que nadie os engañe; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y engañarán a muchos. Mas cuando oigáis de guerras y de rumores de guerras, no os turbéis, porque es necesario que suceda así; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá terremotos en muchos lugares, y habrá hambres y alborotos; principios de dolores son estos. Pero mirad por vosotros mismos; porque os entregarán a los concilios, y en las sinagogas os azotarán; y delante de gobernadores y de reyes os llevarán por causa de mí, para testimonio a ellos. Y es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones. Pero cuando os trajeren para entregaros, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. Y el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres, y los matarán. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. Pero cuando veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, puesta donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda a la casa, ni entre para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su capa. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno; porque aquellos días serán de tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación que Dios creó, hasta este tiempo, ni la habrá. Y si el Señor no hubiese acortado aquellos días, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos que él escogió, acortó aquellos días. Entonces si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo; o, mirad, allí está, no le creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos. Mas vosotros mirad; os lo he dicho antes.”

Introducción

I. El contexto

En el pasaje anterior nos encontramos a Jesús dentro del templo “*sentado delante del arca de la ofrenda*” (Mr 12:41). Allí estaba mirando cómo las personas depositaban sus ofrendas y expresó su admiración por una viuda pobre que echó todo cuanto tenía. Esta mujer y su acción han quedado recogidas en la historia bíblica y han servido de inspiración a muchos creyentes. Ahora, al comenzar el estudio de este nuevo pasaje, volvemos a encontrarnos que Jesús está otra vez sentado, pero en esta ocasión se encuentra en el monte de los Olivos, frente al templo. Desde allí está mirando junto con sus discípulos las hermosas piedras con las que estaba construido el templo y también la grandeza de las edificaciones a su alrededor. En aquellos momentos los discípulos no pudieron ocultar la admiración que sentían por todo aquello, pero fue entonces cuando

Jesús habló de la destrucción futura del templo en unos términos realmente muy duros. ¡Cuánto le hubiera gustado a Jesús expresar su admiración por aquel templo de la misma manera en la que había alabado la acción de aquella viuda pobre, pero no pudo hacerlo!

La lección está clara: todo aquello que hagamos para la gloria del Señor, por pequeño que sea, perdurará en la eternidad y se multiplicará, mientras que lo que sea de otra manera, será destruido y desaparecerá sin que quede memoria de ello (**1 Co 3:11-15**).

2. El dolor de Jesús

Pero antes de analizar el contenido de este sermón profético, debemos percibir el profundo dolor que inundaba el corazón de Jesús al pronunciarlo. En el evangelio de Mateo nos encontramos unas palabras introductorias del Señor que nos dan una idea de esto:

(Mt 23:37-39) “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.”

En estas frases queda manifestado ante todo el profundo amor de Jesús por Jerusalén, y su lucha apasionada por ganarla para su Reino. Lo ilustra con una imagen sacada del Antiguo Testamento cuando Dios encontró a su pueblo en el desierto y lo cuidó como un ave que revolotea sobre sus polluelos y despliega sobre ellos sus alas para protegerlos (**Dt 32:10-11**) (**Is 31:5**). Jesús aplica aquí la bondad poderosa de Dios mismo a su propio obrar y a su intento de atraer a la gente. Pero esta bondad se dirige al libre albedrío de los “polluelos”, y éstos la rechazaron: “No quisiste” (**Mt 23:37**).

Así que Jesús tuvo que anunciar nuevamente lo mismo que los profetas de la antigüedad ya le habían dicho al pueblo de Israel: “Vuestra casa os es dejada desierta” (**Mt 23:38**).

(Jer 12:7) “He dejado mi casa, desamparé mi heredad, he entregado lo que amaba mi alma en mano de sus enemigos.”

Pero no podremos entender correctamente lo que Jesús estaba diciendo si primero no nos damos cuenta del dolor que inundaba su corazón al pronunciar esta sentencia.

3. ¿Cómo interpretar la profecía?

Como hemos dicho, este sermón de Jesús tiene un carácter profético, por lo que debemos tener en cuenta algunos principios fundamentales para su correcta interpretación:

- Nunca podremos entender los acontecimientos futuros con la misma claridad con la que podemos analizar la historia o doctrinas plenamente reveladas. Esto nos debe llevar a evitar posturas excesivamente dogmáticas.
- Dios nunca nos ha dado la profecía para satisfacer nuestra curiosidad, y por supuesto, no nos proporciona todos los detalles de lo que va a ocurrir en el porvenir. Por lo tanto, es una equivocación poner fechas a los eventos anunciados, puesto que éste no es el propósito con el que han sido dadas.
- La profecía que encontramos aquí trata de principios generales que han de regir durante el período que se inició con la muerte, resurrección y ascensión de Jesús. Así que, los anuncios que vamos a estudiar, probablemente no siguen un orden rigurosamente cronológico.

- Estas profecías tienen el propósito de darnos consuelo y seguridad en medio de los difíciles acontecimientos que van a suceder. Y nos exhortan a velar, estar atentos y preparados para la venida del Señor.

4. El tema de esta profecía

El Señor hizo un anuncio sobre la destrucción del templo que sorprendió a los discípulos, y despertó su interés por saber cuándo iba a ocurrir: “¿Cuándo serán estas cosas? ¿Y qué señal habrá cuando todas estas cosas hayan de cumplirse?”.

En realidad, si observamos la pregunta de los discípulos y la respuesta del Señor, nos daremos cuenta de que no estaban hablando únicamente de la destrucción del templo. En el evangelio de Mateo encontramos la misma pregunta ampliada: “¿Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?” (Mt 24:3).

Tal vez a nosotros nos cueste entender las implicaciones del anuncio de Jesús, pero para un judío en aquellos días, la destrucción del templo suponía necesariamente el fin del judaísmo tal como se había conocido hasta ese momento. El templo no sólo mantenía unida a la nación, sino que además era el lugar de encuentro entre Dios y el hombre. Allí era donde se realizaban los sacrificios que servían para hacer expiación por los pecados del pueblo, y allí era también donde todos los israelitas acudían para celebrar sus grandes fiestas nacionales. La religión judía perdía el sentido sin su templo.

Los discípulos entendieron que esto les llevaría a un orden completamente nuevo, que ellos asociaron lógicamente con la venida en gloria del reino de Cristo. Y una conclusión parecida sacaron aquellos judíos que escuchaban la predicación de Esteban algunos años después: “Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la ley; pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés” (Hch 6:13-14).

Por supuesto, ellos cambiaron las palabras de Jesús y de Esteban, porque el Señor nunca dijo que él mismo iba a destruir el templo, pero sin embargo, sí que era cierta la deducción que sacaron: esto “cambiará las costumbres que nos dio Moisés”.

Muy probablemente los discípulos no entendieron en este momento la dimensión total del cambio que llevaba aparejada la destrucción del templo, pero sin embargo, intuían que había de ser muy grande, y por eso lo asociaron con la venida del reino de Cristo y el fin de un período. Nosotros ahora, con la revelación mucho más completa que el Nuevo Testamento nos aporta, hemos llegado a entender que todo aquello que anteriormente un israelita encontraba en el templo, ahora lo tenemos en Jesús. Por ejemplo, los sacrificios que se realizaban allí, han sido sustituidos por el sacrificio perfecto y único de Cristo, el Cordero de Dios (He 9:23-28) (He 10:11-12). Y nuestro punto de unión como pueblo de Dios, ya no está en ningún lugar físico en esta tierra, sino en una persona, en Cristo.

“Maestro, mira qué piedras, y qué edificios”

Empezamos el comentario de nuestro texto notando la admiración que aquellos discípulos galileos sentían por el templo que Herodes había mandado construir en Jerusalén. La misma impresión nos ha dejado un historiador judío de la época llamado Flavio Josefo. Él lo describe de la siguiente manera: “toda la fachada era de piedra pulida, tanto que su perfección, para quienes no lo habían visto, era increíble y quienes lo veían era cosa de gran maravilla” (Antigüedades. XV, XI, 3-5). En realidad, el templo de Herodes era una de las grandes maravillas del mundo en el primer siglo. Sobresalía su imponente fachada con grandes piedras de mármol adornado con oro, pero todo el edificio en conjunto era espectacular.

Sin embargo, cuando los discípulos llamaron la atención de su Maestro sobre el esplendor arquitectónico del templo, recibieron una contestación muy diferente de la que esperaban. Como ya hemos considerado en otras muchas ocasiones, Jesús no valoraba las cosas por su apariencia, sino que él miraba el corazón de las personas (**1 S 16:7**). Para él, aquella hermosa construcción no lograba ocultar la maldad de la nación ni de sus líderes religiosos. De hecho, tampoco el rey Herodes, que había mandado construir aquel templo, estaba preocupado por la gloria de Dios, sino que fue una medida política con la que intentó agradar a los judíos con el fin de ganárselos y así evitarse problemas.

“No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada”

Seguramente no somos capaces de imaginarnos la estupefacción que les causó a los apóstoles este anuncio de Jesús. Debido a su esplendidez, hermosura, tamaño e importancia, cualquier judío consideraba el templo tan duradero como el mundo mismo.

Pero todo aquello no era nada sin la presencia de Dios dentro de él, y como Cristo mismo había denunciado con tristeza, aquel lugar había dejado de ser la casa de Dios y se había convertido en una cueva de ladrones dirigida por los líderes religiosos de Israel (**Mr 11:17**). Y aun más, cuando el mismo Heredero se había presentado en medio de ellos, tramaron su muerte para quedarse con su heredad (**Mr 12:7**). Todo esto provocó la sentencia de Jesús: *“vuestra casa os es dejada desierta”* (**Mt 23:38**).

I. Algunas lecciones prácticas

La respuesta de Jesús nos obliga a hacer algunas reflexiones de utilidad práctica para todos nosotros:

- La verdadera grandeza y hermosura de una iglesia no consiste en sus edificios, sino en la fe y santidad de sus miembros.
- Las personas religiosas se sienten fuertemente atraídas por los templos suntuosos, las piedras entalladas, las vidrieras pintadas, la buena música, los ministros vestidos de trajes resplandecientes, los ceremoniales pomposos. Todas estas cosas les hacen pensar que estos son los requisitos de una verdadera religión. Pero no hay que olvidar que únicamente se trata de formas externas que sólo tienen que ver con los sentidos, pero no con el corazón.
- Igualmente carece de sentido la peregrinación a lugares que el mundo considera como santos o sagrados para ver ruinas de algunas cosas sobre las que Dios mismo ha manifestado su completa desaprobación y juicio.

2. El cumplimiento de la profecía

Como toda palabra de Jesús, ésta también se cumplió. En el año 67 d.C. los judíos se sublevaron contra los romanos, y después de una dura campaña, Tito, general romano que más tarde había de ser emperador, sitió la ciudad de Jerusalén y en el año 70 d.C. fue destruida y también el templo. A día de hoy lo único que ha quedado de todo aquello es el llamado “muro de las lamentaciones”.

“Dinos, ¿cuándo serán estas cosas?”

Seguramente los discípulos sentían la misma curiosidad que nosotros por conocer el futuro, y saber con exactitud la fecha en la que iban a ocurrir esas cosas, pero el anuncio de Jesús sólo les proporcionó algunas características generales de este período que

abarcaría hasta su segunda venida, sin adelantarles ninguna fecha, ni proveerles tampoco un orden cronológico preciso de los acontecimientos.

Sin embargo, por la forma en la que hicieron su pregunta, podemos deducir que ellos creían que la destrucción del templo y la venida de Cristo a establecer su reino, vendrían juntas, sin que hubiera ningún período de tiempo intermedio. Pero era precisamente esto lo que Jesús quería corregir a través de su respuesta, explicándoles que habría un período de tiempo intermedio entre ambos acontecimientos.

El Señor ya les había dicho en muchas ocasiones que él no iba a establecer su reino inmediatamente, sino que habría un período intermedio antes de su segunda venida. En el evangelio de Lucas lo vemos explicado con más detalle:

(Lc 21:24) *“Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.”*

Y después de que se cumplan estos *“tiempos de los gentiles”*, será cuando Cristo regrese para establecer su reino (**Lc 21:25-27**). Ahora bien, ¿a qué se refiere por la expresión los *“tiempos de los gentiles”*?

- Tal vez podríamos interpretarlo pensando que cuando Jerusalén fue conquistada por los romanos (gentiles), e Israel dispersado entre las naciones, desde entonces la ciudad ha estado siempre bajo el control de diferentes potencias gentiles, hasta que en tiempos recientes los judíos han regresado a Israel y han conseguido cierto dominio parcial que sigue siendo motivo de grandes discusiones internacionales. Por lo tanto, si interpretamos los *“tiempos de los gentiles”* como su dominio sobre la ciudad de Jerusalén, entonces debemos pensar que antes de la segunda venida de Cristo, Jerusalén volverá a estar bajo el control de Israel, algo que parece que Dios ha comenzado a cumplir recientemente.
- Pero aun cabe otra forma de entenderlo tal como Pablo explica en (**Ro 11:25-26**). Su argumento es que el rechazo de los judíos a su Mesías ha abierto las puertas del reino de Dios a los gentiles. De hecho, en este período es la iglesia, de composición mayoritariamente gentil, la que ocupa el lugar que anteriormente había tenido el pueblo de Israel. Pero esto no seguirá siendo así indefinidamente, porque tal como Pablo dice, llegará un momento en que *“haya entrado la plenitud de los gentiles, y luego todo Israel será salvo”*. Por lo tanto, en este sentido debemos interpretar los *“tiempos de los gentiles”* como el período de la iglesia, que tal vez termine con su arrebatamiento al cielo (**1 Ts 4:16-17**).

“Mirad que nadie os engañe”

A continuación Jesús procede a explicarles cuáles iban a ser las señales que caracterizarían este período de tiempo hasta su segunda venida, pero antes de eso muestra su interés por los propios discípulos. Porque aunque los acontecimientos futuros serían importantes, mucho más lo eran los discípulos y cómo reaccionarían ante ellos.

Más adelante Jesús va a indicar que los discípulos tendrían que atravesar por tiempos de persecución muy difíciles que les llevarían a sufrir mucho, sin embargo, su primera preocupación era que no fueran engañados. Tal vez quería advertirles de influencias erróneas que les hicieran pensar que cualquier catástrofe que ocurriera sería una señal del fin del mundo, o también de falsos maestros que introdujeran enseñanzas diferentes de las suyas. Sea como sea, es evidente que Jesús estaba actuando como un pastor que

tiene cuidado de su rebaño. Notamos este interés en las constantes exhortaciones que les hace a estar alertas (**Mr 13:5,9,23**).

“Vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo”

Esta es una característica que señala tanto el principio como el fin de esta época (**Mr 13:6,22**).

Se refiere a usurpadores que se hacen pasar por Cristo, pero que al no serlo se convierten en impostores y anticristos. Puede tratarse de fundadores de religiones o de falsos maestros o profetas, pero finalmente apuntan a un personaje que aparecerá en la historia justo antes de la venida del Señor y que se conoce como el anticristo (**2 Ts 2:9-12**).

La razón de todo esto es muy sencilla; cuando se rechaza al verdadero Cristo, el Hijo del Dios viviente, entonces hay que forjarse otros “cristos”, y en medio de un mundo tan necesitado, no es difícil conseguir adeptos.

Además, todos ellos usan un lenguaje similar al de los falsos profetas de la antigüedad, que prometían a la gente cosas halagüeñas, pero que de ninguna manera denunciaban su pecado ni les llamaban al arrepentimiento. Ellos no predicaban el juicio de Dios, sino que con bellas palabras proclaman que todas las dificultades pasarán pronto, ignorando así que el verdadero Cristo nos ha advertido de todo lo contrario.

“Guerras y rumores de guerras”

Esta es otra de las características de este periodo, y no es de extrañar, puesto que si el mundo ha rechazado al Príncipe de Paz, necesariamente tiene que haber disturbios y guerras de todas clases. De esta manera los hombres llegan a aprender su incapacidad e inutilidad para alcanzar la paz sin Dios. Así que, aunque una y otra vez escuchamos de planes de paz para este mundo, también una y otra vez vemos su fracaso, y cuanto más se esfuerza la humanidad por erradicar la violencia en el mundo, más aumentan la frecuencia de las guerras y su poder destructivo. El hombre sin Dios no tiene paz consigo mismo ni tampoco con sus semejantes, así que cualquier razón es válida para un enfrentamiento. En los últimos tiempos hemos conocido guerras originadas por las razones más diversas: religiosas, políticas, sociales, raciales, de clases, frías y calientes... La tensión constante entre las naciones y la ambición del hombre no tiene fin.

Aun así, muchas personas se preguntan: Si Dios existe, ¿por qué existen guerras? Pero quien hace este tipo de planteamientos no han entendido la gravedad del pecado de este mundo. Claro que Dios existe, y de hecho envió a su propio Hijo a este mundo para salvarlo y darle la paz, pero el hombre en su maldad tuvo la osadía de matarlo. Sería ingenuo pensar que Dios no haría nada ante una ofensa de esta magnitud. Y lo que ha hecho es dejar que el hombre siga sus propios instintos y sufra las consecuencias de ellos. Sólo así puede llegar a comprender que tiene que arreglar su relación con Dios. Sería absurdo pensar que una vez que el hombre ha rechazado a Cristo, Dios todavía le bendijera trayéndole todo tipo de cosas buenas a su vida.

“Hambre”

El hambre acaba siendo una consecuencia inevitable de las guerras, aunque por supuesto no son su única causa. En cualquier caso, es muy triste pensar que en un mundo en el que hay recursos suficientes para que todas las personas que lo habitan

puedan comer lo necesario, que por causa de la ambición y la codicia humanas, muchos lleguen a morir de hambre diariamente.

Tal vez debamos notar también el paralelismo que hay entre estas señales anunciadas aquí por Cristo y los primeros sellos que encontramos en el libro de Apocalipsis. Allí vemos las consecuencias que todos estos juicios tendrán sobre el hombre:

(Ap 6:8) “Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra.”

“Terremotos”

Cuando el pecado entró en el mundo, no sólo afectó al hombre, sino que también tuvo graves efectos sobre toda la creación material. Notemos las palabras de Dios a Adán:

(Gn 3:17) “Maldita será la tierra por tu causa”

También el apóstol Pablo hace referencia a este hecho:

(Ro 8:20-22) “Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora.”

Por lo tanto, podemos decir que los terremotos, al igual que otras muchas tragedias naturales, guardan relación con el pecado del hombre. Y debemos añadir que aunque este período que Cristo describe aquí está caracterizado por este tipo de catástrofes, finalmente, cuando se aproxime el momento de su segunda venida, habrá un terremoto de una magnitud desconocida que será acompañado por otra serie de fenómenos en el cielo.

(Ap 6:12-14) “Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar.”

Y aunque no queremos parecer insensibles ante el dolor humano que cualquiera de estas tragedias producen, sin embargo, no podemos ignorar que este tipo de cosas sirven para abatir el orgullo humano que piensa que este mundo es suyo y que está bajo su control. Además, viendo las consecuencias que el pecado ha traído sobre todos los órdenes de la creación, el hombre debería detenerse a pensar acerca de su gravedad.

“Principios de dolores son estos”

El Señor indicó con claridad que todas estas señales marcarían el comienzo del fin. Serían como los primeros dolores que una mujer tiene cuando se pone de parto. En las horas siguientes aumentarán su frecuencia e intensidad, y entonces se producirá el nacimiento.

Sin embargo, a pesar de que el Señor advirtió a sus discípulos de que estas señales serían el “principio”, nunca han faltado predicadores que exponen con todo lujo de

detalles tal o cual batalla, o un terremoto terriblemente destructivo, o la hambruna devastadora que está teniendo lugar en cierto país, para demostrar el inminente regreso de Cristo. Pero no olvidemos que todas estas señales serán constantes en todo el período antes de su segunda venida.

Por otro lado, debemos notar que Jesús no se estaba refiriendo a lo que iba a ocurrir exclusivamente a la nación de Israel, sino que el alcance de todas estas señales tiene que ver con el mundo en su totalidad.

Ahora debemos preguntarnos si las advertencias de estos juicios han sido atendidas adecuadamente por el hombre. Porque no hemos de olvidar que Dios tiene un propósito con todo ello: él está permitiendo al hombre lo que éste desea con el fin de que el mal se manifieste en todo su poder y pueda ver con claridad su gravedad. Desgraciadamente tenemos que reconocer que son pocos los que atienden las advertencias de Cristo, y que dos mil años después, el diagnóstico que el apóstol Pablo hacía en su carta a los Romanos, sigue teniendo plena vigencia en nuestra sociedad moderna.

(Ro 1:20-32) "... Habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido... Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican."

Persecuciones

Hasta este punto, todas las señales previas han afectado a todas las personas sin distinción, pero esta última añade un punto de sufrimiento adicional exclusivamente a los creyentes.

Como el Señor explicó, la luz del evangelio es incompatible con las tinieblas del mundo, y esto origina grandes tensiones entre ambas:

(Mt 10:34) "No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada."

Por las indicaciones que Jesús dio, esta persecución tendría causas religiosas y estaría relacionada con el judaísmo: "os entregarán a los concilios, y en las sinagogas os azotarán". Pero también se extendería al mundo gentil y a sus reyes: "y delante de gobernadores y de reyes os llevarán por causa de mí" (Mr 13:9).

Las persecuciones en las sinagogas y los procesos ante tribunales paganos concuerdan con el relato que Lucas nos ha dejado en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Los apóstoles fueron detenidos, interrogados y azotados por las autoridades religiosas judías (Hch 4:1-22) (Hch 5:17-42). Esteban fue sentenciado a la muerte por el mismo tribunal (Hch 7). Más adelante las persecuciones se llevaron a cabo por reyes y gobernantes

gentiles: Jacobo fue muerto y Pedro encarcelado por el rey Herodes (**Hch 12:1-5**). Pablo fue detenido y juzgado por varios gobernantes y reyes (**Hch 24:24-27**) (**Hch 26**).

Y ha seguido siendo una realidad durante los siglos siguientes, que la iglesia oficial y el Estado se han unido, como en otro tiempo lo hicieron Caifás y Pilato, para perseguir a los verdaderos creyentes.

El quinto sello del libro de Apocalipsis también se refiere a todos aquellos que habían muerto por causa de su fidelidad a Cristo y que todavía esperan a ser vindicados:

(Ap 6:9-11) *“Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.”*

Esto nos recuerda que a través de la historia ha habido siempre una tenaz hostilidad contra los cristianos comprometidos y que seguirá siendo así hasta el fin de los tiempos.

Nos llama la atención el clamor de los mártires descritos en Apocalipsis: *“¿Hasta cuando, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?”*. A ellos se les dice que todavía tienen que esperar un poco, pero si leemos con atención la siguiente sección del libro de Apocalipsis, veremos que Dios interviene para juzgar la tierra en contestación a esta oración de sus santos. Esto es así porque la santidad y la verdad del supremo Señor exigen el castigo de un mundo responsable por sus muertes.

“Para testimonio a ellos”

En el punto anterior decíamos que Dios no iba a vengar la sangre de sus mártires inmediatamente, y aquí se nos explica la razón que justifica este tiempo de espera: la predicación produce persecución, pero los padecimientos que han de soportar, dan una oportunidad para predicar el Evangelio a todos los estamentos de la sociedad, de modo que quedarán sin excusa al recibir un testimonio sellado con su propia sangre.

Esta es la razón fundamental por la que Cristo no vendría inmediatamente después de la destrucción del templo, tal como sus discípulos habían supuesto. Él quería que tanto la nación judía, como también todo el mundo gentil, tuvieran la oportunidad de conocer el evangelio y arrepentirse: *“Es necesario que el Evangelio sea predicado antes a todas las naciones”*.

A partir del libro de Hechos de los Apóstoles sabemos que aunque hubo varios miles de judíos que se arrepintieron y confiaron en Cristo, sin embargo, oficialmente la nación se mantuvo firme en su rechazo de Jesús. En contrapartida, durante el primer siglo los apóstoles y evangelistas llenaron el mundo entonces conocido del glorioso mensaje de salvación y muchos gentiles se convirtieron, llegando a establecer iglesias por todas partes.

Desgraciadamente, cuando la iglesia llegó a convertirse en una organización jerarquizada caracterizada por sus ceremonias, esta ardiente llama de la evangelización perdió su fuerza, aunque se ha visto reanimada en el último siglo y medio dentro de las iglesias evangélicas.

También debemos darnos cuenta de que el Señor unió intencionadamente la persecución de la iglesia y el anuncio del evangelio por todo el mundo. Y ya hemos comentado que la primera es consecuencia de la segunda. Pero también hay aquí una promesa alentadora: a pesar de todo el odio y la oposición que el mundo y el diablo puedan presentar frente a la predicación del evangelio, ésta continuará hasta alcanzar al mundo entero sin que nadie pueda impedirlo. La Palabra no será nunca encadenada, aunque los que la prediquen sean cargados de cadenas y ejecutados en patíbulo.

De las diez persecuciones que hubo desde Nerón hasta Diocleciano, la última de ellas fue la más violenta. Su propósito era terminar con la iglesia, destruirla de una vez por todas. Pero aun ese supremo esfuerzo fue en vano. Tertuliano tenía toda la razón cuando dijo: “seguid adelante, despedazadnos, torturadnos, haced polvo de nosotros: nuestros adeptos se acrecentarán en la misma proporción que nos arraséis. La sangre de los cristianos es su semilla”.

“No sois vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu Santo”

Cuando el creyente perseguido tenga que dar testimonio ante las autoridades, Cristo le promete una gracia especial para ese trance difícil. En el momento cuando sean juzgados, recibirán la ayuda divina para su defensa por medio del Espíritu Santo.

Podríamos decir que el tribunal que los juzgue recibirá un testimonio divinamente inspirado. Y sabemos que en la época apostólica ya fue así, porque cuando Pedro y Juan fueron interrogados por el Sanedrín, todos ellos se maravillaron al escucharles:

(Hch 4:13) *“Entonces viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús.”*

Esto fue una evidencia más que les indicaba que se habían equivocado al condenar a Jesús y les ofrecía una nueva oportunidad para el arrepentimiento. No tenían ninguna razón para seguir persiguiendo a los cristianos, y por supuesto, tampoco tendrían base para quejarse cuando Dios finalmente permitiera que tanto la ciudad como el templo fuesen destruidos si persistían en su rechazo de Jesús.

Habiendo dicho esto, debemos aclarar también que esta promesa no debe emplearse como una excusa para no preparar adecuadamente la predicación y la enseñanza bíblica. Los predicadores y maestros deben estudiar, meditar, orar, y entonces confiar que el Espíritu Santo les guiará en su exposición.

“Y el hermano entregará a la muerte al hermano”

Uno de los rasgos más dolorosos de la persecución que Cristo anunció a los discípulos, sería la traición de sus propias familias. Es difícil imaginarse cómo los padres, los hermanos o los hijos podrían llegar a acusarles o delatarles ante un tribunal por el hecho de ser cristianos, pero la realidad es que esto ha ocurrido en muchas ocasiones desde que Jesús lo predijo.

Tal vez debamos ver la razón de este odio dentro del ambiente familiar por los requisitos que Cristo puso para ser un discípulo suyo:

(Lc 14:26) *“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.”*

Muy probablemente esto sería lo más doloroso de la persecución. Para ilustrarlo podemos recordar una historia en la Alemania de Hitler, cuando arrestaron a un hombre por defender la libertad. Sufrió la cárcel y la tortura con fortaleza estoica sin quejarse. Por último, con el espíritu todavía íntegro, le soltaron. Poco tiempo después se suicidó. Muchos se preguntaron por qué. Los que le conocían bien sabían la razón: había descubierto que su propio hijo había sido el que le había delatado. Aquella traición le quebrantó de una manera que no había podido lograr la crueldad de sus enemigos.

“Seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre”

Evidentemente, de todas las señales que Cristo predijo que habrían de caracterizar este periodo de tiempo, la persecución que sufrirían los creyentes es a la que dedica más espacio. Termina diciendo que *“seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre”*. Ya había mencionado a las autoridades civiles y religiosas, también a la propia familia, pero ahora añade a todo el mundo en general. Esto es lógico; si el mundo odia a Cristo, odiará también a sus representantes. Esta ha sido una constante en toda la historia de la iglesia:

(2 Ti 3:12) “Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.”

“Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo”

Esta frase ha creado dificultades a algunos creyentes y debemos analizarla con cierto detalle.

Primeramente nos preguntamos si *“el fin”* del que habla aquí el Señor se refiere *“a seguir dando testimonio hasta el fin de la propia vida”*, o, *“a perseverar dando testimonio hasta el fin del periodo de tribulación que va a describir a continuación”*. Viendo el contexto, lo más probable es que se esté refiriendo al hecho de que un creyente verdadero perseverará en la fe hasta el fin de su vida, independientemente de si vive antes o durante la gran tribulación.

De hecho, las Escrituras nos enseñan que la perseverancia es una de las características de la fe genuina. Veamos cómo habla el apóstol Pablo de esta fe perseverante en medio de las tribulaciones:

(Ro 5:1-2) “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia...”

Tal vez alguien podría tener dudas de si logrará perseverar hasta el fin, máxime si tenemos en cuenta que, tal como el Señor enseñó, tendremos que pasar por tribulaciones y persecuciones. Pero si existiera la posibilidad real de que el creyente no llegara a este fin, esto le llevaría a vivir en una constante incertidumbre hasta el último momento de su vida. Sin embargo, no es esto lo que Pablo expresa en este pasaje. Aquí afirma que los creyentes *“nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia”*. Debemos aclarar que la palabra *“paciencia”* es traducida en otras partes como *“perseverancia”*. Notemos por lo tanto, que la Escritura da por sentado que un verdadero creyente, alguien que ha sido justificado por la fe, aunque pase por tribulaciones, seguirá perseverando en la fe. Si tuviéramos dudas en cuanto a esto, sería imposible *“gloriamos*

en las tribulaciones”, pensando que tal vez no llegemos a mantener nuestra fe en la siguiente prueba.

La parábola del sembrador nos enseña el mismo principio. La semilla que cae en buena tierra, “*da fruto con perseverancia*” (Lc 8:15), mientras que la que cae entre pedregales, “*cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan*” (Mr 4:17).

Algunos piensan que tienen que ganar su salvación esforzándose en perseverar hasta el fin. Pero una salvación así ya no sería únicamente por la fe, sino por la fe y las obras, y esto no es lo que la Biblia enseña (Ro 3:28).

Es cierto que en ocasiones hemos visto a personas que un día dieron testimonio de creer en Cristo y por un tiempo estuvieron muy animados, pero finalmente lo abandonaron todo. Esto parece contradecir el principio que hemos expuesto anteriormente. A ello hay que decir que nunca debemos fundamentar la doctrina bíblica con nuestras experiencias, porque éstas no son inspiradas por Dios. Y por otro lado, la Palabra nos advierte de casos de este tipo y explica que la razón de su abandono está en que nunca habían creído de verdad:

(1 Jn 2:19) “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros.”

La destrucción de Jerusalén y el templo

1. Varios cumplimientos

Otra señal de este periodo sería la destrucción de Jerusalén y del templo. Esto mismo había sido anunciado con anterioridad por el profeta Daniel:

(Dn 9:26) “Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones.”

Esta profecía tuvo varios cumplimientos. El primero ocurrió en días de Antíoco Epífanes (215-163 a.C.), el segundo fue realizado por los romanos en el año 70 d.C., y aún habrá un tercer cumplimiento en un periodo de angustia sin precedentes antes de la venida de Cristo.

Algunos llaman a esto la “perspectiva profética” y explican que es como la visión que un viajero tiene cuando comienza la ascensión a una cordillera lejana. Desde la distancia tal vez no percibe nada más que una sola cumbre, pero según se va acercando al primer pico, descubre que el segundo pico, que parecía que estaba junto al primero, todavía queda separado por una gran distancia. De la misma manera, una profecía que inicialmente sólo parecía tener un cumplimiento, llegamos a comprender por las explicaciones inspiradas del Señor o de los apóstoles, que puede tener varios cumplimientos separados en el tiempo.

2. Modelos o prototipos

Pero también hay otro propósito en este “cumplimiento múltiple”. El primer cumplimiento sirve como un “modelo reducido” o “prototipo” del pleno cumplimiento que vendría al final. Luego veremos esto con algo más de detalle.

“La abominación desoladora”

Pero el profeta Daniel no sólo había anunciado la destrucción de Jerusalén y del templo, también había profetizado que ocurriría algo que describe como “la abominación desoladora” y a la que Jesús también se refirió en su sermón. Veamos el origen de esta frase:

(Dn 11:31) *“Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora.”*

(Dn 12:11) *“Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días.”*

¿A que se refería esta “abominación desoladora”? La frase describía lo que hizo años después Antíoco Epífanes, cuando en su determinación por erradicar la religión judía y establecer la manera de vivir de los griegos, llegó a profanar el templo ofreciendo sobre él carne de cerdo y poniendo en el lugar santo una gran imagen de Zeus a la que los judíos eran obligados a adorar.

Jesús profetizó que algo similar a lo que había hecho Antíoco Epífanes volvería a ocurrir en el futuro. El apóstol Pablo nos da algunos detalles adicionales sobre un personaje que se levantará al final de este período y que será la encarnación del mal.

(2 Ts 2:1-12) *“Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos; y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.”*

Pablo se refiere a este “inicuo” como “el hombre de pecado”, y nos dice que se sentará “en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios”. Y coincide también con lo que dijo el Señor Jesucristo en cuanto a que esto ocurrirá justo antes de su segunda venida en gloria (**Mr 13:24-26**). Por lo tanto, la aparición de este “hombre de pecado”, será una señal que indicará el fin de este periodo intermedio del que el Señor ha estado hablando en los versículos anteriores.

“Tribulación cual nunca ha habido”

No debemos perder de vista el hecho de que en su predicación Jesús se estaba refiriendo simultáneamente a la destrucción de Jerusalén en el año 70 como un prototipo o modelo de lo que volverá a ocurrir en el último tiempo en una escala mucho mayor. Por esta

razón, es difícil en ocasiones determinar a cuál de las dos destrucciones se refiere en cada momento, o si son elementos comunes a ambas.

El historiador Flavio Josefo nos da cuenta del terrible asedio que los romanos llevaron a cabo contra la ciudad de Jerusalén, abarrotada en aquellos días por causa de la celebración de la pascua. La descripción que hace de este trágico suceso es aterrador: familias enteras murieron por causa del hambre, las calles estaban llenas de cadáveres de niños, jóvenes y ancianos, miles de judíos fueron llevados cautivos y esparcidos por todo el mundo, otros muchos fueron muertos a filo de espada, la ciudad fue quemada y el templo totalmente destruido.

Pero a pesar de la dureza de todo lo que ocurrió en aquellos días en Jerusalén, el Señor todavía anuncia unos días futuros de *“tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación que Dios creo, hasta este tiempo, ni la habrá” (Mr 13:19)*.

(Jer 30:7) “¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado.”

(Dn 12:1) “... Será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro.”

Esta gran tribulación se refiere al segundo cumplimiento de la profecía, y terminará con la venida en gloria del Señor que libraré a su pueblo **(Mr 13:24-27)**.

“Los que estén en Judea huyan a los montes”

Jesús advirtió a los judíos de su tiempo que cuando descubrieran las primeras señales deberían huir sin entretenerse. En sus palabras hay un carácter de extrema urgencia, de tal manera que no habría tiempo ni para recoger ropa o tratar de poner a salvo los bienes. Esto nos recuerda la huída de Lot de Sodoma cuando tuvo que ser apremiado por los ángeles para salir de allí rápidamente y así ser librado del juicio inminente **(Gn 19:15-16)**.

¿Qué fue lo que realmente ocurrió cuando llegó aquella hora de prueba? La gente hizo exactamente lo contrario de lo que Jesús había dicho, y se apelotonaron en Jerusalén llegando a morir de la forma que antes hemos descrito. Y aunque no hay una evidencia histórica totalmente segura, parece que los discípulos sí que escaparon de Jerusalén antes del sitio y se refugiaron en Pella, en Decápolis.

Notemos también que cuando Jesús exhortó a sus discípulos a huir de Jerusalén, estaba diciéndoles al mismo tiempo que no debían participar en la defensa armada de la ciudad o del templo. Tampoco debían esperar ningún milagro de liberación divina. Esto era debido a que el tiempo de la ejecución de la ira de Dios había llegado, y no tenía ningún sentido intentar resistirla. Desde ese momento, la ciudad santa se iba a convertir en una ciudad gentil, gobernada por los gentiles.

“Por causa de los escogidos acortó aquellos días”

Por amor a sus escogidos Dios acortará aquellos días para no someterlos a una prueba mayor de la que podrían soportar.

(1 Co 10:13) “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.”

Queda claro en estos versículos que sus “escogidos” tendrán que pasar por aquellos días de gran tribulación. ¿Quiénes son estos “escogidos”? Esto es algo que no podemos afirmar con total seguridad, pero probablemente no se refiera a la Iglesia, que para ese momento seguramente habrá sido arrebatada, sino al pueblo de Israel que al final de ese periodo creerán en Cristo (**Ro 11:26**).

“Se levantarán falsos cristos y falsos profetas”

El final de este periodo estará caracterizado por el caos y el derramamiento de sangre, por lo que no es extraño que nuevamente vuelvan a proliferar los falsos mesías. La gente estará tan desesperada que seguirá a cualquiera que parezca ofrecerle seguridad.

Además, se nos dice que harán señales y prodigios con el fin de engañar a los escogidos. Y lo mismo se nos dice del hombre de pecado, que vendrá “*con gran poder, y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad*” (**2 Ts 2:9-10**).

Por lo tanto, debemos tener presente que no todos los milagros provienen necesariamente de Dios. Y esto es muy conveniente recordarlo en una época como la nuestra donde muchos creyentes están en una búsqueda constante de lo “milagroso”.

“Mas vosotros mirad; os lo he dicho todo antes”

Está claro que el propósito de todo el sermón del Señor es preparar a sus discípulos para cuando llegara la prueba de fuego. Ellos debían estar en guardia, observando las señales que el Señor les había indicado, no dejándose engañar por los falsos cristos que habrían de aparecer, ni tampoco perturbándose por las muchas catástrofes de las que este mundo iba a ser testigo.

Pero la finalidad última de toda la exhortación tenía que ver con ellos mismos. Porque no sirve de nada especular sobre el futuro y al mismo tiempo descuidar nuestra propia santidad. El saber estas cosas sólo tendrá sentido si nos llevan a vivir el presente a la luz del futuro, no aferrándonos a las cosas materiales o los placeres de este mundo que han de pasar y desaparecer, siendo conscientes de que finalmente tendremos que rendir cuentas ante el Señor. Todo esto fue explicado por el Señor con mucho más detalle a través de diferentes parábolas: Parábola del siervo fiel (**Mt 24:45-51**), Parábola de las diez vírgenes (**Mt 25:1-13**), Parábola de los talentos (**Mt 25:14-30**). Recomendamos su lectura.

Conclusiones

Contrariamente a lo que algunos creen, la situación de este mundo no mejorará a medida que pase el tiempo, ni tampoco la predicación del evangelio dará como resultado la salvación de todo el mundo y el establecimiento del reino de Dios.

Y como veremos en nuestro próximo estudio, la historia de la humanidad se dirige a su clímax, que tendrá lugar con la segunda venida de Cristo. Sólo por su presencia será posible el establecimiento de su reino.

Mientras esperamos ese momento, debemos preguntarnos si estamos velando y orando tal como el Señor nos enseñó.

Preguntas

1. Explique con sus propias palabras algunos principios para interpretar correctamente estas profecías. ¿En qué consiste la “perspectiva profética”? ¿Con qué finalidad una profecía puede llegar a tener varios cumplimientos?
2. ¿Qué importancia tenía la destrucción del templo para los judíos? ¿Por qué fue destruido? ¿Qué podemos aprender de este hecho?
3. Explique brevemente cada una de las señales que caracterizarán este periodo de tiempo hasta la venida de Cristo.
4. ¿Cuál es el propósito por el que Jesús no estableció su reino inmediatamente? Explique a que se refiere la expresión “los tiempos de los gentiles”.
5. ¿A qué se refiere la expresión “la abominación desoladora”? ¿Cuándo se cumplió?

La venida del Hijo del Hombre - Marcos 13:24-37

(Mr 13:24-37) *“Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria. Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo. De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas. De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo. Es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase. Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad.”*

La Segunda Venida de Cristo

En este pasaje estudiaremos el tema de la segunda venida de Cristo, que sin lugar a dudas es uno de los más importantes de toda la Biblia. Bien podríamos decir que fluye a través de toda la Escritura como un gran río que va aumentando su caudal hasta llegar a su consumación en el libro de Apocalipsis.

Pero a pesar de su importancia, tenemos que lamentar que en muchas ocasiones se predique muy poco sobre él en las iglesias. Seguramente aquí está la raíz de uno de los problemas más graves del pueblo de Dios en nuestros días: se está perdiendo la visión de que el Señor Jesucristo va a venir, y al mismo tiempo nos estamos volviendo mundanos en nuestra manera de vivir. Rogamos a Dios que por medio de este estudio nos ayude a renovar nuestra visión y podamos vivir dignamente del llamamiento que hemos recibido:

(Fil 3:20) *“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo.”*

I. La importancia del tema

La segunda venida de Cristo es el punto culminante de la esperanza cristiana.

(Tit 2:13) *“Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.”*

Su importancia queda demostrada por la gran extensión que la Biblia le dedica, ocupando uno de los lugares más prominentes en el conjunto de la revelación:

- La segunda venida de Cristo y el establecimiento de su reino es el tema más importante de las profecías del Antiguo Testamento. El apóstol Pedro dice que *“los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos”* (1 P

1:10-11). Estas “*glorias que vendrían*” después de los sufrimientos de Cristo apuntan al establecimiento glorioso de su reino en este mundo. El Antiguo Testamento se refiere a ese período como “*el día de Jehová*” y en el Nuevo Testamento encontramos alusiones explícitas a él como “*el día de Cristo*”.

- En su ministerio público, el Señor Jesucristo también habló ampliamente de su segunda venida. Un ejemplo de ello lo tenemos en el sermón que estamos estudiando ahora, pero también lo ilustró por medio de diferentes parábolas: la parábola de las diez vírgenes (**Mt 25:1-13**); las diez minas (**Lc 19:11-27**); los labradores malvados (**Lc 20:9-18**). De hecho, la afirmación de que un día volvería era una parte esencial de su programa mesiánico, por eso no dudó en explicarlo ante el sanedrín cuando era juzgado: “*Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo*” (**Mt 26:64**).
- Hay un número considerable de referencias a la venida del Señor en las epístolas, casi todas ellas subrayando el efecto moral que ha de tener en la vida del creyente: “*Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro*” (**1 Jn 3:3**).
- Y, por supuesto, es el tema central del libro de Apocalipsis.

2. El propósito de la segunda venida

- Primeramente hemos de tener claro que el propósito fundamental de su segunda venida no será para llevarnos al cielo, sino para que Cristo sea vindicado en el mundo que le crucificó. No podemos olvidar que la última visión que los hombres tuvieron del Hijo de Dios fue cuando estaba colgado en una cruz. ¿Puede Dios dejar así las cosas? ¿No sería como decirle al diablo, el príncipe de este mundo, que él ha ganado? Pero su segunda venida demostrará el triunfo y la autoridad de Cristo en este mundo y servirá para exhibir toda su gloria y majestad divinas.
- Al mismo tiempo, su venida será el clímax de todo el programa de Dios para la redención del hombre que comenzó cuando Adán pecó. Su consumación tendrá lugar con el establecimiento de su reino en este mundo y la restauración de todas las cosas: “*... él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo*” (**Hch 3:20-21**).
- Dará lugar al cumplimiento de todas las profecías del Antiguo Testamento que tienen que ver con el establecimiento del reino davídico. Esto será posible porque en la segunda venida de Cristo, Israel se convertirá y será librado de la aflicción y restaurado a su relación con Dios: “*Y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad*” (**Ro 11:26**); “*Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito*” (**Zac 12:10**).
- Otro propósito para el regreso de Cristo tiene que ver con el juicio de este mundo: “*Porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad*” (**Sal 96:13**). El mundo que ahora vive en incredulidad como si Dios no existiera, caerá bajo el justo juicio de Dios. El triunfo del pecado en nuestro mundo es temporal y la justicia de Dios vencerá finalmente. Con su venida la justicia de Dios será vindicada.

3. Una actitud correcta ante los eventos del porvenir

La segunda venida será un evento glorioso que llevará aparejados otros hechos trascendentes con los cuales se cerrará la historia de la salvación para dar principio a una nueva creación eterna. Muchos estudiosos de la profecía han tratado de presentar un orden cronológico de todos ellos llegando en muchas ocasiones a conclusiones muy diferentes. Este hecho debe salvarnos de un excesivo dogmatismo y de tratar como hereje a todo aquel que no entienda el desarrollo de los acontecimientos proféticos de la misma manera que nosotros.

Las dificultades para establecer un orden cronológico preciso se deben principalmente a que la Biblia no trata el tema de esa manera. Las referencias a los acontecimientos futuros están esparcidas por todas las Escrituras como si se trataran de piezas de un gran puzzle. Porque en realidad, Dios nunca ha tenido el propósito de satisfacer nuestra curiosidad proporcionándonos un orden riguroso y detallado, sino que lo que desea sobre todo es estimularnos a una vida espiritual más cercana a sus propósitos.

Por supuesto, esto no quiere decir que Dios no tenga un programa bien perfilado de lo que va a hacer, y que esté improvisando sobre la marcha.

4. La segunda venida y el rapto de la iglesia

Dentro de los acontecimientos anunciados por la Palabra y que todavía no se han cumplido, está el rapto o arrebatamiento de la iglesia. El momento en que éste tendrá lugar y su relación con la segunda venida de Cristo es uno de los temas que ha dividido frecuentemente al pueblo de Dios.

Este rapto de la iglesia significa su traslado al cielo sin tener que experimentar la muerte física. En esa misma ocasión serán resucitados los muertos en Cristo. Encontramos una explicación de esto en los siguientes pasajes:

(1 Ts 4:16-17) “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.”

(1 Co 15:51-52) “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados.”

Parece que hay cierta diferencia entre el arrebatamiento y la segunda venida, puesto que en el primer caso el Señor recibirá a sus santos en las nubes, mientras que en el segundo, él asentará su pie sobre el Monte de los Olivos y destruirá a los ejércitos que tratarán de conquistar a Jerusalén (**Zac 14:1-4**).

Ahora bien, ¿en qué momento tendrá lugar el rapto de la iglesia? Algunos hablan de coincidencia entre los dos acontecimientos, de tal manera que en su venida el Señor recibirá a sus santos en las nubes y de allí bajará al Monte de los Olivos. Otros en cambio interpretan que puede venir al comienzo de la gran tribulación o incluso antes. Lo cierto es que no tenemos información precisa para llegar a una conclusión.

5. La segunda venida y el milenio

Una descripción del “milenio” la encontramos en el libro de Apocalipsis:

(Ap 20:1-6) “Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.”

En cuanto a la relación que habrá entre la segunda venida de Cristo y el milenio hay también posturas bien diferenciadas. A continuación las exponemos brevemente.

- Algunos niegan que habrá un milenio literal (amilenialismo), y piensan que debemos interpretar estas escrituras de forma simbólica. Para ellos, el cumplimiento del milenio comenzó con la Iglesia, por consiguiente, ya estamos viviendo en el milenio. Así mismo creen que Satanás está actualmente atado, algo que no parece coincidir con la realidad que este mundo ha atravesado desde la partida de Cristo. Esta postura fue popularizada por Agustín de Hipona y asumida por la Iglesia Católica. No hemos de olvidar que a lo largo de la Edad Media el catolicismo se había encaramado a las más altas cimas del poder humano y que a ellos estaban sometidos reyes y emperadores, y su autoridad era suprema en prácticamente todos los aspectos de la vida. En esas circunstancias ellos creyeron que la iglesia estaba viviendo la paz y la gloria del milenio. Sin embargo, la historia ha sacado a la luz el oscurantismo, falta de justicia y la violencia que se vivió en aquellos siglos, algo completamente diferente a lo que describe la Biblia en cuanto al milenio.
- Otros interpretan que el reino de Dios está siendo ahora extendido en el mundo por la predicación del Evangelio y la obra salvífica del Espíritu Santo en los corazones de individuos y que el mundo será finalmente cristianizado, y que el regreso de Cristo ocurrirá al final de un largo período de justicia y paz que denominamos “milenio” (postmilenialismo). Ellos suponen que la mayor parte del mundo responderá positivamente al evangelio, algo que no ha sido nunca así, ni en la época de Jesús y los apóstoles, ni tampoco en el mundo actual. Además, el incremento de la injusticia, la inmoralidad y la violencia creciente no hace creíble que este mundo esté en camino en convertirse en el reino de Cristo. Más bien todo parece indicar que se ha convertido en un feudo bien consolidado de Satanás, a juzgar por su influencia subversiva a través del ateísmo, el totalitarismo, el materialismo, el relativismo moral y la permisividad social. Por otro lado, y más importante todavía, esta perspectiva no está en consonancia con el cuadro que presentó el Señor Jesucristo en su discurso profético, en el que anunció que todo este período hasta su segunda venida estaría caracterizado por falsos cristos, guerras, hambres, terremotos, persecuciones y una gran tribulación (**Mr 13:1-23**), y por un grave decaimiento espiritual incluso de los creyentes (**Mt 24:12**).
- Una tercera postura es la que entiende que el milenio será establecido por Cristo en su segunda venida (premilenialismo). Con su presencia Cristo cumplirá todas las

promesas pendientes tocante al reino terrenal de Israel que los profetas habían anunciado en innumerables ocasiones a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Nosotros creemos que efectivamente el reino de Dios no será establecido por la labor de la iglesia sino por la presencia de Cristo en su segunda venida.

“Después de aquella tribulación”

1. ¿A qué “tribulación” se refiere?

- En nuestro estudio anterior consideramos las advertencias de Jesús en cuanto a las persecuciones que los creyentes tendrían que pasar durante todo el período de tiempo antes de su segunda venida, y por supuesto, que serían “tribulaciones” que traerían experiencias de aflicción y angustia.
- También podría referirse al sufrimiento que vino sobre Jerusalén cuando fue sitiada y destruida en el año 70 d.C. por orden del general Tito.
- Pero en contraste con estas pruebas y sufrimientos que han afligido a la raza desde que Cristo se fue, las Escrituras hablan de un tiempo específico de tribulación sin precedentes que tendrá lugar al final de este tiempo y que desembocará en la segunda venida de Cristo.

2. La gran tribulación anunciada por Jeremías

Esta gran tribulación final será el cumplimiento pleno de aquella que vino sobre Jerusalén cuando fue destruida en el año 70 d.C. Se trata de lo que el profeta Jeremías describió como el *“tiempo de angustia para Jacob”* (**Jer 30:7**). Esto nos indica que la gran tribulación de los últimos días tendrá como centro a la nación de Israel. Jeremías nos da algunas indicaciones sobre lo que ocurrirá en esos días:

- Antes de este tiempo de tribulación los hijos de Israel regresarán a su tierra: *“Porque he aquí que vienen días, dice Jehová, en que haré volver a los cautivos de mi pueblo Israel y Judá, ha dicho Jehová, y los traeré a la tierra que di a sus padres, y la disfrutarán”* (**Jer 30:3**).
- Después de su regreso vendrá sobre ellos la gran tribulación: *“Porque así ha dicho Jehová: hemos oído voz de temblor; de espanto, y no de paz. Inquirid ahora, y mirad si el varón da a luz; porque he visto que todo hombre tenía las manos sobre sus lomos, como mujer que está de parto, y se han vuelto pálidos todos los rostros. ¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado”* (**Jer 30:5-7**).
- Pero aunque tenga que pasar por un tiempo de gran tribulación Dios le promete que sería librado de ella y que nunca más serviría a los gentiles, sino a Jehová su Dios y a David: *“En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, yo quebraré su yugo de su cuello, y romperé tus coyundas, y extranjeros no lo volverán más a poner en servidumbre, sino que servirán a Jehová su Dios y a David su rey, a quien yo les levantaré. Tú, pues, siervo mío Jacob, no temas, dice Jehová, ni te atemorices, Israel; porque he aquí que yo soy el que te salvo de lejos a ti y a tu descendencia de la tierra de cautividad; y Jacob volverá, descansará y vivirá tranquilo, y no habrá quien le espante”* (**Jer 30:8-10**).

3. El gobierno del anticristo anunciado por Daniel

Según Daniel el tiempo del fin será caracterizado por una religión atea encabezada por un gobernante mundial absoluto que rechazará a todos los dioses anteriores y exigirá para él mismo la honra divina.

(Dn 11:36-39) *“Y el rey hará su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas, y prosperará, hasta que sea consumada la ira; porque lo determinado se cumplirá. Del Dios de sus padres no hará caso, ni del amor de las mujeres, ni respetará a dios alguno, porque sobre todo se engrandecerá. Mas honrará en su lugar al dios de las fortalezas, dios que sus padres no conocieron; lo honrará con oro y plata, con piedras preciosas y con cosas de gran precio. Con un dios ajeno se hará de las fortalezas mas inexpugnables, y colmará de honores a los que le reconozcan, y por precio repartirá la tierra.”*

Y será *“después de aquella tribulación”* cuando se producirá la segunda venida del Señor. Como podemos apreciar, el mundo no será en ese momento un lugar conquistado por el evangelio y conducido por la obediencia a Cristo. Más bien se describe como un mundo en un horroroso clímax de maldad y rebelión contra Dios, encabezado por un gobernante ateo, blasfemo y perseguidor en constante guerra contra los escogidos de Dios.

Pero con su venida, Cristo vencerá al anticristo y establecerá su reino de paz y justicia.

“El sol, la luna, las estrellas, las potencias de los cielos”

En el momento de la segunda venida de Cristo tendrá lugar una gran convulsión del universo y *“el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor”*, de tal manera que la oscuridad será absoluta. En medio de esto, el Señor resplandecerá con toda su gloria.

Los profetas del Antiguo Testamento también habían anunciado que el día del Señor sería precedido por estas señales:

(Is 13:10-11) *“Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor. Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes.”*

(Jl 2:10-11) *“Delante de él temblará la tierra, se estremecerán los cielos; el sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor. Y Jehová dará su orden delante de su ejército; porque muy grande es su campamento; fuerte es el que ejecuta su orden; porque grande es el día de Jehová, y muy terrible; ¿quién podrá soportarlo?”*

(Jl 3:15-17) *“El sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor. Y Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel. Y conoceréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que habito en Sion, mi santo monte; y Jerusalén será santa, y extraños no pasarán más por ella.”*

(Am 8:9) (Am 9:11) *“... Acontecerá en aquel día, dice Jehová el Señor, que haré que se ponga el sol a mediodía, y cubriré de tinieblas la tierra en el día claro... En aquel día yo levantaré el tabernáculo caído de David...”*

“Verán al Hijo del Hombre viniendo con gran poder y gloria”

1. “El Hijo del Hombre”

El Señor empleó en muchas ocasiones el título “Hijo de Hombre” para referirse a sí mismo. Este era un título mesiánico que encontramos por primera vez en el profeta Daniel y que sirve para describir al Mesías en forma humana, tal como ascendió a la gloria (**Hch 1:11**). De ese modo vendrá a establecer su reino:

(Dn 7:13-14) “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre que vino hasta el Anciano de Dios, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.”

2. Su venida será personal

Notemos que otra de las características de la segunda venida es que será Cristo mismo quien vendrá. No enviará un ángel o un arcángel, tampoco será un espíritu, ni siquiera el Espíritu Santo, que ya vino en el día de Pentecostés. Tampoco será una influencia sobrenatural por la cual será transformado el mundo, o la venida “espiritual” de Cristo, como algunos han sugerido. Será el Señor Jesucristo en persona, en su cuerpo de resurrección glorificado, el que aparecerá en la plenitud de su majestad. Esto fue lo que los ángeles anunciaron a los discípulos en el momento de la ascensión del Señor:

(Hch 1:11) “Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.”

3. Su venida será visible

El Señor afirmó que “verán al Hijo del Hombre” (**Mr 13:26**) (**Mt 24:30**). Y el libro de Apocalipsis dice: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá” (**Ap 1:7**).

Todo esto contrasta con lo que dicen los “Testigos de Jehová” cuando afirman que Cristo vino a la tierra espiritualmente el 1 de octubre de 1914 para combatir a Satanás y establecer un reino teocrático milenar.

4. Su segunda venida no será como la primera

Cuando comparamos las dos venidas de Cristo encontramos grandes diferencias:

- La primera vez vino en debilidad, como un niño indefenso, nacido en una familia pobre, sin honores y apenas conocido. Su carácter se distinguió por ser “manso y humilde”, y vino a sufrir y cargar con la culpabilidad de nuestros pecados.
- Pero en su segunda venida vendrá revestido de dignidad real, rodeado de los ejércitos celestiales para ser reconocido y obedecido por todas las naciones de la tierra. Entonces manifestará su poder y gran gloria juzgando a sus enemigos que serán puestos por estrado de sus pies.

La razón para estas diferencias se encuentra en el hecho de que en su primer advenimiento vino para redimirnos del pecado y por lo tanto se presentó como un “Cordero”, pero en su segunda venida aparecerá “sin relación con el pecado” (**He 9:28**) para consumir la salvación de su pueblo.

“Enviaré sus ángeles, y juntaré a sus escogidos”

¿A quiénes se refiere por “sus escogidos” y dónde los “juntará”?

- Seguramente no debemos identificar este recogimiento de los escogidos con el “arrebatación” de la Iglesia para ser llevada al cielo.
- Probablemente sea mejor ver aquí el cumplimiento de las muchas profecías del Antiguo Testamento que prometen una gran “reunión” de la nación de Israel dispersada por todo el mundo que serán congregados para entrar en posesión del Reino.

“De la higuera aprended la parábola”

La interpretación primaria de la parábola de la higuera es que las señales predichas por el Señor serán el preludio de la consumación del siglo, de la forma en que los tiernos brotes de la higuera en ciernes anuncian la proximidad del verano.

Pero no debemos olvidar que en las enseñanzas del Señor, la higuera servía como un símbolo de la nación de Israel (**Mr 11:12-26**). En este sentido, la renovación de la vida nacional de Israel que estamos viendo en nuestros días, deberían servir de advertencia para nosotros de que el tiempo del fin se está acercando.

“No pasará esta generación hasta que todo esto acontezca”

¿A qué “generación” se refiere Jesús?

- Algunos interpretan que estas palabras de Jesús no se refieren a la Segunda Venida, sino a la profecía que acababa de hacer acerca de la caída de Jerusalén y la destrucción del templo, por lo tanto, la generación de la que hablaba sería la que vivía en aquellos días.
- Otros asocian la palabra “generación” con la “raza” judía (algo que el griego parece permitir). Por lo tanto, lo que el Señor estaría diciendo es que la nación de Israel sería conservada hasta su segunda venida. Y a pesar de las violentas persecuciones que ha sufrido, y de que han estado dispersados durante siglos, es un hecho que sigue existiendo sin haberse mezclado con otras razas como han hecho muchos otros pueblos.
- Por último, algunos sugieren que debemos interpretar “generación” como un período de tiempo determinado por ciertas características comunes y no por un espacio de tiempo concreto. En este sentido podemos pensar en la generación del diluvio a la que Dios tuvo que destruir, o la generación de israelitas en el desierto que fueron condenados a no entrar en la tierra prometida por su apostasía. En este sentido, el Señor se refirió a los judíos de su tiempo como “esta generación mala” (**Lc 11:29**), y quizá ahora estaba queriendo decir que la nación de Israel seguiría manifestando el mismo rechazo hacia Cristo hasta su segunda venida, siendo la misma “generación mala” que los judíos del tiempo de Jesús.

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”

El milagro histórico de la supervivencia de Israel que hemos considerado en el versículo anterior, es un ejemplo del principio fundamental y consolador que encontramos aquí.

Aparentemente *“las palabras”* no son nada en comparación con el enorme poder del universo material, pero lo cierto es que al tratarse de *“palabras divinas”* hacen que sean más reales y duraderas que el mismo cosmos.

Jesús lo sabía bien, y siempre resaltó la importancia y el valor trascendente de la Palabra de Dios. Una prueba más de ello la encontramos en el hecho de que a lo largo de su sermón profético utilizó en repetidas ocasiones diferentes palabras proféticas ya existentes en el Antiguo Testamento.

“De aquel día y de la hora nadie sabe”

1. La venida de Cristo será inesperada

A lo largo de su discurso profético el Señor indicó que su segunda venida sería precedida por diferentes señales: la aparición de falsos cristos, guerras, hambres, terremotos, persecución, la predicación universal del evangelio y una gran tribulación. Nosotros haremos bien en estar atentos a estos indicadores, pero ninguno de ellos nos permite fijar con exactitud la fecha en que su venida tendrá lugar. Las palabras de Jesús no podían ser más claras: *“Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre” (Mr 13:32)*. El apóstol Pablo lo ilustra diciendo que vendrá *“así como ladrón en la noche” (1 Ts 5:2)*. Esto explica las exhortaciones del Señor a la vigilancia, a la perseverancia y a la fidelidad en el servicio que veremos en los próximos versículos.

En este punto tenemos que lamentarnos de la cantidad de líderes fanáticos de diversas sectas, que haciendo caso omiso a las palabras del Maestro, han afirmado con confianza conocer la fecha exacta de la segunda venida. El tiempo ha demostrado invariablemente que estaban equivocados. Jesús nos advierte contra este tipo de personas. Y por supuesto, las malas interpretaciones de estos falsos profetas no anula ni disminuye la validez de las promesas de Cristo.

2. “Nadie sabe, ni el Hijo”

El hecho de que el Hijo no sepa cuándo será el momento de su venida, ha desconcertado a muchos; ¿cómo puede ser que siendo Dios desconozca algo tan importante?

En otras partes de los evangelios vemos que Jesús manifestó omnisciencia divina, como por ejemplo cuando anunció detalladamente su muerte y resurrección.

Pero no hemos de olvidar que él se encontraba en la posición de *“Siervo” (Mr 10:45)*, y en esa condición recibía órdenes concretas de su Padre sobre su misión. En ese estado debemos entender que no era de su competencia el conocer y manifestar el momento exacto de su segunda venida, porque era algo que el *“Padre puso en su sola potestad” (Hch 1:7)*.

“Mirad, velad y orad”

Sin lugar a dudas hay una gran sabiduría en este silencio. Podemos imaginarnos lo difícil que habría sido para la iglesia primitiva, si hubiera sabido que el Señor Jesucristo no ha regresado todavía dos mil años después de su partida. Sus corazones se habrían sentido desalentados pensando en los siglos de tinieblas que tendrían que pasar antes de que el Maestro volviese a establecer su reino.

Pero este silencio nos mantiene en un estado de constante expectación, vigilancia, oración y servicio, o al menos, ésta es la intención del Señor: *“Mirad, velad y orad”*.

(Ro 13:11-14) *“Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestidos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne.”*

Además, hay algo concreto que debemos hacer. Cuando después de la resurrección los discípulos volvieron a preguntar a Jesús sobre el momento de su segunda venida, les volvió a contestar en los mismos términos: *“No os toca a vosotros saber los tiempos y las sazones, que el Padre puso en su sola potestad” (Hch 1:7)*. Pero notemos que el Señor les dijo que ellos tendrían que hacer algo hasta que él regresara: *“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch 1:8)*.

“Es como el hombre que yéndose lejos”

El Señor ilustró su exhortación por medio de una parábola en la que un propietario tiene que viajar lejos, pero antes de irse delega autoridad a sus siervos, asignando a cada uno de ellos una responsabilidad concreta, y de manera especial manda al portero que no descuide su deber sino que esté alerta.

De esto aprendemos que la mejor forma de demostrar que estamos listos para su venida es ocupándonos en su servicio, cumpliendo de manera responsable con la tarea que el Señor nos ha asignado y desarrollando adecuadamente los dones recibidos. Porque, ¿de qué sirve pensar en nuestro futuro eterno si esto no afecta a nuestro presente? Según el Señor, nuestro futuro debe tener influencia en nuestro presente.

(1 Ts 1:9-10) *“... Os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, el cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera.”*

¿Qué es lo que debemos vigilar? Bueno, todo cristiano enfrenta tentaciones y presiones que le quieren hacer creer que todo es mentira y así apartarlo de la fe. Por lo tanto, no debemos dejar que nada ni nadie nos aparte del Señor, rogándole continuamente que él lleve a cabo su obra en nosotros, mientras no dejamos de mirar al cielo esperando su venida.

En otras ocasiones se puede interpretar incorrectamente la enseñanza acerca de la segunda venida y llegar a pensar que puede ser una escapatoria para abandonar nuestras responsabilidades. Esto fue lo que les ocurrió a los creyentes en Tesalónica que pensaron que puesto que el Señor iba a regresar pronto, ya no tenía sentido seguir trabajando y dejaron sus obligaciones sociales, teniendo el apóstol que llegar a decirles que *“si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Ts 3:10)*.

Conclusión

En aquel día cada creyente tendrá que enfrentarse con Cristo y dar cuentas personalmente ante él. Ese día se enfrentará con el Cristo que se entregó por él al sufrimiento de la cruz para liberarlo de un modo de vivir pecaminoso y convertirlo en un entusiasta de las buenas obras. ¿Qué pasará si en aquel día, al enfrentarse cara a cara con el Cristo majestuoso en toda su gloria, tiene que reconocer que ha desperdiciado las

oportunidades que los sufrimientos de Cristo le consiguió? La Biblia nos advierte que un creyente así se avergonzará ante Cristo en el día de su venida (**1 Jn 2:28**).

Terminamos estas reflexiones con las mismas palabras con las que acaba la Biblia:

(Ap 22:20) “El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.”

Preguntas

1. ¿Por qué razones cree que era necesaria la segunda venida de Cristo?
2. Explique con sus propias palabras las diferentes posturas que hay en cuanto a la segunda venida de Cristo y el milenio.
3. ¿Qué sabe sobre la gran tribulación de la que Cristo habló? Justifique su respuesta con citas bíblicas.
4. ¿Cómo será la segunda venida de Cristo?
5. ¿Qué actitud debemos tener ante la venida de Cristo? ¿Cómo debe afectar este evento a nuestras vidas?

Jesús es ungido en Betania - Marcos 14:1-11

(Mr 14:1-2) “Dos días después era la pascua, y la fiesta de los panes sin levadura; y buscaban los principales sacerdotes y los escribas cómo prenderle por engaño y matarle. Y decían: No durante la fiesta, para que no se haga alboroto del pueblo.

Pero estando en Betania, en casa de Simón el leproso, y sentado a la mesa, vino una mujer con un vaso de alabastro de perfume de nardo puro de mucho precio; y quebrando el vaso de alabastro, se lo derramó sobre su cabeza. Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella. Pero Jesús dijo: Dejadla; ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.

Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo. Ellos, al oírlo, se alegraron, y prometieron darle dinero. Y Judas buscaba oportunidad para entregarle.”

Introducción

Desde el capítulo 11, Marcos nos ha estado presentando la última semana que el Señor Jesucristo pasó en Jerusalén y que desembocó en su muerte y posterior resurrección. En realidad, como él mismo había anunciado en repetidas ocasiones en el camino a Jerusalén (**Mr 8:31**) (**Mr 9:30-31**) (**Mr 10:32-34**), esta visita a la capital constituía el final de su ministerio que había de terminar al entregar “su vida en rescate por muchos” (**Mr 10:45**).

Y aunque los dirigentes judíos ya habían manifestado en otras ocasiones sus deseos de acabar con Jesús (**Mr 3:6**), los sucesos de los últimos días les habían llevado a tomar la decisión de hacerlo de forma inmediata. La envidia les consumía, y no podían soportar por más tiempo que la popularidad de Jesús siguiera aumentando entre el pueblo. Recordemos brevemente cuáles fueron las cosas que tanto habían molestado a los líderes religiosos de la nación: Primeramente el efecto que había tenido su entrada triunfal en Jerusalén (**Mr 11:1-11**), pero también las denuncias que había hecho en el templo por los abusos que los sacerdotes cometían en aquel santo lugar (**Mr 11:15-19**); las parábolas que contó sacando a la luz las malvadas intenciones de los líderes de la nación (**Mr 12:1-12**); la fuerte denuncia que hizo de la hipocresía de los escribas (**Mr 12:38-40**); su sabiduría al responder con la Palabra a las cuestiones comprometidas que le presentaban los judíos de las diferentes sectas (**Mr 12:13-34**); y finalmente, su anuncio de la destrucción del templo (**Mr 13:12**). Con todas estas cosas había puesto en evidencia la falta de autoridad de los líderes religiosos de la nación (**Mr 11:27-33**) y había denunciado públicamente su pecado. Así que ellos vieron peligrar su posición y pensaron que la única solución era matarlo, creyendo que así terminarían de una vez con el “problema”. Pero tenían que estudiar bien cómo lo iban a hacer, porque muchas de las cosas que Jesús decía contaban con la aceptación del pueblo, que sufría los abusos constantes de sus dirigentes.

Esta era la situación reinante en Jerusalén justo antes de que se celebrase la fiesta de la pascua, a la que ya habían comenzado a acudir para su celebración miles de judíos de todas las partes.

Ahora bien, en el pasaje que ahora vamos a estudiar, debemos notar que Jesús apenas actúa, sino que más bien son otros los que están tomando decisiones en cuanto a él. El evangelista escoge algunas de estas reacciones que incluyen a los líderes religiosos, una mujer en Betania y a uno de sus discípulos. Sus actitudes reflejan de forma contrapuesta diferentes posturas radicales de amor y odio hacia Jesús. Así que, mientras unos están buscando la forma de matarle, una mujer muestra su amor y devoción absoluta hacia él.

La preparación de la pascua

Marcos ha colocado la escena en la semana previa a la celebración de la Pascua. En esos días estaban llegando constantemente judíos piadosos de todas las partes para celebrar la fiesta en Jerusalén. No debemos olvidar que ésta era una de las tres grandes fiestas anuales que los judíos debían celebrar en Jerusalén (**Dt 16:5-7**). Por esta razón, la ciudad estaba abarrotada de peregrinos que llenaban todos los alojamientos y llegaban hasta acampar en cabañas, en las laderas de los montes circundantes.

La finalidad por la que los israelitas llegaban a la ciudad unos días antes era con el fin de buscar un alojamiento donde celebrar la pascua, pero también era un tiempo de preparación espiritual para la fiesta. Pero no eran ellos los únicos que tenían que hacer preparativos, también para los sacerdotes y líderes de la nación se multiplicaba el trabajo en el templo. Ellos tenían que supervisar que los corderos para el sacrificio fueran adecuados y también tenían que hacer diferentes rituales dentro del templo.

Sin embargo, el evangelista nos explica que los preparativos que los principales sacerdotes y los escribas estaban haciendo tenían que ver fundamentalmente con la forma en la que pensaban arrestar y dar muerte a Jesús. En realidad, a lo largo de estos pasajes, Marcos nos está presentando a Jesús como el “*Cordero de Dios*” que iba a ser sacrificado en esa pascua.

Por supuesto, ellos no estaban pensando en esto, y de hecho, aunque habían decidido matar a Jesús, no querían hacerlo durante la fiesta de la pascua. La razón era sencilla; ellos sabían que Jesús tenía muchos simpatizantes entre los miles de peregrinos llegados de Galilea, y por lo tanto, pensaron que si emprendían cualquier acción contra él en esos días, esto podría provocar un levantamiento popular de consecuencias imprevisibles. Así que, decidieron que esperarían pacientemente hasta que la gente regresara a sus casas después de la fiesta.

Pero Dios tenía otro plan: Jesús tenía que ser el Cordero Pascual. Por lo tanto, de la misma manera que no le habían podido hacer nada a Jesús en tanto que su hora no había llegado (**Jn 7:30**), tampoco podrían hacer nada para retrasarla. En este sentido, es interesante notar que aunque los hombres y el mismo Satanás estaban obrando de forma activa para destruir los propósitos de Dios, lo único que lograron hacer fue cumplirlos para su gloria.

(Sal 33:10-11) “Jehová hace nulo el consejo de las naciones, y frustra las maquinaciones de los pueblos. El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones.”

(Sal 2:1-4) “¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y

contra su ungió, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos.”

Es importante que recordemos también que los corderos que fueron sacrificados en la primera pascua que los israelitas celebraron en Egipto y que marcó el comienzo de su vida nacional, eran tipos del verdadero Cordero de Dios, el Señor Jesucristo (**Jn 1:29**). Por esta razón, para que el simbolismo se cumpliera, su muerte debía tener lugar coincidiendo con la pascua, y no después, como los judíos habían planeado. Además, dada su importancia, debería ser un acto público, ampliamente conocido, y no una muerte clandestina, sin que nadie supiera de ella, como los sacerdotes querían.

Como podemos ver a través de los evangelios, Cristo fue sacrificado precisamente en la fecha de la conmemoración de la salida triunfal de Egipto, llegando a ser nuestra pascua:

(1 Co 5:7) “... Nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros.”

Amor y odio, devoción y traición

Más adelante Marcos nos explicará que el ofrecimiento que Judas, uno de los apóstoles, les hizo a los líderes judíos para entregar a Jesús, fue la razón por la que finalmente llegaron a cambiar sus planes y así dar muerte a Jesús durante la fiesta. Pero antes de pasar a explicarnos todo ese proceso, intercala en su relato un cuadro completamente diferente en el que vemos a una mujer mostrar todo su amor y devoción hacia Jesús.

Por el evangelio de Juan, sabemos que la cena a la que Jesús fue invitado en Betania tuvo lugar seis días antes de la pascua (**Jn 12:1**). Por lo tanto, deducimos que Marcos no está colocando los acontecimientos en un orden cronológico, puesto que tal como nos acaba de informar, el complot para matar a Jesús tuvo lugar dos días antes de la pascua (**Mr 13:1**). Seguramente no faltará quien interpretará este hecho como una falta de precisión histórica en los relatos de los evangelios, pero creemos que nada de esto afecta a la veracidad de los hechos descritos, y por otro lado, nos ayuda a percibir que el propósito de Marcos al colocar los diferentes acontecimientos de esa semana en el orden en que lo hizo, tenía como finalidad contrastar las diferentes actitudes de los hombres ante Jesús.

De esta manera nos ha presentado un precioso cuadro en el que se destaca la devoción de una mujer en vivo contraste con la maldad de los líderes judíos y la traición de Judas.

“En Betania, en casa de Simón el leproso”

Dejando por un momento el odio que se respiraba contra Jesús en Jerusalén, Marcos nos lleva ahora a la cercana aldea de Betania en donde nos encontramos con un ambiente muy diferente. Allí Jesús tenía distintos amigos que confortaron su alma en aquellos difíciles días. Uno de ellos era “*Simón el leproso*” que amablemente le invitó a su casa a comer. Realmente sabemos muy poco acerca de él, pero imaginamos que era una de las muchas personas a las que Jesús había sanado de la lepra, y que seguramente estaba buscando la ocasión de mostrarle su agradecimiento.

Por supuesto, Simón no podía ser leproso en ese momento, ya que en esas condiciones no habría podido estar con sus invitados sentado a la misma mesa. Pero a pesar de que su enfermedad había desaparecido, sin embargo, siguió siendo conocido como “*Simón el leproso*”, y seguro que a él no le importaba que siguieran recordando lo que antes había sido, puesto que eso servía para glorificar al que le había sanado.

“Vino una mujer”

Marcos sólo nos dice que *“vino una mujer”* a la casa de Simón en donde Jesús había sido invitado. Si este incidente es el mismo que Juan ha registrado en su evangelio, la mujer de esta historia es María, la hermana de Lázaro y Marta (**Jn 12:2-3**). En este caso, María también tenía buenas razones para mostrar su agradecimiento a Jesús, puesto que él había resucitado a su hermano Lázaro (**Jn 12:1**).

Dicho esto, no es difícil imaginarnos el ambiente de amor que se respiraba en aquella casa hacia Jesús. Todos ellos sentían una profunda gratitud y reconocimiento hacia él y la invitación que le hicieron tenía como propósito honrarle y tener comunión con él.

Sin embargo, cada uno de ellos expresaba su amor por Jesús de forma diferente. Simón abrió su casa para la celebración, Marta servía, Lázaro se sentaba a la mesa disfrutando de la comunión con el Señor de quien había recibido la vida, y María quiso dar a conocer su amor y devoción al Maestro entregándole un precioso vaso de alabastro lleno de perfume de nardo puro, verdadero obsequio para un rey. El cuadro completo nos presenta diferentes aspectos del verdadero culto: la presencia del Señor presidiendo, la comunión, el servicio y la adoración.

“Un vaso de alabastro de perfume de mucho precio”

La mujer llevaba en sus manos un frasco o vaso de alabastro blanco que contenía una cantidad abundante de perfume de nardo puro. Los discípulos calcularon que su valor podría estar en torno a los trescientos denarios, lo que equivalía al sueldo de una persona por un año de trabajo.

Cuando llegó hasta donde estaba Jesús, la mujer quebró el cuello del vaso que contenía el ungüento. Con esto estaba dejando claras sus intenciones: no pensaba derramar simplemente unas gotas de aquel caro perfume, sino que lo iba a entregar completamente, de forma abundante y sin reservarse nada para ella misma. María no era el tipo de creyente que se limita a dar una proporción específica, sino que como la viuda pobre, entregaba todo lo que tenía (**Mr 12:44**).

Y aunque no sabemos cómo aquella mujer había conseguido tal cantidad de perfume, lo que sí podemos comprender es lo que aquel acto podía significar para una mujer. Esto implicaba el sacrificio de la coquetería femenina, algo parecido a aquellas otras mujeres que ofrendaron sus espejos de bronce para el tabernáculo en tiempos de Moisés (**Ex 38:8**).

El resultado fue que la casa se llenó inmediatamente de aquel agradable perfume. Pero aun más bello que el olor que se desprendía del perfume, era la devoción y amor que surgían de su corazón completamente entregado en adoración al Señor.

Estaba claro que la mujer no había hecho un uso muy “racional” del perfume, tal como a continuación le recriminaron algunos de los presentes. Lo normal habría sido derramar unas pocas gotas, de hecho, nunca hemos oído de otra mujer que usara un perfume tan costoso de esta manera. Es cierto que desde cierto punto de vista su comportamiento lo podríamos calificar de “extravagante o exagerado”, pero no debemos perder de vista un detalle fundamental: Jesús no era simplemente un hombre, era el mismo Hijo de Dios encarnado, y por lo tanto, cualquier comportamiento hacia él también debería superar los criterios “normales” de la vida.

Al menos, esta era la forma en la que María lo entendía y así expresó el valor que la persona de Jesús tenía para ella. Con su acto estaba diciendo que no había nada

demasiado valioso como para no entregárselo completamente al Señor. Jesús era digno de todo lo que ella era y tenía. Sólo cuando se aprecia a Jesús de esta manera es posible adorarlo como ella lo hizo.

De todas maneras, nunca debemos olvidar que el amor de la mujer por Jesús era la respuesta al amor de Jesús por ella. Al leer estos pasajes de forma seguida, tenemos la impresión de que el evangelista nos quiere hacer notar cierto contraste: la mujer quebró el frasco de alabastro y derramó el perfume sobre Jesús (**Mr 14:3**), pero inmediatamente después encontramos que Jesús, antes de morir simbolizó ese hecho partiendo un pan y diciéndoles que iba derramar su sangre para la salvación de muchos (**Mr 14:24**). Por lo tanto, si Jesús iba a entregar su vida, derramando su preciosa sangre, nada era demasiado caro para agradecerse.

“Y murmuraban contra ella”

La mujer entendió que la única forma adecuada de responder al amor, es amando. Y por esta misma razón, aquellos que nunca han aceptado el amor de Cristo en sus vidas, estiman esta entrega y devoción por Jesús como una pérdida o desperdicio.

Lo triste del caso es que fueron algunos de los discípulos quienes empezaron a murmurar (*“resoplar”* en el original) contra la mujer. Por el evangelio de Juan sabemos que Judas, el tesorero del grupo, fue quien expresó la objeción más severa (**Jn 12:4-5**), pero el resto del grupo también le hicieron eco.

¡Pobre mujer! Mirara donde mirara se encontraba con caras de desaprobación. Aunque esto no hace sino dar más realce a su acto de devoción.

La queja que Judas y el resto del grupo expresaron, es que aquel acto les parecía desproporcionado, y que los trescientos denarios en el que valoraron aquel perfume podían haber sido aprovechados de otra manera mucho mejor. Con estos comentarios estaban expresando que para ellos Jesús no se merecía tanto como aquella mujer le había entregado. Por supuesto, a ninguno de ellos le importó aplastar el espíritu agradecido de la mujer, o considerar a Jesús como indigno de un don tan valioso.

Este sentimiento lo expresaron sin ningún tipo de delicadeza y sensibilidad: *“¡Qué desperdicio!”*. Daban a entender así que lo que la mujer había hecho era como si se hubiera tirado a la basura una exorbitante cantidad de dinero. ¡Qué duros de corazón! Para Judas y los otros discípulos, aquello que la mujer había derramado era mucho porque apreciaban poco al Señor, pero para ella, lo que había entregado era muy poco porque apreciaba mucho al Señor.

Podemos estar seguros de que nunca faltarán personas que desacreditarán cualquier acto de amor y devoción que hagamos hacia el Señor. Les parecerá que estamos exagerando y nos recomendarán moderación. Pensarán que somos fanáticos y no tardarán en criticarnos y en tratarnos de locos. Pero en cambio, no les parecerá un desperdicio cuando la persona consagra su tiempo y dinero en cualquier otro placer o afición personal, sino que por el contrario, les animarán y alabarán. Y tampoco les parecerá un desperdicio rechazar la preciosa salvación que Cristo les ofrece.

La conclusión de todo esto es muy sencilla: podemos saber cuánto amamos al Señor pensando en lo que estamos dispuestos a entregarle. Y por supuesto, mientras no estemos dispuestos a honrarle con todo lo que somos y tenemos, nuestro amor por él seguirá siendo pobre e insuficiente.

Pensemos en lo que tenemos de más valor y ofrezcámoselo al Señor, pensando sólo en él. Una historia nos puede ayudar a entender esto de forma práctica: Una vez, un predicador al final de una reunión misionera se sintió movido a proponer a la multitud de cristianos allí reunidos que presentasen a nuestro Señor, cada uno, algún artículo que apreciara mucho, no con el pensamiento de conseguir méritos, sino como una prueba del profundo amor personal que sentía para con él. Respondiendo a esta proposición, muchos inmediatamente dieron joyas y adornos y artículos costosos, que se vendieron en una crecida suma para la causa del Maestro. Más tarde, recibió la carta de una viuda, que dijo que hacía mucho que había rehusado consentir en que su hija se hiciese misionera, porque le parecía que no podía separarse de ella; pero bajo el constreñimiento del amor de Cristo ya no se opondría más sino que la daría como su más valiosa ofrenda.

No olvidemos que sólo podremos demostrar un amor puro hacia el Señor cuando no estemos pensando en el costo de lo que le entregamos, sino sólo en la grandeza y belleza de su Persona. ¿Qué pensaríamos de un joven que va a comprar flores para su amada y que después de preguntar el precio de todas ellas, finalmente le duele gastarse mucho dinero y compra las flores más baratas y ya un poco mustias? ¿Qué distinto de aquel otro joven que entra en la tienda y pregunta inmediatamente por las flores más bellas, justificando que son para su amada!

“Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho”

Ya hemos comentado los intereses mercantilistas bajo los que los discípulos estaban considerando el acto de devoción de la mujer y con el que habían puesto en evidencia que no entendían los verdaderos valores espirituales.

Ahora vemos que Jesús intervino rápidamente para salir en defensa de la mujer y reprender las murmuraciones de los discípulos. Así que, a lo que ellos llamaban “desperdicio”, Jesús lo consideró una “buena obra”.

Y nosotros debemos tener en cuenta este hecho, porque el Señor sí que aprecia cualquier muestra de afecto sincero por su persona.

“A mí no siempre me tendréis”

Los discípulos habían sugerido que habría sido mejor dar a los pobres el dinero que valía aquel perfume, pero Jesús les vino a decir que mientras que siempre habría pobres entre ellos, en cambio, a él no siempre lo tendrían con ellos.

Esto nos debe llevar a darnos cuenta de que hay oportunidades en la vida que se deben aprovechar según llegan, porque puede que nunca se vuelvan a presentar. Por ejemplo, una oportunidad de servicio a un hermano, o la posibilidad de hablar del Señor a un amigo inconverso, o de animar a una persona en un momento crítico de su vida... La tragedia es que esta clase de impulsos casi siempre mueren en el momento en el que nacen. Por el contrario, María actuó en el momento oportuno, aprovechando una oportunidad irrepetible. ¡Y cuánto debió de haber animado a Jesús el ver este extravagante e impulsivo acto de amor por él en aquellos momentos finales de su ministerio!

“Siempre tendréis a los pobres con vosotros”

Como hemos dicho, los murmuradores estaban dando a entender que la acción de la mujer era un despilfarro que manifestaba una actitud condenable de falta de solidaridad y amor al prójimo necesitado.

En realidad, estas bonitas frases y nobles preocupaciones, no hacían sino encubrir el egoísmo y carnalidad de Judas. El resto del grupo terminó dándose cuenta de que la propuesta que había hecho Judas de vender aquel perfume para dárselo a los pobres, estaba motivada por el hecho de que era él quien llevaba la bolsa y robaba de ella (**Jn 12:6**). Desde varios puntos de vista podríamos decir que Judas era el “pobre mendigo”.

Pero habiendo aclarado esto, también debemos decir que al Maestro sí que le importaban los pobres. El dio por hecho que sus discípulos darían limosnas a los pobres (**Mt 6:2**), y él mismo estuvo constantemente cuidando y proveyendo para todos los necesitados.

Lo que Jesús estaba diciendo es que hay oportunidades únicas de servirle a él, pero que desgraciadamente, en un mundo corrompido y egoísta como el nuestro, nunca faltarán las oportunidades para ocuparse de los pobres.

Y por otro lado, también estaba estableciendo ciertas prioridades que debemos tomar en consideración en nuestras propias vidas. El mundo piensa normalmente que en lugar de honrar al Señor y demostrarle nuestro respeto y agradecimiento, la iglesia se debería ocupar principalmente de hacer una labor social entre las clases necesitadas. Pero todo este pasaje nos está enseñando que el cristiano debe colocar a Jesús en el primer lugar de su vida y de su amor. Por supuesto, sin olvidar que las buenas obras hechas al prójimo también agradan a Dios. Por lo tanto, es buena y necesaria la acción social, pero nunca antes o por encima de la adoración a Dios. No olvidemos que la actitud contraria era precisamente la que defendía Judas.

“Esta ha hecho lo que podía”

Seguramente María había pensado muchas veces en cómo podía exteriorizar el aprecio que sentía por Jesús y encontró la solución en entregarle ese caro perfume que ella poseía. El Señor aceptó con agrado su ofrecimiento y comentó que no había nada más que ella pudiera hacer; *“había hecho lo que podía”*.

También aquí hay importantes lecciones para nosotros. En la mayoría de las ocasiones no podemos hacer todo lo que quisiéramos, y por esa razón nos paralizamos y ya no hacemos nada. Pero al Señor le agrada que hagamos lo que podemos. Por ejemplo, no podemos evangelizar el mundo entero, pero sí que podemos compartir el evangelio con un amigo. Con mucha facilidad somos tentados a pensar que puesto que no podemos hacer grandes cosas, nuestra vida ya no tiene sentido, pero la mentalidad correcta es la de María, que supo ver y aprovechar las ocasiones de servicio que se le presentaban. Y finalmente comprobaremos, que cuando hacemos lo que podemos, aunque sea poco, el Señor por su gracia lo multiplicará y hará producir grandes resultados.

“Se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura”

Otra de las cosas por las que Jesús defendió lo que María había hecho, es porque fue un acto de “amor inteligente”. Ella no actuó de forma irreflexiva o impulsiva. Había pasado mucho tiempo sentada a los pies de Jesús escuchando atentamente sus enseñanzas (**Lc 10:39**), y había llegado a comprender, mejor aún que los mismos discípulos, la verdad de la inminente muerte de Cristo.

Podemos decir, por lo tanto, que María no sólo apreciaba a Jesús, sino que también entendía y aceptaba que él era el Mesías y la obra que iba a realizar en la cruz. Esta fue otra de las grandes diferencias entre ella y los apóstoles; ellos tenían otros pensamientos acerca de la forma en la que el reino debía establecerse, y aunque el Señor les habló en

repetidas ocasiones acerca de su muerte, ellos no querían escuchar sobre ese tema. Por el contrario, María había llegado a aceptar que Jesús no iba a ser el Mesías triunfante con el que los discípulos soñaban, sino el Siervo sufriente del que había hablado el profeta Isaías (**Is 52:13-53:12**).

Por esta razón, cuando María ungió a Jesús con el perfume de nardo puro, en realidad estaba preparándolo para su muerte inminente, consciente de que no tendría otra oportunidad después. Y de hecho, así fue, porque cuando después de su muerte las mujeres fueron al sepulcro para ungirle conforme a las costumbres judías, su cuerpo ya no estaba allí, puesto que había resucitado (**Mr 16:1-6**).

En palabras de Jesús, lo que aquella mujer había hecho simbólicamente era preparar su cuerpo para la sepultura. Y como alguien ha dicho: “Más vale una rosa para el que vive que una guirnalda de flores para el que ha muerto”.

“Donde se predique se contará lo que ésta ha hecho”

Queda claro que Jesús confirió mucho valor a la acción de la mujer y también a su comprensión, razón por la cual dijo que lo que ella había hecho sería contado allí donde se predicara el Evangelio.

Aunque los hombres ni siquiera entiendan o acepten lo que hacemos para el Señor, él lo recuerda y recompensa:

(He 6:10) *“Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún.”*

El mundo entero ha llegado a tener *“memoria de ella”*, mientras que los mausoleos o monumentos que se han hecho en el pasado para muchas personas famosas han quedado derrumbados o simplemente han desaparecido, mientras que la fragancia de aquel perfume que María derramó sobre Jesús sigue llegando hasta nuestros días.

Tal vez debemos preguntarnos por qué acción o actitud seremos nosotros recordados.

“Judas Iscariote, uno de los doce”

Continuamos con el estudio de nuestro relato y el evangelista pasa a presentarnos en plena acción a un personaje completamente diferente a la mujer de la que hemos venido hablando hasta ahora. Se trata de Judas Iscariote, el que entregó a Jesús. Al considerar estos dos relatos uno al lado del otro, nos causan una profunda impresión. Mientras que María había ungido a Jesús preparándole para el sepulcro, Judas en cambio fue quien lo traicionó para llevarlo a la muerte. Difícilmente podríamos encontrar un contraste más fuerte entre el amor y la devoción generosa de María por un lado, y el egoísmo y la traición terrible de Judas por otro.

Fijémonos también que el evangelista describe a Judas como *“uno de los doce”*. Y nos parece increíble que alguien que había seguido a Jesús como un discípulo durante tres años, que había visto todos sus milagros, escuchado sus enseñanzas, llegando incluso a formar parte del grupo apostólico, finalmente pudiera llegar a traicionar a su Maestro tal como él lo hizo.

Judas es un triste ejemplo de la gravedad y magnitud de la caída del hombre. Sin duda nadie ha tenido tantos privilegios y posibilidades para conocer al Señor como él las tuvo, pero sin embargo decidió alejarse. Queda claro que los grandes milagros no convierten el

alma, ni tampoco las mejores predicaciones, o las abundantes bendiciones recibidas. Finalmente todo esto no sirve de nada si el corazón del hombre decide no amar a Dios.

“Ellos, al oírlo, se alegraron, y prometieron darle dinero”

A continuación Marcos vuelve a introducir en su relato a los principales sacerdotes, que ahora están contentos porque uno de los discípulos íntimos de Jesús fue hasta ellos ofreciéndose a ayudarles para prender a Jesús. Aunque triste, lo cierto es que el mundo siempre se alegra cuando somos infieles a Cristo. Y podemos imaginarnos que ellos interpretaron esta aparición repentina de Judas ofreciéndose a ayudarles como parte de la providencia divina que les justificaba en sus maquinaciones contra Jesús.

Pero, por supuesto, Judas no era el tipo de persona que actuara desinteresadamente, sino que como ya hemos visto, tenía cierta debilidad por el dinero, así que no ocultó sus intenciones ante los sacerdotes. Ellos acordaron entregarle treinta piezas de plata que parecieron satisfacerle suficientemente (**Mt 26:15**).

En cuanto a la suma de treinta piezas de plata que le ofrecieron, este era el precio de un esclavo (**Ex 21:32**) (**Zac 11:12**). Esto era todo lo que Jesús le importaba a Judas. ¡Qué diferencia tan grande con la actitud de María, que había tratado a Jesús como si fuera un verdadero rey!

“Y Judas buscaba oportunidad para entregarle”

A partir de ese momento, Judas estuvo constantemente buscando un momento propicio para entregar a Jesús. El conocía muy bien sus hábitos y buscaba la forma de facilitar a las autoridades judías su arresto *“a espaldas del pueblo”* (**Lc 22:6**). Esta fue la razón por la que cambiaron de opinión y ya no les importaba matarlo durante la fiesta de la pascua como inicialmente habían planeado.

Pero en cualquier caso, Judas sigue siendo un personaje enigmático para todos nosotros. ¿Por qué traicionó a Jesús? ¿Qué le llevó a dejar de ser un discípulo del Maestro para convertirse en el traidor que dirigió a sus enemigos a darle muerte? Muchas son las opiniones sobre esto:

- Una razón que ya hemos comentado es que Judas era codicioso y su amor al dinero le llevó a cometer esta traición (**Jn 12:5-6**).
- También es posible que se sintiera desilusionado porque Cristo no tenía intenciones de levantarse contra los romanos para establecer el reino judío tal como él esperaba, y por el contrario, no dejaba de anunciar constantemente su muerte. Debemos entender que seguramente la razón por la que se había hecho un seguidor de Jesús no era por cuestiones espirituales sino políticas, y al no ver sus expectativas cumplidas, decidió abandonar y sacar algún provecho antes de que fuera demasiado tarde.
- Otros han especulado con la idea de que Judas entregó a Jesús con la intención de obligarle a actuar. Pero esta opinión no parece coincidir con el cuadro general que nos dibujan los evangelios.
- Tal vez la razón fundamental la debemos buscar en el hecho de que Judas nunca había sido un verdadero creyente, y por esta causa no perseveró. Jesús lo sabía bien, y por eso, cuando en la última cena habló con sus discípulos de la necesidad de estar lavados, dijo que *“vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía*

quien le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos” (Jn 13:10-11). Por esta causa, poco después el diablo entró en él (Jn 13:27).

Preguntas

1. A partir de lo estudiado hasta aquí, haga un resumen de lo ocurrido en la última semana que el Señor pasó en Jerusalén, incluyendo también sus relaciones con los judíos y el ambiente que allí se respiraba.
2. ¿Por qué los judíos no querían matar a Jesús durante la fiesta de la pascua? ¿Qué ocurrió finalmente? ¿Por qué?
3. Describa el ambiente en la casa en Betania donde Jesús fue invitado. Reflexione sobre la actitud de cada uno de los presentes y lo que podemos aprender de ellos.
4. Una mujer derramó sobre Jesús un costoso perfume para demostrarle su amor y devoción. Razone sobre las diferentes características de este amor.
5. Explique con sus propias palabras las posibles razones que pudieron llevar a Judas a traicionar a Jesús.

Institución de la Cena del Señor - Marcos 14:12-25

(Mr 14:12-25) *“El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando sacrificaban el cordero de la pascua, sus discípulos le dijeron: ¿Dónde quieres que vayamos a preparar para que comas la pascua? Y envió dos de sus discípulos, y les dijo: Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y donde entrare, decid al señor de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad para nosotros allí. Fueron sus discípulos y entraron en la ciudad, y hallaron como les había dicho; y prepararon la pascua. Y cuando llegó la noche, vino él con los doce. Y cuando se sentaron a la mesa, mientras comían, dijo Jesús: De cierto os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar. Entonces ellos comenzaron a entristecerse, y a decirle uno por uno: ¿Seré yo? Y el otro: ¿Seré yo? El, respondiendo, le dijo: Es uno de los doce, el que moja conmigo en el plato. A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido. Y mientras comían, Jesús tomó pan y bendijo, y lo partió y les dio, diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio; y bebieron de ella todos. Y les dijo: Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada. De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.”*

Introducción

En los relatos anteriores hemos considerado la venida oficial del rey a Jerusalén, la historia de su rechazo y el anuncio de su muerte. Sin embargo, ese no sería el fin, por eso también nos ha hablado de su resurrección y de su regreso en gloria.

Marcos nos lleva ahora a la noche en la que Jesús celebró la última pascua con sus discípulos. El momento se reviste de mucha importancia, porque fue entonces cuando Jesús se despidió de sus discípulos. Después de cenar irían al huerto de Getsemaní, donde el Señor sería arrestado y los discípulos dispersados, así que no volverían a verle hasta después de su resurrección. Marcos apenas dedica espacio en su evangelio para explicar todo lo que Jesús dijo e hizo durante esta última cena, por eso recomendamos la lectura de los capítulos 13 al 17 del evangelio de Juan donde encontramos abundante información complementaria.

Por otro lado, Marcos da mucho relieve a aquella cena porque en ella se celebraba la pascua y se comía el cordero que había sido sacrificado unas horas antes. No debemos olvidar que tanto la pascua como el cordero, eran símbolos que iban a cumplirse en Cristo **(1 Co 5:7)**.

Pero una vez más, el evangelista va a mostrarnos grandes verdades por medio de fuertes contrastes. Todos sabemos que en el judaísmo la pascua era una fiesta anual en la que se celebraba la liberación que Dios había hecho de los israelitas cuando estaban esclavos en Egipto. Además era un tiempo de comunión y solidaridad entre el pueblo que se expresaba con una comida fraternal. Pero Cristo vivió aquella pascua de una forma muy diferente. Por un lado, Marcos coloca la celebración entre dos anuncios, uno de traición **(Mr 14:18)**, y otro de abandono **(Mr 14:26-27)** de dos de sus discípulos, lo que resalta la soledad de Cristo, acrecentada aun más por su relato en el huerto de Getsemaní donde

Jesús quedó sólo en oración. Y por otro lado, después de esto, vino su arresto (**Mr 14:32-50**), con lo que nos muestra que para Jesús aquella no fue una fiesta de liberación. Y viendo todo esto, aun nos parecen más elocuentes y significativas las palabras que Jesús pronunció al sentarse a la mesa: *“¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca!”* (**Lc 22:14**).

Bueno, pues teniendo todo esto en mente, vamos a considerar el pasaje que tenemos delante y que el evangelista ha dividido claramente en tres partes:

- Los preparativos para la cena pascual (**Mr 14:12-16**).
- El anuncio de la traición de Judas (**Mr 14:17-21**).
- La institución de la Cena del Señor (**Mr 14:22-25**).

“El primer día de la fiesta de los panes sin levadura”

La fiesta de la pascua iba unida a la fiesta de los panes sin levadura. La primera sólo duraba un día, y era el momento en que se sacrificaba el cordero pascual, mientras que la segunda duraba siete días.

(Lv 23:5-6) *“En el mes primero, a los catorce del mes, entre las dos tardes, pascua es de Jehová. Y a los quince días de este mes es la fiesta solemne de los panes sin levadura a Jehová; siete días comeréis panes sin levadura.”*

Ambas fiestas se celebraban juntas y por esta razón podemos encontrarnos que los evangelistas se refieren indistintamente a esta semana como la fiesta de la pascua o de los panes sin levadura.

Marcos nos aclara que la noche en que Jesús cenó con sus discípulos fue la misma en la que se sacrificaba el cordero de la pascua, lo que nos coloca en el primer día de la fiesta. Esto ha creado un problema a algunos, porque el evangelista Juan dice que cuando Jesús fue crucificado posteriormente era la *“preparación de la pascua”* (**Jn 19:31**), lo que les lleva a pensar que la cena a la que Marcos se refiere no pudo haber sido en el primer día de la pascua, sino antes. Seguramente, la cuestión se aclara en gran medida si pensamos que Juan se refiere a la pascua como a la semana entera de la fiesta, en la que además cada día había que sacrificar diferentes corderos.

En cualquier caso, no debemos dejar de notar la importancia del hecho de que ese era el día *“cuando se sacrificaba el cordero de la pascua”*. A lo largo del pasaje veremos que intencionadamente, el evangelista relaciona el cordero sacrificado en la pascua, con el sacrificio que Jesús, el verdadero Cordero de Dios, iba a realizar unas horas después. Notemos esta relación:

- En ambos casos, fue por medio de la sangre de un cordero, que aquellos que pusieron su confianza en ella, fueron librados de la ira de Dios. En Egipto, los israelitas que pusieron la sangre en el dintel y los postes de las puertas no fueron heridos por el ángel exterminador (**Ex 12:22-23**). De la misma manera, aquellos que confían en el sacrificio de Cristo y son lavados por su sangre, también serán librados de la ira venidera.
- Además, en ambos casos, el sacrificio del cordero pascual, marcaba el fin de la esclavitud y el comienzo de un nuevo pueblo libre. En el caso de los israelitas, significó el fin de su esclavitud en Egipto y el comienzo de su vida nacional (**Ex 12:1-3**) (**Dt 16:1**). Y por otro lado, el sacrificio de Cristo supuso el fin de la esclavitud del pecado y el comienzo de un nuevo pueblo, la Iglesia.

Preparando un lugar para comer la pascua

Los discípulos preguntaron a Jesús dónde quería que fueran a preparar para que comiera la pascua. Sin duda su preocupación era razonable, sobre todo si tenemos en cuenta que miles de judíos habían llegado en esos días a Jerusalén con el mismo propósito, lo que hacía que la ciudad estuviera abarrotada de peregrinos que ocupaban todos los alojamientos.

Pero Cristo no había dejado nada a la improvisación, así que envió a dos de sus discípulos, Pedro y Juan (**Lc 22:8**), con instrucciones precisas para encontrar el lugar donde debían preparar la pascua. Notamos, sin embargo, que no les indicó una dirección concreta, sino que les dio indicaciones que les llevarían a ella. La razón para esto la tenemos que encontrar en el hecho de que en aquellos días Jerusalén era un lugar hostil para Cristo, y que muchos allí estaban buscando la ocasión para prenderle de forma clandestina. Así que, salvo estos dos discípulos, nadie más sabía el lugar exacto donde se iban a reunir, y por supuesto, tampoco Judas, que no habría tardado en utilizar esta valiosa información para cumplir con el trato que había hecho con los principales sacerdotes para entregarles a Jesús. Todo esto era muy triste; estaba en Jerusalén, la propia ciudad del Rey, pero las autoridades habían puesto precio a su cabeza y la ciudad se había convertido en el cuartel general aquí en la tierra de la rebelión contra el Rey.

Por otro lado, esta circunstancia nos sirve también para aprender que el Señor no siempre guía a sus siervos indicándoles directamente el lugar concreto a donde los va a llevar, sino que en muchas ocasiones utiliza circunstancias y personas para conducirlos hasta allí (**1 S 10:1-6**). Por eso se hace imprescindible tener una voluntad rendida a su Palabra.

En cuanto al aposento, no sabemos quién era la persona que lo puso a disposición del Maestro y sus discípulos, pero debemos suponer que era un lugar espacioso y bien preparado. Se nos dice que era un “*aposento alto*”, lo que quiere decir que era un piso superior que las casas judías grandes tenían, y al que se accedía por una escalera exterior, lo que le confería bastante independencia.

También se nos dice que el aposento ya estaba dispuesto, así que se hallaría provisto de mesa y divanes, además de los vasos y otros enseres necesarios. Siguiendo las indicaciones de la ley, el dueño de la casa habría limpiado anteriormente el lugar de cualquier partícula de pan leudado que pudiera haber en ella. Pero aun así, los discípulos todavía tendrían que realizar diferentes preparativos, en especial todo lo relacionado con el cordero que habrían de comer. Ellos tendrían que conseguir un animal que habrían de llevar al templo donde lo matarían. Luego el sacerdote recogería la sangre del cordero y la rociaría sobre el altar. Después lo despellejaría y le extraería las entrañas y la grosura, que también serían quemadas sobre el altar. Luego los discípulos llevarían el cordero a la casa para asarlo. A todo esto hay que añadir también algunas compras que tendrían que realizar, como el pan sin levadura, las hierbas amargas, el vino...

Cuando todo estuvo listo, ya en la noche, Jesús llegó allí junto con los doce para comer la pascua en recuerdo de la salida de la esclavitud de Egipto y como signo de amistad entre ellos.

Una vez en el aposento alto, todos se sentaron a la mesa, y como parece que sólo estaban ellos, sin que les atendiera ningún sirviente, ninguno de los discípulos se prestó a lavar los pies de los presentes tal como era la costumbre, por eso Juan nos dice que fue el Señor Jesucristo quien se ciñó una toalla y poniendo agua en un lebrillo comenzó a lavar los pies de los discípulos (**Jn 13:4-5**). Después de esto, él también se sentó a la mesa. Bueno, realmente habría que decir que se “reclinó” a la mesa, puesto que ellos

comían casi tumbados, apoyados sobre un brazo. Este detalle es importante para comprender algunas escenas de lo que ocurrió más adelante en esa noche. Es una pena que hasta artistas como Leonardo da Vinci, en su obra de la “Última Cena”, ha pintado a Jesús y los discípulos sentados a la mesa en lugar de reclinados.

“Uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar”

En esa noche el Señor iba a anunciar el establecimiento de su reino, y fue entonces cuando sacó a la luz que Satanás había logrado infiltrar en aquel aposento alto a un traidor que estudiaba cada uno de sus movimientos con el fin entregarlo a los principales sacerdotes para que lo mataran. Sin embargo, aunque pareciera que esta sorprendente contrariedad podía echar a perder todos los planes de Cristo, en realidad, iba a servir para cumplirlos.

Nada de lo que allí estaba ocurriendo quedaba fuera de los planes de Dios, y aun el hecho de que fuera uno de los discípulos íntimos del Señor, esto también había sido anunciado antes por las Escrituras:

(Sal 41:9) *“Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar.”*

Es interesante recordar el contexto de este salmo. En él, el rey David se estaba refiriendo muy probablemente a Ahitofel, uno de sus consejeros íntimos que le traicionó uniéndose a Absalón cuando éste dio un golpe de estado contra él para hacerse con el reino. Es interesante la forma en que Ahitofel fue un tipo de Judas: Ambos comían de la mesa del rey de Israel; Ahitofel de la de David y Judas de la de Cristo; ambos traicionaron a sus respectivos soberanos; y ambos se suicidaron al fracasar sus malvados planes.

Otro detalle importante es que cuando Jesús se refiere a la persona que le iba a entregar, dijo de él que era alguien *“que come conmigo”*, y el salmo aclara: *“el que de mi pan comía”*. Judas nunca se había negado a comer del pan de Cristo, de hecho, durante esa última cena, Jesús le dio un bocado de pan mojado en la salsa y él no lo rechazó (**Jn 13:26**). En el Oriente Medio, ser invitado a comer a la misma mesa era señal de confianza y amistad íntima (**Rt 2:14**). Y por supuesto, si después de aceptar la hospitalidad de alguien, luego lo injuriaba o traicionaba, eso sería considerado algo especialmente grave. Pero si tratar así a cualquier persona sería algo vergonzoso, hacerlo al mismo Hijo de Dios era el colmo de la maldad.

Sin embargo, estaremos equivocados si creemos que la actitud de Judas ha sido un episodio aislado de traición contra el Hijo de Dios. ¡Cuántas personas hay que aceptan los dones que Dios les ofrece, pero que después no tienen ningún tipo de amor hacia él, y tampoco dudan en rechazarle! No debemos olvidar que este mundo ha sido creado por Dios y le pertenece a él, y por lo tanto, todo cuanto podemos disfrutar aquí, se lo debemos a él. Sin embargo, millones de personas no dan ninguna muestra de agradecimiento, ni de amor, ni lealtad hacia Dios. De hecho, lo ignoran completamente y no están dispuestos a dedicarle ningún tiempo de sus vidas. Son como Judas, que no puso ningún tipo de reparo para aceptar los altos privilegios que Jesús le había dado, pero que todo lo que fue capaz de hacer fue fingir amor y amistad hacia él.

Si lo pensamos bien, la actitud de Judas es un pecado muy antiguo. Ya en el huerto del Edén, Satanás tentó a Adán y Eva haciéndoles creer que podían disfrutar de la vida independientemente de Dios, sin tenerle en cuenta a él, ni a su Palabra. Les mostró el árbol del conocimiento del bien y del mal y les hizo creer que si comían de él ya no necesitarían a Dios y podrían seguir disfrutando de todas las demás cosas a un nivel

superior. De hecho, lo que les estaba planteando, era que el verdadero obstáculo para disfrutar plenamente de la vida, era Dios y sus “absurdas” prohibiciones. Adán y Eva creyeron esta mentira, e intentaron disfrutar de los regalos de Dios al margen de una relación íntima de amistad con él. A partir de ahí, las cosas se convirtieron en un fin en sí mismas, y Dios era un obstáculo para disfrutarlas plenamente. Y básicamente, esta era la actitud de Judas: recibía los regalos de Cristo, pero no quería tener amistad con él, de hecho, llegó a pensar que Jesús era el obstáculo para el pleno desarrollo de sus planes personales, y por esto no dudó en venderle por unas monedas de plata.

Este es el pecado más característico del mundo. Pero Dios quiere crear un pueblo santo, con una actitud completamente diferente. El nos da muchas cosas bellas y quiere que las disfrutemos abundantemente, pero dentro de una relación de amistad con él (**1 Ti 6:17**). En esto consiste la verdadera santidad.

Judas participaba de la cena junto a Cristo simulando amistad, de hecho, ya llevaba mucho tiempo haciéndolo, pero esto había desembocado en una actitud de amargura y resentimiento, que finalmente le llevaron a traicionarle. ¡Y cuidado! Porque si nosotros fingimos espiritualidad sin haber nacido de nuevo, tarde o temprano terminaremos por manifestar lo que somos en realidad.

Pero, por supuesto, Cristo sabía lo que estaba ocurriendo en la mente y el corazón de Judas, y anunció su traición antes de que ésta ocurriera para que los demás discípulos supieran que no había sido engañado por él. Una vez más vemos que Jesús tenía el control absoluto de la situación y que nada le cogía por sorpresa.

“Comenzaron a entristecerse, y a decirle uno por uno: ¿Seré yo?”

El Señor no declaró en ese mismo momento cuál de los doce discípulos era el que le iba a entregar, lo que dio la oportunidad para que cada uno de ellos se examinase a sí mismo.

Pero, ¿por qué preguntaron esto? Tal vez porque sabían que sus propios corazones estaban inclinados hacia el mal y por lo tanto desconfiaban de sí mismos. Por supuesto, esta actitud habría sido muy saludable, pero más probablemente, lo que querían decir era algo así como, “¡Seguro que no soy yo!”. Y la razón por la que “comenzaron a entristecerse”, tenía que ver con la idea de que Jesús pudiera pensar así de ellos, por lo que estarían esperando que él confirmara que no eran ellos.

Notamos también que ninguno de ellos pensó que Judas pudiera ser el traidor, y, como era de esperar, él también preguntó lo mismo que los demás: “¿Soy yo, Maestro?” (**Mt 26:25**). Pero estaba claro que aunque con su hipocresía había conseguido engañar a sus compañeros, no había podido ocultar sus verdaderas intenciones a Cristo.

No obstante, aquí tenemos una lección importante para nosotros. En unos momentos Jesús iba a instituir la Cena del Señor, y la pregunta que hizo a los discípulos les obligaba a examinarse a sí mismos antes de participar de ella. Cuando el apóstol Pablo enseñó sobre este tema incidió lo mismo:

(1 Co 11:28) *“Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa.”*

Una observancia adecuada de la Cena del Señor debe estar precedida por el autoexamen. El que participa de una manera descuidada o indigna, acarrea sobre sí mismo el juicio del Señor:

(1 Co 11:31-32) *“Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.”*

Es importante tener en cuenta que cuando el creyente toma el pan y el vino lo hace en comunión con sus hermanos, por eso será necesario examinar también nuestra relación con ellos.

(Mt 5:23-24) *“Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.”*

“¡Ay de aquel hombre por quien es entregado el Hijo del Hombre!”

Todo cuanto le estaba sucediendo al Hijo del Hombre era lo que estaba escrito acerca de él, pero sin embargo, esto no anulaba la culpa del hombre que le entregaba o de aquellos que le crucificaron.

Esto es así porque Dios en su soberanía nos ha dado voluntades que son libres, con el fin de que lleguemos a conocerle y entablemos con él una relación de amistad y de amor. El no nos ha hecho como robots que están determinados por una programación establecida de antemano. Es por esta misma razón que somos responsables de todas aquellas elecciones morales que tomamos. Aunque, por supuesto, Dios no deja de invitarnos por su amor, y también de advertirnos con su Palabra.

Por lo tanto, no debemos pensar en Judas como en un robot destinado a cumplir la profecía (**Sal 41:9**), sino como un hombre que con su pecado desperdió todas las oportunidades que Dios le dio. Judas podía haber evitado hacer lo que hizo, y por esta razón Jesús le advirtió discretamente cuando todos estaban sentados a la mesa y le ofreció el bocado de pan especial al final de la cena como una muestra de su amor, en un último intento de persuadirle para que cambiara (**Jn 13:26-27**). Pero Judas rechazó las advertencias y también el amor de Jesús y esto abrió la puerta para que finalmente Satanás entrara en él.

Judas no fue determinado por la Escritura ni empujado por el Señor a hacer lo que hizo, y por esa causa, Jesús añadió sobre él unas de las palabras más solemnes y terribles que jamás pronunció: *“bueno le fuera a aquel hombre no haber nacido”*. Y como sabemos, la actitud de Judas no tardó en traerle mucha miseria, remordimiento, y por fin el suicidio (**Mt 27:3-5**).

De otra manera, ¿qué sentido tenía hacer advertencias a alguien que de antemano estaba predestinado por Dios a entregar a su propio Hijo? ¿No pondría esto en duda la sinceridad con la que Jesús le estaba ofreciendo su amor a Judas, si al mismo tiempo no le daba ninguna posibilidad de cambiar?

Por el contrario, lo que vemos es que Dios respetó la voluntad de Judas, aunque ésta estuviera en contra de su propia voluntad divina. Y del mismo modo se comporta también con nosotros. Por esta razón, al final somos los únicos responsables de nuestros propios actos y pecados.

Pero debemos decir también que nunca la voluntad humana puede impedir que los planes de Dios se cumplan. Los mismos discípulos tendrían que reflexionar después de que Jesús muriera en la cruz, que aquella muerte no significó el triunfo de sus enemigos, sino la realización del soberano plan de la gracia de Dios y su plena victoria (**Hch 2:22-24**).

La institución de la cena del Señor

Concluyendo la cena pascual, Jesús tomó el pan y el vino y les dio nuevos significados, instituyendo lo que conocemos como la Cena del Señor.

Lo primero que notamos es la sencillez tanto de la narración, como de lo que Jesús hizo. ¡Que bueno hubiera sido que los hombres no se hubieran desviado de esta sencillez al celebrar la Cena que Jesús instituyó!

Por otro lado, si prestamos la debida atención, nos daremos cuenta de que con unas pocas palabras, Jesús hizo referencia a tres textos cruciales del Antiguo Testamento: El antiguo pacto del Sinaí (**Ex 24:3-8**), el nuevo pacto anunciado por el profeta Jeremías (**Jer 31:31-34**), y finalmente, la promesa del siervo de Dios que carga con el pecado de muchos y así obtiene la salvación para ellos y que encontramos en Isaías (**Is 53:12**). Iremos viendo todo esto en detalle más adelante.

1. “Dio gracias”

El Señor comenzó dando gracias (en griego “Eucaristía”). Es importante subrayar este hecho, porque muchos han interpretado, sin base bíblica, que lo que Jesús hizo fue “consagrar” el pan y el vino, cuando en realidad lo único que hizo fue “dar gracias”.

Pero, en esas circunstancias tan adversas y dramáticas por las que Jesús pasaba, ¿cuál era la razón por la que podía dar gracias? Sin duda, su actitud nos sorprende, porque nosotros normalmente no actuamos así. Pero Jesús era diferente, y a pesar del profundo dolor que inundaba su alma, y viendo con claridad que la obra de la cruz que se disponía a realizar iba a implicar la separación temporal con su Padre (**Mt 27:46**), sin embargo, también podía ver de forma anticipada, que el cumplimiento de esa obra encomendada serviría para glorificar a su Padre, y el poder hacerlo le llenaba de gratitud, a pesar del hondo sufrimiento (**Jn 17:4**). Además, Jesús sabía que el Padre no le abandonaría a la muerte (**Sal 16:10**) (**Hch 2:25-28**), y por eso podía dar gracias anticipadamente pensando en su resurrección.

Y de la misma manera, sea cual sea nuestra situación al participar de la Cena del Señor, en Cristo y en su obra a nuestro favor, siempre podemos encontrar motivos para la gratitud.

2. “Esto es mi cuerpo”, “esto es mi sangre”

Ha habido diferentes interpretaciones sobre lo que Jesús quiso decir con estas palabras. ¿Debemos entenderlas como que el pan y el vino eran símbolos de su cuerpo y sangre, o tal vez que de alguna manera se transformaban en su cuerpo y sangre? ¿En qué sentido está presente Cristo en la Santa Cena? La respuesta a estas preguntas ha creado profundas divisiones entre las diferentes confesiones llamadas cristianas. Para entender el asunto es necesario hacer un poco de historia.

A lo largo de la Edad Media, se fue acentuando la creencia de que el cuerpo y la sangre literales de Cristo están presentes en el pan y el vino, y por lo tanto, pueden transferir la gracia del Señor y santificar a aquellos que participaban de ellos.

En el Concilio de Trento, la Iglesia Católica reafirmó estas doctrinas de la Edad Media, y han perdurado hasta nuestros días. Ellos sostienen que en el momento en que el sacerdote “consagra” los elementos, son realmente transformados en el cuerpo y la sangre literales de Cristo, juntamente con su alma y su divinidad (transubstanciación). Por esta razón, las hostias o partículas consagradas que se reservan o sobran después de la comunión, pertenecen al cuerpo del Señor, y debe ser adorado. También ha de ser

paseado solemnemente en procesiones. Por otro lado, sobre la base de la presencia real de Cristo en el pan y el vino, durante la misa católica, Cristo es ofrecido en sacrificio expiatorio para perdón de pecados. Según la Iglesia Católica, este nuevo sacrificio es incruento, y sirve para actualizar el sacrificio cruento de Cristo, reportando los mismos beneficios que el primero. Por supuesto, esto sólo lo puede hacer un sacerdote debidamente ordenado.

Evidentemente, cualquier persona que lea únicamente la Biblia, sin estar influenciado por posiciones teológicas previas, nunca llegará a deducir de las palabras de Cristo un sistema doctrinal tan complejo. Han sido necesarios muchos siglos para que la sencillez de la Cena que Jesús instituyó, y que los primeros discípulos practicaron, llegara a convertirse en lo que hoy día se practica en la Iglesia Católica.

En este punto es importante que consideremos varias cosas:

- Si realmente se produce la transformación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, éste sería el único milagro de todos los que hizo el Señor que no puede ser comprobado. Por ejemplo, cuando Jesús convirtió el agua en vino durante las bodas en Caná de Galilea, el maestra sala después de probarlo dijo que era un vino excelente (**Jn 2:9-10**).
- Cuando leemos las palabras de Jesús, lo más razonable es pensar que se estaba refiriendo al pan y al vino como símbolos de su cuerpo y de su sangre. Esto es así por varias razones. Primeramente, el Señor empleó un lenguaje similar en otras muchas ocasiones (*“yo soy la puerta”, “yo soy el camino”, “yo soy la luz”, “si alguno tiene sed venga a mí”...*), y en todas ellas nos damos cuenta que estaba usando un lenguaje metafórico, ¿por qué en esta ocasión tenía que ser diferente?. En segundo lugar, no debemos olvidar tampoco, que en aquel momento estaban celebrando la fiesta de la pascua, y que todo lo que allí había eran símbolos que servían para recordar o conmemorar la pascua que sus antepasados habían celebrado antes de salir de Egipto. Además, la sola idea de comer literalmente el cuerpo y la sangre de Jesús habría resultado absurda para la razón y repugnante para la experiencia, sin olvidar tampoco, que un judío tenía prohibido beber sangre (**Lv 3:17**). Y por último, en aquella noche, Cristo estaba presente entre ellos, por lo que necesariamente entendieron que al referirse al pan y el vino como su cuerpo y su sangre tuvieron que interpretarlo con un símbolo de él.
- Tampoco debemos olvidar que la salvación y todos los beneficios de la gracia de Dios nos son dados por la fe en Cristo y en su obra en la cruz, y no por comer pan o beber vino. Cuando en otra ocasión Jesús dijo: *“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna”* (**Jn 6:54**), algunos se escandalizaron de estas palabras porque las interpretaron literalmente, y él tuvo que aclarar: *“las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”* (**Jn 6:63**). Ellos debían entender en esta forma de hablar una ilustración de lo que significaba la fe en Cristo. No obstante, comprendemos que a la Iglesia Católica le interese mantener esta doctrina, porque de esta manera mantiene bajo su dominio y control la administración de la “Persona de Cristo”, dándosela únicamente a aquellos que participan en su culto.
- En cuanto a la afirmación de la Iglesia Católica de que la Cena del Señor es la “actualización” del sacrificio de Cristo, basta recordar las afirmaciones que encontramos en la carta a los Hebreos en las que con toda claridad se nos dice que su sacrificio fue único e irrepetible (**He 10:12,14**). Asimismo, cualquier idea de un sacerdote que oficia el “renovado” sacrificio de Cristo es totalmente ajeno a la enseñanza del Nuevo Testamento.

- Por último, cuando el apóstol Pablo dio diferentes explicaciones acerca de cómo los cristianos deberían celebrar la Santa Cena, citó las palabras de Jesús en las que por dos veces dijo: *“Haced esto en memoria de mí”* (1 Co 11:24-25), lo que confirma el carácter simbólico del pan y del vino, que nos sirven para recordar o hacer memoria de los beneficios obtenidos por Cristo mediante su muerte en la cruz. Además, dijo que al hacer esto estaríamos anunciando la muerte del Señor *“hasta que él venga”* (1 Co 11:26). Por lo tanto, al tomar del pan y del vino reconocemos que Cristo no está presente de forma literal entre nosotros, sino que esperamos su venida.

3. *“Tomó pan y les dio”, “Les dio la copa y bebieron de ella todos”*

Como ya hemos dicho, el tomar del pan y del vino simboliza nuestra comunión con Cristo, pero también implica la comunión que los creyentes tenemos al estar unidos por la misma fe:

(1 Co 10:16-17) “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel mismo pan.”

4. *“Que por muchos es derramada”*

Ahora bien, ¿quiénes son los *“muchos”* por los que Cristo derramó su sangre?

Algunos han interpretado que se refiere únicamente a aquellos que creen en Cristo, con lo que quedarían excluidos los que no aceptan su sacrificio. No obstante, la Palabra nos presenta a Jesús como el Salvador del mundo, y su sacrificio a disposición de todas las personas.

(Jn 3:16-17) “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.”

Podemos decir, que en aquella hora Jesús estaba tomando sobre sí el pecado de todos los pecadores de todos los tiempos.

Además, aunque en esa última cena sólo había judíos, el Señor también estaba pensando e incluyendo a los gentiles.

(Jn 11:51-52) “... Jesús había de morir por la nación (judía); y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos”

Por lo tanto, su sangre derramada sellaba un pacto, no sólo con el pueblo de Israel, sino que la humanidad entera.

“El antiguo y el nuevo pacto”

I. ¿Qué significa el término *“pacto”*?

Era un tratado que establecía la relación entre un soberano y sus súbditos.

Por ejemplo, en el mundo antiguo, los emperadores establecían tratados o pactos con los reyes vasallos a quienes habían sometido, recordándoles de esta manera quién era el soberano, qué beneficios les había concedido, qué comportamiento esperaba de ellos,

qué bendiciones conseguirían si obedecían, y qué castigos recibirían si se rebelaban contra él.

2. El antiguo pacto

Una vez que Dios hubo sacado al pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto, los llevó por el desierto hasta el monte Sinaí, y allí les dio la ley con diez mandamientos principales que luego fueron desarrollados en otros muchos. Esta ley detallaba al pueblo el comportamiento que Dios requería de ellos, así como las maldiciones que vendrían sobre ellos si quebrantaban este pacto (**Dt 27:11-26**) (**Dt 28:15-68**), al igual que las bendiciones que recibirían si los guardaban (**Dt 28:1-14**). El momento en que el pueblo aceptó este pacto lo encontramos en Exodo:

(Ex 24:3-8) “Y Moisés vino y contó al pueblo todas las palabras de Jehová, y todas las leyes; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho. Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel. Y envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová. Y Moisés tomó la mitad de la sangre, y la puso en tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho y obedeceremos. Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas.”

Aquí está descrito el antiguo pacto que Dios hizo con Moisés y el pueblo de Israel. No hemos de dejar de notar dos elementos fundamentales en el establecimiento del pacto: la ley y la sangre. Primeramente Moisés leyó al pueblo todas las palabras de la ley de Dios, y ellos se comprometieron a cumplirlas: *“Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho”*. Después se hicieron varios sacrificios, y Moisés dividió la sangre de los animales en dos partes iguales, y roció la mitad de ella sobre el altar, como un símbolo de Dios, y la otra mitad sobre el pueblo, quedando así sellado el pacto: *“He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros”*. Sin lugar a dudas, las palabras que Jesús pronunció en el aposento alto (*“Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada”*), tuvieron que sonar a los discípulos como un eco de estas otras que leemos aquí.

Si analizamos este pacto antiguo, tenemos que decir que se trataba de un pacto bilateral, en el que las dos partes (Dios y el pueblo) tenían condiciones que cumplir. Así pues, si los israelitas rompían su parte del pacto desobedeciendo la ley, Dios traería sobre ellos la maldición por su desobediencia. Por el contrario, si el pueblo obedecía, Dios cumpliría su parte del pacto bendiciéndoles.

¿Qué ocurrió después? ¿Cuál fue el resultado de este pacto? A pesar de que los israelitas recibieron con mucho entusiasmo el pacto y prometieron rápidamente cumplir su parte, la triste realidad es que inmediatamente después de que Moisés terminara de dar la ley al pueblo, ellos se hicieron un becerro de oro y le adoraron, diciendo: *“Israel, estos son tus dioses que te sacaron de la tierra de Egipto”* (**Ex 32:4**). Dejaron claro que no estaban dispuestos a sujetarse a la ley que Dios les había dado: *“Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen...”* (**Ex 20:2-4**). Y aunque habían afirmado que harían todo lo que Jehová había mandado, su historia recoge las continuas violaciones de la ley de Dios.

El pacto quedó roto, y como consecuencia Dios envió al pueblo al exilio y su templo fue destruido. El autor a los Hebreos lo resume de esta manera: (**He 8:9**) *“Ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor”*.

Está claro que este pacto antiguo no sirve para establecer una relación auténtica y satisfactoria con Dios. Aun así, hay muchas personas que todavía piensan que sí es posible, y se esfuerzan por cumplir todos los mandamientos de la ley y por medio de sus obras alcanzar la salvación eterna. Pero se engañan a sí mismos, no queriendo ver sus propios fracasos e ignorando que Dios exige una obediencia absoluta y completa. Finalmente Dios no tendrá más remedio que rechazarlos de la misma manera que lo hizo con Israel.

3. El nuevo pacto

Así que una vez que Dios mismo había desechado el antiguo pacto, anunció uno nuevo por medio del profeta Jeremías.

(Jer 31:31-34) *“Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.”*

Aquí encontramos los términos del nuevo pacto al que Jesús hizo referencia al final de la última cena: *“Esto es mi sangre del nuevo pacto”*.

Evidentemente, el hecho de tener que establecer un nuevo pacto, ponía en evidencia que algo había fallado en el primero, y por lo tanto, este nuevo pacto tendría que ser establecido bajo unas premisas diferentes. ¿Qué fallaba en el antiguo pacto y qué tendría que tener el nuevo?

Lo que había fallado en el primer pacto no fue la ley, sino los israelitas. Como reflexiona Pablo, *“la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Ro 7:12)*, pero los israelitas, como todos los hombres, eran malos e incapaces de cumplirla. Aquí radicaba el problema fundamental del primer pacto: había dos partes implicadas (Dios y el hombre) y como hemos visto, una de ellas no era capaz de cumplir sus obligaciones, con lo que el pacto se iba a pique.

Y éste es precisamente el punto donde el nuevo pacto tenía que ser radicalmente diferente. Ahora sólo hay una parte implicada. Podemos verlo en los términos del pacto tal como se enumeran en **(Jer 31:34)** o **(He 8:10-12)**. Allí comprobamos que todo lo que se dice tiene que ver con lo que Dios hará. ¡Él lo hace todo! Y por supuesto, Dios cumplirá todo lo que ha prometido, por lo que el pacto nunca será quebrantado, ni el pueblo será rechazado o abandonado.

4. ¿Cuándo comienza el nuevo pacto?

Cuando durante la última cena Jesús tomó la copa y dijo *“esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada”*, no sólo estaba inaugurando una nueva ceremonia, sino que estaba dando comienzo a la era del nuevo testamento, la llegada del cumplimiento de la promesa hecha por Dios por medio de los profetas, según la cual Dios establecía un nuevo pacto sellado por la sangre de Jesús.

Esta es una de las razones por las que el autor de Hebreos afirma que Jesús es mediador y fiador del nuevo pacto **(He 7:22)** **(He 8:6)** **(He 9:15)** **(He 12:24)**.

Los términos del nuevo pacto

Desgraciadamente, hay muchos cristianos que semana tras semana celebran la Cena del Señor pero que no serían capaces de recordar los términos del nuevo pacto. A continuación los enumeramos comentándolos brevemente:

1. La ley de Dios escrita en el corazón

(He 8:10) *“Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré.”*

Todos sabemos que los diez mandamientos del antiguo pacto fueron escritos sobre piedra. Éstos le decían a la gente lo que debía hacer, pero no suplían el poder para hacerlo. Además, en muchas ocasiones, las normas de la ley de Dios iban en contra de sus deseos y pasiones interiores, por lo que con frecuencia llegaba a ser odiosa. Así que, el hombre comprobaba una y otra vez su incapacidad, e incluso su falta de deseo por cumplir la ley. Y en tal caso, si llegaba a obedecerla, sería por temor al castigo, pero nunca lo haría con gozo y por amor.

La diferencia en el nuevo pacto, no es que Dios haya cambiado su ley, puesto que el carácter moral de Dios sigue siendo el mismo, y sus exigencias para con el hombre tampoco han sido rebajadas. La diferencia está en que en el nuevo pacto, Dios da un nuevo corazón al hombre que desea agradar y sujetarse a los principios de Dios, le provee de una nueva naturaleza, de hecho le da la verdadera naturaleza de Dios, y también le provee un nuevo poder para cumplir la ley por medio de su Espíritu Santo. El apóstol Juan denomina al proceso por el que esto ocurre *“nuevo nacimiento”* (Jn 3:3-6).

Por supuesto, se trata de algo mucho más profundo que simplemente *“escribir sus leyes en la mente”* para que las podamos recordar. El Espíritu Santo obra a nivel de la mente y de la voluntad del creyente. Ilumina nuestra mente, *“alumbrando los ojos de nuestro entendimiento”* (Ef 1:18), pero también produce en nosotros *“así el querer como el hacer”* (Fil 2:13). Crea en nosotros una nueva disposición, una nueva voluntad, nuevos deseos, nuevos pensamientos, nuevas ambiciones y nuevos propósitos, al mismo tiempo que nos imparte el poder para llevarlos a cabo. Esto es lo que garantiza que esta parte del pacto se cumpla.

2. Nos adopta como pueblo suyo

(He 8:10) *“...Y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo”*

Nos concede el increíble privilegio de llegar a formar parte de su pueblo, de su familia. Todo esto nos introduce en una relación de amistad, confianza y amor.

3. Un conocimiento personal de Dios

(He 8:11) *“Y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos.”*

Otro aspecto del pacto es que el creyente disfruta de un conocimiento íntimo de Dios en su experiencia personal. Esta era otra de las grandes diferencias con el pacto antiguo, donde la transmisión del conocimiento de Dios se hacía de padres a hijos, y en muy pocas ocasiones surgía de una relación personal con Dios. Se podría decir que la vasta mayoría de los israelitas no pasaban de ser meros espectadores espirituales.

Trágicamente, gran parte del cristianismo moderno es una variedad de esto que ocurría en Israel en el pasado. Hoy día, naciones enteras, así como comunidades y familias, se adhieren a un “cristianismo” nominal sólo por cuestiones sociales, tradiciones y

costumbres. Por esta razón, cuando el individuo es separado de sus raíces culturales y eclesiásticas y colocado en una ciudad diferente, o en una universidad atea, sus ideales morales no tardan mucho en evaporarse, y en abandonar sus prácticas religiosas.

Pero en el nuevo pacto, Dios quiere que le conozcamos de una forma personal, directa e íntima (**Gn 4:1**). En este proceso, otras personas nos pueden ayudar a comprender cosas de Dios, pero la experiencia de la salvación y de la comunión con Dios tiene que ser necesariamente personal. Sólo este tipo de conocimiento de Dios garantiza la salvación.

4. El perdón de todos los pecados

(He 8:12) “Porque seré propicio a sus injusticias y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.”

A pesar de que Dios ha escrito su ley en nuestros corazones, aun así, a veces caemos en el pecado. Por esta razón, esta última cláusula del pacto nos trae un profundo alivio.

No obstante, algunos han interpretado que esta gracia ilimitada de Dios hacia los creyentes parece abrirles la puerta para pecar y hacer lo que les venga en gana. Pero quienes razonan así, rápidamente han olvidado lo que dice la primera parte del pacto, que establecía que Dios también escribía su ley en el corazón del creyente. Por esta razón, un verdadero creyente, lejos de buscar el pecado, deseará cada vez más vivir en santidad en la presencia de Cristo.

“No beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios”

Al entregar a sus discípulos la copa del nuevo pacto en su sangre, Cristo estaba inaugurando su reino, al que serían admitidos todos los que aceptasen la redención por su sangre. El establecimiento de esta fase espiritual de su reino no necesitaría esperar hasta su segunda venida, sino que comenzaría inmediatamente en los corazones de aquellos que aceptaran este nuevo pacto.

Así que, en cierto sentido, cuando volvemos a celebrar la Cena del Señor, estamos mirando hacia atrás, al momento en que él estableció su reino en el corazón de los creyentes por medio de su muerte en la cruz. Pero al mismo tiempo, el Señor también nos exhorta a mirar hacia adelante, al momento en que él volverá en gloria para establecer su reino de forma visible y plena. Así que, aunque su despedida era triste y dolorosa, por otro lado estaba llena de esperanza.

(1 Co 11:26) “Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.”

Entonces, podemos interpretar el “*día en que lo beba nuevo en el reino de Dios*”, al momento cuando el Señor resucitó venciendo la muerte y completando la obra de la salvación, o a su segunda venida cuando establezca de forma visible su reino.

Jesús mandó a sus discípulos que celebraran la Cena del Señor “*en memoria de él*” (**Lc 22:19**) (**1 Co 11:23-26**). Y tenemos constancia en el Nuevo Testamento de que las primeras comunidades cristianas se reunían fraternalmente para celebrar la Cena del Señor. Y esto sigue siendo un mandamiento y una necesidad para los cristianos de hoy día. Sería trágico olvidar la base sobre la que el Señor ha establecido este nuevo pacto y los términos que los regula. Igualmente, debemos tener presente constantemente que el Señor va a regresar pronto para terminar de establecer su reino en plenitud.

Preguntas

1. ¿Qué relación había entre el sacrificio del cordero pascual, y el sacrificio de Cristo? Explique y justifique con sus propias palabras los diferentes paralelismos.
2. Razone sobre el hecho de que en aquella solemne cena se había infiltrado un traidor. ¿Cómo afectaba esto al establecimiento del reino de Cristo? ¿Decía la Escritura algo en relación a esto? ¿Por qué describió Jesús al traidor como alguien que “comía a la mesa con él”? ¿Cree que Judas estaba determinado por Dios a hacer lo que hizo y que por lo tanto no pudo evitarlo?
3. En relación con la institución de la Cena del Señor, ¿qué le parece la doctrina católica de la transustanciación que afirma que por medio de la consagración que realiza un sacerdote ordenado, el pan y el vino se convierten literalmente en el cuerpo y la sangre de Cristo, que vuelven a ser nuevamente sacrificados de forma incruenta, y que las personas que toman del pan y del vino reciben por ese acto los beneficios de la gracia de Dios? Razone su respuesta prestando atención a cada uno de los puntos de esta doctrina.
4. ¿Cuándo se estableció el antiguo pacto? ¿En qué consistía? Explique también las causas por las que no funcionó.
5. Explique con sus propias palabras cada uno de los términos del nuevo pacto.

Jesús anuncia la negación de Pedro - Marcos 14:26-31

(Mr 14:26-31) *“Cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos. Entonces Jesús les dijo: Todos os escandalizaréis de mi esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas. Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. Entonces Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no. Y le dijo Jesús: De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. Mas él con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré. También todos decían lo mismo.”*

Introducción

En estos pasajes en los que el evangelista nos está relatando las vivencias del Señor Jesucristo en las horas previas a la Cruz, hay dos cosas importantes que llaman nuestra atención. Por un lado sobresale el pleno conocimiento que tenía de todo lo que estaba ocurriendo, incluso de aquellos detalles que ni aun sus propios discípulos más cercanos lograban percibir. Ya hemos considerado que conocía a la perfección las intenciones de Judas, pero ahora vemos que también sabía hasta dónde serían capaces de acompañarle sus discípulos. Todo esto nos muestra cuán claramente entendía Jesús todo lo que iba a suceder, sin que ningún detalle escapase de su control. Pero por otro lado, percibimos la tremenda soledad por la que atravesó en su camino a la Cruz. Primeramente fue uno de sus apóstoles íntimos quien le traicionó, ahora anuncia que el resto también le abandonaría, y hasta uno de ellos le negaría tres veces antes del amanecer. Unas horas más tarde estaría orando solo en el huerto de Getsemaní, sin que sus discípulos fueran capaces de permanecer despiertos acompañándole en un trance tan difícil. Ante todo esto, bien se puede decir que el ser humano no aportó nada a la obra de la salvación, sino que dependió enteramente del Señor Jesucristo.

“Cuando hubieron cantado el himno”

Al terminar la cena de la Pascua se entonaban los salmos 115 al 118, que constituían la segunda parte de lo que los judíos llamaban “el gran Hallel” (término hebreo que significa “alabanza a Dios”). Seguramente estos salmos, que se cantaban como una unidad, serían el “himno” que Jesús y sus discípulos cantaron antes de abandonar el cenáculo para ir al huerto del Getsemaní.

Leyendo con atención estos salmos veremos su carácter mesiánico y cuán apropiados eran para la ocasión. Y nos conmueve pensar cuáles serían los pensamientos íntimos de nuestro amado Salvador al guiar a los suyos en la entonación de algunas de sus estrofas.

- Podemos ver cómo invoca a Dios en medio de su angustia, lo que nos recuerda su oración en el huerto de Getsemaní: **(Sal 116:3-4)** *“Me rodearon ligaduras de muerte, me encontraron las angustias del Seol; angustia y dolor había yo hallado. Entonces invoqué el nombre de Jehová, diciendo: Oh Jehová, libra ahora mi alma.”*
- Y cómo contempla también su próxima resurrección en contestación a su oración: **(Sal 116:8-9)** *“Pues tú has librado mi alma de la muerte, mis ojos de lágrimas, y mis pies de resbalar. Andaré delante de Jehová en la tierra de los vivientes”;* **(Sal 118:21-24)** *“Te alabaré porque me has oído, y me fuiste por salvación. La piedra que desecharon los edificadores ha venido ha ser cabeza del ángulo. De parte de*

Jehová es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos. Este es el día que hizo Jehová; nos gozaremos y alegraremos en él.”

- Pero también veía en el futuro inmediato su arresto y crucifixión como el Cordero de Dios: **(Sal 118:27)** *“Atad víctimas con cuerdas a los cuernos del altar”*.

Escrito está: Heriré al pastor y las ovejas serán dispersadas

Después de que cantaron estos Salmos, el Señor dedicó algún tiempo a la enseñanza, y aunque Marcos no lo recoge, podemos encontrarlo en el evangelio de Juan **(Jn 14)**. Fue al final de esto cuando Jesús se levantó de la mesa e invitó a sus discípulos a seguirle hasta el monte de los Olivos:

(Jn 14:30-31) *“No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí. Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos, vamos de aquí.”*

Pero todavía tenía que hacer un anuncio más acerca de lo que iba a ocurrir en esa noche, y que vendría a cumplir lo anunciado por el profeta Zacarías: *“Todos os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas”* **(Zac 13:7)**.

En muchas ocasiones, los críticos argumentan que los evangelistas usaban citas del Antiguo Testamento sin tomar en consideración su contexto original, buscando únicamente justificación para sus propias ideas, pero sin ningún tipo de rigor exegético. Pero lo cierto es que todos los autores del Nuevo Testamento, conocían muy bien los textos del Antiguo Testamento, y los usaban con precisión y rigor. Seguramente el problema de estos críticos surge de su desconocimiento de la profecía en su contexto original. De hecho, cuando comparamos lo anunciado por los profetas del Antiguo Testamento con la historia de Jesús, vemos que las referencias que los evangelistas hacen a los profetas son totalmente exactas, y además son una fuerte confirmación para nuestra fe.

Por ejemplo, considerando esta cita de Zacarías en su contexto original, podremos ver que los últimos capítulos del profeta tienen como tema central el establecimiento del reino mesiánico y el liderazgo dentro de Israel. Por ejemplo, los detalles de la entrada de Jesús en Jerusalén, habían sido anunciados por Zacarías **(Mr 11:1-11)** **(Zac 9:9)**, así como el hecho de que salvaría a su pueblo por medio de la sangre del pacto **(Mr 14:24)** **(Zac 9:11)**. Incluso se describe el rechazo de los líderes de Israel al buen Pastor, al que impidieron realizar su trabajo y al que finalmente vendieron por treinta piezas de plata **(Zac 11:12)**. Y también anunció que en el momento en que fuera arrestado para ser juzgado y condenado, todas las ovejas serían dispersadas **(Mr 14:26-31)** **(Mr 14:50)** **(Zac 13:7)**. Hasta el detalle de que en su muerte sería traspasado podemos encontrarlo en Zacarías **(Jn 19:34-37)** **(Zac 12:10-14)**.

“Después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea”

Como era costumbre en Jesús, una vez más acompañó el anuncio de su muerte con el de su resurrección **(Mr 8:31)** **(Mr 9:31)** **(Mr 10:33-34)**. Era necesario que los discípulos no olvidaran la esperanza gloriosa de la resurrección durante los sombríos eventos del Calvario.

Pero aquí había algo más que un anuncio de su resurrección, también les estaba dando instrucciones precisas de lo que deberían hacer después de su muerte: *“Después de que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea”*. Aunque parece que fue necesario volvérselo a recordar más tarde por medio de unos ángeles (**Mr 16:7**).

Esto fue realmente importante, porque después de que Jesús fuera arrestado, juzgado y crucificado, los discípulos se dispersaron y el grupo de los apóstoles parece que quedó fraccionado durante algún tiempo, hasta el momento en el que volvemos a verlos juntos nuevamente en Galilea, en el monte donde Jesús les había ordenado (**Mt 28:16**).

De alguna manera, el Señor estaba actuando como el buen Pastor que va delante de sus ovejas, indicando el camino cuando atraviesan por el valle de sombra de muerte (**Sal 23:4**). Además, es el buen Pastor que reúne nuevamente a las ovejas que han quedado esparcidas.

Por otro lado, el lugar elegido para el reencuentro con Jesús después de su resurrección, tiene también su importancia, porque había sido precisamente en Galilea donde originalmente les había llamado para estar con él y donde había transcurrido una parte significativa de su ministerio al comienzo. De alguna manera, era como empezar de nuevo, pero ahora con una nueva visión de Cristo resucitado.

Probablemente este encuentro en Galilea se prolongó durante cuarenta días, hasta la ascensión de Cristo, y fue en este periodo de tiempo donde el Señor les pudo volver a enseñar muchas de las cosas que ya les había dicho, aunque en ese momento, esas mismas verdades, iluminadas por su gloriosa victoria sobre la muerte, adquirirían una dimensión hasta entonces desconocida, lo que junto con la presencia del Espíritu Santo en sus vidas, les proveyó del poder con el que comenzaron su ministerio público después de la ascensión del Señor.

Después de esta estancia en Galilea, Jesús y los apóstoles regresaron a Jerusalén desde donde el Señor ascendió al cielo (**Hch 1:10-12**).

“Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no”

El apóstol Pedro escuchó las palabras de Jesús e inmediatamente, sin ningún tipo de reflexión, decidió manifestar su desacuerdo. Por un lado, no dudó en afirmar que tanto el Señor, como las Escrituras que anunciaban ese evento, estaban equivocados, pero además, mostró una clara actitud de superioridad con respecto a los otros apóstoles: *“Aunque todos se escandalicen, yo no”*. Era como si estuviera diciendo: “Señor, entiendo lo que dices de los demás, yo también los conozco y no me extrañaría nada que se pudieran escandalizar de ti, haces bien en no confiar en ellos, pero yo soy diferente, puedes contar conmigo para lo que sea necesario”. Sin dudarlo, Pedro se mostró totalmente seguro de sí mismo.

Como ya sabemos, el Señor tenía razón y Pedro tuvo que descubrir que no era tan fuerte como él mismo se había imaginado. Pero todo esto nos lleva a considerar algunas lecciones muy importantes para nuestras vidas.

I. Nuestra debilidad innata

El hecho de que estemos agradecidos al Señor por todo lo que él ha hecho por nosotros, y de que por lo tanto estemos resueltos a amarlo, esto por sí solo no bastará para que le sigamos como debemos. Muchas veces nos ocurre como al apóstol Pedro, que damos por sentado que con suficiente determinación, empeño y esfuerzo, podremos

arreglárnoslas por nuestra cuenta para vencer nuestros pecados y conseguir el nivel de santidad que Dios quiere de nosotros.

Pero es entonces cuando el fracaso nos enseña que el pecado que mora en todos nosotros, nos ha debilitado y ha causado mucho más daño de lo que pensamos, menguando gravemente todos nuestros recursos morales. Por eso, cuando dependemos únicamente de nosotros mismos, todo se echa a perder rápidamente.

El apóstol Pablo tuvo que confesar también que había descubierto en sí mismo esta realidad amarga: por un lado se deleitaba en la ley de Dios (**Ro 7:21**), pero aunque quería vivir una vida santa de acuerdo a sus principios, se daba cuenta de que el resultado era a menudo justamente el contrario; *“porque lo que hago no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago”* (**Ro 7:15**). Y aunque se entregaba con todo su intelecto, emociones y voluntad a la tarea de vivir una vida santa, una vida semejante a la de Cristo, todos sus recursos propios resultaron ser inadecuados.

Sólo cuando estamos dispuestos a tomar en serio las palabras de Cristo acerca de nuestra propia debilidad innata, estaremos preparados para hacer nuestra la provisión divina que él pone a nuestro alcance por medio de su Espíritu Santo.

2. Enfrentando la debilidad

Como ya hemos dicho, el problema de Pedro es que creía que tenía suficientes recursos en sí mismo para hacer cualquier sacrificio que se le exigiese en el desarrollo de su devoción hacia el Señor, pero la realidad no era esa. Y el problema es que la única manera en la que como creyentes podemos superar nuestras debilidades es admitiendo que las tenemos, y buscando consecuentemente la gracia del Señor y el poder del Espíritu Santo para que de esta forma podamos vencerlas.

Por ejemplo, si Pedro hubiera aceptado las palabras del Señor, se habría ahorrado una enorme angustia y dolor. ¡Qué diferente hubiera sido si en respuesta a lo que Jesús le anunció hubiera dicho: “Señor, me cuesta creer que yo soy un hombre así, pero si es cierto que tengo tal debilidad, sálvame del acto horrible que dices que voy a cometer”. Si hubiese dicho esto, el Señor Jesús le habría librado de su inminente caída. Sin embargo, Pedro se negó a creerse capaz de actuar así y tuvo que aprender por medio de un duro y amargo fracaso que el Señor le conocía mucho mejor de lo que él se conocía a sí mismo.

Esta fue la razón por la que Jesús anunció y permitió su caída: era necesario que descubriera su debilidad para que la pudiera enfrentar. Evidentemente, fue un descubrimiento muy desagradable, pero totalmente necesario.

Y nosotros mismos tampoco debemos olvidar que no somos distintos, y haremos bien en atender las advertencias de la Palabra:

(Pr 16:18) *“Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu.”*

(Pr 28:26) *“El que confía en su propio corazón es necio”*

(1 Co 10:12) *“Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga.”*

3. Pedro y Judas

Jesús acababa de anunciar la traición de Judas, y poco después dijo que también el resto de los discípulos se escandalizarían de él y que Pedro le negaría tres veces, ¿quiere esto decir que Judas y Pedro eran iguales?

No cabe duda de que ambos tenían muchas cosas en común, en especial sufrían de la misma incapacidad moral para mantenerse firmes junto a Jesús. A Judas sólo le hizo falta

que le ofrecieran treinta piezas de plata para que entregara a Jesús, pero a Pedro, fue suficiente que una joven sirvienta le colocara en una posición incómoda, para que comenzara a negar con juramentos que conocía a Jesús.

Cuando consideramos a Pedro y a Judas, no podemos dejar de ver en ellos un ejemplo claro de un problema universal que todos compartimos. Sin embargo, entre estos dos hombres había algo que marcaba una gran diferencia: la fe. En este sentido, Pedro había hecho declaraciones que nunca escuchamos de Judas. Por ejemplo, en uno de los momentos cuando miles de discípulos habían dejado de seguir a Jesús, preguntó al grupo de apóstoles si ellos querían hacer lo mismo, y Pedro salió al paso haciendo un resumen de las conclusiones a las que él había llegado: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Jn 6:68-69)*. Y en otra ocasión, cuando Jesús les preguntó quién pensaban que era él, Pedro nuevamente se adelantó a contestar: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mt 16:16)*. Pero por el contrario, nunca escuchamos nada parecido de Judas, de hecho, si en algún momento aparece como portavoz del grupo, lo hace para menospreciar a Jesús, como cuando dijo que el perfume derramado por la mujer para ungirle había sido un desperdicio (Jn 12:4-5).

La fe de Pedro le colocaba en una posición completamente diferente a la de Judas. El Señor lo dejó claro cuando dijo que Pedro y los otros discípulos habían sido lavados, en una referencia a la regeneración del Espíritu Santo, pero el caso de Judas era completamente diferente: *“Vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar” (Jn 13:10-11)*. Y como hemos dicho, sólo por la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas es posible vivir por encima de nuestras propias debilidades. Por esta razón, la debilidad de Pedro acabaría por superarse, pero jamás sería posible dar marcha atrás a la traición de Judas, puesto que él había llegado a estar controlado por Satanás (Jn 13:2,27).

Es interesante notar también que cuando hay fe verdadera, el Señor cuida, protege e interviene activamente para el crecimiento del creyente. Lo vemos con claridad en el caso del apóstol Pedro: *“Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo, pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lc 22:31-32)*. Y también podemos ver que cuando Pedro fracasó, tal como Jesús lo había predicho, tuvo que haber encontrado mucho aliento en el hecho de que el Señor también le había asegurado su próxima restauración: *“Me seguirás después” (Jn 13:36)*, *“Y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lc 22:31-32)*. Seguro que en medio de los altibajos durante el resto de su vida, Pedro recordó constantemente estas palabras, sacando de ellas todo el significado que tenían. Cristo se lo había prometido, y su promesa no fallaría. La certeza de esta promesa y el coraje que le confirió, le permitió afrontar su fracaso y volver a comenzar con nueva devoción. Y puesto que Cristo no hace acepción de personas, todo aquel que confíe en él puede contar con la misma promesa. Es cierto que el Señor no ha prometido a sus discípulos que nunca vamos a sufrir los ataques de Satanás, o que no vayamos a sufrir derrotas temporales y parciales, pero una de las misiones del Señor Jesucristo como Sumo Sacerdote, es interceder por nosotros a la diestra del Padre, con el fin de perfeccionar y completar la obra que ha comenzado en nosotros (Ro 8:34) (Fil 1:6).

4. La restauración

En la mente de Cristo no cabía la menor duda de que Pedro sería restaurado al final, y que triunfaría: *“A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después” (Jn 13:36)*. Y así fue. Aunque el coraje de Pedro se vino abajo, y negó y abandonó a Jesús a fin de librarse del sufrimiento en el atrio del sumo sacerdote, luego fue restaurado, para después seguir y servir a Jesús durante muchos años.

Este proceso de restauración pasa necesariamente por reconocer esta debilidad moral que el pecado ha producido en nuestro ser. Para Pedro tuvo que ser muy doloroso que Jesús le preguntara tres veces seguidas si le amaba más que los otros discípulos (**Jn 21:15-17**). Seguramente estas preguntas se correspondían con las tres veces que había negado al Señor, pero sin duda, también tenían el propósito de hacer reconocer a Pedro que Jesús le conocía mucho mejor de lo que él se conocía a sí mismo. Al final el apóstol tuvo que confesar: *“Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo”* (**Jn 21:17**).

Esta experiencia de fracaso a la que llegó por su confianza carnal en sí mismo, le condujo con el tiempo a tener una actitud muy distinta. Veamos lo que escribió años más tarde:

(1 P 5:5) *“Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.”*

Vemos que Pedro no sólo aprendió a desconfiar de su propia capacidad, sino que también llegó a juzgar más benévolamente a los demás cristianos.

5. El amor de Pedro por el Señor

Aunque Pedro había negado al Señor, sin embargo le amaba sinceramente. La debilidad que tan dolorosamente había tenido que descubrir en sí mismo, no indicaba en ninguna manera que no amara a Jesús. Su problema, igual que el nuestro tantas veces, consistía en cómo poder llegar a demostrárselo al Señor. Por esta razón, ante la pregunta de Jesús: *“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?”*, no pudo encontrar la forma de justificar su amor por él, así que invitó a Cristo a que sondeara las profundidades de su ser, para hallar allí su amor personal y real hacia él: *“Sí, Señor: tú sabes que te amo”* (**Jn 21:15**).

Pedro había estado tan seguro de sí mismo que no había sido capaz de ver el peligro, así que falló al Señor negándole tres veces. Pero Pedro amaba realmente a Jesús. Por eso, aunque hubo momentos de fracaso, como sin duda también los habrá con nosotros, ese amor pronto volvió a aflorar.

Antes de terminar nuestro estudio de este pasaje, debemos notar que “también todos los demás discípulos decían lo mismo”. La reacción de Pedro fue la más evidente, como tantas otras veces, pero no era el único que pensaba así. Es fácil llegar a pensar así, pero este pasaje debe servir para advertirnos de la fácil que es caer en la tentación cuando confiamos en nosotros mismos.

Preguntas

1. Lea con atención los Salmos 115 al 118 y busque referencias al Señor Jesucristo que tengan que ver con los últimos acontecimientos de su vida aquí en la tierra.
2. Lea Zacarías capítulos 9 al 14 y haga una relación de algunas de las profecías que se cumplieron en la última semana del ministerio del Señor Jesucristo haciendo un breve comentario sobre ellas.
3. ¿Qué importancia tiene el hecho de que Jesús mandara a sus discípulos encontrarse con él en Galilea después de su resurrección?
4. Analice la actitud de Pedro cuando Jesús anunció que todos los discípulos le abandonarían en esa noche. ¿Cuál fue su error básico? ¿Cómo podría evitarlo en el futuro?
5. Señale las semejanzas y diferencias entre Pedro y Judas.

Jesús ora en Getsemaní - Marcos 14:32-42

(Mr 14:32-42) “Vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que yo oro. Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad. Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora. Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú. Vino luego y los halló durmiendo; y dijo a Pedro; Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. Otra vez fue y oró, diciendo las mismas palabras. Al volver, otra vez los halló durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño; y no sabían qué responderle. Vino la tercera vez, y les dijo: Dormid ya, y descansad. Basta, la hora ha venido; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega.”

Introducción

La historia de la agonía del Señor Jesucristo en el huerto de Getsemaní es uno de los pasajes más profundos y misteriosos de la Biblia. Contiene cosas que ningún hombre puede explicar satisfactoriamente. Al estudiarlo, bien se podrían repetir las palabras que Dios le dijo a Moisés cuando se le apareció en la zarza ardiendo: *“Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (Ex 3:5)*. Sin lugar a dudas, el estudio de este pasaje nos debe llevar más bien a la adoración que al análisis.

Aquí veremos al Señor librando la batalla definitiva contra el pecado, pero por alguna razón, esta batalla se nos presenta en dos actos: Getsemaní y Gólgota. Esto nos lleva a preguntarnos ¿por qué fue necesario pasar por Getsemaní? ¿No se podía haber evitado un episodio tan doloroso de su vida? Pero a lo largo de estos estudios veremos que fue en Getsemaní donde el Señor tomó la decisión de ir a la Cruz, mientras que en el Calvario fue donde la materializó.

“Vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní”

Como muchas otras noches, Jesús salió de la ciudad y fue a un olivar cercano que era conocido como “Getsemaní”, que significaba “prensa de olivas”, seguramente porque en él había habido o todavía había una prensa de olivas.

Allí el Señor solía juntarse con sus discípulos durante sus visitas a la capital, buscando apartarse de las multitudes que constantemente le presionaban y tener así un tiempo de enseñanza privada con ellos **(Lc 22:39) (Jn 18:1-2)**. Por lo tanto, el lugar era bien conocido también por Judas, que como más tarde veremos, no tardó en acudir con una escuadrilla para arrestar a Jesús. Aunque no debemos olvidar que si encontraron allí a Jesús en aquella noche, fue porque en él no había ningún pensamiento de huida, a pesar de que conocía perfectamente todas las maquinaciones de Judas, como antes había expresado con toda claridad.

Pero en esta ocasión, aquel lugar donde Jesús había tenido tantas hermosas pláticas con sus discípulos, ahora se iba a convertir en el escenario de su terrible agonía antes de ir a la cruz.

“Sentaos aquí, entre tanto que yo oro”

¿Cómo iba a enfrentar Jesús este duro trance? En esto también apreciamos que Jesús era muy diferente a nosotros. Con frecuencia, cuando pasamos por problemas que nos agobian, o estamos rodeados de dificultades, pensamos que necesitamos un “respiro” y buscamos algún tipo de diversión que nos relaje. Algunos llegan incluso a cosas como el alcohol, las drogas, fiestas, pornografía y vicios similares, que lejos de traerles paz al corazón, no hacen sino aumentar sus problemas. Pero el Señor nos indicó que la solución pasaba por buscar a Dios en oración.

(Stg 5:13) *“¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración.”*

“Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan”

Parece que aunque Jesús oraba solo, sin embargo quería sentir la cercanía de algunos de sus discípulos, así que escogió a varios de ellos para que le acompañaran a cierta distancia. Estos tres discípulos, Pedro, Jacobo y Juan, se convirtieron así en testigos de la terrible lucha que Jesús mantuvo en esa noche.

Algunos se han preguntado por qué escogió a estos tres. Lo cierto es que ésta era la tercera vez que lo hacía. Estos mismos discípulos habían sido los únicos testigos de la transfiguración del Señor (**Mr 9:2**) y también de la resurrección de la hija de Jairo (**Mr 5:37-43**). Resumiendo podríamos decir que estas tres experiencias espirituales tenían relación con tres momentos claves de la vida del Señor: su agonía, resurrección y gloria.

Por otro lado, también debemos recordar que Jacobo y Juan habían pedido anteriormente al Señor el sentarse a su derecha y a su izquierda en su gloria, a lo que Jesús les había contestado que no sabían lo que pedían. De hecho, cuando les preguntó si podían beber del vaso que él bebía, ellos no dudaron en contestar que sí podían (**Mr 10:35-39**). Seguramente, cuando en el huerto de Getsemaní vieron la agonía de Jesús mientras oraba pidiendo que pasara de él aquella copa, ellos tuvieron que darse cuenta de que realmente no sabían lo que habían dicho.

“Y comenzó a entristecerse y a angustiarse”

Cuando Jesús se apartó para orar, el evangelista utiliza en el original dos palabras muy fuertes para indicarnos su intensa perturbación emocional ante la perspectiva que se le presentaba, y también su estado de extremo dolor y angustia. Lucas completa este cuadro diciéndonos que *“estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra”* (**Lc 22:44**).

Podríamos preguntarnos qué era lo que producía este estado en Jesús. Algunos han pensado que esta angustia era la reacción natural que todos los seres humanos sienten ante la proximidad de la muerte. Pero en el caso de Jesús, necesariamente tenemos que pensar que había mucho más que eso. Se trataba del estremecimiento de aquel que era la Vida misma al enfrentarse con todo el poder destructivo del mal, de todo aquello que se opone a la santidad de Dios, y que en ese momento se abatía directamente sobre él por cuanto había decidido presentarse como el Cordero de Dios que muere por el pecado de la humanidad.

Y por cuanto era el Hijo de Dios, podía ver con extrema claridad toda la suciedad del mal que venía sobre él. Y por supuesto, para su naturaleza completamente santa y pura, el tener que enfrentarse con el pecado de toda la humanidad, producía un dolor que es

imposible expresar con palabras. En realidad, lo que estamos presenciando aquí es el choque frontal entre la Luz y las tinieblas, entre la Vida y la muerte.

Más adelante consideraremos los sufrimientos físicos que Jesús pasó durante su arresto y crucifixión, pero sin lugar a dudas, los más dolorosos tuvieron que ser los de su alma santa e inocente cuando con un conocimiento pleno de las consecuencias que este acto iba a tener, asumió cargar sobre sí el pecado de los hombres.

(2 Co 5:21) “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

“Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte”

Sólo podremos entender la causa de esta “tristeza mortal” de Jesús si nos damos cuenta de que no se trataba únicamente de la angustia ante la muerte que los seres humanos atravesamos al final de nuestros días. En su caso era una muerte diferente. El no moriría como consecuencia de sus propios pecados, ya que no los tenía, sino que él moriría en sustitución de los pecadores, cargando en ese momento la maldad de toda la humanidad.

Muchas veces nosotros sufrimos como consecuencia de alguno de nuestros pecados, y sabemos por experiencia lo doloroso que esto es, pero ¿qué sería para el Señor sufrir de forma “condensada” por todos los pecados de los hombres? No cabe duda que nunca nadie ha experimentado un dolor y amargura semejante. Y en esos momentos, su santa humanidad fue oprimida y agobiada hasta lo sumo.

Algunos han criticado a Jesús porque en esos momentos no asumió la actitud heroica que debería esperarse de él. Argumentan que otros hombres han afrontado la muerte con mucha más serenidad que él. Pero quienes así hablan, es evidente que no han entendido lo que implicaba la muerte para Jesús. Ya hemos hablado del terrible sufrimiento que tuvo que suponer para un Ser santo e inocente como Jesús el tener que cargar sobre sí la culpabilidad acumulada de toda la humanidad, pero había otro aspecto unido a éste, que todavía tenía que producirle mayor agonía, y era el hecho de que cuando fuera colgado en la cruz quedaría bajo la maldición de Dios, mientras toda la santa ira del Juez justo recaía sobre él.

(Ga 3:13) “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero).”

De alguna manera inexplicable para nosotros, cuando llegó el momento de la cruz, la relación de Jesús con Dios sería interrumpida.

(Mr 15:34) “Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

No podemos imaginarnos lo que este hecho tuvo que haber significado para Jesús, cuando el mayor deleite de su vida era la comunión con su Padre celestial.

Cuando intentamos sondear en estos misterios, tenemos que reconocer que nunca podremos comprenderlos en toda su intensidad, y en la medida en que pobremente podemos entender algo, quedamos sobrecogidos ante la magnitud de los hechos.

Pero en cualquier caso, hay ciertas lecciones prácticas que sí que deberían quedar grabadas en nuestros corazones:

- Primeramente, viendo la impresión que nuestros pecados produjeron en Jesús, esto nos debería llevar a ser mucho más sensibles y a tener siempre un temor reverente para no pecar más.

- Y consideramos también que para que Jesús pudiera decir a sus discípulos que “no se turbe vuestro corazón” (Jn 14:1), él mismo tuvo que sufrir la angustia y la aflicción.

“Quedaos aquí y velad”

Cuando Jesús se apartó para orar, hizo un llamamiento a sus discípulos para que velaran. Esta no era la primera vez que les exhortaba a esto, puesto que cuando les había anunciado su segunda venida, ya les había dicho que permanecieran en esa actitud (Mr 13:33-37). Ahora vuelve a hacerlo, aunque con mayor urgencia debido a los acontecimientos que inmediatamente iban a ocurrir.

Nosotros también debemos recibir esta exhortación apremiante a velar. La somnolencia de los discípulos parece que ha alcanzado al cristianismo de nuestro tiempo. Y no lo olvidemos; dejar de velar abre la puerta al poder del mal en nuestras vidas.

Los efectos de esta somnolencia los podemos ver en el embotamiento del alma que pierde la sensibilidad frente al pecado en nuestras vidas y el poder del mal en el mundo. Nos deja anestesiados, ignorantes, indiferentes y tranquilos frente al mal que nos rodea, pensando que en el fondo, no es tan grave. Pero esta falta de sensibilidad, esta falta de vigilancia, tanto por lo que se refiere a la cercanía de la segunda venida de Cristo, como al poder amenazador del mal, otorga un poder en el mundo al maligno.

“Yéndose un poco adelante, se postró en tierra”

Los discípulos quedaron a cierta distancia de Jesús, desde donde todavía podrían verle y oírle. El evangelista nos dice que el Señor cayó rostro en tierra. La postura que adoptó para orar expresaba su total sumisión a la voluntad de Dios.

En cualquier caso, la escena no deja de sorprendernos. Recordamos que unos días antes había descendido cabalgando desde ese mismo monte de los Olivos en procesión real, aclamado justamente como Rey (Mr 11:1-11). Sin embargo, ahora el contraste es total; el Rey está de rodillas, rostro en tierra, sufriendo una angustia indescriptible. ¿Por qué este cambio tan drástico de actitud? Para entenderlo, tenemos que recordar que cuando Jesús entró en Jerusalén se encontró con la capital en manos de rebeldes, y el mismo templo estaba infectado de ladrones. La pregunta entonces era ¿cómo podrían esas personas rebeldes ser salvados y restaurados a la obediencia y a la adoración a Dios? Evidentemente, no lo conseguiría montando sobre una cabalgadura real por las calles de Jerusalén. Nunca la pompa y la ceremonia han conseguido convertir a un rebelde en un santo. Si alguna vez él podría llevar a Jerusalén, Israel y el mundo a la obediencia a Dios, tendría que ser necesariamente porque él mismo comenzara por obedecer a Dios aquí mismo en la tierra. Así que el Rey se arrodilló, dispuesto a obedecer por amor a su Dios y también a toda la raza humana. No había otro camino.

(Ro 5:19) “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.”

“Y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora”

Una vez más, las Escrituras nos muestran a Jesús con total honestidad, y no se avergüenza de hacernos saber que cuando se enfrentó al precio de la obediencia, sus oraciones fueron acompañadas de clamor y lágrimas.

Por supuesto, sus lágrimas no eran como en muchas ocasiones lo son las nuestras; una expresión infantil de frustración porque no logramos hacer lo que nos da la gana. Por el contrario, en su caso había un corazón absolutamente rendido y sumiso a Dios, y por esa razón, cuando pedía al Padre que pasase de él esa copa, siempre lo hacía bajo la condición de que fuese compatible con la voluntad divina.

En cualquier caso, no se trataba de dos voluntades diferentes; por un lado la del Padre y por otro la del Hijo. El evangelista Juan recoge las palabras de Jesús que nos muestran que no había contraposición entre las dos voluntades:

(Jn 12:27-28) *“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez.”*

En cuanto a su oración, Jesús preguntaba si había otra base justa sobre la cual Dios podría salvar a los pecadores sin que él tuviera que ir a la cruz. Aquí vemos todo el drama de nuestra redención. Y el silencio del cielo indicó que no había otro modo; el Santo Hijo de Dios debía morir por los pecadores.

Por supuesto, *“aquella hora”* a la que Jesús se refería, tenía que ver con el momento determinado desde la eternidad en el que se habría de resumir y concentrar toda la angustia, toda la pena, toda la muerte y cada una de las consecuencias que han surgido del pecado. Era la *“hora”* cuando Jesús, el Hombre representativo había de presentarse ante la justicia divina para satisfacer sus exigencias por medio del sacrificio de sí mismo en ofrenda por el pecado.

“Y decía: Abba, Padre”

Notemos que en su oración se dirige a Dios con la palabra *“Abba”*, que inmediatamente es traducida por Marcos para sus lectores gentiles como *“Padre”*.

La palabra *“Abba”* era usada por los niños para dirigirse a sus padres, e implicaba confianza, intimidad y reconocimiento de autoridad. Equivale a nuestro *“papá”*.

Sin lugar a dudas, tuvo que sorprender a sus discípulos que se dirigiera a Dios de esta manera. Ellos nunca habían escuchado a ningún santo del Antiguo Testamento tratar así a Dios. En la forma de pensar de un judío habría sido irreverente y, por tanto, habría sido impensable que alguien pudiera llamar a Dios con una palabra tan familiar.

Pero al hacerlo, Jesús estaba revelando la naturaleza de su comunión con Dios. De hecho, siempre que vemos a Jesús orando en los evangelios, lo hizo de esta forma, salvo en una única ocasión. Esto tuvo lugar en la cruz, cuando allí clamó: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”* (Mr 15:34).

“Aparta de mí esta copa”

El acto de obediencia que el Hijo del Hombre se disponía a llevar a cabo, tendría un sabor inconmensurablemente amargo. Tenía el sabor de la muerte. El autor de Hebreos dice que él *“gustó la muerte por todos”* (He 2:9). Además, el Antiguo Testamento se había referido con frecuencia a esta *“copa”*, que estaba reservada para los malos (Sal 11:6), y que contenía la indignación divina contra los impíos (Sal 75:8), su ira (Is 51:17) y su furor (Jer 25:15).

La muerte que él gustó no sólo tuvo que ver con experimentar la separación del alma del cuerpo, sino el abandono del Dios de justicia por haberse identificado con el pecado del mundo.

Es inimaginable, por lo tanto, que la Santidad encarnada pudiera recibir con agrado el pecado representado en esa copa, de ahí su petición: *“aparta de mí esta copa”*. Pero por otro lado, dejaba también constancia de su absoluta devoción y amor a su Padre: *“mas no lo que yo quiero, sino lo que tú”*.

No había ningún conflicto entre la voluntad del Padre y la del Hijo. El Hombre perfecto era también el Siervo obediente en todo, y aunque todo su santo Ser se alzase en contra de la perspectiva de la cruz, y su cuerpo sudase sangre en su agonía, él nunca dejaría de decir: *“mas no lo que yo quiero, sino lo que tú”*. No podemos imaginar un grado de perfección más alto que el que aquí se nos presenta.

La interpretación que hace Hebreos de este pasaje

(He 5:7-10) “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.”

En el contexto de esta cita, el autor de Hebreos está razonando acerca de lo imprescindible que es para los hombres pecadores tener un sumo sacerdote que interceda por ellos ante Dios. Por supuesto, aquellos que ocuparon esta posición en el Antiguo Testamento eran hombres débiles, y por eso, el autor nos va a decir que en el cumplimiento de los tiempos Dios constituyó a su propio Hijo como Sumo Sacerdote.

Pero el camino para que Cristo pudiera llegar a ser Sumo Sacerdote no fue sencillo. Primeramente tenía que ser hombre, pero él no lo era, así que fue necesario que se encarnase. Los más de treinta años que vivió entre los hombres le proporcionaron el conocimiento directo de nuestra situación, aprendiendo en su propia experiencia la fuerza de la tentación, la prueba y la aflicción. Y también tuvo que aprender a obedecer a Dios en un mundo caído y pecador como el nuestro. Por supuesto, él no tuvo que aprender a obedecer, él siempre lo había hecho en el cielo. Pero allí, obedecer la voluntad de Dios es fuente de gozo y felicidad. Lo que realmente tuvo que aprender es lo que cuesta obedecer a Dios en un mundo caído. Por eso, cuando el autor de Hebreos nos habla del perfeccionamiento de Cristo no se está refiriendo a su perfección moral, como si tuviera necesidad de ser corregido en cuanto a alguna imperfección en su carácter. Jesús siempre vivió sin pecado. Pero era necesario que padeciese a fin de ser perfeccionado para el sacerdocio.

Los sufrimientos de Cristo después de su encarnación fueron reales. El conoció auténticamente el hambre y el cansancio, sufrió el dolor de la deslealtad y la intolerancia, la incomprensión y la injusticia, la decepción de ver intereses creados en sus seguidores más cercanos y la traición o cobardía en otros. Sufrió la agonía indescriptible de la cruz, que de alguna manera nos queda reflejada en sus momentos de oración previos en Getsemaní. Y además le esperaba la separación de su Padre porque, al ser hecho pecado por nosotros, iba a ser abandonado y desamparado por él. Sin duda, esto no podemos llegar a entenderlo plenamente. A todo esto se sumaron las torturas de los soldados, la burla sarcástica de los judíos, la hiriente arrogancia de los sacerdotes y el abandono de los discípulos.

Cristo aprendió que la obediencia a Dios trae sufrimiento en un mundo caído. Nosotros ya lo hemos experimentado muchas veces. Cuando determinamos ser fieles al Señor y obedecerle, ¿cuál es la consecuencia? La oposición de los familiares y amigos ante lo que ellos perciben como “fanatismo religioso”, el desprecio de los compañeros y amigos porque nos ven diferentes, y en el peor de los casos, la persecución política. Muchas veces la consecuencia de la fidelidad al Señor es la burla, la crítica, la oposición o el insulto.

Pero en medio de todas estas circunstancias, el Señor Jesucristo es nuestro Sumo Sacerdote, que nos entiende porque él mismo también ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas, por lo cual es poderoso para ministrarnos como fiel Sumo Sacerdote. El ahora puede socorrernos en nuestro peregrinaje por la vida, en el cual muchas veces nuestra determinación de abrazar el camino de Dios nos involucrará en el sufrimiento y la persecución.

Y finalmente, el autor de Hebreos nos dice que *“fue oído a causa de su temor reverente”*. A primera vista, la afirmación nos puede sorprender, porque los Evangelios parece que dicen lo contrario. Él pedía al Padre: *“Si es posible pase de mí esta copa”*. Y el Padre no intervino para impedir que la bebiese. Pero sus oraciones fueron respondidas. La noche de sufrimiento fue seguida por la mañana de la resurrección y de la vindicación que Dios hizo de su fe. No fue librado de padecer la muerte, sino que habiendo llegado a ella, fue sacado de sus garras por el glorioso triunfo de la resurrección. Y no olvidemos que de la misma manera, Dios no siempre contesta nuestras oraciones tal como pensamos que debería hacerlo.

“Vino luego y los halló durmiendo”

Después de un tiempo en oración, Jesús volvió a donde había dejado a sus discípulos y los encontró durmiendo. No fueron capaces de compartir con él nada de su infinito dolor.

Cada vez estaba más claro que en el camino a la cruz, Jesús iba a encontrarse absolutamente solo. Si sus más íntimos discípulos no podían acompañarle en oración ni siquiera una hora, ¿qué se podría esperar de ellos una vez que Jesús fuera arrestado y estuviera en manos de sus enemigos? El mismo Pedro, que tan vehementemente había protestado cuando Jesús les anunció que todos ellos le abandonarían en esa noche, no fue capaz de mantenerse despierto junto a Jesús orando con él por un poco de tiempo.

Todo esto era muy importante, porque no debemos olvidar que para encontrar victoria en la hora de la tentación o de la prueba, previamente necesitamos recibir poder mediante la oración. En este sentido estaba claro que los discípulos no entendían la gravedad de la situación que se avecinaba, y por lo tanto, tampoco se estaban preparando adecuadamente para enfrentarla. ¿Y qué diremos de nosotros mismos? ¿Cuántas veces no somos capaces de velar en oración ni siquiera una hora? ¿Qué puede esperar el Señor de nosotros?

La debilidad de la que el Señor les había hablado durante la cena, se empezaba a hacer evidente. Aquí vemos que el pecado ha dañado incluso a nuestros propios cuerpos, que en muchas ocasiones actúan como pesados lastres para nuestras almas.

“Velad y orad, para que no entréis en tentación”

La *“tentación”* a la que Jesús se refería, y para la que tendrían que estar preparados, consistía en negar y escandalizarse de Jesús una vez que fuera arrestado y crucificado.

No es difícil imaginar el impacto que debió tener para ellos ver a su Maestro siendo objeto de las burlas de todos los hombres que se acercaban a él cuando estaba clavado en la vergonzosa cruz. Por eso, aunque los mismos discípulos no percibían la gravedad de la hora de prueba que iba a venir sobre ellos, el mismo Señor ya había orado por ellos, y en especial por Pedro, para que su fe no faltase (**Lc 22:31-32**).

Esta exhortación de Jesús a “*velar y orar*” debería estar presente constantemente en nuestros corazones como la única forma real de vencer las tentaciones. No nos engañemos; no hay ningún poder en nosotros mismos que nos haga inmunes a los ataques de Satanás. Por esta razón, cada cristiano debe estar permanentemente en un estado de vigilancia y oración desde el momento de su conversión hasta la hora de su muerte.

Pedro entendió finalmente la lección y él mismo exhortaba a esto en su carta:

(1 P 4:7) *“Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración.”*

“El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”

El Señor señaló que la razón por la que era imprescindible que mantuvieran esta actitud de vigilancia y oración, era porque dentro del cristiano hay dos naturalezas que son contrarias entre sí; el espíritu y la carne.

(Ga 5:16-17) *“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.”*

Por un lado está la “*carne*”, la vieja naturaleza caída, siempre inclinada al mal. Y por otro lado está el “*espíritu*”, es decir, la nueva naturaleza que el Espíritu Santo ha dado a aquellos que creen en Cristo, y que siempre está dispuesta a hacer el bien que agrada a Dios.

Es importante ser conscientes de que después de la conversión, Dios no quita de nosotros la vieja naturaleza, ya que esto tendrá lugar en el momento cuando seamos arrebatados o muramos. Mientras tanto, la “*carne*” sigue luchando dentro de nosotros mismos con el fin de hacernos caer. Y no olvidemos que la carne no mejora con el tiempo, únicamente se adapta a las nuevas situaciones, y por lo tanto, no hay ningún creyente que haya llegado a un estado de santidad que ya no deba preocuparse de ella. Por el contrario, aquellos que realmente viven una vida consagrada al Señor son los que, conscientes del grave peligro que constantemente corren por su naturaleza caída, perseveran en “*velar y orar*”.

“Vino la tercera vez, y les dijo: Dormid ya, y descansad”

El Señor interrumpió sus oraciones en tres ocasiones para ir a ver a sus discípulos, y en todas ellas los encontró durmiendo. Y aunque seguramente sentían cierta vergüenza por no estar orando tal como Jesús les había pedido, sin embargo, no lograban resistir el sueño y tampoco “*sabían qué responderle*”.

Pero cuando Jesús regresó por tercera vez, ya no les animó a velar, sino que les dijo que durmieran y descansaran. No debemos ver en estas palabras una severa reprensión, sino más bien todo lo contrario. Podemos incluso imaginarnos al Señor sentándose a su lado

mientras velaba sus sueños, como una madre que vigila tiernamente a sus pequeños mientras duermen. Sin duda es un cuadro conmovedor.

Los discípulos se habían rendido a la comodidad del sueño bajo el peso del cansancio y la tristeza (**Lc 22:45**). Aunque, por supuesto, esto no había alejado de ellos el mal, sino que simplemente les había hecho inconscientes de su existencia y les dejaba indefensos ante su embestida. Pero por otro lado, Cristo no se rindió ante nada, sino que en medio de su inmenso dolor afirmó positivamente su disposición de hacer la voluntad de Dios al precio que fuera, e incluso, velaba por sus discípulos con todo su amor y cuidado mientras ellos dormían.

“Basta, la hora ha venido”

Entendemos que entre la cariñosa invitación de Jesús a sus discípulos para que durmieran y recuperaran fuerzas, hasta este momento que se describe aquí, pasó un intervalo de tiempo no determinado. Pero finalmente llegó *“la hora”* en que Jesús iba a ser entregado en manos de pecadores.

Suponemos que el Señor escuchó el ruido de la compañía que, conducida por Judas, cruzaba el arroyo y subía la cuesta hacia el huerto, por lo que rápidamente despertó a sus discípulos para advertirles de la presencia del peligro.

Las frases entrecortadas que usa Jesús nos muestran su angustia ante la hora final, pero en ningún momento plantea una huida, sino que por el contrario dijo a sus discípulos *“vamos”*, indicando de esta manera su disposición de ir en busca de los que venían a arrestarle.

Preguntas

- 1.** Razone sobre las posibles causas de la angustia de Jesús en Getsemaní.
- 2.** ¿Por qué debían velar y orar los discípulos?
- 3.** ¿Qué quería decir el Señor cuando oró pidiendo *“que si fuese posible, pasase de él aquella hora”*? ¿Le parece que el Hijo tenía unos deseos diferentes a los del Padre? ¿Qué podemos aprender de esto para nuestras vidas de oración?
- 4.** Explique con sus propias palabras el pasaje de (**Hebreos 5:7-10**) de acuerdo a lo aprendido en esta lección.
- 5.** Explique la frase *“el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”*.

Arresto de Jesús - Marcos 14:43-52

(Mr 14:43-52) *“Luego, hablando él aún, vino Judas, que era uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los escribas y de los ancianos. Y el que le entregaba les había dado señal, diciendo: Al que yo besare, ése es; prendedle, y llevadle con seguridad. Y cuando vino, se acercó luego a él, y le dijo: Maestro, Maestro. Y le besó. Entonces ellos le echaron mano, y le prendieron. Pero uno de los que estaban allí, sacando la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja. Y respondiendo Jesús, les dijo: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis; pero es así, para que se cumplan las Escrituras. Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron.*

Pero cierto joven le seguía, cubierto el cuerpo con una sábana; y le prendieron; mas él, dejando la sábana, huyó desnudo.”

Introducción

Por fin sonó la “hora” tan temida como deseada por el Señor, cuando había de empezar a beber de la “copa” que acababa de recibir de las manos de su Padre. Sólo entonces pudieron los hombres arrestarle y llevarle ante sus tribunales, y finalmente a la cruz.

Pero a pesar de la gravedad de todo lo que estaba ocurriendo, nos sorprende notar la serenidad del Señor aun en los momentos más críticos. En realidad habla poco, pero todas sus palabras están llenas de dignidad y evidencian la paz de aquel que sabe que está cumpliendo la voluntad de Dios.

“Vino Judas, uno de los doce, y con él mucha gente”

Cuando Judas salió del aposento alto en aquella noche (**Jn 13:30**), se apresuró para ir a buscar a los principales sacerdotes con el fin de entregarles a Jesús. Por supuesto, las autoridades judías habían estado muy ocupadas haciendo distintos preparativos mientras esperaban impacientes el aviso de Judas, así que cuando llegó el momento no tardaron en reunir a un buen grupo de gente armada con espadas y palos para ir a arrestar a Jesús sin pérdida de tiempo.

Judas, “uno de los doce”, era quien guió a la comitiva hasta el lugar donde Jesús estaba reunido con sus discípulos. Y en un acto de traición sin igual, ahora Judas el desertor, usaba toda la información adquirida a lo largo de los meses y años de amistad con Jesús, para entregar en manos de hombres malvados al mismo Hijo de Dios.

La razón por la que cometió este vergonzoso crimen no la podemos saber con exactitud. Evidentemente había dinero de por medio, pero tal vez influyeron también ciertos sentimientos de frustración al no ver realizadas sus expectativas en cuanto al reino y su posición dentro de él. En ese caso, nos imaginamos que tuvo su momento de gloria cuando en aquella noche iba a la cabeza de un grupo tan numeroso de personas.

En cuanto a la formación de esta cuadrilla enviada para arrestar a Jesús, podemos ver que venía “de parte de los principales sacerdotes y de los escribas y de los ancianos”, es decir, las tres secciones de las que estaba compuesto el Sanedrín. De alguna manera, el

evangelista nos quiere hacer notar que la totalidad del Tribunal Supremo judío estaba involucrado en el arresto de Jesús. Y por supuesto, nos muestra el cumplimiento exacto de lo anunciado por Jesús acerca de sus sufrimientos **(Mr 8:31) (Mr 10:33)**.

“Con espadas y palos”

Notemos también que este numeroso grupo iba armado con “*espadas y palos*”, como si fueran a capturar a un peligroso criminal del que esperaban una fuerte resistencia. Pero no eran ellos los únicos que se enfrentaban a Jesús en aquella noche, puesto que como él mismo había señalado: “*esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas*” **(Lc 22:53)**. No debemos olvidar que detrás de aquel pequeño ejército se encontraban todos los principados y potestades de maldad que en aquella hora se enfrentaban contra el Señor en una batalla de dimensiones incomprensibles para nosotros.

(Col 2:15) *“Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.”*

Pero, ¿por qué fueron contra Jesús con “*espadas y palos*”? Como decíamos, ellos pensaban que el Señor y sus discípulos ofrecerían una fuerte resistencia, y que necesitarían estar bien armados si querían arrestarle. Con esta actitud demostraban una vez más que no habían entendido quién era Jesús ni la naturaleza de su obra. No tomaron en cuenta el hecho de que Jesús nunca había manifestado violencia contra ninguna persona a lo largo de todo su ministerio, haciendo así honor a su título de “*Príncipe de Paz*” **(Is 9:6)**.

Sin embargo, a pesar de los hechos, los líderes judíos continuaban obstinadamente apegados a la idea de que los planes del Señor eran instaurar un reino terrenal, y suponían equivocadamente, que lo haría por medios humanos. Por esta razón fueron a su encuentro armados con espadas y palos. Su odio hacia Jesús les impedía entender que su reino era espiritual, en el interior del corazón humano, y que se llegaba a formar parte de él por medio del arrepentimiento y la fe. Más adelante volvió a explicar esto mismo a Pilato, el gobernador romano:

(Jn 18:36) *“Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí.”*

Resulta evidente que aquellos que históricamente han intentado imponer el cristianismo por medio de la fuerza no tienen nada que ver con el Reino que Jesús predicó. El verdadero cristianismo crece y se desarrolla por la influencia del Espíritu Santo en los corazones, pero nunca por medio de la lucha armada.

(Zac 4:6) *“Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos.”*

“Les había dado señal: Al que yo besare, ése es”

El relato de Marcos llama nuestra atención también sobre la bajeza de la forma elegida por Judas para traicionar a Jesús: “*Al que yo besare, ése es*”. El término original indica que le besó efusiva y repetidamente, de la forma en la que se besaría a alguien a quien se ama entrañablemente. Así la traición de Judas se consumó con un beso, el más hermoso de los signos de afecto humano, era usado en este caso como la más cínica expresión de hipocresía y falsedad.

Pero así era Judas, siempre fingiendo, viviendo una doble vida, aparentando amor y respeto cuando en realidad no sentía nada de esto por Jesús. ¡Qué diferente de aquella mujer que después de derramar sobre Jesús un costoso perfume, no dejaba de besar sus pies! (Lc 7:38).

Y aunque Jesús se sometió a esta indignidad sin impedírselo, no dejó de subrayar la gravedad de su traición: “*Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?*” (Lc 22:48).

La historia de la traición de Judas es penosa en extremo, y pone de relieve como ningún otro hecho la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del amor de Cristo. Intentar comprender cómo el Señor no sólo toleró la presencia del traidor en el seno de su círculo más íntimo, sino que habiéndole escogido para formar parte de los doce le trató siempre con respecto y deferencia, resulta vano. Tal fue el talante de Jesús hacia Judas que los demás discípulos no adivinaron quién era el que le había de entregar (Mr 14:18-19).

“Entonces ellos le echaron mano, y le prendieron”

Era la hora del aparente triunfo de las tinieblas, cuando el santo Hijo de Dios era arrestado sin dificultades y llevado por hombres pecadores para ser juzgado y condenado.

No obstante, nada de esto habría ocurrido si Jesús mismo no lo hubiera permitido. Recordemos, por ejemplo, la ocasión en la que después de haber predicado en la sinagoga de Nazaret, la gente llena de ira le echó fuera de la ciudad y le llevó hasta la cumbre del monte con la intención de despeñarle, “*mas él pasó por en medio de ellos, y se fue*” (Lc 4:29-30). O incluso en esa misma noche, cuando los judíos fueron a arrestarle, el evangelista Juan nos dice que Jesús les preguntó “*¿a quién buscáis?*”, a lo que ellos contestaron “*a Jesús nazareno*”, y fue entonces cuando él les dijo: “*Yo soy, y retrocedieron y cayeron a tierra*” (Jn 18:4-6). Sin lugar a dudas, su arresto sólo fue posible porque él lo permitió, o dicho de otra manera, porque él se estaba entregando.

A partir de aquí veremos a Jesús atado, llevado de un lugar a otro sufriendo continuas muestras de la maldad y el odio humanos.

En este punto es conveniente recordar que todo esto estaba ocurriendo durante la noche de la pascua, una fiesta anual con la que los israelitas recordaban el momento en que sus antepasados habían sido liberados de la esclavitud en Egipto. Pero el evangelista nos quiere hacer notar que para Jesús no fue una fiesta de liberación, sino que por el contrario insiste en mostrarnos que él era el Cordero pascual que había de morir para traer libertad a su pueblo.

“Uno sacando la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote”

Aunque Marcos no lo dice, Juan nos explica que fue Pedro el apóstol que sacó su espada e hirió a Malco, el siervo del sumo sacerdote (Jn 18:10). Suponemos que Marcos no reveló el nombre de Pedro porque todavía podría ser peligroso para él dada la fecha temprana en la que redactó su evangelio, algo que no supondría ningún problema cuarenta años después cuando Juan escribió el suyo.

Ahora bien, ¿por qué actuó Pedro de esta manera? Seguramente quería demostrar que la promesa que le había hecho al Señor de acompañarle hasta la muerte, estaba dispuesto a cumplirla al precio que fuera.

Pero el Señor no le dejó continuar por ese camino, y además de sanar inmediatamente al hombre al que Pedro había herido (**Lc 22:51**), también le mandó que metiera la espada en la vaina (**Mt 26:52**).

En este momento se empezaba a apreciar la falta de preparación a la que Jesús les había exhortado mientras él había estado orando intensamente en el huerto de Getsemaní. Notemos algunos detalles sobre esto:

- Fue una reacción violenta y asesina, ya que aunque sólo cortó la oreja del siervo del sumo sacerdote, seguramente su intención era abrirle la cabeza. Sin lugar a dudas fue una actitud totalmente inapropiada, un impulso de la carne que no era gobernada por la oración y la voluntad de Dios. Si antes hubiera estado orando junto a su Maestro, le habría escuchado decir que estaba listo para morir, y esto le habría ayudado a tener un comportamiento más reflexivo y menos impulsivo.
- Además, Pedro no entendía la naturaleza del conflicto. Seguramente el hecho de ver a toda aquella gente llevando sus espadas, le hizo perder de vista que la verdadera guerra que se estaba librando era espiritual. Y como decimos, si se hubiera preparado en oración, habría sabido que en esa lucha las armas carnales no sirven de nada (**Ef 6:10-18**).
- Pero por otro lado, la actitud de Pedro fue completamente imprudente, llegando a colocar al Señor en una posición muy comprometida. Si Jesús le hubiera dejado continuar por ese camino, las autoridades judías no habrían tardado en contar por todas partes que habían apresado a Jesús a altas horas de la noche cuando estaba al frente de una banda armada que preparaba alguna acción guerrillera subversiva. ¡Cómo se habría reído Satanás al ver al Salvador del mundo representado como un guerrillero! Y sin darse cuenta, Pedro lo estaba facilitando con su comportamiento.

“¿Como contra un ladrón habéis salido para prenderme?”

Jesús expresa aquí una queja: *“¿Cómo contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis”*.

Le estaban tratando como a un ladrón que huye de la justicia, pero él muestra la incoherencia de este razonamiento, recordándoles que él nunca había actuado de una forma clandestina, sino que había hablado siempre públicamente en el templo, donde todos podían escucharle.

Lo cierto es que quienes actuaban en la noche, escondiéndose para evitar ser vistos por el pueblo, eran ellos mismos. De esta manera mostraban cuál era el origen de su poder: *“esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas”* (**Lc 22:53**). Habían sido incapaces de encontrar alguna acusación contra Jesús mientras enseñaba públicamente en el templo a la luz del día, así que se escondieron al amparo de la noche para prenderle con acusaciones infundadas, como más adelante veremos.

De otro modo, si realmente había pruebas contra él, ¿por qué no le habían arrestado en el mismo momento en que estaba enseñando en el templo? Allí tenían todos los recursos necesarios para haberle prendido, y además no les habría costado nada encontrar a numerosos testigos que podrían haberle inculpado. Pero aunque en sus visitas al templo le habían provocado en muchas ocasiones, buscando que dijera alguna palabra comprometedor, nunca habían encontrado en él algo por lo que pudieran arrestarle. Así que buscaron la noche, dando así comienzo a un proceso sin ninguna garantía de legalidad y donde el veredicto había sido fijado con anterioridad.

Y finalmente consiguieron su propósito, pues fueron contra él como un ladrón, y acabaron crucificándole entre dos ladrones, como si él mismo fuera uno de ellos.

“Es así, para que se cumplan las Escrituras”

Aquí volvemos a contemplar nuevamente lo que estaba ocurriendo desde dos dimensiones diferentes: la humana y la divina. Desde un punto de vista, ya hemos dicho que el hecho de no prenderle en el templo se debió a que no encontraron nada de que culparle y porque tenían miedo a las multitudes que le escuchaban maravilladas. Pero desde otra perspectiva, le arrestaron de este modo *“para que se cumpliesen las Escrituras”*.

Pero, ¿cuáles eran las Escrituras que se debían cumplir?

- Podemos pensar en la traición de Judas, uno de los apóstoles del círculo íntimo de Jesús, y del que el salmista había hablado: **(Sal 41:9)** *“Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar”*. El Salmo 41 es el texto en el que el rey David habla de la traición protagonizada por *“el hombre de mi paz”*. El Salmo presenta una verdadera radiografía de la traición. Los falsos amigos que le visitaban cuando estaba enfermo, a pesar de su fingimiento, sólo deseaban su muerte **(Sal 41:6-9)**. Así es el traidor; habla una cosa en presencia del “amigo”, y otra bien distinta entre sus detractores. Se reúnen, murmuran, piensan y hablan mal, juzgan la espiritualidad del hombre de Dios y descalifican su integridad moral. Pero, sobre todo, el traidor viola la confianza de quien la había depositado en él. En la experiencia del rey David, aquel hombre se llamaba Ahitofel. Este había sido su consejero y hombre de confianza hasta que se unió a Absalón, el hijo de David que intentaba usurpar su trono por medio de un golpe de estado **(2 S 16:23)**. Pero llegó un momento en que los consejos de Ahitofel no fueron tenidos en cuenta y entonces se ahorcó y así murió **(2 S 17:23)**. Y Judas, hizo lo mismo: *“salió, y fue y se ahorcó”* después de consumir su traición **(Mt 27:5)**.
- También la actitud de Jesús cuando fue arrestado, negándose a defenderse, nos recuerda la profecía de Isaías: **(Is 53:7)** *“Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado la matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca”*.
- El hecho de que en el momento de su arresto todos los discípulos abandonaron a Jesús, también había sido profetizado por Zacarías: **(Zac 13:7)** *“Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hierre al pastor, y serán dispersadas las ovejas; y haré volver mi mano contra los pequeños”*.

Esta afirmación de Jesús nos recuerda que a lo largo de todo el Antiguo Testamento hay constantes referencias a Cristo y su obra. Desgraciadamente los cristianos modernos desconocemos mucho de esta parte de las Escrituras y por esta razón perdemos grandes bendiciones. Veamos la reprensión que Jesús hizo a los dos que iban camino de Emaús después de su resurrección, porque no percibieron ni creyeron que todo lo que había ocurrido con Jesús ya había sido descrito a lo largo de todo el Antiguo Testamento:

(Lc 24:25-27) *“Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.”*

“Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron”

Como estamos considerando, Jesús fue arrestado sin dificultades, pero sin embargo, todos los discípulos lograron escapar. Este hecho no deja de sorprendernos. Si las autoridades judías estaban decididas a terminar con el movimiento de Jesús de Nazaret, ¿no habría sido conveniente arrestar también a sus seguidores más cercanos con el fin de cortar de raíz cualquier posible brote? ¿Y cómo pudieron escapar todos los discípulos si había salido contra ellos una guardia tan numerosa?

Pero los que le iba a arrestar se encontraron con dos obstáculos insalvables.

- Por un lado, aunque Jesús y sus discípulos estaban en absoluta minoría, sin embargo era él quien estaba dictando las condiciones para su arresto: “*si me buscáis a mí, dejad ir a éstos*” (**Jn 18:8**). Seguramente había sido la intención de las autoridades judías el apresar también a los discípulos, pero Jesús salió en su defensa y se cumplió así lo que él mismo había anunciado: “*De los que me diste, no perdí ninguno*” (**Jn 18:9**). Sólo la protección del mismo Señor les pudo salvar en estos complicados momentos.
- Y por otro lado, estaba la palabra profética que anunciaba el abandono de sus discípulos (**Zac 13:7**). De esta manera el viento se llevó todas las promesas que los discípulos habían hecho a su Maestro de morir con él antes que abandonarlo.

Por otro lado, podemos imaginarnos también la sorpresa de los discípulos ante todo lo que estaba ocurriendo. Hasta aquel momento el Señor había solucionado cualquier situación incómoda que los judíos le habían ocasionado, saliendo siempre airoso de todas ellas. Pero ahora le habían prendido sin que él hiciera absolutamente nada para impedirlo. De repente, los discípulos vieron que todo su mundo se venía abajo, y no pensaron en otra cosa que no fuera huir.

Así que Jesús quedó solo, abandonado por sus amigos y en manos de sus crueles enemigos. Sin duda, esta es una de las experiencias más dolorosas por las que un ser humano puede pasar, pero ahora podemos estar seguros de que Jesús nos entiende, y que además nunca nos abandonará. El apóstol Pablo encontró mucho consuelo en este hecho durante su primer juicio ante el César:

(2 Ti 4:16-17) “*En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta. Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león.*”

Pero finalmente, y a pesar de todo, el plan eterno de Dios se estaba llevando a cabo, valiéndose para ello incluso de la maldad de los hombres, o la debilidad de los discípulos:

(Hch 2:23) “*A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matásteis por manos de inicuos, crucificándole*”

“Cierta joven le seguía, cubierto el cuerpo con una sábana”

Aparecen ahora un incidente que sólo Marcos recoge y que resulta irrelevante para la narración. ¿Por qué decidió incluirlo en su relato? ¿Cuál es la razón para que esté aquí?

La respuesta más probable es que el joven al que se refieren estos versículos no fuera otro que el mismo autor del evangelio, Juan Marcos. En ese caso, sería una nota autobiográfica por la que él mismo nos estaría diciendo: “yo estuve allí”. Si esto fuera así,

no sólo tenemos su firma de una manera muy discreta, sino que además nos estaría haciendo saber de su proximidad a los hechos que estaba narrando.

En ese caso, revelaría sus deseos de seguir al Señor, juntamente con la flaqueza de su vergonzosa huida, y confirmaría también la absoluta soledad del Señor en su hora de angustia.

Ahora bien, surgen varias preguntas: ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué iba cubierto sólo por una sábana? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Tal vez podamos hacer una hipotética reconstrucción de los hechos.

- Quizá el aposento alto donde Jesús había celebrado la última cena era la casa de María, la madre de Juan Marcos, donde más tarde los apóstoles tuvieron su centro de reunión (**Hch 12:12**).
- Tal vez Marcos estaba durmiendo en la planta de abajo y fue despertado cuando Judas llegó a la casa con la escuadrilla para prender a Jesús. Cuando comprobaron que ya no estaban allí, Judas dirigió a la comitiva hasta el segundo destino en el que sabía que Jesús estaría. Marcos que en esos momentos se encontraría en la cama arropado con una sábana, sintió curiosidad pensando que algo iba a ocurrir y se dispuso a seguirlos a cierta distancia.
- Cuando Jesús fue arrestado, Marcos estaría observando todo lo que ocurría, pero al ser descubierto huiría apresuradamente dejando la sábana que le cubría.

En todo caso, son conjeturas, pero es difícil encontrar otra explicación razonable.

Preguntas

1. ¿Por qué fueron a prender a Jesús con espadas y palos? ¿Cree que era necesario? Razone su respuesta.
2. ¿Qué ha aprendido en esta lección del hecho de que Jesús escogiera a Judas como apóstol?
3. ¿Cree que Jesús podría haber sido arrestado si él mismo no lo hubiera permitido? ¿Cómo pudo ser que arrestaran a Jesús pero en cambio los discípulos quedaran libres? Razone sus respuestas usando textos bíblicos.
4. Valore la reacción de Pedro al sacar una espada y herir al siervo del sumo sacerdote. ¿Qué aprende de este hecho?
5. Explique con sus propias palabras las Escrituras del Antiguo Testamento que se cumplieron en este pasaje.

Jesús ante el concilio - Marcos 14:53-65

(Mr 14:53-65) “Trajeron, pues, a Jesús al sumo sacerdote; y se reunieron todos los principales sacerdotes y los ancianos y los escribas. Y Pedro le siguió de lejos hasta dentro del patio del sumo sacerdote; y estaba sentado con los alguaciles, calentándose al fuego. Y los principales sacerdotes y todo el concilio buscaban testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte; pero no lo hallaban. Porque muchos decían falso testimonio contra él, mas sus testimonios no concordaban. Entonces levantándose unos, dieron falso testimonio contra él, diciendo: Nosotros le hemos oído decir: Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano. Pero ni aun así concordaban en el testimonio. Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio, preguntó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti? Mas él callaba, y nada respondía. El sumo sacerdote le volvió a preguntar, y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? Y Jesús le dijo: Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo. Entonces el sumo sacerdote, rasgando su vestidura, dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Y todos ellos le condenaron, declarándole ser digno de muerte. Y algunos comenzaron a escupirle, y a cubrirle el rostro y a darle de puñetazos, y a decirle: Profetiza. Y los alguaciles le daban de bofetadas.”

Introducción

Inmediatamente después de que Jesús fuera arrestado, comenzó el juicio que le llevaría a la muerte. Marcos va a detallar que fue juzgado primeramente por las autoridades judías y luego por las romanas. La razón para este doble proceso la debemos encontrar en el hecho de que aunque el Sanedrín, o tribunal supremo del pueblo judío, tenía la firme intención de aplicar a Jesús la pena de muerte, sin embargo, al ser un país ocupado por los romanos, ellos sólo tenían autoridad para juzgar asuntos relacionados con la religión, pero no se les permitía ejercer la pena capital (**Jn 18:31**). Por esta causa, fue necesario que después de ser juzgado por los judíos, el caso fuera remitido ante Pilato, el gobernador romano, para que confirmara y ejecutara la sentencia.

Esta situación fue determinante a la hora de formular la acusación contra Jesús. Los judíos sabían que Pilato no condenaría a muerte a una persona porque no respetara el día de reposo, no guardara sus tradiciones, o tuviera puntos de vista diferentes a los de ellos en asuntos como el divorcio, la resurrección de los muertos, o incluso porque no se sujetara a la autoridad espiritual del Sanedrín. Muchos de estos temas habían sido las verdaderas razones por las que Jesús había tenido fuertes controversias con ellos a lo largo de todo su ministerio, pero nada de esto sería tenido en cuenta por un tribunal romano. Así que desarrollaron su acusación en otra línea de argumentación diferente. Decidieron acusarle por su pretensión de ser el Mesías, algo que Jesús no tardó en confirmarles.

Seguramente pensaron que podrían encontrar algunas pruebas que sirvieran para demostrar a Pilato la gravedad del caso. Por ejemplo, la entrada que Jesús había hecho en Jerusalén una semana antes cuando la multitud le aclamaba como aquel que venía en el nombre del Señor a establecer el reino de David (**Mr 11:9-10**), o sus intervenciones en el templo reivindicando su plena autoridad mesiánica, y las constantes muestras de simpatía con que muchos en el pueblo le recibían. Evidentemente, estas cosas habían

despertado las alarmas de los dirigentes judíos que veían en Jesús a alguien a quien no podían controlar y que además hacía peligrar su poder dominante. Pero la cuestión era si todo esto serviría para convencer a Pilato acerca de la peligrosidad de Jesús y de la conveniencia de matarlo.

Así que el Sanedrín se reunió en esa misma noche, ya avanzada la hora, con el fin de deliberar sobre el caso y en esa misma mañana poder presentar el asunto ante Pilato de forma consensuada.

Jesús ante el Sanedrín

Jesús se encontró por primera vez ante el Sanedrín que se había reunido con carácter de urgencia para juzgarle. El evangelio de Juan nos dice que inicialmente Jesús fue llevado ante Anás, que había sido sumo sacerdote, y que era suegro de Caifás, el sumo sacerdote en funciones (**Jn 18:13**). Mientras duraba este primer interrogatorio, hubo tiempo para que se fuera reuniendo el resto de los miembros del consejo, que tuvieron que acudir a altas horas de la noche.

Marcos nos explica que el Sanedrín estaba formado por el sumo sacerdote, *“los principales sacerdotes y los ancianos y los escribas”*. Como hemos tenido ocasión de ver a través del evangelio, estos grupos dominantes del judaísmo discrepaban fuertemente entre ellos sobre muchos puntos fundamentales de la fe. Sin embargo, todos se encontraron unidos en su oposición contra Jesús.

Pero, ¿por qué se oponían con tanta fuerza a aceptar que Jesús era el Mesías? La razón no estaba en que no contara con suficientes credenciales, puesto que de hecho, toda su vida y ministerio habían sido el cumplimiento fiel y exacto de lo que el Antiguo Testamento había predicho acerca del Mesías. Y todos sabemos que el pueblo estaba maravillado de su autoridad, sabiduría y poder. ¿Por qué, entonces, los líderes del judaísmo lo rechazaron? Paradójicamente, el problema es que a ellos no les interesaba que viniera el Mesías, puesto que esto implicaría cambios profundos en la vida religiosa y social de la nación que acabarían con sus privilegios. Porque no cabe duda de que aunque no les gustaba estar bajo el yugo romano, en realidad, tampoco les iba tan mal; al fin y al cabo, gozaban de un gran prestigio social dentro del pueblo y obtenían suculentos ingresos en la administración del templo y la religión. Pensaban que reconocer a Jesús como el Mesías, les llevaría inevitablemente a un enfrentamiento con el Imperio Romano, lo que según ellos, implicaría la destrucción de la nación (**Jn 11:49-50**). Aunque su mayor preocupación era la pérdida de su propia posición de liderazgo. Y lo que estaba fuera de toda duda, es que Jesús estaba en contra de que siguieran usando la religión en su propio beneficio. Así que, aunque todos ellos manifestaban su deseo de que viniera el Mesías, en realidad este mundo les gustaba tal como estaba, y en todo caso, lo único que quitarían sería la molesta presencia de los romanos. Por todo esto, Jesús significaba para ellos un obstáculo para seguir disfrutando de su cómoda posición.

Y aunque es sencillo juzgar la conducta de los antiguos líderes del judaísmo, también debemos preguntarnos si muchos de los creyentes de nuestro tiempo, que dicen desear la segunda venida del Mesías, realmente la esperan de verdad, o por el contrario este mundo ya les gusta así, quitando, claro está, algunas molestas incomodidades que todos tenemos. Nos preguntamos si realmente deseamos los cambios que la venida de Cristo traerán a nuestras vidas. Lo cierto es que viendo el apego de muchos creyentes al mundo, pareciera que no tienen mucha prisa para que el Señor regrese. Parece que la forma de pensar hoy en día es que será muy bueno ir al cielo con el Señor, pero sin prisas, porque en este mundo tampoco se está tan mal. Los gobernantes judíos se dieron

cuenta con claridad de los cambios radicales que el Mesías traería y le rechazaron. Y tal vez nosotros no nos hemos percatado suficientemente de lo que va a suponer nuestro traslado de este mundo al cielo. Debemos empezar a vivir ahora a la luz de la eternidad, para que el cambio no nos resulte demasiado “brusco”.

La legalidad del juicio

En cuanto al proceso que tenemos descrito aquí, hay que decir que fue un simulacro de principio a fin, pues no tenía otra finalidad que dar apariencia de legalidad a un crimen ya predeterminado.

Para comenzar, antes de que el Sanedrín le juzgara, ya había acordado la muerte de Jesús (**Mr 14:1**) (**Jn 11:53**).

Por otro lado, el juicio se desarrolló con una precipitación inusual. En realidad, no era normal reunir a todo el Sanedrín a altas horas de la noche para juzgar a un detenido, y menos en la noche de la pascua, cuando tenía lugar una reunión familiar tan importante.

Pero la mayor preocupación del Sanedrín en estos momentos no era la de hacer justicia, sino que actuaban de noche y con rapidez por temor a las posibles reacciones incontroladas de las multitudes. Ellos debieron pensar que la mejor forma de sacar adelante sus malvados planes consistía en presentar a Jesús esa misma mañana ante Pilato como reo convicto, sorprendiendo así al pueblo para que no fuera capaz de reaccionar. Además, los gobernantes sabían la repulsa que sentiría el pueblo al ver a su “Mesías” atado ante el gobernador romano; ¡este cuadro era totalmente incompatible con la idea popular del Mesías!

Así que, todo se hizo con una precipitación que de ninguna manera podía garantizar unos mínimos de justicia. No debemos olvidar que en menos de veinticuatro horas, Jesús fue arrestado, interrogado por el sumo sacerdote, juzgado por el Sanedrín, interrogado por Pilato y Herodes y finalmente sentenciado a la muerte, llevado fuera de la ciudad hasta un lugar llamado Gólgota, crucificado y muerto tres horas después.

“Pedro le siguió hasta dentro del patio del sumo sacerdote”

Este es un detalle que el evangelista introduce aquí y que sirve para prepararnos para la siguiente escena cuando el apóstol negó a Jesús (**Mr 15:66-72**).

Recordamos que la última vez que supimos algo de Pedro fue durante el arresto de Jesús, cuando él, junto con los otros discípulos, le abandonaron y huyeron (**Mr 14:50**). Este hecho debería haber servido para que reconociera su debilidad y no se hubiera vuelto a exponer a un nuevo fracaso seguro. Sin embargo, Pedro no era de ese tipo de personas, así que siguió a Jesús de lejos, observando cómo era conducido hasta la casa de Caifás. Luego, aprovechando la amistad de Juan con el sumo sacerdote, logró entrar hasta el mismo patio de su casa, y allí se sentó con los alguaciles que se calentaban al fuego (**Jn 18:15-16**).

Las razones por las que Pedro siguió a Jesús hasta el patio del sumo sacerdote, con el evidente peligro que esto implicaba, no las podemos saber con seguridad. Tal vez fue llevado simplemente por la curiosidad de saber qué ocurriría finalmente (**Mt 26:58**), o quizá deseaba justificar los notorios alardes de fidelidad que había hecho a Jesús (**Mr 14:29-31**), o porque realmente amaba a su Maestro y quería estar cerca de él (**Jn 21:17**). Lo más probable es que hubiera un poco de todo esto.

Pero sea como fuere, su conducta fue muy imprudente. Comenzó mezclándose con malas compañías, como si fuera uno más de ellos, y terminó entrando en la tentación y negando a Jesús.

“Buscaban testimonio contra Jesús, pero no lo hallaban”

Ahora volvemos nuevamente al juicio contra Jesús y vemos que el concilio seguía empeñado en guardar las apariencias y presentar el proceso judicial como correcto y legal. Sin embargo, volvemos a ver otra irregularidad más: habían detenido a Jesús con la intención de matarle, pero no contaban con una acusación concreta, ni tampoco con testigos que pudieran avalarla (**Nm 35:30**). Esto era muy grave.

Así que, en sus esfuerzos por mostrarse políticamente correctos, habían dejado de lado la ley. No olvidemos que deberían haber sido los testigos quienes hubieran llevado al acusado ante el tribunal para ser juzgado, y era la obligación del tribunal proteger los intereses del prisionero en todo lo posible, mientras intentaban llegar a un juicio justo e imparcial basándose en evidencias sólidas. Pero en este caso contra Jesús, todo se hacía al revés, con el resultado de que él no pudo gozar de la más mínima protección judicial.

Aun así, Marcos nos dice que tenían un problema, porque estaban buscando testimonio contra Jesús, pero no lo hallaban. Todo habría sido muy diferente si hubieran “buscado testimonio a favor de Jesús”. En ese caso, el Sanedrín rápidamente habría conseguido cientos de personas de toda clase que habrían testificado a favor de Jesús. ¡Cuántos endemoniados, leprosos, parálíticos, ciegos, sordos... que habían sido sanados por el Señor podrían dar testimonio a favor de él! ¡Cuántos le habían visto resucitar muertos, multiplicar panes y peces para dar de comer a las multitudes o calmar las tempestades! Pero el tribunal judío no estaba buscando la verdad sobre Jesús, sino simplemente la forma de condenarlo. Y desgraciadamente, el paso del tiempo no ha cambiado la actitud de las personas, que prefieren escuchar cualquier crítica infundada contra el Señor, en lugar de considerar la abundante evidencia que hay a su favor, y todo con la finalidad de poder mantenerse en su incredulidad.

Pero todo esto no hace sino engrandecer aun más a Jesús. ¡Sólo su gracia y amor le pudieron llevar a someterse a un juicio tan injusto y humillante! Aquel que nunca había cometido pecado, era juzgado por hombres perversos. ¡Nos causa una profunda impresión pensar que Jesús tuviera que comparecer antes personas como Anás, Caifás, Pilato o Herodes, hombres todos ellos con un expediente tan sucio!

“Decían falso testimonio contra él, mas no concordaban”

A la dificultad evidente de encontrar testigos contra Jesús, se unía ahora el hecho de que los que se presentaban eran falsos y además no concordaban en sus testimonios.

Según la ley del Antiguo Testamento, cuando una persona daba falso testimonio con la intención de condenar a un inocente, el testigo debería sufrir la misma pena que buscaba para el acusado (**Dt 19:16-19**). Y los principales sacerdotes en el cargo eran los responsables de castigar esto. Pero la injusticia en el caso de Jesús prevaleció una vez más, y lejos de que los falsos testigos sufrieran alguna pena, los sacerdotes no tuvieron ningún reparo en seguir escuchando lo que ellos sabían que eran mentiras. Es como si los médicos estuvieran propagando las enfermedades. Aquellos que deberían haber sido guardianes de la justicia y la paz, eran precisamente quienes se encargaban de corromperlas.

En este momento no debemos olvidar que el Señor nos advirtió también a nosotros de que seríamos acusados falsamente con el fin de manchar nuestro testimonio.

(Mt 5:11-12) “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.”

Las mentiras y las falsas acusaciones son armas favoritas que Satanás ha utilizado en todas las épocas. Y no cabe duda de que a todos nos duele cuando escuchamos cómo se nos calumnia falsamente, pero no debemos olvidar que también nuestro Maestro sufrió estas mismas cosas y nos puede consolar.

(Sal 120:2) “Libra mi alma, oh Jehová, del labio mentiroso, y de la lengua fraudulenta.”

“Le hemos oído decir: Yo derribaré este templo”

Finalmente encontraron a algunos falsos testigos que presentaron una acusación contra Jesús, aunque para ello tuvieron que distorsionar sus palabras. Notemos bien lo que el Señor había dicho:

(Jn 2:19) “Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.”

Para empezar, en aquella ocasión el Señor se estaba refiriendo a su propio cuerpo como un “templo”. Además, no estaba diciendo que él fuera a destruirlo, sino que anunció de forma profética lo que ellos se disponían a cumplir en ese mismo momento; que iban a matarle. Y cuando más adelante dijo que en tres días lo levantaría, se estaba refiriendo a su propia resurrección y no a la reconstrucción del edificio del templo.

Quedaba claro, por lo tanto, que los testigos no citaron sus palabras textualmente, ni tampoco habían entendido lo que él estaba diciendo.

Pero lo que estaban haciendo era utilizar una táctica frecuente en Satanás; mezclar la mentira con la verdad. Esto siempre resulta un asunto mucho más difícil de combatir.

En cualquier caso, aunque una acusación de este tipo llegara a prosperar, seguramente encontraría cierto apoyo entre los judíos si lograban mostrar a Jesús como alguien que pretendía destruir su lugar sagrado (**Hch 6:12-14**), pero nada de esto serviría para que Pilato le condenara a la pena máxima. Además, en un caso así, tampoco faltarían discípulos de Jesús que pudieran rebatir inmediatamente una acusación así.

Pero no hubo necesidad de llegar hasta ese punto, porque los mismos testigos no lograron ponerse de acuerdo para presentar un testimonio concordante. En este punto, la reacción lógica del Sanedrín habría sido la de soltar a Jesús libre de cargos, pero en aquella noche, toda la hostilidad del hombre y el poder del infierno se habían unido contra el Señor, y nada los detendría hasta conseguir su malvado propósito, que no era otro que el de darle muerte.

“El sumo sacerdote le preguntó: ¿No respondes nada?”

Mientras que el Sanedrín buscaba la forma de acusar a Jesús, él callaba. ¿Por qué el Señor, que tantas veces había silenciado a sus oponentes, ahora guardaba silencio?

- Una de las razones por las que no contestaba era porque él sabía que se hallaba ante un proceso ilegal y haber participado en él habría supuesto legitimarlo.
- Por otro lado, no le tocaba al acusado poner orden en el testimonio contradictorio de los falsos testigos.
- Y además no tenía ninguna utilidad intentar explicar las cosas en detalle, ni ofrecer defensa alguna, puesto que en realidad ellos no estaban dispuestos a aceptar nada de lo que él dijera. Sólo estaban empeñados en buscar motivos para condenarle a muerte. Ninguna otra cosa les interesaba.
- Y algo muy importante que no debemos olvidar es que él había aceptado beber la amarga copa que su Padre le había dado, y lo hacía sin quejarse ni murmurar.
- Y por último, una vez más se cumplía lo que de él estaba escrito en la Escritura: **(Is 53:7)** “*Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca*”.

Cuando más tarde fue juzgado por Pilato, mantuvo la misma actitud, lo que dejó maravillado al gobernador romano. Y es que había una dignidad evidente en su silencio. Seguramente debemos aprender mucho de esta actitud del Señor cuando nos encontremos ante situaciones similares en las que somos difamados y atacados verbalmente.

(1 P 2:21-23) *“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente.”*

“¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?”

Ante la imposibilidad del tribunal de presentar contra Jesús una acusación concreta basada en el testimonio de varios testigos solventes, el sumo sacerdote comenzó a impacientarse viendo que todos sus planes se iban a malograr, así que finalmente él mismo se levantó y se lanzó contra Jesús en un procedimiento absolutamente ilegal: forzar al reo a inculparse a sí mismo. Además, según el evangelio de Mateo, el sumo sacerdote utilizó el más solemne de los juramente conocidos: *“Te conjuro por el Dios viviente que nos digas”* **(Mt 26:63)**. Ante esto, Cristo estaba obligado a contestar.

Es muy importante que observemos la pregunta concreta que el sumo sacerdote le hizo a Jesús: *“¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?”*. Al hacerlo, no podemos por menos que recordar la pregunta que Jesús mismo les había hecho en el templo acerca de quién era hijo el Cristo **(Mr 12:35-37)**. Ellos decían que era hijo de David, pero el Señor les mostró por medio de las Escrituras que también era Hijo de Dios, porque de otra manera, David no le llamaría Señor. Seguro que el sumo sacerdote era conocedor de este incidente, y ahora, al formular su pregunta, no sólo quería saber si Jesús era el Cristo, sino si lo era en el sentido en que él mismo había enseñado en el templo, es decir, si era el Hijo de Dios o Hijo del Bendito.

No debemos olvidar que para un judío el ser Hijo de Dios equivalía a ser Dios **(Jn 5:18)**. Es importante tener esto en cuenta, porque en nuestra cultura cuando decimos que alguien es “hijo de”, lo que interpretamos inmediatamente es que ha sido engendrado por él, pero entre los judíos, el sentido con que lo utilizaban era diferente, y servía para

expresar que participaba de la misma naturaleza, por lo tanto, cuando el sumo sacerdote le preguntó a Jesús si era Hijo del Bendito, lo que quería saber era si él afirmaba ser Dios.

“Y Jesús le dijo: Yo soy”

Jesús rompió por fin su silencio para hacer una declaración oficial ante el Sanedrín, el máximo órgano de gobierno de la nación judía, afirmando de forma clara y directa que él era el Mesías, el Hijo de Dios. Después de esto volvió a guardar silencio, hasta que Pilato le hizo una pregunta similar, a la que volvió a contestar del mismo modo (**Mr 15:2**).

De esta manera, el mismo Señor les facilitó la declaración que necesitaban para condenarlo. De otro modo, el tribunal habría tenido grandes dificultades para condenarle, pero él había venido para cumplir la obra encomendada por su Padre y mostraba así su determinación de llevarla a cabo.

Algunos dicen que Jesús nunca dijo que él era Dios, que esa fue una idea que la iglesia cristiana inventó tiempo después, pero que Jesús nunca afirmó tal cosa. Pero quienes piensan así, olvidan que fue precisamente porque él afirmó ser Dios que le crucificaron.

“Y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo”

Pero Jesús no sólo afirmó que era el Mesías, también añadió a su declaración una profecía que encontramos en Daniel y que confirmaba aun más claramente su naturaleza divina:

(Dn 7:13-14) *“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.”*

Jesús estaba reivindicando de este modo su derecho a sentarse a la diestra de Dios (**Sal 110:1**) (**He 1:3**). ¿Qué otra ser en el universo sería invitado por Dios a sentarse en su trono divino? Si Jesús sólo era un hombre o un ángel muy encumbrado, como algunos creen, de ninguna manera tendría la dignidad suficiente para ocupar el trono de Dios (**Ez 28:1-19**). Pero sin embargo, en el libro de Apocalipsis vemos a Jesús, el Cordero que fue inmolado, ocupando la diestra del trono en las alturas (**Ap 5:6-13**) (**Ap 22:3**).

Y también anunció que volvería con poder para juzgar al mundo y establecer su Reino de forma definitiva en este mundo. Por el momento el malvado y corrupto Caifás era quien juzgaba a Jesús, pero llegaría el momento en que los papeles se invertirían, y él mismo, junto con todo el Sanedrín, serían juzgados por el Juez supremo.

Notemos también que aunque la perspectiva de la Cruz era inminente, sin embargo el Señor hablaba con la plena confianza en su triunfo definitivo. De hecho, su pasión sería el comienzo de su exaltación.

Y no olvidemos que también para nosotros la identificación con la cruz es el camino a la gloria.

(Ro 8:17) *“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.”*

“Habéis oído la blasfemia”

En este momento podemos imaginarnos la satisfacción de Caifás cuando Jesús declaró ser el Mesías delante de todo el Sanedrín. Por fin tenían una acusación que podría presentar ante Pilato para conseguir la crucifixión de Jesús. Ellos sabían que el gobernador romano se podría mostrar indiferente ante cuestiones relacionadas con la práctica de la religión judía, pero de ninguna manera podía ignorar las pretensiones de alguien que reclamara un trono. Más tarde los mismos judíos se encargaron de recordárselo a Pilato cuando éste hacía intentos desesperados por liberar a Jesús: *“Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone”* (**Jn 19:12**).

Fue entonces cuando Caifás se volvió hacia el resto del Sanedrín exclamando con una expresión de triunfo: *“¿Qué más necesidad tenemos de testigos: Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece?”*. Y mientras decía esto, hizo una dramática actuación rasgando sus vestiduras como señal de un supuesto agravio por lo que acababa de oír de boca de Jesús.

En realidad, es sumo sacerdote Caifás era un auténtico hipócrita, que lejos de estar indignado por lo que Jesús dijo, sentía la más profunda de las alegrías porque por fin tenía el testimonio que había estado buscando para condenarle.

En cualquier caso, resulta dramática la confrontación entre Caifás, el sumo sacerdote de Israel, y Cristo, nuestro Sumo Sacerdote en el cielo según el orden de Melquisedec (**He 5:6**) (**He 9:11**) (**Sal 110:4**). El incidente sirve para ilustrar las grandes diferencias entre ambos.

Ahora bien, notemos que la acusación concreta contra Jesús fue la de blasfemo. Como ya hemos visto Jesús se atribuía con toda claridad un posición de igualdad con Dios. Para el Sanedrín resultaba inadmisibles que un sencillo carpintero de Galilea aseverara ser Dios. Esto era una clara blasfemia en el sentido más grave, puesto que había pretendido para sí prerrogativas que sólo pertenecen a Dios.

Por lo tanto, Jesús no fue condenado a morir en la cruz por algún pecado o delito que hubiera cometido, sino únicamente por su afirmación de ser Dios. Y el sumo sacerdote de Israel, junto con todo el Concilio habían determinado que era un blasfemo mentiroso. En este punto debemos reflexionar sobre la importancia de lo que estaba ocurriendo. Marcos nos ha presentado a Cristo como el Cordero pascual que nos libra de la ira de Dios, y según la ley del Antiguo Testamento, antes de matar el cordero de la pascua era necesario verificar que el animal no tuvieran ningún defecto (**Ex 12:5**). Así que, si Jesús era un blasfemo, tal como afirmaba el Sanedrín, su sacrificio no serviría de nada.

Todo esto nos enfrenta por lo tanto con la cuestión fundamental que Marcos ha estado tratando a lo largo de todo su evangelio: ¿Quién es Jesús?.

Si Jesús mintió en un asunto tan importante como éste, afirmando que era Dios, cuando sólo era un hombre, entonces tendríamos que admitir que él era muy mala persona, o incluso un loco, y en ese caso, podríamos entender también la preocupación del Sanedrín por las consecuencias que sus pretensiones podrían ocasionar a toda la nación. No debemos olvidar que en aquellos días, cada vez que se levantaba un nuevo mesías en Israel, siempre terminaba en una auténtica matanza (**Hch 5:36-37**). De hecho, como ya hemos explicado, esto era lo que Caifás pensaba que ocurriría si Jesús seguía adelante con sus planes (**Jn 11:50**).

Pero, ¿estaba Jesús mintiendo sobre este asunto? Al final esta pregunta es la que divide a la humanidad. Si Jesús no era Dios, tal como él afirmó, entonces no era un buen hombre, sino un mentiroso peligroso y un desequilibrado mental. Pero si por el contrario él era verdaderamente Dios, lo que aquel tribunal hizo al condenarlo a muerte, es el más grave crimen que la historia de la humanidad ha conocido.

Finalmente sólo quedan estas dos opciones: o Jesús era un impostor digno de muerte, o es el Hijo de Dios a quien debemos obediencia y sumisión. Si era un blasfemo, su sacrificio nunca podrá salvar a la humanidad, pero si era el Mesías divino, entonces todo aquel que confíe en él encontrará perdón para sus pecados.

Desgraciadamente el tribunal judío no se detuvo ni un momento a comprobar si la afirmación de Jesús era cierta, sino que inmediatamente decidieron que era digno de muerte. Es normal que si un hombre cree que es Dios lo tratemos de loco, pero el caso de Jesús debería haber sido tratado de otra manera, puesto que durante sus tres años de ministerio público había demostrado por medio de sus obras que él era mucho más que un simple hombre. Pero a ellos, al igual que a muchas personas en nuestros días, no les interesa comprobar las evidencias que respaldan las sorprendentes afirmaciones que Jesús hizo.

“Algunos comenzaron a escupirle, y a darle de puñetazos”

Inmediatamente después de la sentencia condenatoria del Sanedrín, los siervos del sumo sacerdote comenzaron a abofetear al Señor, escupiéndole y burlándose de él. Realmente lo que hicieron fue imitar el ejemplo que los propios magistrados les habían dado.

Sin ningún tipo de consideración, aquellos hombres trataron al Hijo de Dios de la forma más grosera de la que fueron capaces. Por fin pudieron dar rienda suelta a su verdadero carácter vengativo, cruel y sádico, mientras el Sanedrín les contemplaba dando su aprobación. Por momentos se sentían fuertes y le hicieron notar todo su desprecio y odio mientras se ensañaban con él. Así que, durante el resto de la noche Jesús estuvo solo con estos guardas endurecidos, que decidieron burlarse de él mientras pasaban las largas horas hasta el amanecer.

Sin lugar a dudas, tal trato malicioso no era digno de un tribunal presidido por el venerable sumo sacerdote de Israel. Pero como ya hemos venido considerando, nada de lo que ocurrió allí en aquella noche manifestaba el carácter santo de Dios. Así que esto fue otra vergonzosa macha en la ya dañada reputación de Israel.

Pero una vez más se cumplía lo que había sido dicho por las Escrituras:

(Is 50:6) “Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos.”

Así que, sobre el horrible fondo de la perversidad del hombre caído, destacan la gracia, el amor y la dignidad del Dios-Hombre que había venido a salvar precisamente a sus enemigos que le maltrataban y acusaban falsamente.

(Ro 5:7-10) “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.”

Preguntas

1. ¿Por qué Jesús fue juzgado por los judíos y luego por los romanos? ¿Cómo influyó este hecho en la causa contra Jesús?
2. ¿Por qué cree que los líderes judíos no aceptaron a Jesús como Mesías? ¿Cree que la gente de nuestro tiempo desea la venida del Señor? Razone su respuesta.
3. Enumere las diferentes razones por las que el proceso contra Jesús fue ilegal.
4. Explique la actitud de Jesús durante el juicio. ¿Por qué actuó así? ¿Qué aprende de esto?
5. Explique cuál fue la razón por la que Jesús fue condenado. ¿Le parece justo? Justifique su respuesta.

Pedro niega a Jesús - Marcos 14:66-72

(Mr 14:66-72) “Estando Pedro abajo, en el patio, vino una de las criadas del sumo sacerdote; y cuando vio a Pedro que se calentaba, mirándole, dijo: Tú también estabas con Jesús el nazareno. Mas él negó, diciendo: No le conozco, ni sé lo que dices. Y salió a la entrada; y cantó el gallo. Y la criada, viéndole otra vez, comenzó a decir a los que estaban allí: Este es de ellos. Pero él negó otra vez. Y poco después, los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro: Verdaderamente tú eres de ellos; porque eres galileo, y tu manera de hablar es semejante a la de ellos. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis. Y el gallo cantó la segunda vez. Entonces Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y pensando en esto, lloraba.”

Introducción

Marcos hace un paréntesis en el relato del juicio al Señor para contarnos la negación de Pedro. Al colocar los acontecimientos de esta manera, es inevitable ver el fuerte contraste que esto nos presenta: frente a la valiente confesión de Jesús declarando ante el Sanedrín primero, y luego ante Pilato, que él era el Mesías, vemos la cobardía de Pedro negando por tres veces que conoce a Jesús.

Y aunque es imposible que ocurra, sin embargo podemos preguntarnos ¿qué pasaría con nosotros si Cristo negara delante del Padre que nos conoce, tal como hizo Pedro con Jesús? No cabe duda de que él sí tendría muchas razones para avergonzarse de nosotros, mientras que ningún hombre tiene un solo motivo para avergonzarse de él. Por esto es aun más incomprensible que como creyentes nosotros nos avergoncemos del Señor en ocasiones.

Pero lo cierto es que todos nosotros hemos fallado al Señor de muchas maneras, aunque cuando esto ocurre, normalmente no nos gusta que los demás lo sepan. Sin embargo, los cuatro evangelios hacen pública la negación de Pedro, por lo que millones de creyentes de todas las generaciones han llegado a tener conocimiento de esto. No obstante, en este caso, fue el mismo Pedro el primero en contarlo, porque no debemos olvidar que en su evangelio Marcos recogió el testimonio del apóstol y sus experiencias con el Señor.

¿Qué interés podía tener Pedro en hacer público un fracaso tan vergonzoso y que tanto dolor le había causado? Pensamos que la razón por la que lo hizo fue para que nosotros podamos aprender importantes lecciones a partir de lo que le ocurrió a él.

Además, debemos recordar que la Biblia no es un libro que esconde los fracasos de los hombres o los idealiza. A veces nosotros tenemos esta tendencia, pero la Palabra de Dios nunca lo hace. Y debemos estar agradecidos de que sea así, porque cuando consideramos a los hombres de Dios que aparecen en las Escrituras, viendo sus fracasos y también sus victorias, nos resulta sencillo identificarnos con ellos. Pero si sólo tratara de personas perfectas, no tendría ninguna utilidad para nosotros.

Pedro estaba en el lugar equivocado

Comenzamos el estudio de nuestro pasaje recordando que en esa noche, cuando la turba enviada por el Sanedrín se había presentado en el huerto de Getsemaní con la intención

de arrestar a Jesús, Pedro no había dudado ni un momento en desenvainar su espada con la intención de enfrentarse contra ellos. Su intervención se había saldado con el siervo del sumo sacerdote herido, algo que como sabemos, Jesús solucionó inmediatamente. Después de este lamentable incidente, podríamos suponer que el último lugar al que Pedro hubiera pensado en ir sería a la casa del sumo sacerdote. Pero precisamente allí estaba él. Y aunque rápidamente una criada le reconoció como discípulo de Jesús, y a pesar del evidente peligro que esto suponía para él, aun así, siguió allí.

No podemos negar que Pedro llegó mucho más lejos que los demás discípulos, pero el Señor le había dicho que por el momento no le podía seguir, algo a lo que él no quiso hacer caso (**Jn 13:36-37**). Por lo tanto, el hecho de que en aquella noche estuviera en el patio del sumo sacerdote mientras Jesús era juzgado, no lo debemos asociar con su lealtad al Señor, porque en ese caso le habría obedecido y no hubiera seguido a Jesús hasta allí.

Otro detalle que debemos notar es que mientras esperaba para ver qué ocurriría con Jesús, se acercó a los alguaciles que se calentaban en el fuego y allí se mezcló con ellos, como si fuera uno más. Así que, si el hecho de encontrarse en aquel lugar supuso un acto de desobediencia al Señor, el juntarse con los enemigos de Jesús, fue el primer paso hacia su negación.

Tristemente tenemos que reconocer que los cristianos hacemos lo mismo muchas veces. En lugar de resaltar como diferentes a los del mundo, nos comportamos como ellos para evitar que hablen mal de nosotros o nos ridiculicen. Pero sin duda esta es también una forma de negar al Señor. Tal vez intentemos justificarlo diciendo que de esta forma queremos atraerlos al evangelio, pero en el momento que nos hacemos como ellos, hemos dejado de ser luz y sal para el mundo (**Mt 5:13-16**).

La negación de Pedro

Seguramente el propósito de Pedro era observar el proceso sin que lo reconocieran, pero una criada se dio cuenta de que él era uno de los discípulos de Jesús y después de acusarle directamente, lo siguió por el patio del sumo sacerdote diciéndoselo también a todos los demás.

De repente, aquella mujer había puesto al apóstol en graves problemas. Las acusaciones le llovían por todos los lados. ¡Aquello era suficiente como para poner nervioso a cualquiera! Pedro se había acercado junto al fuego para calentarse, pero de pronto se dio cuenta de que se estaba quemando.

¿Cómo salir de esa situación en la que nunca debería haberse metido? Parece que en ese momento el terror se apoderó de él, y al verse encerrado cedió cobardemente ante las preguntas de aquella criada curiosa. Ahora vemos al valiente y arrojado Pedro, el del corazón amante y la voluntad presta, negando a su Maestro con juramentos, diciendo que no conocía a Jesús, e invocando todo tipo de maldiciones sobre sí mismo si no decía la verdad.

¿Dónde había quedado aquella fidelidad hasta la muerte que había prometido a Jesús y de la que alardeaba delante del resto de los apóstoles? En un momento se desmoronó y negó al Señor, sin que para ello fuera necesario un interrogatorio bajo las más crueles torturas, sino tan solo las preguntas de una criada.

¿Y cómo podía decir que no conocía al Señor si había pasado con él los tres años más hermosos de su vida? ¿No había estado Jesús en casa de Pedro y había sanado a su suegra? ¿No había usado su barca como púlpito improvisado y habían ido juntos a

pescar? ¿No lo había elegido como uno de sus apóstoles y lo había enviado a predicar? ¿No había subido con el Señor al monte y le había visto transfigurarse? ¿No le había salvado de ahogarse en medio del mar de Galilea? ¡Cuántos momentos entrañables vividos juntos para que ahora dijera que no le conocía!

Es evidente que mientras que las multitudes seguían a Jesús con admiración, a Pedro no le costó mucho estar a su lado disfrutando del prestigio que de alguna manera le proporcionaba ser uno de sus apóstoles, pero ahora que Jesús había quedado abandonado y era despreciado, admitir una relación con él implicaba pagar un alto precio, tal vez hasta perder la vida. En ese caso, negar cualquier relación con Jesús podía tener muchos beneficios temporales, y seguramente por temor le negó. Y aunque estamos considerando el caso de Pedro, tenemos que admitir que nosotros no somos tan distintos.

Todo esto llevó a Pedro a descubrir que era mucho más débil de lo que se había imaginado. Y como decíamos, este triste incidente ha quedado recogido en las Escrituras para nuestra propia edificación. Porque nosotros también estamos inclinados a pensar que somos más fuertes de lo que realmente somos. No lo olvidemos; la naturaleza caída del hombre es así de débil aun en el mejor de los hombres, y nadie debe considerarse lo bastante fuerte como para pensar que está libre del peligro de caer (**1 Co 10:12**).

El proceso de la caída de Pedro

Pedro dio una serie de pasos que desembocaron en su negación. No se trató de una caída repentina, sino de un proceso que debemos considerar para así evitar.

- En primer lugar ya hemos visto que tenía una confianza excesiva en sí mismo, al punto de que no hizo caso a las advertencias de Jesús (**Mr 14:29-31**).
- Tampoco ejerció la vigilancia en oración que el Señor le recomendó (**Mr 14:37-38**).
- No entendió la naturaleza de la batalla que se estaba librando, y usó las armas de la carne para pelear (**Mr 14:47**) (**Jn 18:10**).
- Además, a partir del momento cuando huyeron al ser arrestado Jesús, ellos quedaron solos, y como el Señor les había dicho: “*Separados de mí, nada podéis hacer*” (**Juan 15:5**). Todo poder para vencer la tentación nos viene del Señor y por eso, cuando no tenemos comunión con él fracasamos.
- Y finalmente, se había mezclado con los enemigos de Cristo, identificándose con ellos (**Mr 14:54**).

El arrepentimiento de Pedro

Jesús le había dicho que en esa noche, “*antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces*” (**Mr 14:30**), así que cuando coincidiendo con su tercera negación escuchó cantar por segunda vez al gallo, inmediatamente recordó las palabras del Señor. Además, justo en ese momento, el Señor estaba siendo llevado para comparecer ante el tribunal de Pilato y pasó por el patio donde estaba Pedro, y en un breve instante se volvió para mirarle (**Lc 22:61**). Esta mirada del Señor llegó hasta lo más profundo de su corazón, terminando de quebrantar al orgulloso Pedro, que “*pensando en esto lloraba*” (**Mr 14:72**).

¿Qué sentimientos agitaban el alma del apóstol en estos momentos? Seguramente tendría amargos remordimientos que le atormentaban pensando en lo que acaba de hacer. ¿Cómo podía haber negado al Señor después de todo lo que había hecho por él? ¿Cómo había correspondido de esta forma al amor y la amistad de las que tantas veces

Cristo le había hecho partícipe? Seguro que también recordó que el Señor se lo había advertido anteriormente y que él no había querido hacerle caso. Y hasta tal vez se le pasó por la cabeza lo que los demás discípulos dirían de él, después de que unas horas antes se había mostrado tan autosuficiente, creyéndose superior a todos ellos.

Esto fue una humillación muy dolorosa, pero totalmente necesaria, puesto que no había querido tener en cuenta la palabra del Señor. Y siempre que no queremos hacer caso a lo que el Señor nos dice, finalmente él nos deja a nuestros propios recursos hasta que nuestra confianza carnal es abatida hasta el polvo. Es mejor hacer caso a su Palabra y no llegar hasta este punto.

No obstante, debemos apreciar algo muy positivo: el arrepentimiento de Pedro fue muy rápido. Lucas nos dice que en ese momento *“saliendo afuera, lloró amargamente”* (Lc 22:62). No nos cabe duda de que cada una de sus lágrimas eran evidencia de un arrepentimiento genuino y real. Debemos tomar esto en consideración, sobre todo en una época como la nuestra, cuando las personas que dicen arrepentirse, apenas entienden la seriedad del pecado ni sienten dolor por ellos.

En el caso de Pedro, junto con el dolor que le producía su pecado, había también un profundo sentimiento de vergüenza que era necesario encauzar debidamente. Lucas nos dice que inmediatamente después de que se dio cuenta de la gravedad de lo que acababa de hacer, buscó un lugar en la oscuridad de la ciudad donde esconderse de la vergüenza que sentía por aquella amistad que había traicionado. Y los cristianos conocemos bien esta experiencia, porque cuando pecamos se apodera de nosotros el mismo sentimiento de culpa y vergüenza que tenía Pedro. Y es entonces cuando tenemos la tentación de “escondernos”, pensando que dejando pasar el tiempo las cosas se arreglarán por sí solas. Pero mientras dura este tiempo en que la comunión con el Señor ha quedado rota, somos completamente vulnerables, y es entonces cuando el diablo aprovecha para llevarnos a otras tentaciones peores. Por esta razón, es importante que nada más que pecamos y somos conscientes de ello, acudamos sin demora al Señor y le pidamos perdón. No olvidemos que él es nuestro Sumo Sacerdote en el cielo que siempre nos recibe e intercede por nosotros ante el Padre asegurando nuestro perdón.

La restauración de Pedro

Aunque el perdón es algo que ocurre en el mismo momento en que nos dirigimos al Señor con verdadero arrepentimiento y fe, la restauración es un proceso que puede llevar más tiempo. Además, el Señor siempre toma las medidas necesarias para librarnos en lo sucesivo de cosas similares.

El primer paso para llevar a cabo esta restauración es reconocer que el Señor nos conoce mejor que nosotros mismos. Esto es lo que Pedro descubrió de una forma tan dolorosa cuando vio cumplido con total exactitud lo que Jesús le había anunciado en cuanto a su negación (Mr 14:27-31). Después de negar al Señor, Pedro tuvo ocasión de meditar en esto: *“se acordó de las palabras que Jesús le había dicho”* (Mr 14:72). Y si quería prevenir otras caídas en el futuro, tendría que apoyarse en la Palabra del Señor y no en sus propias percepciones, algo que, por supuesto, todos tenemos que aprender.

Y de hecho, sería la confianza en la palabra de Jesús lo que le ayudaría también a salir de aquella crisis en la que se encontraba. Veamos lo que el Señor le dijo cuando profetizó su negación: *“Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos”* (Lc 22:31-32). Era evidente que Jesús sabía lo que Pedro iba a hacer, pero aun así le dijo que a pesar de eso todavía estaba dispuesto a contar con él en el futuro:

“Tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos”. No es difícil imaginar el impacto que esto tuvo que tener en la mente del atribulado apóstol después de su caída. Si confiaba en la palabra de Cristo, sería librado de la desesperanza fatal que sentía.

Otro aspecto importante que tenía que considerar para evitar otras caídas era que el Señor nos impone limitaciones que debemos respetar por nuestro propio bien. Jesús le había dicho a Pedro: *“A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después”*; algo que el apóstol no estuvo dispuesto a aceptar, y por eso le contestó: *“¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti” (Jn 13:36-37)*. Debemos admitir que tenemos limitaciones por nuestra propia naturaleza, algo que Pedro no parecía entender todavía, y esto nos impide hacer todo lo que quisiéramos. Por eso, en la vida cristiana no es sabio aspirar a hacer lo mismo que otros hacen, sino que debemos seguir el camino trazado por el Señor para nosotros. Todos somos diferentes y hemos recibido del Señor dones complementarios que determinan el tipo de servicio que él tiene preparado para cada uno de nosotros. Cuando nos empeñamos en tomar una dirección diferente, esto nos conducirá al fracaso.

Y finalmente, era muy importante que Pedro dejara que el Señor le restaurara. Como ya hemos dicho, él había aprendido muchas cosas, pero ahora era necesario que fuera restaurado al servicio y a la confianza entre sus compañeros de apostolado. Y una vez más fue el Señor quien tomó la iniciativa para ello. Pero no fue fácil, porque como todos los cristianos hemos experimentado muchas veces, cuando pecamos nos sentimos abrumados por la culpa y sucios por el pecado, y llegamos a pensar que nuestras acciones han sido tan malas que Dios no puede perdonarnos, y que si lo hace, aun así ya nunca podremos hacer nada para él. Pero por supuesto, el Señor ve las cosas de otra manera. Sólo cuando la persona que ha pecado se siente conforme con lo que ha hecho, es cuando no es posible una auténtica restauración.

Pero como decimos, este proceso de restauración puede resultar muy doloroso. Por ejemplo, en el caso de Pedro, vemos que después de que Jesús resucitó y se presentó en varias ocasiones a Pedro, aun así, él se sentía desanimado. Podemos notarlo en su actitud: *“Voy a pescar” (Jn 21:3)*. Recordemos que al comienzo del ministerio de Jesús, Pedro había abandonado sus redes y le había seguido (**Mr 1:16-18**), pero ahora se sentía completamente hundido y pensaba que no era digno de servirle, así que decidió volver a su antigua profesión de pescador. Y fue en ese contexto cuando Jesús salió a su encuentro. Notemos que para empezar el Señor preparó un fuego y allí le esperó. ¡Qué curioso, había sido alrededor de un fuego en el patio del sumo sacerdote donde Pedro había comenzado a negar al Señor, y era precisamente en otro fuego donde ahora se iba a producir la restauración! Esto es importante, porque cuando después de haber pecado “huimos” del Señor evitando su presencia, él viene a nuestro encuentro y con facilidad nos lleva al mismo punto donde comenzaron nuestros fracasos. Todos hemos pasado por circunstancias que nos recuerdan aquello que hemos hecho mal y que tal vez todavía tenemos pendiente. Por ejemplo, recordamos el caso cuando Jacob había huido después de engañar a su padre haciéndose pasar por su hermano Esaú, sin embargo, años después su suegro le engañó a él dándole a la hermana de la mujer que esperaba. Tuvo que ser muy doloroso, pero Dios le estaba obligando a enfrentarse con su pecado. Y ahora, en el caso de Pedro estaba ocurriendo lo mismo. Pero ahí no acabó todo. Una vez que Jesús y los otros apóstoles habían comido en torno al fuego, le preguntó a Pedro delante de todos si le amaba más que sus compañeros, e hizo esto por tres veces consecutivas (**Jn 21:15-17**). Pedro tuvo que asociar estas tres preguntas con las veces que él mismo había negado a Jesús. Y tal vez podríamos pensar que fue una humillación desproporcionada, que si Pedro ya había llorado por su pecado, resultaba innecesario añadir más dolor y vergüenza al pobre discípulo, y además, hacerlo delante de los otros

apóstoles era excesivo, en tal caso lo podría haber hecho en privado. Pero si Jesús lo hizo así es porque era necesario y conveniente. Ahora Pedro tenía que contestar; ¿volvería a alardear de su fidelidad al Señor y de su pretendida superioridad sobre los otros discípulos? No, sino que quedó fuera de toda duda que después de esta experiencia Pedro era un hombre diferente. Tanto que ahora ya no se atrevía a hacerle más promesas a su Maestro, y ni siquiera tenía argumentos para demostrar su amor por él, así que lo único que pudo decirle fue: *“Señor; tú lo sabes todo; tú sabes que te amo”*. Se percibe con claridad que ya no es el hombre arrogante que confiaba en sí mismo, sino que había aprendido a respetar la opinión del Señor por encima de la suya propia. Era consciente de sus propias limitaciones, y se había dado cuenta de que sin el Señor, él no podría hacer nada. Fue entonces cuando se hizo posible la restauración. Y tuvo que ser pública, en presencia de los otros discípulos, para que sirviera de guía para todos. De esta manera el resto de los apóstoles escucharon el nuevo encargo que Jesús le hizo a Pedro: *“Apacienta mis ovejas”*. Pedro volvía a ser útil. A partir de aquí ningún otro discípulo podría culpar a Pedro por su negación, puesto que su arrepentimiento había sido genuino, había aprendido la lección, y el mismo Señor le había perdonado y vuelto a colocar en el ministerio. Todo esto revela de una forma maravillosa la gracia y el amor perdonador del Salvador.

Y aunque humillante y doloroso, fue imprescindible hacerlo así, porque de otro modo habría sido infinitamente peor. La Biblia nos ha dejado un buen ejemplo de lo que ocurre cuando hay restauración sin arrepentimiento. Podemos verlo en el caso de Absalón, el hijo del rey David. Absalón había matado a su hermano Amnón porque éste había violado a Tamar (**2 S 13:32**). Después de esto huyó a Gesur y estuvo allí por espacio de tres años (**2 S 13:38**). Finalmente Joab, general de David usó de diferentes artimañas para hacer volver a Absalón a Jerusalén (**2 S 14:1-23**). El posterior comportamiento de Absalón dejaba fuera de toda duda que él no se había arrepentido de lo que había hecho, así que usó la nueva posición que había conseguido para preparar un golpe de estado a su propio padre, que acabó enfrentando a todo el país en una guerra civil. Seguramente todo esto se habría evitado si David hubiera exigido algún signo de arrepentimiento a su hijo antes de hacerle volver a Jerusalén.

En este sentido es interesante considerar lo que Jeremías había dicho acerca de los profetas y sacerdotes de su tiempo:

(Jer 6:14-15) “Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz. ¿Se han avergonzado de haber hecho abominación? Ciertamente no se han avergonzado, ni aun saben tener vergüenza; por tanto, caerán entre los que caigan; cuando los castigue caerán, dice Jehová.”

El futuro ministerio de Pedro

Hay una lección que sobresale en este evento sobre el fracaso. Esa lección es que el fracaso no tiene por qué ser el fin de todo. Esto es algo que sin duda alguna se cumplió en el caso de Pedro. El Señor le restauró y fortaleció para que pudiera emprender un importante ministerio en el futuro.

No lo olvidemos; el verdadero discípulo del Señor no es alguien que nunca peca, sino uno que se arrepiente y con la ayuda del Señor se levanta para comenzar de nuevo.

A partir de ese momento, el ministerio del apóstol fue realmente fructífero. Todos recordamos su predicación en el día de Pentecostés, cuando tuvo lugar el nacimiento de la Iglesia, y cómo varios miles de personas llegaron a entregar sus vidas al Señor (**Hch 2:14-42**). Y a lo largo de todas las páginas del libro de los Hechos que describen los

primeros años del desarrollo del cristianismo, la figura de Pedro es fundamental, sobre todo en los momentos decisivos de la extensión de la iglesia, en especial cuando tuvo lugar la incorporación de los samaritanos (**Hch 8:14**) y de los gentiles (**Hch 11:1-18**). Y no sólo esto, sino que también escribió dos epístolas inspiradas por el Espíritu Santo que han sido incluidas en la Biblia para nuestra consideración y aprendizaje.

Podemos pensar también que el evangelista Marcos incluyó este relato por el impacto que había tenido para él mismo. No debemos olvidar que Juan Marcos también había fracasado cuando en el primer viaje misionero de Pablo y Bernabé les había abandonado (**Hch 13:13**). Incluso llegó a ser el motivo del desacuerdo por el que Pablo se separó de Bernabé en su segundo viaje misionero (**Hch 15:36-41**). Todo esto le tuvo que marcar mucho. Pero finalmente Marcos fue restaurado también al ministerio, llegando a gozar nuevamente de la confianza del apóstol Pablo (**Col 4:10**) (**2 Ti 4:11**), e incluso escribiendo el evangelio que ahora estamos estudiando. La forma en la que esta restauración se produjo no la sabemos con certeza, aunque podemos suponer que Bernabé tuvo algo que ver, pero tampoco sería descabellado pensar que el mismo apóstol Pedro fuera la clave para ello, ya que en su primera carta le llama su "hijo" (**1 P 5:13**). Al fin y al cabo, el apóstol sabía perfectamente lo que era un fracaso, y también la forma en la que una persona puede ser restaurada, así que creemos que su caso tuvo que inspirar muy positivamente a Marcos.

Finalmente tenemos que darnos cuenta de que Dios, en su infinita sabiduría, es capaz de transformar nuestros fracasos en una bendición que nos lleve a vivir más cerca de él y así llegar a ser útiles en su obra y a los hermanos.

La clave para esta asombrosa transformación la debemos buscar en el ministerio sacerdotal de Cristo. Satanás había pedido permiso para atacar la fe de Pedro, y su petición fue otorgada, pero al mismo tiempo Jesús había estado intercediendo por él para que su fe no faltara (**Lc 22:31-32**).

Es interesante notar que lo que Satanás quería destruir era la fe de Pedro. Y en este sentido esta historia está relacionada con la de Job. También en ese caso el diablo recibió permiso para arrebatarse a Job todo lo que tenía con el fin de acabar con su fe en Dios (**Job 1:8-11**). Esto nos hace pensar en la importancia de la fe. En realidad la fe no tiene valor en sí misma; es como la mano que recibe un regalo, o los labios que beben el agua de la vida, o el ojo que mira a Cristo. Sin embargo, la fe tiene un valor fundamental porque es el cauce por el que recibimos la gracia y el poder de Dios. Esta es la razón por la que el diablo quiere destruirla. Por supuesto, sería absurdo que nos gloriáramos en nuestra fe creyendo que hay en ella algún mérito, esto no tendría ningún sentido, puesto que lo que verdaderamente importa es el objeto de la fe, que no puede ser otro que Cristo.

Pero esta fe que el mismo Pedro describió como más preciosa que el oro, debe ser probada con fuego para comprobar si es auténtica y para que dé el fruto deseado por Dios para su gloria (**1 P 1:7**). Pedro sabía esto muy bien, puesto que su fe había sido puesta a prueba en aquel fuego encendido en el patio del sumo sacerdote, y como era auténtica, a pesar de su fracaso inicial, por medio de la intervención de Cristo como Sumo Sacerdote, finalmente llegó a ser potenciada, de tal manera que pudo ser plenamente capacitado para fortalecer a sus hermanos en su propia lucha espiritual. Su fe se reveló auténtica por medio de la prueba. En cambio, cuando una persona que dice tener fe es probada y se vuelve al mundo, lo que podemos deducir es que seguramente su fe no era genuina.

Preguntas

1. Explique con sus propias palabras el proceso que siguió Pedro antes de llegar a negar al Señor. Justifique su respuesta con las citas bíblicas apropiadas.
2. ¿Cuáles cree que podían ser los pensamientos de Pedro una vez que había negado al Señor? Razone su respuesta. ¿Cree que su arrepentimiento fue genuino? ¿Por qué?
3. ¿Cree que el arrepentimiento y la restauración se producen juntas? Explique su respuesta usando ejemplos bíblicos.
4. ¿Qué cosas fueron necesarias que Pedro aprendiera antes de ser restaurado? ¿Cómo llevó a cabo el Señor la restauración de Pedro? Explique qué labor realizó el apóstol después de su restauración.
5. ¿Qué aprendemos en esta lección acerca del ministerio del Señor Jesucristo en relación a la restauración del pecador? ¿Y sobre la fe?

Jesús ante Pilato - Marcos 15:1-5

(Mr 15:1-5) “Muy de mañana, habiendo tenido consejo los principales sacerdotes con los ancianos, con los escribas y con todo el concilio, llevaron a Jesús atado, y le entregaron a Pilato. Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Respondiendo él, le dijo: Tú lo dices. Y los principales sacerdotes le acusaban mucho. Otra vez le preguntó Pilato, diciendo: ¿Nada respondes? Mira de cuántas cosas te acusan. Mas Jesús ni aun con eso respondió; de modo que Pilato se maravillaba.”

Introducción

El Sanedrín había decidido que Jesús era culpable de blasfemia y por lo tanto debía morir, y con mucho gusto ellos mismos habrían ejecutado la sentencia en el acto, pero al estar bajo la ocupación romana, no tenían facultad de infligir la pena capital, así que no tuvieron otra opción que llevar el caso ante Pilato, el gobernador romano. Todo este trámite, que podríamos considerar como mera burocracia, tiene mucha importancia.

- En primer lugar, nos recuerda que la muerte del Señor Jesucristo fue llevada a cabo con la participación de judíos y gentiles, lo que demuestra que ningún sector de la humanidad fue capaz de percibir la “*gloria de Dios en la faz de Jesucristo*” ni de someterse a la revelación que Dios les dio por medio de su Hijo. Y al mismo tiempo, prueba que ambos fueron responsables por igual del mayor crimen que la historia de la humanidad ha conocido.
- En segundo lugar, todo lo que estaba ocurriendo había sido anunciado previamente en el **(Sal 2:1-2)**. Allí David había hablado de la hostilidad humana contra el gobierno de Dios y se había preguntado con horror y gran sorpresa cómo era posible que las naciones hicieran tal cosa. ¿Qué lógica hay en el empeño de independizarse de un Dios cuya voluntad es siempre el bien supremo de sus criaturas? ¿Qué mal ha hecho Dios a los seres humanos para que le aborrezcan de este modo? ¿Cómo es posible que un mundo tan dividido como el nuestro pueda llegar a estar unido en un complot de carácter universal contra el gobierno de Dios? Pero todo esto se cumplió cuando judíos y gentiles se unieron para crucificar a Jesús.

(Hch 4:25-28) “Por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se reunieron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo. Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera.”

- En tercer lugar, si el Sanedrín hubiera ejecutado la sentencia de muerte, lo habría hecho por lapidación, y no por crucifixión. En ese caso, no se habrían cumplido muchas de las profecías que describían detalladamente algunos aspectos de su muerte, y que sólo podían ser realizados por la crucifixión. Tendremos ocasión de ver estos detalles más adelante.

Finalmente, al acercarnos a este pasaje podremos ver también el testimonio que Cristo dio de la verdad bajo persecución y presión. Tan importante es este ejemplo que Pablo se refirió a él como la base para nuestro ministerio. Veamos la exhortación que le hizo a Timoteo:

(1 Ti 6:13-14) “Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo.”

“Muy de mañana, habiendo tenido consejo todo el concilio”

Comenzamos nuestro estudio en la madrugada del día después de que Jesús fuera arrestado. El evangelista nos explica que el Sanedrín volvió a tener otra reunión en ese momento. Seguramente para esa ocasión se habrían incorporado muchos miembros del concilio que habrían ido llegando a lo largo de la noche según fueran conociendo la noticia. En cualquier caso, no deja de sorprendernos la diligencia que los hijos de las tinieblas muestran para hacer el mal, lo que nos avergüenza a sus hijos por nuestra pereza y poco entusiasmo para hacer el bien.

Muy probablemente esta nueva sesión del Sanedrín tendría como propósito considerar cuál sería la mejor manera de presentar la causa ante Pilato con el fin de conseguir que Jesús fuera crucificado. Este aspecto era delicado y requería de cierta deliberación, porque no debemos olvidar que el sumo sacerdote había sentenciado a Jesús bajo la acusación de blasfemia, algo que Pilato ignoraría al tratarse de un asunto religioso. Así que se dedicarían a deliberar cómo presentar el caso ante el gobernador romano.

“Llevaron a Jesús atado y le entregaron a Pilato”

Finalmente, siendo aun “*muy de mañana*”, llevaron a Jesús ante Pilato. Su intención era apresurar la muerte de Jesús antes de que se pudiera producir algún movimiento del pueblo a su favor. Así que, con toda la celeridad de la que fueron capaces, presentaron a Jesús ante Pilato con el fin de que éste confirmara la sentencia que ellos habían determinado y la ejecutara sin necesidad de hacer ningún tipo de investigación adicional. Juan nos explica cuál fue su planteamiento inicial:

(Jn 18:29-30) “Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado.”

Pilato, por supuesto, rechazó esta actitud arrogante de los gobernantes judíos (**Jn 18:31**) y exigió una acusación concreta si él había de dictar una sentencia contra Jesús. Esto no les debió de gustar mucho, puesto que hasta ese momento habían actuado de forma secreta, pero a partir de entonces todo se desarrollaría públicamente, algo que podría despertar reacciones imprevistas entre las multitudes que miraban a Jesús con agrado.

Fue entonces cuando formularon su acusación, teniendo mucho cuidado en poner todo el énfasis en el aspecto puramente político, no en el religioso, de las pretensiones de Jesús. Lucas recoge estas acusaciones en detalle:

(Lc 23:2) “Y comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado que perverte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey.”

Suponemos que en esas primeras horas el círculo de los acusadores se fue ampliando rápidamente, uniéndose a los principales sacerdotes un buen grupo de gente que, persuadidos por sus líderes, rápidamente comenzaron a gritar y a acusar a Jesús también (**Mr 15:11-13**).

Pilato

Pero antes de que consideremos más detalles sobre el juicio contra Jesús, es importante que conozcamos algunos detalles sobre Pilato, el gobernador romano que había de actuar de juez en este caso. ¿Qué sabemos de él?

- Pilato fue nombrado procurador (gobernador romano) de la provincia de Judea por el emperador Tiberio, cargo que ocupó durante diez años, desde alrededor del 26 hasta el 36 d.C.
- Filón, escritor judío del siglo primero se refiere a Poncio Pilato como un hombre “de carácter inflexible y duro, sin ninguna consideración”. Más aún, según este escritor, el gobierno de Poncio se caracterizaba por su “corruptibilidad, robos, violencias, ofensas, brutalidades, condenas continuas sin proceso previo, y una crueldad sin límites”.
- Según el historiador judío Josefo, Pilato tuvo un mal comienzo en lo que respecta a las relaciones con sus súbditos judíos: de noche envió a Jerusalén soldados romanos que llevaban insignias militares con imágenes del emperador, y la situación se complicó porque las insignias fueron colocadas en la Torre Antonia, cuartel general de las cohortes romanas, es decir justo frente a uno de los ángulos del complejo del Templo, con el añadido de que los judíos creyeron que los auxiliares romanos quemaban incienso frente a las imágenes de Tiberio y Augusto. Este suceso provocó un gran resentimiento debido a que vulneraba uno de los diez mandamientos, y una delegación de principales entre los judíos viajó a Cesárea para protestar por la presencia de las insignias y exigir que las quitasen. Josefo aún menciona otro alboroto: a expensas de la tesorería del templo de Jerusalén, Pilato construyó un acueducto para llevar agua a Jerusalén desde una distancia de casi 40 km. Pilato solicitó del Sanedrín fondos del tesoro del templo para financiar la obra, bajo la advertencia de que si eran negados tendría que aumentar los impuestos. Los sacerdotes se negaron en principio alegando que era dinero sagrado, pero cedieron bajo la condición de que se ocultara el origen de los fondos y de que el principal flujo del líquido llegara a los depósitos del propio Templo, pero el acuerdo fue descubierto. Grandes multitudes vociferaron contra este acto cuando Pilato visitó la ciudad. Pilato envió soldados disfrazados para que se mezclasen entre la multitud y la atacasen al recibir una señal, lo que resultó en que muchos judíos muriesen o quedasen heridos. Algunos piensan que ésta fue la ocasión referida en **(Lc 13:1)**, cuando Pilato mezcló la sangre de algunos galileos con los sacrificios de ellos.
- Como gobernador romano, la principal preocupación de Pilato era la de mantener la ley y el orden, y para conseguirlo estaba dispuesto a ser implacable y aplastar cualquier rebelión o amenaza de rebelión.
- También era conocido su odio por los judíos, a los que acusaba de crearle innumerables problemas. Y por su parte, los judíos también le odiaban a él al ver el desprecio con el que los trataba y por el hecho de ser el máximo representante del Imperio Romano que los había conquistado.
- En vista de sus antecedentes, el descontento general entre los judíos había crecido y su posición no era muy segura, pues un “incidente” más podía provocar una denuncia en Roma y ser causa de su destitución.
- Sobre sus creencias, podemos ver que a raíz de su encuentro con Jesús manifestó cierto cinismo e incredulidad frente a la existencia de la verdad absoluta **(Jn 18:38)**.

Resumiendo podemos decir que el juez encargado de dictar sentencia contra Jesús era un hombre cruel, que en muchas otras ocasiones había condenado a inocentes sin que por ello tuviera ningún cargo de conciencia. Carecía de tacto y además odiaba a los judíos. ¿Qué se podía esperar de él?

“Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos?”

1. La actitud inicial de Pilato en el juicio

Como ya hemos señalado, los judíos presentaron a Jesús como un demagogo sedicioso con la esperanza de que Pilato lo condenara sin necesidad de un proceso formal. Pero el gobernador romano no sentía ninguna simpatía por los sacerdotes a los que conocía muy bien, así que no tenía ninguna intención de complacerles.

Además, había algo muy extraño en este proceso. ¿Cómo era posible que fueran los líderes religiosos de Jerusalén quienes estuvieran entregándole a un pretendiente al título de Mesías, si ellos siempre protegían a cualquiera que se alzara contra Roma? Pilato no dudó por un momento que la preocupación que a largo del proceso manifestaron por defender los intereses de Roma era falsa (**Jn 19:15**). Así que decidió que iba a interrogar a Jesús personalmente y tomar una decisión por él mismo.

Lo primero que el gobernador hizo después de escuchar las acusaciones y tener delante de él a Jesús, fue preguntarle directamente si era el rey de los judíos. Dado el odio que Pilato sentía hacia todo lo que era judío, podemos pensar que tal vez en esta pregunta había cierta mezcla de desprecio y cinismo. Las humillaciones que Jesús había estado sufriendo y la forma en la que sus acusadores le presentaron, no evidenciaban de ninguna manera que Jesús pudiera ser un rey, y menos de los judíos, que en ese mismo momento lo estaban entregando.

2. La admiración de Pilato hacia Jesús

Sin embargo, aunque su actitud inicial hacia Jesús pudo haber sido un tanto negativa, no tardó en cambiar de opinión, llegando a tener un interés profundo por el reo que le habían presentado. Seguramente la fama de Jesús ya había llegado a los oídos de Pilato mucho antes de que lo trajeran ante él para ser juzgado, pero ahora quedó maravillado por el aspecto noble del prisionero y por su autodominio.

Y si todo esto no fuera suficiente, Mateo agrega que también su esposa le advirtió que no tuviera nada que ver con ese Justo, porque había padecido mucho en sueños a causa de él (**Mt 27:19**).

3. Los intentos de Pilato de librar a Jesús

De hecho, Pilato llegó a estar plenamente convencido de la inocencia de Jesús, y así lo declaró públicamente en tres ocasiones diferentes.

- La primera fue poco después de que los principales sacerdotes se lo presentaran: *“Pilato dijo a los principales sacerdotes, y a la gente; Ningún delito hallo en este hombre”* (**Lc 23:4**).
- La segunda ocasión tuvo lugar cuando Jesús fue traído nuevamente después de ser interrogado por Herodes: *“Les dijo: Me habéis presentado a éste como un hombre que perturba al pueblo; pero habiéndole interrogado yo delante de vosotros, no he hallado en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis”* (**Lc 23:14-15**).
- Y la tercera justo antes de que lo entregara para ser crucificado, cuando se lavó las manos y dijo: *“Inocente soy yo de la sangre de este justo”* (**Mt 27:24**).

Además intentó evitar juzgar y condenar a Jesús de diferentes maneras.

- Primero, cuando se enteró de que Jesús era galileo, y que por lo tanto pertenecía a la jurisdicción de Herodes, se lo envió para que él lo interrogase y se hiciera cargo del reo, aunque Herodes mandó a Jesús nuevamente a Pilato sin haberlo sentenciado (**Lc 23:5-12**).
- Después propuso a la multitud que se conformara con un castigo menor que la pena capital, en la esperanza de que su sed de sangre quedara apaciguada después de azotar a Jesús y de que todos ellos pudieran ver ensangrentada su espalda (**Lc 23:16**).
- Y su tercer intento de librar a Jesús tuvo que ver con la costumbre que tenía durante la pascua de soltarles un preso, el que el pueblo eligiera, en la esperanza de que las multitudes se apartaran de la opinión de sus líderes y pidieran la libertad de Jesús (**Lc 23:17-25**).

Conociendo cómo era Pilato, no dejan de sorprendernos todos estos intentos por librar a Jesús. ¡Cuántos inocentes había condenado y dado muerte en su breve mandato, y nunca había tenido ningún problema moral por ello! ¿Por qué ahora tenía esta nueva actitud? Sin lugar a dudas, había algo en Jesús que quizá por primera vez en su vida, le hacía sentirse reacio a cometer una injusticia.

4. La gravedad de las acusaciones

Pero a pesar de la convicción que tenía de la inocencia de Jesús, sin embargo, la forma en la que los principales sacerdotes presentaron su acusación contra Jesús, diciendo que afirmaba ser el “Rey de los judíos”, tenía connotaciones políticas muy graves que el gobernador no tenía más remedio que juzgar si quería mantenerse en su puesto. Porque no debemos olvidar que aunque Roma reconocía reyes regionales, como Herodes, sin embargo estos debían ser legitimados por el Emperador. Un rey sin esa legitimación era un rebelde que amenazaba la paz romana y, por consiguiente, debía ser reo de muerte. Así que Pilato no tuvo más remedio que interrogar a Jesús directamente sobre este asunto.

“Respondiendo él, le dijo: Tú lo dices”

I. El significado de la respuesta de Jesús

Jesús contestó inmediatamente a Pilato, pero su respuesta ha generado ciertas dudas acerca de lo que realmente quiso decir. Lo más adecuado parece ser tomarlo como una respuesta afirmativa, tal como en (**Mt 26:25**). El evangelista Juan también confirma que Jesús declaró abiertamente que él era rey, y añadió cierta explicación en cuanto a qué clase de rey era:

(Jn 18:33-38) *“Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. Le dijo Pilato: ¿Qué es la*

verdad? Y cuando hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito.”

Está claro que Jesús no trató de eludir el asunto. Su respuesta no podía significar, “esto es lo que tú dices, pero yo nunca lo he dicho”. El contexto nos muestra que lo que quiso decir es que Pilato tenía razón al inferir que el prisionero reclamaba para sí autoridad real. En consecuencia, el significado es “yo soy, en verdad, rey”. Realmente, es “*el Rey de reyes*” según **(Ap 17:14)**.

2. Las consecuencias de esta confesión

Esta confesión puso a Pilato ante una situación comprometida: por un lado, el acusado reivindicaba su realeza, algo que el gobernador romano debería castigar con la pena de muerte, pero por otro lado, percibía que ese reino del que Jesús hablaba no se correspondía con el concepto clásico de los reinos de esta tierra. Nadie combatía por ese reino con poder militar, algo que es característico de todos los demás reinos, y en consecuencia, tampoco representaba una amenaza para la dominación romana.

Además, Jesús explicó que su reino se establecía en los corazones de todos los que escuchan la verdad. Él mismo proclamaba la verdad que estaba destinada a liberar a los hombres de la tiranía del pecado **(Jn 8:32-36)**. Con esto quedaba claro que la naturaleza de su reino era espiritual. Pilato se dio cuenta de que Jesús no era un revolucionario tal como pretendían los líderes judíos, ni tampoco representaba una amenaza para Roma.

¿Qué haría Pilato con Jesús? Por un lado acabaría teniendo problemas con Roma si dejaba en libertad a alguien que pretendía ser rey. Pero por otro lado, el testimonio de Jesús había llegado directamente a su corazón y sentía que debía tomar una decisión a favor de lo que él sabía que era la verdad, declarando inocente a Jesús, a pesar de que esto tuviera un alto costo personal para él.

“Y los principales sacerdotes le acusaban mucho”

En ese momento, es muy probable que los principales sacerdotes se dieron cuenta de que Pilato había entendido que Jesús no estaba desafiando la autoridad de Roma, con lo que sus planes se estaban viniendo abajo, así que subieron el tono de sus acusaciones, dando rienda suelta a su odio contra Jesús.

Pero en medio del griterío y la excitación, Jesús guardaba silencio. Él ya había contestado a Pilato y a partir de ahí no hizo nada más por defenderse de las acusaciones que le hacían. Y finalmente, su silencio resultó ser más elocuente que sus palabras, al punto de que hasta el mismo Pilato se maravillaba de él.

Pero, ¿por qué guardó silencio y no se defendió?

- Una razón es que ya no era necesario hacerlo, puesto que Pilato había entendido que él era inocente.
- Además, Jesús debía cumplir la profecía que probaba su identidad como Mesías: *“Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado...”* **(Is 53:7-8)**.
- Por otro lado, no se defendió a sí mismo porque había encomendado su causa al que juzga justamente **(1 P 2:23)**.
- Y sobre todo, porque estaba decidido a ir a la cruz y cumplir así la voluntad del Padre.

“De modo que Pilato se maravillaba”

No es difícil imaginarse por qué se maravilló Pilato. Él había juzgado a muchas personas que en su comparencia habían hecho esfuerzos desesperados para demostrar su inocencia, pero en contraste, Jesús, lejos de ser el sedicioso peligroso que los líderes judíos había querido hacerle creer, manifestaba en todo momento una actitud serena y noble. Su actitud dejaba fuera de toda duda que él no era un rebelde o un criminal. Además, Pilato sabiendo que Jesús era inocente, aun le tuvo que sorprender más el hecho de que no reaccionara airadamente contra sus injustos acusadores. ¿Cómo podía callar y contenerse ante las mentiras que decían de él?

Pero Jesús permaneció de pie, en silencio, manifestando una Majestad que dejó grandemente sorprendido al mismo Pilato. Y mientras tanto, sus acusadores embestían con furia contra él, como las olas cuando chocan con los arrecifes, sin que puedan moverlos. Tal era su seguridad y certeza tanto de su inocencia, como de la obra que estaba realizando.

Conclusión

Pilato quedó muy impresionado por la Persona de Cristo, y llegó a estar convencido de su inocencia, pero aun así sabemos que finalmente cedió a la voluntad de los líderes judíos, escogiendo unos años más de poder en lugar del camino de la verdad y la justicia que percibía con toda claridad. Y como veremos, crucificó a Jesús bajo la acusación de ser “*el rey de los judíos*”, tal como figuró en su causa escrita sobre la Cruz (**Jn 19:19**).

No deja de sorprendernos la decisión final que tomó Pilato. ¿Por qué no actuó de acuerdo a sus propias convicciones sino que secundó la decisión de los líderes judíos a los que tanto aborrecía? La razón final es que estaba dispuesto a librar a Jesús, pero sólo mientras que su posición no se viera amenazada, y cuando escuchó a los judíos decir que “*si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone*” (**Jn 19:12**), Pilato vio su propia seguridad en peligro y decidió entregar a Jesús, a pesar de que sabía que estaba cometiendo una injusticia. De este modo, Pilato se ha convertido en un símbolo tradicional de la vileza y de la sumisión a los bajos intereses de la política.

Pero la pregunta que Pilato se hizo: “¿*Qué haré entonces con Jesús, llamado el Cristo?*” (**Mt 27:22**), también debe ser contestada por cada uno de nosotros. Ya hemos considerado que él no tuvo el valor suficiente para creer y defender lo que sabía que era cierto. Pero, ¿qué decisión vamos a tomar nosotros en cuanto al “*rey de los judíos*”? Por su parte, los judíos rechazaron a Jesús y dijeron que no querían otro rey sino a César, alguien que los tenía esclavizados. ¿Aceptaremos a Jesús como nuestro Rey o lo rechazaremos a fin de mantener algunos de los pecados que nos agradan pero que nos quitan la libertad? Pilato prefirió la amistad de César a la de Jesús. ¿Rechazaremos nosotros al Señor por amor a las cosas de este mundo?

Preguntas

1. Explique qué profecías no se habrían cumplido si Jesús hubiera muerto por lapidación en lugar de haber sido crucificado. Transcriba las citas tal como aparecen en la Biblia.
2. ¿Cuál fue la actitud de Pilato sobre Jesús a lo largo de todo el proceso desde que se lo presentaron los líderes judíos hasta su muerte? Explique razonadamente su respuesta.

3. Jesús fue acusado por los líderes judíos de ser “el Rey de los judíos”. Razone ampliamente sobre este hecho. ¿Por qué lo acusaron de esto los judíos? ¿Lo era realmente? ¿Qué tipo de rey era? ¿Dónde estaba su reino? ¿Cómo afectó esta acusación a Pilato en el proceso contra Jesús?
4. ¿Por qué razón Pilato se maravilló de Jesús? ¿Cuáles fueron las razones por las que Jesús guardó silencio ante las acusaciones de los judíos?
5. ¿Qué le parece la decisión final que Pilato tomó con Jesús? ¿Cree que la actitud de Pilato es única o que se repite también en nuestros días? Razone su respuesta.

Jesús sentenciado a muerte - Marcos 15:6-20

(Mr 15:6-20) “Ahora bien, en el día de la fiesta les soltaba un preso, cualquiera que pidiesen. Y había uno que se llamaba Barrabás, preso con sus compañeros de motín que habían cometido homicidio en una revuelta. Y viniendo la multitud, comenzó a pedir que hiciese como siempre les había hecho. Y Pilato les respondió diciendo: ¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos? Porque conocía que por envidia le habían entregado los principales sacerdotes. Mas los principales sacerdotes incitaron a la multitud para que les soltase más bien a Barrabás. Respondiendo Pilato, les dijo otra vez: ¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos? Y ellos volvieron a dar voces: ¡Crucifícale! Pilato les decía: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aun más: ¡Crucifícale! Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado. Entonces los soldados le llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio, y convocaron a toda la compañía. Y le vistieron de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas, comenzaron luego a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos! Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias. Después de haberle escarnecido, le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos, y le sacaron para crucificarle.”

Introducción

En nuestro estudio anterior vimos que a pesar de toda la dureza de Pilato, sin embargo intuyó con claridad que Jesús era diferente a todos los demás presos a los que había juzgado, llegando a maravillarse de él y a estar convencido de su inocencia. A continuación veremos algunos de los intentos que hizo por liberarle, aunque finalmente terminó cediendo cobardemente ante la presión de los dirigentes judíos y las multitudes.

“En el día de la fiesta les soltaba un preso”

Marcos comienza explicando la costumbre que tenía el gobernador de conceder la amnistía a un preso elegido por el pueblo durante la fiesta de la pascua.

Pilato pensó en aprovechar esta coyuntura para conseguir el indulto de Jesús, al que él mismo propuso como candidato. Sin embargo, al hacer esto, ya estaba dando por hecho que Jesús estaba condenado, de otra manera, no tendría sentido indultarle. Esto hacía que esta maniobra de Pilato fuera muy arriesgada, puesto que si el pueblo no elegía a Jesús para ser liberado, inmediatamente estaría condenado a muerte.

“Y había uno que se llamaba Barrabás”

Finalmente el asunto se tendría que decidir entre Jesús y un tal Barrabás. Este último es mencionado por los cuatro evangelistas, y por lo que nos dicen de él, era un preso conocido por el pueblo, que junto con otros había participado en una revuelta en la que había cometido homicidio (**Mr 15:7**). Parece que había sido detenido bajo los cargos de terrorismo, insurrección y asesinato. Todo apunta a que era un combatiente sanguinario de la resistencia judía contra las autoridades romanas de ocupación.

Jesús también había sido acusado por los judíos como el “*rey de los judíos*”, con el fin de hacer creer a Pilato que era un revolucionario del mismo tipo que Barrabás. Seguramente

por el hecho de que ambos presos enfrentaban acusaciones similares, fueron propuestos como dos alternativas equivalentes. En cualquier caso, el simple hecho de sugerir que Jesús y Barrabás pudieran tener algo en común, era un ultraje inaceptable contra la bendita persona del Señor. ¡Cuántas humillaciones soportó para poder llegar a ser nuestro Salvador!

“¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos?”

¿Cuál era el propósito de Pilato?

- Sin duda, estaba buscando la forma de librar a Jesús. Él sabía que la razón por la que los principales sacerdotes había entregado a Jesús era porque tenían envidia de él (**Mr 15:10**). Por eso, cuando les presentó la posibilidad de liberar a Jesús, tenía la esperanza de que el pueblo se distanciara de la opinión de sus líderes, puesto que el gobernador sabía que gozaba de mucha aceptación entre las multitudes, tal como habían demostrado el día en que entró en Jerusalén y le habían aclamado como su Mesías.
- Al mismo tiempo quería comprobar si la multitud aceptaba a Jesús como líder nacionalista.
- Y seguramente esperaba también que fueran otros los que tomaran la decisión de condenar a Jesús y así ver liberada su conciencia de esta responsabilidad.

Pilato había colocado delante del pueblo judío dos interpretaciones opuestas de la esperanza mesiánica, y les estaba obligando a decidirse por una de ellas. Por un lado estaba Jesús, que actuaba sólo con el poder de la verdad y el amor, y por otro estaba Barrabás, que era partidario de la violencia y la lucha armada. El gobernador romano pensó ingenuamente que si presentaba delante de ellos a un vil criminal como Barrabás, el pueblo escogería a Jesús. Pero sus cálculos fallaron porque ignoraba cómo es el corazón humano. ¿Acaso no se conocía a sí mismo?

Y lo cierto es que todos nosotros tenemos que estar enfrentándonos constantemente con la decisión de escoger entre Cristo y Barrabás, la honestidad y el engaño, la paz y la violencia, el amor y el odio, la legalidad y la ilegalidad, la humildad y la arrogancia.

“Porque conocía que por envidia le habían entregado”

Pilato no creía en la honestidad de los líderes judíos y de ninguna manera había aceptado su pretendida lealtad al César. Y aunque quizá no podía entender exactamente cuáles eran las razones concretas por las que sentían tal hostilidad hacia Jesús, aun así, el gobernador había quedado tan impresionado con Jesús que tenía la plena certeza de que no había ninguna base objetiva ni causa válida que justificase la conspiración de los líderes judíos para condenarle a muerte.

Por el contrario, conocía bien a los principales sacerdotes y sabía que les devoraba la envidia. Y en el poco tiempo que había tratado con Jesús, pudo darse cuenta de que tenía cualidades de las que ellos carecían y por las que le podrían envidiar. Nosotros podemos ver a través de los evangelios muchas de las causas de esta envidia: en primer lugar les disgustaba la popularidad de Jesús, pero también su capacidad para realizar milagros, o la autoridad con la que enseñaba, o echaba fuera demonios, o perdonaba pecados...

La envidia es un pecado muy común, incluso en personas religiosas, que puede llevar a cometer las acciones más deplorables.

“Los principales sacerdotes incitaron a la multitud”

Contra toda lógica, los principales sacerdotes que estaban acusando a Jesús de traición contra César, ahora estaban incitando al pueblo para que pidiera la liberación de Barrabás, que era realmente culpable del crimen de sedición. Estaba claro que a pesar de su aparente religiosidad, eran terriblemente injustos y manipuladores.

Tal vez si la multitud hubiera podido expresar sus propias preferencias sin la presión de sus gobernantes, tal vez hubieran optado por la libertad de Jesús. Pero la nefasta influencia de los principales sacerdotes consiguió que olvidaran la admiración que antes habían sentido por Jesús y que la cambiaran por un profundo odio.

Pero en cualquier caso, no deja de sorprendernos el comportamiento de las multitudes; rechazar a Cristo y preferir a Barrabás es un hecho incomprensible. Habían llegado al límite de la ofuscación, de la locura, del delirio. Y por supuesto, eran plenamente responsables de sus actos.

También nos preguntamos dónde estaban en ese momento sus seguidores, y por qué callaron aquellas miles de personas que habían sido beneficiadas por alguno de los milagros de Jesús. Seguramente estaban ausentes por miedo o callaron por cobardía. Una vez más recordamos las palabras de Martin Luther King: “Lo preocupante no es la perversidad de los malvados sino la indiferencia de los buenos... Quién acepta pasivamente la maldad, está tan involucrado en ella como el que ayuda a perpetrarla. Quién acepta la maldad sin protestar contra ella, está realmente cooperando con ella”.

“Pidieron que soltase más bien a Barrabás”

Al final los principales sacerdotes convencieron a la multitud para que pidieran la libertad de Barrabás. Es posible que lo vieran como una especie de héroe por haber participado en la rebelión activa contra Roma. Sin lugar a dudas este hecho despertaría la admiración popular, puesto que representaba la pasión por la libertad que todos los judíos sentían. En cambio Jesús les debió parecer que tenía un carácter poco mundano, muy débil. Así que Pilato soltó a Barrabás.

Cuando unas horas más tarde Jesús fue crucificado en el Gólgota, Barrabás tuvo que darse cuenta de que él mismo debería de haber estado ocupando aquella cruz, pero que sin embargo otro estaba muriendo en su lugar. Sabía que la cruz del centro era la suya. Sabía que los clavos que habían atravesado las manos y pies de Jesús eran sus clavos. Sabía que de un modo muy personal ese Jesús de Nazaret estaba muriendo en su lugar.

De alguna manera, Barrabás representa a cada creyente en Cristo que es liberado porque Jesús tomó su lugar. Al paramos al pie de la cruz, sabemos perfectamente que ese era el lugar que nos correspondía a nosotros por causa de nuestros pecados, y la única esperanza segura que podemos tener en cuanto a la vida eterna reside en el hecho de que Jesús murió ocupando nuestro lugar.

(1 P 3:18) “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecadores, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios...”

“¿Qué queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos?”

El plan de Pilato para librar a Jesús había fracasado, y en su cobardía hizo algo completamente inconcebible en un juez: pregunta a los acusadores para saber qué querían que hiciera con Jesús.

Esto evidencia una vez más que Pilato actuaba sin ningún sentido de justicia. En realidad era un esclavo de la opinión pública. Como muchos hoy en día, adoptaría la decisión que la mayoría tomara. En lugar de juzgar a Jesús por lo que realmente hizo, iba a decidir su veredicto a partir de lo que otros decían de él. ¡Cuántas personas hay que en la actualidad hacen lo mismo!

“Y ellos volvieron a dar voces: ¡Crucifícale!”

Todo intento de Pilato para razonar con la multitud resultó en vano. En lugar de calmarse, el frenesí popular aumentaba. Cada vez gritaban con más fuerza a fin de convencer a Pilato de la culpabilidad de Jesús (**Jn 19:12**). Aunque como todos sabemos, los gritos y las amenazas son con frecuencia el sustituto de la razón.

En cualquier caso, no deja de ser un misterio que la multitud que una semana atrás había aclamado a Jesús como rey cuando había llegado a Jerusalén, ahora estuvieran pidiendo su crucifixión. ¿A qué se debió ese cambio?

- Parte de la respuesta la debemos encontrar en el carácter cambiante de la multitud, que unido a la presión que los principales sacerdotes ejercieron sobre ella, fácilmente lograron este cambio de actitud. Normalmente las multitudes son más fáciles de dirigir de lo que normalmente se piensa. En la mayoría de los casos actúan por imitación y no por convicción. Así que si el grupo de los principales sacerdotes gritaban para que Jesús fuera crucificado, el resto de la multitud haría lo mismo. Y si cuando Jesús entró en Jerusalén sus discípulos empezaron a aclamarle como rey, inmediatamente la gente que se encontraban con ellos empezaron a hacer lo mismo. Pero como podemos ver, estas decisiones son superficiales y se pueden cambiar con facilidad. Tenemos que recordar esto porque en la actualidad también es fácil preparar reuniones multitudinarias donde las personas que escuchan el evangelio pueden llegar a tomar una decisión a favor de Jesús condicionadas por la presión del ambiente, pero no por una auténtica convicción de sus pecados. Si esto ocurre, no nos extrañe que con el tiempo estas personas acaben ignorando su decisión cuando se encuentren fuera de ese ambiente.
- Por otro lado, las multitudes se dieron cuenta de que Jesús no demostraba ser la clase de Mesías que ellos deseaban, así que quedaron decepcionados y no les importó rechazarle. Si en algún momento habían llegado a pensar que podía ser el Mesías prometido por Dios, no tardaron en cambiar de opinión cuando entendieron que la esclavitud de la que les quería librar era del pecado y no del poder de Roma. Por eso, cuando lo vieron de pie ante las autoridades romanas, no siendo capaz de defenderse, toda la lealtad que hubieran podido tenerle, se volvió en un odio homicida. Y en cierto sentido, hay en nuestros días muchas personas que se acercan a Dios esperando que les dé cosas que ellos desean, y si no las reciben, se sienten defraudadas y se vuelven airadamente contra Dios. Pero no hemos de olvidar que a lo que Dios se ha comprometido es a darnos gratuitamente la salvación eterna si se la pedimos con arrepentimiento y fe en Cristo. Otras muchas cosas que pidamos sólo las recibiremos si se corresponden con su voluntad.

“Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás”

Pilato se encontró atrapado en un verdadero dilema. Quería complacer al mismo tiempo a dos poderes totalmente contrarios, lo que no tardó en darse cuenta que era imposible. Comprobó que no se puede servir a Dios y a la vez agradar a los hombres. Nosotros

también tenemos que estar constantemente tomando decisiones de este tipo. Pablo llegó a esta conclusión: *“Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo”* (Ga 1:10). Pilato tuvo que decidir entre la amistad de César y la de Jesús (Jn 19:12). Y cada uno de nosotros tenemos que tomar decisiones similares: Jesús o la multitud, Jesús o el grupo de amigos.

Pilato tomó su decisión para agradar a los judíos, lo que le llevó a condenar a un inocente. Y este suele ser el precio que hay que pagar cuando estamos más interesados en la opinión pública que en la verdad de Dios. Si seguimos su ejemplo, fácilmente nos encontraremos condenando al inocente y halagando al culpable, callando la verdad y defendiendo la mentira.

Entregó a Jesús para que fuera azotado

Antes de que Jesús fuera entregado a la crucifixión, Pilato mandó azotarlo. Pero, ¿qué sentido tenía infringir un castigo tan brutal si acto seguido iba a ser crucificado y muerto? Quizá una explicación sería que tenía la finalidad de debilitar al reo de tal forma que la muerte en la cruz fuese más rápida. Pero en este caso concreto, debemos considerarlo también como un último intento de parte de Pilato para librar a Jesús. No olvidemos que después de haberlo azotado, el evangelista Juan nos dice que volvió a sacarlo al pueblo (Jn 19:1-5). Su esperanza era que cuando la multitud lo viera totalmente humillado se despertara en ellos la simpatía y la compasión por él y decidieran así librarle de la muerte pensando que ya había recibido suficiente castigo. Pero este nuevo intento de librar a Jesús también fracasó y la multitud siguió gritando en su locura *“¡crucifícale!”*.

Cada uno de estos intentos que Pilato hacía para intentar librar a Jesús constituían una nueva ofensa y humillación contra él. No olvidemos que los azotes romanos eran algo terrible. El reo permanecía doblado y atado de tal manera que tenía totalmente expuesta la espalda. El azote consistía en una larga tira de cuero con trozos de hueso o de plomo incrustados que literalmente desgarraba la espalda a tiras. Las heridas que se producían llegaban a tal extremo que a veces los órganos internos quedaban a la vista. Algunos reos morían en la tortura, mientras que otros se volvían locos; pocos lograban mantenerse conscientes hasta el final. Era un castigo extremadamente bárbaro, del que estaban exentos los ciudadanos romanos (Hch 16:37-38).

Así se cumplió literalmente lo que siglos antes había escrito el salmista.

(Sal 129:3) “Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos surcos.”

“Entregó a Jesús para que fuese crucificado”

Viendo que las multitudes no cambiaban de opinión sino que por el contrario cada vez gritaban más, finalmente entregó a Jesús para que fuera crucificado. Sin embargo, antes de ello decidió lavarse las manos en público, queriendo indicar con ello que era inocente de la injusticia que estaba cometiendo, y responsabilizando así a los judíos. ¡Pero las manchas de sangre no se quitan con agua!

(Mt 27:24) “Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros.”

Y mientras esto ocurría, la multitud respondió: *“Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos”* (Mt 27:25). Por supuesto, una reacción así tuvo terribles consecuencias para ellos. Antes de que pasaran cuarenta años, aquel pueblo pasó por ríos de sangre,

viendo cómo destruían Jerusalén y el templo. A partir de ahí comenzó su “dispersión” que ha durado hasta hace pocos años. En todo ese tiempo han sido objeto del antisemitismo. Sufrieron la expulsión de países como España y fueron cruelmente exterminados por Hitler. Pero a pesar de todo esto, la nación judía nunca se ha arrepentido de haber crucificado a su Mesías.

“Los soldados le llevaron al pretorio”

Una vez que el débil Pilato cedió a la presión de los judíos, entregó a Jesús a la mofa de los soldados, que antes de llevarle para crucificarle, se entretuvieron burlándose cruelmente de él.

Estos eran soldados embrutecidos, de mano dura, acostumbrados a cumplir con ordenes espantosas, así que no tuvieron ningún reparo en ridiculizar al reo. Para ello hicieron una ceremonia de coronación burlesca en la que *“le vistieron de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas, comenzaron luego a saludarle”*. En ese momento todo su cuerpo estaba ensangrentado después de haber sido azotado brutalmente, pero aun así los soldados no se apiadaron de él y siguieron con su simulacro de coronación con el que intentaban caricaturizar su majestad disfrazándole de rey y rindiéndole honores sarcásticamente, mientras le golpeaban en la cabeza con una caña y le escupían. Se sentían fuertes y mostraban todo su desprecio por él.

Ahora bien, ¿por qué esta extraña burla insultante? Parece que vieron la oportunidad de dar rienda suelta a todo el odio que tenían en sus corazones. Pero al mismo tiempo, el evangelista se encarga de establecer un paralelismo con las burlas que los judíos habían hecho a Jesús después de que lo hubieron juzgado. Así que, si los romanos lo ridiculizaron como rey, los judíos lo habían hecho antes como profeta (**Mr 14:65**).

Este trato vejatorio al que sometieron a Jesús nos habría llenado de horror y compasión si se lo hubieran hecho sufrir a cualquier hombre, pero cuando pensamos que se lo estaban haciendo al eterno Hijo de Dios, el estupor nos sobrecoge. Aunque si reflexionamos sobre el hecho de que estos tormentos fueron sufridos voluntariamente con el objeto de librar a los pecadores como nosotros, aun nos admira más.

¡Si hubieran sabido que aquel a quien vistieron de púrpura era el mismo Creador! ¡Si hubieran sabido que aquel a quien coronaron de espinas es el mismo Sustentador del universo! ¡Si hubieran sabido que aquel a quien golpeaban y escupían es el Señor de la gloria!

Pero todo esto no sorprendió a Jesús, que ya había anunciado de antemano a sus discípulos los sufrimientos por los que tendría que pasar antes de morir, y que éstos vendrían tanto de los judíos como de los gentiles (**Mr 10:33-34**). El sabía todo esto, y por lo tanto podría haberlo evitado si lo hubiera deseado, pero él mismo había elegido deliberadamente entregar su vida. Si él iba a morir, no era porque fuese una víctima impotente de la hostilidad de los líderes de la nación judía, ni de un destino inevitable decretado contra él. Libremente hizo suyo el propósito de su Padre para la salvación de los pecadores. El dijo: *“yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar”* (**Jn 10:17-18**).

Una vez que terminaron con sus burlas, vistieron nuevamente a Jesús con sus propios vestidos y lo llevaron para ser crucificado. Según era costumbre, un escuadrón de ejecución de cuatro soldados bajo el mando de un centurión, conducirían a Jesús fuera de la ciudad donde sería crucificado.

¿Quién fue el responsable de la muerte de Jesús?

A lo largo de los últimos relatos hemos ido considerando que varias personas fueron responsables de la muerte de Jesús. Por ejemplo, leímos que Judas le entregó por dinero a los principales sacerdotes que lo buscaban para matarle (**Mr 14:10**) (**Mr 14:43-44**). Luego los principales sacerdotes entregaron a Jesús por envidia a Pilato con la petición de que lo crucificara (**Mr 15:1,10**). Y ahora en ese pasaje hemos visto que Pilato entregó a Jesús a los soldados para que fuese crucificado porque quería agradar a los judíos (**Mr 15:15**).

Y aunque nos gustaría poder excusarnos, la realidad es que nos vemos a nosotros mismos reflejados en ellos. Sus pasiones son las nuestras. ¿Quién no ha tenido nunca envidia, o ha codiciado en algún momento el dinero, o ha preferido agradar a los hombres antes que con Dios? Nosotros mismos también somos culpables. Y si hubiéramos estado en el lugar de ellos, hubiéramos hecho lo que ellos hicieron. La codicia, la envidia y el temor que promovieron su comportamiento también promueve el nuestro.

Todos los ámbitos de la humanidad, tanto judíos como gentiles, estuvieron involucrados por igual en la muerte de Jesús. El evangelio de Marcos nos ha llevado a considerar un paralelo entre el juicio y las burlas de los dos juicios, con los judíos primero y con los gentiles después. Ambos por igual fueron responsables. Así fue como vieron la cuestión los apóstoles: *“Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel”* (**Hch 4:27**).

Pero aunque todo esto es cierto, sin embargo todavía no hemos llegado al fondo de la cuestión, porque no hemos de olvidar que en último término, la verdadera causa de su muerte fueron nuestros pecados: *“Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”* (**1 P 3:18**). Ya hemos visto una ilustración de este concepto de la sustitución en la persona de Barrabás. El inocente entregado a la muerte a fin de que el culpable pudiese salir libre. Por lo tanto, fueron nuestros pecados los que le llevaron a morir en la cruz. Nuestra salvación depende enteramente de esto. Y cuando miramos a esa cruz, sólo lo podemos hacer con la cabeza inclinada y el espíritu contrito. La cruz manifiesta con total claridad la gravedad de nuestros pecados y nos quita toda posibilidad de orgullo.

Por lo tanto, podemos decir que aunque Jesús fue entregado a la muerte por la codicia de Judas, por la envidia de los principales sacerdotes y por la cobardía de Pilato, al mismo tiempo también es cierto que fue el mismo Padre quien lo entregó por amor para que ocupara el lugar que nosotros merecíamos (**Ro 8:32**). Y aun más, el mismo Hijo se entregó a sí mismo voluntariamente para cumplir la voluntad de su Padre (**Ga 2:20**).

A la vista de todo esto, la gran pregunta que Dios sigue haciendo a todos los hombres es: ¿qué vais a hacer con Jesús, llamado el Cristo? De nuestra contestación dependerá dónde pasaremos la eternidad.

Preguntas

1. ¿Qué sabe acerca de Barrabás? ¿Por qué fue propuesto como una alternativa válida a Jesús para conseguir el indulto? ¿Qué representaban Jesús y Barrabás para el pueblo? ¿Qué pensaría Barrabás al ver a Jesús crucificado? ¿Hay algún sentido en el que usted se pueda identificar con Barrabás?

2. En este pasaje hemos visto varios intentos de Pilato para liberar a Jesús. Explique cuáles fueron y cuál fue su resultado. Finalmente condenó a Jesús, ¿cuáles fueron los factores que le llevaron a tomar esta decisión?
3. Razone sobre la actitud de los dirigentes judíos. ¿Por qué entregaron a Jesús? ¿Cómo convencieron a la multitud para que eligieran a Barrabás? ¿Le parece coherente que pidieran la libertad de Barrabás al mismo tiempo que acusaban a Jesús?
4. ¿Por qué cree que el pueblo escogió finalmente a Barrabás en lugar de a Jesús?
5. A partir de lo que ha aprendido en los últimos pasajes, razone sobre quién entregó a Jesús.

Crucifixión y muerte de Jesús - Marcos 15:21-41

(Mr 15:21-41) *“Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevase la cruz. Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera. Y le dieron a beber vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó. Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno. Era la hora tercera cuando le crucificaron. Y el título escrito de su causa era: EL REY DE LOS JUDÍOS. Crucificaron también con él a dos ladrones, uno a su derecha, y el otro a su izquierda. Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos. Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz. De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciendo, se decían unos a otros, con los escribas: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos. También los que estaban crucificados con él le injuriaban. Cuando vino la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Y algunos de los que estaban allí decían, al oírlo: Mirad, llama a Elías. Y corrió uno, y empapando una esponja en vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber, diciendo: Dejad, veamos si viene Elías a bajarle. Mas Jesús, dando una gran voz, expiró. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios. También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé, quienes, cuando él estaba en Galilea, le seguían y le servían; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.”*

Introducción

El pueblo de Jerusalén, dirigido por sus sacerdotes, ancianos y gobernantes acababa de pedir a Pilato que condenase a muerte a un hombre inocente, nada más y nada menos que a Jesús, el Hijo de Dios, y que soltase en su lugar a Barrabás, un activista político asesino. Y consiguieron lo que pidieron. Tristemente fue así y ahora vamos a ver cómo esta sentencia fue ejecutada.

Marcos, al igual que los otros evangelistas, nos presenta un relato sobrio de la crucifixión, sin entrar a describir la extrema crueldad de este método de ejecución. Obras como “La Pasión”, del cineasta Mel Gibson, que se recrean en el tormento corporal de la víctima, hacen un flaco favor, a nuestro juicio, a la causa de Cristo. Aunque, por supuesto, la Escritura también se refiere al sufrimiento del Mesías, dejándonos un cuadro estremecedor, pero sin detenerse en cada tormento de una forma morbosa.

También tendremos que notar que todas las narraciones de la crucifixión de Jesús están llenas de alusiones y citas del Antiguo Testamento, con la intención de mostrarnos que todo cuanto estaba ocurriendo era llevado a cabo por *“el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hch 2:23)*. De todos los textos citados, dos de ellos son de fundamental importancia porque sirven para arrojar luz sobre el acontecimiento de la Pasión. Estos son el Salmo 22 e Isaías 53. Recomendamos su lectura pausada y reflexiva.

“Y obligaron a uno que pasaba a que le llevase la cruz”

La última vez que vimos a Jesús estaba en el pretorio, es decir, en la residencia del gobernador romano en Jerusalén, y ahora iba a ser llevado hasta el Gólgota, un monte cercano a la ciudad, donde había de ser ejecutado.

En su recorrido tendría que pasar por algunas de las calles principales de la ciudad llevando la cruz en la que sería ejecutado. Esta era una costumbre que tenía el propósito de disuadir a los judíos de cualquier intención de rebelarse contra Roma.

Marcos nos dice que un hombre llamado Simón de Cirene fue entonces obligado a cargar con la cruz. Esto nos hace pensar en la debilidad física de Jesús en esos momentos. No sería de extrañar si tenemos en cuenta que desde la noche anterior, cuando había estado celebrando la cena pascual con sus discípulos, todo había ocurrido muy rápidamente y con mucha intensidad, sin que el Señor tuviera tiempo de descansar o de comer. Recordemos brevemente la secuencia de los acontecimientos: durante y después de la cena, Jesús estuvo enseñando ampliamente a sus discípulos, luego fue al huerto de Getsemaní donde oró con gran angustia y tristeza. Al cabo de un rato llegó Judas con mucha gente armada para detenerle y de allí le llevaron a casa del sumo sacerdote, donde fue interrogado a lo largo de la noche, hasta que se decidió su culpabilidad y entonces los alguaciles de los principales sacerdotes pasaron el resto de la noche burlándose de Jesús mientras lo custodiaban. Al amanecer fue llevado a Pilato para ser juzgado por él. Pero a lo largo de la mañana fue conducido también hasta Herodes, que además de interrogarlo también lo menospreció y escarneció con sus soldados. Luego fue remitido otra vez a Pilato, que en un intento de despertar la compasión de la gente hacia Jesús, lo hizo azotar brutalmente. Y cuando finalmente decidió condenarlo, lo entregó a sus soldados, que todavía tuvieron un rato para burlarse de él. Si tenemos en cuenta todo esto, no es de extrañar que en esos momentos Jesús estuviera realmente agotado y muy debilitado, al punto de no poder cargar con el peso de la cruz.

En cuanto a “*Simón de Cirene*” es muy poco lo que sabemos de él. Provenía de Cirene, una ciudad en el norte de África, pero desconocemos cuánto tiempo llevaba viviendo en Jerusalén. Sin embargo, resulta curioso la referencia a sus hijos, algo que no vemos habitualmente en la Biblia, donde lo normal es relacionar a la persona con su padre. Muchos han pensado que esto indica que los hijos, Alejandro y Rufo, eran creyentes conocidos por la primera comunidad cristiana de Roma, a donde Marcos dirigió inicialmente su evangelio, y asocian a Rufo con uno de los creyentes que Pablo conocía en esa ciudad (**Ro 16:13**). Sin embargo, no podemos dar a esto más crédito que el de una conjetura interesante.

Este Simón fue obligado a cargar la cruz, bueno, en realidad el madero transversal, pues la parte vertical solía estar ya en el lugar de la ejecución. Simón no podía negarse a hacerlo, porque los romanos tenían la facultad de requisar a cualquier hombre para que prestara un servicio como el de llevar una carga (**Mt 5:41**).

No sabemos cuáles serían los pensamientos de Simón en esos momentos. Por un lado, seguro que no le agradó que los romanos le obligaran a hacer esto, máxime porque un judío nunca se ofrecería a tocar una cruz, instrumento de maldición. Pero también por la vergüenza que pudiera sentir porque le pudieran confundir con el condenado.

En cualquier caso, este acontecimiento ha llegado a ser una buena ilustración para nosotros de lo que significa llevar la cruz.

“Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota”

“Gólgota” es una palabra aramea que significa “calavera”. Tal vez derivaba el nombre de su forma. El sitio tradicional, aún apoyado por muchos, es donde hoy está la iglesia del Santo Sepulcro. Otros insisten en que es la colina llamada del Calvario de Gordon. Si hemos de ser objetivos, tendremos que admitir que hoy por hoy es imposible establecer la ubicación exacta del lugar.

Quizá lo más importante sea darnos cuenta de que el lugar estaba fuera de la ciudad. Al menos, esto fue en lo que se fijó el autor a los Hebreos cuando dijo:

(He 13:11-12) “Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta.”

Este pasaje de Hebreos nos recuerda que la muerte de Cristo fue un sacrificio por el pecado de todo el pueblo. Para ello, el autor inspirado hace referencia al libro de Levítico, donde se nos explica que la ofrenda por el pecado era diferente a las otras porque el sacerdote la tenía que quemar fuera del campamento (**Lv 4:13-21**). Y vemos que Jesús fue el cumplimiento de esta ofrenda, puesto que él también sufrió fuera de la ciudad.

“Le dieron vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó”

Cuando llegaron al lugar en el que Jesús iba a ser crucificado, le ofrecieron vino mezclado con mirra, que servía como un estupefaciente para menguar en algo los dolores físicos, pero él no quiso beberlo, ya que tenía la firme intención de apurar aquella “copa” hasta las heces, agotando todo el sufrir y toda la muerte que correspondía a una humanidad perdida.

Y como veremos más adelante, el Señor permaneció consciente hasta el último momento cuando entregó su espíritu.

“Cuando le hubieron crucificado”

Eran tiempos difíciles, de muchas turbulencias y agitación en Israel, por lo que eran muchos los condenados a ser crucificados. Seguramente estos soldados romanos ya tenían mucha experiencia en hacer su “trabajo”, así que imaginamos que lo llevaron a cabo de forma rutinaria. Los evangelios no describen en detalle cómo era el proceso de la crucifixión, pero hay otros documentos de la época que nos permiten conocerlo.

En primer lugar, se humillaba al prisionero en público desnudándolo. Luego se colocaba la cruz en el suelo y se acostaba al reo de espaldas sobre ella; las manos eran atadas o clavadas a la vara horizontal de madera y los pies a la vara vertical. Sabemos que en el caso de Jesús tanto sus manos como sus pies fueron clavados (**Jn 20:25**) (**Lc 24:39-40**). La cruz se llevaba luego a una posición vertical, y se la dejaba caer en una cavidad previamente preparada en el terreno. Generalmente se agregaba un taco o un asiento rudimentario para sostener en parte el peso de la víctima, y evitar que los clavos desgarraran las manos cuando se levantara la cruz. Una vez levantada, la cruz no era muy alta, quedando los pies de la víctima separados del suelo por no más de medio metro, con lo que era posible la comunicación descrita en los evangelios entre Jesús y las demás personas que le rodeaban. Una vez crucificado, quedaba allí suspendido, expuesto en total impotencia al intenso sufrimiento físico, al escarnio público, al calor del

día y al frío de la noche. La tortura podía prolongarse durante varios días hasta que el reo moría lentamente de hambre y de sed, llegando en muchas ocasiones al punto de dar señales de locura en medio del intenso sufrimiento o incluso perder el conocimiento.

No hemos de olvidar que este castigo fue inventado para hacer la muerte tan penosa y prolongada como el poder de la resistencia humana fuera capaz de soportar. Probablemente sea el método más cruel de ejecución jamás practicado, porque demora deliberadamente la muerte hasta haber infligido la máxima tortura posible.

“Repartieron entre sí sus vestidos”

Cuando los soldados terminaron de crucificar a Jesús, se sentaron y echaron suertes sobre los vestidos de Jesús. A nosotros nos resulta extraño que estos hombres pudieran tener a su lado a Jesús muriendo y al mismo tiempo estuvieran repartiéndose sus vestidos. Pero desgraciadamente, este ejemplo de indiferencia frente a la muerte de Jesús en la cruz, es muy común en nuestros días. ¡Cuántos no tienen interés en el hecho de que él muriera en la cruz por cada uno de nosotros y lo miran con absoluta indiferencia! ¡Son como estos embrutecidos soldados romanos, que lo único que les interesa son las cosas materiales! Pero en cualquier caso, ¡qué poco se llevaron de Cristo, sólo unas pocas prendas de ropa usada, cuando podrían haber obtenido la salvación eterna para sus almas!

Esta parece que era la costumbre romana, según la cual las ropas del ejecutado correspondían al pelotón de ejecución. Así desposeyeron a Jesús de lo único que le quedaba en el terreno material de este mundo. Pero al hacerlo, cumplieron con total exactitud otra profecía de la Escritura:

(Sal 22:18) *“Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.”*

“El título escrito de su causa era: EL REY DE LOS JUDÍOS”

Marcos observa la costumbre que tenían los romanos de colocar la causa de la ejecución en la parte superior de la cruz. Pilato mandó que fuera escrita en tres idiomas: hebreo, griego y latín (**Jn 19:20**), de tal manera que todas las personas que pasaban por allí pudieran leerlo.

¿Por qué lo hizo? Bueno, en principio porque era la causa por la que los judíos habían entregado a Jesús ante Pilato y por la que éste le había mandado crucificar. Sin embargo, podemos pensar también que el gobernador romano estaba molesto porque los dirigentes judíos acababan de ganar una victoria sobre él al forzarle a crucificar a Jesús, sabiendo perfectamente que era inocente. Así que, muy probablemente, hizo escribir este título a modo de venganza personal, expresando así el cinismo de los judíos que acababan de crucificar a su propio rey. De este modo les estaba diciendo a los judíos que habían renunciado a sus esperanzas mesiánicas, lo que sin duda era cierto, y constituía un terrible suicidio nacional.

Por supuesto, los principales sacerdotes entendieron las intenciones de Pilato y rápidamente le reclamaron que quitara ese título, algo que el gobernador romano se negó a hacer (**Jn 19:21-22**).

En cualquier caso, no deja de ser paradójico que fuera una cruz el trono a donde Jesús fue levantado y desde donde ahora atrae a la humanidad (**Jn 12:32**). Pero siendo el nuestro un mundo pecador y rebelde contra Dios, no había otra forma de establecer su gobierno en esta tierra. No olvidemos que la cruz es el lugar donde los pecadores, enemigos de Dios, somos reconciliados con él. Y es también allí donde queda fuera de

toda duda el amor que Dios tiene por la humanidad y que logra conquistar nuestros endurecidos corazones. La cruz es el punto de encuentro entre el hombre pecador y el Dios santo, y en cierto sentido, es el lugar desde donde Cristo reina en la actualidad en este mundo.

“Crucificaron también con él a dos ladrones”

En aquel día había también otros dos presos que fueron crucificados junto a Jesús. Marcos los describe como “ladrones”, palabra que Juan utiliza para referirse a Barrabás en **(Jn 18:40)**, así que tal vez debamos pensar que también eran combatientes de la resistencia contra el poder romano. En ese caso, Jesús fue colocado en medio de ellos porque fue considerado un delincuente de la misma clase.

Pero esta asociación no era nueva. Jesús había caracterizado todo su ministerio por su contacto permanente con los pecadores, al punto que los judíos le menospreciaban diciendo que era “amigo de publicanos y de pecadores”. Aunque él justificó este contacto explicando que “los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos”, por lo que nunca dejó de estar cerca de los pecadores hasta el fin. No era algo de lo que él se avergonzara, y de esta manera muchos llegaron a ver sus vidas totalmente restauradas. Incluso en la cruz, su cercanía a los pecadores dio fruto, puesto que según nos informa Lucas, finalmente uno de los dos ladrones que estaban crucificados con él, se arrepintió y le reconoció como Rey **(Lc 23:40-43)**.

Y una vez más se cumplió otra parte de la Escritura:

(Is 53:12) *“Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.”*

“Y los que pasaban le injuriaban”

A pesar de todas las injusticias que Jesús había sufrido hasta ese momento, los judíos todavía no parecían estar satisfechos, así que fueron hasta el lugar donde había sido crucificado y no pararon de injuriarle. Marcos distingue tres grupos diferentes: “los que pasaban” **(Mr 15:29)**, “los principales sacerdotes” **(Mr 15:31)**, y “los que estaban crucificados con él” **(Mr 15:32)**.

De esta manera se cumplió la profecía:

(Sal 22:7-8) *“Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó a Jehová; librele él; sálvele, puesto que en él se complacía.”*

Sin lugar a dudas, los dirigentes judíos miraban aquel espectáculo con profunda satisfacción. Habían logrado lo que pretendían. Jesús había sido crucificado, y de esta manera lograron que fuera totalmente desacreditado como Mesías, porque como decía la Ley: **“Maldito todo el que es colgado en un madero” (Dt 21:23) (Ga 3:13)**.

Y aunque nos parece incomprensible cómo alguien puede llegar a alegrarse de este modo en el sufrimiento y el dolor de otra persona, sin embargo, ellos no sólo lo hacían, sino que además le injuriaban diciéndole que todo eso le estaba ocurriendo porque Dios no le amaba. Esto tuvo que ser especialmente doloroso para Jesús.

Veamos cuáles eran estas injurias:

1. *“Tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas”*

Los que injuriaban a Jesús lo hacían tergiversando las palabras que él había dicho: *“Tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas...”*. Se mofaban así del Señor, expresando su desprecio por él y haciéndole sentir una vez más su debilidad y abandono. Pero eran incapaces de comprender que justo en ese momento ellos mismos estaban cumpliendo lo que Jesús realmente había predicho: *“Destruíd este templo, y en tres días lo levantaré” (Jn 2:19)*. Ellos estaban destruyendo el templo de su cuerpo al que Jesús había hecho referencia, y la resurrección sería el momento en el que Dios lo levantaría, librándole de la muerte y mostrando al mundo que era su Hijo, aunque esto ocurriría tres días después, no antes.

2. *“Sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz”*

Vemos que los judíos también le desafiaban para que descendiera de la cruz y se salvase a sí mismo. Esta era la misma tentación que el diablo ya había intentado antes: *“Le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares” (Mt 4:8-9)*. En aquella ocasión, igual que en esta, la sutil invitación era a evitar la cruz.

Ninguno de los presentes lograron entender que lo que le sujetaba a aquella cruz no era su impotencia, sino su obediencia y amor al Padre y a la humanidad. Si hubiera bajado de aquella cruz, no habría salvado a los pecadores. Pero una vez más él venció la tentación y demostró su poder no bajando de la cruz. No lo olvidemos, el diablo no ha cambiado y sigue proponiendo a los hombres la salvación sin la cruz.

3. *“A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar”*

Es curioso que aun en estos momentos sus enemigos reconocían que había salvado a otros, sin embargo, todos aquellos milagros habían dejado indiferente su duro corazón.

Ahora su planteamiento consistía en demostrar que si él no era capaz de salvarse a sí mismo, estaba descalificado para liberar a otros. ¿Cómo podía ser el Mesías enviado de Dios, el escogido, si no era capaz de impedir que sus enemigos le crucificasen? Claro está que ellos pensaban en términos políticos, pero esa nunca había sido la pretensión de Jesús.

Desde ese punto de vista, podría parecer que los gobernantes judíos tenían razón. Pero su problema era que no habían entendido que él era *“el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1:29)*. ¿Cómo podía un cordero salvar a otros sin morir? Así que, sin entenderlo y con la intención de insultarle, dijeron una gran verdad: no podía salvarse a sí mismo y a otros al mismo tiempo. Eligió sacrificarse a sí mismo con el fin de salvar al mundo.

4. *“El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos”*

Una vez más estaban fingiendo que estarían dispuestos a creer si vieran alguna señal (**Mr 8:11**), pero solamente era una tentación con el fin de hacerle bajar de la cruz. Paradójicamente, es precisamente porque Jesús no bajó de la cruz por lo que hoy creemos en él.

“También los que estaban crucificados con él le injuriaban”

Hasta sus compañeros de suplicio se unieron a la burla y el desprecio contra él. Podemos decir que Jesús se encontraba absolutamente solo en su dolor.

Lucas nos explica que uno de los ladrones *“le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros” (Lc 23:39)*. A pesar de estar a las puertas de la muerte no tenía ningún temor de Dios. Tampoco sufría ningún remordimiento en su conciencia por los pecados cometidos. Sin confesión de su culpabilidad delante de Dios, sin ninguna expresión de arrepentimiento, sin ninguna petición de perdón divino, nada podía hacer el Señor por él. Y además, ¿qué sentido tendría en esas condiciones librarle de la cruz? Salvarle de un castigo temporal, que era consecuencia de sus crímenes, no serviría de nada si finalmente iba a sufrir un castigo eterno mucho más terrible.

Lucas nos dice que el otro ladrón que estaba siendo crucificado manifestó finalmente una actitud totalmente diferente, llegando incluso a reprender a su compañero. A éste Jesús le dio palabras muy consoladoras: *“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23:40-43)*.

“A la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra”

Jesús había pasado ya tres horas en la cruz, y aun pasaría otras tres más antes de que expirara. Marcos nos dice que justo a la mitad, a la hora sexta (sobre las doce del mediodía), ocurrió algo asombroso: *“hubo tinieblas sobre toda la tierra”*. Debemos entender esto como un fenómeno sobrenatural, puesto que a esa hora es cuando el sol brilla en toda su intensidad.

Se trataba de una intervención directa de Dios con el propósito de atraer la atención de la vasta muchedumbre que estaba reunida allí y que pedían una señal del cielo. Sin embargo, la señal que recibieron era muy diferente de la que ellos esperaban. Aunque, por supuesto, no les hizo cambiar su incredulidad.

Estas tinieblas expresaban la oscuridad espiritual que envolvía a Jesús en la cruz. En el simbolismo bíblico las tinieblas significan la separación de Dios (**1 Jn 1:5**). Las *“tinieblas de afuera”* eran una de las expresiones que Jesús usaba para referirse al infierno (**Mt 8:12**), por cuanto se trata de una exclusión total y absoluta de la luz de la presencia de Dios.

Hasta ese momento, Jesús había sido abandonado por todos los hombres, pero todavía podía decir: *“Mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Jn 16:32)*. Pero al entrar dentro de esas densas tinieblas que cubrieron el Gólgota, el Hijo estuvo completamente solo, abandonado incluso por Dios mismo. Jesús mismo lo expresó así: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mr 15:34)*.

Y nosotros también nos preguntamos por qué Jesús fue desamparado de ese modo, por qué las tinieblas le separaron de su Padre. Todo indicaba la solemnidad de este momento, cuando Dios mismo estaba juzgando el pecado de la humanidad y cargando su culpabilidad sobre su propio Hijo. Pablo lo expresó de esta manera:

(2 Co 5:21) *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”*

Si el resultado del pecado es la separación de Dios, al cargar con la culpabilidad de nuestros pecados en la cruz, Dios tuvo que apartarse de su Hijo y exponerlo a su ira y juicios divinos.

(Is 59:2) *“Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.”*

Las tinieblas nos enseñan la profunda gravedad del pecado a los ojos de Dios. Es como si hasta el mismo universo entendiera esto y se vistiera de luto, sumido en oscuridad, para no presenciar aquella escena tan dramática.

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

De entre las tinieblas brotó este grito de desamparo de Jesús, que a su vez se hacía eco de una cita del Salmo 22 en la que se describían gráficamente los sufrimientos internos del Mesías en su agonía.

(Sal 22:1-2) “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamo de día, y no respondes; y de noche, y no hay para mí reposo.”

Aquí se describe la ruptura entre el Padre y el Hijo, lo que constituye un misterio imposible de explicar. Cristo era Dios, y como tal no podía haber ruptura dentro de la Trinidad. Pero también era hombre, y en esa condición sí podría sufrir la separación con Dios. Sin embargo, él era un hombre perfecto, y por lo tanto, tampoco había ninguna razón para que esta ruptura se produjera.

Pero como ya hemos comentado anteriormente, la razón de esta separación la encontramos en el hecho de que él estaba en ese momento ocupando el lugar del pecador (**2 Co 5:21**). No quiere decir que se hizo pecador por nosotros, sino que se presentó como ofrenda por nuestro pecado. Difícilmente podemos imaginarnos lo que tuvo que significar para el Santo Hijo de Dios ser colocado bajo el peso de la culpa correspondiente al pecado del mundo.

Sin lugar a dudas, esta ruptura en la comunión entre el Padre y el Hijo fue el mayor dolor de la cruz. Por supuesto también sufrió por los terribles padecimientos físicos, y por el dolor que le produjo el hecho de ser abandonado por los suyos, pero nada de eso era comparable con la separación de su Padre. Para un alma tan sensible como la del Señor Jesucristo, este aislamiento debió significar una agonía extrema. Quizás nosotros no lo entendamos, puesto que desgraciadamente en muchos casos la ruptura de la comunión con Dios no la apreciamos como un problema muy grave. Pero para Cristo esta relación era vital.

Incluso podemos ver su dolor en la forma en la que se expresaba en su oración; por primera vez no usó la forma habitual con la que siempre oraba, tratando a Dios como su “Padre”, sino que le escuchamos dirigirse a él con estas palabras: *“Dios mío, Dios mío”*. Todo esto manifestaba que en esos momentos la relación fraternal que el Hijo había disfrutado con el Padre fue cambiada por una relación judicial, donde el Padre actuaba como el Juez divino, y el Hijo era quien se hacía cargo de pagar la culpabilidad del pecado de la humanidad.

Nos debe conmovir el hecho de que Dios estuviera dispuesto a sufrir de tal manera para llegar a salvarnos. En el desamparo de su Hijo debemos ver el amor de Dios hacia el mundo pecador.

(Jn 3:16) “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”

Como explicaba el mismo Salmo 22, para que todos los fieles de todos los tiempos disfrutaran del auxilio divino en sus aflicciones, el mismo Hijo de Dios tuvo que ser desamparado:

(Sal 22:4-8) “En ti esperaron nuestros padres; esperaron, y tú los libraste. Clamaron a ti, y fueron librados; confiaron en ti, y no fueron avergonzados. Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo. Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó a Jehová; libbrele él; sálvele, puesto que en él se complacía.”

Podemos decir que en la cruz Jesús hizo suyo y se identificó con el grito angustiado del mundo atormentado por la ausencia de Dios. Asumió así el clamor, el tormento, y todo el desamparo de la humanidad perdida y en tinieblas, para que ésta pudiera disfrutar de la luz de la presencia de Dios.

“Y algunos decían, al oírlo: Mirad, llama a Elías”

Los presentes no entendieron el sentido del grito de Jesús, y lo confundieron con una llamada al profeta Elías, puesto que en hebreo “*Dios mío*” suena de una forma parecida al nombre del profeta.

En cualquier caso, lo que queda claro es que aquellos que estaban presenciando la agonía de Jesús, no entendieron la gravedad e importancia de lo que estaba ocurriendo, y estaban dispuestos a hacer burla de cualquier detalle, algo que tristemente sigue ocurriendo en nuestros días.

¿Cómo pudieron pensar que Jesús estaba pidiendo ayuda al profeta Elías? Ellos sabían que Elías vendría antes que el Mesías, así que tal vez se estaban burlando de Jesús como si en sus aspiraciones mesiánicas estuviera reclamando la presencia de su precursor para que descendiera del cielo en el mismo carro de fuego en el que había partido y que le rescatara para demostrar que verdaderamente Jesús era el Mesías esperado. Lo cierto es que no sabemos qué era exactamente lo que querían decir, lo único seguro es que estaban ridiculizando y menospreciando una vez más a Jesús.

“Empapando una esponja en vinagre, le dio a beber”

Al comienzo de la crucifixión, los soldados habían ofrecido a Jesús vino mezclado con mirra, que era una bebida que servía para atenuar los insoportables dolores, pero él la rechazó puesto que había elegido asumir conscientemente todo el sufrimiento (**Mr 15:23**). Pero después de seis horas colgado en la cruz y bajo el sol abrasador del mediodía, Jesús gritó: “*Tengo sed*” (**Jn 19:28**). Fue entonces cuando le ofrecieron un vino agriado, muy común entre los pobres, que también se podía considerar vinagre y que se tenía como una bebida para calmar la sed.

Aquí nos encontramos de nuevo con esa compenetración exacta entre la profecía bíblica y los acontecimientos históricos. En esta ocasión es una escritura del Salmo 69 la que se cumple:

(Sal 69:20-21) “El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado. Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé. Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre.”

“Mas Jesús, dando una gran voz, expiró”

Marcos no explica lo que Jesús dijo cuando dio esta “*gran voz*”, pero podemos verlo en los otros evangelistas:

(Lc 23:46) *“Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró.”*

(Jn 19:30) *“Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.”*

Ya hemos explicado que la muerte sobrevinía a los crucificados por el agotamiento producido por la agonía prolongada, que en ocasiones podía llegar a durar días enteros. En esas condiciones no era normal que los ajusticiados pudieran dar una gran voz en el instante de morir. Así que esto fue algo que también impresionó al centurión romano que vigilaba la ejecución de Jesús (**Mr 15:39**).

De esto podemos sacar varias conclusiones. En primer lugar, no debemos entender esta “gran voz” como un lamento desgarrador de alguien que ha sido vencido, sino como la voz de triunfo de quien había consumado plenamente la Obra de la Redención. Y en segundo lugar, nos recuerda lo que Jesús había dicho anteriormente: *“Nadie me quita la vida, sino que yo de mí mismo la pongo”* (**Jn 10:18**). En su caso no fue la muerte la que se acercó a él, sino que fue él mismo quien salió al encuentro de la muerte.

“Entonces el velo del templo se rasgó en dos”

Mientras aquel grito todavía resonaba en el corazón de todos los presentes, en ese preciso momento en el que parecía que los principales sacerdotes habían triunfado desgarrando la vida de Jesús y destrozando las esperanzas de sus seguidores, en el templo sucedió algo asombroso: el enorme velo que separaba a Dios en el interior del Lugar Santísimo, se rasgó de arriba abajo. ¿Por qué ocurrió esto? ¿Qué significaba?

En primer lugar debemos notar que el velo se rasgó *“de arriba abajo”*, lo que indica que fue una acción divina. Esta fue la primera respuesta del Padre a la oración de su Hijo y la primera consecuencia de su muerte.

Podemos imaginarnos el terror que se apoderaría de los sacerdotes que en aquel momento estuvieran oficiando en el templo. ¡Ver abierto el Lugar Santísimo al que sólo el sumo sacerdote podía entrar una vez al año! Suponemos que los servicios quedarían parados inmediatamente hasta que el velo fuera restaurado nuevamente.

Es muy probable que pocas personas supieran esto en un primer momento, pero una noticia así rápidamente llegaría a circular ampliamente, ¿qué pensarían entonces de este hecho? ¿cómo lo interpretarían? ¿lo asociarían con la muerte de Jesús en la cruz y con los otros acontecimientos asombrosos que tuvieron lugar en aquel mismo día, como las tinieblas que cubrieron la tierra durante tres horas hasta la muerte de Jesús?

No sabemos cómo interpretaron ellos todos estos hechos, pero los primeros cristianos entendieron rápidamente su significado. Lo más evidente, como explica detalladamente el autor de Hebreos, es que el camino hasta el Lugar Santísimo, que hasta ese momento permanecía cerrado, había quedado abierto para todos por la muerte del Señor Jesucristo, y nunca más volvería a estar cerrado (**He 10:19-22**). Todos los hombres que lo deseen pueden ahora acercarse a Dios con confianza gracias a Cristo. Todas las barreras entre el hombre y Dios han desaparecido.

¡Todo esto es asombroso! Después de que la humanidad mató al Hijo de Dios, lo lógico habría sido que Dios hubiera tomado algún tipo de represalia contra ella. Con toda justicia podría habernos abandonado a nuestra suerte, nos podría haber dejado para que cosecháramos el fruto de nuestro mal obrar y que pereciéramos en nuestros pecados. Esto es lo que merecíamos. Pero en lugar de eso Dios rasgó el velo del templo,

mostrándonos así que no estaba planeando la venganza, sino que en su infinito amor estaba abriendo su corazón para perdonar y recibir a todos los que lo deseen. Aquellos que en su odio crucificaron a Jesús, ahora se les da la bienvenida para que regresen a él, dándoles la posibilidad de arrepentirse. Sólo un corazón duro como una piedra, puede permanecer inmovible ante un amor como este. De hecho, es más que amor. El nombre que la Biblia le da es “*gracia*”, amor manifestado hacia el que no lo merece.

En otro sentido también podemos pensar que por medio de este velo rasgado, Dios estaba manifestando su abandono de aquel templo. ¿Cómo podría seguir dentro de aquel centro religioso que odiaba a su Hijo? Aquel lugar había dejado de contar con la presencia de Dios. Allí ya no quedaba nada de vida. Y puesto que había perdido definitivamente su razón de existir, no tardaría en ser destruido tal como Jesús había anunciado (**Mr 13:1-2**).

Y no sólo el templo desaparecería, también el sacerdocio levítico que estaba asociado a él perdería su razón de ser. Por un lado, el sumo sacerdote descendiente de Aarón sería sustituido a partir de ese momento por Cristo, nuestro Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec, que intercede por nosotros en el cielo. La epístola a los Hebreos se encarga de explicar ampliamente la superioridad de Cristo en este sentido (**He 6:19-8:13**). Pero no sólo el sumo sacerdote sería sustituido, también todos los sacerdotes del orden levítico desaparecerían para dar lugar al sacerdocio universal de todo creyente:

(1 P 2:9) *“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.”*

(Ap 1:6) *“Y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.”*

Debemos señalar que este cambio se produjo paulatinamente. Al comienzo del libro de los Hechos vemos que los apóstoles y los primeros cristianos todavía se reunían en el templo, pero poco a poco se fueron distanciando de él debido a la persecución de los líderes religiosos de Israel contra los cristianos. Sin lugar a dudas, esta lenta transición fue algo muy sabio de parte de Dios, aunque finalmente el hecho de que el velo del templo se hubiera rasgado simbolizaba con claridad la abolición del antiguo pacto, y tarde o temprano tendría que desaparecer por completo, algo que ocurrió de forma definitiva en el año 70 d.C. cuando los romanos destruyeron el templo y la ciudad.

Pero además del templo y el sacerdocio, también los mismos sacrificios del orden levítico se habían acabado. Todos ellos eran símbolos y tipos que apuntaban al sacrificio que Cristo acababa de realizar, por lo tanto, ya no era necesario seguir ofreciéndolos.

Por último, es interesante que consideremos también la interpretación que el autor de Hebreos hace de este incidente. Veamos la cita:

(He 10:19-20) *“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne...”*

Nos está diciendo que debemos interpretar el velo del templo como una figura o símbolo del cuerpo humano de nuestro Señor Jesucristo. El velo en el templo escondía la presencia de Dios, aunque al mismo tiempo, por medio de vivos colores y querubines simbólicos, daba una idea del Dios que moraba al otro lado dentro del Lugar Santísimo. Y de la misma manera, podemos decir que en el Señor Jesucristo habitaba toda la plenitud de la deidad (**Col 2:9**), aunque de alguna manera quedaba velada por medio de su humanidad, aunque al mismo tiempo, su perfecta humanidad mostraba la belleza del Dios eterno. Ahora bien, ¿de qué manera la naturaleza humana de Jesús nos separa de Dios?

El hecho es que su perfección pone en evidencia nuestras imperfecciones y pecados, que son precisamente el problema por el que estamos separados de Dios. Pero cuando en el Gólgota él se entregó por nuestros pecados, su sacrificio fue aceptado por Dios, debido a su santidad perfecta y al valor de su vida. A partir de ese momento, quedó abierto un “camino nuevo y vivo” a través de Cristo.

“El centurión dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”

Marcos dirige ahora nuestra atención hacia otro de los personajes presentes en la crucifixión de Jesús: el centurión encargado de la cuadrilla de ejecución.

Suponemos que en un principio él no tuvo ningún interés en Jesús, sino que lo único que hacía era cumplir con su deber de manera rutinaria. Desconocemos cuánto sabía del conflicto que los principales sacerdotes tenían con Jesús, o de las cuestiones religiosas que les había llevado a acusarle ante Pilato. Y quizás él mismo había participado en las burlas que los soldados romanos habían hecho al Señor antes de llevarle para ser crucificado (**Mr 15:16-20**).

Pero lo cierto era que en aquella ejecución habían ocurrido cosas que no eran habituales, lo que tuvo que avivar el interés del centurión por saber algo más acerca de Jesús. Las densas tinieblas a la hora del mediodía, o la afluencia inusual de gente durante esa crucifixión, junto con los insultos que hacían y el dominio propio con el que Jesús los recibía, o las conversaciones de los otros ladrones con Jesús, y aun la forma en que murió exclamando a gran voz, imaginamos que todo esto no pudo dejar indiferente ni aun a este endurecido soldado.

Seguramente habría asistido a la crucifixión de peligrosos criminales, de ordinarios homicidas, revolucionarios políticos y un sinnúmero de gente diversa, pero en Jesús había visto una perfección moral que nunca antes había conocido en esas circunstancias cuando los seres humanos son puestos en la peor de las condiciones: cara a cara con la muerte.

Finalmente el centurión confesó que “*verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*”. Surge la duda acerca de lo que realmente quiso decir. Lo más razonable es suponer que había visto en Jesús algo sobrenatural y divino. Que a pesar de la humillante muerte que había tenido, ese crucificado era mucho más de lo que la gente en general pensaba. Que se había cometido un funesto error al crucificar a alguien que era justo (**Lc 23:47**). Que Jesús no era lo que sus enfurecidos enemigos habían estado diciendo contra él durante toda la crucifixión. Aunque también pudiera ser cierto que en ese momento no llegara a entender el concepto de la plena divinidad de Cristo como nosotros, puesto que probablemente él tendría una formación pagana.

“Había algunas mujeres mirando de lejos”

Jesús murió solo, en la ausencia de sus discípulos y en el silencio del Padre. Sólo estaban allí, mirando desde lejos, unas mujeres que lo habían acompañado desde Galilea, ayudándole con sus bienes y su trabajo. En estos momentos nada podían hacer por el Señor, pero seguían demostrando su amor y devoción con su simple presencia.

En cualquier caso, no podemos imaginarnos una escena más desgarradora. Parecía que una vez más habían ganado los de siempre, los poderosos, y que seguirían manteniendo sus privilegios como si nada hubiera pasado. Una vez más todas las esperanzas de un

auténtico cambio en este mundo se habían desvanecido. Podemos ver esta desolación en los comentarios que más tarde hicieron los dos que iban camino de Emaús: *“nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora...”* (Lc 24:21).

Pero Marcos no nos introduce a estas mujeres aquí por casualidad. Ellas van a estar presentes a lo largo del próximo capítulo y serán el eslabón entre la muerte de Cristo y su resurrección. Ellas que habían seguido a Jesús a lo largo de su vida, lo harían también después de su muerte, llegando a ser los primeros testigos de su resurrección. Sin duda, un hermoso reconocimiento a la sensibilidad espiritual de las mujeres.

Pero era necesario que para que su testimonio fuera válido, estuvieran presentes en la muerte, sepultura y resurrección de Jesús, algo que el evangelista se propone demostrarnos a continuación (Mr 15:40) (Mr 15:47) (Mr 16:9).

¿Quiénes eran estas mujeres?

- María Magdalena, a quien el Señor había librado de posesión demoníaca (Lc 8:2).
- María, madre de Jacobo llamado el menor y de José, bien conocidos en la iglesia primitiva.
- Salomé, a quien quizá se le puede identificar como la esposa de Zebedeo (Mt 27:56) y madre de Jacobo y Juan.

El rechazo a la cruz de Cristo

Nuestras consideraciones a lo largo de este estudio nos han dado una idea del por qué la crucifixión se veía con auténtico horror en el mundo antiguo. Por ejemplo, los romanos nunca la aplicarían a un ciudadano romano, sino sólo a los esclavos, extranjeros, o cualquiera que ellos consideraran indigno de ser tenido por persona. En cuanto a los judíos, ellos interpretaban que una persona que moría colgada en un madero estaba bajo la maldición de Dios (Dt 21:22-23).

Por estas razones, cuando Pablo predicaba que el Mesías de Dios había muerto en una cruz, inmediatamente despertaba las actitudes más despectivas.

(1 Co 1:23) “Nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura”

¿Cómo podría una persona en su sano juicio adorar a un hombre que había sido condenado como criminal, y sometido a la forma más humillante de ejecución? ¿Cómo podía el Mesías haber muerto sometido a la maldición de Dios?

Y el rechazo que la cruz despertaba en el mundo antiguo sigue siendo el mismo en nuestros días. Consideremos brevemente algunas de las razones.

I. Revela la gravedad de nuestros pecados

Si Cristo murió en la Cruz para pagar la culpa que nosotros merecíamos, y si Dios mismo no encontró ningún otro modo de perdonar con justicia al pecador, salvo ofreciendo a su propio Hijo como ofrenda por el pecado, entonces tenemos que admitir que nuestros pecados eran extremadamente horribles y nuestra condición ante Dios muy grave.

Evidentemente ningún hombre quiere verse de esta manera, y normalmente intentamos crear una imagen de nosotros mismos mucho más positiva. Esta es una de las razones por las que el hombre rechaza la cruz, ya que nos hace sentir vergüenza por lo que somos. Nos obliga a humillarnos y confesar que hemos pecado y que no merecemos otra cosa que el juicio. Nuestro orgullo se revela con fuerza contra esto.

2. Hierde nuestro orgullo

La cruz nos revela que la salvación provista por Cristo tiene que ser recibida como un regalo gratuito, sin que nosotros podamos pagarla o hacer algo para ganarla. Las últimas palabras de Cristo fueron *“Consumado es”* (Jn 19:30). Con esto declaró que ya no había nada más que se pudiera agregar. Esta es otra razón por la que las personas rechazan la cruz. Les parece inconcebible que no puedan ganarse su propia salvación, ni siquiera colaborar para obtenerla. Ante la cruz somos tratados como inválidos incapaces por nosotros mismos de salvarnos, y a nuestro soberbio ego no le gusta verse humillado de esta manera ante la cruz.

Hasta el día de hoy no hay nada que excluya a la gente del reino de Dios más que el orgullo. El evangelio nos desnuda totalmente (no tenemos vestiduras en las cuales presentarnos delante de Dios), y nos declara en bancarrota (no tenemos moneda alguna con la cual podamos comprar el favor del cielo).

3. Excluye cualquier otro medio de salvación

En el mundo antiguo donde el evangelio se predicó por primera vez, había muchas religiones politeístas, y muchos de los que escucharon hablar de Jesucristo se mostraron dispuestos a aceptarlo como una divinidad más a quien adorar entre otras muchas. Pero el problema surgió cuando los apóstoles y misioneros insistían en sostener la singularidad y el carácter único de Jesucristo y su obra en la cruz.

Por supuesto, los tiempos han cambiado, y todas aquellas antiguas divinidades paganas han quedado en el olvido, pero sin embargo, la gente sigue prefiriendo el pluralismo religioso, y cada vez se persigue más los comentarios despectivos hacia cualquier religión. Muchos abogan por la fórmula del ecumenismo y otros por el sincretismo religioso. En este ambiente, la exclusividad del evangelio de Jesucristo sigue despertando un fuerte rechazo.

Y no sólo por el hecho de que se predique que el Dios cristiano es el único verdadero, sino también porque se afirma que la obra realizada por su Hijo en la Cruz es el único medio de salvación para toda la humanidad.

(1 Ti 2:5-6) “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos...”

Esta afirmación de exclusividad produce un fuerte rechazo. Muchos la consideran insoportablemente intolerante. No obstante, la afirmación de la verdad nos obliga a sostenerlo, por grande que sea la ofensa que ocasione.

Conclusión

Los cristianos no nos avergonzamos de presentar a Cristo crucificado. Pablo mismo lo expresó con rotundidad: *“Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”* (Ga 6:14). Nosotros sabemos que Jesús no merecía la maldición de Dios, sino que era nuestra propia maldición la que él estaba llevando sobre la cruz (Ga 3:13). Y es por esta razón que el recuerdo del amor de Dios expresado en la cruz nos constriñe para vivir diariamente para Cristo (2 Co 5:14-15).

Preguntas

1. ¿Qué profecías del Antiguo Testamento se cumplieron durante la crucifixión de Jesús? Transcriba los versículos correspondientes.
2. ¿Cuáles fueron las injurias que Jesús recibió mientras estaba en la cruz? Explique con sus propias palabras su significado e implicaciones.
3. Explique el significado de las tinieblas que cubrieron toda la tierra durante las últimas horas de la crucifixión y también la exclamación de Jesús: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”*.
4. ¿Qué importancia tiene el hecho de que el velo del templo se rasgara de arriba abajo cuando Jesús murió?
5. ¿Por qué razones era rechazada la predicación de la cruz de Cristo en el mundo antiguo? ¿Y en nuestro tiempo?

Jesús es sepultado - Marcos 15:42-47

(Mr 15:42-47) *“Cuando llegó la noche, porque era la preparación, es decir, la víspera del día de reposo, José de Arimatea, miembro noble del concilio, que también esperaba el reino de Dios, vino y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto; y haciendo venir al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. E informado por el centurión, dio el cuerpo a José, el cual compró una sábana, y quitándolo, lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una peña, e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro. Y María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían.”*

Introducción

El relato subraya la realidad de la muerte de Jesús. Cuando Pablo resumió el mensaje del Evangelio lo hizo de esta forma: *“Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y fue sepultado, y resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Co 15:3-4)*. ¿Por qué hizo el apóstol una mención especial a la sepultura? ¿Qué parte tenía en la Obra de la redención? No debemos olvidar que de la muerte de nuestro Señor Jesucristo dependen las esperanzas de todos los pecadores redimidos, por lo tanto, no debe sorprendernos ver el empeño con que los evangelistas establecen cuidadosamente la realidad de este hecho histórico. Y la sepultura fue una parte importante de todo este proceso.

Los testigos de la muerte de Jesús que Marcos menciona son los siguientes:

- El centurión romano que estaba cerca de la cruz y le vio morir.
- Las mujeres que siguieron a nuestro Señor desde Galilea hasta Jerusalén, y que le vieron morir en la cruz y también cómo lo colocaban en el sepulcro.
- Y José de Arimatea, que recogió su cuerpo muerto y le dio sepultura.

En cualquier caso, el funeral del Señor Jesucristo se llevó a cabo con mucha urgencia y en la intimidad de unos pocos discípulos. Tristemente no guardaba relación con la dignidad de quién era él.

“Cuando llegó la noche, porque era la preparación”

Jesús murió en la *“hora novena”* (las tres de la tarde), después de haber sufrido la crucifixión durante seis horas. Entonces la lucha había acabado y la obra que el Padre le había encomendado había sido consumada. Pero el cuerpo de Jesús todavía estaba en la cruz. Para entonces, la mayoría de la gente se habría ido del lugar, quedando sólo unas pocas mujeres y los soldados romanos que tendrían que permanecer allí hasta certificar la muerte de todos los reos. No sabemos cuánto tiempo pasó Jesús en la cruz después de morir y antes de que fuera retirado para ser sepultado.

Marcos nos dice que *“era la preparación, es decir, la víspera del día de reposo”*. Esto quiere decir que Jesús fue crucificado en viernes, por lo que al día siguiente era sábado o día de reposo, en el cual no se podría hacer ningún tipo de trabajo. Además, ese día de reposo era de *“gran solemnidad” (Jn 19:31)*, puesto que coincidía con la semana en la que se celebraba la pascua judía.

Los judíos interpretaban que el día comenzaba a la seis de la tarde del día anterior (según nuestra forma de contar la horas en la actualidad). Por lo tanto, si Jesús murió a las tres de la tarde, sólo quedaba un margen de tres horas hasta que comenzara el día de reposo. Marcos añade que ya había llegado la noche, y aunque esto no nos permite saber la hora exacta, parece indicarnos que el tiempo para sepultar a Jesús se estaba acabando.

Por otro lado, dada la solemnidad del día de reposo que estaba a punto de comenzar, los judíos ya habían empezado a hacer gestiones ante Pilato para que los cuerpos fueran quitados de la cruz (**Jn 19:31**). Seguramente tenían en mente el mandamiento de la ley: *“Si alguno hubiere cometido algún crimen digno de muerte, y lo hicieréis morir, y lo colgareis en un madero, no dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterrarás el mismo día”* (**Dt 21:22-23**). Ya hemos visto que los judíos no tuvieron ningún inconveniente en condenar a un inocente, pero luego fueron tremendamente escrupulosos en el cumplimiento de estos otros detalles.

Así que los mismos dirigentes judíos pidieron a Pilato que se quebrase las piernas de los reos. Esta práctica de fracturar las piernas por medio de un garrote o martillo, tenía como propósito acelerar la muerte, dado que las piernas ya no podrían soportar el peso del cuerpo, que a partir de ese momento sería sostenido únicamente por los clavos de las manos, creando una enorme presión sobre el pecho lo que dificultaba la respiración. Todo esto era un tormento inimaginable, pero producía una muerte rápida. Además, para mayor seguridad, siempre se añadía un golpe de gracia con una espada o lanza, que inmediatamente ponía fin a lo que quedara de vida. Como sabemos por el evangelio de Juan, quebraron las piernas a los dos ladrones que fueron crucificados con Jesús, pero a él sólo le traspasaron el pecho con una lanza. Esto también sirvió para que se cumpliera la Escritura (**Jn 19:32-37**) (**Ex 12:46**) (**Nm 9:12**) (**Sal 34:20**) (**Zac 12:10**).

Ahora bien, ¿qué harían con los cuerpos de los muertos? Lo más probable es que los arrojaran en alguna fosa común, o que fueran tirados allí mismo en el Gólgota para que fueran comidos por las fieras. No olvidemos que Marcos nos ha explicado que el nombre de ese monte significa *“lugar de la Calavera”* (**Mr 15:22**), lo que quizás se debía al hecho de que el lugar estaba sembrado de calaveras de aquellos que habían sido crucificados allí y de los que nadie se había hecho cargo.

Pero si algo de esto se hubiera hecho con el cuerpo de Jesús, habría sido un verdadero problema para demostrar la autenticidad de su resurrección. Por otro lado, recordemos que apenas quedaban tres horas para que comenzara el día de reposo, ¿quién podría en tan poco tiempo hacer los arreglos necesarios para sepultar dignamente a Jesús? ¿Y dónde encontrar un sepulcro con tan poco tiempo?

“José de Arimatea pidió a Pilato el cuerpo de Jesús”

En cierto sentido, podemos imaginarnos por qué muchos de los ejecutados quedaban en aquel lugar sin enterrar, ya que resultaría comprometido, y hasta humillante, hacerse cargo del cuerpo de alguien que había sido ejecutado bajo la acusación de sedición contra Roma. Seguramente se exponía a tener que contestar muchas preguntas incómodas sobre su relación con el crucificado. Además, en el caso concreto de Jesús, implicaría ser señalado inmediatamente por las autoridades judías.

En esas circunstancias, no era probable que alguno de los discípulos tuviera el valor de pedir formalmente el cuerpo de Jesús para enterrarlo, una vez que todos ellos habían huido unas horas antes cuando se apoderó de ellos el temor al ver cómo arrestaban a su Señor. Por otro lado, ellos eran galileos, lo que reduciría considerablemente sus posibilidades en Jerusalén para encontrar en tan poco tiempo un sepulcro para el cuerpo

de Jesús. Además, debería ser un sepulcro nuevo, porque la tradición judía dictaba que alguien que había muerto bajo la maldición de Dios, debía ser enterrado fuera de la ciudad y que sus restos no se podían mezclar con los de los santos de Israel. Pero encontrar un sepulcro nuevo, aun complicaba más las cosas dado el poco tiempo que quedaba.

Pero justo en ese momento, cuando todo indicaba que Jesús se quedaría sin ser sepultado dignamente, y ante la sorpresa de todos, apareció en la escena un hombre llamado José de Arimatea, que con una valentía y diligencia admirables, se hizo cargo de todo lo relacionado con la sepultura de Jesús. Hasta ahora no habíamos sabido nada de él, pero por medio de unas pocas pinceladas, Marcos nos muestra que era la persona indicada para prestar el último servicio al Señor antes de su resurrección y ascensión.

Por un lado se nos dice que José de Arimatea era *“miembro noble del concilio”*, lo que en esas condiciones era muy importante por varias razones. Primero, porque siendo miembro del Sanedrín podía hacer una solicitud formal ante Pilato y ser atendido con rapidez, algo muy importante dado el poco tiempo que quedaba. Y en segundo lugar, y más importante aun, disponía de un sepulcro nuevo muy cerca del lugar en donde Jesús había sido crucificado, lo que permitiría llevar a cabo la sepultura con mucha rapidez. Veamos cómo Juan explica los detalles de esta maravillosa providencia:

(Jn 19:41-42) *“Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. Allí, pues, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.”*

Ahora bien, una vez que hemos visto cómo Dios arregló todos los detalles para que su Hijo fuera sepultado dignamente, nos surgen otras preguntas acerca de José de Arimatea. Por ejemplo, si era miembro del Sanedrín, ¿por qué no hemos sabido antes de él, ni le hemos visto oponerse a la decisión tomada de crucificar a Jesús?

Tal vez debamos intentar ver el progreso espiritual que siguió este hombre a partir de la información que nos suministran los otros evangelios, para así no ser excesivamente críticos con él.

- Por ejemplo, Lucas nos dice que él no había aprobado la decisión del Sanedrín (**Lc 23:51**). José de Arimatea era un miembro más del Concilio, con una influencia limitada.
- Aunque probablemente en esos momentos su identificación con Jesús era todavía muy tímida. Juan nos dice *“que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos”* (**Jn 19:38**).
- Sin embargo, la muerte de Cristo tuvo un impacto muy fuerte en su conciencia, e inmediatamente se convirtió en el primer discípulo en identificarse públicamente con el Crucificado. Quizá porque comprendió que si quería librarse de cualquier implicación en el asesinato judicial de Cristo, había de distanciarse públicamente de la decisión del Sanedrín.
- Y tal vez le debamos también mucha de la información que los evangelios recogen de las reuniones secretas del Sanedrín durante la noche en la que Jesús fue juzgado.

La aparición en este momento de este discípulo secreto, del que poco o nada sabíamos hasta ahora, y que además era miembro del Sanedrín, nos hace pensar que el Señor tiene seguidores en este mundo que no conocemos, y que se encuentran incluso en lugares en donde nunca habríamos imaginado. Algunas veces podemos sentirnos un

poco solos en este mundo, pero es entonces cuando tenemos que recordar las palabras que Dios le dirigió a Elías cuando le informó de que no estaba solo, sino que había todavía en Israel siete mil cuyas rodillas no se habían doblado ante Baal, ni sus bocas lo habían besado (**1 R 19:18**).

José de Arimatea y el centurión romano que custodio a Jesús durante su crucifixión, fueron los primeros a quienes la cruz les atrajo poderosamente hacia Cristo. Con esto se empezaban a hacer realidad las palabras que el Señor había dicho:

(Jn 12:32) *“Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.”*

Un detalle interesante acerca de José de Arimatea y del que nos informa Marcos, es que él *“esperaba el reino de Dios”*. Esto nos lleva a preguntarnos ¿qué pensaría en esos momentos? ¿Creería que todo se había perdido? No olvidemos que José era un judío piadoso que esperaba lo que el Antiguo Testamento había prometido acerca de la venida de un Mesías que inauguraría el Reino de Dios en este mundo con poder. Pero el hecho de que Jesús hubiera muerto de esa manera en una cruz, rechazado por su propio pueblo y gobernantes, tuvo que hacerle pensar que Jesús no era realmente el Mesías esperado, y que por lo tanto, el Sanedrín había hecho bien en pedir su ejecución por impostor. Sin embargo, lo que ocurrió fue justo lo contrario. Como decíamos, la cruz aclaró sus pensamientos y le atrajo poderosamente hacia Jesús. En esos momentos percibió con claridad que quien estaba siendo crucificado allí era realmente el *“Rey de los judíos”*. Algo similar le ocurrió también a uno de los ladrones que estaba crucificado con Jesús y que en esas circunstancias le hizo una sorprendente petición: *“Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”* (**Lc 23:42**). Humanamente hablando es incomprensible que un hombre ejecutado de forma tan vergonzosa y en medio de una debilidad tan evidente, pueda despertar tales pensamientos en las personas hasta el punto de creer que pueda ser un Rey. Pero estos hechos confirman lo que Pablo diría años después: *“La palabra de la cruz es poder de Dios”* (**1 Co 1:18**). Sin duda, deberíamos predicar mucho más acerca de la Cruz con todo lo que ella implica.

José de Arimatea entendió que su fe en Jesús le debía llevar a actuar, así que con una valentía que sólo Dios puede proporcionar, fue hasta Pilato y se distanció de la posición del resto del Sanedrín que horas antes habían solicitado la muerte de Jesús. Sin duda fue una especie de protesta contra la injusticia que se había cometido al condenar a un inocente. Pero al mismo tiempo, estaba también confesando su fe en la veracidad de las pretensiones de Jesús de ser verdaderamente el Mesías y su confianza en que tal como había prometido, regresaría desde la diestra del poder de Dios para establecer su reino (**Mr 14:62**). Y nosotros deberíamos seguir su ejemplo y dejar clara nuestra posición en relación con las pretensiones de Cristo en el mundo en el que nos ha tocado vivir.

“Pilato, informado por el centurión, dio el cuerpo a José”

Cuando José de Arimatea pidió el cuerpo de Jesús, Pilato se sorprendió de que hubiera muerto tan pronto. No hemos de olvidar que sucedía con frecuencia que los crucificados tardaban días en morir, y que en este caso sólo habían pasado seis horas. Para cerciorarse, Pilato pidió que el centurión lo certificara mediante un informe oficial.

El centurión y los soldados que le asistían comprobaron que Cristo ya estaba muerto, sin embargo, para asegurarse totalmente, uno de ellos atravesó su costado con una lanza, produciéndole una herida tan profunda que Tomás podría haber metido después su mano en el costado de Jesús (**Jn 19:33-35**) (**Jn 20:27**).

El hecho de que el gobernador romano fuera tan estricto en su investigación fue algo providencial, puesto que quedó fuera de toda duda que Jesús había muerto realmente. A partir de aquí nadie puede argumentar que Jesús fue colocado en el sepulcro cuando todavía estaba vivo y que después logró reanimarse con el frescor de la tumba. Los que sostienen esta postura tienen que ignorar el certificado de muerte que emitió el centurión romano, además de las heridas mortales que Jesús había sufrido.

“Lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro”

Una vez que José de Arimatea recibió el permiso de Pilato para hacerse cargo del cuerpo de Jesús, fue hasta la cruz con una sábana que había comprado y colocó el cuerpo de Jesús en ella. En este momento es muy probable que los mismos soldados romanos ya hubieran bajado a los reos de la cruz, arrancando sus clavos y colocando los cuerpos sobre el suelo.

El evangelio de Juan nos informa que en este proceso fue ayudado por otro miembro noble del Sanedrín llamado Nicodemo (**Jn 19:39-40**). Como comentábamos antes, estos dos destacados personajes de la clase dirigente de Israel hicieron lo que habría sido imposible para los once. Pero de esta forma dieron también cumplimiento con total exactitud a la profecía de Isaías:

(Is 53:9) “Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte.”

Sin lugar a dudas, Dios estaba dirigiendo todo lo que ocurría. Podemos imaginarnos lo que habría ocurrido si el cuerpo de Jesús hubiera sido arrojado en una fosa común junto a otros cuerpos. En ese caso habría sido imposible verificar su resurrección, pero una tumba vacía sí que servía como una evidencia clara de la resurrección.

Así que entre estos dos hombres trasladaron el cuerpo de Jesús envuelto en una sábana hasta *“un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno”* (**Jn 19:41**), y que se hallaba excavado en la roca en un huerto cercano. Por supuesto, tuvieron que actuar con mucha diligencia, y en poco tiempo preparar el cuerpo antes de dejarlo en la tumba. Suponemos que primero lo lavarían para después envolverlo en los lienzos con especias aromáticas, tal como era la costumbre sepultar entre los judíos. Utilizarían para ello el compuesto de mirra y de áloes que había traído Nicodemo (**Jn 19:40**). Al mezclar los lienzos con este compuesto, y rodear el cuerpo de Jesús, éstos quedaban pegados formando una momia. Para hacernos una idea podemos recordar el caso de Lázaro, al que resucitó Jesús (**Jn 11:44**).

En este punto muchos se preguntan dónde está la tumba donde fue colocado el cuerpo de Jesús. Y aunque no creemos que se trate de un detalle importante, los investigadores sugieren en la actualidad dos posibles emplazamientos. Sobre uno de ellos está edificada una iglesia, y el otro se encuentra fuera de la muralla de la ciudad. Aunque muy probablemente Jesús no fue sepultado en ninguno de los dos sitios. No olvidemos que la ciudad fue destruida completamente por el general Tito en el año 70 d.C., y que además, Dios no tenía ningún interés en que la tumba permaneciese intacta, porque muchas personas la habrían convertido en un objeto de culto, como de hecho así ha ocurrido. No olvidemos que después de todo, no hay ningún valor en la tumba en la que Jesús fue sepultado, sino en Aquel que venció la muerte y se ha sentado a la diestra de la Majestad en el cielo. En él debemos concentrar nuestra atención.

“Hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro”

Una vez que José de Arimatea y Nicodemo terminaron de preparar el cuerpo de Jesús, hicieron rodar una gran piedra hasta la entrada del sepulcro, cerrando su entrada. Esta piedra estaría en una canaleta con un pequeño desnivel de modo que resultara fácil colocarla en su lugar con sólo empujarla un poco.

Pero mientras todo esto ocurría, los demás miembros del Sanedrín se dieron cuenta de que habían perdido el control sobre la situación y temieron que los discípulos de Jesús se pudieran reorganizar con la ayuda de José y Nicodemo, hasta el punto de robar el cuerpo de Jesús y fingir su resurrección. Así que con toda diligencia, al día siguiente volvieron a presentarse ante Pilato para solicitase que asegurase la tumba por medio de una guardia (**Mt 27:62-66**). De esta manera, los líderes judíos, junto con una guardia romana, se hicieron cargo del sepulcro donde Jesús había sido colocado. Lo primero que harían al llegar sería comprobar que el cuerpo de Jesús estaba dentro, para lo que tendrían que abrir nuevamente el sepulcro. Luego lo cerraron, pusieron un sello que certificaba la autenticidad de la tumba y colocaron una guardia romana que vigilara que nadie pudiera alterar la tumba en el transcurso de tres días, que era el plazo que Jesús había señalado para su resurrección.

“Y las mujeres miraban dónde lo ponían”

José de Arimatea y Nicodemo fueron seguidos y observados todo el tiempo por dos mujeres; *“María Magdalena y María madre de José”*. Ellas se mantuvieron siempre a cierta distancia porque no habría sido correcto de acuerdo a las costumbres judías que ellas se mezclaran con los dos miembros del Sanedrín.

¿Por qué hicieron esto? Bueno, Marcos nos va explicar inmediatamente que ellas también querían prodigar sus cuidados al cuerpo de su amado Salvador (**Mr 16:1**), así que era importante que estuvieran informadas de primera mano acerca del lugar donde había sido colocado. Y aunque tuvieron que esperar a que pasara el día de reposo, cuando se dirigieron al sepulcro sabían perfectamente dónde se encontraba. La razón por la que encontraron el sepulcro abierto y vacío no fue porque se habían equivocado del lugar, sino porque Jesús había resucitado.

Preguntas

1. ¿Por qué cree que era importante establecer la verdad acerca de la sepultura de Jesús?
2. ¿En qué formas aprecia la providencia de Dios en este pasaje? Razone su respuesta.
3. ¿Qué profecías del Antiguo Testamento se cumplieron durante la crucifixión de Jesús? Transcriba los versículos correspondientes.
4. ¿Qué sabe sobre José de Arimatea? ¿Cuál pudo haber sido su progreso espiritual?
5. ¿Qué evidencias hay de que Jesús realmente murió?

La resurrección - Marcos 16:1-13

(Mr 16:1-13) *“Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirle. Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol. Pero decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo. Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo. Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. Yendo ella, lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando. Ellos, cuando oyeron que vivía, y que había sido visto por ella, no lo creyeron. Pero después apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino, yendo al campo. Ellos fueron y lo hicieron saber a los otros; y ni aun a ellos creyeron.”*

¿Qué hacemos con la resurrección de Jesús?

Al enfrentarnos con los relatos de la resurrección de Jesús tenemos que decidir si se trata del hecho más glorioso que ha tenido lugar en la historia de la humanidad, o si por el contrario es un fraude colosal. Lo cierto es que no hay un punto intermedio en el que nos podamos detener.

Si Cristo ha resucitado de la forma en la que los evangelios lo describen, esto quiere decir que hay vida más allá de la muerte y que Jesús es el único que ha logrado salir victorioso de la tumba y traer así esperanza a una humanidad que sigue mirando con horror y temor a la muerte. En ese caso, ignorar la resurrección de Cristo nos dejaría sin otra alternativa que esperar el fin de nuestros días sobre este mundo sobreviviendo lo mejor que podamos.

En fuerte contraste con este pesimismo existencial, nos encontramos con aquel grupo de hombres y mujeres que vieron a Jesús después de que resucitó. La ilusión y pasión con la que proclamaban el milagro de la resurrección resultaba contagioso. ¿Se trataba simplemente de una mentira inventada con el fin de perpetuar la memoria de Jesús? Si sólo fuera eso, no podemos entender cómo es que la mayoría de ellos estuvieron dispuestos a morir por defender algo que sabían que era falso. Además, ¿de dónde sacaron la valentía y el poder para enfrentarse a los dirigentes judíos que unos días antes habían crucificado a su Maestro? Esto tampoco era normal, sobre todo si recordamos que desde el momento en que arrestaron a Jesús, todos ellos habían huido cobardemente y habían permanecido ocultos por miedo a los judíos (**Jn 20:19**). Sin lugar a dudas, algo milagroso había tenido lugar en esas personas. Y cuando consideramos que este pequeño grupo, sin grandes recursos intelectuales, económicos o políticos, transformaron el mundo sólo con la predicación de la resurrección de Cristo, todo esto nos obliga a pensar seriamente en lo que realmente ocurrió en aquel sepulcro a las afueras de Jerusalén hace ahora casi dos mil años.

La cuestión fundamental que tenemos que decidir cada uno de nosotros es si la resurrección de Cristo es cierta o falsa. Y si finalmente descubrimos que Cristo no resucitó, deberemos considerar el cristianismo como un gran fraude del que tendríamos que olvidarnos para siempre. El apóstol Pablo era consciente de esto y lo expresó de esta manera: *“Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe” (1 Co 15:14).*

Examinando la evidencia

Pero para tomar una decisión correcta acerca de la resurrección de Jesús, antes tendremos que examinar la evidencia histórica de la que disponemos.

Los documentos en los que se relata la resurrección de Cristo fueron escritos por los apóstoles y sus colaboradores. Ahora bien, ¿es fiable este testimonio escrito?

En el siglo XIX un buen número de críticos hicieron grandes esfuerzos con la intención de demostrar que los evangelios fueron escritos a mediados del siglo II d.C., es decir, unos cien años después de que los acontecimientos hubieran tenido lugar, cuando la verdad de los hechos había quedado gravemente distorsionada por la leyenda y la imaginación.

Sin embargo, los grandes avances que la investigación moderna ha realizado en la determinación de la fecha y paternidad de estos escritos ha aplastado estas teorías, estableciendo una fecha extraordinariamente cercana a los hechos, remontándose en algunos casos a la primera década de la era cristiana. Por lo tanto, podemos estar seguros de que fueron escritos cuando muchos de los testigos oculares de la resurrección de Cristo todavía estaban vivos. Veamos cómo lo expresa el apóstol Pablo en la carta que escribió a los corintios sobre el año 55 d.C.:

(1 Co 15:3-6) “Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen.”

Notamos que cuando Pablo escribió esta carta, muchos de los testigos de la resurrección todavía estaban vivos y se les podía consultar. Ahora bien, ¿cómo han respondido los críticos ante estas nuevas evidencias? Pues una vez que quedó demostrado que los documentos históricos fueron escritos por los testigos oculares de los hechos, volvieron a desarrollar nuevas teorías con la clara intención de negar la resurrección de Cristo.

- Algunos de ellos no ocultan sus prejuicios al acercarse a la historia, algo que claramente condiciona sus conclusiones. Se trata de personas que afirman que los milagros no existen, así que, puesto que la resurrección de Jesús es un milagro, necesariamente tiene que ser falsa y ahí acaba toda su investigación. Son gente de mente estrecha que se atreven a afirmar que no puede existir nada más que aquello que ellos pueden comprobar con sus sofisticados aparatos científicos. Nos parece que tal actitud es muy prepotente. Y además no tiene en cuenta que la resurrección de Jesús se trata de un hecho histórico que ocurrió hace siglos y que por lo tanto no puede ser verificado con ningún aparato tecnológico de última generación, sino que tiene que ser investigado sobre la base de principios históricos. El tipo de cuestiones que nos debemos plantear son por ejemplo si hay certeza de que los testigos realmente vieron a Jesús resucitado, si los documentos que describen los hechos son fiables...

- Otros evitan la cuestión argumentando que aunque los relatos son muy antiguos y auténticos, sin embargo, el propósito de sus autores no era transmitirnos hechos históricos, sino simplemente explicarnos algunas “verdades” espirituales por medio de símbolos. Así que nos dicen que no podemos fiarnos de todo lo que escribieron, porque muchas veces cuadraban sus relatos añadiendo otros detalles inventados por ellos mismos para conseguir el fin que se habían propuesto. Sin embargo, esto no se ajusta a lo que los propios evangelistas afirmaban cuando escribieron. Veamos por ejemplo lo que dice Lucas al comienzo de su evangelio:

(Lc 1:1-4) *“Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido.”*

La tumba vacía

Después de estas breves consideraciones previas, vamos a centrar nuestra atención en lo que el texto bíblico nos dice acerca de la resurrección de Jesús. Marcos comienza su relato con estas palabras: *“Cuando pasó el día de reposo...”*. Con un poco de imaginación fácilmente podremos entender que aquel sábado tuvo que ser el día más oscuro en toda la vida de los discípulos. Cuando en la tarde del viernes Jesús murió en la cruz, todas sus esperanzas y sueños se deshicieron. Ellos quedaron desanimados, tristes y también asustados. A partir de ese momento su mayor preocupación sería cómo volver nuevamente a la rutina de sus trabajos y ocupaciones, buscando la forma de llenar de alguna manera el enorme vacío que Jesús había dejado en sus corazones y mentes. Después de haber estado tres años junto al Señor, seguro que en esos momentos ninguno de ellos lograba pensar en el futuro con optimismo y alegría, sino todo lo contrario; la desesperación y la falta de significado les presionaban por todas partes.

Pero las mujeres enfocaban el asunto de una manera diferente que los hombres. Algunas de ellas, *“María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé”*, se habían puesto de acuerdo para ir al sepulcro para terminar los ritos funerarios y ungir el cuerpo de Jesús rindiéndole así su último homenaje de amor. Lucas nos dice que había también otras mujeres que fueron al sepulcro en esa mañana (**Lc 24:10**). Esto nos hace pensar que seguramente hubo varios grupos que fueron por separado con la intención de juntarse en el sepulcro.

Ahora bien, ¿qué ocurrió cuando llegaron allí? Pues para su sorpresa, encontraron que el sepulcro estaba vacío y también se les apareció un ángel que les informó de que Jesús había resucitado.

Por lo tanto, la primera evidencia de la resurrección de Jesús es esta tumba vacía. Así lo han interpretado los críticos, que de diversas maneras han intentado explicar este hecho sin aceptar su carácter sobrenatural. Veamos algunas de sus sugerencias:

I. Los discípulos robaron el cuerpo de Jesús

Esta teoría enfrenta varias dificultades. En primer lugar debemos recordar que los principales sacerdotes habían previsto que algo así podía ocurrir, puesto que ellos sabían que Jesús había anunciado que al tercer día iba a resucitar. Esto les llevó a pedir a Pilato que asegurase el sepulcro hasta entonces, a lo que el gobernador romano respondió facilitándoles una guardia para que ellos mismos organizaran el asunto (**Mt 27:62-66**). A

partir de ese momento la custodia del cuerpo de Jesús estaba a cargo de Roma y de las principales autoridades judías. Ahora bien, cuando Jesús resucitó y salió triunfante de la tumba, la guardia romana no pudo hacer nada para impedirlo, sino que se fueron de aquel lugar huyendo a toda prisa (**Mt 28:1-15**). Ellos fueron los primeros testigos de la resurrección de Jesús. Sin embargo, las autoridades judías compraron su silencio con una gran suma de dinero. Así que, si alguien les preguntaba, decían lo que los judíos les habían mandado: “*Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos*”. En cualquier caso, este argumento se cae por su propio peso: Si estaban dormidos, ¿cómo supieron que habían sido los discípulos quienes robaron el cuerpo de Jesús? ¿Cómo es posible que unos hombres pudieran retirar la gran piedra que tapaba la entrada del sepulcro sin que ninguno de los soldados escuchara nada? Y otro detalle aun más sorprendente, es que los supuestos ladrones se tomaron la molestia de quitar todos los vendajes del cuerpo de Jesús y dejarlos colocados allí mismo con todo cuidado (**Jn 20:6-7**). Nada de todo esto parece confirmar la teoría del robo.

Por otro lado, el robo de las tumbas o su violación era un delito, entonces ¿por qué las autoridades judías no presentaron una denuncia ante Pilato para que investigara el asunto y condenara a los discípulos? Estaba claro que ni a los líderes judíos, ni tampoco a la guardia romana, les convenía que se investigara este asunto, porque unos y otros tenían muchas cosas que ocultar.

Además, como ya hemos señalado, los discípulos habían quedado completamente abatidos después de la muerte de Jesús y estaban escondidos por temor a las autoridades judías. En esas condiciones, no era razonable pensar que intentaran robar el cuerpo de Jesús, arriesgando para ello sus vidas. Hay que tener en cuenta también que esto es completamente incompatible con su vida posterior de heroísmo y martirio. ¿Cómo puede ser que la mayoría de ellos murieran por predicar la resurrección de Jesús y que ni uno sólo llegara a retractarse o a confesar que habían sido ellos quienes habían robado el cuerpo de Jesús y que todo era una gran mentira?

2. Las mujeres se equivocaron de sepulcro

Este argumento tampoco es digno de ser tenido en cuenta. Recordemos que además de las mujeres, también los discípulos fueron hasta el sepulcro en aquella mañana (**Jn 20:1-10**). ¿Acaso se equivocaron todos los que fueron allí?

No debemos olvidar tampoco que las mujeres conocían bien el lugar donde Jesús había sido sepultado porque habían seguido a José de Arimatea y a Nicodemo, observando con mucho cuidado dónde lo colocaban (**Mr 15:47**).

Pero en cualquier caso, si esto hubiera sido así, cuando los discípulos comenzaron a predicar la resurrección de Jesús en Jerusalén, los dirigentes judíos podrían haberlo desmentido mostrando la tumba verdadera y el cuerpo. El ridículo para los discípulos habría sido mayúsculo y de esta manera sus opositores habrían logrado terminar con el movimiento cristiano cortándolo de raíz. Pero no hicieron nada de esto porque la tumba donde Jesús había sido sepultado quedó realmente vacía y era bien conocida por todos.

Conviene recordar también que son los críticos modernos quienes dudan de que la tumba en la que Jesús fue sepultado quedara realmente vacía, porque ninguno de los líderes judíos que vivieron en aquellos días se atrevió a negar este hecho.

3. Cristo no estaba muerto cuando lo sepultaron

Sugieren que fue sepultado vivo, tal vez desmayado, y que después se fue recuperando gradualmente hasta lograr salir de la tumba por sí mismo. Luego fue a buscar a sus discípulos y se presentó ante ellos haciéndoles creer que había vencido a la muerte.

Evidentemente, los defensores de esta teoría tratan al Señor Jesucristo como un mentiroso y le hacen culpable de un fraude que dura hasta nuestros días. Esto en sí mismo es injusto, pero también ignoran otros detalles importantes.

En primer lugar no tienen en cuenta que el centurión romano a cargo de la ejecución de Jesús certificó su muerte después de que un soldado romano traspasara su costado con una lanza (**Mr 15:43-45**) (**Jn 19:33-34**). José de Arimatea y Nicodemo también comprobaron que estaba muerto, porque de otra manera no habrían preparado su cuerpo para su estancia permanente en el sepulcro. Los soldados que fueron a custodiar el sepulcro, comprobaron previamente que Jesús estaba allí y que estaba realmente muerto.

Hay que tener en cuenta además que las heridas que Jesús había recibido eran demasiado graves como para pensar que pudiera sobrevivir. Recordemos los brutales azotes, todo el proceso de crucifixión al que fue sometido durante seis horas, sus manos y pies traspasados por los clavos y la lanza que traspasó su costado.

Pero supongamos por un momento que Cristo solamente había sufrido un desfallecimiento momentáneo. ¿Cómo es posible que después de tres días en un frío sepulcro, sin alimentos y sin atención médica pudiera reanimarse? ¿Cómo pudo liberarse de todos los lienzos que lo tenían inmovilizado? ¿Cómo pudo en esas condiciones mover desde dentro la gran piedra que cerraba el sepulcro cuando ni siquiera había podido llevar el madero hasta el Gólgota antes de ser crucificado? ¿Cómo pudo salir sin que ningún soldado romano se diera cuenta de ello y se lo impidiera? ¿Cómo logró en esas condiciones llegar hasta la ciudad y buscar a sus discípulos? ¿Cómo puede ser que en ese estado sus discípulos recibieran la impresión de que él era el Vencedor de la muerte y el Príncipe de la Vida?

¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?

La fe en la resurrección de Jesús no sólo ha encontrado oposición en tiempos recientes, sino que los mismos discípulos fueron los primeros en mostrar una enorme resistencia a creer en ella y sólo después de ver las evidencias por sí mismos y de encontrarse en repetidas ocasiones con el Señor Jesús resucitado, llegaron a creerlo.

Ignorando este hecho, algunos críticos han argumentado que los discípulos habían escuchado en tantas ocasiones las afirmaciones de Jesús en el sentido de que resucitaría de los muertos (**Mr 8:31**) (**Mr 9:31**) (**Mr 10:34**), que estaban completamente preparados psicológicamente para ver visiones y confundir la realidad.

Pero tristemente tenemos que admitir que ninguno de los discípulos tomó en serio las palabras de Jesús ni en cuanto a su muerte y mucho menos aun sobre su resurrección. Así que cuando las mujeres fueron a la ciudad para anunciar a los apóstoles que Jesús estaba vivo, la respuesta de ellos fue de incredulidad.

Y de igual manera, cuando las mujeres fueron al sepulcro en esa mañana, no fue para comprobar si Jesús había resucitado, sino para ungir el cuerpo de Jesús y despedirse definitivamente de él. Esto queda confirmado por la preocupación que llenaba sus mentes mientras se dirigían al sepulcro cargadas con sus especias: "*¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?*". Y su preocupación era razonable, puesto que como

Marcos nos aclara, la piedra era *“muy grande”*, y de hecho tenía que serlo para tapan por completo la apertura de aquel sepulcro que era como una cueva practicada en la roca.

Estos razonamientos de las mujeres nos dan a entender que tampoco sabían que una guardia de soldados romanos había sido colocada para custodiar el sepulcro, y que muy probablemente no les habrían dejado acceder a ungir el cuerpo de Jesús.

Por lo tanto, había dos grandes dificultades que iban a impedir que llevaran a cabo la obra de amor que se habían propuesto en sus corazones. Una de las dificultades la esperaban, mientras que la otra les era desconocida, pero en cualquier caso, Dios honró su devoción quitando ambas antes de que ellas llegaran.

Nos encontramos aquí con un ejemplo muy vívido de lo que muchas veces nos ocurre a los cristianos. Con frecuencia nos sentimos angustiados y abatidos pensando en dificultades por las que creemos que vamos a pasar, pero cuando llega el momento de la verdad, el Señor ya las ha quitado antes de que tengamos que pasar por ellas. Y hay que decir también que muchos de estos obstáculos nunca llegan a existir fuera de nuestra imaginación, por lo que todo sufrimiento anticipado resulta ser completamente inútil. En lugar de esto debemos confiar en el Señor, estando seguros de que si nos encontramos caminando en su voluntad, él se encargará de quitar cualquier obstáculo.

“Buscáis a Jesús nazareno... ha resucitado”

Las mujeres llegaron al sepulcro con la cabeza hundida en el pecho, se sentían desesperadas, sin ser capaces de vislumbrar ningún futuro. Pero todo iba a cambiar rápidamente.

Para empezar, nada más que llegaron al sepulcro observaron que la piedra de la entrada había sido removida. Se dieron cuenta así de que ellas no habían sido las primeras en llegar a la tumba en aquella mañana. Seguramente lo primero que pensaron es que alguien había profanado el sepulcro, lo que no haría sino añadirles más tristeza y dolor. Luego, cuando miraron dentro, vieron a un ángel que inmediatamente comenzó a hablar con ellas, algo que les produjo mucho temor y espanto.

El evangelista Mateo nos explica que antes de que ellas llegaran, un ángel había estado allí para remover la piedra, con tal energía celestial que se había estremecido la tierra.

(Mt 28:2-4) “Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos.”

Por supuesto, el ángel no bajó del cielo porque el Señor necesitara su ayuda para salir del sepulcro, puesto que el cuerpo con el que Jesús había resucitado no estaba limitado por ninguna cosa material. El propósito del ángel era mostrar al mundo que Jesús ya no estaba en la tumba, que la muerte había sido vencida por el Príncipe de la Vida. Así que quedó allí para comunicar la buena noticia de la resurrección a todos los que llegasen interesándose por el Señor. Vemos, por lo tanto, que el mensaje glorioso de la resurrección vino primeramente del cielo, antes de que ningún predicador de esta tierra llegase a hacerse eco de él. Recordemos que algo similar ocurrió cuando el Hijo de Dios vino a hacerse hombre en Belén (**Lc 2:8-20**).

Por lo tanto, después de que el ángel tratara de calmar a las mujeres, les informó de que Jesús había resucitado, y les mostró el lugar donde había sido puesto. En aquel momento tuvieron que ver los lienzos perfectamente colocados, como si el cuerpo de Jesús hubiera

salido atravesándolos (**Jn 20:6-8**). Y a continuación el ángel les encargó que transmitieran a los discípulos, y a Pedro, que Jesús había resucitado y que esperaba encontrarse con ellos en Galilea, tal como les había dicho antes de morir (**Mr 14:28**).

“Decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va a Galilea”

Las mujeres que en aquella mañana habían ido a ungir el cuerpo de Jesús se vieron frustradas en sus planes. Esto también lo había anunciado el Señor cuando unos días antes había sido ungido en Betania. En aquella ocasión, mientras los discípulos criticaban a la mujer por el desperdicio realizado, Jesús dijo que ella se había *“anticipado a ungir su cuerpo para la sepultura”* (**Mr 14:8**).

Evidentemente, estas otras mujeres no pudieron realizar este último servicio a su Maestro, pero había otro que sí podrían hacer. Se trataba de ser las primeras portadoras de las buenas noticias de la resurrección a los discípulos. El haber sido testigos de estos hechos gloriosos les hacía responsables de su proclamación.

1. “Decid a sus discípulos, y a Pedro”

El mensaje debía ser entregado en primer lugar a los discípulos. Todos recordamos que ellos habían abandonado al Señor en el momento de su arresto, pero él estaba tendiéndoles nuevamente la mano con el fin de perdonarles y restaurarles nuevamente al ministerio apostólico.

Notemos también que en la comisión que el ángel dio a las mujeres había una alusión especial a Pedro. Seguro que este apóstol tenía una carga muy grande en su corazón por haber negado tres veces a Jesús. Después de esto no había tenido ocasión de pedirle perdón puesto que había muerto. Así que no es de extrañar que se hubiera sumido en una profunda depresión. Pero el Señor también sabía esto y por eso añadió esta pequeña nota personal para él. Y podemos imaginarnos cómo esto tuvo que emocionar el corazón de Pedro cuando lo escuchó. A pesar de su deslealtad, Jesús seguía amándole y deseaba verlo de nuevo.

Por lo tanto, una de las primeras cosas que aprendieron de la resurrección de Cristo fue su disposición a perdonar al pecador. Él no había resucitado con la intención de vengarse de sus enemigos. Esta fue una gran lección que los apóstoles rápidamente compartieron con otros. Podemos ver cómo en su primera predicación, Pedro y los otros apóstoles ofrecieron el perdón de Dios y la restauración a aquellos judíos que unas semanas antes habían gritado para que Jesús fuera crucificado:

(Hch 2:36-38) “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.”

2. “Él va delante de vosotros a Galilea, allí le veréis, como os dijo”

El mensaje del ángel transmitido por las mujeres tuvo que resultarles auténtico a los discípulos, porque cuando ellos estaban solos con el Señor en el aposento alto celebrando la pascua, él les había dicho exactamente las mismas palabras, y había muy pocas posibilidades de que las mujeres hubieran llegado a conocer este detalle (**Mr 14:28**).

Sin embargo, surge la pregunta: ¿Por qué ir a Galilea? Tal vez habría sido más razonable quedarse en Jerusalén, donde de hecho tuvieron lugar algunas de las apariciones de Jesús después de su resurrección (**Lc 24:33-39**), y donde vino el Espíritu Santo sobre los discípulos (**Hch 2**) y comenzó la expansión del evangelio (**Lc 24:47**).

Sin embargo, podemos suponer algunas de las razones por las que el Señor quiso reunirse con sus discípulos en Galilea.

- Fue allí, en el mar de Tiberias, después de una infructuosa jornada de pesca, donde Jesús llevó a cabo la restauración definitiva del apóstol Pedro (**Jn 21:1-19**). Para él tuvo que ser como volver a empezar, puesto que había sido precisamente en ese contexto donde el Señor le había llamado la primera vez para ser un discípulo suyo (**Mr 1:16-18**).
- Fue también en Galilea donde Jesús se apareció a los discípulos y renovó la comisión apostólica, ampliándola para enviarles hasta el fin del mundo con nuevo poder y autoridad (**Mt 28:16-20**). Al hacer esto desde Galilea, alejados de Jerusalén, estaban mucho más cerca de los gentiles, a los que finalmente habrían de dirigirse.
- Salir de Jerusalén para ir a Galilea a encontrarse con Jesús implicaba también que cualquier persona que quisiera seguirle tendría que salir del sistema religioso que Jerusalén representaba para ir a Galilea, fuera del judaísmo oficial. Es allí donde el Señor pasó cerca de cuarenta días enseñándoles y teniendo comunión con ellos.

Sin embargo, una vez que estuvieron algún tiempo en Galilea, nuevamente volvieron a Jerusalén y desde muy cerca de allí el Señor ascendió al cielo. Esta nueva entrada en la capital después de la resurrección, indicaba que Jesús no había renunciado a sus derechos legítimos de Rey. Pero en ese momento los discípulos sí que entendieron el tipo de Rey que realmente era, algo que no comprendieron en su primera entrada cuando las multitudes le aclamaron sin darse cuenta de la obra que él realmente había venido a realizar.

“Ellas se fueron huyendo del sepulcro”

La visita de las mujeres al sepulcro no debió de durar mucho tiempo, pero sin duda fue muy intensa y difícilmente la olvidarían. Una vez que escucharon las indicaciones del ángel, ellas *“se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie porque tenían miedo”*.

Todos los relatos acerca de la resurrección tienen el sello de la naturalidad, lo que los hace completamente creíbles. A nadie le extraña, por ejemplo, esta reacción de las mujeres.

El evangelio de Mateo añade que se fueron con *“temor y gran gozo”* (**Mt 28:8**). Y aunque puede parecer contradictorio, lo podemos entender sin dificultades. Era lógico que sus emociones estuvieran mezcladas. El gozo por el anuncio de la resurrección de su amado Maestro se cruzaba con el temor reverente y la emoción por lo que el ángel les acababa de decir en el sepulcro.

Esto hizo que en el camino no dijese nada a nadie, lo que no quiere decir que incumplieran el mandamiento que acababan de recibir. Más bien debemos entender que su entusiasmo era demasiado grande como para detenerse a hablar con nadie en el camino. Ellas iban rápidas, como si tuvieran alas en los pies, en busca de los apóstoles para entregarles el mensaje recibido.

De esta manera, las mujeres abandonaron el sepulcro en donde había sido colocado Jesús, y Marcos no vuelve a hacer referencia a él. De hecho, en muy pocos días aquel sepulcro quedó definitivamente abandonado por varios siglos. Tal vez podríamos pensar que rápidamente se habría convertido en un lugar de peregrinaje para muchos de los discípulos que Jesús había tenido a lo largo de su ministerio, pero lo cierto es que no fue así. Pasaron varios siglos sin que nadie se interesase por él, y la razón la debemos encontrar en la resurrección. ¿Para qué ir a un sepulcro donde Jesús ya no estaba, máxime cuando habían tenido la ocasión de verlo a él en persona? Pero cuando el cristianismo se convirtió para la mayoría de las personas en una mera religión de ceremonias, dogmas y liturgias frías y muertas, sin ningún contacto real y vital con Cristo resucitado, fue entonces cuando comenzaron a buscar sitios sagrados y reliquias a las que hicieron objetos de su veneración.

“Habiendo resucitado Jesús el primer día de la semana”

Jesús fue sepultado en la tarde del viernes y resucitó el domingo por la mañana. Hay personas que ven un problema en el hecho de que Jesús no permaneció en el sepulcro durante tres días completos. Sin embargo, debemos notar que lo que Jesús dijo es que él resucitaría al tercer día, no en el cuarto (**Mr 9:31**).

Ahora bien, el hecho de que resucitara en el día domingo, el primer día de la semana, tiene cierta importancia. Todos sabemos que los judíos celebraban el sábado con una religiosidad extrema, sin embargo, los primeros cristianos, que eran todos ellos judíos, hicieron del domingo su día más especial, algo que ha llegado hasta nuestro tiempo. ¿Cuál fue la causa de este cambio tan revolucionario? Pues esto se debió a que Jesús resucitó precisamente en domingo. Ahí empezó todo.

“Apareció primeramente a María Magdalena”

Hasta ahora hemos comentado mucho acerca del sepulcro vacío, y aunque es un presupuesto necesario para creer en la resurrección de Jesús, sin embargo no puede ser tomada como una prueba definitiva que sirva para demostrarla. Por esta razón, a partir de aquí el evangelista nos va a relatar diferentes ocasiones en las que Jesús se apareció vivo. Marcos selecciona tres de ellas: María Magdalena, dos discípulos que iban de camino al campo y los once discípulos que se encontraban reunidos. Leyendo los otros evangelios, el libro de los Hechos y la primera carta de Pablo a los corintios, veremos que esta lista es mucho más larga.

Estas apariciones tenían el propósito de convencer a sus discípulos de la realidad de su resurrección, y también proveía de un tiempo para instruirles y prepararles para su futuro ministerio.

María Magdalena fue la primera que vio a Jesús una vez que resucitó. En ese momento se encontraba sola, tal vez porque después de dar el aviso a los apóstoles ella se había separado del grupo de mujeres y había regresado nuevamente al sepulcro. Es cierto que es difícil establecer una cronología precisa de todo cuanto ocurrió en aquella mañana, y en gran medida esto se debe al hecho de que el sepulcro se encontraba cerca de Jerusalén, lo que hacía relativamente fácil ir y volver en muy poco tiempo (**Jn 19:20**) (**Jn 19:41-42**).

María Magdalena había estado junto a la cruz cuando Jesús murió, también acompañó a José de Arimatea y a Nicodemo cuando llevaron su cuerpo hasta el sepulcro, y en la mañana del primer día de la semana fue de las primeras en llegar para ungir el cuerpo de

Jesús (**Mr 15:40**) (**Mr 15:47**) (**Mr 16:1**). Y ahora también fue la primera en ver al Señor resucitado, siendo premiado así su intenso amor y devoción por él.

Marcos añade que Jesús había echado de ella a siete demonios (**Mr 16:9**), lo que sirve para mostrarnos que por grande que haya sido nuestra caída, si nos arrepentimos y creemos en Cristo, somos restaurados para disfrutar plenamente de la comunión con él.

Después de su encuentro con Jesús fue rápidamente a hacérselo saber a los que habían estado con él. Seguramente ésta era la segunda vez que hacía ese recorrido, porque Juan nos dice que en una ocasión previa sólo había explicado a los discípulos que se habían llevado del sepulcro al Señor y que no sabía dónde lo habían puesto (**Jn 20:1-2**). Si en ese momento ya hubiera tenido lugar el encuentro con el Señor, por supuesto también lo habría incluido en su informe. Así que lo más probable es que fue en su segunda visita al sepulcro cuando Jesús se encontró con ella.

“Ellos, cuando oyeron que vivía, no lo creyeron”

Cuando las mujeres encontraron a los discípulos, ellos *“estaban tristes y llorando”*. Y cuando les contaron que Jesús estaba vivo, *“no lo creyeron”*. No es difícil imaginarse la escena. El más absoluto pesimismo inundaba los corazones y las mentes de los discípulos.

Ahora bien, ¿por qué no creyeron a las mujeres cuando les anunciaron que Jesús había resucitado? Algunos han pensado que tratándose de mujeres, su testimonio no les inspiró confianza. Sin embargo, ocurrió lo mismo cuando más adelante dos que iban de camino al campo estuvieron con Jesús y regresaron para dar la noticia a los discípulos (**Mr 16:12-13**). Por todo ello, cuando finalmente el Señor se apareció a los once, tuvo que reprocharles *“su incredulidad y dureza de corazón porque no habían creído a los que le habían visto resucitado”* (**Mr 16:14**).

En el fondo del asunto, el problema de los discípulos era que no habían aceptado todavía ninguno de los anuncios que habían escuchado de Jesús en cuanto a la necesidad de su muerte y resurrección. Y esto era debido a que no comprendían que era imposible reinar sobre los hombres pecadores si primero éstos no eran reconciliados con Dios, y para ello había que solucionar previamente el problema del pecado. Esta fue la razón por la que Jesús había muerto y resucitado:

(Ro 4:25) “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.”

Pero los discípulos, al igual que el resto de la nación judía, esperaban un Mesías que rompiera el dominio imperialista de los romanos por la fuerza. Bajo esa perspectiva, un Mesías que muriera crucificado quedaba definitivamente descalificado. Y después de eso, hablar de su resurrección, ya no tenía ningún sentido. Así que no nos extraña la oposición inicial de los discípulos a los anuncios que recibieron acerca de la resurrección de Jesús.

Pero precisamente esta predisposición tan negativa de los discípulos a creer se convierte en un fuerte argumento para nuestra fe. Si al primer rumor que ellos hubieran escuchado sobre la resurrección de Jesús se hubieran entregado plenamente a predicarlo al mundo, nosotros habríamos desconfiado. Pero aquí nos encontramos con personas nada propensas a sugestionarse con facilidad con visiones, o a creer cosas que no encajaran con sus planteamientos teológicos. Por lo tanto, si finalmente aceptaron como un hecho la resurrección de Jesús fue porque quedaron totalmente convencidos por las evidencias.

“Después apareció en otra forma a dos de ellos”

No podemos saber con seguridad si estos dos que iban al campo eran los mismos que aquellos dos a los que Jesús se apareció cuando iban de camino a Emaús, una aldea a unos diez kilómetros de Jerusalén y de los que nos habla Lucas (**Lc 24:13-35**). De cualquier manera, parece que en ambos casos la muerte de Jesús había terminado con sus esperanzas y una vez que había pasado el día de reposo intentaban volver a sus ocupaciones y rehacer así su vida lo antes posible, alejándose cuanto antes de Jerusalén para dejar enterrada allí su pesadilla.

Ahora bien, las breves indicaciones que Marcos nos da sobre esta aparición nos tienen que llevar a reflexionar sobre algunos temas importantes en relación con la resurrección.

I. “Apareció en otra forma”

¿Qué quiere decir esto? ¿Se refiere simplemente a que Jesús apareció en otras circunstancias diferentes a las que antes lo había hecho con María Magdalena? ¿O quiere decir que su aspecto era diferente al que había tenido antes de morir?

En el encuentro que Jesús tuvo con los dos que iban a Emaús y que Lucas describe, vemos que no le reconocieron durante el camino, pero la razón que nos da es porque *“los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen”* (**Lc 24:16**). ¿Tenía esto algo que ver con que la apariencia de Jesús había cambiado después de su resurrección, o era simplemente que el dolor que sentían les impedía reconocerle? ¿Se trataba tal vez de que iba vestido de una forma distinta que además no les dejaba ver su rostro?

Seguramente había algo de todo esto, pero parece que el problema principal de los dos del camino a Emaús radicaba en el hecho de que después de que vieron a Jesús morir crucificado, habían llegado a la conclusión de que él no podía ser el Mesías, así que tampoco esperaron que resucitara y mucho menos que fuera a acompañarles en el camino. Por esta razón Lucas nos dice que el Señor dirigió la conversación para que se dieran cuenta a través de las Escrituras de que *“era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria”* (**Lc 24:25-27**). Sólo después de que lograron entender esto, fue cuando le reconocieron.

Pero en cualquier caso, aunque era evidente que el problema principal de estos dos era de carácter teológico, también podemos ver por otros pasajes que el cuerpo con el que Jesús había resucitado presentaba algunas características diferentes al que había tenido antes de morir y que esto pudo en algunos casos dificultar su identificación en un primer contacto.

En relación a esto tenemos que decir que los testigos que vieron a Jesús resucitado nos confirman en repetidas ocasiones que él era realmente un hombre al que podían identificar: caminaba junto a los discípulos que iban a Emaús (**Lc 24:15**), dejaba que Tomás tocara sus heridas (**Jn 20:27**), comía con sus discípulos un trozo de pez asado (**Lc 24:42-43**), y hasta les preparó el desayuno en una ocasión (**Jn 21:8-12**). De esta manera Jesús mismo quería hacerles entender que él no era un espíritu o un fantasma (**Lc 24:39-40**).

Sin embargo, considerando estos relatos, también es cierto que su cuerpo tenía características nuevas. Por ejemplo, era capaz de presentarse de repente a donde los discípulos estaban reunidos con todas las puertas bien cerradas (**Jn 20:19**), y de igual manera desaparecer al terminar de hablar con los dos de Emaús (**Lc 24:31**). Parece que no estaba sujeto a las leyes del espacio y del tiempo.

Era el mismo hombre, pero había entrado en un género de existencia distinto. Incluso las heridas que le habían causado la muerte seguían estando presentes, pero ya no tenían ningún efecto sobre él. Este nuevo cuerpo no estaba sujeto a las leyes de la biología y tampoco tendría que volver a morir.

2. *“Fueron y lo hicieron saber a los otros”*

Tampoco estos dos discípulos guardaron las buenas noticias para sí mismos, sino que una vez que estuvieron seguros de que habían visto a Jesús regresaron para informar de ello al resto de los discípulos. Podemos imaginarnos que su viaje de regreso no fue con el corazón apesadumbrado como había sido el de ida, sino que ahora sus pasos eran ligeros y su corazón se desbordaba de alegría.

Sin embargo, el resultado fue el mismo que cuando María Magdalena había dado noticias parecidas: *“ni aun a ellos creyeron”*. Este es un detalle más que nos hace dudar de que estos dos discípulos fueran los mismos que Jesús encontró en el camino de Emaús. Recordemos que Lucas nos dice que cuando los dos de Emaús regresaron a dar la noticia a los discípulos, ellos ya se estaban regocijando de la resurrección de Jesús.

(Lc 24:33-35) *“Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos, que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón. Entonces ellos contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan.”*

3. *“Y ni aun a ellos creyeron”*

Ya hemos comentado la resistencia de los discípulos a rendirse totalmente a la evidencia, y hemos considerado algunas de las posibles causas: la dureza de sus corazones para creer en lo que el Señor les había anunciado en repetidas ocasiones y también sus ideas equivocadas en cuanto a cómo sería el Mesías cuando viniera. Pero hay otro aspecto más que debemos considerar.

La resurrección de Jesús fue completamente diferente a las otras resurrecciones que ellos habían visto. Por ejemplo, cuando resucitó a Lázaro, éste volvió a la vida en la misma forma y condición en la que se había ido cuatro días antes, y finalmente tendría que volver a morir. Pero la resurrección de Jesús marcó un antes y un después. Como ya hemos dicho, su cuerpo manifestaba cierta continuidad con el que había tenido antes de morir, de tal manera que sus discípulos podían identificarle, pero al mismo tiempo había también otros rasgos que lo hacían totalmente diferente. Con ese nuevo cuerpo fue capaz de ascender al cielo en gloria sin necesidad de tener que volver a pasar por la muerte, y de esa misma manera volverá un día no muy lejano (**Hch 1:9-11**). La resurrección de Jesús superaba el horizonte de la propia experiencia de los discípulos, y no resultó fácil para ellos aceptar algo que era del todo inusual.

Además, muchos de los judíos que creían en la resurrección de los muertos la asociaban con el final de los tiempos y el comienzo de un mundo nuevo. Marta lo expresó de esta manera cuando Jesús le anunció que su hermano Lázaro iba a resucitar: *“Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”* (**Jn 11:23-24**). Los discípulos participaban de estos planteamientos teológicos, así que la resurrección de Jesús fue algo totalmente inesperado para ellos por el momento en el que tuvo lugar. ¿Cómo era posible que Jesús hubiera resucitado a una condición definitiva y diferente en pleno mundo viejo en el que nada había cambiado? Para ellos este nuevo tipo de vida debía estar unida necesariamente a un mundo nuevo, pero nada de esto parecía estar ocurriendo.

Aquí tenemos otro detalle más que debe fortalecer nuestra fe en la resurrección de Jesús. Si ésta hubiera sido una invención de los discípulos, se habría ajustado a las ideas y

conceptos en que los discípulos se habían formado, en lugar de explicar los hechos de una manera en la que hasta ellos mismos tenían dificultades para entender y aceptar.

Así que, si llegaron a creer en la resurrección de Jesús con una certidumbre absoluta, tal como se desprende de sus predicaciones y escritos, fue porque se trató de un hecho histórico real que ellos pudieron comprobar y así vencer toda resistencia inicial.

Otras consideraciones

Inmediatamente después de que Jesús ascendió al cielo, los apóstoles comenzaron a predicar la resurrección de Jesús a muy poca distancia del lugar donde había sido sepultado, y a pesar de la dura oposición de los líderes judíos, miles de personas llegaron a creer, entre ellos un buen número de sacerdotes (**Hch 2:41**) (**Hch 4:4**) (**Hch 6:7**). Por supuesto, si todo esto hubiera sido un montaje de los apóstoles, habría sido imposible que allí mismo en Jerusalén, donde habían ocurrido todos los hechos, hubiera tantísimas personas que aceptaron como verdadero el hecho de la resurrección de Jesús.

Y en cuanto a los mismos apóstoles, ¿qué hizo que aquel pequeño grupo de atemorizados discípulos se convirtieran en irresistibles misioneros que pusieron el mundo del revés sin que hubiera fuerza que pudiera detenerlos? La predicación apostólica de la resurrección, con el entusiasmo y el poder con que la llevaban a cabo, es imposible entenderla a no ser que realmente tuvieran un contacto auténtico con Cristo resucitado.

Es cierto que las primeras apariciones de Jesús después de resucitar fueron muy discretas. Tal vez nosotros habríamos pensado en preparar un espectáculo a lo grande, pero el Señor no lo hizo. Sin embargo, ocurrió algo totalmente revolucionario en todas las personas que vieron a Jesús resucitado y es que sus vidas ya nunca más volvieron a ser iguales.

¿Y qué diremos de los millones de personas que a lo largo de todos estos siglos han visto cómo sus vidas han sido transformadas desde el momento en que creyeron en la resurrección de Jesús? Una inmensa multitud de hombres y mujeres, pobres y ricos, sabios e ignorantes, civilizados y salvajes, dan testimonio de la realidad de su experiencia.

Es seguro que si nos dijeran que una persona de nuestro tiempo ha resucitado, nosotros también reaccionaríamos con la misma incredulidad con la que lo hicieron los apóstoles cuando recibieron la noticia de la resurrección del Señor. Sin embargo, Jesús no era un hombre como nosotros. Él fue único en todo lo que hizo, en todo lo que dijo y en todo lo que fue. No vino a este mundo como los demás hombres, y por lo tanto, tampoco nos debe extrañar que no terminara sus días en un frío sepulcro como el resto, sino que resucitara y ascendiera al cielo en gloria. De cualquier otro hombre nos parecería imposible, pero no en el caso de Jesús. Él fue extraordinario en todo, no sólo en su resurrección.

La importancia de la resurrección

La resurrección de Jesús puso de manifiesto de forma concluyente que él era el Hijo de Dios.

(Ro 1:4) “Fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos.”

Y fue también la respuesta del Padre al veredicto humano sobre su Hijo a quien acusaron de embustero y blasfemo.

(Sal 2:1-8) “¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra.”

La resurrección es la prueba de que Dios ha aceptado el sacrificio de Jesús y de que el poder de Satanás, la muerte y el pecado han sido definitivamente vencidos para todos aquellos que confían en él (**Ro 4:25**).

La resurrección de Jesús inauguró una nueva era para el hombre. Como ya hemos dicho, él no regresó a la vida en las mismas condiciones en las que murió. Por lo tanto, nuestra identificación con él nos introduce en una dimensión de vida humana completamente nueva, en la que libres de la muerte tenemos un futuro realmente esperanzador.

(1 Co 15:20) “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho.”

(Col 1:18) “Y él es la cabeza del cuerpo que la iglesia, el que es el principio, el primogénito de entre los muertos para que en todo tenga la preeminencia.”

(1 P 1:3) “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos.”

La resurrección de Jesús transforma también a los creyentes en su vida presente aquí.

La resurrección de Jesús puso en evidencia que él es radicalmente diferente a todos los demás líderes religiosos que la historia de la humanidad ha conocido. Otros tal vez nos pueden indicar cómo vivir en este mundo para que las cosas nos vayan bien y podamos encontrar cierta paz, pero no nos pueden decir con seguridad nada en cuanto al más allá. En cambio Cristo volvió de la muerte y nos ha hablado con seguridad acerca de la vida eterna. A él debemos escucharle.

Preguntas

1. En esta lección hemos considerado cuatro grupos de evidencias a favor de la resurrección de Jesús. ¿Cuáles son? Explíquelos razonando ampliamente cada uno de ellos con sus propias palabras.
2. Razone sobre las causas por las que los discípulos fueron reacios a creer en la resurrección de Jesús al principio.
3. ¿Qué tres hechos importantes en la vida de Jesús fueron anunciados por ángeles? Justifique su respuesta con las citas bíblicas adecuadas.
4. ¿Cuál cree que sería el estado de ánimo de los discípulos antes de la resurrección de Jesús? ¿Qué pensarían cuando las mujeres les anunciaran que estaba vivo y que quería verlos? ¿Qué pudieron aprender de esto?
5. Razone sobre la importancia de la resurrección.

La gran comisión (1ª parte) - Marcos 16:14-18

(Mr 16:14-20) *“Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.”*

Introducción

En nuestro estudio anterior consideramos algunas de las evidencias de la resurrección de Jesús, especialmente lo relacionado con la tumba vacía y algunas de sus apariciones a ciertos discípulos. Ahora tendremos ocasión de ver el momento en que se presentó ante los once apóstoles, uniendo nuevamente el grupo y renovando su comisión para ser testigos suyos ante el mundo. Nos detendremos a considerar las características de esta nueva misión, que a partir de ese momento estaba avalada con la autoridad de Cristo resucitado.

“Finalmente se apareció a los once mismos”

Aunque el Señor ya se había aparecido a otros discípulos después de su resurrección, sin embargo todavía no se había encontrado con los once apóstoles. Esto tuvo lugar en último lugar, tal como Marcos señala. Quizás estas apariciones anteriores tenían el propósito de preparar el camino para que la incredulidad de los apóstoles fuera cambiando antes de su encuentro definitivo con el Señor. Y aunque nuestro evangelio sólo recoge una de esas ocasiones, sabemos que durante los cuarenta días que Jesús permaneció en la tierra antes de ascender al cielo, aun estuvo con ellos en otras muchas ocasiones.

(Hch 1:3) *“A quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios.”*

Como decíamos, estas apariciones tuvieron el propósito de vencer *“su incredulidad y dureza de corazón”*, porque no hemos de olvidar que los apóstoles no eran de ese tipo de personas crédulas que están dispuestas a aceptar cualquier cosa, tal como en muchas ocasiones han sido acusados por los críticos incrédulos. Por lo tanto, las apariciones de Jesús no fueron incidentes aislados que apenas duraban unos segundos, sino que se trataron de encuentros largos y pausados en los que Jesús pudo mostrarles las huellas de sus heridas e invitarles a tocarlas, comer con ellos, o darles instrucciones concretas acerca de su ministerio futuro... Todo esto creó en ellos una convicción tan fuerte que permanecería inalterable en el tiempo a pesar de todas las pruebas y dificultades por las que más tarde tuvieron que pasar.

Sin embargo, esta incredulidad había alcanzado unos niveles que no eran razonables, y por ello cuando el Señor se encontró finalmente con ellos tuvo que reprenderles. La causa de esta reprobación radicaba en que *“no habían creído a los que le habían visto resucitado”*. De aquí se subraya la importancia que el Señor concede a creer a los

testigos de la resurrección. Evidentemente él esperaba que los discípulos hubieran creído este testimonio puesto que los testigos eran de toda confianza, y además, ellos mismos habían comprobado durante los tres años que habían acompañado a Jesús que toda su vida era extraordinaria, así que, ¿por qué no creer en su resurrección después de todo lo que ya habían visto de él?

Las pruebas de la verdad del evangelio son tan completas, que aun en nuestros días, quienes no las aceptan serán justamente reprendidos por su incredulidad. Y de igual manera, quienes crean en ellas gozarán de la bienaventuranza del Señor.

(Jn 20:29) “Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.”

“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio”

El libro de los Hechos nos da más detalles acerca de este último mandamiento del Señor a sus discípulos antes de su ascensión. Allí vemos que ellos pensaban, no sin cierta razón, que el reino de Israel podía ser restaurado inmediatamente, pero el Señor les indicó que todavía no había llegado el momento de sentarse a reinar con él, sino que era tiempo de dar testimonio de él a todo el mundo, para lo que recibirían poder cuando descendiera sobre ellos el Espíritu Santo.

(Hch 1:6-9) “Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos.”

No cabe duda que tenemos aquí una importante misión que la Iglesia debe cumplir en este tiempo hasta el momento en que sea arrebatada al cielo. Por esta razón, debemos detenernos a considerar con cierto detalle sus características.

1. Definiendo la “misión”

Con la autoridad del Señor resucitado y el poder del Espíritu Santo debían exponer con palabras y hechos la salvación que Cristo había conseguido por medio de su muerte en la cruz y su posterior resurrección para todos aquellos que se arrepienten y le reciben como su Salvador, y obedientemente le sirven como su Señor. También tendrían que bautizarles y enseñarles todas las cosas que Jesús les había mandado a fin de que sus vidas se asemejaran a la de él. Y todo esto debería ser llevado a cabo en comunión con su iglesia. Por lo tanto, para llevar a cabo esta misión tendrían que buscar a las almas perdidas y predicarles la Palabra.

2. El fundamento de la misión: La autoridad universal de Jesús

Antes de que Jesús enviara a los discípulos al mundo a predicar el evangelio, justificó que tenía autoridad para encomendarles esta misión. Lo podemos ver en el evangelio de Mateo.

(Mt 28:18-19) “Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, del Espíritu Santo.”

Jesús pronunció estas palabras después de haber resucitado. Y como ya sabemos, este hecho glorioso fue la respuesta por medio de la cual Dios declaró que Jesús era realmente su Hijo (**Ro 1:4**). Es cierto que las autoridades judías lo habían rechazado, y que el gobierno romano lo condenó a la cruz, pero Dios invalidó esa sentencia levantando a su Hijo de entre los muertos. De esta manera quedaba fuera de toda duda que todo lo que Jesús había dicho durante su ministerio terrenal era verdad y contaba con la plena aprobación del Padre.

Por ejemplo, los judíos le habían acusado de blasfemar porque dijo que tenía autoridad para perdonar pecados, y estaban equivocados (**Mr 2:7-12**). Afirmó que tenía autoridad para juzgar a todos los hombres, y era verdad (**Jn 5:27**). Realmente, o tenía plena autoridad divina, o era imposible explicar el poder incomparable con el que enseñaba las Escrituras (**Mr 1:22**), expulsaba a los espíritus inmundos (**Mr 1:27**), dominaba las fuerzas de la naturaleza (**Mr 4:39-41**), y vencía a la misma muerte (**Lc 7:14-15**) (**Jn 11:43-44**). Todo esto evidenciaba que él era alguien extraordinario y que tenía una autoridad única. Muchos se dieron cuenta de esto y pensaron que él era un gran profeta (**Mt 16:13-14**), pero su resurrección puso en evidencia que él era mucho más que eso. Como los apóstoles habían confesado con anterioridad: “*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*” (**Mt 16:16**).

Pero su resurrección no sólo sirvió para demostrar su autoridad divina, sino que también fue el paso decisivo para su entronización como gobernante supremo del mundo, tal como había sido descrito por el profeta Daniel.

(Dn 7:13-14) “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.”

Por lo tanto, la resurrección y ascensión de Jesús han dejado patente que él tiene autoridad sobre todo el mundo al nivel más elevado que podamos imaginar. El apóstol Pablo lo expresó de esta manera:

(Fil 2:9-11) “Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”

Ahora Cristo está sentado a la diestra de Dios y tiene autoridad para salvar y también para exigir sumisión. Como muy bien expresó el apóstol Pedro en su discurso ante el Sanedrín, Jesús es Señor y Salvador:

(Hch 5:31) “A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.”

Es en base a esta autoridad universal que Cristo tiene, que ahora envía a sus discípulos a todo el mundo a predicar el evangelio. Él es el único que tiene el derecho legítimo de ser reconocido por todos los hombres como Señor. Y cualquiera que lo rechace como el Hijo eterno de Dios sufrirá la condenación eterna.

(Hch 4:12) “Y en ningún otro hay salvación porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.”

Así que, cuando Jesús dijo a sus discípulos “*Id por todo el mundo y predicar el evangelio*”, lo estaba haciendo en base a su autoridad soberana. Por esta misma razón, si tenemos

una visión débil de la soberanía de Cristo, nunca podremos llevar a cabo esta misión con fidelidad.

3. El estímulo para llevar a cabo la misión: Una visión de la gloria de Cristo

Es indudable que ganar gente para Cristo es una tarea pesada, ampliamente despreciada e impopular, y que con frecuencia provoca una activa oposición. Por lo tanto, el creyente que desee llevarla a cabo debe tener poderosos incentivos para no desfallecer. Y sin lugar a dudas, la resurrección de Cristo y su exaltación a la diestra del Padre a la posición de supremo honor nos ha de proporcionar la más fuerte de todas las motivaciones para perseverar en la evangelización.

En el libro de Hechos podemos ver cómo la resurrección de Jesús fue el gran móvil de las actividades misioneras de los apóstoles. Por ejemplo, Pedro y Juan habían visto la gloria de Cristo después de su resurrección y no podían dejar de contárselo a la gente a pesar de toda la oposición que tuvieran que enfrentar de parte del Sanedrín. Veamos cómo contestaron a los líderes de la nación:

(Hch 4:20) *“... No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.”*

Tan importante era haber visto a Cristo resucitado y ascendido al cielo, que esto llegó a ser una condición imprescindible para aceptar al nuevo apóstol que debía sustituir a Judas.

(Hch 1:21-22) *“Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección.”*

Y del mismo modo, aunque de una forma especial, también el apóstol Pablo tuvo una “visión celestial” de la gloria de Cristo resucitado antes de ser enviado a predicar el evangelio.

(Hch 26:19-20) *“Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento.”*

No cabe duda, por lo tanto, que todos aquellos que fueron enviados a predicar el evangelio del Señor Jesucristo, tuvieron previamente una visión de su gloria que se apreciaba con toda claridad en su resurrección y ascensión. Y algo similar podemos ver también en los grandes profetas de Dios en el Antiguo Testamento. Recordamos, por ejemplo, que Moisés antes de comenzar su ministerio vio una manifestación de la gloria de Dios en la zarza que ardía sin consumirse (**Ex 3:1-6**), también Isaías vio la Majestad de Dios en su trono (**Is 6:1-7**), y otro tanto podríamos decir de Jeremías (**Jer 1:4-10**) o Ezequiel (**Ez 1:1-28**).

Y de igual manera, si observamos la historia de los grandes avances misioneros de nuestro tiempo, nos daremos cuenta que surgieron cuando los cristianos llegaron a tener un sentido renovado de la majestad, el poder, la soberanía, el amor, la gracia y la compasión de Cristo.

Tal vez sea necesario volver a revisar los actuales estudios en cuanto a la “misionología”, en los que cada vez se da más importancia a temas como las estrategias, el crecimiento, los métodos, las estadísticas, la cultura, la contextualización, la responsabilidad social de la iglesia... Y sin el ánimo de negar que algunas de estas cosas puedan tener cierto valor, lo realmente imprescindible es que el pueblo de Dios tenga una visión clara y completa de

la gloria de Cristo. Porque aparte de esto, la iglesia carece de la motivación y la dirección necesarias, y fácilmente nuestro ánimo decae y la misión se desintegra. Sólo mirando a Cristo llegamos a tener la inspiración, el incentivo, la autoridad y el poder que necesitamos para llevar esta obra a cabo.

No cabe duda de que si nuestra evangelización se centra en la necesidad de los hombres, rápidamente llegaremos a estar frustrados cuando no veamos “resultados”. Pero si por el contrario tenemos una visión clara de Cristo encarnado y crucificado, resucitado y reinando, impartiendo el Espíritu Santo y regresando a buscar a su iglesia, nuestro ánimo se fortalecerá, tendremos una motivación permanente y la pasión y el ánimo necesarios para la evangelización del mundo en nuestros días.

4. El propósito de la misión: dar gloria y honor a Cristo en este mundo rebelde

Ya hemos visto que Cristo tiene toda la autoridad legítima para reinar en este mundo, y que el Padre le ha dado un nombre que es sobre todo nombre, en consecuencia, el deseo de Dios es que todos los hombres le honren, y por supuesto, este mismo sentir debería ser compartido por su pueblo.

El profeta Elías es un buen ejemplo de este “celo” por la gloria y el honor de Dios en un mundo rebelde. Cuando en sus días los israelitas abandonaron a Dios y dieron culto a los baales, el profeta se sintió profundamente afligido. Escuchemos su lamento:

(1 R 19:10) “El respondió: He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida.”

Nosotros también deberíamos sentir este mismo dolor cada vez que Cristo es despreciado, y nuestro celo por él nos debería llevar a desear ardientemente que se le rinda todo el honor que le corresponde en este mundo. Debemos anhelar que todos los seres humanos, cualquiera que sea su cultura o su religión, doblen sus rodillas ante Jesús y se sometan a él como su Señor.

Nuestra evangelización debe ser ante todo una proclamación de quién es Cristo y lo que él ha hecho por los hombres a fin de que Dios sea glorificado. Por lo tanto, al predicar el evangelio no sólo buscamos la salvación de las personas, sino ante todo el reconocimiento de la soberanía de Dios en un mundo que le rechaza.

En este sentido, no debemos perder de vista la estrecha relación que existe entre evangelización y adoración (**Mt 28:17-19**). En ambos casos la meta debe ser la búsqueda de la gloria de Dios y el engrandecimiento de su nombre. Esto nos obliga a reflexionar hasta qué punto nuestra adoración le resultará agradable a Dios si por otro lado no damos importancia a lo que otros hagan con su Hijo.

No debemos olvidar que la razón por la que hemos sido redimidos por Dios es para que anunciemos las virtudes de Cristo. Y evidentemente esto no se debe limitar exclusivamente a nuestros cultos, sino también a nuestro contacto con el mundo.

(1 P 2:9) “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.”

Cuando anunciamos el nombre de Cristo al mundo pecador, Dios es glorificado, aun incluso entre aquellos que lo rechazan. Pablo era consciente de este hecho cuando predicaba el evangelio, llegando a afirmar que Dios percibía un grato olor aun cuando su

nombre era anunciado entre los que se oponían. Veamos cómo lo expresaba cuando escribió a los corintios:

(2 Co 2:14-16) “Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?”

El apóstol describe aquí la entrada triunfal de un general romano que volvía a la metrópoli con el botín y los prisioneros de los territorios conquistados. Entre las personas había dos grupos: los reyes o jefes de los pueblos conquistados que se habían rendido voluntariamente a las demandas de Roma, y aquellos que se habían resistido. Al primer grupo se le había perdonado la vida y marchaba delante ante el carro del vencedor, para luego regresar a sus tierras, y tal vez a sus puestos, ya al servicio del Imperio. El segundo grupo andaba detrás del carro cargados de cadenas y se les había sentenciado a morir. En aquellas ocasiones no faltaban los sacerdotes paganos que movían sus incensarios en acciones de gracias a sus dioses. Y aunque en todos los casos el perfume era el mismo, según la actitud de cada grupo hacia el vencedor significaba dos cosas radicalmente distintas; para unos era olor de vida y para otros olor de muerte. Pablo usa esta analogía para señalar que cada vez que el evangelio es proclamado, independientemente de si los hombres lo aceptan o lo rechazan, Cristo es vencedor y recibe gloria y honor.

Por lo tanto, la evangelización es claramente una forma de exaltar y glorificar a Dios. Y es importante resaltar esto, porque en algunos movimientos cristianos modernos el ejercicio de los dones dados por el Espíritu Santo ha hecho que la iglesia crezca, pero la gloria ha recaído en muchas ocasiones en los evangelistas, que han llegado a alcanzar mucha fama y dinero. La prueba que debemos aplicar para saber si un movimiento proviene realmente del Espíritu Santo tiene que ver con su determinación de glorificar a Cristo, y si contribuye efectivamente a transformar a las personas a su imagen.

Al fin y al cabo, cualquier creyente que se haya aplicado a la tarea de ganar almas sabe que por él mismo nada puede hacer, y que todos los recursos provienen del Señor. Por tal razón, si vemos algunas personas salvadas por nuestro ministerio, toda la gloria y el mérito deben ser atribuidos en justicia sólo a Dios. El mismo apóstol Pablo, que fue un gran evangelista, era plenamente consciente de este hecho:

(2 Co 4:7) “Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.”

5. La finalidad de la misión: ganar almas, hacer discípulos y formar un pueblo para Cristo

El evangelio de Lucas describe la misión de Cristo en esta tierra con las siguientes palabras:

(Lc 19:10) “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.”

Y con la misma finalidad envió a su iglesia al mundo. Nuestra función es la de ser embajadores de Cristo, presentando sus derechos como Señor y explicando lo que él ha hecho para salvarnos de nuestra condición perdida y así poder restaurar nuestra relación con Dios.

(2 Co 5:20-21) “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con

Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

Es evidente que ganar almas no consiste únicamente en lograr cierto convencimiento intelectual de la gente sobre una serie de proposiciones doctrinales. Necesariamente tiene que implicar una rendición de nuestra propia voluntad a la de Dios, para lo cual tendremos que arrepentirnos sinceramente de nuestros pecados, lo cual se demostrará por un cambio radical en toda nuestra forma de vida.

Por todo esto, la misión que el Señor encargó a sus discípulos no puede concluir cuando la persona toma la decisión de reconciliarse con Dios. Es imprescindible enseñarles los principios por los cuales se tiene que regir esta nueva vida. Notemos que cuando el Señor envió a sus discípulos al mundo a predicar el evangelio, incluyó la necesidad del discipulado. En conclusión, la misión no puede ser dada por concluida en tanto que no se haya enseñado *“todo el consejo de Dios”*. Veamos cómo lo expresó el Señor Jesucristo:

(Mt 28:19-20) “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que yo os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”

No es posible predicar un evangelio en el que se separe la salvación de Cristo de su señorío. O se le acepta como Señor y Salvador o no se le acepta como nada. No se le puede dividir en dos y recibir sólo la mitad de su persona. De hecho, la salvación que él nos ofrece, consiste en una vida vivida bajo su señorío.

Tal vez tengamos que revisar el evangelio que predicamos, puesto que en muchas ocasiones las personas que nos escuchan sacan la conclusión de que llegar a ser creyente es una cuestión intelectual que se decide en un momento determinado y ahí se termina todo, estando listos para ir al cielo cuando nos llegue la hora de la muerte. Pero la idea bíblica de *“creer”* es mucho más dinámica. El verdadero creyente se va robusteciendo con el tiempo y es susceptible de ser enseñado, corregido y reprendido. Es decir, el creyente se convierte inmediatamente en un discípulo. Tal es así que en el libro de los Hechos, a los creyentes se les llama en muchas ocasiones *“discípulos”*. Y es importante que notemos que *“creyente”* y *“discípulo”* no son términos utilizados para referirse a dos niveles de compromiso cristiano, sino que ambas palabras se emplean como sinónimos. Por lo tanto, podemos concluir que el llamamiento al discipulado fue una parte intrínseca del evangelio predicado por los apóstoles desde el comienzo.

Debemos preguntarnos seriamente si en nuestro testimonio intentamos hacer discípulos o sólo buscamos *“decisiones baratas”*. Muy probablemente un alto porcentaje de los *“creyentes”* en las iglesias evangélicas no han nacido de nuevo. Sólo han dado un asentimiento intelectual y quizás emocional, a una versión devaluada del evangelio que no les ha exigido ninguna transformación de vida y ahora, en vez de caminar en el Espíritu Santo, su espiritualidad se limita a los cultos del domingo.

Cuando los apóstoles deseaban poder salvar a algunos, estaban pensando en que fueran purificados y hechos santos, porque un hombre no es salvo mientras viva en pecado. ¿Cómo puede un borracho haber sido salvado de la embriaguez si continúa entregado al desenfreno como antes? El verdadero evangelio transforma al creyente por el poder del Espíritu Santo.

Podemos decir que nuestra tarea evangelística no termina hasta que hayamos comunicado toda la enseñanza de Jesucristo (**Mt 28:20**). El apóstol Pablo nos dejó un buen ejemplo de esto en la labor que realizó en Éfeso.

(Hch 20:27) *“Porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios.”*

Por supuesto, en muchas ocasiones el creyente que evangeliza no está capacitado para llevar a cabo una enseñanza sistemática de toda la Biblia, por eso es imprescindible que como parte del discipulado, el nuevo creyente sea incorporado en una iglesia local en donde pueda beneficiarse de los diferentes dones de enseñanza que el Espíritu Santo ha repartido dentro de la iglesia. Además, este ámbito le servirá no sólo para aprender, sino para practicar lo aprendido y desarrollar sus propios dones para la edificación del cuerpo de Cristo **(Ef 4:11-16)**.

6. La motivación para la misión: El amor a Dios y a los hombres perdidos

Hemos visto que el principal propósito por el que debemos evangelizar ha de ser dar honor y gloria a Cristo en este mundo rebelde, y que es imposible hacer esto si previamente nosotros mismos no hemos reconocido y visto su honor y gloria en nuestras propias vidas. Ahora vamos a considerar que para cumplir la misión encomendada por el Señor hay dos razones que nos deben motivar.

La primera es que el Señor nos manda que lo hagamos. No es algo opcional. Sus últimas palabras antes de ascender al cielo fueron: *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”* **(Mr 16:15)**. Por supuesto, no debemos cumplir este mandamiento de una forma fría, como un deber religioso, sino como la expresión de nuestro amor a Dios. Le obedecemos porque le amamos **(Jn 14:21)**, porque obedecerle sin amarle no pasa de ser mera religiosidad que no agrada a Dios.

En cualquier caso, este amor no surge en nosotros de forma natural, sino que debe ser despertado y motivado por el propio amor de Dios hacia nosotros. El apóstol Juan lo expresó de esta manera: *“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”* **(1 Jn 4:19)**.

Así que, cuando predicamos el evangelio a las almas perdidas lo debemos hacer por amor y obediencia a Cristo. Pablo decía que somos obligados e impulsados a predicar el evangelio de la reconciliación por causa del amor de Cristo **(2 Co 5:14)**. Y es importante que cuando evangelizamos las personas con las que hablamos puedan percibir nuestro amor por el Señor en el entusiasmo que mostramos al hacerlo.

Y la segunda razón por la que debemos evangelizar es por amor a los hombres perdidos. Esta fue la razón por la que Dios envió a su Hijo al mundo: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* **(Jn 3:16)**. Y si el Espíritu de Cristo está en nosotros, empezaremos a sentir la misma compasión que él sentía por los perdidos. Aunque seguramente tendremos que recuperar mucha de esta sensibilidad para ver a las almas como Cristo las veía en su condición de condenación. Porque es fácil llegar a convivir con los perdidos y no pensar en ellos como personas que caminan hacia una eternidad sin Cristo y sin esperanza.

El apóstol Pablo nos da un vivo ejemplo de esta sensibilidad y amor que él sentía hacia los perdidos de su propia nación:

(Ro 9:1-3) *“Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne.”*

El hecho de que sean tan pocos los que sienten esta agonía interior al ver a sus semejantes perdidos, es una de las causas por las que el evangelio no se predica mucho más.

7. Los recursos para llevar a cabo la misión: la predicación de la Palabra

La forma de alcanzar al mundo sigue siendo la misma que Jesús describió en la parábola del sembrador:

(Mr 4:14) *“El sembrador es el que siembra la palabra.”*

Cuando Pablo escribió a Timoteo, insistió en la importancia de predicar la Palabra:

(2 Ti 4:1-2) *“Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina.”*

Esto es tan importante porque el único que puede impartir vida eterna es Dios, y lo hace a través de su Palabra:

(1 P 1:23) *“Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.”*

La Palabra de Dios es el medio por el cual el Espíritu implanta en nosotros la semilla de la nueva vida. Ella, y sólo ella, es el instrumento eficaz del Espíritu para efectuar nuestro nuevo nacimiento.

(Stg 1:18) *“El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.”*

Pero a fin de que esta Palabra pueda ser eficaz en los corazones de los hombres, tiene que ser predicada.

(Ro 10:17) *“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”*

Por lo tanto, la Biblia es la herramienta básica para la evangelización. No hay otro método para atraer al pecador al Salvador que la predicación del evangelio y la enseñanza.

Ahora bien, una vez que hemos visto la importancia que tiene la predicación de la Palabra en la evangelización, es preciso que definamos también en qué consisten las buenas noticias que debemos anunciar al pecador.

Evidentemente la esencia del evangelio es Jesucristo mismo; su Persona y su Obra. Se basa en hechos históricos que habían sido profetizados con anterioridad en el Antiguo Testamento y que fueron cumplidos con exactitud en Jesús. Pablo nos ha dejado una síntesis del evangelio apostólico que él predicaba:

(1 Co 15:1-4) *“Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras.”*

Es importante que notemos que este evangelio que Pablo predicaba lo había recibido de Dios. No se trataba de la transmisión de sus propias ideas, sino que era un mensaje recibido por medio de la revelación inspirada de Dios. Y así debe ser también nuestra propia predicación. En este sentido debemos considerar una vez más el ejemplo del mismo Señor Jesucristo, cuando argumentando con los judíos de su tiempo les dijo: *“Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió”* (Jn 7:16). Si el mismo Hijo de Dios ajustó su enseñanza a lo recibido del Padre, cuanto más nosotros. Este evangelio proviene de

Dios, y por lo tanto es sagrado, así que no tenemos ningún derecho a alterar su contenido y debemos tener cuidado de no comunicarlo de manera indigna.

El predicador cristiano siempre puede caer en la tentación de cambiar este evangelio revelado por Dios y sustituirlo por la proclamación de las últimas novedades ideológicas, filosóficas, sociológicas, psicológicas, históricas o científicas del momento con el fin de presentar un mensaje aparentemente más intelectual. Otras veces la forma de pensar de nuestro mundo moderno nos incita a ser pensadores originales, y podemos llegar a sufrir mucha tensión en un mundo que constantemente espera escuchar y ver cosas nuevas, queriéndonos obligar de alguna manera a estar cambiando de forma permanente. En otras ocasiones, dado que nos movemos en una cultura del ocio y la diversión, donde todo lo que no entretiene, cansa y debe ser abandonado, es fácil ser tentados a convertir nuestros cultos en pequeños shows donde la predicación de la Palabra es casi inexistente. Así no es difícil encontrar muchos lugares en que la música acapara la mayor parte del protagonismo, y que los himnos del pasado que expresaban grandes conceptos bíblicos han sido sustituidos por canciones con mucho ritmo, carentes de contenido, en los que unas pequeñas frases son repetidas indefinidamente. Y de igual manera, se presiona al predicador para que sea breve y divertido, haciendo reír constantemente a su auditorio.

Pero si con la intención de agradar a los oyentes, el predicador abandona las Escrituras, o no las coloca en el lugar de prioridad que les corresponde, las consecuencias no se harán esperar. En primer lugar esto será considerado por el Señor como un acto de desobediencia, pero al mismo tiempo, nuestro mensaje no tendrá la capacidad de salvar a nadie. Sólo la revelación bíblica trae auténticas soluciones a la condición humana y es capaz de transformarla. Puede ser que una predicación de otro tipo fácilmente genere con mayor rapidez nuevos convertidos que “nacerán” emocionados por cierto ambiente creado por el predicador o la congregación, pero que poco después “morirán” con la misma velocidad cuando la emoción desaparezca.

Vivimos tiempos en los que ya se aprecian las consecuencias de la predicación de la teología liberal tan de moda en muchos círculos. Empezaron por poner en duda la inspiración plena de la Biblia para pasar inmediatamente a quitar de ella todo aquello que sonara a milagroso. Finalmente sólo dejaron algunos principios morales y éticos que eran enseñados sin ninguna autoridad divina. Un “evangelio” de este tipo nunca podrá ofrecer respuestas a los graves problemas del hombre moderno, ni tampoco podrá salvarlo de sus pecados. Así que ante la falta de una predicación bíblica que actuara como muro de contención frente a la inmoralidad del mundo, cada día vemos como el mal toma forma de ley y avanza a grandes pasos. Y no cabe duda de que la Iglesia cristiana ha tenido una importante responsabilidad en todo ello al haber fallado en su misión de predicar el evangelio con fidelidad.

En este sentido hemos de tener en cuenta dos importantes advertencias del apóstol Pablo en cuanto a la posibilidad de predicar un falso evangelio o a otro “Jesús”.

(Ga 1:6-8) “Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema.”

(2 Co 11:4) “Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis.”

Nuestra predicación del evangelio debe ser fiel a la Palabra; sin encubrir ni exagerar nada, no buscando despertar vanas emociones, sino que se produzca en las personas el arrepentimiento y la fe. Evitando hacer afirmaciones sorprendentes únicamente para causar sensación o conseguir el beneplácito de quienes nos escuchan. Debemos rechazar técnicas sentimentales baratas u ofrecer falsas promesas, y nunca jugar con el miedo de la gente. Sino por el contrario, presentar toda la Palabra de Dios con argumentos y evidencias bien razonados, incluso informando de aquellas doctrinas que de antemano sabemos que no son populares o que no resultan elegantes para la mentalidad moderna.

Otro aspecto que tal vez debamos considerar en este punto es la importancia de nuestro propio testimonio personal en la predicación del evangelio. Sin lugar a dudas las personas escucharán con interés nuestra experiencia, y de alguna manera servirá para acreditar la eficacia del mensaje que predicamos. Pero dicho esto, no debemos olvidar que esto no es la proclamación del evangelio que se basa en hechos históricos centrados en la persona de Cristo y recogidos en su revelación que es la Biblia. Con facilidad observaremos que las mismas personas que aceptan sin dificultad nuestras experiencias subjetivas, al mismo tiempo rechazarán la predicación del mensaje bíblico. La razón es muy sencilla; la presentación de las demandas inequívocas del evangelio exigen del hombre una decisión que compromete toda su vida, algo que no ocurre cuando sólo compartimos nuestra propia experiencia.

Volvemos a insistir en que para cumplir fielmente la misión encomendada por el Señor es necesario instruir a las personas en toda la verdad (**Mt 28:20**). La tarea de ganar almas comienza por la enseñanza de la Palabra. Algunos parecen pensar que para evangelizar hay que evitar enseñar las grandes doctrinas de la fe cristiana, y que basta con hacer un llamamiento a las personas a creer. Pero ¿en qué es en lo que van a creer si no les hemos explicado los puntos fundamentales de la fe cristiana? Para esto nos puede servir de ejemplo la labor evangelística que el apóstol Pablo realizó en Éfeso durante varios años y que él resumió en su discurso a los ancianos cuando se encontró con ellos en la ciudad de Mileto:

(Hch 20:20-21) “Nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.”

El evangelio se dirige en primer lugar a la mente de los hombres; quiere hacernos pensar, razonar, reflexionar... Por lo tanto es fundamental que el predicador cristiano explique con honestidad todo el consejo de Dios. Sin evitar aquellos asuntos fundamentales que puedan encontrar resistencia u oposición en el oyente. Después de esto el mensaje pasará de la mente al corazón, produciendo las adecuadas emociones y llevando a la persona a un arrepentimiento sentido, doliéndose por sus pecados y acudiendo a Dios en busca de perdón y salvación. A partir de ahí también su voluntad se rendirá ante el señorío de Cristo, convirtiéndose de este modo en un cristiano y discípulo. Pero notemos que todo el proceso comienza por la mente. No creamos que las personas se pueden salvar si las mantenemos en la ignorancia, alimentándolas de simple palabrería o grandes alardes de oratoria. El arma que Dios esgrime para conquistar a los pecadores es la predicación de la Palabra.

(He 4:12) “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”

Una presentación deficiente de la verdad de Cristo engendra una fe deficiente que puede no llegar a salvar a la persona. Tal vez el crecimiento rápido, pero sin profundidad, que se

está produciendo en la actualidad en algunas partes del mundo deba ser un motivo de preocupación para nosotros. Y la única manera de solucionarlo es por medio de un conocimiento adecuado de la Palabra de Dios. Esta es una tarea urgente de la iglesia de nuestro tiempo. Debemos prepararnos adecuadamente para estar listos para dar razón de nuestra fe a todos los que nos lo demanden. Esto exige tiempo, pero fue el mandamiento del Señor: *“Haced discípulos, enseñándoles todas las cosas”*. Así lo entendió y lo practicó la iglesia primitiva. Veamos cómo Pablo exhortaba a Timoteo:

(2 Ti 2:2) *“Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.”*

Es necesario enseñar la Palabra, no sólo rescatar. Y comprobamos que cuando dedicamos tiempo a esto, el testimonio se multiplica sorprendentemente. Esto ha quedado perfectamente recogido en la historia de la iglesia primitiva tal como la encontramos en el libro de los Hechos, donde vemos que la predicación de la Palabra era acompañada por el crecimiento de la Iglesia. Podemos verlo en los resúmenes que Lucas hace a lo largo del libro **(Hch 6:7) (Hch 12:24) (Hch 19:20)**.

Ahora bien, puesto que este mensaje que proclamamos viene de Dios, nuestra predicación debe ser con autoridad. Es cierto que algunos rechazan este modelo por parecerles arrogante, carente de humildad y dogmático. En nuestros tiempos de tolerancia, donde todo vale lo mismo y por lo tanto, cada creencia debe ser respetada y aceptada por igual, predicar la verdad revelada de Dios que encontramos en la Biblia, colocándola por encima de todas las demás creencias, será interpretado sin lugar a dudas como un orgullo injustificable. Por esta razón se nos presiona para que dialoguemos, discutamos y busquemos juntos la verdad, aceptando que las ideas y razonamientos de otros pueden ser igualmente válidos y por lo tanto aceptados con la misma autoridad que la Palabra de Dios. Sin duda, esta autoridad con que se expresa la Biblia y que también vemos en el Señor Jesucristo, es uno de los asuntos que más molesta a las personas que escuchan el evangelio cristiano y que en muchas ocasiones les lleva a rebelarse. Pero veamos que realmente fue en estos términos que se expresaron tanto el Señor como sus apóstoles:

(Jn 14:6) *“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”*

(Hch 4:11-12) *“Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.”*

Por lo tanto, nosotros también debemos predicar con esta autoridad que el Señor Jesucristo ha delegado en nosotros **(Mt 28:18-19)**, reconociendo siempre el carácter sobrenatural de la revelación divina. Ahora bien, esto no quita que en nuestra predicación debamos manifestar la humildad como una característica esencial. Y no porque dudemos del poder de la Palabra, sino porque como ya hemos señalado, nosotros no somos los autores del mensaje, sino sólo los transmisores. Además, cuando llamamos a las personas al arrepentimiento y a la reconciliación con Dios, no lo podemos hacer desde un plano de superioridad, olvidando que nosotros mismos también hemos tenido que reconocer con vergüenza nuestra condición de perdidos y hemos acudido a Dios en busca de la salvación que de ninguna manera podríamos haber ganado por nosotros mismos. Y por otro lado, si somos capaces de escuchar las objeciones de la otra persona, esto nos ayudará a ganarnos su respeto y también a comprender mejor cuáles son aquellas cuestiones específicas en las que debemos incidir en nuestra predicación.

En cualquier caso, siempre debemos estar en guardia contra actitudes de arrogancia por nuestra parte, e incluso, quizá tengamos que reconocer que en ocasiones hemos podido pecar de falta de humildad y de un sentido de superioridad sobre las personas a las que hemos predicado.

El apóstol Pablo nos dejó una sencilla ilustración para entender el equilibrio que debe haber entre la autoridad y la humildad del auténtico predicador del evangelio cristiano:

(2 Co 4:7) “Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.”

Queda clara la fragilidad del recipiente exterior en el que Dios en su gracia ha decidido colocar el tesoro del evangelio. Ahora nuestra labor consiste en abrir el frágil vaso de barro para que de él salga el evangelio que es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree **(Ro 1:16)**.

8. Los recursos para llevar a cabo la misión: la oración

En el mismo momento en que intentamos llevar a cabo el cumplimiento de la misión nos damos cuenta de que estamos inmersos en una guerra espiritual. Por esto Pablo exhortaba a los creyentes de esta forma:

(Ef 6:10-12) “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.”

El apóstol era consciente de que en esta lucha espiritual contra las fuerzas satánicas, las técnicas humanas resultan completamente inútiles. Y en ese mismo pasaje, después de describir los diversos componentes de la armadura del cristiano, Pablo concluye pidiendo las oraciones de los creyentes a su favor como un arma eficaz en esta lucha:

(Ef 6:17-19) “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio.”

La oración es vital porque abre oportunidades para testificar.

(Col 4:2-4) “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias; orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Dios, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar.”

También encontramos que la iglesia primitiva oraba para tener valor para hablar a otros de Cristo en medio de la persecución.

(Hch 4:29) “Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra.”

9. Los recursos para la misión: “estar con Jesús”

La efectividad de cualquier servicio que realicemos para el Señor depende de nuestra comunión con él. Volvamos a escuchar las palabras de Jesús:

(Jn 15:5) “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.”

Para que un cristiano pueda dar fruto que glorifique a Dios, éste debe tener sus raíces espirituales bien hundidas en la corriente de la vida que es Cristo. Y aunque esto lo sabemos, es importante recordarlo, porque es fácil lanzarnos en una carrera frenética para hacer muchas cosas para el Señor sin tener previamente la necesaria comunión con él. Y a menos que las entradas excedan a las salidas, rápidamente entraremos en bancarrota.

Cuando el Señor llamó a sus discípulos les dijo lo siguiente: *“Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres” (Mr 1:17)*. Recordemos que en ese momento ellos eran pescadores en el mar de Galilea, pero si seguían a Jesús, él los convertiría en *“pescadores de hombres”* y serían enviados como apóstoles a las naciones. No cabe duda de que no era nada probable que unos humildes pescadores se convirtieran en competentes predicadores de la Palabra que llegaran a inundar el Imperio Romano con el Evangelio. La única explicación posible es que realmente Jesús los convirtió en aquello que les había dicho, puesto que ellos a su vez dejaron sus redes para seguir en pos de él.

Seguramente muchos de nosotros aspiramos a ser útiles en la Obra del Señor y buscamos la forma de conseguirlo. En muchas ocasiones pensamos que tal vez algunos cursos de entrenamiento nos capacitarán para ello, pero la verdad es que si esto no nos lleva a tener una comunión más cercana con el Señor, no nos servirán de nada.

En este sentido, es interesante notar que hasta los mismos enemigos del evangelio que habían crucificado al Señor, cuando interrogaron a los apóstoles quedaron admirados por su sabiduría, y la única explicación que pudieron encontrar es que *“habían estado con Jesús”*.

(Hch 4:13) “Entonces viendo el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús.”

10. Los recursos para la misión: el Espíritu Santo

Ya hemos considerado que la labor evangelística llevada a cabo por los primeros cristianos no podía comenzar hasta que hubiera descendido sobre ellos el Espíritu Santo (**Hch 1:4-8**). Este solo hecho debería bastarnos para considerar la importancia fundamental que el Espíritu Santo tiene en la evangelización. Tal es así, que el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde se recogen los grandes avances de la evangelización a nivel mundial, algunos estudiosos prefieren llamarlo el libro de los “Hechos del Espíritu Santo”, y seguramente tienen toda la razón.

No debemos olvidar que aquella iglesia que surgió a raíz de la muerte y resurrección del Señor Jesucristo carecía de poder político, social o económico. En esas condiciones, muchos cristianos en la actualidad pensarían que poco o nada se puede hacer. Sin embargo, el resultado fue justamente el contrario. En muy pocos años el evangelio había llegado hasta el mismo corazón del Imperio Romano, haciéndose presente por todas partes. Tal vez extrañe a la mentalidad moderna que aquellos primeros evangelistas, que no eran apoyados por ninguna gran organización misionera, y que además sufrían continuamente de una fuerte oposición en la mayoría de los sitios a donde llegaban, pudieran sin embargo llegar a formar iglesias locales por todas las ciudades importantes de aquel entonces. ¿Cuál era su secreto? El libro de los Hechos nos lo aclara: El Espíritu Santo era el encargado de llevar a cabo esta obra, y los evangelistas eran utilizados libremente por él.

Esto era exactamente lo que el mismo Señor Jesucristo les había enseñado a sus discípulos. Cuando estaban en el aposento alto, les anunció que en su ausencia les enviaría el Espíritu Santo, quien además de consolarles, haría dos labores muy

importantes. Primeramente ocuparía su lugar en la enseñanza, recordándoles lo que ya habían oído y completando aquello que todavía les faltaba (**Jn 14:26**) (**Jn 16:12-13**). Y en segundo lugar, el Espíritu Santo no sólo haría una obra importante entre los creyentes, sino también en el mundo:

(Jn 16:8-12) “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.”

El Espíritu Santo convence al mundo de tres realidades morales y espirituales: En primer lugar de la seriedad de su pecado contra Dios, y en especial de su pecado de incredulidad por rechazar a Cristo. En segundo lugar, convence al mundo de la posibilidad de justicia, por cuanto Dios ha aceptado el sacrificio de Jesús y lo ha exaltado a su diestra en el cielo. Y en tercer lugar, de la inevitabilidad del juicio, puesto que Satanás, el promotor de la rebelión contra Dios ya ha sido juzgado.

Por lo tanto, el “actor principal” en la misión de la iglesia cristiana es el Espíritu Santo. Es él quien testifica de Cristo, aunque por supuesto, esto no anula en ninguna manera la responsabilidad de la propia iglesia (**Ez 3:18-19**), pero sin su testimonio, el nuestro es inútil.

(Jn 15:26-27) “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio.”

El Espíritu ilumina la mente, revelando la verdad de Dios y abriendo los ojos de los ciegos, enfocando su luz sobre la persona de Jesucristo. Es él quien unge al mensajero, confirma la palabra, prepara al oyente, convence al pecador, da vida a los muertos, nos une al Cuerpo de Cristo, nos asegura que somos hijos de Dios, nos encamina hacia un carácter y un servicio semejantes a los de Cristo, y, a su vez, nos hace salir para ser testigos de Cristo. En todo esto la principal preocupación del Espíritu Santo es glorificar a Jesucristo manifestándolo y formándolo en nosotros. Sólo el Espíritu Santo de Dios puede tomar las palabras dichas en debilidad humana y hacer que lleguen con poder a la mente, la conciencia y la voluntad de los oyentes.

Estos hechos, tan patentes para los cristianos en el primer siglo, en buena medida se olvidan en el nuestro. De manera que hemos perdido el vigor y el sentido de orientación, convirtiendo la iniciativa divina en una empresa humana. Todo depende de nosotros, de nuestras habilidades, conocimientos, recursos, estrategias, técnicas, sabiduría, organización... Pero sólo en la medida en que el Espíritu Santo domine la obra y a los obreros, podremos esperar que haya progreso en la tarea de llevar el conocimiento de Cristo a todos los pueblos.

Pero si tan grave es el hecho de sentirnos autosuficientes ante la labor encomendada, no lo es menos la postura opuesta, aquella que nos lleva a pensar que porque el Espíritu Santo es el encargado de llevar a cabo la tarea, por lo tanto, nosotros ya no tenemos nada que hacer. Esta pereza espiritual no encuentra ninguna justificación en la Biblia. No hemos de olvidar que el Espíritu obra por dos medios principales: su Palabra y su Iglesia. Esto nos debe llevar a estudiar con seriedad toda la Biblia y a predicarla también a otros, viviendo lo aprendido en la plenitud del Espíritu. De esta manera podremos ser utilizados por Dios. Porque no hemos de ignorar que él no suprime nuestra personalidad, sino que la potencia para su gloria, por eso es muy importante el dedicar tiempo a formarse adecuadamente en el conocimiento de la Palabra.

Concluimos este apartado sacando una deducción lógica de lo que acabamos de ver. Si el Espíritu Santo es un Espíritu misionero, la evangelización debería surgir espontáneamente de una iglesia llena del Espíritu. Una iglesia que no evangeliza necesita urgentemente ser renovada espiritualmente.

Preguntas

1. Enumere con sus propias palabras los aspectos fundamentales en los que consiste la misión encomendada por el Señor a la Iglesia.
2. Haga un resumen de los siguientes puntos: el fundamento de la misión, el estímulo para llevar a cabo la misión, el propósito de la misión, la finalidad de la misión, la motivación para la misión. Aporte al menos un versículo bíblico que justifique su respuesta en cada caso.
3. ¿Qué importancia tiene la Palabra en la evangelización? ¿Por qué? ¿Cuáles son los puntos fundamentales de los que se debería tratar en una predicación del evangelio? Justifíquelo con la Biblia. ¿Cree que se puede predicar un evangelio diferente al que aparece en la Palabra? Ponga ejemplos bíblicos y también otros que puedan estar ocurriendo en la actualidad.
4. ¿Por qué es importante la oración en el cumplimiento de la misión? ¿Por qué cosas concretas cree que es necesario orar?
5. Hemos considerado en la lección la importancia que tiene el Espíritu Santo en la evangelización. Resuma con sus propias palabras los principales puntos.

La gran comisión (2ª parte) - Marcos 16:15-18

(Mr 16:14-20) “Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.”

“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio”

I. El alcance de la misión

Antes de su ascensión el Señor Jesucristo mandó a sus discípulos que fueran por todo el mundo predicando el evangelio a toda criatura (**Mr 16:15**), haciendo discípulos de todas las naciones (**Mt 28:19**). De hecho, detalló cuál había de ser la hoja de ruta que deberían seguir sus discípulos:

(Hch 1:8) “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.”

Es evidente que el Señor enfatizó en repetidas ocasiones que el evangelio debía ser predicado hasta el último rincón de este mundo. Sin embargo, como en muchas otras ocasiones después, llegó el momento en que la iglesia primitiva se quedó atascada en Jerusalén y sólo fue por causa de la persecución que el evangelio llegó a proclamarse fuera de los límites de Judá.

Sabemos por experiencia que es fácil perder de vista esta visión misionera. Con facilidad podemos llegar a estar tan ocupados dentro de mil y una actividades dentro de la propia iglesia local, que olvidamos nuestra responsabilidad con los perdidos que están afuera. Pero una iglesia que se limita a mirar hacia adentro, ha perdido su razón de ser en este mundo perdido, y además, está desobedeciendo el mandamiento de Dios. Es muy probable que la mayoría de nosotros no podamos ir al otro extremo del mundo a predicar, pero siempre tendremos oportunidades a nuestro alrededor que debemos aprovechar.

En relación con el alcance de la misión, puede ser interesante considerar la diferencia que había entre el Antiguo y el Nuevo Testamento en relación con la misión que le fue encomendada al pueblo de Dios bajo cada pacto. Por ejemplo, no encontramos ningún mandamiento explícito para que los israelitas fueran a las naciones para predicarles la ley de Dios. Es cierto que se esperaba que las naciones escucharían la Palabra de Dios y se interesarían por ella viendo los elevados principios allí expuestos. Pero no hay indicios de que Dios hubiera tenido la intención de que los israelitas viajaran a otras naciones para desafiar la adoración de otros dioses y para llamarles al arrepentimiento y a la fe en la Semente prometida a Abraham. En realidad, se esperaba que en el antiguo pacto las naciones fueran hasta Jerusalén y allí visitaran el templo de Dios. De hecho, esto es algo que está profetizado y todavía no se ha cumplido:

(Is 2:2-3) “Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará

sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.”

Pero como ya hemos tenido ocasión de ver, en el Nuevo Testamento hay un cambio radical en cuanto a la misión de la Iglesia en el mundo. A los cristianos se nos manda expresamente que vayamos a las naciones a predicarles el evangelio.

Hemos de notar que el Señor Jesucristo fue el primer misionero en este sentido que ahora estamos considerando. En el mismo comienzo de su ministerio público, estando en la sinagoga en su pueblo Nazaret, leyó una porción de las Escrituras que anunciaba el carácter misionero del Mesías:

(Lc 4:18-21) “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.”

A partir de ese momento encontramos a Jesús llevando el mensaje del reino de Dios a todas partes, incluyendo varios viajes por los países limítrofes con Israel. Y de la misma manera, cuando llamó a sus discípulos, lo hizo también con la intención de que ellos mismos llegaran a ser *“pescadores de hombres” (Mr 1:17)*. Es cierto que durante un periodo de su ministerio, tanto él como sus discípulos se limitaron de forma deliberada a las *“ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt 10:6) (Mt 15:24)*, pero con esto nunca quiso decir que no tuviera interés, o excluyera definitivamente al resto del mundo. Era una cuestión de prioridades, como más tarde explicó el apóstol Pablo: *“al judío primeramente, y también al griego” (Ro 1:16)*. De hecho, Jesús tuvo diferentes encuentros con personas gentiles y no dejó de admirar su fe *(Mt 8:10) (Mt 15:28)*. Incluso cuando visitó la región pagana de Decápolis al otro lado del Mar de Galilea, liberó a un endemoniado que estaba poseído por una legión de demonios y después de eso lo envió como el primer misionero entre los gentiles: *“Le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti” (Mr 5:19)*. Incluso anuló las distinciones alimenticias que constituían el mayor obstáculo para que un judío pudiera relacionarse con un gentil *(Mr 7:19)*, algo que el Señor le tuvo que volver a recordar a Pedro años después cuando Dios se disponía a comenzar la extensión del evangelio entre los gentiles *(Hch 10:15)*.

Pero si bien era necesario dar prioridad a la nación judía, su persistente rechazo hizo que finalmente fueran desechados y que en su lugar el Señor se dirigiera a los gentiles. Jesús anunció esto justo antes de su muerte, cuando el conflicto con las autoridades judías había llegado a su clímax. Fue entonces cuando contó la parábola de los labradores malvados, en referencia a las autoridades de la nación judía, anunciando su veredicto final: *“¿Qué, pues, hará el señor de la viña? Vendrá, y destruirá a los labradores y dará su viña a otros” (Mr 12:9)*. De esta manera Jesús señaló el final del monopolio del pueblo judío sobre la viña de Dios, dando lugar así a que otros fueran llamados a servir a Dios en su reino.

Por esa razón, a partir de la ascensión de Jesús, sus discípulos continuaron esta labor misionera que había emprendido el Señor, pero a diferencia del antiguo pacto, en el que se esperaba que las naciones acudieran al templo en Jerusalén para su adoración, ahora la Iglesia es enviada hasta el fin del mundo con el fin de hacer un llamamiento universal a todas naciones para que vayan a Cristo con arrepentimiento y fe.

2. Los encargados de llevar a cabo la misión

Las últimas instrucciones que el Señor Jesucristo dio a sus discípulos antes de ascender al cielo fueron que debían quedarse en Jerusalén hasta que recibiesen el Espíritu Santo y que sólo después debían ser testigos suyos hasta lo último de la tierra (**Hch 1:4-8**). La conclusión lógica de este mandamiento es que para ser un predicador del evangelio es imprescindible tener el Espíritu Santo, o lo que es lo mismo, ser un auténtico cristiano.

Por otro lado, el mandamiento fue dado a los discípulos que habían estado con Jesús y habían sido testigos de su muerte y resurrección, lo que los constituía en testigos fidedignos de las verdades que anunciaban. Por supuesto, este mandamiento no se limitaba exclusivamente a los apóstoles, sino a cualquier discípulo de Jesús que previamente haya llegado a tener una relación personal con él, identificándonos con su muerte en la cruz y viviendo la realidad de una nueva vida por el poder de su resurrección.

Por lo tanto, los encargados de llevar a cabo esta misión deben ser todos los cristianos. Cuando pensamos en esto, nos damos cuenta del inmenso privilegio que Dios ha dado a su Iglesia. Él ha decidido enviar a sus seguidores a hacer discípulos a todas las naciones. Esto quiere decir que Dios no llama a las personas directamente desde el cielo, ni siquiera a través de ningún ángel, sino por medio de sus redimidos. Por lo tanto, el aceptar o rechazar a un predicador del evangelio, implica necesariamente aceptar o rechazar a Dios mismo. Jesús dijo:

(Lc 10:16) *“El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió.”*

Cuando llegamos a ser conscientes del inmenso privilegio y responsabilidad que esto implica, entonces fácilmente llegamos a experimentar la misma sensación de inadecuación que tuvo Moisés ante la zarza ardiente: *“¿Quién soy yo?”* (**Ex 3:11**); o la conciencia de nuestra propia pecaminosidad que nos llevará a exclamar como Simón Pedro *“Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”* (**Lc 5:8**).

Pablo expresaba su asombro cuando escribiendo a los tesalonicenses les dijo: *“Fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio”* (**1 Ts 2:4**). ¡Qué gran confianza! El evangelio de Dios, el único medio para salvar eternamente al pecador ha sido confiado sólo al pueblo de Dios. Es un inmenso privilegio ser portadores de esta bendición única y especial de Dios para todas las naciones.

Absolutamente todos los creyentes tenemos este increíble privilegio, y las épocas en las que el evangelio se ha expandido más ampliamente ha sido debido al testimonio fiel de infinidad de sencillos cristianos, que aprovechando las oportunidades que en la vida diaria se presentan, han compartido con otros el evangelio de Jesucristo. Es triste cuando la evangelización se convierte en una actividad especial de la iglesia. Los primeros cristianos entendieron que toda su vivencia en la sociedad era un acto de testimonio y cada conversación una oportunidad para testificar, y por eso la iglesia creció rápidamente. Ellos no tenían que organizar reuniones evangelísticas especiales, porque su vida entera era un testimonio elocuente de su fe.

Pero habiendo dicho esto, también es cierto que Dios ha capacitado a algunos creyentes con un don especial para la comunicación del evangelio y la formación de nuevas iglesias: (**Ef 4:11**). *“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros”*.

En cualquier caso, queda claro que Dios quiere utilizarnos, pero ¿anhelamos ser utilizados? Predicar el evangelio es un privilegio, y *“el que gana almas es sabio”* (**Pr**

11:30). Pero muchas veces empleamos nuestro tiempo y los dones que Dios nos ha dado para otras muchas cosas, olvidando lo que verdaderamente es importante. ¿Qué puede ser más sabio que bendecir a nuestros semejantes en el sentido más elevado al arrebatarnos sus almas del infierno y de la esclavitud de Satanás?

3. El modelo para llevar a cabo la misión

El evangelio de Juan hace referencia a la gran comisión en estos términos: *“Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Jn 20:21)*. Aquí podemos ver que además de tener el mandato de llevar a cabo la misión, también encontramos el modelo según el cual debemos realizarla.

Notemos que Cristo nos envía al mundo de la misma forma que el Padre lo envió a él (**Jn 17:18**). Por lo tanto, nuestra misión se ha de modelar en la de él. Ahora bien, cuando pensamos en la venida del Hijo a este mundo por medio de su encarnación, nos damos cuenta de que éste fue el mayor proceso de identificación cultural en la historia de la humanidad. Cristo dejó su santo y glorioso cielo, para venir a un mundo presidido por el pecado y la tragedia humanas. Pablo describe este proceso en su carta a los filipenses:

(Fil 2:6-8) “El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”

Es bien cierto que su identificación con nuestro mundo fue real, al punto que adoptó nuestra naturaleza, vivió nuestra vida, soportó nuestras tentaciones, experimentó nuestros sufrimientos y sintió nuestros dolores. Penetró profundamente en nuestra humanidad. Jamás se mantuvo apartado de la gente que tal vez se podría haber esperado que trataría de evitar. Se hizo amigo de los desahuciados por la sociedad. Hasta tocaba a los intocables. No podría haberse acercado más de lo que lo hizo. Se trataba de una total identificación por amor. Sin embargo, no hemos de olvidar que en ningún momento perdió su propia identidad como Hijo de Dios.

Y de la misma manera, los creyentes somos enviados al mundo con el fin de buscar y llamar a los pecadores, pero en este proceso debemos tener mucho cuidado de no perder nuestra identidad como hijos de Dios, comprometiendo nuestras convicciones y valores cristianos.

Además, debemos notar también otro paralelismo: *“Como el Padre me envió”*. Es decir, cuando Cristo vino al mundo lo hizo en reconocimiento de la autoridad del Padre que le enviaba. Y de la misma forma, para que nosotros llevemos a cabo correctamente la misión encomendada tendremos que someternos a la autoridad de Cristo. Para ello debemos renunciar a los privilegios, la seguridad, la comodidad, la indiferencia, a fin de meternos en el mundo de los demás, así como él hizo con el nuestro; que nos humillemos hasta hacernos siervos, como hizo él; que soportemos el dolor de ser odiados por el mundo hostil al que somos enviados y que compartamos las buenas noticias con la gente donde ella se encuentre.

El apóstol Pablo entendió perfectamente este modelo y lo aplicó en su propio ministerio:

(1 Co 9:20-22) “Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos.”

Antes de buscar nuevos métodos y estrategias para la realización de la misión, debemos volver a mirar el modelo de Cristo. De otro modo, corremos el peligro de copiar los mismos principios con las que las empresas llevan a cabo el cumplimiento de sus objetivos, convirtiendo así la misión en una obra humana.

4. El coste de la misión

Cuando el Señor Jesucristo envió a sus discípulos a predicar el evangelio por todo el mundo, no ocultó que esto había de tener un elevado coste para ellos. Se lo anunció cuando les dijo: *“Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Jn 20:21)*. Y todos sabemos que él fue enviado a morir por los hombres para poder llegar a ser su Salvador. Y de la misma manera, nosotros no podremos servirle adecuadamente si no tomamos nuestra cruz.

(Mr 8:34) “Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.”

En otra ocasión dijo:

(Jn 12:24) “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.”

El Señor no nos ha llamado a una vida fácil, ni tampoco nos ha garantizado que la misión vaya a ser cómoda.

(Lc 21:12-13) “... Os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre. Y esto os será ocasión para dar testimonio.”

Se puede decir con claridad que el Señor afirmó que es imposible llevar a cabo fielmente esta misión sin sufrimiento. Los apóstoles no tardaron en comprobarlo, cuando a raíz de sus primeras predicaciones comenzaron a ser perseguidos por las autoridades judías que unas semanas antes habían logrado la ejecución de Jesús. Y esta oposición feroz les acompañó en todos los lugares a donde llegaron predicando el evangelio. Sólo su convicción inquebrantable de que Jesús realmente había resucitado, y de que ellos también resucitarían, fue lo que les llevó a perseverar hasta el final.

Y desde la época apostólica hasta nuestros días las páginas de la historia de la iglesia están repletas de innumerables ejemplos de sufrimiento por causa del evangelio. No es accidental que la palabra griega usada para *“testigo”* sea *“mártir”*.

No existen fórmulas fáciles para llevar a cabo la misión. Si deseamos ganar almas para el evangelio debemos estar dispuestos a *“crucificar”* nuestros planes, nuestras ideas, nuestros gustos, nuestras inclinaciones, nuestra comodidad, nuestro prestigio, nuestras ambiciones...

Viendo la libertad que en la actualidad hay en algunos países, tal vez podemos engañarnos pensando que los tiempos han cambiado y que ahora todo va a ser más fácil para nosotros. Pero si vivimos como Jesús y denunciemos el pecado como él lo hacía, no tardaremos en comprobar que todo el furor del infierno se vuelve inmediatamente contra nosotros. Seguramente no suframos la muerte física, pero debemos estar preparados para soportar el sufrimiento de ser ridiculizados, la soledad de sentirnos aislados, el dolor de que se nos difame. Y esto sólo en aquellos países donde se respeta la libertad religiosa, porque hay muchos otros donde los cristianos pierden sus trabajos, posesiones, familias y hasta la vida misma por su fidelidad a Cristo.

¿Estamos listos para soportar el coste que la misión tiene? A muchos en nuestro tiempo les resulta extraño este llamamiento al sufrimiento como una condición para poder cumplir

fielmente con el mandamiento del Señor. En muchos círculos ya no se habla de sufrir por Cristo, sino que existe una tendencia evangélica cada vez más arraigada hacia el triunfalismo y la prosperidad. Este falso evangelio que promete salud y riqueza ciega a los cristianos materialistas sobre la realidad de las adversidades y sufrimientos que acompañan siempre al verdadero predicador del evangelio.

¿Estamos listos, entonces, para soportar el sufrimiento de ser ridiculizados, la soledad de sentirnos aislados, el dolor de que se hable en contra de nosotros y se nos difame? Más todavía, ¿estamos dispuestos, si fuese necesario, a morir con Cristo a la popularidad y la promoción, a la comodidad y el éxito, a nuestro innato sentido de superioridad personal y cultural, a nuestra egoísta ambición de ser ricos, famosos o poderosos? No olvidemos que es la semilla que muere, la que se multiplica.

La primera persecución contra el cristianismo procedió del mismo judaísmo, y tenía como finalidad destruirlo en su mismo origen. En realidad no debería haber sido así, sino que los judíos, que conocían bien la Palabra y eran el pueblo escogido de Dios, deberían haber sido los primeros en recibir a Cristo. Sin embargo, lo que ocurrió fue justo lo contrario, dejándonos un ejemplo de lo que más tarde ha venido ocurriendo a lo largo de toda la historia, donde hemos tenido ocasión de comprobar cómo durante siglos la mayor persecución contra la iglesia de Cristo ha llegado desde ámbitos llamados “cristianos”, que paradójicamente han prohibido y quemado Biblias junto con aquellos que las leían o distribuían.

Por supuesto, ésta no ha sido la única persecución que el cristianismo ha conocido, sino que desde el comienzo también chocó con el Imperio Romano, y desde entonces ha sido objeto de la intolerancia de regímenes totalitarios de todos los tipos, que han perseguido y matado a quienes se han negado a renunciar a su lealtad a Cristo. Y no debemos olvidar que esto sigue ocurriendo en muchos lugares de este mundo también en el presente.

Pero ningún sufrimiento por la causa de Cristo es en vano, y en muchos casos, tal como escribió Tertuliano, “la sangre de los mártires es la semilla de los nuevos cristianos”. Y así ocurrió con la persecución del Imperio Romano, que en muchos casos sólo conseguía que la muerte de los cristianos como mártires atrajera más personas a la fe en Cristo.

Seguramente esto resulta incomprendible a muchos teólogos liberales de nuestro tiempo, que dudan y generan dudas sobre todas las doctrinas cristianas. Para ellos todas las verdades son relativas y objeto de discusión. Difícilmente podrán encontrar algo en su concepción del “cristianismo” por lo que valga la pena dar la vida o sufrir persecución. Y por lo tanto, seguramente les parecerá absurdo el hecho de que los apóstoles y tantos miles de cristianos después de ellos dieran sus vidas por creer en aquello de lo que ellos nos quieren convencer de que nos son verdades de las que podemos estar seguros. Es evidente de que a pesar de tener muchos conocimientos intelectuales sobre teología, les falta una relación personal y viva con Cristo.

5. La duración de la misión

La Segunda Venida de Jesús está ligada con la misión de la iglesia. Cuando el Señor regrese a este mundo terminará el período misionero que comenzó con Pentecostés. Así que tenemos un tiempo limitado en el cual completar la responsabilidad que nos ha sido dada por Dios. Es preciso, por lo tanto, que recuperemos la ferviente expectativa escatológica de los primeros cristianos, juntamente con el sentido de urgencia que ella les proporcionó. Jesús había prometido que el fin no vendría hasta que el evangelio del reino hubiese sido predicado por todo el mundo a todas las naciones (**Mr 13:10**). Y nosotros no tenemos libertad para suponer que tenemos mucho tiempo por delante, y que por ello podemos arrastrar los pies o aminorar el paso en la tarea misionera. Por el contrario, la

iglesia debe estar en marcha, apresurándose a llegar hasta lo último de la tierra para llamar a todos los hombres a la reconciliación con Dios, mientras se prepara para su encuentro eterno con su Señor, quien reunirá a todos para formar un solo pueblo.

6. El momento de rendir cuentas

El regreso del Señor para recoger a su Iglesia será el momento de rendir cuentas por lo que hayamos hecho.

(2 Co 5:10) *“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.”*

Evidentemente aquí no se trata del juicio universal relacionado con nuestro destino eterno que encontramos descrito en **(Ap 20:11-15)**. Este es un juicio especial del pueblo de Dios relacionado con nuestra vida y ministerios cristianos y tiene que ver con la promesa de reconocimiento y recompensa por el trabajo bien hecho para el Señor, aunque también puede ocurrir lo contrario.

(1 Co 3:14-15) *“Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.”*

Por supuesto, cualquier tipo de recompensa que pudiéramos recibir será por la gracia de Dios, y nunca podrá ser motivo de orgullo.

Y en cuanto a en qué consistirán estas recompensas, seguramente tendrán que ver con nuestra participación en el evangelio. Pablo explicaba la razón de todo su trabajo y su abnegación en la tarea de predicar el evangelio de esta manera:

(1 Co 9:23) *“Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él.”*

El apóstol quería hacerse “copartícipe” en el evangelio al darlo a conocer gratuitamente a todos los hombres. Y sin lugar a dudas, el poder ver a una persona salvada y transformada por el poder del evangelio, ya es en sí mismo una enorme recompensa que produce mayor gozo y satisfacción que cualquier otra cosa que pudiéramos llegar a tener en esta vida. Pero aun será mayor el gozo que sentiremos si nuestra labor es agradable al Señor y pronuncia sobre nosotros las palabras de la parábola: *“Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25:21)*. Lo que indica que podremos seguir disfrutando de este gozo durante toda la eternidad, a la vez que podremos participar más ampliamente de los beneficios eternos del evangelio.

Pero el tiempo se acaba y la Segunda Venida de Cristo se acerca, lo que nos debe ofrecer un sano estímulo para predicar la Palabra y testificar de nuestra fe con mayor fidelidad. Pablo exhortaba a Timoteo en este sentido:

(2 Ti 4:1-2) *“Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina.”*

Debemos vivir y servir al Señor conscientes de la inminencia del regreso de Cristo. Desde la perspectiva bíblica el tiempo es corto, la necesidad es grande y por lo tanto, la tarea urgente. Muchos hombres y mujeres se dirigen hacia una condenación eterna y deben ser advertidos del peligro, y esta es una responsabilidad que los creyentes tenemos como “atalayas”. Recordemos las solemnes palabras que encontramos en el profeta Ezequiel:

(Ez 33:6) “Pero si el atalaya viere venir la espada y no tocara la trompeta, y el pueblo no se apercibiere, y viniendo la espada, hiriere de él a alguno, éste fue tomado por causa de su pecado, pero demandaré su sangre de mano del atalaya.”

7. El reconocimiento de nuestro fracaso en el cumplimiento de la misión

Lamentablemente la Iglesia de Cristo de nuestro tiempo debe reconocer con tristeza que esta gran comisión recibida del Señor se ha convertido con frecuencia en la “gran omisión”. Es cierto que los cristianos creemos que Dios ama tanto al mundo que ha enviado a su Hijo para conseguir la salvación para toda la humanidad, pero sin embargo, pocas veces nos preocupamos por demostrar ese amor y comunicar las buenas nuevas al mundo. Muchas iglesias se ocupan por mantener la rutina de los cultos sin pararse a pensar para qué los ha colocado Dios en esa comunidad, en ese barrio, ciudad o en ese país. Este descuido ha llevado a que muchas iglesias que en el pasado fueron grandes, en este momento languidecen con unos pocos miembros, o directamente han tenido que cerrar sus puertas.

Seguramente la iglesia de Cristo ha fallado por caer en dos extremos igualmente dañinos: conformarse al mundo o separarse completamente de él.

En algunos casos la iglesia se ha identificado tanto con la cultura del mundo que ha perdido todo sentido de misión hacia ella. Se ha conformado tanto al mundo que ha asimilado sus perspectivas y valores, descuidando así su santidad. De esta manera ha perdido su capacidad para ser sal y luz del mundo **(Mt 5:13-16)**.

En otras ocasiones la iglesia ha estado tan absorbida por la rutina de sus propias necesidades que ha perdido de vista la necesidad de aquellos que están fuera y para los cuales los creyentes deberían ser mensajeros de Dios. La iglesia en esos casos se convierte en una especie de “club religioso” donde los “socios” disfrutan de ciertos intereses comunes, quedando fuera de su interés aquellos que no lo son. Pero si bien es cierto que la Iglesia es un pueblo que ha sido llamado a salir del mundo a fin de adorar a Dios, también ha sido nuevamente enviada al mundo a fin de dar testimonio de su fe en Cristo. Si nos retiramos del mundo para disfrutar egoístamente las bendiciones recibidas, es obvio que la misión resulta imposible, por cuanto perdemos el contacto.

El Señor Jesucristo explicó cuál debería ser la forma correcta en la que la iglesia se relacionara con el mundo: vivir en él, sin pertenecer a él.

(Jn 17:15-18) “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo.”

8. ¿Por qué muchos cristianos no evangelizan?

Podemos pensar en varias razones por las que probablemente muchos cristianos no comparten el evangelio con otras personas.

- Por mundanalidad y un testimonio inadecuado. La falta de coherencia entre el mensaje que predicamos y la vida que vivimos nos obliga en ocasiones a callarnos. Y hoy más que nunca la gente busca coherencia y autenticidad personal. Necesariamente el cristiano debe parecerse a aquello de lo cual está hablando, porque en muchas ocasiones, antes de escuchar lo que decimos, las personas ven cómo vivimos. En este sentido, seguramente una de las razones por las cuales la iglesia de Dios tiene actualmente tan poca influencia en el mundo es por la gran influencia que el mundo ejerce sobre ella. En muchos casos la sal se ha desvanecido y la luz ha sido ocultada debajo de otras cosas.

- Por falta de convicción personal. Evidentemente, el predicador que duda, no convence a nadie. Es necesaria la fe en la Palabra de Dios. Pablo estaba plenamente convencido del poder que tiene el evangelio para salvar a cualquier persona que llega a creer (**Ro 1:16**). Pero para alcanzar este tipo de convicción, primero es necesario que la Palabra quede grabada en aquellos que la predicán.
- Por temor a la gente y a un posible rechazo.
- Por la indiferencia y el menosprecio con que la gente trata los asuntos espirituales. Cuando hablamos con ellos, muchas veces nos da la impresión de que están como anestesiados, mantienen sus constantes vitales, pero parecen incapaces de mostrar ni interés, ni tampoco oponerse. Ante una situación así nos sentimos desanimados para comenzar una conversación.
- Por un espíritu derrotista. Muchos piensan que la gente no les va a escuchar y que por lo tanto es inútil evangelizar. Por supuesto, a esto hay que añadir la falta de confianza en el poder de la Palabra y en el obra del Espíritu Santo.
- Por estar involucrados en otras actividades, por ejemplo en la obra social, que en la actualidad goza de mayor prestigio que la evangelización. No olvidemos que en muchas ocasiones este tipo de labor, si bien muy buena y necesaria, no siempre incluye una predicación clara del evangelio.
- Por falta de perseverancia. Muchos cristianos tienen un buen comienzo, pero las dificultades terminan por frenarles. Y es imposible ver fruto sin perseverancia.
- Por comodidad y egoísmo. Tal vez nos encontramos cómodos en la iglesia dentro de nuestro círculo de amigos y no queremos que otros vengan a incomodarnos con sus problemas y necesidades. La iglesia es vista por estas personas más o menos como un club que funciona en beneficio de sus “socios” cuando la realidad debe ser mayormente la contraria.
- Por divisiones en el seno de la iglesia. Es probable que no haya nada tan perjudicial para la causa de Cristo como una iglesia que está despedazada por celos, rivalidades, calumnias y malicia. Una iglesia así necesita con urgencia ser radicalmente renovada en amor antes de poder llevar el evangelio a los perdidos. Los incrédulos ven esta desunión y es una piedra de tropiezo para que lleguen a creer. El diablo sabe bien que si logra destruir nuestra unidad, neutralizará nuestro testimonio.
- Por la hostilidad del mundo. Y con esto no sólo nos referimos a la persecución física que los cristianos sufren en muchos países en la actualidad, sino también a la oposición que las sociedades democráticas presentan contra todo concepto de evangelización. En nombre de la “tolerancia” se considera una agresión que una persona intente convertir a otra al cristianismo. Según ellos, esto supone un atropello a las libertades individuales y una forma inaceptable de arrogancia. Ellos parten de la base de que ninguna religión puede pretender tener el monopolio de la verdad, y que cada uno debe tener su propia forma de llegar a Dios, sin que nadie deba inmiscuirse en la vida privada de otros, o intentar imponerle sus puntos de vista. Este espíritu de falsa tolerancia, camina junto a la idea de que en asuntos morales no hay verdades absolutas, sino que todo es relativo. Nadie puede decir a otro lo que está bien o lo que está mal, y si alguien lo intenta, rápidamente será ridiculizado y tratado como arrogante e intolerante. Por lo tanto, en medio de este ambiente, hacer un llamamiento a las personas para que se arrepientan de sus pecados, será considerado como algo muy ofensivo, y si además les anunciamos el

evangelio de Jesucristo como el único medio para su salvación eterna, nos tacharán de fanáticos e intransigentes.

Conclusión

En nuestra sociedad actual, en la que en todos los ámbitos se fomenta cada vez más la especialización, parece que también se espera que en la iglesia haya personas concretas que se dediquen a la evangelización. Visto desde este punto de vista, podríamos decir que los obreros son pocos. Además, las dificultades que hemos considerado anteriormente, nos llevan de forma natural a rehuir cualquier implicación en esta tarea, y preferimos que sean otros quienes la realicen. Pero si cada creyente asumiera la responsabilidad de dar testimonio de su fe en el contexto en el que Dios le ha colocado, nos daríamos cuenta de que los obreros no son pocos. Jesús exhortó a sus discípulos para que pidieran más *“obrerros para la mies”*, y seguramente estaba pensando en personas dedicadas enteramente a la labor de evangelizar y establecer iglesias, pero sin embargo, quizá también estaba pensando en que cada discípulo suyo asumiera su propia responsabilidad en relación a la evangelización.

(Mt 9:37-38) “Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.”

No cabe duda que ganar un alma es mucho más difícil que conquistar una ciudad. Pero cada hermano y hermana, joven o viejo, debemos apasionarnos por llevar a cabo la misión que el Señor nos ha encomendado. Es urgente que clamemos al Señor para que nos dé almas. No nos podemos conformar con que ya tengamos una congregación, debemos mirar hacia el horizonte y esforzarnos porque el evangelio avance también a otros lugares allí en donde el Señor nos ha colocado.

Terminamos esta sección con la descripción que alguien ha hecho de un verdadero evangelista: “Con el mundo bajo sus pies, con el cielo en la mirada, con el evangelio en la mano y Cristo en su corazón, ruega como un embajador de Dios, no conociendo nada sino a Jesucristo, no gozándose en nada sino en la conversión de los pecadores, no esperando nada sino la promoción del reino de Dios, y no gloriándose en nada sino en la cruz de Cristo Jesús, por la cual él es crucificado al mundo y el mundo a él.”

“El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”

Antes de terminar este estudio debemos considerar dos aspectos más de la misión encomendada por el Señor y que no están exentos de cierta polémica. En primer lugar tenemos el tema del bautismo cristiano.

El Señor mandó que además de predicar el evangelio y de hacer discípulos, era necesario que las personas que creían fueran bautizadas.

(Mt 28:19) “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”

En el libro de los Hechos de los Apóstoles podemos ver que los primeros cristianos bautizaban inmediatamente a los convertidos. Por ejemplo, en la primera predicación de la era cristiana, después de que el apóstol Pedro predicara a los judíos, y ante el interés de éstos por aceptar a Cristo como su Salvador y Señor, él les dijo:

(Hch 2:38,41) *“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo... Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas.”*

Ahora bien, la cuestión que ha sido ampliamente debatida es si el bautismo cristiano es necesario para la salvación. Es decir, ¿puede una persona ser salva si sólo cree pero no llega a bautizarse? Algunos han interpretado estos versículos citados anteriormente como una prueba de que si la persona no llega a bautizarse no tendrá la salvación. Sin embargo, no podemos compartir este punto de vista por varias razones.

- En primer lugar debemos considerar la segunda parte del versículo que estamos estudiando: *“el que no creyere será condenado” (Mr 16:16)*. Esto coincide con otros muchos pasajes bíblicos donde se expone que la única condición para la salvación es la fe en Cristo, y que por lo tanto, la condenación viene únicamente por no creer.
- Cuando Pedro predicó el evangelio en la casa de Cornelio, los gentiles que escuchaban creyeron la Palabra y fueron salvos, recibiendo el Espíritu Santo, y después de esto fueron bautizados **(Hch 10:44-48)**. Es importante notar que ya habían sido salvados en el momento cuando se bautizaron.
- Al mismo ladrón de la cruz el Señor le garantizó la salvación por su fe, y evidentemente no tuvo ocasión de bautizarse **(Lc 23:43)**.
- El apóstol Pablo mostraba mucho interés por predicar el evangelio, sin embargo no hacía lo mismo en cuanto al bautismo, algo que sería incomprendible si el bautismo fuera imprescindible para la salvación: *“Doy gracias a Dios de que a ninguno de vosotros he bautizado, sino a Crispo y a Gayo... pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio” (1 Co 1:14,17)*.
- Además, no debemos olvidar que la salvación es sólo por la fe, sin las obras **(Ro 3:28)**. Y en el caso de que el bautismo fuera necesario para la salvación, sería una obra humana que habría que añadir a la fe.
- El bautismo cristiano es enseñado en la Escritura como un símbolo de lo que ocurre en la conversión. Pablo lo explica en **(Ro 6:3-4) (Col 2:12)**. Según este simbolismo, cuando la persona es sumergida en el agua, está expresando su identificación con la muerte de Cristo, y de la misma manera, al salir del agua, simboliza su identificación con la resurrección de Cristo y la nueva vida que ahora tiene en él. Pero enfatizamos que se trata únicamente de un símbolo, no de la realidad misma.
- A esto hay que añadir que el bautismo es una forma pública y visible de dar testimonio de nuestra fe en Cristo. Esto resultaba especialmente claro en el caso de aquellos judíos que se convirtieron y bautizaron a raíz de la predicación de Pedro en Pentecostés. Unas semanas antes ellos habían pedido la crucifixión de Jesús, acusándole de ser un falso mesías, pero después de su conversión era imprescindible que de la misma manera pública manifestaran que habían cometido una terrible equivocación y que reconocían su pecado.

Sin embargo, aunque el bautismo no es imprescindible para la salvación, tampoco hay ninguna excusa para que el verdadero creyente deje de bautizarse y así dé testimonio público de su fe en Cristo y de esta manera sea añadido a la vida de una iglesia local.

“Y estas señales seguirán a los que creen”

Cuando el Señor envió a los mensajeros del evangelio, les dio la facultad de realizar diferentes milagros que les habían de servir de credenciales. Entendemos que esto fue totalmente necesario, puesto que de otra manera habría sido muy difícil, sino imposible, que las personas que escuchaban el evangelio en las diferentes partes del Imperio Romano se interesaran por un Mesías crucificado en Jerusalén.

El Señor conocía muy bien qué enormes eran las dificultades de la obra que acababa de encomendarles. Sabía qué combates tan terribles tendrían que enfrentar contra el paganismo, el mundo y el mismo Satanás. Por esta razón concedió a los apóstoles diferentes dones especiales que servirían para llamar la atención sobre el evangelio que predicaban.

(2 Co 12:12) “Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros.”

(He 2:4) “Testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad.”

Al mismo tiempo, estas señales servían para evidenciar la resurrección de Jesús. Recordemos que mientras estuvo en la tierra, el ministerio del Señor se caracterizó por sus numerosos milagros. Cuando después de su ascensión los discípulos comenzaron a realizar milagros en su nombre, era una evidencia de que Jesús había resucitado y estaba vivo.

(Hch 3:14-16) “Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros.”

Podemos ver ejemplos de estas señales que el Señor les prometió en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

- *“En mi nombre echarán fuera demonios”*. La expulsión de demonios, que señalaba la victoria sobre el reino de Satanás, podemos verlo en diferentes lugares: **(Hch 8:7)** **(Hch 16:18)**. No debemos olvidar que sostenemos una lucha real contra huestes espirituales de maldad **(Ef 6:12)**.
- *“Hablarán en nuevas lenguas”*. Los apóstoles hablaron en lenguas después de recibir el Espíritu Santo en Pentecostés **(Hch 2:4-11)**. En el contexto se ve con claridad que se trataba de idiomas, y que sirvieron para comunicar el mensaje del evangelio a las personas de otras culturas. En este sentido, las lenguas eran “nuevas” porque no eran idiomas que los apóstoles conocieran previamente, y sin duda ayudó a los mensajeros del evangelio a cumplir con la misión encomendada.
- *“Tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño”*. Esta señal implicaba la protección divina en el servicio al Señor y en el cumplimiento del deber. Por supuesto, entendemos que no puede referirse a actos deliberados de tomar serpientes venenosas o beber porciones con veneno. El apóstol Pablo experimentó esto cuando llegó a la isla de Malta, y el acontecimiento sirvió para despertar el interés de la población nativa por el evangelio **(Hch 28:1-10)**.

- “Sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán”. De esta manera se manifestaba el carácter del evangelio trayendo sanidad y restauración a las personas.

Todas estas señales servían para confirmar el poder divino del evangelio y para glorificar a Dios, no al mensajero (**Hch 3:12**) (**Hch 14:8-15**).

La cuestión que ha generado cierta discusión tiene que ver con la pregunta de si estas señales siguen estando vigentes todavía en nuestro tiempo. Y lo cierto es que la respuesta no es fácil.

- Por un lado, vemos a lo largo de toda la Escritura que los milagros no han sido usados por Dios en todas las épocas. Sólo es necesario echar un vistazo al Antiguo Testamento para comprobar que sólo algunos profetas hicieron señales prodigiosas y que estos se concentraron en épocas concretas. Por lo tanto, tampoco sería de extrañar si Dios no usara siempre la misma estrategia para acompañar la predicación del evangelio. Además, debemos pensar que cuando el milagro llega a ser cotidiano, deja de ser milagro y empieza a ser algo normal que ya no llama la atención.
- Por otro lado, tampoco debemos pasar por alto el contexto en el que esto fue dicho por el Señor. Recordemos que en aquel momento la vida, muerte y resurrección de Jesús no eran conocidas en el mundo y tampoco se había terminado de formar el Nuevo Testamento. En esas circunstancias transitorias, fue necesario acreditar a los mensajeros por medio de señales milagrosas. Pero creemos que una vez que estas circunstancias cambiaron, lo importante y lo normal es la predicación de la Palabra. En cuanto a esto, muchos de nosotros podemos decir que hemos llegado al conocimiento del Señor sin necesidad de haber visto ningún milagro concreto, sino únicamente por haber escuchado la Palabra de Dios.
- Pero habiendo dicho todo esto, también es cierto que ninguno de nosotros tenemos la libertad de poner límites a Dios con nuestras interpretaciones. Esto nos lleva a pensar que tan malo es el escepticismo de aquellos que niegan que Dios hace milagros en nuestros días, como la presunción de aquellos que los demandan constantemente.

Preguntas

1. Transcriba la misión tal como aparece en los cuatro evangelios y en el libro de los Hechos. Explique los aspectos que se resalta de ella en cada uno de los pasajes.
2. ¿Qué diferencias encontramos en la Biblia entre la misión encomendada a los israelitas en el Antiguo Testamento y la que ha recibido la Iglesia? ¿En qué manera el Señor Jesucristo marcó un antes y un después entre estos dos periodos? Justifique su respuesta.
3. ¿Cuáles son a su juicio las causas por las que muchos cristianos no evangelizan?
4. Después de todo lo estudiado sobre este tema, ¿cuáles son los requisitos que el creyente debe cumplir para poder llevar a cabo la misión adecuadamente?
5. Explique con sus propias palabras cuál debe ser el alcance de la misión, el coste que habrá de tener para los que la lleven a cabo y cuándo será el momento de rendir cuentas.

La ascensión de Jesús - Marcos 16:19-20

(Mr 16:19-20) *“Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén.”*

Introducción

Al comenzar este estudio, es interesante que consideremos también el pasaje paralelo que encontramos en el evangelio de Lucas:

(Lc 24:50-53) *“Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén.”*

En cierto sentido, esta conclusión no deja de sorprendernos. Lucas nos dice que los discípulos estaban llenos de gozo después de que el Señor se había alejado definitivamente de ellos. Seguramente nosotros esperaríamos que hubieran quedado desconcertados y tristes. En realidad, el mundo no había cambiado en nada, y Jesús ya se había ido al cielo. Además, la tarea que les había encomendado de llevar el evangelio hasta el fin del mundo, predicándolo a todas las naciones, parecía irrealizable, un trabajo que desde todas las perspectivas superaba sus fuerzas. Nos preguntamos entonces, ¿cómo podían estar tan alegres? Toda separación deja tras de sí un dolor, ¿cómo es posible que su despedida definitiva no les llenara de tristeza? ¿Cómo podemos entenderlo?

Evidentemente ellos no se sentían abandonados, ni tampoco creían que Jesús se hubiera distanciado de ellos a un cielo inaccesible y lejano. Estaban seguros de la presencia de Jesús con ellos. Como él mismo les había garantizado: *“Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28:20)*. De una manera diferente a como hasta en ese momento había sido su relación con el Señor, pero igualmente real, él seguía estando con ellos. Y lo que aun es más importante, esta nueva y poderosa relación, ya nunca la perderían. Pero, ¿en qué sentido el Señor está ahora cerca de nosotros? Esto será algo que consideraremos a lo largo de este estudio.

“Y el Señor fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios”

Aunque hemos titulado este estudio como “La ascensión de Jesús”, tal vez sería más exacto hablar de su exaltación, porque si bien es cierto que “subió al cielo”, esto significó su vindicación como Hijo de Dios y también su entronización a la diestra de la Majestad en las alturas donde se le ha otorgado toda autoridad en el cielo y en la tierra.

(Ef 1:20-21) *“... resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero”*

(Fil 2:9) *“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre.”*

No cabe duda de que los discípulos amaban a Jesús, por lo tanto, cuando vieron que fue exaltado hasta lo sumo para ocupar el lugar de suprema preeminencia en el mismo trono de Dios, ellos se llenaron de gozo y le adoraron.

Ahora bien, ¿qué importancia tiene la ascensión y exaltación de Jesús para los cristianos?

1. Evidencia que su ministerio terrenal fue aceptado

La verdad es que se suele conceder poca importancia a la ascensión de Cristo en comparación con su muerte en la cruz y su resurrección, sin embargo, este hecho es altamente significativo y merece nuestro estudio, puesto que sin la ascensión y exaltación de Cristo al cielo, no podríamos afirmar que nuestra redención ha sido completada.

Es interesante notar que la expresión que encontramos en Marcos, *“fue recibido arriba en el cielo”*, es traducida en otras versiones como *“fue llevado al cielo”*, donde la atención se coloca en el hecho de que fue el Padre quien llevó a su Hijo a sí mismo como una prueba más de que encontraba plena complacencia en la Obra que el Hijo había realizado. Por esta razón el Padre lo exaltó a su diestra como Vencedor absoluto y lo colocó en el centro de toda gloria y adoración.

Además, hay otro detalle interesante que nos sirve para comprender que la Obra de Cristo quedó finalizada con su exaltación. La Escritura nos dice que una vez que el Señor Jesucristo efectuó la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas (**He 1:3**). Y es precisamente este detalle, el hecho de que él se sentará, lo que nos confirma que su obra había sido plenamente completada. Por contraste, en el tabernáculo que Dios mandó construir a Moisés no había ningún asiento, lo cual señalaba que la obra de los sacerdotes nunca concluía, y esto era porque los sacrificios que ofrecían tampoco podían quitar definitivamente el pecado.

(He 10:11-12) “Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios.”

2. Su ascensión ha permitido el descenso del Espíritu Santo sobre la Iglesia

Antes de su muerte nuestro Señor prometió que no dejaría huérfanos a los discípulos, sino que les mandaría al Consolador, el Espíritu Santo, quien había de sustituir a Cristo en la tierra. Pero su llegada dependería de que Cristo fuera al Padre.

(Jn 16:7) “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.”

Por lo tanto, el hecho de que el Espíritu Santo descendiera en el día de Pentecostés, era una evidencia clara de que Jesús realmente había ascendido al cielo. Así lo interpretaron los apóstoles:

(Hch 2:32-33) “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís.”

La venida del Espíritu Santo a los corazones de los creyentes era imprescindible para terminar la Obra de la redención. La razón principal es que el Espíritu es el encargado de aplicar a nuestras vidas los efectos conseguidos por la Obra de Cristo. Por ejemplo, somos regenerados por él (**Jn 3:5-6**) (**Tit 3:5**), es el encargado de enseñarnos la verdad de Dios (**Jn 14:26**), intercede por nosotros ante Dios en nuestra debilidad (**Ro 8:26**).

Y también por el Espíritu Santo recibimos dones con los cuales podemos servir al Señor. El apóstol Pablo relaciona la exaltación de Cristo con este hecho en su epístola a los efesios:

(Ef 4:8-11) “Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros”

Primero él descendió a las partes más bajas de la tierra, lo que nos recuerda su humillación en la cruz, pero después de esto ascendió a lo más alto del cielo. Ahora Pablo dice que cuando ascendió llevó consigo a una hueste de cautivos. Sin duda está usando una ilustración del **(Sal 68:18)**, en la cual el guerrero triunfante es exaltado cuando regresa con los enemigos capturados. Entonces él recibe regalos del pueblo conquistado y da regalos a su propio pueblo, que en este contexto son los diversos dones que Cristo ha dado a su Iglesia por medio del Espíritu Santo.

3. Implica la exaltación de Cristo como Príncipe y Salvador

Por medio de la resurrección, así como por la ascensión y exaltación de Cristo, Dios anuló el veredicto adverso del Sanedrín que había condenado al Mesías, haciéndole clavar en la cruz de Barrabás.

(Hch 3:13-15) “El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad. Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos.”

Dios respondió a la maldad humana colocando a Jesús en el trono del Rey supremo.

(Hch 2:36) “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.”

(Hch 5:30-31) “El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.”

Y le ha dado el señorío universal mientras espera su último triunfo en su Segunda Venida, cuando se sentará a reinar también en esta tierra.

(Mt 25:31) “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria.”

Todo esto nos habla de su majestad, poder y autoridad, y nos recuerda que es “Rey de reyes y Señor de señores” **(Ap 19:16)**. Y por supuesto, evidencia que el Señor Jesucristo es Dios, porque de otra manera, el Padre no le habría invitado a sentarse en su trono en los cielos **(He 1:13)**.

4. Reviste a Cristo con una nueva gloria como Cabeza de la Iglesia

La ascensión de Cristo no sólo señala su triunfo sobre el pecado y su vindicación como el Hijo de Dios, también le coloca en una nueva posición de gloria como Cabeza de la Iglesia.

(Ef 1:22-23) *“Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.”*

Esta gloria es nueva para Cristo, porque antes de su ascensión no era Cabeza de la Iglesia, puesto que ésta tampoco existía. No hemos de olvidar que la Iglesia no se constituyó durante su ministerio terrenal (**Mt 16:18**), sino que comenzó cuando descendió el Espíritu Santo en el día de Pentecostés.

5. Dio comienzo a su ministerio como Sumo Sacerdote a favor de su pueblo

Su ascensión puso fin a su ministerio terrenal, pero dio comienzo a un nuevo ministerio como Sumo Sacerdote y Abogado que ahora desarrolla desde la diestra de la Majestad en las alturas. En cierto sentido, este ministerio de intercesión ya lo había comenzado cuando estaba en esta tierra (**Jn 17:1-26**), pero era necesario que *“traspasara los cielos”* para presentarse ante Dios a fin de interceder por nosotros en virtud de su sacrificio perfecto y de su sangre derramada.

(He 9:24-26) *“Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado.”*

Esta obra de intercesión se relaciona con la debilidad de los santos que están en la tierra. Él conoce bien la fragilidad de los suyos y la estrategia del enemigo que constantemente quiere hacernos pecar y apartarnos del Señor. Podemos ver una clara ilustración de esto cuando Jesús rogó por Pedro:

(Lc 22:31-32) *“Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.”*

Este ministerio de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote en el cielo es infinitamente mejor que el que ejercieron los sumos sacerdotes en el Antiguo Testamento. En el caso de aquellos su sacerdocio era temporal ya que con su muerte quedaba interrumpido, pero en nuestro Señor Jesucristo tenemos un Sumo Sacerdote eterno puesto que ha conquistado la muerte. Esto es algo que también nos ha de proporcionar un fuerte estímulo.

(He 7:23-25) *“Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.”*

Su ministerio es de mayor calidad porque no caduca. Además está basado un mejor pacto. Es ejercido en un más sublime templo, en el cielo mismo. Y está garantizado por un mejor y definitivo sacrificio, el que Cristo realizó una vez y para siempre en la cruz.

Además, es maravilloso saber que actualmente Jesús no es ajeno a nuestra realidad ni se desentiende de nosotros. Como Sumo Sacerdote él comprende nuestras limitaciones y torpezas de tal manera que puede compadecerse de nosotros. Esto nos debe animar a acercarnos confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (**He 4:16**). De hecho, él se hizo hombre para poder representarnos adecuadamente ante Dios y así poder llegar a ser un fiel y misericordioso sacerdote en lo que a Dios se refiere. No debemos olvidar que para poder llegar a esto, él

tuvo no sólo que hacerse hombre, sino conocer en sí mismo la dureza y la dificultad de la tentación. Así que, de esta manera, en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

(He 2:17-18) *“Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.”*

La intercesión de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote en el cielo es un factor fundamental para la preservación del cristiano. Pablo lo expresó de la siguiente manera:

(Ro 8:34) *“¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.”*

El apóstol Juan desarrolla también la labor de mediación del Señor, pero lo hace desde la perspectiva de un Abogado defensor.

(1 Jn 2:1) *“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.”*

Con frecuencia el creyente es culpable de algún pecado en su vida, lo que inmediatamente le lleva a sentirse culpable y sucio. En esos momentos, es fácil apartarse del Señor con un profundo sentido de vergüenza por haberle fallado. Nos sentimos fracasados, y aprovechando esa coyuntura, el diablo, que antes nos había hecho creer que el pecado aportaría a nuestras vidas algo de placer que de ninguna manera una vida de santidad nos puede proporcionar, después de pecar nos hace sentir nuestra culpa y nos intenta convencer de que no somos dignos de seguir al Señor. Es entonces cuando tenemos que recordar que el Señor es nuestro Sumo Sacerdote y nuestro Abogado a la diestra de Dios, dispuesto a interceder siempre a nuestro favor en virtud de su sangre derramada. Aunque, por supuesto, esto no anula nuestra responsabilidad de arrepentirnos y pedirle perdón por nuestros pecados, y por supuesto, tampoco podemos entenderlo como una invitación a pecar.

(1 Jn 1:9) *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”*

Por medio de la intercesión del Señor, el diablo, que es descrito en las Escrituras como el “acusador de los hermanos”, pierde todos sus argumentos.

(Ap 12:10) *“Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche.”*

Todo esto es un fuerte consuelo para los creyentes que viven en un mundo malo y corrompido, siempre rodeados de debilidad y pecado. En medio de una situación así, la mediación de nuestro Señor Jesucristo a la diestra de Dios, nos proporciona un ancla firmemente sujeta en el cielo. Y aunque es cierto que no podemos verla, sin embargo, en medio de las tormentas de la vida, sentimos que nos mantiene seguros. El autor de Hebreos desarrolló esta hermosa ilustración en su epístola:

(He 6:19-20) *“La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.”*

6. Ha sido el primer hombre en entrar en la gloria

A partir de la encarnación, Jesús no es sólo Dios, también es un Hombre (**Jn 1:14**), y como tal, ha sido entronizado a la diestra de la Majestad. Esto está lleno de significado. ¡Hay un hombre en la gloria! Y él retendrá su humanidad glorificada para siempre. El autor de Hebreos parece que no cabía dentro de su asombro cuando explicaba que quien ha sido coronado de honra y gloria es precisamente un Hombre, Jesús, el que por medio de la encarnación se había hecho un poco menor que los ángeles.

(He 2:9) “Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos.”

Y seguramente también los arcángeles, los serafines y todos los seres angelicales, no pudieron esconder su asombro el día en el que el Señor Jesucristo regresó al cielo con la nueva naturaleza humana que él había asumido cuando vino a la tierra para salvarnos. Él fue el primer Hombre que entraba en la gloria del cielo, y lo hacía para sentarse en el lugar de máximo honor y dignidad, en el mismo trono de Dios. Con este acto, Cristo se ha convertido en nuestro precursor, abriendo el cielo para que muchos otros hombres puedan entrar también por medio de su asociación con él por la fe. De esta manera el Señor ha dignificado al ser humano de una forma que nunca podríamos haber imaginado. Debemos agradecer a Dios, y toda la eternidad será insuficiente para poder hacerlo, no sólo que nos haya salvado de nuestros pecados, sino que también nos haya colocado en esta nueva posición con él en los lugares celestiales tal como Pablo afirmó en su epístola a los efesios.

(Ef 2:4-7) “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.”

Este pensamiento se ve reforzado por la argumentación del autor de Hebreos en el pasaje que antes hemos citado. Allí recogía la pregunta que siglos antes se había hecho el rey David en el Salmo 8: “¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites?” (**He 2:6-8**). El salmista expresaba la paradoja entre la pequeñez humana y el privilegio que se le había concedido de señorear sobre la creación de Dios. Pero el autor de Hebreos observa que en el tiempo presente no vemos todavía que todas las cosas le sean sujetas al hombre. ¿Se trata de mera teoría? No. Para empezar, el autor afirma que ahora los ángeles no son el objetivo de Dios tocante al mundo venidero. Este objetivo es el hombre, a pesar de toda su pequeñez. Y basa su argumentación en el hecho de que ya hay un Hombre que ha sido entronizado como precursor de otros muchos hijos que también han de ser llevados a la gloria (**He 2:8-13**). Por lo tanto, el hecho de que Jesús esté físicamente en la gloria como un Hombre, muestra el triunfo del programa divino respecto a la humanidad. De hecho, el estatus que el hombre ha adquirido por medio de la redención es mayor que el que tuvo en el momento de su creación. Todo esto nos demuestra que la gracia de Dios es un concepto mucho más grande de lo que normalmente pensamos.

La Palabra de Dios nos dice también que como resultado de la Obra de Cristo, todavía habrá un día futuro cuando todas las cosas que están en los cielos y en la tierra serán reconciliadas en él, quien es el Heredero de todo.

(Ef 1:9-10) “... dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la

dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.”

En ese momento toda la monstruosa devastación que el pecado ha dejado sobre la tierra será eliminada y pasará a estar gobernada por los hijos de Dios que han llegado a ser coherederos con Cristo (**Ro 8:17**), y entonces toda la creación disfrutará de una armonía universal:

(Ro 8:19-21) “Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.”

Es bueno pensar en esto en el momento presente, cuando el ser humano aspira a llegar a su clímax prescindiendo de Dios. Eso nunca va a ser posible, y vemos que lo que ocurre es justo lo contrario: a mayor progreso, mayor decepción. El ser humano tiene futuro, y un futuro nada despreciable, pero únicamente en unión con Cristo.

7. Cristo está con su pueblo y lo defiende

Aunque el Señor ya no iba a estar de forma física con su pueblo, sin embargo su presencia en medio de su pueblo sigue siendo real. Él lo había prometido después de enviarles a predicar por todo el mundo: *“He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28:20)*. Y en otra ocasión previa les había dicho: *“donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18:20)*. Por eso, cuando Juan estaba en la isla de Patmos, tuvo una visión en la que vio al Señor moviéndose entre los candelabros que ilustraban a las iglesias, y se dirigió a ellas enviándoles un mensaje acorde a su estado y necesidad, demostrando que las conoce bien (**Ap 1:11-20**).

De forma especial, Jesús se identifica con su iglesia perseguida. Todos recordamos cuando Saulo de Tarso perseguía a la iglesia y el Señor se presentó ante él haciéndole caer a tierra y cegándole con una luz resplandeciente, y entonces escuchó la amonestación de Jesús: *“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hch 9:4)*. Notemos que aunque Saulo estaba persiguiendo a la iglesia, en realidad el Señor dice que le estaba persiguiendo a él, lo que nos indica su cercanía e identificación.

Sobre esto, encontramos un caso muy especial en el momento en que Esteban fue apedreado por confesar al Señor. En ese momento tuvo una hermosa visión en la que según sus propias palabras dijo que veía *“los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios” (Hch 7:56)*.

Todo esto nos muestra que el Señor no se ha desentendido de su pueblo en cualquiera de las circunstancias por las que atraviesa.

8. Jesús nos espera, cual novio que espera a la novia

En otro sentido, la ascensión y glorificación de Jesús está estrechamente relacionada con su Segunda Venida para recoger a su pueblo. Este fue el mensaje de los ángeles que estuvieron presentes en el momento cuando el Señor subía al cielo:

(Hch 1:11) “... Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.”

Esta esperanza en el retorno de Jesús llenó a los discípulos de ánimo.

En otros pasajes la Escritura usa la ilustración del matrimonio y el momento en que los novios se encuentran. Pablo se refirió a la Iglesia como una esposa a la que Cristo, el Esposo, ama y se ha entregado por ella para purificarla a fin de presentársela a sí mismo como una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante (**Ef 5:25-27**). Pero el momento del encuentro todavía no ha llegado. Esto ocurrirá cuando el Señor venga a por su iglesia: *“Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”* (**Jn 14:3**). Visto desde esta perspectiva, el Señor se habría ido al cielo para preparar un lugar donde el “matrimonio” pueda estar junto eternamente.

El libro de Apocalipsis nos habla de ese momento glorioso e intensamente feliz.

(Ap 19:7-8) “Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.”

A raíz de esto debemos preguntarnos si estamos viviendo realmente en la expectativa de la venida del Señor a buscar a su Iglesia, y nos estamos preparando para ese encuentro.

9. Jesús espera el momento para juzgar a este mundo

La entronización y segunda venida del Señor no significará lo mismo para todas las personas. Ya hemos considerado que para su Iglesia será un momento muy especial, pero para los que no han querido reconciliarse con él y lo han rechazado, estos hechos implicarán su juicio y castigo.

(Sal 110:1) “Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.”

(He 10:12-13) “Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies.”

El Señor Jesucristo ha recibido del Padre la prerrogativa divina de ejecutar juicio:

(Jn 5:27) “Y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre.”

Es interesante que notemos que la justificación que nos ofrece para ejercer el juicio sobre los hombres es que él mismo es un Hombre. Ya hemos dicho que cuando se encarnó, el Hijo llegó a conocer por su propia experiencia lo que significa ser un hombre. Por lo tanto, cuando juzgue a sus semejantes, nadie podrá decirle que está juzgando lo que no sabe.

El juicio de sus enemigos será el último paso en su exaltación. En ese momento, Aquel que fue hecho comparecer como criminal ante Pilato, que fue injustamente condenado, y que entre crueles escarnios fue crucificado con malhechores, volverá en gran poder y gloria; delante de él se reunirán todas las naciones y todas las generaciones de los hombres, para recibir de sus labios su sentencia definitiva. Él será entonces exaltado ante todas las inteligencias, como Soberano Juez visible.

“Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes”

La estancia del Señor a la diestra de Dios se relaciona estrechamente con la labor realizada por sus discípulos en la tierra. Él continúa obrando a través de sus siervos por el poder del Espíritu Santo.

Cuando lo pensamos bien, nos damos cuenta que resulta maravilloso, y en cierto sentido totalmente incomprensible, que el Señor encargara la empresa más grande de todos los tiempos a un puñado de hombres sin recursos materiales, influencia social o formación académica. La única explicación posible que podemos encontrar para que ellos realmente pudieran llevar el evangelio hasta los confines del mundo, cruzando toda clase de barreras culturales y geográficas, es que el Señor resucitado y ascendido actuó en y a través de ellos. Así lo expresa nuestro texto: *“Ellos saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían”*. Sólo así podemos entender el avance misionero de la iglesia en el primer siglo, venciendo toda clase de obstáculos de una manera increíble. Dios usó personas sencillas, pero entregadas de todo corazón a Cristo, dispuestas aun a perder sus propias vidas, sensibles a la dirección del Espíritu Santo, y listas para usar todas las oportunidades disponibles para el avance del evangelio.

Nuestra oración al terminar el estudio de este evangelio es que el Señor obre en nosotros también para continuar esa Obra con la misma fidelidad con que ellos lo hicieron antes que nosotros.

Preguntas

1. ¿Por qué los discípulos sintieron gozo después de que Jesús se despidió de ellos?
2. ¿De qué formas el Señor está cerca de los creyentes? Explique su respuesta justificándola bíblicamente.
3. ¿En qué sentidos la ascensión y exaltación de Jesús prueban que Dios ha aceptado su sacrificio en la cruz y completa la Obra de redención?
4. ¿Por qué cree que es importante que Jesús ascendiera al cielo no sólo como Dios, sino también como Hombre?
5. ¿En qué aspectos la exaltación de Cristo no ha sido totalmente finalizada todavía? Justifique su respuesta con citas bíblicas apropiadas.